G CUNNINGHAME GRAHAM

SANTA TERESA

SU VIDA Y SU EPOCA

Revista de Occidente

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

BX4700
.T4
G718

a Blamondière

vista de

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BX4700
.T4
G718

This BOOK may be kept out ONE MONTH unless a recall notice is sent to you. A book may be renewed only once; it must be brought to the library for renewal.

SANTA TERESA

BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

OBRAS PUBLICADAS

Lord Dunsany: *Cuentos de un soñador* * 5 ptas.
Jorge Simmel: *Filosofía de la coquetería* * 5 ptas.
A. Wegener: *La génesis de los continentes y océanos* * 7,50 ptas.
A. Schulten: *Tartessos* * 12 ptas.
G. Worringer: *La esencia del estilo gótico* * 10 ptas.
Bernard Shaw: *Santa Juana.* Crónica dramática en seis escenas y un epílogo * 6 ptas.
Eduardo Schwartz: *Figuras del mundo antiguo* (1.ª serie) * 6 ptas.
» » » » » (2.ª serie) * 5 ptas.
Fernando Crommelynck: *El estupendo cornudo.* Farsa en tres actos * 4 ptas.
Gerardo Hauptmann: *La prodigiosa Isla de las Damas.* (Historia de un archipiélago imaginario.) * 8 ptas.
José Ortega y Gasset: *El espectador,* núm. IV * 5 ptas.
— *La deshumanización del arte* * 5 ptas.
— *Las Atlántidas.* (Suplemento número 2 a la *Revista de Occidente.)* * 10 ptas.
Vsevolod Ivanov: *El tren blindado No. 14-69* * 3,50 ptas.
Lidia Seifulina: *Caminantes* * 4 ptas.
Leónidas Leonov: *Los Tejones* (novela) * 10 ptas.
Alfonso Paquet: *Roma o Moscú* * 4 ptas.

MUSAS LEJANAS: MITOS / CUENTOS / LEYENDAS

I. León Frobenius: *El Decamerón Negro* * 6 ptas.
II. *Cantos y Cuentos del Antiguo Egipto.* (Con unas Notas sobre el alma egipcia, por José Ortega y Gasset.) * 5 ptas.
III. *Cuentos populares de China* * 5 ptas.
IV. Pablo Tuffrau: *La leyenda de Guillermo de Orange* * 5 ptas.
V. P. Walters y C. Petersen: *Leyendas heroicas de los germanos* * 5 ptas.
VI. *El cantar de Roldán* * 5 ptas.
VII. *Veinte cuentos de la India* * 5 ptas.
VIII. Pedro Salinas: *Poema de Mío Cid* * 5 ptas.
IX. *Cuentos Malayos* * 5 ptas.
X. *Cuentos de la Edad Media* * 5 ptas.

BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

LOS GRANDES PENSADORES

I. *La filosofía presocrática. Sócrates y los sofistas* * 5 ptas.
II. *Platón, Aristóteles* * 5 ptas.
III. *San Agustín, Santo Tomás, Giordano Bruno* * 5 ptas.
IV. *Descartes, Spinoza, Leibnitz* * 5 ptas.
V. *Locke y Hume, Kant, Fichte* * 5 ptas.
VI. *Hegel, Schopenhauer, Nietzsche* * 5 ptas.

R. Wilhelm: *Laotsé y el Taoísmo* * 5 ptas.
R. Wilhelm: *Kungtsé (Confucio)* * 5 ptas.

HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

A. Messer: *La filosofía actual* * 7,50 ptas.
A. Messer: *La filosofía en el siglo* XIX (Empirismo y naturalismo) * 6 ptas.

NUEVOS HECHOS Y NUEVAS IDEAS

I. Hermann Weyl: *¿Qué es la materia?* (Con un prólogo de Blsa Cabrera.) * 5 ptas.
II. Rodolfo Otto: *Lo Santo.* (Lo racional y lo irracional en la idea de Dios.) * 8 ptas.
III. H. A. Kramers y H. Holst: *El Átomo y su estructura, según la teoría de N. Bohr* * 11 ptas.
IV. P. L. Landsberg: *La Edad Media y nosotros* * 6 ptas.
V. J. Von Uexküll: *Cartas biológicas a una dama* * 5 ptas.
VI. F. Graebner: *El mundo del hombre primitivo* * 7 ptas.
VII. Otto Gründler: *Elementos para una filosofía de la religión, sobre base fenomenológica* * 6 ptas.
VIII. P. L. Landsberg: *La Academia Platónica* * 5 ptas.
IX. Max Scheler: *El Saber y la Cultura* * 3 ptas.
X. K. Koffka: *Bases de la evolución psíquica* * 11 ptas.
XI. Conde Hermann Keyserling: *El mundo que nace* * 5 ptas.
XII. F. Bendixen: *La esencia del dinero* * 4 ptas.
XIII. Francisco Brentano: *Psicología* * 5 ptas.
XIV. Lothrop Stoddard: *La rebeldía contra la civilización* * 5 ptas.
XV. Jorge Simmel: *Sociología* * 5 ptas.

BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

HISTORIA BREVE

I. Ludo Moritz Hartmann: *La decadencia del mundo antiguo* * 5 ptas.
II. Arturo Rosenberg: *Historia de la República romana* * 6 ptas.
III. Enrique Finke: *La mujer en la Edad Media* * 5 ptas.
IV. Eduardo Schwartz: *El emperador Constantino y la Iglesia cristiana* * 6 ptas.

COLECCIÓN «HOY Y MAÑANA»

I F. C. S. Schiller: *Tántalo o el futuro del hombre* * 2 ptas.
I Anthony M. Ludovici: *Lysistrata* * 3 ptas.
I J. B. S. Haldane: *Calínico* * 2 ptas.

NOVA NOVORUM

Pedro Salinas: *Víspera del gozo* * 3,50 ptas.
Benjamín Jarnés: *El Profesor inútil* * 3,50 ptas.
Antonio Espina: *Pájaro pinto* * 3,50 ptas.

Gabriela Cunninghame Graham

BX
T4
G 71B

GABRIELA CUNNINGHAME GRAHAM

SANTA TERESA

CONTIENE LA RELACIÓN DE

SU VIDA Y SU ÉPOCA

CON

ALGUNAS PÁGINAS DE LA HISTORIA
DE LA ÚLTIMA GRAN REFORMA DE LAS
ÓRDENES RELIGIOSAS

VERSIÓN CASTELLANA
POR ISABEL ALONSO

Revista de Occidente
MADRID / 1927

Copyright by
Revista de Occidente
Madrid * 1927

Imp. G. Hernández y Galo Sáez * Mesón de Paños, 8 * Madrid

Pocas reliquias conté,
Que aunque acabo no comienzo;
Hay huesos de Sant Lorenzo
Y de Sant Bartolomé,
Y otros que contar no sé
Que su cüento y medida;
Mas sé que puedo dar fé
Que son huesos de quien fué
De muy santissima vida.

JUAN DE LA ENCINA

Al

DOCTOR DON FRANCISCO HERRERA Y BAYONA

Canónigo y Tesorero de la Catedral de Valladolid

dedico este libro.

... No porque con mis ideas esté él en un todo conforme (acaso no lo esté en nada), pero son tantas las leguas que ha andado por Castilla, tantos los libros mohosos que ha escudriñado en busca de los menores detalles de la vida de Teresa, que a nadie puede interesar tanto como a él cualquier escrito sobre la Santa, a cuya honra y memoria ha consagrado la vida entera. Nadie, como él, puede llamarse «un teresiano si los hay».

G. C. G.

P R Ó L O G O

Nosotros, que, como Fray Luis de León, no hemos conocido a la madre Teresa en vida y sólo podemos juzgarla por sus obras, nos preguntamos qué clase de mujer fué aquella monja castellana que ejerció tal influencia sobre Fernando de Toledo, el Duque de Alba y el taciturno Felipe II, que mereció alabanzas del mismo Voltaire y que de tal manera se identificó con la vida castellana, que todavía se titulan hoy algunos españoles, al firmar, «su amigo y teresiano».

De cuantos libros se han escrito sobre ella, bien podemos decir con los españoles: «esto huele a Santo», dicho por cierto que más bien podría aplicarse a las páginas que siguen. La autora ha procurado estudiar a Teresa de Ahumada, mujer (sin prescindir de Teresa de Jesús, santa), para demostrar cómo, sin más recursos que su propia energía, sacó a la Orden Carmelita del estado de ruina en que se hallaba y supo ganarse las simpatías de cuantos la conocieron, desde el arriero que la acompañó en sus peregrinaciones por la llanura castellana, hasta el elegante Gracián y Don Teutonio de Braganza.

Libros escribió, y no pocos; muchos fueron sus sufrimientos de cuerpo y alma; su vida, un continuo viaje durante el cual, desde el punto de partida en la amurallada ciudad de Ávila hasta su última jornada del Arapil al Alba, adquirió lo que no adquieren todos los santos: un profundo conocimiento del mundo, mezclado con un misticismo del que en realidad no estuvo jamás segura.

Las obras de carácter religioso que sobre ella se han escrito, tratando exclusivamente de su santidad, rebajan, a mi entender, su mérito humano. Tal vez, ocupándose con preferencia de las virtudes de Teresa como mujer, resalten, con mayor claridad, los méritos de la Santa.

R. B. CUNNINGHAME GRAHAM

Gartmore, 1.° de febrero de 1894.

INTRODUCCIÓN

EXISTE, en mi sentir, una afinidad misteriosa entre el carácter de Teresa de Jesús y la ciudad ceñida de murallas que la vió nacer. Una misma edad de exaltada fe y de constantes luchas produjo a ambas; la una y la otra son símbolos perfectos de su época. Cada piedra de Ávila es una evocación, signo de un pasado luchador, de un espíritu guerrero. Teresa, hija de ese pasado, es la personificación de lo más saliente, de lo más noble en el carácter castellano, carácter que se distingue por el dominio de sí mismo, por su fortaleza, rectitud y sobriedad, por su grave y austera sencillez y su urbanidad digna y majestuosa.

Ver Ávila, discurrir por sus calles, contemplar la salida y puesta del sol, desde los sombríos brezales, detrás de sus murallas, es conocer a Teresa. Nació en una de sus casas-fortalezas, en cuyo escudo aparecen acuartelados los broqueles de los Dávila, con el león rampante de los Cepeda. En ella pasó su infancia. Estremecida de asombro y terror, fijó sus ardientes miradas de niña en los misterios del techo de la catedral, que se yergue sobre las grises murallas de la severa castellana; y en los claustros silenciosos de la Encarnación pasó, más tarde, la mayor parte de su vida contemplativa.

Acordándose del paisaje salvaje y variado de Ávila—sus árboles, su cielo, sus arroyos—, fué cuando dijo: «Aprovéchame a mí también ver campo, agua, flores; en estas cosas hallaba yo memoria del Criador; digo que me despertaban y recogían y servían de libro.» Así modelaron su vida, dieron forma y contorno a su existencia, esas piedras enmohecidas, esos claustros silenciosos, restos fehacientes de aquella edad extraña y compleja que produjo a Juan de la Cruz, tan distinto a ella, y al tétrico, fanático y concienzudo Felipe II, que tanto les protegió. Cuadro adecuadísimo para aquélla cuyo paso por la Tierra iba a ser un luchar constante, fué esa ciudad de guerreros e hidalgos, de quienes no queda sino una incierta y brumosa memoria.

De cuantas ciudades se alzan, interrumpiendo la monótona superficie de Castilla, ninguna es tan característica, ni impresiona más profundamente la imaginación, como Ávila, conjunto revuelto de casas y peñascos, suspendido entre cielo y tierra, agrupado en torno de una

catedral, en la última estribación del Guadarrama, dominando las alturas más frías y escuetas del corazón de España. Dijérase una ciudad como las que pintara Van Dyck, o trazara con minuciosa mano algún iluminador en las páginas de un misal amarillento, o, vista desde lejos, con su fondo grisáceo de torres y peñas que muestran su perfil dentellado al cielo, una de esas ciudades fantasmas de que hablan los indios de Méjico o de los Andes. Rocas taladran la superficie de las calles, y hasta las parduzcas parameras que se extienden a sus pies, están cubiertas de peñascos. «Cantos y santos», dice el proverbio; pero, ¡ay!, los santos ya han desaparecido. Si es verdad que Cristo, al pasar por Ávila y ver la árida desnudez de su suelo, derramó lágrimas que se petrificaron, ¡bien copiosamente debió llorar sobre esos melancólicos llanos! En el pico más alto de una roca, la catedral, mitad iglesia, mitad fortaleza, formando con su ábside uno de los torreones de la muralla, se yergue sobre la ciudad que defiende; sitio adecuado para centinelas y rendir homenaje al Dios de las batallas. A su sombra se agrupa la ciudad: laberinto oscuro y tortuoso de callejas y calles angostas; filas de casas lóbregas; puertas cuadrangulares o en arco, ornadas de arrogantes escudos; y en la lejanía, asomándose por cima de los tejados, alguna torre mudéjar que parece predestinada a atalayar las sierras vecinas.

Desde la catedral, las murallas, distantes entre sí poco menos de media legua en su parte más ancha, siguen el ritmo sinuoso de la cumbre de la montaña y, precipitándose, se estrechan bruscamente hasta dominar el puente de Adajar, defendiendo su entrada. Al noreste, siguiendo primeramente el río, cuya plácida corriente interrumpen a trechos molinos de un estilo casi moruno, como los de Córdoba, y apartándose de él, en la hondonada, hasta que sólo se distinguen las copas de los chopos que se extienden a lo largo de las orillas, una senda se pierde, serpeando por las incultas soledades erizadas de piedras, pasa por entre tomillos y romeros y conduce al convento de la Encarnación. Enfrente del puente, en línea recta, allí donde las carreteras de Salamanca y de Piedrahita (ambas modernas) se separan, hay unas ventas al pie de una arenosa colina que marca el principio de la abrupta cuesta, única comunicación en tiempo de Teresa entre Ávila y los áridos páramos que se extienden hasta Alba de Tormes. A corta distancia, los Cuatro Postes indican el lugar donde el infantil viaje de Teresa hacia el martirio tuvo repentino fin. El puente estrecho y empinado que ella conoció ha desaparecido, como también la pequeña ermita de San Lázaro, por la que sintió tanto cariño en su niñez. Esta ermita franqueaba la entrada del puente y en ella veía la

absurda fe de aquellos tiempos, una protección tan poderosa como en las murallas. Al otro lado del puente—sitio el mejor todavía, como en los tiempos antiguos, para observar el ir y venir de la población de Ávila—, está la cavernosa puerta que se atrancaba al anochecer. ¡Desgraciado el viajero a quien alcanzase la noche lejos de la población, pues hasta ser de día nadie podía salir ni entrar por ella! La intensa sombra de esta puerta sirve de marco a una soleada calle, angosta, tortuosa y desierta, que se empina en estrecha cuesta entre altas paredes, agrietadas por el tiempo y tostadas por el sol con indefinibles tonos de color. Sigamos por esta calle hacia la población. Entre sus tapias y las murallas de la ciudad, mirando a través de las rendijas de alguna puerta carcomida, puede verse la tierra cubierta con los escombros de las que un tiempo fueron casas, y cultivada a trechos, donde es posible. Acaso también, allá a lo lejos, se alza alguna casita con su característico ajimez, delante de la cual una higuera bravía extiende sus ramas. En tiempo de Teresa, esta calle, que rara vez resuena hoy con el eco de los pasos de un transeunte, estaba habitada por un populoso vecindario de laboriosos y sencillos mudéjares y judíos y era la arteria principal de la ciudad, línea central entre las murallas. Por aquella sombría y silenciosa puerta del puente, pasó en un tiempo el oleaje de la vida extraña de la Castilla medieval: desfiles de guerreros armados y empenachados; partidas de caza con sus halcones y alanos; obispos con toda la pompa pontifical por entre arrodilladas muchedumbres y una ola de viajeros y caminantes, cuyos pies, cansados, dejaron huella sobre la calzada al emprender el viaje que les llevaba lejos, muy lejos de Ávila, a desaparecer para siempre, ¡quién sabe!, hasta del recuerdo de los hombres.

Hoy sólo entran y salen por esta puerta, con sus borriquillos, unos cuantos labradores y aldeanos que conservan el aire digno y majestuoso de otros tiempos, y aún llevan el antiguo traje característico del país: los ajustados calzones atados con cintas a las rodillas, la chaqueta corta, parda o negra, y las albarcas sujetas a las piernas con correas. Vienen también de aquellas aldehuelas escondidas en las sierras, mozas de frescos colores, llevando con una exclusiva gracia regional su refajo corto, rojo o amarillo, corpiño bajo de terciopelo y grandes zarcillos de curiosa e intrincada labor. Esto es lo único que queda como un perfume del pasado, destinado a desaparecer pronto hasta en esta remota y abandonada región de Castilla. No hay más de la vida que Teresa conoció. ¿Dónde están los hidalgos? Sólo quedan los aldeanos. Sus costumbres, su ropa, sus refranes, sus extrañas leyendas, son las mismas de aquellos sus abuelos que pasaban con bu-

ros o yuntas de bueyes por enfrente de la casa de un tal Alonso de Cepeda. Los mismos Gil y Pascual, Blas, Llorente y Mengo; los mismos pastores de tez curtida, con sus zamarras; las mismas zagalas de rojas mejillas que celebraban el nacimiento y la resurrección de Cristo, cantando las letrillas que Teresa escribiera para sus monjas en aquellas grandes fiestas, letrillas cuyo rústico lenguaje, simbolismos y sencillez de factura han interesado tanto a eruditos y meticulosos comentadores. Para ella, el nacimiento de Cristo tuvo lugar, no en Bethleem, de Judea, sino en alguna cabaña perdida en los repliegues de las sierras castellanas, en cuyo techo blanquean tempranas nieves. Para ella aquel lucero que brilló en los cielos estrellados de Judea, esparció sus místicos reflejos sobre los helados campos de Castilla.

Paisaje, ciudad, catedral, gentes, clima: todo es igualmente severo, nublado, fiero y tormentoso. La nieve y el granizo, el viento y la lluvia azotan aquellas áridas llanuras desde octubre hasta junio; y a esto sigue un período terrible de calor africano. Allí son desconocidos el otoño y primavera. La influencia del clima y de la configuración del terreno se nota particularmente en el serrano de Ávila, de cutis fresco, enjuto y nervudo, timbre de voz recio y una pronunciación gutural distinta y clara.

Deteneos conmigo un instante al lado de los achaparrados rosales de la pequeña alameda situada bajo las murallas al extremo sur de la cumbre de la colina, a cuyo frente y a nuestros pies, agrupados en torno de sus iglesias respectivas, se inclinan escalonados los barrios de San Nicolás, Santiago y Las Vacas. A la izquierda, brillando sobre sus faldas, el santuario de la Virgen de Sonsoles, y enfrente el delicioso valle Amblés, tachonado de blancas aldehuelas y oscuras manchas de pinares entre las rugosas faldas y los desfiladeros de las sierras de Ávila, Menga y Villatoro. Una tenue línea azul hacia el suroeste es la inmensa sierra de Gredos, barrera entre Ávila y Extremadura, minada por escondrijos hasta ahora inexplorados. En la cumbre, entre los picos de Los Dos Hermanos, de Gredos, hay un lago guarnecido de hielo, cuya insondable profundidad inspira un horror instintivo y particular. Allí existe todavía la *Capra Hispanica*, extinta ya casi por completo en el resto de España. Sobre esta desolada región se cernía, en tiempos de Teresa, lo mismo que ahora, el misterio de lo desconocido. La superstición y la ignorancia halló en ella un caudal inagotable de leyendas y consejas que de niña escucharía Teresa con frecuencia al ser contadas por los aldeanos en voz baja, al calor del hogar, en las noches de invierno.

Cuando se oculta el sol detrás del horizonte, el paisaje se llena de un inefable encanto. Llama a oraciones la grave campana de la catedral; repiten el toque con triste y lento tañido, una tras otra, las esquilas de las iglesias y monasterios... Fulge el claror aurífero de los recodos de un arroyo en la penumbra de la paramera, y las torres románicas y las casitas del barrio bajo se animan en una fantasmagoría policroma de reflejos. Las sierras se envuelven en sombra; parece que flotan cual nubes purpúreas bajo el ámbar pálido del cielo transparente; cae la noche, y extiende sobre Ávila su manto.

Aquí y allá, entre las parameras y la serranía de Ávila, hay pequeñas aldeas habitadas por pastores y duleros, hombres tan rudos como caballerosos, que apacentan sus ganados en las extensas y desnudas mesetas. Mesetas verdes y esmaltadas de flores en verano, con una franja brillante de hierba allí do tiene su cauce algún riachuelo que se precipita desde la sierra y atraviesa la inmensidad de la llanura; melancólicas e imponentes, en otoño, cuando bajo el gris del cielo aparece en ellas, solitaria, la rígida figura de algún pastor; y una extraña vegetación horquilleada, espinosa, abrasada por los ardores del corto verano, cubre el suelo donde crecen cardos gigantescos que dibujan su perfil abrupto en la neblina azulosa de las distantes montañas.

No siempre contempló Ávila el estéril y pedregoso desierto que tiene a sus pies, con la apatía de ciudad petrificada, de sombra espectral sin vida. Volved a las crónicas de aquellos tiempos turbulentos, tan vagos y confusos para nosotros, cuando godos y moros se disputaban el poder y los desfiladeros de las sierras no estaban nunca seguros contra las invasiones de los musulmanes. Muchos encuentros y combates se libraron bajo sus murallas y en sus desoladas llanuras; muchas veces la sangre de vencidos y vencedores enrojeció sus tranquilos arroyuelos. ¿No consta que el barrio de San Nicolás debe su existencia a una de estas escenas de feroces represalias? Los moros, lanzándose de los desfiladeros de las montañas en ausencia de los serranos (1), saquearon el país, ahuyentando los ganados hasta las mismas murallas. Los Caballeros de Ávila, a su vuelta, los persiguieron, y a orillas de un arroyo, cerca de Barbacedo, donde estaban acampados, dieron cuenta de ellos por completo. Los ingratos vecinos, sin embargo, empeñados en repartirse el botín después del

(1) Término que los cronistas de Ávila aplican constantemente a los Caballeros, bien por ser oriundos de las montañas de Cantabria o a causa de la sierra que defendían y donde tenían sus posesiones.

rescate de sus mujeres, hijos y posesiones, echaron a los victoriosos serranos con cajas destempladas, y buena se hubiese armado si el Conde Raimundo de Borgoña no hubiera acudido de Segovia a tiempo para establecer la paz. Los habitantes del interior de las murallas, que tan mal las habían defendido, fueron expulsados a un barrio allende la ciudad, y se confió la custodia de sus puertas a los belicosos serranos, concediéndose además, a cada uno, cincuenta caballos del rico botín. Esta querella entre los habitantes de dentro y fuera de las murallas, fué causa de que la ciudad se viese agitada, durante siglos, por enconadas luchas de partido que alcanzaron los tiempos de Teresa.

Durante cuatro siglos, la historia de Ávila fué la historia misma de España. Su misión fué defenderla, a la vanguardia de la cristiandad, contra las invasiones de los moros cerca de dos siglos. Intrépidos corazones se formaron en esa antigua plaza fortificada, que el arte y la naturaleza, a la vez, hicieron inexpugnable. Llave de las dos Castillas, defendiendo los desfiladeros del Guadarrama, que la separaban del antiguo reino de Toledo por un lado y los lúgubres puertos de Extremadura por el otro, fué codiciada lo mismo por el moro que por el cristiano. Arrebatada finalmente a los infieles por Alfonso VI, fué restaurada y colonizada de nuevo, después de Segovia y Salamanca, durante la última década del siglo XI.

De Asturias, de Burgos y de las abruptas montañas de Cantabria y Galicia, salieron los primeros habitantes de la reconquistada Ávila, trayendo consigo sus rebaños y ganados. Dos de los cuatro ilustres caudillos de este éxodo, fueron elegidos gobernadores con derecho de sucesión. En 1099, nueve años escasos después de haber sido bendecida solemnemente la plaza por el obispo de Oviedo, brotó, del seno de granito de las montañas—según la leyenda—, la dentellada cresta de sus famosas murallas, quedando rodeada la ciudad con una línea no interrumpida de fortificaciones. Defendían las entradas cinco puertas ciclópeas, verdaderas maravillas de la ingeniería medieval. Las casas de los caudillos formaban un interior de fortalezas dentro de las murallas que aquéllos tenían la obligación y la arrogante prerrogativa de defender, pues si bien Toledo estaba en poder de los cristianos, las montañas que circundan el Tajo y se extienden hasta Extremadura, se hallaban infestadas de emigrados y moros merodeadores que, bajando de sus escondrijos, acosaban a los cristianos en busca de rapiña. Centinela alerta, erizada de defensas, ceñida de murallas, todavía las más perfectas de Europa y el asombro de nuestra época, Ávila, madre de los más intrépidos guerreros de Castilla, parecía arrostrar el peligro desde su rocosa altura. ¡Bien cumplieron aquellos

caballeros de antaño! La primera en la lucha, la primera por su lealtad, Ávila de los Caballeros, Ávila leal, Ávila del Rey, tuvo siempre el arrogante privilegio de enarbolar su pendón en la vanguardia de los ejércitos. A su valor debióse, en gran parte, la derrota de Miramamolín (1) y sus huestes en la llanura de las Navas. Hoy sus pendones se pudren en las grandiosas naves de las iglesias de Baeza, Jaén y Granada. Un caballero español de aquellos tiempos no podía mostrar mejor prueba de limpieza de sangre que el descender de los grandes caudillos de Ávila. Después de la muerte de Alfonso, en 1109, cuéntase que la ciudad, sitiada por los almoravides de Alí, rechazados de Toledo, debió su salvación a la energía de una mujer. Tan familiar como las canciones de cuna, debió ser, para Teresa, la historia de Jimena Blázquez, aquélla que, cuando todos los guerreros estaban en campaña y las tiendas de los moros tachonaban la serranía, congregó las mujeres de Ávila delante de los baluartes, y cabalgó toda la noche en torno a las murallas de la población para mantener a los centinelas en sus puestos. «Amigas mías», decía, «haced como yo, y Dios nos dará la victoria». Dios se la dió. Hasta que las trompetas de Abdalla Alhacen tocaron a retirada, y las campanas de la catedral de San Vicente anunciaron el triunfo de los cristianos, no abandonaron aquellas mujeres las murallas que tan bizarramente habían defendido. «Dios había puesto en su corazón», dice la Memoria conservada en el libro de pergamino de Ávila, «gran osadía, ca non semejaban fembra salvo fuerte caudillo.» Por eso Ávila, este adusto y accidentado rincón de Castilla, se envanece muy particularmente de haber producido mujeres tan heroicas e ilustres como el primero de sus ilustres y heroicos hombres. El pasado de Ávila abunda en leyendas de este género y en otras aún más extrañas e inverosímiles. De ellas nutrió Teresa su imaginación en la infancia. En las largas noches de invierno, cuando, según era y es costumbre todavía, se reunían los jefes de familia en sus moradas patriarcales alrededor del fuego con su servidumbre, esos eran los temas que enardecían su sangre y su fantasía.

Sería un error suponer que en tiempo de Teresa fuese Ávila, cual hoy día, una ciudad sumida en la pobreza y en la desolación, con barrios enteros despoblados. Con la expulsión de los judíos recibió, ciertamente, un golpe de muerte. Con ellos desaparecieron los fabricantes de paños y alfombras, y los artífices y manufactureros (no en el sentido moderno), que enriquecían la ciudad gótica con sus indus-

(1) Corrupción del árabe Emir el Munimin, comandante de los fieles. Era Mohamed-el-Has hijo del célebre Yacub, llamado El Mansur, el «Victorioso», rey de Marruecos.

trias. Barrios enteros quedaron desiertos, y desiertos continúan hasta el presente. A los lados de solitarios callejones, formados por altos muros, trechos desnivelados, cubiertos de escombros y materiales de construcción, indican el lugar donde una vez tuvieron sus moradas los judíos, y dan idea de la extensión de lo destruído. No obstante todo esto, Ávila conserva todavía su antiguo prestigio, y la gloria de ser una de las más valiosas joyas de la Corona de Castilla. Dentro de sus muros se desarrollaron algunos de los acontecimientos de mayor transcendencia de la época. Ávila fué patria de Isabel la Católica, y en el palacio de Madrigal, hoy convento abandonado, pasó ésta su tranquila juventud. En La Dehesa, no lejos de las murallas de la población (1405), los nobles rebeldes arrancaron el cetro de las manos de la efigie de Enrique IV, y proclamaron rey, en nombre de Castilla, a Alfonso, su hermano menor. A pocas leguas de la población, en el monasterio de los Jerónimos de Guisando, Isabel fué reconocida por su hermano como heredera del trono, y en la Comunidad de Santa Ana de las Bernardinas, convento situado cerca de las murallas de Ávila, buscó refugio contra las intrigas de los nobles. Para darnos mejor cuenta del período en que vamos a entrar, no sería inoportuno hacer una breve reseña de los acontecimientos que agitaban la conciencia nacional durante la época del nacimiento de Teresa, signos precursores, indicio de la idea que, absorbiendo todo el heroísmo maravilloso de la España de entonces, dispuso, por muchos siglos, de la suerte de un Imperio, en el cual el sol nunca se ponía, encauzándolo hacia una ruina, cuyos efectos lamentamos hoy día.

Veintitrés años antes del nacimiento de Teresa, los guerreros avileses, a la cabeza del ejército castellano, ayudaron a coronar las luchas seculares de la reconquista con la toma de Granada. Las inauditas proezas y vicisitudes de esta maravillosa campaña, cuya victoria decisiva inició la ruina nacional, y en la que el espíritu religioso y patriótico de todo el Continente se había manifestado en una explosión de frenético entusiasmo, se contaba todavía con orgullo, y comentábase con efusión en Ávila, como en todo el resto de España, en tiempos del nacimiento de Teresa. Sin embargo, años después, los españoles apenas se daban cuenta todavía de su completa victoria sobre los más terribles enemigos de su raza y de su religión. Las fechorías de los desgraciados moros refugiados en las montañas inaccesibles de las Alpujarras, Ronda y Sierra Bermeja, que peleaban como lobos contra la Caballería de Castilla, siguieron aventando la llama del odio y de la intolerancia en el corazón de sus vencedores. Aún podía cundir, a cada momento, el grito de guerra contra un ejército invasor. En aque-

llos tiempos de difíciles comunicaciones, cuando no había más señal de alarma que alguna humeante atalaya, era un deber estar siempre alerta. El temor y el odio a los moros, se habían convertido en sentimientos instintivos y hereditarios; transmitíanse de padres a hijos como un legado. Tan sólo un angosto brazo de mar (conocido en árabe con un nombre ominoso para los españoles: La Puerta del Camino) le separaba del país del cual habían venido los ejércitos de Tarik y Muza a desembarcar, por primera vez, en Algeciras: la Isla Verde. Aquel punto había sido teatro de todas las invasiones sucesivas. De allí habían afluído, no sólo las tropas de Tarik y Muza, sino también los fieros almoravides, a fines del siglo XI, y la hueste victoriosa, cuya dinastía sólo pudo ser rota, más tarde, por el Santo Rey Fernando. Los reyes de Castilla, aquellos paladines que rescataron su patria, palmo a palmo, de las garras de los moros, soñaron, durante siglos, en conquistar las costas del Norte de África, fuente perpetua de peligro y eterna amenaza.

El mismo Fernando se sentía fascinado por el proyecto que acariciaron tantos antecesores suyos, proyecto que alucinó también a Raimundo Lulio, el gran filósofo y arabista de Mallorca, que, según algunos, murió apedreado en África. La misma idea adquirió de nuevo significación en un siglo testigo de la caída de la última ciudadela de la dominación árabe. Lo que había sido podía volver a ser; el Rey temía la contenida venganza de los moros rezagados en las sierras de Andalucía, de cuyas intrigas, con sus compatriotas de las opuestas costas de África, tenía fundadas sospechas. En 1500, so pretexto de una de las tropelías de los moros de las Alpujarras, marchó contra ellos con un ejército tan «poderoso de infantes y caballos como si hubiera nuevamente de conquistar el reino». Hasta el fin de su vida, el Rey Católico se sintió atormentado por el temor de una nueva invasión. Por esta razón, y con el doble fin de poner a salvo su gobierno interior de las intrigas y maquinaciones de los poderosos nobles, el astuto Fernando mandó una escuadra desde Málaga (1508), contra la piratería y el pillaje en las costas de Andalucía, Murcia y Valencia.

Expresión de la voluntad de Isabel, fueron las siguientes palabras: «Que no cejasen en la conquista de África, e de pelear por la fe contra los infieles.» ¡Ya va para cinco siglos, y aún no ha dejado España de dar cumplimiento al postrer mandato de esta insigne mujer! ¿Es esto fidelidad o atavismo?... De acuerdo con este pensamiento, en 1509, seis años después del nacimiento de Teresa, se aprestaron dos escuadras en España, la una contra Venecia, la otra contra Berbería. El Cardenal Cisneros, que tenía ya más de sesenta años, ofreció no sólo

adelantar los fondos necesarios, sino dirigir en persona la expedición, procediendo en seguida a llenar los cofres vacíos del Rey, por medio de cruzadas, jubileos y penitencias. Entre las dispensas concedidas en aquella ocasión para dicho objeto, a cambio de los ducados de los fieles, se cuenta una fechada en Valladolid, a 17 de octubre de 1509, a favor de un tal Alonso Sánchez, habitante de Ávila, legalizando su matrimonio con Beatriz de Ahumada, prima en cuarto grado de su difunta esposa. El renombre de uno de los hijos nacido de este matrimonio, había de extenderse allende los límites de su ciudad natal y los de España misma.

Imposible adivinar los planes que cruzaron por la mente de Cisneros al hacerse a la vela en Cartagena, aquella tarde del domingo 16 de mayo de 1509... Acaso la conquista de Jerusalén y del Oriente. En el sitio de Oran, rodeado de un séquito de curas y frailes que cantaban el *Vexilla Regis*, insistió en ponerse al frente del ejército español, y después de una terrible carnicería, en la que mataron cuatro mil moros, además de hacer cinco mil cautivos, consagró la mezquita el Cardenal cristianísimo, al ser tomada la ciudad por las tropas el día 18.

¡Cuántas otras conquistas no habría llevado a cabo de no ser por la aptitud de Fernando en España, y la conducta del Conde Pedro Navarro, que le obligó a embarcar el día 23 de mayo, una semana después de su salida de Cartagena, y de haber mostrado con el triunfo la eficacia de su política de exterminio!...

Pero volvamos a Ávila. Al Sur de la población, se encuentra el Monasterio Dominico de Santo Tomás, cuyo poderoso encanto atrae todavía a toda alma artista, a todo espíritu soñador. Siendo Teresa niña, era casi nuevo. Veintidós años antes de su nacimiento, los maestros canteros dieron los últimos martillazos en los bloques de granito y tallaron la última granada, emblema del único título de gloria de Fernando. Edificio construído para conmemorar la completa historia sobre la corte de Boabdil, el arco de cada puerta, cada moldura, cada nicho, cada pináculo, está adornado con guirnaldas de granadas, símbolos del triunfo de los cristianos, del cumplimiento de la jactanciosa declaración hecha por el Rey aragonés en sus tiernos años: «Yo arrancaré los granos de esa Granada.» Pero también conmemora algo más este edificio. La memoria de Torquemada está íntimamente entrelazada con el Monasterio de Santo Tomás. A él debe, principalmente, su existencia, y su construcción pudo llevarse a cabo gracias al rigor desplegado en la confiscación de los bienes de los judíos y moros. Los primeros sambenitos que se vieron en España aparecieron delante del altar mayor de este convento. En el primer cuarto

del siglo presente, los habitantes de Ávila mostraban todavía a sus hijos un punto elevado de la llanura, más allá de las murallas de la ciudad, donde unos cuantos infelices judíos fueron quemados *con toda solemnidad* en expiación de los crímenes imaginarios que les fueron imputados por los implacables dominicos. Una cruz verde, clavada en los baluartes del pórtico de la iglesia de San Pedro (acaso la misma que existe todavía en los muros externos de su ápside), conmemoró por largo tiempo la lúgubre escena, reproduciéndola con su extraño poder evocativo en la imaginación de los descendientes de aquéllos que la presenciaron. Delante de la entrada principal de San Pedro se instaló el horripilante tribunal de los frailes negros; y una apretada multitud, de instintos sanguinarios, llenó el espacio, donde ahora los lugareños de los vecinos pueblos y aldeas venden legumbres y carbón de leña. Por medio de torturas, demasiado horrorosas de narrar, torturas concebidas en aquellos claustros tan tranquilos, un judío convertido de Tembleque fué forzado a acusarse a sí mismo de haberse procurado, con la complicidad de otros inocentes, el corazón de un niño cristiano desaparecido de Toledo, para emplearlo, con una hostia consagrada, como conjuro contra los inquisidores, y, según decían, hacer morir a éstos de locura y poder restituír a los judíos el libre ejercicio del rito hebreo. Todo el fundamento de esta acusación se reducía al hecho de haberse hallado una hostia en las alforjas de García, el convertido de Tembleque, mas cómo y dónde se la había procurado fué circunstancia aclarada. Además, la prueba documental ofrecía muchas contradicciones. Ningún Alonso Martín de Quintanar, padre del niño que se creía asesinado, aparecía por parte alguna; la Inquisición, en la imposibilidad de identificar su personalidad, se vió obligada a designar la supuesta víctima con el nombre de «Niño cristiano», y en cuanto a la fecha de la comisión del crimen no se llegó nunca a un acuerdo definitivo. Poco importaba a los avileses la disparidad de las pruebas. Aceptaron la historia a ojos cerrados con todas sus horribles consecuencias; fué tal la efervescencia de odios y rencores que produjo en Ávila, que los Reyes Católicos, a la sazón en Córdoba, tuvieron que expedir cartas a los magistrados acogiendo los desgraciados judíos bajo la protección real, y decretando severos castigos contra sus perseguidores. La hostia que se suponía haber sido hallada en las alforjas del convertido, depositada en un cofrecillo de nácar, regalo especial de la princesa Margarita, esposa del joven príncipe de Castilla, fué venerada por largo tiempo en el Monasterio de Santo Tomás. Más tarde, a consecuencia de disturbios políticos, vino a parar a San Pedro, y es fácil que siga siendo todavía objeto predilecto de

adoración. Nótese que la quema de estos judíos fué la primera manifestación del poder del gran inquisidor en Castilla. Que la terrible acusación elaborada con todos sus repugnantes detalles en la paz del claustro, fuera algún secreto designio de Torquemada y de sus satélites para excitar el odio nacional contra los enemigos de su fe y crucificadores de su Salvador, no lo intentaremos decidir, mas es harto significativo que un año más tarde, cuando el hecho que acabamos de relatar había ya ocupado la atención de toda España y encendido el odio contra los judíos hasta su grado máximo, los Reyes Católicos firmaran en la Alhambra el decreto de expulsión. «No cabe duda—dice un crítico moderno—que Torquemada se dió maña, valiéndose del caso, para procurar que Fernando e Isabel llegasen a esa determinación. Esta fué la creencia general entonces...» Llorente, cuyo testimonio sobre tantas otras cuestiones ha sido aceptado sin excepción por los críticos españoles, poniendo acaso más empeño en justificar la conducta de su soberano que en investigar la historia, niega la veracidad del siguiente hecho que él mismo narra. Cuando los Reyes Católicos discutían si habían de anular el decreto de expulsión a cambio de los treinta mil ducados ofrecidos por los judíos más ricos del reino, Torquemada, presentándose de repente en la Cámara Real y sacando un crucifijo que llevaba debajo del hábito, exclamó, con voz estentórea: «Judas Iscariote vendió a su Salvador por treinta dineros, y Vuestras Majestades van a venderlo por treinta mil. Aquí le tenéis, tomadle y vendedle.»

Por lo que hemos relatado anteriormente, vemos cómo Ávila, la ciudad cuyos hijos fueron siempre a la vanguardia de los ejércitos españoles, tuvo también el triste privilegio de ser la primera que aventó las llamas de la intransigencia religiosa. Ávila inició la persecución que privó a España de ochenta y cinco mil de sus más inteligentes y laboriosos habitantes; justo era que purgase duramente su pecado. Dícese que sólo de Ávila salieron once mil cuatrocientos doce judíos, después de aquel edicto de marzo de 1492, por el cual Fernando e Isabel, bajo la sombra amenazadora de Torquemada, paralizaron de una plumada, en su reino, toda corriente de prosperidad material. De aquel momento data el progresivo decaimiento de la ciudad que había sido hasta entonces una de las más ricas de España. Ávila, como el resto del país, no ha dejado de sufrir nunca las consecuencias de ese golpe mortal asestado a sus industrias manufactureras, desarrolladas hasta entonces por los aborrecidos hebreos. Su enemigo implacable, el Gran Inquisidor de España, duerme el sueño eterno bajo frías losas en el centro de la vasta sacristía de Santo To-

más de Ávila, ajeno al vituperio, a la maldición que ha lanzado sobre él la historia. Ninguna inscripción conmemora su nombre ni sus virtudes. Tampoco la necesita. Por extraña coincidencia, el edificio destinado a conmemorar el triunfo y ser palacio de los Reyes Católicos, se convirtió en panteón de glorias y esperanzas.

Ahora bien; las desastrosas consecuencias de la expulsión de los judíos, llevada a cabo veintitrés años antes del nacimiento de Teresa, no se tocaron inmediatamente; el decaimiento nacional se hizo sentir poco a poco. Lo mismo que sucede en nuestra época en casos de índole análoga, el grave hidalgo de entonces se congratulaba sentenciosamente de una reforma que, a su entender, había limpiado la riqueza pública de sanguijuelas. En el siglo XVI Ávila contenía aún, dentro de sus murallas, catorce mil habitantes que la tradición hace subir a diez y ocho mil. Tenía quince parroquias, y necesitaba veinte molinos, de seis ruedas cada uno, para abastecer pan a la población.

Es digno de notar que la casa en que Teresa vino al mundo estaba situada en el barrio judío de la ciudad, desde entonces y para siempre desierto y abandonado, cuyo cementerio vino a ser, más tarde, el jardín del convento de la Encarnación, donde Teresa había de pasar tantas horas tranquilas de su vida.

Seis años escasos antes del nacimiento de ésta, otra ilustre castellana, la Reina Isabel, entregó su alma a Dios en Medina del Campo, poco antes de morir, pobre y abandonado en una lóbrega casa de Valladolid, aquél a quien ella había hecho Almirante de España: Cristóbal Colón. El descubrimiento del Nuevo Mundo, con sus riquezas y maravillas, vino a inflamar la imaginación, el ardor y la avaricia de la nación, trémula todavía con el júbilo de la victoria de Granada. Salían del puerto de Cádiz, escuadra tras escuadra, llevándose a los espíritus más aventureros de aquella época, sedientos de conquistas por la matanza y la crueldad. La suerte de los hermanos de Teresa está íntimamente relacionada con el descubrimiento del Nuevo Mundo. En aquellos tiempos sólo había dos carreras abiertas a los hijos de familias nobles: la de las armas y la de la iglesia. De los nueve hermanos de Teresa, siete fueron a buscar fortuna a «Indias». Sólo uno se hizo fraile. Las breves notas que acompañan a sus nombres diríanse una página de apolillado cronicón.

Hernán Ruy de Ahumada fué soldado ilustre en la conquista del Perú, y, a título de conquistador, fuéle asignada su parte de tierra y esclavos. Rodrigo, aquel hermano predilecto, compañero de niñez, a quien ella persuadió para salir juntos en busca del martirio en mano

de los moros, por amor a Cristo se fué al Nuevo Mundo con el grado de capitán, y murió en la conquista del Perú. Don Lorenzo salió también con el mismo grado, y llegó a ser tesorero de la provincia de Quito. Pedro sirvió al Rey de España en la conquista de aquel fantástico país sin límites llamado «Las Indias» por la Santa; volvió a su patria buscando recompensa a sus servicios y murió al poco tiempo. Jerónimo pereció, como Pedro, en la conquista del Perú. Solía decir la Santa «que lo tenía por mártir, por haber muerto en defensa de la fe», y Agustín, otro bravo capitán, ganó diez y siete batallas en Chile y fué gobernador de una ciudad.

El relato de la última confesión de Agustín por el jesuíta Luis Valdivia, es harto curioso. Influído por las cartas amonestadoras de su hermana Teresa, abandona sus cargos en el Nuevo Mundo y llega a España en los momentos de la muerte de aquélla. No habiendo podido conseguir recompensa adecuada a sus servicios, acepta el cargo de gobernador de Tucumán, donde cae enfermo y tiene que volver a Ávila. Tanto le atormenta la idea de que sus sufrimientos son el castigo divino por no haber escuchado los consejos de su hermana, que se agrava su enfermedad, y en su lecho de muerte se le aparece ella y le lleva al cielo. Antonio tomó el hábito en Santo Tomás de Ávila, y murió fraile.

Teresa debió ver estos jóvenes robustos en la plenitud de su juvenil entusiasmo. El chis-chas de espadones, espuelas y armaduras fué un sonido familiar para sus oídos. Muchas fueron las partidas de arrogantes caballeros y hombres de armas que vió cabalgar por las puertas de Ávila con rumbo a Portugal, Navarra, Italia, Flandes o para embarcarse en el puerto de Cádiz, alejándose de Ávila y sus sierras quizás para siempre. ¡Cuántas veces también vería entrar alguna pequeña compañía de soldados, algunos heridos y vendados, sobre caballos macilentos, cubiertos con el polvo del camino, trayendo el pendón de algún caudillo enemigo vencido en el campo de batalla para colgarlo, reverentemente, en las naves de la catedral! ¡Cuántas justas y torneos por los jóvenes hidalgos de Ávila debió contemplar durante aquellos tiernos años, en los que, según ella, se había complacido en tantas vanidades! Este fué el ambiente de la vida diaria de Teresa, ambiente cuyos detalles hace inciertos y confusos, para nosotros, el transcurso del tiempo, y llena de encanto el velo misterioso del pasado.

El espíritu de la época de Fernando e Isabel se extinguió muy lentamente en esta remota ciudad de Castilla. En Ávila repercutió, más que en ninguna otra parte de España, el eco de los combates. Todos

sus hijos fueron guerreros, lo llevaban en la masa de la sangre. Por eso decían:

«Se llamará avilés en esta tierra,
el que más hábil es para la guerra.»

No son frases desprovistas de alma o de sentido aquellas esparcidas por los libros de Teresa, aludiendo a la vida medieval que desaparecía en torno suyo, pero que iba a conservarse todavía llena de significación por algún tiempo: «El cristiano es el fiel alcaide del castillo en la patria de un enemigo, que se mantiene firme en su puesto con riesgo de su vida, antes que hacer traición a su señor»; o esta otra: «Alguno de esos buenos caballeros que sin sueldo quieren servir a su rey.»

Aunque el solemne y terrible auto de fe que tuvo por teatro el Mercado Grande de Ávila quedara grabado en la infantil imaginación de Teresa, no estuvo su niñez del todo desprovista de otras y más benignas influencias. Animadas peregrinaciones al famoso santuario de Sonsoles, situado en la falda de una colina, a una legua al Suroeste de Ávila, más allá del apacible valle de Amblés; visitas a la famosa Basílica de San Vicente, guardadora de los restos del santo de su advocación y de los otros mártires patronos de la ciudad, Sabina y Cristeta, y solemnes procesiones, a cuyo lado las de la España moderna, por imponentes que sean, no son ni el reflejo de aquéllas en las que, en medio del regocijo y devoción de la multitud arrodillada, Nuestra Señora de las Vacas, con su manto de terciopelo, resplandeciente de oro y perlas, era llevada en andas al convento de la Encarnación, terminándose la ceremonia en la antigua iglesia gótica de San Juan, donde Teresa fué bautizada. Teresa creía a ciegas (¡quién dudaba en aquellos tiempos!) las leyendas extrañas, famosas en toda la provincia.

Cuenta una cómo la Virgen, apareciéndosele a un pastor con el Niño Jesús en los brazos, le reveló el sitio de un remoto lugar de la sierra, donde había sido enterrada una efigie suya durante la invasión de los moros. «¡Son soles!», había exclamado el pastor al describir la maravillosa aparición; y de ahí el nombre que se le dió a esa efigie de la Virgen de Sonsoles. Ánimo tendrá quien se aventure, aun actualmente, a poner en duda la autenticidad de la imagen, objeto de tan grande devoción en toda la serranía de Ávila. En tiempos de sequías o de epidemias, la sacan de su ermita y la llevan a la catedral a recibir el homenaje de todos sus fieles, después de lo cual vuelven a trasladarla a su altar en la colina.

Más sorprendentes todavía son las historias de Nuestra Señora de las Vacas, llamada así por haberse aparecido a un carbonero en una vaqueriza. Otra versión (igualmente auténtica y digna de crédito) dice cómo un devoto labrador que se apresuraba siempre a ir a misa en cuanto oía tocar las campanas, encontró un día, al regresar de su trabajo, que las vacas habían seguido arando solas mientras él estaba en la iglesia. Pero lo más singular es que, según la leyenda, desde hace muchos siglos, en la víspera de la procesión de la Virgen, una mariposa, la más grande y más linda que jamás se haya visto por aquellas regiones, se posa sobre su manto y permanece allí todo el tiempo que dura la función, en señal de paz, de abundancia, de salud y prosperidad para el año entrante, creencia que fielmente transmiten de generación a generación los bordados de doradas mariposas que adornan el manto de la Virgen. Y, concluye el historiador de Ávila, uno de esos sencillos e inocentes sacerdotes, honra y oprobio, a la vez, del clero de España: «Expliquen los naturalistas, filósofos y racionalistas este fenómeno, y dejen que la piedad de Ávila se congratule de la aparición y constante permanencia de esta mariposa singular sobre el manto de la Virgen.» (Respetemos su creencia y la de todos los que piensan como él.)

En torno a Teresa, la niña de cinco años que edificaba en su jardín pequeñas ermitas que no tardaban en desplomarse burlando sus pueriles esfuerzos, y a corta distancia de la casa de su padre, surgió gallardo, leal y bravío, aquel mismo espíritu de castellana independencia que ya antes había alzado al pueblo y a la nobleza en defensa de sus antiguos usos y privilegios. Los habitantes de Ávila no se quedaron atrás en la defensa de sus libertades, proclamándolas resueltamente en las varias cortes convocadas por Carlos V, aquel joven flamenco, rubio, de saliente mandíbula, que, hasta entonces, sólo sabía pronunciar unas cuantas frases entrecortadas en la lengua de la nación que tenía que gobernar. Sin embargo, debemos hacer constar, que si bien es cierto que los avileses saquearon las casas de los dos procuradores que habían hecho traición a su cargo, obrando en contra de los deseos generales de la comunidad, no se perpetraron allí las atrocidades llevadas a cabo en Segovia. En medio de la mayor tranquilidad se inauguró un Gobierno popular, compuesto de igual número de nobles y plebeyos, de propietarios, manufactureros y artesanos, entre los que se encontraba un cierto cardador llamado Pinillos que llegó a ser héroe popular, una de esas figuras de caudillo improvisado en tiempos de disturbios, que, apenas pasada la ocasión, vuelven a oscurecerse en su propia insignificancia.

En la sala capitular de la catedral se reunió la Liga Santa, compuesta de hombres cuyo trágico fin reviste de extraordinario interés este episodio de la vida nacional. El turbulento obispo de Zamora terminó su vida en la horca, y los nobles caballeros Juan de Padilla, Juan Bravo (cuya lúgubre casa existe todavía en Segovia) y Francisco Maldonado, encontraron heroicamente la muerte en el cadalso.

Solas María Pacheco y la mujer de Padilla, digna representante, por su valor y resolución, de la gran familia de los Mendoza, atrincheradas en Toledo, animaron hasta el último momento a valerosos ciudadanos a la resistencia contra las tropas del Rey.

Catorce años más tarde, ya en la adolescencia, oyó hablar Teresa (si es que no la presenció) de la entrada del Gran Emperador en su ciudad natal. Engreído con la victoria de Pavía, aún joven, y disponiendo de los destinos de Europa con los tesoros de España, hizo por aquel entonces, Carlos V, su única visita a la ciudad tan querida de su abuela Isabel. Entró en Ávila cabalgando bajo un baldaquín de brocado, acompañado de ciento cincuenta de sus cortesanos y caballeros, en corceles ricamente enjaezados. Cuidó de que hiciesen las autoridades los menos gastos posibles para su recepción, y pudo notarse que él iba modesta y sencillamente vestido, si bien, como primer jinete de su reino, ostentaba un lujo extraordinario en los aparejos de su caballo, magnífico animal castaño.

Ya hemos relatado, pues, algunos de los sucesos que agitaron la famosa ciudad del siglo XVI, que duerme hoy serena y casi olvidada, enfrente de su grisácea montaña. Ávila, residuo del pasado, ese aspecto seductor de la vida, intangible y confuso para nosotros. Mas por difícil que nos sea reemplazar perdidos eslabones en una sucesión de acontecimientos, podemos, sin embargo, ayudados de la sensibilidad, percibir destellos de luz en la oscura lejanía de la Historia; destellos vagos, zig-zag luminoso, cuyo rápido fulgor apenas nos revela la vida íntima de aquella Ávila antigua, perdida en las altas llanuras de Castilla. Ya que no podemos reconstituír detalle por detalle la vida, las costumbres de aquellas gentes que conoció en la niñez Teresa, tracemos algunos rasgos sugestivos, evoquemos, con un esfuerzo de la imaginación, el ambiente de aquellos tiempos. La monarquía, *no tuvo su asiento* en Madrid hasta mucho tiempo después de la época que nos ocupa; así es que, no existiendo en aquellos días Corte fija que atrajese a los nobles y hacendados, cada ciudad de España, aislada en realidad del resto del mundo, por falta de caminos, era, necesariamente, capital y corte de su distrito respectivo y reflejo completo de la vida social de su época, sin que perdiese por esto ninguna de

ellas su carácter peculiar, carácter que conservan hasta el día. Así, por ejemplo, sólo dentro de los muros de Ávila se hallaba toda la efervescencia de la vida medieval: el obispo y su clero, hombres de letras, hombres de leyes, nobles, guerreros, traficantes; en suma, todas las jerarquías y clases sociales. En torno a la nobleza, se agrupaban allí los caballeros e hidalgos de la provincia, aunque a juzgar por la cantidad de casas solariegas que pueblan la serranía de Ávila, no sería error grande suponer que muchos de éstos viviesen en las aldeas buena parte del año, y hasta permanentemente. El tío de Teresa, Pedro de Cepeda, y su cuñado Martín Guzmán y Barrientos, ambos hidalgos, vivían siempre en sus tierras, el uno en su «palacio» de Ortigosa, llamado todavía así por los aldeanos de hoy, y el otro en su mansión blasonada de Castellanos de la Cañada, a mitad de camino entre Ávila y Alba. Entonces estaban llenos de vida y movimiento esos sombríos palacios fortificados de Ávila, esos patios cubiertos de hierba, esas torres cuadrangulares con troneras, hoy tan tristes y abandonados. La riqueza y el lujo no existían entonces, pero sí esa magnificencia austera del monasterio, que nada tiene que ver con el significado actual de esas palabras. En realidad, únicamente el monasterio es lo que puede hoy darnos cierta idea de las moradas, de las costumbres y mil detalles minuciosos de la vida de aquellos españoles de la Edad Media. Símbolos de su carácter son sus casas solariegas, sólidas, frías, suntuosas, espaciosas, llenas de penumbre. El español es, por naturaleza, grave, formal y ceremonioso, caracteres que el de entonces poseía en exceso. Las fiestas y saraos que alegraban las cortes italianas, eran para él cosa desconocida. Sobrio y frugal, el castellano huía del mundo exterior en el retiro de su casa. El rasgo característico de la sociedad de la España medieval, era el marcado espíritu democrático, que unía a todos los elementos heterogéneos que la formaban. Las relaciones entre el noble y el vasallo, entre el amo y el servidor, eran de un carácter enteramente patriarcal. La distinción de clases en un país donde todos eran caballeros, donde todos habían luchado juntos para arrancar, palmo a palmo, su suelo al invasor, existían y existen todavía, aunque más en apariencia que en realidad. El último ciudadano de Ávila era, antes que español, avilés, y como tal, merecía y recibía la consideración de todos sus conciudadanos, ya fuesen nobles, comerciantes, artesanos o jornaleros. El mero hecho de encontrarse aislados del resto del mundo, como hemos dicho antes, les hacía reconcentrar todos sus intereses en aquel rincón determinado, y fomentar relaciones entre todas las clases. El principio vivificador de aquella sociedad consistía en la cooperación mutua, en una especie de liga

ofensiva y defensiva contra el resto de la humanidad. Los habitantes de una ciudad vecina, Medina del Campo, por ejemplo, eran considerados como extranjeros en Ávila, donde, en cambio, tenía derecho indiscutible a la benevolencia y a la consideración general de la comunidad cualquier habitante de su serranía.

La vida misma de los Reyes participaba entonces de una grandiosa y pintoresca sencillez. Iban de un lugar a otro a caballo, no como ahora, enjaulados en trenes a modo de reales *commis voyageurs*. Isabel la Católica, como si tal cosa, se marchaba sola a caballo desde Valladolid a Simancas. Todas las clases sociales viajaban del mismo modo: a caballo o en mula atravesaban los nobles y los plebeyos los desiertos de Castilla, y en estos viajes hasta los Reyes pasaban hambre, sed y fatiga, y—*¡oh duras sellus Iberiæ!*—la soportaban con el mismo estoicismo inflexible de sus acompañantes.

Estas extrañas circunstancias, obrando sobre el temperamento español, dieron por resultado una raza de singular nobleza, fornida y varonil, de vida y costumbres sencillas, capaz no sólo de proyectar, sino de llevar a cabo grandes empresas. Despreciaba las comodidades materiales, y consideraba deshonroso, denigrante, el tráfico comercial. Lo mismo el hidalgo que el jornalero, por pobres que fuesen, dejaban el comercio en manos de los judíos, y el desarrollo de las artes e industrias a los moros. El tener una hostería, el hospedar por lucro, era de todas las maneras de ganarse la vida la que se consideraba como más despreciable e ignominiosa. En algunas ciudades hubo que recurrir a mandatos que obligaban a cada vecino a desempeñar, por turno, tan odioso deber durante un año.

Ponz atribuye la decadencia y ruina de Ávila no tanto a la expulsión de los judíos como a la corriente centralizadora de aquel entonces. Sus palabras son dignas de citarse:

«Ávila se encuentra en un período de creciente decadencia debido, en gran parte, al hecho de que de toda la nobleza hereditaria, y de todas las clases acomodadas que tuvo en otro tiempo, no queda apenas un solo propietario que resida en ella, ni rastros de sus familias. Está llena de labradores arrendatarios y de mayordomos que no tienen otro empeño que acrecentar con el apremio las rentas de sus señores, mientras que los pobres aldeanos apenas pueden ganarse un mezquino sustento por mucho que trabajen. Los propietarios no están allí para ver las fatigas que pasan sus vasallos ni oír sus quejas, y casi consideran sus tierras como cosa extraña, siendo así que debieran procurar su prosperidad, estimulando y protegiendo a los colonos siquiera fuese en interés propio. La corte (Madrid) se ha tragado, durante un siglo, in-

finidad de familias que desempeñaban un papel importante y eran de gran utilidad en las ciudades, puesto que velaban ellas mismas por sus bienes que han abandonado desde entonces al gobierno de mayordomos. Además, practicaban el ahorro y la economía con el fin de poder dar a sus hijos educación y posición adecuadas, y encaminaban sus esfuerzos al mejoramiento de las ciudades y de los pobres, dependientes de ellas, y a otras mil cosas descuidadas ahora por las atracciones de la corte, donde viven, generalmente, olvidados hasta de sí mismos. El Gobierno reconoce estos males y ha procurado, con frecuencia, remediarlos.»

Tal fué la opinión de un sensato viajero a fines del siglo XVIII, sobre un orden social que, por fortuna o por desgracia, parece haber desaparecido para siempre.

Los reinados de Carlos V y de Felipe II fueron épocas de transición. España, como el resto del mundo, iba desprendiéndose del medievalismo y entrando gradualmente en las corrientes del progreso moderno. La expulsión de los judíos cambió, grandemente, el carácter de la nación. Casi podría decirse qne el que hasta entonces había convivido en amistad con ellos no era el mismo pueblo que los expulsó. Ya no existía el viejo español de tiempos de Fernando e Isabel, semipagano semimaterialista, parco en palabras pero largo en obras, cuya religión, muy diferente de aquel credo seco y tétrico en que se convirtió después, alentado por el fanatismo, era un viejo régimen heredado de sus antepasados que él aceptaba de buen grado sin dejarse atormentar por escrúpulos de conciencia. Con él había desaparecido también un mundo jovial, inconsecuente y exuberante en goces de la vida. Ya no había más juglaresas moriscas errantes de ciudad en ciudad, deleitando a las gentes con sus danzas y canciones. El prelado levantisco y guerrillero que figuraba a la cabeza de todas las conspiraciones, capaz de guiar un ejército al campo de batalla, y que aseguraba, con frecuencia, la sucesión de su beneficio para un hijo o para un nieto, había desaparecido naturalmente. El párraco del tiempo de Isabel, suficientemente habilitado, con un poco de gramática parda para el ejercicio de su divino ministerio, estaba ahora obligado a saber latín y a poseer un breviario. Los monasterios, llenos de frailes joviales, amigos del buen vino, que contribuían también a poblar las aldeas vecinas, puestos los ojos en los bienes de este mundo más que en los intereses espirituales del venidero, habían sido también reformados, aunque es dudoso que se efectuara un cambio radical en lo concerniente al clero y a las órdenes religiosas hasta que el concilio de Trento abordara de lleno los problemas que amenazaban minar los cimientos de la cristiandad católica.

Aquella ralea de abades, beneficiados, obispos, legados, cardenales e infanzones que daban en arriendo sus posesiones y no se les veía nunca en ellas, había sido ahuyentada.

En los comienzos del reinado de Isabel, el hecho de ser enterrado un primado de España, el arzobispo Carrillo, al lado de su hijo natural, no causaba escándalos ni murmuraciones. Su tumba de alabastro, maravilla del último período del arte gótico, puede verse todavía en la iglesia colegiata de Alcalá de Henares. En verdad, lo que sorprende en la España medieval, teniendo en cuenta lo que llegó a ser después, no es la intolerancia, sino más bien la tolerancia, no sólo de los propios vicios y los del prójimo, sino de las creencias religiosas. En Ávila, por ejemplo, vivía el cristiano al lado del mudéjar y del judío, y, como símbolo de esa convivencia, se alzaban, simultáneamente, una al lado de la otra, la torre románica, la mezquita y la sinagoga. Las flamantes almenas de la catedral de Ávila, los artesonados de cedro de sus palacios, incrustados en nácar y marfil, eran obra de artífices mudéjares, y fué preciso promulgar una ley para desarraigar la predilección que por el médico judío mostraba el cristiano en sus enfermedades.

Volvamos ahora nuestra atención a los españoles de los últimos años de Carlos V y del reinado de Felipe II. ¡Sentimos el alma desfallecer de desaliento y desesperación!

Creyérase que los grifos y demonios monstruosos tallados por los artistas de la época medieval, que se enroscan viscosamente entre las hojas de parra y trébol de los chapiteles, se habían encarnado en la mente del hombre, enloqueciéndole con sus fantásticos terrores. El mundo se había convertido en una extraña y enfermiza quimera de sombras. Cada acción encubría un pecado; la vida era tentadora maldición, infundio del enemigo del hombre para destruír el alma, obra de Dios. En lugar de aquella fe animosa que les había hecho ganar tantas victorias; en lugar de aquella creencia en la tangible realidad de la virgen madre que recoge a sus hijos cargados de penas y pesares bajo estrellado manto, sólo veían a Dios como un ser mezquino, celoso, vengativo, especie de archiinquisidor que les amenazaba de continuo con llamas horripilantes de fuego eterno. No debe sorprendernos que los hombres dudasen entonces si había penitencia o mortificación, por extremada que fuese, capaz de alcanzar para sus culpas el perdón de ese Moloch de su creación. Siendo el más exigente y fiero artículo de fe de su adusto credo de honor social la venganza de las injurias, era el perdón cosa opuesta a su propio carácter y tradiciones, y dudaban de que hubiese medio, por violento que fuese, ca-

paz de aplacar la divina ira. ¡Cuán verdad es que el hombre hace a Dios a su imagen y semejanza! La religión concebida y practicada por ellos, según la enseñanza inquisitorial perdonaba..., ¡qué digo perdonaba!, consideraba actos meritorios las cobardes matanzas de indígenas en el Nuevo Mundo, y esto por mero fanatismo religioso, pues el odio de raza sólo existía a la sazón en estado latente. Cada judío que degollaban, cada moro que expoliaban y bautizaban a la fuerza, cada crueldad infligida en los infelices habitantes del Perú, Chile o Méjico, eran otros tantos sacrificios ofrecidos a ese Dios, sacrificios que limpiaban de pecado en este mundo, y les eran abonados en cuenta en el venidero. Si se quiere hallar alguna atenuante a este ensañamiento en la destrucción de vidas humanas, busquémolos en el hecho de que el español era, por lo menos, consecuente con sus ideas, y demostraba su adusta sinceridad llevándolas al límite de sus consecuencias. No hacía más que extender a los que diferían de él en cuestiones de fe los principios que se aplicaba a sí mismo. Sólo había seguridad en un sitio contra las asechanzas del enemigo: el claustro. Sólo un pasaporte para el cielo: el cilicio.

La religión, ese anhelo intenso del bienestar de las almas, degenerado en fanatismo, fué la tea que encendió las hogueras inquisitoriales de Valladolid y Sevilla. El auto de fe era una consecuencia fatal, una vez admitido el dualismo de cuerpo y alma, o, mejor dicho, los derechos preponderantes del alma sobre el cuerpo. Teresa misma, a pesar de su naturaleza bondadosa, se afligía mucho más por la perdición de las almas de los judíos, que por los horribles tormentos a que eran sometidos sus cuerpos. La perdición del alma de un luterano la conmovía más que el chisporrotear de sus carnes en la hoguera. Mas no creamos que los hombres se han vuelto mejores, ni que sus sentimientos humanitarios se hayan ensanchado: no tenemos más que echar una ligera mirada sobre nuestro sistema social que permite al patrono vivir del sudor del obrero, para desmentir rotundamente semejante suposición. La razón de este amansamiento aparente de la crueldad humana, es más bien que los hombres no son ya capaces de abrigar ningún género de convicciones ni creencias con una energía y apasionamiento incomprensible para un siglo tan frívolo y relajado como el nuestro. Por esto solamente no tienen hoy lugar escenas como aquéllas: no por falta de fanatismo, sino por sobra de avaricia y egoísmo; no por falta de fe en la salvación del alma propia y de la del prójimo, sino por sostener una apariencia de bienestar general favorable a la codicia de llenar nuestras bolsas a expensas de los demás.

Ahora bien, si es cierto que la intolerancia marcó a fuego el carác-

ter nacional, debilitando el arrojo y robusta independencia de la vieja España luchadora semipagana, casi materialista, es también cierto que esta misma intolerancia, cual lejana hoguera en el pico de una montaña, brilla en la historia con la fatídica grandiosidad de todas las grandes aberraciones, de todo principio, de todo ideal, por falso que sea, llevado al extremo de la exageración por el fanatismo. Semejantes aberraciones no son en absoluto estériles en frutos de amor al deber y a la humanidad con todos sus sufrimientos y flaquezas. La misma constancia y exagerado fervor en la persecución de sus fines, redime a esa edad de hierro de sus criminales desvaríos, violento contraste de fulgores y de sombras. El mismo inquisidor, tan temido, no era en manera alguna monstruo insensible a la simpatía y a la compasión, si en su aspecto oficial se convertía en un engendro diabólico, en la vida privada desplegaba las virtudes y la benevolencia propias de todo cristiano. Raras excepciones fueron el ambicioso Valdés y el vengativo Cano.

La Orden de los Dominicos, los frailes negros de la Inquisición, contaba con hombres eminentes en virtudes, erudición, literatura y dialéctica. La dulzura y pureza de estilo de Fray Luis de Granada, sólo tienen paralelo en la dulzura y pureza de su carácter. Domingo de Soto, Melchor Cano, adquirieron justa fama en el Concilio de Trento. Bañez, el amigo de Teresa, a los setenta y nueve años de edad, fué a pie a Roma e impugnó victoriosamente a los jesuítas Montemayor y Molina en la famosa Congregación *De Auxiliis*. Lemos se distinguió como campeón de la doctrina de la gracia de Santo Tomás. El ilustre arzobispo de Braga, Fray Bartolomé de las Casas, aceptando en cumplimiento del voto de obediencia el gobierno de una diócesis de 1.226 parroquias, conservó en la silla arzobispal el hábito sencillo del fraile y dedicó todas sus rentas a obras de caridad.

Por dondequiera que miremos nos encontramos con un fenómeno único en la historia del pensamiento humano: por un lado, la efervescencia intelectual de un escaso grupo de pensadores imbuídos de las tendencias del renacimiento dándoles expresión profundamente original; por el otro, el pueblo aislado por completo de esta actividad mental bajo la presión de las restricciones inquisitoriales. En oposición a un grupo de eruditos filólogos y comentadores esclarecidos, de sabios y teólogos, de filósofos, como Vives, considerado por Menéndez y Pelayo, «el más prodigioso de entre todos los productores del renacimiento», y Fox Morcillo, conciliador de Platón y Aristóteles, Gómez Pereira Valles, Huarte, Doña Oliva de Sabuco, nos encontramos con un veto riguroso de los inquisidores a todo libro impre-

so en lenguaje vulgar que osara ocuparse de los misterios de la fe.

Si continuáramos este examen, nos encontraríamos con otro fenómeno también singularísimo. No recuerdo quién lo ha dicho, mas es de todo punto cierto que en aquella época los hombres, si no socialmente, eran de fijo superiores por el relieve de su individualidad a los de hoy. Notad, por ejemplo, la franqueza y arrojo con que defendieron algunos de ellos, ante Carlos V y el mismo Felipe II, las libertades individuales y colectivas. En el momento mismo en que los conquistadores de América daban pruebas prodigiosas de heroísmo a fin de esclavizar las razas sumisas de América y convertirlas a la fe que los moros de Granada rechazaban prefiriendo la muerte y el destierro antes que aceptarla, se levanta Fray Bartolomé de las Casas y exige, arrogantemente, de Carlos V la independencia de aquellos hombres a quienes la naturaleza había creado libres, porque en esto creía hacer servicio a Dios, «puesto que si así no fuera, hablando con el respeto y reverencia debidos a tan poderoso Rey y señor, no me movería para ir desde aquí hasta aquel rincón, aunque fuese para servir a Vuestra Majestad».

Las corrientes de arte del Renacimiento se manifestaron con más vigor en España que en ningún otro país de Europa, a excepción de Italia, pero tomando siempre el sello indeleble del temperamento nacional. ¡Extraño y desconcertante espectáculo! En la época en que Alba diezmaba a Flandes, al fulgor siniestro de las hogueras inquisitoriales, vemos alzarse con toda su belleza pristina, para eterna delicia de los ojos del mundo, la ciudad de Salamanca y su catedral nueva (1), inspirada en el espíritu del recién despertado entusiasmo clásico; el Salustio español, según sus contemporáneos, Diego Hurtado de Mendoza, escribe su Historia de las rebeliones de Granada, y da el encanto de su lírica tierna al parnaso español la musa de Garcilaso. Los tallistas, herreros y bordadores de vestuario de iglesia españoles, eran los más renombrados de Europa en aquella época (2). A ella pertenecen muchas de esas rejas que separan el altar mayor del coro en las catedrales e iglesias colegiatas, y los libros iluminados con pre-

(1) Esta catedral presenta extraño contraste con la catedral vieja, joya del arte gótico, edificada por el duque Ramón de Borgoña, repoblador de Ávila. En ningún otro sitio, fuera de estos dos edificios, puede encontrarse con mayor claridad ni estudiarse mejor la diferencia peculiar de sus períodos respectivos.

(2) Tallistas famosos fueron Alonso Berruguete, Diego de Siloe, Andrés de Nájera en Castilla, Gaspar Becerra en Jaén y Pedro Delgado en Sevilla, donde sobresalieron también como bordadores Ochandiano, Camiña, Simón de Aspe y Juan Gómez. En El Escorial existía una renombrada fábrica de esta clase de bordados, dirigida por Fray Lorenzo de Monserrate, y después de su muerte por Diego de Rusiner.

ciosos diseños y miniaturas que sostienen los labrados facistoles de la catedral de Valladolid y de la iglesia del Monasterio de El Escorial. En alguna tiendecita oscura, con vistas a la calle, en las ciudades de Valladolid o Burgos, repujaban sus cálices, crucifijos y copones, hoy guardados en las umbrosas salas de tesoros de las grandes catedrales, aquellos plateros de la época, que, como en el caso de los Arce y los tallistas Becerra, transmitían a sus hijos y nietos los secretos de su arte a la par que su talento.

La música religiosa española de entonces era renombrada hasta en Italia. Imponente y severa, aún parece cundir el encanto latente de sus ecos por los ámbitos vacuos de las catedrales. El ciego organista de Burgos, Francisco de Salinas, fué declarado, por los mismos compositores italianos, *nemini secundos*. «Sabía de tal manera arrebatar con su arte a los oyentes y llenarles el alma con tan variadísimos sentimientos de tristeza y gozo, inquietud y calma», que hace declarar a Morales que ya no se sorprende de lo que Pitágoras escribió concerniente al poder de la música, y a él dedicó Fray Luis de León una de sus mejores odas. Las catedrales de Toledo, Valencia, Sevilla, Burgos, Santiago, crearon verdaderas escuelas de música religiosa; sus maestros enriquecieron los archivos con el copioso e inapreciable tesoro de sus trabajos. Jorge de Montemayor, autor de la novela pastoral *Diana* (Teresa debió haberla leído cuando devoraba con tal pasión aquellos libros de caballería, que ella misma se puso a escribir uno), fué tal vez más célebre como músico que como escritor, y acompañó a Felipe II, todavía joven, en su primer viaje a Alemania, Italia y los Países Bajos, como miembro de la Capilla Real, compuesta de los músicos y cantores más escogidos del reino.

Pasemos ahora, de las consideraciones de carácter general, a las individuales, y seguiremos describiendo el mismo contraste de amplitud y cortedad de miras intelectuales.

En ella fueron bordadas las famosas vestiduras cuyos modelos diseñó el Peregrino Tibaldo.

Felipe II, hombre vulgar, de ideas mezquinas, rutinario y fanático, en general era bueno, concienzudo y sinceramente fervoroso. A pesar de su exagerada religiosidad, en su manera de ser hay destellos de percepciones y miras, en alto grado sorprendentes para aquellos incapaces de penetrar en las complejidades del carácter humano. Es la más extraña anomalía de su siglo. Entusiasta protector de las artes, no tan sólo crítico, sino también capaz de concebir y poner en ejecución un plan tan grandioso como el de El Escorial, amaba y apreciaba sinceramente y con todo el entusiasmo compatible con su temperamento

frío, los cuadros famosos en el mundo, no escatimando ni esfuerzos ni dinero para adquirirlos. Él formó el núcleo del Museo del Prado, acaso el más importante de Europa. Señaló a Tiziano una pensión anual de doscientos ducados, y dió a Luqueto o Lucas Cangiasi doce mil ducados por pintar la cúpula del altar mayor y los techos de El Escorial (1). Su afición a la música no fué menos vehemente. Bajo sus auspicios se imprimieron y publicaron las obras de Palestrina, quien, agradecido, dedicó a su protector dos tomos de sus *Misas* más célebres. A la muerte de Don Diego de Mendoza, embajador suyo en las cortes de Roma y de Venecia, compró su célebre biblioteca para crear la de El Escorial. Adquirió ciento treinta libros prohibidos por la Inquisición, tomando además parte muy activa en la impresión de la Biblia políglota de Arias Montano. El crimen de que Felipe se hizo culpable ante la posteridad, no tuvo su origen en una crueldad inherente a su naturaleza, sino que fué el resultado de haberse sometido al yugo de la Inquisición con la misma mansedumbre que él exigió de su pueblo. Ni a él ni a sus confesores deben imputarse las terribles infamias de su reinado ni de su carácter, discutidos aún tan calurosamente por los historiadores. Atribuyamos más bien a una serie inevitable de acontecimientos el origen de la Inquisición y los errores de Felipe y de toda España.

Así como los reinados de Fernando e Isabel se consagraron enteramente al exterminio de los moros, pudiera decirse que Carlos V y su hijo consagraron los suyos al exterminio de la población cristiana de sus dominios; pero apenas había el César dominado la terca independencia de la raza española en Villalar, y aniquilado por completo el poder de esa nobleza que mantuvo en el tiempo pasado el derecho a apartarse de todo monarca que traspasase sus prerrogativas o intentase coartar la libertad personal, cuando un fraile agustino, con unas cuantas palabras, zarandeó en sus cimientos la cristiandad católica (2).

Carlos V y su hijo, paladines quijotescos de una causa desesperada contra lo inevitable, se alzan ante la faz de Europa para detener la marcha del pensamiento, son derrotados y burlados en su empresa por el protestantismo en Alemania y Flandes; pero nunca pierden la esperanza de librar a España (mas la qué precio!) del contagio de las

(1) Es dudoso, sin embargo, que esta respetable cantidad hubiese compensado al artista por la pérdida de su vida, causada, según dicen, por la posición anormal que hubo de tomar para pintar.

(2) Por más que las tesis de Wittenberg fueron publicadas antes de la ejecución de los comuneros, hasta que se celebró el Concilio de Trento, abrigábase la esperanza de salvar el abismo abierto entre el catolicismo y el protestantismo, y establecer un *modus vivendi*.

nuevas ideas. La sangre se derramó como agua; el Santo Oficio cumplía su misión en las plazas públicas de Valladolid; el Duque de Alba no le iba a la zaga en Flandes; España, en verdad, hizo un esfuerzo prodigioso y desesperado, mas en él consumió todas sus energías para no volverlas a recuperar, y sobre las ruinas de su valor, de su prosperidad y de sus libertades, alzó un monstruoso catafalco la fe católica. Entonces, por un momento al menos, bajo los auspicios reales de un fanático y las torturas de la Inquisición, el catolicismo llegó a su esplendor extremo. Jamás la conciencia religiosa se agitó más profundamente. De todas las corporaciones religiosas del país partió el grito de guerra contra el protestantismo. España obligó al Papa a reunir el Concilio de Trento; españoles fueron los frailes y prelados que insistieron en aquella Asamblea en la reforma del clero y de las Órdenes religiosas. Jamás dieron los fieles pruebas de mayor magnificencia; jamás alcanzaron los anales eclesiásticos de España mayor nombradía por razón del número de hombres célebres y buenos que contribuyeron a ello, hombres de vida pura e irreprochable, de nobles y fervientes aspiraciones.

Cada día se fundaban nuevas Órdenes, muchas de las cuales ofrecían ventajas positivas para las necesidades sociales de aquel período. Los hospitalarios de San Juan, por ejemplo, se dedicaban, especialmente, a la asistencia de los atacados de enfermedades venéreas; las Escuelas Pías de San José de Calasanz, a la educación de los niños pobres. Santa Teresa y sus frailes lucharon también por la unidad de la cristiandad católica, siendo objeto de la presente obra demostrar cuán noblemente siguieron éstos su empeño, pero todo este esplendor externo fué engañoso; oculto estaba el veneno que iba a corroer, en época no muy lejana, las energías del país que había dispuesto del destino de Europa, condenándolo a pasar por siglos de inanición y estancamiento. El empuje de la inteligencia humana no se puede contener ni reprimir impunemente. No pueden inmolarse los intereses de una nación ni comprimir violentamente su conciencia sin exponerse a su fatal venganza. Las maldiciones de todos aquellos mártires achicharrados y torturados por una mera exposición verbal de opiniones divergentes de la doctrina inquisitorial, cayeron sobre los hijos de sus verdugos hasta la cuarta o la quinta generación. En la época de Felipe III, aquella raza varonil, que descollaba entre todas las demás por su robusted, su valor y su insaciable sed de libertad, había degenerado en una muchedumbre de agrios y lúgubres fanáticos.

Las medidas represivas adoptadas en aquel momento, contribuyeron, más que ninguna otra cosa, al embrutecimiento de la inteligencia

nacional, y aún se sienten, en la actualidad, sus efectos. El espectro gigantesco de la Inquisición surgía constantemente con un gesto de amenaza en la conciencia perpleja del país. La única precaución contra la herejía era la ignorancia; preferibles eran sus sombras al fuego purificador de las hogueras. Sólo fanáticos de la clase de aquellos beatos exaltados que querían salvar el alma a expensas del cuerpo, son capaces de sostener que la Inquisición fuese la más benévola y paternal de las instituciones, y que, por una diferencia de opinión, se pudiesen quemar y mutilar cuerpos destinados a convertirse en polvo en la paz de la tierra. Pero lo que la humanidad no les perdonará jamás, cualquiera que hubiese sido el motivo, es el haber dejado caer su férrea mano sobre la inteligencia de la nación, anonadándola por siglos y siglos, y el haber consumido la alegre y exuberante energía de una raza tan grande y tan noble en otros tiempos. No negaré que el teólogo español hubiera leído detenidamente los santos padres y doctores anteriores a 1515, ni que estuviese familiarizado con los eruditos de la Edad Media, los filósofos árabes y judíos Maimónedes, Aberroes, Avempace, Tofail, los filósofos del Renacimiento y Raimundo Lulio. Tampoco negaré, pues en mi opinión está probado de sobra que España iba entonces al frente del mundo en materia filosófica. Ella fué la primera en darle los gérmenes maravillosos que Descartes y Bacon fecundaron más tarde. No negaré que fué grande, incomparablemente grande, en arte y en literatura, en independencia y robustez de carácter individual; pero debo hacer notar que esas brillantes manifestaciones intelectuales de que hemos hablado, sólo eran patrimonio de una escasa minoría de españoles (1). Los libros de que he hecho referencia, estaban escritos, generalmente, en el llamado lenguaje erudito, o bien era su contenido tan abstracto y elevado, que resultaba *caviare to the general* (2).

Poco importa que esos libros figurasen o no en el Índice, de no ser para unos cuantos eruditos que tenían los sesos hueros con la fina maraña de la *Summa* de Santo Tomás. «Lecciones de vana fistería, que nada enseñan al que las sabe, y nada pierde el que las ignora», según dice un escritor contemporáneo.

El mismo Emperador inclinó la cabeza ante un decreto de la Inquisición prohibiendo, no sólo la circulación de muchos libros que habían pasado libremente por las manos del pueblo, sino también la publica-

(1) Lo mismo sucedía, después de todo, en Inglaterra. Cualquier tema suscitaba cientos de tratados de erudición; mas ¿quién se recreaba cotidianamente con su lectura?

(2) Shakespeare. «Caviar para el pueblo.» Equivalente al dicho español: «Miel para la boca del asno.»

ción de otros. Durante el último año de su vida, tuvo que suplicar, humildemente, que le fuese permitido leer una traducción francesa de la Biblia. Un magnífico ejemplar, perteneciente a uno de sus servidores, Van Malo, había sido condenado a las llamas. Aunque bien sabe Dios que la falta de ilustración general era más que suficiente para impedir su lectura. La clase educada, había que buscarla, exclusivamente, en el clero, y aun así, era muy reducida. En Andalucía, particularmente en Córdoba, la instrucción era tan rara y escasa, que la juventud de las ciudades, sumida en el vicio y en la ociosidad, constituía un peligro constante para la paz pública. El grado de ignorancia de la población campesina de España, es cosa inconcebible para el que no haya penetrado de lleno en la vida rural de entonces o en la de hoy. Las aldeas y pueblos, raramente visitados, a causa de la distancia y de la dificultad de comunicaciones, carecían por completo hasta de la más rudimentaria idea de su religión, que sólo mantenían viva en el país los autos de fe, y en el extranjero, las matanzas al por mayor. Existían distritos enteros donde no se había oído siquiera el nombre de Dios. «Vivían—dice un español del tiempo—como los árabes del desierto» (1). Algunas veces, un fervoroso sacerdote, como el maestro Daza, de Ávila, recogiéndose la sotana, emprendía el camino por áridas llanuras y escondidas montañas para bautizar y enseñar el Catecismo; pero estos casos eran raros. ¡Cuadro horripilante el de estos pueblos y muchedumbres, enrojecido por las llamas de la Inquisición!

Mas toda edad tiene su Galileo, su Giordano Bruno. El viejo espíritu de independencia surgió de nuevo, hallando expresión, precisamente, entre aquellos eruditos religiosos cuya fama individual es gloria y prestigio inmarçesible en los anales de sus respectivas Órdenes. Fray Luis de León, y Malon de Chaide, ambos agustinos, libertaron a la lengua española del yugo, que la estaba convirtiendo rápidamente en un instrumento inútil y falto de expresión para fines literarios. Con palabras vibrantes de elocuencia, Fray Luis de León la defendió del estigma de ser indigna e inadecuada para la teología y la divulgación de pensamientos religiosos, y Malon de Chaide, escribiendo su *Magdalena* en lenguaje vulgar, convirtió en realidad la patriótica esperanza de que «una lengua tan rica y sonora como la de España, llegase a esparcirse tan ampliamente como sus banderas, que se extendían de un polo al otro, y que la gloria de las naciones se doblegase

(1) A esto me he sentido varias veces inclinada a atribuír la *selvática* altivez del aldeano español, condición tan prominente que lo separa, como tipo de diferente raza, de las clases media y alta, caracterizadas, la una por un desesperante *guacherie* y pobreza de espíritu, y la otra por el relajamiento de una seudoeducación.

ante España en este particular como se habían doblegado delante de sus armas».

* * *

Y ahora, lo mismo que nuestros antepasados buscaron en la tranquilidad del claustro bálsamo consolador para su atribulado espíritu, horrorizada de tanta crueldad y violencia, vuelvo yo también, con una sensación de alivio y desahogo, a la paz de los monasterios. Aquí halló la vida su más elevada y noble expresión. La religión no era, en aquella época, sólo un juego metafísico de palabras, cosa secundaria, como hoy. Era un fin nacional. Jesús, la Trinidad, el Espíritu Santo y Nuestra Señora, eran el santo y seña predilecto de la Armada Invencible. Para la mentalidad esencialmente positivista de entonces, Dios existía como una realidad concreta y tangible, no como un poder flotante en el espacio, al modo del Dios de los neocristianos de este siglo. Sólo una neblina tenue, impalpable, pronta a desvanecerse a cada momento, separaba el Supremo Hacedor de la vista de los hombres. La huella de su dedo veíase, clara y distintamente, en todo acontecimiento extraordinario. Una urdimbre enmarañada de fantásticas creencias envolvía la conciencia popular, creencias ya azules y acariciantes como rayo de luna, ya monstruosas y macabras, como engendros del Infierno. Loyola, *pieux chevalier*, hace ofrenda de su espada a Nuestra Señora en Montserrat. De ella, Madre Todopoderosa, dechado de encantos femeninos, irradia la benignidad sobre la vida de aquellos hombres. Cristo, en el mórbido realismo de la escultura medieval de España, entreabre sus febriles labios con palabras de inefable consuelo y tiernas amonestaciones ante el contrito pecador, de hinojos. El Diablo, ojos como brasas, turbante en los cuernos, aliento de fuego, lengua horquillada, atormenta las almas y las arrastra a la perdición. Tiene forma corporal; no es el fantasma de la carne inventado por la conciencia moderna; ni el sombrío ángel miltoniano, ruina del sublime orgullo; ni el rojo Mefistófeles, galante y decidor, del *Fausto*.

El fraile vestía a menudo su ascetismo con la armadura del soldado. No había transición entre el claustro y el campo de batalla. El polvo y el calor de las refriegas sofocan el impulso del pensar; mas una vez colgada la espada, cuando la armadura empieza a enmohecerse, el espíritu del soldado se recoge en sí mismo, y amedrentado ante el enigma de una vida futura, busca refugio contra la desesperanza del presente en la celda del monasterio.

Difícil es imaginarse el holocausto de vidas y ambiciones humamas que representa cualquiera de estos sombríos conventos perdidos en algún rincón apartado de Castilla y la Mancha. Toda la nación participaba de aquel espíritu que impulsó al mismo César a ir a esperar la muerte en la grandiosidad del Monasterio de Yuste, y a su hijo a recluirse en sus últimos años en El Escorial para tomar por mortaja un hábito de fraile franciscano y una tosca cruz de madera atada al cuello con una cuerda. La existencia de los nobles, severos y ceremoniosos en sus vastos palacios, era casi monacal. Pongamos sólo por caso la familia de Teresa. Su padre murió en olor de santidad. Hacia el fin de su vida, las visitas que acostumbraba hacer a su hija en el convento de la Encarnación, se hicieron más cortas y menos frecuentes, a causa del mayor tiempo que la oración y la contemplación le exigían. Y dos de sus hermanos, tíos de Teresa, se hicieron frailes; uno de ellos en los últimos años de su vida. Su hermano Lorenzo, tesorero en la ciudad de Quito, al volver a su patria rico y próspero, se ve también acometido del deseo de retirarse de un mundo que encontraba tan vacío, a pesar de sus riquezas, y pasa el resto de sus días en la sombra del claustro. Su vida en el mundo fué la de un asceta: ceñía su cuerpo con camisa de cerdas, y apoyado del buen sentido de su hermana, conocedora del mundo y las flaquezas de la carne, subió poco a poco la escala mística de la oración. El monasticismo era en aquella época la expansión espontánea de la sociedad, o, mejor dicho, su más alta y benéfica ambición. El monasterio mantenía latente el espíritu de comunidad entre los hombres, y era la barrera opuesta a la opresión del pueblo por el monarca y los nobles, y si bien es cierto que el poder de las Corporaciones religiosas era excesivo, hay que reconocer que éstas administraban con cordura y distribuían con generosidad sus riquezas. Nunca se dió el caso de que las comunidades fuesen acusadas de cometer atropellos con los colonos que cultivaban sus extensas posesiones, obrando sobre este punto, al menos, de conformidad con el espíritu de Jesús, por lo que merecen justas alabanzas. Ya en tiempo de Teresa observamos, por primera vez, la aparición de una corriente iconoclasta, desarrollada con tanto ímpetu por el Estado tres siglos después. Mas no debemos olvidar que no fué originada por cuestiones de moralidad ni buenas costumbres, siendo además independiente de los sentimientos del pueblo, que consideraba los monasterios como una bendición. La desamortización de los conventos en España, lo mismo que en Inglaterra en tiempo de Enrique VIII, fué una política provocada por la clase media, y sostenida principalmente en uno y otro país por aquéllos

que esperaban, y consiguieron en muchos casos, enriquecerse con los despojos de los bienes monásticos. Si Carlos V y su hijo Felipe se aprovecharon de un Breve pontificio para vender las donaciones legadas por sus antepasados a las iglesias y monasterios, obraron movidos por la vigente necesidad de oponerse a la bancarrota del país, y de llevar a cabo la guerra en favor de la cristiandad, intereses a los que no concedieron la misma importancia los benedictinos y bernardinos, ante cuya obstinada resistencia tuvo que ceder Carlos V, dejándolos en posesión de las incalculables riquezas de sus sacristías. Sin embargo, ni el hijo ni el padre hicieron caso de las reconvenciones de las Cortes para que se pusiese algún límite a la libertad de adquisición de la propiedad territorial por el clero y las órdenes religiosas. Carlos no se dignó ni contestarlos, según su costumbre, y de Felipe (que había fortalecido previamente su conciencia con los consejos de hábiles teólogos como Cano) no consiguieron más que esta lacónica respuesta: «A esto digo que no conviene hacer ningún cambio.»

Se ha calculado que en tiempo de Carlos V los frailes y el clero no poseían menos de dos terceras partes de los terrenos de España. Los frailes del ilustre monasterio extremeño de Guadalupe podían llegar hasta la frontera de Portugal sin salir de sus vastos dominios. Puede uno formarse idea del poder y riqueza que poseían y poseen todavía las comunidades religiosas, por el célebre convento de las Huelgas de Burgos y el esplendor de sus ceremonias. Y digo todavía, porque por paradójico que parezca, Carlos V y Felipe II inauguraron ya una era de decadencia del poder monacal. El caso a que me refiero, no es en manera alguna único, aunque sea excepcional.

Acompañadme imaginariamente al gigantesco edificio en ruinas que se alza entre prados ribereños a un tiro de piedra de la ciudad de Burgos. En el silencio de sus tumbas huecas y resonantes patios, evoquemos aquella vida del tiempo de Teresa. Surja ante nosotros, sólida, grandiosa e imponente, al encadenar los sutiles eslabones que nos unen a nuestros antepasados. Una vez más fluye en los silenciosos claustros la corriente de la vida humana: monjas que arrastran sus mantos por los viejos claustros, hombres de armas y vasallos que animan con su cháchara los patios exteriores, pobres que se apiñan en los umbrales esperando la limosna de la tarde. Caen sobre Burgos las sombras cárdenas del crepúsculo, y cuando los últimos reflejos del sol doran la primorosa aguja del campanario, abre sus puertas el convento al caminante y al peregrino. No había en toda España monasterio más orgulloso de su hospitalidad ni de más tono que éste. Eran

sus monjas todas de la nobleza; cada una tenía su doncella. La abadesa vitalicia de las Huelgas ejercía jurisdicción civil y criminal sobre sesenta ciudades y aldeas. Nadie, desde el Rey abajo, podía, como ella, pasar revista ni llevar al campo de batalla a tantos vasallos. Su jurisdicción espiritual era suprema, exclusiva, casi episcopal, *nullius diœcesis;* tenía poder para convocar sínodos y establecer leyes, aplicables, no sólo a sus súbditos eclesiásticos, sino también a los seculares. Las abadesas de diez y siete conventos filiales asistían al grande y solemne capítulo que se celebraba todos los años el día de San Martín, inmediatamente después de cantar Prima en Santa María de las Huelgas, y cuando la abadesa, con solemne aparato y rodeada de monjas y servidores, salía para asistir a la elección de otra abadesa en un convento sometido a su autoridad, su viaje era poco menos que una expedición real.

Por esa puerta, que sólo se abría a los soberanos, ha pasado hacia la iglesia del convento una pomposa teoría de Reyes y Reinas llenando la oquedad de las naves con rumores y ruidos de brocados y armaduras. Al vuelo las campanas en la enhiesta torre, herían el aire con triunfales sones, al traspasar aquéllos el umbral de las Huelgas entre filas de ricos homes y prelados y en su altar esplendoroso, hoy en una penumbra de tristeza y abandono, un día se ungieron Reyes y alzó su brazo la imagen milagrosa de Santiago armando caballero a San Fernando. Por esas mismas puertas, entre filas de sollozantes monjas, volvieron para siempre al santuario que conquistaron y hermosearon en vida, aquellos Reyes y fundadores en sus mortajas.

Cuando nos enteramos por las crónicas del número de aldeas, ciudades, bosques, viñedos, olivares y de privilegios soberanos y derechos e inmunidades concedidos a la Abadía de las Huelgas por Alfonso VIII, nos es casi imposible contemplar sin tristeza los restos del poder ilimitado de una grandeza abacial tan pintoresca. Nada pudieron contra la marcha del tiempo las palabras conminatorias del fundador de las Huelgas: «Y si alguna persona, fuere o no de nuestra sangre, osase quebrantar o aminorar esta carta de donación y privilegio, caiga sobre él la ira de Dios Todopoderoso y sea condenado como Judas el traidor a las penas del infierno, y sea, además (fíjese la atención en este además), multado a pagar al Rey cien libras de oro y pague al monasterio el doble del daño causado. Y yo, Alfonso, rey de Castilla y de Toledo, confirmo y autorizo esta carta, escrita por orden mía, con mi propia mano.»

Durante siglos, las abadesas de las Huelgas conservaron intactos sus privilegios e inmunidades, pero con el advenimiento de la casa de

Austria, como hemos dicho, empezó una nueva era. Otras instituciones ocuparon el lugar de los antiguos monasterios, cuyo poder y riqueza igualaban o sobrepujaban a los del Rey. Sus tesoros fueron saqueados por Carlos V, que vendió sus heredades y sacrificó en el crisol los objetos sagrados, custodias y vasos, dádivas de Reyes para costear interminables guerras.

Los decretos del Concilio de Trento fueron un golpe más severo todavía para aquel poderío monacal. La abadesa vitalicia que empuñara un báculo episcopal, inferior sólo al cetro real, fué suprimida y sustituída por otra que se elegía cada tres años. Las monjas, no sólo de las Huelgas, sino de los demás conventos, que habían gozado hasta entonces de bastante libertad y podían con ciertas restricciones salir y entrar a su gusto, tuvieron que someterse a estricta clausura. Pero, a pesar de haber sido tan restringido su poder, conservaron mucho del antiguo esplendor. Las monjas, como ya sabemos, procedían de las familias más nobles de España. Todo un vecindario de labriegos y dependientes rodeaba los grisáceos edificios de los monasterios, y en sus iglesias, hoy tan desiertas, no dejaba un momento de palpitar la vida... Ecos de pasos en las sonantes naves, bultos arrodillados en las sombras... En los altares enlutados, se ofrecían día y noche misas por las almas de los Reyes y Reinas allí enterrados, y veintiún capellanes celebraban oficios tan solemnes como los de las catedrales. Las Huelgas conservaban todavía una sombra de sus grandezas pasadas, mas ahora, al tañer de la campana de la torre, nido de cigüeñas, sólo se oye en la vasta extensión del sombrío coro el trémulo canturreo de unas cuantas monjas que parecen preguntarse con terror si llegarán a acabar sus días en aquel tranquilo asilo de su juventud, mientras que allá en lo alto de las naves conmemoran las espléndidas victorias de Castilla sobre los ejércitos musulmanes en las Navas, los borrosos jirones de una bandera.

En esos tiempos tenebrosos que hemos descrito en los que la menor imprevisión en el lenguaje, la menor vaguedad en la expresión de un dogma bastaban para arrojar a un hombre al calabozo o a la hoguera, como en el caso de Carranza, arzobispo de Toledo, cuya vida consagrada a la extirpación de la herejía era prueba, más que suficiente, de su ortodoxia, no quedaban más que dos direcciones a la energía del pueblo español, dedicada en el siglo anterior a coronar las inveteradas luchas contra los moros con su expulsión definitiva de España. Desde entonces, la mayoría de la nación, en la que los embaucadores religiosos pululaban y medraban a su antojo, encontró su refugio en la ignorancia y la superstición, mientras que los espíritus más delicados se

vieron forzados a huír de las tristes realidades, sin hallar más refugio que la vida interior, que un estéril ensimismamiento.

Pudiera decirse que la gran revolución del Norte de Europa y el renacimiento de la filosofía en Italia, coincidieron con la aparición, en España, de un grupo de místicos que dió expresión originalmente trágica a una doctrina anterior al cristianismo, cuya influencia se nota siempre a intervalos en la historia de la humanidad. El misticismo alemán del siglo XIV y el español del siglo XVI no fueron sino la resurrección en la conciencia universal de una doctrina tan antigua como el pensamiento mismo, esto es, el nihilismo de los budistas, el quietismo de los gnósticos, el iluminismo de los neoplatónicos, en fin, la eterna lucha entre lo ideal y lo positivo, al buscar audaz empeño a través de esa *materia* que no pocos filósofos consideran mera sombra, ficción o sueño, la única verdad, la realidad única, cuyo eterno misterio escapa a la torpeza de nuestros sentidos. Supremo esfuerzo para encontrar tras un conjunto de apariencias falaces el encadenamiento de la conciencia individual a la *causa causorum*, a la idea primera. Todo dogma, creación humana, llega a ser, con el tiempo, una mera curiosidad histórica, un simple medio de clasificación, pero su origen imperecedero es común a los místicos de todos los pueblos y todas las edades. La influencia del misticismo alemán en el español, que algunos discuten todavía, tan acaloradamente, es para nosotros una cuestión de orden secundario, y de bien escaso interés desde el momento en que ambas se consideran como manifestaciones diversas de un mismo principio. Sus divergencias son meramente superficiales.

La originalidad del misticismo español fué exclusivo resultado de las circunstancias especiales que acompañaron su nacimiento y desarrollo. Estudiemos ahora, brevemente, sus principales distintivos.

En el caso de Teresa, por ejemplo, vemos que su temperamento, entusiasta y apasionado, se revela contra la estrechez de un dogma demasiado limitado para su inteligencia, a la vez que su extraordinario sentido práctico le hace perder la paciencia ante la rutina de una vida conventual desprovista de todo sentido trascendental y en plena decadencia.

No sabemos si leyó o no las obras traducidas de Eckart, Fauler, Suso y Ruysbroech, que circularon libremente por España a principios del siglo, hasta que los elogios de Lutero hicieron caer sobre ellas las sospechas de la Inquisición. Tal vez se iniciara en el misticismo por Dionisio el Cartujo, que reprodujo las doctrinas de Eckart, y cuyas obras, así como las *Moralas* de San Gregorio y las Epístolas de

San Jerónimo, eran, según el testimonio de Sor Francisca de Jesús (1), sus libros favoritos. Además de éstos conocía bien los escritos de Fray Luis de Granada, el *Arte de servir a Dios* y el *Contemptus Mundi.* No necesitaba, pues, haber ido más adelante para familiarizarse con las doctrinas, que lo mismo pudieron producirse en Alemania que en España, si bien es cierto que en este último país no alcanzaron plena expresión hasta un siglo después. El libro responsable, más que ningún otro de su iniciación, fué el *Tercer Abecedario,* de Fray Francisco de Osuna, franciscano español que escribió a principios de su siglo. Según propia declaración de Teresa, este libro ejerció una influencia importantísima en su desarrollo espiritual. A pesar de no hacer nunca referencias a él, es fácil para el que esté familiarizado con los escritos del maestro y de la discípula, descubrir en ellos muchos puntos de semejanza que prueban cuanto debió Teresa al oscuro franciscano. Sea cual fuere la opinión aceptada por los críticos españoles, yo no encuentro en dicho libro, hoy mera curiosidad literaria, ningún signo de influencia alemana. La analogía entre el misticismo de Osuna y el de Eckart y su escuela, no es sino la que siempre existe entre escritores contemporáneos a quienes influyen de igual modo las corrientes intelectuales del período a que pertenecen. El misticismo de Fray Francisco mana de varias fuentes. Sus obras abundan en citas tomadas de los Santos Padres, cuyos nombres mienta en cada caso, y en ellas descubrimos rastros del platonismo que formó la base de las especulaciones de Dionisio, el pseudo Areopagita, San Gregorio Nacianceno, Clemente y Orígenes. Hasta qué punto estuviese impregnado de las ideas de la escuela alejandrina puede deducirse del siguiente párrafo inspirado en el más puro platonismo: «Acostúmbrate a buscar las razones y causas que has de hallar para hacer a las criaturas amantes en amor de Dios. Considerando estas razones, aparte de la criatura, y colocándolas y contemplándoles sólo en Dios, donde las encontraras unidas con más perfección, pues de Él, como de una fuente, emanan las causas que inspiran el amor, permaneciendo en Él en alto grado de perfección.» Puede que hubiera leído los místicos alemanes (si así fué, ¿por qué no los cita?), mas la influencia de estos (yo no encuentro ninguna) no es palpable ni directa. Sus autores favoritos, además de los Santos Padres, y los que él cita con más frecuencia, son: San Buenaventura, Gerson y Ricardo de San Víctor. Si Teresa supo algo de las doctrinas de Eckart, seguramente fué por Dionisio el Cartujo. Será

(1) A menos que se refiriese a la *Vida de Cristo,* por Ludolf de Sajonia, conocido, generalmente en España, por el Cartujo, en cuyo caso la hipótesis anterior carece de fundamento.

conveniente, pues, investigar qué doctrinas místicas eran estas que tanto se parecen a las de Schopenhauer, y así podremos llegar a un conocimiento más exacto de este grupo famoso de místicos, cuyas figuras principales son Teresa y Juan de la Cruz.

Entre el misticismo de ésta y el de Eckart existe un abismo. Eckart no fué sólo un místico, sino uno de los pensadores más grandes y profundos que produjo la Edad Media, y para cuyas sutilezas de pensamiento, parece no haber lenguaje suficientemente metafísico. Las doctrinas de los platónicos y neoplatónicos de Alejandría, florecieron con nuevo vigor en el atrevido panteísmo de este confuso místico alemán, que predicaba la unidad de Dios y la criatura en la conciencia.

«La verdadera vida—afirma—empieza con el anonadamiento de la personalidad de lo humano.» La inteligencia no halla descanso hasta llegar al conocimiento *a priori* de la Suprema Bondad y Sabiduría en el principio de la Divinidad, antes de que fuesen el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Con una lógica incontestable, llega al quietismo absoluto, a identificar al hombre con el Creador: «Si Dios quiere que yo peque, no debo desear no pecar.» A pesar de las pequeñas diferencias que los separan, Tauler, Suso y Ruysbroech están de acuerdo con su genial maestro en que la ignorancia de todas las cosas creadas, y la negación de sí mismo, son los únicos caminos que conducen al conocimiento de Dios. Hemos de morir para nosotros mismos, hemos de perder nuestra individualidad, antes de llegar a tener conciencia del Ser Divino. Los discípulos de Eckart enseñan el mismo quietismo, el mismo estado de receptividad pasiva. «El hombre tiene que enmudecer para poder oír la voz divina.» Ya sea especulativamente, por medio de una lógica rigurosa, como en Eckart, ya por exaltación del amor hacia su supremo fin, como en Suso, se llega a lo mismo: a la extinción de toda actividad consciente, al anonadamiento del hombre en el seno de la divinidad.

Bien podría decirse que el fundamento entero de la filosofía de Schopenhauer se halla en esta atrevida aserción de Eckart: «Sin el hombre, Dios no puede concebirse ni existir.» Dice aquél: «Desaparezca la conciencia en el hombre, y el mundo no existirá.» Esto, no es más que el pensamiento del místico amplificado. El misticismo, apartándose de las frías abstracciones teológicas, se basa en la experiencia individual del que, sólo por medio del amor, aspira a la transformación inefable del alma entera en Dios. «De tal modo gusta de ella, que se adormece como embriagada en su dulzura... Está callada; sus ansias, satisfechas; no desea nada más... Se duerme en sí misma, rodeada de resplandores, como Moisés en la montaña.»

Esta nota peculiar del misticismo se acentúa más en Teresa que en ninguno de los místicos de su época, exceptuando, tal vez, a San Juan de la Cruz.

Lo que para Eckart es esencia pura e incorpórea, tiene para Teresa forma y sustancia. Ella humaniza la Idea, hace palpable lo que no puede realizar por abstracciones ni por imágenes. Teresa es, ante todo, mujer. Sin embargo, su fineza espiritual, su poder intuitivo y la desviación anormal de su naturaleza, la llevan a los mismos resultados conseguidos por el intelectualismo del místico alemán.

Gracias a esta limitación de su pensamiento, y a su carácter práctico, no pudo prever los peligros que circundan la idea central del misticismo, cuyo fondo panteísta han comprendido mejor que nadie los defensores más fervientes de la ortodoxia de Teresa. San Juan de la Cruz, cuyo desarrollo intelectual, debido al estudio apasionado de la filosofía escolástica en su juventud, era muy superior al de la monja castellana, supo apartarse hábilmente del abismo que bordeaba, haciendo una distinción entre lo que él llama «transformación por participación en la unión» y «unión sustancial o esencial». Distinción que él explicaba comparando el alma a una ventana, que al recibir un rayo de sol, se transforma y parece ella misma luminosa, cuando, en realidad, la naturaleza de la luz, es tan diferente a la de la ventana, que ésta sólo alumbra por participación. Así es el alma, sólo por participación, y no sustancialmente, esencia divina. Este esfuerzo para resolver una dificultad insuperable, no es más que una sutileza dialéctica, por la que vemos cuán claramente comprendían y esquivaban los místicos los riesgos en el ejercicio de la contemplación divina. El misticismo es, pues, una reconciliación del panteísmo y el cristianismo. Los místicos alemanes llegaron a la negación de todo dogma histórico; pero los españoles, ante la amenaza de la Inquisición, retrocedieron atemorizados, y subordinaron sus esfuerzos por resolver la complejidad de los problemas que se les presentaban, a las exigencias del dogma y del Santo Oficio. Así, veremos cómo un procedimiento mental, por el cual espíritus no cohibidos por la represión hubieran podido emancipar intelectualmente a España, después de un breve período de apogeo, perdida toda significación y transcendencia, degeneró a ser instrumento en la causa evidente del fanatismo y la superchería de las clases más ignorantes de la sociedad.

¿En qué consiste la originalidad, la nota característica del misticismo de Teresa? En realidad, no añadió ella nada a la doctrina teológica de la Mística, según se expone en el *Tratado de la Oración*, de Fray Francisco, su iniciador en la vida contemplativa. Teresa siguió el

camino trazado por otros. Sus experiencias personales en el mundo introspectivo eran ya bien conocidas de todos los que habían profundizado en la Teología Mística. Si Teresa filosofó, lo hizo inconscientemente. Dudo que conociese más que de nombre a Platón, cuyas doctrinas sólo llegaron hasta ella por el medio, no muy claro ni fidedigno, de los Santos Padres; y no es seguro que supiera distinguir el platonismo en el fárrago de disquisiciones teológicas que lo envolvían y desfiguraban. Ignoraba por completo los términos más elementales de la Filosofía, como ella misma confiesa: «Tampoco entiendo lo que es el entendimiento, y en qué se diferencia del alma o del espíritu; a mí todo me parece uno.» A pesar de todo, los escritos de esta monja ignorante, tienen más valor para el misticismo que los de un gran pensador como Eckart, porque ella aportó al fondo común algo que éste no había poseído en grado tan marcadamente original. Mientras otros se limitaron al campo de la teoría, ella se aventuró, aun con riesgo del sentido común, a entrar en el de la práctica, llegando, con experiencias que creía exclusivamente suyas, a regiones apenas columbradas por sus predecesores. Su misma impotencia como pensadora, contribuye a acrecentar el interés, casi doloroso, que despierta la historia de sus luchas, hasta en sus más indiferentes lectores. A pesar de sus visiones y experiencias, no fué un *místico*, como universalmente se la considera. En mi opinión, fué un *asceta*. Fué grande en su esfuerzo constante para reconciliar la vida espiritual con el sentido, para hacerla comprensible, con expresiones gráficas, a los demás, y no en sus visiones, a veces groseras y desprovistas de toda poesía, ni en su manera peculiar de describirlas. Aunque no siempre, al contar sus emociones, éxtasis y raptos, «estos dolores, a la par dulces y lancinantes, estos momentos de oscuridad y desesperación», semeja su lenguaje el del amor humano; a veces sus palabras elevan el alma a las alturas de una infinita serenidad.

Víctima de la ilusión que llega a dominarnos al vivir con el pensamiento puesto en algún ser amado y para siempre ausente, ilusión que nos hace sentir la caricia de su voz, el rumor de sus pasos, y hasta el sostén de su voluntad en nuestras indecisiones, Teresa oyó la voz divina del Crucificado, sintió el influjo de su presencia. Jesús fué su confidente, el compañero de su vida.

Al dar sus primeros pasos en el misticismo, a los veinte años, fué su constante empeño—vano al principio, sin la fuerza evocadora de una viva imaginación—sentirse aprisionada en la humanidad de Jesús. Toda la ternura, toda la pasión de mujer desviada de sus fines naturales, se reconcentraron, en busca de reposo, en esa faz nublada,

en esos ojos llenos de dulzura, en la palidez de su frente, en el sufrimiento y la abnegación reflejados en su boca. Cristo, tal como se le ve en un magnífico cuadro que aún se conserva entre los tesoros de la Encarnación, y que la tradición afirma haber pertenecido a Teresa, fué el objeto de su pasión, y de él se sentía correspondida.

En sus noches de insomnio sigue al amado Esposo al huerto de Getsemaní, le enjuga el sudor de la frente, tiembla de delicia con su sonrisa, y en su desvarío busca en vano la forma y el color de los divinos ojos. Pasa su vida en íntima comunión con el fantasma, a cuyos pies se postra, abrazando sus rodillas con apasionamiento en la duda, y en estos delirios de extática unión, transida de dolor y de placer, desfallece y cae rígida como una muerta.

Este mundo ilusorio de alucinaciones que forjó y alimentó ella misma, llegó a dominar lo más recóndito de su naturaleza con toda la fuerza de la realidad. La prueba de que se dió cuenta de eso, dudando siempre de sí misma, se ve claramente al leer su vida con imparcialidad. Si era todo eso de origen diabólico o divino, fué un tormento constante de su vida, que sólo la abandonó al borde del sepulcro. A pesar de todo, no podemos nunca insistir con suficiente energía en el hecho de que si hubo engaño, ella fué la engañada, nunca la engañadora.

Sus visiones y éxtasis fueron examinados rigurosamente por los hombres más sabios de España, educados como perros en la caza de la herejía, y para quienes el misticismo era cosa sospechosa por creerlo relacionado con todas las aberraciones del iluminismo y del quietismo. En realidad, para un entendimiento no acostumbrado a las sutilezas filosóficas, la línea de separación entre el iluminismo y el misticismo resulta tan vaga, que es casi imperceptible. Esos hombres aportaron al estudio del caso de Teresa los más altos conocimientos de la teología, como en el caso del sabio dominico Báñez, hasta la más ruin e irracional prevención contra la santa y todo cuanto hacía; como en el de Medina, el inflexible catedrático de Salamanca; San Juan de la Cruz, el iluminado apóstol de Andalucía, y Juan de Ávila, tan opuesto a él en sus ideas y sentimientos, tuvieron que rendirse a una verdad inaccesible para sus inteligencias, convencidos y anonadados por la innegable sinceridad de Teresa.

Si no fueron más que alucinaciones lo que tanto la sostenía y fortificaba en sus propósitos, y las divinas locuciones simples falacias surgidas al calor y a merced de su deseo, tanto mayor es la prueba de que perteneció a esa raza de gigantes que fundaron religiones y dejaron la huella luminosa de su personalidad en el mundo.

Este poder de evocar y proyectar en nuestro espíritu la sombra de seres y cosas imperceptibles, para los demás es la visión de los profetas, fruto de un íntimo convencimiento en la grandeza de su misión, es la inspiración del poeta.

Is it a noise, or nothing answers me?
I hear a sound so fine-there's nothing lives
Twixt it and silence. Such a slender sue
I've heard when I have talk'd with her in fancy!
A phantom sound! (1).

Líneas son éstas que parecen escritas para revelarnos lo que Teresa llamaba sus diarias locuciones. Si éstas fueron, como han confirmado ciertos espíritus vulgares, incapaces de apreciar la belleza de su vida ni la grandeza de su alma, efectos de enfermedades extrañas y misteriosas o de una desorganización de las facultades sexuales, entonces Santo Tomás de Aquino, San Pedro de Alcántara, Juan de Ávila, San Juan de la Cruz y otros muchos padecieron las mismas enfermedades a juzgar por sus éxtasis, raptos y visiones.

Pero además del misticismo hay otro aspecto de la vida de Teresa, tan lleno de interés como poco apreciado: su carácter como reformadora religiosa.

Dos años después del nacimiento de la santa, publicó Lutero sus noventa y siete famosas proposiciones contra la venta de indulgencias. Ella fué testigo del crecimiento gradual de la herejía por todo el Norte de Europa, herejía que en España contrarrestaron, enérgicamente, los autos de fe de 1559 y 1560 en Valladolid y Sevilla, y otras medidas no menos terribles del Santo Oficio, que impresionaron indeleblemente la imaginación de Teresa, como lo demuestran algunos de sus escritos.

Unos cuantos espíritus escogidos, vislumbrando apenas las causas que ocasionaron el fin de una unión consagrada por siglos de existencia, emprendieron la tarea de hallar un remedio, y del mismo seno de la iglesia, surgió un pequeño grupo de ***revolucionarios***, que, conscientes del todo de la decadencia del espíritu religioso en España, vieron que el luteranismo no era sino la reacción inevitable contra los abusos de una institución degenerada y acariciaron en vano el sueño de que, al renovar viejos ritos y creencias con la savia de su olvidado

(1) ¿Es una voz o nadie me responde?...
Oigo un rumor tan débil,
Tan débil que nada del silencio lo separa.
La sombra de un sonido,
Lo que oigo cuando le hablo a ella con el alma.

idealismo, la iglesia católica podría, no sólo hacer frente a sus enemigos, sino aún recuperar sus hijos descarriados. Entre aquellos espíritus esforzados se encontraban Teresa y Loyola. El eco de las «miserables herejías», llegando hasta las alturas de Castilla, movió a Teresa a combatirlas con la oración, única arma de que puede disponer una monja; pero más tarde corrió leguas y leguas, fundando convento tras convento, a modo de recios baluartes de defensa contra el enemigo, al paso que Loyola formaba la Compañía de Jesús, apretada falange en defensa del papado contra Lutero. Ambos persiguieron el mismo fin, mas la obra de Teresa, tal vez por las mismas restricciones que le imponía su sexo (contra las cuales nunca dejó de protestar), fué más trascendental que la de su contemporáneo. No pudiendo ingresar en las filas como soldado de la fe, con las armas de la discusión teológica, se dedicó a robustecer el dogma y la estéril rutina religiosa con una elevada concepción del deber individual hasta entonces desconocida.

La obra de Teresa no fué resultado de una aspiración hacia un ideal abstracto; tuvo por base la experiencia, el conocimiento doloroso de los males que minaban las grandes órdenes monásticas. Si bien es cierto que éstas eran beneficiosas para los pobres, sobre todo para los trabajadores y labriegos que vivían a su sombra, también es cierto que ya no respondían al verdadero espíritu de sus fundadores. La disciplina interior dejaba mucho que desear. Para demostrar cuán secularizadas estaban dichas comunidades, sírvanos de ejemplo el convento de Córdoba, cuyas monjas llegaron a quitarse los hábitos para representar una comedia en presencia de un gran número de señoras y caballeros de la población y de la apiñada muchedumbre que llenaba la iglesia conventual. Por otra parte, fué tal el interés que despertó en ciertas Órdenes todo género de erudición y literatura, que bien podrían decir los puristas que aquéllas olvidaron por completo su fin esencial y verdadero. Así los agustinos no sólo podían enorgullecerse de santos, como el venerable Alonso de Orozco, sino también de escritores, como Malón de Chaide, célebre autor de la *Magdalena*, y Fray Luis de León, el más grande poeta lírico de España, sabio orientalista y uno de los primeros expositores de los textos sagrados, lo que precisamente le atrajo los odios de la Inquisición. Además de la secularización de las Órdenes, habla constantemente Teresa de la inmoralidad e ignorancia del clero y de los religiosos, convirtiéndose, así, a la vez, en portavoz del disgusto nacional por aquellos frailes, rollizos o remilgados, que sólo servían de estorbo, y de la frenética exaltación de un pueblo que se creía escogido para extirpar la herejía. Teresa y sus frailes, los jesuítas y dominicos, lanzándose a la bre-

cha, resolvieron la cuestión de la unidad religiosa en España. Estos hombres formidables, surgiendo en el mundo religioso en el momento en que hacían más falta, iban a impresionar a la humanidad indeleblemente con sus sayales y capuchones, sus pies desnudos, su ascetismo y el sacrificio de sus vidas en la soledad y el alejamiento.

El período heroico de la Orden de Carmelitas Descalzos, bien puede decirse que terminó al ser enterrada su fundadora en Alba; mas en los cortos años que durara, esos frailes hicieron florecer las olvidadas tradiciones del monte Carmelo, produciendo tal explosión de entusiasmo que toda España parecía vibrar con el espíritu de los fundadores de la Orden.

La historia de las primeras fundaciones de carmelitas es siempre la misma. Un grupo de encapuchados aparece de repente en algún paraje solitario, allá en donde la piedad había alzado una ermita en cumplimiento de algún voto. Rompen el silencio virgen de la inmensa soledad los golpes de hachas y azadones. Los hermanos construyen albergues con troncos y ramas de las encinas del bosque. El día lo dedicaban al trabajo; la noche a la oración. Transformaban en vergel la selva, y los eriales en huertos deliciosos y en viñedos. Su vida, de una austeridad extrema, era una lucha constante entre la carne y el espíritu siempre victoriosos. Caminaban en silencio y con los ojos bajos. Toda complacencia les era desconocida. Sus burdos hábitos ocultaban terribles instrumentos de tortura, y al golpe de las disciplinas en la penitencia semanal, la sangre salpicaba los muros de sus rústicas viviendas. El menor impulso individual era radicalmente extirpado; tenían muertas la voluntad y la razón. Un novicio implora permiso en su lecho de muerte para levantar los ojos antes que ésta se los cierre para siempre. Otro olvida el uso del lenguaje. Puede que la relación del cronista sea exagerada. Pero hemos de recordar que se ocupa del período heroico de los carmelitas primitivos y sus palabras tienen un fondo de realidad. Esos frailes amarillentos de Zurbarán y de Ribera, de manos descarnadas, con los ojos perdidos en la contemplación extática de otro mundo, no son pura fantasía. Los pintores españoles *vieron* siempre, no soñaron nunca. Aquellos descalzos fueron por la senda que antes habían seguido santos y mártires. No sin razón está San Juan de la Cruz en los altares, figura nobilísima y serena entre una multitud anónima de hombres de oscura vida, de inadvertida muerte, nervio y sostén de aquella Orden, cuyo espíritu representaba más fielmente que los que para engrandecerla urdían intrigas y maquinaciones.

Todo esto parece una forma de egoísmo o gasto estéril de esfuerzo

humano en pos de una quimera, y podríamos preguntarnos de qué sirvió a la humanidad que unos frailes, producto esporádico del medievalismo, viviesen de pan y agua y entregasen a la flagelación sus carnes. ¿Cuál fué el beneficio de sus oraciones? ¿Cuál el de sus sordas luchas con la tentación del «yo», único y verdadero Enemigo?

Hoy nos hace reír lo que ayer nos pareció divino. ¿Quién sabe el desprecio que despertará el utilitarismo de nuestra época? ¿Quién sabe si se preguntarán con asombro en qué ha beneficiado a la humanidad el derroche de energía en la adquisición y aumento de riquezas que sólo aprovechan a unos cuantos privilegiados? ¡Cómo se reirán de nuestros ídolos los hombres de mañana! Sordos para el dolor, ciegos para la miseria, hoy nos postramos ante el becerro de oro con la misma unción del fraile medieval ante la imagen de un santo! Los esfuerzos de aquellos hombres, cuando menos, se encaminaban a un fin noble y transcendental, columbraban algo superior a todo lo material, que traspasaba los confines estrechos de la tierra y del tiempo, más grande que la patria, más grande que la familia, más grande que la humanidad entera. Fué una raza de héroes. Heroísmo no es siempre acción. Llevados sólo de su grandeza de alma, no hicieron más que mantener vivo un principio latente en la filosofía de todas las edades: el mundo no existe en el tiempo, sino en el pensamiento. La felicidad, si puede ser hallada, no está en los placeres sensuales ni en las afecciones humanas, se encuentra en el pecho de todo hombre que sepa buscarla, y no en las circunstancias fortuitas que nos rodean. Sólo la abnegación puede descubrirnos esos horizontes de belleza moral y perfección, velados para los que no saben sacrificarse. Es la victoria del espíritu sobre la materia. Es la justa apreciación de la mezquina vulgaridad de una existencia ruin y concentrada en sí misma, es el reconocimiento de una tendencia sobrehumana, lo único que en la vida nos habla del Espíritu que sostiene el Universo. Esos frailes proclamaban la igualdad del hombre. Sin saberlo, difundían un verdadero socialismo, y dieron nuevo aliento a ese grito que no ha enmudecido, ni enmudecerá jamás, en la conciencia universal: el hombre no vive para sí mismo.

Místicos o filósofos, paganos o cristianos, Buda, Platón, Fray Juan de la Cruz, todos son eslabones de la misma cadena: todos fueron enardecidos por la divina llama del idealismo.

Las vidas de aquellos oscuros frailes, de aquellas monjas, apenas conocidas, no fueron en vano; se unieron inseparablemente a la corriente de ideas purificadoras que muestran hasta qué altura puede el hombre dignificarse.

Sin embargo, un tal grado de exaltación no podía humanamente durar mucho; para mitigarlo bastaron ocho años, período romántico de la orden y motivo después de un centenar de historias que muestran la sencillez de aquellos frailes primitivos y su amor por la naturaleza. Un día es un superior que paseando con un novicio por el huerto le manda traer un pajarito que cantaba dulcemente en la rama de un árbol. El pajarillo se deja coger y sólo se va a su nido cuando se lo mandan, dándoles así una lección en la santa virtud de la obediencia. Al igual que San Francisco de Asís, un solitario de Bolarque predica a los árboles y a las aves y bestias del campo que se acercan para escucharle, y a un fraile a quien manda su superior encender lumbre, la enciende sólo con su aliento. Las leyes físicas se interrumpen en su favor. Los milagros son cosa de todos los días. Viviendo en las más agrestes y remotas soledades, cara a cara con la naturaleza, esos hombres sencillos descubrían lo sobrenatural y maravilloso en cualquier acontecimiento que alteraba la monotonía de sus vidas. Otro fraile, perdido en la nieve, ve una mujer (donde no podía existir mujer alguna) venir hacia él con una antorcha encendida, hacer lumbre y desaparecer silenciosamente. ¡Quién podía ser sino Nuestra Señora del Socorro que acudía presurosa a socorrer a su devoto en la tormenta!

Hoy, las ruinas de sus monasterios sepultadas en el fondo de valles solitarios, donde sólo el murmullo de un arroyuelo rompe el perfecto silencio, o bien desparramadas por la cumbre de una montaña, aumentan el encanto de los rincones más bellos y agrestes de España. Las tierras que ellos cultivaron son páramos de nuevo, mas ¡cuán hermosos, cuán encantadores!

Cuando el caminante se detiene en la falda de la montaña de Pastrana, la vega a sus pies, a lo lejos las sierras de Cuenca envueltas en dorada neblina, sin más rumor, en el silencio del mediodía, que el pesado volar de unas palomas; los frailes primitivos que construyeron con sus propias manos el famoso monasterio donde se celebraron durante tres siglos los grandes capítulos de la Orden, dejan de ser figuras borrosas de viejas leyendas y se les ve vivir de nuevo en cuerpo y alma. Aquí trabajaron la tierra, los emparrados que levantaron están cubiertos de verdes hojas. Aquí fué donde Mariano, soldado, diplomático, cortesano y hombre de ciencia, desplegó aquella habilidad mecánica que le hizo célebre, abriendo un pasaje subterráneo enfrente de la colina para comunicar el convento con la iglesia o en un ingenioso sistema de riego aprovechando las aguas de un manantial cercano. Aquí también Fray Juan de la Cruz soñó, escribió, rezó, y aquí luchó

Gracián con las severidades del noviciado. Imposible sería dejar de sentir en este solitario lugar la veneración con que le consideran los habitantes del contorno. Ahora los frailes son sólo un anacronismo. En aquellos días eran el factor más importante de la vida nacional. Al pasar por aquel sitio detenía su mula el arriero para escuchar con mezcla de devoción y miedo en el misterio de la noche, entre el croar de las ranas y el canto de los ruiseñores, la monótona letanía de los frailes: «Señor, a los ojos de la carne son locos; a los de la fe ángeles, almas de fuego...», dijo un grave y sabio eclesiástico que confesó también haber sentido esa extraña emoción, al dar a Ruy Gómez su parecer sobre los frailes de Pastrana.

Aunque los carmelitas han desaparecido casi de la vida nacional, la memoria de su pasado vive todavía y llena de un encanto inexplicable los recónditos parajes que eligieron para sus moradas. En lo alto del desfiladero más abrupto de Extremadura, una cruz de pizarra señala los confines de las Batuecas, lugar maldito de endriagos y demonios, terror de los pastores, y cuya existencia fué casi ignorada en la Edad Media, hasta que una hermosa dama de la casa de Alba, buscando refugio para sus amores ilícitos, lo descubrió, poblado a la sazón por una raza primitiva y selvática que hablaba una lengua ininteligible, raza según unos de procedencia goda, y según otros árabe. La senda angosta y larga de una legua, que abrieron y cruzaron tantas veces los frailes, bordea un límpido arroyuelo encerrado entre peñascos escarpados y picos elevadísimos cubiertos de espesos encinares vírgenes. Los troncos espectrales de viejos árboles secos y el musgo que de ellos cuelga en hebras enmarañadas, parecen luchar y disputarse la luz y el espacio con el fino follaje del temprano verano. Allá en las alturas una ermita reluce por entre los alcornoques, la angosta cañada se ensancha, un campanario surge de la sombra de enormes castaños plantados en aquel lugar por algún hermano que los trajo de las Indias. Corre el arroyo con su monótona canción, y en el fondo se dibujan las formas piramidales de cipreses gigantescos. No es preciso que la imagen de la portada nos lo sugiera; hemos llegado al famoso, al más famoso de España, Desierto Carmelita de las Batuecas. Apagando el susurro de las aguas, aquella esquila que tantos frailes voltearon en tiempos que fueron, rompe la paz del silencio, en el que surge de nuevo el murmurar del río al extinguirse el agrio tintineo. Se oye el ruido de la tranca, y un personaje extraño, vestido con una zamarra de piel de carnero, nos saluda sorprendido. Su figura forma un conjunto pintoresco con los santos arrodillados de la portada y un borriquillo amarrado al lado. Una larga fila de losas conduce, entre

cipreses, al jardín donde el tiempo ha respetado las matas de boj que antes cuidaran manos afanosas. En la fuente de granito, el agua musita soñolientamente.

Enfrente, la iglesia de ladrillo vacía, sin techo, no ofrece ningún interés arquitectónico. En las hornacinas de los claustros, casi intactas, la figura de un anacoreta, en su gruta de conchas, nos recuerda con una calavera la lección que tarde o temprano tenemos forzosamente que aprender.

Las celdas, construídas junto a los muros que cercan el monasterio, cada una con sus tablas inclinadas que servían de lecho a los carmelitas, los huecos para los breviarios y una cruz de corcho, hacen sentir la imponente tristeza del abandono.

En el huerto crecen profusamente plantas y hierbas, mas ¿dónde están las manos que con ellas cuidaban y sanaban a los enfermos? Todo lo que los frailes dejaron tras de sí en su huída, la cruz abandonada en el alféizar de una ventana, las tinajas para el vino intactas y sin uso en las cuevas, los talleres donde resonaron en otros tiempos la sierra y la azuela, la fragua donde forjaban todo el hierro necesario para las obras de la iglesia y del monasterio, las viñas y los olivares esparcidos por los bancales que ellos mismos hicieron, el molino dispuesto como para la tarea, pero que ya no hace andar el agua, el otro molino de aceite que hacía rebosar las tinajas del convento, todo da la impresión de una vida abundante, útil, benéfica, que se hubiera petrificado repentinamente en la labor.

Así vivió esta comunidad subsistiendo por sí misma, edificando, forjando, labrando, convirtiendo el páramo en florido jardín. Ellos hicieron las estrechas sendas que unían su destierro con el mundo exterior; por ellas venían los campesinos a rezar a la Virgen; por ellas venían en busca de ayuda y consuelo en tiempos de necesidad, y ambas cosas les eran concedidas generosamente. ¡Cuántas desdichas no remediaron aquellos frailes! Frágiles son las obras del orgullo humano. Los carmelitas fueron expulsados. Ya no suena en los claustros el rumor de sus sandalias. Las Batuecas son de nuevo un erial abandonado a rebaños de cabras.

Siguiendo la veredita que corre entre los alcornoques hasta un picacho tan escarpado que un paso en falso nos despeñaría en el río, encontramos la primera de las ermitas sin techo que, encaramadas unas sobre otras, como en la Laura de los cenobitas, parecen mirar al monasterio, a sus pies, desde el borde de unas peñas casi inaccesibles. El ciprés destaca, todavía, su copa en el cielo vespertino; todavía corre el arroyuelo que brindaba sus aguas al ermitaño. Dentro, el altar de

vistosos azulejos del siglo XVII, parece aguardar la llegada del austero solitario. Allí está la alacena donde guardaba su yantar de higos secos; allí la campana que rompía el silencio de la noche en respuesta a la del monasterio. Aquí y en Bolarque, a orillas del Tajo, entre floridos almendros o sobre el más alto collado de Altomira, perdido eternamente en las nubes, en la falda de la montaña de Pastrana o en el pequeño monasterio de Duruelo, asentado en la llanura castellana, reprodujeron los carmelitas las tradiciones de la severa disciplina monástica de los cenobitas de la Tebaida.

Todavía se conserva, entre los campesinos de la comarca, la leyenda de la milagrosa aparición o desaparición, durante la noche, de monasterios en lugares tan agrestes y apartados del mundo de los hombres. Pero son los frailes que los construyeron los que han desaparecido y no los monasterios, en cuyas ruinas se descubren las huellas de una existencia plácida y virtuosa.

Solamente aquí, frente a los desmantelados monasterios construídos por los frailes de Teresa, podemos penetrar en el espíritu del plan que ella concibiera hace cuatro siglos. Aquí podemos comprender, en parte, la sublimidad de la obra, inmune a la acción del tiempo, llevada a cabo por la monja castellana, cuya influencia en la historia del catolicismo sólo tiene paralelo con la de la revolución que desmembró entonces la cristiandad, pues no carece de fundamento el afirmar que sólo a ella se debe el que hoy quede todavía un convento en territorio español.

Una circunstancia, y no de las menos maravillosas, relacionada con esta mujer excepcional, es el hecho de que, a pesar de las repetidas amenazas de la Inquisición, consiguiera no caer en sus garras. El manuscrito de su *Vida* estuvo cerca de trece años en las manos de este Tribunal antes de que se pronunciase el fallo sobre su ortodoxia. El sólo hecho de escribir sobre asuntos religiosos en lengua española, era cosa peligrosa. La política de la Inquisición consistía en reprimir toda expresión del pensamiento popular que pudiera encerrar gérmenes de herejía, y que, según Melchor Cano, no servían más que para alucinar a las mujeres y a los pobres de espíritu. Sus palabras no son más que la expresión de la convicción general que tenía al país condenado a una ignorancia grosera, embrutecedora. Una de las acusaciones principales contra el catecismo de Carranza fué la de estar escrito en lengua vulgar, abriendo así los ojos del pueblo para que viese y leyese lo que sus antepasados no habían jamás visto ni leído. Pero Teresa, además de escribir en castellano, al tratar de misticismo se arriesgó a entrar en un terreno que podía, a cada momento, abrirse a sus pies y

entregarla indefensa a las llamas de la Inquisición. El iluminismo y el misticismo, que son una misma cosa, estaban demasiado íntimamente relacionados con la herejía luterana, para no ser mirados con suspicacia. El hecho de ocuparse de tales asuntos en libros considerados hoy como el más interesante producto de la literatura española, era suficiente para hacer sospechosos a sus autores (algunos de los cuales han sido colocados en los altares) y exponerlos a la más activa persecución. Fray Luis de Granada, Juan de Ávila, Fray Pedro de Alcántara, Ignacio de Loyola, Francisco de Borja, vieron sus libros condenados o sufrieron ellos mismos largo encierro en los calabozos del Santo Oficio. Sucedía lo que sucede hoy en España con cualquier corporación que se encuentre revestida de irresponsable autoridad. Sus decretos irritantes se dirigían ciegamente lo mismo contra sus adeptos que contra sus enemigos declarados. Teresa debió su salvación, hasta cierto punto, a su tacto exquisito para ganarse y conservar la amistad de amigos poderosos, no sólo entre los nobles, sino entre los más letrados doctores inquisidores y teólogos de su época, al mismo tiempo que a la acertada y circunspecta obediencia a sus confesores en todas las cuestiones de conciencia y de doctrina. Fué una de las pocas personas de quienes puede decirse que no tuvieron nunca un enemigo.

Hay en El Escorial, entre las reliquias más preciadas que España posee, cuatro libros encuadernados en terciopelo rojo, junto a un tratado original de San Agustín—con quien Teresa tuvo tantos puntos de contacto—, cuyos caracteres descoloridos, escritos con pulso firme y seguro, parecen retener algo de la esencia sutil, algo de la misma individualidad de la mujer que los trazara hace cuatro siglos. Uno de ellos es su autobiografía, que contiene, a falta de otro testimonio, todo lo que sabemos de la infancia y de la vida de Teresa hasta que, ya mujer de cuarenta y cinco años, emprendió su primera fundación. No lleva título ninguno, y su justo valor no fué reconocido hasta que García de Loaysa, más tarde arzobispo de Toledo, lo colocó reverentemente, por mandato del Rey, en el sitio de honor que hoy en día ocupa. Este es el libro leído y aprobado por el venerable apóstol de Andalucía, el maestro Juan de Ávila, el mismo que las duquesas de Alba y Medinaceli leyeron con gran avidez, que excitó la burla de la caprichosa y malhadada princesa de Éboli, y que permaneció más de trece años en poder de la Inquisición de Valladolid. Ella misma lo llamó *Libro de las misericordias de Dios*, y en una carta que escribió a doña Luisa de la Cerda, «Mi alma». Contiene, en realidad, la historia de todo lo que hay de más íntimo y recóndito en la vida de la santa. Por mi parte, casi no puedo contemplar, sin sentirme presa de ex-

traña emoción, aquel amarillento manuscrito descolorido por el tiempo, aquella escritura clara, firme, derecha, que se desliza con tanta igualdad, sin un borrón ni raspadura que indique indecisión o duda. Está escrito en papel que lleva la marca transparente de Valladolid o Salamanca. (Un corazón con una cruz en el centro y las dos letras griegas alpha y omega). Es un dato curioso que los comentarios de Fray Luis de León sobre el libro de Job y muchos otros libros contemporáneos estén escritos en ese mismo papel. Teresa escribió dos veces la historia de su alma. Del primer libro, escrito por orden de su confesor el dominico Fray Pedro Ibáñez en 1561, al cual agregó probablemente en 1562 el relato de la fundación de San José de Ávila, no queda indicio alguno. Torturada por los mismos escrúpulos que la habían movido a escribir el primero, repitió el relato de su vida y pecados, esta vez con la venia del inquisidor Soto, terminándolo en 1565 o 1566, puesto que en el último capítulo del libro hace mención de la llegada del Breve, de la fundación sin dotación para San José y también de la muerte de Ibáñez. Tal es, en resumen, la historia del precioso manuscrito, en el que se encuentra cuanto conocemos de la infancia de Teresa y de su vida en la Encarnación.

Teresa escribía como hablaba. El encanto de su estilo consiste precisamente en que no es tal estilo, en el sentido literario de la palabra, expresándose más bien como un gran orador improvisador que como un escritor. Irregular, descuidada, con frecuencia inexacta, apartándose del asunto principal, por lo cual pide perdón en seguida, y, a pesar de todo, tan llena de espontaneidad y de energía, que conmueve poderosamente a cuantos la lean, abriéndole las puertas de su alma. Precisamente esas digresiones, que serían en otro autor pesadas e irritantes, en ella constituyen un encanto. Es como si estuviésemos escuchando a alguna persona cuyo discurso interrumpe a cada palabra una inspiración extemporánea. Jamás intenta ser lo que no es, ni aspira a una profundidad que no podría alcanzar. Revela sus diferentes estados de ánimo con una espontaneidad infantil. A veces didáctica y propensa a hacer reflexiones morales como verdadera castellana; a veces vaga y visionaria; elevándose, en ocasiones, en aras de un lirismo nunca igualado o de una elocuencia apasionada, creería uno, al leerla, sentir el timbre de su voz en los oídos. No hay página en sus obras que no lleve el sello de su interesante personalidad, toda humorismo, gracia y delicadeza. Nadie escribió jamás el castellano con más fuerza y energía. En aquella época el idioma nacional estaba en un período de transición. Ella fué la última que empleara las formas robustas y enérgicas del lenguaje antiguo combinadas con nuevas

formas de expresión, lo que da a sus escritos un interés literario especial. Muchas de las frases empleadas por ella con más frecuencia, eran ya anticuadas o del uso exclusivo de la clase baja. Mas, si queremos familiarizarnos con la manera de hablar de los caballeros de antaño, no tenemos más que leer los escritos de Teresa, quien, aparte de otros méritos, tiene el de haber hecho imperecederas ciertas formas dialectales, con las que se familiarizó en su niñez, no olvidándolas nunca. Ningún aficionado a la lengua española podrá jactarse de saberla a fondo mientras no haya leído a la Santa de Ávila, cuyos escritos pueden contarse sin duda alguna entre las obras clásicas de la literatura española.

Réstame ahora decir unas cuantas palabras acerca de sus biógrafos contemporáneos, Yepes Ribera y el maestro Julián de Ávila, compañero suyo en sus frecuentes viajes, sin olvidar a Fray Luis de León, aunque éste no dejara más que un fragmento de una vida de Teresa que la muerte le impidió concluír. Yepes fué prior del convento de Jerónimos de El Escorial, confesor de Felipe II y testigo de su muerte espeluznante. Él leyó los oficios mientras el arzobispo de Toledo, García de Loaysa, administraba la Extremaunción al monarca, quien antes de recibirla insistió en que le lavasen las manos, hinchadas y doloridas por la gota, y le cortasen las uñas. Yepes fué el encargado de anunciarle el estado desesperado de su enfermedad, y quien, ayudado por un fraile franciscano, vistió su cadáver con la mortaja que llevaron también Colón y Cervantes: el hábito de la Orden Tercera Penitenciaria de San Francisco. Yepes le colgó al cuello una cuerda con una cruz de madera, y fué el encargado, por el rey moribundo, de llamar al príncipe inmediatamente después de su muerte, y entregarle el legajo que contenía sus últimos consejos y mensajes.

Además de fraile, Yepes fué obispo y cortesano. De semblante dulce y afable, los ojos mirando por cima de grandes espejuelos, podemos contemplarlo hombre suave, melifluo, en suma, obispo cortesano, en un lienzo del Museo de Valladolid. Con todo, hombre de bien y de carácter irreprochable (Felipe poseía el don de conocer a fondo la gente, y sólo se rodeaba de hombres íntegros y virtuosos), Fray Diego de Yepes, fraile de la Orden de San Jerónimo, obispo de Tarragona y confesor del rey Felipe II de España y de la Santa Madre. Así se describe, asimismo, en la portada de su *Vida*, de Teresa, dedicada al Papa Paulo V. Como prosista fué flúido, elegante y de un estilo metafórico y galano.

El maestro Francisco de Ribera fué hombre de otro carácter. Jesuíta y letrado, desempeñó, durante diecinueve años, el cargo de cate-

drático de Teología en la Universidad de Salamanca, que había desempeñado antes Fray Luis de León. Los últimos años de su vida (después de los sesenta y seis) los dedicó a escribir la biografía de Teresa, obra que salió a la luz, no dedicada a un Papa, sino a un amigo personal que sentía el mismo amor y preferencia que él por la Santa. La escribió cinco años después de la muerte de ésta, cuando todavía vivían muchos que la habían conocido con intimidad años y años, y podían resolver cualquier duda o indicar cualquier error en que hubiera podido incurrir, inadvertidamente, el biógrafo. Aunque el citado libro fué el resultado de investigaciones minuciosas hechas en vida de Teresa por un hombre concienzudo, lleno de cariño y de devoción hacia ella, el culto de la exactitud le movió en ocasiones hasta llegar a citar el nombre de personas que todavía vivían y podían corroborar o contradecir sus asertos. En esta obra excepcional, libre de todos los prejuicios y supersticiones de la época, encontramos relatados hechos, al parecer, insignificantes, pero dignos en realidad de no caer en el olvido, y cuya narración, por la elocuente sencillez del estilo de Ribera, nos produce una emoción que jamás sentimos al leer la prosa elegante y pulida de Yepes. Es un libro que, como los Evangelios, llega al corazón de una manera inexplicable, y en el que el autor comunica, indefectiblemente, a sus lectores, aunque no sea más que por un momento, su fervor y reverencia hacia la mujer «quien, dejando aparte su santidad, en lo que es tener valor y grandeza de corazón, no he leído ni sabido de ninguna, de muchos años acá, que la haga ventaja». Estas palabras son de Ribera, no mías. El maestro Juan de Ávila, el sacerdote sencillo y entusiasta, acompañante de Teresa en sus largas y fatigosas peregrinaciones, y colaborador en la Fundación de San José, nos ha legado una relación muy valiosa de algunos de los viajes de la Santa, revuelta, desgraciadamente, con una porción de lucubraciones excesivamente pesadas y fastidiosas sobre la teología mística, respecto a las cuales opinamos como la Santa: «que empieza bien, pero acaba mal».

Existe también un fragmento trazado por la pluma de Fray Luis de León, con el que tienen gran semejanza los primeros capítulos de Yepes, cosa que quizás no sea casual. Lo que hubiera llegado a ser la obra, si la muerte no hubiera paralizado la mano del autor, puede deducirse por el trozo magistral que sirve de prólogo a la primera edición completa de las obras de la Santa, publicadas por el gran agustino en Salamanca en 1588:

«Yo no conocí ni vi a la Santa Madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra; mas ahora que vive en el cielo, la conozco, y veo

casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros, que a mi juicio son también testigos fieles y mejores de toda excepción de la grande virtud; porque las figuras de su rostro, si las viera, mostráranme su cuerpo, y sus palabras, si las oyera, me declararan algo de la virtud de su alma, y lo primero era común y lo segundo sujeto a engaño. Es maravilla nueva que una flaca mujer tan animosa emprendiese una cosa tan grande y tan sabia y eficaz, que saliese con ella y robase los corazones que trataba para hacerlos de Dios, y llevase las gentes en pos de sí a todo lo que aborrece el sentido.

»Y no es menos clara ni menos milagrosa la segunda imagen que dije que son las escrituras y libros, en los cuales, sin duda alguna, quiso el Espíritu Santo que la Madre fuese un ejemplar rarísimo, porque en la alteza de las cosas que trata y en la delicadeza y calidad con que las trata, excede a muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafectada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritor que con ella iguale. Y así, siempre que las leo las admiro de nuevo, y en muchas partes de ellas me parece que no es ingenio de hombre el que oigo, y no dudo sino que habla el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que la regía la pluma y la mano, que así lo manifiesta en la luz que pone en las cosas oscuras, y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee.» Tributo semejante no podía venir más que de un alma gemela a la de Teresa, capaz de comprenderla en toda la grandeza de su espíritu y de su vida.

Es muy curioso que los biógrafos en general, en su anhelo de glorificar a la Santa, hayan olvidado el valor de las virtudes de Teresa como mujer. No falta quien la considere como una visionaria, como una histérica y hasta como una beata despreciable; mas nadie parece haber abarcado el armonioso conjunto de su personalidad. Hay que seguirla en su vida al practicar cotidianamente, con inflexible paciencia, las virtudes que le inspiraba su ambición de acometer y llevar a feliz término una empresa vasta y difícil. No se le escapa nada, por insignificante que sea, que pueda influír en la suerte de la reforma; emprende su tarea con un desprecio sin igual de las dificultades, poniendo siempre al servicio de Dios su extraordinario don de gentes y maravillosa intuición del punto vulnerable de todo aquel con quien trataba. Factor importante de su éxito, fué su perspicacia en el aprecio del dinero y del poder de los amigos, a quienes supo cautivar cuando vieja y agotada, lo mismo que cuando joven y hermosa. Mantenedora

rigurosa de la disciplina de sus conventos, sabe ganarse la devoción de sus religiosas. Aquellas monjas, observadoras constantes de la vida de Teresa, que hubieran podido ser sus más severos jueces, sintieron siempre por ella, a pesar de su rigor en el cumplimiento de su vida intelectual, una verdadera admiración, lo que sucedió también a personajes de carácter tan diferente como San Juan de la Cruz y el elegante y erudito Gracián. ¡Cuán hermoso que la veneración a una anciana fuera el lazo de unión entre gentes tan opuestas a veces como las que Teresa cautivó con el encanto de su genio alegre y burlón, que lo mismo se reía de sus propias flaquezas que de las ajenas!

¿Cómo pudo ejercer una mujer tan marcada influencia en la España tenebrosa de entonces? ¡Cómo mueve todavía nuestra admiración a pesar de los siglos que de ella nos separan y del espíritu crítico de nuestra época! ¿Qué poder es éste que vence nuestra indiferencia espiritual y nos inspira un sentimiento en el que hay tanto de reverencia como de afecto personal, y que nunca pudo inspirarnos ser alguno cuya voz enmudeciera hace siglos? En primer lugar, Teresa poseía en grado extraordinario todas las cualidades que distinguen a una persona activa, decidida, al par que una ternura exquisita tenía el idealismo de los iluminados. Y de tal modo, al estudiar su carácter, creemos encontrarnos ante una constante paradoja, o corremos el peligro de olvidar alguno de sus aspectos al considerar otros, por hallarse éstos a veces tan violentamente opuestos, que creeríamos hacer el examen de dos individualidades diametralmente antagónicas. Aunque Teresa *veía visiones y oía voces*, y aunque describía las sensaciones que experimentaba en el mundo invisible de su propia creación, no fué, como ya hemos dicho, mística por naturaleza. En su *Vida*, por ejemplo, con todo su maravilloso análisis psicológico de la emoción, y en las *Moradas*, que ella misma considera su obra maestra, lo que más nos sorprende nuestra atención es su tendencia decididamente práctica, su asombroso conocimiento del carácter y de los móviles de las acciones humanas—tendencia que alcanza su punto culminante en el *Camino de perfección*—. Las emociones por ella descritas son cosa conocida de todo el que haya estudiado, siquiera someramente, el desarrollo del misticismo. Su mérito especial consiste en haberlas descrito con un énfasis y agudeza singulares, descubriendo toda sombra, todo matiz, con la exactitud científica del matemático y la intuición inconsciente del poeta. Ella ilumina la senda largo tiempo hollada, con la luz de su propio genio. Fué una gran escritora. Manejaba la pluma, como los pájaros cantan. La *Vida* y las *Moradas* son obras clásicas, y seguirán siéndolo mientras perdure el idioma

castellano. De estilo sencillo y preciso, producción espontánea, no sólo del cerebro, sino también del corazón, estos libros son quizá los más maravillosos que hayan salido de la pluma de una mujer.

He dicho varias veces que Teresa no era mística. Voy a explicarlo. No cabe duda de que la anormalidad de su vida espiritual puede atribuirse a su mala salud, como ella misma dijo con frecuencia. Joven, enferma crónica y excesivamente susceptible a las impresiones externas, no podía menos de verse expuesta a todas las sutiles influencias del claustro, y en un momento se dejó subyugar por ellas. Al recobrar la salud, aquellos arrobamientos, los esfuerzos que hiciera para alcanzar una perfección que traspasaba los límites de la naturaleza humana, desaparecieron. Durante un período de casi veinte años, su vida no fué, según ella misma, ni mejor ni peor que la de los demás, hasta que un acontecimiento casual, en el que tal vez no dejó de influír el desengaño, despertó sus antiguas emociones con renovado vigor. Sus arrobamientos místicos, por lo tanto, se reducen a los dos o tres primeros años de su vida conventual, y a otros diez, o menos, entre los cuarenta o cincuenta. Desde el momento en que emprendió los trababajos activos de su vida de fundadora, el misticismo dejó de ser para ella una preocupación. Según todas las apariencias, el misticismo no fué más que el acompañamiento, el eco, por así decirlo, de la melodía de su vida. Dichosos aquéllos que pueden tener una intensa vida espiritual, sin que sus energías físicas pierdan el temple necesario para luchar con la fría realidad. El misticismo, ciertamente, da a la personalidad un luminoso encanto; mas no busquemos en él la verdadera grandeza de Teresa. Busquémosla en la fortaleza de su ánimo, en su actividad ilimitada, en la heroica consagración de su vida, no a un ideal abstracto, sino al cumplimiento del deber.

En sus cartas, perspicaz, cruda a veces en el lenguaje, viendo al mundo y a los hombres como son, y no como ella quisiera que fuesen, tampoco se nos revela como mística. El mundo ciñe de laureles las sienes del conquistador después de la victoria. Ella la alcanzó con sus propias manos; tuvo que vencer prejuicios, oposiciones, «acomodar su semblante (y esto lo da como máxima) al semblante de la persona con quien conversaba: alegre si estaba alegre, triste con los tristes; ser todo ante todos los hombres, a fin de ganarlos a todos».

No fué tarea fácil imponer su Reforma a la España de entonces. Con la fuerza sola de su brazo, y obligada con frecuencia a capitular, luchó contra la necedad y la ignorancia. En poder luchar así consistió su gloria. Ella encontró solución al eterno conflicto entre lo ideal y la realidad, combinándolos y haciéndose en ambos campos igualmente

grande. ¿Quién podrá volver a sostener, después de leer su vida, que en la acción se pierde el delicado perfume de la espiritualidad?

La acción es la piedra de toque de la idealidad, lo que demuestra si el hombre es capaz de algo más que soñar y ver vanas visiones. La acción exige valor, constancia, tenacidad, disimulo, que el bien y el mal no son términos fijos e irreductibles, sino dependientes de las circunstancias, y se confunden a veces el uno en el otro de una manera tan sutil que no se pueden distinguir a primera vista.

¿Quién, pues, no perdonará a esta valerosa monja por haber tenido a veces que fingir que era la esencia misma de la verdad y que descendía y tenía que habérselas con una raza de maestros consumados en el arte de disimular? ¿Quién no la perdonará de haberse servido de las debilidades de los que la rodeaban, para conseguir un fin en el que ella creía ver la regeneración de la humanidad?

La antigua España del siglo XVI, que la canonizó, alcanzó a ver más. Ella también fué heroica; ella también sabía soportar el hambre y las privaciones sin una queja; también sabía sacrificarse sin vacilación por un ideal. Todas estas fueron las virtudes que aquellos viejos españoles reverenciaron en la monja castellana, encarnación de los instintos guerreros de su raza. En ella consagraron su ideal, el ideal de un pueblo noble y luchador, criado desde la cuna con pobreza y sobriedad, no un pueblo de pensadores ni de casuístas, sino de hombres de acción.

Teresa fué el prototipo de cuanto hay de más sano y vigoroso, franco, caballeresco y noble en el carácter castellano. El rechinar del carromato en el que Teresa atravesó en continuo traqueteo los campos de Castilla, conmovió sin duda a aquellos españoles. También les conmovió su hambre y su sed y lo raído de su hábito. Nosotros hablamos de ideales: ella vivió los suyos y *ellos* lo sabían.

«Quítenseme de delante»—dice Cervantes en aquel famoso pasaje en que compara la vida del soldado con la del hombre de letras (y él era ambas cosas)—. «Quítenseme de delante los que dijeren que las letras hacen ventaja a las artes, que los diré, y sean quienes fueren, que no saben lo que dicen.» Y al dar la gloria al soldado, no hacía nada más que interpretar el sentimiento nacional, «porque aquella intención se ha de estimar en más, que tiene por objeto más noble fin».

Como quiera que se juzgue su vida espiritual, su carrera activa no puede inspirar otro sentimiento que la más profunda admiración y respeto. De todos los santos notables, ella es la que tenemos más cerca. Casi nos es posible palpar el borde de su hábito. No es algo que se esfuma en el pasado como un idilio del siglo XIII, sino algo claro y

distinto, como la silueta de su pueblo natal bajo el cielo transparente de Castilla. Yo, después del estudio detenido y minucioso de su vida y de sus cartas, abandono mi tarea con una devoción y un amor hacia ella mil veces mayor de lo que eran cuando no la conocía más que como una imagen vaga y flotante.

Tal fué la mujer cuya compleja individualidad se desliza por la España del siglo XII, dejando tras de sí una estela luminosa, brillante todavía, a pesar del polvo que se ha amontonado durante cuatro siglos sobre su tumba de Alba de Tormes.

CAPÍTULO PRIMERO

INFANCIA DE TERESA

En la madrugada del 28 de marzo de 1515, al rayar el alba en las distantes sierras, nació en Ávila Teresa Cepeda y Ahumada. En su nombre, que en griego (Tarasia) significa maravilla, han creído ver sus biógrafos contemporáneos algo así como un indicio misterioso del destino de aquella singular mujer que había de eclipsar con su personalidad las heroicas tradiciones de su ciudad natal.

El convento de Pastrana contó una vez entre sus tesoros el documento que copiamos: «En miércoles veinte y ocho dias del mes de Marzo de quinientos y quince años nació Teresa, mi hija, a las cinco horas de la mañana, media hora mas o menos (que fue el dicho miércoles casi amaneciendo): fueron su padrino Vela Nuñez y la madrina Da. Maria del Aguila (1), hija de Francisco de Pajares.»

Todavía es más modesta la nota hallada en el breviario de Teresa después de su muerte: «Miércoles, dia de San Bertoldi de la Orden de los Carmelitas, a veintinueve dias del mes de Marzo de mil quinientos quince, a las cinco de la mañana, nascio Teresa de Jesus, la pecadora.» (2)

Fué bautizada en la iglesia parroquial de San Juan—rara coincidencia—el mismo día 4 de abril, en que se celebró la primera misa en

(1) Eran éstos, parientes muy cercanos de la familia de Teresa. Los actuales condes de Guevara y Oñate y los duques de Roca, se hacen descender de Vela Muñoz o Vela Núñez. Doña María del Águila pertenecía a la familia de los marqueses de Villaviciosa, las Navas y Villafranca. Su padre, Francisco Pajares, fué uno de los testamentarios de la madre de Teresa.

(2) *Escritos sueltos. Núm. 1.*

el recién fundado convento de la Encarnación. La pila ocupa hoy el mismo rincón oscuro de entonces. Está tallada de arabescos, con el borde protegido por una tira estrecha de bronce; la cubierta es una pesada tabla de olivo, y sus toscos escalones de piedra, gastados ya por las rodillas de mil generaciones, son aquellos en que doblaran las suyas los padrinos de Teresa en la ceremonia de su bautizo.

El cuarto donde vió la luz por vez primera se conserva todavía en la iglesia que ha sido edificada en el solar de la que entonces fué casa-castillo. Sus padres pertenecían a la nobleza no titulada de Castilla. Estaban emparentados, bien por nacimiento o por matrimonio, con las más ilustres familias de Ávila, en donde ocupaban una posición bastante importante. Alonso Sánchez de Cepeda, oriundo de Toledo, por lo que se llamaba en Ávila *el Toledano*, pertenecía a una familia que pretendía descender de Sancho, rey de Castilla y de León; y su mujer era de los Cepedas, que habían prestado grandes servicios en la reconquista de España. La heráldica en aquellos tiempos tenía un fin más noble y digno que el de halagar, como hoy en día, la infantil vanidad de algún próspero mercachifle o traficante de su carrera. Entonces, ser noble era algo intrínsecamente significativo, y, con razón, lo más grande y glorioso en la historia de una familia. Justo era consignarlo indeleblemente en caracteres de piedra. Un hombre miraba su escudo de familia con legítimo orgullo: cada uno de sus emblemas conmemoraba algún hecho valeroso de los antepasados, y recordaba a sus herederos la obligación de mantener pura y sin mácula la fama de aquellos héroes. Tan pronto tenía lugar un casamiento, se añadían al escudo los nuevos cuarteles, y así podía conocerse, de un golpe, el laberinto de cualquier genealogía. Bastaba echar una mirada sobre las armas que figuraban en la sombría portada de la casa de Alonso, para conocer la historia de su familia. Los tres broqueles sobre campo de oro eran los de los Sánchez, a cuya familia pertenecían los caudillos Ximeno Blasco y Esteban Domingo, que habían repoblado la ciudad después de la reconquista, y fueron por largo tiempo sus gobernantes, con derecho de sucesión. El león lo habían ganado los Cepedas por sus proezas en el campo de batalla, y las ocho cruces de San Andrés en derredor, hacían imperecedera la memoria de aquella que San Fernando y sus huestes vieron brillar en el cielo al atravesar, triunfalmente, la puerta de la ciudadela mora que conducía a la recién conquistada Baeza.

Alonso Sánchez se casó dos veces y tuvo dos hijos y una hija de su primer matrimonio. Su segunda esposa, madre de Teresa, fué Beatriz Dávila y Ahumada, mujer afable, recogida y modesta, pero

de linaje no menos ilustre que el de su marido. Contaba entre sus antepasados a uno de los grandes caudillos de Ávila, cuyos descendientes se hicieron llamar Dávila, para distinguirse de los que llevaban el mismo apellido que ellos. El nombre y la humeante torre del escudo de los Ahumadas, dícese haber sido otorgados al fundador de la familia, en recompensa de sus valerosas hazañas y las de sus tres hijos en la defensa de un castillo, contra los moros, huyendo al amparo del humo y de la oscuridad, después de haberlo incendiado. A este nombre dieron todavía mayor lustre las proezas llevadas a cabo por Álvaro Ahumada en la conquista de Córdoba. Vemos, pues, que en Ávila, por dondequiera que fuese Teresa, se encontraba con los emblemas de su ilustre linaje. Combinadas y acuarteladas de diferente manera las armas que figuraban en el escudo de la portada de la casa de su padre, aparecían repetidas en todos los torreones, en todas las fortalezas de la ciudad y en las tumbas de la majestuosa catedral que guardaban las cenizas de sus ilustres abuelos. En el rosetón de cada arco y en el fuste de todas las columnas del gran monasterio de San Francisco, donde yacían tantos antepasados de su padre, vió igualmente testimonios de su nobleza, y al ir a orar a la antigua y hermosa iglesia románica de San Pedro, se sentiría envuelta en el resplandor de los blasones de Ximeno Blasco y Esteban Domingo, al reflejarlos la luz desde los ventanales multicolores en trémulas franjas sobre el pavimento.

Vemos, pues, cómo estaba emparentada, directa o colateralmente, con lo más alto de la nobleza de Castilla, cuyos blasones exaltó de tal modo la monja carmelita, que hoy en día no hay grande de España libre del prurito de contar entre sus antepasados, a tuertas o a derechas, a Alonso Sánchez de Cepeda y a Beatriz de Ahumada.

«Por más que la nobleza y la grandeza de Teresa—dice el padre Traggia, autor de *La Mujer Grande*—no estriba en sus armas y blasones, estrellas, escudos, castillos, leones ni manos armadas, sino en sus virtudes», no es posible dejar de ver en la intrepidez, generosidad y abnegación de su carácter, signos innegables de una herencia del pasado. Fiel al espíritu guerrero tradicional en su familia, desplegó en la reforma carmelita y en sus luchas contra la herejía un valor tan grande como el de aquellos antepasados suyos que ayudaron a libertar el país palmo a palmo del poder de los moros, regándolo con su sangre. Las victorias incruentas que ganara en la reforma religiosa, empresa que ya habían acometido en vano, papas, nuncios y reyes, no fueron menos gloriosas que las de sus abuelos, saludadas por huestes aclamadoras y pendones tremolantes. Verdadera encarnación del espíritu guerrero de edades pasadas es esta débil mujer, que lucha

contra las insuperables dificultades que la rodean con una tenacidad indomable, que ve sin inmutarse amenazado de destrucción en un instante el trabajo de largos meses de paciencia, y afronta con la misma serenidad el peligro y la derrota. El fruto de los instintos transmitidos de generación en generación por gentes que repartieron su vida entre la corte y el campo de batalla, lo encontramos en la austeridad, base del carácter de Teresa, su constante rectitud, su sentido inflexible de justicia, su imponente dignidad inspiradora a la vez de un sentimiento de amor y reverencia, y hasta en el encanto de sus graciosas maneras, que ejercía sobre el corazón y la voluntad de los hombres una influencia inevitable y misteriosa. Las palabras con que ella describe a Teresa de Laiz, fundadora del convento de Alba de Tormes, al decir de sus antepasados que eran «muy hijos de algo y de limpia sangre», nos revelan que no podía olvidar las tradiciones de su familia, aunque éstas ya no fuesen más que un eco lejano de su vida. Este mismo sentimiento de orgullo, con tanta abnegación refrenado, nos la hace más simpática y atractiva. Da inconscientemente pruebas de él en la carta que escribió a uno de sus sobrinos del Perú, participándole el casamiento de su hermano Francisco con doña Orofrisia de Mendoza y de Castilla: «aun no há quince años, hermosa y muy discreta; es prima hermana la madre del duque de Alburquerque, sobrina del duque del Infantazgo y de otros harto señores de título; en fin, de padre y de madre, dicen, no la hará ninguna ventaja en España. En Ávila es deuda del marqués de las Navas y del de Velada y de su mujer de Don Luis y de la de Mossen Rubí mucho» (1). Mas sintiendo que se ha parado demasiado en vanidades sin importancia, interrumpe el relato y, cambiando súbitamente de tono, empieza a hacer reflexiones sobre la inestabilidad de las cosas. «Ya ve, mi hijo, que se acaba todo, y que sólo es eterno y para sin fin el bien o el mal que hiciéremos en esta vida» (2).

Además del orgullo de familia, encontramos en ella ese espíritu democrático que había sido en otros tiempos el más seguro baluarte de las libertades de Castilla. Sabía mirar al poder despojado de todos sus atributos adventicios, mostrar a los demás su vacuidad, y al hablar de las dificultades con que tropezaban los pobres y humildes de nacimiento para obtener audiencia en los palacios de los grandes, hacíalo en un tono de gran amargura. ¿Qué sería de la realeza, preguntaba ella en el período de mayor autocracia, sin esa pompa y ese aparato

(1) Carta CCCV.
(2) Idem.

artificial de que está rodeada? Esa robusta independencia de ideas la ponía ella en práctica en su vida diaria. Así la vemos hacer frente a los grandes nobles de Toledo, con el fin de acordar los honores de fundadores y el derecho de sepultura delante del altar mayor de la iglesia de su convento, a la humilde familia de comerciantes de Ramírez. Este privilegio lo consideraba la aristocracia arbitrariamente suyo. Teniendo esto en cuenta, y sabiendo que la protección y la buena voluntad de la nobleza eran casi indispensables a Teresa para la realización completa de la Reforma, es bien fácil ver cuán libre estaba de todas las preocupaciones y prejuicios de una época en la que, por no existir la clase media, era marcadísima la diferencia de clases sociales. Sin embargo, nunca olvidó que la sangre limpia de Castilla corría por sus venas ni dejó de apreciar esta circunstancia en los demás, si bien, fiel al espíritu de humildad del claustro, reprendió severamente a Gracián, por haber hecho indagaciones en Ávila respecto a la nobleza de su linaje, diciéndole: «Padre, bástame ser hija de la Iglesia, y a mí pésame más haber cometido un pecado venial que ser descendida de la gente más pobre del mundo.» Estas palabras demuestran que ni los santos están libres de consecuencias, bien comprensibles en el caso de Teresa, cuyo amor a las tradiciones en que se había criado le hizo conservar siempre un interés inconsciente en el engrandecimiento y bienestar de su familia.

La casa de su padre estaba situada cerca del barrio del moro—hoy tan silencioso y solitario—, que se extendía desde el gran hospital de Santa Escolástica hasta el elevado puente que atraviesa el Adaja, al Sur de la ciudad, y daba a una pequeña plaza, precisamente enfrente de una de las puertas abiertas en la muralla, puerta conocida hoy con el nombre de la Santa. Detrás de la casa se hallaba la iglesia de Santo Domingo con su hermosa portada normanda y el campanario, que sigue todavía intacto; a poca distancia el hospital ya mencionado, del que hoy sólo quedan como recuerdo algunos montones de piedras, restos deformes de ruinas apelmazadas por el transcurso de los siglos, cubiertas de musgo, y una portadita gótica desde la cual la Virgen y el Niño miran compasivamente a los transeuntes. De esa casa donde nació y pasó sus primeros años la Santa, no queda ningún vestigio aparente. Nada nos la recuerda en la fría iglesia barroca de paredes blanqueadas, cargadas de adornos de estuco, con altares churrigurescos agobiados de flores de oropel y trapo, que la ha reemplazado, y es hoy una de las mecas de España. El poderoso favorito de Felipe IV, el Conde Duque de Olivares, es responsable de este ultraje a la historia y al buen gusto, ultraje del que es sólo capaz una persona exenta

de todo sentimiento de belleza y con una idea errónea de lo que debe ser el culto. El arco de la puerta de la muralla por donde tantas veces pasara a caballo Alonso de Cepeda, está intacto. Intactas también están las salvajes sierras cortadas por plateados riachuelos, desde las cuales lanzara él su halcón, y no escasean en Ávila, afortunadamente, casas pertenecientes a aquel período que nos den el tipo de la vivienda de este virtuoso hidalgo castellano. Casas tristes de fachada parduzca, con agujeros a intervalos irregulares, que servían lo mismo de ventanas que de troneras; entrada principal de arco románico; umbral de piedra desgastada, y recias puertas decoradas con clavos en forma de rosetas y quinquefolios, obra del herrero medieval que trabajaba el acero como la cera, forjando objetos llenos de gracia y de elegancia... El viajero que llegaba a una de estas casas, pasaba, sin apearse, del cegante resplandor del sol a una aliviadora penumbra en el zaguán, donde dejaba su caballería atada del ronzal a una de las argollas clavadas en las paredes. A un lado, y a nivel más bajo, para que estuvieran frescas, las cuadras, y al otro la entrada con el poyete, para montar a caballo al pie de la escalera, toda de piedra y con balaustrada de granito labrado, en cuya bóveda resonaba constantemente el chocar de armaduras y de espadas. Una puerta interior conducía desde el zaguán al patio, en torno del cual se hallaba el resto de la casa. Rodeaban ambos pisos galerías abiertas con peristilos de arco gótico, descansando sobre esbeltas columnas terminadas en capiteles con las armas de la familia. Los señores ocupaban el piso superior, dejando el bajo para los criados.

El alero del tejado, soportado por entredoses de madera graciosamente tallada, sumergía la galería superior en una media apacible oscuridad. A veces una parra trepaba por las paredes y las columnas del patio, en cuyo centro se destaba el pozo de labrado brocal. Sólo en algunos momentos raros de la vida nos es dado sentir la tranquilidad de estas viviendas medievales, que el arte inimitable de los obreros de aquella época llenaba de un íntimo encanto.

Lo característico de estos edificios, jamás afeados por adornos superfluos y ornamentos que no fuesen una pura e inconsciente manifestación de arte, era una mezcla inclasificable de los estilos gótico y árabe. Como en todos los países meridionales, el decorado de la casa era sobrio, los muebles sólidos y escasos. Cubrían las paredes espesos tapices o cueros preciosos de Córdoba, y las pesadas vigas de pino resinoso de los bajos techos mostraban incrustaciones de marfil, obra delicada de los carpinteros moros de Ávila. Los objetos personales se guardaban en arcones de madera con guarniciones de hierro forjado,

que, colocados junto a la pared, servían de asiento. Había también sendos sillones de cuero. En un nicho, adornado con guirnaldas mustias de flores, la imagen mugrienta de un santo, que lo mismo podía ser reliquia conservada por la familia desde tiempo inmemorial, que obra de algún tallista de la época, relucía al claror de unas lámparas de plata, símbolo, con su débil luz chisporroteante, de una piedad sencilla, supersticiosa y conmovedora.

La autoridad patriarcal del jefe de la familia era ilimitada. El amor y la reverencia hacia él, lazo de unión entre la mujer—que ocupaba un lugar secundario—, los hijos y los criados y dependientes cuyos intereses eran los mismos que los de sus amos. Alonso de Cepeda fué un caballero castellano, grave, respetable, de nobles y bondadosos instintos. Su aspecto personal impresionó de tal manera la memoria del maestro Julián de Ávila, que éste, ya viejo, le tenía presente como si acabara de verle. Las tiernas palabras que brotaran de la pluma de Teresa cuando el digno caballero dormía ya su último sueño en la capilla de los Cepeda, en el gran monasterio franciscano de Ávila, pueden darnos una ligera idea de su venerabilidad. Teresa nos habla de su afición a los libros devotos, de los que poseía muchos en romance; de su caridad para los pobres y enfermos, y de su consideración hacia los criados; tal, que jamás tuvo esclavos, sintiendo por ellos una infinita conmiseración. A una esclava de un hermano suyo que se hallara una vez en su casa, la trató como hija, diciendo «que de que no era libre, no podía sufrir de piedad». «Jamás nadie le oyó jurar ni murmurar.» (1) Fué un hombre de alma grande y vida sin mancilla.

La madre de Teresa, con quien se había casado mediante las dispensas necesarias, a causa del parentesco de ésta con la primera esposa, era mucho más joven que él y extremadamente hermosa. Diéronla mucho que sufrir las enfermedades y el peso de su numerosa familia, pues en los pocos años que duró su vida de casada dió a su marido nueve hijos. Teresa, al recordarla—pálida, con un nimbo de sufrimiento, de paciente resignación—, dice: «Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso della; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasó el tiempo que vivió: murió muy cristianamente.» (2)

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. I.
(2) Obra citada, cap. I.

Así, sin otra apología que estas elocuentes palabras de su hija, dejaron este mundo calladamente Alonso de Cepeda y Beatriz, su esposa. De la vida de ésta sólo conocemos varios detalles más sin importancia, por unos documentos pertenecientes a Juan de Ovalle, descubiertos por un entusiasta carmelita descalzo que con doscientos reales en el bolsillo, y unas reliquias y escapularios que ponía a la venta, cruzó Castilla la Vieja a pie, con el solo objeto de copiar y reunir las cartas de la Santa. Por casualidad se ha conservado una carta escrita por él a un amigo en el entusiasmo de los primeros descubrimientos: «Voy a contaros una cosa que ha de conmover: Afirman los testigos de cierta declaración que doña Beatriz de Ahumada, además de morir en Gotarredondura (aldehuela de las cercanías de Ávila) pasó también aquí las velaciones, siendo llevada después en un carro a San Juan de Ávila. Uno de estos testigos dice que él fué a Olmedo a buscar a la novia, que estuvo presente en la ceremonia y probó los capones que se sirvieron el día de la boda.» (¡Nupcias y funerales: triste resumen de una vida humana!) «También se halla en el contrato de matrimonio con su primera y segunda mujer, una lista detallada de la hacienda que dejaron a su muerte estas almas benditas, y entre otras cosas un libro de los Evangelios y sermones varios y trebejos militares. También encuentro el nombre de un sacerdote llamado Lorenzo Sánchez, que consta en estos papeles con el maestro Lorenzo de Cepeda... y un sin fin de cosas harto dignas de nuestros archivos.» ¡Extraño poder evocador el de esos objetos insignificantes! ¿Vestiría acaso el mismo Alonso Sánchez, en algún campo de batalla de Andalucía, esos arreos militares, o no eran más que atavío indispensable, en aquel tiempo, de todo caballero?... ¡Qué tierno y sutil encanto el de este librito de los Evangelios, como la armadura, uno de sus más preciados tesoros!

La familia de Alonso de Cepeda fué muy numerosa. Como ya hemos dicho, sólo de su segunda mujer tuvo nueve hijos, el tercero de los cuales, Teresa, la predilecta, era la mayor de las dos hembras; siendo siete los varones. Del primer matrimonio había dos hijos y dos hijas. «Todos se tenían gran amor y todos parecieron a sus padres en ser virtuosos sino fui yo.» Estas son palabras de Teresa. Tan ejemplar unión nunca fué interrumpida en la vida; y aquellos a quienes llevó el destino a buscar fortuna en las Indias, fueron siempre alentados por la esperanza de terminar sus días en honesto reposo, y ser enterrados con sus padres en la ciudad que les vió nacer, y ya sabemos cómo Teresa sintió siempre los tiernos lazos de la familia, a pesar de su estado religioso. En aquellos días no había más carrera para los hijos de los nobles que la de las armas. Seis de los hermanos de

Teresa se hicieron soldados y fueron al Nuevo Mundo, aquel maravilloso emporio—sepultura de tantos valientes y aventureros—que Colón descubriera para España. Sólo dos de aquellos seis muchachos que abandonaron el hogar paterno, llenos de vida y de ilusiones, volvieron a su país natal. Nada se sabe de la suerte de los otros, sino que uno de ellos, Antonio, se hizo fraile.

Durante la infancia se distinguió entre los demás Rodrigo, el hermano favorito de Teresa, con quien ella devoraba aquellos libros de vidas de santos y mártires que tanto exaltaron su fantasía. «Como vía los martirios, que por Dios los santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir ansí, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo, y juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen, y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo.» (1)

En las anécdotas de la infancia de todos los hombres y mujeres célebres, suelen verse indicios de su destino en la vida. Teresa, alucinada por las historias de los santos y sus sufrimientos, se puso efectivamente en marcha, en busca del martirio, haciendo que su hermano le acompañara. De este modo se manifestó en ella ese espíritu imitativo que los niños poseen en tan alto grado, y que tan fielmente nos revela sus tendencias y aficiones. Llenos de valor y de resolución, sin olvidar, como prudentes viajeros, las provisiones para el camino—aunque iban en busca de la muerte—, cuentan que emprendieron los hermanitos la marcha por la pendiente, calle llena de casitas moras escondidas en fértiles huertos, que conduce al puente que está a la entrada de la ciudad. Se ven todavía en la pedregosa carretera de Salamanca cuatro pilares de granito, conocidos por los Cuatro Postes, cuyo único objeto había sido en tiempos indicar el sitio donde, por espacio de tres siglos, se había detenido, camino de la ermita cercana, una solemne procesión que se celebraba todos los años en Ávila, en acción de gracias por la victoria de los cristianos en una de sus frecuentes escaramuzas con los moros. Precisamente allí, según la tradición, fueron descubiertos los presuntos mártires por un tío suyo que pasaba a caballo, y llevólos a casa, lo que dió gran consuelo a su madre, que ya se los imaginaba perdidos o ahogados en algún pozo. El

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. I.

muchacho, menos valiente, aunque de más edad que Teresa, al verse acusado como causante de esta hazaña, le echó toda la culpa a la «niña». Cuando ya de hombre abandonó las viejas murallas de Ávila para no volverlas a ver, diríase que presintió la suerte que le aguardaba en aquel lejano y misterioso país de las Indias, al dejar todo lo que poseía a su hermana Teresa. Intrépido soldado, halló la muerte en la conquista de la Plata. De esta manera—según la Santa—llegaron a realizarse todos sus deseos y anhelos de niño, porque murió como mártir en defensa de la fe. El jardín donde Teresa y su hermano jugaron, lo conservan todavía los frailes carmelitas de Ávila: las flores de azafrán, las campanillas, asoman sus corolas por encima de la nieve. A los ojos de mi espíritu, la figura del fraile de hábito pardo que me acompaña se desvanece, y creo ver en su lugar la de aquellos niños. El traje, miniatura del de sus mayores, les da un aspecto que contrasta graciosamente con sus pocos años. Ya edifican ermitas de arena, que se deshacen burlando sus esfuerzos; ya leen en libros de escritura antigua encuadernados en badana, vidas de santos y mártires, que ellos convierten en la suya propia. Sus ojos, límpidos, reflejo del cielo castellano, tienen una expresión extática de sorpresa, de constante pregunta ante las cosas extrañas del mundo que les rodea. «Siempre, siempre, pena o gloria para siempre», murmuran, ya comparando—¡triste sensatez a sus años!—una eternidad de goces inefables con este momento pasajero de agonías que es la vida. ¿Quién pudiera darse cuenta de lo que ellos entienden por gloria? Acaso una ciudad gótica, bañada en la transparencia de muros de jaspe, que irisan los reflejos de un sol dulce, otoñal, por cuyas calles, estrechas y escalonadas, suben y bajan ángeles alados, de rostros más hermosos que los que ellos veían en la Puerta de los Apóstoles, cuando llenos de asombro cruzaban, cogidos de la mano, la nave de la catedral.

... ¡Oh, sueño encantador, del que me despierta en este año de gracia de mil ochocientos ochenta y nueve una vieja legañosa, que ha hecho cuarenta leguas a pie para venir a ver a un hijo, que por la voluntad de Dios, según ella, se ha hecho novicio en la bendita Orden del Carmen!

Veamos ahora cómo nutrieron el espíritu de Teresa, durante su infancia, las leyendas y creencias que habían llegado a formar parte de la conciencia popular. Vivía en un ambiente formado por la constante representación, en concepciones de extraño patetismo, de santos y mártires, cuya existencia real sólo podía ella contemplar desenfocada en la penumbra engañadora del pasado. En las imágenes talladas de las puertas de las catedrales latía para ella una vida, con un fin y

un significado. Los sueños e inquietudes que agitaron el cerebro del artista que las tallara, fueron también sueños e inquietudes de Teresa. ¡Cuántas veces contemplaría sobrecogida, en aquella iglesia pequeñita cercana al río, la tumba estrecha de granito que encerraba las cenizas de San Segundo, primer santo y obispo de Ávila, compañero de Santiago! Había estado escondido durante siglos en un hueco del muro de la iglesia, hasta que lo descubrió un albañil por casualidad, dos años antes del nacimiento de Teresa. De los labios de un testigo oiría ella el relato espeluznante del hallazgo de estos venerables restos. La calavera del obispo mártir apareció, ceñida todavía por lo que en otro tiempo fuera una mitra, y a su lado, había un cáliz, el anillo episcopal y un pedrusco con esta inscripción: *Sanctus Secundus.*

¡Cuántas veces no escucharía con avidez, sentada en las rodillas de su madre, la historia de aquel judío que se convirtió, cuando al estar recreándose en la vista de los cadáveres despedazados de los niños mártires Vicente, Sabina y Cristeta, que habían sido arrojados a las afueras de la ciudad para pasto de los buitres, se le enroscó una enorme serpiente al cuerpo y a la garganta! El judío, en su desesperación, imploró al Dios de los cristianos, y el reptil le soltó. Entonces, dió sepultura a los niños mártires, y en prueba de gratitud, levantó en aquel lugar el magnífico santuario de San Vicente, donde, como vamos a ver, una mula, marcando su pezuña en el pavimento, perpetuó el recuerdo del milagro que llevó allí el cuerpo de San Pedro del Barco. A la muerte de este célebre ermitaño del siglo XIV, que había pasado la vida en el hueco de una peña, todas las campanas de las aldeas y pueblos vecinos empezaron a repicar sin que nadie las moviese. Ávila, el Barco, su pueblo nativo, y otros lugares, se disputaron la posesión de sus restos, cuestión que arregló el obispo de Ávila, aconsejando que atasen el féretro del ermitaño al lomo de una mula con los ojos vendados, arreándola después, para que así sólo la Providencia la guiara en su marcha. Con gran asombro del inmenso concurso que la seguía, la mula dejó atrás el Barco y, sin pasar por Piedrahita, se fué trotando de un tirón hasta la misma iglesia de San Vicente, cuyas puertas, con laudable precaución, se habían dejado abiertas. Después de depositar allí su preciada carga, el pobre animal cayó muerto, dejando en el suelo la marca indeleble de un casco. Milagro es éste, indiscutible desde luego, aunque no hubiera estado demás que los piadosos cronistas hubiesen hecho constar si la mula tenía su establo en Ávila o en el Barco y si fué víctima de alguna enfermedad conocida en la veterinaria, provocada, tal vez, por la caminata y el peso del muerto.

Tampoco ignoraría Teresa la historia de Santa Barbada, la hermosa aldeana, que para librarse de las persecuciones de un joven noble y rico de Ávila, rogó al cielo la protegiese con alguna deformidad, lo que le fué inmediatamente concedido en forma de una barba espesa y cerdosa que produjo, como es natural, el deseado efecto... No sufrió más asedios. Este milagro sirvió de motivo al retablo que figura en el altar de San Lorenzo, transportado, después de la destrucción de aquella iglesia, al vecino templo de San Andrés, donde dicen haber sido enterrada la Santa en un sepulcro, con esta ejemplar inscripción:

«Sé nuestra intercesora y abogada,
gloriosa Paula Barbada.»

Estas y otras mil leyendas, igualmente absurdas, producto de la superstición o de la impostura, formaban parte íntegra y esencial de la vida de aquel período. Figuras colosales en el pasado de reyes y guerreros, hoy para nosotros sin valor ni significación, historias de santos, mitrados, ascetas, ermitaños y mártires ensangrentados, mezcláronse en vertiginosa confusión en el cerebro de aquella niña imaginativa y cavilosa, con el constante rumor de peleas, chocar de espadas, plegarias y oraciones, dando un molde único en el mundo a su exquisita sensibilidad. No es extraño, pues, que una niña como Teresa, criada en ese ambiente, se sintiese prematuramente oprimida por el vago misterio de la eternidad. «Espantábanos mucho el decir en lo que leíamos que pena y gloria era para siempre. Acaecíanos estar mucho rato tratando desto; y gustábamos de decir muchas veces, para siempre, siempre, siempre.» (1) En esto podemos ya entrever la idea de la vida monástica, apoderándose de su imaginación. Ya la vemos sola jugar a la ermitaña, y, con otras niñas, a las monjas, remedando una comunidad. De mujer, a pesar de su severidad para consigo misma al acusarse y atormentarse continuamente por todo su pasado, no encuentra nada que censurar en los recuerdos de su infancia llena de piedad y devoción. «Hacía limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y ansí nos hacía serlo... (2) Cuando yo considero que aunque era tan malísima, traía algún cuidado de servir a Dios, y no hacía algunas cosas que veo,

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. I.
(2) Obra citada, cap. I.

que como quien no hace nada, se las tragan en el mundo—cuando veo que no era inclinada a murmurar ni a decir mal de nadie, ni me parece podía querer mal a nadie, ni era codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener...» De una manera característica suya, deja esta frase por terminar.

¡Cuán pocos al recordar su infancia podrán decir, como Teresa, haber tenido una niñez limpia de toda malicia, envidia y falta de caridad, y no sentir remordimientos por haber entonces dado ocasión de disgustos a los padres con caprichos y terquedades! Su primera pena, el primer manotazo de la vida que la puso cara a cara con la realidad, fué la muerte de su madre, acaecida en 1527, cuando Teresa no contaba más que unos doce años. La pequeña huérfana, en su aflicción, acude presurosa a la capilla próxima al puente donde seis años antes según la tradición, se detuvo a orar, camino del martirio, a tierras de moros. «Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuíme a una imagen de Nuestra Señora, y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme que aunque se hizo con simpleza que me ha valido, porque conocidamente he hallado a esta Virgen Soberana en cuanto me he encomendado a ella, y en fin me ha tornado así.» (1)

Un incidente significativo relacionado con este período de su vida y que demuestra cuán susceptible era a toda clase de impresiones exteriores, es el siguiente: Cuentan todos sus biógrafos, que tenía en su alcoba un cuadro del encuentro de Jesús con la pecadora junto al pozo de Samaria y que la emocionaba de tal modo este incidente de la vida de Cristo, que se complacía constantemente en repetir el rótulo del cuadro, *Da mihi hanc aquam*, palabras cuyo significado no conocía. Este recuerdo de su niñez pudo muy bien haberla inspirado en su Tratado de la Oración al simbolizar la vida mística por el agua con una gracia y un arte inimitables.

Después de la muerte de la madre, Teresa quedó al cuidado de su hermana María, una mujer excelente, de poca imaginación, interesada en extremo en el bienestar de su hermana menor, aunque por la diferencia de edad tenían sus vidas pocos puntos de contacto. Mientras a María le absorbía enteramente la atención su noviazgo con Martín Guzmán y Barrientos, Teresa, abandonada por esta razón a sí misma, se entregó por completo al encanto de un mundo fantástico que iba adquiriendo insensiblemente para ella vida y realidad al calor de las continuas lecturas de libros de caballería andante, a los que, abando-

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. I.

nando las vidas de santos, dedicaba entonces con avidez horas y horas sin que lo supiese su padre.

El gusto por estos libros lo heredó de su madre, quien había encontrado siempre en ellos el mejor medio de aliviar la monotonía de su vida y de entretener a sus hijos para que no hiciesen travesuras. Todo esto, sin embargo, se hacía a espaldas del austero Alonso, que no sin razón miraba tales libros con harto desagrado. Esa literatura tan en auge en la sociedad de entonces no se caracterizaba sólo por su vago idealismo, sino por una licencia ilimitada en la invención de incidentes novelescos y por el lenguaje de una brutal grosería inconcebible para los que no estén familiarizados con aquellos autores. Podría discutirse en lugar adecuado si la honrada franqueza de expresión de casi todos los escritores de antaño es como elemento educativo más o menos admisible que las inquietantes sutilezas de la novela psicológica del siglo XIX. Pero dejemos esta discusión para lugar más adecuado. Lo cierto es que estos libros de caballería ejercieron una marcada influencia en el desarrollo intelectual de Teresa. En ellos aprendió a escribir su castellano enérgico y vigoroso, reflejo del lenguaje popular de aquella época. La primera creación de la que más tarde había de escribir las *Moradas* fué una obra de caballería andante en colaboración con su hermano Rodrigo, «y como su ingenio era tan excelente—dice Rivera—así bebió aquel lenguaje y estilo... y salió tal que había harto que decir de él». ¡Extraña educación en verdad la mezcla de historias de caballería andante y vidas de santos! En eso consistió toda la ilustración de esta singularísima mujer, cuyo ingenio, agudeza y sentido de la vida no sufrieron en nada con lecturas tan peligrosas en el período de formación de una inteligencia como la suya. Por pobre que nos parezca esta educación, fué un lujo de cultura, dadas las preocupaciones de aquella época. Opinaba el español de entonces, lo mismo que el de ahora, hasta cierto punto, que si bien cierta instrucción es cosa aceptable en la mujer, es conveniente que no adquiera *demasiados* conocimientos por constituír éstos un peligro para la fe. Los escritos de aquella época están llenos de alusiones contra la mujer parlilatina, expresión que hacen rimar tontamente con el epíteto de gallina y otros insultos por el estilo. La educación de la mujer se limitaba a la lectura del libro de horas y a hacer esos maravillosos bordados que con tanta frecuencia se encontraban en las casas de España hasta que los anticuarios los han hecho escasear. La actitud de la sociedad de entonces respecto a la mujer nos la revela el siguiente refrán: «La mujer honrada y la pierna quebrada, en casa...» Después de esto no nos extrañará ver a Teresa luchar contra innumerables pre-

juicios en su carrera como reformadora. Pero ella misma, en lo tocante a las letras fué, como verdadera castellana, intransigente, pues aunque no desconocía el valor de la educación, quería que ésta fuese exclusivo privilegio de los frailes y del clero. Era poco aficionada a la Biblia y a los que la leían. «Quítese de ahí con su Biblia, chiquilla», dijo en una ocasión en Toledo a una novicia que había traído inadvertidamente en su ajuar un ejemplar del sagrado libro. Alardeaba de no saber nada de los asirios inconscientemente aludidos por su ilustrada priora de Sevilla en una de sus cartas. Sin duda les juzgaba perros infieles, así como acusaba de ligero al autor del libro de los Reyes por lo que en él cuenta. «Dios libre a todas mis hijas de presumirse latinas. Nunca más lo acaezca ni lo consienta», escribe Teresa, en tono de reprensión. «Harto más quiero que presuman de parecer simples, que es de muy santas, que de otras retóricas.»

No es Teresa la sola figura grande de su época que sufrió más o menos temprano en su vida, la obsesión de las estrafalarias historias de caballería. Miguel de Cervantes, que un siglo más tarde se reía de ellas al darles el golpe de gracia, las había leído con verdadera afición durante el curso de su vida azarosa «más versada en desdichas que en versos». Un canciller de Castilla se lamentaba del tiempo que había perdido con las ociosas fantasías de Amadís de Gaula. Pero en el caso de Teresa tal vez no fuesen las horas menos provechosas de su vida las que pasara leyendo esas inverosímiles aventuras en el torreón morisco de la casa de su padre.

Teresa se va ya acercando a la pubertad. Se ven ya en ella indicios de esa hermosura singular que la distinguió siempre, hasta vieja y gastada por el ayuno y la mortificación si creemos las siguientes palabras de Rivera: «Se ve hartas veces que a los que escoge el Señor para más alta gracia y mayores dones sobrenaturales les da también más perfecto y excelente natural, como se verá en el que dió a la Madre Teresa de Jesús.» Era alta, bien proporcionada. Frente ancha, el pelo negro y crespo. Las cejas fuertes, no muy arqueadas. Ojos negros, redondos y no muy grandes, de párpados carnosos y mirada tan viva y elocuente, que con la misma rapidez comunicaba en derredor suyo la gravedad o la alegría. La boca bien medida, el labio superior delgado y recto, el inferior grueso y un poco caído. Dientes perfectos, la barba muy bien modelada. Manos de finos y luengos dedos de una delicadeza suavísima. Tenían sus maneras un encanto irresistible, y aun a los setenta años era de andar tan airoso, que a su paso todos se volvían para mirarla. En la primera efusión de la juventud, al descubrir su hermosura y encantos naturales, que según decían eran mu-

chos, olvidóse, sin darse cuenta, de sus ensueños místicos. Ella misma en su *Vida*, en un recuerdo no exento de vanidad, nos habla de su incipiente coquetería cuando dice: «Comencé a traer galas, y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabellos y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa.» (1) Ya veremos que este deseo de refinamiento personal y lo que ella llama curiosidad le duró toda la vida, escandalizando con ello más de una vez, ya siendo vieja, al bueno de Yepes, biógrafo suyo, quien sin duda echaba de menos en Teresa cierto *olor* de santidad, según él indispensable en todos los frailes y monjas. Mas estas vanidades tan naturales y lícitas en una joven no debilitaron nunca la energía de su carácter ni el sentido de honradez y sinceridad que le hacían insoportable cualquier clase de engaño, haciéndola preferir la muerte con una intransigencia verdaderamente castellana, a cualquier cosa que pudiera resultar en desdoro de la dignidad. Fué sin límite celosa de su honra. No podía soportar nada que tendiese a humillarla ante las gentes o a disminuír el aprecio que por ella sintiesen.

En esta época crítica fué su más firme sostén y defensa el culto exagerado que rendía al qué dirán, y que en balde trató de desarraigar de su alma con inauditos esfuerzos durante todo el resto de su vida. Sólo unos cuantos primos suyos, jóvenes y alegres, poco más o menos de su edad, tenían el privilegio de alegrar con su juventud la reclusión casi conventual de Teresa en la casa de Alonso de Cepeda. Alegre y efusiva por naturaleza, entró de lleno en los planes y confidencias de esos jóvenes, distracción que prestaba luz y colorido a la monótona rutina de su existencia. «Andábamos siempre juntos, teníanme gran amor; y en todas las cosas que les daba contento los sustentaba plática y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, no nada buenas; y lo que peor fué, mostrarse el alma a lo que fué causa de todo su mal.» (2) Esta familiaridad, de la que habla más tarde con horror y contrición, fué alentada por una parienta a quien su madre había siempre procurado apartar de la casa, mas sin poderlo conseguir «por ser tanta la ocasión que había para entrar».

«A esta que digo me aficioné a tratar. Con ella era mi conversación y pláticas, porque me ayudaba a todas las cosas de pasatiempo, que yo quería, y aun me ponía en ellas, y daba parte de sus conversaciones y vanidades. Hasta que traté con ella, que fué de edad de catorce

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. II.
(2) Obra citada, cap. II.

años, y creo que más (para tener amistad conmigo, digo, y darme parte de sus cosas) no me parece había dejado a Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenía mayor de la honra. Este tuvo fuerza para no perderla del todo; ni me parece por ninguna cosa del mundo en esto me podía mudar, ni había amor de persona del que a esto me hiciese rendir. Ansí tuviese fortaleza en no ir contra la honra de Dios, como me la daba mi natural, para no perder en lo que me parecía a mí está la honra del mundo; y no miraba que la perdía por otras muchas vías. En querer ésta vanamente tenía extremo; los medios, que eran menester para guardarla, no ponía ninguno; sólo para no perderme del todo tenía gran miramiento. Mi padre y mi hermana sentían mucho esta amistad, reprendíanmela muchas veces; como no podían quitar la ocasión de entrar ella en casa, no les aprovechaban sus diligencias, porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha. Espántame algunas veces el daño, que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer, en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace: querría escarmentasen en mí los padres, para mirar mucho en esto. Y es ansí, que de tal manera me mudó esta conversación, que de natural y alma virtuosos no me dejó casi ninguna señal: y me parece me imprimía sus condiciones ella, y otra que tenía la misma manera de pasatiempos. Por aquí entiendo el provecho que hace la buena compañía: y tengo por cierto, que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud; porque si en esta edad tuviera quien me enseñara a temer a Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Después, quitado este temor del todo, quedóme sólo el de la honra, que en todo lo que hacía me traía atormentada. Con pensar que no se había de saber, me atrevía a muchas cosas bien contra ella, y contra Dios.

»Al principio dañáronme las cosas dichas, a lo que me parece, y no debía ser suya la culpa, sino mía; porque después mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, que para todo mal hallaba en ellas buen aparejo; que si alguna fuera en aconsejarme bien, por ventura me aprovechara; mas el interés las cegaba, como a mí la afición. Y pues nunca era inclinada a mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino a pasatiempos de buena conversación; mas puesta en la ocasión, estaba en la mano el peligro, y ponía en él a mi padre y hermanos; de los cuales me libró Dios, de manera que se parece bien procuraba contra mi voluntad que del todo no me perdiese: aunque no pudo ser tan secreto, que no hubiese harta quiebra de mi honra y sospecha en mi padre. Porque no me parece había

tres meses que andaba en estas vanidades, cuando me llevaron a un monasterio que había en este lugar, adonde se criaban personas semejantes, aunque no tan ruínes en costumbres como yo; y esto con tan gran disimulación, que sola yo, y algún deudo lo supo, porque aguardaron a coyuntura, que no pareciese novedad; porque haberse mi hermana casado, y quedar sola, sin madre, no era bien. Era tan demasiado el amor, que mi padre me tenía, y la mucha disimulación mía, que no había creer tanto mal de mí y ansí no quedó en desgracia conmigo. Como fué breve el tiempo, aunque se entendiese algo, no debía ser dicho con certinidad; porque como yo temía tanto la honra, todas mis diligencias eran en que fuese secreto, y no miraba que no podía serlo a quien todo lo ve.» (1) «Una cosa tenía, que parece me podía ser alguna disculpa, si no tuviera tantas culpas, y es, que era el trato con quien por vía de casamiento me parecía podía acabar en bien; e informada de con quien me confesaba, y de otras personas, en muchas cosas me decían no iba contra Dios.» (2)

De esta vaga referencia a unos amores, que si algo tuvieron de malo fué sólo el no haber sido revelados por Teresa a su padre y hermano, podemos deducir la causa que instintivamente indujo a Alonso a entregar su hija a las hermanas de Santa María de Gracia. Vivían éstas a espaldas de su casa, en el convento Agustino que, según la tradición, había sido en tiempos mezquita árabe. Para despistar la curiosidad de los maliciosos sobre esta determinación, se sirvió el padre de Teresa del pretexto de haberse quedado ésta sola y sin protección a causa del casamiento de su hermana con Martín Guzmán y Barrientos. Cuán extraño que esta niña que debió su salvación a sus propios instintos de honradez, hubiese tan pronto de brillar por virtudes precisamente las más opuestas a esas frivolidades de unos cuantos meses, cuyo recuerdo la atormentó toda su vida. Una y otra vez vuelve sobre lo mismo: la llaga secreta no cicatrizada en su conciencia, aquellos días en que el temor de Dios fué para ella secundario a su reputación.

«Tengo por cierto—dice—que se excusarían grandes males, si entendiésemos, que no está el negocio en guardarnos de los hombres, sino en no guardarnos de descontentaros a Vos (3). Acordémonos de cuanto teníamos a honra pecar contra la honra de Dios. ¡Oh, válame Dios, si entendiésemos qué cosa es honra y en qué está perder la honra! Ahora no hablo sino del tiempo en que me precié de honra, sin

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. II.
(2) Obra citada, LX, cap. II.
(3) Obra citada, L, cap. II.

entender cómo era, e íbame al hilo de la gente. ¡Oh, de qué cosas me agraviaba, que yo tengo vergüenza ahora! Y qué bien dijo quien dijo que honra y provecho no podían estar juntos; y es al pie de la letra, que el provecho del alma y esto que llama el mundo honra nunca pueden.» «Consideraciones de honra—dice evocando las tostadas llanuras de Castilla, sembradas de matas de espliego y de romero—son como los tallos secos del romero que se rompen y dañan al que se echa encima de ellos.»

Leyendo su *Vida* de una manera superficial, podría creerse que Teresa había rodado en ese período de su juventud los más tenebrosos abismos del pecado. Pero hay que tener presente que al juzgar esas complacencias inconscientes de su vida pasada, llevaba ya más de veinte años en el claustro y es fácil que se dejase influír por la falsa norma de humildad que ha movido a tantos santos a acusarse de pecados jamás cometidos y a exagerar meras faltas de inexperiencia o juvenil ligereza. Por otro lado, el esfuerzo de sus biógrafos en probar la perfección sobrenatural de la patrona de España ha desfigurado de tal modo esas palabras suyas, tan llenas de tristeza y reveladoras de un primer remordimiento, que pierden toda significación. Después de veintitrés años de vida claustral, no podía esperarse de Teresa que juzgase con demasiada indulgencia esos pecadillos de su juventud, para los ojos mundanos simple historieta de un amor inocente, ahogado en flor por la severidad de su padre.

Estamos segurísimos de la pureza de su pristina inocencia por su propia afirmación de no haber jamás conocido lo que era el deseo. Tengamos presente al estudiar este punto de su Vida las siguientes palabras de San Francisco de Sales: «Los Santos, en sus esfuerzos para llegar a la perfección, consideran las faltas apenas perceptibles para los demás mortales como pecados.» Este mismo impulso de perfecta, o, si se quiere, exagerada humildad, la hizo suplicar a su confesor, en años posteriores, que publicase su *Vida* para desengañar a aquellos que habían formado una opinión equivocada de sus virtudes; mas suprimiendo todo lo referente a los señalados favores que había recibido de Dios por la oración. No olvidemos que su *Vida* no es una autobiografía, sino un análisis minucioso de su desarrollo espiritual. Si en ella se ocupa con conmovedora ternura del carácter y de las virtudes de sus padres, fué sólo para demostrar que las faltas de que tan amargamente se acusa ella misma no fueron resultado del mal ejemplo ni de la mala crianza. Al escribir la historia de su infancia, no tuvo más fin que el hacer ante sus confesores un examen general de conciencia que les sirviese de luz y guía al resolver los conflictos espi-

rituales que la atormentaron hasta la muerte. El relato que ella hace de su infancia y la descripción del ambiente en que se desenvolvió, son, en verdad, bien poco satisfactorios y detallados. Deja a un lado todo recuerdo, toda reminiscencia extraña a su fin principal, pero vemos suficientemente por ellos que Teresa hizo la historia de su niñez a la manera de los Santos cuyas vidas había leído, hecho que no carece de significación.

CAPÍTULO II

VENITE POST ME

La entrada de Teresa en el convento de Santa María de Gracia fué presagiada por la luminosa aparición de una estrella en la oscuridad del coro que, después de girar sobre las cabezas de las monjas, fué a posarse y a desaparecer en el pecho de Sor María de Briceno, la maestra de novicias que había de iniciar en la vida religiosa la futura fundadora de los Carmelitas. El historiador de la Orden relata fielmente esta leyenda que, desde luego, no surgiría en la imaginación popular sino largos años después del acontecimiento a que se refiere y cuando la fama de Teresa hacía ya imposible que la gente dejase de asociar todos los incidentes de su vida con alguna circunstancia milagrosa y sobrenatural.

Teresa acababa de cumplir a la sazón diez y seis años. Su espíritu no podía estar mejor dispuesto para saturarse del ambiente de aquel convento donde todavía se mantenía viva la memoria de su capellán, el santo, Tomás de Villanueva. Brusco había sido el despertar de las pasiones. Al desvanecerse la frágil ilusión de sus primeras vanidades, Teresa se abandona a la monótona tranquilidad del claustro.

Bastó una semana de incomunicación con el mundo para que en su nueva vida se sintiese más feliz que al lado de su padre. Poco tiempo tardó, con su natural encanto y simpatía, en cautivar el corazón de cuantos la rodeaban, y una vez segura del amor y de la confianza de éstos, olvidó por completo los recuerdos del mundo, que había dejado a las puertas del convento, volviendo a ser la niña me-

lancólica que se entretenía leyendo vidas de santos y mártires en el jardín de su casa.

De nuevo, atormentada por la idea confusa de la eternidad, escucha con avidez y enajenamiento a Sor María Briceno cuando ésta le cuenta cómo se había decidido a ser monja por haber leído estas palabras: «muchos son los llamados y pocos los escogidos», palabras que iluminaron el alma impresionable de Teresa cual destellos de un nuevo mundo lleno de infinitas posibilidades. «Si veía a alguna tener lágrimas cuando rezaba, u otras virtudes, habíala mucha envidia, porque era tan recio mi corazón en este caso, que si leyera toda la pasión no llorara una lágrima; esto me daba pena.» (1) «Comencé a rezar muchas oraciones vocales y a procurar que todas me encomendasen a Dios, que me diese el estado en que le había de servir; mas todavía deseaba no fuese monja, que éste no fuese Dios servido de dármele, aunque también temía el casarme.» (2)

Hasta entonces, según vemos, no se le había ocurrido nunca a Teresa que pudiera ser su destino la vida monástica, por la que sentía gran aversión cuando entró en Santa María. Allí pasó año y medio, teniendo que volver a la casa paterna a causa del primero de aquellos extraños ataques que amenazaron más tarde su vida y fueron probablemente la causa decisiva de la inclinación irresistible que sintió después por el claustro, inclinación que germinó en su alma al entrar de nuevo en aquel mundo cuyos peligros le había revelado ya la experiencia. Mas teniendo en cuenta el carácter impresionable de Teresa, no es ilógico pensar que esto que pudiera parecernos un primer llamamiento de Dios a la vida religiosa, no fuera más que la nostalgia del lugar donde tantas horas dichosas de imperturbable paz y contento había pasado. La vocación religiosa no era en ella todavía tan clara y evidente que hiciese imposible toda probabilidad de matrimonio. Una circunstancia cualquiera como ésta, podía haber sido causa todavía de que en los anales de la historia religiosa de España, tan horripilante a veces, faltase hoy la página gloriosa de la vida de Santa Teresa de Jesús.

En la convalecencia de esta primera enfermedad Teresa fué a visitar a su hermana María y al esposo de ésta, Martín Guzmán y Barrientos, que vivían en el campo, en Castellanos de la Cañada, a dos días de Ávila. De camino, se detuvo en casa de Pedro de Cepeda, un hermano de su padre, tan aficionado a la vida religiosa que, a la

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. III.
(2) Obra citada, cap. III.

vejez, lo abandonó todo para hacerse fraile, y que entonces vivía retirado en Ortigosa, aldea de unas cuarenta casas, situada entre Castellanos y Ávila, en una hondonada, al pie de hirsutas sierras azotadas de continuo por los vientos. La senda que conduce a este solitario paraje es de una belleza singular. Al llegar a la cumbre de aquellas salvajes parameras, por una cuesta que arranca apenas se sale de Ávila, se vuelve el viajero instintivamente para contemplar por última vez la histórica ciudad agrupada en torno de la gigantesca mole de la catedral. La vista descubre un grandioso panorama de bosques y montañas, en lontananza extensas llanuras tachonadas de ganados, pueblecillos y aldehuelas, escondidos en los repliegues del terreno y gigantes peñascales de una deformidad prehistórica y volcánica. Enfrente del desfiladero circundado por las estribaciones de la montaña, entre cuyos robledales blanquean enormes canteras de mármol, se alzaba una mansión señorial acentuando el aspecto de pobreza de las chozas que rodeaban la vecina iglesia. Era una casa solariega. El Mayorazgo había sido fundado en 1504 por Pedro Nuño del Aguilar, pariente cercano de los Cepeda. A la sazón pertenecía al tío de Teresa por derecho de primogenitura, y eran aquellas chozas las viviendas de sus labriegos, que lo consideraban como amo y señor con autoridad absoluta e incontestable. Esta morada se conoce todavía entre los aldeanos con el nombre de «Palacio». Aislada en una inmensa soledad, medio en ruinas, intactos en la entrada principal el león rampante y las cruces de San Andrés de los Cepeda, diríase que conserva en sus arqueadas galerías y soleado patio el ambiente de la tranquila rusticidad de antaño. Allí interrumpió Teresa por unos días su viaje a Castellanos de la Cañada, lo que decidió realmente, como ya veremos, la suerte de su vida. Teresa sólo nos traza de un modo confuso la silueta de este desilusionado hidalgo provinciano que, en medio de una hermosa soledad, vivía como un asceta, el pensamiento concentrado en el eterno y misterioso problema de la vida. La vanidad del mundo era su tema favorito. Su ocupación predilecta, la lectura de libros de devoción. Éstos los hizo leer ahora a su sobrina, quien por darle gusto ocultaba el poco placer que en ello encontraba. «Porque en esto de dar contento a otros he tenido extremo, aunque a mí me hiciese pesar, tanto que en otras fuera virtud y en mí ha sido gran falta, porque iba muchas veces muy sin discreción. ¡Oh, válame Dios, por qué términos me andaba Su Majestad dispuniendo para el estado en que se quiso servir de mí, que, sin quererlo yo, me forzó a que me hiciese fuerza!» (1)

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. III.

«Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, ansí leídas como oídas, y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y cómo acababa en breve, y a temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno; y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, vi era mejor y más seguro estado; y ansí, poco a poco, me determiné a forzarme para tomarle.» (1)

Estas palabras nos revelan cómo empezaron a tener consistencia en el cerebro de Teresa los mismos pensamientos que obligaron a su tío a terminar sus días en el claustro.

El camino de Ortigosa a Castellanos se extiende al borde de la cañada que enlaza Salamanca con Extremadura. Antes de llegar a casa de su hermana, Teresa tenía casi un día entero de jornada a través de frondosos robledales, cortados por límpidos arroyuelos que cruzaban constantemente, camino de Extremadura, grandes rebaños de ovejas, seguidos de grupos de pastores en caballerías. Tendría que atravesar también la aldehuela de Hortumpascual, deliciosamente situada al borde de un arroyo, y, más adelante, la hermosa dehesa de Revilla. En sus escritos, Teresa se ocupa muy poco del paisaje, mas en las raras ocasiones en que lo hace, da pruebas evidentes de no ser insensible a los encantos de la naturaleza, como, por ejemplo, cuando habla con verdadera emoción de la hermosura del río que pasó yendo de Palencia a Soria y del deleite que le producía contemplar, desde la ventana de su celda en Alba, el curso tranquilo del Tormes, por entre orillas de álamos y verdes praderas, poco a poco, estrechándose hasta perderse en la lejanía.

Pero en esta ocasión, al dejar la casa de Pedro de Cepeda, sólo ocupa el pensamiento de Teresa la solución del problema de su propio destino. Empieza a ver la vida bajo un nuevo aspecto. La calma rústica de una aldehuela y la compañía de un pobre viejo indiferente al mundo, bastaron para agrandar la sombra que una enfermedad extraña iba extendiendo sobre su espíritu. La ejemplaridad de la vida de su tío decidió su suerte. Como todo la afectaba profundamente, ya no puede dejar de pensar en aquellos libros que empezara a leer tan a disgusto suyo y sólo por complacer a su tío. La moral rigurosa de San Jerónimo y de San Gregorio apresó su imaginación, lo mismo que antes lo hicieran las Vidas de santos. Los placeres de este mundo se pagan en el purgatorio o en el eterno infierno. ¿Qué importa sacri-

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. III.

ficar los placeres de una vida efímera, miserable y transitoria, si así ganamos la gloria eterna? No hay más refugio que el claustro. Sólo por la dura senda del deber y de la observancia religiosa, puede el hombre caminar libre sin extraviarse... ¡La lucha fué terrible! ¡El mundo ofrecía todavía tantos encantos y bellezas! «Poníame el demonio, que no podría sufrir los trabajos de la religión, por ser tan regalada. A esto me defendía con los trabajos que pasó Cristo, porque no era mucho yo pasase algunos por él; que él me ayudaría a llevarlos debía pensar, que esto postrero no me acuerdo; pasé hartas tentaciones estos días.» (1)

Un sentimiento de desesperación parece que se ha apoderado de ella. No puede olvidar los ímpetus, los ensueños acariciantes de su primera juventud. Sangra en su conciencia la herida del remordimiento. Tiene el pensar lúgubre, sombrío. Sufre su cuerpo, vencido por frecuentes y largos desmayos. No, no siente la vocación. Su aversión al claustro es sólo comparable con su miedo a la ira divina. Mas las pruebas y rigores del claustro no podían ser mayores que los tormentos del purgatorio. ¿Qué importaba, pues, pasar en él la vida, con tal de irse después derecha al cielo? «Que éste era mi deseo; y en este movimiento de tomar este estado, más me parece me movía un temor servil que amor.» (2)

En esta lucha, especie de contabilidad espiritual en la que el saldo a favor del pecador debía ser abonado en el otro mundo, pasó Teresa tres meses, al cabo de los cuales comunicó a su padre su inalterable resolución de abrazar el estado religioso. El padre le negó su permiso, mas ¿quién no sentiría simpatía por este rasgo de egoísmo paternal de un anciano a quien el claustro iba a arrebatar el único consuelo de su vejez? Le prometió dejarla hacer su voluntad después que él muriese, «pero era tan honrosa—dice Teresa—, mostrando un rasgo personal que el tiempo acentuó después, que me parece no tornara atrás por ninguna manera habiéndolo dicho una vez.» (3) La tristeza cernía ya sus alas sobre la casa del hidalgo Alonso.

Licet in limine pater jaceat, per calcatum perge patrem, siccis oculis ad vexillum crucis evola. Estas palabras de hierro de San Jerónimo explican la disciplina inhumana de la Inquisición en España y los horrores no menos bárbaros de la de Ginebra y todas las aberraciones inspiradas al hombre por el fanatismo religioso. Muestra de sus efectos en Teresa es una aspereza de carácter que de ningún modo

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. III.
(2) Obra citada, cap. III.
(3) Obra citada, cap. III.

podía proceder de su naturaleza dulce y bondadosa. Del mismo modo la irreverencia filial del dulce Francisco de Asís contrasta con los tesoros de amor seráfico que derramó su alma sobre toda la creación.

A menos de media legua al norte de las murallas de Ávila se alzaba en larga hilera de edificios bajos, el convento carmelita de la Encarnación. En torno suyo, hasta confundirse con el horizonte, se extendía una llanura salvaje, entre cuyos pedregales, aromando el espacio, crecía el romero. El valle entre el convento y la escarpada cuesta coronada con las murallas de la antigua ciudad gótica estaba dividido en pequeñas parcelas de tierras de labranza separadas por cercas de piedra y troncos de árboles. A la izquierda de las tapias del convento, un descenso repentino del terreno ocultaba las aguas del Adaja y sus orillas de chopos alineados. Aquellos edificios no habían sido siempre convento. Aun ahora, si no fuera por el huerto amurallado y el esbelto campanario, bien podríamos creernos en presencia de alguna modesta casa de campo perteneciente a una de esas familias, tan numerosas en España, con más títulos que dineros. El solar de la Encarnación había sido cementerio de los judíos. Al lado de éste se alzaba la sinagoga. Más tarde fué convertido en tierra de cultivo rodeada de chozas de labriegos, y en los días que precedieron a la ejecución de aquel fatal decreto de 1492, fué teatro de extrañas y patéticas escenas cuando los judíos, expulsados, dieron el último adiós a sus muertos, sollozando y arrancándose los cabellos en su desesperación. Bien poco costó transformar todo aquello en convento y el cementerio en huerto. Las monjas oyeron la primera misa en la pobre y pequeña Iglesia de la Encarnación, el mismo día en que, como ya sabemos, fué bautizada Teresa en la parroquia de San Juan. El aspecto general del edificio no podía ser más miserable, y era la Iglesia de una construcción tan sólida y resistente que, por las rajas del techo del coro, en invierno caía la nieve en copos y en verano el sol que por ellas se filtraba hacía pasar las penas del purgatorio a las infelices monjas allí arrodilladas. A pesar de estas y otras comodidades por el estilo, la comunidad prosperó tanto, que en poco tiempo compartió con Santa Ana de las Bernardinas, la preferencia de las jóvenes nobles de Ávila que consagraban sus vidas al Señor. La comunidad de la Encarnación, era tan mundana y falta de disciplina, que entre las monjas se hacía valer el rango y la categoría social que antes tuvieran en el siglo. En nada se parecía a la austera hermandad de las Agustinas, esta nueva fundación en la que un centenar de mujeres bulliciosas, pendencieras, amigas de chismes y a veces hambrientas, trataban de pasar lo mejor que podían la vida que les hacía adoptar las exigencias

de una sociedad compuesta en sus dos terceras partes de frailes y monjas. Un acontecimiento tan trascendental en los anales de la orden carmelita como la entrada de Teresa en la Encarnación, no podía atribuirse a la casualidad o al azar, sino al cumplimiento de una disposición de la Providencia. He aquí el origen de la leyenda que cuenta cómo muchos años antes de que Teresa entrara en aquel convento había sido profetizado que en él viviría, algún día, una santa de ese mismo nombre. Esta profecía la atribuían unos a cierta monja anciana que había visto fundar el convento y otros a un aventurero que tratando de encontrar un tesoro que se decía enterrado en los alrededores del convento, descubrió con ojos de profeta otro mayor que el que buscaba con ojos de zahorí. Rivera, opinando sin duda que por sobra de pan nunca es mal año, dice que es fácil que hiciesen esta predicción ambos, la vieja y el zahorí, añadiendo con sencillez: «El haber habido esta profecía es cosa cierta, porque la Madre, como era tan graciosa, solía, riéndose, decir a otra monja que entonces había de su nombre, si había de ser alguna de ellas aquella santa que decían. El 2 de noviembre, día de todos los difuntos, año de 1533 (1), Teresa entró en la Encarnación. Tenía entonces diez y ocho años. Sin más sostén espiritual que una idea inflexible del deber, ajena todavía a un amor puro de Dios que llenase el vacío de su dolorido corazón, abandonó las murallas de su ciudad natal en el silencio azulino de una fría y transparente madrugada. Su hermano Antonio, después de acompañarla hasta las puertas del convento, se dirigió al convento de dominicos de Santo Tomás, pidiendo entrada. Teresa había elegido la Encarnación, porque allí estaba una amiga suya muy querida, Juana Suárez. La disciplina de Santa María de Gracia la aterraba.

«No creo será más el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba de sí, que como no había amor de Dios, que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que, si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante.» (2) Sin vocación, sostenida por «un temor servil, no por amor» (3), consumó el sacrificio de su vida con una serenidad imperturbable, con una resolución férrea. Su padre fué llamado y llegó a tiempo de verla tomar el hábito. Una extraña reacción se había operado en ella. Sentía un gran contento por haber escogido el mejor camino. Un algo inefable le inundaba el alma, llenando para ella de un dulce encanto la monotonía del claustro. Ya

(1) Créese que fué en 1533, mas no se sabe con absoluta certeza.
(2) *Vida de Santa Teresa*, cap. IV.
(3) Obra citada, cap. III.

recoge los mantos de las monjas en el coro, ya alumbra las hermanas a través de los oscuros y helados corredores, ya al barrer los pasillos del convento, a las horas que antes dedicara al cuidado de su persona siente una fruición misteriosa que ella misma no se explica. Mas no está exenta la modestia y docilidad de la novicia de un resentimiento secreto del orgullo reprimido. Ese puntillo de honra tan genuinamente español y tan natural en un carácter como Teresa, según ella misma confiesa, le costó muchos años desarraigárselo del alma. ¡Quién sabe si, en realidad, lo conseguiría por completo! El cambio que acababa de operarse en su espíritu, al par que la llenaba de una tranquilidad interna para ella hasta entonces desconocida, le hacía sentir una inclinación inexplicable por la soledad y el llanto. Las monjas, creyendo ver en eso síntomas de descontento, reprendían a Teresa injustamente, lo que ésta «llevaba, con harta pena e imperfección, aunque con el gran contento que tenía de ser monja, todo lo pasaba». «Era aficionada a todas las cosas de religión, mas no a sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgábame de ser estimada; era curiosa en cuanto hacía; todo me parecía virtud.» (1)

La curiosidad y afición al aseo le duraron hasta el fin de su vida, con gran escándalo e indignación de Yepes, quien una vez protestó, como de un grave abuso, de una toalla perfumada que le dieron las monjas en Medina del Campo para que se secase las manos. Teresa las disculpó diciendo que era una imperfección que habían aprendido de ella. Al lado de ésta y otras imperfecciones («pajillas», como decía Teresa), hallamos en su alma una capacidad sin límites para el heroísmo, pruebas innegables de la cual dió cuidando a una monja presa de una terrible y repugnante enfermedad, cuando todas las demás, horrorizadas, la habían abandonado en su lecho de muerte. ¿Había encontrado Teresa la misteriosa felicidad que tanto le había atraído en Santa María de Gracia? ¿Llenaba la vida claustral todas las vagas aspiraciones de su alma? No. La perspectiva de la monotonía del claustro por el resto de su vida debía atormentarla y oprimirla de un modo tal, que a la misma cabecera de la monja enferma que cuidaba, pedía a Dios el don de la paciencia a cambio de cualquier enfermedad o tormento físico por terrible que fuese. Todo lo finito parecíale despreciable comparado con el bienestar espiritual y la felicidad eterna que a cambio de los sufrimientos de la carne, creía poder alcanzar de la Divina Providencia.

El 3 de noviembre de 1534 hizo Teresa su profesión de monja, des-

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. V.

pués de una lucha terrible con el demonio y la carne, sólo comparable con aquella librada en su corazón el día que se encaminó con su hermano a refugiarse en el claustro contra sus dudas y vacilaciones. Sin embargo, como ella ha tenido cuidado de consignar en sus crónicas, «profesó con gran determinación y contento». Un año más tarde sufrió un grave quebranto su salud. La escasa alimentación y las privaciones de la vida monástica no podían por menos de afectar un organismo de suyo extremadamente delicado. Los desmayos que había sufrido volvieron a repetirse con más intensidad y frecuencia, acompañados de atroces dolores de corazón, quedándose por largo tiempo sin sentido y en tal estado que daba pena verla. En el otoño de 1535, acompañada de su amiga Juana Suárez, tuvo que volver de nuevo por motivos de salud a casa de su padre. Los doctores de Ávila no pudieron hacer por ella otra cosa que tomarle el pulso, mover la cabeza y embolsar sus honorarios. El atribulado padre resolvió entonces probar otros remedios más eficaces que estos y decidió llevarla a Becedas, pequeña aldea a dos leguas del Barco de Ávila, famosa por su curandera. Como ésta dijo no poder empezar la cura hasta el mes de abril del año siguiente, Teresa pasó el tiempo que faltaba en Castellanos con su hermana María.

Los españoles de la clase alta de entonces no tenían, como los de ahora, su residencia principal en las ciudades. Los alrededores de Ávila están llenos de casas, donde vivieron siempre hidalgos rurales y gentes de buena familia. La de Martín Guzmán y Barrientos era una ventilada y solitaria granja a mitad del camino de Ávila a Alba, con su capilla, sus patios, su gran pozo, rodeada de unas cuantas chozas de labriegos y enfrente de interminables robledales, que se extienden ondulantes hasta fundirse con la azul neblina de la lejanía. Esta casa, en cuya puerta se conserva todavía el escudo de Martín Guzmán y Barrientos, hoy desierta y abandonada por su distancia de la población, estuvo siempre en aquella época de difíciles comunicaciones habitada por la familia. Allí sintió Teresa las primeras inquietudes del misticismo. Ningún otro lugar más a propósito para dar rienda suelta a la melancolía de un carácter, temperamento excepcionalmente sensitivo. Obligada por la enfermedad a no salir de su estancia, pasa hora tras hora contemplando absorta los flotantes hilillos de oro que filtra el sol por la ventana, o escuchando la brisa en el bosque y el mugir del ganado en el campo lejano. Su hermana, interrumpiendo las faenas de la casa, animaba de cuando en cuando la pequeña alcoba de la enferma con su alegría y actividad. En las largas horas que seguían a la modorra de aquellas tardes de verano distraía su soledad con la

lectura del abecedario espiritual que le había dado Pedro de Cepeda. Inevitablemente, tuvo que sufrir la influencia de este libro, como sufrió la de todos los que leyó en su vida. Así, no es de extrañar que atribuyese a misteriosos agentes espirituales, no solamente los fenómenos poco comunes que se observan en la vida psicológica de los enfermos, sino hasta los síntomas de orden natural más corrientes en ellos. Busquemos en el cuerpo, o más bien, en la acción de éste sobre el alma, el origen de todos los estados de su espíritu, cuya completa y satisfactoria explicación encontró Teresa en el Abecedario, aprendiendo a definirlos y clasificarlos con aquella vaguedad mental del místico franciscano, cuyos términos lo mismo pueden significar mucho que nada. Por ejemplo, en esas crisis de la sensibilidad en que el llanto viene a calmar los excitados nervios, sirviendo al mismo tiempo de bálsamo para la atribulada conciencia, ella se imaginaba gozar ya del don divino de lágrimas y en esos otros en que el alma parece elevarse por encima de todo lo creado, indiferente a cuanto le rodea, se figuraba haber alcanzado la oración de unión. Al meditar en Cristo, aniquilábase en esfuerzos ineficaces, excitando en vano su imaginación para llegar a sentir la presencia real del Crucificado. Tal era su arrobamiento en la Oración de Quietud y de Unión, que, a pesar de no durar más que el tiempo de una Avemaría, se apercibía positivamente de sus efectos. Le parecía elevarse a las alturas celestiales y contemplar con lástima el mundo, que se extendía debajo de ella a una distancia inconmensurable, «y a los que la seguían, aunque fuese en cosas lícitas.» (1)

Entre las reliquias más preciadas y conmovedoras que de Teresa han conservado las monjas de Ávila, se encuentra un tomo de Francisco de Osuna, cuyas páginas llevan todas huellas de constante estudio: párrafos enteros subrayados, cruces al margen y corazones y manos (sus señales favoritas) que indican en el texto gótico los pasajes o conceptos que eran, según ella, dignos de especial mención.

En la primavera de aquel año, la llevaron a Becedas para confiar su salud a las manos *caritativas* de la curandera, con sus aceites hirviendo, hierros al rojo y cataplasmas de pollo recién muerto.

La narración que Teresa ha dejado de la amistad que entabló en aquel pueblo con su confesor, quien la hizo confidente de un secreto impuro, nos da una idea exacta de la perversión e ignorancia que, a pesar de las sabias reformas de la reina Isabel y de Cisneros, reinaban todavía en el clero de España.

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. IV.

Este cura, «de harto buena calidad y entendimiento» (1)—según nos dice Teresa—, se aficionó a su simpática penitente, cuya pureza e inocencia le llenaban de confusión. «Aquella afición grande que me tenía, nunca entendí ser mala, aunque pudiera ser con más puridad; mas también hubo ocasiones para que, si no se tuviera muy delante a Dios, hubiera ofensas suyas más graves.» (2) «Había casi siete años que estaba en un peligroso estado con afición y trato con una mujer del mismo lugar, que tenía perdida la honra y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto.» (3) Como en España por hablarse con tanta franqueza no se conoce el rubor fingido, la joven monja, en vez de escandalizarse ante las revelaciones del sacerdote, sintió por él y sus pecados gran compasión. «A mí hízoseme gran lástima—dice—porque le quería mucho»; y sigue diciendo, como buscando una excusa para su instintiva generosidad, «que esto tenía yo de gran liviandad y ceguedad, que me parecía virtud ser agradecida, y tener ley a quien me quería» (4). Teresa recurrió a la astucia para salvarle. Tenía el sacerdote un amuleto, regalo de su amante, «y aunque yo no creo es verdad—dice ella—esto de hechizos determinadamente» (5), no pudo por menos, cediendo inconscientemente al espíritu supersticioso de la época, de achacar a maleficio la causa de aquellos sacrílegos amores, fingiendo un gran cariño, consiguió que el sacerdote le diese el embrujado objeto, que siempre llevaba al cuello, arrojándolo inmediatamente al río. Apenas sucedido esto, el infeliz cura, como despertando de una pesadilla, recobró el dominio de sí mismo, se sintió invadido de un profundo arrepentimiento, olvidó sus aberraciones y murió en gracia de Dios al año justo de su encuentro con Teresa...

Los tres meses pasados en Beceda de nada sirvieron a la salud de la enferma, aunque, como prueba la historia anterior, no fueron del todo infructuosos para su alma. La concienzuda curandera apuró en vano todos sus remedios. «Yo no sé cómo las pude sufrir, y, en fin, aunque las sufrí no las pudo sufrir mi sujeto.» (6) Parecíale que finos dientes le mordisqueaban el corazón, y sin hallar descanso ni de noche de día, sus nervios se retorcían en continua convulsión. La sibila de Beceda a poco da al traste con la vida de Teresa. Este fué el resultado del tratamiento.

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. V.
(2) Obra citada, cap. V.
(3) Obra citada, cap. V.
(4) Obra citada, cap. V.
(5) Obra citada, cap. V.
(6) Obra citada, cap. IV.

Es curioso que todavía se encuentre quien crea en ciertos métodos de curación. En muchos rincones de España existen aún el saludador y la curandera. Su farmacopea, especie de caldero de las brujas de Macbeth, se compone, entre otras pócimas inmundas, de rabos de lagartijas cocidos en agua de ruda, moscardones fritos en aceite enfriados a la luz de la luna creciente o menguante e infusiones de piojos que las pobres gentes beben ansiosamente sin dudar por un momento de su eficacia. Cuando el saludador no consigue nada con sus brebajes, la curandera se encarga de estirar y extender los miembros del enfermo hasta hacerle crujir los huesos. A tal régimen fué sometida Teresa. No es, pues, de extrañar, como dice ella, que a «poder de medicinas» casi dieran fin a sus días. Con esta ganancia—como ella observa también irónicamente—volvió a Ávila acompañada de su padre y de Juana Suárez, donde los médicos la desahuciaron por *ética*. Al cabo de tres meses de sufrimientos horripilantes, durante los cuales se fortificaba un poco el ánimo con la lectura de la historia de Job, en las Morales de San Gregorio, tuvo una crisis agudísima la noche de la festividad de Nuestra Señora la Virgen de Agosto. Su padre no la había dejado confesar aquel día creyendo que el deseo de Teresa era debido a aprensión de muerte. Bien cerca estuvo de ello. Aquella misma noche cayó en un paroxismo que le duró cuatro días. Le administraron la Extremaunción. De la Encarnación vinieron cuatro monjas para velar el cadáver y llevarlo a la tumba que lo esperaba ya abierta en el convento. Los frailes carmelitas cantaron el oficio de difuntos por el alma de su hermana. «Esta hija mía no está para enterrar», dijo su padre «que sabía mucho de pulso». Gracias a esto no la sepultaron viva. Al volver en sí se encontró con los ojos llenos de gotas de cera de los cirios que ardían en torno a su *cadáver*. Cuando había llegado ya a alcanzar en vida fama de santa, uno de aquellos que la habían velado en su lecho de muerte, dijo que en el período de delirio que había precedido al síncope, había proferido Teresa frases y palabras proféticas. Recordaban que al recobrar el conocimiento preguntó por qué la habían *llamado*, diciendo que había estado en el cielo y en el infierno, que su padre y Juana Suárez habían de salvarse por medio suyo, que había visto los conventos que fundaría y otras cosas extraordinarias llevadas a cabo después en la Orden, que había de morir santa y que su cadáver sería cubierto de brocados. Rivera hace constar sensatamente que cuando la fama creciente de Teresa prestaba a esas anécdotas importancia y significación, la Madre, al oír hablar de ellas, decía que eran disparates y desvaríos propios del delirio y que la daba vergüenza que un hombre tan grave como su padre les hubiese conce-

dido atención. Lo primero que hizo al volver en sí fué confesarse. Los presentes vieron cómo al comulgar corrían copiosas lágrimas de sus ojos. De ese ataque salió en un estado que no podía resistir que la tocaran. Tenían que trasladarla de un lado a otro en una sábana, se había mordido la lengua de tal modo y la garganta la tenía tan débil, que apenas podía tragar agua, la contracción muscular la había dejado hecha un ovillo, sin poder hacer uso de sus miembros. Así y todo, el Domingo de Ramos volvió, según sus deseos, a la Encarnación. Perdida la esperanza de curarse, volvió a la tranquilidad del claustro como para entregarse allí a la muerte que parecía estaba al llegar.

«A la que esperaban muerta recibieron con alma; mas el cuerpo peor que muerto, para dar pena el verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que sólo los huesos tenía.» (1)

* * *

Ahora no podemos por menos de preguntarnos: ¿De qué naturaleza era esta enfermedad misteriosa que la privó del uso de sus miembros de tal modo que «alababa a Dios cuando comenzó a andar a gatas»? ¿De qué naturaleza sería el ataque que la privó del sentido durante cuatro días? ¿Fueron histero-epilépticas las convulsiones que la redujeron a un estado de parálisis, durante los tres años siguientes, en la Encarnación? Eso ha asegurado cierta persona que, incapaz de comprender la grandeza genial de Teresa, ve en sus flaquezas físicas la única explicación de la anormalidad de su espíritu, relegándola así, con un fallo desprovisto de todo sentido crítico, a la misma categoría de aquellos histéricos que expiaron sus visiones en Llerena. Ni los actos ni las palabras de Teresa, por extraños que nos parezcan, por imposibles y extraños que pareciesen a muchos de los ortodoxos de aquella época, contienen el menor indicio de desorden y debilidad mental. La manera tranquila que tiene de relatar sus visiones, la capacidad y sutileza que demuestra al establecer distinciones entre ellas y el dominio y maestría de la forma al dar expresión a sus emociones, la ponen bien a salvo de esa acusación. Jamás hubo en el mundo persona menos histérica que Teresa. Lo mismo en las regiones de lo ideal, al relatar una visión, que en el terreno de la práctica, al fundar un convento, da pruebas incontestables de su aplomo, agudeza, saga-

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. VI.

cidad y orden y claridad de pensamiento. Además, observadora perspicaz, hace constantemente referencia en sus escritos a la influencia del cuerpo sobre el espíritu. Atribuyó siempre las enfermedades de que fué atormentada hasta el fin de su vida, a los efectos de unas calenturas cuartanas, y con su enorme sentido común, tan oportunamente ignorado por aquellos a quienes conviene exagerar todo lo que en ella pueda tener apariencia de sobrenatural, hallaba en su mal de corazón y constantes desmayos el origen de muchas de sus visiones, añadiendo que no se las diese ninguna importancia, porque sólo era digno de atención el ejercicio de la virtud. Mas no veamos en esto razón suficiente para atribuír de un modo único a la epilepsia y otras causas físicas todo aquello que somos incapaces de comprender en la psicología de Teresa. Al ocuparnos de estos extraños ataques, que siempre se resolvían en convulsiones, no está de más recordar el siguiente testimonio, aportado por una de las monjas al expediente de canonización de Teresa. Dice así: «Cuando tenía la perlesía me arrimaba algunas veces a ella para sujetarla, pero ella me decía: déjame, hija; este cuerpo tiene que sufrirlo.»

* * *

En nuestra edad, dominada por el materialismo, nos sentimos poco inclinados a conceder importancia a toda agencia cuyos efectos trascendentales nos es imposible atribuír a causa racional conocida. Olvidamos lo ideal como causa en la formación del mundo.

El mundo está lleno de histéricos y epilépticos. Mas cuán pocas veces dejan oír éstos su voz en la historia. Mahoma debió su poder a algo más que la histero-epilepsia. En realidad, poca fuerza pueden tener sobre la humanidad los fenómenos psico-intelectuales de una enfermedad, *per se* repugnante al sentido de normalidad innato en el hombre. En medio de la ostentación que hacemos de nuestra sabiduría, tenemos que humillarnos, sin poderlo analizar, ante ese *quid divino* que sentimos vibrar en el alma de un Beethoven o un Shakespeare y que también Teresa poseía. Hagamos una hipótesis. Teresa escribió su *Vida* cuando ya empezaba a susurrarse alrededor de ella que había una santa dentro de las tapias de la Encarnación. ¿Un santo o una santa sin visiones ni revelaciones? Esto hubiese sido una anomalía en aquella época. Teresa se había familiarizado desde la cuna con lo sobrenatural. Su espíritu estaba saturado de historias y anécdotas increíbles de santos. ¿Ajustaría casi inconscientemente su

Vida al gusto de aquel período? Quizá lo hizo así despreciando en el fondo todas esas exageraciones que la credulidad exigía como requisito indispensable de la santidad. Al sentirse escogida para una misión poco menos que divina, de cuyas dificultades tenía conciencia, tal vez quiso, por medio del énfasis del lenguaje y de la exaltación de la emoción, idealizar ciertos estados de ánimo, espiritualizar ciertas alucinaciones, convirtiendo así en cosa real y concreta lo que empezaba por ser una mera abstracción vagamente concebida por la fuerza del deseo. Lo extraño en su temperamento, lo característico en su misticismo, es que describe y analiza sus visiones con la penetración y el sosegado juicio del observador que relata acontecimientos ajenos a su emotividad. Hay una disparidad entre la grandeza y la fuerza del argumento, la sublimidad y transparencia de la imagen y del motivo que expone en tan delicado tejido.

Pero no, nuestra hipótesis es falsa. Todo en Teresa es honrado y sincero. Es muy posible que desde lo más recóndito de su cerebro, calenturiento por la vigilia y el ayuno, partiesen atravesando su subconciencia como el zig-zag de un relámpago, aquellas fantasmagorías que ella detalla tan minuciosamente, dándoles la forma y el colorido de los objetos que le eran familiares. Estas visiones fugaces, nada en sí, fuegos fatuos, al reflejarse en su cerebro dotado de una sensibilidad eminentemente plástica, se hacían ponderables ante sus ojos mostrando síntomas de vida y consistencia. No se insistirá nunca suficientemente sobre el hecho de que ella misma dudó hasta el fin de su vida de la realidad de estos fenómenos. Razón tendría para ello. Siempre se vió atormentada por la idea de que no había hecho más que engañarse y engañar a los demás. Tal vez fué este el pensamiento que la acometió en su lecho de muerte, haciéndole repetir con insistencia *Cor Contritum et humiliatum, Deus non despicies.*

Acaso pudo ser engañada; otros más grandes que ella lo han sido. Si sus visiones fueron sólo resultado de un temperamento exuberante y de unos nervios fatigados, olvidémoslas en honor del genio, de la maravillosa mujer, llena de actividad, de abnegación, pureza de intención, constante buen humor y cándida franqueza. Dones reales fueron estos, no vanas ilusiones. Tampoco lo fueron las leguas que caminó bajo el sol y la nieve, ni aquellos conventos escondidos en las aldehuelas de la Mancha y en los repliegues de los desiertos castellanos. Teresa fué la mujer más noble, más inteligente, más heroica de su siglo.

CAPÍTULO III

LA ENCARNACIÓN

Es imposible contemplar sin emoción la larga fila de bajos edificios conventuales que en medio de una árida llanura se alzan solitarios a una media legua de las murallas de la ciudad. Diríase que aún late en ellos, sutil y misterioso, el encanto de la personalidad de Teresa y de las monjas, que durante varias generaciones hallaron una tras otra su descanso bajo las losas del claustro, cuyos gruesos muros almenados fueron mudos testigos durante treinta años de la vida de Teresa. El paisaje de los alrededores, es hoy el mismo que ella contempló y aprendió a amar desde la soledad de su celda. En la plácida corriente del agua, reluciente cual sierpe de plata a la luz del sol, en las flores y en los árboles hallaba ella «memoria del Creador» y la «servían de libro». En el fondo del valle, cerca de las puertas del convento, una fuente grisácea del mismo estilo que la catedral vierte sus aguas en las grietas de las gastadas rocas y forma un arroyo a través de la arenosa senda, lo mismo que en tiempo de los Reyes Católicos. No sólo el paisaje, podríamos hacernos la ilusión de que los hombres y hasta los animales de aquellos contornos son los mismos que pasaran ante la mirada distraída de Teresa, hace siglos, aquella mañana del 2 de noviembre en que decidió la suerte de su vida. Los caballeros de antaño han desaparecido. En lechos de alabastro duermen su sueño eterno en la catedral. Mas los aldeanos, con sus viejos aperos de labranza, sus peludos borriquillos, sus trajes y refranes, parecen como el terreno que cultivan ser los mismos de entonces. Todo está como ayer. La llanura pedregosa, rebelde al cultivo, con surcos aquí y allá,

pruebas descorazonantes de la miseria de los labriegos, el abrupto descenso del terreno que esconde el curso del río, las chozas cabe los muros del convento impregnadas de un acre olor de paja quemada, hasta el alto ciprés que Teresa plantó y vió crecer, cuya copa se recorta en el azul metálico del cielo transluciente. ¿Qué ha hecho allí la mano del hombre? En nada ha cambiado el contorno irregular del convento. Tal vez el esbelto campanario haya reemplazado a otro más viejo. ¡Oh, qué imponente tristeza pastoral! ¡Qué desolada transparencia!... ¡Castilla melancólica, inmutable, seca por los ardores del verano, pálida y entumecida por el rigor del viento y las heladas del invierno!

El silencio es perfecto, la soledad intensa. Un perro rabón parpadea al sol tibio de febrero. Lava en la fuente una vieja sus harapos de crudos colorines. Guía un porquero sus guarros entre altos cardos y umbelas de hinojo que crecen junto al convento, por cima de cuyas gigantescas almenas lucen la esbeltez de sus copas unos cuantos árboles. Y por delante de la puerta cuadrangular que empenacha una parra desmirriada, pasa de vuelta de la montaña un carbonero trotando en su borriquillo, ese animal inseparable de toda visión pintoresca de tierras castellanas; los encontramos constantemente ya haciendo girar la noria de perezoso chirrido, ya suelto o amarrado por una pata, buscando en medio de campos abrasados y secos, un pasto problemático.

Volviendo nuestras miradas hacia las murallas, torres románicas y arcos de la ciudad que reposa tranquila y serena, a la luz de la tarde despejada, es imposible dejar de sentir en lo más íntimo del alma una nostálgica melancolía, imposible apartarse de allí, sin exhalar un suspiro, tributo involuntario a los signos externos de un ideal vencido que un día llenara al mundo y que hoy sólo vive en el recuerdo de la historia.

Probablemente, pocas reparaciones o cambios se llevarían a cabo en la Encarnación hasta después de la canonización de Teresa en el siglo XVII. Aun entonces, éstas debieron ser de muy poca importancia, pues, con excepción de las tapias, el convento está hoy tal como ella lo conoció. Hasta esa época se conservaron intactas las celdas que ocupó Teresa, como miembro de la comunidad durante treinta años, y después como superiora. Estas habitaciones que, situadas en pisos distintos, se corresponden una con la otra, eran consideradas lugar santo. En la inferior, que servía de oratorio y, precisamente, en el sitio donde Teresa tenía la costumbre de guardar sus imágenes, colocaron las monjas el retrato de la Santa, delante del cual ardía una lámpara

noche y día. La de arriba, la que ésta ocupara por más largo tiempo, fué convertida en capilla, en cuyo altar se celebraba misa con frecuencia. Un cuadro de la Transfiguración servía de retablo, y de las paredes colgaban otros representando diferentes escenas de la vida de Teresa. Estas lóbregas habitaciones, sin más luz que la de unas lamparillas de aceite, eran como un sagrario del convento. Allí, en aquel ambiente formado por tantos recuerdos vivos de Teresa, delante del cuadro que ella hiciera pintar en memoria de su celebre visión, cantaba la comunidad todos los martes de cuaresma el *Miserere.* Allí se detenía también la solemne procesión instituída por Teresa, que la noche de Jueves Santo salía del coro llevando en andas la imagen de Nuestra Señora de la Clemencia a través de los resonantes corredores iluminados por las luces estrelladas de cirios y blandones. Allí generaciones enteras de monjas vinieron a desahogar su alma de ocultas aflicciones y hallaron consuelo en el ministerio de la impalpable presencia de Teresa. Pero, ¡ay!, esos relicarios teresianos no existen ya, se han convertido en una capilla sin alma, sin recuerdos, que en vano la ingenua devoción de las monjas trata de hermosear. Parece imposible que una comunidad tan celosa de la gloria de su ilustre Madre, permitiese tal ultraje para alzar un mausoleo a la memoria de un obispo. El resentimiento popular que produjo esa falta de veneración, poco menos que sacrilegio en concepto de las almas piadosas y sencillas, nos lo demuestra la leyenda de la voz misteriosa, que dicen amonestó a los obreros para que desistiesen de su obra demoledora, diciéndoles: «El lugar en que tú estás, tierra santa es.» Sin embargo, aun cuando hayan desaparecido las celdas de Teresa, encontramos en todo el resto del edificio de la Encarnación el aroma de su memoria. Ella absorbió para siempre con su extraña personalidad el interés histórico, no sólo del convento, sino de cuantas generaciones de monjas lo han habitado desde entonces. En el patio se ve todavía la pesada puerta de madera por la que entró a tomar el hábito y salió años más tarde a implantar la reforma. Tampoco ha cambiado el locutorio en su extraña y rústica simplicidad mezclada con un algo indefinible de majestuoso, que al leopardizar en los ladrillos durante la penumbra soñolienta de la tarde la luz del sol que penetra por las rendijas de los postigos, creería uno ver surgir el espectro de Teresa en el sillón de badana, donde tan a menudo solía sentarse. Igual está el coro alto donde oyó la voz que le ordenara no hablar con hombres, sino con ángeles, y en donde sentada a los pies de la imagen de Nuestra Señora de la Clemencia que ocupaba la silla prioral, redujo sus rebeldes monjas a obediencia con un acto sobrehumano de humildad. Sumida

en la oscuridad, a la derecha del altar mayor, continúa intacta la reja donde ella comulgara y en donde, según la tradición, Cristo le mostró el dardo que le atravesaba el costado, celebrando con ella sus desposorios. Ninguna de las prioras ha osado hasta ahora trasladar la efigie de madera de Nuestra Señora de la Clemencia del lugar en que la colocaron las manos mismas de Teresa. ¿No vió ésta, acaso, la víspera de San Sebastián, durante el primer año de su priorado, descender a la misma Reina del Cielo en una nube de ángeles a la silla prioral del coro, apenas rompieron el silencio los primeros acentos de la Salve? Desde entonces, todos los sábados, después de Completas, cantan las monjas delante de la milagrosa imagen la antífona de la Concepción y rezan las oraciones que Teresa señalara para este día. El Crucifijo, tan parecido al famoso Cristo de Burgos que ella mandó a la comunidad desde Toledo, la pequeña imagen de madera de San José a quien, según las monjas, enteraba Teresa de todo lo que ocurría dentro del convento, unos cuantos cuadros ennegrecidos, de esos que parecen flamencos primitivos, y otros vestigios, muchos de ellos insignificantes, del paso de Teresa por la Encarnación, son conservados como el más preciado tesoro. Instituciones de Teresa fueron la costumbre de que cada monja dedique una misa a alguna hermana difunta, la observancia de la festividad de Nuestra Señora de los Dolores, el ayuno después de la comunión el Domingo de Ramos, la supresión de toda pompa y suntuosidad en la ceremonia del lavatorio el día del Jueves Santo, y hasta la costumbre de que las novicias recojan en el coro los mantos de las monjas. En todo esto, cosas al parecer sin importancia, perduran los principios de abnegación y austeridad de Teresa. Sí, en la comunidad de la Encarnación que, aparte la conservación de las reliquias y la leyenda teresianas, poca razón de ser tendría en el presente siglo, vive en espíritu todavía la Santa y seguirá viviendo hasta que el día menos pensado derriben el convento considerado por ella madre de la Reforma, y tenga el mismo fin que la famosa iglesia de Santo Tomás, hoy convertida en establo.

En la nube negra de jesuítas y tétricos dominicos sondeadores de conciencias, que encontramos en torno de la Encarnación, se destaca un grupo de grandes figuras en la historia, todas íntimamente relacionadas con el nacimiento de la Reforma: San Pedro de Alcántara, cuyo patético ascetismo inspiró uno de sus más grandiosos lienzos a Zurbarán; San Francisco de Borja, antes marqués de Lombay y virrey de Barcelona; el humilde Juan de Ávila y Fray Juan de la Cruz. Éste, durante los cinco años de su capellanía, habitó una humilde choza cercana al convento que hoy conmemora una capillita

construída, según dicen, con las maderas aprovechables del derribo de la celda de Teresa.

Ésta, como ya sabemos, volvió a la Encarnación el domingo de Ramos de 1537. Tenía entonces unos veintidós años y estaba destinada a pasar los veinticinco siguientes de su vida dentro de las paredes de ese convento.

No olvidemos hacer constar que allí a ratos «y casi hurtando el tiempo, y con pena porque me estorbaba de hilar», fué donde Teresa escribió el más famoso de todos sus libros, *La Vida*, y no es extraño que sintiera siempre un gran cariño por la casa donde pasó de la juventud a la madurez. «Este convento es mi madre, como tal le quiero y por esto he venido a estar con mis hermanas». Así habló cuando ya era grande su fama, en ocasión en que las monjas de la Encarnación le expresaban su gratitud por haber elegido aquel lugar para descansar después de uno de sus viajes.

Ese continuo divagar, rasgo característico del estilo de Teresa, hace a veces difícil seguir en su autobiografía el hilo de su desarrollo espiritual. A pesar de una desconcertante sucesión de estados de ánimo contradictorios, podríamos dividir esa etapa de su vida en tres períodos distintos. Primero, ocho meses de grave enfermedad y tres años de convalecencia. Segundo, un intervalo de diez y ocho años entre su restablecimiento y lo que los biógrafos llaman su conversión final. Tercero, siete años, durante los cuales cimentó visiblemente aquella santidad sin la cual hubiese sido imposible para ella llegar a ser fundadora. Durante los tres años que estuvo paralítica en la enfermería del convento, entregada exclusivamente a sus libros y oraciones, convirtió en amor puro de Dios aquel temor servil que la había poseído en un principio. Durante este tiempo también se captó la estimación, el afecto y la admiración de todas las monjas, por su resignación, jovialidad y edificante plática. Pero lo que más maravillaría a aquellas buenas mujeres, ociosas y parlanchinas, sería la aversión de la enferma a críticas y murmuraciones, «porque traía muy delante como no había de querer, ni decir, de otra persona lo que no quería dijesen de mí... (1) y ansí a las que estaban conmigo, y me trataban, persuadía tanto a esto, que se quedaron en costumbre. Vínose a entender, que donde yo estaba tenían seguras las espaldas, y en esto estaban con las que yo tenía amistad y deudo, y enseñaba.» (2) Esta cualidad tan prominente en el carácter de la Santa castellana ex-

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. VI.
(2) Obra citada, cap. VI.

plica por sí sola el amor y respeto que inspiró a cuantos la trataron.

«Este es nuestro engaño» (3), observa ella al contar cómo ansiaba recobrar la salud y volver a tomar parte activa en el pequeño mundo del convento para poder servir a Dios *mejor* que estando en la enfermería. A pesar de todo no se impacienta y piensa muchas veces que si estando buena se había de condenar, «mejor estaba así».

«Pues como me vi tan tullida y en tan poca edad, y cuál me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir a los del cielo para que me sanasen». (4) «Comencé a hacer devociones de misas... que nunca fuí amiga de otras devociones, que hacen algunas personas, en especial mujeres» (5), «después se ha dado a entender no convenían, que eran supersticiosas». (6)

Teresa acude entonces a San José, haciendo que celebrasen su fiesta con gran pompa y ceremonia, pero, según ella, «más llena de vanidad que de espíritu». Cuando al fin pudo abandonar el lecho no dudó por un momento que debía su restablecimiento a la intercesión del Santo, «pues—según ella—él hizo como quien es, en hacerme de manera, que pudiese levantarme y andar y no estar tullida». (7)

San José fué su santo predilecto y a él atribuyó siempre en años posteriores los éxitos de su vida. Veíale en visiones, le dedicó muchos conventos y fomentando la devoción hacia él, lo sacó del olvido en que le tenía la piedad de entonces, dándole el puesto que le correspondía al lado de la Virgen.

«Paréceme ha algunos años, que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida; si va algo torcida la petición, él la endereza para más bien mío.» (1) «No sé cómo se puede pensar en la Reina de los ángeles, en el tiempo que tanto pasó con el niño Jesús que no se dé gracias a San José por lo bien que les ayudó en ellos.» (2)

A pesar de su restablecimiento, Teresa no recobró nunca por completo la fuerza, si bien encontró su equivalente en la tenacidad de su voluntad y temple de sus nervios. Toda su vida sufrió de constantes calenturas y ataques de parálisis y durante más de veinte años después de su convalecencia no pudo tomar alimento antes de medio día, pues de lo contrario sufría fuertes vómitos, debilidad gástrica que la

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. VI.
(2) Obra citada, cap. VI.
(3) Obra citada, cap. VI.
(4) Obra citada, cap. VI.
(5) Obra citada, cap. VI.
(6) Obra citada, cap. VI.
(7) Obra citada, cap. VI.

aquejaba de tal modo que, la víspera de los días de comunión, no podía probar bocado.

* * *

Llegamos ahora al segundo período de la vida de Teresa en la Encarnación. Vamos a ver la reñida lucha que se libró en su alma durante diez y ocho años y cuán imposible le era aceptar nada que no fuese la perfección misma. Vamos a seguirla en sus vacilaciones buscando en vano el descanso y la felicidad, hasta llegar al sacrificio completo de sí misma a los pies del celestial esposo coronado de espinas.

Teresa no alcanzó de un salto la santidad. Sólo se acercó a ella después de haber pasado por todas las imperfecciones humanas, después de aprender por sus propios deslices a ser compasiva con los demás y de haber consumido su juventud en estériles esfuerzos y tentativas infructuosas. Sólo al cabo de muchas derrotas, le fué dado alcanzar la cumbre, desde la cual, con mirada tranquila, vió al fin desvanecerse a sus pies las sombras del deseo y del desasosiego que habían empañado hasta entonces la diafanidad de su vida.

Las vagas percepciones de la vida espiritual que había tenido durante el abatimiento de la enfermedad iban desapareciendo detrás del horizonte de ilusiones y esperanzas que al impulso de la salud se extendía de nuevo ante sus ojos. En aquella época, antes de la celebración del Concilio de Trento y de la promulgación de sus severos edictos sobre la clausura, un convento tan importante como la Encarnación presentaba un aspecto muy diferente al de hoy. El locutorio, abierto a todo el mundo, estaba constantemente lleno de visitantes, lo mismo grandes señoras que raídas beatas, atraídas por la conveniencia o por la mera idea de pasar el tiempo, y era el sitio de reunión de galanes alegres y ociosos que, en las largas tardes de verano, a falta de más grata ocupación, se encaminaban negligentemente hacia el viejo convento situado en el valle, con el pretexto de ver a alguna hermana o parienta que allí moraba. Las monjas gozaban entonces de una libertad completamente en desacuerdo con la vida monástica moderna, saliendo y entrando y mezclándose libremente con sus visitantes, ya fuesen parientes o simplemente amigos.

Todavía es uno de los rasgos característicos de la vida española la rivalidad de las poblaciones vecinas, lo que es causa evidente de la familiaridad que existe entre los habitantes de una misma población. Así y todo, no podemos darnos cuenta del extremo a que llegó este

fenómeno en la antigua Ávila, aislada, como quien dice, del resto de la humanidad por la falta de caminos, origen esto, a su vez, de una concurrencia de intereses comunes, mantenida por complicadas trabazones de interminables parentescos. Teresa conocía, pues, a todos los jóvenes que visitaban la Encarnación. Había jugado con algunos en su infancia. Otros eran amigos de sus hermanos. En estas circunstancias nada tiene de extraño que la joven monja, graciosa de por sí, cuyo restablecimiento era considerado poco menos que milagroso y cuya hermosura había dulcificado con un nimbo de delicadeza la enfermedad, inspirase a algunos de ellos sentimientos correspondidos de amistosa predilección, respondiéndolos con su natural generosidad de alma. Esto, según Teresa nos da a entender, dejando los pormenores envueltos en un velo de misterio, ocurrió más de una vez, por lo que sufrió después muchos remordimientos. No es tampoco de extrañar, que la confianza que su resignación de enferma inspiraba en el convento constituyese indirectamente un peligro para ella por ser causa de que le concedieran «tanta y más libertad que a las muy antiguas». (1) Las amistades allí entabladas o renovadas, era natural que adquiriesen una distracción singular a través de la reja durante las largas tardes de verano. La joven monja sentía pesar al tener que separarse de sus amigos para dedicarse a la monótona rutina de los deberes religiosos. Sus oraciones se hicieron frías. Salían de sus labios sin venir del corazón en un flujo y reflujo de emoción fingida en las inflexiones de la voz.

Tal vez nadie notase el cambio en ella por ser demasiado sutil para llamar la atención de las buenas monjas, la mayor parte de las cuales rezarían lo mismo que Teresa. Sobre esto dice:

«Y parecíame era mejor andar como los muchos, pues en ser ruin era de las peores, y rezar lo que estaba obligada, y vocalmente, que no tener oración mental, y tanto trato con Dios, la que merecía estar con los demonios, y que engañaba a la gente (2); pero en esto de hipocresía y vanagloria a Dios, jamás me acuerdo haberle ofendido (3) antes me pesaba mucho de que me tuviesen en buena opinión, como yo sabía lo secreto de mí.» (4)

Vemos que no podía tener tranquilidad, agitada, desalentada, ora venciendo ora cediendo a la tentación. En su conciencia se sostenía una lucha terrible, pues era demasiado honrada y escrupulosa para

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. VII.
(2) Obra citada, cap. VII.
(3) Obra citada, cap. VII.
(4) Obra citada, cap. VII.

acallar en su alma, con falsos principios conciliatorios como hubiesen hecho muchos en su caso, la idea del cumplimiento estricto del deber. Su espíritu vacilante se sobrecogía ante terrores misteriosos: severos fantasmas amonestadores, Cristo que se le aparece con un aspecto tal de amargura, que no fueron bastantes veintiséis años para borrar de su mente esta visión. Una tarde, precisamente en el momento en que se hallaba más embebida en la conversación con aquella persona predilecta que tan vagamente describe, vió arrastrarse hacia ella un sapo, desde un sitio donde no era posible que hubiese esos animales. El siguiente párrafo no deja de ser una revelación interesante:

«Porque tomar yo libertad, ni hacer cosa sin licencia, digo por agujeros, o paredes, o de noche, nunca me parece lo pudiera acabar conmigo en monasterio hablar de esta suerte, ni lo hice, porque me tuvo el Señor de su mano. Parecíame a mí (que con advertencia, y de propósito miraba muchas cosas) que poner la honra de tantas en aventura, por ser yo ruin, siendo ellas buenas, que era muy mal hecho; ¡como si fuera bien otras cosas que hacía! A la verdad no iba el mal de tanto acuerdo, como esto fuera, aunque era mucho.» (1)

La cosas llegaron a tal punto que una monja, parienta de Teresa, que había envejecido en el claustro, se atrajo su malquerencia a fuerza de amonestarla. «Parecíame se escandalizaba sin tener por qué.» (2) Mas en este período tan peligroso de su vida, fueron, como siempre los guardianes más celosos de su honra, la aversión a la hipocresía y su ideal innato de rectitud.

Le repugnaba fingir lo que no sentía y el haber conseguido en lo exterior tener buenas apariencias y hacer que las monjas la tuviesen en buena opinión. Esto no sería seguramente difícil en aquella bulliciosa, agitada y chismosa comunidad, con sus partidos, sus envidias y luchas por la preeminencia y que, según Teresa misma decía, valía «diez mundos juntos».

Ya no se atrevía a acercarse a Dios en la intimidad de la oración. «Este fué el más terrible engaño que el demonio me podía hacer debajo de parecer humildad, que comencé a temer de tener oración, de verme tan perdida; y parecíame era mejor andar con los muchos, pues en ser ruin era de los peores, y rezar lo que estaba obligada y vocalmente, que no tener oración mental, tanto trato con Dios, la que merecía estar con los demonios, y que engañaba a la gente.» (3)

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. VII.
(2) Obra citada, cap. VII.
(3) Obra citada, cap. VII.

Esto era poco menos que un sacrilegio para quien había convertido el deber en un ideal tan elevado como inexorable. El pensamiento de que estaba engañando a su padre no dejaba de atormentarla. No podía soportar que éste tuviese una idea errónea de la vida espiritual de su hija. Durante la enfermedad «antes que yo supiese valerme a mí» (1), movida por un sentimiento extremo, pero sincero de responsabilidad, había procurado guiar a las regiones místicas de la oración a varias personas, entre ellas a su padre, quien llegó a alcanzar el grado de contemplación.

«Hacíaseme recio verle tan engañado, en que pensase trataba con Dios, como solía, y díjele que ya yo no tenía oración, aunque no la causa.» (2) «Díjele porque mejor lo creyese (que bien veía yo que para eso no había disculpa) que harto hacía en poder servir el coro.» (3) El estado de su salud le sirvió de pretexto. El anciano caballero, la esencia misma de la verdad, incapaz de dudar de la veracidad de la que por tantas razones tenía en estima, aceptó la explicación a ojos cerrados. Alonso, que se sentía débil y viejo, tuvo lástima de su hija; pero no encontrando ya quizás aquella comunión de aspiraciones que le había unido a ella tan íntimamente hasta entonces, empezaron a ser más cortas las visitas que le hacía, pues, según él, era tiempo perdido el prolongarlas.

Aun en los períodos más frívolos de su vida no podía Teresa resistir el deseo de guiar a cuantas personas veía inclinadas a la oración, haciéndoles concebir otras aspiraciones espirituales más elevadas, indicándolas el camino de la meditación y prestándoles los libros que ella misma había encontrado de más utilidad en su propio caso. No fué su padre la única persona a quien entonces beneficiara. «Parecíame a mí que ya que yo no servía al Señor, como lo entendía, que no se perdiese lo que me había dado su Majestad de entender, y que le sirviesen otros por mí.» (4) De este modo trataba de que no fuesen infructuosos por completo los progresos realizados durante aquel breve período en que llegó a ver por el don de la oración, algunos destellos de perfección espiritual.

«Más enferma del alma que del cuerpo» (5), salió otra vez de la Encarnación para cuidar a su padre en su última enfermedad, devolviéndole así el cariño y la ternura que él le había mostrado en pare-

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. VII.
(2) Obra citada, cap. VII.
(3) Obra citada, cap. VII.
(4) Obra citada, cap. VII.
(5) Obra citada, cap. VII.

cidas circunstancias. Otra vez más, mientras velaba la agonía de su padre, dió pruebas de aquella voluntad indomable que de tanto le había valido al entrar en la Encarnación. Con el corazón destrozado por la idea de perder cuanto había de más preciable en su vida, reprimió toda muestra de dolor que hubiera podido amargar los últimos momentos del enfermo. El anciano sufrió terribles dolores de espalda. La hija le consolaba en la agonía diciéndole que el Señor quería hacerle sufrir algo de lo que Él había sufrido cuando subió el calvario con la cruz a cuestas. Pensando en los sufrimientos de Cristo, no exhaló ni una queja más el valiente caballero, diciendo sólo, con lágrimas en los ojos, cuanto hubiese querido ser fraile de alguna de las Órdenes más rigurosas. Después de perder el conocimiento durante tres días, volvió a recobrarlo con sorprendente claridad y lucidez, y exhaló su último suspiro a la mitad del credo que otros rezaban y él repetía en voz alta. Su cara, después de muerto, le parecía a Teresa la cara de un ángel, «y así me parecía a mí lo era, a manera de decir, en alma y disposición». (1) Alonso de Cepeda murió como los justos. «Eran grandísimos trabajos que tuvo de muchas maneras: todos los pasaba con grandísima conformidad.» (2) Entre los que rodearon su lecho de muerte, confortándole con exhortaciones espirituales, se encontraba su confesor el dominico Fray Vicente de Barrón. A éste mostró Teresa su alma desnuda en los primeros momentos de tan dolorosa pérdida, momentos en los que instintivamente abre de par en par sus puertas el corazón.

Fué el destino de aquella notable mujer el tener que luchar toda su vida con las deficiencias de sus confesores. A veces tropezó con algunos cuyos consejos creía poder seguir sin temores ni dudas. Pero ellos mismos, incapaces de comprenderla, no podían hacer más que maravillarse ante revelaciones que presentaban dificultades tan por encima de las de la generalidad de las conciencias. En realidad, era ella la que los guiaba, transmitiéndoles su propio entusiasmo al descubrir en ellos signos de inteligencia y de nobleza. Barrón, erudito consejero de la Inquisición, a pesar de su capacidad para la dirección espiritual de Teresa, no dejó de sentir su influencia inexplicable, atribuyendo al trato con ella la gran santidad y perfección de su vida en años posteriores. Al mismo tiempo, él fué quien le hizo ver cómo y dónde se había descarriado, y le ordenó que comulgase por lo menos cada quince días. Poco tiempo después, cuando ya existía mayor con-

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. VII.
(2) Obra citada, cap. VII.

fianza entre ambos y Teresa le confesó su abandono casi completo de la oración, le aconsejó que tornara a ella, pues no podía por menos de serle beneficiosa. Y así fué. A partir de este momento y hasta el fin de su vida activa y azarosa, encontró Teresa en la oración su constante refugio y su defensa. No es posible saber cuánto tiempo duraría el conflicto que la hizo vacilar entre Dios y el mundo. Ella misma nos dice que debieron ser unos diez y ocho o veinte años. Pero no se sabe de cierto si esta lucha comenzó a raíz de su restablecimiento o después de su confesión a Barrón. Por la siguiente cita podemos formarnos una ligera idea de la lucha empeñada.

«Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios, por otra yo siguía al mundo.» (1) «Paréceme que quería concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro, como es vida espiritual, y contentos y gustos, y pasatiempos sensuales. En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor, sino esclavo; y ansí no me pedía encerrar dentro de mí, que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración, sin encerrar conmigo mil vanidades.» (2) «Cuando veía mi poca enmienda que ni bastaban determinaciones ni fatiga en que me veía para no tornar a caer en poniéndome en la ocasión, parecíanme lágrimas engañosas, y parecíame ser después mayor la culpa, porque veía la gran merced que me hacía el Señor en dármelas y tan gran arrepentimiento. A la verdad tomábades, Rey mío, el más delicado y penoso castigo por medio, que para mí podía ser, como quien bien entendía lo que me había de ser más penoso. Con regalos grandes castigábades mis delitos.» (3) «Era tan más penoso para mi condición recibir mercedes, cuando había caído en grandes culpas, que recibir castigos: que una dellas me parece cierto, me deshacía y confundía más, y fatigaba, que muchas enfermedades, con otros trabajos harto juntos; porque lo postrero veía lo merecía, y parecíame pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco, según ellos eran muchos; mas verme recibir de nuevo mercedes, pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento para mí terrible.» (4) «Pasé ansí muchos años, que ahora me espanto, qué sujeto bastó a sufrir que no dejase lo uno u lo otro; bien sé que dejar la oración no era ya en mi mano, porque me tenía con las suyas el que me quería para hacerme mayores mercedes.» (5)

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. VII.
(2) Obra citada, cap. VII.
(3) Obra citada, cap. VII.
(4) Obra citada, cap. VII.
(5) Obra citada, cap. VII.

Fray Luis de León dice (y perdóneseme lo extenso de la cita en atención a la hermosura y majestad de su giro):

«... espanto es en este artículo ver y considerar la solicitud que ambos traían, Dios y el demonio. Dios por hacerla suya y el demonio por apartarla de Dios, metíala en las ocasiones por horas y sacábala de ellas Dios por momentos. Traíala las personas que conforme su natural eran más de su gusto. Y venía Dios y en medio de la conversación, descubríasele como agraviado y sentido; saboreábale las pláticas y en el entretenimiento el demonio, y vuelta de allí a la oración, doblábale Dios en ella el regalo y favores del mundo y como diciéndole que aquello en que se cebaba a la red era falso y que su dolzor era verdadero dolzor, y que si gustaba de trato apacible y discreto, el suyo era mucho más discreto y dulcísimo, y como los que en competencia de otro tienen alguna afición que se esfuerzan con mayores demostraciones de amor y con extraordinarios servicios a apartar de las otras inclinar hacia sí las voluntades de aquellas personas que aman, ansí parecía que Dios se esmeraba en descubrírsele más, cuanto el mundo y el demonio la cebaba más y enredaba. Pues guerreaban en el pecho de esta bienaventurada mujer estas dos aficiones, y los autores de ellas hacían sus diligencias cada uno por encender más lo suyo y borraba el oratorio lo que la red escribía, y a las veces la red vencía y menoscababa los buenos frutos que la oración producía, de que resultaba agonía y congoja con que traía su alma inquieta y perpleja, que aunque estaba resuelta en ser toda de Dios, no sabía desarmarse del mundo, y a veces se persuadía a poder darse a manos con ambos, de que le sucedía casi de ordinario, como ella dice, no gozar bien de ninguno, porque en el entretenimiento del locutorio poníale acíbar la memoria del secreto y dulce trato que tenía con Dios, y ni más ni menos, cuando con Dios se retiraba y comenzaba a hablarle asían de ella las aficiones y pensamientos que cobraba en la reja.»

Si hombres como Ibáñez, Álvarez y el mismo Báñez, familiarizados a todos los sofismas de las escuelas filosóficas, no pudieron seguirla cuando tan escrupulosamente les expuso el intrincado laberinto de su conciencia, ¿qué sería del director espiritual al uso de aquella época ante una complicación tal de luz y sombra y de emociones contradictorias? Medio letrado, de educación que dejaba generalmente mucho que desear y acostumbrado a no tropezar en el confesonario con dificultades más graves que faltas de virtud o de observancia religiosa, ante las perplejidades espirituales de Teresa, perdido y aturdido, atribuía lo que no podía comprender a vanos escrúpulos de una concien-

cia excesivamente sensitiva, considerando al mismo tiempo esos conflictos como una prueba de santidad.

No encontraban incompatibilidad entre las ocasiones y conversaciones que ella consideraba tan grande tropiezo, y la elevada contemplación. Lo que a ella le parecía pecado venial, decíanla que no era ninguno, y al más gran pecado mortal llamaban venial... «Yo deseaba vivir, que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte, y no había quien me diese vida y no la podía yo tomar, y quien me la podía dar tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado a sí y yo dejádole.» (1)

El cambio que iba en ella operándose tan sutilmente, llegó por fin a ser advertido y censurado, acaso con saña, en el convento. Había traspasado el límite que para la mayor parte de las monjas de la Encarnación constituía el ideal del deber. Las almas que tienen grandes aspiraciones están condenadas al aislamiento y a la carencia de toda simpatía; constituyen un tácito reproche a los pobres ideales del ambiente que las rodea. La santidad y el talento vienen al mundo a luchar. El caso de Teresa produjo una corriente disimulada de oposición. Tenía muchos amigos que la ayudasen a caer, pero al tratar de levantarse, la dejaban sola. La sabiduría de las palabras siguientes es el fruto amargo de su propia experiencia: «más ha de temer el fraile y la monja que ha de comenzar de veras a seguir del todo su llamamiento, a los mesmos de su casa que a todos los demonios»; y en otro lugar dice, que no otra fué la razón que llevó a los frailes de antaño a vivir en el desierto.

Mas las monjas de la Encarnación, a pesar de sentirse heridas en su amor propio por la incipiente perfección de Teresa, no podían por menos de admirarla y respetarla. «El Señor, dice, encubría los males y descubría alguna pequeña virtud, si tenía, y la hacía grande en los ojos de todos, de manera que siempre me tenían en mucho.» (2) Si a veces incurría en vanidades nadie las veía. Todos estaban encandilados con la luz de sus buenas acciones «y era, escribe, que había ya visto el Sabidor de todas las cosas que era menester ansí, para que en las que después he hablado de su servicio me diesen algún crédito.» (3)

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. VIII.
(2) Obra citada, cap. VII.
(3) Obra citada, cap. VII.

CAPÍTULO IV

LA MÍSTICA

Teresa ha traspasado ya el límite de la juventud, tiene cuarenta y un años. Las luchas internas de su lenta y angustiosa formación espiritual han tenido un fin en una de esas crisis tran frecuentes en la vida de los santos.

«Pues ya andaba mi alma cansada y aunque quería no le dejaban descansar las ruines costumbres que tenía» (1), dice Teresa, mas sus palabras lo mismo que los hechos que vamos a relatar sirven de bien poco si intentáramos conocer con exactitud hasta qué punto fué provocada la crisis de Teresa por causas físicas o de orden exclusivamente moral.

Las monjas de la Encarnación guardaban en el Oratorio un Cristo de tamaño natural que sólo sacaban en ciertas solemnidades, un «Cristo muy llagado» (2), una de esas esculturas medievales imponentes por la barbarie de su ejecución y de su realismo. Esta imagen, como veremos por las siguientes líneas, fué un poderoso agente de emoción para el impresionable temperamento de Teresa.

«En mirándola, toda me turbó de verle tal; porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fué tanto lo que sentía de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle.» (3)

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. IX.
(2) Obra citada, cap. IX.
(3) Obra citada, cap. IX.

Otro elemento que debemos tener en cuenta en el problema psicológico que se nos presenta, es el libro de las confesiones de San Agustín que la Santa leía por aquel entonces. «Parece que el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré ni nunca las había visto.» (1) Las luchas mentales del Santo le parecían tener extraña analogía con las suyas. Sentía por él una gran devoción, no sólo porque le recordaba su juventud cuando en un convento agustino sintió por primera vez un vago deseo de retirarse al claustro, sino porque el santo africano también había sido pecador.

«Que de los santos que después de ser pecadores el Señor tornó a sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda; y como los había el Señor perdonado, podía hacer a mí: salvo que una cosa me desconsolaba, que a ellos sola una vez les había el Señor llamado y no tornaban a caer y a mí eran ya tantas que esto me fatigaba; mas considerando en el amor que me tenía tornaba a animarme, que de su misericordia jamás desconfié, de mí muchas veces... (2) Como comencé a leer las Confesiones, paréceme me veía yo allí; comencé a encomendarme mucho a este glorioso santo. Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dió a mí, según sintió mi corazón.» (3)

La mujer que hasta aquí hemos conocido débil, impetuosa, inquieta, recogiendo las flores de la vida que el mundo le ofrecía en el claustro, va desapareciendo ante nuestros ojos. Ahora es una penitente extática, da el arrobamiento a su mirada, vagar extraño, hermosea su frente un brillo misterioso, su apariencia hace presentir lo extraordinario. Parece envuelta en un ambiente de expectación y silencio. Aquellos anhelos indefinidos de su alma, tesoros de amor infinito, han encontrado por fin reposo en un algo abstracto e imaginario, humanidad ideal de Cristo a cuyos pies inmola su corazón. Al escribir en años posteriores las páginas que sirven de introducción al relato de sus éxtasis místicos, hace una breve exposición de los diferentes estados de alma que precedieron a esa perfección espiritual, especie de resumen histórico sin el cual nos sería imposible seguirla en el extraño mundo psicológico por donde la vamos a acompañar. Pone cuidado en advertir que jamás buscó en la oración ese tierno deleite que funde el alma en lágrimas consoladoras de amor y arrepentimiento. Bastaba a su humildad sentirse ante la Presencia Divina. Su entendimiento era torpe, su imaginación tan lenta, que ni las imágenes ni las

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. IX.
(2) Obra citada, cap. IX.
(3) Obra citada, cap. IX.

descripciones de Cristo que leía en los libros, conseguían estimularla hasta poder evocar en la soledad del oratorio, como hacían otros, la divina sombra y representársele dentro de sí. «Yo sólo podía pensar en Cristo como hombre» (1), dice ella, y si se da cuenta de su presencia es de la misma manera que el ciego que sabe que la persona con quien habla está cerca de él aunque no la ve. Mas la ilusión se intensifica cuando piensa en Él sólo, abandonado, apurando la copa del dolor, mientras sus discípulos duermen ajenos a su agonía. Sentía entonces ansias de acercarse a Jesús y enjugar el sudor de su frente, pero no osaba hacerlo recordando sus pecados.

Es curioso que por muchos años, aún antes de ser monja, tuvo la costumbre de dedicar el último pensamiento del día a los supremos sufrimientos de Jesús en Getsemaní, llegando a hacerlo instintivamente como el santiguarse.

Teresa menciona más de una vez esa torpeza y lentitud de entendimiento y de imaginación como si desease convencer así a sus confesores de lo poco que contaba la fantasía, en los fenómenos de su vida mística.

Oigamos a Teresa:

«En cosas del cielo ni en cosas subidas, era mi entendimiento tan grosero que jamás por jamás las pude imaginar, hasta que por otro modo el Señor me las representó.» (2) Sentado esto:

«Acaecíame en esta representación que hacía de ponerme cabe Cristo, que he dicho, y aun algunas veces leyendo, venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, o yo toda engolfada en él. Esto no era manera de visión; creo lo llaman mística teología: suspende el alma de suerte que toda parecía estar fuera de sí. Ama la voluntad, la memoria me parece está casi perdida, el entendimiento no discurre, a mi parecer, mas no se pierde; mas como digo no obra, sino está espantado de lo mucho que entiende; porque quiere Dios entienda que de aquello que su Majestad le representa ninguna cosa entiende.» (3)

La sutileza de estas abstracciones escapan al poder expresivo de la palabra. Teresa en este terreno encuentra un límite a la agudeza instructiva de su inteligencia, y al tratar de analizar sus experiencias se pierde en un laberinto de conceptos vagos y frases sin sentido.

Ya ha empezado a vivir en un mundo sobrenatural, ha llegado a ese estado superior de conciencia en que la mente es a la vez objeto y

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. IX.
(2) Obra citada, cap. IX.
(3) Obra citada, cap. X.

sujeto, y que ella, a su manera, describe de un modo inimitable.

«Comenzó su Majestad a darme muy de ordinario oración de quietud, y muchas veces de unión, que duraba mucho rato. Yo, como en estos tiempos habían acaecido grandes ilusiones en mujeres, y engaños que les había hecho el demonio, comencé a temer, como era tan grande el deleite y suavidad que sentía, y muchas veces sin poderlo excusar; puesto que veía en mí por otra parte una grandísima siguridad, que era Dios, en especial cuando estaba en la oración, y vía que quedaba de allí muy mijorada y con más fortaleza. Mas destrayéndome un poco, tornaba a temer y a pensar, si quería el demonio, haciéndome entender que era bueno, suspender el entendimiento para quitarme la oración mental y que no pudiese pensar en la Pasión, ni aprovecharme del entendimiento, que me parecía a mí mayor pérdida, como no lo entendía...» (1) «Creció de suerte este miedo, que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quien tratar, y que ya tenía noticia de algunos, porque habían venido aquí los de la Compañía de Jesús...» (2) «... mas no me hallaba dina de hablarles, ni fuerte para obedecerlos...» (3) «... porque tratar con ellos y ser la que era, hacíaseme cosa recia.» (4) «En esto anduve algún tiempo, hasta que ya con mucha batería que pasé en mí, y temores, me determiné a tratar con una persona espiritual, para preguntarle qué era la oración que yo tenía, y que me diese luz si era errada.» (5) «Dijéronme de un clérigo letrado que había en este lugar, que comenzaba el Señor a dar a entender a las gentes su bondad y buena vida, y procuré por medio de un caballero santo que hay en este lugar. Es casado [se refiere al caballero], mas de vida tan ejemplar y virtuosa, y de tanta oración y caridad, que en todo él resplandece su bondad y perfección, y con mucha razón; porque gran bien ha venido a muchas almas por su medio, por tener tantos talentos, que aun con no le ayudar su estado, no puede dejar con ellos de obrar: mucho entendimiento, y muy apacible para todos, su conversación no pesada, tan suave y agraciada, junto con ser reta y santa, que da contento grande a los que trata: todo lo ordena para gran bien de las almas que conversa, y no parece trae otro estudio, sino hacer por todos los que él ve se sufre, y contentar a todos.» (6)

Bien podrá borrar el tiempo las armas esculpidas en el sepulcro

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXIII.
(2) Obra citada, cap. XXIII.
(3) Obra citada, cap. XXIII.
(4) Obra citada, cap. XXIII.
(5) Obra citada, cap. XXIII.
(6) Obra citada, cap. XXIII.

del santo caballero. Mas su memoria ha quedadado inmortalizada con el retrato que de él ha hecho Teresa en unas cuantas palabras. El clérigo a quien se refiere era el maestro Gaspar Daza, y el caballero, Francisco de Salcedo. Daza, hombre austero y virtuoso, fundador de una hermandad cuyo fin era la salvación de las almas, se pasó la vida por las aldeas escondidas en las montañas de las cercanías de Ávila predicando y enseñando el catecismo. Salcedo, prototipo del caballero de aquella época, dedicó su vida y su fortuna a la práctica de obras piadosas en unión de su esposa doña Mencía de Aguilar, perteneciente a la gran familia de los Águila, parientes cercanos de Teresa (1). Salcedo, aunque seglar, se dedicó durante veinte años al estudio de la Teología, llegando a ser una autoridad reconocida en la materia. «En verdad fuera de las órdenes religiosas—escribe el maestro Juan de Ávila que conocía a ambos (Daza y Salcedo)—nadie se señalaba tanto como estos dos por la virtud y la oración; el uno en su estado de matrimonio; el otro como sacerdote.» Después de la muerte de su esposa, Salcedo entró en la Compañía de Jesús y pasó el resto de sus días de capellán en el primer convento de Teresa, cuya capilla él había hecho construír y en la cual fué enterrado.

Hace más de tres siglos que este grave y piadoso caballero, cruzara el patio lleno de yerba de aquella vieja casa grisácea, situada a espaldas del colegio de los jesuítas de San Gil (2), de paso para la Encarnación, donde iba a platicar con una de las monjas sobre el estado de su alma, mas creeríamos sentirnos en su presencia y hasta vivir en el ambiente apacible de su hogar leyendo la carta que esa monja, Teresa de Jesús, le escribió desde Valladolid. ¡Extraño poder el de las palabras! Estimulada por ellas, salva nuestra imaginación el tiempo y la distancia y da vida momentánea a los recuerdos del pasado.

La carta en cuestión fué escrita varios años después de los acontecimientos que tendremos que relatar, y es la respuesta a una de Salcedo, en la que tierna y jocosamente dice a Teresa que daría seis ducados por verla. La santa, siguiendo esa broma, dice:

«No me pareció poco el encarecimiento de los seis ducados—mas harto más pudiera yo alargarme en dar por ver a vuestra merced—. Verdad es que merece más precio, que una monjilla pobre, ¿quién la ha de apreciar? Vuesa merced, que puede dar aloja y obleas, rábanos, lechugas, que tiene un huerto, y sé es él el mozo para traer manzanas, algo más es de apreciar. La dicha aloja dice que la hay aquí muy

(1) La madrina de Teresa fué una tal María del Águila.

(2) Hoy Iglesia parroquial de Santo Tomé.

buena, mas como no tengo a Francisco de Salcedo, no sabemos a qué sabe ni lleva arte de saberlo. Beso las manos a mi señora doña Mencía y a la señora Ospedal.» La señora Ospedal no era otra que una antigua ama de llaves «de esas—dice un comentario—que tan frecuentes eran en las casas de nuestros padres, y de las que ya van quedando escasos vestigios; siendo tan respetada que todos la llamaban la señora Ospedal».

Teresa estaba tan lejos todavía de lo que se llama ciencia mística que para encontrar algo equivalente a «aquel no pensar en nada», definición la mejor que por entonces podía dar de lo que después conoció por suspensión del alma, tuvo que recurrir en cierta ocasión a una obra de un franciscano muy poco conocido, titulada *Subida del Monte*, aunque, en realidad, en sus momentos de angustia, acudía siempre a Salcedo y a Daza. Este último, como veremos por la siguiente cita, llegó a una exageración contraproducente en su extremado celo por la perfección espiritual de Teresa:

«Comenzó con determinación santa a llevarme como a fuerte (que de razón había de estar según la oración que vió que tenía) para que en ninguna manera ofendiese a Dios. Yo, como vi su determinación tan de presto en cosillas, que, como digo, yo no tenía fortaleza para salir luego con tanta perfección, afligíme, y como vi que tomaba las cosas de mi alma, como cosa que en una vez había de acabar con ella, yo veía que había menester mucho más cuidado.» (1) «Y cierto, si no hubiera de tratar más de con él, yo creo nunca medrara mi alma, porque la aflicción que me daba de ver cómo yo no hacía ni me parece podía lo que él me decía, bastaba para perder la esperanza y dejarlo todo.» (2)

El método resultó demasiado radical, pues según la gráfica explicación de Teresa, le hacía sentirse como el que se está ahogando en un río y no se arriesga a cambiar de dirección por temor a encontrar nuevos peligros (?) y originó una ruptura entre Daza y la Santa por haber rehusado éste a ser su director espiritual. En Salcedo encontró siempre más simpatía y mejor ayuda, y sus visitas le proporcionaban tal descanso y consuelo que el menor retraso por parte del piadoso amigo la impacientaba al punto de hacerla creer que ya no vendría más a verla, siendo su propia «ruindad» la causa de ello. Salcedo le aconsejaba paciencia porque todo lo conseguiría poco a poco con la ayuda de Dios y la animaba también revelándole sus mismas imper-

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXIII.
(2) Obra citada, LX, cap. XXIII.

fecciones. Sin embargo, tanto éste como Daza, se encontraban en la imposibilidad de reconciliar en su entendimiento las imperfecciones de Teresa con los señalados favores que recibía de Dios, lo que les decidió a tomar una resolución cuya trascendencia estaban ellos bien lejos de sospechar.

Hacía entonces escasamente dos años que la Compañía de Jesús, todavía en su infancia, por el esfuerzo de dos jesuítas naturales de la población, se había establecido en Ávila, en el antiguo monasterio jerónimo de San Gil (1) cedido por el obispo, quien al mismo tiempo ayudaba a la nueva orden con grandes cantidades de dinero. Teresa, por consejo de Salcedo y Daza, entregó a los jesuítas la dirección de su alma, decisión a partir de la cual podemos ver cómo nació y fué desarrollándose lenta y gradualmente en su cerebro, la idea que absorbió todas las energías de su vida. ¿Quién hubiera podido pensar que aquella monja había de igualar en fama al mismo Ignacio de Loyola?

«También me daba pena que me viesen en casa tratar con gente tan santa, como los de la Compañía de Jesús, porque temía mi ruindad y parecíame quedaba obligada más a no lo ser, y quitarme de mis pasatiempos, y si esto no hacía, que era peor; y ansí procuré con la Sacristana y Portera no lo dijesen a nadie. Aprovechóme poco, que acertó a estar a la puerta cuando me llamaron quien lo dijo por todo el convento.» (2)

El Rev. Juan de Padranos, a quien el P. Francisco de Borja había enconmendado la tarea de establecer una casa de la Compañía en Ávila, fué el primer confesor jesuíta de Teresa. Era joven, estaba lleno de celo religioso y poseía «esas letras» a las que su nueva penitencia concedía tanto valor e importancia. Su perfecta iniciación en el sentido de los Ejercicios Espirituales, fué la causa de que no encontrara como otros nada de extraordinario en las luchas internas de Teresa que tanto se parecían a las que había sufrido el mismo P. Ignacio de Loyola. Padranos desempeñó su delicada misión con firmeza, juicio y dulzura, y fué el primero que hizo pensar a Teresa la posibilidad de su futura importancia en la historia religiosa:

«Me dijo que me esforzase mucho...» (3) «Que qué sabía si por mis medios quería el Señor hacer bien a muchas personas, y otras cosas (que parece profetizó lo que después el Señor ha hecho conmigo).» (4)

(1) Actualmente palacio del obispo.
(2) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXIII.
(3) Obra citada, cap. XXIII.
(4) Obra citada, cap. XXIII.

De la primera confesión con Padranos, «quedó mi alma tan blanda—dice—que me parecía no hubiese cosa a que no me dispusiera.» (1)

Bajo la dirección de su nuevo confesor hizo Teresa rápidos progresos en el camino de la mortificación y de la penitencia, del que hasta entonces había estado tan alejada, marchando con paso seguro por las regiones de la contemplación. Entonces fué cuando empezó a practicar aquellas rigurosas mortificaciones («no muy sabrosas para mí»), que nunca interrumpió hasta que la vejez y las enfermedades hicieron que sus confesores se las prohibiesen o como ella dice: «Dios mismo me ordenó desistir». Diríase que el cronista de la Orden se propuso exagerar las horribles torturas a que Teresa se sometía voluntariamente. Según él llevaba a raíz de la carne una camisa metálica o armadura llena de agujeros a manera de un raspador de cocina, se revolcaba sobre la cama cubierta de zarzas y ortigas y se azotaba con manojos de llaves persistiendo en la flagelación hasta que la sangre salpicaba las paredes y las heridas se le enconaban. Dormía en un jergón de paja. Durante una temporada, lo mismo el hábito que las sábanas y almohadas que usaba, eran de ese paño áspero que se emplea para las mantas de los caballos, y en Segovia una vez, en ocasión en que yacía postrada por una fiebre, mandó al coro a las monjas que la acompañaban y levantándose del lecho empezó azotarse hasta que se le descoyuntó un brazo.

* * *

En 1557, el mismo año en que Carlos V se retiró al monasterio de Yuste, se cruzaron en la vida Francisco de Borja y Teresa de Jesús, dos de las que más descuellan entre las muchas figuras extraordinarias que enriquecieron la historia política y religiosa de España de aquella época. Mucho debió ser el interés que Teresa debió despertar en su director espiritual Padranos, cuando éste le proporcionó una entrevista con el P. Francisco el Pecador, que por entonces se ocupaba de la fundación de un colegio en Plasencia. Teresa y Francisco, por lo que se deduce de los escritos de ésta, se vieron más de una vez, aunque no está claro si esto ocurrió en diferentes ocasiones o solamente entonces, pues encontrándose Ávila en el camino de Valladolid a Plasencia, es posible que el P. Francisco, en sus frecuentes idas y venidas, se detuviesen algunas veces en el colegio de San Gil para hacer menos duro su viaje.

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXIII.

Es curioso que los dos únicos hombres de quienes Teresa habla en su vida llamándolos con el nombre propio son Pedro de Alcántara y Francisco de Borja. A pesar de lo poco que éste y Teresa se vieron, la circunstancia de que ambos recibiesen de Dios los mismos favores y mercedes en la oración, debió constituír un estrecho lazo espiritual entre ellos. Refiriéndose a Francisco, dice Teresa: «Siempre me ayudaba y daba avisos en lo que podía, que era mucho.» Además, la historia romántica del ex-virrey de Cataluña almirante del rey contra Barbarroja y cuyo linaje había dado Papas a Roma, no podía por menos de interesarla profundamente, atrayendo toda su simpatía hacia la personalidad del «duque santo», a la sazón todavía joven, pues sólo contaba cuarenta y siete años, cinco más que Teresa.

Padranos fué director espiritual de ésta durante dos años, al cabo de los cuales lo mandaron fuera de Ávila, dejando el alma de su penitente, según ella misma nos dice, «como en un desierto, muy desconsolada y temerosa» (1).

La ausencia del jesuíta hizo sentir a Teresa la más amarga soledad, dura lección que tuvo que aprender al cabo, ella que hasta entonces había encontrado imposible romper con las amistades que por tanto tiempo le habían perturbado la conciencia, por parecerle «ingratitud dejarla», y cuyo agradecimiento por los menores favores recibidos llegaba a tal extremo que rezaba todos los días de su vida por un pobre que le había ofrecido una vez un vaso de agua. Se conocía tan bien sobre ese particular, que graciosamente nos confiesa cómo se la podía sobornar con el simple don de una sardina. Mas ahora tiene que vencer por completo esas flaquezas, últimos lazos que la unen a la tierra. La marcha de Padranos la fuerza a coronar el sacrificio de sí misma con este renunciamiento final. Al joven confesor sucedió otro también jesuíta que había conocido Teresa por su amiga doña Guiomar de Ulloa, viuda noble y virtuosa, de quien hablaremos más adelante.

Teresa no tardó en corresponder a las pruebas de confianza de su nuevo director espiritual, que por cierto lo era también de doña Guiomar. Este, el padre Araoz según los Bolandistas, dando pruebas de una discreción extraordinaria, se guardó muy bien de ejercer sobre Teresa ninguna clase de presión con respecto a sus amistades, com-

(1) La razón de no precisar las fechas de estos acontecimientos es porque sólo conocemos ese período de la vida de Teresa por su autobiografía, en la que como de costumbre hace caso omiso de todo orden cronológico. Al tratar esta parte de nuestra narración, lo haremos según el método teresiano, en vez de aventurarnos, como el cronista de la Orden y Lapuente, uno de los últimos editores de las obras de la Santa, a dar fechas hipotéticas.

prendiendo, sin duda, que se trataba de una penitente que había de encontrar por sí misma el camino que lleva el alma a Dios:

«Él me dijo que lo encomendase a Dios unos días, y que rezase el himno de *Veni, Creator*, porque me diese luz de cual era lo mejor. Habiendo estado un día mucho en oración, y suplicando al Señor me ayudase a contentarle en todo, comencé el himno, y estándole diciendo, vínome un arrebatamiento tan súbito, que casi me sacó de mí, cosa que yo no pude dudar, porque fué muy conocido. Fué la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamiento. Entendí estas palabras: *Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles.*»

«Nunca mas [sigue diciendo] he podido asentar en amistad, ni tener consolación, ni amor particular, sino a personas que entiendo le tienen a Dios, y le procuran servir; ni ha sido en mi mano, ni me hace al caso ser deudos, ni amigos. Si no entiendo esto, o es persona que trata de oración, esme cruz penosa tratar con nadie.»

Ya ha entrado Teresa en el camino de la santidad, ya ha conseguido el fruto de años enteros de penosos esfuerzos. De aquí en adelante su amor es sólo, sólo para Dios. Él va a dirigir y a guiar todos los actos de su vida por medio de divinas «locuencias» que ella describe de este modo: «Unas palabras muy formadas, mas con los oídos corporales no se oyen, sino entiéndense muy mas claro que si se oyesen y dejarlo de entender aunque mucho se resista, es por demás.» Nos cuenta cómo la acción de estas palabras de origen divino es instantánea, enterneciendo el alma, dándole luz y regalándola, y pone gran cuidado en distinguirlas de otras, mera ilusión provocada por espíritus malignos, «cosa sorda», palabras indistintas y confusas desprovistas de toda claridad, más que sólo conseguimos no confundirlas con las otras enseñadas por la experiencia. Es como si nos hablasen estando medio dormidos, mas la voz divina, «es tan clara, que no es posible perder una sílaba de lo que dice, y acaece ser a tiempos que está el entendimiento y alma tan alborotada y distraída que no acertaría a concertar una buena razón.»

No debemos confundir este estado sobrenatural de percepción con el de arrobamiento, en el que el alma parece abandonar el cuerpo y no se ve ni se oye ni se entiende. En las locuciones la conciencia persiste, aunque

«Es como si lo oyésemos a una persona muy santa, o letrada, y de gran autoridad, que sabemos no nos ha de mentir; y aún es baja comparación, porque traen algunas veces una majestad consigo estas palabras, que sin acordarnos quién las dice, si son de reprensión, ha-

cen temblar; y si son de amor, hacen deshacerse en amar; y si son cosas como he dicho, que estaban bien lejos de la memoria, y dícense tan de presto sentencias tan grandes, que era menester mucho tiempo para haberlas de ordenar, y en ninguna manera me parece se puede entonces ignorar no ser cosa fabricada de nosotros.»

Lo que hemos dicho anteriormente sobre los escritos de Teresa en cuanto al orden cronológico, es aplicable también a su falta de orden en el pensamiento. Una frase le sugiere otra, apresurándose a escribirla aunque no venga al caso y con frecuencia interrumpe el hilo de sus narraciones para consignar hechos anteriores o posteriores al que le ocupa por el momento. Este culto inconsciente a la espontaneidad, sin que por esto deje de interesarnos, nos impide con frecuencia proseguir el análisis del desarrollo espiritual de Teresa de un modo estrictamente lógico.

Ahora parece ser que al irse Padranos de Ávila volvió a verse acometida por las dudas y perplejidades espirituales que éste había conseguido hacer desaparecer, lo que empezó pronto a comentarse entre el pequeño grupo de sus amigos, del que formaban siempre parte Daza y Salcedo. El caso de Teresa llegó a preocuparles a tal extremo, que se creyeron en el deber de reunirse en consejo para estudiarlo como si se tratase de una Magdalena de la Cruz o de la monja ilusa de Lisboa.

Para llegar a comprender cómo una humilde monja de la Encarnación, con sus éxtasis y visiones, pudo provocar en derredor suyo un movimiento general de curiosidad y de interés y ser la causa de las más serias discusiones entre hombres de valor innegable, hay que entrar de lleno en el espíritu de aquel siglo. La religión regulaba la vida en todas sus manifestaciones. Los hombres de entonces discutían las cuestiones de fe con el mismo acaloramiento que hoy discuten de política. En la corte, en las ciudades y en las aldeas, no tenían los hombres más elevado ideal que el claustro, no había más alta virtud que la sumisión al rigor de un credo inexorable que ha dejado su marca de fuego en todas las fases de la existencia nacional. Diríase que la imponente personalidad de Carlos V sólo alcanzó ante la imaginación popular el relieve inmarcesible de la leyenda al retirarse al monasterio, donde pasó los últimos días de su vida encomendándose a Dios con misas y penitencias y maldiciendo de los frailes, a quienes llamaba *hi de putas vermejos* cuando éstos le atormentaban el oído con sus desentonadas canturrias. Muchas grandes damas hacían vida de monjas en sus palacios en cuanto les era posible. La princesa del Brasil que desempeñó el cargo de regente de España durante la ausen-

cia de Felipe II en Flandes, daba audiencia cubierta de pies a cabeza con un velo negro que sólo conseguía alzar en rarísimas ocasiones la curiosidad natural de algún nuevo embajador, y los breves momentos que sustraía a las atenciones del gobierno los pasaba haciendo penitencia con las monjas del convento de Abroja. Don Juan de Austria, el niño mimado de la realeza, acarició también durante bastante tiempo la idea de eclipsar su vida en el claustro.

Aquellos eran también tiempos de temor y desasosiego. Los progresos de la herejía en Alemania conmovían la conciencia universal. La impostura, vicio inevitable de todo gran movimiento intelectual, cundía por todo el mundo, carcomiendo el corazón de España, aquella España del siglo XVI, con sus soldados lisiados recorriendo el país a la desbandada sin recibir nunca la paga, ladrones, tahures, mujerzuelas, jácaros, segundones de familias nobles, sin más medio de vida que el ingenio y la artimaña, aventureros de vuelta del nuevo mundo con las manos vacías, clérigos, frailes y monjas; en fin, todo el inquieto kaleidoscopio cristalizado para siempre en *Guzmán de Alfarache*, *El Gran Tacaño* y las *Novelas Ejemplares* de Cervantes.

No es, pues, de extrañar que en un medio social de oscurantismo y desconcierto, fuese Teresa, como hemos dicho, un caso culminante de interés, sobre todo en su ciudad natal.

El misticismo era todavía una flor exótica en la vida religiosa de España. Esto se desprende tanto de la actitud recelosa de Daza, Salcedo y los otros amigos que formaban una especie de consejo espiritual en torno de Teresa, como de la profunda sensación que habían causado otros casos esporádicos de misticismo recientemente condenados por la Inquisición. Aun estaba fresco el recuerdo del encarcelamiento en Córdoba de Magdalena de la Cruz, religiosa de la Orden de las Clarisas, que había pasado treinta y ocho años en olor de santidad y fué tres veces abadesa del convento antes de que se descubriesen sus imposturas. El mismo Inquisidor General de España fué en una ocasión a Sevilla a verla y encomendarse a sus oraciones. La Emperatriz le había enviado su retrato y los pañuelos del príncipe niño, el infeliz Don Carlos, suplicándole los bendijese. Ella, Magdalena de la Cruz, predijo el encarcelamiento de Francisco I y el saqueo de Roma, y cual la monja de Lisboa, que consiguió engañar a persona tan sabia y cauta como Fray Luis de Granada, fingió también tener llagas en los pies y en las manos. Al parecer, en nada se diferenciaban estas farsas de las mercedes espirituales que Dios concedía a Teresa, tanto, que como ésta hizo más tarde, la monja clarisa escribió también, por orden de sus confesores, una relación de su vida y *milagros*. Ya sabe-

mos, por la experiencia de la misma Teresa, cuán frecuentes son la intriga y la malquerencia en los conventos. Teniendo en cuenta esto y los procedimientos de la Inquisición para hacer confesar y declarar a reos y testigos, sería tarea infructuosa querer averiguar el grado de veracidad de las acusaciones contra Magdalena de la Cruz. El Santo Oficio le fué benigno en cierto grado, limitándose, en consideración a su edad y estado de salud, a imponerle como castigo la confesión pública de sus errores, llevando una soga al cuello y una vela encendida en la mano. Además fué condenada a silencio y reclusión perpetua en uno de los conventos de su Orden, donde había de ocupar el último puesto en el coro, en el capítulo y en el refectorio, y a no comulgar durante tres años, a menos que se hallase en peligro de muerte o tuviese un permiso especial para ello de sus confesores.

El caso de la priora de Lisboa es aún más curioso. Ésta llevó la impostura al extremo de imitar en sus manos y en sus pies la impresión de los divinos estigmas, mas a pesar de todo sintió un día tal contrición por sus aberraciones que llegó a ser «verdaderamente santa» y según nos dicen terminó su vida con «felicidad».

La diferencia entre la impostura y la herejía luterana no había sido definida todavía por la Inquisición de España. La gente curándose en salud con grandísima prudencia rechazaba *a priori* como heterodoxo todo lo que fuese extraño o nuevo a su rutina religiosa. Por sospechas de haber predicado las doctrinas del iluminismo, Juan de Ávila, el apóstol de Andalucía, a pesar de su fama de santo, fué encarcelado en Sevilla. Del mismo modo las obras de su ilustre discípulo Fray Luis de Granada (1) no se libraron tampoco de ser incluídas en el Índice de la Inquisición. ¡Tal era el peligro que veían en todo lo que oliese a misticismo y el temor de que llegasen a manos del pueblo, libros sobre puntos de teología escritos en lengua vulgar! En 1526 las doctrinas de un tal Ignacio de Loyola fueron sometidas a una investigación especial por creérselas parecidas a las de los iluminados, y aunque por entonces paró aquí la persecución, fué más tarde por esa causa encerrado en la cárcel de Salamanca con grillos y cadenas. Teniendo presente estos hechos, no podrán extrañarnos las sospechas que recayeron sobre Teresa en Ávila y el temor que a ella misma le inspiraron sus visiones. La figura de Magdalena de la Cruz haciendo pública penitencia, con una soga al cuello y una antorcha en la mano, pasaría constantemente ante la imaginación de la monja

(1) Entre ellas se hallaba el libro predilecto de Carlos V en su retiro de Yuste, la famosa *Guía de Pecadores.*

y de sus fieles amigos. ¿Quién podría censurar, pues, que hombres como Daza y Salcedo retrocediesen horrorizados ante las revelaciones de la monja de la Encarnación, cada día más extraña y misteriosa hasta en su aspecto? ¿No había engañado la priora de Lisboa al mismo Fray Luis de Granada? ¿Quién podría reprocharles a esos santos varones que relacionasen el caso que les preocupaba con el de la «pobre evangélica» Mari Díaz (1), la ermitaña de San Millán, la vida de las cuales no presentaba ninguna de las anormalidades de Teresa, cuyo origen divino difícilmente se reconciliaba con la lentitud de sus progresos espirituales.

La atención de toda Ávila se iba concentrando inevitablemente en la personalidad sospechosa de la monja visionaria de la Encarnación. Sus revelaciones no podían ya permanecer limitadas al conocimiento de unas cuantas personas que habían jurado guardar el secreto. La necedad o el descuido de alguno de aquellos a quienes había acudido ávida de consejo y dirección, hizo que sus confidencias se divulgaran y llegaran a ser el tema de todas las conversaciones en la localidad. «No eran para todos y parecía las publicaba yo», dice Teresa. Muchos tomaron entonces su nombre a mofa y a escarnio, susurrando entre dientes al hablar de ella: «Inquisición», «exorcismo», «cosas del demonio», «engaños», y muchos tomarán ahora la misma actitud. Mas dejemos para otro lugar el averiguar la parte de razón que haya en estas opiniones y no perdamos de vista el hecho de que sin la fama de santidad que Teresa alcanzó un día por sus visiones, no hubiera

(1) Mari Díaz nació en 1495, en la pequeña ciudad de Hita, hoy Vita. Sus padres eran unos labradores acomodados. Desde sus primeros años mostró una afición por ir a la Iglesia que ponía a prueba la paciencia de su madre. «Anda, vete a la Iglesia, le dijo ésta una vez, inconsciente de que estaba profetizando el porvenir de su hija, y estate allí todo el día que ella se cuidará de ti.» Mari fué prometida a los catorce años a un joven de su misma posición, que desapareció de la ciudad antes de casarse, no volviéndosele a ver más. La desconsolada novia, después de la muerte de sus padres, vendió los bienes que tenía y se retiró a Ávila con el propósito de llevar a cabo su deseo de consagrarse a Dios. Allí fué acogida por recomendación de Pedro de Alcántara en la familia de doña Guiomar de Ulloa; pero en su anhelo por la vida ascética pidió al obispo que le permitiese vivir en una especie de pequeña celda o ermita cerca de la Iglesia de San Millán, donde se dió en absoluto a la penitencia, llegando a ser conocida por la pobre evangélica. Con las copiosas limosnas que recibía socorría una multitud de pobres. Las siguientes palabras dan idea de su austeridad: «El comer nos hace caer enfermos; es preciso ayunar.» Tuvo una estrecha amistad con Teresa, contaba entonces sesenta años, y se dice que al visitarla en cierta ocasión Teresa olvidándose del lema de su vida *Aut pati, aut mori,* le suplicó rogase a Dios pusiese fin a sus padecimientos con la muerte. «Así haré ciertamente, replicó la ermitaña; pero con una condición: que le has de rogar, a tu vez, que me envíe muchas aflicciones y me dé larga vida para soportarlas.» Teresa bajó la cabeza humillada ante la grandeza de la lección que con tanta dulzura le había dado una anciana de sesenta años.

sido nunca su vida lo que llegó a ser. A no ser por la expectación que produjo como visionaria, bien hubiera podido pasarse una eternidad en el más perfecto ejercicio de todas las virtudes cristianas sin que nadie se apercibiera de su existencia en el convento de la Encarnación. Yo me la imagino sonriendo ella misma en años posteriores al mirar desde la altura inconmensurable de su grandeza espiritual el pedestal de gloria donde la había colocado la imaginación popular, no por su mérito verdadero, incomprensible para las multitudes, sino por lo que ella apreciaba tan poco que bien hubiera querido hacer desaparecer de su vida.

¿Cuál fué, pues, podríamos preguntarnos, la razón que la movió a descubrir su conciencia ante los hombres más versados en doctrina espiritual de su época? ¿Buscaría en ellos la confirmación de una opinión propia? ¿Acudiría a ellos horrorizada por la idea de que el deleite de los raptos místicos fuese un ardid de Satanás?

Mientras ocurría todo esto, el director espiritual de Teresa era el joven maestro Baltasar Álvarez, recientemente ordenado y vicerrector del Colegio de Jesuítas de San Gil. Su hermano de religión Rivera habla de él en los siguientes efusivos términos: «Era muy avezado y de mucho conocimiento de cosas espirituales, hombre de gran oración y mortificación, poderoso en la palabra y la metía en los corazones y tenía gran destreza en encaminar las almas a Dios. Murió santamente, como había vivido, en el Colegio de Belmonte, siendo provincial de su orden.» Las dudas y escrúpulos de los amigos de Teresa tenían a Álvarez en un continuo estado de alarma, haciendo vacilar su fe en la sinceridad de su hija espiritual, la monja peligrosa que, según rumores, iba a dar con él en la Inquisición si no se andaba con mucho cuidado. Esto, naturalmente, le sobrecogía el ánimo, mas no dejaba por ello de asistir con toda su mejor voluntad a Teresa, pues en el fondo estaba absolutamente convencido de su sinceridad, por lo que pudo sostenerse durante tres años en su actitud favorable a Teresa y en contra de sus pusilánimes amigos. Las dificultades e inconvenientes de esta posición, obrando sobre el carácter del maestro Baltasar Álvarez, eran la causa de su aspereza y rigor en el trato con Teresa, por lo que ésta pensó a veces apartarse de él. Mas seguramente no lo haría, pues según sus propias palabras, él, después de todo, le quitaba el miedo, «poniéndoselo mayor», al decirle que el demonio no podría causarle ningún daño si ella no ofendía a Dios, recomendándole la oración como un arma eficaz contra el poder del Infierno. Álvarez dijo más tarde en Salamanca a Rivera, al discutir el mérito de ciertos libros, que los había leído todos para poder com-

prender a Teresa de Jesús, rasgo que justamente acrecienta nuestro respeto por el concienzudo jesuíta, de quien a su vez dijo Teresa a Rivera en una ocasión al oír de labios de éste la anterior confidencia: «Mucho le quiero a este mi padre, aunque es mal acondicionado.»

Llegó a ocurrir que al hablar Teresa por segunda vez a Álvarez de lo que a falta de otro término más justo se acostumbra a llamar sus divinas locuciones, éste, desesperado ya, estuvo a punto de abandonarla y de sumarse al grupo de sus desconfiados amigos, «aunque conformaba con ellos por probarme según después supe», hace constar su penitente con marcado empeño. El día de este rompimiento, por llamarlo así, Teresa había estado a confesarse en la iglesia de San Gil, vecina a la casa de doña Guiomar de Ulloa, donde se encontraba a la sazón, pues como ya hemos dicho, las monjas de la Encarnación gozaban de una libertad completamente en desacuerdo con la disciplina monástica de nuestros días. Una vez aclarado este punto, oigamos a Teresa:

«Fuíme de la iglesia con esta aflicción, y entréme en un oratorio, habiéndome quitado muchos días de comulgar, quitada la soledad que era todo mi consuelo, sin tener persona con quien tratar, porque todos eran contra mí: unos me parecía burlaban de mí cuando de ello trataba, como se me antojaba; otros avisaban al confesor que se guardase de mí; otros decían que era claro demonio... pues estándome sola, sin tener persona con quien descansar, ni podía rezar, ni leer, sino como persona espantada de tanta tribulación y temor de si me había de engañar el demonio, toda alborotada y fatigada, sin saber qué hacer de mí... estuve así cuatro o cinco horas, que consuelo, ni del cielo ni de la tierra, no había para mí, sino que me dejó el Señor padecer, teniendo mil peligros... Pues estando en esta tan gran fatiga (aún entonces no había comenzado a tener ninguna visión) solas estas palabras bastaban para quitármela y quietarme del todo: *No hayas miedo, hija, que Yo soy, y no te desampararé: no temas.*»

Y añade en tono triunfal:

«Levántense contra mí todos los letrados, persíganme todas las cosas criadas, atormentenme los demonios, no me faltéis Vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis a quien en sólo Vos confía... Heme aquí con solas estas palabras sosegada, con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz, que en un punto vi mi alma hecha otra, y me parece que con todo el mundo disputara que era Dios... Es ansí cierto que muchas veces me acordaba de cuando el Señor mandó a los vientos que se estuviesen quedos en el mar, cuando se levantó la tempestad, y ansí decía yo: ¿Quién es este

que ansí le obedecen todas mis potencias, y da luz en gran escuridad en un momento, y hace blando un corazón que parecía piedra, da agua de lágrimas suaves adonde parecía había de haber mucho tiempo sequedad? ¿Quién pone estos deseos? ¿Quién da este ánimo? ¿Qué es esto? Yo deseo servir a este Señor, no pretendo otra cosa sino contentarle; no quiero contento, ni descanso, ni otro bien, sino hacer su voluntad... Pues si este Señor poderoso, como veo que lo es, y sé que lo es, y que son sus esclavos los demonios, y desto no hay que dudar, pues es fe, siendo yo sierva deste Señor y Rey, ¿qué mal me pueden ellos hacer a mí? ¿Por qué no he de tener yo fortaleza para combatir con todo el infierno? Tomaba una cruz en la mano y parecía ciertamente darme Dios ánimo (que yo me vi otra en breve tiempo), que no temería tomarme con ellos a brazos, que me parecía fácilmente con aquella cruz los venciera a todos, y ansí dije: Ahora, venid todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podéis hacer.»

Estas elocuentes palabras que brotaron espontáneamente de su pluma en años posteriores, no pueden ser la expresión de una histérica o de una impostora que busca la fama al amparo de la hipocresía, sino la de una mujer genial y visionaria, imposible de someter a la crítica normal. Que su sentido común la atormentase a veces implacablemente sobre el origen y realidad de sus visiones y divinas locuciones, no prueba nada contra la sinceridad de su fe persistente en aquéllas. Una alternativa de luz y sombra ha augurado siempre los grandes progresos de la humanidad. El genio lucha y duda, pero vence siempre la desconfianza en sí mismo. Todos los hombres que han llevado en el alma un gran ideal han sido visionarios antes de realizarlo, que el soñar precede siempre a la acción en los grandes espíritus.

«*No hayas miedo, hija, que Yo soy y no te desampararé: no temas.*» Estas palabras, tengámoslo bien presente, sonaron como un eco en el corazón de Teresa, aparecieron en su alma como el zig-zag repentino de un relámpago lejano en un momento de gran excitación mental, siempre la repetición del fenómeno. En la ocasión a que hacemos especialmente referencia ahora, sus fuerzas estaban agotadas. La oposición que venía sufriendo desde hacía dos años había alcanzado un punto culminante en la animosidad de las mismas monjas de la Encarnación contra lo que ellas consideraban sólo como una pretensión imperdonable. Su constitución física, ya de suyo débil, estaba minada por los severos ayunos y vigilias, lo que unido a sus frecuentes enfermedades hubiera sido causa más que suficiente para provocar en cualquier persona menos imaginativa que ella quimeras y alucinaciones.

Acababa de retirarse del confesionario con la impresión de haber

perdido el último sostén que le quedaba, y como ella dice había estado de rodillas cinco o seis horas seguidas, «casi fuera de sí de tanta tribulación y temor».

Mas ¿por qué razón, al examinar esta crisis, hemos de olvidarnos de su sentido de rectitud y de su nobleza? ¿Por qué no tener en cuenta su sensibilidad tan extraña y tan propensa a creer cosa real, las ilusiones que a veces al hablarnos de ellas la creeríamos un ser de otro mundo superior al nuestro? ¿Por qué pasar por alto tampoco el ambiente de superstición y de leyenda en que vivió cuando niña al comienzo del desarrollo de su carácter y de su inteligencia?

Sobre una personalidad tan compleja y contradictoria, como la de Teresa es imposible emitir un juicio categórico. La fe en la posibilidad de una cosa es el fundamento indispensable para su realización. Comparados con las experiencias espiritistas que tanta aceptación tienen en la época presente, los fenómenos de la vida espiritual de Teresa, aparecen ante nuestra razón con una innegable superioridad. Cualquier mujer histérica puede sufrir alucinaciones. Los imitadores de Teresa se cuentan por centenares; mas ¿cuántos han conseguido como ella con los escritos sobre sus revelaciones despertar en nosotros ese interés que es don exclusivo del genio? ¿Cuántos como ella, a la edad de sesenta años, sin apoyo y sin dinero, han reformado Órdenes religiosas y han fundado conventos, consagrando así los últimos años de una existencia azarosa a las necesidades predominantes de una época? Es más, su misticismo, por malsano que fuese, es cosa siempre mucho más sólida y robusta que el sentimentalismo característico de la literatura religiosa de nuestros días.

¿Es acaso extraño que en una época obcecada por lo milagroso y sobrenatural creyese Teresa, en su sed de Amor Divino, haber salvado el abismo que separa al hombre del mundo espiritual? Y si todo fué un sueño falaz, ¿qué importa? ¡Tantos sueños han servido de consuelo y fortaleza a miles de generaciones de vivientes! De los sueños de Teresa brotó la luz radiante que iluminó su vida, esa perfección, esa pureza, esa humildad que ni los más escépticos han osado jamás poner en duda. ¿Quién podría desear que no hubiese soñado nunca? La mentalidad de su siglo y la del nuestro son dos cosas distintas y opuestas. Esos apóstoles, profetas y ángeles que envueltos en los pliegues rígidos de sus vestiduras de piedra, guardan las puertas de San Vicente, sólo son para nosotros símbolos de una fe marchita y nos dejan sumidos en la mayor indiferencia. Mas para Teresa tenían significación y vida. La poesía y la historia de la época relatan con toda ingenuidad casos en que esos santos abandonaron sus alturas para inter-

venir en los asuntos de los mortales, castigando la opresión y la injusticia, en pro de los humildes. Lo que es para nosotros mera leyenda, era en aquellos tiempos una creencia contra la que nada podían la lógica ni el sentido común. Teresa materializando inconscientemente sus visiones mentales, les daba la apariencia de esas patéticas esculturas de la Edad Media, que veía con tanta frecuencia, esas esculturas de las cuales parece desprenderse una sutil emanación de imperturbable serenidad y celestial reposo.

Dejémosla hablar y sigámosla hasta donde es posible para nosotros, en este mundo extraño que, según los místicos, podemos hallar en nuestro pecho. Teresa sigue todavía atormentada por agonizantes dudas. Ya se siente acometida por la idea de que sus visiones son obra del diablo, ya se siente otras veces llena de radiante confianza en su origen divino:

«Poníame en las manos de Dios, que cumpliese en mí lo que era su voluntad en todo... Tomaba santos devotos por que me librasen del demonio. Andaba novenas, encomendábame a San Hilarión y a San Miguel, el ángel con quien por esto tomé nuevamente devoción, y a otros muchos santos importunaba mostrase el Señor la verdad, al cabo de dos años que andaba con toda esta oración mía, y de otras personas para lo dicho, o que el Señor me llevase por otro camino, o declarase la verdad, que eran muy contínas las hablas que he dicho me hacía el Señor, me acaeció esto: Estando un día del glorioso San Pedro en oración, vi cabe mí, o sentí, por mejor decir, que con los ojos del cuerpo ni del alma no vi nada, mas parecióme estaba junto cabe mí Cristo, y veía ser él el que me hablaba, a mi parecer. Yo como estaba ignorantísima de que podía haber semejante visión, dióme grande temor al principio, y no hacía sino llorar, aunque en diciéndome una palabra sola de asegurarme, quedaba, como solía, quieta, y con regalo, y sin ningún temor.

»Luego fuí a mi confesor, harto fatigada, a decírselo. Preguntóme que en qué forma le veía. Yo le dije que no le veía. Díjome que cómo sabía yo que era Cristo. Yo le dije que no sabía cómo, mas que no podía dejar de entender que estaba cabe mí, y le veía claro, y sentía... no hacía sino poner comparaciones para darme a entender... que así como es una de las más subidas (visiones) es donde menos se puede entremeter el demonio de todas. Porque si digo—arguye ella—que con los ojos del cuerpo ni del alma no le veo, porque no es imaginaria visión, ¿cómo entiendo, y me afirmo con más claridad, que está cabe mí, que si lo viese? Porque parecer que es como una persona que está a oscuras, que no ve a otra, que está cabe ella, o si es ciega, no va bien;

alguna semejanza tiene, mas no mucha, porque siente con los sentidos, y la oye hablar o manear, o la toca. Acá no hay nada desto, ni se ve escuridad, sino que se representa por una noticia al alma más clara que el sol. No digo que se ve el sol, ni claridad, sino una luz que, sin ver luz, alumbra el entendimiento, para que goce el alma tan gran bien. Trae consigo grandes bienes... Vese claro que está aquí Jesucristo, Hijo de la Virgen.

»Pues preguntóme el confesor, ¿quién dijo que era Jesucristo? Él me lo dijo muchas veces, respondí yo: mas antes que me lo dijese se imprimió en mi entendimiento que era él, y antes desto me lo decía, y no le veía. Si una persona que yo nunca hubiese visto, sino oído nuevas della, me viniese a hablar estando ciega, o en gran escuridad, y me dijese quién era, creerlo había, mas no tan determinadamente lo podría afirmar ser aquella persona, como si la hubiese visto. Acá sí, que sin verse se imprime con una noticia tan clara, la «inteligencia» de las escuelas, que no parece se puede dudar: que quiere el Señor esté tan esculpida en el entendimiento, que no se puede dudar más que lo que se ve, ni tanto, porque en esto algunas veces nos queda sospecha si se nos antojó: acá aunque de presto dé esta sospecha, queda por una parte gran certidumbre, que no tiene fuerza la duda. Así es también en otra manera, que Dios enseña al alma y al habla sin hablar.»

Ahora podremos ver, gracias a la sutileza de expresión de Teresa, la diferencia que hay entre la comunicación del alma con Dios por medio de una visión o de lo que se ha convenido en llamar divinas locuciones.

«En la habla que tenemos dicho antes hace Dios al entendimiento, que advierta, aunque le pese, a entender lo que se dice, que allá parece tiene el alma otros oídos con que oye, y que la hace escuchar, y que no se divierta; como a uno que oyese bien y no le consintiesen atapar los oídos, y le hablasen junto a voces, aunque no quisiera lo oiría. Y en fin algo hace, pues está atento a entender lo que le hablan: acá ninguna cosa, que aun este poco, que es sólo escuchar qué hacía en lo pasado, se le quita. Todo lo halla guisado y comido, no hay más que hacer de gozar; como uno que sin deprender, ni haber trabajado nada para saber leer, ni tampoco hubiese estudiado nada, hallase toda la ciencia sabida ya en sí, sin saber cómo, ni dónde, pues aun nunca había trabajado, aun para aprender el A. B. C. Esta comparación postrera me parece declara algo este don celestial; porque se ve el alma en un punto sabia, y tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad, y de otras cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar la verdad destas grandezas.»

Esa Presencia en la que se siente envuelta como en una celeste atmósfera, testigo constante de sus acciones, se va haciendo día por día más perceptible, hasta revelarse en la suprema manifestación de la humanidad de Cristo.

«Estando un día en oración, quiso el Señor mostrarme solas las manos, con tan grandísima hermosura, que no lo podría yo encarecer. Desto a pocos días vi también aquel rostro divino, que del todo me parece me dejó absorta. No podía yo entender por qué el Señor se mostraba ansí poco a poco... hasta después que he entendido que me iba su Majestad llevando conforme a mi flaqueza natural.»

«Un día de San Pablo, estando en misa, se me representó toda esta Humanidad sacratísima, como se pinta resucitado. Esta visión, aunque es imaginaria, nunca la vi con los ojos corporales, ni ninguna, sino con los ojos del alma [la imaginación]. Dicen los que lo saben mejor que yo, que es más perfecta la pasada que ésta, y ésta mucho más que las que se ven con los ojos corporales. Ésta dicen que es la más baja, y adonde más ilusiones puede hacer el demonio, aunque entonces no podía yo entender tal, sino que deseaba, ya que se me hacía esta merced, que fuese viéndola con los ojos corporales, para que no me dijese el confesor se me antojaba.»

Teresa nos explica también la diferencia entre las alucinaciones, y las visiones obra del demonio y las de origen divino.

«Paréceme que tres o cuatro veces (se refiere a las visiones producidas por intervención del diablo) me ha querido representar de esta suerte al mesmo Señor, en representación falsa: toma la forma de carne, mas no puede contrahacerla con la gloria que cuando es de Dios. Hace representaciones para deshacer la verdadera visión que ha visto el alma, mas ansí la resiste de sí, y se alborota, y se desabre, e inquieta, que pierde la devoción y gusto que antes tenía, y queda sin ninguna oración... A quien hubiese tenido verdadera visión de Dios, desde luego casi se siente; porque aunque comienza con regalo y gusto, el alma lo lanza de sí; y aun, a mi parecer, debe ser diferente el gusto, y no muestra apariencia de amor puro y casto... Porque si fuese presentado con el entendimiento, dejado que no haría las grandes operaciones que esto hace, ni ninguna, queda el alma desvanecida, mas no sustentada y fuerte, antes cansada y disgustada; porque sería como uno que quisiese hacer que dormía y estase despierto, porque no le ha venido el sueño, que él, como lo desea, si tiene necesidad, o flaqueza en la cabeza, adormécese en sí y hace sus diligencias, y a las veces parece hace algo; mas si no es sueño de veras, no le sustentará, ni dará fuerza a la cabeza, antes a las veces queda más desvanecida.»

¡Cuán diferentes son estos extravíos de la imaginación de un verdadero trance místico!

«Bien me parecía en algunas cosas, que era imagen lo que veía, mas por otras muchas no, sino que era el mesmo Cristo, conforme a la claridad con que era servido mostrárseme. Unas veces era tan en confuso, que me parecía imagen, no como los dibujos de acá, por perfectos que sean, que hartos hemos visto buenos: es disparate pensar que tiene semejanza lo uno con lo otro en ninguna manera, no más ni menos que la tiene una persona viva a su retrato, que por bien que esté sacado, no puede ser tan al natural, que, en fin, se ve es cosa muerta... porque si es imagen, es imagen viva, no hombre muerto, sino Cristo vivo; y da a entender que es hombre y Dios, no como estaba en el sepulcro, sino como salió dél después de resucitado. Y viene a veces con tan grande majestad, que no hay quien pueda dudar, sino que es el mismo Señor, en especial, en acabando de comulgar, que ya sabemos que está allí, que nos lo dice la fe.»

En la siguiente descripción, luminosa apoteosis de palabras, Teresa nos revela el radiante esplendor de la belleza divina.

«Parecerá a vuesa merced que no era menester mucho esfuerzo para ver unas manos y rostro tan hermoso: sonlo tanto los cuerpos glorificados, que la gloria que traen consigo ver cosa tan sobrenatural y hermosa desatina; y ansí me hacía tanto temor, que toda me turbaba y alborotaba, aunque después quedaba con certidumbre, y seguridad, y con tales efectos que presto se perdía el temor... porque si estuviera muchos años imaginando cómo figurar cosa tan hermosa, no pudiera, ni supiera, porque excede a todo lo que acá se puede imaginar, aun sola la blancura y resplandor. No es resplandor que deslumbre, sino una blancura suave, y el resplandor infuso, que da deleite grandísimo a la vista y no la cansa, ni la claridad que se vé, para ver esta hermosura tan divina. Es una luz tan diferente de la de acá, que parece una cosa tan deslustrada la claridad del sol que vemos, en comparación de aquella claridad, y la luz que se representa a la vista, que no se querrían abrir los ojos después. Es como ver un agua muy clara, que corre sobre cristal, y reverbera en ella el sol, a una muy turbia y con gran nublado, y que corre por encima de la tierra. No porque se le representa sol, ni la luz es como la del sol, parece, en fin, luz natural, y esta otra cosa artificial. Es luz que no tiene noche, sino que como siempre es luz no la turba nada. Pues sin acordarnos dello, ni haberlo jamás pensado, se ven en un punto presentes cosas que en gran tiempo no pudieran contentarse con la imaginación, porque va muy más alto, como yo he dicho, de lo que acá podemos comprender.

Tan imprimida queda aquella majestad y hermosura, que no hay poderla olvidar, sino es cuando quiere el Señor que padezca el alma una sequedad y soledad grande, que aun entonces de Dios parece se olvida. Queda el alma otra, siempre embebida, parécele comienzo de amor vivo de Dios en muy alto grado, a mi parecer; que aunque la visión pasada dije que representa a Dios sin imagen, es más subida, que para durar la memoria conforme a nuestra flaqueza, para traer bien ocupado el pensamiento, es gran cosa el quedar representada y puesta en la imaginación tan divina presencia. Y casi vienen juntas estas dos maneras de visión siempre (la visión puramente intelectual y la imaginaria); y aun es ansí que lo vienen, porque con los ojos del alma vese la excelencia, y hermosura y gloria de la santísima Humanidad: y por estotra manera que queda dicha, se nos da a entender cómo es Dios y poderoso y que todo lo puede y todo lo manda, y todo lo gobierna, y todo lo hinche su amor.»

En este análisis que Teresa nos ha dejado de sus visiones, adquiere un singular relieve para un psicólogo la frase: «Se me representó toda esta humanidad sacratísima como se pinta resucitado.» Nosotros, sin dudar de su misticismo, al leer esta frase, no podemos por menos de asegurar que los cuadros religiosos de los primitivos españoles que tanto abundaban entonces y han abundado hasta hace poco en todas las casas antiguas de España, habían impresionado profundamente la imaginación y la memoria de Teresa. Ella los contemplaría absorta hora tras hora en casa de su padre, y tan lleno quedaría su espíritu de ellos, que durante toda su vida, al recordarlos inconscientemente, a veces en el momento solemne de la consagración, cuando la hostia blanca en las enhiestas manos del sacerdote se destaca contra el altar entre gasas de oloroso incienso, para ella, completamente ajena del origen de la ilusión, adquirirían síntomas de vida, haciéndola creerse en presencia de un mundo sobrenatural.

La dificullad mayor con que Teresa tropezara en su vida, debió ser el conseguir que sus visiones fuesen aceptadas por los demás con la fe que a ella misma muchas veces le faltaba. Sus antagonistas, como supremo argumento cuando ya no podían rebatirla de otra manera, la acusaban de hacer alarde de sabiduría y de querer darles lecciones. Imposible tratar en aquellos tiempos a una mujer con mayor sarcasmo. Mas esto sólo le servía de acicate al especular a solas en el retiro del claustro. Fácil nos es comprender que aquella mujer que podía habérselas de sobra con los más ilustres teólogos de su época, dejara confundidos y ofuscados a Salcedo y sus amigos, quienes se veían obligados como último recurso a «condenar todo lo que decía,

sin considerar que lo decía sin mirar en ello» y a exagerar su más pequeña falta, a tal extremo que quedasen eclipsadas todas sus virtudes ante el pobre maestro Baltasar, cuya confusión y perplejidad acrecentaban constantemente a fuerza de quejas y amonestaciones. Pero Teresa, a quien nada llegaba tanto al alma como la falta de confianza por parte del bondadoso Francisco de Salcedo, tenía un argumento supremo contra todas las sutilezas psicológicas de sus acusadores: su vida por sí sola, era un argumento irrefutable. En sus discusiones decíales con dulzura:

«Si los que me decían esto me dijeran que una persona que hubiese acabado de hablarme y la conociese yo mucho, que no era ella, sino que se me antojaba, que ellos lo sabían, que sin duda yo lo creyera más que lo que había visto; mas si esta persona me dejara algunas joyas, y se me quedaban en las manos por prendas de mucho amor, y que antes no tenía ninguna, y me veía rica siendo pobre, que no podría creerlo aunque yo quisiese; y que estas joyas las podía yo mostrar, porque todos los que me conocían, veían claro estar otra mi alma, y ansí, lo decía mi confesor, porque era muy grande la diferencia en todas las cosas y no disimulada, sino muy con claridad lo podrían ver todos. Porque como antes era tan ruin, decía yo, no podía creer, que si el demonio hacía esto para engañarme y llevarme al infierno, tomase medio tan contrario, como era quitarme los vicios, y poner virtudes y fortaleza.»

La actitud de sus amigos dió sólo por resultado que Teresa, buscando consuelo al martirio de una oposición constante, se refugiase en la vida interna de la oración. Las amenazas de exorcismo no producían el menor efecto en el corazón de quien vivía absorta en visiones tan consoladoras. La figura radiante de Cristo resucitado cuyos labios se abrían para hablarle ya con inefable dulzura, ya en tono de reprensión rigurosa, nunca le abandonaba a no ser en los momentos en que, no pudiendo resistir su mirada compasiva, quedaba el alma de la monja suspensa en un arrobamiento tan sublime «que para más gozarlo todo perdía hasta la hermosa vista», o cuando al buscar, extática de amor, el color de los divinos ojos, la aparición se desvanecía en el espacio.

Cristo no se le presentaba siempre en el esplendor de la resurrección. Teresa lo veía según el estado de su ánimo. Así en los momentos de angustia y desaliento, Jesús le mostraba sus heridas, su frente taladrada por las espinas, se le aparecía orando en el huerto, camino del calvario o agonizante en la Cruz, «pero siempre la carne glorificada».

A pesar de comprender la fragilidad de los argumentos de aquellos que la creían dominada por el pecado de la soberbia, condescendía siempre no sólo con sus consejos, sino hasta con sus escrúpulos y evidentes errores, como lo prueban su obediencia a un mandato extraordinario del sacerdote que reemplazó a Álvarez en la dirección de su alma. El nuevo confesor le ordenó «dar higas» a las apariciones, asegurándole que así ahuyentaría seguramente al diablo. Teresa acató humildemente esta decisión; mas, al poner en práctica el supersticioso gesto, ocultaba siempre sus manos detrás del escapulario.

«A mí me era esto grande pena; porque como yo no podía creer, sino que era Dios, era cosa terrible para mí; y tampoco podía desear se me quitase, mas en fin, hacía cuanto me mandaban... Dábame este dar higas grandísima pena, cuando veía esta visión del Señor; porque cuando yo le veía presente, si me hicieran pedazos, no pudiera yo creer que era demonio, y ansí era un género de penitencia grande para mí; y por no andar tanto santiguándome, tomaba una cruz en la mano.»

Una vez, al presentar la cruz del rosario a la aparición creyéndola obra del diablo, Cristo se lo tomó de las manos devolviéndoselo con las cuatro cuentas grandes de ébano convertidas en piedras preciosas, cuyas luces sobrepujaban a las del diamante y en las que aparecían grabadas las cinco llagas «de muy linda hechura». «Díjome que ansí la vería de aquí en adelante, y así me acaecía aunque no la veía nadie si no yo.»

Portentos como este abundan en la historia de los santos. Santa Cecilia tenía la frente coronada con una guirnalda angélica, invisible para todos menos para ella y su marido, y Santa Catalina de Siena, cuya vida era una de las lecturas favoritas de Teresa, ostentaba un anillo de oro y perlas colocado por el mismo Cristo.

Nuestra monja estaba tan versada en la historia de los Santos, tan abstraída en el mundo de lo sobrenatural y en tan íntima comunicación con el Todopoderoso, que no tiene nada de extraño que se creyese ya objeto de favores semejantes a los otorgados a otros elegidos del Señor.

En el estado de desconsuelo y agitación en que le había dejado el confesor sólo hacía falta su fe ciega y ardiente deseo para que la imaginación, exaltada hasta el punto de confundir lo ficticio con lo real, se encargase de realizar el milagro ante sus ojos anegados en lágrimas. Para mí, otro milagro también extraordinario es que Teresa, abandonada en el mundo de lo maravilloso, no sucumbiese al peligro de perder en absoluto el concepto de lo falso y de lo real. De este pre-

cipicio, al borde del cual creeríamos verla divagar, la salvó su excepcional sentido común.

Una vez probada y admitida la sinceridad de Teresa, lo que nos extraña es que, «a pesar de sus grandes ruegos y buena disimulación», se dejase vencer por la insistencia de su hermana Juana al pedirle ésta el milagroso rosario... ¿Cómo pudo abandonar en vida tan sagrada prenda? Después de la muerte de Teresa, el rosario obró portentos. A una monja anciana, tía de don Francisco de Fonseca, señor de Coca y Alaejos, que estaba ciega de cataratas, le bastó ponerse el rosario sobre los ojos para recobrar la vista instantáneamente. De este hecho da fe con toda solemnidad Francisco Nicolás de San Cirilo, prior de Mancera. Rivera da testimonio de haber visto la tal Cruz en Alba de Tormes, en casa de Juana, una vez después de la muerte de Teresa, y, según dice, la hermana guardaba el piadoso objeto «como es razón, cual un gran tesoro».

Ya hemos visto suficientemente cuán impotentes fueron los esfuerzos de sus antagonistas para detener el impulso de la vida espiritual de Teresa.

«En comenzando a mandarme hiciese estas pruebas y resistiese, era muy mayor el crecimiento de las mercedes: nunca salía de oración, aun durmiéndome parecía estaba en ella, porque aquí era crecer el amor, y las lástimas que yo decía al Señor, y él no lo podía sufrir, ni era en mi mano (aunque yo quería y más lo procuraba) de dejar de pensar en él, con todo obedecía cuanto podía, mas podía poco o nada en esto... Después de poco tiempo comenzó su Majestad, como me lo tenía prometido, a señalar más que era él, creciendo en mí un amor tan grande de Dios, que no sabía quién me lo ponía, porque era muy sobrenatural, ni yo lo procuraba. Veíame morir con deseo de ver a Dios, y no sabía adónde había de buscar esta vida, si no era con la muerte. Dábanme unos ímpetus grandes deste amor... que verdaderamente me parecía se me arrancaba el alma. ¡Oh artificio soberano del Señor, qué industria tan delicada hacíades con vuestra esclava miserable! Escondíades os de mí y apretábadesme con vuestro amor, con una muerte tan sabrosa, que nunca el alma querría salir della.»

Esos «ímpetus» no tienen nada de común con las explosiones de devoción que se apoderan a veces del alma piadosa, oprimiéndola en vez de aliviarla.

«Es esto como lo que ocurre con los niños que tienen un acelerado llorar, que parece van a ahogarse y con darles a beber cesa aquel demasiado sentimiento; o como olla que cuece demasiado, porque se pone la leña sin discreción y se vierte toda.»

«No ponemos nosotros la leña, sino que parece que hecho ya el fuego, de presto nos echan dentro para que nos quememos. No procura el alma que duela esta llaga de la ausencia del Señor, sino que hincan una saeta en lo más vivo de las entrañas, y corazón a las veces, que no sabe el alma qué ha ni qué quiere: bien entiende que quiere a Dios, y que la saeta parece traía hierba para aborrecerse a sí por amor deste Señor, y perdería de buena gana la vida por él. No se puede encarecer ni decir el modo con que llega Dios al alma y la grandísima pena que da, que la hace no saber de sí; mas es esta pena tan sabrosa, que no hay deleite en la vida que más contento dé. Siempre querría el alma estar muriendo deste mal. Esta pena y gloria junta me traía desatinada, que no podía yo entender cómo podía ser aquello. ¡Oh, qué es ver un alma herida! Que digo que se entiende de manera que se puede decir herida por tan excelente causa, y ve claro que no movió ella por donde le viniese este amor, sino que del muy grande que el Señor le tiene, parece cayó de presto aquella centella en ella, que la hace toda arder. ¡Oh, cuántas veces me acuerdo, cuando ansí estoy, de aquel verso de David: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum!*»

Haciendo referencia a la participación del cuerpo en los sufrimientos de una crisis suprema de congojas espirituales, dice:

«Otras veces, el dolor da tan recio... que corta todo el cuerpo, ni pies ni brazos no puede menear; antes si está en pie se sienta como una cosa transportada, que no puede ni aún resollar, sólo da unos gemidos, no grandes, porque no puede, mas sonó en el sentimiento.»

Esos arrebatos de amor y de deseos insaciables son cosa clara y comprensible comparados con el misterio conocido por *transverberación* del corazón. En el caso de Santa Catalina, Cristo le extrajo el corazón, reemplazándoselo por otro sobrenaturalmente tierno y fervoroso. El de Santa Gertrudis fué atravesado por una saeta de oro, recibiendo la impresión de los cinco estigmas. Los adeptos de Teresa afirman que ésta no fué menos que Santa Gertrudis y San Francisco y, efectivamente, en Alba de Tormes puede verse con toda claridad en el corazón de la Santa Madre una llaga, cuyos bordes están como ennegrecidos por la acción del fuego. De la existencia y apariencia de esta reliquia podemos dar fe, mas ¿cómo se produjo la herida? Eso ya, francamente, es otra cuestión. Como veremos más tarde, el cadáver de Teresa fué bárbaramente mutilado en varias ocasiones para satisfacer las exigencias de los conventos carmelitas y, más tarde, la idolatría y el fanatismo de papas y reyes. En aquellos tiempos no había para la Iglesia artimaña ni falsedad injustificable, por criminal que fuese,

si daba por resultado la glorificación de una Orden o servía para confirmar la fama de santidad de algún muerto ilustre. Al ocuparnos de las pruebas aducidas para la canonización de Teresa, notaremos la significativa insistencia con que en ellas se traen a cuento los milagros obrados por sus reliquias. Dentro de este criterio, no tendría nada de extraño que algún fraile o priora, en un arranque de celo religioso, se hubiese atrevido a poner por su propia mano el sello de lo sobrenatural en el corazón de Teresa, haciendo así comprensible para la generalidad de las gentes el sentido místico o metafórico de algunas frases de los escritos de la reformadora. Sólo así nos es posible comprender cómo hasta 1726 no se oyó hablar nunca de esa llaga, descubrimiento tan extraordinario, que aun entonces se aceptó con prevención. También es importante hacer notar el silencio sobre este milagro en las crónicas de la Orden escritas en 1646 por Fray Francisco de Santa María, a quien incumbía informarse escrupulosamente de todo lo que tuviese relación con la historia carmelita. El citado cronista, testigo de la exhumación del cadáver de Teresa en Ávila, en 1603, da fe repetidas veces del suave olor que despedía el cuerpo incorrupto de la Santa, pero jamás habla del corazón, que había estado siempre en poder de las monjas de Alba, donde sigue todavía. Como ya hemos dicho, la autenticidad de esa llaga se aceptó sólo con reserva por un siglo crédulo y ávido de milagros. Sin embargo, a esa sospechosa herida, precisamente, debe Teresa el título de seráfica doctora.

«Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta visión, veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal; lo que no suelo ver sino por maravilla, aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada, que dije primero (la visión intelectual). En esta visión quiso el Señor le viese ansí, no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan: deben ser los que llaman Serafines, que los nombres no me los dicen. (Al llegar a este punto, el escrupuloso Bañes ha añadido en el original de la *Vida* de Teresa la nota siguiente: «Más bien de los que llaman Serafines.») Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Éste me parecía meter en el corazón algunas veces, y me llegaba a las entrañas; al sacarle, me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de

participar el cuerpo algo y aun harto. Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento.»

Casi siglo y medio después de haber sido escritas estas palabras se descubrieron en el convento carmelita de Sevilla los versos que ponen fin a este capítulo. Entonces se convino en que se parecían al estribillo de una canción que, según el testimonio dejado por personas que habían conocido a Teresa, cantaba ésta durante sus quehaceres domésticos o al cruzar los corredores del convento:

En las internas entrañas
Sentí un golpe repentino:
El blasón era divino,
Porque obró grandes hazañas.
Con el golpe fuí herida,
Y aunque la herida es mortal,
Y es un dolor sin igual,
Es muerte que causa vida.
Si mata, ¿cómo da vida?
Y si vida, ¿cómo muere?
¿Cómo sana cuando hiere,
Y se ve con él unida?
Tiene tan divinas mañas,
Que en un tan acerbo trance
Sale triunfando del lance
Obrando grandes hazañas.

CAPÍTULO V

«FERENDUM ET SPERANDUM»

En el capítulo anterior hemos estudiado las visiones celestiales de Teresa. Ahora vamos a verla en sus luchas con Satanás en persona. Por aquellos tiempos se echaba la culpa al diablo de muchas cosas de las que hoy ya no le hacemos responsable. La intervención de los poderes del infierno en todas las manifestaciones de la vida, era un artículo de fe tan incontrovertible como el misterio de la Santísima Trinidad. Las gárgolas quiméricas de las iglesias medievales, lo mismo que las efigies de los santos, eran la representación de una creencia profundamente arraigada. Para darnos cuenta hasta cierto punto de la índole de las visiones diabólicas de Teresa, hemos de tener presente, como ya hemos hecho al estudiar otras cuestiones en este libro, el ambiente de fanatismo y superstición en que vivían y se inspiraban los artistas de aquella época. Teresa no podía por menos de atribuír a agencias sobrenaturales su depresión y abatimiento físico, lo mismo que sus más elevados estados de conciencia, sólo que, según ella, lo uno era naturalmente obra de Dios y lo otro del Diablo. Dios y el Diablo, ideas que por mucho tiempo sólo materializándolas pudo comprender Teresa. El rey de las tinieblas se le aparecía lo mismo que la gloriosa humanidad de Cristo; es decir, que Teresa nunca pretende haber visto a Satanás con los ojos de la carne. Lo *sentía* a su lado, era una Pura Visión intelectual, términos del misticismo que no aprendió hasta más tarde al escribir su autobiografía, el fenómeno era equivalente a las revelaciones de los profetas, según Spinoza; esto es una representación sin substancia ni realidad fuera de la imaginación.

Estas abstracciones eran naturalmente demasiado sutiles para los Inquisidores, cuya perspicacia no iba más allá de las burdas aberraciones del iluminismo. El hecho de que gracias a esa circunstancia Teresa se librara de ellos, es quizás el más interesante de toda su historia de escritora y reformadora. En las descripciones de sus conflictos con los demonios, hay una nota inevitablemente grotesca; nada más inferior produjo su pluma. Su lectura nos causa la misma impresión que cualquier cronicón monástico del siglo XIII. Habla a veces de un horrible monstruo de cuerpo transparente, cuya boca arrojaba llamas de fuego al par que terribles amenazas. Otras es un diablillo negro que la espanta con sus gritos y morisquetas, y, en una ocasión, le da durante cinco horas seguidas golpes tremendos en la cabeza, en los brazos y en todo el resto del cuerpo, con gran horror de las monjas que la acompañaban, ninguna de las cuales osa acudir en su auxilio. Un cura cuyas tentaciones le causaban sufrimientos sólo comparables a las penas del infierno, se encomienda a las oraciones de Teresa. Ésta suplica a Dios vengan contra ella todos los demonios con tal de aliviar el martirio del pobre sacerdote. Gracias a sus oraciones, se vió asaltada durante un mes por los espíritus infernales, mas libró así al cura de un pecado mortal abominable.

Un día, como sintiera de repente grandes deseos de recogimiento, Teresa abandonó el coro donde se encontraba con las demás monjas. Éstas oyeron entonces un sin fin de golpes en el sitio que aquélla había ocupado, y Teresa en particular percibió un rumor sordo y confuso de voces, sintiendo además unas manos invisibles que trataban de estrangularla. Al ser rociado aquel lugar con agua bendita, una legión de demonios echó a correr como despeñada por un abismo. Una noche de Todos los Santos no había hecho Teresa más que terminar el oficio de difuntos, cuando vió simultáneamente algunas almas saliendo del purgatorio y un diablillo sobre las hojas de su breviario. En un éxtasis que tuvo un domingo, fiesta de la Trinidad, presenció un combate terrible entre ángeles y demonios, augurio, según ella, de alguna tribulación. Efectivamente, dos semanas después hubo disputas entre las monjas, que causaron gran perjuicio al convento. En otra ocasión se encuentra rodeada de demonios, pero la protege un círculo de luz que aquéllos no pueden atravesar.

En todas estas historias hay, como hemos dicho, algo que por lo ridículo nos parece indigno de Teresa, mas la explicación hay que buscarla una vez más en el ambiente que la rodeaba. En una comunidad como aquella, de mujeres ignorantes y supersticiosas, pocas serían las que no estuviesen prontas a descubrir demonios en todos los rin-

cones, hasta por el olfato, como se deduce del testimonio de las monjas que aseguraron haber olido a azufre en la celda de Teresa después de algunas de sus luchas con Satanás.

Por otra parte, la presencia en la Encarnación de un espíritu visionario como Teresa tenía por fuerza que contribuír a fomentar ese ambiente del cual ella misma era víctima. Aquellas monjas sólo podían comprender en la vida espiritual de su hermana los fenómenos relacionados de algún modo con la superstición.

Después de todo esto no nos extrañará que Teresa descubriese siempre al tentador de los hombres en las tinieblas de angustia y desaliento que a veces envolvía su alma. Escuchémosla, que ahora vuelve a ser ella misma, al analizar uno de esos terribles momentos en que Dios oculta su rostro y nos quedamos desamparados ante la Duda:

«Todas las mercedes que me había hecho el Señor se me olvidaban; sólo quedaba una memoria como cosa que se ha soñado, para dar pena; porque se entorpece el entendimiento, de suerte que me hacía andar en mil dudas y sospechas, pareciéndome que yo no lo había sabido entender, y que quizá se me antojaba, y que bastaba que anduviese yo engañada sin que engañase a los buenos. [¡Siempre este mismo lamento de hallarse en la duda! ¿Llegaría jamás a acallarse por completo?] Parecíame yo tan mala, que cuantos males y herejías se habían levantado, me parecía eran por mis pecados.

»Esta es una humildad falsa que el demonio inventaba para desasosegarme y probar si puede traer el alma a desesperación; y tengo ya tanta experiencia que es cosa del demonio, que como ya ve que lo entiendo, no me atormenta en esto tantas veces como solía. Vese claro en la inquietud y desasosiego con que comienza, y el alboroto que da en el alma todo lo que dura, y la escuridad y la aflicción que en ella pone, la sequedad y mala disposición para oración, ni para ningún bien, parece que ahoga el alma y ata el cuerpo para que nada aproveche... En esta falsa humildad que pone el demonio no hay luz para ningún bien, todo parece lo pone Dios a fuego y sangre; represéntale la justicia, aunque tiene fe que hay misericordia (porque no puede tanto el demonio que la haga perder), es de manera que no me consuela, antes cuando mira tanta misericordia, le ayuda a mayor tormento porque me parece estaba obligada a más.»

Estas crisis, en las que, según la gráfica descripción de Teresa, juegan los demonios a la pelota con el alma, le duran a veces un día; otras, dos o tres semanas. La fe se adormece, el corazón se entibia más después de comulgar o en el acto mismo de acercarse a la sagrada mesa se siente misteriosamente curada.

No me parece sino que en un punto se deshacen todas las tinieblas del alma, y salido el sol, conocía las tonterías en que había estado. Otras veces, con sólo una palabra que me decía el Señor, con sólo decir: «No estés fatigada; no hayas miedo», quedaba del todo sana.» El Señor tiene constantemente a prueba al espíritu contemplativo. Algunas veces, aunque todas las circunstancias exteriores sean favorables, se hace al alma imposible poner en Dios sus pensamientos y subyugar la imaginación y el entendimiento, que «no parece sino un loco furioso que nadie le puede atar ni soy yo señora de hacerle estar quedo un credo». Otras es tal la insensibilidad, que se desconoce el bien y el mal y no hace uno más que seguir las huellas ajenas, indiferente al castigo, a la recompensa, a la vida y a la muerte.

En este estado el alma es para Teresa como «asnillo que pace, que se sustenta, porque le dan de comer y come casi sin sentirlo; porque el alma en este estado, no debe estar sin comer algunas grandes mercedes de Dios, pues en vida tan miserable no le pesa de vivir, y lo pasa con igualdad, mas no se sienten movimientos ni efectos para que se entienda el alma». Esto, añade aquélla, «es como un navegar con un aire muy sosegado, que se anda mucho sin entender cómo, porque en estotras maneras son tan grandes los efectos, que casi luego ve el alma su mejoría, porque luego bullen los deseos y nunca acaba de satisfacerse un alma: esto tienen los grandes ímpetus de amor a quien Dios los da».

«Es como unas fuentecitas (sigue diciendo, sirviéndose de uno de aquellos inimitables símiles suyos) que yo he visto manar, que nunca cesa de hacer movimiento la arena hacia arriba. Al natural me parece este ejemplo y comparación de las almas que aquí llegan: siempre está bullendo el amor, y pensando qué hará; no cabe en sí, como en la tierra parece no cabe aquella agua, sino que la echa de sí. Ansí está el alma muy de ordinario, que no sosiega ni cabe en sí con el amor que tiene; ya la tiene a ella empapada en sí, querría bebiesen los otros, pues a ella no le hace falta, para que la ayudasen a alabar a Dios. ¡Oh, qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana!... Parece también como un fuego que es grande, y para que no se aplaque, es menester haya siempre que quemar: ansí son las almas que digo, aunque fuese muy a su costa, querrían traer leña para que no cesase este fuego. Yo soy tal, que aun con pajas que pudiese echar en él, me contentaría... El movimiento interior me incita a que sirva en algo, de que no soy para más, en poner ramitos y flores a imágenes, en barrer o en poner un oratorio, o en unas cositas tan bajas, que me hacía confusión... Pues no tienen poco trabajo a ánimas

que da Dios por su bondad este fuego de amor suyo en abundancia, faltar fuerzas corporales para hacer algo por él. Es una pena bien grande, porque como le faltan las fuerzas para echar alguna leña en este fuego y ella muere porque no se mate, paréceme que ella entre sí se consume y hace ceniza y se deshace en lágrimas... y es harto tormento aunque es sabroso.»

En las anteriores palabras vemos cómo Teresa empieza a salir poco a poco de su místico ensimismamiento y a desprenderse de la estrechez de miras y del egoísmo de la vida del claustro, hasta entrar en una esfera más elevada de ideas y pensamientos. Va a adquirir la conciencia de su responsabilidad con respecto a los miles de seres inferiores que la rodean. No pasará mucho tiempo antes de que ese noble y generoso espíritu deje de consumir sus energías en luchas vanas y pueriles provocadas por él mismo. Su destino es algo más grande y práctico que dedicar el tiempo y la inteligencia a estériles especulaciones en el retiro conventual. Enardecida por un amor que ansía derramar sus tesoros inagotables sobre toda la humanidad y le hace decir que Satanás dejaría de ser Satanás si pudiese amar, no tardara mucho tiempo en romper las vallas, que le imponen su sexo y su estado condenándola a la inacción. La que ha vivido por tantos años una vida puramente introspectiva, vamos a verla, inspirada por un altruísmo conmovedor, ofrecer a Dios su salvación a cambio de alcanzar la de los demás.

Una visión del infierno que tuvo por este tiempo afirmó en ella la resolución de consagrar su vida al bien de las almas y a la extirpación de la herejía. El infierno de Teresa tiene bien poco de parecido con los antros poblados de sollozantes espectros que concibiera el Dante, es una manifestación del genio castellano, todo crudeza y realismo. Teresa baja a los infiernos por un callejón largo, pestilente, negro como un horno, lleno de lodo y reptiles horripilantes, en el fondo del cual hay un muro con un hueco a manera de alacena en el que ella se sentía estrujada. Esta descripción nos hace sonreír, mas al hablar Teresa de los sufrimientos morales del condenado, recobra todo su genial poder de expresión. No hay sufrimientos en la tierra, físicos o mentales, comparables con esas torturas que hacían sentir escalofríos a Teresa al describir el infierno seis años después de su visión.

«Fué [dice Teresa] una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado muy mucho, ansí para perder el miedo a las tribulaciones y contradiciones desta vida, como para esforzarme a padecerles y dar gracias al Señor que me libró, a lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles... De aquí tam-

bién gané la grandísima pena que me da las muchas almas que se condenan (destos Luteranos en especial, porque eran ya por el bautismo miembros de la Iglesia), y los ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece cierto a mí, que por librar una sola de tan grandísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes muy de buena gana. Miro que si vemos acá una persona que bien queremos en especial, con un trabajo o dolor, parece que nuestro mesmo natural nos convida a compasión, y si es grande nos aprieta a nosotros: pues ver a un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazón que lo lleve sin gran pena. Pues acá con saber que en fin se acabará con la vida, y que ya tiene término, aún nos mueve a tanta compasión: estotro que no lo tiene, no sé cómo podemos sosegar viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo.»

Pero ¿cómo podrá una simple monja, atada de pies y manos por el claustro y las convenciones sociales, llevar a cabo sus magnánimas resoluciones? ¿Qué podrá hacer una mujer a los cuarenta y tres años, perdida para el mundo en la abrupta meseta que la vió nacer, para contener los progresos de la herejía y ayudar en la salvación de las almas?

Cuán diferentes son nuestros proyectos de nuestras acciones. Como Teresa misma dice, para conseguir lo menor hay que aspirar a lo mayor.

«Cuidando yo después de haber visto esto y otras grandes cosas y secretos que el Señor por quien es me quiso mostrar, de la gloria que se dará a los buenos y pena a los malos, deseando modo y manera en que pudiese hacer penitencia de tanto mal, y merecer algo para ganar tanto bien, deseaba huír de gentes y acabar ya de todo en todo apartarme del mundo... Pensaba qué podría hacer por Dios y pensé que lo primero era seguir el llamamiento que su Majestad me había hecho a la religión, guardando mi regla con la mayor perfección que pudiese.»

Durante el largo período de oposición y sospechas que sufrió Teresa, sospechas que lenta más eficazmente iban haciendo desaparecer la santidad elocuente de su vida, hubo entre sus amigos uno, doña Guiomar de Ulloa, cuya devoción y admiración hacia ella fueron inquebrantables.

A esta señora, viuda desde muy temprana edad del noble y acaudalado Francisco de Ávila, debió Teresa la oportunidad de exponer sus dudas y escrúpulos ante uno de los varones más ilustres de su época, Fray Pedro de Alcántara. Para que pudiera verla con más libertad que en la Encarnación, doña Guiomar consiguió que el Pro-

vincial de los Carmelitas permitiese a Teresa pasar una semana en su casa. Prueba del interés despertado por la memorable ocasión en que el famoso franciscano descalzo, reformador en el pasado, y la oscura carmelita descalza, reformadora del porvenir, se vieron por primera vez en la iglesia de Santo Tomé, nos lo revela la leyenda de un brillante lucero que apareció en el cielo de Ávila mientras el santo varón estuvo dentro de sus murallas, eclipsándose apenas salió éste de la ciudad. Fray Pedro había nacido en Alcántara en 1499. (?) De noble y antiguo abolengo, hijo del Gobernador de la ciudad, había ingresado siendo casi un niño en la Orden de San Francisco, que estaba destinado a reformar. En el momento que historiamos, cuarenta conventos le debían ya la fundación o la reforma, muchos de los cuales él había ayudado a construír con sus propias manos. Los conventos de Palancar en el florido y abandonado paraje de Pedroso, el de Cadahalso en la sierra de Gata, Paracuellos en Castilla la Nueva y San Andrés de Arenas en la provincia de Ávila, donde murió su fundador, dan todavía testimonio de la incesante labor a que deben su existencia. Teresa y Fray Pedro de Alcántara se inspiraron una simpatía mutua casi instantánea. Todavía se conserva el «estrado» donde Teresa se arrodilló ante el santo franciscano para confesarse. «Anda, hija, que bien vais, todos somos de una librea», fueron las significativas palabras del anciano, ya tan próximo al término de la senda que él aconsejaba seguir a Teresa. Fray Pedro confió el alma sin reserva alguna a su atenta discípula, matizando sus largas confidencias con muchos y preciosos episodios de su larga carrera de fundador. No es del todo imposible que el primer proyecto de fundación surgiese en la mente de la monja, a raíz de alguna de esas conversaciones que tanto debieron estimular su espíritu de imitación. Para alentarla a perseverar en el camino que él comprendía Dios había señalado a Teresa, camino árido y duro que había recorrido él mismo, hizo a su confidente el relato de lo que había sido su vida por más de cuarenta y siete años.

Teresa nos lo retrata con toda la austeridad y fuerza de expresión de un Ribera o de un Zurbarán: es un Santo, cuyo espíritu ha estado ya emancipado por largo tiempo del mundo en que aún vive el cuerpo, al que ha quitado la apariencia humana el rigor de las mortificaciones.

«Y qué buen santo nos llevó Dios ahora en el bendito Fray Pedro de Alcántara. No está ya el mundo para sufrir tanta perfección. Dicen que están las saludes más flacas, y que no son los tiempos pasados. Este santo hombre deste tiempo era, estaba grueso el espíritu como en los otros tiempos, y ansí tenía el mundo debajo de los pies...

Paréceme fueron cuarenta años los que me dijo había dormido sólo hora y media entre noche y día, y que éste era el mayor trabajo de penitencia que había tenido en los principios de vencer el sueño, y para esto estaba siempre de rodillas o en pie. Lo que dormía era sentado, la cabeza ahirmada a un maderillo que tenía hincado en la pared. Echado, aunque quisiera no podía, porque su celda, como se sabe, no era más larga que cuatro pies y medio. En todos estos años, jamás se puso la capilla, por grandes soles y aguas que hiciese, ni cosa en los pies, ni vestía sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y éste tan angosto como se podía sufrir, y un mantillo de lo mismo encima. Decíame que en los grandes fríos se le quitaba, y dejaba la puerta y ventanilla abierta de la celda, para que, con ponerse después el manto y cerrar la puerta, contentaba al cuerpo para que sosegase con más abrigo. Comer a tercero día era muy ordinario. Y díjome que de qué me espantaba, que muy posible era a quien se acostumbraba a ello. Un su compañero me dijo, que le acaecía estar ocho días sin comer. Debía ser estando en oración, porque tenía grandes arrobamientos e ímpetus de amor de Dios, de que una vez fuí yo testigo. Su pobreza era extrema y mortificación en la mocedad, que me dijo que le había acaecido estar tres años en una casa de su orden, y no conocer fraile si no era por la habla; porque no alzaba los ojos jamás, y ansí a las partes que de necesidad había de ir, no sabía, sino íbase tras los frailes. Esto le acaecía por los caminos. A mujeres jamás miraba; esto por muchos años. Decíame que ya no se le daba más ver que no ver; mas era muy viejo cuando le vine a conocer, y tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles. Con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras, si no era con preguntarles. En estas era muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento... Y ansí lo dejo, con que fué su fin como la vida, predicando y amonestando a sus frailes. Como vió ya se acababa, dijo el salmo de *Laetatus sum in his quœ dicta sunt mihi,* e hincado de rodillas murió.»

Fácil es que la primera de sus *Relaciones,* por lo menos la primera que ha llegado hasta nosotros (1), fuese escrita para que sirviese de guía a Fray Pedro de Alcántara. Contiene su célebre voto de perfección, llamado «voto seráfico» y el «voto Teresiano» declarado por la Iglesia *Deo Edocta,* que Teresa guardó rigurosamente *(Deo fidelis reddidit)* durante cinco años, hasta que sus confesores, en vista de las

(1) Por Teresa misma sabemos que ya había intentado una o dos veces facilitar la tarea de sus confesores, escribiendo todo lo que sabía de su «vida y pecados».

crecientes ocupaciones de su vida le aconsejaron, que lo modificara en la forma, ya que no en sustancia. «Era un voto que no había tenido igual hasta entonces en la Iglesia», dicen los biógrafos de Teresa; el voto más arduo se le llama en la bula de canonización; según el Sacro Colegio la cosa más grande entre las raras; voto tan angélico, afirma Fray Juan de Jesús, que «llama la admiración de todos» y el cual hace exclamar a Rivera:

«Voto es éste que yo de ningún santo he leído, ni oído jamás, y quien quiera que lo hace, solamente el hacerle es clarísima señal de una muy alta, y de una muy extraordinaria perfección, y más en persona de tan temerosa conciencia, porque no se podía hacer sin un gran desasimiento de todas las cosas creadas, y con abrasado deseo de contentar al Creador, y un señorío grande de su alma, y de las pasiones de ella.»

Estas palabras nos revelan ya a Teresa como santa, aunque el mundo no la venerase en los altares hasta cien años más tarde. Diríase que de aquí en adelante su alma perdida en las regiones abstractas de la beatitud no existe para el mundo. «El agua, el campo, las flores, olores y músicas... si no es primer movimiento, otra cosa no me ha quedado dello y paréceme no lo querría ver ni oir.» Diríase asimismo que su grandeza espiritual la ha hecho indiferente a todos los goces y dolores de la humanidad. Hasta la conversación de amigos y parientes se le hace pesada y la esclaviza. Mas no, Teresa no se hace justicia a sí misma en esta relación. Sus perfecciones nunca la alejaron de sus semejantes. Este es el encanto mayor de su vida. Nunca pudo deshacerse por completo de esas *santas* debilidades terrenales que un falso concepto religioso le había enseñado a considerar como signos de inferioridad espiritual. Fué la más humana y cariñosa de las mujeres; siempre llevó en su alma el amor instintivo de la familia y hubo en su pecho una emoción para las hermosuras de la naturaleza. Vieja ya y gastada, yendo de Plasencia a Soria en uno de los últimos viajes de su vida, se extasía admirando a orillas del Tormes el curso rizado de sus aguas, los altos álamos, la vista del valle tranquila y diáfana.

Por otro lado es en esa misma relación donde encontramos las pruebas evidentes del desarrollo que iba adquiriendo en ella, sin darse cuenta, su rebeldía contra la tradicional pasividad del claustro.

En ella vemos a Teresa con una pena inconsolable por su impotencia, al mismo tiempo enardecida por un valor sobrenatural que hasta le haría arrostrar la muerte con alegría. Desea para sí una perfecta pobreza, pero quisiera tener de sobra para dar a los demás. La

rutina de la vida diaria la impacienta. Quisiera abandonarlo todo dejando el porvenir en manos de Dios. Al pensar en los sufrimientos del Crucificado le repugna toda idea de sosiego y de descanso, aun haciendo esfuerzos por desear lo contrario. Su tolerancia es infinita. Siempre encuentra en los demás alguna virtud que compense sus pecados. Dice de la herejía que es el único «trabajo de sentir», y sus estragos la afligen y atribulan. Hace constantes esfuerzos por morigerar su exquisita afición al aseo, mas no puede desarraigar de su alma falta tan reprensible y peligrosa.

La naturaleza humana no puede resistir por largo tiempo una tal presión sin exigir su desquite. Teresa tiene momentos en que siente nublarse la luz que ilumina su vida. Las visiones se alejan a veces de su memoria, como el recuerdo banal de un sueño. Abaten los sufrimientos físicos su entendimiento, el valor la abandona a merced de las tentaciones o de cualquiera murmuración. Entonces, en su desamparo, cree tener engañados a cuantos confían en ella, y se pregunta: «¿Quién me mete a mí en más de lo común?» A pesar de todo, ruega a Dios que alargue sus luchas y agonías si es así su voluntad, pero que la tenga de su mano para no ofenderle. Estos períodos de abatimiento se desvanecen, a su vez, como la niebla a los rayos del sol, con una palabra divina, una visión o unos instantes de recogimiento. Después de sus éxtasis siente un alivio en su salud que, a veces, dura tres horas, otras, todo el día, y quisiera que todos los que la conocen conociesen también sus pecados. De todo lo anteriormente dicho saca una sola consecuencia, y dice: «No puedo yo creer que sea el demonio el que ha buscado tantos medios para ganar mi alma... que no le tengo por tan necio.» De lo contrario, Dios no hubiese desatendido sus incesantes oraciones y las de «tantas buenas personas que le habían rogado por ella, como dos años ha se hacen, o que hubiese permitido que siempre fuesen estas cosas adelante».

En Teresa las crisis psicológicas eran siempre simultáneas con otras de carácter físico, nada extrañas en un organismo tan quebrantado como el suyo. En el curso de este libro veremos en más de una ocasión cómo Teresa hizo frente a insuperables dificultades, sostenida sólo por el entusiasmo de sus ideas, y cómo sus enfermedades fueron siempre seguidas de un impulso de vida nueva y de vigor que asombró constantemente a cuantos la rodeaban, fenómeno del cual hallamos un paralelo en la melancolía y desaliento que, invariablemente, padecía después de sus períodos de excitación e intensa presión mental.

Entre los papeles que la Santa dejó en la Encarnación fué hallado un escrito que Yepes atribuye a la pluma de algún padre jesuíta y un

tal Francisco de Santa María (con más acierto), a Fray Pedro de Alcántara. En el citado documento, como veremos a continuación, se hace referencia al voto teresiano.

«Tiene tan firme propósito de no ofender al Señor, que tiene hecho voto de ninguna cosa entender que es más perfección, o que se la diga quien la entiende, que no la haga. Y con tener por santos a los de la Compañía, y parecerle que por su medio nuestro Señor la ha hecho tantas mercedes, me ha dicho a mí, que si no tratarlos supiese que es más perfección, que para siempre jamás no les hablaría ni vería, con ser ellos los que la han quietado y encaminado en estas cosas... En oyendo hablar de Dios con devoción y fuerza, se suele arrebatar muchas veces, y con procurar resistir no puede: y queda entonces tal a los que la ven, que pone grandísima devoción... *Hale dado Dios un tan fuerte y valeroso ánimo que espanta.* Solía ser temerosa, ahora atropella a todos los demonios. Es muy fuera de melindres, *y niñerías de mujeres; muy sin escrúpulo, es rectísima...* Estas cosas causan en ella una claridad de entendimiento, y una luz en las cosas de Dios admirable.»

No es probable que Rivera, siempre atento a cuanto pudiera enaltecer su orden, hubiese olvidado mencionar el autor de este escrito, siendo de la Compañía de Jesús como parece deducirse de ciertos pasajes del texto. Francisco de Santamaría, sin embargo, en vista de la semejanza de estilo de este escrito con los de San Pedro de Alcántara y de la dificultad de hallar otra persona tan íntimamente asociada con Teresa en aquel período de su vida, y que, al mismo tiempo, «poseyese una experiencia semejante y un conocimento tan completo de las cosas místicas», lo atribuye sin vacilación al santo franciscano. El documento, en realidad, no es otra cosa que el conjunto de razones expuestas por Fray Pedro para disipar las dudas de Teresa y ganar por completo la voluntad de su confesor y la del receloso Salcedo. Mas fuera de quien fuera el documento, tendrá siempre el interés de ser obra de un contemporáneo de Teresa poseedor de facultades nada comunes, y que, además de corroborar ciertas declaraciones de la Santa, da una idea exacta de lo que pensaban de ella las gentes que la rodeaban. «Y digo cierto que ha hecho provecho a hartas personas y yo soy una.» Si estas palabras fueron escritas por San Pedro de Alcántara, como es lo más probable, acreditan a Teresa de haber ejercido influencia en la vida del Santo más grande de aquella época. Dice también el documento que «el olor poderoso de las flores de la virtud en el jardín de su alma», atrajo a muchas personas a seguir el ejemplo de Teresa, y que cuarenta monjas de la Encarnación fueron mo-

vidas por ella «a tratar de grande recogimiento», lo que no nos hubiese nunca revelado la acendrada modestia de la Santa.

Fray Pedro de Alcántara, con ese poder de visión del que ha aprendido a apartar sus ojos de la tierra, descubrió el porvenir de esta mujer tan humilde y, al mismo tiempo, tan valerosa, que solicitaba su ayuda al entrar en la senda de aflicciones y dificultades que él había recorrido desde su juventud. La prueba más dura de su vida, dijo el venerable anciano a Teresa, había sido la oposición de los buenos.

La elocuencia de su santidad tuvo gran ascendiente en Álvarez y en Salcedo. La actitud del primero era razonable como ya sabemos, pero el piadoso caballero avilés, aunque había dejado de atormentar a Teresa, seguía esclavo de sus dudas y temores tal vez porque le tenía «mayor voluntad» y era «alma santa y temerosa».

En cuanto a Teresa, ya había encontrado su campeón en el más grande de los santos de su época. Éste le mandó que desechase de su alma toda desconfianza, Dios la inspiraba. Después de la Fe, le dijo, nada podía creer más cierto que esto.

Un día, al abandonar Fray Pedro al trote de su borriquillo la pintoresca ciudad de Ávila, Teresa se sentiría sola, mas con el alma inundada en una aurora de esperanza. Pronto Francisco de Salcedo y el maestro Gaspar Daza van a considerar como el más grande honor que pudieran alcanzar en esta vida; el uno decir la primera misa en el convento de la Pobreza, y el otro ser capellán de sus trece monjas. Los nombres de Salcedo y Daza viven en la historia religiosa de España al amparo de la memoria de Teresa, de aquella mujer cuyas sublimes inspiraciones ellos combatieron a riesgo de agostar en flor los frutos de su maravillosa vida espiritual. Nada pudieron sus dudas, indecisiones y escrúpulos contra la creciente santidad de aquella monja, en cuya primera fundación de Ávila habían de dormir ambos el sueño eterno.

CAPÍTULO VI

QUIEN NO SE ESCONDE NO LUCE

Teresa fué uno de esos seres que, alcanzando sólo la madurez de sus excepcionales facultades en edad provecta, surgen del estado de inactividad en que aparentemente yacen convirtiéndose de repente en eje de un movimiento general de atención. Semejante a Cristo, su vida se deslizó años y años en el silencio antes de entrar en un período de gloriosa actividad. Después de más de cuatro lustros en el convento, Teresa llegó a los cuarenta y tres años sin haberse exteriorizado por obra alguna ante el mundo. Esto nos obliga a tener que continuar todavía estudiando su vida contemplativa según nos la revela su avance en los «grados de oración», únicas lindes del tiempo en la historia de sus progresos espirituales. Tal vez no exista obra literaria más interesante y curiosa que el *Tratado de la Oración*, ese libro en el que una mujer retirada a la sombra del claustro revela el enigma de su alma al confesor. Aunque se dió cuenta de lo contrario, cuando más tarde alcanzó celebridad, al escribir el *Tratado de la Oración* no pudo Teresa soñar que llegase a salir de las manos de su director espiritual o de aquel pequeño grupo de personas que con ella habían hecho voto de permanecer unidas en el amor de Dios. En esa guía de la oración con que enriqueció su vida, llega a lo más recóndito del alma, definiendo y analizando con una habilidad maravillosa la compleja naturaleza de unos sentimientos y estados de espíritu que, dado el ambiente en que Teresa vivía, era bien fácil interpretarlos erróneamente atribuyéndoles un origen sobrenatural.

Nadie como Teresa ha intentado hacer ponderables los fenóme-

nos de la psicología humana. Al materializar los misterios de su vida contemplativa, único modo de hacerlos comprensibles a los demás por medio de la expresión, Teresa obedeció a ese impulso irresistible que fuerza al artista y al poeta a revelar su mundo interior dando forma y consistencia con símbolos y figuras a vagos ensueños, visiones confusas, destellos de luz que cruzan la subconciencia como relámpagos. Hay fenómenos mentales de tal naturaleza que escapan al alcance de la expresión verbal. Toda tentativa de hacerlos universalmente comprensibles, es dar vida a un engendro de incongruentes divagaciones. A Teresa no se le ocultaban estos peligros, y la dificultad de su empeño la descorazonaba constantemente. Al querer cristalizar en palabras sus más sutiles intuiciones, no podía prescindir de un énfasis de expresión que la hace exagerada a veces, lo que no podemos en justicia criticar, pues, dada la índole de la falta, es maravilloso que no incurriera en ella con mayor frecuencia.

El párrafo siguiente podrá servir, tal vez, para aclarar mi pensamiento:

«El vuelo del espíritu es un no sé cómo le llame, que sube de lo más íntimo del alma. Paréceme que el alma y el espíritu es una cosa; como el fuego, ya que de presto arde, echa una llama, y sube a lo alto, aunque este fuego es como lo que está en lo bajo, y no porque esta llama suba deja de quedar fuego: así, acá en el alma parece que produce de sí una cosa tan presto, y tan delicada, que sube a la parte superior y va adonde el Señor quiere, que no se puede declarar más y parece vuelo, que yo no sé otra cosa con qué compararlo... Parece que aquella avecita del espíritu se escapó de esta miseria de la carne y cárcel de este cuerpo, y, desocupada de él, puede más emplearse en lo que le da el Señor.» Vuelve a describir otro método de oración habitual en ella y que dice ser «una manera de *herida*, que parece a el alma verdaderamente, como si una saeta le metiesen por el corazón, o por ella misma. Así causa un dolor tan grande que hace quejar, y tan sabroso, que nunca querría le faltase. Este dolor no es en el sentido, ni tampoco es llaga material, sino en lo interior del alma, sin que parezca dolor corporal; sino que como no se puede dar a entender sino por comparaciones, pónense estas groserías, que para lo que ello es son; mas yo no sé decirlo de otra suerte. Por eso, no son estas cosas para escribir ni decir; porque es imposible entenderlo, sino quien lo ha experimentado; porque las penas del espíritu son diferentísimas de las de acá».

El *Tratado de la Oración* no ha causado solamente la sorpresa y admiración de los teólogos, que han visto en él esa ciencia infusa que

jamás el hombre podrá alcanzar sin la divina gracia. Revelación, maravillosa por su espontaneidad de un carácter tan original y complejo como el de la autora, tiene por fuerza que despertar el interés de cuantos filósofos o hombres de letras quieran poseer una clave para descifrar los misterios de la naturaleza humana. Los escritos de Teresa no pueden someterse al rigor de un análisis crítico. Tanto valdría querer descomponer el perfume de las flores para disfrutarlo más intensamente. El encanto de la pluma de Teresa fascina y subyuga, como el realismo de Cervantes, el gracejo del Arcipreste de Hita y la simplicidad del Marqués de Santillana.

Teresa escribía como hablaba. Su estilo, sazonado de refranes y dichos caseros, nos transporta a aquella vida española del siglo XVI, tan diferente de la nuestra. Sus incorrecciones gramaticales, el desorden de su atención y de su memoria manifiesto en sus largos paréntesis y características digresiones, dan a sus escritos el sabor de un coloquio íntimo; nadie los creyera meras disertaciones sobre áridas materias destinadas a la publicación. En toda la literatura española no se encuentra otro autor que ofrezca en el lenguaje una mezcla semejante de sencillez, dignidad y justeza de expresión. Esa jocosidad que da tanto carácter a su vida cotidiana, fluye a borbotones de su pluma. Festiva, mordaz, haciéndonos gustar, a veces, el dulce amargo de la ironía, demuestra poseer ciertas cualidades culminantes del talento muy poco comunes en las mujeres. Hablando de los libros de Teresa, dice Rivera: «El estilo de ellos no es trabajado ni curioso, sino el de su común hablar; pero llano, puro, grave, propio y apacible, y cual convenía para los casos que trataba.» Fray Luis de León, el más sabio crítico de la literatura de su siglo, condensó en una sola frase su juicio sobre el estilo de Teresa, diciendo que era «la misma elegancia».

Mas el encanto que ella ejerce en el ánimo de sus lectores obedece a causas más profundas que la mera originalidad literaria. Nos cautiva por lo humano de sus escritos. Para Teresa, la pluma y el papel eran como el pincel y el lienzo con que nos hacía inconscientemente el retrato de sí misma. Esto es lo que, según Fray Luis de León, «ha arrebatado desde entonces acá todas las voluntades». Esta es la razón misteriosa de la influencia que ha ejercido siempre sobre gentes tan diferentes de ella en ideas y tendencias. Por eso, la devoción de sus adeptos, tiene no poco de cariño personal. Un siglo después de haber sido enterrada Teresa en Alba, el piadoso Palafox, obispo de Osma, escribió las siguientes palabras, que bien pudieran ser las de cualquier teresiano moderno:

«Lo que más admiro en ella es la gracia, dulzura y consuelo con que nos va llevando a lo mejor; que es tal, que primero nos hallamos cautivos que vencidos, y aprisionados que presos... Ninguno lee los escritos de la Santa, que no busque luego a Dios; y ninguno busca por sus escritos a Dios, que no quede devoto y enamorado de la Santa. No he visto hombre espiritual, que si lee sus libros, no sea devotísimo de Santa Teresa. Y sus escritos no sólo comunican un amor racional, interior y superior, sino también práctico y natural y sensitivo, y tal que me hace persuadir (y júzgolo yo por mí mismo) que no habrá alguno que la ame que no anduviera muy dilatadas provincias (si estuviera en el mundo la Santa) por verla, hablarla y comunicar con ella.»

La atractiva personalidad de Teresa indujo a la hija de un rey a trocar sus ropajes por el hábito carmelita, y a los duques de Montalba a despreciar su rango, haciéndose él soldado de Loyola y entrando ella en la Orden del Carmen. Don Rodrigo Calderón, el altivo marqués de Las Siete Iglesias, condenado a muerte por Felipe IV, halló a los pies de Teresa, en su solitaria prisión, consuelo y valor para afrontar la muerte. En respuesta al llamamiento de la monja castellana, herejes y protestantes hicieron abjuración de sus errores y volvieron a la fe de sus padres: jóvenes caballeros indiferentes hasta entonces a todo lo que no fuese el porte gallardo del chapeo y de la espada, enterraron sus vanidades en el claustro; sacerdotes mundanos sacrificaron su fausto y aspiraciones ante el altar de Teresa, convirtiéndose en frailes de lo más humilde de su orden. Hoy todavía, lo mismo la gran dama que la mujer del artesano, al llevar el hábito de Teresa por las calles de España, dan una prueba no menos elocuente de la influencia imperecedera que ejerce en los espíritus la santa monja castellana.

La Iglesia califica los libros de Teresa de «pábulo celestial de doctrina», y la creencia de que fueron escritos por obra y gracia del Espíritu Santo, siendo la mano de Teresa mero instrumento que trazara las letras sobre el papel, es poco menos que artículo de fe para muchísimos católicos. Que Teresa se abandonaba al escribir a la influencia de algo misterioso que a falta de mejor nombre llamaremos inspiración, pruébanlo, entre otras muchas cosas, la falta de uniformidad en sus escritos. Enardecida a veces por la grandiosidad del tema, llega a un grado insuperable de precisión, sencillez y transparencia en la expresión. Otras, hecha un mar de confusiones, la vemos luchar desesperadamente con su característico desorden mental. Esta *torpeza* que, según ella, la obligaba a «emplear muchas palabras para expresar lo que quería decir», y de la cual se lamenta incesantemente, fué, sin

duda, la causa de lo mucho que tardó en comprender la naturaleza de las mercedes que le fueron otorgadas en la oración y de la dificultad que halló en dar expresión adecuada a los fenómenos de su vida espiritual, a pesar de los esfuerzos que muchas personas piadosas hicieron en este sentido para ayudarla. Teresa, como tantos otros seres de talento, sufría esas crisis y alternativas de torpor y clarividencia, provocadas por causas físicas o psicológicas y tan de manifiesto en las obras de las personas que, como ella, no cultivan ni estimulan con el esfuerzo intelectual sus dotes naturales. Teresa aseguraba que el modo de hacer comprensibles a los demás por medio de la palabra los misterios de su vida espiritual, le era revelado solamente antes o después de comulgar, y que entonces sentía desatársele la lengua, encontrando de pronto palabras para dar forma a pensamientos que hasta aquel momento le habían parecido imposibles de explicar. También fué en el acto de acercarse a la sagrada mesa, cuando el Señor le otorgó el tercer grado de oración, que es «más que la oración de quietud y menos que la de unión», y añade «me puso estas comparaciones y enseñó la manera de decirlo y lo que ha de hacer aquí el alma, que cierto yo me espanté y entendí en un punto». Tal vez fuese la voluntad del Señor, dice Teresa ingenuamente, que no tuviese que agradecer nada a nadie más que a Él. Según ella, era «como los pájaros que enseñan a hablar, o como aquel que copia un bordado siguiendo el dibujo que tiene delante de los ojos». También nos dice cómo por muchos años, hasta que el Señor lo remediara, estuvo leyendo sin comprender nada, y cómo al escribir a veces en el arrobamiento del mismo estado de oración que trataba de explicar, sentía claramente que le llevaban la mano y anotaba ideas tan justas y oportunas que le llenaban de admiración y asombro a ella misma. Si Teresa creyó inspiración del cielo ese estado de exaltación cerebral que hace fluír los pensamientos con tal rapidez que la pluma no puede seguirlos (1); después de su muerte, no dejaron sus monjas de tener menos fe que ella en esta creencia, que continúa siendo hasta hoy una de las más arraigadas en la Orden. Llenas de amor esas buenas mujeres por la ilustre reformadora, dieron rienda suelta a la fantasía al glorificar su vida, dificultando para siempre la averiguación de su verdadera historia con una maraña de milagros y leyendas imposible de desenredar. El hecho más insignificante relacionado con Teresa, y del cual las monjas hubiesen sido testigos, adquirió a raíz de su muerte una significación extraordinaria y una importancia que la creciente celebri-

(1) «Ojalá tuviese muchas manos para escribir para que no se me olvidase nada.» *(T. de J.)*

dad de la Santa y el transcurso del tiempo ayudaron a fomentar. Una vez puesta en juego la imaginación por el afecto personal, no tuvieron fin la exageración de la verdad y las invenciones. Por ejemplo, aseguraron algunos que la habían visto en el acto de escribir sus célebres obras, que el rostro se le iluminaba como si en él se reflejase el resplandor divino del Espíritu Santo. Ana de la Encarnación, priora de Granada durante algún tiempo, al aportar su testimonio en favor de la beatificación de Teresa, dijo que, estando ésta escribiendo las *Moradas* en el convento de Segovia, notó, mientras ella esperaba a la puerta de Teresa por si se le ofrecía algo, que tenía el rostro bañado en una luz muy clara y que salían de su cuerpo unos resplandores como rayos dorados, lo que duró una hora, hasta que Teresa, a las doce de la noche, dejó de escribir, quedándose entonces como en la oscuridad. «Cuando escribía—sigue diciendo Ana de la Encarnación—iba con tanta priesa y sin detenerse a borrar ni enmendar, que bien parecía ser cosa milagrosa.» María de San Francisco de Medina declaró a su vez que al entrar en la celda de Teresa, en ocasión en que ésta escribía también las *Moradas*, estaba tan absorta y perdida en la contemplación, que no advirtió aquélla su presencia y que, además, tenía el rostro «inflamadísimo y hermosísimo». Teresa, después de haber leído el recado que le traía María de San Francisco, le dijo: «Mi hija, siéntese un poco, déjeme escribir esto que me ha dado el Señor, antes que se me olvide», al mismo tiempo que escribía muy de prisa y sin parar. Durante el período relativamente corto transcurrido entre la muerte de Teresa y la formación del expediente de su canonización, la verdad había sido ya de tal modo desfigurada por sus adeptos, que se hubiese hecho imposible depurar de todo elemento de ficción la historia de su vida, aun en el caso de haber existido semejante empeño. Una fuerza misteriosa, un proceso ajeno a la voluntad, instintivo en el hombre, nos impele a engrandecer el pasado a expensas del presente. Sólo podemos concebir a aquellos seres que excitan nuestra admiración dentro del plano de lo ideal. Nunca juzgamos sus actos como son o fueron en la realidad. Para nosotros están siempre al nivel del grado humanamente inaccesible de perfección que en ellos suponemos. Teresa se había apoderado de la imaginación popular. Unos veinte años después de la muerte de la Santa, María del Nacimiento dió fe de haberla visto en Toledo ocupada en escribir las *Moradas*—lo que solía hacer generalmente después de comulgar—rodeada de una luz brillante, haciendo notar también que escribía con mucha velocidad y que «estaba tan embebida, que aunque hiciésemos ruido por allí, nunca por eso lo dejaba ni decía que la estorbábamos».

Este testimonio, al parecer sobrio, fué amplificado en 1610 (años después de la muerte de María del Nacimiento) a gusto de la pueril credulidad de las gentes de aquella época. No es probable que la buena y anciana madre María del Nacimiento aportase como testimonio ciertos detalles dudosos que sólo hubiera podido dar a sus compañeras en la intimidad del claustro sin reparo ni responsabilidad. Bien pudiera ser que Sor Mariana de los Ángeles, que pretendía haber oído de los propios labios de María del Nacimiento el relato que conocemos, recurriese a la fantasía para hacerlo más completo y elocuente a su entender. Según Mariana de los Ángeles, cuando Teresa escribía sus *Moradas* en Toledo, entró en su celda una noche para darle un recado y vió encima de la mesa unas hojas en blanco, sobre las cuales había trazado Teresa algunas letras. En el momento en que ésta se volvió para atender a la monja, entró en un éxtasis, quedándose varias horas como petrificada en la postura que tomara al quitarse los anteojos, oyendo el recado que le traían. Al volver en sí, Sor María del Nacimiento, que había permanecido todo este tiempo contemplándola en silencio, se dió cuenta, con asombro, de que las hojas de papel, antes en blanco, estaban ahora llenas de la escritura de la Madre. Teresa, entonces, al notar que Sor María había visto todo esto, deslizó con disimulo el manuscrito milagroso en un cofrecillo que tenía al lado. ¡Qué extraño modo de enaltecer a Teresa y dar pruebas de su grandeza y extraordinaria inteligencia!

Mi propósito no es otro que estudiar el carácter de la mujer y de la escritora, aunque al intentar esto sea imposible no poner de relieve la santidad de Teresa. Bien podemos perdonar a unas pobres monjas ignorantes que estuviesen seguras de la intervención divina en los escritos de Teresa. Los más famosos teólogos y hombres de letras de aquella época, abrigaron también la misma creencia. En este punto estaban de acuerdo aun aquellos de opiniones opuestas respecto a la conveniencia de publicar las revelaciones de Teresa. Entre éstos, unos siguieron, como Fray Luis de León, el partido de defender a toda costa los derechos de la inteligencia humana. Otros, desviados del camino de la razón por el celo religioso, se oponían resueltamente a la aparición en el lenguaje vulgar de unos libros que trataban de materia tan elevada. No faltaba tampoco quien pretendiese convertir los escritos de Teresa en privilegio exclusivo de unas cuantas personas por el peligro que en ellos creían ver para la gente de mediana cultura. Sólo un fraile, uno de los hombres más salientes de su época, amigo y entusiasta admirador de Teresa, negó el origen milagroso a los escritos de ésta. Este hombre, Francisco Domingo Bañez, teólogo emi-

nente, nos ha legado una crítica de la *Vida de Teresa,* que fué objeto de minucioso examen en los Tribunales de la Inquisición. Si existía persona capaz de dar una opinión imparcial sobre cuestión tan llena de dificultades, esa persona era Bañez. Él había seguido con ferviente interés la carrera de Teresa como fundadora, y en más de una ocasión fué también su protector. Su crítica es un modelo de sobriedad y juicio que contrasta elocuentemente con mucho de lo que entonces y después se ha dicho sobre la Santa. «Esta mujer», dice, «a juzgar por su relación, aunque fuese engañada, no era engañadora; pues tan de veras buscaba luz y manifestaba todos sus males y sus bienes y tan ardiente era su deseo de no engañar, que es imposible dudar de la bondad de sus intenciones... Yo siempre he procedido con circunspección en el examen de la relación de esta monja, concerniente a su oración y vida, y nadie ha sido más incrédulo que yo en lo referente a sus visiones y revelaciones, aunque no en lo que toca a sus virtudes y buenos deseos; pues en lo que es esto, he tenido grande experiencia de su obediencia, penitencia, paciencia y caridad hacia sus perseguidores, a la par que otras virtudes, que cualquiera que la tratare podrá ver. Y esto es lo que se puede apreciar como signo más seguro del verdadero amor de Dios que de las visiones y revelaciones... De una cosa estoy seguro, en cuanto se puede estar humanamente hablando: que no es engañadora.»

A fin de poder seguir a Teresa en sus sutiles especulaciones sobre los cuatro grados de oración alcanzados durante los últimos cinco años de su estancia en la Encarnación, sería necesario poder sintetizar en pocas palabras, con el acierto de Bañez al emitir su juicio sobre la sinceridad de sus escritos, cuanto fuera dable averiguar sobre el fin que con ellos perseguía su manera de escribirlos, qué aprecio tenía de su propia obra, que creía ella haber escrito por inspiración divina, y lo que atribuía a sus propias luces, cómo fueron juzgados sus escritos en aquella época y hasta la opinión que de ellos tienen hoy la mayoría de los críticos y eruditos.

Casi todo el capítulo décimo de su vida podría considerarse como una preparación indispensable para llegar a comprender más adelante el verdadero sentido de su alegoría de la oración:

Son tantos y tan diferentes en intensidad y naturaleza los goces de los que están en el cielo, como los goces espirituales del alma en oración. Ésta se da por bien pagada con la merced más insignificante que le sea concedida, y casi le parece que no hay nada más que desear. La humildad no debe privarnos de comprender que esos favores (lágrimas, ternuras, deleite en la oración) son dones de Dios. Pues si

no conocemos el valor de lo que recibimos, ¿cómo podrá despertarse nuestra alma al amor? En verdad, tanto mayor es nuestra ganancia y tanto más sincera nuestra humildad, cuanto mayor conciencia tenemos de esos dones al mismo tiempo que de nuestra humana pobreza. La humildad es el manantial de los bienes de la oración, tesoro que Dios confía en nuestras manos para que, olvidándonos de nosotros mismos, sirva solamente de provecho a los demás. Porque, ¿cómo podrá ser largo y generoso el que no sepa que es rico? Teresa no encubre las dificultades que aguardan al que empieza a ser «siervo del amor», ni el precio que por ello tienen que pagar.

«Bien veo que no le hay con que se pueda comprar tan gran bien en la tierra; mas si hiciésemos lo que podemos, en no nos asir a cosa della, sino que todo nuestro cuidado y trato fuese en el cielo, creo yo, sin duda, muy en breve se nos daría este bien... Donosa manera de buscar amor de Dios, y luego le queremos a manos llenas (a manera de decir) tenernos nuestras afecciones, ya que no procuramos efectuar nuestros deseos, y no acabarlos de levantar de la tierra, y muchas consolaciones espirituales con eso. No viene bien, ni me parece se compadece con estotro. Ansí que porque no se acaba de dar junto, no se nos da por junto este tesoro. Muchas son las cosas que el demonio pone delante a los principios para que no comiencen a seguir a Cristo, como quien sabe el daño que de aquí le viene, no sólo en perder aquel alma, sino a muchas. Si el que comienza se esfuerza con el favor de Dios a llegar a la cumbre de la perfección, creo jamás va solo al cielo, siempre lleva mucha gente tras sí. Ansí que póneles tantos peligros y dificultades delante, que no es menester poco ánimo para no tornar atrás, sino muy mucho, y mucho favor de Dios. Es un calvario desde los principios; mas por este camino que fué Cristo han de ir los que le siguen. Él mismo enseñó el camino de perfección, cuando dijo: «Toma tu cruz y sígueme.»

»Habré de aprovecharme de alguna comparación, que yo las quisiera excusar por ser mujer, y escribir simplemente lo que me manden; mas este lenguaje de espíritu es tan malo de declarar a los que no saben de letras, como yo, que habré de buscar algún modo, y podrá ser las menos veces que acierte a que venga bien la comparación; servirá de dar recreación a vuestra merced de ver tanta torpeza. (Debe tenerse presente que se dirige siempre a Ibáñez.) Paréceme ahora a mí, que he leído u oído esta comparación, que como tengo mala memoria, ni sé a dónde, ni a qué propósito, mas para el mío ahora conténtame.»

Con estas palabras se excusa Teresa de tener que recurrir en su

propia torpeza al conocido símil del agua para hacer comprensibles los cuatro grados de oración. No le falló esta vez la memoria. El citado símil, en efecto, estuvo muy en boga entre los doctores primitivos de la Iglesia, especialmente San Agustín. Pero tal vez ninguno lo empleara jamás con tanto primor y acierto como Teresa. En esta ocasión, compensó la falta de originalidad vivificando la imagen con la savia de su estilo personal, esencialmente evocador de la vida rústica de su tiempo y de su raza. Las faenas del campo que con tanta frecuencia contemplara desde la ventana de su celda en las largas tardes de verano, le sugirieron casi todos los elementos descriptivos con que ha dado un color tan singular a su *Tratado de la Oración*. El huertecillo a la vera de la Encarnación, donde las hierbas olorosas y las flores se mezclaban con el escaso grano y las legumbres que constituían la cosecha, la noria con sus cangilones y arcaduces que llevan a la tierra sedienta el agua, le sirvieron de inspiración al escribir su magistral *Tratado*. La imagen del agua que hace fructificar la tierra como símbolo de los efectos de la oración en la aridez del corazón humano, tuvo siempre para ella, desde su niñez, un singular encanto. La recuerda al cabo de los años ya después de haber escrito su vida, y la hace suya no creyendo posible encontrar otra mejor para su objeto. Nuestra alma es el huerto seco y agostado en el que Dios arranca las malas hierbas y siembra las semillas de la virtud. Nuestra labor consiste en regarlo con las aguas de la oración y de las mortificaciones, para que dé frutos y flores que sirvan de deleite al Divino Hortelano. El huerto se puede regar de cuatro maneras. Sacando nosotros el agua del pozo, dando vueltas a la noria, lo que es menos duro y se obtiene el agua en más abundancia, aprovechando la corriente de un río o de un arroyo, o con la lluvia que cae de los cielos, quedando así el terreno fecundado, sin que, por parte nuestra, haya habido ningún esfuerzo. Estas cuatro maneras corresponden a los cuatro grados de oración. En el primero se saca el agua del pozo con mucho trabajo, es decir, hay que luchar mucho hasta que los sentidos y la mente, siempre dispuesta a divagar, se acostumbran al recogimiento. Si encontramos cegado el pozo, tenemos que perseverar en nuestros esfuerzos dejando que Dios haga crecer y conserve en nuestra alma las flores de la virtud. Pero ¿qué hacer cuando vemos que nuestros esfuerzos no pueden nada contra la sequedad y la aridez? ¿Qué hacer cuando se acude al pozo de tan mala gana que uno se abandonaría a la desesperación si no fuese por el recuerdo del placer que da al hortelano nuestro estéril trabajo, y la esperanza del premio por nuestra constancia en echar al pozo el caldero para sacarlo sin

agua? Y cuando hasta esto es imposible muchas veces por faltar la fuerza a los brazos y no ser capaz la mente de un solo pensamiento bueno, ¿ha de entregarse el alma a la desesperación? No, responde Teresa, con animosas palabras, antes bien ha de solazarse con estos sinsabores, pues el fin no es satisfacerse a sí misma. ¡Alabe al Dueño y Señor del jardín por la confianza que en ella pone al esperar que cuide de lo que le encomendó sin pagarle nada, y determínese resueltamente aunque por toda la vida hubiera de durar la sequedad a no dejar a Cristo caer solo con la cruz! Tiempo vendrá en que reciba su paga por junto. No haga caso de los malos pensamientos, pues ni el mismo San Jerónimo, en el desierto, se libró de las acechanzas de Satanás. Dios prueba con las tentaciones a los que le aman. Quiere saber así si serán capaces de beber en su cáliz y de ayudarle a llevar la Cruz antes de encomendar en sus manos los grandes tesoros de la oración. Quiere mostrarles, por la experiencia, lo poco que son para que no les acontezca como a Lucifer, y hacer que, olvidándose de sí mismos, puedan llegar a exclamar: «Padecer quiero, Señor, pues vos padecisteis, cúmplase en mí de todas maneras vuestra voluntad.»

«Bien es conocer nuestra miserable naturaleza y no apocar los deseos, sino creer de Dios, que si nos esforzamos, poco a poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo que muchos santos con su favor; que si ellos nunca se determinaran a desearlo, y poco a poco a ponerlo por obra, no subieran a tan alto estado. Aunque luego no tenga fuerzas el alma, da luego un vuelo y llega a mucho, aunque como avecita que tiene pelo malo, cansa y queda. San Pedro no perdió nada por arrojarse en la mar, aunque después temió.»

Compadeciendo por experiencia propia a los que necesitan la ayuda de los libros para iniciarse en los misterios de la oración, insiste sobre la importancia de ser prudentemente guiados al emprender este camino. La falta de dirección, según ella, fué un gran impedimento en los comienzos de su carrera espiritual. Extiéndese también sobre la diferencia que hay entre la falsa humildad y la verdadera, y sobre la tentación, tan frecuente entre los principiantes, de querer inducir a otros a abrazar la vida que ellos mismos, a pesar de sus esfuerzos, no han conseguido todavía alcanzar. Al revelar así la falta de armonía que existe entre su conducta y la perfección de sus doctrinas, no logran más que hacer un gran daño. Tampoco olvida Teresa la tendencia de los hombres a ocuparse de los pecados de los demás y de lamentarse por ello en vez de hacer resaltar las virtudes del prójimo, olvidando sus defectos con el recuerdo de nuestros grandes pecados. Sea cualquiera el grado de oración alcanzado, este recuerdo y el conoci-

miento de nosotros mismos debe ser como el pan que ha de comerse con todos los manjares por delicados que sean, y que es la base de nuestro sustento.

Teresa tenía una inteligencia demasiado grande y clara para considerar los favores otorgados en la oración como un supremo ideal. La religiosidad descansa sobre cosas más severas, más firmes e inflexibles. Esas otras son en la montaña de la vida religiosa, flores que nacen en sus laderas, nubes fecundantes de verano que descienden a envolver las cumbres de su rígido espinazo de granito.

«Para mujercitas como yo, flacas y con poca fortaleza, me parece a mí conviene (como ahora lo hace Dios) llevarme con regalos; porque pueda sufrir algunos trabajos, que ha querido su Majestad tenga: más para siervos de Dios, hombres de tomo, de letras y entendimiento, que veo hacer tanto caso de que Dios no les da devoción, me hace disgusto oírlo. No digo yo que no la tomen si Dios se la da, y la tengan en mucho, porque entonces verá su Majestad que conviene; mas cuando no la tuvieren que no se fatiguen, y que entiendan que no es menester, pues su Majestad no la da, y anden señores de sí mesmos.»

El alma que ni se engríe ni se desalienta con la abundancia o la falta de goces espirituales, al dar los primeros pasos en el camino de la oración mental, ya lleva andada una gran parte, y no hay miedo de que vuelva atrás, porque marcha en terreno firme.

»Si que no está el amor de Dios en el tener lágrimas ni estos gustos y ternuras, sino en servir con justicia, fortaleza de ánimo y humildad. Lo otro más me parece a mí recibir que no dar nosotros nada.»

Con extraordinaria perspicacia trata así de la acción del cuerpo sobre el alma; «porque somos tan miserables, que participo esta encarceladita desta pobre alma de las miserias del cuerpo y las mudanzas de los tiempos: y las vueltas de los humores muchas veces hacen que sin culpa suya no pueda hacer lo que quiere, sino que padezca de todas maneras».

Cuando el alma padece no olvidemos que no conviene forzarla ni abrumarla con deberes y ocupaciones. Más vale cambiar la hora de la oracion por algunos días, y esto con frecuencia.

«Pasen como pudieren este destierro; que harta mala ventura es de un alma que ama a Dios ver que vive en esta miseria, y que no puede lo que quiere, por tener tan mal huésped como es este cuerpo.»

El cuerpo exige ciertos cuidados que no pueden ser desatendidos impunemente:

«No convendría a persona débil o enferma ayunar y hacer severa

penitencia, ni retirarse a un desierto, donde no podría dormir ni comer o cosas semejantes.»

En los grados sucesivos de la oración los esfuerzos del alma van disminuyendo hasta desaparecer. La oración de quietud es el segundo grado, esto es, cuando se saca el agua con la noria, y, libre así el alma de un trabajo continuo, encuentra tiempo para descansar.

«Aquí se comienza a recoger el alma, toca ya aquí cosa sobrenatural, porque en ninguna manera ella puede ganar aquello por diligencias que haga. Verdad es que parece que algún tiempo se ha cansado de andar el torno y trabajar con el entendimiento y henchídose los arcaduces; mas aquí está el agua más alta, y ansí se trabaja muy menos que en sacarla del pozo: digo que está más cerca el agua, porque la gracia dase más claramente a conocer al alma. Esto es un recogerse las potencias dentro de sí para gozar de aquel contento con más gusto, mas no se pierden (no se suspenden), ni se duermen; sola la voluntad se ocupa de manera, que sin saber cómo se cautiva, sólo da consentimiento para que la encarcele Dios, como quien bien sabe ser cautivo de quien ama. ¡Oh Jesús y Señor mío, qué nos vale aquí vuestro amor, porque éste tiene al nuestro tan atado, que no deja libertad para amar en aquel punto a otra cosa sino a Vos! Las otras dos potencias (la memoria y el entendimiento o inteligencia) ayudan a la voluntad para que vaya haciéndose hábil para gozar de tanto bien; puesto que algunas veces, aun estando unida la voluntad, acaece desayudar harto; mas entonces no haga caso dellas, sino estése en su gozo y quietud.»

En este estado pasa todo con grandísima consolación y tan poco trabajo, que la oración no cansa aunque dure mucho tiempo. El entendimiento va paso a paso. Las lágrimas que se derraman son lágrimas de bienestar que fluyen a los ojos sin que uno se dé cuenta. El alma en este estado presiente los goces de la Gloria y, así, se acerca a la verdadera fuente de la virtud que es Dios. Pierde entonces la codicia de cosas terrenas, porque ve claro que todas las riquezas, honras y deleites del mundo, no bastan a dar un solo instante de solaz tan perfecto como éste. Comprende entonces que tiene a Dios tan cerca, que sólo con mover los labios la entiende. Sentimos que nuestro *Emperador* nos oye y nos revela su presencia una inmensa satisfacción interior que empequeñece todos los goces terrenales si a ella se le comparan.

«Ahora tornemos a nuestra huerta o vergel y veamos cómo comienzan estos árboles a empreñarse para florecer y dar después fruto; y las flores y los claveles lo mesmo para dar olor. Regálame esta comparación (la del alma con una de las flores del jardín), porque

muchas veces, en los principios (de su vida espiritual), me eran deleite considerar ser mi alma un huerto, y el Señor que se paseaba en él. Suplicábale aumentase el olor de las florecitas de virtudes, que comenzaban, a lo que parecía, a querer salir, y que fuese para su gloria, y las sustentase, y cortase las que quisiese (pues yo no quería nada para mí), que ya sabían de salir mejores.»

El alma dándose cuenta del bien que goza, diríase que no osa moverse ni respirar por miedo a perderlo. No entiende, ¡pobre alma!, que no siendo capaz por sí sola de encontrarlo, menos será capaz de hacerlo durar más de lo que el Señor quisiere. Pero este estado de oración, por encumbrado que sea, no es sino una centellita del amor divino con que Dios da luz al alma, como indicio de que la escoge para grandes cosas si tan sólo sabe hacerse digna de ellas.

Cuando alcanza este grado de oración debe anonadarse el alma y no buscar palabras para dar gracias por el beneficio que recibe, ni recurrir a la memoria para convencerse con el recuerdo de sus pecados de cuán poco lo merece. Ha de comprender que no se las puede haber con el Señor por un mero esfuerzo de la voluntad, acumulando méritos y trabajos. Diga más bien: «Señor, ¿qué puedo yo aquí? ¿Qué tiene que ver la sierva con el Señor y la tierra con el cielo?» No ha de hacer más caso al entendimiento del que a una persona inoportuna, y si no consigue someterlo, más vale que lo deje y se esté como sabia abeja en su colmena.

Ya hemos dicho que los que emprenden el camino de la Oración han de abandonar por completo el mundo y no tener más ambición que ayudar a Cristo a llevar la cruz, sin esperanza de premio ni recompensa. Hay que pensar constantemente en lo deleznable y perecedero de todas las cosas humanas. El abandono de los bienes de este mundo, por lo poco que han de durar, es una consideración bien menospreciable, que apartan de sí como una afrenta los que han avanzado en el camino de la perfección. Éstos los abandonarían por Dios sin ningún esfuerzo, aunque fuesen bienes eternos. Sin embargo, esa consideración es necesaria aun para los que han llegado a la cumbre, porque el alma no crece, como el cuerpo, y así vemos que mientras un hombre no puede volver a ser niño el alma no puede, simbólicamente hablando, volver a su infancia. Esto debe ser para humillarnos y tenernos siempre alerta en este destierro, pues cuanta más altura se alcance menos ha de fiarse uno de sí mismo. Para terminar, este grado de oración es el principio de toda riqueza espiritual, es la estación del año en que las semillas del jardín del alma están para brotar.

En el tercer grado es cuando hay que encauzar el agua de un río

o de una fuente para regar el huerto. Entonces el Señor se convierte en hortelano. Él trabaja mientras el alma descansa. La voluntad se reduce al consentimiento de los favores que aquélla recibe. Tiene que hacerse esclava de los designios de la divina sabiduría.

En una de estas visitas del Señor, por corta que sea, como el hortelano es el mismo creador del agua, viértela sin medida, y lo que el alma no ha podido hacer en veinte años de esfuerzos, consíguelo este hortelano celestial en un momento, haciendo crecer y madurar la fruta.

«Es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden, ni entienden cómo obran. El gusto y suavidad y deleite es más sin comparación que lo pasado; es que da el agua de la gracia a la garganta de esta alma, que no puede ya ir adelante, ni sabe cómo, ni tornar atrás.»

El alma en este estado es como un enfermo que sabe que va a morir y se goza en la agonía que sólo le separa por unos instantes de la muerte que desea. Así entra ya el alma, libre del mundo, a gozar de lleno de Dios. Vese poseída de un frenesí divino, de una gloriosa locura reveladora de la suma sabiduría. No se pertenece ya y se entrega por completo a Dios, aunque todavía no alcanza la unión absoluta de todas sus facultades con Él. Sí, esta unión es más perfecta que la alcanzada en los grados anteriores de oración, pero en ella no están aún las facultades del alma tan engolfadas en Dios que no puedan obrar por sí mismas. El alma está como poseída de un deleitoso desasosiego y ansía romper en gritos de alabanza. Así llamaba la mujer del Evangelio a sus vecinos para compartir su regocijo con ellas. Esas explosiones de gozo celestial debió sentir el Rey Profeta cuando prorrumpía en himnos al Señor, tañendo el arpa.

«Yo sé persona (dice Teresa, y es ella misma a quien se refiere) que, con no ser poeta, le acaecería hacer de presto coplas muy sentidas declarando su pena bien; no hechas del entendimiento, sino que para gozar más la gloria que tan sabrosa pena le daba, se quejaba della a su Dios. Todo su cuerpo y alma querría se despedazase para mostrar el gozo que con esta pena siente.»

En este tercer grado de oración el Señor hace brotar las flores del huerto para que exhalen su suave aroma. Las virtudes se fortalecen. La humildad del alma es mucho mayor y más profunda que antes.

Teresa hace dos subdivisiones muy sutiles en este grado de la oración. La primera es cuando la voluntad está esclavizada mientras quedan libres el entendimiento y la memoria. Es como gozar al mismo tiempo de la actividad de Marta y el ocio santo de María, como hablar con una persona escuchando a la vez a otra. En la segunda sub-

división, no sólo la voluntad, sino también el entendimiento, está sometido a Dios, y sólo queda libre la memoria. Ésta, sin el auxilio del entendimiento, no puede hallar sosiego y anda de un lado a otro, como una mariposilla deslumbrada. Es como un loco al que no hay que hacerle caso. Algunas veces, Dios mismo se compadece de ella y consiente que se queme en la divina llama que ilumina las otras facultades. La paz y descanso del alma en estos estados de oración es tan grande, que el pobre cuerpo también disfruta y se complace en tan sobrenatural deleite.

El Señor me enseñe palabras para describir el cuarto grado de oración, exclamó en tono de ruego Teresa. Ahora está el huerto todo regado por una lluvia del cielo que ha caído cuando el alma menos lo esperaba. Ahora esta pierde hasta la sensación del bienestar intenso e inexplicable que experimenta. Sólo sabe que goza de un bien que comprende todos los demás. Es un bien que subyuga y alcanza a todos los sentidos. El entendimiento y la memoria, perturbadores del alma en los grados anteriores, están ahora sometidos.

Cuando Teresa comenzó a describir este último grado, le pareció una cosa tan imposible como salir hablando en griego. No dejaría de contribuír a esto la dificultad de Teresa en distinguir entre sí los conceptos de mente, espíritu y alma. Para ella era todo uno y lo mismo.

«Con esto lo dejé y fuí a comulgar... Aclaró Dios mi entendimiento, unas veces con palabras y otras poniéndome delante como lo había de decir... Estaba yo pensando (cuando quise escribir esto, acabando de comulgar) lo que hacía el alma en este último estado de la oración. Díjome el Señor estas palabras: Deshácese todo, hija, para ponerse más en mí, ya no es ella la que vive sino yo; como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo.

»Ahora hablando desta agua que viene del cielo para con su abundancia henchir y hartar todo este huerto, si nunca dejara cuando la hubiera menester de darla el Señor, ya se ve qué descanso tuviera el hortelano; y a no haber invierno, sino ser siempre el tiempo templado, nunca faltarán flores y frutas. Mas mientras vivimos es imposible; siempre ha de haber cuidado de cuando faltase la una agua procurar la otra. Esta del cielo viene muchas veces, cuando más descuidado está el hortelano. Verdad es que a los principios, casi siempre es después de larga oración mental; que de un grado en otro viene el Señor a tomar esta avecita (el alma) y ponerla en el nido para que descanse: como la ha visto volar mucho rato, procurando con el entendimiento y voluntad y con todas sus fuerzas a buscar a

Dios y contentarle, quiérela dar el premio aun en esta vida. ¡Y qué gran premio, que basta un momento para quedar pagados todos los trabajos que en ella puede haber! Estando así el alma buscando a Dios, siente con un deleite grandísimo y suave casi a desfallecer toda con una manera de desmayo, que le va faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales, de manera que, si no es con mucha pena, no puede aun menear las manos; los ojos se le cierran sin quererlos cerrar; y si los tiene abiertos no es casi nada; oye, mas no entiende lo que oye; hablar es por demás, que no atina a formar una palabra, ni hay fuerza, ya que atinase, para poderla pronunciar; porque toda la fuerza exterior se pierde y se aumenta en las del alma, para mejor poder gozar de su gloria. Verdad es que a los principios pasa en tan buen tiempo, que en estas señales exteriores, ni en la falta de los sentidos, no se da tanto a entender cuando pasa con brevedad; mas bien se entiende, en la sobra de mercedes, que ha sido grande la claridad del sol que ha estado allí. Aquí es la pena de haber de tornar a vivir; aquí le nacieron las alas para bien volar, ya se le ha caído el pelo malo; aquí se levanta ya del todo la bandera por Cristo, que no parece otra cosa sino que este alcaide desta fortaleza se sube o le suben a la torre más alta a levantar la bandera por Dios. Mira a los de abajo, como quien está en salvo, ya no teme los peligros, antes los desea; como a quien por cierta manera se le da allí seguridad de la victoria. Quien está de lo alto alcanza muchas cosas. Héle aquí al hortelano hecho alcaide, ya no quiere ser cosa propia, sino hacer todo conforme a la gloria y a la voluntad de Dios. Es vuelo el que da el espíritu para levantarse de todo lo criado; mas es vuelo suave, vuelo deleitoso, vuelo sin ruido. Aquí no sólo las telarañas ve de su alma, sino un polvito que haya por pequeño que sea. Es como el agua que está en un vaso, que si no le da el sol está muy claro; y si da en él vése que está todo lleno de motas. Así este Sol de justicia la hace abrir los ojos, para ver tantas motas, que los querría tornar a cerrar; porque aun no es tan hija desta águila caudalosa, que pueda mirar este Sol de hito en hito; cuando mira este divino Sol, deslúmbrale la claridad, y como se mira a sí, el barro le tapa los ojos, ciega está esta palomita.

»Llegada un alma aquí, no es solo deseos lo que tiene por Dios; su Majestad le da fuerzas para ponerlo por obra; no se le pone cosa por delante en que piense le sirve, a que no se abalance. El trabajo es que no hay que se ofrezca a las que son de tan poco provecho como yo. Sed Vos, bien mío, servido, venga algún tiempo en que yo pueda pagar algún cornado de lo mucho que os debo; ordenad Vos, Señor, cómo fuéredes servido, como ésta vuestra sierva, os sirva en algo. Mu-

jeres eran otras y han hecho cosas heroicas por amor de Vos; yo no soy para más que parlar, y ansí no quereis Vos, Dios mío, ponerme en obras; todo se va en palabras y deseos, cuanto he de servir... Fortaleced, Vos, mi alma y disponedla primero, bien de todos los bienes... Ordenad luego modos como haga algo por Vos... Aquí está mi vida, aquí está mi honra y mi voluntad; todo os lo he dado, vuestra soy, disponed de mí conforme a la vuestra. Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo, mas llegada a Vos, subida en esta atalaya, donde se ven verdades, no os apartando de mí, todo lo podré.»

Ya ha caído el velo dorado que da a las cosas terrenales una apariencia tan lisonjera. Ya el alma poseída de la única verdad, juzga todo lo demás juego de niños y se ríe de haber tenido los hombres y sus vanidades en aprecio.

«O si todos diesen en tenerlos por tierra sin provecho, que concertado andaría el mundo, que sin tráfagas, con que amistad se tratarían todos, si faltase interés de honra y dineros.»

Sólo muchos años después de haber alcanzado Teresa el cuarto grado de oración, recibió la más alta merced que Dios pudiera jamás concederle. Ella llama esta merced, ímpetus de los deseos, una angustia que suspende el alma entre cielo y tierra, y pone el cuerpo en peligro de muerte. Es una angustia tan intensa que purifica el alma, como el crisol purifica el oro, y la limpia de todos los pecados que habría de expiar en el purgatorio. Esta angustia es muy distinta de la que se siente después del arrobamiento y en ella no tiene la voluntad ninguna parte.

«Sino que muchas veces a deshora viene un deseo que no sé cómo se mueve; y deste deseo, que penetra toda el alma en un punto, se comienza tanto a fatigar, que sube muy sobre sí y de todo lo criado. Pónela Dios tan desierta de todas las cosas, que por mucho que ella trabaje, ninguna que le acompañe, le parece hay en la tierra; ni ella la querría, sino morir en aquella soledad. Y con parecerme que está entonces lejísimo Dios, a veces comunica sus grandezas por un modo, el más extraño que se puede pensar; porque no es la comunicación para consolar, sino para mostrar la razón que tiene de fatigarse, de estar ausente de bien, que en sí tiene todos los bienes. Con esta comunicación crece el deseo y el extremo de soledad en que se ve con una pena tan delgada y penetrativa, que quita toda sensación. Parecen unos tránsitos de la muerte; salvo que trae consigo un gran contento este padecer. Ello es un recio martirio sabroso, pues todo lo que se le puede representar al alma de la tierra, aunque sea lo que le suele ser más sabroso, ninguna cosa admite, luego parece lo lanza de sí. Estando el

alma en esta soledad, bien puede decir de sí: *Vigilavi et factus sum sicut passer solitarius in tecto.* Ansí parece está el alma, no en sí, sino en el tejado o techo de sí mesma y de todo lo creado, porque aun encima de lo muy superior del alma me parece que está.»

En los comienzos de estos *ímpetus del deseo,* teme desfallecerse el alma. Una vez poseída de ellos, quisiera pasarse el resto de la vida en ese padecer, aunque es tan lancinante que el cuerpo puede a duras penas soportarlo. El pulso casi se para. Los huesos de las piernas y de los brazos parecen abrirse. Las manos yertas y rígidas no se pueden cerrar, y al día siguiente se siente un dolor como si todo el cuerpo estuviese descoyuntado.

«Yo bien pienso alguna vez ha de ser el Señor servido si va delante como ahora que se acabe con acabar la vida que a mi parecer bastante están gran pena para ello sino que no lo merezco yo.»

El alma tiene ahora concentrado todo su amor en el Creador, con quien sólo puede unirle la muerte, y «muere porque no muere», que sólo con la muerte alcanzará la alta dicha que espera.

* * *

Debemos tener presente que hasta el año 1555, cuando contaba cuarenta años de edad, no comenzó Teresa a huír las ocasiones de pecado que encontraba en su afición al locutorio; que hasta cinco o seis años antes de que escribiera su *Vida* no alcanzó el tercer grado de oración, y que la merced de esa angustia suprema que consume y purifica el alma en amor y abnegación, fué un don del cielo que no se dignó Dios concederle hasta 1565, época en que contando ella cincuenta años de edad, escribió una segunda vez su *Vida* por mandato de Fray García de Toledo.

Según he venido siguiendo la carrera espiritual de Teresa, no he podido evitar de asociar inconscientemente a ella la impresión que dejaran en mi imaginación esos ásperos y estrechos caminos de las montañas del Norte de España, que pocos se aventuran a subirlos ni aun en los días despejados del estío. Áspera y estrecha fué la cuesta que tuvo que subir Teresa durante su vida. Pero ella jadeante, el rostro bañado de sudor, los pies heridos por las espinas y lajas del camino, llegó a la cumbre de seco y crujiente musgo, tachonada de piñas que tuesta y desgaja con sus rayos de oro el sol de la tarde. A la sombra morada del pinar abre sus brazos la Cruz de un calvario de piedra, sobre el que Teresa deja caer su exhausto cuerpo, dulcemente. Se

respira en el aire el enervante olor de la resina. El cielo es azul, transparente la lejanía. Entre unas vides se destaca el rojo tejado de una casita de labranza. Todo invita al reposo y al sueño. Mas el calvario en que la Madre Virgen se inclina sollozando eternamente sobre el cadáver de su Divino Hijo, se alza en el tranquilo paraje como un recuerdo petrificado del llanto y del dolor.

* * *

Ya hemos visto crecer lentamente la influencia de Teresa. Ha revolucionado a toda la Encarnación. Más de cuarenta monjas imitan ya sus prácticas austeras. En el pequeño mundo de Ávila todo es curiosidad por conocer a la monja que han hecho famosa sus éxtasis y arrobamientos y ha enmudecido a sus enemigos con la irrebatible elocuencia de su vida. En su afán de ver a Teresa, las grandes damas acosan al provincial con mil halagos y recados equivalentes a mandatos. Las constantes visitas que recibía eran causa de gran contrariedad para esta singular mujer, que inmune a los daños de la lisonja y de la admiración, apreciaba al mundo en lo que vale desde el retiro del claustro, con la misma perspicacia que el más astuto y desilusionado cortesano. Vientos tan favorables, pensaba ella, no podían beneficiarla en nada. Cristo y los Santos habían sufrido el insulto y el menosprecio. Ella, despreciando acaso instintivamente la notoriedad, sentíase contrariada visiblemente con la publicidad de sus visiones, y decidió esconderse a los ojos del mundo en otro convento alejado de Ávila. La atormentaba incesantemente el temor de engañar y embaucar involuntariamente a la gente, por lo que se sentía impulsada a descubrir sus pecados ante aquellos que daban muestra de estar más impresionados con sus virtudes, y hasta hallaba cierto alivio a ese rescozor siempre oculto en su conciencia en hacer vacilar la fe que inspirara a sus confesores. Mas en esto reconoció más tarde una falsa humildad. «Qué tienes—le pregunta sigilosamente la voz divina—en esto no puede sino haber dos cosas: o que murmurasen de ti o que me alabasen a mí, y ambas cosas han de ser ganancia para ti.» Era esencial que el convencimiento del fin divino de su misión, desvaneciese todos esos escrúpulos alimentados febrilmente por un temperamento tan propenso al martirio de la propia conciencia, antes de que pudiese ver en todos los actos de su vida la voluntad del Todopoderoso y oyese su voz animándola y dirigiéndola. Tenía que arrojar resueltamente fuera de su camino todo cuanto pudiera ser causa de dudas y vacilaciones.

¿Podríamos preguntarnos si jamás se libró su alma por completo de ellas? Sí, sería la respuesta, de aquellos que contemplaron la dulzura que dejó la vida en su rostro como la estela de una sonrisa, cuando Teresa yacía cadáver en su celda de Alba de Tormes. Había conocido demasiado de cerca la perfección, su naturaleza se había elevado muy por encima de las flaquezas humanas y el sacrificio de sí misma había sido demasiado generoso para no dejar en la faz muerta de Teresa una huella de gozo interno y angélica tranquilidad. Nadie había sentido con tanta intensidad como Teresa las responsabilidades de su situación ni las exigencias del mundo para con sus ídolos.

«Hay mil ojos para un alma de estas, donde para mil almas de otra hechura no hay ninguna; porque bien se puede aparejar un alma, que ansí permite Dios que ande en los ojos del mundo a ser mártir del mundo, porque si ella no se quiere morir a él, el mesmo mundo la matará...

»No veo cierto otra cosa en él, el mundo que bien me parezca (sigue diciendo), sino consentía faltas en los buenos, que a poder de murmuraciones no las perfeccione. Digo que es menester más ánimo para si uno no está perfecto llevar camino de perfección, que para ser de presto mártires; porque la perfección no se alcanza en breve... El mundo, en viéndole comenzar, le quiere perfecto, y de mil leguas le entiende una, que por ventura en él es virtud, y quien le condena usa de aquello mesmo por vicio, y ansí lo juzga en el otro. No ha de comer ni dormir, ni como dicen, resollar; y mientras en más le tienen, más deben olvidar, que aunque se están en el cuerpo, por perfecta que tengan el alma, viven aun en la tierra sujetos a sus miserias, aunque más la tengan debajo de los pies; y ansí como digo, es menester gran ánimo, porque la pobre alma aún no ha comenzado a andar, y quiérenla que vuele; aún no tiene vencidas las pasiones, y quieren que en grandes ocasiones estén tan enteras como ellos leen estaban los santos después de confirmados en gracia.»

No era valor lo que le faltaba a Teresa, pues, como ella dice, tenía más del que suelen tener generalmente las mujeres. Tenía el valor tranquilo y sereno de la razón, el de la persona que se lanza a la lucha conociendo de antemano el rigor de los peligros que la amenazan. Jamás se agranda tanto su figura como al hacer frente firme e impasible a la persecución. «Mi alma está entonces tan señora de sí misma, que le parece hallarse en su reino y tenerlo todo debajo de sus pies.» Su vida hasta aquí no ha sido más que el prólogo de su historia. Ahora vamos a ver desarrollarse en ella esas energías, que, a no ser por la «misteriosa providencia que gobierna los negocios de

los hombres», hubiese atrofiado la pasividad del claustro. A partir del instante en que Teresa adquiere plena consciencia de su misión, sólo la estudiaremos bajo un aspecto humano. Va a renacer ante nosotros como mujer, no veamos más en ella la monja extática, la rosa blanca del misticicismo, que inmortalizara el pincel de Gregorio Hernández. Si su vida hubiese terminado con su autobiografía, la personalidad que esta revela, por extraña que sea, hubiera carecido de interés universal para las generaciones venideras. Acaso nunca hubiese visto la luz el famoso libro, o, de lo contrario, sería hoy como tantos otros, pasto de la curiosidad de algún arcaico rebuscador de bibliotecas conventuales. Ahora vamos a vivir con ella y acompañarla en su peregrinación por los áridos caminos de Castilla. Vamos a compartir sus inquietudes y sus triunfos, y puede ser que, al haber seguido hasta el fin de la jornada, sintamos el mismo duelo que afligiera a aquellas monjas testigos de su muerte en el convento de Alba.

CAPÍTULO VII

SE HA DE ASPIRAR A LO MAYOR PARA ALCANZAR LO MENOR

Es digno de tenerse en cuenta el hecho de que Teresa emprendió su primera fundación el mismo año que conoció a San Pedro de Alcántara. Esto pudiera inducirnos a pensar que la Reforma Carmelita debió su origen a alguna indicación del anciano franciscano. Como ya hemos dicho, al sentirse impulsada hacia una vida de estricta religiosidad en la reclusión de algún convento apartado, lejos de Ávila, Teresa había acudido al santo varón en busca de consejo. Tal vez tuviese la idea de ingresar en otra Orden más en armonía con su elevado ideal del estado religioso. No lo sabemos de fijo, pero sí podemos afirmar que por aquella época ya había hablado con doña Guiomar de Ulloa del proyecto de fundar un pequeño convento donde pudiese poner en práctica con algunas otras monjas la verdadera disciplina monástica, según ella la concebía. Doña Guiomar estaba destinada a compartir con Teresa las luchas y trabajos de la primera fundación. De lo declarado por don Luis de Ávila y Ulloa, hijo de doña Guiomar, en el expediente de beatificación de Teresa, conservado en Ávila, se deduce que Teresa fundó San José con la ayuda y bajo la hospitalidad de su amiga. De familia ilustre, como Teresa, la piadosa y joven viuda era hija única de don Pedro Ulloa, Gobernador de Toro por derecho hereditario, siendo su abuelo aquel indomable castellano que en el reinado de Isabel expulsó a todos los nobles y se hizo poco menos que el dueño absoluto de la ciudad. Por su ma-

dre, doña Aldonza de Guzmán, descendía de la Casa Real de Castilla. Era parienta cercana de doña Magdalena de Ulloa, esposa de don Luis de Quixada, a cuya tierna solicitud tanto debió Don Juan de Austria. A la muerte de su esposo Francisco de Ávila, noble y acaudalado caballero de la ciudad del mismo nombre, doña Guiomar, bajo la dirección del Padre Baltasar Álvarez, empezó a apartarse poco a poco del mundo, cuyas vanidades habían llenado hasta entonces su vida.

Sucede con frecuencia que las ideas y pensamientos que alimentamos en silencio y que por considerarlos vana quimera sólo confiamos a nuestros afines, llegan a ser una realidad, por causas que no guardan relación en importancia con sus consecuencias. Así ocurrió que Teresa, atormentada por un ardiente deseo de perfección, tan difícil de alcanzar en el bullicioso convento de la Encarnación, debió, tal vez, el ser fundadora a una conversación que, comenzada medio en serio, medio en broma, sirvió, sin embargo, para revelarle el fin concreto de sus vagas aspiraciones. Esto ocurrió una noche en su celda, entre unas cuantas monjas parientas y amigas íntimas suyas, que dieron en discutir, completamente ajenas a la trascendencia del asunto, sobre las dificultades que ofrecía para la vida contemplativa el ambiente secular de la Encarnación. Estaban presentes María del Campo y su hermana, dos sobrinas de Teresa. Una de éstas, seglar, por cierto, y muchacha, que sólo se había distinguido hasta entonces por su apego al mundo, interrumpió la conversación, exclamando con inusitado fervor: «Pues vámonos los que estamos aquí a otra manera de vida más solitaria, a manera de ermitañas.» No pararía en esto la cosa. Había entre aquellas mujeres un espíritu superior dotado para las grandes visiones. Nada podía causar mayor placer a Teresa que ver el giro que la sencilla charla había tomado. Inconscientemente, aquellas monjas se encontraron de pronto estudiando la posibilidad y hasta el coste de un pequeño monasterio, donde sus escogidas moradoras pudiesen saciar su sed de devoción. María del Campo ofreció mil ducados de su dote para tal fin.

Pocas de ellas tendrían el convencimiento al retirarse a sus celdas aquella noche, de haber inaugurado una revolución en la historia religiosa del mundo. Así, en la celda de Teresa, entre unas cuantas monjas, empezó la reforma de la orden carmelita.

Teresa confió todo lo que había acontecido doña Guiomar de Ulloa, quien a su vez acogió el caso como una revelación. Las palabras de una niña irreflexiva habían hecho alborear en la mente de Teresa la posibilidad de un proyecto, que si bien lo había ya discuti-

do con su benévola amiga, jamás se habían aventurado éstas a contemplarlo fuera del horizonte de los ensueños.

La piadosa doña Guiomar se encargó de procurar la dotación necesaria, y como Teresa, opuesta siempre a obrar a ciegas, vacilase todavía, acordaron piadosamente encomendar a Dios el asunto.

En realidad, el régimen de la Encarnación no era en ningún sentido favorable para el recogimiento y la austeridad que Teresa se creía en el deber de practicar. Una vez pasado el dolor de separarse de la familia, las damas de la nobleza que entraban en aquel convento pasaban la vida en sus soleados jardines y frescos claustros tan placenteramente como en las casas de sus padres, donde las costumbres impuestas a las mujeres por el espíritu de aquella época, creaban un ambiente de reclusión monástica. Sólo había en ellas de mundano la estricta observancia de una etiqueta inflexible y cargante por lo ceremoniosa. La nobleza era un privilegio que se hacía valer entonces dentro de las tapias del convento, tanto como en la vida social, por lo que tácita e indiscutiblemente se acordaba a las religiosas de grandes familias, todas las consideraciones y distinciones posibles en el claustro. Las noticias y chismes del mundo continuaban regalando sus oídos en el locutorio, siempre lleno de jóvenes alegres, amigos y parientes, atraídos allí por el ambiente de ocio y la frescura del lugar, en las tardes de verano. De este modo adquiría un encanto especial la rutina del convento, y no tardaban esas jóvenes en convertirse en monjas complacientes y bonachonas, para quienes la existencia se deslizaba sin dejar en sus almas huella de amargura. Antes del Concilio de Trento, las monjas gozaban de tanta libertad para entrar y salir del convento como si estuviesen en sus casas. Mucha más libertad tenían allí, pues el hábito era una protección y una garantía de respeto que le faltaba a la mujer del siglo. Al abrazar la vida religiosa, las monjas no se despojaban de su rango ni de sus títulos. A Teresa de Jesús se le llamaba en el noble convento de la Encarnación, según lo exigía la etiqueta, magnífica señora doña Teresa de Ahumada. La laxitud de la disciplina conventual de entonces, engendraba peligros que no pudo evadir en absoluto la misma Teresa. Como ya hemos visto, en los comienzos de su carrera faltó poco para que sucumbiese a la fragilidad del terreno por donde caminaba. Conocía, pues, por experiencia, el riesgo que corrían las demás. La siguiente carta, dirigida a una monja de un convento de otra Orden, que adolecía de la misma frivolidad que la Encarnación, no carece de interés en esta parte de nuestra historia.

«Antes que fuesen comenzados estos monasterios, estuve veinticin-

co años en uno, donde había ciento y ochenta monjas, y porque estoy de priesa sólo diré, que a quien ama a Dios, como vuestra merced, todas esas cosas le serán cruz, y para provecho de su alma, y no tocarán en dañarlo. Si vuestra merced anda con aviso de considerar que sólo Dios y ella están en su casa; y mientras no tuviere oficio que la obligue a mirar las cosas, no se la dé nada de ellas, sino procurar la virtud que viere en cada una, para amarla por ella y aprovecharse y descuidarse de las faltas que en ella viere. Esto me aprovechó tanto, que, siendo las monjas con quien estaba, muchas en número, no me hacían más al caso que si no hubiera ninguna, sino provecho. Porque, en fin, señora mía, en toda parte podemos amar a este gran Dios. Bendito sea Él, que no hay quien pueda estorbarnos en esto.»

Por otra parte, sabemos también que Teresa sentía cariño por la Encarnación. Fué el único hogar que conoció durante un cuarto de siglo, y, al abandonarlo, no es extraño que se sintiera ligada por una tierna afección hacia sus compañeras y hacia los mismos objetos inanimados, mudos testigos de una parte tan interesante de su vida. Hasta la desnudez de las paredes de su celda, tendría para ella el atractivo misterioso de la intimidad, pues, es tan poderosa la ilusión producida por este fenómeno de la emotividad humana, que todo, un árbol, una planta, un arroyuelo, pueden llegar de un modo inexplicable a formar parte tan intrínseca de nuestra existencia, que nos parece imposible que la de ellos continúe sin nosotros.

Llegado el momento de separarse de todos aquellos seres y cosas que el tiempo y los recuerdos habían hecho inseparables de su vida, Teresa se sintió el alma presa de un sentimiento instintivo de amor al pasado y de desconfianza en el porvenir. Pero su gran ánimo no se arredró ante nuevas pruebas y cuidados que había de coronar el éxito. Bien pronto se disipó la niebla del futuro ante su vista; Cristo se le aparece y le ordena que ponga manos a la obra con toda su voluntad, que dé cuenta de este mandato a su confesor, diciéndole que el Señor no quería que la estorbasen ni se opusiesen a la ejecución de lo que ella proyectaba. No una, sino varias veces, oyó Teresa el divino aviso de restaurar en un humilde convento de nueva fundación la relajada disciplina de los Carmelitas.

El sentimiento de que sus impulsos obedecían a causas transcendentales, constituía de por sí la más poderosa palanca para vencer la resistencia que en su ardua empresa le presentarían las conveniencias y prejuicios humanos. El sentirse libre de responsabilidad cuando él ejecuta un mandato ajeno, da siempre un gran aplomo y acometividad. Teresa no podía dejar de confirmar esta ley humana.

La causa de su éxito reside en la dualidad de su carácter. De no haber sido una mujer eminentemente práctica, su misticismo, por sí solo, de bien poco le hubiera servido para llevar a cabo la fundación de un nuevo convento. Sin embargo, encontró en él un manantial inagotable de inspiración y de energía, sin el cual tampoco hubiese podido realizar, a pesar de sus esfuerzos, el ideal de su vida.

Sus cartas nos revelan una personalidad bien diferente y más simpática que la desacertada pintura que de ella nos han hecho hasta aquí católicos y protestantes en su eterna obstinación de combatir un error con otros errores. Astuta, libre de prejuicios, autoritaria y de una mentalidad prosaica, Teresa, al descender a la práctica de la vida, dejaba de ser la monja visionaria, transformándose en una sencilla señora castellana que trataba de fundar conventos y del bien de las almas con el mismo sentido de la realidad que si se tratase de asuntos domésticos. Estaba desprovista en absoluto de todo interés personal, y conocía al dedillo sus cuentas. El desarrollo extraordinario de la intuición en Teresa, lo que tantos confundían con el don, fué un arma poderosa que ella supo utilizar astutamente para su gran obra de la Reforma. No necesitaba del estudio ni de la experiencia para conocer el carácter de las gentes cuya cooperación le era indispensable. Lo mismo era con ellas, zalamera y aduladora, que indiferente a todo poder y rango. Las cantaba las verdades claras cuando lo consideraba necesario.

Su plan estuvo bien lejos de ser precipitado o falto de reflexión. Empezó a tenerlo bien maduro en su mente antes de sostenerlo por escrito al examen de su confesor Álvarez. Ella se daba muy buena cuenta de las enormes dificultades que tenía que vencer. Valiéndose de una especie de terrorismo religioso—que no a otra cosa equivalía el *mandato divino* de que hemos hablado antes—, consiguió que no se opusiese a sus proyectos el confesor. Mas así y todo, no se hizo éste ilusiones sobre la suerte que correrían en tan singular empresa dos mujeres solas, sin influencia ni dinero; como buen jesuíta, se sacudió las moscas, descargando toda la responsabilidad en las espaldas del Provincial de los Carmelitas, Fray Ángel de Salazar. Teresa, que con su admirable conocimiento de los hombres llegó al fondo del pensamiento del jesuíta, esperó unos meses antes de dirigirse a Salazar, evadiendo así el peligro de una negativa. En realidad, esperó a contar con el apoyo de dos hombres de tan notoria sabiduría y santidad, que no fuese posible pasar sus opiniones por alto. Estos hombres fueron los que la Iglesia llama más tarde San Pedro de Alcántara y San Luis Beltrán.

Los acontecimientos vinieron a hacer que las palabras de estos ilustres varones fuesen consideradas como proféticas, y no es de extrañar, tratándose de un reformador tan identificado con Teresa en obras y aspiraciones, la promesa que en nombre del Señor hiciera a ésta Fray Pedro de Alcántara de que conseguiría el triunfo por más que a ello se opusieran los hombres. La siguiente carta del sabio dominico Fray Luis de Beltrán, de Valencia, no pudo ser más concisa y significativa:

«Madre Teresa: Recibí vuestra carta, y como el negocio sobre el cual me pide consejo es de tal manera para el servicio del Señor, he querido encomendárselo en mis pobres oraciones y sacrificios, y esto ha sido la causa de mi tardanza en contestar. Ahora os digo, en el nombre del mismo Señor, que tengáis ánimo para emprender obra tan grande, porque Él os ha de ayudar y de favorecer. Y en su nombre afirmo que antes de cincuenta años será nuestra religión una de las más ilustres de la Iglesia de Dios. Él guarde a vuestra merced, etcétera. En Valencia, Fray Luis de Beltrán.»

«Ved por el estilo de esta carta—dice Yepes—con qué franqueza y sencillez conversan entre sí los Santos.»

En vista de la doble garantía de Fray Luis de Beltrán y Fray Pedro de Alcántara, doña Guiomar no encontró dificultad en obtener del Provincial de los Carmelitas la venia para la empresa en que se proponía ayudar a Teresa. Una vez dado este paso, las dos mujeres empezaron a tratar la compra de una casa en el lugar ocupado hoy, precisamente, por el convento de San José. ¡Pobres mujeres! ¡Cuán ajenas estaban de que el tan ansiado permiso les sería retirado con la misma facilidad que les fué concedido! El Provincial, a pesar del parecer de dos Santos, no se sintió capaz de hacer frente a la tormenta que se le vino encima. No bien se extendió por Ávila la noticia de las gestiones de Teresa y su amiga, fueron éstas convertidas en el hazme reír de las gentes. Refiriéndose a ésta, dice Rivera: «Era el demonio que adivinaba el daño que de allí le podía venir, aunque nunca creo yo temió él tanto cuanto le ha venido y vendrá.» El acontecimiento era discutido en corrillos y en son de alarma por viejos y timoratos hidalgos castellanos. Disparates de mujeres, sueños vanos, planes irrealizables, decían unos. Quédese la monja en su convento, que es el mejor sitio para las mujeres, decían otros. Y cuando los canónigos salían a tomar el sol a lo largo de las murallas de la ciudad, hablaban del proyecto de Teresa frunciendo el cejo y meneaban la cabeza como anticipando la reprobación eclesiástica. En fin, la pobre monja corretona y su amiga eran el blanco de todas las burlas de Ávila. En la Encar-

nación no fué menor la alarma y el alboroto que en la ciudad. No hay ambiente más favorable que el de la reclusión para las murmuraciones y el despertar de los odios y las animosidades personales. Se le acusaba a Teresa en el convento de haber perturbado para siempre su tranquila existencia y de haber adoptado una conducta que era un insulto a la pureza de la vida y de la disciplina conventual. Doña Guiomar, por su parte, no corrió mejor suerte. No sólo luchó contra la oposición de su familia, sino que el día de Navidad llegó su confesor a negarle la absolución mientras persistiese en un proyecto que era causa de tanta maledicencia y escándalo.

Ahora podía ver lo que sufrieron los santos fundadores de religiones. «Esto no era más que el principio de las persecuciones. Muchas más tendrás que pasar; pero no temas nada, que yo estaré siempre a tu lado.» Así hablaba la voz divina al oído de Teresa, sirviéndose ésta de tan confortantes palabras para animar a su compañera.

Bien necesitadas estaban las dos mujeres de confianza y valor. El día antes de la compra definitiva de la casa, esto es, la víspera de realización de tantos sueños y esperanzas, vieron todos sus planes por tierra repentinamente. Salazar, no pudiendo con el peso de tantas habladurías y murmuraciones, se decidió a retirarles su consentimiento, valiéndose del pretexto de que no contaban con medios suficientes para tan seria empresa. Hasta entonces al abrigo de la autoridad del Provincial, las dos mujeres habían podido hacer frente a las burlas del prójimo. Teresa, en particular, pudo resistir de ese modo el ambiente de oposición que sus planes habían creado en toda la Orden. Mas, una vez perdido su único sostén, quedaron indefensas, abandonadas a la calumnia y a las chanzas de sus amigos. Cuántas veces no oirían la consabida frase: *ya te lo decía yo*. Pocas personas se abstuvieron de mostrar su regocijo por la derrota de Teresa. Algunas monjas de la Encarnación tuvieron que defenderla contra la mayoría, que llevaban su ira al extremo de querer encerrar en las mazmorras del convento, a la fracasada fundadora. El mismo confesor, de quien Teresa, según sus propias palabras, esperaba algún consuelo, le prohibió terminantemente volverse a ocupar del asunto que le era tan querido, aconsejándole se convenciese a sí misma de haber sido víctima de un ensueño. No faltó quien le aconsejara también en el seno de la amistad, que tuviese cuidado con la Inquisición, pues ya se había extendido por Ávila el rumor de que ella obraba en obediencia a una revelación de Dios. «A mí me cayó esto en gracia—dice Teresa—y me hizo reír.» Amonestación tan inocente como bien intencionada, dió origen, según vamos a ver, a la obra más grande de Teresa. La monja

de la Encarnación no era mujer que se apocaba fácilmente. Los obstáculos fortalecían su voluntad indomable. Al contemplar impávida el derrumbamiento de sus planes y esperanzas, viendo perdido en un momento el trabajo incesante de tantos meses, asombró a cuantos incapaces de comprender la grandeza de su carácter, esperaban verla sumida en el bochorno y el desaliento. Todos los que compartían con Teresa sus aspiraciones e ideales, se creyeron ya derrotados por completo, mas ella no dejó de confiar un momento en el triunfo de una causa que creía identificada con el Todopoderoso. La persecución, que sólo sirvió para avivar en el alma de Teresa aquella energía en estado latente, que el misticismo había desviado, pero no en manera alguna consumido, dió un completo y definido relieve a su obra. Antes de que el Provincial retirase su consentimiento, las desamparadas mujeres, acusadas por alguien de estar obrando bajo su propia y exclusiva responsabilidad, hicieron confidente de su empresa a un fraile dominico del gran convento de Santo Tomás. Ganar de este modo para su causa la Orden entonces más poderosa en España, fué, indudablemente, una idea magistral, digna del talento diplomático y del tacto de Teresa.

Ésta, y su amiga doña Guiomar, vacilaron al principio entre recabar el auxilio de los jesuítas o el de los dominicos, pero como la Compañía de Jesús estaba todavía en sus comienzos, decidieron excluirla de un conflicto que podía acarrearle enemistades y hasta poner en peligro su existencia en Ávila.

Decididas, pues, a recurrir a los dominicos, tuvieron su primera entrevista con Ibáñez en la iglesia de Santo Tomás, empezando Teresa por presentar y defender su plan, y defenderlo bajo un punto de vista exclusivamente práctico, esto es, como una necesidad social, no haciendo la menor alusión en sus argumentos a la parte que en la concepción de su empresa pudiera tener la inspiración divina. Ibáñez, como tantos otros, estaba prevenido contra un proyecto en todas sus apariencias tan disparatado como impropio de mujeres.

Cuando Teresa tomaba parte en alguna discusión, llegaba con el atractivo de su personalidad y de sus palabras a poner en un aprieto a los hombres más inteligentes y expertos en toda clase de sutilezas dialécticas. Pocas personas podían resistir la natural elocuencia exenta de afectaciones y eufemismos acrecentada al calor de la gloriosa idea que la dominaba. Es de suponer que en su primera entrevista con Ibáñez se sirviese de argumentos y frases iguales o semejantes a las que emplea en su vida al hablar de los orígenes de la Reforma. Siendo esto así, no vacilaría en describir ante el severo dominico

como un «atajo del infierno» la disciplina conventual de entonces que ella tan bien conocía.

«Si los padres tomasen mi consejo, quisieran más casar a sus hijas muy bajamente que meterlas en monasterios donde hay más peligros que en diez mundos juntos; que la mocedad y sensualidad y el demonio las convida e inclina a seguir algunas cosas que son del mesmo mundo. ¿Qué se ha hecho del espíritu y fervor (exclama con amargura) y de esa locura que, en los siglos pasados, inundaba de luz los primeros esfuerzos de los religiosos, entregados ahora a una rutina torpe y embrutecedora? ¡Ya parece se acabaron los que las gentes tenían por locos, de verlos hacer obras heroicas de verdaderos amadores de Cristo! Ahora nos parece es poca edificación no andar con mucha compostura y autoridad. Hasta el fraile, clérigo o monja, nos parecerá que traer cosa remendada es novedad y dar escándalo a los flacos. Los que debieran ayudar a otros con su ejemplo a caminar en la virtud, tienen completamente olvidadas las cosas de perfección de grandes ímpetus que tenían los santos de otros tiempos entre los religiosos.»

Al oír el grave dominico palabras como éstas, seguramente, pensaría que la casta de santos no se había extinguido todavía. Ibáñez, al cabo de una semana de reflexión, se puso incondicionalmente de parte de las dos buenas mujeres tan perseguidas por la animosidad y el instinto rutinario de una ciudad entera. ¿A qué se debió el milagro? ¿Fué el efecto producido en la caballerosidad del fraile por muestras tan conmovedoras de la credulidad femenina? ¿Excitaría en Ibáñez, hombre al fin, ese espíritu de oposición que todos poseemos, el recado de un hidalgo de Ávila predisponiéndolo contra doña Guiomar y Teresa, o fué acaso la seráfica elocuencia de ésta lo que ganó la voluntad de un hombre de tanto saber y prudencia? Sea lo que quiera, Teresa contaba con una nueva influencia en favor suyo de un valor incalculable. Durante los cinco meses que ésta tuvo abandonados sus planes, pues jamás hubiese soñado en quebrantar el mandato de su confesor, el mismo Ibáñez, con la ayuda de doña Guiomar, dió los pasos necesarios para conseguir el breve de Roma, autorizando la fundación del nuevo convento. Además, esta actitud del ilustre dominico, no dejó de producir cierto efecto en la opinión pública, convirtiendo al apocado Salcedo y al maestro Daza en firmes sostenedores de un proyecto que hasta entonces habían mirado casi con gran recelo.

No fué eso todo. Ante la amenaza de la Inquisición, Teresa decidió consultar a Ibáñez sobre el origen y la índole de los extraños fe-

nómenos de su vida espiritual; éste le suplicó encarecidamente que le expusiese el caso por escrito, lo que ya había hecho antes con sus confesores, según sabemos, aunque no con tanta extensión y minuciosidad como al acceder a la súplica de Ibáñez. En hacer una vez más por escrito la revelación de los secretos de su alma empleó los seis meses que estuvo reducida a la inacción por orden de su confesor. No perdió el tiempo en ese período de su vida, pues su autobiografía, a pesar de las muchas faltas de cohesión y de lógica, de sus extensas digresiones y, en general, de su vaguedad de estilo, es una de las obras más notables, en su género, que jamás se hayan escrito. Teresa no tenía gran fe en su habilidad literaria. En la *Vida*, da más importancia a la parte que trata de sus luchas espirituales y pecados, por creer, sin duda, que ese era un modo de ayudar en el camino de la perfección a los demás, que al *Tratado de la Oración*, uno de los tesoros de la mística castellana, intercalado, al parecer, en la obra sin motivo ni razón alguna. Teresa hizo de la lectura del *Tratado* un privilegio que sólo disfrutaron contadas y escogidas personas; pues no siendo un secreto para su extraordinario sentido común los peligros del misticismo, tuvo siempre buen cuidado de que no cundiese entre las monjas de sus conventos.

Por mucho que Teresa debiese a Ibáñez, no es menos lo que éste debía a Teresa. Eran, además de confesor y penitente, amigos interesados en la misma causa, partícipes que aportaban al fondo común, el uno, los tesoros de la ciencia; el otro, los de la revelación. El sabio aclaraba muchos puntos teológicos de difícil comprensión para la monja, y ésta, a su vez, guiaba al dogmático escolástico a las regiones del misticismo. Influído por Teresa, Ibáñez, en una ocasión, se retiró del mundo durante dos años, entregándose a la oración y a la vida contemplativa en la reclusión de un apartado monasterio. No fué privilegio exclusivo de la Orden de Predicadores el prestar apoyo a la Reforma teresiana. También cupo a los jesuítas la gloria de haber ayudado moralmente a la fundadora de los Carmelitas Descalzos. Todavía disputan los jesuítas y dominicos sobre la influencia de sus Órdenes respectivas en la obra de Teresa y la distinción que ésta les concediera, pues si bien se titulaba ella misma «hija de la Compañía», con no menos orgullo se llamaba, a la vez, «dominica *in passione*». Por una circunstancia fortuita, la llegada de un nuevo rector de la Compañía de Jesús, Teresa pudo volver a ocuparse del proyecto que tanto tiempo había tenido abandonado por orden de su director espiritual. Una de las reglas fundamentales de la Compañía es la sumisión ciega al superior, siendo interpretación casuística que dan a los

fines del confesonario lo más característico de su espíritu. Partiendo de estos dos puntos, no es ilógico suponer que la oposición de Álvarez al proyecto de su penitente fuese impuesta por el rector Velázquez. Trasladado éste de Ávila a otra residencia, el encuentro en el confesonario de Teresa y el nuevo rector, Padre Gaspar Salazar, dió origen a un sentimiento de simpatía entre sus dos almas, y es de notar que desde este momento la resistencia del director espiritual de Teresa, el Padre Álvarez, se suavizó palpablemente, perdiendo toda su rigurosidad. Dado el incremento que iba tomando la Compañía de Jesús en España, el apoyo de Salazar no era menos valioso para la obra de Teresa que el de Ibáñez. La evidente relajación de la disciplina de la Orden de los Carmelitas en aquellos días, era un hecho que no podían dejar de apreciar en toda su transcendencia hombres de la altura intelectual de Ibáñez y Salazar. Sin embargo, razones tan palpables y de tanta fuerza eran insuficientes para servir de fundamento y garantizar el éxito de una empresa tan necesaria, como la proyectada por Teresa. Para encontrar el apoyo que le era indispensable en los comienzos, ésta, tal vez inconscientemente o quizás obrando a impulso de su extraordinaria perspicacia, tuvo que valerse del fanatismo y de la superstición de aquella época. ¡Cuán triste! Entonces, lo mismo que ahora, nada podían los fueros de la razón y del sentido práctico contra los prejuicios de la rutina y el sentimentalismo.

Si no con la cooperación de su confesor, al menos con su sanción, tenemos a Teresa otra vez en la brecha, dispuesta a no cejar en su labor. La suerte de su empresa no depende más de la nimiedad de carácter de un director espiritual.

Ahora veremos cómo Teresa supo aprovechar las enseñanzas de la experiencia.

Vivía en Alba, cerca de Ávila, una hermana suya, Juana, casada con Juan de Ovalle, cuya pobreza era tan grande, como encumbrado su linaje. Aleccionada por el pasado, Teresa no tuvo escrúpulos en persuadir a este caballero de que viniese a Ávila y comprase en su nombre la casa que necesitaban para el nuevo convento, valiéndose además de la presencia de su hermana Juana en la ciudad, para ausentarse de la Encarnación cuando convenía a sus proyectos, sin despertar sospechas de ningún género. En realidad, todo el mundo creía que Ovalle y su mujer iban a establecerse en Ávila. Mas no se salvaron así todas las dificultades. Desde el 10 de agosto de 1561, fecha en que Juana salió de Alba para trasladarse a la ciudad vecina, hasta Navidad del mismo año, la vida de Teresa fué una lucha incesante contra innumerables entorpecimientos. Se había tomado la pre-

caución de hacer aparecer a doña Guiomar de Ulloa al frente de la empresa, mas de hecho era Teresa quien la dirigía, yendo y viniendo a hurtadillas de la Encarnación al convento, dando planes y vigilando a los obreros, atormentándose con dudas y temores sobre si la casa sería lo suficientemente grande para albergar a sus futuras moradoras, infundiendo ánimos a los demás, y hasta reuniendo con gran trabajo los fondos necesarios para salir de inminentes apuros, pues doña Guiomar no disponía de mucha fortuna, y es sabido que sin dinero no pueden arreglárselas ni los santos. En ocasión en que se sintiera descorazonada por las muchas faltas de la casa, la voz divina susurra a su oído palabras de aliento y de consuelo singularmente hermosas. ¿Por qué no reconocer en ellas sus propios pensamientos, haciéndose sentir con una lucidez inusitada ante la presión de las circunstancias?... «Ya te he dicho que entres como pudieres. ¡Oh, codicia del género humano, que aun tierra piensas que te ha de faltar! ¿Cuántas veces dormí yo al sereno por no tener a donde me meter?»

«Ahora me espanto cómo lo pude sufrir (dice en su *Vida)*. Algunas veces afligida, decía: Señor mío, ¿cómo me mandáis cosas que parecen imposibles, que aunque fuera mujer, si tuviera libertad, más atada por tantas partes, sin dineros, ni de a donde los tener, ni para breve ni para nada, qué puedo yo hacer, Señor?» A pesar de las trabas puestas a su libertad personal y de otros muchos obstáculos, consiguió reunir lo necesario para la compra de la casa y se aventuró a emprender las alteraciones y reparaciones necesarias, confiando sólo en la Providencia para pagar a los obreros. En efecto, después de lo ocurrido a Teresa en esta ocasión, no es fácil resistirse a creer que la fe obra milagros. En el momento de mayor apuro, Teresa recibió un donativo en dinero de su hermano Lorenzo, que se hallaba entonces en el Perú, coincidencia en la que tanto ella como los que la rodeaban, vieron de un modo palpable la acción directa de la mano de Dios.

«Creo que fué movimiento de Dios (dice Teresa en su contestación) el que vuestra merced ha tenido para enviarme tantos dineros; porque para una monja como yo, que ya tengo por honra, gloria a Dios, andar remendada, bastaban los que habían traído Juan Pedro de Espinosa y Varona, para salir de necesidad por algunos años... Favoréceme esta señora, doña Yomar (sic), que escribe a vuesa merced. Fué mujer de Francisco de Ávila, de los de la Sobralejo, si vuestra merced se acuerda. Ha nueve años que murió su marido, que tenía un cuento de renta: ella por sí tiene un mayorazgo, sin el de su marido; y aunque quedó de venticinco años no se ha casado, sino

dádose mucho a Dios. Es harto espiritual. Ha más de cuatro, que tenemos más estrecha amistad que puedo tener con una hermana; y aunque me ayuda, porque da mucha parte de la renta, ahora está sin dineros; y cuanto toca a hacer y comprar la casa, hágolo yo con el favor de Dios... Hanme dado dos dotos, antes que sea, y téngola comprada, aunque secretamente; y para labrar cosas, que había menester, yo no tenía remedio. Y es así, que solo confiando (pues Dios quiere que lo haga Él me proveerá) concierto los oficiales. Ello parecía cosa de desatino: viene su Majestad, y mueve a vuestra merced para que la provea; y lo que más me ha espantado es, que los cuarenta pesos que añadió vuestra merced, me hacían grandísima falta; y San José (que se ha de llamar así) creo hizo no la hubiese; y sé que lo pagará a vuestra merced. En fin, aunque es pobre y chica, más lindas vistas y campo tiene. Aun esto se acabe.»

Muchas personas contemporáneas de Teresa, impulsadas por el afecto que ésta les inspiraba, dieron rienda suelta a la imaginación, exagerando en el sentido de lo sobrenatural las circunstancias más insignificantes relacionadas con la primera fundación de la Santa. Todo lo recogido de los labios de doña Guiomar de Ulloa, por Rivera, biógrafo de Teresa, tiende también a dar un carácter milagroso a los más triviales incidentes de la historia de esta fundación, como lo prueba la siguiente anécdota. Una noche se desplomó, de repente, una de las paredes nuevas que se habían levantado en la casa, arreglado para convento. Juan de Ovalle, indignado con los obreros, pretendió obligarlos a volverla a levantar, sin pagarles nada por ello; enterada de lo cual, Teresa dijo a su hernana Juana: «Diga a don Juan que no porfie con esos oficiales, que no tienen ellos la culpa, porque muchos demonios se juntaron, con licencia de Dios, para derribarla. Calle y tórneles a dar otro tanto.» Para el espíritu exaltado de Teresa, la cosa más natural del mundo era que Satanás mandase más legiones de demonios a derribar el convento que, según ella, iba a ser un poderoso baluarte contra el infierno. Doña Guiomar de Ulloa quiso desistir de llevar adelante una obra que, a su juicio todopoderoso, parecía desaprobar. Ante ésta, originada por una pequeñez de espíritu que con tanta frecuencia se confunde en España con el sentido práctico, Teresa, dejando la fantasía a un lado, se limitó a contestar a su amiga: «Si se ha caído que la levanten.» Hasta ahora nada hemos encontrado más característico y convincente de la dualidad del carácter de Teresa, que la diferencia de sus respuestas a Juan de Ovalle y a doña Guiomar acerca de la pared derribada por los demonios.

Tampoco faltó un verdadero milagro, el primero por cierto en la

vida de Teresa, según el expediente de su canonización, que sirviese de base a la fama y renombre del nuevo convento. Según Rivera, el más fidedigno por ser el menos crédulo de sus biógrafos y que había conocido a varias de las personas íntimamente unidas a la historia de la fundación, parece ser que Juan de Ovalle, un día, al volver a su casa, encontró a su hijo, el pequeño Gonzalo, muerto, según todas las apariencias, en el umbral de la puerta. «De donde vino esto o que fuese nunca se pudo saber ni si estaba verdaderamente muerto.» Así dice Rivera, haciendo constar en su relación cómo el padre llevó el niño a Teresa, y ésta, tomándolo en los brazos y haciendo callar a la atribulada madre, se cubrió con el velo e inclinó la cabeza hasta tocar la cara del pequeño. Los circunstantes observaron la escena con anheloso silencio. A los pocos instantes, el niño dió señales de conocimiento y extendió las manitas para acariciar a Teresa. Ésta lo presentó a la madre, diciéndole en tono de reconvención: «Oh, válame Dios que ya estaba tan acongojada por su hijo, vele ahí, tómele allá.» El cronista de la Orden da cuenta de este hecho de un modo que si bien no concuerda en detalles con la relación de Rivera, no difiere de ella en esencia. Dice el cronista que estando el niño jugando en la obra del convento, se le desplomó encima un trozo de pared, de cuyos escombros lo sacaron como muerto; que mandaron llamar a Teresa y a su amiga doña Guiomar, que llegaron éstas a toda prisa, y que doña Guiomar tomó el cadáver en sus brazos e imploró a Teresa que suplicase a Dios devolviera la vida al niño. En una edad de tanta superstición e ignorancia como aquella, no es extraño que nadie tratase de averiguar si la rigidez del cuerpo del niño, era efecto de la muerte o de un desmayo, debido al porrazo que había recibido el pobrecito. Por si algo faltase para confirmar que Teresa, en realidad, obró en esa ocasión un milagro, es sabido que al decirle doña Guiomar: «¿Hermana, cómo ha sido esto, éste niño estaba muerto?», notaron los presentes que Teresa no hizo más que sonreír y callar. Este detalle fué más que suficiente para probar el prodigio ante los espíritus sencillos de aquella época y llenar las exigencias de los cronistas de milagros y supercherías del siguiente siglo, no siempre limpios de hipocresía y de doblez. El *resucitado* llegó a ser más tarde uno de los caballeros servidores de los duques de Alba, y sobrevivió a Teresa tres años, muriendo a la temprana edad de veintiocho. Se dice que con frecuencia echaba en cara a su tía, el haberlo privado de una salvación segura al devolverle la vida, advirtiéndole en tono de broma, desde luego, que estaba más obligada que nadie a conseguirle con sus oraciones el cielo, puesto que a no ser por ella ya habría disfrutado de la presencia

del Señor por mucho tiempo. He aquí otra anécdota sobre Teresa, llena de poesía. Durante los preparativos de la fundación, su hermana Juana dió luz a otro hijo, al que se cristianó con el nombre de José, sin duda por la devoción que profesara su tía a este santo. «Plega a Dios niño que si bueno no has de ser te lleve Dios así angelito antes que le ofendas», exclamó Teresa un día, teniendo a este sobrinito en los brazos. Este niño murió en su infancia, y en brazos de Teresa precisamente. Se dice que cuando ocurrió esto, doña Juana, mientras Teresa contemplaba fijamente el cuerpo del niño, que aún no había helado la muerte, vió con gran admiración que el rostro de su hermana se transfiguraba, adquiriendo una belleza angelical. Teresa se disponía a dejar la habitación para que la angustiada madre pudiese desahogarse a solas, cuando ésta le dijo con un tono de perfecta tranquilidad, que no se fuera, pues ya sabía que el niño estaba muerto. Teresa entonces, con semblante risueño, exclamó: «cosa es para alabar al Señor ver que de ángeles vienen por el alma cuando se muere uno de esos angelitos». Difícil sería poder apreciar hasta qué punto había llegado a sugestionar Teresa la imaginación de los que la rodeaban, a juzgar por los hechos que acabamos de referir. Estos ocurrieron en fecha muy anterior a la época en que adquirieron popularidad, circunstancia que haría imposible hasta en aquellos mismos días, la tarea de depurar estas historias de todo lo que no fuese estrictamente real. La devoción por la santa, cuya verdadera grandeza se había revelado en los detalles más insignificantes de su laboriosa vida, debió ser la causa de que el transcurso del tiempo enalteciese con la aureola de lo sobrenatural, hechos normales y perfectamente explicables.

El caso que a continuación vamos a relatar no tiene más apoyo histórico que el testimonio de doña Guiomar, pero de ser cierto, bien fácilmente podría darnos lugar a creer que hubo ocasiones en las que Teresa contribuyó ella misma a fomentar la leyenda de su *Vida*, tal vez, por satisfacer inocentemente la expectación provocada por su creciente popularidad, o bien, para aprovechar en favor de su causa el ascendiente que así podría adquirir en ciertas esferas sociales. He aquí el hecho a que nos referimos. Habiendo doña Guiomar mandado a pedir a su madre, en Toro, cierta cantidad que necesitaban para continuar las obras de la fundación, y como no abrigase muchas esperanzas de que sus súplicas fuesen atendidas, Teresa la llamó un día y le dijo que se alegrase, porque acababa de ver cómo su madre había entregado el dinero al mensajero en una de las cuadras bajas de la casa y ya estaba camino de Ávila. En efecto, el mensajero llegó corrobo-

rando en todos sentidos la *visión* de Teresa. Ésta, sin embargo, no fué siempre feliz en sus predicciones. La que hiciera sobre su muerte es uno de los problemas de sus apologistas, pues constituyendo un detalle de cierta importancia en la vida de Teresa, tienen que mencionarlo, admitiendo así, por fuerza, un fracaso de la Santa. Al predecir que su hermana María, la de Castellanos de la Cañada, moriría de repente sin los consuelos de la Iglesia, no acertó más que en la segunda parte de su profecía. En realidad, no tuvo eso nada de maravilloso, pues María vivía muy alejada de toda población en el campo.

¡Cuántos seres más grandes que Teresa no se han visto inexorablemente condenados a apoyarse en la superstición y la credulidad de los ignorantes para realizar grandiosos ideales! ¡Qué cruel es la desgraciada humanidad con esos espíritus elevados cuya superioridad no comprende! La rutina de la vida forzó a Teresa en muchas ocasiones a obrar en perfecto desacuerdo con su voluntad y su temperamento. Mas ella lo subordinó todo al objeto principal de su vida. Su idea de comenzar en un humilde convento la reforma de la Regla Carmelita sólo dejó de ser un motivo de escándalo y de risa al aparecer un día iluminada ante las gentes con la irradiación de lo sobrenatural.

Tan humilde y modesto fué el proyecto de la primera fundación de Teresa, como grandes y amenazadores los peligros que presentaba. San José y María le aseguraron el rescate de sus pecados y, en una ocasión en que Teresa oía misa en el convento de Santo Tomás, le pusieron al cuello una gargantilla de oro con su cruz, en prueba de la protección que estaban dispuestos a prestarles a ella y a su convento. Santa Clara, apareciéndosele radiante de belleza, también le ofreció su ayuda. Mas a pesar de tan valiosos intercesores, Teresa no estaba, ni con mucho, a salvo de la Inquisición, en cuyos calabozos corría peligro de pasarse la vida, como cualquiera de los muchos impostores y visionarios de aquella época. En apariencia, ya lo hemos dicho, sus visiones eran del mismo carácter que las de aquella Magdalena de la Cruz, condenada a reclusión perpetua después de haber sido treinta años priora de un convento, donde había figurado como ejemplo de bondad y de virtud. ¡Cuál no sería el efecto producido en Ávila, en un principio, por las visiones de Teresa, cuando hasta fué censurada en un sermón de un fraile, tan a las claras, que sólo faltó que la nombrase por su nombre y apellido! Su hermana Juana, que se encontraba con ella en la iglesia, se escurrió apresuradamente del templo, llena de vergüenza y confusión. A partir de ese encuentro, hizo cuanto pudo por que Teresa volviese a la Encarnación, y se dice, además, que no volvió a ocuparse del nuevo convento, dejando a doña Guiomar toda la carga.

Este año tan rico de emociones para Teresa, va ya a tocar a su fin. Las bulas para la fundación solicitando de la Santa Sede que el nuevo convento estuviese regido directamente por el Obispo de Ávila, estaban pedidas en Roma. Este era el único modo de librar de la saña de sus adversarios, entre los que no dejarían de figurar en primera fila los mismos carmelitas, como ya lo sospechaba con razón Teresa. La Orden, compuesta al fin de seres humanos, no podía mirar con buenos ojos el plan de una monja en el que iban hermanados el atrevimiento de exponer ante el público la relajación de la Regla y la pretensión de reformarla, devolviéndole su primitiva pureza.

Teresa hizo por esta época un viaje a Toledo, que había de ser la causa de la completa modificación de uno de los puntos esenciales de su proyecto inicial. Hemos de tener presente, que estaba obrando a espaldas del Provincial de la Orden, mas a pesar del sigilo con que llevaba a cabo la realización de su empresa, se tenían noticias de ella en Ávila por rumores que, en realidad, no siempre alcanzaban crédito. Salazar, que había estado ausente mucho tiempo y no sabía nada del asunto, estaba para llegar a Ávila de un momento a otro, lo que tenía a Teresa con el alma en un hilo, temiendo que, al enterarse de lo que ocurría, le echase abajo con un mandato todos sus planes. Ocurrió que, en la noche de Navidad, recibió Teresa órdenes de Salazar de partir con una compañera a Toledo, con la misión de consolar a doña Luisa de la Cerda, hermana del Duque de Medinaceli, que acababa de perder a su esposo Arias Pardo, sobrino del cardenal de Tavera de Toledo, y uno de los hombres más ricos de España. La buena señora estaba sumida en un tal estado de desconsuelo, que sus amigos desesperaban de verla restablecida. Teresa vió en el mandato de Salazar el fracaso de todos sus esfuerzos. Lo mismo creyeron sus amigos y sostenedores al ver que iban a quedarse solos y sin dirección. Suplicaron a Teresa con insistencia que escribiese a Salazar y se quedase en Ávila a toda costa, haciéndole poner en juego, para este fin, sus influencias más valiosas. Pero todo fué inútil. Las órdenes del Provincial no admitían dilación. El rector de los jesuítas de San Gil, a quien Santa Teresa había acudido en busca de auxilio, la instó con gran interés a obedecer. Estábamos en éstas, cuando una noche, mientras las monjas cantaban en el coro los Maitines, Teresa cayó en un profundo arrobamiento, durante el cual una vez más le habló la voz divina diciéndole que convenía se ausentase temporalmente de Ávila, pues se tramaba una gran intriga contra su convento para cuando llegase el Provincial.

No podemos pasar por alto que, en el último de diciembre de este

mismo año, fué la fecha en que Teresa escribió a su hermano Lorenzo, que se encontraba en el Perú, la primera de esas cartas inimitables que afortunadamente han llegado hasta nosotros, y son quizás el más rico tesoro epistolar de la lengua castellana. En estos trabajos espontáneos de su pluma, caracterizados a veces por cierta sequedad didáctica y otras por su gracejo y finura, es donde mejor se revela la personalidad de Teresa. Ponen de manifiesto las curiosas elucubraciones de su entendimiento, su perspicacia en cuestiones de intereses, su capacidad como administradora y la atención que prestaba a lo más insignificante que sucediese en su derredor. ¡Nada de esas caras largas ni de esa constante preocupación sobre lo *serio* de la vida tan propio de otros santos! Teresa, según demuestran sus cartas, concedía la misma importancia a los enredos y chismes de familia que a la fundación de San José. Es edificante ver descender a esta mujer de las regiones del éxtasis y del misticismo, para ocuparse, por decirlo así, de ajustar cuentas y de refrenar el carácter intrigante de Juan de Ovalle. Éste, a pesar de su alcurnia, apenas si tenía con qué poder vivir (lo que era muy corriente en aquellos días), y estaba empeñado en armar pleito a su cuñada doña María, para que rindiese cuenta de la hacienda heredada de su padre, y que su difunto esposo Martín de Guzmán había dilapidado por mala administración. «Dios le tenga en el cielo», fué todo lo que dijo Teresa un día a Juan de Ovalle para poner punto final a las discusiones y a las querellas de familia. En esas famosas cartas, las exhortaciones espirituales que no podían faltar por no hacerlas demasiado profanas, alternan, exentas de gazmoñería, con rasgos humorísticos, dichos alegres y hasta cuentos de vecinas. Es digno de notar que dichas cartas aparecen firmadas a la usanza de la Encarnación, por doña Teresa de Ahumada, nombre que había de cambiar pronto por otro más humilde, pero que ha inmortalizado la historia: Teresa de Jesús.

Terminada esta digresión, volvamos al asunto principal del capítulo. En los primeros días de enero de 1562, Teresa y su compañera, pues las monjas no viajaban nunca solas, se pusieron en marcha para Toledo, en unión de Juan de Ovalle, a través del Guadarrama, cuyo paso dificultaban las nieves de la estación. Esta fué la primera vez que Teresa salió de su provincia natal, mas los detalles del viaje no nos son conocidos. Probablemente, irían en burros o mulas, único modo posible de caminar por aquellas salvajes alturas llenas de precipicios. Sólo después de tres días de jornada por tan peligrosos senderos, aparecería a su vista ese abrupto promontorio que se eleva imponente y sombrío por encima de la corriente del Tajo. Es la ciudad morisca de

Toledo coronada con su ciudadela y ceñida de antiguas murallas, que protegen sus oscuras y tortuosas calles. Entonces, rompiendo con el esplendor de su novedad la monotonía gris del panorama, resaltaría a sus ojos la enorme cúpula del famoso hospital que acababa de edificar el cardenal Tavera. Las casicas moriscas, con sus blancas y floridas azoteas, agigantaban la silueta del nuevo edificio en la lejanía. Al entrar en Toledo, no se encontraría Teresa, seguramente, en una atmósfera extraña. Los palacios de los poderosos de aquellos tiempos eran todos verdaderas cortes que, como la principal de España, se caracterizaban por una mezcla de lujo mundano y ambiente monacal. La casa de doña Luisa de la Cerda, donde Teresa se vió en esta ocasión tan atendida y agasajada, es la misma, según se cree, que en años posteriores ocupó la comunidad de Carmelitas Descalzas, fijando allí, por fin, después de muchos cambios y mudanzas, su residencia hasta nuestros días. De ser esto cierto, por esos mismos patios y galerías que hoy sólo cruzan unas cuantas humildes monjas vestidas del hábito de Teresa, pasaron un día, en policroma confusión, grupos de soldados, cortesanos, gentiles-homes, dueñas, pajes y halconeros, ceremoniosos eclesiásticos y frailes graves. No obstante este boato y el número de nobles y cortesanos que se disputaban el privilegio de rendirle servicio y homenaje, doña Luisa de la Cerda, en su aflicción, abandonó su trono y su dosel y volvió a todos las espaldas para buscar consuelo y ayuda en la compañía de una humilde monja de Ávila, cuya fama de santa había llegado hasta Toledo. Las intrigas, la adulación, la envidia, las rivalidades, en una palabra, esa atmósfera en que viven los grandes de la tierra, sublevó el espíritu de independencia y de honradez de la pobre monja castellana, a quien confundía y fatigaba la etiqueta y ceremonia observada en su derredor. Ni el boato ni las costumbres principescas deslumbraron a Teresa, antes bien, esclarecieron los ojos de su alma y, a través del oropel de aquella vida, descubrió la inmensa soledad y la tristeza de una gran dama rodeada de criados y servidores, «en los que poco se podía fiar, no pudiendo hablar una palabra más con uno que con otro, por miedo de excitar envidias y celos, privada de su libertad personal y de la espontaneidad en sus acciones, más bien sierva que señora, prisionera de su posición y de su dignidad.»

Teresa medita de este modo sobre las miserias de los grandes:

«Mientras es mayor el señorío, tiene más cuidados y trabajos, y un cuidado de tener la compostura conforme a su estado, que no les deja vivir... Mas está ya el mundo (escribe en uno de los últimos capítulos de su *Vida*, terminada de escribir en casa de doña Luisa) de manera

que habían de ser más largas las vidas, para deprender los puntos y novedades, y maneras que hay de crianza, si han de gustar algo della en servir a Dios; yo me santiguo de ver lo que pasa. El caso es, que ya yo no sabía cómo vivir cuando aquí me metí; porque no se toma de burla cuando hay descuido en tratar con las gentes mucho más que merecen, sino que tan de veras lo toman por afrenta, que es menester hacer satisfacciones de vuestra intención, si hay, como digo, descuido, y aun plega a Dios lo crean.»

Siente que tanta ceremonia le abruma, sigue diciendo, y no acaba nunca de pedir perdón por sus constantes faltas de etiqueta, a lo que difícilmente podía encontrar disculpa en las costumbres de las religiosas, pues entonces los conventos eran considerados verdaderas escuelas de cortesía y exquisita crianza. «Yo, cierto que no puedo entender esto.» «He pensado si dijo algún santo que había de ser corte (se refiere al convento) para los que quisieran ser cortesanos del cielo, y lo han entendido al revés.» La inconsistencia y frivolidad del mundo, en el que hasta ahora no había entrado de lleno, la aturdían y descorazonaban. Aun si se pudieran deprender de una vez, pasara, mas aun para títulos de cartas es ya menester haya cátedra a donde se lea cómo se ha de hacer, porque ya se deja papel de una parte, ya de otra, y a quien no se solía poner Magnífico, hase de poner Ilustre. Yo no sé en qué ha de parar, por que aún no he yo cincuenta años, y en lo que he vivido he visto tantas mudanzas, que no se vivir. Plega a Dios que en la otra vida que es sin mudanzas, no paguemos estas bajezas.»

No vaya a creerse por lo dicho que Teresa adolecía de rusticidad. Cierto que no era una de esas monjas melosas y aduladoras, pero había aprendido la buena crianza en una escuela de la que no tenía por qué ruborizarse, y que le permitía tratar a doña Luisa y a sus damas sin menoscabo de la dignidad, con la misma franqueza y soltura que si fuese igual a ellas, como en efecto lo era por su nombre y nacimiento. Doña Luisa, sencilla y modesta de por sí, concibió un gran afecto hacia Teresa. La cortesía y dulzura de sus maneras y el tacto con que cumplía una rutina que en el fondo menospreciaba, causaron profunda impresión en la noble familia, del mismo modo al no encontrar nada de excepcional ni excéntrico en aquella monja, precedida de tanta fama de santa y visionaria. Esto hizo sufrir a Teresa la molestia de sentirse acechada por la servidumbre, siempre ansiosa de sorprender a la huéspeda en un momento de éxtasis o arrobamiento. No se vió libre tampoco del rencor y de la envidia que en los sirvientes despertara la benévola actitud de doña Luisa hacia una extraña,

mas Teresa, con la atracción irresistible que ejercía en cuantos estaban al alcance de su influencia, convirtió aquellos mezquinos sentimientos en otros de admiración y verdadero afecto.

«Debían por ventura pensar que pretendía algún interés (dice Teresa), y el Señor debía permitir me diesen algunos trabajos cosas semejantes, y otras de otras suertes, porque no me embebiese en el regalo que había por otra parte.»

En resumidas cuentas, su presencia en aquella casa fué una bendición para todos. Desde el ama al último criado participaron insensiblemente en algún modo de la elevación de espíritu de Teresa. Allí conoció ésta a María de Salazar, una parienta pobre y camarera de doña Luisa. Mujer extraordinaria por su capacidad e incesante energía, ha de figurar en el transcurso de nuestra historia como la más ilustre de las prioras de Teresa. Había recibido una educación bastante superior a la que se acostumbraba dar a las mujeres en aquellos días, y de la que hacía alarde con harta inoportunidad y frecuencia, siendo esto causa más de una vez de las censuras de la fundadora, en cuya opinión la ignorancia cuadraba mejor a los santos. La diferencia de educación no pudo por menos de provocar un cierto espíritu de rivalidad entre las dos mujeres. Teresa, en una ocasión, acusó a María de Salazar de haber dado tales pruebas de volubilidad y raposería, que bien pudiera habérselas con los andaluces, a quienes, por lo visto, como buena castellana, Teresa miraba con cierto reojo. De todos modos, María fué una de las más fieles adeptas de la Reforma, y la sinceridad de su afecto y reverencia por Teresa, se manifestaron más que nunca al arrostrar el destierro y la deshonra después de la muerte de ésta, por el arrojo con que defendió aquellos principios que más caros habían sido al corazón de la santa fundadora.

La idea de la Reforma sólo llegó a su completo desarrollo en el espíritu de Teresa durante su estancia en Toledo. Hasta entonces no se había dado cuenta de uno de los puntos más importantes que habían de servirle de base. María de Jesús, novicia en el convento Carmelita de la ciudad de Granada, había concebido un proyecto parecido al de Teresa, el mismo mes y el mismo año en que ésta concibiera el suyo. La novicia, personalidad bien característica de aquel período, como ya veremos, era hija de un relator, y a la muerte de su marido, decidió adoptar la vida monástica, según ella, por mandato de la Virgen María. Era, pues, una mujer de cierta edad, mas no por eso menos llena de fervor y de energía. Con ese desprecio de los sufrimientos físicos, común a todas las grandes figuras religiosas de aquella época, María de Jesús vendió cuanto poseía y se fué a Roma a pie y

descalza en busca de la licencia necesaria para su fundación. Al verla el Papa con los pies ensangrentados, exclamó: «Mujer de gran valor, sea hecho contigo conforme a tu deseo.» Ésta, que debía conocer los proyectos de Teresa, pues Fray Gaspar de Salazar era el consejero de ambas, hizo un rodeo a su vuelta de Roma, que le alargó el viaje más de sesenta leguas, para poder hablar y consultar con Teresa. Las dos mujeres pasaron quince días juntas en íntima comunión. A Teresa no se le había ocurrido jamás mirar las constituciones originales de su orden, que le fueron reveladas ahora por María de Jesús, enterándose así de que la Regla primitiva prohibía a los Carmelitas la posesión de bienes personales o rentas fijas. Este precedente resolvió a Teresa la dificultad, al parecer insuperable, de dotar convenientemente su fundación. El voto de pobreza sería el eje de su reforma, haciendo desaparecer así de su camino el último tropiezo. Hasta entonces su principal empeño había sido poner a salvo su nuevo convento de la miseria que sufría la Encarnación, donde la falta de lo estrictamente necesario tendía a fomentar, no ya la vida contemplativa y la resignación cristiana, sino el descontento y la ambición de bienes terrenales. Modificado así el proyecto en punto tan esencial, lo sometió al juicio de aquellas personas que la inspiraban mayor confianza. Entre éstas encontró que diferían totalmente de ella en opiniones, y el nuevo proyecto fué calificado por la mayoría de sueño y de locura. En la oposición se encontraba Ibáñez, quien, después de mucho estudio y consideración, envió a Teresa dos pliegos enteros de razones teológicas justificando su actitud, a los que contestó la Santa que, «para no seguir su llamamiento y el voto que tenía hecho de pobreza y los consejos de Cristo, de nada le servían su teología ni sus letras». La carta que Fray Pedro de Alcántara escribió a Teresa sobre el mismo punto, fué mucho más del gusto de ésta. Fray Pedro había ido a Toledo en aquella época para visitar a Teresa y satisfacer un requerimiento de doña Luisa. Éste era también, como sabemos, un revolucionario inconsciente en el seno de la Iglesia. Con su incuestionable autoridad dijo a Teresa que los jesuítas y los teólogos tenían conocimientos suficientes para decidir cuestiones canónicas y de conciencia, mas en cuanto a la perfección de la vida sólo podían juzgar de ella los que la practicaban. Otras palabras también dichas en aquella ocasión, son las siguientes, que, a mi parecer, contienen en su simplicidad un fondo de suma transcendencia: «Yo no alabo simplemente la pobreza, sino la sufrida con paciencia por amor de Cristo.» De no ser por estos grandes espíritus, un Fray Pedro de Alcántara, un Francisco de Asís, una Teresa de Jesús, enamorados de la pobreza

que con actos y palabras al lado de los cuales el dogma se convierte en mero juego de palabras desprovistas de significación, han predicado la vindicación de los pobres, han glorificado los andrajos de Lázaro exaltando la fe cristiana a través de los siglos con la aureola inmarcesible del heroísmo, la Iglesia no hubiese podido resistir la marcha avasalladora de los tiempos.

Gracias a este viaje a Toledo, que Teresa creyó al principio iba a ser fatal para su obra, tuvo ocasión de renovar la amistad de un fraile, antiguo profesor suyo, que, según algunos biógrafos, debió ser el dominico Barrón o Fray García de Toledo, de la noble casa de Oropesa. Quien quiera que fuese, no dejaba de ser curioso lo ocurrido en este encuentro de Teresa con el que había sido su confesor. Al reconocerle sintióse presa de un deseo ardiente de acercarse a hablarle y de una tal timidez, que por tres veces se levantó y volvió a sentarse sin osar dirigirle la palabra. La ocasión de ganar para su causa la voluntad de un hombre de talento y de importancia, le hacía sentirse divinamente inspirada de ideas y de palabras. Mas dentro de su humildad temía ponerse en ridículo al dar expresión a los pensamientos que la acosaban, ante un hombre dotado de tan brillantes cualidades para el servicio de Dios. Por fin, no pudiendo resistir más la tentación, escribió en un papel sus pensamientos y lo entregó al dominico. En una carta a Ibáñez sobre este incidente de su vida, dice Teresa:

«El Señor por mi medio le enviaba a decir unas verdades, que sin entenderlo yo iban tan a su propósito, que él se espantaba; y el Señor que debía de disponerle para creer que eran de su Majestad, y yo aunque miserable, era mucho lo que le suplicaba al Señor muy del todo le tornase a sí. Y le hiciese aborrecer los contentos y cosas de la vida. Y ansí sea alabado para siempre, lo hizo tan de hecho, que cada vez que habla me tiene como embobada; y si yo no lo hubiera visto, lo tuviera por dudoso en tan breve tiempo hacerle tan crecidas mercedes y tenerle tan ocupado en sí, que no parece vive ya para cosa de la tierra. Su Majestad le tenga de su mano, que si así va adelante... será uno de los muy señalados siervos suyos, y para gran provecho de muchas almas... No se espante ni le parezcan cosas imposibles, todo es posible al Señor, sino procure esforzar la fe y humillarse de que hace el Señor en esta ciencia a una viejecita más sabia por ventura que él (Ibáñez) aunque sea muy letrado.»

No podemos cerrar este capítulo sin recomendar a la meditación del lector la parte importantísima, aunque al parecer insignificante, que tuvo en la Reforma religiosa llevada a cabo por Teresa una figu-

ra sin relieve alguno en la historia. Gracias a María Jesús, la humilde novicia carmelita de Granada, encontró Teresa la piedra triangular, sostén de su edificio. ¡Cuántos héroes, santos y mártires anónimos desconoce la Humanidad! Sus esfuerzos dispersos, se desvanecerían en la nada sin la aparición del genio en el momento supremo de las grandes realizaciones.

CAPÍTULO VIII

FUNDACIÓN DE SAN JOSÉ

A principios de junio de 1562, el Provincial dió libertad a Teresa para prolongar su estancia en Toledo o volver a Ávila, según le pareciese. Aproximábase la fecha de la elección de la nueva priora del convento de la Encarnación, y esto fué precisamente lo que indujo a Teresa a quedarse en Toledo, pues conocía el deseo general de la comunidad de elegirla para este cargo.

«Para mí (escribe) sólo pensarlo era tan grande tormento, que a cualquier martirio me determinaba a pasar por Dios con facilidad, a éste en ningún arte me podía persuadir; porque dejado el trabajo grande, por ser muy muchas las monjas y otras causas, de que yo nunca fuí amiga, ni de ningún oficio, antes siempre los había rehusado, parecíame gran peligro para la conciencia, y ansí alabé a Dios de no me hallar allá.»

Considerando que la responsabilidad y los trabajos inherentes al cargo de priora podían redundar en perjuicio de la obra a la que estaba entregada en cuerpo y alma, escribió a varias monjas de la Encarnación que no votasen por ella, y decidió salir de Toledo hasta que la elección se hubiese llevado a efecto. Para Teresa, como para todas las almas verdaderamente grandes, ni la ostentación ni el usufructo del poder tenían atractivo alguno. En los conventos de su fundación, gozando ya de autoridad y fama, compartía con las demás monjas el trabajo de la casa, mostrándoles así con el ejemplo cómo el cumplimiento del deber dignifica siempre al hombre e idealiza las más humildes tareas.

«Estando muy contenta de no me hallar en aquel ruido, díjome el Señor que de ninguna manera dejase de ir, que pues deseo la Cruz que buena se me apareja que no la deseche, pues Él me ayudará y que me fuese luego.» En obediencia, pues, a la *voz divina*, Teresa se puso en camino, sorda a las súplicas de los amigos de Toledo que deseaban disfrutar por más tiempo de su compañía. La bula expedida a nombre de doña Guiomar de Ulloa y su madre doña Aldonza de Guzmán llegó a Ávila la misma noche que Teresa, de vuelta de Toledo; rendida y cubierta de polvo, se apeó de su cabalgadura a la puerta de la Encarnación. En esta coincidencia no fué difícil para Teresa ni para sus entusiastas adeptos descubrir una vez más la mano de Dios. Ocurrió algo más, también altamente significativo. El encontrarse en Ávila en aquella ocasión todas las personas cuya ayuda era indispensable al éxito de Teresa, tenía también algo de providencial. Allí estaban Francisco de Salcedo; el maestro Gaspar Daza, ya libre de prejuicios; Gonzalo de Aranda; Fray Pedro Ibáñez, convencido, por fin, de las ventajas de la pobreza propuesta por Teresa; Fray Pedro de Alcántara, el más importante de todos, y hasta el obispo de Ávila, cuya presencia allí era, a la sazón, cosa inusitada, por residir fuera de la ciudad. Éste había sido ganado a la causa de Teresa, gracias a los esfuerzos de Salcedo y de Fray Pedro de Alcántara, y estaba ya dispuesto a aceptar la jurisdicción del nuevo convento, lo que no había sido cosa fácil de conseguir. Para ello, el heroico Fray Pedro de Alcántara, que se encontraba enfermo en casa de Salcedo, tuvo que abandonar el lecho y hacer un viaje en mula al Tiemblo (1) con objeto de convencer al obispo con su influencia personal, pues su petición por escrito había fracasado por completo. Este documento a favor de Teresa, que consistía en un pedazo de papel con caracteres muy menudos y sin dejar márgenes ni espacios en blanco, prueba, según el cronista, el amor del santo varón a la pobreza aun en las cosas más insignificantes. La observación no deja de ser sutil y digna de citarse. Según este mismo cronista, parece ser que Teresa, olvidándose del divino consejo de dar al obispo el mando de su primera fundación, suprimió en el Breve la cláusula referente a este punto, haciendo así una última tentativa para que el convento estuviese bajo la jurisdicción del Provincial de los Carmelitas. A pesar de que estos consejos divinos, como ya veremos, varían constantemente de acuerdo con las circunstancias y los dictados de la razón, bien pudiera considerarse apócrifo el anterior relato, pues no se ve confirmado por Teresa ni ninguno de sus biógra-

(1) Aldea de las cercanías de Guisando, a unas cuatro leguas de Ávila.

fos. De todos modos, el astuto Provincial, hombre de experiencia, se quitó de encima toda responsabilidad, pues, en el fondo, creía el proyecto de Teresa irrealizable y, aunque hacía la vista gorda, no lo aprobaba.

Una circunstancia feliz hizo que Teresa pudiera dedicarse personalmente a rematar la obra de su convento sin llamar la atención ni despertar sospechas. Su hermana Juana se había ido a Alba a principios de junio, y su marido Juan de Ovalle, en vista del tiempo que tardaba Teresa en volver a Ávila, fué a Toledo a despedirse de ella, antes de reunirse con su mujer definitivameete. Ocurrió que, a la vuelta, fué acometido en Ávila de unas calenturas que le obligaron a interrumpir su viaje y a refugiarse en la casa que se estaba preparando para convento, donde aún no había nadie que pudiera cuidarlo. Teresa obtuvo entonces permiso para asistir a su cuñado (1), y parece ser que la enfermedad duró precisamente el tiempo que necesitaba Teresa para atender personalmente a todos los detalles finales de la obra, antes de tener que recluirse en la Encarnación, por lo cual ella dice: «Y tan pronto como fué menester tuviese salud para que yo me desocupase y él dejase desembarazada la casa, se la dió luego el Señor, que él estaba maravillado.» En fin, gracias a sus esfuerzos, día y noche, logró ver Teresa el modesto edificio en estado de poder recibir a sus moradoras, aunque exento de todo lo que no fuese indispensablemente necesario para la vida. ¡Cuán lejos estaba de soñar que aquel sencillo y tosco edificio iba a ser la cuna de un gran ideal en el mundo religioso! Teresa no tenía todavía conciencia de su misión en el mundo, y, por el momento, el «humilde santuario», pobre como un portalito de Belén, colmaba sus mayores aspiraciones, y allí pensaba terminar sus días, ignorada y desconocida. Finalmente, la obra, en la que ella había trabajado no sólo espiritualmente, sino hasta con sus propias manos, había llegado a su término. Encima de la puerta del convento aparecían en sus nichos las imágenes de Nuestra Señora y San José y en el frágil campanario una esquila dió un día sus sones al viento, primer hálito de vida de la nueva fundación. La voz de esta campanita que, seguramente, Teresa obtuvo de algún fundidor, como cosa inútil, fué al correr de los años conjuro irresistible de profundas y solemnes emociones. Su nimio tintineo, eco tembloroso del pasado, sacudió la conciencia de los jefes de una Orden poderosa con el recuerdo de la pobreza y humildad de su origen, al proclamar en cónclave a Teresa de Jesús

(1) Se sobreentiende, a pesar de una omisión de la autora, que Teresa estaba ya de vuelta en Ávila. *(N. del T.)*

en la Sala Capitular de Pastrana, Madre y Fundadora de los Carmelitas Descalzos.

El 24 de agosto de 1562, día de San Bartolomé, año en que fué destruído por los turcos en Chipre el último convento carmelita, fiel aún a la regla primitiva, consagró el maestro Daza el modesto altar del nuevo convento de San José. En esta solemnidad tomaron el hábito cuatro doncellas, que habían de ser otras tantas piedras angulares de la reforma del Carmelo. Estas novicias, las primeras que tuvo Teresa, fueron: Antonia del Espíritu Santo, de quien era director espiritual Fray Pedro de Alcántara; María de la Cruz, de la casa de doña Guiomar de Ulloa, atraída a la vida religiosa por el ejemplo de Teresa; María, hermana del famoso maestro Julián de Ávila, que se llamó como religiosa María de San José, y una tal Úrsula de los Santos, la única que conservó el nombre que tuviera en el siglo y murió en el mismo convento donde había tomado el velo.

Evoquemos en nuestra imaginación la escena que se desarrolló en la humildísima capilla aquel día de agosto de 1562. Estaban allí presentes las monjas de la Encarnación, doña Inés y doña Ana de Tapia, primas de Teresa, Gonzalo de Aranda, Francisco Salcedo, el maestro Julián de Ávila, Juan de Ovalle con almilla de terciopelo y espada al cinto, y su esposa, luciendo el brocado de las grandes fiestas y el pelo ahuecado, tal como el escultor la presenta eternamente engalanada en su sepulcro de Alba de Tormes. Las cuatro novicias, vestidas por primera vez con el hábito de ruda jerga que había de ser en adelante el de la Orden Reformada de los Carmelitas, los pies descalzos y la cabeza cubierta con un amplio tocado de lienzo crudo, aparecían en difusa silueta, tras la espesa reja de madera que separaba al coro de la Iglesia, esperando el momento de celebrar sus desposorios con Cristo. La casulla roja del celebrante, se destaca, dando vida a aquel conjunto de tonos pardos y blancos, sobre el que flota como un nimbo de triunfo un brazo de luz preñado de moléculas brillantes. En el acto de la consagración, al levantar el sacerdote la Sagrada Forma, un éxtasis inefable se apoderó de una de las monjas de la Encarnación allí arrodilladas, cuya emoción y alegría le salía al rostro como una irradiación sobrenatural de divina transparencia. Era Teresa de Jesús.

Nótese que doña Guiomar no estuvo presente en esta ceremonia, modesta en extremo, mas no menos conmovedora e interesante al ser evocada en nuestros días, que cualquier grande acontecimiento histórico. Tampoco estuvo presente Fray Pedro de Alcántara, a quien Dios, según Teresa, le había prolongado la vida expresamente para

que pudiese verla triunfar. Durante los últimos ocho días que el santo varón pasó en Ávila, el ascendiente de su fama y de su santidad había caído como una bendición sobre la obra de Teresa. No fué dado a sus ojos ya medio ciegos, hundidos y debilitados por la mortificación, contemplar la ceremonia inaugural de la Reforma Carmelita, mas Dios le dió tiempo de poder columbrar en el porvenir con los ojos del alma toda la grandeza futura de una obra que tomó aliento y vida al calor de su santidad. Fin digno de su larga y gloriosa carrera de reformador, fué el iniciar la gloria de la ilustre carmelita, en cuyos hombros pronto dejara caer su manto cual un segundo Elías. Teresa ya no verá más su rostro en la tierra, pero aún continuará oyendo las dulces y consoladoras palabras del santo franciscano. Teresa recibió la noticia de la muerte de éste con resignada tranquilidad, pues para ella, según sus propias palabras, la muerte de Fray Pedro fué su «entrada a la vida». Las que siguen son también frases de Teresa: «Fué su fin como la vida, predicando y amonestando a sus frailes, como vió ya se acababa dijo el salmo de *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi*, e hincando las rodillas, murió.» Teresa cuenta cómo en el instante mismo de expirar, se le apareció el santo varón lleno de gloria y le dijo que se iba a «descansar». «Y así se acabó esta aspereza de vida. Paréceme que mucho más me consuela cuando acá estaba.» Estas son las palabras de duelo por su fiel y devoto amigo, de aquella que estaba destinada a continuar la excelsa estirpe de santos y reformadores, que imponiéndose a los siglos, sostiene el supremo ideal de la fraternidad y la igualdad entre los hombres.

* * *

Dice Rivera que, en una ocasión, le dijo la madre Teresa con mucha gracia, que había querido consagrar su monasterio el día de San Bartolomé, para que lo librase del demonio, porque no parecía sino que el santo bendito la había desatendido soltando, en cambio, contra ella todo el infierno. En efecto, en aquella fecha memorable, no sólo tuvo que sostener una terrible lucha de varias horas contra la tentación, sino que, apenas hubo salido victoriosa de ella, se vió en otra no menos ardua con las monjas de la Encarnación. Durante los seis meses siguientes, sufrió una oposición tan encarnizada por parte de la mayoría de los habitantes de Ávila, que, más de una vez, creyó llegada la hora de presenciar la destrucción de su convento. No es de extrañar que las personas que reunen como Teresa las peculiaridades

de un temperamento a la vez práctico e idealista, se sientan faltas de resolución al encontrarse en los lindes sutiles que separan el sueño de la realidad. Teresa, con su exquisita sensibilidad, no podría por menos de advertir a su modo la transformación que sufren las ideas al ser llevadas de las regiones de lo abstracto a las de la práctica. En el momento de abandonar las alturas divinas para hacer frente a la oposición y a la astucia, se vió en la necesidad de transigir con la estultícia y la vileza de los hombres, aprovechándolas para un fin determinado. Los dulces éxtasis místicos desaparecieron, dando lugar a la realidad dura y fría. Por eso dice: «Estando pensando una vez, con cuanta más limpieza se vive estando apartada de negocios, y cómo cuando yo ando en ellas, debo andar mal, y con muchas faltas, entendí: «No puede ser menos, hija, procura siempre en todo recta intención y desasimiento, y mírame a Mí, que vaya lo que hicieres conforme a lo que Yo hice.»

* * *

Estos estados de duda y desconfianza se desarrollaban en el espíritu de Teresa apenas veía llevado a feliz término cualquiera de los planes que constituyeron el ideal de su vida. Las crisis de desaliento sucedían a sus triunfos como una venganza de la naturaleza ultrajada, de la sensibilidad exhausta. El cansancio físico y moral producido por el esfuerzo que exige la realización de esas aspiraciones que parecen sueños, convertían un momento a la visionaria de faz radiante y transfigurada por la contemplación en una pobre mujer triste y compungida, presa de todas las flaquezas del cuerpo. A raíz de la fundación de San José, sufrió crisis que fueron quizás las más rudas de su vida. Aún flotaban jirones de incienso sobre el altar recién consagrado, después de la ceremonia, cuando Teresa comenzó a preguntarse llena de zozobra si lo que acababa de hacer era, en realidad, algo bueno y meritorio, si no había desobedecido de hecho a su Provincial al no contar con él para la fundación, si las que habían hecho sus votos serían felices bajo una disciplina tan rígida y severa, si llegaría a faltarles el sustento y si no serían víctimas de una locura ajena.

«¿Quién me metía a mí en esto [se decía], puesto que yo tenía mi monasterio? Todo lo que el Señor me había mandado, y los muchos pareceres y oraciones, que había más de dos años que casi no cesaban, todo tan quitado de mi memoria, como si nunca hubiera sido, sólo de

mi parecer me acordaba... También me ponía el demonio que cómo me quería encerrar en casa tan estrecha, y con tantas enfermedades, que cómo había de poder sufrir tanta penitencia, y dejaba casa tan grande y deleitosa, y donde tan contenta siempre había estado, y tantas amigns, que quizá las de acá no serían a mi gusto, que me había obligado a mucho, que quizá estaría desesperada, y que por ventura había pretendido esto el demonio para quitarme la paz y quietud, y que ansí no podría tener oración estando desasosegada, y perdería el alma. Cosas de esta hechura juntas me ponía delante, que no era en mi mano pensar en otra cosa; y con esto una aflicción, y oscuridad y tinieblas en el alma, que yo no lo sé encarecer. De que me vi así, fuime a ver el Santísimo Sacramento... Mas no dejó el Señor padecer mucho tiempo a su pobre sierva... que me dió un poco de luz para ver que era demonio... y así comencé a acordarme de mis grandes determinaciones de servir al Señor, y deseos de padecer por él, y pensé que si había de cumplirlos que no había de andar a procurar descanso, y que si tuviese trabajos, que eso era el merecer, y si descontento, como lo tomase por servir a Dios me serviría de purgatorio; que de qué temía, que pues deseaba trabajos, que buenos eran estos, que en la mayor contradicción estaba la ganancia... Con estas y otras consideraciones, haciéndome gran fuerza, prometí delante del Santísimo Sacramento de hacer todo lo que pudiese para tener licencia de venirme a esta casa, y en pudiéndolo hacer con buena conciencia, prometer clausura. En haciendo esto, en un instante huyó el demonio y me dejó sosegada y contenta... Quedé bien cansada de tal contienda, y riéndome del demonio, que vi claro ser él; creo lo permitió el Señor (porque yo nunca supe qué cosa era descontento de ser monja, ni un momento en veinte y ocho años, y más que ha que lo soy) para que entendiese la merced grande que en esto me había hecho, y del tormento que me había librado; y también para que si alguna viese lo estaba, no me espantase y me apiadase della, y la supiese consolar. Pues pasado esto, queriendo después de comer descansar un poco (porque en toda la noche no había casi sosegado, ni en otras algunas dejado de tener trabajo y cuidado, y todos los días bien cansada) como se había sabido en mi monasterio y en la ciudad lo que estaba hecho, había en él mucho alboroto por las causas que ya he dicho, que parecía llevaban algún color. Luego la Perlada me envió a mandar que a la hora me fuese allá, Yo en viendo su mandamiento dejo mis monjas harto penadas y voime luego... con tener creído luego me habían de echar en la cárcel, mas a mi parecer me diera mucho contento por no hablar a nadie y descansar un poco en soledad, de lo que

yo estaba bien necesitada, porque me traía molida tanto andar con gente.»

Los sacerdotes que habían oficiado en la ceremonia de la consagración de San José, acompañaron luego a Teresa al antiguo convento del otro lado del valle. Entre ellos, se encontraba aquel maestro Julián de Ávila, hermano de una de las profesas y a cuya pluma debemos los inimitables relatos de los viajes de Teresa, que tanto avaloran con su característica ingenuidad y sencillez la historia de las fundaciones, harto pesada e insuficiente, con frecuencia. La suerte del joven y celoso sacerdote la encontraremos desde la ocasión referida, íntimamente relacionada con la de Teresa, como lo prueban las siguientes frases, escritas después de la muerte de la Santa: «Desde aquel día ofrecíme a servirla de escudero y capellán, lo que he sido hasta el presente y pienso ser hasta el último día de mi vida, habiéndolo sido ya cerca de cuarenta y dos años, pues en vida de ella servíla veinte años después de la fundación de esta primera casa, y acompañéla en todas las fundaciones que emprendió.»

El caso del maestro Ávila viene a probar lo que ya hemos dicho repetidas veces sobre el extraordinario don de gentes que poseía la madre Teresa. Mas no era esto un mero fenómeno de simpatía personal. La fe sincera en las ideas y la determinación de carácter se imponen siempre a esos espíritus que, dentro de su relativa inferioridad, son capaces de comprender y apreciar todo lo noble, hermoso y genial. Teresa misma nos descubre el secreto de su éxito: «O no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo: todo se ha de sufrir con tal de alcanzar el fin de nuestra determinación.»

Importa mucho, o más bien, todo, tener una grande y determinada determinación de no parar hasta llegar al fin... Venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino.

De cuantas escenas se desarrollaran dentro de los muros de la Encarnación pocas alcanzarían el interés dramático de aquella en que la Santa, convertida en reo, apareció ante sus hermanas, rígidas, como jueces, en los tallados sitiales del coro, en cuya penumbra resaltaba imponente la severa blancura de las tocas y de los mantos. No fué ésta la única ocasión, como veremos, en que Teresa venció el antagonismo de la escandalizada Comunidad de la Encarnación con un acto de humildad. La Priora, el Provincial, a quien habían hecho venir como juez supremo, y las mismas monjas, a pesar de todo su agravio, no pudieron por menos de sentirse conmovidas ante la inspirada actitud de Teresa.

«En algunas cosas bien veía yo me condenaban sin culpa [dice Teresa con ese espíritu de tolerancia con que juzgaba siempre las acciones de sus enemigos]; porque me decían lo había hecho porque me tuviesen en algo, y por ser nombrada, y otras semejantes; mas en otras claro entendía que decían verdad, en que era yo más ruin que otras, y que escandalizaba al pueblo y levantaba cosas nuevas.»

En la ocasión a que acabamos de hacer referencia, Teresa escuchó las acusaciones de sus compañeras con una aparente contrición que estaba bien lejos de sentir. Según sus propias palabras, le pareció prudente adoptar este recurso «porque no pareciese tenía en poco lo que me decían». Cuando en obediencia al mandato de la superiora habló en defensa propia, debió hacerlo en elocuencia extraordinaria a juzgar por los resultados. Fué absuelta de toda falta tanto por parte de las monjas como por la del Provincial, y ya veremos a continuación cómo pocos momentos después, al hablar a solas con éste, recibió aún mayores beneficios gracias a su poder persuasivo. «Le hablé más claro y quedó satisfecho y prometió en sosegándose la ciudad, si el convento seguía adelante, de darme licencia para que me fuese a él, porque el alboroto de toda la ciudad era tan grande como ahora diré.» Mas antes de que la promesa del Provincial pudiera cumplirse, habían de pasar seis largos meses. El triunfo del convento de San José, su «portalito de Belén», llegaría a ser reconocido antes de que Teresa volviese a verlo. Condenada a la inactividad en la Encarnación, se vió convertida en simple espectadora del peligro que amenazaba a su obra mas sin perder la fe en ella un solo momento, lo que comunicaba nuevo valor para la lucha a sus fieles amigos. Ya como actores o espectadores, todo el mundo en Ávila estaba interesado de algún modo en el caso de Teresa. Mientras tanto, ésta permanecía recluída en la Encarnación, mas con los ojos del alma puestos, constantemente, en el humilde convento del otro lado de las viejas murallas.

«Era tanto el alboroto del pueblo, que no se hablaba de otra cosa, y todos condenarme, e ir al Provincial, y a mi monasterio [la Encarnación]. Yo ninguna pena tenía de cuanto decían de mí, más que si no lo dijeran, sino temor si se había de deshacer [el convento]; esto me daba gran pena, y ver que perdían crédito las personas que me ayudaban, y el mucho trabajo que pasaban; lo que decían de mí, antes me parece me holgaba. Y ansí estuve muy penada los dos días que hubo estas juntas que digo en el pueblo, y estando bien fatigada, me dijo el Señor: *¿No sabes que soy poderoso? ¿De qué temes?*, y me aseguró que no se desharía: con esto quedé muy consolada... Señor, esta casa no es mía [decía dirigiéndose a Dios en un momento de excesiva

necesidad, cuando la priora, en ausencia del Principal, prohibióla absolutamente mezclarse en los negocios de su convento, con cuya prohibición tuvo por fuerza que dejar a aquél entregado a su propia suerte] por Vos se ha hecho; ahora que no hay nadie que negocie hágalo vuestra Majestad. Y me quedaba tan descansada y tan sin pena como si tuviera a todo el mundo que negociara por mí, y luego tenía por seguro el negocio.»

No deja de ser maravillosa y digna de admiración la lealtad de los amigos de Teresa en estos cinco meses, durante los cuales la existencia de San José estuvo oscilando en la balanza de la suerte. Se interesaban por su causa, dice Teresa, «como si en ello les fuera la vida y la honra. Pareció claro haberles puesto el Señor tanto hervor. En nuestros días parece inverosímil que la fundación de un convento hubiera podido despertar el interés público. En esas ciudades ahora tristes y desoladas, cuyas torres góticas se destacan en la monotonía de las llanuras de Castilla, y en cuyas calles solitarias resuena el eco de los pasos de los ociosos y escasos transeuntes, la vida era agitada, intensa y bulliciosa en los tiempos de Teresa. Extraños los habitantes de Ávila por la falta de noticias al resto del mundo, del que parece separarlos la cadena de sierras que limita las llanuras vecinas en la azul distancia, tenían por fuerza concentrados en sí mismos y en los acontecimientos locales, toda la atención que hoy hubiese estado dispersa en miles de asuntos de interés universal. Entonces además casi podría decirse que todos los habitantes de Ávila eran vecinos, a juzgar por el grado de intimidad y confianza que entre ellos existía, lo que como ya hemos explicado muy anteriormente, era causa del acerbo espíritu de partido característico de las ciudades de antaño. El más insignificante suceso se propagaba con la velocidad del fuego, alcanzando proporciones gigantescas al calor de la ociosa y ardiente imaginación del pueblo. Esto fué lo que sucedió con la innovación de Teresa. Bien podemos imaginarnos los chismes y hablillas a que dió lugar el asunto del convento, y los gestos y voces de los que acaloradamente discutían el caso, haciendo corro en las esquinas de las soleadas calles o a la sombra de los arcos del mercado. No menos hubiese contribuído a influír en el aspecto exterior de la vida local, la amenaza de una peste desoladora o la noticia de un nuevo ataque de los moriscos, traída al vecindario por algún zagalillo de la serranía. La aparición del convento de Teresa fué causa de que se convocara a junta el consejo de la ciudad, acordándose después de dos días de deliberación, impedir de un golpe la prosperidad de una obra tan censurable y peligrosa. En efecto, el corregidor de Ávila se presentó escoltado de

alguaciles en San José, amenazando derribar las puertas si las monjas no se daban prisa a atender su requerimiento. Y hubiese hecho valer de este modo su autoridad, de no estar el convento bajo la protección del obispo y a no ser tal vez por la circunstancia de que en aquella ocasión estuviese expuesto el Santísimo Sacramento en la capilla que se encontraba cerca de la entrada. «Pensaban—dice el maestro Julián—que siendo sus moradoras pobres y mujeres sin posición, las asustarían y así las harían salir.» Los hechos demostraron que el impulsivo corregidor se equivocó, efectivamente, en sus cálculos. Las cuatro novicias de San José, con una tranquilidad y resolución digna de Teresa, se negaron a reconocer ninguna autoridad seglar y contestaron que sólo saldrían del convento por orden del que las había mandado allí, que en cuanto a ellas ya podía el corregidor derribar la puerta si quería, mas que lo pensasen bien antes de poner manos a la obra. El rey mandaba en la tierra, pero sólo Dios en el cielo. Ante estas razones, previendo un conflicto con la autoridad episcopal, el corregidor depuso su actitud agresiva y dejó en paz a las resueltas monjas.

Mas no paró aquí el asunto. Al día siguiente se convocó en Ávila la asamblea más imponente que tal vez se haya allí celebrado, con el sólo fin de acordar la destrucción del nuevo convento. Según el maestro Julián, fué la más solemne que pudiera convocarse en el mundo, como si se hubiera tratado de la salvación o de la perdición de España entera. Además de los corregidores y del Consejo de la ciudad, acudieron al concilio representantes del pueblo, el cabildo de la catedral en pleno, el vicario general del Obispado y dos de los miembros más ilustres de cada una de las Órdenes religiosas existentes en la población. El corregidor, amoscado con la experiencia del día anterior, hizo un discurso furioso contra el convento y su fundadora. En la versión que de él nos ha dejado el cronista, encontramos—interesantísima coincidencia—alguno de los argumentos que tres siglos después se oyeran en las cortes de Madrid, no ya en contra de una pobre residencia de monjas, sino en favor de la completa abolición de las Órdenes religiosas en España. La propagación de los conventos fué prevista entonces como vemos, y combatida como una calamidad pública, como una amenaza de ruina y decadencia nacional. Ya en tiempos de Carlos V y Felipe II, era un hecho de todos conocido la absorción gradual de la riqueza pública por las grandes corporaciones monásticas, que nada daban en compensación. Cada nueva fundación, por lo tanto, aumentaba la carga y aminoraba los recursos ya harto exiguos de la nación. Bañez empleó toda su hábil

dialéctica contra el discurso del corregidor de Ávila, que, a pesar de sus defectos, fué y seguirá siendo un discurso honrado, concebido en pro del bienestar de una población atestada ya de conventos y monasterios. La experiencia de los siglos ha justificado la enérgica actitud de aquel corregidor.

«Esto, señores, dijo, es imponernos una contribución, es quitarnos el dinero de nuestro bolsillo y el pan de nuestra boca. Es imposible dejar a unas pobres siervas de Dios morir de hambre, y tendremos que privar de pan a nuestros hijos para partirlo con ellas. ¿Y cómo hemos de saber, señores, dice, para terminar, que esta fundación no es un engaño o fraude del diablo? Dicen que esta monja tiene revelaciones y un espíritu muy extraordinario. Esto en sí me causa temor, y debería hacer a los menos cautos reflexionar; pues en estos tiempos tenemos visto los engaños e ilusiones de las mujeres, y en todo tiempo ha sido peligroso aplaudir las innovaciones por las que sienten inclinación.»

¡Qué magnífica revelación del alma castellana es este discurso! A través de su inflexible honradez e innegable sentido común, se descubre un espíritu atávico refractario a toda innovación. Sólo uno de los numerosos concurrentes se opuso al corregidor. Éste, ya lo sabemos, era Fray Domingo Bañez, joven de treinta y cuatro años de edad, una de las figuras más conspicuas de su Orden, según Araya, por «su grande comprensión, claro y profundo ingenio». No conocía a Teresa personalmente y era además contrario a la idea de fundar conventos sin recursos suficientes para su subsistencia. Al levantarse a combatir el criterio general de la asamblea con calor y efusión tan extraordinarios como inesperados, tal vez obró al impulso de un sentimiento de solidaridad por la parte que en la fundación de San José había tenido su hermano de religión, Ibáñez. El joven dominico dió más tarde pruebas del orgullo que sentía por el éxito de su defensa en favor de una causa, al parecer, perdida. En el original de la *Vida*, al margen de la página en la que Teresa hace referencia a ese incidente, puede verse escrito del puño y letra de Bañez: «Esto sucedió el año 1562 y yo fuí el que dió este consejo, Frai Domingo Bañez.» Veamos algo de lo que dijo en contra de los contundentes argumentos del corregidor. Según Bañez, era un contrasentido calificar de innovación, en tono de reproche, la fundación de San José, pues lo mismo hubiera podido decirse, en su día, de todas las Órdenes religiosas. ¿Qué fué el mismo Cristianismo sino una innovación? ¿Qué había de reprensible ni peligroso en restituír a una Orden su espíritu primitivo? ¿Qué era más censurable en una Orden, perder su antiguo esplendor o tratar de recobrarlo? Si

lo primero no les sorprendía, ¿por qué escandalizarse de lo segundo? «Las ciudades—dijo con ironía—«están llenas de gentes inútiles; las calles, atestadas de vagabundos, hombres ociosos e insolentes, mujeres miserables entregadas al vicio; pero nada de esto se considera superfluo, y nadie procura cambiarlo; y, sin embargo, el que cuatro pobres monjas se encierren en un rincón, en un agujero, para encomendarnos a Dios, júzgase de grave peligro y de carga intolerable para la república. ¿Cómo es esto, señores?—pregunta—. ¿Cuál es el objeto de esta reunión? ¿Qué enemigos extraños amenazan estas murallas? ¿Qué fuego ruge por la población? ¿Qué peste la consume? ¿Qué hambre la aflige? ¿Qué ruina la amenaza? ¿Es posible que cuatro miserables monjas, descalzas, pobres, pacíficas, virtuosas, sean causa de todo este disturbio en Ávila? Permitidme que os diga que el haber convocado esta asamblea tan solemne por causa tan leve, aminora, a mi parecer, la autoridad de esta ciudad tan grave.»

Un silencio profundo reinó en la asamblea al terminar Bañez su elocuente discurso. Aunque se limitó a atacar los puntos vulnerables de la argumentación del corregidor, evadiendo hábilmente cuanto había en ella de evidente e indiscutible, consiguió aplacar las hostilidades y prolongar la existencia del convento de Teresa. El maestro Daza, representante en la asamblea del obispo, se opuso también a la decisión casi unánime de abolir el peligroso convento. Los representantes del cabildo de la catedral, aunque de acuerdo con el corregidor, evitaron con un prudente silencio encontrarse abiertamente en desacuerdo con el prelado. El corregidor hizo un último esfuerzo con una súplica al obispo, pero todo fué en vano.

«Si el obispo de Ávila, dice el maestro Julián, «no se hubiera puesto tan resueltamente de parte de la Madre, no dudo que habrían terminado con su convento aquel mismo día; pero estos son los medios de que Dios se vale, para que se cumpla lo que Él quiere por medio de agentes humanos.»

El asunto, finalmente, fué convertido en una cuestión de derecho, dejando así, virtualmente, el convento de Teresa a merced del corregidor. Ésta, si bien se había provisto de Breves en abundancia, había infringido la ley, por cuanto estaba decretado que no podía establecerse ningún convento sin la sanción civil, teniendo las autoridades el deber de examinar de qué modo iba a hacerse uso en esos casos del derecho de asociación. Pero aún había más: la buena monja no se había cuidado de obtener el consentimiento indispensable de las fundaciones antiguas, especialmente de las Ordenes mendicantes, a las cuales les estaba reconocido el derecho de oponerse al establecimiento

de toda nueva fundación, por cuanto esto podía redundar en perjuicio suyo disminuyendo limosnas y donativos. Teresa estaba, pues, no solamente en falta con la ley civil, sino con la eclesiástica. La situación era grave. ¿Qué abogado ni notario se arriesgaría a defenderla en un pleito contra las autoridades de la ciudad? Sin embargo, no le faltaron abogados ni dinero, y hasta pudo ocuparse personalmente del litigio gracias a la indulgencia de su Provincial. La ciudad de Ávila elevó una protesta al Consejo Real de Madrid, pero ésta fué seguida inmediatamente de una declaración en favor de Teresa, hecha por Gonzalo de Aranda, quien se presentó en la Corte a ocuparse del asunto con el apoyo de valiosas influencias. En Ávila, el maestro Julián, fiel y humilde siervo de Teresa, no cesaba en sus idas y venidas del convento a la ciudad. «El que debería haber hecho de jurista y consejero, dice él, se convirtió en abogado, y la que debería haber sido abogada, se convirtió en consejera.» Siempre que era preciso hacer una visita o llevar una comunicación al corregidor, era el maestro Julián el encargado. Salcedo tomaba también parte en estas diligencias, pero como él era hombre de tanta autoridad, dice el maestro Julián, con su característica sencillez, «sucedía que, al entrar yo en la sala para dar algún aviso a los magistrados, se colocaba detrás como para esconderse, para que no se viese que tomaba parte en público en estas contiendas».

Cuanto más arreciaba el temporal, más decididamente amparaban a Teresa sus amigos Salcedo, Julián de Ávila y el maestro Daza. A ellos y a la calurosa protección del obispo, les debió en gran parte la victoria en lucha tan desigual. Un recibidor fué de Madrid a Ávila para comprobar la autenticidad de las pruebas aportadas por los litigantes y, después de hacer su trabajo con bastante lentitud, como observa el maestro Julián, se llevó el expediente para presentarlo al Consejero. Y aquí terminó el asunto como era corriente en la justicia española de aquella época, que en cuanto a lo incierta y lenta no se diferenciaba mucho de la de nuestros días.

«De modo que la población entera», dice triunfalmente para terminar el maestro Julián, «no fué suficiente para resistir a una monja encerrada en un convento, sin dinero, y sin tener quien hablase por ella o la defendiese, fuera de aquellos que, movidos por la justicia y la caridad, o la razón, la ayudaron, unos con su persona, otros con dinero; de manera que llegó a correrse la voz de que la ciudad había tenido que abandonar el pleito más por falta de fondos que por otra cosa; mientras que la sierva de Dios, sin bienes ni parientes a quienes pudiera pedir, tuvo lo suficiente para costear el pleito en

Avila y en la Corte, y no habría tenido nunca necesidad de dejarlo por falta de medios.»

El corregidor, presintiendo una segunda derrota, no economizó esfuerzo a fin de salvar mediante alguna transacción su dignidad. Por ejemplo, se propuso a Teresa que optase entre aceptar una dotación fija o dejar el asunto en manos de hombres de letras para que lo resolviesen a su entender. «Y fué esta maraña que hizo el demonio de la más mala digestión de todas.» Tal fué el juicio que mereció a Teresa el proyectado arreglo que estuvo por un momento tentada de aceptar, recibiendo una dotación fija, poniendo así fin de una vez a la ansiedad y sinsabores que por culpa suya sufrían sus amigos. ¿Por qué no llegar, provisionalmente, a un acuerdo que allanase la insostenible situación en que ella y sus amigos se encontraban, si, de todos modos, quedaba en libertad de rechazarlo en el primer momento propicio que se presentase? Así razonaba Teresa consigo misma, tratando de armonizar la voz de su conciencia con la de un jesuítico casuísmo injertado en su alma por la educación religiosa. Sin embargo, un criterio de absoluta rectitud se impuso en su espíritu a todo. No sólo creyó Teresa oír la desaprobación de Dios mismo, sino que estando en esas dudas se le apareció Fray Pedro de Alcántara, por tercera vez, después de su muerte, mas no en un ambiente de luz y gloria, como antes, lo que fué para Teresa una prueba innegable de desagrado.

Salcedo, que, por extraña casualidad, demostró más entereza de carácter en esta ocasión que Teresa misma, recibió con gran alborozo la orden de anular las transacciones acordadas por ambas partes y de seguir el pleito hasta su último extremo. Esta fué, pues, la decisión definitiva de Teresa, en respuesta a los sutiles planes de sus enemigos. Las autoridades, exasperadas así más y más cada día, y no viendo, por otra parte, muchas probabilidades de que el pleito se fallase a su favor, se encontraron forzadas a deponer su hostilidad, aceptando la innovación como un hecho consumado, a cuya extrañeza ya les acostumbraría el tiempo. La llegada del segundo Breve autorizando la fundación del convento sin dotación coincidió con el regreso a Ávila de Fray Pedro Ibáñez, tenido allí en gran veneración por su carácter, sabiduría y virtudes, y que ya había sido convertido por Teresa a la causa de la pobreza que ahora defendía con el mismo tesón que antes desplegara en atacarla. Esta coincidencia es fácil que contribuyera a calmar la tempestad. Teresa tuvo que agradecer a Ibáñez la licencia del Provincial para separarse de la Encarnación y poder hacer sus votos en San José, lo que las cuatro novicias habían pedido en vano al obispo. En las declaraciones para la canonización de Teresa, consigna

Fray Ángel de Salazar que él no fué realmente convertido a la causa de la fundadora por el ilustre dominico, sino por las palabras que Teresa misma le dirigió, y que son las siguientes: «Considere, padre, que estamos resistiendo al Espíritu Santo.» No tiene nada de extraño que una inteligencia crédula y sencilla como la de Fray Ángel concediese a las anteriores palabras tanta importancia y misteriosa significación. Al par que Teresa nos confiesa su absoluta inhabilidad para expresar con la pluma las angustias que pasó durante los dos años que tardara en ser un hecho la fundación de San José, «de los cuales este medio año postrero y lo primero fué lo más trabajoso», nos da pruebas de la entereza inquebrantable de su carácter, inmune a las pequeñeces y arbitrariedades de todo espíritu de partido. Su corazón, sí, palpitaba por aquel pequeño convento, fruto de dos años de arduos trabajos. Mas podemos decir que siempre combatió con una elevación de miras que le permitía reconocer en la actitud de sus enemigos motivos tan puros y rectos como los que pudieran impulsarla a ella misma. Nada demuestra tanto su imperturbabilidad como el hecho siguiente, que no deja de tener un gracioso encanto. En cierta ocasión muy crítica para su causa y en el momento en que sus amigos, creyéndola ya perdida, rodearon a la madre Teresa para confortarla en su duelo, ésta, como si nada ocurriera, se puso a escribir una carta a doña Guiomar para que le mandara de Toro unos misales y una campana que le hacían falta. Ni ante el evidente fracaso de sus planes deja ella de perseguirlos, atendiendo a los detalles más ínfimos y secundarios. Tal temple de alma sólo se consigue con la fe ciega en el deber.

Un día del mes de diciembre de 1562, tres monjas salieron por las almenadas puertas de la Encarnación, emprendiendo la marcha por el arenoso camino que conduce a través del valle y la colina a la iglesia de San Vicente. Una de las monjas, que se distinguía de las otras por su hábito viejo y remendado, llevaba consigo por todo equipo unas disciplinas, un cilicio y un pedazo de estera, objetos por los que con escrupuloaa exactitud había dejado un recibo en la Encarnación. Las monjas que la acompañaban, eran Ana de los Ángeles y María de San Pablo; iban a ocuparse con ella de la dirección del convento de San José. Según la tradición, cuando llegaron a la iglesia de San Vicente, aquella monja del hábito raído atravesó la puerta de la iglesia con sus extrañas figuras de piedra amarillenta, y descendiendo los escalones que conducían a una capilla subterránea (1), se arrodilló en oración delante de la Virgen. Después, a imitación de los antiguos

(1) Capilla dedicada a conmemorar el milagro del judío incrédulo y la monstruosa serpiente.

cruzados que a la vista de Jerusalén se apeaban de sus corceles marchando descalzos hacia las murallas de la ciudad santa, la monja entró descalza en San José. Al salir de la iglesia de San Vicente, yo me la imagino lanzando una última mirada llena de ternura a aquel panorama, en cuyo fondo, envuelto en la luz invernal, aparecía un grisáceo convento. En él habían tomado vida sus ensueños. Teresa de Ahumada y Cepeda abandonaba resueltamente la Encarnación para abrazar una nueva vida, convertida en Teresa de Jesús, la Pecadora. Al encontrarse por fin en el portal de San José y antes de pasar al convento, abrió la reja que separaba el diminuto coro de la iglesia y se postró de hinojos ante el altar. Así, arrodillada, fué arrebatada en éxtasis, y Cristo coronó su frente en señal de bienvenida.

CAPÍTULO IX

EL MONTE CARMELO

PARA poder apreciar cuán justamente Teresa mereció el título de reformadora, hagamos un poco de historia retrospectiva de la Orden Carmelita. Ninguna otra alardea con más orgullo de la antigüedad de su origen. La historia de la Iglesia, tan llena de episodios lamentables, cuenta entre los menos edificantes la controversia que sostuvieron carmelitas y jesuítas en 1688, con motivo de la publicación de las vidas de San Bertoldo y San Cirilo por los Bolandistas.

Fundándose en las declaraciones de algunos generales carmelitas, no sólo se atrevieron Hinchenius y Papebroch, de la Compañía de Jesús, a ocuparse de la escabrosa cuestión del origen de aquella Orden, sino que hasta se arriesgaron a mantener que sus dos primeros generales habían sido San Bertoldo y San Cirilo. Esto para una Orden que pretendía tener por fundador nada menos que al profeta Elías, era un pecado imperdonable. El triste espectáculo de dos Órdenes llegando en una controversia al insulto y a la sinrazón, escandalizó a la cristiandad durante diez años. El mismo apasionamiento que llegó a dominar a los carmelitas, impidió a los jesuítas que viesen el peligro que corrían de ser expulsados de España por su actitud y conducta en el conflicto. No se dieron, pues, cuenta de la suprema venganza que las circunstancias naturalmente le ofrecían, y apelaron al Papa y a la Inquisición española como árbitros de la cuestión. Los carmelitas, que entonces lo podían todo en España, consiguieron de la Inquisición que condenase catorce tomos de *Los Actos,* por los errores que en opinión de ellos contenían dos de los volúmenes de la monumental obra. Los jesuítas, por su parte, contaban con la simpatía de todos los hom-

bres doctos de Europa, y el mismo emperador Leopoldo I y otros varios príncipes y prelados alemanes, influyeron cerca del Papa y del despreciable Carlos II para que los inquisidores españoles diesen audiencia a los jesuítas y examinasen de nuevo las obras que acababan de ser declaradas heréticas y escandalosas. Acordado esto, los carmelitas no perdonaron esfuerzo en justificar la primera decisión del Santo Oficio, y hasta denunciaron al rey de España las cartas de Leopoldo I como gérmenes de cismas y herejías. La Inquisición tardó muchos años en pronunciar la sentencia final, durante los cuales tuvieron tiempo de sobra los carmelitas de recurrir de nuevo a Roma y conseguir del Papa un decreto que imponía el silencio sobre los orígenes de la Orden Carmelita y excomulgaba a cuantos de palabra o por escrito volviesen a suscitar la controversia. Así cerraron los carmelitas de un golpe la boca a sus formidables adversarios, con cuya competencia y sabiduría no podían rivalizar. Sin embargo, alguno de los argumentos que usaran los jesuítas, no podían por menos de quedar zumbando en los oídos de sus contrincantes como una constante burla. ¿Cómo era posible, se preguntaban en son de mofa estos sabios religiosos, hacer responsable al mismo Enoch, hijo de Jared y padre de Matusalem, de haber fundado una Orden en la que estrictamente se habían guardado desde sus comienzos los tres votos esenciales de pobreza, obediencia y castidad? ¿Cómo era eso posible, no constando en las *Escrituras*, que hubiese entrado en el arca de Noé ningún carmelita, ni que hijo alguno del santo patriarca hubiese hecho votos de castidad, pues como es sabido, al entrar en el arca fueron todos acompañados de sus mujeres y aumentaron allí su prole considerablemente? La controversia no podía terminar de otro modo; en realidad los jesuítas no estaban libres de errores; pero eran capaces de razonar con una lógica incomprensible para la ignorancia de los carmelitas. Excusado es decir que ni unos ni otros se resignaron al silencio sin el pleno convencimiento de tener toda la razón. Los carmelitas, como vemos, llegan en su celo al extremo de basar la superioridad de su Orden sobre las demás en un derecho de antigüedad, a pesar de la niebla de duda que envuelve la historia de su origen. Su apasionamiento es tal, que según ellos el Divino Esposo no pudo describir la hermosura de la cabeza engalanada de la amada, sin compararla al Monte Carmelo. Permítasenos citar el siguiente curiosísimo párrafo de Fray Joaquín en el *Año Teresiano:*

«Los escritores no acaban nunca (cito a Fray Joaquín en el *Año Teresiano)*, de ponderar la encantadora profusión de especies aromáticas, de flores olorosas, árboles fructíferos, fuentes cristalinas y otras

amenidades debidas a las influencias del cielo; pero la magnificencia de sus glorias no procede tanto del esplendor vegetal de sus plantas, como de haber sido refugio afortunadísimo de aquellos seres celestiales que despreciando el mundo inventaron la vida monástica para poblar la Gloria de las almas religiosas.»

Los carmelitas pretenden proceder de una pléyade misteriosa de anacoretas, que mantuvo vivas en los parajes alejados del Monte Carmelo, las tradiciones de Elías, Eliseo y los hijos de los profetas durante los siglos que precedieron al nacimiento de Jesucristo. Sostienen también que de esos solitarios moradores del Monte Carmelo, salieron los Recabitas y Esenianos, y nada menos que Juan Bautista, «heredero principal de la santidad y espíritu de Elías y continuador de su institución». Del mismo modo afirman, que por espacio de nueve siglos, antes del advenimiento de Cristo, la Virgen María veló por los habitantes del Carmelo, sostenida en una tenue nubecilla, y así asegura haberla visto el profeta. «El esplendor de esta gloriosa primacía, proviene de haber sido la Orden Carmelita la primera en ofrecer reverente adoración a esta celestial señora», según las palabras de un autor de la misma Orden. Teresa hace también referencia a este privilegio en más de una ocasión, y dice que queriendo Cristo estimular sus esfuerzos en pro de la Reforma, le habló así un día: «Esfuérzate, pues ves lo que te ayudo. He querido que ganes esta corona; en tus días verás muy adelantada la Orden de la Virgen.» Recuérdese cómo al entrar definitivamente en San José, Cristo la coronó en prueba de gratitud por el tributo rendido con esta fundación a su divina madre. Desde tiempo inmemorial, el nombre de María ha estado asociado con la Orden, en realidad llamada Orden de María del Carmen. En el siglo XIV dieron los carmelitas especial valor a una prerrogativa, que a pesar de ser común a todas las Órdenes religiosas, ellos consideraban como privilegio exclusivo. Me refiero a la promulgación de la famosa bula sabatina, de Juan XXII, inspirada, según la tradición, por la Virgen María, a raíz de la creación del escapulario, en virtud de la cual, los fieles que hubiesen llevado al cuello en vida el del Carmen, saldrían del purgatorio el primer sábado después de su muerte. A pesar de las dudas que existen sobre la autenticidad de ese documento, el privilegio que entraña tiene, si no la sanción papal, la valiosa sanción del tiempo. Los carmelitas, fieles a sus tradiciones, fueron los primeros y más firmes mantenedores del dogma de la Inmaculada Concepción, dogma que, dentro de los estrechos límites del catolicismo, ha contribuído en cierto modo a la emancipación de la mujer, dignificándola con su poesía ante el hombre.

En fin, tengan razón o no los que remontan el origen de la Orden de Teresa a Enoch y a Elías, o los que, como los jesuítas y Papebroch lo limitan al siglo XII, lo que no admite discusión es la prestigiosa oscuridad que envuelve a la fundación de la gran Orden de Nuestra Señora de Monte Carmelo. La historia de las Órdenes religiosas estuvo sumida en la ambigüedad hasta que se popularizó con nuevo vigor en el reinado de Constantino. No hay, pues, ninguna razón sólida para negar que aquellas anacoretas del histórico monte fuesen los herederos de un espíritu místico que surgió, por primera vez, en el alma de aquel inspirado selvático, medio desnudo y desgreñado, que se llamó el Bautista. Apenas hubo recuperado la paz el mundo en el reinado de Constantino, contempló, lleno de asombro y admiración, la Libia y la Tebaida, el desierto de Nitria, las márgenes del Nilo, los campos de Palestina y Siria, y las costas del Mar Negro, llenas de cenobitas y anacoretas. San Antonio, seguido de innumerables discípulos, dió nueva vida a la regla de los cenobitas en Arsinoe (Suez). Hilarión, con tres mil anacoretas, vivió en los desiertos de Palestina. Basilio y los archimandritas se extendieron por las riberas del Helesponto, y Pacomio se entregó en la isla de Tabend con mil cuatrocientos compañeros a practicar la regla angélica del Monte Carmelo.

Jamás tuvo el ascetismo un desarrollo tan rápido y maravilloso. Esos páramos arenosos en los que hoy acrecienta el misterioso encanto del desierto las ruinas abandonadas de viejos monasterios, estaban entonces poblados por ejércitos de hombres en lucha constante con invisibles enemigos. Pacomio, al morir, tenía bajo su égida tres mil monjes. Los monasterios de Tabend reunían nueve mil, y, según San Jerónimo, una muchedumbre de más de cincuenta mil hermanos acudían a la reunión anual de la Orden. Juan Nepomuceno, patriarca de Jerusalén, dió en 412 una constitución escrita a los moradores del Monte Carmelo, que habían permanecido fieles a la vieja tradición. Pocos años antes, un viejo monje calabrés, inspirado, según él decía, por el Profeta, se había ido con su hermandad a las ruinas de un edificio, evidentemente un monasterio abandonado en las faldas del Monte Carmelo, vecino a la cueva de Elías, entonces todavía intacta. Así surgen los Carmelitas de la oscuridad de la tradición a la luz de la historia. En 1205, San Brocardo, el superior de los monjes del Monte Carmelo, y el primer general latino de la Orden, viendo que los frailes de su raza eran superiores en número y poder a los griegos, obtuvo de San Alberto, el patriarca de Jerusalén, una regla que, siendo en esencia la antigua, contenía ciertas innovaciones de

acuerdo con las necesidades y exigencias de aquellos tiempos. Los antiguos carmelitas, fortificados en su unión por la regla de San Alberto, siguieron las tradiciones de los anacoretas que los habían precedido. Ayunaban ocho meses del año, con la sola excepción del domingo. No comían nunca carne, se ganaban el sustento con el trabajo, guardaban perpetuo silencio y se dedicaban noche y día a la meditación y a la oración en sus solitarias celdas. En 1229, cuando los carmelitas fueron obligados a abandonar Tierra Santa con motivo de la paz acordada a los sarracenos por el emperador Federico II, Alain, el quinto general, resolvió salir de Siria para fundar monasterios en Europa. Con este fin convocó sus frailes a capítulo; el resultado fué que, mientras unos se creían en el deber de continuar en Siria, aun arriesgándose a la persecución, otros opinaban que era llegado el momento de seguir el ejemplo de su fundador Elías cuando abandonó su morada refugiándose en el monte Horeb. La perplejidad de Alain ante tal diferencia de opiniones, se convirtió en la decisión de establecer sus fundaciones en los límites de Palestina por consejo de la Virgen que, oportunamente, se le apareció en momentos de tanta ansiedad. Las playas de Chipre y Sicilia fueron las primeras en acoger a los hermanos carmelitas que de allí pasaron a Inglaterra y Provenza, alcanzando, por mediación de Inocencio IV, la protección de los príncipes y potentados de Europa. No tardó Italia en llenarse de monasterios. La Orden fué extendiéndose desde la Provenza hasta Narbona y la Aquitania. San Luis les donó un monasterio en Francia, y se vió, entonces, por primera vez, el hábito pardo y blanco de los hijos del Carmen en Irlanda. Poco más de cuarenta años, después de haber aprobado San Alberto de Tolemaida (1) la regla de una congregación poco conocida, de frailes solitarios, se acordó en un capítulo de la misma, celebrado en el poderoso monasterio de Aylesford (Inglaterra), bajo la presidencia de San Juan Stock, enviar a Roma dos delegados para pedirle al Papa la interpretación de aquellos puntos de la antigua regla que entonces resultaban oscuros, y solicitar que la corrigiese y mitigase en su rigor. Esta nueva regla, fijada y definida por dos monjes dominicos, uno de los cuales es el famoso Fray Hugo de San Víctor, cardenal de Santa Sabina, y confirmada y reformada por Inocencio IV, era precisamente la que Teresa impuso en sustitución de la regla mitigada de Eugenio IV tres siglos más tarde.

La susodicha regla de Inocencio IV, en sus puntos esenciales, difiere bien poco de la de San Alberto, consistiendo la diferencia en me-

(1) Hoy San Juan de Acre.

ros cambios accidentales debidos a la evolución del tiempo y de las costumbres sociales. La regla primitiva fué concebida para frailes que vivían en los desiertos, mas al tratar la Orden de propagarse por Europa, necesitaba regirse al modo de las Órdenes mendicantes. Sus frailes observaron hasta entonces la vigilia con tal rigor, que no podían comer legumbres guisadas con carne, ni hacer uso de este alimento estando de viaje, lo que casi equivalía en estos casos a desfallecer de hambre. Las siguientes son algunas de las modificaciones que tan severa regla experimentó al ser aplicada a los Carmelitas en Europa: fué suprimido el adjetivo *extrema* que procedía a la palabra *debilidad* al declararse en qué casos excepcionales se podía romper la vigilia; y el silencio que antes guardaban desde vísperas a tercia del día siguiente, se redujo de completas hasta la hora de prima. En otros puntos se hizo, en cambio, más estricta y rigurosa. Al voto de obediencia, fueron agregados de un modo explícito los de pobreza y castidad que hasta entonces se habían considerado unidos al primero. No sólo se prohibió severamente toda propiedad individual, sino la propiedad colectiva, permitida por la antigua regla, limitando todas las posesiones de la Orden a los animales necesarios para alimentarse y a bestias de carga.

Los carmelitas, a pesar de todo, no se libraron del espíritu de relajación que se apoderó universalmente de las Órdenes religiosas en el siglo XIV, llevándolas a poco más de su total ruina. La horrible peste que se desarrolló en Italia, diezmando toda Europa en 1350 y llenándola de terror y de desesperación, fué el origen de dicha relajación, y uno de los efectos que tan imponente catástrofe produjo en la cristiandad, abandonada forzosamente al desorden y al desaliento. Ambiente favorable al desenfreno del vicio es siempre el que forman esas grandes calamidades que ahogan en el corazón humano toda esperanza de salvación. El cisma, que dividió a la Iglesia por espacio de ochenta años, unido a los efectos morales de la peste, contribuyó a la inminente ruina de aquella gran obra religiosa que necesitara del genio de un Gregorio VII para su realización. El cisma de la Iglesia repercutió en la Orden carmelita, cuya unidad destruían a la sazón dos generales, elegidos, respectivamente, por los miembros que, a su vez, representaban en la Orden las dos fracciones que se disputaban el gobierno supremo de la Iglesia. Como nadie había contado en su elección la capacidad ni la aptitud personal, se encontraban ambos generales a merced de los partidos que capitaneaban, siempre dispuestos a rebelarse contra una autoridad que ellos arbitrariamente habían creado. Los jefes carmelitas, en este estado de cosas, se convirtieron

forzosamente en instrumentos de relajación y transigencia, concediendo dispensas y exenciones a favor de las faltas contra la disciplina monástica que no tenían poder para castigar. Poco más que el hábito respetaban ya aquellos que hasta entonces se habían distinguido por su escrupulosa rigurosidad en el cumplimiento de la regla de su Orden. Cuando en 1432 el general Bartolomeo Roquelio intentó poner coto a ciertos abusos por demasiado notorios, había llegado a tal extremo de corrupción el espíritu de la Orden, que su actitud produjo precisamente una reacción en sentido contrario del que se proponía. En vez de vigorizar la disciplina, se vió obligado a mitigarla, pues, según la opinión general, era demasiado severa para seres humanos, lo que impedía el desarrollo de la Orden y disminuía rápidamente el número de sus miembros. No tuvo otro medio que hacer frente al vendaval que su espíritu de rectitud provocara, y se dió por satisfecho con la esperanza de que el tiempo lograría lo que él no había podido llevar a efecto. El ayuno, que duraba desde septiembre a Pascuas de Resurrección, se redujo a la abstinencia de carne, tres veces por semana, excepto en Cuaresma y Adviento, y fué abolida la reclusión perpetua en celdas separadas. En esta regla, confirmada por Eugenio IV, fué educada Teresa, observándola hasta cerca de sus cincuenta años. Los esfuerzos de algunos espíritus privilegiados por devolver su pureza a las Órdenes monásticas, encontraron la más absurda y criminal resistencia. Víctima de ambición tan noble fué Fray Juan Soler, el general vigésimo tercero de la Orden, envenenado en 1412 al intentar renovar la antigua disciplina en algunos conventos de Francia y Flandes, fundados por él con el dicho objeto. Bajo el generalato de Bautista Montuano, tuvieron lugar, simultáneamente, dos tentativas a favor de la regla primitiva de San Alberto. Una de ellas, la iniciada por Fray Ugolino, dió por resultado la fundación de un monasterio en la provincia de Génova. La otra dió origen a la Congregación de Albi en Francia, pero ambas sucumbieron a la oposición sin dejar rastro alguno de su corta existencia. El general trigésimo primero de la Orden, Bernarduccio Landucio, sin desalentarse por la experiencia de sus predecesores, intentó, en vano, también, consolidar la reforma de la Orden. Ésta, al fin, alboreó un día en un lejano convento de Castilla ante los ojos privilegiados del maestro Nicolao Audet. Poco tiene de extraño, pues, que el hecho fuese considerado poco menos que milagroso y que se considerase como el cumplimiento de ciertas palabras vagas y misteriosas que corrieron un día en los conventos de los desiertos egipcios. San Pacomio había anunciado, en una aparición, no sólo la decadencia, sino también su gloriosa restauración. Santa

Ildegarda confirma esta misma creencia. La Santa vió en sueños unos caballos muy raros con piel listada de diferentes colores, que emprendieron, primeramente, una carrera de Este a Oeste, y después, cambiadas las manchas de la piel, de Oeste a Este. Pronóstico de la extensión gradual de los carmelitas del Oriente hasta Europa y del retorno de la Orden reformada a su cuna de Oriente. La piel cambiante de color de los caballos simbolizaba el cambio del manto rayado que habían llevado los carmelitas primitivos en Siria por el hábito pardo y blanco que adoptaron los carmelitas descalzos y que es el mismo que llevan hoy en día. El Hermano San Pedro Tomás, lamentándose de la decadencia de su venerada Orden, fué visitado por la Virgen, quien le aseguró que ésta no se extinguiría jamás, según la promesa recibida de Dios por su fundador Elías en las entrañas del monte Tabor. Según se acercaba a la época de la reforma, las profecías fueron haciéndose más significativas y frecuentes. San Vicente Ferrer predijo el advenimiento de una comunidad de almas «pobres, sencillas, mansas, humildes y despreciadas, unidas por la más ardiente caridad, que ni piensan, ni hablan, ni poseen más ciencia que la de Cristo Crucificado; despreocupadas del mundo, olvidadas de sí mismas, perdidas en la contemplación de la gloria espiritual de Dios y los Santos, sin más deseo (sirviéndose de las palabras de San Pablo) que ser libertadas y estar con Cristo. ¿Quiénes son estos que poseen las riquezas y los tesoros innumerables celestiales, y están bañados por dulcísimos y melifluos arroyos de santidad y gozo divinos? ¿Quiénes son éstos que podrían tomarse por cantores de la capilla de los Ángeles y producen, con júbilo, dulcísima música con los instrumentos de su corazón?» Según la tradición popular entre los dominicos, estas palabras se referían a la Orden reformada de Nuestra Señora del Carmelo. Este ambiente de augurio y profecía se iba haciendo general y más y más evidente al correr del tiempo. Los frailes en los conventos, y los ermitaños, alejados del mundo en salvajes soledades, tienen visiones extrañas y oyen voces sobrenaturales. Un lego de Andalucía, presintiendo el gran acontecimiento que iba a realizarse, suplica a todos los nuevos Provinciales de su Orden que cuando llegue la reforma que él había anunciado treinta años antes, le sea permitido incorporarse a ella. A un fraile de Mantua se le aparecieron Fray Ambrosio Mariano y Fray Juan de la Miseria, que acababan de profesar en Pastrana. Una monja, que más tarde fué priora de Veas (?), tuvo una visión de Teresa, sus monjas descalzas y un fraile descalzo de su Orden, doce años antes de establecerse la reforma. Beatriz de la Madre de Dios recibió el consejo de entrar en la fu-

tura Orden por un fraile carmelita que se le apareció vestido con un sayal y que, según ella, tenía la apariencia del profeta Elías. A Catalina de Cardona, retirada en el apacible desierto de La Roda, se le apareció esta misma imponente figura del carmelita anunciándole la reforma de la Orden de los Profetas. Ana de San Agustín vió pasar lentamente por las naves de la iglesia, donde se hallaba orando en una ocasión, antes de hacerse religiosa, una procesión de monjas carmelitas descalzas, entre cuyas figuras espectrales había una que, más tarde, pudo comprobar ser la de Teresa. Esta venerable religiosa murió siendo priora del convento de Villanueva de la Jara. El peregrino que llega hasta esos rincones, saturado todavía del ambiente de la vieja España, podrá ver todavía el rostro severamente hermoso de la priora en un cuadro colocado encima de la reja del coro en la iglesia del lugar.

Mientras todo esto ocurría, es curioso que la idea de fundar una Orden no le había pasado todavía a Teresa por el pensamiento, aunque, como veremos, sentía una vaga aspiración por algo que era en el fondo más elevado que el mero hecho de someterse en su ideal de abnegación a una disciplina religiosa verdaderamente estricta. Durante cinco años, poco más o menos, el modesto convento de San José colmó, al parecer, todas sus aspiraciones. Entre vivir honradamente en el mundo o pasar la vida en la atmósfera disolvente de la Encarnación, ella habría escogido lo primero como el menor de dos males, a pesar del horror que sentía por los daños y peligros del mundo. Los conventos habían degenerado en una especie de refugio para mujeres propensas al ocio, sin esperanza de matrimonio o pertenecientes a familias nobles arruinadas, pues, dadas las costumbres del claustro en aquellos días, gozaban en él del rango correspondiente a sus títulos, sin necesitar para ello de los medios de fortuna que estas categorías sociales exigen en el mundo.

La elevada idea que Teresa tenía de los deberes y responsabilidades de la vida religiosa, está de manifiesto en las Constituciones. Omitidas en las primeras ediciones de las obras de la Santa, por convenir así a un cierto partido lleno de malevolencia, han sido exhumadas, debiendo su existencia, por decirlo así, a los nobles esfuerzos de Lafuente. Los mismos Bolandistas comentaron desfavorablemente tal supresión. El hecho de que se conservase el original de las Constituciones en el año 1870 y de que no se encontrasen en los archivos de la Orden, al ser trasladados éstos del convento de San Hermenegildo, en Madrid, a la Biblioteca Nacional, da lugar a justas sospechas. La libertad de las monjas para tener confesores que no fuesen

carmelitas, fué una de las cuestiones que dieron lugar a discordias y disputas en la Orden a raíz de la muerte de Teresa. Ésta, en efecto, no hacía constar nada en las Constituciones sobre este punto, y dejó establecido el criterio de que cada monja lo interpretase según su conciencia. Tal vez por esta razón algún fanático, excediéndose en su celo por la Orden carmelita, escamoteó el original de las Constituciones por creerlas deficientes en materia de tanta importancia. El ardid, de ser cierto, no dió resultado, pues todavía se conserva en el convento de la Imagen de Alcalá una copia de dichos documentos. La fidelidad a las Constituciones originales, es la característica tradicional de este convento, en virtud de lo cual no está bajo la jurisdicción de los frailes de su Orden, sino del Obispo, y no se practican en él las reformas introducidas por los frailes carmelitas o, mejor dicho, por algunos de ellos.

Gracias a la copia que acabamos de citar, podemos no sólo darnos cuenta exacta de los propósitos de la fundadora, sino que hasta nos es posible reconstruír la vida de aquellas pocas heroicas mujeres que consagraron todas sus energías a devolver a la regla de San Alberto de Jerusalén su pureza original en cuanto era posible dentro de las costumbres de la época. Según las Constituciones, ésta era la austera rutina de la Comunidad. Todas las horas del día estaban dedicadas a la oración y al trabajo, porque «quien quisiere comer ha de trabajar». Ésta era una de las máximas favoritas de Teresa. Las monjas se levantaban a las seis, y, desde esta hora hasta las ocho en verano y las nueve en invierno, se ocupaban en rezar y recitar los oficios. Después oían misa, que era cantada los domingos y días de fiesta solemne. Comían a las once en invierno y a las diez en verano, mas esto dependía de que hubiese algo en la despensa, lo cual no era una regla fija. Cuando no, tenían que contentarse forzosamente con pan seco; su alimento consistía, principalmente, en un poco de pescado salado o pan y queso. Fuera de las horas señaladas, les estaba prohibido comer o beber agua sin permiso. A la comida seguía el recreo, durante el cual podían conversar libremente entre sí las monjas al son de la rueca y del huso. Les estaba rigurosamente prohibido tener intimidad con nadie. Y no sólo abrazarse, sino hasta darse la mano. A las dos en punto rezaban las Vísperas y después seguía una hora de lectura. Las Completas las rezaban a las seis en verano y a las cinco en invierno, y a las ocho, en todo tiempo, tocaba la campana a silencio, que se guardaba estrictamente hasta después de prima del otro día. Una hora antes de Maitines, las monjas leían o rezaban. La superiora tenía la obligación de cuidar que no faltasen nunca en

el convento «buenos libros (1), como los del Cartujano, *Flos Santorum, Contentus Mundi, Oratorio de religiosos,* Fray Luis de Granada o Fray Pedro de Alcántara, porque es en parte tan necesario este mantenimiento para el alma como el comer para el cuerpo». Los Maitines se rezaban un poco después de las nueve y, una vez terminados, las monjas seguían arrodilladas durante un cuarto de hora, entregadas al examen mental de conciencia o escuchando la lectura del misterio que había de servir de meditación al día siguiente. A las once se retiraban las monjas a descansar. Ninguna podía entrar en la celda de otra sin permiso de la Superiora. Sus labores estaban limitadas a hilar o a algún trabajo de costura que no distrayese la atención de las cosas divinas. Debían evitarse, especialmente, los bordados en oro y plata, y no porfiar por el precio de las labores, sino dejarlo sencillamente a la voluntad del comprador, debiendo abandonar aquellos trabajos que no fueran remunerativos. Les estaba severamente prohibida la posesión de bienes personales, recibiendo cada una con el hábito todo lo que necesitaba. La Superiora tenía la obligación de vedar a las monjas cualquier objeto o costumbre que les inspirase una especial predilección. La carne sólo les era permitida en casos de absoluta necesidad. El hábito debía ser lo más austero posible, bien de jerga negra o de sayal y debía llegar hasta los pies. Las capas que llevaban en el coro debían ser de jerga blanca, igual a la del escapulario, y cuatro dedos más corta que el hábito. Las cofias eran de cedena y calzaban alpargatas. Sólo en casos de extrema necesidad cubrían de estera las celdas, en circunstancias ordinarias siempre escuetas de toda comodidad. Dormían en un colchón de paja, lo que, según Teresa, era muy sano hasta para las personas delicadas. Llevaban el pelo corto. La Superiora guardaba las llaves de todas las puertas, y sólo podían hablar con el velo levantado a sus padres y hermanos y, así y todo, en presencia de un testigo. Había también reglas referentes al modo de plegar las tocas, el largo del hábito y hasta la medida del escapulario. Estas minuciosidades parecerán con razón a algunos pueriles e insubstanciales, mas para Teresa fueron símbolos externos de su elevado ideal, y le inspiran una de sus más sorprendentes páginas, una página que bien pudiera llamarse su oda a la pobreza.

(1) Los libros que aquí cita Teresa, son la *Vida de Cristo,* por Ludolfo de Sajonia, conocido en España por el Cartujano, y cuya traducción se hizo bajo los auspicios de Talavera, arzobispo de Granada. El *Contentus Mundi,* como escribe Teresa por *contemptus,* es la *Imitación de Cristo,* por Tomás de Kempis. Los libros titulados *Flos Santorum,* fueron escritos por los jesuítas Rivadeneyra y Villegas; pero el que cita Teresa, debe ser una colección más antigua todavía de la vida de los santos.

«Ello es un bien [dice Teresa con palabras que resuenan cual toque de trompeta] que todos los bienes del mundo encierra en sí: es un señorío grande. Digo que es señorear todos los bienes del otra vez a quien no se le da nada dellos. ¿Qué se me da a mí de los Reyes y Señores, si no quiero sus rentas, ni de tenerlos contentos, si un tantico se atraviesa haber de descontentar en algo por ellos a Dios? ¿Ni qué se me da de sus honras si tengo entendido en lo que está ser muy honrado un pobre, que es en ser verdaderamente pobre? Tengo para mí que honras y dineros casi siempre andan juntos, y que quien quiere honra, no aborrece dineros, y que quien los aborrece, se le da poco de honra. Entiéndase bien esto, que me parece, que esto de honra siempre trae consigo algún interese de rentas y dineros, porque por maravilla hay honrado en el mundo si es pobre, antes aunque lo sea en sí le tienen un poco. La verdadera pobreza trae una honra consigo, que no hay quien la sufra (la pobreza que es tomada por sólo Dios, digo) no ha menester contentar a nadie, sino a él; y es cosa muy cierta, en no habiendo menester a nadie, tener muchos amigos. Yo lo tengo bien visto por experiencia, que sólo he dicho lo que he visto por experiencia... Pues como he dicho, por amor del Señor son nuestras armas la santa pobreza y lo que al principio de la fundación de nuestra Orden tanto se estimaba y guardaba en nuestros santos Padres (que me ha dicho quien lo sabe, que de un día para otro no guardaban nada), ya que en tanta perfección en lo exterior no se guarde, en lo interior procuremos tenerla. Dos horas son de vida, grandísimo el premio; y cuando no hubiera ninguno, sino cumplir lo que nos aconsejó el Señor, era grande la paga, imitar en algo a su Majestad. Estas armas han de tener nuestras banderas, que de todas maneras lo queramos guardar en casa, en vestidos, en palabras, y mucho más en el pensamiento. Y mientras esto hicieren, no hayan miedo caya la religión desta casa, con el favor de Dios, que como decía Santa Clara, «grandes muros son los de la pobreza»... Muy mal parece, hijas mías, de la hacienda de los pobrecitos se hagan grandes casas. No lo permita Dios, sino pobre en todo y chica. Parezcámonos en algo a nuestro Rey, que no tuvo casa sino en el Portal de Belén, a donde nació, y la Cruz donde murió. ¡Oh, los que las hacen grandes! Ellos se entenderán, llevan otros intentos santos; mas trece pobrecitas cualquier rincón les basta. Si (porque es menester con el mucho encerramiento) tuvieren campo (y aun ayudo a la oración y devoción) con algunas ermitas para apartarse a orar, en hora buena; mas edificios ni casa grande, ni curioso nada, Dios nos libre. Siempre os acordad se ha de caer todo el día del juicio. ¿Qué sabemos si será presto? Pues hacer

mucho ruido al caerse casa de trece pobrecillas no es bien, *que los pobres verdaderos no han de hacer ruido.*»

Diríase que nunca ha alcanzado el socialismo un más perfecto desarrollo que en estas comunidades religiosas:

«En ninguna manera [escribe Teresa] posean las hermanas cosa en particular, ni se les consienta; ninguna cosa en particular, sino que todo sea en común: y dese a cada una según sus necesidades. Por esto tenga mucho cuidado la que tuviere el oficio de ropera y provisora. No se haga más con la priora y antiguas que con todas las demás, sino atentas a las necesidades, y a las edades, y más a la necesidad que a la edad, como lo manda la Regla... Tarea nunca se les de a las hermanas; cada una procure trabajar porque coman las demás [es decir que contribuya cada una con su trabajo al sostenimiento de la comunidad en general]... Ninguna hermana pueda dar ni recibir, aunque sea de sus padres, sin licencia de la priora, a la cual se mostrará todo aquello que les trajeren en limosna.»

Mas pruebas de un verdadero comunismo pueden encontrarse en las siguientes palabras:

«Las enfermas sean curadas con todo amor y regalo, y piedad conforme a nuestra pobreza, y alabe a Dios Nuestro Señor, cuando la proveyere bien, y si le faltare lo que los ricos tienen de recreación en las enfermedades, que no se desconsuele, que a eso han de venir determinadas; esto es ser pobres faltar por ventura en la mayor necesidad. En esto ponga mucho cuidado la madre priora, que antes falte lo necesario a las sanas, que algunas piedades a las enfermas; sean visitadas y consoladas de las hermanas, póngase enfermera, que tenga para este oficio habilidad y caridad; y las enfermas procuren mostrar entonces la perfección que han adquirido en salud, teniendo paciencia, y dando la menos importunidad que pudieren. Cuando el mal no fuere mucho, esté obediente a la enfermera; porque ella se aproveche y salga con ganancia de la enfermedad, y edifique a las hermanas, tengan lienzo y buenas camisas y sean tratadas con caridad.»

El criterio de Teresa era que la priora no sólo había de tener la responsabilidad de hacer cumplir la Regla y las Constituciones de la Orden, sino que debía atender a las necesidades morales y materiales de las monjas con el cariño y la solicitud de una madre. «Ha de ser amada para ser obedecida.» Teresa enseñó a sus hijas a encontrar un medio de elevación de espíritu, aun en los actos más comunes y rutinarios de la vida. Al sentarse a una mesa que con harta frecuencia no presentaba otro manjar que unos mendrugos de pan, les enseñó a apartar las miradas de aquella miseria y frugalidad, y a ver mientras

tanto, con los ojos del alma, la mesa celestial de los ángeles, a cuya compañía todas ellas debían aspirar. Así revistió esta mujer sublime la vida religiosa en todos sus aspectos de infinita poesía; así arrojó sobre inteligencias no en pocos casos limitadas y pusilánimes, una luz divina que aún parece flotar, cual estela de su presencia, en los innumerables conventos de la Orden.

Para Teresa el renunciamiento de todas las cosas, la abnegación de sí misma era sólo el medio para llegar a realizar una obra más grande y trascendental. Tuvo buen cuidado de inculcar a las monjas de San José la importancia grandísima de sus relaciones con el mundo. Las responsabilidades que esto engendraba, responsabilidades que extendiéndose como los círculos concéntricos que forma una piedra al caer en el agua, irían abarcando insensiblemente todos los intereses de la Humanidad. Nos asalta la duda de si esas buenas mujeres llegaron jamás a comprender a fondo la grandeza y extensión del ideal de Teresa. ¿Llegaron a darse cuenta de que se trataba de la vindicación de los derechos de la mujer en su vida social y doméstica? Seguramente todo esto estaba fuera del horizonte intelectual de las monjas de Teresa, mas ninguna de ellas, por humilde que fuese, dudaba un momento de la eficacia de sus servicios en defensa de la Iglesia y en menoscabo de la herejía. Teresa, según sus propias palabras llenas de amarga resignación, era mujer, y sin fuerza para poder entrar en la lid manejando otra arma que no fuese la oración. Mas entonces la fe en el poder de la plegaria era inconmovible. Lo prueba el hecho siguiente: En la desastrosa expedición de Argel, viéndose arrojado Carlos V de su campamento, le vino a la cabeza la consoladora idea de que al sonar las doce de la noche, subirían al cielo, de todos los conventos de su reino, un coro de súplicas y ruegos. No quedaría un solo fraile ni monja en España que no estuviese rezando por ellos, dijo a los nobles que le rodeaban, mientras envuelto en su larga capa blanca, paseaba con nerviosa intranquilidad de un lado a otro. Tan consoladora convicción inspiró a la monja de Ávila el revelarse contra su impotencia y los prejuicios que reducían su sexo a la inacción. ¿Por qué no debía de conseguir ella que una nube de oraciones se elevasen incesantemente día y noche al cielo de almas puras, libres por completo de las perturbaciones del mundo? ¿Por qué no había de conseguir lo que hasta entonces había parecido humanamente imposible? Esta fué la misión semi-divina que impuso a sus monjas. Teresa les hizo concebir aspiraciones muy por encima de sí mismas. En su grandeza estaba bien lejos de creer, como tantas personas piadosas, que el fin supremo de la oración fuese la salvación de la propia alma. Su fin

era salvar las almas de los demás. La salvación de la suya era cosa secundaria. Su amor y compasión por el prójimo había de ser ilimitado, como era ilimitada la necesidad que de ello existía, es decir, un amor y una compasión esencialmente católicos en el sentido más elevado y amplio de la palabra.

Cada hora de su vida había de ser una oración, y cuando decía que daría mil almas suyas si las tuviese por salvar la de un hereje, daba expresión a un sentimiento sincero. Aunque de un modo inconsciente, es muy probable que Teresa se diera más cuenta que ninguna otra persona de su época, de la banalidad de los problemas meramente religiosos en relación con el ideal de la fraternidad humana. La restauración de la disciplina de los antiguos cenobitas de la Tebaida en un convento de Castilla, a mediados del siglo XVI, fué provocada por un fin perfectamente definido y generoso. Su enorme sentido práctico le hizo establecer la disciplina del convento sobre la base de la absoluta obediencia, la obediencia no sólo de la voluntad, sino también del pensamiento. Para practicar tan excelsa virtud, aquellos antiguos frailes de Egipto, obedecían al mandato de trasladar de un lado a otro inmensas moles de piedra, al de regar un palo seco plantado en la tierra durante tres años, hasta que reverdeciera, y entraban impasibles en un horno ardiendo. Teresa, fiel al espíritu primitivo de su Orden, mandó inesperadamente a María del Campo que plantara en el jardín un pedazo de pepino podrido, a lo que ésta no hizo otra observación que la de preguntar si había de meterlo en la tierra, horizontal o verticalmente, cumpliendo en seguida tan singular mandato. Las humillaciones voluntarias que se practicaban en el convento, no eran menos extraordinarias. Por ejemplo, se cuenta que Teresa se presentó un día en el refectorio, donde estaban reunidas todas las monjas a gatas, aparejada como una mula, llevando una carga de piedras encima. Tal acto de humillación llenó de lágrimas los ojos de todas las presentes, y así lo hace constar el cronista, a quien yo, con perdón sea dicho, me resisto a creer respecto a este incidente de la vida de la Santa. Tal espíritu de abnegación y austeridad estaba bien lejos de producir entre las monjas, como muchos podrían creer, un ambiente de lúgubre tristeza. No, la atmósfera del convento era de felicidad, de alegría, de serenidad y compostura, igual a la que hemos encontrado hoy todavía en muchas de las fundaciones de Teresa. Ésta temía la melancolía como la peste. Persona atacada de ella no tenía cabida en sus conventos, y sólo escogía para monjas a aquellas que no llevasen huella de preocupaciones en su frente despejada. Hasta había momentos en que aquella humilde casa, verdadero palacio de la pobreza,

resonaba con los acentos de una santa y excepcional alegría, que al parecer, mal podía aparejarse con el asceticismo y la penitencia. Se llenaban los altares de luces y flores, y al monótono canturreo de las monjas se mezclaban los sones rústicos y sencillos de la dulzaina y del tambor, del adufe y la pandereta. Las monjas de San José enseñan hoy todavía al forastero estos instrumentos como sus más preciadas reliquias. La profesión de una monja fué en el primer convento de Teresa motivo de triunfante alborozo. Para estas ocasiones escribió la Santa muchos de esos versos suyos, cuya ingenuidad e incorrecciones, en nada empañan el espíritu que los inspiraba:

Todos los que militáis
Debajo de esta bandera,
Ya no durmáis, ya no durmáis,
Pues que no hay paz en la tierra.
Ya como capitán fuerte
Quiso nuestro Dios morir,
Comencémosle a seguir
Pues que le dimos la muerte.
¡Oh, qué venturosa suerte
Se le siguió desta guerra!
Ya no durmáis, ya no durmáis,
Pues Dios falta de la tierra.
No haya ningún cobarde,
Aventuremos la vida,
Pues no hay quien mejor la guarde
Que el que la da por perdida.
Pues Jesús es nuestro guía,
Y el premio de aquesta guerra;
Ya no durmáis, ya no durmáis,
Porque no hay paz en la tierra.

He aquí cómo canta los desposorios con Cristo:

Ricas joyas os dará
Este Esposo, Rey del cielo
Daros ha mucho consuelo
Que nadie os lo quitará.
Y, sobre todo, os dará
Un espíritu humillado.
Es Rey y bien lo podrá
Pues quiere hoy ser desposado.

La toma del velo de Isabel de los Ángeles, en Salamanca, le inspiró los siguientes versos ingenuamente simbólicos:

Aqueste velo gracioso
Os dice que estéis en vela,
Guardando la centinela
Hasta que venga el Esposo,
Que, como ladrón famoso,
Vendrá cuando no penséis:
Por eso no os descuidéis.
Tened continuo cuidado
De cumplir como alma fuerte,
Hasta el día de la muerte,
Lo que habéis hoy profesado;
Porque habiendo así velado
Con el Esposo entraréis:
Por eso no os descuidéis.

En las grandes y solemnes festividades, como la del Nacimiento de Cristo y la Adoración de los Reyes al cantar en coro estos caprichosos villancicos y tiernas canciones de Teresa, diríase que las monjas, bajo la influencia de tan sencillas emociones, perdían noción de su estado y creíanse de nuevo niñas sentadas en torno del hogar de la casa paterna en una noche de invierno, rivalizando con pastores y zagalas de la serranía en cánticos de alabanza al Niño recién nacido. También cantaban estas famosas letrillas de Teresa en otras ocasiones. Se cuenta que, en una ocasión, las monjas de San José, no pudiendo sufrir ya más la compañía de los parásitos que infestaban sus hábitos, apelaron al supremo recurso de ir en procesión a rogar al Señor que las librase de tan molesta plaga. Llevando una cruz en alto se dirigieron a la celda de Teresa, a quien hallaron orando y ésta les improvisó estos versos:

Pues nos dais vestido nuevo,
Rey celestial,
Librad de la mala gente
Este sayal.
Hijas, pues, tomáis la cruz,
Tened valor,
Y a Jesús, que es vuestra luz,
Pedid favor:
Él os será defensor
En trance tal.

Como el mejor medio de exhorcizar estos diminutos demonios es, salvo mejor parecer, el agua y el jabón, se me figura que hay en estas últimas coplas cierta malicia o ironía encaminada a ridiculizar el empleo supersticioso o pueril de la oración. Hasta creo probable que la

Santa no fuese adversa a la continuación de aquella plaga con el fin de reducir sus hijas por ese medio a aquellas costumbres de limpieza y escrupulosidad que eran tan evidentes en ella. Parece ser que, al fin, las monjas recurrieron al indicado remedio casero para combatir semejantes incomodidades, pues, se ha hecho constar, con toda gravedad, que consiguieron deshacerse de ellas. Y no se crea que exagero al decir gravedad: hubo hasta disputas sobre si los conventos de Teresa llegaron a verse libres de tan molestos habitantes gracias al régimen de limpieza, y el autor del *Año Teresiano* sostiene que, en efecto, aquellas monjas que no siguieron tal régimen por estar sujetas a la autoridad de los Obispos—que, como es natural, no se ocuparían de semejantes detalles—, no llegaron a gozar de estos privilegios de la higiene y del aseo. «Las (monjas) de la Imagen de Alcalá y las de Santa Teresa de Madrid, me han asegurado que sí, y las creo más que al Padre Fray Antonio, harto preocupado en aquella cuestión.» Estas palabras son del biógrafo más reciente de Teresa, persona culta y erudita, y fueron escritas en el siglo XIX. Esto nos demuestra la transcendencia que adquirió en la Orden el problema de limpiar los conventos de insectos y parásitos. Yo no estoy del todo de acuerdo con Lafuente al calificar los versos insecticidas de Teresa de espúreos e indignos de ella, cuando dice: «estos versos de Gil y Pascual son tan desdichados, los conceptos tan rudos, las palabras tan chocantes, que más parecen propios de ciegos callejeros que de monjas». Quizás tenga razón. Mas no olvidemos que muchos se han extrañado también de que Shakespeare introdujese en una obra seria aquello de: *King Stephen was a worthy peer.*

Teresa estaba destinada a infringir los convencionalismos tradicionales de la Santidad. Tal innovación, permítasenos la palabra, era una constante sorpresa para todos los que la rodeaban, incapaces de comprender el caso. El júbilo y alegría que reinaba en el rostro de la Santa, júbilo y alegría que sabía comunicar a la austera rutina de sus conventos, no eran interpretados como rasgos de grandeza por la mayoría de la gente.

«La Madre Teresa, dice Inés de Jesús, me dió una vez ciertas coplas de devoción para que trasladase; y, pareciéndome que eran cosas impertinentes para una mujer como ella, al fin, estándolas escribiendo con estos pensamientos, llegó a la puerta de mi celda y, con mucha gracia, me dijo: —Todo es menester para pasar esta vida; no se espante.—Con lo cual me postré en tierra muy confundida.»

No fué este el único caso. Otra monja a quien Teresa ordenara cantar en cierta festividad, exclamó con acritud y desagrado: «¿Aho-

ra cantar? Mejor fuera contemplar.» A lo que la Santa, que no se paraba en mientes, contestó ordenando a la monja que se recluyese en su celda durante varios días para que contemplase a sus anchas. Un carácter como el de Teresa, enérgico y generoso al mismo tiempo, tenía infaliblemente que dominar a sus subordinados. Su método era obrar primero y predicar después. «No desmayéis, hijas—escribe—, ante las muchas cosas que hayáis de ver en este viaje divino, que es el camino real para el cielo.» El poder gobernar con mano férrea e inspirar cariño al mismo tiempo, es un privilegio que muy pocos escogidos gozan en el mundo. Cuando las circunstancias lo exigían, Teresa se mostraba implacable e inflexible. Así, en su propósito de crear una atmósfera de paz y de santa caridad entre las monjas de sus conventos, escribe las siguientes palabras que tanto contrastan con su acostumbrada benevolencia y humildad:

«Si por dicha alguna palabrilla de presto se atravesare, remediese luego y hagan grande oración; y en cualquiera destas cosas que dure, o bandillos [parcialidades o bandos de poca importancia] o deseo de ser más, o puntillo de honra (que parece se me hiela la sangre cuando esto escribo de pensar que puede en algún tiempo venir a ser, porque veo es el principal mal de los monasterios) cuando esto hubiese dense por perdidas; piensen y crean haber echado a su Esposo de casa; y que en cierta manera le necesitan ir a buscar a otra posada, pues le echan de su casa propia. Clamen a su Majestad, procuren remedio, porque si no le pone el confesar y comulgar tan a menudo, teman si hay algún Judas. Mire mucho la priora, por amor de Dios, en no dar lugar a esto, atajando mucho los principios, que aquí está todo el daño o remedio; y la que entendiere alboroto, procure se vaya a otro monasterio, que Dios la dará con qué la doten. Echen de sí esta pestilencia, corten como pudieren las ramas, o si no bastare arranquen la raiz. Y cuando no pudiesen esto, no salga de una cárcel quien destas cosas tratare; mucho más vale, antes que pegue a todas tan incurable pestilencia. ¡Oh, que es gran mal! ¡Dios nos libre de monasterio donde entrare! Yo más querría que entrase en éste un fuego que nos abrasase a todas.»

A pesar del rigor que, como hemos visto, era capaz de desplegar Teresa, sus monjas la adoraban como a una madre. En una de esas frías noches de la primavera en Toledo, todas se desprendieron de sus escasas coberturas para que ella, al menos, disfrutase de algún abrigo y, a veces, hasta cantaban para adormecerla. ¿Puede darse nada más tierno y conmovedor? En Teresa el humorismo, ese don tan preciado en los pocos que lo poseen, fué una de las armas poderosas de que

se valió para conquistar voluntades. En cierta ocasión se le ocurrió la idea de comenzar de nuevo la vida religiosa, lo que nos recuerda los macabros funerales que celebró por su alma Carlos V, episodio al que, dicho sea de paso, puede aplicarse el proverbio *de si non e vero e ben trovato,* pues yo no le concedo gran crédito. Teresa, refiramos la historia, se vistió con el traje corriente de las mujeres de aquella época, cambiándolo después por el hábito de novicia. Las monjas, accediendo a sus súplicas, hicieron un remedo de la ceremonia acostumbrada, ofreciéndole todos sus méritos y, una de ellas, que era por cierto bien fuerte y sana, le ofreció sus enfermedades. Teresa, al recibir el velo, aseguró a la Comunidad allí congregada haber aceptado todos sus ofrecimientos, mas, dirigiéndose a la supuesta enferma, dijo: «Pero vos hija no recibís nada, porque nada me disteis.»

No miremos con desprecio estas puerilidades, pues son un atributo de todo carácter verdaderamente grande. Alguien me ha hecho notar que en la personalidad de Teresa falta un rasgo para hacerla por completo interesante y simpática, esto es, que nunca demostró el menor interés por animal alguno. En efecto, el borriquillo, por ejemplo, fué uno de los elementos más constantes, más pintorescos en la historia de sus fundaciones, mas ella como buena castellana no dió nunca la más remota muestra de especial afección por ese fiel compañero mudo de su carrera. El apego y la conmiseración hacia los animales, son un atributo de las generaciones posteriores a la de Teresa, aunque ya había dado muestras supremas de él, San Francisco de Asís, en la Edad Media.

* * *

Después de lo que llevamos relatado, ¿cómo podrá extrañarnos que aquella Comunidad de San José cautivase la imaginación y la simpatía en un sentido mundial? Las limosnas caían en abundancia, y el convento de San José comenzó a ser objeto de una reverencia que no han podido destruír los siglos. Su humilde iglesia fué teatro de escenas conmovedoras. Justamente un año y medio después de haber surgido a la vida aquella Comunidad, al débil tañido de una esquila, María del Campo, la misma que había sugerido en broma la idea de la fundación, algunos años antes, consagró allí su dote, su vida y su voluntad al Divino Esposo. En el siguiente mes de septiembre, las puertas de la humilde casa se abrieron para recibir a una nueva esposa del Señor, que llegó a ellas acompañada de toda la nobleza de Ávila. Aquella, que en su orgullo había despreciado a tantos hombres,

como indignos de su rango, después de una larga lucha, cambió el nombre glorioso, en la historia y en la leyenda, de sus antepasados, para tomar el de María de San Jerónimo, vestida de la ruda jerga de las Carmelitas Descalzas. Llegó a ser priora, y cuéntase la siguiente anécdota correspondiente al período en que ejerció dicho cargo. Un día, como no hubiese nada que comer en el convento, llegada la noche, sin esperanza de limosna alguna, cerraron el torno. María de San Jerónimo, atribulada por el hambre de sus hijas, les mandó que diesen gracias a Dios por la merced que les concedía haciéndoles conocer el goce espiritual de la pobreza. Mientras rezaban, se oyeron golpes tan violentos y persistentes en la puerta del convento, que la priora ordenó se abriese el torno a pesar de lo inusitado de la hora, y encontraron que un pobre hombre, sin duda inspirado por Dios, les había traído dos panes grandes y un poco de queso.

Doña Guiomar de Ulloa, según parece se unió por algún tiempo a la Comunidad, mas tuvo que volver a su casa por no poder soportar en salud el rigor de aquella vida. Con este incidente desaparece de nuestra historia para siempre, la amiga fiel y heroica de Teresa, que luchó con ella durante un período tan importante y trascendental de su vida. Al salir doña Guiomar del convento, quedó completo el número de las monjas, que no había de pasar de trece, pues «siendo buenas, muchas eran, y si no lo eran, todas sobraban».

Hoy, en las grandes festividades de la Orden, como el día de San Bartolomé y el de la Navidad, puede verse al Gobernador, al Cabildo Catedral y a las autoridades municipales de Ávila, dirigirse a San José en solemne procesión para oír tocar a cuatro novicias aquellas sagradas reliquias, aquel tambor, aquella dulzaina, aquel adufe del tiempo de Teresa, en memoria de las cuatro pobres huérfanas sin dote, que recibieron el hábito el día de San Bartolomé de 1562.

CAPÍTULO X

CAMINO DE PERFECCIÓN.—FUNDACIÓN DE MEDINA DEL CAMPO

Teresa pasó cinco años en el convento de San José. Uno de los rasgos más interesantes de su carácter y prueba de su extraordinario equilibrio mental, se revela en el hecho de haberse adoptado a la apacible vida de su nuevo retiro, como si nunca hubiese conocido la atracción de la actividad y los halagos del triunfo. Estos fueron los últimos años de completa paz que había de gozar en la tierra. Muchas veces los había de recordar en los comienzos de la agitada vida que la esperaba. Durante todo este tiempo, a la par que cultivaba conocimientos y amistades que tan valiosos le fueron más tarde, escribió, a instancias de sus monjas, la segunda de sus grandes obras, *Camino de Perfección*. La *Vida* nos ha servido de guía para estudiar el largo período de su existencia, pasado en la Encarnación. Veamos ahora en este otro libro el fruto espiritual de estos cinco años de apacible aislamiento en su primera fundación de San José. Para mí, Teresa alcanza su mayor altura como escritora, en el *Camino de Perfección*, título que parece un pronóstico de su futura carrera al revelarnos en ella mejor que en sus otras obras, con arranques de inusitada pasión y elocuencia, su sagacidad y mordaz ironía, su hondo conocimiento del carácter humano, y sobre todo su instintiva caridad e indulgencia en todas las necesidades y dificultades de sus discípulas. Las Constituciones podrían considerarse como el armazón de esta monumental, de esta segunda obra de Teresa. En el momento de escribirla, su genio profético penetra en el porvenir, su espíritu vuela en pos de las generaciones de monjas que no habían de verla en su for-

ma carnal, y a quienes sus palabras escritas habían de servir de estímulo y guía, cuando su voz estuviese reducida al eterno silencio y convertido en polvo su cuerpo. Estas palabras adquieren un valor y fuerza extraordinaria al reconocer en ellas, por así decirlo, el testamento espiritual de Teresa, encomendando a la custodia de los lectores el legado de la Reforma. Directas, sencillas, vibrantes de lucidez y verdad, suenan a veces como un reto conminatorio. Parece que de estas páginas marchitas, surge la voz de un muerto, animándonos y dirigiéndonos.

Voz libre de todas las fragilidades de la carne, y más elocuente con su aliento de eternidad que cualquier voz ponderable a merced de un simple accidente que pudiera enmudecerla.

Para todo hay lugar en ellas. Indican la razón de las debilidades dañinas, pequeñeces de espíritu lindantes con la perversidad y la intransigencia, las envidias y hasta las amistades frívolas, en fin, todos los escollos de la vida del claustro, descubiertos a la luz de una larga experiencia. Teresa, en esta obra, hace una breve exposición de las razones que la movieron a escribirla, en las que una vez más se revela la grandiosidad de su carácter. Al principio, su intención no había sido más que ser una humilde fundadora, pero:

«En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos, y cuanto iba en crecimiento esta desventurada secta. Dióme gran fatiga, y como si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían. Y como me vi mujer y ruin imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor... determiné hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí, hiciesen lo mesmo... y que siendo cual yo las pintaba en mis deseos... y que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia, y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío.»

Y desolada, al pensar en tantas almas como van a la perdición, exclama:

«¡Oh hermanas mías en Cristo, ayudadme a suplicar esto al Señor, que para esto os juntó aquí: este es vuestro llamamiento; éstos han de ser vuestros negocios; éstos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; éstas vuestras peticiones!»

Esta oración, esta continua súplica, había de ser columna de fuego que partiese de las almas puras hacia el trono de Dios. Asiento de

esta columna debe ser una vida perfecta, cimentada en la pobreza. Arrebatada por la sucesión de pensamientos que le sugiere la idea de esta excelsa virtud, tiene un arranque de elocuencia, prorrumpe en un himno, cuyo acento de esperanza y triunfo hace vibrar todavía las fibras más íntimas de nuestro corazón con la misma emoción que produjera en el alma de aquellas monjas del siglo XVI. Interrumpido así por un momento el estilo sencillo, pero siempre sentencioso, de su discurso, vuelve a adoptarlo en una nueva digresión: el recuerdo de los días turbulentos de Ávila, días de gloriosas proezas, aún frescas en la memoria de todos los hombres, y cuyo relato ella había escuchado con tanta frecuencia siendo niña.

«Fuerzas humanas no bastan a atajar este fuego destos herejes, que va tan adelante, hame parecido es menester, como cuando los enemigos en tiempo de guerra han corrido toda la tierra, y viéndose el señor della apretado se recoge a una ciudad, que hace muy bien fortalecer, y desde allí acaece muchas veces dar en los contrarios, y ser tales los que están en la ciudad, como es gente escogida, que pueden más ellos a solas, que con muchos soldados, si eran cobardes pudieron; y muchas veces se gana de esta manera victoria; al menos aunque no se gane no los vencen, porque como no haya traidor, si no es por hambre no los pueden ganar.»

Ya lo vemos. Teresa concibe la Iglesia como un castillo de fortaleza. Los sacerdotes y teólogos son capitanes. Las monjas de San José, libres de los cuidados y atenciones del mundo, les ayudan con la oración a llevar a cabo su gloriosa y difícil empresa. La misión de estos campeones les impone el cumplimiento de las exigencias de una doble vida. Al mismo tiempo que tienen el deber de practicar el comercio con los hombres y de transigir con ellos, deben ser capaces de llegar a las abstracciones de una vida interior con perfecta independencia del ambiente en que viven, como si, en realidad, fuesen unos desterrados. En una palabra, tienen que ser ángeles y no hombres al mismo tiempo en un mundo tan incapaz de reconocer la virtud como de perdonar la falta. ¿Dónde encuentran, pues, los hombres esta medida de perfección que sólo sirve para condenar? Ante este insoluble conflicto espiritual, Teresa apela a su único recurso: la oración. Que recen, pues, las monjas por estos ilustres religiosos para que salgan ilesos de la batalla, para que puedan acudir a ella los que no estén todavía preparados y para que Dios les libre de los peligros del mundo y cierre sus oídos al canto de las sirenas de este mar lleno de escollos.

«Parece atrevimiento [dice para terminar] pensar que yo he de ser

alguna parte para alcanzar esto. Confío yo, Señor mío, en estas siervas vuestras que aquí están, que veo, y sé no quieren otra cosa, ni la pretenden, sino contentaros. Por Vos han dejado lo poco que tenían y quisieran tener más para serviros con ello. Pues no sois Vos, Creador mío, desagradecido, para que piense yo, dejareis de hacer lo que os suplican: ni aborrecisteis Señor, cuando andabadeis en el mundo, las mujeres, antes las favorecisteis siempre con mucha piedad [las palabras finales que dirige a sus monjas, son graves y comunicatorias]. Y cuando vuestras oraciones, y deseos y disciplinas, y ayunas no se emplearen por esto que he dicho, pensad que no hacéis ni cumplís el fin para que aquí os juntó el Señor.»

Es muy significativo que Teresa no se ocupara en sus obras del dogma ni una vez siquiera. Con una desconfianza instintiva, fruto de aquella época, dejó caer a tiempo de sus dedos las ascuas encendidas antes de quemarse con ellas. Podríamos asegurar que, de haberse aventurado a entrar en esas cuestiones con toda la claridad y perspicacia de su inteligencia, hubiera llegado a su ruina como ocurrió a tantos hombres de aquellos tiempos cuya ortodoxia no debía ofrecer la menor duda. El conocimiento de los resortes del corazón humano, fué siempre su más seguro escudo. En *Camino de Perfección* no hay la menor referencia al dogma, pero toda la obra está impregnada de un espíritu de heroísmo y de estímulo al sufrimiento, no menos digno de la familia a que pertenecía que de la España caballeresca y de las «almas generosas, almas reales» que ella se esforzaba en formar. Pasando ahora a otro género de manifestaciones de su actividad espiritual, hagamos constar su curiosa prohibición respecto al empleo de frases propias de mujeres como *mi vida, mi alma, mi bien*, etc.

«Y no querría yo que mis hijas lo fuesen en nada, ni lo pareciesen sino varones fuertes; que si ellas hacen lo que es en sí, el Señor las hará tan varoniles, que espanten a los hombres... El Dios de gloria no visitará nuestras almas (quiero decir en unión) si no nos esforzamos para ganar grandes virtudes... Y es bien que el Señor vea, que no queda por nosotros como los soldados, que, aunque mucho hayan servido, siempre han de estar a punto para que el capitán los mande en cualquier oficio que quiera ponerlos, pues les ha de dar su sueldo muy bien pagado ¡y cuán mejor pagado lo pagará nuestro Rey que los de la tierra!... Yo tengo para mí que la medida de poder llevar gran cruz o pequeña, es la del amor.

»Determináos, hermanas, que venís a morir por Cristo, y no a regalaros por Cristo, que esto pone el demonio ser menester para llevar y guardar la Orden, y tanto en hora buena se quiere guardar la Or-

den con procurar la salud para guardarla y conservarla, que se muere sin cumplirla enteramente un mes, ni por ventura un día.»

La sequedad de este trozo es superada todavía en el que sigue:

«Algunas veces dales un frenesí de hacer penitencias, sin camino ni concierto, que duran dos días, a manera de decir: después póneles el demonio en la imaginación, que les hizo daño, y que nunca más hagan penitencia, ni la que manda la Orden, que ya lo probaron. No guardamos unas cosas muy bajas de la Regla, como es el silencio, que no nos ha de hacer mal, y no nos ha venido a la imaginación que nos duele la cabeza, cuando dejamos de ir al coro, que tampoco nos mata. Un día porque nos dolió, y otro, porque no nos ha dolido, y otros tres, porque no nos duela; y queremos inventar penitencias de nuestra cabeza para que no podamos hacer lo uno ni lo otro: y a las veces es poco el mal, y nos parece que no estamos obligadas a hacer nada, que con pedir licencia cumplimos.

Diréis que ¿por qué lo da la priora? A saber lo interior por ventura no lo haría; mas como le hacéis información de necesidad y no falta un médico que ayuda por la mesma que vos le hacéis, y una amiga, o parienta que llore al lado, aunque la pobre priora alguna vez ve que es demasiado, ¿qué ha de hacer? Queda con escrúpulo si falta en la caridad; quiere más que faltéis vos que ella, y no le parece justo juzgaros mal. Oh, este quejar ¡válame Dios! entre monjas. Él me perdone, que temo ya es costumbre... Cuando es grave el mal, él mesmo se queja: es otro quejido y luego se parece. Muchas veces os lo digo, hermanas, y ahora lo quiero dejar escrito aquí, porque no se os olvide que en esta casa, y aun en toda persona que quiere ser perfecta, se huya mil leguas de decir—*razón tuve, hiciéronme sin razón, no tuvo razón quien esto hizo conmigo*—. De malas razones nos libre Dios. ¿Paréceos que había razón para que nuestro buen Jesús sufriese tantas injurias, y se las hiciesen, y tantas sin razones? La que no quisiere llevar cruz, sino lo que le dieren muy puesta en razón, no sé yo para qué está en el monasterio.»

De esta manera, con una sátira agridulce, atacaba Teresa estas insulseces y debilidades de las monjas. El siguiente símil, tomado del juego de ajedrez, no deja de tener gracia:

«Quien no sabe concertar las piezas el juego del ajedrez, sabrá mal jugar, y si no sabe dar jaque no sabrá dar mate. Aun así me habéis de reprender, porque hablo en cosa de juego, no le habiendo en esta casa, ni habiéndole de haber. Aquí veréis la madre que os dió Dios, que hasta esta vanidad sabía; mas dicen que es lícito algunas veces, y ¡cuán lícita sería para nosotras esta manera de juego! ¡Y cuán

presto si mucho lo usamos daremos mate a este Rey divino, que no se nos podrá ir de las manos, ni querrá! La dama es la que más guerra le puede hacer en este juego, y todas las otras piezas ayudan. No hay dama que ansí le haga rendir como la humildad. Esta le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella le traeremos nosotras de un cabello a nuestras almas.»

Su intención al fundar San José fué resucitar la vida contemplativa de los ermitaños, pero como veremos por las siguientes palabras, la vida ascética para ella no consistía solamente en la contemplación:

«Ansí, que no porque en esta casa todas traten de oración, han de ser todas contemplativas... y pues no es necesario para la salvación, ni nos lo pide Dios, no piense que se lo pedirá nadie, que por eso no dejará de ser muy perfecta... y si hay humildad, no creo yo que saldrán peor libradas al cabo, sino muy en igual de los que llevan muchos gustos; y con más seguridad en parte, porque no sabemos si los gustos son de Dios o si los pone el demonio... En la humildad, y mortificación, y desasimiento, y otras virtudes, siempre hay más seguridad: no hay que temer, ni hayáis miedo que dejéis de llegar a la perfección, como los muy contemplativos... Pues para entender, hijas, si estáis aprovechadas, será en si entendiere cada una que es la más ruin de todas, y que se entienda en sus obras que lo conoce ansí, para aprovechamiento y bien de las otras; y no en la que tiene más gustos en la oración, y arrobamientos, y visiones y mercedes que le hace el Señor de esta suerte, que hemos de aguardar al otro mundo para ver su valor. Estotro es moneda corriente, es renta que no falta, son juros perpetuos, y no censo de al quitar (que estotro quítase y pónese).

»... Concluyo con que estas virtudes son las que yo deseo que tengáis, hijas mías, y las que procuréis, y las que santamente envidiéis. Estotras devociones no curéis de tener pena por no tenerlas, es cosa incierta. Podría ser que en otras personas sean de Dios, y en vos permitirá su Majestad sea ilusión del demonio, y que os engañe, como ha hecho a otras personas. En cosa dudosa, ¿para qué queréis servir al Señor, teniendo tanto en qué, seguro? ¿Quién os mete en esos peligros?»

Citemos otro párrafo en el que vuelve a ocuparse de la vida contemplativa, y recurre una vez más a su símil favorito del agua:

«De que Dios, hermanas, os traiga a beber este agua, y las que ahora bebéis, gustaréis desto, y entenderéis cómo el verdadero amor de Dios, si está en su fuerza, y ya libre de cosas de tierra del todo, y que vuela sobre ellas, es señor de todos los elementos del mundo... No es linda cosa que una pobre monja de San José pueda llegar a se-

ñorear toda la tierra y elementos. ¿Y qué mucho que los santos hiciesen dellas lo que querrían con el favor de Dios? A San Martín el fuego y las aguas le obedecían; y a San Francisco las aves y los peces, y ansí a otros muchos santos, que se veía claro ser tan señores de todas las cosas del mundo, por haber bien trabajado de tenerle en poco, y sujetándose de veras con todas sus fuerzas al Señor dél.»

Ahora pone la experiencia, por ella adquirida en largos años de penosos esfuerzos, a disposición de sus monjas después de haberlas amonestado con palabras llenas de buen sentido y moderación sobre los peligros del misticismo para los recién iniciados.

«Yo he de poner siempre junta oración mental con la vocal cuando se me acordase, porque no os espanten, hijas, que yo sé en qué caen estas cosas, que he pasado algún trabajo en este caso; y ansí querría que nadie os trajese desasosegadas, que es cosa dañosa ir con miedo este camino. Importa mucho entender que vais bien, porque en diciendo a algún caminante que va errado y que ha perdido el camino, le acaece andar de un cabo a otro, y todo lo que anda buscando por donde ha de ir, se cansa y gasta el tiempo y llega más tarde... Cuando comience uno a rezar, comience a pensar con quien va a hablar, y quien es el que habla para ver como le ha de tratar; que no hemos de llegar a hablar a un príncipe con el descuido que a un labrador, o como a un pobre como nosotras, que, como quiera que nos hablaren va bien. Razón es que, ya que por la humildad deste Rey, si como grosera no sé hablar con Él, no por eso me deja de oir, ni me deja de llegar a sí, ni me echan fuera sus guardas (porque saben bien los ángeles que están allí la condición de su Rey, que gusta más desta grosería de un pastorcito humilde, que ve que si más supiera más dijera, que de los muy sabios letrados, por elegantes razonamientos que hagan, si no van con humildad), ansí que no porque Él sea bueno hemos de ser nosotros descomedidos... Es bien que procuremos conocer su limpieza y quién es. Es verdad que se entiende luego en llegando, como los señores de acá; que con que nos digan quién fué su padre y los cuentos que tiene de renta, y el ditado, no hay más saber, porque acá no se hace cuenta de las personas para hacerlas honra, por mucho que merezcan, sino de las haciendas. ¡Oh, miserable mundo! [exclama esta noble monja]: Alabad mucho a Dios, hijas mías, que habéis dejado cosa tan ruin, a donde no hacen caso de lo que ellas en sí tienen, sino de lo que tienen sus renteros y vasallos; y, si ellos faltan, luego falta el mundo de hacerles honra. Cosa donosa es esta, para que os holgueis cuando hayais todas de tomar alguna recreación, que éste es buen pasatiempo, entender cuán ciegamente pasan su tiempo

los del mundo... Como quisiereis hallar a Dios le hallareis; tiene en tanto que le volvamos a mirar, que no quedará por diligencia suya. Ansí, como dicen, ha de hacer la mujer para ser bien casada con su marido, que si está triste, se ha de mostrar ella triste, y si está alegre (aunque nunca lo esté), alegre. Mirad de que sujeción os habeis librado, hermanas.»

El recuerdo del mundo excita otra vez en ella, hija de la nobleza castellana, ese desdén y desprecio por las riquezas y las categorías sociales.

«Anda el mundo tal, que, si el padre es más bajo del estado en que está su hijo, no se tiene por honrado en conocerle por padre. Esto no viene aquí, porque en esta casa nunca plega a Dios, haya acuerdo de cosas destas; si no sería infierno. Todas han de ser iguales. ¡Oh, colegio de Cristo, que tenía más mando San Pedro, con ser un pescador, y lo quiso ansí el Señor, que San Bartolomé, que era hijo de rey! Sabía su Majestad lo que había de pasar en el mundo sobre cual era de mejor tierra, que no es otra cosa sino debatir si era buena para adobes o para tapias.»

Describiendo la oración de quietud, linda peligrosamente con el siguiente pasaje:

«Ya sabeis que Dios está en todas partes, pues claro está que a donde está el Rey está la corte: en fin, que a donde está Dios es el cielo; sin duda lo podeis creer, que, a donde está su Majestad, está toda la gloria. Pues mirad que dice San Agustín, que le buscaba en muchas partes, y que le vino a hallar dentro de sí mesmo... Llámase oración de recogimiento porque recoge el alma todas las potencias, y se entra dentro de sí con su Dios... Las que de esta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma... crean que llevan excelente camino... Alzase el alma al mejor tiempo, y, como quien se entra en un castillo fuerte para no temer los contrarios, retira los sentidos destas cosas exteriores y dales de tal manera de mano que, sin entenderse, se le cierran los ojos para no las ver, porque más se despierte la vista a los del alma... Pues hagamos cuenta que dentro de nosotros está un palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro y piedras preciosas, en fin, como para tal Señor, y que sois vos parte para que este edificio sea tal, como a la verdad lo es; que es ansí, que no hay edificio de tanta hermosura como un alma limpia y llena de virtudes, y mientras mayores más resplandecen las piedras: y que en este palacio está este gran Rey, y que ha tenido por bien ser vuestro huésped, y que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazón... Hay otra cosa más preciosa, sin ninguna compara-

ción, dentro de nosotras, que lo que vemos por de fuera... El gran bien que me parece a mí hay en el reino de los cielos, con otros muchos, es ya no tener cuenta con cosa de la tierra, sino un sosiego y gloria en sí mesmos, un alegrarse que se alegren todos, una paz perpetua, una satisfacción grande en sí mesmos, que les viene de ver que todos santifican y alaban al Señor, y bendicen su nombre, y no le ofende nadie.»

Siguiendo el análisis de la obra, que es objeto principal de este capítulo, encontramos que en ella, al hacer observaciones sobre la oración de quietud y de unión, resume, aunque de un modo breve, el tratado de la oración. Sin embargo, en *Camino de Perfección*, hay una nota característica que no debemos perder de vista: la prueba constante de su sentido práctico, de su conocimiento de la naturaleza humana y la revelación de muchos puntos de su carácter propio como no aparece en ninguno de sus escritos, excepción hecha de sus *Cartas:*

«Mas mirad, hermanas [exclama en el capítulo XXXVI, es una especie de comentario o información sobre las palabras *Dimitte, nobis debita nostra* del Padre-Nuestro] que no nos tiene olvidadas el demonio, también inventa las honras en los monasterios, y pone sus leyes, que suben y bajan en dignidades, como los del mundo, y ponen su honra en unas cositas que yo me espanto... El que ha llegado a leer teología, no ha de bajar a leer filosofía, que es un punto de honra, que está en que ha de subir y no bajar: y aun en su seso, si se lo mandase la obediencia lo ternía por agravio, y habría quien tornase por él, y diría que es afrenta, y luego el demonio descubre razones que, aun en la ley de Dios, parece que lleva razón. Pues entre nosotras monjas, la que ha sido priora, ha de quedar inhabilitada para otro oficio más bajo; un mirar en la que es más antigua, que esto no se nos olvida, y aun a las veces parece que merecemos en ello, porque lo manda la Orden. Cosa es para reír, o para llorar, que lleva más razón: sé que no manda la Orden que no tengamos humildad. Mándalo, porque haya concierto; mas yo no he de estar tan concertada en cosas de mi estima, que tenga tanto cuidado en este punto de Orden, como de otras cosas della, que por ventura guardaré imperfectamente: no esté toda nuestra imperfección en guardarla en esto, otras lo mirarán por mí, si yo me descuido. Es el caso, que, como somos inclinados a subir, aunque no subiremos por aquí al cielo, no ha de haber bajar... Yo he tratado con muchos contemplativos, que, como otros precian oro y joyas, precian ellos los trabajos... Destas personas está muy lejos estima suya de nada, gusta que entiendan sus pecados... Ansí les acaece de su linaje, que ya saben que en el Reino que no se

acaba no han de ganar por aquí: si gustasen ser de buena casta, es cuando para más servir a Dios fuera menester; cuando no, pésales que los tengan por más de lo que son, y sin ninguna pena desengañan, sino con gusto. Y el caso debe ser que, a quien Dios hace merced de tener esta humildad y amor grande a Dios, en cosa que sea servirle más, ya se tienen a sí tan olvidado, que aun no puede creer que otros sienten algunas cosas, ni lo tiene por injuria... Amor y temor de Dios son dos castillos fuertes, de donde se da guerra al mundo y a los demonios.»

¿Qué prueba más interesante de espontaneidad podríamos pedir que las siguientes palabras, cuya fuerza de expresión está en razón directa de su prosaísmo?

«Pues para una noche una mala posada se sufre mal, si es persona regalada, que son las que más deben de ir allá; pues, posada para siempre sin fin, ¿qué pensáis sentirá aquella triste alma? Que no queremos regalos, hijas, bien estamos aquí; todo es una noche de mala posada: alabemos a Dios; esforcémonos a hacer penitencia en esta vida.»

Teresa es instintivamente opuesta a ese ambiente de lobreguez indispensable en los conventos, según ciertos espíritus intransigentes y predispuestos a la tortura inútil de la cavilación.

«Y viene otro daño de aquí, que en juzgar a otros (como no van por nuestro camino, sino con más santidad por aprovechar el prójimo, tratan con libertad y sin esos encogimientos) luego os parecerán imperfectos. Si tienen alegría santa, parecerá disolución, en especial en las que no tenemos letras ni sabemos en lo que se puede tratar sin pecado, es muy peligrosa cosa; y aun en andar en tentación continua, y muy de mala digestión... Ansí que, hermanas, todo lo que pudiéredes sin ofensa de Dios, procurad ser afables, y entender de manera con todas las personas que os trataren, que amen vuestra conversación, y no se atemoricen y amedrenten de la virtud... mientras más santas más conversables con sus hermanas.»

Como hemos visto por las anteriores citas, si en la *Vida* se nos presenta Teresa como mística, en *Camino de Perfección* se nos muestra esencialmente como administradora y legisladora en la rutina cotidiana de un convento, revelándonos las excepcionales cualidades de carácter que con calculada insistencia hemos hecho resaltar, no perdiendo ocasión de alabarlas. A veces estas cualidades tal vez aparezcan empañadas por un cierto toque de jesuitismo, como, por ejemplo, en la última frase de la cita anterior. Pero la mancha es tan tenue, que apenas si podemos percibirla. El desprecio y la repugnancia por el poder y las riquezas del mundo de que hace verdadero alarde, son

absolutamente sinceros, pues se daba bien cuenta de la injusticia eterna que origina estos privilegios y, sin embargo, tal es el sarcasmo de la vida, que Teresa, precisamente, tuvo siempre que agradecer gran parte de su éxito, no sólo a la circunstancia de haber nacido en una familia de rango elevado en la sociedad, sino a su cuidado en cultivar la amistad de cuantas personas de posición y poder se cruzaban en su camino. Lejos de nosotros la idea de pensar que esto estuviese en contraposición con sus doctrinas. Tampoco es una contradicción en nuestros tiempos que un propagandista del socialismo, por ejemplo, cuide de su hacienda en vez de repartirla entre el pueblo. Como ya hemos indicado al principio del capítulo, el *Camino de Perfección* no fué el único fruto de su estancia tranquila en San José. En esta época fué cuando se estrecharon aquellos lazos de intimidad espiritual entre ella y el dominico Bañez, quien, desde entonces, parece haber sido no solamente director de su conciencia, sino el consejero del convento. Él fué, en realidad, quien le sugirió la idea del *Camino de Perfección*, revisando y aprobando la obra después de escrita. Bañez, como ya sabemos, era considerado, a pesar de su juventud, el más docto de su Orden, uno de los maestros más ilustres que jamás honraran las aulas de Salamanca y cuyas opiniones eran oídas con respeto por los mismos Inquisidores. Contar con el apoyo de un hombre así en el caso de Teresa, equivalía, en realidad, a contar con el de la Orden entera de predicadores, aquellos hurones de conciencias a cuyas manos estaban confiados todos los poderes de la Inquisición. Otros miembros ilustres de la Orden como Barron, Ibáñez y García Loaysa de Toledo, hermano de Fernando, el austero duque de Alba, se contaban también entre los amigos y confesores de Teresa. En esta época, especialmente, cultivó también sus relaciones con los jesuítas, consiguiendo convencer a Francisco de Borja, comisario general de la Orden, del origen divino de sus visiones y revelaciones. También ganó a su causa, por completo, en aquella época, a otros ilustres secuaces de Loyola, a quienes en diferentes ocasiones había acudido en busca de consejo y dirección, como en el caso de Álvarez y Gaspar de Salazar entre otros muchos. La amistad de doña Luisa de la Cerda y del Obispo de Ávila, no tuvieron para Teresa menor importancia. Si por medio de sus relaciones con los jesuítas y los dominicos consiguió para su obra la aprobación tácita de estas dos Órdenes, las más poderosas de España, la amistad con doña Luisa de la Cerda le aportó un contingente de partidarios y protectores de otras esferas de la sociedad no menos poderosas. En realidad, debió la fundación de Malagón a doña Luisa, hermana del duque de Medinaceli. Entre los

amigos que le prestaron su ayuda para las fundaciones de Valladolid, Palencia y Burgos, aparece con especial prominencia aquel prelado, hijo del conde de Ribadia, uno de los vástagos menores de la familia de los Mendoza, cuyos miembros eran tan conocidos por su tradicional afabilidad como los Toledo, por su carácter agrio y austero. Este mismo prelado dispensaba también su protección al convento de San José, de un modo no menos práctico que generoso, tomando a su cuenta todos los gastos de pan, medicinas y otras provisiones por el estilo. El ilustre y bondadoso prelado habitaba en un castillo cerca de Olmedo, pueblo casi ignorado hoy en día, pero de tanta importancia en aquella época, que según reza el refrán: «quien de Castilla señor pretenda ser, a Olmedo y Arévalo de su parte ha de tener». En dicho castillo cuyas ruinas cubiertas de hiedra pueden verse todavía, hemos de encontrar a Teresa honrada y agasajada al correr de este capítulo. Este amigo de Teresa le hizo trabar amistad con su hermana doña María de Mendoza y el de su hermano, un jovenzuelo casquivano y disipado, y, no obstante, uno de los más asiduos frecuentadores del locutorio de San José, atraído allí sin duda por el irresistible encanto de la priora.

Ya iremos viendo poco a poco de cuánta valía fueron para Teresa estos y otros conocimientos al reanudar su vida de actividad, y cómo a veces fueron sus amigos responsables de las decisiones de Teresa, cuando, acosada por las circunstancias, no sabía ya qué carta jugar para asegurar la existencia de sus conventos.

Mas no sería justo dedicar todo este capítulo a estos detalles que, sin dejar de ser importantes, pertenecen solamente a la vida externa de Teresa, durante el tiempo que pasara en San José. Tratemos de penetrar en su vida espiritual y ver qué grado de desarrollo iba alcanzando en su subconciencia al amor de aquellos tranquilos días, la grandiosa concepción de restaurar su orden a la regla antigua del Monte Carmelo; qué consistencia habían tomado ya en la realidad del pensamiento sus vagos ensueños e indefinidas aspiraciones cuando escuchó en la iglesia del convento el sermón de aquel fraile franciscano recién llegado de las Indias, cuyas elocuentes palabras llegaron a lo más íntimo del alma de Teresa, despertando, por completo, la conciencia de su personalidad y aventando aquel su fuego apostólico que había de correr como un incendio purificador de su Orden y del mundo religioso en general. Que ella había alimentado ya por algún algún tiempo planes tan inconscientemente concebidos como abandonados con respecto a la extensión de la reforma inaugurada en un pobre convento, es un hecho evidente en las siguientes palabras:

«Considerando yo el gran valor de estas almas, y el ánimo que Dios las daba para padecer y servirle, no cierto de mujeres, muchas veces me parecía que era para algún gran fin las riquezas que el Señor ponía en ellas; no porque me pasase por el pensamiento lo que después ha sido, porque entonces parecía cosa imposible, por no haber principio para poderse imaginar, puesto que mis deseos, mientras más el tiempo iba adelante, eran muy más crecidos de ser alguna parte para bien de algún alma; y muchas veces me parecía, como quien tiene un gran tesoro guardado, y desea que todos gocen de él, y le atan las manos para distribuirle... A los cuatro años, me parece era algo más, acertó a venirme a ver un fraile franciscano llamado Fray Alonso Maldonado, harto siervo de Dios, y con los mismos deseos del bien de las almas que yo, y podíalos poner por obra, que le tuve yo harta envidia. Este venía de las Indias poco había: comenzóme a contar de los muchos millones de almas que allí se perdían por falta de doctrina, e hízonos un sermón y plática animando a la penitencia, y fuése. Yo quedé tan lastimada de la perdición de tantas almas, que no cabía en mí: fuíme a una ermita con hartas lágrimas, y clamaba a Nuestro Señor, suplicándole diese medio como yo pudiese algo, ya que no era para más. Había gran envidia a los que podían por amor de Nuestro Señor emplearse en esto, aunque pasasen mil muertes: y así me acaece, que cuando en la vida de los Santos leemos que convirtieron almas, mucha más devoción me hacen y más ternura, y más envidia que todos los martirios que padecen...

»... Pues andando yo con esta pena tan grande, una noche estando en oración, representóseme Nuestro Señor de la manera que suele, y mostrándome mucho amor, a manera de quererme consolar, me dijo: «Espera un poco, hija, y verás grandes cosas»... Así se pasó, a mi imaginación y parecer, otro medio año, y después de este sucedió lo que ahora diré.»

¡Cuán poderosa es la cadena de circunstancias que el destino arroja misteriosamente a los pies de los humanos! Sutil e invisible como el hilo de araña que un rayo de sol hace brillar sobre el pétalo de la flor; y al mismo tiempo tan formidable, que no hay poder capaz de librar al hombre de su peso. El fraile mendicante que descalzo y sin más bienes que su cayado, recorría el reino predicando el Evangelio, cuán ajeno estaba a los supremos designios a que obedecía. Ciego errante en la senda oscura del destino, ¡qué ajeno estaba de creerse el escogido de la providencia para dar inconscientemente con sus palabras el *surge et ambula* ante el genio dormido de Teresa!

Sin este encadenamiento de acontecimientos y los que vienen a

continuación, la carrera de Teresa se hubiera reducido tal vez a que su nombre figurase solamente de paso en los anales de la Orden, sin dejar tras de ella, al bajar al sepulcro, mas que unos manuscritos con caracteres grandes y regulares, firmados por una tal Teresa fundadora. Esto, suponiendo que el precioso legado no hubiese sido víctima de la negligencia de alguna de sus sucesoras, y si el convento mismo hubiese conseguido perpetuarse, lo que hubiese sido harto difícil, si el Señor no hubiese querido que las cosas pasaran de otra suerte. Por aquel entonces (7 de enero de 1566), un nuevo Papa acababa de ascender al solio de San Pedro con el nombre de Pío V. Hombre de vida purísima, de principios excesivamente estrictos y espíritu reformador y autoritario por excelencia, no bien hubo ceñido la tiara, concentró toda su atención en la reforma del clero y de los monasterios y conventos. Los decretos del Concilio de Trento, prescribiendo inexorablemente a los frailes y a las monjas una reclusión perfecta, acababan de ser promulgados en España. Felipe II, partidario desde joven de esta clase de reformas, encontró tiempo, a pesar de sus abrumadoras ocupaciones, para vigilar atentamente la disciplina interior de las Órdenes de su reino. Sus esfuerzos, sin embargo, en vez de ser coronados por el éxito, sólo contribuyeron a aumentar el escándalo y el desorden que pretendían refrenar. Con la coronación del nuevo Papa coincidió el nombramiento de un nuevo general de los carmelitas: fué éste el docto y venerable Fray Juan Bautista Rubeo de Rávena. El momento no podía ser más propicio. Felipe II escribió a Rubeo, encareciéndole la conveniencia de verificar una inspección general de la Orden en España. El nuevo Papa, por su parte, no perdió tiempo en secundar las instancias del celoso monarca, recomendando a Fray Bautista que saliese cuanto antes de Italia con un fin tan de su agrado. Ambos soberanos esperaban grandes resultados de la influencia personal y la presencia del nuevo General de la Orden en España. Rubeo Rossi de Rávena, que este era su nombre, hombre ya de edad provecta, fué recibido en Madrid por Felipe II con todos los honores reservados a las personas de más alta alcurnia. Desde allí pasó a Sevilla, sitio el más necesitado de su acción reformadora, pues si malo era el estado de los asuntos de los monasterios y conventos de Castilla, lo que ocurría en la capital de Andalucía era poco menos que increíble. El General se encontró de pronto, con todo el peso de sus años, metido en un verdadero avispero. Empezó celebrando un solemne capítulo, al cual asistieron más de doscientos frailes, y en el que procuró introducir las reformas más urgentes, dictando para ello nuevas Constituciones. A su regreso a Madrid, encontró a Felipe II

en una actitud muy diferente de la que había presentado en un principio. El intentar reformas en España ha sido siempre una cosa sumamente arriesgada, sobre todo para un extranjero. Las quejas de los indómitos frailes de Andalucía, exasperaron de tal modo al monarca contra el General de la Orden, que a la vuelta de éste de Andalucía, el soberano, con su característica testarudez, se negó terminantemente a recibirlo. El venerable General iba a tener que salir de España víctima de sus propias reformas y sacrificado a la calumnia por el astuto monarca, que tan diestramente se había valido de él para llevar a cabo sus deseos. El anciano, antes de dejar país tan inhospitalario, celebró un capítulo en Ávila, siendo así el primer General de la Orden que honrara a Castilla con su presencia, pues sus predecesores se habían reducido siempre que habían tenido que transigir con un viaje a España con celebrar sus capítulos en Cataluña, por estar así en comunicación directa con Italia y poder escapar fácilmente de un país tan refractario a todo extranjero. La visita de Fray Juan Bautista Rubeo a Ávila, fué de gran trascendencia para la obra de Teresa. La primera impresión de la fundadora fué de miedo y de duda, y hasta creyó que su atrevida innovación pudiera provocar un mandato del General, recluyéndola en la Encarnación. Mas pronto resolvió el conflicto, apelando a uno de esos desplantes de audacia que con tanta frecuencia resuelven en la vida situaciones difíciles e insostenibles. Ella misma rogó al venerable General que fuese a visitar el nuevo convento de San José. El viejo fraile italiano, acostumbrado a la doblez de la corte y de las monjas, prioras y señoras abadesas de su país, no había jamás tratado una religiosa tan humilde y al mismo tiempo de tanto carácter como Teresa. Ésta conquistó por completo la voluntad del ilustre varón con el relato franco y sincero que le hizo de sí misma y de la historia de su humilde convento. En resumidas cuentas, deseoso de tener una monja tan extraordinaria bajo su propia jurisdicción, y azuzado por la idea de que una reforma de tanta transcendencia nacida en el seno de su Orden, estuviese bajo la autoridad del obispo de la diócesis, acogió de nuevo a Teresa al amparo de las autoridades de su Orden, haciendo constar que no tenía que volver a la Encarnación ni podía ningún superior de la Orden en caso alguno obligarla a ello. Todo esto fué concedido a Teresa en una segunda entrevista con el General, que éste, a pesar del evidente desagrado del obispo, celebró con la monja, tomando como pretexto ciertas irregularidades que había encontrado en el Breve de la Fundación. Mas a pesar de todo el efecto subyugador que le produjera el carácter y la personalidad de Teresa, conservó la astucia suficiente

para evitar toda discusión con la fundadora sobre la extensión de la reforma a los frailes. Los disgustos que le acarrearan en Sevilla sus tentativas en favor del cumplimiento estricto de la disciplina, le habían llenado de cautela y desconfianza. El radicalismo de Teresa le parecía cosa imposible para los frailes, a pesar de la opinión de Salcedo, Daza, Juan de Ávila, Aranda y del mismo Obispo de Ávila. Las razones y hasta las súplicas de éstos no consiguieron más que una negativa, diciéndoles Fray Juan Bautista que había expuesto el asunto al capítulo Provincial y este lo había recibido con disgusto, alegando contra él mil objeciones e inconvenientes. Pero sin duda el General creyó posible para las monjas lo que había juzgado imposible para los frailes, pues después de bendecir a las de San José a su salida de Ávila, colmó a Teresa de privilegios que la autorizaban a emprender nuevas fundaciones en Castilla, poniéndola a salvo al mismo tiempo de toda oposición que pudiera venir por parte de los Provinciales. Estos privilegios, al parecer espontáneamente concedidos en un momento de emoción, bien pudieron ser una especie de desagravio por el límite impuesto a la Reforma respecto a los frailes. Mas sea de ello lo que quiera, es evidente que el austero General italiano obró de acuerdo con su conciencia, pues ratificó dichos privilegios a Teresa una vez de vuelta a Madrid. No volvieron a verse más este ilustre anciano y Teresa, *mia figlia*, como él la llamó siempre desde su primera entrevista. Como no hay nada que no sea inestable en esta vida, la amistad y admiración mutua entre estos dos ilustres religiosos, se convirtió más tarde en desavenencia, por haber abusado Teresa de los poderes especiales de que disfrutaba al llevar la Reforma a Andalucía. La muerte del General hizo imposible para Teresa reparar su rompimiento con tan noble protector, lo que fué para ella una de las penas más grandes de su vida. La fama de Teresa había llegado ya a la Corte. Aunque es seguro que el rey Felipe II, que estaba al tanto de todos los asuntos de los frailes y monjas de su reino, habría oído hablar de ella cuando el maestro Aranda presentó por medio del Consejo Real la queja de las monjas de San José contra el proceder arbitrario del corregidor de Ávila, el nombre de Teresa sólo adquirió el prestigio que merecía ante el monarca, al oír éste de labios de Rossi, que «ella sola hacía más bien a la Orden que todos los frailes carmelitas de España juntos», al par que miles de elogios del nuevo convento, que no vaciló en titular «Morada de ángeles», y del heroísmo y santidad de su fundadora. «Encargadla»—dijo Felipe después de haber expresado el placer que sentía de tener entre sus súbditos, seres dotados de tan excelsas virtudes—«encargadla que

ruegue por mí y por mi reino». El digno General transmitió con toda prontitud el ruego del rey a Ávila, por carta que Teresa leyó en voz alta a sus hijas para que se diesen bien cuenta de la nueva obligación que tenían de orar por Su Majestad Católica.

* * *

Ya tenemos a Teresa en posesión de los codiciados Breves para fundar en Castilla. Con esa vehemencia y entusiasmo que eran rasgos tan prominentes de su carácter, ya le parece que tiene terminada la obra que aún no ha empezado.

Durante cinco años, en aquel su rinconcito de ángeles, como llamaba a San José, con ternura, ha sido Teresa para sus hijas un modelo y un compendio vivo de todas las virtudes al correr de una vida apacible y de aparente inactividad, durante la cual cuajó, por completo, en su espíritu el grandioso ideal que había de ser la fuerza dominadora de su existencia. Ya ha llegado al término de los últimos años de absoluta tranquilidad que había de conocer en la tierra. Desde ahora hasta que la veamos entrar la última vez rendida y agobiada por el portal de su convento de Alba, donde le esperaba el reposo eterno, la encontraremos por los caminos de Castilla, legua tras legua, bajo el peso del sol y de la nieve, con el hábito raído, calzada de sandalias, pero siempre sufrida, paciente, animosa y alegre. Hemos de verla afrontar serena una tormenta desencadenada de envidias, de bajos sentimientos humanos y dificultades insuperables. Y en el período álgido de su persecución, la hallaremos más tarde retirada forzosamente en el convento de Toledo, pero creando con una perfecta serenidad de espíritu la más célebre de sus obras: las *Moradas*.

Tal entereza de carácter causan mucho más asombro y admiración al darnos cuenta de que Teresa acometió de lleno su obra invulnerable a todos los quebrantos de las grandes empresas cuando contaba ya cincuenta años, edad en que, la mayoría de los mortales, agobiados por el cansancio y los desengaños de la vida, sólo aspiran al reposo del cuerpo y el espíritu. Mas Teresa fué uno de esos seres excepcionales que permanecen en la brecha hasta los últimos momentos de su existencia. Como cuartel general de sus nuevas empresas, escogió Medina del Campo, tal vez por encontrarse en dicho lugar, dos de sus mejores amigos: Baltasar Álvarez, su antiguo confesor, y Fray Antonio de Heredia. Había conocido a ambos en Ávila, el primero como rector de la residencia de la Compañía de Jesús, y el segundo como

prior del convento carmelita. Medina del Campo no era en aquellos días la ciudad casi muerta de hoy, sino uno de los Centros Comerciales más importantes de España. Situada en el centro de la comarca triguera de Castilla, era sitio de reunión de mercaderes y negociantes de todas partes del mundo. Alemanes, franceses, genoveses e ingleses acudían a aquel Emporio cuyas ferias gozaban de fama universal por el comercio de paños y tapices de los telares flamencos. Allí encontraban fácil mercado la cera, el papel y la bisutería de Francia, de Valencia las especias y sus sedas inapreciables, los famosos paños de Cuenca, Huete, Ciudad Real y Villacastín, los cueros de Toledo y sus sedas, el azúcar de Sevilla, los arreos, sillas y cueros dorados de Córdoba, la sedería de Granada, los comestibles de Lisboa y especias de Yepes. Se ha calculado que el dinero que pasaba por las manos de los comerciantes de la ciudad, que entonces contaba con cincuenta mil habitantes, en una de sus ferias ascendía a cincuenta y tres millones de maravedís, cantidad fabulosa para aquellos tiempos. Cuán lejos estaba del estado de decadencia que tan pronto iba a apoderarse de ella y ser causa del refrán popular que dice: «pájaro que vas a Castilla, llévate contigo la semilla». En una ciudad tan rica y populosa, no era probable que provocase la fundación de un nuevo convento como la de San José en Ávila un tumulto de protestas e impedimentos. Teresa eligió al maestro Julián de Ávila, experto en estos asuntos por su experiencia ganada en la fundación de San José para llevar la nueva de sus intenciones a Medina. Ya hemos visto cuán devotamente la ayudó en pasadas dificultades y, puesto que en lo sucesivo ha de adquirir un relieve especial en esta historia, es justo que lo demos a conocer al lector antes de proseguir nuestro relato.

Este fiel amigo y compañero de viajes de Teresa, era hijo de Cristóbal de Ávila y Ana de Santo Domingo, virtuosos hijos de la ciudad natal de la Santa. El maestro Julián, uno de esos sacerdotes sencillos que se encuentran entonces lo mismo que ahora en el clero español, se dedicó en su juventud a los negocios de su padre, hasta que, a los veinte años, resolvió salir a buscar fortuna y pasó dos años entre Granada y Sevilla. Mas pronto se cansó de la vida errante; decidió de nuevo volver al hogar, y emprendió el retorno en compañía de unos arrieros a quienes alquiló una mula. Al abandonar la hermosa capital de Andalucía, sintió la nostalgia de sus encantos, y un vehemente deseo de deshacer el camino cuando a una media legua de la ciudad se asustó su mula arrojándolo a tierra, cayendo con tan mala suerte sobre la espada, que se le clavó la empuñadura en el cuerpo. Los arrieros lo dieron por muerto y, al recogerlo del suelo, el irresoluto

Julián oyó, según él hizo saber más tarde, una voz misteriosa que le dijo: «¡Mira, si te mataras!» Estas vagas palabras, grito interno de la conciencia ante un peligro de muerte sin confesión, decidieron el porvenir de su vida. Terminado el viaje, no sintió otro deseo que el de abandonar el mundo y dedicarse a la Iglesia. A espaldas de su padre, cuya oposición temía, empezó, pues, a estudiar los elementos de la gramática bajo la dirección de un maestro que le procuró Daza, a quien el joven había revelado los secretos de su alma en el confesonario. Por fin, al cabo de un año, ya con el consentimiento de sus padres, continuó abiertamente sus estudios sin avergonzarse de tener que asistir a las clases de artes y de filosofía en compañía de verdaderos chiquillos, humillación que le hacía soportable la afabilidad de su carácter y la firmeza de su vocación. No demostró en los estudios poseer facultades excepcionales, mas llegó a conseguir los conocimientos suficientes para el perfecto desempeño de su ministerio. Contaba unos veinticinco años en la época de la primena fundación de Teresa, y fué elegido como capellán y confesor de San José, apenas pudo ésta disponer de la dotación necesaria para el cargo. Desde entonces fué el compañero inseparable de la Santa en todos sus viajes, yendo con ella de un lado a otro en verano y pasando en Ávila el invierno acompañando entonces al maestro Daza en sus expediciones a las aldeas de las vecinas montañas, y asistiéndole como confesor mientras predicaba este verdadero precursor de San Vicente de Paúl. Tal vez fué el rasgo más hermoso de su carácter dulce y condescendiente aquella devoción por la madre Teresa, que no sufrió mengua ni una sola vez en su vida, pero, mortal al fin, tenía *les defauts de ses qualites*, como dicen los franceses. Teresa tuvo que lamentar la excesiva benevolencia de su capellán, cuyos efectos fueron por demás desastrosos para la disciplina y la administración del convento y hasta se vió obligada a poner su gobierno en manos más firmes y rigurosas, decisión que aceptó el maestro Julián con la misma mansedumbre que confesó su debilidad. Escribió una *Vida de Teresa*, libro lleno de pesadas digresiones sobre lo que la Santa había dicho ya con bastante más acierto a propósito de la teología mística. Sin embargo, en ese mismo libro se encuentran unas cuantas páginas de interés excepcional y cuyo mérito consiste en la exactitud con que en ellas aparece retratada la vida de aquel período. No creo que exista escrito alguno que las supere en este sentido. No cabe duda que el sencillo sacerdote, con todo respeto sea dicho, se metió indebidamente a explorar las regiones de la luz increada que nadie entiende, como dijo Teresa con mucha gracia criticando una disertación de su fiel amigo sobre las pala-

bras «búscate en mí». Este trabajo, citemos de nuevo a la Santa, comenzó bien y acabó mal. Es lástima que el maestro Julián no se hubiese limitado a consignar espontáneamente los hechos de la vida de la Santa, que él mismo había presenciado legándonos así un documento de inestimable valor, en el que aparecerían aclarados muchos puntos hoy dudosos y oscuros, y revelando a la posteridad la vida de aquel período con más minuciosidad y extensión que en sus narraciones de los viajes de Teresa. En las altisonantes crónicas de la época, de qué buena gana prescindiríamos de esos relatos interminables de acontecimientos sin importancia histórica por una sola palabra que por su espontaneidad diese vida, aliento y animación en nuestro espíritu al cuadro imaginario del pasado.

El maestro Julián de Ávila, después de la muerte de Teresa, continuó siendo confesor de las monjas de San José y de otras comunidades también, especialmente la de Santa Ana de los Bernardinos, puesto que desempeñó hasta el fin de su vida en 1612 o 1614. Su bondad natural, la intensidad de su fervor contemplativo, que le impulsaba a retirarse a las grandes peñas de granito que rodean a su ciudad natal para elevar su voz a Dios sin ser oído del mundo, le ganaron la fama de Santo. Tan grande y sincera fué su fidelidad al espíritu de Teresa, que en vano solicitó el Obispo de Toledo la ayuda del virtuoso sacerdote para reformar varios conventos de monjas, que estaban bajo la jurisdicción episcopal. Después de haber visitado el convento de la Imagen, por el cual sentía una especial predilección, sordo a las súplicas y promesas del arzobispo, a los ruegos de las mismas monjas y a los argumentos de sus amigos, se apresuró a volver a San José, el sitio que más quería en la tierra, el imán de su corazón, y allí permaneció hasta el fin de sus días, desempeñando su cargo de capellán, estimado y venerado de todos cuantos le conocían y agasajado por nobles y grandes personajes, que anhelaban conocer al que fuera en otro tiempo *secretario* del corazón de Teresa. Las monjas no pudieron conseguir que aceptara un aumento de sueldo para atender las necesidades de la vejez. Con sus ciento cincuenta ducados anuales, tenía cuanto le hacía falta, «que de todas maneras—añade Vaquera—fué muy pobre de espíritu». Tuvo la dicha de poder contribuír con su declaración, que fué enviada a Roma por encargo especial del Papa, al proceso de beatificación de Teresa. Murió en su modesta casita, vecina a San José, donde yace al lado del maestro Daza, bajo el halo de la gloria inmarcesible de Teresa. Tal fué la multitud congregada para ver el entierro del maestro Julián y la ansiedad de las gentes por poseer alguna reliquia suya, que fué preciso retirar el cadáver mientras

preparaban la sepultura en la Iglesia, para evitar que le arrancaran a pedazos las vestiduras.

Esta es, pues, a grandes rasgos, la biografía del hombre a quien cupo la gloria de haber sido elegido por Teresa para que le acompañara en sus viajes, y no exagero al decir gloria, pues no poca constancia, valor, prudencia y otras virtudes heroicas hacían falta para salir airoso en tal empresa.

Volvamos al punto de nuestra historia, en que Teresa designó a éste su más leal siervo como heraldo de sus proyectos de fundadora en Medina del Campo. Enriquecida con la experiencia de San José, Teresa puso manos a la obra. Esta vez había tomado ya las precauciones necesarias para evitar la menor omisión que pudiera poner en peligro la existencia de su segundo convento en el porvenir. Como en el caso anterior, su determinación de fundar con pobreza aumentó e hizo más difíciles los trámites indispensables. Era preciso obtener la licencia, no sólo de las autoridades de la ciudad, sino del obispo o del abad, mejor dicho, tratándose de Medina. Álvarez fué el encargado de conseguir estas licencias, y Fray Antonio de Heredia, prior de los carmelitas, de comprar una casa a propósito para el nuevo convento. Álvarez, que se había convencido, después de su larga experiencia y trato con la Santa, de que sus palabras eran obras, dió inmediatamente cumplimiento al encargo, redactando un informe para las autoridades, poniendo de manifiesto la utilidad y beneficios que la nueva institución reportaría a la ciudad. El informe fué secundado por los jesuítas y muchos vecinos importantes de Medina, entre ellos algunos regidores. En la asamblea que se celebró para discutir el informe, un fraile, hombre de gran autoridad y predicador eminente, prorrumpió en duras acusaciones contra Teresa, comparándola con Magdalena de la Cruz, pero el dominico Fray Pedro Fernández, a quien pronto encontraremos relacionado con la naciente Orden, le reconvino severamente, explicando quién era Teresa y amenazándoles con abandonar la asamblea si en ella se toleraba hablar de ese modo de una monja de tanta valía. Cuando más tarde relataron a Teresa este incidente, dicen que exclamó: «Ay de mí, pecadora, que poco me conocen, pues si mejor me conociera podría haberme acusado de muchas otras maldades, pero no de charlatana.» Los esfuerzos del maestro Julián dieron por resultado la concesión de la licencia pedida, mas no tuvo la misma fortuna Heredia en lo referente a la casa que compró a uno de sus penitentes, dándole como toda garantía de pago su palabra de honor. La situación de la finca era buena, pero en cuanto a lo demás, más bien parecía «una granja vieja y abandonada

en medio de las montañas, que morada de cristianos». En fin, que la casa era inhabitable y hubo que emprender su restauración y mientras tanto arrendar otra, que fué precisamente una cercana al monasterio de los Agustinos, y que el buen Heredia describe como una de las mejores y más grandes de Medina. Y así debía de ser si es cierto que su alquiler anual era de cincuenta y un mil maravedí, precio que nos parece excesivamente elevado para aquellos tiempos. El haber llegado a un acuerdo sobre esta casa en poco más de quince días, fué considerado por el mismo Heredia un gran éxito, sin acordarse de los gastos que hubiera podido evitar con un poco más de previsión en sus primeras diligencias, y volvió muy satisfecho de sí mismo a Ávila a dar cuenta de su triunfo a la madre Teresa, quien lo recibió llena de júbilo, aunque no contaba en el mundo, no ya con cincuenta mil, ni con cincuenta maravedís ni crédito alguno. «¿Y cómo había de tener crédito una romera como yo?», se preguntaba Teresa jocosamente. «Cuanto menos hay, más libre estoy de cuidados», solía exclamar con esta radiante confianza de los que no se intimidan ante las dificultades. En momentos de gran necesidad se le oía exclamar: «Señor, este negocio no es mío, sino vuestro; si Vos queréis que se haga, nada podrá oponerse a ello, si no, cúmplase vuestra voluntad.» Y así se quedaba tan satisfecha como si hubiese logrado todos sus deseos.

El 13 de agosto de 1467 emprendió Teresa su viaje a Medina del Campo, en compañía de su sobrina María Bautista, futura priora de Valladolid, sus primas Inés de Jesús y Ana de los Ángeles y otras dos monjas más de la Encarnación, Isabel de la Cruz y doña Ana de Quesada. Todo cuanto estas mujeres llevaban para atender a los gastos del viaje y de la fundación, eran unas cuantas blanquillas procedentes de una joven, que no habiendo podido entrar en San José por falta de sitio, iba a empezar su noviciado en el convento de Medina. Unas blanquillas, harto poco, dice Teresa con emocionante ingenuidad. En nada arredró a la Santa y sus compañeras, ávidas de compartir con ella la gloria de esa segunda fundación, el sol abrasador y sofocante que calcina la árida llanura amarillenta de Castilla en ese mes del año.

Con el fresco de la mañanita se vieron salir de Ávila en ese día de agosto tres o cuatro carros, cruje que cruje, camino de Medina. Tres o cuatro carros de esos que se ven todavía atravesar los caminos polvorientos del Norte de España, con ruedas macizas y un viejo toldo roto y enlodado sobre un armazón de cañas. Al cencerreo de unos cachivaches de cocina que llevaban en las bolsas del carro, se unía el ru-

mor de las monjas rezando el rosario. A la zaga iban los arrieros taciturnos, cuando no blasfemos, con sus varas de fresno atravesadas en las vistosas fajas. A un lado cabalgaba el maestro Julián, y un perro canelo de orejas erizadas cerraba la comitiva. ¡Cuántas semejantes a ésta he visto yo en las llanuras de Castilla, dirigiéndose a un bautizo o a un entierro en la vecina aldea!

No faltaron lenguas en Ávila que profetizaran el fracaso completo de la nueva empresa. Unos decían que Teresa había perdido el seso. Otros que era víctima de sus implacables deseos de corretear por el mundo. Otros, dándoselas de sesudos y prudentes, se encogían de hombros como esperando a ver en lo que paraba aquello, sin arriesgarse a anunciar el resultado de tan inexplicable desatino. Hasta los más íntimos amigos de Teresa se habían mostrado recelosos en el asunto; entre ellos algunos de los que le habían ayudado en la primera fundación y el mismo Obispo de Ávila. Cuántas palabras de desaliento no escucharía Teresa al salir de Ávila, pero su influencia no duraría más tiempo en su espíritu que el que durara ante sus ojos la visión de aquella ciudad gótica, que al pesado rodar del carro iba fundiendo su silueta en el horizonte azul de la mañana. Absorta en visiones interiores y estrechando en sus brazos una imagen del Niño Jesús, va inmóvil en el carro la indómita castellana, símbolo de la determinación y la constancia. Una pila de agua bendita aparece vecina a su asiento como todo atributo de su categoría. Un jergón viejo amortigua un poco las sacudidas del carromato, cuyos intersticios iban intencionadamente bien cubiertos con esteras, para impedir toda visión del exterior. Dentro puede verse un crucifijo de madera al lado de una bota de agua. El tintineo de las campanillas de las mulas en los baches, el crujir de las pesadas ruedas y los arres y exabruptas imprecaciones de los arrieros, crean un ambiente de bárbara monotonía. Y así en aquella reclusión ambulante, van las monjas camino de Arévalo, ajenas a los encantos del paisaje, paisaje de tierra rojiza, negros troncos de olivares, cabrilleos del sol en el follaje, trigos ondulantes y yermos cubiertos de salvia, de espliego y jaras resinosas. Suena el tintineo de una campanilla en el interior del carro. Se oye un musitar de palabras: las monjas rezan las horas. El sacerdote y los arrieros caminan en silencio, hasta que la misma campanilla pone en libertad sus lenguas. Terminadas las oraciones, las monjas permanecen inmóviles en silencio, pero a veces aquella que era el alma de la expedición, sale de sus abstracciones para dulcificar con su ingenio el tedio de tantas largas leguas de viaje. Sugestionados por su jocosidad, los arrieros olvidan el polvo sofocante del camino, la testarudez de

las mulas, los espeluznantes juramentos, el rondar de la bota de vino, y quedan pendientes de los labios de la monjita.

El primer día de viaje toca ya a su fin. Ha caído la noche. Ya están las monjas a un cuarto de legua de Arévalo, cuando sale al encuentro del maestro Julián un mensajero con una carta. Es del dueño de la casa que el buen sacerdote había alquilado en Medina, y en ella le suplica que retrasen las monjas su salida de Ávila hasta tanto se llegue a un acuerdo con los agustinos, que se oponían al establecimiento del nuevo convento en sitio tan próximo al de ellos. Añadía el propietario que los padres eran amigos suyos y no quería causarles ninguna molestia, por lo cual se negaba a dar posesión de la casa a las monjas hasta que hubiera obtenido el consentimiento de aquellos.

«Oído lo cual, dice Julián, «y vista la sensación que había excitado en Ávila nuestro viaje, y las risas y burlas con que muchos recibirían nuestro retorno, especialmente aquellos que lo habían desaprobado, y cuando vi que lo que yo había hecho (yo que lo tenía en mucho), había resultado en perjuicio de la Madre y las monjas, que estaban ya en marcha, me sentí grandemente perturbado, y entramos en Arévalo con bastante tristeza, no sabiendo qué hacer en presencia de semejante catástrofe». A pesar de su gran resolución, la Madre no pudo por menos de turbarse ante un golpe tan tremendo, por más que no tanto como yo, no siendo capaz de tanto mi resistencia.»

Si este primer percance produjo un sobresalto en el corazón valeroso de Teresa, qué efecto no causaría en el espíritu de aquel sencillo y tímido sacerdote el sentirse responsable de un contratiempo tan grande. Unas piadosas mujeres albergaron a la Compañía aquella noche en Arévalo. Con qué tristeza cruzarían las calles arqueadas de la pequeña ciudad aquellos dos que estaban en el secreto de lo que ocurría, pues Teresa y el maestro Julián no quisieron que los demás se enterasen temiendo el mal efecto que la noticia produciría en las monjas de la Encarnación que iban con ella. Una era la subpriora de dicho convento, a quien no le había costado poco trabajo alcanzar el permiso para acompañar a Teresa, y, entre las otras, había personas bien emparentadas que se habían mezclado en la empresa muy a disgusto de sus familias y amigos respectivos. De la firmeza y lealtad del resto de las demás, no había por qué dudar. La Providencia hizo que, en aquella ocasión, se encontrase en Arévalo Fray Domingo Bañez, para que pudiera prestar su valioso consejo a Teresa y al maestro Julián, quienes deliberaron sobre el asunto hasta altas horas de la noche. La situación era alarmante. Todos se daban cuenta de ello. Pero el sabio fraile tenía tal fe en la voluntad de Teresa, que no dudó un

instante del éxito final de la empresa. Teresa había salido de Avila con el firme propósito de inaugurar su nueva fundación el día de la Virgen de Agosto, proyecto que le parecía ahora, naturalmente, irrealizable, pues faltaban menos de cuarenta y ocho horas para dicha festividad. Me parece ver el cuarto de la posada con su suelo de tierra desnivelado, una ventana con reja y un candil chisporroteante colgado en la pared, a cuyos reflejos aparecían y desaparecían en la oscuridad los perfiles de los presentes. Las monjas, enteradas al fin de todo, apuradísimas; el maestro Julián, «luchando contra la muerte», y Bañez, optimista como siempre, profetizando un pronto y fácil arreglo con los Agustinos. Todos acordaron continuar hasta Medina, pero reduciendo el número de viajeros para no llamar la atención por el camino. En vista de esto, parte de la Compañía emprendió el regreso a Ávila aquella misma noche, conviniendo en que tres de las monjas se albergasen en casa del cura de una aldea vecina, un cierto Vicente de Ahumada, hermano de una de ellas, y que las acompañase Alonso Esteban, un virtuoso sacerdote de Arévalo, y las otras tres continuarían el viaje con Teresa y el maestro Julián.

Al día siguiente, muy de mañana, Fray Antonio de Heredia, el prior de los Carmelitas de Medina, apareció ante Teresa y sus compañeros con la noticia de que la casa medio en ruinas que había comprado en dicha población, podía servirles después de todo, y que unas cuantas colgaduras bastaban para transformar el portal en iglesia, provisionalmente. Teresa, que no deseaba nada mejor que poder tomar posesión de la casa antes de que el vecindario se enterase de su llegada, salió para Olmedo, donde habitaba a la sazón don Álvaro, Obispo de Ávila, en un castillo perteneciente a los Mendoza, cuyos restos, cubiertos de hiedra, son hoy en día una pintoresca reminiscencia del pasado. El prelado hizo a Teresa un caluroso recibimiento, prestándole su coche para que continuase el viaje sin demora, mandando, además, a uno de sus capellanes que la acompañase. La Comitiva se puso, pues, en marcha, yendo el maestro Julián (1) a la vanguardia, con su caballito castellano, a modo de heraldo de Teresa. En el camino tuvieron otra agradable sorpresa, pues se enteraron de que se cruzaría con ellos la señora viuda de Medina, a quien Heredia había comprado la casa, y que, por entonces, vivía en una finca de campo situada en aquellas cercanías. En efecto, el encuentro tuvo lugar, dando por resultado que dicha señora autorizase a Teresa para que des-

(1) En las páginas 112 y 127 aparece equivocadamente sustituído el nombre de Julián por el de Juan.—*N. del E.*

pidiese al mayordomo y al ama de llaves que habitaban todavía en la casa de Medina e hiciese uso de unos tapices y una cama de damasco azul que encontraría en ella. Este rasgo de simpatía de la buena señora, fué como un rayo de esperanza para los caminantes, que prosiguieron la jornada bajo la impresión consoladora de un buen augurio.

* * *

Ya ha llegado el maestro Julián a las puertas del monasterio carmelita de Medina. Un seco aldabonazo repercute en la calle al silencio de la media noche. La llama de una antorcha rasga la oscuridad de la tortuosa calle. Se oye un rumor de cerrojos y barrotes. Giran las puertas del convento sobre sus goznes. Desaparecen tras ella, de un golpe, caballo y caballero... Vuelve a reinar de nuevo la oscuridad...

Teresa y sus monjas se encuentran en el patio. Sombras pardas cruzan de un lado a otro. Van surgiendo luces en la sacristía y en la iglesia... A poco rato, Teresa, sus monjas y los carmelitas, salen casi a tientas y en fantástico grupo marchan por las afueras de la ciudad.

Sabemos que era la víspera de Nuestra Señora de Agosto. Esta fiesta—no siendo Medina entonces menos española que ahora—se celebraba con funciones de iglesia, ferias y toros, y ya se notaba en la población el ambiente de estos acontecimientos. Aquella procesión de frailes y monjas se encontraría a su paso con grupos de trasnochadores feriantes sin albergue, rufianes, vagabundos, y ese acompañamiento indispensable de los «encierros», de gentes repletas de vinazo. ¡Qué no oirían las monjas de Teresa de los labios de los trasnochadores! Para evitar sus insultos, que no se atrevían a contestar, lo único que hacían era acelerar la marcha. Pero no hagamos comentarios por nuestra cuenta; oigamos a Teresa y al maestro Julián. «Fué harta misericorcia del Señor—escribe la Santa—que a aquella hora encerraban toros para correr otro día y que no nos tocara alguno.»

«Todos íbamos cargados, que parescíamos gitanos, que habíamos robado una iglesia, que cierto, a toparnos la justicia, estaba obligada a llevarnos a todos a la cárcel hasta averiguar a donde iban a tal hora clérigos, y frailes y monjas. Y aun no estaban obligados a creernos, pues las apariencias, y a la hora que era, y tanta gente como andaba por las calles, que por la mayor parte, con tal ocasión, suelen ser los que entonces andan los muy perdularios y vagabundos del lugar. Quiso Dios que, aunque topamos gente, como no fué la justicia, nos dejaban pasar con decir algunas palabras, cuales se suelen decir

de tal gente y a tal hora. Nosotros, como no osábamos chistar, alargábamos el paso y dejábamoslos descir lo que querían. Llegamos, Dios y enhorabuena, a la casa a donde estaban el dicho mayordomo, y dímosle tan mala noche, en la priesa de llamar y en las ganas que teníamos de entrar antes que nos viniese algún infortunio, que al fin despertó y nos abrió, y obedesció a su señora que le mandaba, nos dejase luego la casa desembarazada. ¡Ah, Señor! Como ya nos vimos dentro, y que faltaba poco para venir el día, vierades a la Madre y a las hermanas, y a todas las que allí estábamos, unos a barrer, otros a colgar paños, otros a aderezar el altar, otros a poner la campana. El que más podía, más hacía con alegría: *Sicut qui invenit, spolia multa.*»

Aunque por esta cita ya sabemos poco más o menos lo que ocurrió al llegar la comitiva a la casa convento, no estará de más que oigamos discurrir un rato sobre el mismo punto a la madre Teresa, cuyo lenguaje tiene siempre un énfasis y fuerza de expresión de que carece el del buen maestro Julián.

«Llegados a la casa, entramos en un patio; las paredes, harto caidas me parecieron, mas no tanto como cuando fué de día se pareció. Parece que el Señor había querido se cegase aquel bendito padre para no ver que no convenía poner allí el Santísimo Sacramento.

»Visto el portal había bien que quitar tierra del, a teja vana, las paredes sin emborrar, la noche era corta, y no traíamos sino unos reposteros (creo eran tres), para toda la largura que tenía el portal, no era nada: yo no sabía qué hacer porque vi no convenía poner allí el altar. Plugo al Señor, que quería luego se hiciese, que el mayordomo de aquella señora tenía muchos tapices en casa, y una cama de damasco azul, y había dicho nos diese lo que quisiésemos, que era muy buena. Yo, cuando vi tan buen aparejo, alabé al Señor, y ansí harían los demás, aunque no sabíamos qué hacer de clavos, ni era hora de comprarlos: comenzáronse a buscar de las paredes; en fin, con trabajo se halló recaudo. Unos a tapizar, nosotras a limpiar el suelo, nos dimos tan buena priesa, que cuando amanecía estaba puesto el altar y la campanilla en un corredor...»

No fué sólo el mayordomo de la señora Medina, la única persona, además de los frailes, que fueron sacadas despiadadamente de la cama aquella noche. Cerca del amanecer despertaron las monjas con la misma decisión al vicario general y a un notario, para que diera fe de que la Comunidad se constituía con autorización del abad, y legalizase su establecimiento antes de romper el día.

Al salir el sol aquella mañana de agosto, alumbró la aparición de un nuevo convento en Medina del Campo. Cuando el primer tañido

de su campana resonó en las calles silenciosas de la ciudad, llenándolas de multitud de gentes, mirándose unas a otras con mudo asombro ante tal sorpresa. Todos llamaban a sus vecinos y conocidos para que viniesen a ver el milagro, y en poco tiempo un gentío pugnaba a viva fuerza por entrar en la capilla, ya llena de bote en bote. Lo que el día anterior no era más que un portal en ruinas propio para establo, apareció ante los ojos de la asombrada multitud, cubierto en las paredes de ricos tapices y colgaduras de terciopelo, con un altar iluminado esperando al celebrante. «Fué menester (dice el maestro Julián) al decir misa prima, y ponerse el Santísimo Sacramento, que se retirasen las monjas; digamos agora, ¿sabían dónde? Porque lo demás de la casa estaba por el suelo, y el Santísimo Sacramento faltaba poco para estar en la calle. El remedio que tuvieron fué, que frente del Santísimo estaba una escalera que subía a un lienzo del corredor, que sólo estaba en pie, y hubieron de cerrar la puerta de la escalera, y por los agujeritos que la puerta tenía, les servía de coro para oír misa, y de locutorio para hablar, y de confesonario para confesar, y de celosía para mirar y de cárcel para llorar.»

Por las siguientes palabras de Teresa, veremos ahora cómo a raíz de este primer triunfo, se encontró anonadada por aquellas mismas dificultades que al parecer menospreciaba. En los momentos críticos en que todo dependía de su valor y perseverancia, cuando los que la rodeaban, inspirados por su ejemplo habían perdido todo temor y vacilación, Teresa se encontró abatida y amilanada por lúgubres temores, víctima de su sensibilidad y escrupulosa conciencia. Según avanzaba en su espíritu ese nublado, que envolvía en sombras pasajeras sus ideales, se iba haciendo más y más susceptible a la influencia de las miserias del mundo. Oye constantemente la voz de la censura y de la condenación, y hasta llega a creer que sus aspiraciones no son más que una locura, una demencia, una fantasía de mujer presuntuosa.

«Unas veces me parece que estoy muy desasida, y en hecho de verdad unido a la prueba lo estoy. Otras veces me hallo tan asida, y de cosas que por ventura antes burlara yo dello, que casi no me conozco. Otras veces me parece tengo mucho ánimo, y que a cosa que fuese servir a Dios no volvería el rostro, y probado es ansí, que le tengo para algunas. Otro día viene que no me hallo con él para matar una hormiga por Dios, si en ello hallase contradicción. Ansí, unas veces me parece que de ninguna cosa que dijesen de mí, o me murmurasen, no se me daría nada, y he probado algunas veces ser ansí que antes me da contento; vienen días que sólo una palabra me aflige y querría irme del mundo, porque me parece me cansa todo. Y en esto no soy

sola yo, que lo he mirado en muchas personas mejores que yo, y sé que pasa ansí.»

Imposible describir mejor que ella estas crisis agudas de depresión física y moral. Veamos cómo afectó su espíritu en este sentido la fundación de Medina:

«Mas poco me duró, porque como se acabó la misa llegué por un poquito de una ventana a mirar el patio, y vi todas las paredes por algunas partes en el suelo, que para remediarlo eran menester muchos días.

»¡Oh, válame Dios! ¡Cuando yo vi a su Majestad puesto en la calle en tiempo tan peligroso como ahora estamos por estos luteranos, que fué la congoja que vino a mi corazón!

»Con esto se juntaron todas las dificultades que podían poner los que mucho lo habían murmurado, y entendí claro que tenían razón. Parecíame imposible ir adelante con lo que había comenzado, porque así como antes todo me parecía fácil, mirando a que se hacía por Dios, así ahora la tentación estrechaba de manera su poder, que no parecía haber recibido ninguna merced suya: sólo me bajeza y poco poder tenía presente. Pues arrimada a cosa tan miserable, ¿qué buen suceso podía esperar? Y a ser sola paréceme lo pasara mejor; mas pensar habían de tornar las compañeras a su casa con la contradicción que habían salido, hacíaseme recio. También me parecía, que errado este principio, no había lugar todo lo que yo tenía entendido había de hacer el Señor adelante. Luego se añadía el temor, si era ilusión lo que en la oración había entendido, que no era la menor pena, sino la mayor; porque me daba grandísimo temor, si me había de engañar el demonio.»

Los síntomas de esta lucha interior son los mismos que padeció después de la fundación de San José. Mas Teresa, tranquila en apariencia y dueña de sí misma, ocultaba a sus compañeras todas las señales de su tribulación. Por la tarde, aquel día de Nuestra Señora de Agosto, la visita de un sacerdote que enviara a Teresa su buen amigo Baltasar Álvarez, a quien confió el apuro en que ella y sus monjas se encontraban por haber expuesto al Santísimo Sacramento en sitio tan poco adecuado, le sirvió de gran consuelo y ayuda.

«Comencé a tratar de que se nos buscase casa alquilada, costase lo que costase, para pasarnos a ella, mientras aquello se remediaba, y comencé a consolarme de ver la mucha gente que venía, y ninguno cayó en nuestro desatino, que fué misericordia de Dios, porque fuera muy acertado quitarnos el Santísimo Sacramento.» Mas, a pesar de los esfuerzos del maestro Julián y de sus amigos por encontrar una

casa en condiciones, o parte de ella, sin reparar en el precio, fué imposible hallarla, hasta que un comerciante rico, un tal Blas de Medina, les ofreció el piso alto de su morada mientras les hiciese falta. Este acto de generosidad fué para Teresa un gran alivio, pues mientras estuvo expuesto el Santísimo Sacramento en la casa medio en ruinas, ella se pasaba las noches en claro, por temor de que los hombres encargados de vigilar la capilla no lo hiciesen con la eficacia debida. ¡Qué hermoso cuadro el de esta monja exaltada, velando la Sagrada Forma desde una ventana alta, mientras la luz de la luna rielaba en las torres y en las melancólicas llanuras de la ciudad medieval!

El maestro Julián no volvió a Ávila hasta dejar instaladas a Teresa y sus monjas en el nuevo refugio, donde habían convertido en iglesia una de esas salas grandes españolas, con dorados y artesonados.

No fué el buen don Blas de Medina el único protector de Teresa. Las limosnas y auxilios afluían en creciente abundancia. Una señora viuda, sobrina del gran cardenal de Quiroga, Gran Inquisidor de España y más tarde arzobispo de Toledo, les ayudó a edificar la capilla en la casa que tenían en reparación. Algunos años después, una hija de esta señora, llamada doña Jerónima, tomó el velo de la Orden de Teresa. La resolución de esta joven, apenas había abierto los ojos a las realidades de la vida, repercutió por toda Castilla, causando gran sensación en la corte y ganando nuevos partidarios a la Reforma. ¡Siempre han tenido influencia en la opinión pública los actos e iniciativas de la gente de rango en la sociedad!

Aquella que había salido de Ávila con unas cuantas blanquillas en el bolsillo, no sólo llegó a poder comprar una casa y dotar a un capellán en Medina, sino a poder gastar en ella muchos cientos y miles de ducados, que los nuevos adeptos a la Reforma pusieron a su disposición.

Cuando Teresa estaba escribiendo en Malagón sus *Fundaciones*, vaciló al llegar a la que ha sido asunto de este capítulo, sobre la cual, al parecer, no había recibido revelación sobrenatural, mas el Señor, contestando a su pensamiento, le dijo: «¿Qué más quieres? No tienes más que considerar la fundación de Medina para ver que era un milagro.»

CAPÍTULO XI

FUNDACIÓN DE MALAGÓN

Hemos llegado al período más activo y, al mismo tiempo, más interesante y pintoresco de la vida de Teresa. Nuevos personajes entran en escena, muchos de ellos verdaderos prototipos de aquella edad legendaria y al lado de los cuales la personalidad de la Fundadora ya cada día más ilustre con el prestigio de sus triunfos, alcanza más relieve y prominencia. El antagonismo, los conflictos de emociones contradictorias, van a dar origen a episodios tal vez los más extraños y característicos de esta historia. Nuevos panoramas aparecerán ante nuestros ojos en kaleidoscópica sucesión. Tan pronto nos encontraremos en los solitarios desiertos de la Mancha como en las floridas soledades de la Roda; tan pronto en la blanca ciudad de Córdoba, como en las márgenes del río de Sevilla, pululantes de curas y frailes, soldados, aventureros y cambiadores de moneda genoveses. De allí volveremos a los solitarios pueblos de Burgos, pueblos consagrados a la memoria del Cid y cuna de la aristocracia más altanera de España, a las polvorientas llanuras y huertos árabes de Palencia, veremos las torres grises en los inmensos desiertos de Segovia y acompañaremos a Teresa días y días enteros por los robledales y olivares de Ávila a Alba y Salamanca, sendero que tantas veces le hizo atravesar el destino y fué la ruta del último viaje de su vida. En realidad, fué a partir de este momento cuando Teresa emprendió de lleno la Reforma. El convento de San José, semilla cuyo fruto fué prueba del vigor y vitalidad que encerrara, va a convertirse en árbol forestal cuyas raíces se extenderán por el mundo propalando hasta

sus confines el nombre de Teresa. Tal fué la solidez y trascendencia de esta inmensa obra, que la misma muerte de la Santa sólo sirvió para realzar con un halo de misterio y de leyenda el prestigio de aquel movimiento espiritual cuyos prosélitos fueron tan numerosos como sinceros.

El Breve autorizando a Teresa para fundar sus dos primeros monasterios de frailes fué expedido—hecho curioso y digno de notarse—el mismo día que ésta emprendiera su viaje a Medina. Plenamente convencida de la necesidad de extender la Reforma a los frailes como garantía de la perpetuidad de su obra, Teresa no se intimidó ante el clamoreo que sus pretensiones habían levantado y apeló una vez más al General excitándole a patrocinar su idea. Con este fin le escribió una carta que tuvo el éxito que no habían alcanzado hasta entonces sus gestiones personales. Una vez más diríase que las circunstancias se conjuraron en favor suyo, pues el General, sintiéndose resguardado de las protestas de aquellos frailes cuya anarquía ya conocemos por encontrarse en Valencia esperando viento favorable para salir hacia Italia, concedió sin dificultad en esta ocasión el Breve que antes no había podido arrancarle a pesar de súplicas y ruegos el mismo Obispo de Ávila. Dicho Breve autorizaba a Teresa para fundar dos conventos de frailes, sujetos a la aprobación de los provinciales de la Orden en Castilla. El tal documento en cierto modo, como veremos por la siguiente cita, vino a constituír una complicación más en la azarosa vida de Teresa.

«Pues estando yo ya consolada con la licencia, creció más mi cuidado por no haber fraile en la provincia que yo entendiese, para ponerlo por obra, ni seglar que quisiese hacer tal comienzo. Yo no hacía más que suplicar a Nuestro Señor, siquiera una persona despertase. Tampoco tenía casa ni cómo la tener. Héla aquí una pobre monja descalza sin ayuda de ninguna parte, sino del Señor, cargada de patentes y de buenos deseos, y sin ninguna posibilidad para ponerlo por obra. El ánimo no desfallecía, ni la esperanza, que pues el Señor había dado lo uno daría lo otro; ya todo me parecía muy posible, y así lo comencé a poner por obra.»

En efecto, el plan de hacer extensiva a los frailes la Reforma era la constante labor secreta de su inquieto cerebro, aunque aparentaba ocuparse solamente de revindicar las Constituciones con el prestigio del ejemplo, sobre todo, en aquellos puntos referentes a la humanidad y a la obediencia. «Mire hermana, bueno es que sirvamos a estas señoras que han venido a honrarnos y a asistirnos.» Así habló a una de sus hijas que la ayudaba en cierta ocasión a hacer las camas y ba-

rrer las celdas de aquellas monjas de la Encarnación que habían unido su suerte a la de Teresa. Cuando sus hijas riéndose cariñosamente intentaban quitarle de las manos la escoba o el estropajo y ella les decía «hijas no me hagan estar más en la casa del Señor», su pensamiento se hallaba bien distante de estas menudencias domésticas. Toda su energía mental se concentraba en la futura extensión de la reforma. Empresa tan trascendental dejó de ser proyecto para convertirse en una realidad en Medina, según el maestro Julián, cuando dice: «No es menos dino de notar que en una tierra de feria donde se halla todo también halló (Teresa) las piedras fundamentales con que empezase esta obra.»

Veamos cómo empezó Teresa su trabajo:

«Estando aquí yo (escribe Teresa) todavía tenía cuidado de los monasterios de los frailes, y como no tenía ninguno, como he dicho, no sabía qué hacer, y así me determiné muy en secreto a tratarlo con el prior de allí (Heredia), para ver qué me aconsejaba y así lo hice. Él se alegró mucho cuando lo supo, y me prometió que sería el primero. Yo lo tuve por cosa de burla, y así se lo dije; porque aunque siempre fué buen fraile, y recogido, y muy estudioso, y amigo de su celda, que era letrado, para principio semejante no me pareció sería, ni tendría espíritu, ni llevaría adelante el rigor que era menester, por ser delicado, y no mostrado a ello. Él me aseguraba mucho, y certificó, que había muchos días que el Señor le llamaba para vida más estrecha, y así tenía ya determinado de irse a los Cartujos, y le tenían ya dicho le recibirían. Con todo esto no estaba muy satisfecha, aunque me alegraba de oirle, y roguéle que nos detuviésemos algún tiempo, y él se ejercitase en las cosas que había de prometer.»

Acaso no exista otro incidente en la Vida de Teresa que demuestre mejor que este que acabamos de relatar cuán ducha era la Santa en el conocimiento de las gentes. Diríase que al primer golpe de vista adivinó la pequeñez y la mezquina ambición de figurar de aquel hombre, que influído más tarde por insidiosos intrigantes, dió origen a una serie interminable de discordias en la Orden. Heredia, por lo demás, era, como demuestran las anteriores palabras de Teresa, un vejete amable, sencillo y franco, poco versado en los negocios del mundo, pero que no pudo resistir a las vanidades y ambiciones inherentes a la vida del claustro. El maestro Julián juzgaba al buen prior de esta manera: «No le faltó un pero o a lo menos en lo exterior de acá a fuera, que en lo de allá dentro sólo Dios es el juez.» Había ocupado con lucimiento los más altos cargos entre los Carmelitas, pues era de linaje noble y distinguido, hombre de letras, predicador elocuente y

de un refinamiento personal que ponía de relieve hasta en el arreglo y adorno de su celda, cualidades todas estas que lo hacían especialmente apto para el mantenimiento de la dignidad e influencia social de la Orden. Mas estas mismas cualidades fueron precisamente las que hicieron que Teresa tratase a Heredia con cierto recelo. No así le sucedió con aquel fraile joven, pequeñín y enfermizo, en cuyas escuálidas facciones brillaba el fervor religioso del asceta, el hermano Juan de San Matías, aquel a quien la posteridad ha conocido con el nombre de San Juan de la Cruz. Leed lo que de él dice Teresa con su exquisito e inimitable estilo:

«Poco después, acertó a venir allí un Padre de poca edad, que estaba estudiando en Salamanca, y él fué con otro por compañero, el cual me dijo grandes cosas de la vida que este Padre hacía: llamábase Fray Juan de la Cruz. Yo alabé a nuestro Señor, y hablándole, contóme mucho, y supe dél cómo se quería también ir a los Cartujos. Yo le dije lo que pretendía, y le rogué mucho esperase hasta que el Señor nos diese Monasterio, y el gran bien que sería, si había de mejorarse, ser en su misma Orden, y cuánto más serviría al Señor. Él me dió la palabra, con que no se tardase mucho.»

El hermano Juan de San Matías recordó siempre con afecto y veneración aquel convento de Medina, donde, por primera vez, vió dirigirse hacia él, a través de la reja, la mirada afable y a la par escudriñadora de la ilustre monja, cuyo nombre había de estar en la historia tan íntimamente encadenado con el suyo.

En este joven fraile, tan adversario al trato con mujeres, por santas que fuesen, que la misma Teresa encontró dificultad en obtener una entrevista con él, adivinó ésta el temperamento y fervor necesarios para organizar y dar vida a una gran reforma. Por fin, había logrado ella hallar a su «fraile y medio», como decía con su natural gracejo, refiriéndose al prior Heredia y al hermano Juan, que era muy pequeño de estatura.

Justo es que dediquemos algún espacio al recuerdo de este fraile, el más interesante de cuantos conociera Teresa. La historia de su vida, como la de todos los Santos, tiene un fondo de leyenda inverosímil. Su padre, Gonzalo de Yepes, pariente de aquel Yepes obispo de Tarazona, que más tarde escribió la vida de Teresa, descendía de una antigua y distinguida familia de Castilla la Nueva, que sufrió grandes reveses de fortuna. De joven estuvo en Toledo, donde con la protección de su tío llegó pronto a ocupar una posición importante en el comercio. En Pontiveros, camino de Medina del Campo, donde se dirigía a vender sederías en su famosa feria, se prendó de una joven

pobre y huérfana, casándose con ella. Perdida por esta causa la protección de su familia, a quien, en vano, trató de convencer en su favor, se vió obligado a ganarse duramente la vida como tejedor, y murió a los pocos años, dejando tres huérfanos, el menor de los cuales, Juan, estaba destinado a ser uno de los más gloriosos Santos españoles. La viuda del desgraciado Gonzalo, después de varios esfuerzos para continuar viviendo en Arévalo, se estableció, finalmente, en Medina del Campo. No tardaron los espíritus malignos, y aquí empieza ya la leyenda, en atacar la vida de aquel pequeño Juan, en quien veían un futuro y formidable enemigo. Cuando éste contaba unos cinco años, se cayó en un pozo y, después de surgir por tres veces del fondo, quedó flotando milagrosamente en el agua. Al mismo tiempo que la Virgen, oportunamente, se le apareció tendiéndole la mano para ayudarle a salir; pero el niño, por no ensuciársela, rehusó el auxilio, salvándose, por fin, gracias a un labrador que acertó a pasar por allí. No pararon en esto las asechanzas del demonio. Un día que Juan volvía del campo con uno de sus hermanos, se vió acometido repentinamente por un monstruo que salió de un charco vecino, y que el niño ahuyentó haciendo el signo de la Cruz. Pocos años más tarde, su madre lo sorprendió en un lecho de espinas. El pequeño Juan recibió los primeros rudimentos de la enseñanza en la escuela de pobres de la ciudad. Pero así y todo, no pudiendo la madre costear su educación, al llegar a los trece años, probó el aprendizaje de varios oficios, mas el futuro Santo, no dándose mucha maña a manejar la brocha, la sierra ni el cincel, aceptó el puesto de enfermero que le ofrecieron en el hospital de Medina, lo cual le permitió poder seguir sus estudios con los Padres jesuítas. De nuevo, volvió a caerse en un pozo que había en el patio del hospital. Y la multitud que acudió a los gritos de los que presenciaron el accidente, pudo constatar que el joven enfermero estaba tranquilamente sentado en la superficie del agua, saliendo del pozo con el auxilio de una soga. Cuando le preguntaron cómo era que no se había hundido, contestó que una hermosa dama, recibiéndole en sus brazos, le había sacado del fondo. Este incidente, según un biógrafo, hizo que el joven estudiante adquiriese gran prestigio. Su aptitud y aplicación en los estudios de la filosofía y de la dialéctica y los progresos que en tan difíciles materias hacía a diario, asombraban a los Padres jesuítas, mostrando, a la vez, en la ternura con que asistía a los enfermos que tenía su cargo, cuán grande era el tesoro de bondad y dulzura de su alma. Se cuenta que en aquella época ya llegaba en la práctica de la mortificación a verdaderos extremos y que en el hospital tenía por toda cama un montón de sarmientos. Cuando, más

tarde, tuvo que decidirse por una carrera, vaciló ante la del sacerdocio, creyéndose indigno de tan alto ministerio, aunque ese era el mayor deseo de su madre, por creer que nada ofrecía un porvenir más seguro que la Iglesia. En contestación a las oraciones que, con lágrimas en los ojos, dirigía el joven en su perplejidad a los cielos, implorando el divino consejo, creyó oír una voz misteriosa que le decía: «Servirme has en una religión, cuya perfección antigua ayudarás a levantar.»

El 24 de febrero de 1563, a la edad de veintiún años, tomó el hábito en el monasterio carmelita de Santa Ana, Comunidad recientemente establecida en Medina. El joven fraile que se imponía penitencias superiores a todas fuerzas humanas, fué pronto objeto de respeto y admiración en la Comunidad, hasta el punto que sus cofrades, cuando descubrían la figura del santo novicio en la distante oscuridad de los claustros, se quedaban absortos e inmóviles hasta perderle de vista. Su modestia, su piedad y sus aptitudes intelectuales, hicieron que sus profesores tomasen la resolución de mandarle a Salamanca para que continuase allí con más provecho sus estudios. El estudiante salió, pues, para la docta ciudad haciendo el viaje en burro y llevando por todo equipaje un saco de libros debajo del brazo. En las aulas de la Universidad de Salamanca, la más antigua y majestuosa de España, estaba entonces la ciencia representada por una lucida falange de hombres ilustres y eminentes en saber y en virtudes, Fray Domingo de Soto, Melchor Cano y aquel cuya lira de oro es la más hermosa joya del Parnaso español: Fray Luis de León. En nada perturbó el ambiente de aquel sagrario de la sabiduría el temple espiritual del joven Fray Juan de San Matías, que, a imitación de los antiguos benedictinos, no se quitaba el hábito ni para dormir, y llevaba constantemente un cilicio ciñéndole la cintura. A los veinticinco años, por mandato de sus superiores, recibió las órdenes del sacerdocio. Su madre tuvo el inmenso placer de poder asistir a su primera misa en Medina del Campo. En esta ocasión fué cuando vió por primera vez a la mujer más ilustre de su siglo y que tanta influencia había de ejercer en su vida. Indiferente por completo a todo lo humano y perecedero, estuvo siempre contento con ser uno de tantos en su Orden, mientras que otros, muy inferiores a él en valía, alcanzaron en ella altos puestos. Sí, otros alcanzaron este honor pasajero, mas no dejaron la menor huella de gloria en los blasones de la Orden cuyo más claro prestigio es y seguirá siendo siempre el nombre de San Juan de la Cruz. Hasta los seres más frívolos y mundanos, son susceptibles al delicioso aroma del encanto del etéreo tremor de misterio que envuelve a este hombre, sombra diáfana que se aleja flotando sobre las luchas los go-

ces y dolores de la vida. Su impersonalidad es, precisamente, lo que le hace resaltar entre todos los santos. Su benevolencia, su amor, su dulzura, su humildad infinita, no admiten comparación con el patético humanitarismo de un Francisco de Asís. Los suyos son más bien los atributos de los moradores del mundo suprasensible. Su misticismo es esencialmente metafísico, ajeno a la emoción como el de Teresa, y fluye de la inteligencia y de la mente más que del corazón. San Juan de la Cruz era un ser angélico, sin pasiones, un alma revoloteando continuamente entre los confines de dos mundos, una emanación vaporosa esparcida por el espacio inconmensurable.

No sin gran sentimiento nos vemos forzados a abandonar este tema para reanudar nuestra historia. Los éxitos de Teresa han llegado ya a impresionar a la opinión pública. Como ya hemos dicho, la entrada en el convento de Medina de doña Elena de Quiroga, sobrina del que era entonces Gran Inquisidor de España, inclinó la balanza del destino en favor de Teresa. Ésta, como de repente, ha ascendido, del aislamiento y la oscuridad, al pedestal de la fama. Ya la conocen por el milagro del siglo. La que hasta aquí sólo se había encontrado en su camino con dificultades y entorpecimientos, casi se encuentra ahora agobiada por la asiduidad de los grandes y nobles del reino que se disputan el honor de patrocinarla. Doña María de Mendoza tiene como favor especial el que Teresa acepte un asiento en su coche. Su hermano don Bernardino de Mendoza le ofrece una quinta en las afueras de Valladolid, donde solía pasar el verano el comendador Cobos y el conde de Ribadabia, padre de don Bernardino; y al detenerse Teresa en Olmedo unió sus instancias a las de su hijo para hacerla desistir de la fundación de Medina en favor de la de Valladolid. Doña Luisa de la Cerda se impacienta por ver honrada su ciudad de Malagón con uno de los nuevos conventos. Doña Leonor de Mascareñas, señora que gozaba de gran favor en la Corte, pues había sido institutriz del rey Felipe II y de su malhadado hijo Carlos, insiste en la necesidad de que Teresa acuda a Alcalá para restablecer la disciplina del convento de la Imagen, fundado por la beata María de Jesús. En vista de tantas instancias, Teresa, que contaba a la sazón cincuenta y dos años después de pasar unos dos meses en el convento de Medina, se preparó para un viaje mucho más largo que cuantos había hecho hasta entonces: el de Medina a Alcalá y Malagón. Las monjas que eligió para que la acompañasen fueron Ana de los Ángeles, que ya conocemos de la Encarnación, y Antonia del Espíritu Santo, por quien la Madre había concebido gran cariño. Doña María de Mendoza, que se dirigía a Úbeda, ofre-

ció asiento a las tres monjas en su coche hasta Madrid. ¡Qué extraña aparición en los abruptos pinares e hirsutas serranías de Segovia la de ese armatoste lleno de damas y monjas con una escolta de hombres armados al mando del joven don Bernardino! Ved pasar la comitiva por aldeas y pueblos que poco han cambiado desde entonces, cuyos habitantes medio moros medio españoles salen a contemplar con supersticioso asombro aquel extraño y chirriante vehículo de los que no había entonces más que cuatro o cinco en toda España. Las noches, las pasaban en castillos solitarios encrestados en las montañas, cuyos muros en ruinas dominan todavía los pueblos del alrededor. La franca acogida que en ellos encontraron, es prueba no sólo de la hospitalidad que rige en los países a medio civilizar donde se viaja con peligros y dificultades, sino del hecho de que entonces más que ahora estaban las grandes familias de España unidas por una trama interminable de parentescos, y eran todos sus miembros primos unos de otros y no sólo del rey, según el dicho popular. Llegada la extraña comitiva a Madrid, las monjas se apearon en la casa de doña Leonor de Mascareñas, contigua al convento de los Ángeles en la plazuela de Santo Domingo. Allí encontró Teresa a las más altas damas de Madrid, que bien por devoción o por un mero sentimiento de curiosidad, se habían puesto de acuerdo para agasajar a aquella mujer de quien se ocupaba toda Castilla. La emoción de doña Leonor al recibir bajo su techo a una persona que era considerada ya como Santa no tuvo límites, mas los que allí acudieron alentando la esperanza de contemplar un milagro, o ser testigos de un éxtasis místico, se llevaron un gran chasco, pues Teresa interrumpió la pausa de expectación con que fué recibida por aquellas damas, simplemente para decir cuán hermosas le habían parecido las calles de Madrid y hablar de otras cosas indiferentes, como lo hubiese hecho cualquier persona acostumbrada a los usos y rutinas de la buena sociedad.

Aquellas señoras de corpiños estirados y enormes miriñaques sintieron ante la actitud de Teresa esa extrañeza común a la mayor parte de los que se ponen en contacto por primera vez con alguna persona célebre, cuya naturalidad inesperada es causa de desilusión (1). ¡Qué oportunidad tan propicia ofrecieron a Teresa aquellas señoras de haber sido ésta dada a la farsa y a la farandulería! Teresa, en cambio, les dió la impresión de ser una buena persona que no tenía nada de

(1) Léase la divertida relación de Madama d'Aulnoy sobre las costumbres sociales de aquella época y aun del tiempo de Felipe IV. Las sillas constituían una comodidad exclusivamente reservada al sexo masculino, pues las señoras a quienes los miriñaques impedían sentarse, se servían para descansar de almohadones de terciopelo.

extraordinario. Así y todo, no faltaría perspicacia a aquellas encopetadas aristócratas para darse cuenta de que Teresa, como quien no quiere la cosa, les había dado una lección de buena crianza, al mantenerse con gran tacto y exquisita dulzura en la digna actitud que le correspondía. Accediendo al deseo de doña Juana, princesa del Brasil, hermana de Felipe II, pasó dos semanas en el convento de las Franciscanas Descalzas, cuya superiora, Sor Juana de la Cruz era a su vez hermana, del famoso Duque de Gandía, a quien Teresa había conocido en Ávila con el nombre de Padre Francisco el Pecador. Ante toda la comunidad sin excepción, Real Fundadora, linajuda abadesa o novicia insignificante, la impresión que causara en el convento de Franciscana fué de admiración y sorpresa. Mas ¿qué otra impresión podía causar un consorcio tan perfecto de santidad, sencillez y franqueza?

«Bendito sea Dios», decían, cuando al cabo de dos semanas salió para Alcalá, «que hemos podido ver una Santa que todas podemos imitar; que habla, duerme y come, como nosotras, conversa sin cumplidos ni melindres. No hay duda que el espíritu de Dios está en ella, porque es sincera, sin fingimiento, y vive entre nosotras, como él vivió.»

El 21 de noviembre, Teresa y su compañía salieron en el coche de doña María de Mendoza para el convento de la Imagen de Alcalá. Las pobres monjas de aquella miserable casa recibieron a Teresa como a un mensajero del cielo. Difícil sería decir quién dió mayores pruebas de grandeza en esta ocasión: Teresa, la monja carmelita que en el corto espacio de dos meses sometió a su austera y suave autoridad la relajada disciplina de aquella casa, o la anciana superiora, que se apresuró espontáneamente, con una magnanimidad rayana en lo sublime, a poner en manos de Teresa la dirección del convento, para cuya fundación había hecho a pie un viaje a Roma, ofreciéndole además perfecta sumisión y obediencia. Teresa sometió el convento a las Constituciones que ella había hecho para San José y que todavía rigen en la actualidad. Por consejo de Bañez, que se encontraba a la sazón en Alcalá ocupado en establecer allí un colegio de la Compañía, Teresa intentó poner el convento de la Imagen bajo la jurisdicción de los frailes de su Orden, pero a ello se opusieron rotundamente, no tan sólo María de Jesús y su comunidad, sino el arzobispo de Toledo y doña Leonor de Mascareñas, patrocinadora de la fundación. En vista de esto, el arzobispo de la Diócesis retuvo el gobierno del convento, que todavía conserva, según creo.

Durante la Cuaresma de 1565 Teresa salió para Toledo. A la circunstancia de no haber ido con ella el maestro Julián, es debido que

no se conozca detalle alguno de este viaje. Después de pasar unos cuantos días en dicha ciudad aguardando la llegada de las monjas que habían mandado venir de Ávila, todas ellas antiguas compañeras suyas de la Encarnación, partió en compañía de estas y de doña Luisa de la Cerda para Malagón, en los confines de Andalucía y Castilla la Nueva. Este ignorado pueblecillo está hoy casi igual que se presentó a la vista de Teresa hace tres siglos. Casitas blancas medio ocultas en las quebraduras de una montaña; en su más alto promontorio, como en todos los pueblos de origen moro, las abandonadas ruinas de una fortaleza; la antigua mezquita convertida en iglesia parroquial; al fondo, la sierra, guarida de lobos, y, en los alrededores del pueblecillo, el lugar conocido con el nombre de Plaza de los Moros, donde tuvo su asiento una ciudad árabe según la leyenda. Este pueblo no ofrece hoy otro interés que el de haber fundado allí Teresa uno de sus conventos y hasta su nombre casi no es conocido más que por el proverbio que dice: «En Malagón, en cada esquina un ladrón.» En los principios de su historia estuvo sometido a los romanos. Más tarde fué, durante cuatro siglos, plaza fuerte de los moros y en tiempos de Teresa perteneció al señorío de los Medinaceli, llegando a ser un lugar importante de tráfico gracias a su situación en el camino real.

El cronista nos relata cómo Teresa eligió el lugar en Malagón para edificar su convento que hoy podemos ver tal y como ella lo dejó, mostrando por encima de la alta tapia que lo cerca el rojo tejado, unas cuantas rejas de ventana y las cónicas copas de dos o tres cipreses. Acompañada del corregidor de la ciudad, del cura párroco y de una de sus monjas, llegó a un sitio que todos creyeron el más a propósito para el fin que Teresa se proponía; ella, no opinando del mismo modo, dijo: «Dejemos este para los frailes descalzos de San Francisco que aquí han de fundar», profecía que, como otras muchas suyas, se cumplió debidamente, pues una Comunidad de frailes franciscanos se estableció allí más tarde. Lástima que el cronista no nos diga por qué razón se ocupaba Teresa del terreno que les convendría más tarde a otros, precisamente en la ocasión en que tenía prisa de encontrarlo para ella misma. Al llegar la comitiva a un olivar a corta distancia del pueblo, Teresa, haciendo un alto, dijo: «No hay que pasar de ahí, que ese lugar tiene Dios elegido para mi convento.» También corre otra anécdota acerca del jardín de la nueva casa que era, en realidad, un olivar. Habiendo perdido las monjas la esperanza de conseguir dinero suficiente para transformarlo en huerto, Teresa les aseguró que, con el tiempo, verían realizados sus deseos, aunque para ello tuviese

que venir el dinero nada menos que de las Indias. Y así sucedió. En 1609, al volver de América a su país natal el capitán Francisco Valverde, y ser enterado por las monjas (astutas monjas) de la profecía hecha por Teresa casi medio siglo atrás, tuvo la generosa idea de llevar a efecto su cumplimiento. Al contemplar con la atención concentrada en el pasado la plazuela cubierta de yerba que se extiende entre la portada del convento y la Iglesia parroquial de Malagón, diríase que, sugestionados por la emoción de aquel ambiente, llegamos a ver la anciana Fundadora actuando en la realidad. ¡Cuántas veces no se apearía de su borriquillo en el umbral de este ancho y bajo portalón que tengo ante mis ojos, cuántas veces al montarse en él no se serviría de este mismo poyete! El decir que Teresa visitó este convento con más frecuencia que ningún otro de los suyos, es un prurito tradicional de las monjas de Malagón. Fué en él donde tuvo Teresa la divina inspiración de escribir sus *Fundaciones*, y allí fué donde, al sentir acercarse sigilosamente la vejez, se apresró a hacer nuevos esfuerzos «antes que bajase la marea de la vida».

Esta fundación tuvo el honor de ser la primera en inaugurarse a la luz del día, pues hasta entonces Teresa, según sus propias palabras, se había visto obligada a trabajar como ladrón en la noche. Ninguna otra fundación había dado lugar a un espectáculo tan conmovedor como el de aquella procesión de imperecedero recuerdo que se formó en el pueblo un cierto Domingo de Ramos hace unos tres siglos para acompañar a Teresa y sus monjas desde la parroquia a la casa que había de servirles provisionalmente de morada, y que estaba precisamente al otro lado de la plaza.

Jamás ha conseguido un ser humano llegar a la realización de un ideal sin tener que hacer concesiones a la necedad pública y a la opinión. Por esta ley inexorable de la naturaleza humana, Teresa se vió obligada, al emprender esta fundación, a apartarse del principio, considerado por ella como el fundamento de la reforma: la absoluta pobreza. Malagón era un pueblo pequeño de aldeanos y labriegos, cuya labor apenas si producía lo necesario para el sustento, y mucho menos para atender a las exigencias de la vida de una comunidad religiosa. Doña Luisa de la Cerda se aferraba a la opinión de que a menos de contar con una renta segura, no se podía pensar en fundar allí ni en sueños. Teresa rechazó por largo tiempo el parecer de su protectora, pero cedió al fin por consejo de Bañez, a quien había consultado el caso en Alcalá. «No estaba bien—le dijo éste—desistir de una fundación que podría ser tan útil a Dios y producir tanto bien, por causa de su devoción a la pobreza.» Cuán diferente fué el consejo de este

franciscano, del que le diera el viejo dominico Fray Pedro de Alcántara. Las palabras de Bañez no eran otra cosa en realidad que la franca expresión de la actitud interior de Teresa, respecto a un caso de conciencia tan sutil y delicado. Sostenida así una opinión ajena, su misterioso *ego* habló por boca del divino fantasma, que ella misma inconsciente conjuró en su ayuda:

«Acabando de comulgar, segundo día de Cuaresma en San José de Malagón, se me presentó Nuestro Señor Jesucristo en visión imaginaria como suele, y estando yo mirándole, vi que en la cabeza, en lugar de corona de espinas, en toda ella (que debía ser adonde hicieron llaga) tenía una corona de gran resplandor... Comencé a pensar que gran tormento debía ser, pues había hecho tantas heridas, y a darme pena. Díjome el Señor, que no le hubiese lástima por aquellas heridas, sino por las muchas que ahora le daban. Yo le dije que qué podía hacer para remedio de esto, que determinada estaba a todo. Díjome: Que no era ahora tiempo de descansar, sino que me diese prisa a hacer estas cosas, que con las almas de ellas tenía Él descanso. Que tomase cuantas me diesen, porque había muchas que por no tener adonde no le servían, y que las que hiciese en lugares pequeños fuesen como esta, que tanto podían merecer con deseo de hacer lo que en las otras, y que procurase anduviesen todas bajo un gobierno de prelado, y que pusiese mucho, que por cosa de mantenimiento corporal no se perdiese la paz interior, que Él nos ayudaría para que nunca faltase.»

Tranquilizada así por la divina voz, eco de sus propios deseos, libre ya de escrúpulos, Teresa fué, poco a poco, posponiendo la causa de la pobreza a lo que consideraba ahora como fin supremo de su vida: el desarrollo de sus fundaciones. Reconoció el peligro de seguir con demasiada rigidez las reglas que había establecido en un principio, y, preveyendo que podían llegar a ser fatales a la existencia de sus conventos, hasta admitió dotaciones y mandas, no sólo para los nuevos, sino para aquellos que venían rigiéndose por diferentes principios desde su fundación. En cuanto a la otra dificultad, la de poner los conventos de monjas bajo la jurisdicción de los frailes de la misma Orden, se mantuvo firme hasta la muerte, desistiendo de varias fundaciones importantes, tan sólo por no transigir con esta imposición.

El pobre cronista se encuentra en un apuro, después de gastar inútilmente mucha tinta para reconciliar el espíritu de las palabras que oyera en esta última visión con las que Teresa había oído en otra, ordenándola fundar de acuerdo con la más estricta pobreza. Nuestra admiración por ella no sufre la menor mengua, a causa de esta nueva

actitud, que pudiera considerarse como el engendro de un inconsciente jesuitismo, pues es imposible perder de vista que sin esta facultad de adaptación a las exigencias de la práctica de la vida no hubiese llegado jamás a poseer el secreto del triunfo, no sólo al tratar de dar eficacia a sus ideales, sino en cosas de índole mucho menos elevada, como el gobierno de una Comunidad y el trato de las gentes.

Poco menos de dos meses han transcurrido desde la llegada de Teresa a Malagón. La nueva fundación se ha llevado a cabo satisfactoriamente. Las monjas están ya instaladas en su nueva morada. Nombrada Ana de los Ángeles priora del convento, Teresa se prepara a abandonar aquel pueblo, no sin sentir con el aumento de las fundaciones y el transcurso de los años el peso de sus nuevas responsabilidades, el menoscabo de su salud y la premura del tiempo, aunque había otra razón que hubiese bastado por sí sola, dado el carácter de Teresa, para ponerla cuanto antes camino de Valladolid. La noticia de la inesperada muerte de don Bernardino de Mendoza, arrebatado a la vida en Úbeda, sin más preparación espiritual que algunos signos mudos de contrición, fué para Teresa un golpe tremendo. No había olvidado nunca la deuda de agradecimiento que tenía con el disipado pero generoso joven, a quien tanto debía el convento de San José, ni el ardor con que éste había insistido en que se firmaran los documentos que la ponían en posesión de su casa y hacienda en Valladolid. Diríase que había previsto la suerte que le esperaba.

«Yo lo tomé [dice Teresa], aunque no estaba muy determinada a fundar allí, porque estaba un cuarto de legua del lugar; mas parecióme que se podría pasar a él, como allí se tomase posesión; y como él lo hacía tan de gana, no quise dejar de admitir su buena obra, ni estorbar su devoción.»

La muerte había transformado los deseos del joven aristócrata en un divino mandato:

«Díjome el Señor que había estado su salvación en harta aventura y que había habido misericordia dél, por aquel servicio que había hecho a su Madre en aquella casa que había dado para hacer monasterio de su Orden, y que no saldría del purgatorio hasta la primera misa que allí se dijese, que entonces saldría. Yo traía tan presentes las graves penas de esta alma, que, aunque en Toledo no deseaba fundar, lo dejé por entonces, y me di toda la prisa que pude para fundar como pudiese en Valladolid.»

La siguiente cita está tomada de una carta de Teresa mandada la víspera de su viaje a Valladolid a doña Luisa de la Cerda, que había salido de Malagón y se dirigía a Andalucía.

«Voy buena y cada día mejor con esta Villa; y así lo están todas: no hay quien tenga ya ningún descontento, y cada día me contentan más. Yo digo a V. S. que de las cuatro (novicias) que vinieron, las tres tienen gran oración, y aún más. Ellas son de suerte que V. S. puede estar segura que, aunque yo me vaya, no faltará punto de perfección, en especial, con las personas que les quedan.»

En la última semana de mayo Teresa salió de nuevo para Toledo, acompañada de Sor Antonia del Espíritu Santo y de Juan Bautista, el párroco de Malagón, que tan buenos servicios le había prestado. El viaje, probablemente, en burro, a través de rudos caminos y montañas, resultó penosísimo para la anciana monja. A continuación, copiamos otra carta escrita a doña Luisa de la Cerda desde Toledo, el 27 de mayo, en víspera de un nuevo viaje a Ávila. En aquel entonces doña Luisa atravesaba un período arduo y difícil, a causa de disgustos habidos entre ella y uno de sus servidores, cierto licenciado que acababa de presentarse en Toledo con una carta para Teresa. Ésta, después de dirigir palabras de consuelo a su distinguida amiga, pasa a decir:

«Le he dicho ha hecho mal, y está harto confuso, a mi parecer, sino que cierto no se entiende. Por una parte desea servir a V. S. y dice la quiere mucho y así lo hace; por otra no se sabe valer. También tiene un poco de melancolía como Alonso de Cabria. Mas ¿qué son las diferencias de este mundo, que éste pueda estar sirviendo a V. S. y no quiera, y yo que gustaría, no pueda? Por éstas y otras peores cosas hemos de pasar los mortales, y aun no acabamos de entender el mundo, ni se quiere dejar... Mi salud ha sido harto ruin estos días. A no hallar el regalo que V. S. tenía mandado en esta casa, fuera peor; y ha sido menester, porque con el sol del camino, el dolor que tenía, cuando V. S. estaba en Malagón, me creció de suerte, que cuando llegué a Toledo, me hubieron luego de sangrar dos veces; que no me podía menear en la cama, según tenía el dolor de espaldas hasta el cerebro; y al otro día purgar; y así me he detenido ocho días aquí, que mañana los hará, que vine viernes, y me parto bien desflaquecida, porque me sacaron mucha sangre; más buena. Harto sentí soledad, cuando me ví aquí sin mi señora y amiga: el Señor se sirva de todo. Hanlo hecho todos muy bien conmigo y Reolin. Yo en forma he gustado de cómo estando V. S. allá me regalaba acá...

»... Llévame el cura de Malagón, que es cosa extraña lo que le debo, y Alonso de Cabria está tal en su administrador, que no hubo gana de ir conmigo, dijo que el administrador lo sentiría mucho. Yo, como tenía tan buena compañía y él venía cansado del camino pasado, no le importuné... Ha sido tanta la ocupación de hoy,

que no me han dejado hacer esto: ahora es muy de noche, y estoy flaca harto. El sillón que tenía V. S. en la fortaleza llevo (suplico a V. S. lo tenga por bien) y otro que compré aquí bueno. Ya sé yo V. S. se holgará me aproveche a mí para estos caminos, como se estaba allí: siquiera iré en cosa suya. Yo espero en el Señor tornarme en él, y si no, de que V. S. se venga le enviaré (¡escrupulosa santa!)... Tenga V. S. ánimo para viajar por esas tierras extrañas; acuérdate como andaba nuestra Señora cuando fué a Egipto, y nuestro padre San José.

»Vóime por Escalona, que está allí la marquesa, y envió aquí por mí. Yo le dije que V. S. me hacía tanta merced [diestra aduladora] que yo no había menester que ella me la hiciese, pero que me iría por allí...

»El señor don Hernando y la señora doña Ana, me han hecho merced de verme, y don Pedro Niño, la señora doña Margarita, los demás amigos y gentes, que me han cansado harto algunas personas. Los de casa de V. S. están harto recogidos y solos. Suplico a V. S. escriba a la señora rectora; ya ve lo que la debe. Yo no la he visto, aunque me ha enviado regalos, porque lo más he estado en la cama. A la señora priora habré de ir a ver mañana, antes que me parta, porque me lo manda mucho.

»Yo no quisiera hablar de la muerte de mi señora la duquesa de Medinaceli, por si V. S. no lo sabe. Después me parece que cuando ésta llegue lo sabrá: no querría tomase pesar, pues a todos los que la querían bien hizo el Señor merced, y a ella más en llevársela tan presto, porque con el mal que tenía la viera morir mil veces. Era su señoría tal, que vivirá para siempre, y V. S. y yo juntas, que con esto paso el estar sin tanto bien. A mis señores todos beso las manos; Antonia las de V. S. Al señor don Juan me diga V. S. mucho: harto le encomiendo al Señor. Su Majestad me guarde a V. S. y tenga de su mano siempre. Ya estoy harto cansada, y así no digo más.

»Indigna sierva y súbdita de V. S.,

»Teresa de Jesús, Carmelita.»

A esto añade todavía una postdata hablando principalmente de una monja recomendada de «nuestro padre eterno», o sea el buen jesuíta Hernández, así llamado «a causa de su mucha gravedad», según el cronista, quien por lo visto no puede darse mejor maña a disculpar en Teresa la torpeza de hacer objeto de bromas a la divinidad. Este jesuíta fué más tarde uno de los factores más importantes en la fundación de Toledo:

«Olvidádoseme había que me ha dicho de una monja nuestro padre, muy lectora, y de partes que a él le contenta. No tiene más de dos doscientos ducados, mas quedan tan solas, y es tanta la necesidad, y para monasterio que se comienza, que digo la lleven. Quédese V. S. con Dios, mi señora, que no querría acabar; ni sé como me voy tan lejos de quien tanto quiero y debo.»

La anterior carta nos revela un nuevo aspecto de Teresa: el de la mujer castellana, que con tradicional independencia, no sólo trata de igual a igual a personas de las más linajudas del reino, sino que con una astucia característicamente suya sabe hacerse indispensable a ellas. En aquellos días la hija de un pobre hidalgo, por el hecho de su irreprochable nacimiento, pertenecía a la nobleza tanto como el más blasonado aristócrata. En la vieja España realmente no existieron nunca más que dos clases sociales, la del plebeyo y la del noble, y éstas estaban unidas por un sentimiento patriarcal de amistad y benevolencia incomprensible para las democracias de la moderna Europa. Hoy en día, me refiero a España, la clase media ha venido a formar un vacío entre el noble y el plebeyo, un vacío que nada podrá volver a llenar. Este es un hecho de relativa modernidad, y el respeto que hoy pueda existir por las categorías sociales, es sólo una concesión hecha bien a disgusto por parte de los humildes. En España, como en todas partes, no faltan síntomas de revolución social. Este hecho indiscutible no puede ser más de nuestro agrado, pero así y todo, ¿cómo dejar de sentir la interrupción de ese estado de relaciones sociales que es la manifestación más edificante del espíritu de la edad que nos ocupa? Al mismo tiempo, encontramos que en ningún país se ha dado tanta importancia al origen de nacimiento y a los blasones de familia. De aquí que el éxito de Teresa sólo hubiera podido alcanzarlo una persona como ella, cuyo nombre bastaba para despertar en el corazón de los grandes un sentimiento de simpatía y solidaridad de clase. ¿No es harto significativo el hecho de que los santos más gloriosos de España hayan sido de alta y noble condición? Ni un San Pedro de Alcántara con todos sus andrajos fué una excepción a esta regla. No nos extrañe, pues, el tono en que Teresa da el pésame a doña Luisa de la Cerda por la muerte de la duquesa de Medinaceli. No expresa sus sentimientos como una inferior, habla de señora a señora deplorando el sufrimiento y la muerte de una persona amiga. En la serie de cartas que dirige a doña Luisa desde Malagón, Toledo y Ávila, lo que parece preocuparla más el manuscrito de la Vida que doña Luisa, se había llevado consigo a Andalucía para someterlo al juicio del maestro Juan de Ávila. A Teresa le atormenta la idea de que el gran an-

ciano no pueda poner en él los ojos antes de que la muerte se los cierre para siempre:

«Yo no puedo entender por qué dejó V. S. de enviar luego mi recaudo a el Maestro Ávila. No lo haga por el amor de Dios, sino que a la hora, con un mensagero se lo envíe, que me dicen hay jornada de un día no más: que ese esperar a Salazar es dislate, que no podría salir, si es rector, a ver a V. S. cuanto más ir a ver al padre Ávila: Suplico a V. S. si no lo ha enviado, luego lo lleven, que en forma me ha dado pena, que parece el demonio lo hace.»

Desde Toledo vuelve a insistir sobre el mismo punto:

«Ya escribí a V. S. en la carta que dejé en Malagón, que pienso que el demonio estorba que ese mi negocio no vea a el maestro Ávila: no querría que se muriese primero, que sería harto desmán. Suplico a V. S., pues está tan cerca, se le envíe como mensagero propio, sellado, y le escriba a V. S. encargándole mucho, que él ha gana de verle, y le leerá en pudiendo. Fray Domingo me ha escrito ahora aquí, que en llegando a Ávila haga mensajero propio que se le lleve. Dame pena que no sé qué hacer, que me hará harto daño, como a V. S. dije, que ellos lo sepan. Por amor de nuestro Señor que dé V. S. priesa en ello, mire que es servicio suyo.»

Esta petición la repite una vez más desde Ávila y se deduce de la siguiente, que fué al fin atendida:

«Mire V. S., pues le encomendé mi alma, que me la envíe con recaudo lo más presto que pudiere, y que no vengan sin carta de aquel santo hombre, para que entendamos su parecer, como V. S. y yo tratamos. Tamañita estoy cuando ha de venir el presentado Fray Domingo, que me dicen ha de venir acá este verano, y hallarme ha en el huerto; por amor de nuestro Señor, que V. S. en viéndole aquel santo me le envíe, que tiempo le quedará a V. S. para que le veamos, cuando yo torne a Toledo. De que le vea Salazar, si no es mucha oportunidad, no se le dé nada, que más va en esto.»

Imposible dejar de preguntarse qué motivo inducía a Teresa a jugar al escondite, por así decirlo, con sus confesores de tal modo que bien pudiera ser acusada de insinceridad y doblez de carácter. Bañez se opuso grandemente, como él mismo lo dijo, a que la *Vida,* libro peligroso para el común de las gentes, se diera a conocer al público, y es posible que su prohibición sobre este punto fuese definitiva. Yepes, por lo tanto, se equivoca sorprendentemente cuando asegura que el libro fué entregado al maestro Juan de Ávila por el mismo Bañez. Teresa escribió esta obra como ya sabemos dos veces. La primera a instancias de Ibáñez, incluyendo en ella, según el deseo de Fray García

de Toledo, el relato de la fundación de San José, y la segunda vez por recomendación del inquisidor Francisco Soto de Salazar, más tarde obispo de Salamanca, a quien ella había expuesto sus dudas y la idea de someter su caso al juicio de la Inquisición. A lo que aquél respondió:

«Señora, dijo el inquisidor, la Inquisición no se ocupa de examinar a los espíritus, ni de cómo sus adeptos se dan a la oración, sino de castigar a los herejes. Escriba con toda franqueza y sinceridad todas estas cosas que siente dentro de sí y mándelas al padre maestro Ávila.»

El segundo manuscrito es el que todavía se conserva en la Sala del Tesoro de El Escorial. Mas ¿qué ha sido del primero? Esta es una cuestión que no ha podido todavía aclararse. El libro que, según Antonia del Espíritu Santo, guardaba la duquesa de Alba con tanto cuidado, ¿sería el original o una copia del documento en cuestión o sería tal vez aquel a que hace referencia el maestro Julián en uno de sus escritos? Oigamos al fiel amigo de Teresa:

«Fueron grandes las diligencias que algunas personas pusieron para que algunas cosas que la Santa Madre tenía escritas se quemasen y no pareciesen, porque les debía de parecer que cosas tan extrañas y sobrenaturales no convenía anduvieran escritas; y por otro cabo había quien pusiese tanta diligencia en que tales cosas no se perdiesen, ni se pusiesen en las manos, y poder de quien tan mal las entendía. Y digo que me paresce fué milagro no se haber hundido y desaparecido, y que si Dios, que se lo mandaba escribir, no lo guardara y amparara, que al parescer humano, no hobiera memoria dello... E yo, como testigo de vista, ví cuanta diligencia puso el demonio para que esto que escribió la Santa Madre se desapareciese en su juventud, que era cuando se había acabado de escribir. E yo fuí uno de los que junté tantos escribiendo cuantos era menester, para que en un día lo trasladasen, porque se tuvo por cierto que habían de quemar los originales.»

Este punto será de una importancia capital más tarde, pues de su solución depende el veredicto de culpabilidad o la absolución de la desventurada princesa de Éboli, acusada de haber delatado la *Vida* al Santo Oficio, a pesar de no existir razón alguna para considerarla culpable de semejante ruindad.

Teresa, de acuerdo con Fray Francisco Soto de Salazar, mandó su segunda versión de la *Vida* a Juan de Ávila, viendo colmados sus deseos, pues éste aprobó el libro y así lo confirma su carta fechada el 12 de septiembre en Montilla que Teresa recibió en Valladolid y en

otra escrita unas cuantas semanas antes de su muerte, encontrada algún tiempo después en Pastrana entre unos viejos documentos.

En un estado de debilidad muy grande a causa de una fuerte hemorragia que acababa de sufrir, Teresa salió para Ávila el 28 de mayo. Sugestionada de nuevo por su proyecto de extender la Reforma a los frailes, atravesó con sus monjas y sus arrieros la interminable llanura entre Toledo y Escalona, indiferente a todas las molestias posibles del viaje. En esta última población interrumpió la jornada, descansando un domingo en casa de la Marquesa de Villena. El cura de Malagón las acompañaba todavía y fué de gran utilidad para Teresa en este lento viaje, como ella nos hace observar cuando nos dice que «sabía echar mano a cualquier cosa y que tenía gracia para todo. Cuarenta y seis años antes, cuando Teresa era todavía una niña, atravesó aquel mismo camino, con el mismo derrotero, una mujer no menos ilustre que ella, aunque jamás escribiera una línea ni alcanzase la santidad. Aquella mujer disfrazada, cuya presencia al pasar en litera por Toledo llenó de asombro y mudo respeto a la agitada multitud, era la esposa del héroe popular Juan de Padilla. En su huída llegó la misma fortaleza de Escalona a implorar en vano refugio para sus hijos.

Teresa llegó a Ávila el 2 de junio, tres días después de su parada en casa de la Marquesa de Villena. Dió cuenta inmediatamente de su llegada a doña Luisa de la Cerda en una carta, en la que además de decir que se encontraba «bien cansada», no pierde la ocasión de adularla muy habilidosamente. Para esto le sirve de pretexto la hospitalidad que le diera en Escalona la Marquesa de Villena, «que le había hecho tanta merced», a lo que añade Teresa: «Mas como no he menester más de mi señora doña Luisa dáseme poco.» Decidan otros si este lenguaje es una prueba de cortesía natural o de doblez de carácter.

Antes de salir de Ávila para fundar en Valladolid, una circunstancia fortuita, le dió los medios de empezar a poner en práctica su más grande empresa, la extensión de la Reforma a los frailes, cumpliendo así cuando menos lo esperaba su ofrecimiento a los dos hombres que habían de ser los primeros prosélitos de la Orden Reformada: el prior Heredia y Fray Juan de San Matías (Fray Juan de la Cruz).

Dejemos que Teresa nos cuente ella misma lo ocurrido.

Antes de salir de Ávila para la fundación de Valladolid, una circunstancia fortuita le facilitó la ocasión de cumplir la promesa hecha a los dos hombres que tuvieron el privilegio de ser los primeros frailes de su Orden:

«Fué nuestro Señor servido que como me dió lo principal, que eran frailes que comenzasen, ordenó lo demás. Un caballero de Ávila, llamado don Rafael, con quien yo jamás había tratado, no sé cómo, que no me acuerdo, vino a entender que se quería hacer un monasterio de Descalzos, y vínome a ofrecer que me daría una casa que tenía en un lugarcillo de harto pocos vecinos que me parece no serían veinte, que no me acuerdo ahora, que la tenía allí para un rentero, que recogía el pan de renta que tenía allí. Yo aunque vi cuál debía ser, alabé a nuestro Señor y agradecíselo mucho. Díjome que era camino de Medina del Campo, que iba yo por allí a la fundación de Valladolid, que es camino derecho, y que la vería. Yo dije que lo haría, y aun así lo hice, que partí de Ávila por junio con una compañera y con el Padre Julián de Ávila, que era el sacerdote que he dicho, que me ayudaba en estos caminos, capellán de San José de Ávila.

»Aunque partimos de mañana, como no sabíamos el camino errámosle; y como el lugar es poco nombrado, no se hallaba mucha relación de él. Así anduvimos aquel día con harto trabajo, porque hacía muy recio sol: cuando pensábamos estábamos cerca, había otro tanto que andar. Siempre se me acuerda del cansancio y desvarío que traíamos en aquel camino. Así llegamos poco antes de la noche. Como entramos en la casa, estaba de tal suerte que no nos atrevimos a quedar allí aquella noche, por causa de la demasiada poca limpieza que tenía, y mucha gente del agosto. Tenía un portal razonable, y una cámara doblada con su desván, y una cocinilla; este edificio todo tenía nuestro monasterio. Yo consideré que el portal se podía hacer iglesia y el desván coro, que venían bien, y dormir en la cámara. Mi compañera, aunque era harto mejor que yo, y muy amiga de penitencia, no podía sufrir que yo pensase hacer allí un monasterio y así me dijo: «Cierto, Madre, que no haya espíritu, por bueno que sea, que lo pueda sufrir: vos no tratéis de esto.» El padre que iba conmigo, aunque le pareció lo que a mi compañera, como le dije mis intentos, no me contradijo.»

Apenas llegó Teresa a Medina, mandó llamar a Fray Antonio, el Prior de los Carmelitas. Este grave fraile, que tenía ya sesenta años, no se había dedicado en su vida más que a la ostentación de la dignidad personal y al cultivo de las letras. ¡Qué cara se le pondría cuando Teresa le hizo la descripción de la miserable aldehuela y de la casa donde había decidido establecer su primer monasterio de frailes! ¿Un monasterio de frailes en uno de esos villorrios de Castilla, con chozas y casuchas de tierra que a distancia casi se funden en el color del

desierto que lo rodea? ¡Un monasterio de frailes en una casica expuesta a los cuatro vientos, poco menos que un establo, que servía a la sazón de granero, con un arroyuelo a la puerta, que algún guasón dió en llamar Río al Mar! En resumidas cuentas, lugar «el más a propósito para servir de albergue a gentes que buscasen la tranquilidad en medio de la mayor incomodidad del mundo». Imaginaos con qué mezcla de ansiedad y socarronería iría siguiendo Teresa en los ojos del fraile su mal disimulada extrañeza y contrariedad:

«Díjele lo que pasaba, y que si tenía corazón para estar allí algún tiempo, que tuviese cierto que Dios lo remediaría pronto, que todo era comenzar. Paréceme tenía tan delante lo que el Señor ha hecho y tan cierto, a manera de decir, como ahora lo veo, y aun mucho más de lo que hasta ahora he visto, que al tiempo que esto escribo, hay diez monasterios de Descalzas, por la bondad de Dios; y que creyese que no nos daría la licencia el Provincial pasado ni el presente (que había de ser con su consentimiento, según dije al principio), si no viese en cosa muy medrada; dejado que no teníamos remedio de ello, y que en aquel lugarcillo y casa que no harían caso de ellos. A él le había puesto Dios más ánimo que a mí, y así dijo que no sólo allí, mas que estaría en una pocilga. Fray Juan de la Cruz estaba en lo mismo.»

Una vez conseguido este nuevo triunfo, dejó encargado al magnánimo Fray Antonio de ir procurándose cuanto fuese necesario para el futuro monasterio, y obedeciendo a la voz del Señor que la exhortaba a librar cuanto antes a don Bernardino de los tormentos del purgatorio, emprendió la marcha a Valladolid, acompañada de Fray Juan de la Cruz:

«Entré en Valladolid el día de San Lorenzo [10 de agosto]; y como vi la casa, dióme harta congoja, porque entendí que era desatino estar allí monjas, sin mucha costa; y, aunque era de gran recreación, por ser la huerta tan deleitosa, no podía dejar de ser enfermo, que estaba cabe el río. Con ir cansada, hube de ir a misa a un monasterio de nuestra Orden, que estaba a la entrada del lugar; y era tan lejos, que me dobló más la pena. Con todo, no lo decía a mis compañeras por no las desanimar, que, aunque flaca, tenía alguna fe que el Señor, que me había dicho que me diese priesa a ir a Medina, lo remediaría. Hice muy secretamente venir oficiales, y comenzar a hacer tapias para lo que tocaba al recogimiento y lo que era menester. Estaba con nosotros el clérigo que he dicho, llamado Julián de Ávila, y uno de los dos frailes que queda dicho que quería ser Descalzo, que se informaba en nuestra manera de proceder en estas cosas. Julián de Ávila entendió en sacar la licencia del ordinario, que ya había dado buena esperanza

antes que yo fuese. No se pudo hacer tan presto que no viniese un domingo, antes que estuviese alzanzada la licencia; mas diéronnosla para decir misa a donde teníamos para iglesia, y ansí nos la dijeron. Yo estaba bien descuidado de que entonces se había de cumplir lo que se me había dicho de aquel alma; porque, aunque se me dijo a la primera misa, pensé que debía de ser a la que se pusiese el Santísimo Sacramento. Viniendo el sacerdote a donde habíamos de comulgar, con el Santísimo Sacramento en las manos, llegando yo a recibirle junto al sacerdote, se me presentó el caballero que he dicho, con rostro resplandeciente y alegre, puestas las manos, y me agradeció lo que había puesto por él, para que saliese del purgatorio, y fuese aquel alma al cielo... Pues llegando el día de Nuestra Señora de la Asunción, que es a quince de agosto, año mil y quinientos y sesenta y ocho, se tomó la posesión de este monasterio. Estuvimos allí poco, porque caímos casi todas muy malas [de calenturas cuartanas, añade el maestro Julián de Ávila, que fué atacado de la misma enfermedad a su vuelta a Ávila, causadas por la proximidad a los miasmas del río]».

Doña María de Mendoza, hermana del Obispo de Ávila y del difunto don Bernardino, tan prodigiosamente rescatado ya del purgatorio, vino en auxilio de Teresa, tal vez, en prueba de gratitud, acogiendo a las enfermas en su palacio y, una vez que estuvieron restablecidas, dándoles otra casa más cerca de la población, a cambio de la que les había legado su hermano, la cual, dicho sea de paso, vino a pertenecer más tarde al Duque de Lerma.

El día 3 de febrero, día de San Blas, Teresa y sus hijas fueron acompañadas en solemne procesión a la nueva casa, que es la misma que habitan actualmente las carmelitas de Valladolid. Así, con una prueba unánime de respeto y afecto por parte de la grande y majestuosa ciudad, Teresa inauguró su cuarta fundación.

CAPÍTULO XII

DURUELO Y FUNDACIÓN DE TOLEDO

MANEJANDO hábilmente resortes a los que obedecían como a una fuerza superior lo mismo el fraile, el Provincial, el noble o el Obispo, Teresa ha conseguido las licencias necesarias para fundar su primer convento de frailes en aquel pueblecillo que acabamos de descubrir, cuyo nombre es Duruelo. González, el Provincial antecesor de Salazar, que se encontraba casualmente en Valladolid, no pudo por menos que capitular ante aquella apabulladora retórica de la Santa, que hizo decir al Obispo de Calahorra que «más quisiera arguir con cuantos teólogos hay que con la Madre Teresa». Refiriéndose a su entrevista con el viejo y bondadoso Fray González, dice ella misma: «Yo le dije tantas cosas y de la cuenta que tendría que dar a Dios si tan buena obra estorbaba, que se ablandó mucho.» La facilidad con que consiguió este triunfo dejará de extrañarnos en el momento que conozcamos más íntimamente a Salazar por la misma Teresa cuando dice que «era viejo y harto buena cosa y sin malicia». Una vez dado este primer paso de la licencia, Teresa dejó que el Obispo y doña María de Mendoza hicieran lo demás, y, en efecto, Salazar, necesitado en aquel entonces del favor de doña María de Mendoza para cierto asunto personal, concedió de buen grado la indispensable licencia, que en otras circunstancias, como es sabido, la habría rehusado rotundamente. En Valladolid, la Santa, mientras dirigía a los obreros que transformaban en convento lo que había sido en otros tiempos lugar de recreo del comendador Cobos, instruyó a Fray Juan de la Cruz en la vida de los Carmelitas Descalzos, según se practicaba en sus recientes fundaciones. «Era tan bueno—nos dice con edi-

ficante humildad—, que a menos yo podía mucho más aprender de él que él de mí.» A fines de septiembre, esto es un mes después de su llegada a la capital castellana, Fray Juan fué enviado a establecerse en Duruelo. Vestido con el hábito que la Santa había cosido con sus propias manos y del que no había de desnudarse jamás en la vida, aquel hombre «de gran corazón y de pequeño cuerpo» salió de Valladolid para Ávila, llevando cartas para Velázquez y para el buen amigo de Teresa Francisco de Salcedo. Cariñosamente y en tono de inocente chanza, imploraba en ellas la protección del piadoso caballero para su diminuto fraile, «que aunque es chico, entiendo es grande en los ojos de Dios... Mas parece le tiene el Señor de su mano, que, aunque hemos tenido aquí algunas ocasiones en negocios, y yo, que soy la misma ocasión, que me he enojado con él a ratos, jamás le hemos visto una imperfección. Tiene harta oración y buen entendimiento: llévelo el Señor adelante.»

Antes de dos meses, el digno prior de Santa Ana, o sea Fray Antonio Heredia, a quien ya conocemos, después de haber ido también a Valladolid a recibir instrucciones de Teresa y despedirse de ella, se unió en Duruelo a Fray Juan de la Cruz.

«Vino allí a Valladolid, a hablarme con gran contento y díjome lo que tenía allegado, que era harto poco; sólo de relojes iba proveído, que llevaba cinco, que me cayó en harta gracia. Díjome que para tener las Horas concertadas, que no quería ir desapercibido: creo que aun no tenía en qué dormir.»

Este rasgo de despreocupación por ciertos detalles de la vida, de suma importancia para los simples mortales, seguramente agradó mucho a Teresa por ser uno de los distintivos de su propio carácter. Desde Valladolid, Heredia, antes de dirigirse definitivamente a Duruelo, volvió a Medina para hacer dimisión de su cargo ante el Provincial, el cual se llenó de asombro al ver que un hombre de más de sesenta años y que podía todavía aspirar a los más altos cargos de la Orden, abrazaba voluntariamente una vida de pobreza y de oscuridad.

Felipe II, extendiendo a los asuntos religiosos el espíritu de su siniestra política de acecho y subterfugio con la cual diríase que se había propuesto consumir todo el vigor y la energía de aquel imperio en el cual no se ponía nunca el sol, sometió a los monasterios de España al mismo sistema odioso de espionaje que fué causa a la vez de las grandezas y los quebrantos de su reinado. Para complacer al rey en su exagerado celo por la reforma de las Órdenes religiosas, los frailes se convertían en espías de su propia Comunidad. Heredia, en la época de su priorato, fué uno de los escogidos por el rey para llevar a la

práctica tan desastroso sistema. A juzgar por los acontecimientos de su futura carrera, parece ser que desempeñó cumplidamente su cometido, mas no podemos asegurarlo con certeza. De todos modos, el mero hecho de estar en correspondencia con el rey, como llegó a descubrirse en la Comunidad, bastó para atraerle la antipatía de todos los profesos, los cuales tomaron muy a mal el creerse sometidos traicioneramente a métodos de vigilancia tan odiosos. Acusáronle de innovador, de perturbador de la paz monástica, de encubrir bajo el manto de su celo la comezón del mando y de la prominencia y de estar poseído de una tal sed de honores personales, que no paraba en mientes por granjearse los favores de la Corte, haciéndose indigno de su cargo en la Comunidad. Entre las mortificaciones que se imponía él mismo y las que le aplicaban gratuitamente los enfurecidos frailes, constituyeron para su nueva vida un noviciado mucho más severo que el que jamás hubiera podido soñar Teresa. El temple que mostró al atravesar circunstancias de una dificultad sobrehumana, era un indicio de su futura fidelidad a la «Reforma mayor», de la que fué columna de acero según el cronista.

Si todo se presentaba ahora favorable a Teresa, a su voluntad indomable lo debía y a su aptitud para poderse ocupar de un proyecto tan vasto como el que tenía entre manos, a la sazón, sin dejar de atender a los detalles más triviales en la vida práctica. Prueba de esto son las cartas que escribió en aquella época, de las cuales hay que creer que sólo han llegado a nosotros un número muy reducido, pues sabemos que no daba reposo a su pluma, y de las referidas cartas que conocemos, muy pocas están escritas de su puño y letra. Se sabe también que, para aliviar un poco el peso de su trabajo, Sor Ana del Espíritu Santo le servía de secretaria. Pero, en fin, lo importante es que quizás no se hayan producido nunca modelos más perfectos de literatura epistolar que estas cartas escritas a toda prisa en medio de múltiples ocupaciones y, con frecuencia, a altas horas de la noche, cuando el resto del convento estaba entregado al reposo después de un largo día de duros trabajos. ¡Qué exquisita delicadeza y jovialidad con aquellos a quienes puede abrir de lleno su corazón! ¡Qué dignidad y cortesía con los extraños, qué tacto y astucia con las personas de rango superior! Ya se niege a recibir a una aspirante a novicia por insuficiencia del dote como sucedió con Isabel de Córdoba, ya escriba unas líneas al Obispo, o conteste a Cristóbal de Moya que le proponía fundar otro de sus conventos en Segura de la Sierra (Murcia), donde habían de entrar sus dos hijas, con la condición de ser aquél regido por los jesuítas, toda su correspondencia revela el don en su más alto gra-

do de poder envolver las más agrias verdades en palabras de una bondad y dulzura imposibles de imitar. Jamás persona alguna practicó con más acierto el arte de rechazar o aplazar asuntos sin inspirar sospechas ni hacer que las gentes se sintiesen desairadas.

La correspondencia de la época a que nos hemos referido, está relacionada principalmente con la fundación de Toledo. Mientras estuvo en dicha ciudad ocupándose de la fundación de Malagón, su confesor fué el ilustre jesuíta Pablo Hernández, que ya conocemos por «nuestro padre eterno», como decía Teresa en una carta a doña Luisa de la Cerda. El jesuíta, a su vez, resume la profunda impresión que le causó su penitente, glosando una expresión popular de este modo: «La Madre Teresa es muy gran mujer de tejas abajo, y de tejas arriba muy mayor.» Convertido en uno de sus más apasionados adeptos, deseaba ardientemente que no faltase una de las nuevas fundaciones en Toledo. Con este objeto se acercó al lecho de muerte de un rico comerciante, llamado Martín Ramírez, cuya intención de dejar sus riquezas «allegadas con trato lícito» a alguna iglesia era conocida. ¿Por qué no emplear este dinero en fundar un convento de Carmelitas descalzas, dijo el jesuíta al moribundo comerciante, con lo cual no sólo prestaría un servicio a Dios, sino que haría su nombre imperecedero? El piadoso Martín Ramírez no se hizo rogar mucho. Se encontraba en el último trance, y dándose cuenta de que no tenía tiempo para dejar sus asuntos en regla, puso todo en manos de su hermano Alonso, «hombre harto discreto y temeroso de Dios y de mucha verdad y limosnero y llegado a razón».

En el momento más crítico de la fundación de Valladolid, Teresa recibió la noticia de la muerte de Ramírez, al mismo tiempo que un urgente recado de Hernández y Alonso Álvarez instándola a que partiese sin pérdida de tiempo para Toledo, caso de estar conforme con emprender en aquella ciudad una nueva fundación. A esto contestó otorgando un poder a favor de Hernández y de otro jesuíta para que pudiesen poner en trámite los preliminares de la fundación mientras ella estuviese obligada a permanecer en Valladolid. Cinco meses pasaron antes de que sus asuntos en esa ciudad le permitiesen encargarse de la empresa en Toledo; mas no por esto permaneció ociosa o indiferente a ella, como lo demuestra la siguiente carta dirigida a doña Luisa de la Cerda en diciembre de aquel año:

«Jesús sea con V. S. Ni lugar ni fuerzas tengo para escribir mucho, porque a pocas personas escribo ahora de mi letra... Yo me estoy ruin. Con V. S. y en su tierra me va mejor de salud, aunque la gente de ésta no me aborrece, gloria a Dios. Mas como está allá la voluntad,

así lo querría estar el cuerpo. ¿Qué le parece a V. S. cómo lo va ordenando su Majestad tan a descanso mío? Bendito sea su nombre que así ha querido ordenarlo, por manos de personas tan siervas de Dios; que pienso se ha de servir mucho su Majestad en ello. V. S. por amor de su Majestad, ande intentando haber la licencia. Paréceme no nombren al gobernador, que es para mí, sino para casa de estas Descalzas, y digan el provecho que hacen donde están, al menos, por las de nuestro Malagón no perderemos, gloria a Dios, y verá V. S. qué presto tiene allá esta su sierva, que parece quiere el Señor no nos apartemos. Plegue a su Majestad sea así en gloria con todos esos mis señores, en cuyas oraciones me encomiendo mucho. Escríbame cómo la va de salud, que muy perezosa está en hacerme esta merced.»

El 9 del siguiente enero escribe así a don Diego Ortiz, yerno de Alonso Ramírez, a cuyo hijo, un pequeñuelo de seis años, se pensaba investir nominalmente con la administración del patronato de la fundación:

«Es nuestro Señor servido que me han faltado las calenturas. Yo me doy toda prisa que puedo, a dejar esto a mi contento, y pienso, con el favor de nuestro Señor, se acabará con brevedad; y yo prometo a vuestra merced no perder tiempo, ni hacer caso de mi mal, aunque tornasen las calenturas, para dejar de ir luego, que razón es, pues vuestra merced lo hace todo, haga yo de mi parte lo que es nada, que es tomar trabajo alguno; pues no habíamos de procurar otra cosa los que pretendemos seguir a quien, tan sin merecerlo, siempre vivió en ellos.»

La actitud de Ortiz no podía ser más favorable a Teresa, como se demuestra en su contestación a la carta anterior, de la que copiamos un párrafo:

«Me habré de detener algún día en ellos [los monasterios]. Será lo menos que yo pudiere, pues vuestra merced lo quiere, aunque en cosa tan bien ordenada y ya hecha no tendré yo más que hacer, más de mirar y alabar a nuestro Señor...»

Mas no todo había de presentarse siempre color de rosa, pues pronto, a principios de febrero, empezaron a surgir complicaciones y dificultades con motivo de las licencias. Teresa escribió a sus amigos sobre este asunto cartas llenas de aliento y esperanza; mas lo que es consolador para una Santa no lo es siempre para el resto de los mortales:

«En lo de las licencias, la del rey tengo por fácil con el favor del cielo, aunque se pase algún trabajo, que yo tengo experiencia, que el demonio puede sufrir mal estas casas, y así siempre nos persigue: mas el Señor lo puede todo, y él se va con las manos en la cabeza...

Cuando nos apedrearen, a vuestra merced, y al señor su yerno, y a todos los que tratamos en ello, como hicieron en Ávila, casi, cuando se hizo San José, entonces irá bueno el negocio, y creeré yo, que no perderá nada el monasterio, ni los que pasaremos el trabajo, sino que se ganará mucho... Vuestra merced no tenga ninguna pena.

. . . . . .

»Poco más tardaré de lo que dije en mi carta, porque yo digo a vuestra merced que no parece que pierdo hora; y así, aun no he estado quince días en nuestro monasterio después que nos partimos a la casa; que fué con una procesión de harta solemnidad y devoción. Estoy desde el miércoles con la señora doña María de Mendoza, que por haber estado mala no ha podido verme, y tenía necesidad de comunicarle algunas cosas. Pensé estar sólo un día, y ha hecho tal tiempo de frío, nieve y hielo, que parece no se sufría caminar, y así he estado hasta hoy sábado. Partiréme el lunes, con el favor de nuestro Señor, sin falta, para Medina; y allí y en San José de Ávila, aunque más priesa me quisiera dar, me detendré más de quince días, por haber necesidad de entender en algunos negocios, y así creo los tardaré más de lo que había dicho. Vuestra merced me perdonará, que por esta cuenta que le he dado verá que no puedo más: no es mucha la dilación...

. . . . . .

»Mire que lo he menester para ir por esos caminos con harto ruin salud, aunque las calenturas no me han tornado.»

Así exhortaba a sus amigos a que rogasen por ella al Señor. El 21 de febrero, poco más de dos semanas después de haber dejado establecidas a sus hijas en la nueva casa de Valladolid, partió para Medina y después para Ávila, desviándose un poco del camino para hacer una visita a su primer monasterio de frailes en Duruelo, aquel «portalito de Belén», como ella lo llama. Apenas habían pasado cuatro meses desde aquel día de noviembre en que Fray Antonio de Heredia había venido de Medina acompañado de dos frailes de su comunidad para unirse a aquel que todavía se llamaba Fray Juan de San Matías. Al día siguiente de la llegada de éstos (28 de noviembre de 1568), después de pasar la noche en oración y celebrar misa, los cuatro frailes se arrodillaron delante del Santísimo Sacramento y renovaron sus votos y renunciaron solemnemente a la regla mitigada. Después, a imitación de su fundadora, se despojaron del nombre que habían llevado hasta entonces, y adoptaron el que habían de usar en la nueva Orden: Fray Antonio de Heredia cambió el suyo por Fray Antonio de Jesús, y Fray Juan de San Matías por el de Fray Juan de la Cruz,

nombre que había de dar tanta gloria a los anales de la historia religiosa en España.

Volvamos ahora a la visita de Teresa a Duruelo. Ésta llegó allí muy de mañana. Fray Antonio, el pulcro y peripuesto ex prior de Medina, estaba barriendo la puerta de la Iglesia con su habitual cara radiante de alegría y aquella expresión animada que la mortificación no había podido eclipsar. «Qué es esto, mi padre, le preguntó Teresa, ¿qué se ha hecho de la honra?» A lo cual contestó él con palabras que revelan un estado envidiable de satisfacción interior: «Yo maldigo el tiempo que la tuve.»

«Como entré en la iglesia, quedéme espantada de ver el espíritu que el Señor había puesto allí; y no era yo sola, que dos mercaderes que habían venido de Medina hasta allí conmigo, que eran mis amigos, no hacían otra cosa sino llorar. ¡Tenían tantas cruces! ¡Tantas calaveras! Nunca se me olvida una cruz pequeña de palo que tenían para el agua bendita, que tenía en ella pegada una imagen de papel con un Cristo, que parecía ponía más devoción, que si fuera de cosa muy bien labrada.»

Esta escena pasó en el rigor del invierno, y la descripción que hace Teresa de la casita monasterio y de sus moradores, está impregnada del ambiente de la estación:

«El coro era el desván, que por mitad estaba alto, que podían decir las Horas, mas habíanse de bajar mucho para entrar y para oir misa: tenían a los dos rincones, hacia la iglesia dos ermitillas, adonde no podían estar sino echados o sentados, llenas de heno, porque el lugar era muy frío, y el tejado casi les daba sobre las cabezas, con dos ventanillas hacia el altar, y dos piedras por cabeceras, y allí sus cruces y calaveras. Supe, que después que acababan Maitines, hasta Prima, no se tornaban a ir, sino allí se quedaban en oración, que la tenían tan grande, que les acaecía ir con harta nieve los hábitos, cuando iban a Prima, y no lo haber sentido. Decían sus Horas con otro padre de los del Paño, que se fué con ellos a estar, aunque no mudó hábito, porque era muy enfermo; y otro fraile mancebo, que no era ordenado, que también estaba allí. Iban a predicar a muchos lugares, que estaban por allí comarcanos, sin ninguna doctrina, que por esto me holgué también se hiciese allí casa; que me dijeron que ni había cerca monasterio, ni de donde le tener, que era gran lástima. En tan poco tiempo era tanto el crédito que tenían, que a mí me hizo grandísimo consuelo cuando lo supe: iban, como digo, a predicar a legua y media y dos leguas, descalzos, que entonces no traían alpargatas, que después se las mandaron poner, y con tanta nieve y frío, y

después que habían predicado y confesado, se tornaban bien tarde a comer a su casa; con el contento todo se les hacía poco. Desto de comer tenían muy bastante; porque de los lugares comarcanos, los proveían más de lo que había menester, y venían allí a confesar algunos caballeros que estaban en aquellos lugares, adonde les ofrecían ya mejores casas y sitios. Entre éstos fué un Don Luis, señor de las cinco Villas.»

Fácil es figurarse el asombro y supersticiosa veneración con que los rústicos y sencillos labradores mirarían a aquellos hombres encapuchados que habían surgido en medio de ellos tan de repente y cuyas penitencias y privaciones eran poco menos que sobrehumanas. Bien pronto aquellas extrañas figuras llegarían a ser familiares en las aldeas de las vecinas llanuras. Los frailes iban allí, no a mendigar, pues esto estaba estrictamente prohibido por las reglas de Teresa, sino a predicar y atender, según sus fuerzas, a las necesidades del cuerpo y del espíritu de aquellas sencillas gentes. Todavía no había entrado el fraile carmelita descalzo a engrosar las filas de mercenarios religiosos, cuya negra sombra jamás ha caído sobre el umbral de una humilde vivienda sin aumentar su pobreza y su desolación. Todavía no temía el aldeano la aparición de aquellos frailes como un verdadero azote de Dios. No, el ideal de los primitivos solitarios de Duruelo era un ideal humano y elevado. Sombras pardas que contrastaban con la albura de las nieves, aquellos frailes dejaban a su paso en toda la comarca una suave estela de amor y caridad. No es extraño que los tomasen por santos. Tal era la vida de aquellos primeros carmelitas de Teresa, que restauraron la regla de los antiguos habitantes del Monte Carmelo en el desamparado pajar de un desierto de Castilla. Mas su obra no duró mucho tiempo, desgraciadamente, según se verá por esta historia. La llama resplandecía con demasiado fulgor para que durase mucho, y no pudo prevalecer a la desaparición del espíritu que la animaba.

De haber visto aquella anciana monja el imponente número de fastuosos monasterios que más tarde proclamaron al mundo el apogeo de su obra, dudo que hubiese experimentado aquel exquisito estremecimiento de gozo que debió sentir ante el humilde nacimiento de la Reforma en Duruelo. Hasta dudo que hubiera reconocido en esos monasterios el fruto de su obra, o que se hubiera complacido en contemplar la pompa con que en ellos se la aclamara un día como Reina y Fundadora. Mas qué digo dudar, estoy cierta de ello. ¡Cuán extrañamente hubieran sonado en los oídos de los nuevos frailes las palabras de aquellos otros valientes, abnegados y heroicos!

«Dicho me ha el Padre Fray Antonio que cuando llegó a vista del lugarcillo, le dió un gozo interior muy grande, y le pareció que había ya acabado con el mundo, en dejarlo todo y meterse en aquella soledad, adonde al uno y al otro no se le hizo la casa mala, sino que les parecía estaban en grandes deleites. ¡Oh, válame Dios, qué poco hacen estos edificios y regalos exteriores para lo interior! Por su amor os pido, hermanos y padres míos, que nunca dejéis de ir muy moderados en esto de casas grandes y suntuosas: tengamos delante a nuestros fundadores verdaderos, que son aquellos Santos Padres, de donde descendimos; que sabemos que por aquel camino de pobreza y humildad gozan de Dios. Verdaderamente, he visto haber más espíritu y aun alegría interior, cuando parece que no tienen los cuerpos cómo estar acomodados, que después que ya tienen mucha casa, y lo están. Por grande que sea, ¿qué provecho nos trae, pues sólo de una celda es lo que gozamos continuo? Que ésta sea muy grande y bien labrada, ¿qué nos da? Sí, que no hemos de andar mirando las paredes. Considerando que no es la casa que nos ha de durar para siempre, sino tan breve tiempo, como es el de la vida, por larga que sea, se nos hará todo suave, viendo que mientras menos tuviéremos acá, más gozaremos en aquella eternidad, adonde son las moradas conforme al amor con que hemos imitado la vida de nuestro buen Jesús. Si decimos que son estos principios para renovar la regla de la Virgen su Madre, señora y patrona nuestra, no la hagamos tanto agravio, ni a nuestros Santos Padres pasados, que dejemos de conformarnos con ellos; y aunque por nuestra flaqueza, en todo no podamos, en las cosas que no hace, ni deshace para sustentar la vida, habíamos de andar con gran aviso, pues todo es un poquito de trabajo sabroso, como lo temían estos dos padres; y en determinándonos de pasarlo, es acabado la dificultad, que toda es la pena un poquito al principio.»

El tiempo aniquiló los esfuerzos de Teresa. Ella que había perseguido lo trascendental, lo inefable, que había comunicado a tantos corazones el fuego divino que ardía en el suyo, que había soñado con alzar al Todopoderoso un templo de almas puras que alentasen ideales elevados, estaba condenada en el futuro a ver su sueño convertido en un mero nacimiento de muros conventuales. Se creería que la naturaleza humana se resiste a permanecer en un estado de tensión extrema. El sino de Teresa, sino inexorable reservado a todos los seres superiores a la época en que viven, fué alcanzar un éxito material sin igual en el mundo religioso y cuyo progreso pervertía paso a paso el ideal primitivo. Su grandeza estaba destinada a tener por base en las inteligencias vulgares, lo que ella más despreciaba, y a ser objeto de

alabanza de un mundo demasiado torpe para comprender la significación esencial de su obra.

Todavía se alzan en aquella época las derruídas murallas de Duruelo. El vecino arroyuelo serpea en la calenturienta y parduzca meseta, contrastando sus aguas de esmeralda con la lejana sierra veteada de nieve. Paisaje austero y escueto no desprovisto de encanto y lleno de vestigios que hace reconstruír al espectador el breve idilio de aquel desierto. Aquellos álamos enfrente de la puerta del convento, se dice que fueron plantados por Teresa, y no faltará nunca algún pastor que os indique el lugar donde se hallan los cimientos de la desaparecida iglesia. Lugar salvaje y triste donde, aunque insensible a las bellezas del campo en las que el espíritu contemplativo de la generación que le precediera encontraba el único solaz en medio de la austeridad de su vida, el carmelita del siglo XVII ha conservado con amor y ternura la rústica morada consagrada a la memoria de Fray Antonio de Jesús y San Juan de la Cruz.

Aún se conserva el desvencijado desván donde, ajenos a la nieve de toda una noche, sorprendió arrodillados el nuevo sol a aquellos frailes de Teresa. Allí Juan de la Cruz puso su alma al unísono de aquellas divinas armonías que encantan la literatura mística de su época, cual ecos de distantes campanas argentinas. Para el simple curioso, no hay mucho que ver en aquel lugar, mas si alguno espera encontrar en él algún comentario de aquella extraña vida de heroísmo, que vaya al pequeño cementerio, un pedazo de tierra enarenada que luce como plata a la luz del sol, y, escarbando en ella, puede que, como yo, encuentre una blancuzca calavera que dirá con esa elocuencia muda de las cosas: ¿no fué mi vida mejor que la tuya, libre de ambición y de malicia, que olvidaba y era olvidada, que hacía y pensaba el bien, vida ruda y penosa, de deseos ahogados y de inclinaciones extirpadas, pero vida de paz, inofensiva como las flores y como las flores hermosa?

Bien pudo Teresa en su primera visita al convento de Duruelo sentir una legítima emoción de satisfacción y orgullo al ver realizazados sus ensueños. No estaba, sin embargo, libre de presentimientos, y antes de despedirse de aquellos santos varones, les suplicó que moderasen su austeridad para no acortar con ella unas vidas de las que dependía la suerte y el porvenir de su Orden.

A mediados de marzo salió de Ávila para Toledo. Sus parientas, Isabel de San Pablo e Isabel de Santo Domingo, la acompañaron en esta ocasión con el sacerdote Gonzalo de Aranda, por lo cual nos vemos una vez más privados de las inimitables y sabrosas descripciones

del maestro Julián. El camino, más bien senda, caía entonces como ahora (lo he cruzado yo misma), al Sureste de Ávila. Atravesando las desoladas extensiones de prados salvajes serpenteados de arroyuelos, se encuentra una fantástica vegetación de tostadas espigas que parecen a lo lejos cortar las azules sierras juntándose con el cielo. Ya entonces no había moros en los escondrijos de aquellas sierras. Hoy ya tampoco cruzan por ellas hombres santos a lomos de sufridos borriquillos. Atravesar hoy en día la barrera montañosa que se extiende entre Ávila y Madrid, es un viaje harto incómodo y temible. ¡Qué no sería entonces cuando aquellos lugares estaban llenos de extraños y legendarios peligros! Ved, pues, al cura y a las monjas atravesando los quiméricos desfiladeros del Guadarrama, vedles como suspendidos entre cielo y tierra, oyendo aterrados el estruendo del río al saltar rugiente en el abismo. Una vez pasado el puerto, entran en el Tiemblo, una región más benigna, donde se da el olivo, el granado y el naranjo, lugar famoso en toda la provincia por sus mieles y por sus uvas moscatel. Hoy en día, en una estrecha callejuela que desemboca en la plaza del pueblo, hay un edificio parduzco que lleva todavía el nombre de posada de Santa Teresa. Su suelo terregoso y, en una palabra, todos los detalles de su interior, conservan el carácter de una pasada vida harto más sencilla y pintoresca que la nuestra. Al visitar yo la legendaria posada, una viejecita, señalándome dos cuartos, me contó la historia de que en una ocasión se albergaron en ellos Teresa y Fray Juan de la Cruz, y de cómo una mañana, al ir la patrona a buscarlos, encontró que se habían ido a oír misa, con los frailes de Guisando, sin despedirse, mas no sin dejar el importe del hospedaje en el mismo sitio donde depositaron sus bártulos por la noche. La historia, aunque no sea cierta, no puede estar más en consonancia, gracias a este último detalle de honradez y previsión, con el espíritu de la Santa.

El siguiente episodio, debidamente narrado por el cronista, es posible que ocurriese en esa misma posada:

Unos viajeros llegaron al Tiemblo y se apearon en un mesón. El mesonero, viendo que todos, menos uno, eran mujeres y además monjas, les dió un cuarto que estaba ya ocupado por otro viajero, pues era el más tranquilo y retirado. Cuando llegó éste a la posada y vió su equipaje en sitio diferente de donde lo había dejado, se puso furioso, acometiendo al mesonero espada en mano, y amenazando con la muerte a los arrieros que intentaron sujetarlo. Sordo a razones, insultó a las monjas en términos soeces, y al ver que nadie se ponía de su parte, se fué a buscar al Corregidor; y para forzarle a acudir a la posada, a pesar de lo avanzado de la noche, acusó a las monjas de

haberle robado su dinero. El Corregidor, ante esto, se presentó en el mesón, y como era de Ávila, reconoció en seguida a Gonzalo de Aranda, el cura que acompañaba a las monjas. Enterado de quiénes eran, y de la presencia de la Madre Teresa entre ellas, deploró grandemente lo ocurrido. El malvado huésped, furioso con su fracaso, recogió sus líos y desapareció en la oscuridad de la noche, dejando en su huída la impresión de ser el diablo, o un poseído de él.

Pero no nos entretengamos con anécdotas y reanudemos el hilo de nuestra historia.

En su viaje a Toledo, al pasar por Madrid, Teresa, se alojaría, probablemente, en la casa de las monjas franciscanas, de la que era abadesa, conservando su rango de Grande de España, la hermana del Duque de Gandía. Entonces estuvo una vez más en contacto con su admiradora la Princesa del Brasil, a quien, según dicen, Teresa entregó un escrito para el Rey, lleno de consejos que Dios le había inspirado. El documento de Teresa coincidía tan íntimamente con los más secretos pensamientos del monarca, que éste sintió gran deseo de ver a la monja y hablar con ella; mas antes de que pudiera arreglarse la entrevista, de acuerdo con los lentos y engorrosos trámites de la etiqueta palatina, Teresa salió de la Corte, perdiendo una oportunidad que no volvió a presentarse jamás. Porque, extraño designio del Destino, se cruzaron en la vida sin encontrarse, estas dos figuras tan características de su época, síntesis del espíritu de aquellos tiempos, aunque de una personalidad tan diferente. Qué interesante página no ha perdido la historia al haber fracasado la entrevista entre la valerosa, jovial e inteligente mujer, grande en el pensamiento y decidida en la acción, y el taciturno, irresoluto, y aún más: vulgar y rutinario fanático, que secaba la vida de todos aquellos sobre quienes caía su sombra, y parecía no perseguir otro fin que la ruina de su gran Imperio.

Teresa y sus monjas llegaron a Toledo el 24 de marzo. Doña Luisa de la Cerda les destinó una parte de su casa, arreglándolo todo de modo que las viajeras pudieran continuar allí la retirada vida del claustro. En una carta escrita, el mismo día de su llegada, a su amiga doña María Mendoza y Sarmiento, Teresa, condoliéndose de ciertos disgustos que por entonces pesaban sobre aquella señora, dice:

«Harto contenta estaba, que me decían tiene V. S. mucha salud. ¡Oh si tuviese un señorío interior como lo tiene exterior, qué poco temía ya V. S. éstos que acá llaman trabajos!... Yo llegué aquí buena la víspera de nuestra Señora. Hase holgado en extremo la Señora Doña Luisa. Hartos ratos gastamos en hablar de V. S. que no me es poco gusto, que, como quiere a V. S. mucho, no se cansa. Yo le digo

a V. S. que por aquí está su fama como plega al Señor sea su obra, que no hacen sino llamar a V. S. santa y decirme alabanzas suyas de todo tiempo... esfuércese vuestra merced; mire lo que pasó el Señor este tiempo. Corta es la vida, un momento nos queda de trabajo. ¡Oh, Jesús mío, y cómo le ofrezco yo estar sin V. S. y no poder saber de su salud como querría!

»Los mis fundadores de aquí están de muy buen arte: ya andamos procurando la licencia. Quisiera darme mucha priesa, y si nos la dan presto, creo se hará muy bien.»

Apenas había conseguido habituarse por segunda vez a la rutina del palacio de doña Luisa, y cuando no había hecho más que escribir, alegre y confiada, a la otra gran señora que acababa de dejar en Valladolid, acerca de la alentadora actitud de sus protectores toledanos, todos sus planes cayeron por tierra. Doña Luisa de la Cerda, a pesar del apoyo de don Pedro Manrique, hijo del adelantado de Castilla y Canónigo de la catedral de Toledo, no había podido obtener las licencias para la fundación. El Gobernador de la ciudad y su Consejo se mostraban indiferentes a la causa de Teresa. Alonso Ramírez y su yerno, este último «buen teólogo, pero más terco que el otro», o sea su suegro, querían imponer condiciones a la futura comunidad completamente en desacuerdo con el carácter de la vida claustral. Otra dificultad era la de encontrar casa. Tenemos, pues, a la anciana monja sin residencia propia en Toledo, ni esperanzas de encontrarla; las negociaciones de la fundación interrumpidas, y, por toda fortuna, uno o dos ducados y el hábito que vestía. Mas se diría que las dificultades sólo servían para vigorizar en ella la confianza en sí misma. Cuando menos tenía que depender del auxilio ajeno, harto más libremente respiraba. «¡Ahora que nos falta el idolillo del dinero—exclama, como si se quitara un peso de encima—, se negociará mejor!» Y así fué, efectivamente.

Después de dos meses de enfadosa espera, Teresa resolvió apelar al Gobernador en persona. Éste era el licenciado don Gómez Tello de Girón, que entonces tenía a su cargo los negocios del Arzobispado, por encontrarse el Arzobispo Carranza expiando sus supuestos errores luteranos en los calabozos de la Inquisición, de Valladolid. Acompañada de Isabel de Santo Domingo, Teresa se dirigió a una iglesia vecina a la casa del Gobernador y le mandó un recado, suplicándole que fuese a hablar allí con ella.

«Como me vi con él, díjele que era recia cosa que hubiese mujeres que querían vivir en tanto rigor y perfección y encerramiento, y que los que no pasaban nada de esto, sino que se estaban en regalos, qui-

siesen estorbar obras de tanto servicio de Nuestro Señor. Estas y otras hartas cosas le dije, con una determinación grande que me daba el Señor.»

Su maravillosa y conmovedora elocuencia consiguió en un punto cuanto el poder, las riquezas y la categoría social habían tratado en vano de alcanzar. El Gobernador concedió la licencia allí mismo, poniendo la condición de que el convento no había de tener Patrón, Fundador ni renta. «Yo me fuí muy contenta, que ya me pareció que lo tenía todo sin tener nada.» Este es el comentario que pone Teresa al resultado de su entrevista, a raíz de la cual, sin perder un instante, empleó toda su fortuna de unos tres o cuatro ducados en proveerse de dos cuadros para el altar, dos jergones pequeños y una manta. Una vez adquiridos estos objetos, había que proceder a buscar casa. Alonso de Ávila, el amigo que había prometido buscársela, estaba enfermo. Pero Teresa, pensando a quién podría utilizar en lugar de Alonso, se acordó de un cierto Andrada, un estudiante harapiento y famélico que le había presentado su confesor el franciscano Fray Martín de la Cruz. El infeliz Andrada, acercándose a Teresa un día en la iglesia, se la había ofrecido para cuanto se le pudiera ocurrir.

«Yo se lo agradecí, y me cayó harto en gracia, y a mis compañeras más, ver el ayuda que el santo nos enviaba, porque su traje no era para tratar con Descalzas.»

Sor Isabel de Santo Domingo se sintió temerosa y avergonzada de que alguien pudiese ver a Teresa conversando con una persona de tan mal pelaje; pero la Santa, que respetaba lo mismo los andrajos que los ricos brocados, y sólo juzgaba a las personas por su honradez y valor espiritual, amonestó a la melindrosa monja, diciendo: «¿Qué mal pueden pensar de nosotras pareciendo nosotras unas pobres romeras más que otra cosa?» Pensad, pues, en la perplejidad de las monjas al saber que Teresa iba a encargar a Andrada que les buscase la casa. Primero lo tomaron a risa, después se opusieron a ello y acabaron con súplicas, diciendo que el único servicio que podía prestarles semejante persona sería divulgar y echar por tierra sus planes. A pesar de todo, Teresa, guiada por un instinto superior y viendo en la extrañeza del caso indicios misteriosos de buen agüero, mandó a buscar al joven, confiándole la ejecución de sus planes, y diciéndole, además, que podía ofrecer como garantía el nombre de Alonso de Ávila. La Santa no se equivocó. Andrada, que se había criado en las calles de Toledo y conocía todos sus rincones y vericuetos, encontró en pocas horas lo que no habían podido encontrar en varios meses los acaudalados amigos de Teresa. Una mañana, estando ésta en misa,

se le presentó el estudiante con las llaves de una casa cercana a la iglesia. Al punto salieron a inspeccionarla, y mereció la aprobación de Teresa.

«Muchas veces cuando considero esta fundación, me espantan las trazas de Dios, que había casi tres meses (al menos más de dos, que no me acuerdo bien) que habían andado dando vuelta a Toledo para buscarla personas tan ricas, y como si no hubiera casas en él, nunca la pudieron hallar; y vino luego este mancebo, que no lo era, sino harto pobre, y quiere el Señor que luego la halle, y que pudiéndose fundar sin trabajo, estando concertado con Alonso Álvarez, que no lo estuviese, sino bien fuera de serlo, para que fuese la fundación con pobreza y trabajo.»

Era natural que Teresa, en su inconsciente deseo de atribuír todas las circunstancias relacionadas con sus fundaciones a la intervención espiritual de la Providencia, no se fijase en las causas naturales que permitieron a su extraño coadjutor conseguir sin dificultad alguna lo que tantas había ofrecido a sus poderosos amigos. Éstos seguramente se habían ocupado del asunto con precipitación o por medio de tercero. A veces, es un triste privilegio de la miseria el poder orientarse allí donde la holgura y la riqueza no encuentran más que un laberinto sin salida. Teresa, aleccionada por la experiencia, tomó la precaución de posesionarse de la casa, fuese como fuese, aquella misma noche. Como Andrada la instase a no perder tiempo en organizar la mudanza, le contestó sonriendo que todo el ajuar consistía en dos jergones y una manta, lo que alarmó grandemente a las pusilánimes monjas, por temor de que tan franca confesión sólo sirviese para privarlas de los servicios de su humilde, pero útil amigo. Esta apreciación del carácter humano era, al parecer, más justa que la de Teresa, cuya «divina locura» le daba un poder de penetración incomprensible para unas simples mujeres como sus monjas.

«Yo no advertí en eso, y a él le hizo poco al caso; porque quien le daba aquella voluntad había de llevarla adelante hasta hacer su obra; y es así que con la que él anduvo en acomodar la casa y traer oficiales, no me parece le hacíamos ventaja.»

La oscuridad de la noche empezaba a caer sobre las tortuosas calles de Toledo, sumiendo esquinas y rincones en densas tinieblas. Las pesadas puertas de las casas habían girado sobre sus goznes ocultando el aspecto misterioso de mil patios arqueados, llenos de fuentes y naranjos reverberantes de luz lunar. Sólo se oía el ruido de alguna cadena o el chirriar de un cerrojo. A estas horas de la noche no había gentes en las calles. Aquí y allá, chisporroteando débilmente delante

de la imagen borrosa de algún santo, una lamparilla de aceite derramaba su tenue reflejo sobre un trozo de pared agrietada y cubierta de musgo, una de esas moles extrañas de arquitectura árabe que parecen oprimir las calles de Toledo y arrojar miradas ceñudas sobre el transeunte. A lo largo de una de estas vías de empedrado desigual, que más bien que calle parece un pasillo, se desliza rozando las paredes un grupo de silenciosos caminantes. Al verlos tan cautelosos en sus movimientos creería uno que no llevan ningún fin bueno. Si los ecos de las pisadas de una caballería les advierten la llegada de algún tardío viajero, el grupo desaparece en el umbral de alguna puerta o se extiende contra la pared hasta que el jinete pasara adelante y se hubiera extinguido el chocar de las herraduras sobre las piedras. Muchas aventuras nocturnas tuvo Teresa, pero, con seguridad, ninguna fué más emocionante que la de aquella madrugada en que acompañada de las monjas, del harapiento Andrada y un albañil, cruzó las calles de Toledo para tomar posesión de su casa. Cuántas veces no contaría el bueno de Andrada esta mudanza a media noche como el episodio más importante de su vida. Y, en realidad, así fué, pues un siglo más tarde todavía conservaban sus nietos como un tesoro inestimable los pequeños recuerdos que Teresa les diera. Llevaban consigo todo su ajuar, esto es: dos jergones de paja, una manta y los objetos sagrados que les habían cedido para celebrar la primera misa, los cuadros para el altar y la campana, cuyo tañido había de anunciar la aparición de un nuevo convento en el suelo español. Toda la noche resonó en la desmantelada casa el repiqueteo de martillos y un continuo correr de aquí para allá de las nuevas inquilinas. A eso del amanecer fué preciso taladrar el tabique que las separaba de la casa contigua y que daba a un patio, pues no era posible encontrar otro acceso a la pieza que destinaban para capilla. Aunque en realidad habían alquilado estas dos casas contiguas para evitar alarmas, no avisaron de ello a los inquilinos que ocupaban la más pequeña y que eran dos mujeres. Éstas, sorprendidas a deshora por el trajín de sus inesperadas vecinas, salieron a escena asustadas y furiosas. Para acallar sus clamores hubo que apelar a una oferta de dinero (este allanador de tantas dificultades) y a la de buscarles una nueva casa. Gracias a esto pudieron acabar las monjas su tarea justo al caer la hora de decir misa.

Era el 14 de mayo de 1569. Sonó al alba el grave son de los doblones de la más espléndida catedral de España llamando a los soñolientos fieles a la oración primera. Desde torres y esbeltos minaretes, donde la voz del Muezzin gritara en tiempos *Allah hu akbar*, repitie-

ron el toque todas las iglesias y conventos de la ciudad, joyas casi tantas como casas engastadas en las tortuosas calles, y cual último eco del extinto solemne campaneo se oyó el nuevo tañido de una esquila en la paz virginal de la mañana. Su claro tintineo congregó una multitud estupefacta ante la aparición del convento que en medio de ellos había surgido como por encanto de la noche al día.

Entre los asistentes a esta primera misa, en la que ofició el prior de un vecino convento carmelita, estaba doña Luisa de la Cerda, con toda su familia y servidumbre.

Durante algún tiempo antes de este acontecimiento, dice el cronista, la población de Toledo había estado muy alarmada con ciertas lúgubres profecías de un adivino. Para librar la población del maleficio, todos los habitantes confesaron y comulgaron. Cuál no sería su asombro al ver que los extraños acontecimientos que se esperaban se habían reducido a la fundación de un nuevo convento en medio de un sinnúmero de oposiciones y contrariedades. La extrañeza no tendría límites, seguramente, en el caso del propietario de la finca, una señorona que estaba bien lejos de soñar para qué fin había sido arrendada su casa. Ésta protestó de lo ocurrido, y hubo que contentarla también con la esperanza de comprarle la casa a buen precio si las monjas se encontraban bien en ella. Mas esta dificultad no fué nada comparada con otra que surgió en seguida, y hubiese dado al traste con la nueva obra de Teresa a no ser por la intervención de su antiguo confesor, el dominico Barron y el canónigo Manrique. El gobernador, que no había dado más que un permiso verbal a Teresa, no tuvo la precaución de dar cuenta de ello a su consejo antes de salir de viaje por aquellos días. Furiosos, por lo tanto, los consejeros con el desacato de aquella mujercilla, que fundaba conventos sin contar con la autoridad, hicieron que se suspendiera la licencia para decir misa en la nueva institución, hasta que Teresa probase estar facultada para tal empresa. Ésta envióles la licencia que le había concedido el general de la Orden por medio del canónigo Manrique, acompañada de un recado diciendo que accedía a las órdenes del Concejo por mera galantería, pues estaba exenta de prestarles obediencia. Como Teresa lo esperaba, tuvieron aquellos señores que agachar la cabeza, actitud que aprovecharon, sin pérdida de tiempo, Manrique y Barron para legalizar en toda regla la existencia del convento antes de que se le ocurriese tomar medidas que hubiesen predispuesto a todos los habitantes de Toledo contra Teresa. La fundación, a raíz de su establecimiento, atravesó una época de angustiosa penuria. Esto parece mentira contando Teresa en aquella población con tantos amigos ricos y

poderosos, mas tal vez fuese el resultado de haber desatendido aquélla un privilegio tradicional de la aristocracia en aquellos tiempos, al pretender honrar con los derechos y prerrogativas de fundadores a una familia de comerciantes de la ciudad. De todos modos, no hay medio de justificar la actitud de doña Luisa de la Cerda al abandonar las monjas en una situación apuradísima, que, con bien poco esfuerzo, ella hubiera podido remediar. Teresa, con emocionante magnanimidad, disculpa a su amiga de este modo:

«No sé la causa, sino que quiso Dios que experimentásemos el bien de esta virtud; yo no se lo pedí, que soy enemiga de dar pesadumbre, y ella no advirtió, por ventura, que más que lo que nos podía dar le soy a cargo.»

¡Siempre la misma! Siempre digna y majestuosa, hasta en la sumisión. Este es el mayor realce de sus virtudes.

A los sufrimientos del hambre se unían los del frío. Bien se sintió en aquella casa desamueblada ese frío de Toledo que corta como un cuchillo hasta principios de mayo. Las monjas pasaban la noche tiritando en sus jergones, sin más cobertura que sus capas de jerga. La única manta que había en la casa estaba reservada para Teresa, de cuya debilidad y mala salud no es fácil que nos demos bien cuenta. Una noche, como suplicara a las monjas que le echaran más ropa, le contestaron, riendo, que ya tenía encima toda la que había en la casa, es decir, todos sus mantos, lo cual fué motivo de gran regocijo para Teresa. El día que se inauguró el convento, no había en la despensa otra comida que tres o cuatro sardinas, y hubieran tenido que comerlas crudas si algunas buenas almas no hubiesen tenido la piadosa idea de depositar en la iglesia un pequeño haz de leña. Estaban tan desprovistas de utensilios, que si alguien le hacía la caridad de darles un huevo, tenían que pedir prestada la sartén para freirlo, y molían la sal con una piedra envolviéndola con un papel. Teresa, enamorada de la pobreza, sentía un gozo íntimo en el sufrimiento de las privaciones que la acercaban a Aquél que ella veía en sus éxtasis amarrado a una columna y coronado de espinas. Unida a Él por la sed de sufrimientos y el amor a la abnegación, comprendía cuán insignificantes eran éstos comparados con los sacrificios a que aspiraba su heroico corazón. Una vez pasada esta terrible época de miseria, Teresa y sus monjas pensaban en ella con la misma emoción del viajero que, olvidándose de las durezas del camino, sólo piensa en la hermosura de una salida de sol en despoblado o en el tranquilo atardecer de un radiante día.

«Que es cierto (dice la santa) que era tanta mi tristeza, que no me

parecía sino como si tuviera muchas joyas de oro y me las llevaran y dejaran pobre, así sentía pena de que se nos iba acabando la pobreza, y mis compañeras lomismo, que como las ví mustias, les pregunté qué habían y me dijeron: «Qué hemos de haber, Madre, que ya no parece somos pobres.»

Los primeros quince días de existencia del convento fueron de una incesante actividad y trabajo, especialmente para la animosa fundadora, que había llevado su celo hasta el punto de ayudar a los albañiles con sus propias manos en el arreglo de la iglesia. Ya no se oían martillazos ni el ruido de herramienta alguna, y hasta el torno estaba preparado para recibir las lismosnas de los fieles. Era la víspera de Pentecostés y estaba Teresa en la iglesia contemplando el fruto de sus esfuerzos cuando un niño, que casualmente se encontraba allí, exclamó en voz alta: «¡Bendito sea Dios, y qué hermoso está esto!» Esta observación de una inocente criatura fué para Teresa el más alto premio de la Providencia por sus esfuerzos y trabajos, como ella dijo a sus monjas. Palpitante de emoción y repitiendo en su mente las palabras del niño, la exhausta anciana pasó al refectorio a participar del almuerzo con su reducida comunidad. La idea de que iba a pasar la próxima fiesta una de las más solemnes de la Iglesia en íntima comunión con Dios y en su propia casa, no la dejaba comer de gozo. Entregada a estas íntimas emociones la sorprendió la tornera con el recado de que un caballero de la casa de la princesa de Eboli deseaba hablar con ella y la esperaba en el locutorio.

La famosa Princesa de Eboli, Ana de Mendoza, una de las grandes damas del reino, descendiente del gran cardenal de la Reina Isabel, esposa de Ruy Gómez da Silva, favorito del Rey. Corría entonces el rumor, que nunca ha podido desmentirse ni comprobarse, de que este Ruy Gómez, que había empezado la vida como un oscuro aventurero, debía su sin igual encumbramiento, no sólo a su lealtad por el Rey, sino a los encantos de su esposa. En este momento de nuestra historia había comprado la ciudad de Pastrana, incluyendo sus habitantes a razón de mil seiscientos maravedís por cabeza, y Felipe II elevó la ciudad a la categoría de ducado, y así figura todavía en el nobiliario español. Gómez da Silva no sólo poseía como pocos el favor de Felipe, y como pocos correspondía a la actitud de su soberano con la más perfecta fidelidad, sino que era al mismo tiempo hombre notable en su época por la elevación de miras y carencia de prejuicios. De haberse aplicado al resto del reino las medidas con que inauguró su Gobierno en Pastrana, se hubiera evitado la decadencia nacional, que ya tan claramente se iniciaba. Estableció allí talleres y

fábricas, trajo obreros de Milán y Flandes, invitó a muchos moriscos a establecerse en el ducado después de su inicua expulsión de la Alpujarra, siendo el barrio conocido hoy todavía por el Albaicín el sitio donde éstos se establecieran. Los brocados, sedas y tapices de Pastrana, llegaron a alcanzar una fama en toda España que ha durado casi hasta nuestros días, y allí continuaron los moriscos su sin igual sistema de agricultura, del que todavía se conservan vestigios. Mas no fué la prosperidad material la única ambición de Ruy Gómez. Bajo su gobierno, la antigua iglesia parroquial alcanzó una importancia sólo inferior a la de las más espléndidas catedrales de España, elevando el número de beneficiados de tres a cuarenta y ocho. Las ceremonias del culto se celebraban en la iglesia colegiata con una pompa y un esplendor sin igual.

Tanto Ruy como su esposa concibieron la idea de enriquecer la vida espiritual en sus posesiones con una fundación religiosa. El mantener una comunidad que rezase noche y día por la salvación de sus protectores, era un lujo que, en aquellos tiempos, no se negaba ninguna persona pudiente. El General de los carmelitas había extendido por todo Madrid la fama de Teresa. Como ya sabemos, el Rey mismo hablaba de ella con especial respeto y aprobación. La Princesa del Brasil era una de sus más entusiastas admiradoras, y la idea de santidad surgía ya en la mente de los españoles apenas se mencionaba el nombre de la monja. En resumidas cuentas, y permítaseme la expresión, por odiosa que sea, era el momento en que Teresa «estaba de moda», y no es de extrañar que la Princesa de Eboli insistiese tanto, como ya veremos, en hacer emprender a la Santa una fundación en Pastrana. La Princesa probablemente sería una de aquellas señoronas que acudieron a la casa de doña Leonor de Mascarenas, en Madrid, para dar la bienvenida a Teresa en ocasión de su primer viaje a la Corte. En realidad, ya se había hablado de la fundación de Pastrana antes de que Teresa saliese para Toledo con motivo de la muerte de Ramírez y las apremiantes cartas del hermano de éste y del jesuíta Hernández. Así y todo no contaba Teresa, en momentos bien poco oportunos, con una invitación tan insistente por parte de la Princesa.

¿Existía en el fondo del carácter de Teresa un sentimiento de orgullo que era más fuerte, a veces, que toda su prudencia y humildad? ¡Quién sabe! Al mensaje que recibiera de la Princesa, la víspera de Pentecostés, contestó con una negativa. Atónito el caballero, que estaba acostumbrado a recibir las órdenes de la Princesa de rodillas, ante el atrevimiento de la monja, suplicóle que considerase su decisión, antes de obligarle a llevar semejante respuesta a su señora. Los Prín-

cipes, dijo, estaban ya en Pastrana, y no habían ido allí con otro objeto que el de la fundación. Oponerse a sus deseos sería afrentarlos, cosa arriesgada, pues hasta la misma Corte se pondría furiosa. «... no me pasaba por el pensamiento de ir, y así le dije que se fuese á comer, y que yo escribiría á la princesa... Era hombre muy honrado, y aunque se le hacía de mal, como yo le dije las razones que había, pasaba por ello.»

Este fué el caso que hizo Teresa de semejantes argumentos.

Además, las monjas que acababan de llegar de Ávila y Malagón, no querían ni pensar en que Teresa pudiera abandonarlas en aquel momento. La nueva fundación había sido una empresa erizada de dificultades, y apenas estaba terminada. Aún pendía la suerte de su existencia en la balanza. Para su prosperidad, la presencia de Teresa era indispensable:

«Fuime delante del Santísimo Sacramento para pedirle al Señor que escribiese su suerte, que no se enojase; porque nos estaba muy mal á causa de comenzar entonces los frailes, y para todo era bueno tener el favor de Ruy Gomez, que tanta cabida tenía con el rey, y con todos, aunque esto no me acuerdo si se me acordaba, mas bien sé que no la quería disgustar. Estando en esto, fuéme dicho de parte de nuestro Señor, que no dejase de ir, que á más iba que á aquella fundación, y que llevase la regla y constituciones.»

Imposible saber hasta qué punto influyeron en Teresa estas consideraciones de índole esencialmente utilitaria para provocar en su mente la ilusión de una locución divina. La fe que tenía Teresa en el origen divino de sus fundaciones, es un hecho que forzosamente debemos hacer constar una vez más en esta ocasión. A pesar de todo, Teresa acudió a su confesor, después de la revelación, para que éste decidiese qué había de hacer ella definitivamente respecto a aquel asunto, ocurrencia que no deja de ser ilógica y extraña, pues ella creía, con toda sinceridad, que esos momentos de clarividencia que tienen a veces todos los seres humanos, en sus crisis de dudas y perplejidades, eran en su caso una indicación directa de la Providencia sobre el camino que había de seguir. Siguiendo un plan de conducta, que no alteró nunca, no dió cuenta al confesor del mandato divino que acababa de recibir, para evitar que esto pudiera influír en el ánimo de su consejero. ¿Por qué someter al juicio humano lo que ya había recibido la sanción divina? El rasgo más interesante de la psicología de Teresa, tal vez sea la dualidad de su carácter, a la vez eminentemente práctico e idealista. Estos aspectos de su personalidad, al parecer contradictorios, encierran, a mi entender, la prueba más elocuente de que fué una

mujer sincera y fiel a sí misma, pues se manifiestan de igual modo en sus cartas, en sus libros y en todos los actos de su vida, aun los de menor trascendencia.

En el caso presente, su confesor le aconsejó que fuese a Pastrana, encomendándola mucho que no perdiese ocasión tan propicia de granjearse las simpatías de la Princesa de Eboli. Así, pues, dejando su comunidad al cargo de Isabel de Santo Domingo, el 30 de mayo, segundo día de aquella Pascua, que con tanto anhelo había esperado, salió de Toledo, en el coche que la Princesa de Eboli le mandó para que se trasladase a Madrid, acompañada de Isabel de San Pablo y de su prima doña Antonia del Águila, que acababan de dejar la Encarnación para unirse a la Orden reformada. En Madrid se hospedaron en el convento franciscano de los Ángeles, inmediato a la casa de su fundadora, y amiga de Teresa, doña Leonor de Mascareñas. Ésta manifestó a la Santa la especial satisfacción que le producía su llegada, pues albergaba a la sazón bajo su techo a un famoso ermitaño, bien conocido de la Corte, que tenía grandes deseos de encontrarla, y cuya vida, lo mismo que la de otro ermitaño que lo acompañaba, tenía muchos puntos de semejanza con la Regla Primitiva. Teresa, que tenía puestos sus cinco sentidos en ganar prosélitos para la Reforma, suplicó a doña Leonor que la presentase inmediatamente a esos dos justos varones. El principal de estos era el ermitaño Ambrosio Mariano Azaro, a quien veremos, desde este momento, continuamente relacionado con el desarrollo de la nueva Orden. Su vida, llena de aventuras e incidentes románticos, es un reflejo de aquella agitada época, testigo de la batalla de Lepanto y de San Quintín, y del descubrimiento de aquellos territorios maravillosos de Ultramar por un porquero de Extremadura. Épocas en que los galeones españoles de encastillada popa atracaban en los puertos de Cádiz y Sanlúcar con sus pabellones enarbolados, en medio del fragor de las salvas de artillería, repletos con tesoros de las Indias, quimérico país, cuyo nombre bastaba para enardecer de ensueños la imaginación de los hombres de entonces. Época en que vemos a los españoles, con la conciencia sobrecogida, temblar como reos ante la cruz roja de un fraile dominico. Época del Concilio de Trento, el más grande y trascendental que el mundo haya jamás conocido, y cuyo ambiente legendario parece que nos sentimos vivir al leer la historia del ermitaño Ambrosio Mariano. Napolitano, noble de nacimiento, compañero de estudios del Papa Gregorio XIII, doctor en teología y en leyes, geómetra, poeta latino, erudito, soldado, diplomático y cortesano, con la misma facilidad cincelaba un hexámetro como delineaba un puente o construía un acue-

ducto. Asistió al Concilio de Trento, y en él se le encargó la investigación de la revolución religiosa en Flandes y en Alemania. Estuvo al servicio de la Reina de Polonia, hasta que, desilusionado de los honores del mundo, o tal vez no correspondido en sus amores, abandonó aquel país, hizo voto de castidad e ingresó en las filas de la Orden Militar de San Juan de Malta. En San Quintín se distinguió por su valor, y ganó el favor del Rey haciéndole ver la brecha de la muralla por donde entraron las tropas españolas en la ciudad sitiada. Con una caballerosidad poco común en la soldadesca de aquella épopoca, defendió con su espada de los ultrajes de un matachín, compañero suyo, a una joven de la casa donde estaban ambos alojados. Poco tiempo después cayó sobre él una falsa acusación de homicidio, de la que no quiso ni defenderse, en su descorazonamiento ante las injusticias del mundo. Estuvo encarcelado dos años, y al ser puesto en libertad, una vez probada su inocencia, se aprovechó de ella para obtener la de uno de sus calumniadores, que se hallaba, a su vez, saboreando, por otras causas, las delicias de un calabozo español. Corrió el mundo algún tiempo sin rumbo fijo, y volvió a Italia, donde llegó a ser maestro del joven Príncipe de Salmerón (territorio de Nápoles), acompañándole en su visita a la Corte de España. Pasó algún tiempo en Madrid, y estuvo al servicio de Felipe II, ocupado en la empresa de convertir el Guadalquivir en río navegable, desde Córdoba a Sevilla, para establecer entre estas dos ciudades la comunicación fluvial, interrumpida desde el tiempo de los moros. Esta empresa (como todas las de este género emprendidas por la Casa de Austria) no llegó a realizarse más que en los pergaminos. Hastiado de la vida vana y ruidosa de la Corte, se retiró a Córdoba para ejecutar el encargo del Rey. Entonces, menos interesado en la ciencia hidráulica que en los ejercicios de San Ignacio, vaciló entre ingresar en los jesuítas o en alguna otra Orden más estricta y alejada de los negocios del mundo. Un percance sin importancia vino a resolver su indecisión. Estando un día asomado a la ventana de su cuarto, le llamó la atención el aspecto venerable y penitencial de un ermitaño que entraba en la iglesia vecina. Este resultó ser el ermitaño Mateo, superior de una pequeña comunidad de anacoretas que se había instalado en el desierto del Tardón, a unas tres leguas de Córdoba. Ambrosio Mariano, convenientemente informado, decidió visitar el retiro de aquellos ermitaños. Al acercarse a aquel lugar de paz y santidad, al calor del dorado sol de Andalucía, fácil es que pensara que al par de aquellas blancas paredes de la ciudad, coronadas de esbeltas palmeras, abandonaba tras sí para siempre las ambiciones y esperanzas de su antigua vida. Mas cuán

lejos estaba de pensar que su destino era trocar los azares de su vida del siglo por otros no menos emocionantes y agitados en el establecimiento de una reforma religiosa que apenas si estaba comenzada todavía. Llegado a aquel hermoso y apacible lugar en la falda de Sierra Morena, al apearse de su cabalgadura, cerca de la capilla de los ermitaños, cayó sobre su espada. El arma que él tenía en tanta estima, por haberla ceñido veinte años, se rompió con el golpe en tres pedazos iguales dentro de la vaina. Esto para el romántico caballero fué signo de que habían llegado a su fin todas sus luchas en la tierra y de que en adelante sólo las armas divinas debían ser las suyas.

Durante ocho años el cortesano, el erudito y soldado, lleno de actividad y humor, vistió el hábito de los ermitaños de Tardón con tanta conformidad como si jamás hubiese conocido otra vida. Todos los ermitaños debían ganarse el sustento con su trabajo, y Ambrosio Mariano adoptó, para mayor mortificación de su orgullo, el oficio de hilandero. Aquel que había ganado por su talento altos honores, escuchaba ahora con humildad y reverencia las simples pláticas de Mateo. La austeridad de su vida tenía un lenitivo en la compañía de un compatriota y amigo fervoroso suyo desde la niñez, Juan de la Miseria, hombre de una sencillez primitiva, y cuyo nombre, de acuerdo con su vida y su carácter, provoca en torno suyo un ambiente de resignación y desamparo inspirador de tiernas simpatías.

La amistad de estos dos hombres, tan diferentemente dotados, no se quebrantó nunca, y hasta parece que a ello contribuyó el destino en sus secretos designios. Cuenta el cronista con harta incoherencia y falta de detalles que habiendo revelado el criado de Mariano en su lecho de muerte que en un agujero de la celda de su amo se hallaba escondida una perla que había sido robada a la Reina por uno de los servidores del secretario Eraso, y habiendo resultado un hecho la extraña revelación, fueron enviados Mariano y Juan de la Miseria a Sevilla para hacer tasar la preciosa joya. Sólo a un bendito de Dios como Matías no se le habría ocurrido el peligro que implicaba para dos ermitaños andrajosos el aparecer como posesores de un objeto tan valioso. En efecto, el primer joyero a quien presentaron la perla la reconoció en seguida, por ser él quien la había vendido a la Reina, y dió parte inmediatamente a la autoridad. Los buenos ermitaños fueron hechos presos en la posada donde se hospedaban, que, según el cronista, pertenecía a un genovés, y no tardaron en verse recluídos en un calabozo. Camino de la cárcel Mariano daba bromas a su compañero diciéndole: «Ahora, hermano, no te faltarán cien azotes»; a lo que contestó Juan no con menos gracia: «Tengo miedo que me los has

de quitar». Mas, por fortuna, al ser llevados al anochecer ante el Gobernador, que acababa de venir de cacería, éste reconoció en seguida a su antiguo amigo Mariano y lo recibió con un abrazo, recayendo toda su cólera sobre los alguaciles que con tanta diligencia habían cumplido su deber. El hallazgo de la joya produjo gran regocijo en la Corte, y la Princesa del Brasil quiso recompensar la honradez del ermitaño con una dádiva de mil ducados, que éste no quiso aceptar, suplicándole que los emplease en dotar a alguna huérfana pobre. Semejante generosidad le ganó el aplauso general de todo Madrid, y vino a aumentar la alta opinión que de él se tenía por sus talentos y virtudes. Más tarde, Mariano y Juan de la Miseria fueron otra vez enviados a Sevilla por sus hermanos del Tardón para asuntos de la comunidad. Se alojaron en esta ocasión en San Onofre, pequeña ermita situada a una media legua de la ciudad. Lejos del ruido y del barullo de la ciudad, Mariano y su compañero se ganaban el pan con su trabajo, llegando aquél a alcanzar una fama envidiable por su habilidad para el hilado, que se lo pagaban las señoras de Sevilla a diez reales la onza. Entre la multitud de visitantes que frecuentaban su humilde retiro figuraba con especial relieve un cierto Nicolás Doria, genovés rico y noble, prototipo de los grandes comerciantes de aquel tiempo.

Así aparece en nuestra historia la figura de este hombre que tan fatal influencia había de ejercer en la nueva Orden de Teresa a la muerte de ésta.

El hermano Juan, viendo interrumpido su aislamiento por la fama que había alcanzado Mariano, salió un día para Jaén en busca de la soledad sin decir a nadie una palabra. Mariano, cuyo cariño por este fiel compañero quizás sea el rasgo más simpático de su carácter, se puso en marcha en busca de su amigo apenas se enteró de lo ocurrido. Mas era difícil que pudiera desaparecer así de un mundo que reclamaba constantemente sus servicios. Poco tiempo después volvemos a encontrarlo en Úbeda ocupado en unos negocios del Duque de Sesa. Después, en la Corte, llamado por el Rey para que se encargase de la conducción de las aguas del Tajo a la vega de Aranjuez, pero siempre acompañado, como de su sombra, por el hermano Juan. Los ermitaños del Tardón no desperdiciaron la oportunidad de sacar partido del favor que Mariano gozaba con el Rey. El Concilio de Trento había dado un decreto ordenando que todos los ermitaños y solitarios entrasen a formar parte de alguna comunidad debidamente constituída. Esto era precisamente lo que Matías y sus prosélitos querían evitar por medio de la influencia de Felipe cerca del Papa. Mariano se ofre-

ció para ir a Roma con esa misión, y estaba a punto de partir, acompañado como de costumbre de Juan, cuando ocurrió su encuentro con Teresa en casa de la señora Mascareñas, lo que cambió por completo el horizonte de su vida. Qué lástima que este hombre, a quien se hubiese podido augurar tan brillante porvenir por la primera parte de su vida, pasara a ser una figura histórica muy secundaria desde el momento que entró en la Orden de Teresa, al lado de personalidades tan extraordinarias como Gracián y Doria. De todos modos no dejó de ser una figura notable a su manera. Bajo una apariencia de sencillez, cortesía y jovialidad, ocultaba un espíritu refinado, lleno de ironía y de toda la astucia diplomática peculiar de su raza. Nada más opuesto al español seco y dogmático, altivamente indiferente a las artes liberales que este hombre de entendimiento vivo y perspicaz, flexible de espíritu y extraordinariamente dotado para las ciencias mecánicas. Ni aun el mismo hermano Juan estaba desprovisto de cierta capacidad para las bellas artes, pues al fin era italiano. La Princesa Juana concibió una gran simpatía por él, y mientras Mariano trabajaba en el proyecto de irrigación de la vega de Aranjuez, le facilitó los medios de dedicarse al estudio de la pintura bajo la dirección de Alonso Sánchez Coello. Más tarde, como se verá, consiguió inmortalizar su nombre y su pésimo arte con algunos retratos de Teresa, los únicos que de ella existen. La Santa, al ver acabado por primera vez uno de estos cuadros, no pudo reconocerse a sí misma ni impedir un golpe de risa a la vista de la vieja huraña y legañosa que se encaraba con ella desde el lienzo. La entrevista tan ardientemente deseada, tanto por Teresa como por Mariano, no fué infructuosa. Al enterarse de la vida que hacían los ermitaños del Tardón, surgió en la ávida fantasía de Teresa el cuadro de los antiguos solitarios del Monte Carmelo. Teresa, mostrando la regla primitiva a Mariano, hízole notar la íntima semejanza que existía entre ella y la que él había seguido durante los últimos ocho años, sobre todo en lo referente al trabajo manual de los religiosos como único medio de vida. Él daba a este punto muchísima importancia, y atribuía a su descuido la decadencia de las Órdenes religiosas y la degradación en que habían caído. Mariano prometió a la Madre que no perdería tiempo en reflexionar sobre su entrada en la Orden reformada; «yo ya le vi, dice Teresa, casi determinado y entendí que lo que yo había entendido en la oración, que iba a más que al monasterio de las monjas, era aquello. Dióme grandísimo contento, pareciendo se había mucho de servir el Señor, si él entraba en la Orden.»

Aquella noche, estando Mariano traduciendo la regla a su compa-

ñero, que junto a él le alumbraba con un candil, exclamó antes de llegar al final:

«Hermano Juan, hemos hallado lo que buscábamos; esta es la regla que más nos conviene tomar. La iglesia la ha sancionado. Es seguida de hombres y mujeres llenos de fervor espiritual; el director de todos es muy santo, ¿qué más vamos a buscar?»

La suerte estaba echada. Durante el resto de su vida, Mariano habló siempre del asombro que le causó el que una mujer hubiera obrado cambio tan repentino en todos sus planes y resoluciones:

«Al otro día me llamó ya muy determinado, y aun espantado de verse mudado tan presto, en especial por una mujer (que aún ahora algunas veces me lo dice), como si fuera eso la causa, sino el Señor que puede mudar los corazones.»

Abandonado el viaje a Roma, ambos ermitaños se alistaron sin vacilación bajo la bandera de Teresa. Ésta se dió bien cuenta de la importancia que tenía haber ganado un soldado como Mariano, cuyo ingenio y talento le habían asegurado la amistad de los más altos personajes del reino, y a quien Felipe, deseoso de retenerlo a su lado, le había ofrecido una ermita en los jardines de Aranjuez. «El lugar es más apropósito para jardines que para grutas de ermitaños», fué la respuesta de Mariano a la proposición del Rey. En vez de esta ermita aceptó otra de manos de Ruy Gómez da Silva, llamada de San Pedro, y que estaba cerca de Pastrana y libre de todos los inconvenientes inseparables de la proximidad de un Palacio Real. Mariano puso su ermita a la disposición de Teresa. Ésta mandó mensajeros a los dos Provinciales, cuyo consentimiento era indispensable para emprender una nueva fundación, y sin olvidarse de solicitar la valiosa protección del Obispo de Ávila, salió de Madrid llena de esperanza y regocijo para Pastrana. Mariano se quedó en la Corte esperando a los mensajeros, a cuya vuelta había de unirse a la madre Teresa sin pérdida de tiempo.

CAPÍTULO XIII

FUNDACIÓN DE PASTRANA. DIFICULTADES CON LA PRINCESA DE EBOLI

En los primeros días del mes de junio, Teresa y sus monjas salieron para Pastrana. A su paso por la ciudad de Alcalá de Henares, cruzarían seguramente su única calle larga y tortuosa, característica por el sinnúmero de perros que, como aquellos galgos que inmortalizara Cervantes en *Don Quijote*, yacen amodorrados al sol o husmean en montones de basura y de inmundicias. Pasarían por delante de las murallas almenadas del palacio de Cisneros y de la magnífica iglesia del Magistral, donde las monjas, seguramente, se apearon para rezar ante los altares de los Niños Mártires Justo y Pastor. Al salir de la penumbra de aquellas altas naves a la luz de un sol deslumbrador, vieron en su marcha una estrecha callejuela, en una de cuyas casas, que ha sido demolida últimamente para edificar en su lugar un teatro, había nacido, treinta años antes, aquel soldado aventurero que se conoció más tarde por el Manco de Lepanto. Un edificio esplendente y grandioso, la nueva Universidad, haría asomarse, llenas de curiosidad, a la ventanilla del coche, a aquellas incautas monjas. Llegadas al campo, un alegre panorama de huertecitos con norias apareció ante sus ojos, y ya bien entrada la noche, después de haber pasado al trote el puente, bajo cuyo arco dormía dulcemente a la luz de la luna el río Henares, llegaron a la pintoresca ciudad montañosa, término de la primera jornada de su viaje: Guadalajara. Allí, según la tradición, se apeó Teresa en el espléndido palacio de los Mendoza, Duques del Infantado, cuyos descendientes no consideran con menos

orgullo este incidente de la historia de su familia que la hospitalidad ofrecida por sus abuelos, en el mismo sitio, a Francisco I de Francia y a Don Juan de Austria. El palacio de los Mendoza era el más hermoso de España y lo es todavía, a pesar del ambiente de tristeza y melancolía que reina en los espléndidos salones y espaciosos patios llenos, antaño, de vistosos pajes y airosos ballesteros. Una senda salvaje se extiende a través de las montañas desde Guadalajara a Pastrana. Ora arrastraba el coche por montes de carrascales, ora por pendientes peligrosas y enmarañadas con el rizado follaje de arbustos bravíos. Soledades sin más señal de vida que el vuelo de una urraca a través de la senda polvorienta y brillante con el sol del temprano estío.

Al llegar a la cumbre surgió ante la vista de las viajeras uno de esos típicos paisajes de España, grandiosos y severos; una llanura cruzada a lo lejos por un arroyuelo perdido entre zarzas y espadañas, cuyo color oscuro contrasta con el verde claro de los trigales; en la falda de una meseta rodeada de huertos y floridos almendros, una ciudad que el sol contorna con su filo de oro, y detrás, último término del paisaje, extensiones de terrenos ondulantes que se funden en la lejanía con un promontorio coronado por los restos de viejos pinares. Ved a la fundadora y a sus monjas atravesar en el crujiente coche las puertas de aquella ciudad que perteneciera en otros tiempos a los caballeros de Calatrava, y apearse, empolvadas y rendidas de cansancio, en aquel famoso castillo de Pastrana, cuya severa frente con torreones daba hacia los muros de la ciudad, que era entonces Corte de la Princesa de Eboli. Sus murallas han desaparecido. La plaza de Armas ha sido transformada en mercado por las exigencias de los tiempos; pero el palacio, como si desafiara, altanero, el descuido y la suciedad que parecen disputarse su posesión, permanece casi igual que hace tres siglos, cuando su techo cobijara a una tal Teresa de Jesús. Sí, allí sigue, cascote vacío, cuerpo sin alma, vestigio del pasado, cuyas enormes chimeneas, espléndidos artesonados y regios salones parecen pedir con su resistencia al embate del tiempo que alguien, en un arranque de gentileza, devuelva al castillo su antigua vida y esplendor. Por la tradición sabemos qué cuarto ocupó Teresa en la señorial morada, en cuya capilla, contigua a las cuadras, entregó el hábito a sus primeros frailes de Pastrana. Detrás del palacio, una escalera conduce a un jardín, verdadero laberinto de bojes y paseos de cipreses, donde estrechos canalillos y rientes fuentes que corren de aquí para allá bajo floridas enramadas, llenan el silencio del meridio con murmurios de encanto y ensueño. Aquí, bajo alguna bóveda de granados o naranjos, Teresa encontró un reposo momentáneo a sus cuitas. La

Princesa de Eboli disfrutó los más alegres y serenos ratos de su vida en aquellos días de apogeo y grandezas del suntuoso palacio, sin soñar, por un momento, en que había de convertirse más tarde, para ella, en una verdadera prisión. ¡Qué providencial es la ceguera de los humanos!

Permítaseme que interrumpa una vez más el hilo de mi narración para bosquejar someramente la historia de esa singular mujer, cuya vida estuvo por un momento tan unida a la de Teresa. Ana de Mendoza y de la Cerda, Princesa de Eboli, descendía de la gran familia de aquellos Mendoza que, durante cuatro siglos, habían ocupado los cargos más altos del reino. Su historia es la misma que la de España. Desde el día en que Iñigo López de Mendoza, oscuro aventurero, se labró su fama y el brillante porvenir de sus descendientes, rompiendo las cadenas que defendían el campamento moro en las Navas de Tolosa, una pléyade de valerosos Mendoza continuó las glorias tradicionales de la familia, hasta convertirla en la más ilustre del reino. Mendoza fué uno de los primeros almirantes que tuvo España; Mendoza, aquel mayordomo de Pedro el Cruel que salvó con su vida la de Juan I en la funesta batalla de Aljubarrota. Nieto de este Mendoza, fué aquel Marqués de Santillana cuyo nombre es uno de los más altos prestigios en la historia de las armas de España y en su literatura. En recompensa a sus heroicidades en numerosos combates con los moros, fué hecho Adelantado Mayor de Andalucía, y sus tres hijos, los principales agentes en la elevación de Isabel la Católica al trono. El mayor de éstos, en recompensa de su lealtad a los Reyes, fué hecho Duque del Infantado. El segundo, el Conde de Tendilla, sucedió a su padre como Adelantado Mayor de Andalucía, y tuvo un hijo, que fué el primero en enarbolar el pendón de los conquistadores cristianos en las torres de la Alhambra. Pero el más ilustre de tan famosa familia fué el tercer vástago del eminente poeta y soldado, Pedro González de Mendoza, aquel Cardenal conocido de sus contemporáneos como el tercer Rey de España, que, empuñando alternativamente la lanza y el báculo, gobernó su país por cerca de medio siglo. De una de aquellas damas de honor que acompañaron a España a Juana de Portugal, en ocasión de su casamiento con Enrique IV, Pedro González de Mendoza tuvo dos hijos, uno de los cuales, el Conde de Mélito, fué abuelo de la Princesa de Eboli. Ésta era, pues, biznieta de aquel poderoso purpurado, de quien heredó a la vez el orgullo, como de sus antecesoras había heredado aquella hermosura y fragilidad que hizo decir a un cronista «eran mujeres singulares aquellas damas de honor, desvergonzadas y majestuosas como convenía al encumbra-

do estado de una Reina». Siendo la Princesa de Eboli una de las herederas más ricas de España, parece ser que Felipe II la escogió desde niña para futura esposa de su favorito Ruy Gómez da Silva. El Monarca, no sólo honró con su presencia los desposorios de éstos, cuando ella contaba doce años y el afortunado portugués treinta y seis, sino que, en cumplimiento de una antigua costumbre, que obligaba a los Reyes a celebrar de un modo práctico la boda de sus favoritos, dotó a los nuevos esposos con una renta anual de seis mil ducados. Era parte de la funesta política de Felipe II rodear su trono de oscuros hidalgos (con preferencia extranjeros) para contrarrestar así la influencia de aquellas familias poderosas españolas que se habían disputado el gobierno de la Nación en la Edad Media. Gracias a su casamiento, el pobre aventurero que había empezado la vida como paje al servicio de la hermosa Isabel de Portugal, y se había elevado al primer puesto en los consejos del hijo de ésta, llegó en aquel entonces a ser el rival más temible de la nobleza española, a la cual inspiraba odio y desconfianza sin límites. Mas no corrió la misma suerte con el pueblo, pues jamás tuvo ministro alguno tantos adeptos en la clase baja, y, dicho sea en justicia, ninguno había empleado, como Ruy Gómez, su inmenso poder para fines tan nobles y humanitarios como los que él persiguió en su carrera política. Entre los extranjeros atraídos a la Corte de España, negociantes o diplomáticos, no gozaba de menores simpatías, por su carácter afable y generoso. En la época de la visita de Teresa a Pastrana contaba unos cuarenta y ocho años. Como ya hemos sugerido, la chismografía de aquel tiempo aseguraba que debía gran parte de su fortuna a la predilección del Rey por su mujer, mas no existe prueba de que ésta fuese jamás amante de Felipe ni de que durante la vida de su marido hubiese dejado de ser la más virtuosa de las esposas y de las madres. Tuvo diez hijos. La fría saña, mezclada de inexplicable irresolución con que el Rey la persiguió más tarde, hasta ocasionarle la muerte, creen algunos que fué provocada por los supuestos amores de la Princesa con el secretario Antonio Pérez. Mas esta conducta no es explicable ni en un amante abandonado ni en un Rey ofendido en su dignidad por un súbdito más afortunado en amores.

Ningún momento más oportuno que éste para decir que la Princesa era tuerta, desgracia que le ocurrió ejercitándose en la esgrima cuando niña; mas parece ser y es harto curioso que el parche negro con que ocultaba la parte defectuosa de su rostro, sólo servía para hacer más atractiva aquella hermosura que impresionó a todos sus contemporáneos, incluso al exigente Brantome. Por sus retratos, podemos ver

cuán delicadas y distinguidas eran sus facciones, al mismo tiempo que la altanería y petulancia de su carácter. Cuerpo pequeño y airoso; cara redonda, de niña, que exquisitamente se estrecha hacia la barba; frente pálida, sombreada por abundante masa de cabello negro rizado; una inclinación de cabeza, insinuantemente dulce, y hermosos ojos pardos, iluminando todo este conjunto de esbeltez y gracia, pero al mismo tiempo, lleno de digna majestuosidad. Tal fué la Princesa de Eboli, según los pintores de la época. Antonio Pérez, con la exageración de los enamorados, la llamó «joya engastada en el rango y la riqueza». Todo el orgullo de sus altaneros antepasados parecía haberse reconcentrado en esta mujer, de quien había de partir la última protesta de la nobleza medieval de España alejada del trono y quebrantada en su poder por la tortuosa política de la casa de Austria. Voluntariosa, altiva y dominante, generosa hasta la prodigalidad y vehemente en sus pasiones, lo mismo para el odio que para el afecto, jamás perdonó una injuria esta frágil criatura de aspecto infantil, cuyos sombríos ojos cautivan nuestro interés y nuestra simpatía al contemplar su retrato. Jamás dejó de ser una niña mimada y voluntariosa, acostumbrada a que todos sus deseos, por caprichosos que fuesen, apenas formulados, se vieran satisfechos. Más bien por falta de cabeza que de alma, nunca tuvo la menor consideración por los sentimientos del prójimo y distraía sus ratos de ocio haciendo contar a sus favoritos cómo mataban a los enemigos en el campo de batalla. Pero esta mujer tan frívola y amiga de placeres, desplegó en el momento de su desdicha una fuerza de carácter y una constancia digna del más conspicuo varón de la orgullosa raza a que pertenecía. Después de la muerte de su marido, hubiera abandonado gustosa el mundo por el claustro, y únicamente por mandato del Rey siguió ocupándose de la tutela de sus hijos y de su hacienda. Al tercer año de viudez volvió a presentarse en la Corte, para defender sus intereses y los de sus hijos contra las ambiciosas pretensiones de un pariente cercano. Esta visita a Madrid dió ocasión a sus amores con Antonio Pérez, y a partir de este momento, comenzó la larga serie de desdichas que terminaron con su encarcelamiento. Las verdaderas causas de esta extrema resolución del Rey han permanecido siempre en el más profundo misterio. Felipe declaró que su proceder era una prueba de respeto a la memoria de Ruy Gómez, y tendía a evitar que la viuda malgastase su fortuna. Lo más probable es que como amante de Pérez se hubiese enterado de algún secreto de Estado, y que en ello viese Felipe un peligro, dado el carácter impulsivo de la Princesa. También es posible que el monarca temiera las conspiraciones contra él de

alguno de los nobles más prominentes del reino, emparentados con la Princesa, a fin de afirmar de nuevo su poder tradicional con detrimento de la autoridad real. Ninguna otra razón justifica la manera de obrar de éste ni explica el recato y las vacilaciones que caracterizaron su misteriosa venganza. Es cosa segura que Escobedo fué asesinado por Antonio Pérez, en cumplimiento de un mandato del Rey. El asunto tuvo gran resonancia, y Felipe se dió cuenta de la necesidad de evitar a toda costa que recayesen sospechas sobre su persona. ¿Cómo conseguir esto? El diablo está siempre a mano cuando se le necesita. Vázquez, uno de los secretarios reales, envidioso del prestigio de Antonio Pérez, sugirió al Monarca el medio de salvar su propio honor, sacrificando precisamente al que le había servido de instrumento de sus órdenes. Vázquez, seguramente por instigación del Rey, persiguió a Antonio Pérez sin tregua, haciendo correr la especie de que éste había asesinado a Escobedo por una mujer, y al no hacerse justicia, el crimen se atribuiría a procedencia más alta. La Princesa, que era la única persona, además de su sospechado amante, que conocía la verdadera causa del asesinato de Escobedo, escribió con este motivo a Felipe una de las cartas más atrevidas y provocativas que él hubiera jamás recibido, dejando traslucir, con toda la claridad que era a su juicio posible, dentro de un criterio de prudencia, la idea de que el crimen había sido cometido por instigación del Rey, incitándole disimuladamente a que probase lo contrario. Defendió a Pérez con toda la altanería y determinación tradicionales en la familia de los Mendoza.

Con palabras desdeñosas y provocativas pidió al Rey, no sólo como soberano, sino como caballero, que limpiase la reputación de su primer secretario de las calumnias de sus enemigos. El Rey estaba «tan perfectamente en posesión de la verdad, que no necesitaba de otro testigo que sí mismo». Esta fué la contestación que dió la Princesa a su confesor Chaves cuando con maña, y seguramente obedeciendo a instrucciones reales, trató éste de averiguar hasta qué punto su penitente estaba enterada de la participación del Monarca en el asesinato de Escobedo. Felipe II juró venganza a la peligrosa pareja, venganza que, a sangre fría, mas no sin muchas vacilaciones y precauciones, puso en práctica, después de prepararse debidamente para ello confesando y comulgando. Lo mismo Pérez que la Princesa fueron paso a paso, arteramente, arrastrados a la ruina. A las once de la noche del 28 de julio de 1579, fueron simultáneamente arrestados. De la captura de la Princesa fué testigo el mismo Rey, que, embozado, permaneció en la sombra de la puerta de la iglesia de Santa María hasta

haber visto sus órdenes ejecutadas. Desde 1579 hasta 1581 la infortunada mujer sufrió prisión rigurosa en la torre de Pinto, donde más tarde corrió la misma suerte el Duque de Alba, y en la lúgubre cárcel de San Torcaz, a la mitad del camino entre Alcalá y Pastrana. Por intercesión de su yerno el Duque de Medina Sidonia, y de su hijo el Duque de Pastrana, que no parece haber tenido más que un mediano interés en la suerte de su madre, se le permitió volver al palacio ducal, y ocuparse de la administración de sus estados, pero dentro de la más estricta reclusión. El Presidente Pazos, el más franco y honrado de sus consejeros, instó al Rey para que la Princesa fuese juzgada y condenada legalmente, o, de lo contrario, puesta en completa libertad; mas todo fué en vano. Aquella mujer, cuyo genio indomable fué considerado por Felipe II como una perpetua amenaza para la tranquilidad del reino, no encontró liberación más que en la muerte. Dos meses escasos después de su viaje a Pastrana, con pretexto de la mala administración de las rentas de sus hijos (1), se tomaron contra ella medidas más rigurosas, que continuaron durante nueve años, hasta 1590, fecha de la fuga de don Antonio Pérez a Aragón. Entonces, atormentado Felipe por la idea de que Pérez había obrado de acuerdo con la Princesa, y de que ella misma podría seguir su ejemplo e iniciar un alzamiento contra la autoridad real, resolvió multiplicar los rigores de la prisión de la infortunada mujer. Se hubiera creído que las torturas, a las cuales sometía a su víctima, eran ya más que suficiente para conmover a un corazón de piedra, aparte de que una mujer de cincuenta años inválida, debiera haber dejado de ser causa de temor o de murmuraciones. El 23 de mayo, escasamente un mes después de la fuga de Antonio Pérez, don Alonso del Castillo y Villesante, caballero de Calatrava, carcelero de la Princesa, por orden del Rey, en cuyo nombre administraba justicia y gobernaba los estados de Pastrana, se presentó a la puerta de las habitaciones de la Princesa acompañado de un escribano y de una cuadrilla de albañiles. Encontrando la puerta atrancada, retiraron el torno, único medio de comunicación que tenía la dama con el mundo, y durante tres días trabajaron los albañiles para privar del menor resquicio de luz las habitaciones de la Princesa, protegiendo además exteriormente con alambrado de cobre la ventana que daba a la plaza. Naturalmente,

(1) Parece ser que la verdadera causa de esto fué la renovación de su desgraciada intimidad con Antonio Pérez. «La poca inclinación que tuvo toda la vida a la tranquilidad—escribía a Vázquez, Pedro Núñez de Toledo—continúa todavía. Me parece que el juicio más acertado es que no tiene ninguno, pues esto es lo que se desprende claramente de su manera de obrar.» Inútil decir que se refiere a la Princesa.

empeoraron así las dolencias que aquejaban a la infortunada dama, y no pudo abandonar el lecho en todo el invierno siguiente. Mas, por fortuna, la gran libertadora estaba ya cercana. El 20 de noviembre pidió los Sacramentos, y el 18 de enero aquella Princesa de Eboli dejó de dar que hacer a un mundo por el que había cruzado con rapidez y esplendor meteóricos, para perderse rápidamente en las negruras de su miserable destino. Su suerte nos inspira sentimientos contradictorios. Aun sin perder de vista su carácter violento y terco, el historiador, de criterio más frío, tiene que concederle cierta medida de admiración, por la firmeza y arrogancia con que mantuvo las tradiciones de sus antepasados ante el tétrico monarca, a quien debió al mismo tiempo su engrandecimiento y su ruina. Su varonil energía sólo es comparable a la de aquella María de Padilla, antecesora suya, que fué el alma de la resistencia de Toledo contra las fuerzas de Carlos V, y a la de Jimena Blázquez en la defensa de las murallas de Ávila contra los moros. Antes de pedir clemencia, prefirió sufrir todos los horrores de la cárcel en los hondos calabozos de San Torcaz, y los sufrió valerosamente hasta el fin. El Rey nunca pudo jactarse de haber doblegado aquel carácter, que sólo dejó de ser altanero ante la muerte. El mero nombre de la Princesa hace destilar hiel a la pluma del cronista de los Carmelitas. Si hemos de creer a este buen siervo del Señor (pues ni Yepes ni Ribera mencionan el hecho), la Princesa se empeñó a toda costa en leer el manuscrito de la *Vida de Teresa*. La Santa se negó al principio a complacer este deseo, por considerarlo simplemente fruto de una pueril y frívola curiosidad; pero la negativa sólo sirvió de incentivo a la Princesa, por lo que Teresa, teniendo en cuenta lo mucho que podía esperar de sus protectores, cedió en mala hora a las instancias de Ruy Gómez, que apoyó la petición de su mujer por darle gusto. Así y todo, Teresa sólo cedió en este punto después de recibir promesa formal de que el libro no saldría de manos de los esposos y de que guardarían un secreto inviolable de su contenido. Mas no pasó mucho tiempo antes de que Teresa descubriese que el libro había circulado entre todos los servidores de la Princesa, y que las revelaciones que en él hacía servían de pretexto para mofa y chirigota en la casa ducal. Según el cronista, cuya relación sólo debemos aceptar *cum grano salis*, la Princesa no dejó pasar ocasión tan favorable para mortificar con chanzas a su huésped. No sólo ejercitaba descaradamente su ingenio a costa de Teresa con chistes y cuchufletas que animaban las tertulias de la clase alta en Madrid, sino que indicaba abiertamente su opinión de que Teresa era otra Magdalena de la Cruz, y bien merecía la misma suerte. Pero todavía pesa sobre la Princesa de Eboli una acusación más grave que

la de haber violado las leyes de la hospitalidad, a saber, la de haber delatado el manuscrito, más o menos indirectamente, a la Inquisición. Todos los biógrafos de la Santa están de acuerdo en decir que el tal documento fué delatado por una gran dama cuyo nombre, sin embargo, pasan por alto. En cuanto a la época de este suceso, existen opiniones que difieren considerablemente. Se asegura que la *Vida* fué delatada a la Inquisición tres veces: la primera, durante la fundación de Pastrana; la segunda, por el mismo Bañez, que quiso salir así al paso de los enemigos de Teresa, y la tercera, por una gran dama que el cronista sospecha haber sido la Princesa de Eboli. La primera suposición no tiene otro fundamento que el testimonio de la venerable Isabel de Santo Domingo, cuya memoria era harto defectuosa. Ahora bien, si la Princesa fué culpable de tan odiosa falta de lealtad, incitada por ofensas que es natural suponer que había ya olvidado desde hacía mucho tiempo, parece extraño que aguardase cinco años para tomar venganza de ellas. Además, como no sabemos de fijo la fecha exacta de este incidente, hay lugar a creer que ocurrió estando ya la Princesa en el castillo de Pinto, donde fué encerrada en junio de aquel mismo año. En consideración a la memoria de una mujer desgraciada, quisiera salir en su defensa, ya que la acusación parte de un cronista lleno de prejuicios y de espíritu de partido, al no poder borrar de su memoria el hecho de que las monjas de Pastrana tuvieron que abandonar el convento a causa de los caprichos y exigencias insoportables de su protectora. En cuestiones históricas, lo mismo que en cuestiones jurídicas, que no pueden resolverse a ciencia cierta, lo más humano es siempre resolver la duda a favor del acusado. La causa de la supuesta delación se atribuye a una disputa habida entre la Santa y la Princesa respecto a cierta novicia que había tratado de imponer en la nueva fundación, negándose a ello Teresa tranquilamente. No dejarían de ser grandes la sorpresa y desagrado de la Princesa al encontrar, frente a su carácter independiente y enérgico, otro, no sólo igual en este sentido, sino superior, y esto en una mujer cuya exquisita urbanidad había considerado hasta entonces como una muestra de servilismo y sumisión ante una protectora de su rango y categoría. ¡Qué equivocada estaba! Teresa tenía el temple a la vez flexible y resistente del acero, sobre todo tratándose de cuestiones relacionadas con el porvenir de la Reforma, y en las que se hizo, con el transcurso del tiempo, cada vez más estricta, llegando a sacrificar todo género de consideraciones humanas al bienestar espiritual de sus comunidades. Escogía las monjas con escrupuloso cuidado, como si dependiese de cada una de ellas el éxito de la Reforma, y no permitió jamás que una dificultad

de dote restase a sus filas una novicia que, a su parecer, tuviese verdadera vocación: «Con ella y otras como ella—decía, hablando de una que había recibido sin un céntimo—me paga Dios el trabajo que llevo en estas fundaciones.» En otra ocasión dijo a los padres de una novicia, tan pobre en fortuna como rica en disposiciones, que, en realidad, debía darles por ella lo que recibía de otras por ser admitidas. En vano empleó Yepes una vez todo el poder de su elocuencia para persuadir a la Santa de que admitiese en su Orden a una gran señora que poseía muchas riquezas. Después de dar las gracias al sacerdote por sus buenos deseos y sus esfuerzos en favor de la nueva Orden, le suplicó que no le recomendase más señoras, que, estando acostumbradas a salirse siempre con la suya, sólo servían de estorbo en los conventos donde entraban. Del mismo modo tratándose de otras de nacimiento igualmente ilustre, pero que demostraban aptitud para la vida religiosa, ella misma les suplicaba que tomasen el hábito de su Orden. Con el tiempo se vió obligada a extender a la Encarnación el veto que tenía puesto a las religiosas de otros conventos, pues no entraba en sus planes en convertir sus comunidades en refugios de monjas que, estando acostumbradas a la disciplina relajada de aquellos tiempos, no podían someterse al rigor de las Constituciones sin convertirse en elementos de constante perturbación y desasosiego. En el caso de la novicia de la Princesa, no había tenido oportunidad de probar su vocación, pues ni siquiera había visto a la muchacha; pero el antagonismo que ésta, inconscientemente, creó entre la aristócrata y la Santa, se acentuó con motivo de una desavenencia respecto a la administración del convento. Teresa tuvo la sorpresa de oír, por parte de su protectora, que ya que había fundado en otras ocasiones con pobreza, debía hacer lo mismo en el caso de Pastrana, pues que «esto era más perfección». La Princesa se sirvió de los mismos argumentos de Teresa para conseguir su objeto. Mas esto no hizo mella en la actitud de la Santa, sabedora de que el mero hecho de tener aquel convento patronos tan ricos y poderosos, impediría que lo sostuviese la caridad pública, como en la mayoría de los casos. La Princesa, tan cansada de la Fundación como de la Fundadora, trató de aprovechar esta desavenencia con Teresa para romper todas las negociaciones pendientes. Teresa, picada en su amor propio, quiso a su vez abandonar una fundación de augurios tan poco halagüeños, y así hubiese sucedido, a no ser por el carácter bondadoso del Duque, que hizo atender a razones a su mujer, y el deseo de Teresa de no ofender al poderoso favorito del Rey, cuya protección le era tan indispensable para la fundación de su segundo monasterio de frailes. El porvenir de la Reforma era

asunto de más importancia para la inteligente y perspicaz Teresa, que los desprecios e insultos de una mujer de mal genio. Sin embargo, el hastío de su estancia en el palacio de Pastrana, donde tuvo forzosamente que alojarse con sus monjas mientras se llevaban a cabo ciertas modificaciones en la casa que les estaba destinada, le hacía creer que cada día era un siglo.

«Estaría allí tres meses, donde se pasaron hartos trabajos, por pedirme algunas cosas la princesa, que no convenían á nuestra religión: así me determiné á venir de allí sin fundar, antes que hacerlo. Mas el príncipe Ruy Gomez con su cordura (que lo era mucho, y llegado á la razón) hizo á su mujer que se allanase, y yo llevaba algunas cosas porque tenía más deseo de que se hiciese el monasterio de los frailes que el de las monjas, por entender lo mucho que importaba, como después se ha visto.»

El 9 de julio de 1569, habiéndose resuelto satisfactoriamente todas las dificultades, consagró, con inmenso júbilo de su alma, a Nuestra Señora de la Concepción aquella su quinta fundación, que tan pronto habían de desbaratar los caprichos de la Princesa en los primeros tiempos de su viudez. El 13 de aquel mismo mes tuvo la satisfacción de alcanzar un triunfo mayor. La llegada de Mariano y Fray Juan de la Miseria trayendo las licencias de los Provinciales, fué casi simultánea a la de aquellas dos monjas que habían hecho venir de Medina y de la Encarnación en compañía de un carmelita, que, a instancias de la Santa, había mandado el prior del convento de Medina que las acompañase. El fraile no era otro que Fray Baltasar de Nieto, natural de Zafra, hombre tenido en gran estima por Felipe y su Corte, y que era, según la frase del cronista, «además de docto un Crisóstomo, por su palabra y su poder para cautivar los corazones». Éste, desde largo tiempo, tenía la idea de ingresar en la Reforma, y había consultado sobre la mejor manera de llevar a efecto sus deseos con Fray Antonio de Jesús, en ocasión en que éste fuese a Medina desde Duruelo. Para él existían, sin embargo, muchas dificultades de por medio, debidas a la actitud de alarma de los superiores carmelitas respecto a la importancia y al poder que iba tomando la nueva Orden. La salida de la comunidad de un hombre de la importancia y fama de Nieto, era cosa que había que evitar por todos los medios. Es curioso que su prior, al ordenarle que acompañase a las monjas de Teresa, no cayese en que daba así, al ilustre fraile, la ocasión que por tanto tiempo había aguardado de realizar sus deseos. En efecto, Teresa tuvo un nuevo soldado en sus filas a los pocos días de la llegada de Nieto a Pastrana. Poco antes del 13 de julio, en vista de la impaciencia de

Ambrosio Mariano, Teresa entregó el hábito a los tres hombres que, a partir de este momento, iban a luchar bajo el pendón de Nuestra Señora del Carmelo. La ceremonia tuvo lugar en presencia del Duque de Pastrana y de la Princesa de Eboli, un séquito de cortesanos, los grandes dignatarios de la casa y los principales habitantes de la población, en el oratorio gótico del castillo, adornado como para una grande fiesta. El 13 de julio los nuevos frailes fueron conducidos, con toda solemnidad, en procesión, a la cima de una soleada colina a un cuarto de legua de la población, donde pronto había de tener su asiento una Orden influyente y poderosa. Espectáculos como aquél no se reproducen en nuestros tiempos. Por la inclinada y arenosa senda que conduce a la ermita de San Pedro asciende una multitud de gentes. Bajo un sol apoplético de fulgor caminan, mezclados, el aldeano y el príncipe, el artista y el cortesano. Un mismo sentimiento de fe y de alegría unifica su entusiasmo. Aquí y allá se ve el blanquear de un hábito de fraile, caras extáticas levantadas al cielo, aldeanos que se arrodillan devotamente al sentirse, cada vez más y más, de cerca un rumor imponente de cánticos. ¡Cuán cadenciosamente suenan las voces en el apacible día de verano, cuán emocionante fué aquella breve posa delante del recién fundado convento, antes de encaminarse a la ermita por la pendiente, la procesión y el gentío que la seguía desde las murallas de la ciudad!

Dos cuadros conservados en los claustros de Pastrana conmemoran estas escenas edificantes de la historia de la fundadora. En uno de ellos un rayo de luz envuelve en su resplandor a la Santa según se inclina con las manos extendidas para entregar el hábito a uno de los frailes. En el fondo está Ruy Gómez con traje de terciopelo negro, apoyada elegantemente la mano en el puño de la espada, con su barba rematada en punta y un rostro tristón y pálido. A la derecha, rodeada de sus damas, aparece la altiva figura de la Princesa con un soberbio traje cubierto de perlas y resplandeciente de joyas, como aquel que nos ha hecho familiar Coello en su retrato de la Infanta Clara Eugenia. El otro cuadro representa a Teresa presenciando la llegada de los frailes a la colina de Pastrana.

En aquel 13 de julio se cruzó por última vez en la vida con la Santa la Princesa, que había de acabar su miserable existencia entre aquellas mismas paredes, transformadas en calabozo, donde vivió un día alegre, altiva y con el boato de una reina. Si conocemos sus faltas y debilidades, justo es que lo digamos, no es por Teresa. En las *Fundaciones,* Teresa, la Santa, se ocupa de la Princesa en términos de escrupulosa reserva. Sólo una vez dió expresión a su resentimiento,

cuando escribió a Bañez que «cualquier lugar era bastante bueno para ella». Prueba de la poca confianza que le inspiró la Princesa es el hecho de haber encargado a la priora de Pastrana que hiciese estricto inventario de todos los efectos de valor y de todas las dádivas que aquélla hubiese regalado a la Comunidad. Poco más de una semana después del solemne acontecimiento que hemos relatado, Teresa se encontró de nuevo a sus anchas con las monjas de Toledo. Desde allí, en el mismo coche en que vino, envió a Isabel de Santo Domingo, que la había reemplazado como priora durante su ausencia, para que desempeñase este cargo en la Comunidad de monjas recién constituída. Desde fines de junio de 1569 hasta mediados de agosto de 1570, esto es, poco más de un año, encontraremos a Teresa en Toledo. El cronista, sin embargo, no está seguro si esto fué así o si, en realidad, después de pasar algunos meses con sus hijas, dirigiéndolas en la observancia de la regla primitiva, dió algunos pasos, que fueron infructuosos, para fundar en Alba de Tormes, visitando de paso Ávila y volviendo a Toledo por Medina y Valladolid y pasando también por Pastrana a tiempo de presenciar la procesión de Mariano, que se verificó, según las memorias del convento, en julio de 1570. Es posible que esto sea cierto, pues en cuanto a la otra hipótesis, si bien no del todo inadmisible, sólo tiene por fundamento una frase vaga de Teresa, copiada por Ribera, que dice: «estuve unos meses en Toledo hasta haber comprado la casa y puesto todo en orden». Sea como quiera, pues la cronología de Teresa es siempre floja, lo cierto es que pasó la mayor parte de este año en Toledo, hasta que a mediados de agosto de 1571 salió para Ávila con objeto de fundar en Salamanca.

La historia de este período de su vida se reduce al texto de tres o cuatro cartas, sin las cuales, la existencia de la anciana que escribía *Las Moradas* en Toledo hubiese permanecido ignorada tras un velo insondable de misterio.

Una de ellas está dirigida a Simón Ruiz, rico vecino de Medina, que hoy podemos conocer por un característico lienzo de aquella época que se encuentra en el hospital que él fundara en su ciudad natal. Con motivo de tomar el velo una sobrina suya en el nuevo convento de Medina, Teresa le escribió la siguiente carta:

«No es maravilla que haya hecho devoción y movimiento, porque está tal el mundo por nuestros pecados, que pocas de las que tienen como vivir en él, a su parecer, con descanso, abrazan la cruz de nuestro Señor, y quédales harto mayor en quedarse en él... Bien parece haber estado en compañía tan buena, pues así ha entendido la verdad. En lo demás cosa cierta es, que en cualquiera cosa que nuestro

Señor se sirve, ha el demonio de probar su poder debajo de muy buenos colores. Harto ha hecho acá, y en alguna manera tiene razón; porque les parece, que, como se ha de vivir de limosna en estas casas, que en viendo nos hacen merced personas que pueden, se podría pasar mal; y por algún tiempo ya será posible, mas luego se entenderá la verdad... Plega a su Majestad guarde a vuestras mercedes muchos años para que lo gocen, y hagan la casa [el hospital] a tan gran Rey, que yo espero en su Majestad la pagará con otra que no se acabe.»

Estamos en octubre de 1569. Lorenzo de Cepeda, que había desempeñado durante largo tiempo el cargo de tesorero en la provincia de Quito, había anunciado inesperadamente su resolución de volver a España. Esto había causado a Teresa una alegría sin igual, y no perdió tiempo en comunicar la grata nueva a su hermana Juana, de Alba de Tormes, cuya apurada situación era natural que mejorase estando entre ellos Lorenzo.

«A Avila envío dineros para que le hagan este mensajero, porque no podrá dejar de darle contento esas cartas; á mí me le ha dado grandísimo, y espero en el Señor, que ha de ser para algún remedio de sus trabajos... ¿Ahora no ven qué es lo que Dios obra en Lorenzo de Cepeda? Más me parece que mire la comodidad con que se salven sus hijos que con que tenga mucha hacienda... No hay contento para mí tan grande, como es, que á quien tanto quiero como á mis hermanos, tienen luz para querer lo mejor. ¿No las decía yo que dejasen á nuestro Señor, que Él tenía el cuidado? Así lo digo ahora, que pongan sus negocios en sus manos, que su Majestad hará en todo lo que más nos conviene.»

Fijémonos en la postdata, que es, en cierto modo, una revelación de las debilidades humanas de los Santos.

«Yo abrí esa carta de mi hermano para...: Sepa que la iba á abrir y se me hizo escrúpulo; si hay algo de lo que allá no viene, avíseme.»

En el mes de enero escribió a su hermano Lorenzo la siguiente carta, que vale la pena de citar con gran extensión, y por la cual se verá que el generoso tesorero del Perú no se olvidaba de aquellos que había conocido en su niñez, y atendía a sus necesidades lo mismo que a las de Teresa y Juana:

«En todos nuestros monasterios se hace oración muy particular y continua; que, pues el intento de vuestra merced es para servir á nuestro Señor, su Majestad nos le traiga con bien, y encamine lo que más sea para su alma provechoso de esos niños. Ya escribí á vuestra merced, que son seis los conventos que están ya fundados, y dos de frailes, también Descalzos, de nuestra Orden... Al presente estoy en

Toledo. Habrá un año por la víspera de nuestra Señora de Marzo que llegué aquí: aunque desde aquí fuí á una villa de Ruy Gomez, que es príncipe de Eboli, adonde se fundó un monasterio de frailes y otro de monjas, y están harto bien. Y he estado harto mejor de salud este invierno; porque el temple de esta tierra es admirable, que á no haber otros inconvenientes (porque no lo sufre tener vuestra merced aquí asientos para sus hijos) me da gana algunas veces de que se estuviera aquí, por lo que toca al temple de la tierra. Mas lugares hay en tierra de Avila donde vuestra merced podrá tener asiento para los inviernos, que así lo hacen algunos. Por mi hermano Gerónimo de Cepeda lo digo, que antes pienso, cuando Dios le traiga, estará acá con más salud. Todo es lo que su Majestad quiere. Creo que ha cuarenta años que no tuve tanta salud, con guardar lo que todas, y no comer carne nunca, sino á gran necesidad.

»Habrá un año tuve unas cuartanas, que me han dejado mejor. Estaba en la fundación de Valladolid, que me mataban los regalos de la señora doña María de Mendoza, mujer que fué del secretario Cobos, que es mucho lo que me quiere. Así que cuando el Señor ve que es menester para nuestro bien, da salud, cuando no, enfermedad. Sea por todo bendito. Pena me dió ser la de nuestra merced en los ojos, que es cosa penosa. Gloria á Dios que hay tanta mejoría.

»Ya escribió Juan de Ovalle á vuestra merced, cómo fué á Sevilla de aquí [Toledo]. Un amigo lo encaminó tan bien, que el mismo día que llegó sacó la plata. Trájose aquí adonde se darán los dineros, á fin de este mes de Enero. Delante de mí se hizo la cuenta de los derechos que han llevado: aquí la enviaré, que no hice poco yo entender estos negocios, y estoy tan baratona y negociadora, que ya sé de todo con estas casas de Dios y de la Orden: y así tengo yo por suyos los de vuestra merced, y me huelgo de entender en ellos. Antes que se me olvide: sepa que después que escribí á vuestra merced ahora, murió el hijo de Cueto; harto mozo: no hay que fiar en esta vida: así me consuela cada vez que me acuerdo cuan entendido lo tiene vuestra merced.

»En desocupándome de aquí, querría tornarme á Avila, porque todavía soy de allí priora, por no enojar al obispo, que le debo mucho, y toda la Orden. De mí no sé lo que hará el Señor, si iré á Salamanca, que me dan una casa; que aunque me canso, es tanto el provecho que hacen estas casas en el pueblo en que están, que me encarga la conciencia haga las que pudiera. Favorécelo el Señor de suerte que me anima á mí.

»Olvidóseme de escribir en estotras cartas el buen aparejo que hay en Avila, para criar bien esos niños. Tienen las de la Compañía un

colegio, adonde les enseñan gramática y los confiesan de ocho en ocho días, y hacen tan virtuosos, que es para alabar á nuestro Señor. También leen filosofía, y después teología en Santo Tomás, que no hay que salir de allí para virtud y estudios: y en todo el pueblo hay tanta cristiandad, que es para edificarse los que vienen de otras partes; mucha oración y confesiones, y personas seglares que hacen vida muy de perfección.

»El bueno de Francisco Salcedo, lo está. Mucha merced me ha hecho vuestra merced en enviar tan buen recaudo á Cepeda. No acaba de agradecérselo aquel santo, que no creo le levanto nada. Pedro de el Peso, el viejo, murió habrá un año; bien logrado fué. Ana de Cepeda ha tenido en mucho la limosna que vuestra merced la hizo; con eso será bien rica, que otras personas la hacen bien, como es tan buena... El hijo de la señora doña María, mi hermana, y de Martín Guzmán, profesó y va adelante en su santidad. Doña Beatriz y su hija ya he escrito á vuestra merced murió. Doña Magdalena, que era la menor, está en un monasterio seglar. Harto quisiera yo la llamara Dios para monja. Es harto bonita. Muchos años ha que no la ví. Ahora la traían un casamiento con un mayorazgo viudo; no sé en qué parará.

»Ya he escrito á vuestra merced, cuan á buen tiempo hizo la merced á mi hermana [se refiere á Juana]; que yo me he espantado de los trabajos de necesidad que la ha dado el Señor, y hálo llevado tan bien, que así la quisiera dar yo alivio. Yo no la tengo de nada, sino que me sobra todo; y así, lo que vuestra merced me envía en limosna, de ello se gastará con mi hermana, y lo demás en buenas obras; y será por vuestra merced. Por algunos escrúpulos que traía, me vino harto á buen tiempo algo de ello; porque con estas fundaciones ofrécenseme cosas algunas, que aunque más cuidado traigo, y es todo para ellas se pudiera dar menos en algunos comedimientos de letrados, que siempre para las cosas de mi alma trato con ellos: en fin, en naderías, y así me fué de harto alivio por no los tomar de nadie, que no faltaría. Mas gusto tener libertad con estos señores para decirles mi parecer. Y está el mundo tal de intereses, que en forma tengo aborrecido este tener. Y así no tendré ya nada, sino con dar á la misma Orden algo, quedaré con libertad, que yo daré con ese intento; porque tengo cuanto se puede tener del General y Provincial, así para tomar monjas como para mudar, y para ayudar á una casa con lo de otras. Es tanta la ceguedad que tienen en tener crédito de mí, que yo no sé cómo; y tanto el que yo tengo para fiarme mil y dos mil ducados. Así que, á tiempo que tenía aborrecidos dineros y negocios, quiere el Señor que no trate con otra cosa, que no es pequeña cruz... En forma me parece

he de tener alivio con tener á vuestra merced acá, que es tan poco el que me dan las cosas de la tierra, que por ventura quiere nuestro Señor tenga ese, y que nos juntemos entrambos, para procurar más su honra y gloria, y algún provecho de las almas; que esto es lo que mucho me lastima, ver tantas perdidas, y esos indios no me cuestan poco. El Señor las dé luz, que acá y allá hay harta desventura; que como ando en tantas partes, y me hablan muchas personas, no sé muchas veces qué decir, sino que somos peores que bestias, pues no entendemos la gran dignidad de nuestra alma, y cómo la apocamos con cosas tan apocadas, como son las de la tierra. Dénos el Señor luz... Con el padre fray García de Toledo, que es sobrino del virrey, persona que yo echo harto menos para mis negocios, podrá vuestra merced tratar. Y si hubiera menester alguna cosa del virrey, sepa que es gran cristiano el virrey y fué harta ventura querer ir allá. En los envoltorios le escribía. También enviaba en cada uno reliquias á vuestra merced para el camino: harto querría llegasen allá. No pensé alargarme tanto. Deseo que entienda la merced que le hizo Dios en dar tal muerte á la señora doña Juana. Acá se ha encomendado á nuestro Señor y hecho las honras en todos nuestros monasterios; y espero en su Majestad, que ya no lo ha menester. Mucho procure vuestra merced desechar esa pena. Mire que es muy de las que no se acuerdan de que hay vida para siempre sentir tanto á los que van á vivir, salidos de estas miserias. A mi hermano el señor Gerónimo Cepeda me encomiendo mucho, que tenga ésta por suya. Mucho me alegra decirme vuestra merced, que tenía dada orden para que se pudiese venir de aquí á algunos años, y querría, si pudiese, no dejase allá á sus hijos; sino que nos juntemos acá, y nos ayudemos para juntarnos para siempre.»

Después dice en una postdata:

«De las misas están dichas muchas, y se dirán las demás. Una monja he tomado sin nada, que aun la cama la quería yo dar, y ofrecídola á Dios, porque me traiga á vuestra merced bueno, y á sus hijos.»

Hermosa carta. Con qué ternura piensa esta Santa humana en la próxima reunión de su desparramada familia. Ved cómo su solicitud abarca a todos: Pedro, Agustín, Hernando, a aquellos que la robustez de su juventud habían sido la alegría de la casa paterna, hoy alejados en las Indias, y envejecidos, tanto por los trabajos como por el tiempo. No, Teresa no perdió nunca su apego a sus parientes y vecinos de Ávila, y ni las fundaciones ni la santidad llegaron jamás a amortiguar su interés por aquellos que la habían cuidado y acariciado de niña.

Le preocupa la idea de que, a la vuelta del Perú, puedan sus her-

manos acostumbrarse al clima riguroso de Avila, pero una inquebrantable fidelidad a las tradiciones de la familia les hizo establecerse allí, y no en Toledo, ciudad que tuvo siempre un gran atractivo para Teresa, por la benignidad de su clima. No es menos digna de mención su escrupulosidad en la administración y empleo de las grandes cantidades que pasaban por sus manos, que jamás sirvieron para satisfacer la codicia o las necesidades de sus parientes. Ved con cuánta dulzura y firmeza pone coto a las pretensiones de la pobre Juana:

«Una cosa la pido por caridad, que no me quiera para provecho del mundo, sino para que la encomiende á Dios; porque en otra cosa, aunque más diga el señor Godinez, yo no he de hacer nada, y dame mucha pena; yo tengo quien gobierne mi alma, y no por la cabeza de cada uno. Esto digo, porque responda cuando algo la dijeren; y entienda vuestra merced que para como está ahora el mundo, y en el estado que me ha puesto el Señor, mientras menos pensaren que haga por ella, mejor me está a mí, y esto conviene al servicio del Señor. Cierto que con no hacer nada, si tantico imaginasen, dirían de mí lo que yo de otros: y así; ahora que me trae esa nonada, es menester aviso.

»Crea que la quiero bien, y alguna vez hago alguna naderia, á tiempo que la cae en gracia; sino que entiendan cuando la dijeren algo, que lo que yo tuviere lo he gastar en la Orden, porque es suyo; y ¿qué tienen que ver en esto? Y crea que quien está en los ojos del mundo, tanto como yo, que aun lo que es virtud es menester mirar como se hace. No podrá creer el trabajo que tengo; y pues yo lo hago por servirle, su Majestad me mirará por vuestra merced y sus cosas. Él me la guarde, que me he estado mucho, y ha tañido á Maitines. Yo le digo, cierto, que en viendo una cosa buena de las que entran, la tengo delante, y á Beatriz, y que nunca he osado tomar ninguna aún por mis dineros.»

Otra carta modelo de gracia y cortesía es la que escribió, en la Cuaresma de 1560, a Fray Antonio de Segura, guardián del monasterio de franciscanos descalzos de Cadahalso; había profesado su sobrino Fray Juan de Jesús, hijo de su hermana María y de Martín Guzmán y Barrientos:

«Sea con vuestra merced el Espíritu Santo, padre mío. No sé que me diga de lo poco que hay que hacer caso de cosa de este mundo, y cómo no lo acabo de entender. Digo esto porque nunca pensé que vuestra merced olvidara tanto á Teresa de Jesús; y como está tan cerca, no puede ser tener memoria, pues tan poco se parece, que habiendo vuestra merced estado aquí, no viese y echase la bendición á esta su casa. Ahora me escribe el padre Julian de Avila, que está vuestra merced

por guardian allí en Cadahalso, que con harto poco acuerdo, que vuestra merced tuviera, supiera de mí alguna vez. Plega el Señor no me olvide así en sus oraciones, que con esto lo pasaré todo lo que hago yo, aunque miserable. Escríbeme también que mi sobrino viene ahí, aunque de paso, si ya no es ido, suplico á vuestra merced que haga que me escriba largo, de cómo le va interior y exteriormente, que según le ejercita la obediencia en caminos, ú muy aprovechado ú distraído estará. Dios le dé fuerzas, que no se han con él como yo pensé se hiciera por ser cosa mía. Si es menester que procure favor de los prelados, vuestra merced me avise, que quien tiene á la señora Doña María de Mendoza y á otras personas semejantes, facil será; para que se tenga cuenta con dejarle si quiera sosegar un poco.»

Por esta carta, y las anteriores, vemos ya a Teresa como una de las figuras más importantes en la España de aquellos días. Las tormentas que se cernían sobre la fundación de Toledo, han desaparecido por completo. Antonio Ramírez, vencido por el éxito que había alcanzado la fundación entre los más altos personajes de Toledo, ha reanudado sus negociaciones con Teresa con respecto al patronato del convento, tan codiciado por los orgullosos hidalgos toledanos, para quienes era un insulto que un plebeyo comerciante, por rico y estimado que fuera, consiguiese honrar su nombre, y el de su posteridad, con un privilegio que había sido hasta entonces un derecho exclusivo de la nobleza. Además, el Gobernador, al dar la licencia para la fundación, había estipulado claramente la condición de que los patrones del convento fuesen nobles. La ocasión en que Teresa decidió este conflicto, hay que calificarla de memorable. Es muy posible que los mil doscientos ducados que había recibido de Ruy para que comprase una casa, la inclinaran en su favor; mas no por esto dejarían de ser menos edificantes las siguientes palabras:

«Nuestro Señor me quiso dar luz en este caso, y así me dijo una vez: Cuan poco al caso harían delante del juicio de Dios estos linajes y estados. Y me hizo una reprension grande porque daba oidos a los que me hablaban de esto, que no eran cosas para los que ya tenian despreciado el mundo.»

No tuvo motivo para arrepentirse de haber tomado una resolución de tanta trascendencia espiritual y práctica. Con aquellos mil doscientos ducados se compró una excelente casa en el barrio de San Nicolás, donde dejó establecidas a sus monjas, antes de salir de Toledo con dirección a Salamanca. En esta casa, que todavía existe, y cuyo piso bajo ha sido convertido en almacén de comestibles, pasó Teresa algunos de los años más interesantes de su vida. Desde 1576 hasta 1580,

período bien crítico para la Orden Carmelita, apenas si Teresa se ausentó de allí, a no ser para hacer una visita a Ávila o a Malagón.

En la calma de aquel retiro escribió la más importante de sus obras, al decir de los críticos: *Las Moradas*. Y en 1571 y 1576, respectivamente, dos de sus más curiosas Revelaciones. Esta casa tan íntimamente relacionada con el período de la vida de Teresa, en que alcanzara su máximo grado de madurez intelectual, tiene un encanto para los adeptos de la Santa casi igual al de la Encarnación. La casa se encuentra algo apartada de la sombría y estrecha calle, que es como el corazón de esta ciudad morisca, tan llena de vestigios de extrañas civilizaciones. Desde sus ventanas, Teresa vería las almenadas murallas del palacio de Carlos V, que antes lo fuera de los reyes moros, coronando una cuesta a corta distancia. ¡No es ilusión mía! De *Las Moradas* emana el ambiente legendario de aquellos alrededores. Una gran torre, murallas tortuosas, calles estrechas y resonantes, portones y postigos claveteados, labradas rejas y saeteros, amplios patios, cuyas columnas de alabastro, fuentes de mármol y flores de azahar, hicieron concebir a la Santa un símil del alma lleno de sensualidad, cuando la llama «resplandeciente y hermoso castillo, esta perla oriental». Hoy, como ya he dicho, puede verse todavía la casa en una estrecha calle del barrio de San Nicolás, frente a la antigua Casa de la Moneda, y contigua a una capillita de estilo Renacimiento, que tiene en la entrada la siguiente inscripción:

BIS GENITI TUTOR JOSEPH CONJUXQUE PARENTIS,
HAS AEDES HABITAT PRIMAQUE TEMPLA TENET

Un patio solitario, cubierto de hierba mojada a la hora del crepúsculo, unas paredes altas, una nave de iglesia muy sencilla, impregnada de la melancolía de una tarde de febrero, y las flamígeras siluetas de un Greco, iluminadas por los reflejos mortecinos de una lámpara, que contrastan con la última luz del día. Esta es la visión que yo conservo en la mente de esos lugares.

Mas nada de esto conmueve tanto a los teresianos como la vista de dos tumbas que hay en la capillita. Son las de los fundadores. Una lleva inscrito el nombre de Martín Ramírez, y la fecha de su muerte, en octubre de 1568. La otra es la de su sobrina Francisca, que murió el 12 de mayo de 1568, y allí yace con su esposo, aquel mismo Diego Ortiz, cuya competencia en teología fué origen de tantos contratiempos para la Santa. Éste vivió hasta la edad de noventa años, y murió

el 30 de noviembre de 1611. Los teresianos tienen también en gran estima un cuadro que se conserva en la sacristía de la capilla, representando a Martín, en su lecho de muerte, dando las últimas instrucciones en favor de la Santa.

Mas la casa donde empezó la fundación no estaba destinada a ser siempre un convento para las hijas de Teresa. A ello se opusieron los constantes conflictos entre sus fundadores y las monjas. Durante su vida Teresa consiguió suavizar muchas desavenencias. El día antes de seguir para Ávila, en agosto de 1570, en una carta, llena de exquisita cortesía, expuso a don Diego Ortiz cuál era su posición y cuáles sus derechos, procurando así poner al abrigo de indebidas molestias a sus monjas en el futuro:

«Lo que yo pretendí, fué que los señores capellanes quedasen obligados á cantar los días de fiesta; porque entonces lo teníamos nosotros de Constitución, y no obligar a las monjas, que por su regla pueden ellas cantar ó no, que aunque es de Constitución, no es cosa que las obliga a ningún pecado. Mire vuestra merced si las había yo de obligar; no lo hiciera por ninguna cosa; ni vuestra merced ni nadie me pidió tal cosa; sino que yo lo dije así, por nuestra comodidad. Si en escribirlo hubo yerro, no es razón pedirles con fuerza lo que está en su voluntad; y pues ellas la tienen de servir a vuestra merced y de ordinario cantar las misas, suplico á vuestra merced, que cuando se les ofrezca necesidad, tenga por bien que gocen de su libertad. La mano ajena suplico á vuestra merced perdone que me tienen las sangrías flaca, y no está la cabeza para más.»

Las demás cartas que quedan de su correspondencia de 1571, se refieren exclusivamente a la fundación de Toledo. La que escribió el mismo año, desde Salamanca, a Diego Ortiz, está concebida en los siguientes términos:

«La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra merced, amén. Háceme vuestra merced tanta merced y caridad con sus cartas, que aunque la pasada hubiera sido muy más rigurosa, quedaba bien pagada y obligada á servir de nuevo. Dice vuestra merced, que me envió lo que trajo el padre Mariano, para que entendiere las razones que hay en lo que pide; y estoy desengañada de que vuestra merced las dice tan buenas, y sabe tan bien encarecer lo que quiere, que las más tendrán poca fuerza, y así no pienso defenderme con razones, sino como los que tienen mal pleito, ponerlo á voces, y darlas á vuestra merced con acordarle á que está más obligado siempre á favorecer á las hijas, que son huérfanas y menores, que no á los capellanes; pues en fin, todo es de vuestra merced, y tan suyo, y más el monasterio, y los que están en él,

que no los, que como vuestra merced dice, van con gana de acabar presto (se refiere a los capellanes de misa y olla).

»Mucha merced me hace vuestra merced en tener por bien lo de las Vísperas, que es cosa en que yo no le puedo servir. En lo demas, ya yo escribo á la madre priora para que lo haga como vuestra merced lo mandare, y le envio su carta. Quizás con dejarlo todo en sus manos, y las del Señor Alonso Alvarez, granjearemos más. Allá se lo concierten entrambos. Una cosa me parece se les hace notable agravio, y les será pesadumbre el haber de decir antes de la misa mayor la misa, cuando alguno hiciere fiesta: en especial si hay sermón, no sé como se ha de concertar. Importa poco á vuestras mercedes, que ese dia se haga la fiesta á la mayor, y un poco antes se diga rezada la de la capellanía. Ello es pocos dias, haga vuestra merced algo contra lo que quiere, y hágame esta merced, aunque sea dia de fiesta, no siendo las que vuestras mercedes hacen! En fin todo lo que vuestra merced viere es mejor para más firme, no saldré de ello, y de todo lo que yo pudiere servir á vuestra merced. Pésame á mi de no poder estar adonde pueda mostrar mi voluntad de más cerca.»

Después de la muerte de la Santa, las relaciones entre la comunidad y sus patronos llegaron fatalmente a un término de ruptura. En 1594, doce años después de la muerte de Teresa, las monjas se mudaron a la casa de un tal Alonso Franco, en la Tendilla de Sancho Minaya, cerca del lugar que ocupa hoy el convento capuchino. En 1608, Beatriz de Jesús, sobrina de la Santa, trasladó definitivamente la comunidad a unas casas que pertenecían a don Francisco de la Cerda, cerca de la puerta del Cambrón y que era como un lugar santo para ellas, pues según una creencia popular había existido allí el palacio de doña Luisa de la Cerda, donde tantas veces se hospedó la Fundadora. El que visite la Iglesia de San Juan de los Reyes, en las afueras de Toledo, cerca de la puerta de Cambrón, no podrá por menos de notar enfrente de la inclinada cuesta, a la derecha, un edificio cuya irregular arquitectura es un ejemplo, a la vez, de la pesadez ciclópea de los visigodos, la solidez sencilla de los moros y la gracia del primitivo Renacimiento. Por un lado se levanta abruptamente sobre el abismo que separa la vega del Tajo de la población y por el otro protege la angosta entrada de las puertas del pueblo. Sus muros, que el transcurso del tiempo ha desteñido, dejando aquí y allá parches de un rojo a veces diáfano y delicado y a veces rabioso, están llenos de ventanas irregulares. Entre una saetera gótica y una ventana conventual con su celosía de madera, aparece un delicado ajimez moruno, desde el cual, en otros tiempos, a la puesta del sol, algún moro de cara curtida

contemplaría, al caer de la tarde, la vuelta a la ciudad de airosos jinetes a lo largo de la vega. Un puntalón aquí y allá sosteniendo una pared medio derruída del anguloso edificio, puertas y maderajes carcomidos y medio despintados por el sol, hierros caprichosos, la hierba que crece en el patio entre los resquicios de las losas y el reinante silencio completan este cuadro de melancolía y abandono, cuyo encanto nos induce, como un dulce ensueño, a alargar su contemplación hasta identificarnos con los pensamientos íntimos que guiaron las manos de los artistas que allí laboraron y el espíritu de aquellos tiempos. Por las paredes de este viejo edificio parece que se desliza, al caer de la tarde, la reproducción espectral de aquella vida religiosa tan llena de preponderancia en tiempos que fueron. Qué marco tan adecuado para esas figuras místicas, olvidadas del mundo y de los hombres, que consumen allí melancólicamente su existencia fieles a un ideal del pasado. Al pie de la cuesta donde se alza esta casa, reliquia de tantos siglos y tan diferentes civilizaciones, está la Iglesia de San Juan de los Reyes. Las mohosas cadenas de los cristianos cautivos libertados por Fernando e Isabel que cuelgan en torno de su puerta principal, contrastan extrañamente con las guirnaldas de granadas que recubren cada nicho y cada chapitel. Cuántas veces no bajaría a rezar allí la madre Teresa y perdida en la penumbra de las extensas naves atraería la figura arrodillada de la viejecita monja la mirada respetuosa de los fieles toledanos. Aquella viejecita monja, sí, aquella mujer castellana que fué la más ilustre representación de los ideales de su época, ideales de virtud y de caballerosidad, en oposición a la indiferencia y a la frivolidad, ideales que si bien arrastraron al más hidalgo de los hidalgos españoles a atacar lanza en ristre a unos molinos, también sirvieron para hacer prevalecer cuanto hay de noble y puro en el corazón humano, y cuya influencia, llegando sutilmente hasta nosotros a través de los siglos, es la que no lucha sino en pro de ún dogma religioso, en pro del Derecho y la Razón, fines los más sublimes que puede perseguir la Humanidad.

CAPÍTULO XIV

FUNDACIONES DE SALAMANCA Y ALBA DE TORMES

Durante su estancia en Toledo, Teresa recibió una carta de Martín Gutiérrez, rector del Colegio de la Compañía de Jesús, en Salamanca. Deseoso del progreso de una reforma que consideraba de gran beneficio para los intereses de la Iglesia en general, le aconsejaba en ella que estableciese la nueva Orden en dicha ciudad, muy a propósito para este objeto, y en apoyo de su opinión traía a cuento muchas y excelentes razones.

«Aunque por ser muy pobre el lugar, dice Teresa, me había detenido de hacer allí fundación de pobreza. Mas considerando que lo es tanto Avila, y nunca le falta, ni creo que le faltará Dios á quien le sirve... determineme á hacerle; y yéndome desde Toledo á Avila, procuré desde allí la licencia del Obispo que era entonces, el cual lo hizo tan bien, que como el padre rector le informó de esta Orden, y que sería servicio de Dios, la dió luego. Parecíame á mí, que en teniendo la licencia del Ordinario, tenía hecho el monasterio, según se me hacía fácil. Y así luego procuré alquilar una casa, que me hizo haber una señora que yo conocía, y era dificultoso, por no ser tiempo en que se alquilan, y tenerla unos estudiantes, con los cuales acabaron de darla, cuando estuviese allí quien había de entrar en ella. Ellos no sabían para lo que era, que de esto traía yo grandísimo cuidado, que hasta tomar la posesión no se entendiese nada, porque ya tengo experiencia de lo que el demonio pone por estorbar uno de estos monaste-

rios... Pues habida la licencia, y teniendo cierta la casa, confiada en la misericordia de Dios (porque allí ninguna persona había que pudiese ayudar con nada, para lo mucho que era menester para acomodar la casa) me partí para allá llevando sólo una compañera, por ir más secreta, que hallaba mejor esto que no llevar las monjas, hasta tomar la posesión; que estaba escarmentada de lo que me había acaecido en Medina del Campo, que me ví allí en mucho trabajo; porque si hubiese estorbo, lo pasase yo sola el trabajo con no más de la que no podía excusar... No pongo en estas fundaciones los grandes trabajos de los caminos, con fríos, con soles, con nieves, que venía una vez no cesarnos en todo el día de nevar, otras perder el camino, otras con hartos males y calenturas, porque, gloria á Dios, de ordinario es tener poca salud, sino que veía claro que nuestro Señor me daba esfuerzo. Porque me acaecía algunas veces, que se trataba de fundación, hallarme con tantos males y dolores que yo me acongojaba mucho; porque me parecía, que aun para estar en la celda sin acostarme, no estaba, y tornarme á nuestro Señor, quejándome á su Majestad, y diciéndole que cómo quería hiciese lo que no podía; y después aunque con trabajo, su Majestad daba fuerzas, y con el hervor que me ponía y el cuidado, parece que me olvidaba de mí. Á lo que ahora me acuerdo, nunca dejé fundación por miedo del trabajo, aunque de los caminos en especial largos, sentía gran contradicción; mas en comenzándolos á andar, me parecía poco, viendo en servicio de quien se hacía, y considerando que en aquella casa se había de alabar el Señor y haber Santísimo Sacramento.»

Los párrafos anteriores son de los Anales de la fundación de Salamanca, que Teresa escribió en años posteriores, en su tranquila celda de Toledo.

Ella y la monja que la acompañaba, como acabamos de ver, hicieron a pie casi todo el camino, durante una larga y fría noche de invierno. Fué al medio día, una víspera de Todos los Santos, cuando aparecieron ante sus ojos las cúpulas, las torres y las murallas amarillentas de aquella pintoresca Salamanca del siglo XVI. La magnífica ciudad del Tormes, joya del Renacimiento, se encontraba ya en plena decadencia, debido en gran parte a los monasterios, cuyo número iba a aumentar la madre Teresa. Tanto en la capital como en la provincia, una de las más ricas de España, había tal enjambre de conventos, colegios, hospitales, iglesias y fundaciones piadosas, que los habitantes apenas si podían considerar como suya una pulgada de terreno, y se veían casi todos en la necesidad de ganarse el sustento dando hospedaje a los estudiantes, que acudían a la famosa Universidad, pues lo

mismo la agricultura, como la industria, habían desaparecido por completo en aquella región.

Pero no incurramos en digresiones. Sigamos a nuestras monjas, caminando a través de los veintiséis arcos del puente romano vecino a la ciudad, pasando por delante de la fortaleza que guarda su entrada, hasta verlas desaparecer tras la puerta en forma de herradura de algún mesón salmantino.

Una vez allí, mandaron a buscar en seguida a un cierto Nicolás Gutiérrez, a quien Teresa había dado el encargo desde Ávila de que les tuviese preparada una casa. Éste acudió inmediatamente, trayéndoles la desagradable noticia de que no le había sido posible cumplir el encargo, pues la casa que él había destinado para las monjas estaba ocupada por unos estudiantes, y éstos se resistían a desalojarla (1).

«Yo le dije—habla Teresa—lo que importaba que luego nos la diesen, antes que se entendiese que yo estaba en el lugar, que siempre andaba con miedo no hubiese algún estorbo, como tengo dicho. El fué á cuya era la casa, y tanto trabajó, que se la desembarazaron aquella tarde: ya casi noche entramos en ella.»

. . . . . .

«Fué el primero que fundé—añade Teresa—sin poner el Santísimo Sacramento, porque yo no pensaba era tomar la posesión, si no se ponía; y habia ya sabido que no importaba, que fué harto consuelo para mí, según habia mal aparejo de los estudiantes: como no deben de tener esa curiosidad, estaba de suerte toda la casa, que no se trabajó poco aquella noche.»

Me parece ver a las buenas ancianas con sus monjiles, escoltadas por Gutiérrez, embozado en su capa, cruzando como sombras en la penumbra de las calles de la romántica ciudad. Oígo el chirrido de una cerradura, y cuando el eco de los pasos y voces de la comitiva resuena medrosamente por la casa desmantelada, una de ellas enciende un candil, lo cuelga de un gancho en la pared, y en seguida se arremanga el hábito y, ajena a las malas noches pasadas por los caminos, empieza a trajinar en seguida, para remediar, del mejor modo posible, la poca «curiosidad» de los estudiantes desalojados. Veo a Teresa y a María del Sacramento trabajando toda aquella larga noche de noviembre, tan contentas como si hubiesen poseído de pronto las minas de oro del Perú, a pesar de que toda su fortuna consistía en dos cuadros viejos: un *Ecce Homo* y un *Descenso de la cruz*, que Teresa había

(1) En años posteriores, convertido en Obispo de Barbastro uno de esos estudiantes, solía contar la historia de cómo fué expulsado de la casa con sus compañeros para que se estableciesen en ella las monjas de Teresa.

comprado, al salir de la posada, con los últimos catorce reales que le sobraban del viaje. «Cuanto menos dinero, mayor corazón.» El rector de los jesuítas les había prestado unas mesas, alguna ropa de cama, un paño de altar y los objetos de decir misa. Con la ayuda de dos padres de la Compañía improvisaron mañosamente un altar, y cuando la luz grisácea del alba empezaba a filtrarse por las rendijas de las ventanas, el rector Martín Gutiérrez celebró la primera misa en el nuevo convento.

«Aquel mismo día—escribe Teresa—procuré que fuesen por más monjas, que habian de venir de Medina del Campo. Quedamos la noche de Todos los Santos mi compañera y yo solas. Yo os digo, hermanas, que cuando se me acuerda el miedo de mi compañera, que era María del Sacramento, una monja de más edad que yo, harto sierva de Dios, que me dá gana de reir. La casa era muy grande y desbaratada y con muchos desvanes, y mi compañera no habia de quitársele del pensamiento los estudiantes, pareciéndole, que como se habian enojado tanto de que salieron de la casa, que alguno se habia escondido en ella: ellos lo pudieran muy bien hacer, según habia donde. Encerrámonos en una pieza donde estaba paja, que era lo primero que yo proveia para fundar la casa; porque teniéndolo, no nos faltaba cama: en ella dormimos esta noche con amás dos mantas que nos prestaron. Otro dia unas monjas que estaban junto, que pensamos les pesara mucho, nos prestaron ropa para las compañeras que habian de venir, y nos enviaron limosna: llamábase Santa Isabel, y todo el tiempo que estuvimos en aquella casa nos hicieron buenas obras y limosnas.

»Como mi compañera se vió encerrada en aquella pieza, parece se sosegó algo cuanto á los estudiantes, aunque no hacía sino mirar á una parte y á otra, todavía con temores, y el demonio que la había de ayudar con representarla pensamientos de peligro para turbarme á mí, que con la flaqueza de corazón que tengo, poco me solía bastar. Yo la dije qué miraba, pues allí no podía entrar nadie. Díjome: «Madre, estoy pensando si ahora me muriese yo aquí, ¿qué haríais vos sola?» Aquello, si fuera, me parecía recia cosa: hízome pensar un poco en ello, y aun haber miedo, porque siempre los cuerpos muertos, aunque yo no lo he, me enflaquecen el corazón, aunque no esté sola. Y como el doblar de las campanas ayudaba, que como he dicho, era noche de las ánimas, buen principio llevaba el demonio para hacernos perder el pensamiento con niñerías: cuando entiende que de él no se ha miedo, busca otros rodeos. Yo la dije: «Hermana, de que eso sea, pensaré lo que he de hacer; ahora déjeme dormir.» Como habíamos tenido dos

noches malas, presto quitó el sueño los miedos. Otro día vinieron más monjas, con que se nos quitaron.»

En el barrio de San Francisco de las afueras de Salamanca, se ve todavía la casa de fachada larga y desigual donde Teresa y Sor María del Sacramento pasaron aquella noche de noviembre, víspera de los Difuntos.

Aunque no podemos considerarlo, en realidad, como un monumento teresiano, ¡contemplemos bien ese edificio! En su resistencia a los embates del tiempo es vestigio de una vida cada día más brumosa para nosotros en el horizonte del pasado. La puerta arqueada para la entrada de los viajeros a caballo; los escudos borrosos que la empenachan con las armas de los Godines, parientes de Teresa y de su hermano Juan de Ovalle; el bajo tejado sin nivel y descolorido; aquellos muros robustos, llenos de ventanas abiertas con caprichosa desimetría por diferentes generaciones, todo es un símbolo de aquella mezcla de sencillez, fuerza reprimida y grandeza que caracterizó a la vieja España. Entremos en el cuarto que, según la tradición, ocuparon Teresa y sus compañeras. El techo es bajo y oscuro, con vigas torcidas al descubierto; las paredes, blanqueadas, hacen pensar que el albañil que las construyera puso todo su empeño en darlas resistencia y solidez a expensas de la tersura de la superficie, y en las puertas enanas de castaño, puede verse todavía, a pesar de una mugre de siglos, la huella de la azuela del carpintero. Según las costumbres modernas, la casa resulta poco menos que inhabitable (1). Sin embargo, en ciertos detalles de ese mismo cuarto hallaréis restos de un lujo que todos los millones del mundo no podrían conseguir hoy; por ejemplo, el artesonado con incrustaciones de marfil, obra habilísima de artífices moros... ¡Qué extraña atmósfera de quietud y de vacío, qué aroma de vetustez, qué tristeza emana de estos vestigios seculares, en su resistencia a los embates del tiempo! En su contemplación el alma se edifica, saturándose del ambiente de una edad más romántica y soñadora que la nuestra... Las tablas del viejo entarimado crujen ásperamente bajo nuestros pies. La luz que se filtra por las rendijas de las angostas ventanas, se desliza y extiende mansamente en el piso y las paredes. En la

(1) Ésta, y otras como ésta, eran las casas donde muchas familias de la nobleza de Castilla vivían forzadas por la pobreza, sin menoscabo de su dignidad. A esta clase perteneció don Juan de Ovalle, que podía contar en su linaje tres generaciones de ilustres antecesores. A esta clase perteneció el padre de Teresa, emparentado, como ya sabemos, con las más linajudas familias de Castilla, y también el no menos linajudo don Martín Guzmán y Barrientos. Todos ellos sufrieron los reveses de la fortuna con esa altivez y gravedad que prevalecen en el pueblo español como uno de los rasgos más característicos de la raza.

quietud del patio laten los ardores del mediodía, resuenan pastosos los trinos de los pájaros enjaulados y se densifica el aroma de las flores. Una exuberante enredadera envuelve en el misterio de sus hojas las columnas que sostienen el piso alto, se entremete en todas las rendijas, se asoma a todas las ventanas y cae desmayada en colgantes guirnaldas desde los dinteles. Enajenados por el encanto del lugar, sufrimos una ilusión, vemos cruzar una mística figura que cruza por el patio, y al roce musitante de su manto fluyen de los rincones y desvanes del abandonado recinto un ambiente de paz y de resignación, un aroma sutil de exhumadas reliquias.

Dos meses escasos después de haber fundado en Salamanca, Teresa se puso en camino para Alba de Tormes. Según el cronista, ya había hecho un viaje a esa ciudad. Dicho viaje, emprendido a instancias de su cuñado y de su hermana Juana con el objeto de ocuparse de la proyectada fundación de Alba, no tuvo resultado práctico ninguno, pues en vista de las dificultades implicadas en las condiciones que trataban de imponer los patronos, Teresa abandonó toda idea de llevar a cabo sus planes y regresó a Toledo. Sea como quiera, es seguro que la Santa había visitado Alba más de una vez, pues encontrándose Alba más cerca de Ávila, en línea recta, que Salamanca, es lo más probable que ella y Sor María del Sacramento cruzasen por allí de paso para la docta ciudad. Al pasar montada en su borriquillo por ese camino, de vuelta de Salamanca, qué lejos estaba de pensar que aquellos parajes habían de ser el último cuadro con que la naturaleza recrearía sus ojos antes de que la muerte los cegase para siempre. No es difícil seguirla paso a paso en este viaje que puede hacerse con holgura en cinco o seis horas por soleados coscojales y desiertos pedregosos. Volvamos con ella la cabeza y contemplemos por última vez, antes de que perdida en las ondulaciones del terreno, la ciudad coronada de torres, de iglesias y monasterios que hoy no son más que un montón de ruinas, y aquellas dos grandes cumbres verdes, teatro de una de las batallas más memorables, que harían recordar a Teresa el popular romance que dice:

Bernardo estaba en el Carpio,
El moro en el Arapil,
Como el Tormes va crecido
No se puede combatir.

Entre cañadas de encinas y olivares va desarrollándose el camino, entonces mera senda trazada por el paso de las caballerías, que atraviesa la aldea de Calvarrasa, en cuya parda torre se yerguen inmóvi-

les las blancas cigüeñas. Más allá se encuentran las chozas de Pelagarcía, que, al par de Calvarrasa, reclama el honor de haber dado albergue a la Santa. Después, por los pastos salvajes de la Maza, donde según la tradición se extraviaron la Santa y una de sus acompañantes, siendo conducida por los Ángeles a una fuente donde aquélla pudo aplacar la sed, la gran carretera romana de Zaragoza a Mérida, el famoso camino de La Plata, sigue su curso hasta la cima de la loma. Desde allí, como vasto panorama limitado por una lejana cadena de montañas, puede uno seguir con la vista las innumerables vueltas y revueltas del Tormes serpeando a través de las llanuras aluviales que se extienden desde la puerta de Ávila hasta el horizonte. Nada más tranquilo y apacible que el cuadro de este pardo pueblecillo, vecino al río, visto a la luz melada de un sol vespertino. Un día tuvo el mismo rango que Ávila y Salamanca, y Alfonso el Sabio le otorgó sus fueros. Enfrente del puente, tan viejo que ya en el siglo XIII aparece en el escudo de Alba, se encuentra la puerta almenada de la ciudad, y un poco a la derecha, sobre una altura, descuella el castillo de los Duques de Alba como una de aquellas fortalezas desde las cuales, en tiempos todavía más remotos, el señor feudal o castellano del Rey terrorizaba la ciudad simbólicamente tendida a sus pies. En tiempo de Teresa, la animosidad entre la ciudad y el castillo habían pasado a la tradición. No fueron los suyos aquellos días bárbaros en que todos los vecinos se levantaban en armas a defender el amenazado castillo del señor feudal, aquel enemigo nato del pueblo, que con la misma arbitrariedad lo agobiaba con impuestos o lo protegía, según las circunstancias.

El castillo de los Alba era un espléndido palacio en tiempo de Teresa. Hoy sus únicos restos, la parduzca torre que descuella sobre las vecinas tierras incultas, diríase un espectro del feudalismo medieval. Más allá, extendiendo la vista por la llanura, argentada con los reflejos del sol a través de los álamos que besan el río, se distinguen las ruinas del monasterio de los Jerónimos, edificado por el arzobispo don Gutiérrez de Toledo, al mismo tiempo que labrara la fortuna de la ilustre casa de Alba.

Dirijamos ahora nuestra mirada a la ciudad. Casi en su centro atraen nuestra atención dos altos cipreses, cuya rígida línea corta la silueta de las torres pardas de la iglesia y los rojos tejados de las casas, realzando con su sombra la ambarina suavidad del horizonte.

¡Miradlos bien! Se alzan en un huerto por el que discurrió tantas veces la mujer cuyos restos son la más sagrada reliquia que guardan los muros del vecino convento carmelita. Desde la cumbre puede des-

cubrirse hasta la ventana enrejada de este convento donde la anciana fundadora se posaba a descansar su espíritu contemplando la llanura y el río. Bien podría decirse que Alba entera es un monumento consagrado a la memoria de Teresa. Dicen que su primera visita, apenas llegó a la pintoresca ciudad, fué para la Duquesa que habitaba en aquel magnífico palacio enclavado en la colina, célebre entonces y durante varios siglos posteriores por el tesoro artístico de su decorado. Hoy ya no queda nada de aquel lujo y esplendor que tanto impresionó a Teresa, inspirándole uno de sus incomparables símiles. Esa torre y esas ruinosas murallas no tendrían interés alguno de no estar asociadas a la memoria de Fernando, el austero Duque de Alba, y, sobre todo, a la de Teresa de Jesús. El cuñado de ésta, Juan de Ovalle, fué durante mucho tiempo vecino de la ciudad, y su hijo, a aquien Teresa devolvió la vida en aquellos días de la fundación de San José, fué paje y más tarde caballero de la casa del Duque. La Duquesa era de las amigas y admiradoras más sinceras que jamás tuvo Teresa. Para ella se hizo una copia especial de la *Vida*, que sirvió un día, providencialmente, para endulzar el encarcelamiento del Duque en Pinto, y a la circunstancia de haber deseado la Duquesa tener a su lado a la Santa durante el alumbramiento de su nuera, se debe el que Teresa encontrase su tumba en esta ciudad. Recordando la deslumbrante suntuosidad del palacio de los Duques, escribió lo siguiente en *Las Moradas:*

«Entrais en un aposento de un rey ó gran señor (creo camarín los llaman) adonde tienen infinitos géneros de vidrios y barros y muchas cosas puestas por tal orden, que casi todas se ven en entrando. Una vez me llevaron á una pieza de estas en casa de la duquesa de Alba (adonde viniendo de camino me mandó la obediencia estar por haberlos importunado esta señora), que me quedé espantada en entrando, y consideraba de qué podía aprovechar aquella baraunda de cosas, y veía que se podía alabar al Señor de tantas diferencias de cosas y ahora me cae en gracia, cómo me han aprovechado para aquí.»

Los mismos fundadores del convento de Alba estaban relacionados con la ilustre familia de este mismo nombre, pues Teresa Laiz o de la Iz, como se le llama en el acta original de la *Fundación*, conservada en la catedral de Salamanca, era esposa del administrador de la Casa Ducal, cargo que únicamente desempeñaban caballeros de noble nacimiento. Sólo conocemos vagamente a Teresa de Laiz por las cartas de la Santa, mas lo suficiente para que yo pueda ver en ella, al pasar como un relámpago delante de mí en la Historia, una mujer de excelentes intenciones, aunque harto irrazonable en lo concerniente

a sus privilegios de fundadora. Con su carácter despótico pretendía gobernar a las monjas de Ávila como a sus subordinados fuera del convento, por lo que ninguna de las religiosas quería desempeñar allí el cargo de priora. Mas su amor y reverencia por la Santa corría parejas con el de las monjas; en este punto se acordaba con ellas.

Todo cuanto se sabe de doña Teresa de Laiz se encuentra en las *Fundaciones.*

En esta obra, Teresa la Santa, con su inimitable estilo, nos cuenta ingenuamente los milagros asociados con la vida de la otra Teresa desde su infancia, y que la escritora no creía desapropiados tratándose de una persona destinada por la Providencia a llenar misión tan importante en el mundo como la de fundadora. Los padres de Teresa de Laiz fueron «muy hijos de algo y de limpia sangre». Sus medios de fortuna no estaban, sin embargo, a nivel de su linaje. Y esto hizo que se retirasen a Tordillos, una aldea a dos leguas de Alba.

«Es tanta lástima (discurre moralmente la Santa) que por estar las cosas del mundo puestas en tanta vanidad, quieren más pasar la soledad, que hay en estos lugares pequeños, de doctrina y otras muchas cosas que son medios para dar luz á las almas, que caer un punto de los puntos, que esto que ellos llaman honra trae consigo. Pues habiendo ya tenido cuatro hijas, cuando vino á nacer la quinta dio mucha pena á sus padres. Cosa cierto mucho para llorar, que sin entender los mortales lo que les está mejor, como los que del todo ignoran los juicios de Dios, no sabiendo los grandes bienes que pueden venir de las hijas, ni los grandes males de los hijos, no parece que quieren dejar al que todo lo entiende y lo cría, sino que se matan por lo que se habían de alegrar.»

Según nos cuenta la Santa, fué tanto el despego que sintieron los padres por la recién nacida que, cuando no contaba más que tres días, y en ocasión en que la persona encargada de cuidarla tuvo que ausentarse, abandonaran la pobre criatura desde la mañana hasta la noche. Cuando la nodriza volvió a la población y se enteró de lo sucedido, se echó a correr a la casa con varias personas, temiendo encontrar a la niña muerta. Sollozando la tomó en sus brazos y exclamó: «Como mi hija, ¿vos no sois cristiana?» Oyendo lo cual, la niña alzó la cabeza y dijo: «Sí, soy», y no volvió a hablar más hasta la época en que es natural que lo hagan los niños. La madre, convencida por este milagro de que la Providencia había elegido a su hija para un elevado y misterioso destino, empezó desde entonces a tratarla bien y a mimarla mucho, expresando constantemente el deseo de poder vivir hasta ver realizada la suerte de la criatura.

Llegado el tiempo de tomar estado, Teresa de Laiz hubiera preferido no casarse; mas, a propuesta de sus padres, aceptó sin vacilación la mano de Francisco Velázquez, a quien no había visto nunca. Teresa comenta este rasgo de obediencia filial del siguiente modo:

«Mas veía el Señor», dice Teresa, «que convenía esto para que se hiciese la buena obra que entrambos han hecho para servir á su Majestad. Porque dejando de ser hombre virtuoso y rico, quiere tanto á su mujer, que la hace placer en todo; y con mucha razón, porque todo lo que se puede pedir en una mujer casada, se lo dió el Señor muy cumplidamente: que junto con el gran cuidado que tiene de su casa, es tanta su bondad, que como su marido la llevase á Alba, de donde era natural, y acertasen á aposentar en su casa los aposentadores del duque a un caballero mancebo, sintiólo tanto, que comenzó á aborrecer el pueblo, porque ella, siendo moza y de muy buen parecer, á no ser tan buena, según el demonio comenzó á poner en él malos pensamientos, podría suceder algún mal. Ella, entendiéndolo, sin decir nada á su marido, le rogó la sacase de allí, y él hízolo así, y llevóla á Salamanca, adonde estaban con gran contento, y muchos bienes del mundo, por tener un cargo que todos les deseaban mucho contentar y regalaban.»

Sólo la falta de hijos empañó la dicha de este matrimonio:

«Eran grandes las devociones y oraciones que ella hacía, y nunca suplicaba al Señor otra cosa, sino que le diese generación, porque acabada ella, alabase á su Majestad, que le parecía recia cosa que se acabase en ella, y no supiese quien después de sus días alabase a su Magestad. Y díjome ella á mi que jamás otra cosa se le ponía delante para desearlo, y es mujer de gran verdad, y tanta cristiandad y virtud, como tenga dicho, que muchas veces me hace alabar á nuestro Señor ver sus obras, y alma tan deseosa de siempre contentarle, y nunca dejar de emplear bien el tiempo.»

A pesar de sus oraciones a San Andrés, santo que le habían recomendado como el más eficaz para conseguir del Señor la gracia que deseaba, los años se pasaban sin ver colmados sus deseos, con gran disgusto suyo, hasta que una noche oyó, en el silencio de su alcoba, una voz que decía: «No quieras tener hijos, que te condenarás.» A pesar de esta misteriosa amonestación, acosada por sus instintos maternales (puesto que si su fin era bueno, decía, ¿por qué se había de condenar?), persistió en sus súplicas a San Andrés, hasta que un día tuvo una visión, que, según Teresa, fué buena por el resultado que dió. No sabemos si esto ocurrió estando dormida o despierta, pero el hecho es que le pareció encontrarse en una casa, en cuyo patio había un

pozo, y cerca de él un lecho de blancas flores de una belleza indecible, desde el cual una figura venerable y hermosa, que ella tomó por San Andrés, le dijo, señalando las flores: «Otros son estos hijos que los que tú deseas.» Y se desvaneció la visión, que ella hubiera con gusto prolongado, por el consuelo que le proporcionaba. Al punto decidió fundar un convento. «Por lo cual se da a entender—añade Teresa—que esta visión tuvo tanto de intelectual como de imaginaria, y que no pudo ser fantasía ni engaño del diablo.» Ya no pensó más en tener hijos, siendo muy otro el deseo de su corazón. Su marido aprobó el plan de fundar un convento, y se puso a buscar inmediatamente un sitio a propósito para ese fin. Ella hubiese querido honrar con una fundación su pueblo natal, mas parece ser que el complaciente Velázquez, respecto a este punto, no estuvo de acuerdo con su mujer. Seis años habían pasado sin llegar a poner su plan en práctica, cuando Velázquez fué llamado para desempeñar el cargo de administrador de los Duques, cargo que él aceptó, a pesar de ser menos lucrativo que el que desempeñaba en Salamanca, y se trasladó a Alba con su mujer, después de haber comprado allí una casa. Grande fué la pena de Teresa de Laiz al tener que trasladarse a un pueblo que tenía para ella tan desagradables recuerdos, pero su marido la tranquilizó asegurándole que no sufriría más el asedio de huéspedes galantes. Para colmo de desgracia, al llegar a Alba sufrió una gran contrariedad con su nueva vivienda, que, a pesar de ser espaciosa y bien situada, carecía de las comodidades de que ella había disfrutado siempre. «Y así se pasó la noche muy disgustada.» Sin embargo, poco duró el disgusto, pues a la mañana siguiente, apenas vió el patio de la casa, se dió cuenta de que era el mismo de la visión que había tenido poco tiempo antes. Asombrada de la extraña coincidencia, resolvió edificar el convento en aquel mismo lugar. Animados con la resolución de establecerse definitivamente en Alba, el matrimonio empezó a comprar las casas contiguas a la suya, hasta formar solar suficiente para el edificio. Los obstáculos que se presentaban ahora provenían de la elección de la Orden a la cual habían de dedicarlo. El estado de las Órdenes religiosas entonces podrá apreciarse por la dificultad que tuvieron en encontrar lo que ellos querían, es decir, un número limitado de religiosos o religiosas que guardasen estricta clausura.

Por fin, perdida la esperanza de encontrar Orden alguna que respondiese en lo más mínimo a sus ideales y siguiendo el consejo de dos frailes de Órdenes diferentes que opinaron que debían dedicar su fortuna a algún otro objeto, «porque las monjas las más estaban descontentas», decidió Teresa de Laiz, con la venia de su marido, dejar

la mayor parte de sus posesiones a un sobrino suyo, joven virtuoso, a quien pensaba casar con una sobrina de Velázquez, dedicando el resto de su hacienda a misas por la salvación de sus almas. Sin embargo, la muerte repentina de este joven dos semanas después vino a echar por tierra el nuevo proyecto. Teresa de Laiz atribuyó esta muerte a su fatal resolución de dejar a un pariente la fortuna que Dios les había concedido para otro objeto. Se acordó del castigo de Jonás por su desobediencia y consideró la pérdida de su sobrino, a quien tanto quería, como un castigo del Todopoderoso. Para el porvenir, su resolución de patrocinar una fundación fué inalterable, aunque sin saber a punto fijo cómo habían de proceder para ello. Poco tardó en presentir lo que más tarde fué un hecho: la risa con que fueron recibidos sus planes, demasiado grandes para llegar a realizarse, según aquellas personas con quien empezó a discutirlos. Estaba desesperada. Mas sus deseos llegaron a realizarse, y nadie contribuyó tanto a ello como su confesor, un sabio e influyente franciscano, y precisamente una de las personas que con más frialdad habían recibido sus proyectos. Éste, en uno de sus viajes, se enteró de la fama de los nuevos conventos que estaba fundando una tal Teresa de Jesús. Se procuró cuantas informaciones pudo y a su vuelta a Alba dió cuenta del descubrimiento a la desconsolada esposa de Velázquez. Inmediatamente entraron en negociaciones con la monja fundadora por mediación de Juan de Ovalle, pero como se encontrasen paralizados en la empresa por la insuficiencia de la dotación con que podían contar, parece ser que tuvieron que abandonarla. Poco más tarde, cuando Teresa se encontraba en Salamanca, le rogaron de nuevo que volviese a ocuparse del asunto. Como ya hemos visto en el caso de Malagón, Teresa no se apartaba fácilmente de sus principios respecto al ideal de la perfecta pobreza, pero en cediendo una vez insistía con la misma firmeza en la necesidad de que las dotaciones, por sí solas, fuesen suficientes para el sostenimiento de los conventos sin tener que recurrir a la caridad.

«Porque de faltarles lo necesario vienen muchos inconvenientes. Y para hacer muchos monasterios de pobreza, sin renta, nunca me falta corazón y confianza, con certidumbre de que no les ha Dios de faltar; y para hacerlos de renta, y con poca todo me falta: por mejor tengo que no se funden.»

Bañez, que a la sazón se encontraba en Salamanca, opinó que no era prudente convertir un ideal en obstáculo para la fundación de Alba. Con su irrevocable lógica convenció a las monjas de que el tener el convento una renta segura no se oponía a la pobreza y per-

fección individual de las religiosas. Teresa consiguió reducir al terreno de la razón a Velázquez y a su esposa, y después de haber cedido estos su casa, instalándose en otra más modesta, prueba de abnegación que Teresa tuvo en mucho, el 25 de enero de 1570 se celebró la primera misa en el nuevo convento, consagrado a la Purísima Concepción, según el deseo de Teresa de Laiz y de su esposo. Y así se cumplió el augurio de aquel ensueño de Teresa de Laiz. Símbolo de las carmelitas de blancos mantos que se establecieron aquel día en Alba, fueron aquellas flores que resaltaban en su verde lecho junto a un pozo en la misteriosa visión. Entre las monjas de elevado rango social que un día fueron atraídas a aquel convento irresistiblemente por la fama de la Santa, se cuenta una hermana de don Antonio Álvarez de Toledo, hijo y heredero del famoso Duque de Alba. No deja de ser curioso también que la hija de Juan de Ovalle, sobrina de Teresa, llegase a tomar el velo en el mismo edificio donde yacían los restos mortales de aquella insigne mujer que en vano procuró, durante toda su vida, hacerla ingresar en la Orden. La anciana y heroica María del Sacramento fué nombrada sub-priora de la nueva fundación, que dirigía Juana del Espíritu Santo.

Rindamos tributo, siquiera sea unas cuantas líneas, a María del Sacramento por su resistencia sobrehumana para el sufrimiento físico. Después de escuchar sin conmoverse a los médicos, que decidieron amputarle una pierna gangrenada, sufrió la operación sin el menor gesto de dolor, y ella misma animaba a los cirujanos, de los cuales uno se desmayó, a que siguiesen cortando y cauterizando sin ocuparse de sus dolores. Por más de diez años sufrió una dolencia agudísima que sólo una paciencia y resignación como las suyas hubieran podido soportar.

No pensemos por un momento que el interés que, naturalmente, despertaban en Teresa las nuevas fundaciones le hacía olvidar las demás. Su capacidad para el trabajo parecía acrecentarse con la vejez y en razón directa con la magnitud de las dificultades que tenía que resolver. Para todo encontraba tiempo y lugar. Durante la fundación de Alba, la preocupación que más le embargaba el espíritu era el conflicto en que se encontraban las monjas de Toledo en sus luchas con los capellanes nombrados por los fundadores, que trataban de coartar la libertad de acción de aquéllas.

De su correspondencia en los años 1571 y 1572 sólo conocemos las cartas dirigidas a Ramírez y a Ortiz, que no pasan, en total, de tres. Escribiendo al primero desde Alba de Tormes, dice:

«Sabe su Majestad», dice, «cuán de buena gana, me estuviera en

esa casa más (su convento de Toledo). Después que de ella salí, yo digo á vuestra merced, que no sé si he tenido día sin hartos trabajos. Dos monasterios se han fundado, gloria á Dios, y éste (Alba) es menor. Plega a su Majestad que se sirva de algo. No entiendo la causa por qué no se pasó (al convento) el cuerpo del señor Martin Ramirez que esté en gloria, y que yo le deseo y suplico al Señor. Hagame vuestra merced saber la causa, suplícoselo; y si fue adelante lo que vuestra merced tenía concertado hacer, que me dió parte de ello un día. ¡Oh Señor, qué de veces me he acordado de vuestra merced en los conciertos que se me ofrecen por acá, y echádoles bendiciones; porque era hecho lo que una vez decían vuestras mercedes, aunque fuese de burla... Al señor Diego Ortiz, que suplico a su merced no se descuide tanto de poner a mi San Josef a la puerta de la iglesia.»

A primeros de marzo de este año, Teresa volvió a Salamanca, donde sus hijas estaban grandemente necesitadas de su presencia. La Fundación de esta ciudad que, al parecer, se había llevado a cabo tan fácilmente, iba a ser un semillero inagotable de conflictos para la Santa, hasta el final de su vida. Ella misma nos lo dice:

«Porque ya tengo experiencia de lo que el demonio pone por estorbar uno de estos monasterios. Y aunque en éste no le dió Dios licencia para ponerlo á los principios, porque quiso que se fundase, después han sido tantos los trabajos y contradicciones, que se han pasado, que aún no está del todo acabado de allanar, con haber algunos años que está fundado cuando esto escribo, y así creo se sirve a Dios en él mucho, pues el demonio no le puede sufrir.»

Parece ser que la casa estaba toda necesitada de reparaciones, en lo que no podía pensarse por lo enorme que era. Además, la falta de auxilio que sufrían las monjas era grande por encontrarse el convento fuera de la ciudad. Para colmo de desgracias, por delante de la casa corría un arroyo que la hacía extremadamente húmeda, siendo eso un peligro constante para la salud de sus habitantes. Nada, empero, angustiaba tanto a aquellas solitarias mujeres como verse privadas del inefable consuelo de poder adorar la Santa Eucaristía, pues era aquella la primera fundación que Teresa había establecido sin capilla. La visita de Teresa al convento era, pues, esperada con gran ansiedad; mas antes de poderse reunir con sus hijas, se vió obligada, por su voto de obediencia, apenas llegó a Ávila, a detenerse en el palacio de los Condes de Monterrey, quienes habían obtenido del Provincial privilegio para que Teresa les visitara. Este vasto palacio, de estilo Renacimiento, es uno de los tesoros de Salamanca. En la parte inferior de la fachada, el arquitecto, como si estuviese cansado de la elegancia y de

la gracia del neo-clasicismo, o tal vez obedeciendo inconscientemente a la influencia árabe en la arquitectura española, ha dejado espacios lisos de amarillenta pared con algunos tragaluces, dando así al edificio un carácter extraño, pero que está en perfecta armonía con sus alrededores.

No sé a punto fijo en qué autoridad apoyar la tradición referente a los dos milagros atribuídos a Teresa durante su estancia en la fastuosa morada de los Condes de Monterrey. Ni Ribera ni Yepes hacen mención de ello, pero sí el cronista de la Orden; aunque es fácil que éste no cuente con más testimonio que el de Inés de Jesús, la monja que acompañó a Teresa en este viaje: A instancias del Conde, Teresa visitó a la esposa de uno de los altos servidores de la aristocrática casa, que estaba «para expirar de un recio tabardillo». Al sentir la enferma las manos de Teresa posarse dulcemente sobre su cabeza, exclamó: «¿Quién me toca, que estoy buena?» A lo que dijo la Santa las siguientes palabras: «Miren, señores, que la enferma desvaría.» (Nosotros hubiésemos dicho lo mismo.) Mas cuando la enferma dió pruebas de lo que decía levantándose de la cama con firmeza y lucidez, el asombro de los espectadores no tuvo límites. Sería una puerilidad, y hasta un insulto a la tradición, ponerse a analizar aquí el referido milagro para contradecirlo. La medicina entonces casi no existía, y es posible que doña María de Arriaga, que así se llamaba la enferma, no estuviese en realidad tan grave como se la creía. Es muy posible también que Teresa hubiese tenido la fortuna de posar sus manos sobre la cabeza de la enferma precisamente en uno de esos momentos en que la fiebre, habiendo llegado a un grado extremo, desciende repentinamente, y sobre todo si es cierto que la fe basta para mover una montaña; ¿por qué no creer que en el caso de doña María de Arriaga obró el milagro de su repentina curación? También se dice que Teresa devolvió la vida a la hijita del Conde, que estaba en la agonía. En esta ocasión, según el cronista, Santo Domingo y Santa Catalina de Siena se le aparecieron a Teresa, diciéndole que la niña se salvaría, pero que ellos deseaban que vistiese su hábito, en prueba de gratitud, durante un año. Teresa mandó el mensaje de los Santos a los Condes por conducto de Fray Domingo Bañez, tal vez con la idea de adular, indirectamente, la Orden del ilustre fraile. La niña milagrosamente salvada por la intercesión de Teresa, vivió para ser madre del Conde-Duque de Olivares, quien, como sabemos, usó toda su influencia cerca del Papa por medio de embajadores, para que fuese Santa Teresa proclamada patrona de España, declarando su devoción en los siguientes términos: «Casi desde que nací la tengo por abogada y gran confianza

en su protección.» Esta devoción la demostró también más tarde, con el imperdonable desacierto de derribar la casa donde nació la Santa, alzando en su lugar una de esas iglesias llenas de estucos y dorados, donde la grandiosa humanidad de la mujer cuya vida seguimos se desvanece, para que surja en su lugar la estudiada mueca de una de esas efigies de talla de la Iglesia católica. Mas no descarguemos toda nuestra ira contra el devoto aristócrata por su falta de sentido estético, cuando hay tantos doctos y sinceros devotos de la Santa que han cometido desafueros parecidos con su historia. No olvidemos los pecados ajenos para ocuparnos solamente, con todo el fervor y reverencia, de que somos capaces de hacer resplandecer la personalidad humana de la Santa a través del cúmulo de libros, mausoleos y monumentos con que la devoción insensata de tantas y tantas generaciones parece que ha puesto todo su prurito en desfigurarla.

Volvamos, pues, a este momento de nuestra historia en que Teresa va a llevar el consuelo de su presencia a sus abandonadas hijas de Salamanca. Esto ocurrió en una Cuaresma, como se ve por uno de esos documentos autobiográficos que ella llamó Relaciones. Los historiadores pretenden que la Relación a que me refiero fué escrita para Ripalda y no para Bañez como yo me inclino a creer. La cronología de dichos biógrafos tampoco me ofrece gran confianza, si tenemos en cuenta el hecho de que, según ellos, fué Isabel de Jesús la que cantó aquella canción que arrebató a Teresa a los cielos en un éxtasis (febrero de 1571). Si la fecha atribuída a la carta de Teresa expresando el deseo de que Isabel de Jesús tomase el velo en Salamanca no es incorrecta, tiene que serlo la fecha de su profesión en esa ciudad. Pudiera darse el caso de que ambas fuesen incorrectas, pero salta a la vista que si Isabel de Jesús no entró en el convento de Salamanca hasta junio de 1572 y no profesó hasta julio de 1573, ¿cómo es posible que hubiese cantado en presencia de Teresa en febrero de 1571? Estas discusiones de fechas son harto áridas, y por lo que al fin de mi historia se refiere, carecen de importancia. Mas a pesar de todo he creído de mi incumbencia el poner de manifiesto la poca escrupulosidad de los biógrafos de Teresa respecto a la cronología. Sírvales de excusa el criterio de la Santa en estas cuestiones, según lo expone ella misma:

«En la cuenta de los años en que se fundaron, tengo alguna sospecha si yerro alguno, aunque pongo la diligencia que puedo porque se me acuerde. Como no importa mucho, se puede enmendar después, dígolos, conforme á lo que puedo advertir con la memoria: poca será la diferencia si hay algún yerro.»

Sin embargo, hagamos notar a aquellos que son más meticulosos

que Teresa en materia de fechas, que esta Relación pudiera muy bien haber sido escrita en 1574, cuando al pasar por Salamanca se llevó consigo a Isabel de Jesús a la fundación de Segovia, y que los acontecimientos en ella mencionados pudieron desarrollarse muy bien parte en la misma Segovia y parte en Salamanca. Probablemente fué entonces cuando la canción que tan a menudo suplicó a Isabel que le cantara, obró en Teresa la maravillosa «operación» a que se refiere en el documento de que nos estamos ocupando. El incidente que según Yepes tuvo lugar no en 1574, sino al año siguiente, en Salamanca, ocurrió estando las monjas reunidas el domingo de Pascua por la noche. Estas son las palabras de la conmovedora canción que cantó aquella joven novicia, que había hollado bajo sus pies el rango social y la riqueza, para abrazar el estado religioso:

Veante mis ojos,
Dulce Jesús bueno;
Veante mis ojos,
Muerame yo luego.
Vean quien quisiere
Rosas y jazmines
Que si yo te viere
Veré mil jardines.
Flor de serafines,
Jesús Nazareno,
Véante mis ojos
Muerame yo luego.

«Fué tanta la operación que me hizo, que comenzaron a entumecérseme las manos, y no bastó resistencia, sino que como salgo de mí por los arrobamientos de contento, de la misma manera se suspende el alma con la grandísima pena, que queda enajenada, y hasta hoy no lo he entendido: antes de unos días acá, me parecía no tener tan grandes estos ímpetus como solía, y ahora me parece, que es la causa esto que he dicho, no sé yo si puede ser. Que antes no llegaba la pena á salir de mí, y como es tan intolerable, y yo me estaba en mis sentidos, hacíame dar gritos grandes, sin poderlos excusar. Ahora como ha crecido ha llegado á término de este traspasamiento; y entiendo más el que nuestra Señora tuvo, que hasta hoy, como digo, no he entendido lo que es traspasamiento. Quedó tan quebrantado todo el cuerpo, que aun esto escribo hoy con harta pena, que quedan como descoyuntadas las manos, y con dolor. Diráme vuestra merced de que me vea, si puede ser este enajenamiento de pena, ó si lo siento como es, ó si me engaño.»

En la cita anterior aparece otra vez más esa nota discordante, esa crudeza de imagen que encontramos con tanta frecuencia en los escritos de Teresa cuando su entendimiento se ve en el trance de tener que dar expresión a ideas confusas. La sinceridad, sin embargo, resalta de un modo tan prominente en medio de la extrañeza de estas expresiones, que nos es imposible suprimirlas, y, a pesar de su torpeza, podemos, gracias a ellas, llegar a un grado sorprendente de comprensión en cosas harto alejadas de la experiencia humana. Una mentalidad teutónica habría envuelto todo esto en la niebla de un lenguaje metafísico. Teresa, empero, fiel inconscientemente a un instinto de raza, se aparta por completo del terreno de las abstracciones, materializa todo lo inefable y, por decirlo así, sólo avanza hacia lo suprasensible a la luz del día. ¡Cuántas ilusiones llenas de encanto y de hermosura no destruye ella misma con la fuerza y crudeza de sus imágenes! Esto lo veremos en el pasaje que sigue y aun más en otros posteriores, donde lleva el énfasis de su lenguaje a tales extremos que causa extrañeza al sentido común, produciendo el efecto de una repentina disonancia:

«Hasta esta mañana estaba con esta pena, que estando en oración tuve un gran arrobamiento, y parecíame que nuestro Señor me había llevado el espíritu junto a su Padre, y díchole: —«Ésta que me diste, te doy», y parecíame que me llegaba a Sí. Esto no es cosa imaginaria, sino con una certeza tan grande, y una delicadez tan espiritual, que no se sabe decir: díjome algunas palabras, que no se me acuerdan: de hacerme merced eran algunas. Duró algún espacio tenerme cabe Sí.»

Todo el drama del renunciamiento de su vida se encuentra quintaesenciado en las siguientes palabras:

«Como nuestra merced se fué ayer tan presto, y yo vea las muchas ocupaciones que tiene para poderme yo consolar con él aun lo necesario, porque veo son más necesarias las ocupaciones de nuestra merced, quedé un rato con pena y tristeza. Como yo sentía la soledad que he dicho, ayudábame, y como criatura de la tierra no me parece me tiene asida, dióme algún escrúpulo, temiendo no comenzase a perder esta libertad [¡triste, triste libertad!]. Esto era anoche y respondióme hoy nuestro Señor a ello, y díjome: «Que no me maravillase, que así como los mortales desean compañía para comunicar sus contentos sensuales, así el alma lo desea (cuando hay quien la entienda) comunicar sus goces y penas, y se entristece en no tener con quién. Díjome Él: —«Ahora vas bien y me agradan tus obras»... Después de comulgar, me parece clarísimamente se sentó cabe mí nuestro Señor, y comenzóme á consolar con grandes regalos, y díjome entre otras cosas: —«Vesme aquí, hija, que Yo soy; muestra tus manos»; y pareció-

me que me las tomaba y llegaba á su costado, y dijo: —«Mira mis llagas, no estás sin Mí; pasa la brevedad de la vida.»

Y ahora viene la nota discordante:

«En algunas cosas que me dijo entendí que después que subió á los cielos, nunca bajó á la tierra, si no es en el Santísimo Sacramento, á comunicarse con nadie. Díjome que en resucitando había visto á nuestra Señora, porque estaba ya con grande necesidad, que la pena la tenía tan traspasada, que aún no tornaba luego en sí para gozar de aquel gozo. Por aquí entendí estotro mi traspasamiento, bien diferente. Mas ¿cuál debía ser el de la Virgen? Que había estado mucho con ella porque había sido menester hasta consolarla. El día de Ramos, acabando de comulgar, quedé con gran suspensión, de manera que ni aun podía pasar la Forma, y teniéndola en la boca, verdaderamente *me pareció, cuando torné un poco en mí, que toda la boca se me había henchido de sangre; y pareciame estar también el rostro y toda yo cubierta de sangre, como si entonces acabara de derramarla el Señor.* Me parece estaba caliente, y era excesiva la suavidad que entonces sentía, y díjome el Señor: —«Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózala tú con gran deleite como ves; bien te pago el deleite que me hacías este día.» Esto dijo, porque ha más de treinta años que yo comulgaba este día, si podía, y procuraba aparejar mi alma para hospedar á el Señor; porque me parecía mucha la crueldad que hicieron los judíos, después de tan gran recibimiento, dejarle ir á comer tan lejos, y hacía yo cuenta de que se quedase conmigo, y harto en mala posada, según ahora veo.»

El párrafo que sigue es todavía más curioso. Sin embargo, leámoslo con veneración, depurando nuestro espíritu del más leve sentimiento de ironía. Verdaderamente tiene razón Ribera cuando dice que sólo los que han conocido la vida del espíritu en sus más altas manifestaciones, pueden juzgar de ella. Terreno vedado es ese para nosotros, míseros mortales, erigidos por el egoísmo en nuestros mismos dioses y agobiados por el peso de nuestras pasiones e inútiles afanes. ¿Quién se atrevería, pues, a negar la realidad de ese mundo suprasensible que Teresa alcanzó a ver con los ojos de la carne, purificada e iluminada por los sufrimientos y la abnegación? ¿Qué derecho tenemos a recibir con una equívoca sonrisa la relación de estas vagas emociones, de estos repentinos abatimientos del cuerpo y del alma, hijos de una vida toda lucha, abnegación y martirio? ¿Existe hoy acaso algún ideal que exija del hombre un perfecto dominio de sí mismo, una perfecta abnegación y la victoria completa sobre los

sentidos y el instinto? ¡Ah! Pongámonos voluntariamente una venda sobre nuestros ojos y seamos comprensivos y reverentes con los extravíos de un cerebro enérgico y activo, pero esclavizado por una creencia. El sacrificio de la vida de Teresa no fué en vano. Reconozcamos que en ese mismo mundo de ensueño de su propia creación, halló debida recompensa al arrojar sobre la fragilidad de su existencia un halo de dulce y excelso resplandor:

«Antes de esto [continúa Teresa] había estado, creo yo, tres días con aquella gran pena, que traigo más unas veces que otras, de que estoy ausente de Dios, y estos días había sido bien grande, que parecía no lo podía sufrir, y habiendo estado así harto fatigada, vi que era tarde para hacer colación, y no podía, y á causa de los vómitos háceme mucha flaqueza no la hacer un rato antes, y así con harta fuerza puse el pan delante, para hacérmelo para comerlo, y luego se me presentó allí Cristo y parecíame que me partía el pan y me lo iba á poner en la boca, y díjome: —«Come, hija, y pasa como pudieres; pésame lo que padeces, mas esto te conviene ahora»... Esto de decir *pésame* [añade Teresa de un modo característico], me hizo reparar, porque ya no me parece puede tener pena de nada.»

Los biógrafos de Teresa, al atribuír la relación, de la cual hemos sacado los anteriores párrafos, a ese período de su vida comprendido aproximadamente entre 1871 y 1874, no se fundaban en ningún hecho concreto y determinado, haciéndolo arbitrariamente guiados por una vaga idea del desarrollo intelectual y espiritual de la Santa. Comprenden que durante el período a que nos referimos alcanzó su plena madurez, llegando a ese punto culminante del propio desenvolvimiento en el que se puede profundizar pero no ir más allá, es decir, en el que uno puede cultivar el perfeccionamiento de las facultades ya adquiridas, mas no aspirar a la adquisición de otras nuevas. Según Ribera, esa fué la época del conflicto en que Teresa se encontrara al tener que decidir entre seguir la obra cuyo desarrollo exigía más y más una vida de actividad o consagrarse exclusivamente a la comunión con Dios en el retiro del claustro, según sus más fervientes e íntimos deseos. Acaso nadie haya tenido como Teresa el don de poder armonizar lo ideal y lo práctico de tal modo que la aparente divergencia de sus esfuerzos sólo sirvió para fortificar sus energías en vez de sufrir merma unas a expensas de las otras, dando mutuamente mayor relieve al contraste de las manifestaciones de actividad e idealismo de su vida. Ella se dió cuenta que en el fondo no hay disparidad entre la acción y la idea, sino que ambas emanan mutuamente la una de la otra y se complementan. Cuán mezquinos resultan nuestros esfuerzos

si un ideal no los anima, mas cuando un ideal es la fuerza motriz de nuestras acciones, sus frutos, aunque mezquinos y pobres, si se les aplican las leyes de lo absoluto, siempre tienen esa fuerza, esa vitalidad que sólo engendra el convencimiento, el sacrificio y la concentración. Por otro lado, reducido a meras especulaciones y teorías y alejado por completo del campo de la acción, cuán estéril y desprovisto de humanidad aparece ante el mundo el idealista. No perteneció Teresa a esta categoría de soñadores, y jamás nos cansaremos de decirlo. Ella fué Marta y María al mismo tiempo, y este es el rasgo más glorioso de su grandeza y su santidad.

«El Espíritu Santo sea siempre en el alma de vuestra merced, y le pague la caridad y merced que me hizo con su carta. No sería tiempo perdido escribirme vuestra merced muchas: porque podría aprovechar de alentarnos al servicio de nuestro Señor. Su Majestad sabe que quisiera yo estar por allá, y así me doy mucha priesa á éste comprar casa, que no es poco cargoso, aunque hay aquí muchas y baratas, y así espero en nuestro Señor, se concluirá presto; pues no me había de dar poca prisa, si fuese conforme á lo que me consolaría de ver al señor Alonso Ramirez [¿quién aduló jamás con mayor delicadeza y firmeza?] A su merced beso las manos, y á la señora Doña Francisca Ramirez. No es posible, sino que se consuelen vuestras mercedes mucho con su iglesia, porque acá me cabe á mi harta parte de las buenas obras que me dan. Déjesela nuestro Señor gozar muchos años en tanto servicio suyo, como yo le suplico. Deje vuestra merced hacer á Su Majestad, y no quiera tan á priesa verlo hecho todo, que harta merced nos ha hecho en dos años. No se qué me escriben de pleito con el cura y capellanes, debe ser de Santa Justa: suplico á vuestra merced me haga saber qué es. No escribo a su merced del Señor Alonso Ramirez, porque no hay para qué le cansar, escribiendo á vuestra merced. A nuestro Señor suplico (pues yo no puedo servir lo que á vuestra merced y á vuestras mercedes debo) lo pague, y los guarde muchos años, y á esas ángeles haga muy santas, y en especial á mi patrón [el niño Martin Ramirez de que habla en cartas anteriores], que hemos menester lo sea, y á vuestra merced tenga siempre de su mano, amén. Son hoy XXIX de Marzo. Indigna sierva de vuestra merced,—Teresa de Jesús, carmelita.»

La carta anterior, en la que Teresa demuestra su don maravilloso para halagar a la gente sin caer en la adulación, fué dirigida a Diego Ortiz. Por ella vemos también cuánto empeño tenía en dar a sus hijas de Salamanca una casa bien acondicionada, mas todos sus esfuerzos fueron vanos, y después de haber visitado aquella ciudad

cuatro veces con ese solo objeto, la muerte la sorprendió sin que pudiese ver a aquellas religiosas convenientemente instaladas. Después del viaje a Salamanca, que hemos descrito hace poco, la encontramos en Medina ocupándose sin descanso en defender ciertos derechos de Isabel de los Ángeles, seriamente amenazados por sus parientes. La carta que escribió a Simón Ruiz a fines de 1569 y que ya conocemos, arroja cierta luz sobre este enmarañado asunto.

Simón Ruiz era regidor de Medina del Campo y fundador del magnífico hospital que es todavía uno de los tesoros de la población. Isabel de los Ángeles, sobrina de Ruiz, joven rica, noble y hermosa, había tomado el hábito en Medina del Campo en septiembre de 1569, al mismo tiempo que Sor San Francisco, que dió así una prueba más de la lealtad con que sirvió a su joven señora en el mundo. La familia de Isabel de los Ángeles se había opuesto resueltamente hasta el último momento a su piadosa resolución, y cuando se vieron derrotados por completo, intentaron recabar los derechos que creían tener al patronato del altar mayor del convento como compensación del dote que había aportado a la Orden la novicia. Ésta misma luchó contra la pretensión de sus parientes. El Provincial carmelita, que no se sabe por qué estaba de parte de la intrigante familia, reprendió a Teresa y a Isabel de los Ángeles con tanta severidad, que ésta, en un arranque de independencia, despojándose del escapulario, lo arrojó a los pies del Provincial exclamando: «Si lo hace vuestra paternidad por el hábito, véle ahí.» Teresa, como último recurso, se vió obligada a trasladar a Isabel a otro convento, donde tomó de nuevo el hábito, enviándola finalmente a profesar a Salamanca, lo que ocurrió, según el acta original, el 21 de octubre de 1571. Su vida religiosa fué corta pero fecunda. Teresa declara que el Señor le dió tanta gloria durante los cuatro años que vivió apartada del mundo como a otras en cincuenta. Su ferviente deseo de padecer por Cristo lo demostró en hechos tan pueriles pero conmovedores como el siguiente: En una ocasión en que las monjas cantaban los oficios en el coro, notaron que al llegar al verso «Quando consolaberis me» Isabel lo enunciaba tan de prisa que rompía por completo el ritmo del rezo. Como la maestra de novicias le preguntase la razón de su apresuramiento, ella replicó: «Temo me consuele Dios en esta vida.» A pesar de encontrarse Teresa en Segovia cuando Isabel estaba a punto de entregar su alma a Dios en Salamanca, se cuenta que la Santa le dió ánimos para ir al encuentro de la muerte. Este triunfo de Teresa contra el tiempo y el espacio, se repetía, según la tradición, en este trance supremo de casi todas sus monjas. La piadosa ilusión no debe extrañarnos conociendo la in-

fluencia que ejercía la Santa sobre ellas. La muerte de Isabel de los Ángeles ocurrió el 11 de julio de 1574. Sor San Francisco, a quien la regla rigurosa del convento no impidió que le permitiesen prodigar sus tiernos cuidados a la enferma en los últimos momentos, vió a ésta coronada de gloria apenas se nublaron sus ojos para siempre.

Ya en Medina se barruntaba la tempestad que iba pronto a amenazar con la destrucción de la Orden Reformada. La disputa referente al dote de Isabel de los Ángeles se complicó con otra provocada por la independiente actitud de Teresa respecto a la elección de una priora y en la que una vez más se nos presenta la Santa defendiendo ante todo y sobre todo la libertad de acción y los derechos de las monjas. El Provincial, ya bastante enojado por la resolución de Teresa de haber sacado a la priora Inés de Jesús del convento de Medina para que la acompañase a la fundación de Alba, se empeñaba ahora, en vez de confirmar a Inés de Jesús en el cargo según las reclamaciones de Teresa y sus monjas, en imponerles otra priora de su elección, una tal doña Teresa de Quesada que, a juicio de la comunidad, era completamente inepta para puesto de tanta responsabilidad. Irritado ante esta actitud de Teresa y sus monjas, que él calificaba de atrevimiento y provocación, y azuzado por sus mismos frailes, celosos de la creciente fama e influencia de la nueva Orden, el Provincial expulsó del convento a Inés de Jesús, impuso por fuerza a doña Teresa de Quesada como priora en Medina y ordenó a la madre Teresa y a Inés de Jesús, bajo pena de excomunión, que saliesen de la ciudad aquel mismo día. Sordas a las súplicas de las monjas, la Santa y su compañera, partieron aquella misma noche, en todo el rigor del invierno. No encontraron mejor medio de locomoción que los burros de unos aguadores y a lomos de tan humilde caballería llegaron a la puerta de San José. Pronto vió Teresa comprobada su opinión sobre doña Teresa de Quesada. Ésta y las monjas no tardaron en llegar a una abierta ruptura, y la buena señora, hastiada de un cargo del cual, en el fondo, no se sentía capaz y que además la hostilidad de las monjas hacía extremadamente dificultoso, abandonó de una vez su priorado y la Regla Primitiva y se volvió indignada a la Encarnación, dejando el gobierno del convento de Medina en manos de la Providencia.

En 1570, como la visitación de las Órdenes por los Obispos y personas particulares designados por el Papa y por Felipe II había dado origen a tantos escándalos y disgustos, sobre todo en el caso de los Carmelitas, según hemos visto al ocuparnos de la visita del General a Andalucía, Pío V, a instancias del Rey Católico, nombró esta vez

dos Visitadores especiales para aquella Orden, dos frailes dominicos, hombres de carácter y reputación irreprochables, ambos administradores del Santo Oficio. Uno de ellos, Bargas, fué designado para la provincia de Andalucía y el otro, el Padre y Maestro Fray Pedro de Fernández, para la de Castilla. Su misión debía ser desempeñada en cuatro años y estaban autorizados, en caso de que sus ocupaciones ordinarias les impidiesen el desempeño del nuevo cargo, para nombrar un sustituto. La autoridad de un Visitador monástico era omnipotente e incontestable. Esto hizo que Teresa escribiese a Ortiz lo siguiente:

«Después de ida la carta de nuestro padre general, he advertido que no había para qué, porque es muy más firme cualquiera cosa que el padre visitador hiciere, porque es como hacerlo el pontífice, que ningún general, ni capítulo general lo puede deshacer.»

Fray Pedro de Fernández, que no se había posesionado inmediatamente de su cargo, conoció por primera vez a Teresa entonces, como priora de San José, en Ávila. Éste, antes de haberla visto, había sido uno de sus defensores en aquella memorable asamblea que se reunió en Medina del Campo para discutir si debía o no autorizarse a Teresa a que aumentase el número de conventos de la población. A pesar de esto y de los calurosos encomios que le había hecho de la monja su hermano de religión, Bañez, se inclinaba a creer, hombre cauto y prudente, que todo el mundo exageraba las altas cualidades de carácter de Teresa. Mas sólo tuvo que hablar con ella una vez para convencerse de lo contrario y de cuán dotada estaba por el gobierno de sus inferiores. Se cuenta que impelido por un sentimiento de admiración que se resistía a confesar, dijo a Bañez: «Habíadesme engañado que decíades que era mujer; á la fe no es sino hombre varón y de los muy barbados.» Después de Ávila visitó Medina y procuró poner algún orden en aquel convento, agitado todavía por los acontecimientos que hemos narrado anteriormente. Fray Pedro de Fernández aprovechó la oportunidad de la retirada de Teresa de Quesada, para nombrar priora del convento a Teresa de Jesús, decisión que fué unánimemente aprobada por la comunidad. Al hacer Teresa el viaje a Medina en obediencia a las órdenes del Visitador, se encontró ya de noche a la vuelta de un río. Los que la acompañaban, probablemente el maestro Julián y algunos arrieros, ignorando en qué dirección podían vadearlo, permanecieron indecisos a la orilla. La intrépida anciana, en cambio, arremangándose el hábito, entró en el río diciendo: «No nos conviene quedarnos aquí al relente toda la noche. Empiecen a pasar y encomiéndense a Dios.» No habían avanzado mucho cuando notaron

repentinamente una luz como una antorcha que aunque estaba bastante lejana, pudo servirles de guía para pasar el río sin peligro.

La firma de Teresa aparece al pie de las cuentas del convento desde agosto a octubre de aquel año, a continuación de las firmadas por Teresa de Quesada hasta el mes de junio; mas poco tiempo había de pasar sin que su presencia fuese requerida en la Comunidad de la Encarnación para implantar allí la Reforma. La desorganización del convento era tal, que su existencia peligraba. Las monjas, acosadas por el hambre, habían determinado solicitar permiso para abandonar el claustro y volver a sus casas. «Lo mismo en los asuntos espirituales que en los temporales, la ruina era inminente», dice Yepes. En esta crisis suprema, los Principales de la Orden no vieron más que un remedio. Sólo una persona podía volver a la vida aquella corporación moribunda; esa persona era precisamente la mujer que diez años ante había sacudido el polvo del convento, y cuya conducta en aquella ocasión había sido a los ojos de sus hermanas un insulto personal hacia ellas y una afrenta para la Orden. Aquella mujer que había sido acusada por sus propios paisanos de peligrosa y visionaria y había provocado la mofa y la conmiseración como una loca. Los mismos Carmelitas, a pesar de la envidia que les inspiraba la floreciente Orden fundada por Teresa, recurrieron a ella por ser la única persona cuya sensatez y firme voluntad no podían restituír a la Encarnación la prosperidad y la perdida disciplina. Fernández llegó a este acuerdo, contando para ello con el voto unánime de los Definidores Carmelitas. El cometido era tan arduo, que intimidó a la misma Teresa. A pesar del cariño que sentía por aquella casa donde había pasado el período más tranquilo de su vida, cariño que había demostrado en tantas ocasiones, sobre todo cuando dedicó los fondos que su hermano le enviara de las Indias a aliviar sus más inminentes necesidades, puede uno figurarse la lucha que provocó en su ánimo la difícil misión para que fué elegida, lucha terrible como todas las que se libran entre el deber y la inclinación. Ahora se vería condenada a enterrar tres años de su vida en la sombra de la Encarnación, arrostrando responsabilidades ante las cuales había siempre retrocedido. Tres años de una vida que tocaba ya a su fin, como ella empezaba a temer, pues tenía cerca de sesenta años; tres años que hubiera podido emplear en la propagación y extensión de la Reforma, aunque ya se iba acostumbrando a la idea de que ella no había de ver realizado su ideal de implantarla fuera de España. Ahora la obligaban a abandonar el gobierno de las desparramadas Comunidades que ella había formado y sobre las cuales ejercía una omnímoda influencia, no ha-

biendo negocio en ellas que no pasase por sus manos. En resumen, eso significaba para ella el abandono de la obra a la que había sacrificado su vida con el fin de vigorizar con la savia de una nueva disciplina una comunidad desmoralizada. No es de extrañar que la ya débil anciana, gastada por su mala salud habitual y los incesantes viajes, vacilara ante el cometido que la habían asignado contra su propia voluntad, mas su irresolución no duró largo tiempo. Ya veremos además cuán puro fué el motivo que la decidió a sacrificar todo lo que más preciaba en este mundo al sentimiento dominante de su vida, el sentimiento del deber.

«Estando yo un día después de la Octava de la Visitación, encomendando á Dios un hermano mío, en una ermita del Monte Carmelo, dije al Señor (no sé si en mi pensamiento, porque está este mi hermano adonde tiene peligro su salvación).—«Si yo viera, Señor, a un hermano vuestro en este peligro, ¿qué hiciera por remediarle? Parecíame á mí no me quedara cosa que pudiera, por hacer.» Díjome el Señor: —«¡Oh, hija mía, hermanas son mías estas de la Encarnación, y te detienes! Pues ten ánimo, mira lo que quiero Yo, y no es tan dificultoso como te parece, y donde pensais perderán estotras cosas, ganará lo uno y lo otro: no resistas, que es grande mi poder.»

La fecha en que Teresa tomó el hábito de la Encarnación no se sabe a punto fijo. Según dice ella misma, oyó la divina locución que acabamos de copiar una semana después de la Visitación, y el 13 de junio, esto es, uno o dos días más tarde, renunció formalmente al cargo de priora en Medina. Esto parece contradecir el hecho de que las cuentas de este convento desde agosto hasta octubre estén firmadas por ella. Es evidente que sus biógrafos han confundido las fechas, o que Teresa recibió el aviso de haber sido nombrada priora de la Encarnación antes de salir para Medina. Mi opinión es que Teresa abandonó Medina durante el invierno de 1570 y permaneció en Ávila, donde oyó la divina locución, hasta julio o agosto, volviendo entonces a Medina hasta octubre. Fué, pues, en octubre cuando se encargó de dirigir la Encarnación. Al avecinarse a Arévalo camino de Ávila despachó a un mensajero para que informase de su llegada a cierto sacerdote, un tal Alonso Esteban, que debía buscarles albergue donde pasar la noche con las monjas que la acompañaban. Teresa informó al mensajero de que encontraría al sacerdote Esteban paseando debajo de los arcos de la plaza del Mercado, detalle curioso que bien pudiera haberse referido a la vida actual de cualquier población de Castilla y que demuestra cuán inveterada es la costumbre española de vivir, por así decirlo, en la calle, aunque esto se refiere solamente a los

hombres. En efecto, el mensajero encontró al sacerdote donde Teresa le había indicado, y por su mediación se hospedaron aquella noche en casa de una tal doña Ana de Velasco. Este incidente secundario tuvo una gran significación para el cronista, quien lo relata haciendo resaltar su parecido con aquel pasaje de la vida de Cristo, en el que se nos cuenta cómo mandó un mensajero para decir a cierto vecino de Jerusalén que preparase el aposento alto de su casa donde iría a cenar a solas con sus discípulos. Antes de salir para Medina en obediencia a una orden de Fernández originada sin duda por lo ocurrido con doña Teresa de Quesada y que prohibía a las monjas carmelitas habitar un convento de Descalzas sin haber renunciado antes públicamente a la regla mitigada, Teresa insistió en ser la primera que obedeciese a este decreto, lo que llevó a cabo con toda solemnidad ante una imponente concurrencia, dando lectura en alta voz a un documento que fué aceptado por el Visitador el 9 de octubre de 1571, fecha que podemos considerar poco más o menos como la de su entrada en la Encarnación. El Visitador, en virtud de su autoridad, la eximió de los votos hechos en la Encarnación recibiéndola en la regla primitiva. Así reza el documento referido:

«Digo yo: Teresa de Jesús, monja de nuestra Señora del Carmen, profesa en la Encarnación de Ávila y ahora de presente en San José de Ávila, donde se guarda la primera regla (y hasta ahora yo la he guardado aquí con licencia de nuestro Reverendísimo Padre Fray Juan Bautista Rubes, que también me la dió, para que aunque me mandasen los Prelados tornar a la Encarnación, allí la guardase), que es mi voluntad de guardarla toda mi vida, y así lo prometo, y renuncio todos los breves que hayan dado los Pontífices para la mitigación de la dicha primera regla, y con el favor de nuestro Señor, la pienso y prometo guardar hasta la muerte. Y porque es verdad lo firmo de mi nombre. Fecha a trece del mes de julio de 1571.

Teresa de Jesús, Carmelita.»

CAPÍTULO XV

VIDA EN LA ENCARNACIÓN.—VIAJE A SALAMANCA.—FUNDACIÓN DE SEGOVIA

En vista de la decisión del Visitador y del Capítulo Carmelita, las monjas de la Encarnación, apoyadas por muchas personas influyentes de la ciudad, se prepararon para oponer la mayor resistencia posible al gobierno de Teresa. Esta hostilidad se fundaba en varias razones. Ante todo, Teresa, un día monja de la Encarnación, había llegado a alcanzar gran fama, gracias a su independencia. ¿Qué mayor crimen que éste puede cometerse contra los espíritus mezquinos que forman la mayoría en este mundo? ¿Qué mayor afrenta puede cometerse contra aquellos que nos rodean que demostrar con los propios méritos su inferioridad, involuntariamente? La inauguración de la Reforma no podía ser comprendida por las monjas de la Encarnación sino como un acto de ingratitud hacia la Orden o como un desacato contra aquella casa donde Teresa había nacido a la vida religiosa. No, no estaban dispuestas a dejarse despojar de sus franquicias y privilegios por una monja exigente y rigorista, que no cejaría hasta someterlas a una regla y disciplina muy diferentes de las que ellas habían elegido. Mala cosa era el hambre, pero el ser transformadas en modelos de virtud, como las monjas de San José, era algo para ellas todavía peor. No, no estaban dispuestas a soportarlo. Pronto se convencerían el Visitador y la nueva priora de que no era cosa tan fácil como ellos pensaban, el atacar sin su voluntad y sanción las tradiciones de aquel convento. Con el auxilio de algunos personajes im-

portantes decidieron resistir a viva fuerza la entrada de Teresa en la Encarnación, y el asunto empezaba a tomar tal cariz, que a medida que se acercaba el momento, el Visitador mismo iba perdiendo la serenidad.

Llegada la hora, Teresa, acompañada por el Provincial Fray Gaspar de Salazar y otro fraile, ambos enviados por el Visitador, volvió a entrar en su antigua morada.

El Provincial había convocado a la Comunidad en el coro bajo del convento—hoy tan silencioso—, donde les leyó el nombramiento de nueva priora, emitido a favor de Teresa por el Capítulo y el Visitador. El final de la lectura fué el momento convenido para empezar la rebelión con un alboroto desenfrenado, prorrumpiendo las monjas en denuncias contra el documento y en acusaciones e insultos contra Teresa. Una minoría de ellas formóse en procesión, enarbolando la cruz para recibir a la Fundadora, que logró entrar en el convento gracias a los buenos músculos de los dos frailes enviados por el precavido Visitador. La confusión y el tumulto llegaron entonces a un extremo poco menos que infernal. Mientras unas monjas cantaban el *Te Deum*, otras se desgañitaban en improperios contra la intrusa y el que la había mandado. En medio de este pandemonio, imposible de dominar, de mujeres desmayadas, histéricas, convertidas en verdaderas furias, el Provincial, ciego de ira, no sabía qué hacer. Pero Teresa permaneció humildemente arrodillada delante del altar, mientras duró esa escena salvaje. Luego se levantó y, sonriendo, medió entre el Provincial colérico y las monjas rebeldes. Dolióse de que les hubiesen impuesto una priora contra su voluntad y suplicó al Provincial que no se sorprendiese, pues ellas tenían razón en no querer aceptar a una monja tan poco digna de ejercer ese cargo. Disimulando su intención acercóse a las que se habían desmayado, ora de ira, ya de susto. Acarició suavemente sus rostros sin vida, y al contacto mágico de sus manos, recobraron el sentido y las fuerzas. Esto cuenta la leyenda. Teresa, sin embargo, atribuía estos milagros y otros semejantes a la virtud de un *Lignum Crucis* que llevaba consigo. «Todo por disimular lo que el Señor había puesto en sus manos», dice Yepes.

Así se efectuó el regreso tempestuoso de Teresa al convento. El Provincial dejó a Teresa en posesión de su cargo, pero cuando se despidió de la Encarnación aquel día de octubre, el motín continuó ardiendo. Las más obstinadas y provocativas de las monjas sólo aguardaban una ocasión favorable para burlar la autoridad de Teresa, y hasta convinieron en desobedecer sus órdenes con insolencia, y si preciso fuera por la fuerza. Teresa no ignoraba este estado de cosas

cuando celebró su primer capítulo. Mas al reunirse la Comunidad en el coro, para recibir a la priora, una angustia indecible sobrecogió a las monjas, algunas de las cuales temblaron, pues entronizada en la silla prioral no estaba la intrusa aborrecida, a quien venían dispuestas a insultar, sino la imagen bondadosa de Nuestra Señora de la Clemencia con las llaves del convento en las manos. A sus pies estaba sentada Teresa, quien recibió a las monjas con palabras elocuentes, llenas de dulzura. Esta oración, que brotó de su corazón, amoldándose al mismo tiempo a las exigencias del momento, fué trasladada más tarde al papel por alguna de las hermanas presentes, y aunque no está de acuerdo con el estilo de Teresa, por lo que se considera como apócrifa, es fiel al espíritu de la Santa. Dice así:

«Señoras, madres y hermanas mías: Nuestro Señor, por medio de la obediencia, me ha enviado a esta casa para hacer este oficio, de que estaba yo descuidada, cuán lejos de merecerlo. Hame dado mucha pena esta elección, así por haberme puesto en cosa que yo no sabré hacer, como porque á vuesas mercedes les hayan quitado la mano que tenían para hacer sus elecciones, y les hayan dado priora contra su voluntad y gusto, y priora tal, que haría harto si acertase á aprender de la menor que aquí está lo mucho bueno que tiene. Sólo vengo para servirlas y regalarlas en todo lo que yo pudiere, y á esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor, que en lo demás cualquiera me puede enseñar y reformarme. Por eso vean, señoras mías, lo que yo puedo hacer por cualquiera: aunque sea dar la sangre y la vida, lo haré de muy buena voluntad. Hija soy de esta casa, y hermana de todas vuesas mercedes. De todas ó de la mayor parte, conozco la condición y las necesidades, no hay para qué vuesas mercedes se extrañen de quien es tan propia suya. No teman mi gobierno, que aunque hasta aquí he vivido y gobernado entre Descalzas, sé bien, por la bondad del Señor, cómo se han de gobernar las que no lo son. Mi deseo es que sirvamos todas al Señor con suavidad; y eso poco que nos manda nuestra Regla y Constituciones lo hagamos por amor de aquel Señor, á quien tanto debemos. Bien conozco nuestra flaqueza, que es grande: pero ya que aquí no lleguemos con las obras, lleguemos con los deseos; que piadoso es el Señor, y hará que poco a poco las obras igualen con la intención y el deseo.»

Teresa las redujo a sumisión por sorpresa, aprovechando hábilmente el momento de vacilación y estupor producido en la comunidad por sus palabras dulces. Todas las monjas, aun aquellas que pertenecían a las familias más nobles de Castilla, aceptaron voluntariamente el yugo que tan insoportable les había parecido. Ellas mismas

entregaron las llaves del convento a la Madre Teresa y le rogaron que nombrase para los cargos de confianza a aquellas que mejor le pareciese. ¡Cuán verdad es, como la misma Santa dice, que todo se consigue mejor con amor!

Teresa no era solamente *suaviter in modo*, sino también *fortiter in re*, como tuvo ocasión de comprobarlo cierto mozalbete de la nobleza de Ávila. Más persistente que los demás, acostumbrados a pasar las tardes de sol en el locutorio del convento, y enfurecido porque todos sus esfuerzos para ver a cierta monja eran infructuosos, solicitó una entrevista con la priora, a quien reconvino con palabras nada mesuradas ni corteses. Teresa le escuchó con paciencia, y cuando hubo terminado le hizo algunas graves observaciones, concluyendo por amenazarle con el desagrado del Rey y diciéndole que si volvía a poner los pies en los umbrales de la Encarnación le haría cortar la cabeza. Cuando el joven se retiró, cabizbajo, del convento, confesó que era peligroso gastar bromas con la madre Teresa, y añadió, no sin tristeza, que para él se habían acabado las galanterías con las monjas y que los buenos tiempos de la Encarnación habían pasado a la historia.

Las demás medidas de Teresa fueron igualmente enérgicas y radicales, aunque las impuso con tanto tacto y deferencia para con sus súbditas que ellas mismas propusieron aquellas reformas que Teresa tenía proyectadas en secreto. «Justo es, madre, que tengais vos las llaves de los tornos y locutorios—dijéronle las monjas más humildes, entre las cuales estaban algunas de las más recalcitrantes—y que escojais á tales y á cuales personas para el desempeño de los cargos.» «Puesto que así les parece á vuestras reverencias—contestó ella—así sea.»

Con la autorización del Comisario hizo venir a dos de sus frailes Descalzos, Fray Juan de la Cruz y Fray Germán de San Matías, para que se encargasen de los servicios eclesiásticos y de la dirección espiritual de las monjas de la Encarnación. Hizo venir asimismo de Valladolid a Isabel Arias, prima carnal suya, que le inspiraba gran confianza, poniendo en el puesto de priora a María de Bautista, que tanta fama alcanzó más tarde. La administración cuidadosa de Teresa dió pronto excelentes resultados en el convento. Así y todo la pobreza era tan grande que la vemos escribir a su hermana Juana pidiéndole unos cuantos reales con que atender a las necesidades más urgentes de la vida, pues todo lo que el convento podía ofrecerle era una mísera ración de pan. «Con las necesidades grandes que veo en la Encarnación no podré guardar nada», decía, pues las limosnas que le enviaban

sus poderosas amigas doña María de Mendoza y doña Magdalena de Ulloa (1), «la limosnera de Dios», sólo bastaban para ahuyentar el hambre de las puertas de aquella casa.

«Esta casa de la Encarnación se ve notablemente hacerme gran mal; plega a Dios se merezca algo.» «Estoy ya enfadada de verme tan perdida que si no es a misa no salgo de un rincón ni puedo.» Estas palabras nos revelan cuánto pesaban sobre la anciana monja el cuidado y la responsabilidad que le imponían la pobreza de aquella numerosísima comunidad. Su salud era tan mala que pasaba las noches abrasada por una fiebre de la cual sólo se sentía libre por muy poco tiempo en la madrugada. Así y todo, no sólo desempeñaba escrupulosamente su nuevo cargo, sino que se mantenía en contacto incesante con las comunidades que había fundado, dirigiéndolas, por decirlo así, en espíritu, «de manera que bien se podía ver que todo se puede en Dios, como dice San Pablo».

Sus innumerables ocupaciones, de las cuales no era la menor su correspondencia voluminosa, la condenaban a ese aislamiento que frecuentemente se hace tan duro para quienes, de no recurrir a él, tendrían que renunciar al cumplimiento de sus aspiraciones. «Harto le echo de menos acá y sola me hallo», escribe a su hermana Juana, no en son de queja, sino como dejando escapar un suspiro contenido. Juana se encontraba en la pequeña villa de Galinduste, cerca de Salamanca, donde acostumbraba pasar el invierno con su marido.

Esta soledad, si no inexorable de cuantos se anticipan al espíritu de su siglo, fué suavizada al menos por el amor y el respeto que supo granjearse entre sus monjas. «Como las veo tan sosegadas y buenas, que cierto lo están», dice muy sentidamente, escribiendo a doña María de Mendoza, «pésame de verlas padecer [de hambre] es para alabar a nuestro Señor la mudanza que en ellas ha hecho. Las más recias están ahora más contentas y mejor conmigo. Esta Cuaresma no se visita mujer ni hombre, aunque sean padres, que es harto nuevo para esta casa... Verdaderamente hay aquí grandes siervas de Dios, y casi todas se van mejorando. Mi priora hace estas maravillas. Para que se entienda que esto es así, ha ordenado nuestro Señor que yo esté de suerte, que no parece vine sino á aborrecer la penitencia, y no entender sino en mi regalo».

Las palabras que dirigió al padre Ordóñez, con referencia a la fundación de una escuela de doncellas en Medina del Campo, fueron el resultado de su experiencia en el gobierno de una comunidad nu-

(1) Madre de don Juan de Austria.

merosa, y no una prueba de que se intimidase ante las dificultades que presentaba la empresa. Recordemos que cuando tomó las riendas de la Encarnación, el desorden que antes la obligara a salir de allí había llegado a un grado máximo. Más de ochenta monjas ambiciosas llenaban los recintos del claustro, entregadas constantemente a una cháchara que no era siempre de lo más edificante. «Es tan diferente», escribe, «enseñar mujeres e imponerlas muchas multas a enseñar mancebos como de lo negro a lo blanco... tengo experiencia de lo que son muchas mujeres juntas. Dios nos libre».

Por esta época escribió Teresa su respuesta ingeniosa al *Cartel de Vejamen* de los frailes de Pastrana, que la habían retado a un debate espritual. Este documento afamado oculta un fondo elevadísimo bajo la aparente frivolidad del estilo empleado en los libros de la Caballería Andante. En este torneo espiritual, sugerido por el célebre Gracián, que había entrado en Pastrana como novicio dos años antes, los frailes tuvieron que habérselas con un rival formidable y despiadado en la Madre Teresa. Con este pretexto entablaron relaciones por primera vez estas dos personas, destinadas a ejercer más tarde una influencia tan grande en la suerte de la Orden y en sus respectivas vidas, sin que pudieran figurarse que el tiempo había de forjar lazos entre ellos «que la muerte misma no podría desatar». He aquí el prólogo del famoso documento de Teresa:

«Habiendo visto el cartel, pareció que no llegarían nuestras fuerzas á poder entrar en campo con tan valerosos y esforzados caballeros, porque tenian cierta la victoria y nos dejarían del todo despojadas de nuestros bienes; y aun por ventura acobardas, para no hacer eso poco que podemos. Visto esto ninguna firmó y Teresa de Jesús menos que todas. Esto es gran verdad sin ficción.

»Acordamos de hacer adonde nuestras fuerzas llegasen y ejercitadas en esas gentilezas, podría ser que con favor y ayuda de los que quisieren parte de ellas, de aquí á algunos días podamos firmar en el cartel. Ha de ser á condición de que el mantenedor no vuelva las espaldas, estándose metido en esas cuevas [es alusión á las cuevas de Pastrana, primera vivienda de los frailes primitivos de dicho lugar], sino que salga al campo de este mundo, adonde estamos. Podrá ser que viéndose siempre en guerra, adonde ha menester no quitarse las armas ni descuidarse, ni tener un rato para descansar con seguridad, no esté tan furioso, porque va mucho de lo uno á lo otro, y del hablar al obrar, que en poco entendemos de la diferencia que hay en esto. Salga, salga de esa deleitosa vida él y sus compañeros: podrá ser que tan presto estén tropezando y cayendo, que sea menester ayudarlos á

levantar: porque terrible cosa es estar siempre en peligro, y cargados de armas, y sin comer. Pues el mantenedor proveyó tan abundosamente de esto, con brevedad envíe el mantenimiento que promete; porque ganándonos por hambre ganaría poca honra ni provecho.»

Cada monja presentaba un mérito a cambio de una virtud que había de ser ganada para ella por medio de las oraciones de los caballeros de Pastrana. Por ejemplo, Beatriz Juárez ofreció los merecimientos correspondientes a dos años de sacrificios cuidando enfermos a aquel o a aquella que rogara al Señor cada día por ella para que la tuviese en su gracia y le diese el don de la prudencia al hablar.

Teresa fué la última en contestar, del siguiente modo:

«Teresa de Jesús dice: que da á cualquier caballero de la Virgen que hiciere un acto sólo cada día muy determinado á sufrir toda su vida un prelado muy necio y vicioso y comedor y mal acondicionado, el día que le hiciere, le da la mitad de lo que mereciere aquel día, y así en la comunión, como en hartos dolores que tray: en fin, en todo, que será harto poco. Ha de considerar la humildad con que estuvo el Señor delante de los jueces, y cómo fué obediente hasta muerte de cruz. Esto es por mes y medio el contrato.»

La existencia de Teresa en la Encarnación fué como un halo de gloria inmarcesible sobre el almenado convento. Su influencia se siente todavía en mil detalles. La vida que allí latió con un apasionamiento capaz de hacerse sentir en todo el mundo, se ha desvanecido. Sólo lo inanimado perdura. En aquellos muros duermen los ecos de la voz y los pasos de Teresa, como duermen los ecos de los pasos y de las voces de tantas generaciones de monjas convertidas en polvo bajo las losas del claustro, sin que de ellas quede ni un rastro de memoria. Difícil es desenmarañar, a la luz de la historia, el sinnúmero de fantásticas leyendas a que ha dado lugar este período de la vida de Teresa.

Todavía sobresale en la penumbra del coro bajo, enfrente del altar mayor, el rostro sonriente de la Virgen de la Clemencia, como aquel día de noviembre en que subyugó a las ingobernables monjas. Así como los arzobispos visigodos de Toledo no volvieron a ocupar el trono en el cual San Ildefonso vió la aparición de la Virgen, ninguna priora de la Encarnación ha vuelto a ocupar aquel sitial santificado.

Ahí, en el locutorio sombrío, detrás de cuya reja de madera suele vislumbrarse una toca blanca sobre una frente pálida y unos ojos luminosos; en el locutorio sombrío donde entra algunas veces la luz del sol por una ventana abierta, acariciando las losas rojas y frescas del piso, fué donde Beatriz de Jesús vió a Teresa y a San Juan de la

Cruz en éxtasis, elevados en el aire. Esa rejita, casi oculta en la iglesia donde las monjas comulgaban, ha sido consagrada por la tradición como el lugar donde Teresa celebró sus esponsales con Cristo, como Santa Inés, Santa Cecilia y Santa Catalina de Alejandría.

Dice Teresa:

«Representóseme Cristo en visión imaginaria como otras veces, muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y díjome: «Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo has merecido, y de aquí adelante, no sólo como de Creador y como de Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía. Mi honra es tuya, y la tuya mía.»

Otra vez vió los cielos abiertos, revelando a Teresa la Divinidad entronizada. La visión, que tan transitoria le había parecido, duró más de dos horas, lo que, al saberlo, le causó gran sorpresa. También presenció en un rapto la ascensión de Cristo al cielo y el gozo de la corte celestial al tomar Él su sitio. El trono de esta corte celestial se le apareció sostenido por animales fantásticos, por lo que vemos la influencia que ejercían en su espíritu las revelaciones de Ezequiel y del Apocalipsis. Sin embargo, no todos los elementos constitutivos de esas visiones tienen el mismo carácter de plasticidad. Otros nos revelan su extraordinaria intuición para las abstracciones y síntesis filosóficas y psicológicas, y su singularísima sensibilidad poética, que la coloca a un mundo de distancia de las aberraciones de los quietistas.

«Estando una vez en Horas con todas, de presto se recogió mi alma, y parecióme ser como un espejo claro toda, sin haber espaldas ni lados, ni alto ni bajo que no estuviese toda clara, y en el centro della se me representó Cristo nuestro Señor, como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma le veía claro como en un espejo, y también este espejo (yo no sé decir cómo) se esculpía todo en el mesmo Señor por una comunicación, que yo no sabré decir, muy amorosa. Sé que me fué esta visión de gran provecho, cada vez que se me acuerde, en especial cuando acabo de comulgar. Dióseme á entender que estar un alma en pecado mortal es cubrirse este espejo de gran niebla y quedar muy negro y ansí no se puede representar ni ver este Señor aunque esté siempre presente dándonos el ser; y que los herejes es como si el espejo fuese quebrado; que es muy peor que escurecido. Es muy diferente el como se ve, á decirse, porque se puede mal dar á entender. Mas hame hecho mucho provecho y gran lástima de las veces que con mis culpas escurecí mi alma para no ver este Señor.»

En esta visión forman un todo las dimensiones, la luz y un centro, de lo que resulta que (según esas elevadas contemplaciones filosó-

ficas llevadas al extremo de la aberración en un vano empeño de hacerla encajar en los estrechos límites de un credo religioso formado por la ciencia mística) fué una visión de las llamadas imaginarias, en oposición a las llamadas intelectuales, o sea aquellas en que el alma compenetrada con la esencia de las ideas abstractas, rechaza por superflua toda imagen de las cosas corporales. Esto es, por lo menos, lo que yo saco en limpio de la interpretación de los místicos, entre los que no deja de oírse a veces la voz de un Platón desvariante, pues yo pertenezco a la misma categoría de Teresa cuando dijo «en cuanto a mente, alma y espíritu, todo es uno para mí». Teresa misma, sin apelar a ningún género de sutilezas filosóficas, nos explica inconscientemente con un ejemplo la naturaleza de la visión intelectual, con una claridad que no hubiera podido alcanzar ninguna definición escolástica.

«Estando una vez en oración, se me presentó muy en breve (sin ver cosa formada, mas fué una representación con toda claridad) cómo se ven en Dios todas las cosas, y como las tiene todas en sí. ... Parecióme ya, digo, sin poder afirmarme en que vi nada; mas algo se debe ver, pues yo podré poner esta comparación, sino que es por modo tan sutil y delicado, que el entendimiento no lo debe alcanzar, ó yo no sé entender en estas visiones, que no parecen imaginarias, y en algunas algo desto debe haber, sino que como son en arrobamiento las potencias, no lo saben después formar, como allí el Señor se lo representa y quiere que lo gocen. Digamos ser la Divinidad como un muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo, ó espejo, á manera de lo que dije del alma en estotra visión, salvo que es por tan subida manera, que yo no lo sabré encarecer, y que todo lo que hacemos se ve en este diamante, siendo de manera que él encierra en sí todo, porque no hay nada que salga fuera desta grandeza. Cosa espantosa me fué en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro diamante y lastimosísima cada vez que se me acuerda ver que cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de claridad, como eran mis pecados.»

El siguiente milagro ocurrió en el primer año del gobierno de Teresa en la Encarnación: mientras las monjas entonaban el Salve Regina la víspera de San Esteban, la Santa, que estaba arrodillada en el coro, absorta en la oración, vió descender a la Reina del cielo rodeada de una multitud de ángeles y ocupar el puesto de la imagen de madera en la silla prioral, mientras los ángeles se agrupaban en los remates tallados de los asientos y se enroscaban en guirnaldas alrededor del facistol. En realidad no vió los ángeles, pero sintió su presen-

cia... y «por lo menos parecióme a mí no ver la imagen, sino nuestra Señora como digo».

Estas observaciones no dejan de ser interesantes y merecen ser citadas. Milagros de este género aliviaban la carga, responsabilidades y cuidados de los dos años de su priorado, que iban ya tocando al fin. Cinco años más tarde, fruto de la austera benignidad de su mando, aquellas mismas monjas, demostrando poseer todavía, como veremos, el espíritu de independencia e insubordinación que habían desplegado contra ella en otra ocasión, la reeligieron unánimemente por priora. Esto constituyó un triunfo contra el Provincial, que se negó a sancionar la elección ante el Consejo Real, entonces Tribunal Supremo de España, y en vano amenazó con el encarcelamiento y los más severos castigos a aquellas monjas, resueltas a no ceder una tilde en sus decisiones.

A fines de julio de 1573, la anciana de cuerpo débil y enfermizo, sostenida sólo por la robustez de su espíritu, se encontró de nuevo camino de Salamanca, donde las necesidades de sus hijas hacían indispensable su presencia, para lo cual le dió permiso Fernández, que se encontraba por entonces en esa ciudad.

Antes de emprender ese viaje a mediados de junio, escribió la primera de sus cartas dirigidas a la «Sacra Católica Majestad del Rey Nuestro Señor». Esta carta es uno de los documentos más interesantes de la vida de la Santa en sus relaciones con la casa de Austria. «La Reina Nuestra Señora» y el Príncipe, por cuya larga vida, según la referida carta, ofrecían sus oraciones las comunidades de la Encarnación y de los conventos de la Reforma, son aquella Ana de Austria, cuarta esposa de Felipe, que hubiera debido ser consorte del desdichado Don Carlos, y su hijo el Infante Don Fernando, que acababa de ser proclamado heredero del trono de España en el monasterio de San Jerónimo el Real y contaba a la sazón un año. «Y en este día se hizo especial oración... Harto gran alivio es que para los trabajos y persecuciones que hay en ella (la cristiandad) que tenga Dios nuestro Señor un tan gran defensor y ayuda para su Iglesia como Vuestra Majestad es.» Hombre extraño y sin paralelo en la historia fué en verdad Felipe II. Nadie ha sido jamás loado y vilipendiado a la vez con tanto exceso. Ningún personaje histórico ha sido jamás tan mal comprendido. Los deberes que le imponía el trono y sus inclinaciones espontáneas se confunden de tal modo en su vida, que es ardua tarea la disgregación de estos dos factores para el análisis histórico. Su fanatismo, si bien lindaba a veces con la superstición, era por otro lado una resultante de ciertas cualidades, tal vez las más nobles, del carácter

español. Su desesperada lucha con la herejía fué trágica y sangrienta, pero no careció ciertamente de una grandeza quijotesca. Ella fué emprendida al impulso de esa mezcla de sentimiento caballeresco y sombría exaltación que dan relieve sin igual a la figura de Ignacio de Loyola. Felipe, como éste, fué consecuente hasta el fin con una idea, que si bien mana directamente de las fuentes del misticismo, produce inevitablemente en la práctica siniestros resultados.

La víspera de su viaje, Teresa escribió al jesuíta Ordóñez una carta sobre el establecimiento del colegio de doncellas en Medina del Campo. «Quiera, dice, tener mucho lugar y salud para decir muchas cosas que importan a mi parecer. Y he estado tal... sin comparación peor que antes que haré harto en lo que diré... En pasando mañana, me voy si no me da otro mal de nuevo y ha de ser grande cuando me lo estorbe.» Por estas palabras vemos cómo aquel espíritu valeroso y resuelto sostenía las flaquezas de su cuerpo.

El maestro Julián acompañó a la Santa en esta expedición como en tantas otras, y gracias a su ingenuo relato nos encontramos una vez más en contacto con la vida del siglo XVI, vida ya tan lejana de nosotros, no sólo en lo externo, sino hasta en su más íntimo sentido. Esas páginas sencillas del maestro Julián son siempre como un espejo fiel de la vida de Teresa.

Componían la pequeña compañía Teresa, Fray Antonio de Jesús, el maestro Julián y doña Quiteria de Ávila, monja de la Encarnación, que fué después priora. Todos iban en borricos, y para evitar el calor de aquellas elevadas mesetas en verano, que es tan sofocante como es crudo el frío en el invierno, salieron de Ávila cerca del anochecer con la intención de aprovechar el fresco de la noche para el viaje. Envueltas en sus capas hasta los ojos y montadas en sus humildes cabalgaduras salieron de la Encarnación aquellas monjas en la penumbra del crepúsculo, como uno de esos grupos de viajeros que atraen nuestra atención hoy día en los caminos de Marruecos. Descendieron con gran peligro la angosta calle de pedernales y guijarros, pendiente como un precipicio, que conduce al puente. Cruzaron sigilosamente por una plazoleta en cuyo centro, sobre un pedestal formado por una peña, se vislumbra una cruz iluminada por los reflejos de un farol. Delante de la plazoleta, contrastando con la luz crepuscular que colora inciertamente las aguas del río, aparece el collado oscuro y lúgubre por donde avanza el camino. Una vez ganada la cumbre, desde la cual se destaca la silueta de la ciudad medieval, se encuentran ya ante los bosques y ondulantes praderas y que se extienden hasta Alba. Región desolada en la que no se encuentra más

huella de la vida que algún sendero arenoso abierto por el paso continuo de las caballerías; región llena de enormes peñascales que adquieren fantásticas formas bajo la luz de la luna. Yo también, como Teresa, he atravesado estos parajes de la noche a la madrugada. Nunca se borrará de mi memoria la impresión de aquella interminable soledad, de aquellas masas inmensas de roca dentada, de aquel firmamento en cuya profunda serenidad las estrellas se antojan más grandes y brillantes que en otros lugares...

Antes de llegar a Martín, pequeño villorrio no lejos de Ávila, Fray Antonio de Jesús sufrió una mala caída de su borrico. Seguramente era mal jinete, é iría además medio dormido. Este fué el primer incidente del viaje. Oigamos cómo lo cuenta el maestro Julián: —«Quiso Dios que no se hizo mal en estas, ni en otras muchas, que en caminos, que tocaban á la Orden, andando ha dado. Iba con nosotros una doncella de una señora. Yo la ví caer un poco más adelante de una mula, y dió de cabeza en el suelo, que pensé que se había muerto, y guardóla Dios, que cosa no se hizo. Y andando ya muy oscuro, porque se había entrado mucho la noche, se perdió el jumento en que iba el dinero, que se llevaba á Salamanca, y otros recaudos de camino, y no paresció en toda aquella noche, de suerte que, con las caidas, y el buscar el jumento, y con la grande oscuridad, me paresce a mí que cuando llegamos á la posada pasaría de media noche. Yo no quise cenar, aunque creo lo había menester, pero por no dejar de descir Misa á la mañana, tuve por bien quedarme en ayunas: A la mañana fué un mozo á buscar el jumento perdido, y hallólo echado un poco apartado del camino, que nadie había tocado á él, ni faltaba cosa de lo que llevaba. Con esto tuvimos gana á la mañana de ir á descir la Misa á una ermita que se llama Nuestra Señora del Parral.

»Llegamos allá á la buena hora, y para descir la Misa no había recaudo en la ermita. Hube yo de ir á el lugar, que está algo apartado de la ermita, por recaudo, y no hallé á el cura en el lugar; no hubo quien nos diese recaudo. Á el fin, en idas y venidas se nos pasó toda la mañana, é yo me quedé harto contra mi voluntad, sin descir Misa, é sin cenar y sin almorzar, y harto de caminar. Y, aunque la Santa Madre se quedó sin comulgar, que para esto no estorbaba el camino, no sentí yo tanto eso, como á mí tocaba; porque aún no bastó mi trabajo en esto, sino que se iban riendo de mí, y con razón.

»Á otra noche fué mayor nuestra pérdida que no la del jumento, aunque descían llevaba quinientos ducados, fué que, como íbamos también de noche, y con harta escuridad, habíase dividido la gente en dos partes: el que se iba con la Santa Madre, que, por su honra, no

quiero descir quién es, dejóla y á la señora doña Quiteria, que agora es priora de la Encarnación, en una calle de un lugarito, á que allí aguardasen la demás gente para que todos se juntasen é no fuesen divididos; de manera que por ir á buscar á los demás, ya que parescieron, volvió el que las dejó á buscarlas, é nunca pudo atinar á dónde las había dejado, é, como hacía tan escuro, desatinó de manera, que por más vueltas que dió no las halló; y con descir adelante deben de ir con los que van más adelante, anduvimos buen rato hasta que estuvimos todos juntos. Descíamos los unos á los otros:

»—¿Viene ahí la Madre?

»Descían:

»—¡No!

»—¿No viene con vosotros?

»—Si que con vosotros venía. ¿Qué se ha hecho?

»De manera que nos hallamos todos con escuridades, la de la noche, que era harta, y la de hallarnos sin nuestra Madre, que era muy mayor. No sabíamos si volver atrás, ó ir adelante. Empezamos á dar voces, no había memoria.

»Hubímonos de tornar á dividir, los unos á buscar lo que habíamos perdido, los otros á gritar, á ver si de algún cabo nos respondía. Después de buen rato que tuvimos de pena, y más el que las había dejado, é tornando á desandar lo andado, he aquí á nuestra Santa Madre, que viene con su compañera é un labrador, que le sacaron de su casa é le dieron quatro reales porque las guiase á el camino, el cual fué el mejor librado, porque se volvió muy contento á su casa con ellos, y nosotros mucho más con todo nuestro caudal vuelto á hallar, y con harto regocijo de ir contando nuestras aventuras. Fuimos á parar á un mesón, donde había tantos arrieros, echados por aquellos suelos, que no había donde poner los pies sino sobre albardas ú hombres dormidos. Hallamos á donde meter á nuestra Santa Madre y á las monjas que llevábamos, que no creo había seis pies de suelo; de manera que, para caber, habían de estar en pie. Lo que tenían bueno estas posadas, que no víamos la hora de vernos fuera de ellas.»

Muchos, por el mero capricho de visitar un lugar apartado del mundo, han sufrido como Teresa frío y calor y las incomodidades de posadas míseras llenas de arrieros; pero Teresa, rayana ya en los sesenta años, al ir en persecución del ideal que absorbía su vida, tenía que sufrir, además, la crítica y la maledicencia propias de las preocupaciones sociales de su época. Si por un lado contaba con los partidarios más calurosos y leales que jamás tuvo mujer alguna en el mundo, por el otro, tenía antagonistas acérrimos y decididos. ¿Qué perso-

na de mérito no los tiene? El Nuncio Papal Sega la calificó, en época posterior, de mujer corretona e inquieta, y muchas personas doctas y virtuosas, entre las cuales estaban catedráticos afamados de Salamanca, a pesar del mucho afecto que le tenían y de lo mucho que admiraban sus virtudes, desaprobaban y condenaban que anduviese de un lado para otro, en vez de quedarse tranquilamente en el retiro de su convento. «Es como si los que no tienen sed menospreciasen a la persona que bebe, pues si los que de ella murmuraban hubiesen conocido la grande necesidad que la excitaba, no lo habrían hecho más, aunque la hubieran visto partir a Jerusalén.» Sin embargo, al hablar con Teresa, sus detractores convertíanse pronto en los más firmes amigos y defensores de su causa. Este don especial de Teresa podía decirse que prevalecía especialmente con sus confesores. Era, en realidad, una exquisita diplomacia ejercida sin escrúpulos, pues aquel reparo que en su juventud tenía, por lo que la gente pudiese pensar de ella, había desaparecido ya de su conciencia. Identificada por completo con la Reforma, sólo se preocupaba de lo que pudiese beneficiar su desarrollo. Nunca perdió el deseo de gozar de la buena opinión de todos, mas esto era sólo por amor de la Reforma, pues siendo ella su fundadora y la responsable de su existencia, trataba siempre de evitar que recayese sobre su obra la sombra del menor reproche que pudiera merecer su personalidad.

«Por esta misma causa», dice Yepes, «deseaba ser honrada y estimada, y si en algún tiempo pidió a Nuestro Señor que quitase de los hombres la opinión que tenían de que era Santa, después que se vió tan favorecida de Dios y que Su Majestad había puesto tantas cosas en ella, y tomádola por instrumento para resucitar esta Orden, vivía con cuidado de que no pareciesen en ella imperfecciones».

Al llegar en esta ocasión a Salamanca, fué fiel a su costumbre de escoger confesores entre los prelados de mayor influencia y saber. Por este medio, como hemos dicho, ganaba para su causa el apoyo de hombres importantes, que no le convenía tener como enemigos. Uno de sus detractores más acérrimos en Salamanca, era Fray Bartolomé de Medina, distinguido catedrático de la Universidad, persona notabilísima en su tiempo y autor de un manual del confesonario que no ha caído del todo en desuso en nuestros días. Teresa no paró hasta conseguir que este virtuoso varón la escuchase en el confesonario, y escucharla y convertirse en su servidor más favorito fué todo uno. Fueron tan profundos el respeto y el afecto que le inspiraran aquella mujer vilipendiada por él, que parecíale poco menos que favor divino el ser llamado por Teresa cuando ésta lo necesitaba en Alba. En cier-

ta ocasión en que hablaba con Fray Bartolomé por el torno una monja de Alba, nombró ésta casualmente a la madre Teresa, lo que produjo gran desagrado en el sabio anciano, quien reprendió severamente su falta de reverencia, ordenándola que en lo venidero le diese, por lo menos, el título de Nuestra Madre Fundadora.

El asunto que llevó a Teresa a Salamanca, y del que se ocupó sin demora con su característica energía, era la compra de una casa. Los preliminares habían sido ya convenidos entre la priora Ana de la Encarnación y el propietario de la finca, y sólo se esperaba la aprobación de Teresa para cerrar el trato. La casa era la única disponible en toda Salamanca; además del precio que habían convenido pagar a plazos, era menester gastar en ella más de mil ducados para ponerla en condiciones habitables. Nadie se había atrevido a tomar a su cargo una responsabilidad tan grande, y esperaron la llegada de Teresa antes de dar ningún paso definitivo. «Ninguna de sus hijas», dice la Santa en sus Fundaciones, «había tenido que pasar tantos trabajos como las monjas de Salamanca». Durante tres años se hospedaron en una casa destartalada, delante de la cual corría un caño de agua que la hacía húmeda y fría. Estaba, además, tan retirada de la población, que las limosnas llegaban a ella con dificultad, y para colmo de desgracias, las piadosas monjas estaban privadas del consuelo de tener en el sagrario de su pequeña iglesia el Santísimo Sacramento. Esto era, en realidad, lo que más las apenaba, como ya hemos dicho al ocuparnos anteriormente de este punto. La casa que estaban para comprar no era mucho mejor que la que acabamos de describir, lo que sorprendió desagradablemente a todos los recién llegados de Ávila, menos a Teresa, cuyo arrojo, en casos semejantes, estaba a prueba de dificultades. Sin dejarse amedrentar por los gastos, ni por la de sufragarlos, ultimó la compra en tales condiciones que las buenas monjas vivieron en una constante efervescencia de pleitos y disputas durante los diez años siguientes. El propietario de la casa era un tal Pedro de la Vanda, «caballero de buena posición, aunque no rico, y de condición indigesta». Cuando Teresa llegó a Salamanca estaba ausente de la ciudad, pero, a pesar de esto, y de no haber llegado todavía el consentimiento del rey para anular la vinculación a que la finca estaba sometida, había dado permiso para que las monjas se posesionasen de ella, y hasta para que empezasen a edificar las tapias del convento. Las monjas no perdieron tiempo en empezar las obras de la nueva casa, pues el propietario de la que ocupaban a la sazón les había declarado su propósito de hacerles pagar otro año de alquiler si no la dejaban para el día de San Miguel. Desde la ventana de su celda, Te-

resa vigilaba y dirigía a los obreros. Algunas veces, para animarlos, les hacía traer vino, lo que dió más tarde origen a la leyenda de que en cierta ocasión aumentó el líquido milagrosamente, dando testimonio de ello, un tal Pedro Hernández, carpintero. La víspera de San Miguel, obrando en oposición al consejo de alguno de sus protectores, las monjas empezaron a trasladarse a su nueva vivienda antes de rayar el día, bajo una lluvia torrencial. Aquellas piadosas personas desaprobaban tanta prisa, mas «a donde hay necesidad puedense mal tomar los consejos si no dan remedio». Por la ciudad había corrido la noticia de que la consagración del nuevo convento había sido fijada para el día siguiente, y todo el mundo se disponía a asistir a la ceremonia. Por la tarde llovía de tal modo que era casi imposible continuar la mudanza de los muebles de una casa a otra, y lo peor de todo era que el agua caía a chorros por el techo de la capilla.

«Yo os digo, hijas, que me ví hárto imperfecta aquel día: por estar ya divulgado, yo no sabía qué hacer, sino que me estaba deshaciendo, y dije á Nuestro Señor casi quejándome «que ó no me mandase entender en estas obras, ó remediase aquella necesidad». El buen hombre Nicolás de Gutiérrez (que ya conocemos por haberla ayudado en la primera fundación de Salamanca), con su igualdad, como si no hubiera nada, me decía muy mansamente que no tuviese pena, que Dios lo remediaría.»

Y así fué, pues el día de San Miguel hizo un tiempo espléndido, y ante una muchedumbre llena de expectación religiosa, vió Teresa alzarse la hostia que consagraba al nuevo convento fruto de sus recientes trabajos.

Mas no duró mucho en su alma la impresión del triunfo, pues al día siguiente apareció en el convento Pedro de la Vanda, reclamándoles el pago completo de la casa en aquel instante mismo, a pesar de las condiciones estipuladas respecto a la compra de la finca por plazos. Las monjas se intimidaron ante su actitud agresiva y violenta. Sus voces furiosas resonaban en todo el convento, y la misma Teresa, no obstante su poder persuasivo, no lograba templar la cólera de su arrendatario. Las monjas, viéndose acosadas de tal modo, propusieron abandonar la casa, a pesar de los gastos y mejoras que habían hecho en ella, mas Pedro de la Vanda no quiso renunciar a la venta, que constituía para él un buen negocio. Por lo visto, la imposibilidad de que este buen señor y las monjas llegasen a un acuerdo era tal, que tres años después los vemos todavía disputando sobre el mismo punto, y la compra de la casa en suspenso. Durante diez años fué una verdadera pesadilla para las pobres monjas el mal genio y el ca-

rácter quisquilloso del caballero. Este edificio ha sucumbido al tiempo. Estaba situado junto al gran palacio de Monterey y a la casa del Conde de Fuentes, que fué precisamente derruída más tarde por él mismo para ceder el sitio al magnífico convento de las monjas Agustinas Reformadas. El visitante que cruce la elevada y silenciosa nave de este edificio, tal vez no sepa que en aquel lugar se alzó antaño la humilde capilla donde Teresa pasó tantas horas entregada a la emoción interior de sus dudas, de sus triunfos y de sus inspiraciones.

La fundación de Salamanca fué una carga que agobió el espíritu de Teresa hasta el día de su muerte. En vano intentó aliviar la suerte de sus hijas, trasladándolas a otra casa. No es, pues, extraño que la pluma del maestro Julián consigne con una amargura inusitada sus trabajos en aquel convento desde el día de Nuestra Señora de Agosto hasta el de San Miguel, gastando mucho dinero con muchos oficiales, hasta que quedó hecho el monasterio, formado con claustro y celdas, su refectorio e iglesia «e todo lo demás que era menester para el monasterio».

«Harto quisiera yo se hubiera tomado lo que dijo Jesucristo á sus apóstoles que, cuando no los recibiesen en un pueblo se fuesen á otro, y que aun el polvo que se había pegado á los pies, le sacudiesen y no le llevasen consigo; lo cual no pude yo hacer por habérmelo yo tragado é muy sudado, é con hartos malos trapos que nos dió aquel bendito con su casa todo el tiempo que duró el no huír de ella cuanto más dejársela; Dios se lo perdone. ¡Amén!»

Teresa no perdió nunca la esperanza de arreglar este infortunado asunto satisfactoriamente. «Este negocio de Pedro de la Vanda nunca se acaba, creo que me tengo de ir antes á Alba por no perder tiempo porque hay peligro que el negocio que se entienda entre él y su mujer. Mucho sufre el amor de Dios que si algo hubiera que no lo fuera ya fuera acabado.» Así escribió a Bañez antes de volver a visitar a sus monjas de Alba, cinco meses después de la inauguración del nuevo convento.

Escribiendo desde Alba a la priora de Salamanca, Ana de la Encarnación, dice:

«Jesús sea con vuestra reverencia. Hágame saber como está y todas, y deles mis encomiendas, que bien quisiera poder gozar de las de acá y de las de allá. Creo he de tener aquí menos embarazos, y tengo una ermita, que se ve el río, y también adonde duermo, que estando en la cama puedo gozar de él, que es harta recreación para mí. Mejor me he hallado hoy que suelo. Doña Quiteria con su calentura, dice las ha echado menos... Esa trucha me envió hoy la duquesa [de Alba]

paréceme tan buena, que he hecho este mensajero para enviarla a mi padre el maestro Fray Bartolomé de Medina: si llegare á hora de comer, vuestra reverencia se la envie luego con Miguel, y esa carta; y si más tarde, no se la deje tampoco de llevar, para ver si quiere escribir algún renglón. Vuestra reverencia no me deje de escribir como está, y no deje de comer carne en estos días; digan al doctor su flaqueza y denle mucho mis encomiendas... Á Juana de Jesús que me haga saber como está, que tenía muy chica cara el día que me vine... Si algo pidiere Lezcano [el mensajero], dénselo, que yo lo pagaré, que dije que si hubiese menester algo, que vuestra reverencia se lo daría: bien creo que no lo pedirá.»

Carta es esta interesantísima, tanto en lo que podríamos llamar su aspecto psicológico, como en su aspecto pintoresco. Al par que en ella Teresa nos hace gustar esa calma y tranquilidad bucólica que inunda el espíritu del que abandona la vida de las grandes ciudades por el retiro restaurador de una apartada aldea, se nos muestra también madre amorosa, al ocuparse de los detalles más insignificantes relacionados con el bienestar de sus monjas, diplomática consumada en sus halagos a Fray Bartolomé de Medina, a quien se había propuesto conquistar, amiga fiel al ocuparse de sus amigas la Condesa de Monterey, de la esposa del Corregidor y hasta del criado voluntario de las monjas, que yo me imagino harapiento, medio gafo y gordinflón, dispuesto a enojarse si las monjas pensaban siquiera en pagarle. De esa casta se ven todavía tipos curiosos en esos lugares apartados donde no han penetrado todavía las modas abominables y las vulgaridades del siglo XIX, reflejo de aquella extraña y desajustada democracia de la sociedad española en los tiempos de la Santa. Nada más castizamente castellano, que esa carta llena de la austera afabilidad, gracia y buen humor, que caracterizaban a los españoles de antaño.

Aquel reposo y tranquilidad de que gozaba Teresa, y la contemplación de las praderas y orillas bordeadas de chopos del Tormes que proporcionaban a sus fuerzas físicas y morales, el alivio que tanto necesitaba, no había de durar mucho. Teresa había recibido en Ávila la visita de doña Ana de Jimena, viuda de don Francisco Barros de Bracamonte, perteneciente a la noble familia avilesa del mismo nombre, y prima de Isabel de Jesús, que había tomado el hábito dos años antes en dicha ciudad. Probablemente, a partir de la referida visita, surgió en el ánimo de Teresa la idea de la fundación de Segovia. La noble viuda que había disfrutado de bien poca dicha en la vida, sentía un impulso irresistible al buscar en la meditación y el claustro el bienestar que el mundo le había negado. Con este fin ella y su primo

Andrés de Jimena, no perdieron tiempo en solicitar la licencia del Obispo y del Consejo de la ciudad de Segovia para fundar ahí un convento, lo que, al parecer, les fué fácilmente concedido; pero, desgraciadamente, la licencia del Obispo no fué sino verbal. Teresa se encontraba, a la sazón, en Salamanca, y al enterarse del éxito de las gestiones de doña Ana, tuvo una locución divina, mandándole fundar en Segovia. Si en esto se engañó a sí misma, arrastrada una vez más por impulsos de su ferviente actividad, que no la dejaba descansar, el engaño que esto implicaba para los demás, fué completamente inconsciente. Estaba convencida de que era punto menos que imposible esperar de Fernández, que tanto se oponía a emprender nuevas fundaciones, el permiso para abandonar entonces su puesto de priora en la Encarnación, antes de expirar el término de su cargo. «Estando pensando esto—escribe Teresa—, díjome el Señor que Él lo haría.» Fernández estaba en Salamanca. Teresa le escribió, recordándole que estaba autorizada por el General para fundar siempre que se le presentase ocasión propicia, que la ciudad y el Obispo de Segovia favorecían la idea de fundar allí uno de sus conventos, y que sólo le faltaba su autorización personal para llevar a cabo la obra, circunstancias que ponía en su conocimiento para cumplir con su conciencia, estando dispuesta a aceptar su decisión, fuese cual fuese. Con gran sorpresa de Teresa sucedió todo lo contrario de lo que esperaba, pues el Visitador no opuso ninguna objeción a la idea. En vista de eso, encargó inmediatamente a sus amigos de Segovia que le alquilasen una casa, pues las experiencias de Valladolid y Toledo la habían aleccionado en no proceder desde un principio a la compra definitiva. Para ello había, además, otras razones, siendo la principal el no tener ni una blanca. Una vez fundado el convento, ya Dios le proporcionaría el dinero y una casa propia a su gusto.

El 8 de febrero de 1574, puso su último visto bueno a las cuentas de la Encarnación, y salió para Medina, a pesar de unas calenturas que la consumían y agotaban la energía de su cuerpo y de su alma. Iban con ella doña Quiteria de Ávila y una monja de Alba. En Salamanca se unieron a ellas Isabel de Jesús y una lega, ambas de Segovia, y desde Alba las acompañó en el camino un personaje que aparece por primera vez en estas páginas, Antonio Gaitán, caballero de familia ilustre que dedicó su vida al servicio de Dios, después de haber disfrutado hasta el hastío de todas las vanidades del mundo. Este hombre, de carácter anómalo, como tantos de los que hemos visto relacionados con la vida de Teresa, va a compartir, desde ahora, con el maestro Julián la gloria de ser el compañero de la Santa en sus

viajes más largos y fatigosos, y de haber aliviado todos sus trabajos con una amistad dulce, humilde y desinteresada. Nunca tuvo inconveniente en desempeñar los oficios más serviles con tanta diligencia como cualquier criado. Teresa, agradecida y olvidada del encanto ejercido por su propia personalidad sobre estos dos hombres, como en tantos otros casos semejantes, dice: «Bien es hijas que le encomendeis al Señor y tengan algun provecho de nuestras oraciones, que si entendieseis las malas noches y días que pasaron, y los días en los caminos, lo hariais de muy buena gana.» En Ávila aumentó el grupo con la compañía de otra monja y de Fray Juan de la Cruz. Excusado es decir que el maestro Julián acompañaba también a Teresa. Era el mes de marzo cuando se pusieron en marcha para atravesar las escuetas montañas del Guadarrama, que separan las dos Castillas. El 18 llegaron a Segovia, una de las más grandes y majestuosas ciudades de España. Cansados y cubiertos con el polvo del camino, entraron, sigilosamente, al abrigo de la noche, como de costumbre, en la casa que les habían alquilado. Manos amigas habían hecho algunos preparativos, gracias a lo cual tuvieron los viajeros, a su llegada, una porción de cosas indispensables. La iglesia estaba adornada para la próxima ceremonia. A la mañana del día siguiente, fiesta de San José, circunstancia que proporcionó a Teresa la más intensa satisfacción, por ser ese su Santo predilecto, la pequeña campana que había inaugurado tantas fundaciones, anunció, con su tañido, la existencia de otra nueva. Julián de Ávila fué el celebrante y expuso el Santísimo Sacramento.

Ya tenemos a la nueva fundación en marcha, pero no pasó mucho tiempo sin que surgiesen esas contrariedades que Teresa estimaba en el fondo como la prueba más evidente del valor de su obra. Durante el viaje, el maestro Julián le había pedido que le enseñase la licencia para la fundación, y al oír que ésta se reducía a una promesa verbal del Obispo, se le cayó el alma a los pies, presintiendo las dificultades que tendrían con el Provisor. El Obispo se encontraba, a la sazón, en Madrid. Los temores del humilde sacerdote no carecían de fundamento. Al enterarse el Provisor de lo ocurrido, su indignación no conoció límites. Sin preocuparse de su rango se presentó en la iglesia del convento en momentos en que un canónigo de su misma catedral celebraba misa. Este canónigo era precisamente sobrino del Obispo y llegó a ser después Obispo de Guadix y Baeza. Al ver con sorpresa la cruz sobre la puerta de la casa se informó, y le dijeron que se trataba de un convento de Carmelitas Descalzas, recién fundado, en el que se había celebrado la primera misa aquella mañana. El canónigo

entró en la humilde capilla, y después de postrarse un instante delante del altar, envió a su paje pidiendo permiso para que le dejasen celebrar. «Estándola diciendo (la misa) entra el señor Provisor é como le vió á el altar le dijo con mucho disgusto: eso estuviera mejor por decir.»

«Bien creo—dice el maestro Julián, juzgando por lo que él hubiera sentido en circunstancias semejantes—que por mucha devoción que tuviera el canónigo, con esta palabra se le quitara.»

El Provisor procedió a buscar las culpables de todo aquello, pero las monjas se habían encerrado a tiempo y el maestro Julián, que había visto el ceño nada agradable del eclesiástico, considerando que más valía la prudencia que el valor, se escondió también discretamente detrás de una escalera que había en el portal.

«El Provisor se topó con Fray Juan de la Cruz: ¿Quién ha puesto esto aquí, Padre?, le dijo. Quitarlo luego todo; cierto que estoy por enviaros á la cárcel. E yo creo que como era fraile no lo hizo, que si fuera yo, cosa llana era que de aquella vez yo iba allá. Y no fuera mucho, que de cuantas veces yo encerré á las monjas, me encerraran á mí una vez, aunque como ellas lo hacían de su voluntad, no sienten tanto como yo sintiera.»

El ingenuo padre Julián no dejó de sentirse avergonzado de su cobardía, y adoptando otro tono más enérgico, añade:

«A el fin yo no huí de la cárcel, pero escondíme por no entrar en ella. Dióse tanta prisa el Provisor á descomponer todo lo que aquella noche de San José se había compuesto, que no pasó esta gran furia. Envió un alguacil para que no dejase á nadie decir misa, y envió de su mano á quien la dijese para consumir el Santísimo Sacramento. La Madre y las hermanas estarían mirando cuán sin duelo deshacían lo que ellas habían trabajado. Yo, después que me escapé, voy á la compañía, á contar lo que pasaba, y, aunque el Rector lo hizo muy bien de hablar luégo al Provisor, no le hizo mella. Andábase buscando las personas que habían estado presentes á el dar la licencia, y con dares é tomares que hubo en el negocio, vino en que se hiciese una información jurídica del cómo se había dado la licencia. Ya con ésta, parescia iba el negocio seguro. Hicimos la informacion ante el notario con muy abonados testigos, y ansí no pudo el Provisor dejar de dar la licencia para que se dijese Misa, pero no la dió para que se tornarse á poner el Santísimo Sacramento: y en ésto tuvo razón, porque era en una casa alquilada, y en el portal, y en esto tambien venía nuestra Madre, porque ya sabía que para tomar la posesión bastaba decir Misa. En esta gran furia que hubo, se mostró grandemente el

valor que nuestra Santa Madre tenía, que ni la turbaba, ni aniquilaba, ni desconfiaba, ántes hablaba á el Provisor con mucha osadía, juntamente con mucho comedimiento, de suerte que se echaba de ver ayudarla el Señor.»

Ninguna dificultad podía hacer más que arrojar una sombra pasajera sobre la roca de su espíritu. Cuando el Provisor adoptó la extremada resolución de guardar la puerta del convento con alguaciles, todo lo que ella hizo fué preguntarse de qué iba a servir todo aquello, aparte de alarmar a sus monjas, pues avezada ya a estos trances desagradables no daba importancia a lo que podía sobrevenir sobre sus nuevos conventos desde el momento en que las religiosas los ocupaban. El Provisor dió en esta ocasión muy pocas señales de prudencia, pues su hostilidad sólo obedecía a la idea de creerse rebajado en el ejercicio de sus funciones por Teresa y sus monjas que nada le habían consultado; mas la Santa, con su sagacidad para apreciar el carácter humano, dice: «si le hubiéramos dado parte creo yo que fuera muy peor». En cambio tuvo que agradecer muy buenos servicios al canónigo, que según ella Dios encaminó aquella mañana a su convento. Éste resultó ser pariente suyo, pues era sobrino de doña María de Tapia, prima de Teresa, circunstancia que la Santa no dejó de hacer valer, recordando al sacerdote las obligaciones que por este hecho tenía para con ella, pues en la España de aquel tiempo las relaciones de familia constituían un lazo tan fuerte como en las edades patriarcales. Él fué su confesor y capellán todo el tiempo que permaneció Teresa en Segovia; y lo que más le impresionó del carácter superior de su nueva penitente, fué el silencio que guardaba acerca de sí misma, y este juicio no carece de importancia, por ser el de un hombre sencillo de corazón que rindió siempre culto a la verdad. En una carta que escribió al General de la Orden en 1606, dice que puesto que ya había sido sometida a tantas y tan minuciosas pruebas, y ella se sentía tan segura de sí misma, no había razón para que se creyese en el deber de revelar los más íntimos secretos de su vida espiritual a los confesores que la casualidad pusiese en su camino, evitando así, como era su deseo, que la tomasen por Santa. Este buen siervo del Señor no fué menos invulnerable que otros a la influencia de aquella mujer superior. El día en que recibió la noticia de su muerte, la vista de una copia del *Camino de Perfección*, que él obtuvo sin que lo supiese la Santa, le afectó de tal manera, que cayó anegado en lágrimas en brazos de un compañero eclesiástico con quien se encontraba.

Casi simultáneamente con el establecimiento del convento de Se-

govia se desbarató el de Pastrana, que tantos ratos de amargura había costado a su fundadora. A ello contribuyó el carácter caprichoso y exaltado de su maltratada patrona, quien a la muerte de su esposo Ruy Gómez, acaecida en 1573, insistió en tomar el hábito de las Carmelitas Descalzas y entrar en aquella Comunidad. Como puede suponerse surgió desde un principio entre ella y sus compañeras una incompatibilidad de temperamento que no tardó en convertirse en antipatía irresistible. El romántico ex-soldado Mariano, a quien doña Beatriz había obligado a entregarle el hábito (no muy limpio según el cronista), a la cabecera del lecho de su marido, dándose cuenta de la tormenta que se avecinaba, se dió prisa a salir para Andalucía. La priora, aquella Isabel de Santo Domingo que tanto se escandalizó de ver a Teresa conversar en Toledo con el harapiento Andrada, fué despertada a las dos de la mañana por los golpes que daba en la puerta del convento Fray Baltasar de Jesús, y oyó de sus labios que la Princesa había decidido llorar su viudez dentro de aquellos muros y estaba ya de camino en un carro, pues no había querido venir en su coche. Al oír la noticia, exclamó: «¿La Princesa, monja? Entonces doy por perdida esta casa.» No hay duda de que hubo falta de un lado y de otro, pues diríase que la religión consigue despertar en la naturaleza humana toda la rigidez y aspereza de que es capaz. Estas buenas mujeres, que habían sacrificado generosamente sus vidas, llegaban a ser tan severas e intransigentes a veces como eran bondadosas y afables por lo general. Aunque no debemos perder nunca de vista que el cronista, llevado de un instinto natural y laudable, no perdía ocasión de enaltecer su orden, y en este caso sólo encontraba faltas del lado de la Princesa, no se hace difícil creer que las monjas, no olvidando los muchos favores que habían recibido de su patrona, soportaron sus caprichos con una extrema paciencia y mansedumbre mientras esto les fué humanamente posible. La primera exigencia de doña Beatriz, apenas llegó a las ocho de la mañana al convento con su madre la Princesa del Mérito, fué que diesen el hábito a dos de sus doncellas, y como contestase la priora que no podía acceder a tales deseos sin el consentimiento del Superior, doña Beatriz dijo imperiosamente: «¿Qué derecho tienen los frailes a ocuparse de mi convento?» Empero, su deseo fué satisfecho sin gran tardanza, previa consulta con el prior de Pastrana, Fray Baltasar. Otro capricho menos censurable, pero ofensa no menos grave para la humildad de aquellas piadosas mujeres, fué su insistencia en ocupar uno de los puestos más insignificantes del refectorio en lugar de aceptar el sitio de honor que le había sido reservado al lado de la priora. Acordaron cederle parte del edificio para

su uso y el de su servidumbre exclusivamente, a fin de que así pudiese recibir sus visitas sin menoscabo de la disciplina, pudiendo ella entrar y salir a su antojo por una puerta privada del convento. Doña Beatriz rechazó rotundamente este acuerdo. Al día siguiente de los funerales de su marido vinieron a darle el pésame el Obispo de Segorbe y otros altos personajes. La priora le suplicó que hablase con sus visitas por la reja de la iglesia, pero la Princesa impuso que se abriesen ceremoniosamente las puertas del convento, como si fuese una corte en miniatura. Puede imaginarse la indignación de aquellas monjas al ver interrumpida su tranquilidad por el Obispo y el séquito de lacayos y gentes de armas de los encumbrados visitantes. En todo lo demás, la conducta de la Princesa corría parejas con esta intransigencia y falta de moderación. Se empeñó en conservar dos sirvientas seglares y rechazó desdeñosamente los ofrecimientos que le hizo la priora, no sólo de sus servicios personales, sino de los de la Comunidad en general y especialmente de las novicias que habían recibido hábito por recomendación de la misma Princesa. En vista de la actitud de ésta, las monjas acudieron a Teresa, que escribió a la petulante y voluntariosa señora, pero sin el menor resultado. La gran dama, que exigía a las monjas que la sirviesen de rodillas y le diesen el tratamiento que en el mundo le correspondía por sus títulos, no estaba para escuchar razones. En vista de esto, la priora y dos de las monjas más respetables de la Comunidad, se vieron obligadas a decirle con toda la solemnidad que requería el caso, que si persistía en su conducta no tendrían ellas más remedio que abandonar el convento. Esto le causó cierta impresión, y dió muestra de su resentimiento recluyéndose en una ermita que había en el jardín del convento y que por estar fuera de los límites del claustro no era visitada por las monjas. Éstas, llenas de buena fe y de espíritu de conciliación, pusieron a su servicio dos religiosas que por su estado de novicias no faltaban, al hacer eso, a la rigidez de la disciplina de la Orden. En ese retiro fué donde la Princesa recibió la visita de Catalina Cardona, la anciana ermitaña, cuya personalidad fué singularísima, aun en una edad tan legendaria como aquella. Ésta había estado al servicio de Ruy Gómez por mucho tiempo y, valiéndose de esto y de la autoridad que le daban sus años, amonestó a la Princesa una noche después de cantar maitines con las monjas, diciéndole que mirase bien cómo las trataba, porque «estando en maitines—dijo—vi ángeles en medio de ellas defendiéndolas con sus espadas desnudas». Pero la Princesa no se dejó amedrentar fácilmente por la vieja visionaria. Con su conducta hizo estallar abiertamente las hostilidades con las

monjas. Abandonó la ermita por una casa cercana donde siguió viviendo en reclusión, llevando el hábito carmelita, y más tarde fué a establecerse en el escueto y viejo palacio que corona las murallas de Pastrana enfrente de la hermosa vega y de las dentadas sierras de Cuenca. Lo que fué realmente de sentir es que con un espíritu de venganza de todo punto injustificable, privara a las monjas de las rentas que les había dejado Ruy Gómez. Una vez atenuada por el tiempo la impresión que causara en su espíritu la muerte de su marido, pudo en ella la soberbia más que ningún otro sentimiento alguno, y resentida de la entereza de las monjas en hacerle comprender que las leyes inflexibles de la disciplina conventual debían pesar sobre ella lo mismo que sobre unas cuantas infelices mujeres que vivían de su limosna, la suprimió, dejándolas que luchasen solas con las necesidades como mejor pudiesen. La seriedad del caso fué motivo de consulta entre Teresa, el Provincial, Fray Ángel de Salazar, el Visitador Fray Pedro Fernández, Bañez y Fray Hernando de Castillo. Acordaron apelar una vez más a los buenos sentimientos de la aristocrática señora. Fray Hernando, antiguo confidente de Ruy Gómez, fué el encargado de llevar la embajada a la Princesa. Ésta le contestó con una explosión de improperios contra las monjas, prueba evidente de que deseaba verse libre de ellas. El Provincial Fray Ángel de Salazar fué enviado a Pastrana, y en compañía de Fray Hernando hizo otra visita al palacio con tan delicada misión. Esta vez la Princesa, fingiéndose enferma, se negó a recibirlos, lo que se supo por la servidumbre. Cuando Teresa, que se hallaba entonces en Salamanca, se enteró de lo ocurrido, indicó a la priora cómo debía proceder. Las monjas manifestaron deseos de pasar por todo antes que abandonar su casa, pero se les informó que no había remedio, pues los jefes de la Orden habían llegado ya a un acuerdo, en vista del cual debían ir preparándose poco a poco para estar dispuestas a salir de allí cuando Teresa les escribiese otra vez desde Segovia, adonde estaba a punto de ir. La Princesa no podía sospechar este rasgo enérgico de parte de quienes se habían dejado mortificar tan humildemente durante un año por sus caprichos y exigencias. La priora hizo venir al Corregidor y a un notario, en presencia de los cuales renunció a todas las dádivas que había recibido de la Princesa, enumerándolas cuidadosamente una por una con la ayuda de un inventario. El rumor de que las monjas se marchaban circuló rapidamente por la población, llegando a oídos de la Princesa, que afectó sentir hondamente tal decisión y mandó decir por el Corregidor que estaba decidida a impedir su salida del convento, cuya puerta haría guardar. Esta amenaza cayó en saco roto. Doña Beatriz

ofreció entonces su asentimiento a las religiosas, a condición de que se llevasen las dos doncellas que ella impuso a la Encarnación y de las cuales deseaba ahora verse libre. La respuesta fué que se llevarían de buen grado a Ana de la Encarnación, que era pobre y no tenía dote, pero que podía disponer de la otra, que era rica, como le pareciese.

La Princesa no volvió a figurar en la vida de Teresa, como tampoco volverá a aparecer en las páginas de nuestra historia. A partir del momento que hemos relatado, se irá hundiendo poco a poco en el tenebroso abismo de las intrigas políticas de aquella época. Ya conocemos su desdichada pasión por Antonio Pérez, secretario de Felipe II, y las consecuencias que le trajo. A pesar de todo, siento por ella cierta simpatía extraña, merecida por sus sufrimientos, que tal vez fuesen tan grandes como sus pecados. Su fin estuvo en perfecta armonía con su inquieta y azarosa vida. En justa consideración a los derechos que tienen los difuntos, séame permitido exonerar su memoria de las acusaciones con que la han difamado sus historiadores. Me refiero a la acusación—nunca probada satisfactoriamente—de que, impulsada por el deseo de vengarse, denunció a la Inquisición la *Vida de Teresa*. El único argumento de peso aducido por sus delatores es la probabilidad de que fuese ella la verdadera culpable, dada la circunstancia de que la denuncia de la obra de Teresa fué hecha por una mujer de alta posición. Dado el carácter impetuoso de la Princesa, segura estoy de que no hubiese esperado tanto tiempo para satisfacer fríamente su sed de venganza. Entregada por completo al torbellino de la vida de la corte, Teresa y sus monjas desaparecieron probablemente de su pensamiento mucho antes de la época (1579) en que dicha denuncia se llevó a cabo.

CAPÍTULO XVI

FIN DEL CONVENTO DE PASTRANA

Según Lafuente, el maestro Julián y Antonio Gaitán llegaron a Pastrana en los primeros días de aquel año con la triste misión de cerrar definitivamente el convento y acompañar las monjas a Segovia. Su llegada a la población fué objeto de todo el sigilo posible. Deseaban salir cuanto antes, y después de ver a la priora, empezaron a organizar el viaje, alquilando cinco carros para transportar las monjas, las provisiones indispensables y los pocos bienes del convento que aún podían considerar propios. En vísperas del viaje, terminados ya todos los preparativos, celebraron la última misa carmelita y comulgaron en la pequeña iglesia, que unas cuantas horas más tarde había de ser invadida por un ambiente de desolación. Para no despertar las sospechas de la Princesa, decidieron salir de la casa a media noche, mas todas estas precauciones fueron en vano. Enterada del viaje la aristocrática señora, mandó uno de sus criados «a decir muchas cosas», que podemos figurarnos. Afortunadamente no tocó al tímido maestro Julián oírlas, pues Fray Gabriel, Carmelita Descalzo de Pastrana, recibió a solas el mensaje principesco, verdadero chaparrón de insultos.

A media noche, las monjas, cubiertas con sus velos y escoltadas por curas y frailes, se deslizaron cual sombras fugitivas por la puerta del convento, subieron en triste procesión por la calle escarpada y desaparecieron lentamente en la oscuridad insondable. Los cinco carros aguardaban a las monjas en la cumbre de la cuesta.

«Y como era tan á solas y con tanto silencio, y como íbamos medio huyendo, y no de Dios, sino de la gente, ainas representaba la

huida de David, cuando iba descalzo con su gente, huyendo de Absalón; salvo que no teníamos á Semei que nos fuese maldiciendo, sino á Dios, que entiendo nos iba ayudando y confortando; porque creo fué para esto tanto menester ánimo para huir, como otras veces para acometer.»

El maestro Julián nos refiere este episodio en su estilo familiar, tan encantador:

«Llegando pues á donde estaban los carros, que era buen rato del lugar, pusimonos todos en orden de camino; y, porque no nos faltase peligro de la mar (!) y de la tierra, á el segundo ó tercero día de camino habíamos de pasar un río, que entiendo que es el que pasa por Alcalá de Henares. Pásase con un barco, y los carreteros, que sabían bien aquella tierra, dijeron que no querían ir al barco, que estaba un rato de allí; que bien podían pasar por el vado, é fuese toda la gente á pasar por el barco. Yo, con miedo de que había de haber alguna dificultad, quedé solo con los carreteros, y entré en el río con mi cabalgadura; y al parescer no iba muy hondo. Empiezan á entrar los cinco carros á la hila, cuando el que iba delante llegó á la mitad del río, que iba por allí muy ancho. Había una randa honda y angosta, y empezaron las mulas á rehusar la entrada, y el carretero á apretar las mulas, y ellas á retirarse: cuanto más las apretaban ellas más se detenían, y, si andaban algo más adelante, se hundían y arrodillaban, é parescía iban á el fondo. Yo, dando voces que se volvieran á salir; pero, aunque quisieran, no se podían ya volver atrás. Yo me vi harto afligido, y á solas, que si no eran los carreteros é las monjas, no había quedado nadie. Las pobres monjas, alguna de ellas parescía empezar á desmayar: los carreteros gritar á las mulas, y las monjas debían de gritar también á Dios. Quiso el Señor que, á pura grita é fuerza, pasó un solo carro. Ya como éste estaba en salvo, que era el más esforzado, pasó á la ribera, é desuñó las mulas, é púsolas á cada carro por sí, de manera que cada carro pudo pasar con cuatro mulas, y ansí salimos de este peligro, y yo con propósito de nunca, en cosa que tanto va, creer á carreteros, que, por no andar uñiendo y desuñiendo, no quisieron ir al barco, é se pusieron en harto peligro.»

El cronista nos asegura que en el momento mismo en que las monjas corrían el peligro de ahogarse, Teresa suplicaba a sus hijas, en Segovia, que rezasen por ellas, y al decir esto sugiere la idea de un nuevo milagro; pero el hecho parece más bien una coincidencia, siendo natural que Teresa elevase súplicas especiales al cielo en cuantas ocasiones sus hijas estuviesen expuestas a los peligros de los viajes en aquellos tiempos.

Después de varios días de viaje incesante, en el curso del cual sufrieron las monjas percances y penalidades que el maestro Julián se ha dejado en el tintero, salieron, por fin, los viajeros de los vastos desiertos y pinares que se extienden, hoy como antes, entre Guadalajara y Segovia. La comitiva llegó a esta ciudad el 4 o 5 de abril. Teresa recibió a los viajeros con una alegría maternal.

Una vez terminada su misión, y altamente satisfechos del resultado de sus esfuerzos en favor de tan buena causa, el maestro Julián y Antonio Gaitán emprendieron el viaje de regreso, más resueltos que nunca a seguir a la madre Teresa dondequiera tuviese a bien dirigir sus pasos.

La fundación de Segovia no fué tampoco una tarea fácil. Julián de Ávila entró en negociaciones con el dueño de una casa antes de abandonar la población; pero con tan mal acierto, que al verla Teresa, no pudo menos de preguntar dónde tenían los ojos quienes habían intentado comprar una finca en semejante estado de ruina. Púsose a buscar otra por su cuenta, mas no bien la hubo hallado (y fué la que ocupan hoy día sus hijas), se encontró rodeada de pleitos y litigios interminables. El Cabildo de la Catedral tenía una hipoteca sobre esa casa, y se puso, naturalmente, a la venta. Y los frailes franciscanos y las monjas de la Orden de la Merced no vieron con agrado la fundación en la misma vecindad de un nuevo convento que, como el de ellos, había de mantenerse de las limosnas de los fieles. Sin embargo, los canónigos se dejaron tapar la boca con dinero; los Franciscanos se calmaron, y unos días antes de la fiesta de San Miguel, las monjas lograron tomar posesión de la casa, sin que las vieran entrar los mercenarios que persistían en su oposición. Estos mismos concluyeron por deponer su hostilidad a cambio de dinero.

Si se tiene en cuenta que precisamente en aquellos días escribió Teresa a su sobrina de Valladolid, María Bautista, para que le consiguiese algún socorro con que atender a las necesidades más apremiantes de su vida en la Encarnación, mientras recibía el dinero, poco o mucho, que le había enviado su hermano, no se comprende cómo disponía de cantidades de dinero tan importantes.

No tenía nada, aparte de su rosario, y llegó a Segovia sin un céntimo. Sin embargo, a los pocos meses la vemos comprar una casa que costó cuatro mil seiscientos ducados, sin contar los gastos de las alteraciones necesarias para convertirla en convento.

El portento tiene su explicación si recordamos que muchas damas, nobles y ricas, consideraban que era una gloria desprenderse de su rango y de sus riquezas en las gradas de los altares de un convento.

Esto no debe, en manera alguna, sorprendernos, pues la vida claustral de aquellos tiempos estaba bien lejos de ser lo que creen los protestantes y las razas del Norte. Hoy mismo, a pesar del espectro de la pobreza que visita ciertas comunidades desgraciadas, la vida conventual no se reduce al estricto cumplimiento de una disciplina abrumadora y antihumana. Las monjas gozan de la fama merecida, de tener buen humor y reciben con frecuencia visitas del Obispo, del Capellán, de sacerdotes viejos y jóvenes, de damas encopetadas, que llevan a estas santas casas noticias y muestras de las frivolidades mundanales en boga y de beatas gazmoñas, vehículo de todo género de chismografías. En los días a que nos referimos, sobre todo, el cambio de la sociedad al claustro no era tan brusco para una dama de la aristocracia como muchos suponen. El ceremonial severo de la etiqueta palaciega y de las casas aristocráticas era, a decir verdad, más enojosa que la rutina de la vida conventual.

Teresa emprendió la fundación de Segovia, como todas las anteriores, sin más riqueza que su fe ciega en la ayuda de la Providencia, representada por novicias bien dotadas. Pudo comprar la casa de Segovia gracias a la generosidad de la viuda Ana de Jimena y su hija María de Bracamonte, cuyo ejemplo no tardó en imitar María Monte de Velosillo, que tomó el hábito el mismo día en que su esposo recibió las órdenes del sacerdocio.

Teresa manejaba los asuntos temporales con tanto acierto como los espirituales. La pobreza no fué nunca, en principio, un obstáculo para que recibiese una novicia, y a propósito de esto dice: «No recuerdo no haber recibido ninguna que me diese satisfacción.» Aunque apreciaba las dotes, por la ayuda que significaban, ni el dinero ni las recomendaciones de sus más respetados confesores lograron una sola vez suplir las virtudes exigidas siempre por ella. «En Medina», dice en una carta que escribe a su hermano Lorenzo, «entró una con ocho mil ducados, y otra anda por entrar aquí [Toledo], que tiene nueve mil, sin pedirles yo nada.» «Pague el Señor la limosna que tiene determinado á hacer adonde entrare, que es mucha», escribió a Isabel de Jesús, «y puede vuestra merced tener mucho consuelo, pues hace lo que el Señor aconseja, de darse á sí, y á lo que tiene á los pobres por su amor. Y para lo que vuestra merced tiene recibido, no me parece cumplía con menos que lo que hace; y pues hace todo lo que puede, no hace poco, ni que será pagado con poco precio». También dice, hablando de otra monja: «Ayer dimos el hábito á una doncella de muy buena disposición, y creo que tendrá algo, y aun harto mucho, con qué nos ayudar. Es tal que nos conviene.» Y escribiendo desde esta misma fundación de Se-

govia, dice a María Bautista que le habían hablado de una monja de muy buen arte que tenía 2.000 ducados de dote, «con que quedará para pagar la casa».

A pesar de todo, era tan desinteresada, que en época posterior, dándose cuenta de la relajación que inevitablemente ocasionaba en la disciplina de los conventos la presencia de señoras de alta categoría, tomó la resolución de negarles, en adelante, la entrada. Era más previsora que interesada, lo que en nada mengua su santidad. Sin dinero no hubiera podido realizar sus ideales ni imponerse a su siglo. Por lo que a nosotros toca, la preferimos así, pues de no tener otro aspecto su psicología, la monja estática y visionaria hubiese concluído por cansarnos sobremanera. ¿Cómo ocultar que nuestra naturaleza se niega a someterse por mucho tiempo a la tensión de lo sobrehumano? Lo que no nos cansamos nunca de estudiar (¡pobres mortales empeñados en hacer la disección de nosotros mismos!) son los ángulos y tortuosidades del carácter de nuestros semejantes, tanto más cuanto que nuestros esfuerzos son a la postre siempre burlados.

A fines de septiembre, establecidas las monjas en la nueva casa, Teresa emprendió sin demora su vuelta a Ávila. Su edad, sus dolencias y sus responsabilidades habían comenzado a hacer mella en su resistencia física. Ya se quejaba de debilidad en la vista, y necesitaba, cada día más, en sus idas y venidas por los corredores del convento, la ayuda de aquel báculo, de las Indias, regalo de su hermano. Escribiendo a María de Bautista, le dice que está tan vieja y cansada que le asustaría verla. Ya había hecho claros la muerte en las filas de las primeras monjas Carmelitas. Isabel de los Ángeles había pasado a mejor vida en Medina, y Beatriz de la Encarnación en Valladolid. La muerte de Isabel de los Ángeles fué digna corona de su vida. Se contagió cuidando de una monja tísica y murió al cabo de una agonía lenta de seis meses. El último día de su vida, al volver las monjas de misa, creyéronse en presencia de un milagro al verla repuesta, al parecer, y fuera del período agónico en que la habían dejado, lo que ella explicó diciendo que la había visitado la madre Teresa y que, después de acariciarla con ternura y de darle su bendición, había exclamado: «No seais tonta, hija, y no temais, sino tened gran confianza en lo que vuestro esposo hizo por vos, pues grande es la gloria y tened por cierto que hoy gozareis de ella.» Asegúrase que Teresa presenció la escena de su muerte, arrobada en éxtasis, aunque se encontraba en aquel momento en Segovia. Este milagro ocurrió más de una vez, pues Teresa se había posesionado de tal modo de la imaginación de sus entusiastas discípulas, que fueron pocas las que dejaron de verla en el

trance de la muerte. Todavía es una creencia tradicional la repetición del milagro. Casi todas las Carmelitas creen que sus últimas horas serán dulcificadas por la presencia de la Fundadora.

Teresa tenía el propósito, si le quedaba tiempo, de continuar su viaje hasta Valladolid con el objeto de aliviar la suerte de María Bautista, cansada por las noches pasadas a la cabecera de una monja moribunda y atormentada por los disgustos que tuvo con los parientes de una novicia que era casi una niña. Todo esto la hacía suspirar por un poco de tranquilidad y de reposo, a pesar de su actividad y diligencia.

«No creo tendría más salud, sino menos», contesta Teresa, «si se estuviese en la quietud que dice; y esto tengo por muy cierto, porque la conozco la complexión, y así paso porque trabaje, que de alguna manera ha de ser santa; y ese desear soledad le está mejor que tenerla... No se enoje conmigo, que ya le digo lo que hay en querer ir: sería mentira decir que no quiero. Harto, pues, me ha de cansar, si voy, tanta señoría y baraunda, mas todo lo pasaré por verla.»

Vemos, pues, que aquella visita, proyectada por Teresa en julio, no pudo llevarse a cabo. La función de Segovia la había retenido más tiempo de lo pensado, y Teresa, que, en contradicción con su vida, aseguraba constantemente tener una disposición natural para la soledad, tuvo que limitarse a consolar con palabras cariñosas a su priora por el inevitable contratiempo. Dícele, además de lo que hemos citado, que su sobrina se asombraría al verla tan vieja y agotada, y que, después de todo, su visita hubiese sido pasajera, como todas las cosas de la vida; y le ruega que no se aflija por esto, pues no pierde la esperanza de poder ir a verla con toda tranquilidad cuando el Señor lo disponga, que «este vernos para poco es gran cansancio; todo se va en visitas y en perder el sueño por parlar». Lo que ocurría en realidad es que Teresa estaba ya preocupada con otra fundación: la de Veas. Además, faltando sólo siete u ocho días para que expirase el plazo de su mando en la Encarnación, su presencia allí era absolutamente necesaria, por lo que se dirigió a Ávila apenas dejó a sus hijas establecidas en Segovia. En las afueras de esta ciudad, entre parrales, cerca del hermoso arroyo de Ledesma, se encuentra un monasterio Dominico, al que conduce una estrecha calle en declive. Es el gran santuario erigido por los Reyes Católicos sobre la famosa cueva, testigo de las penitencias de Santo Domingo de Guzmán. Es seguro que Teresa, siguiendo la costumbre de todos los viajeros de la época, se detuvo allí para pedir que bendijese su obra el santo fundador, muerto hacía ya un siglo, con quien ella se sentía unida por una gran afinidad espiritual. No fué esta la primera visita de Teresa a aquel lugar, pues, se-

gún el cronista, allí mismo, muchos años antes, un siete de agosto, al aproximarse Teresa al altar para comulgar, vió a Cristo a su derecha y a San Alberto, el santo del día, a su izquierda. Cristo desapareció en seguida, dejándola sola con San Alberto, quien la animó para que no cejase en su naciente obra, aconsejándole, además, la institución de los Carmelitas Descalzos en una Orden autónoma. Esta leyenda, por poco fundamento que tenga, prueba de un modo terminante cuánto tiempo llevó Teresa en la mente el ideal que realizó más tarde. En la ocasión de la segunda visita, a que nos referimos más arriba, Teresa, arrodillada otra vez en la cueva del Santo, tuvo otras visiones, escrupulosamente relatadas por Yangües, que allí estaba presente. Su testimonio tiene que ser aceptado como el de un hombre que, por inteligente que fuera, no podía evadir el ambiente de superstición de su época. Entonces, como ya sabemos, era moneda corriente, no sólo la exageración piadosa, sino hasta el fraude piadoso, más o menos inconsciente, con tal de que se tratase de favorecer un fin piadoso también. El celo extraordinario que pone Yangües en relatar estas visiones, se explica por ser el milagro bastante lisonjero para la Orden a que él pertenecía. Helo aquí:

Después de permanecer media hora arrodillada, con gran asombro del Prior y de los frailes que la acompañaban o esperaban para despedirse de ella, Yangües se dió cuenta de que Teresa tenía el rostro radiante y bañado en lágrimas, y cuando hubo preguntado a la Madre qué le ocurría, díjole ésta que se le había parecido Santo Domingo en un apogeo de gloria y esplendor, y le había prometido favorecer grandemente su Orden. Entonces, Yangües, después de confesarla, la condujo a una capillita en la que había una efigie del Fundador, y allí, dice el mismo Yangües, se le apareció el Santo en persona y habló a Teresa de las grandes luchas que había sostenido con los diablos y de los favores celestiales que también había recibido en aquel mismo lugar. «Y cuando la Madre le preguntó por qué se la aparecía siempre del lado izquierdo» (y al llegar a este punto, el relato del dominico se hace algo sospechoso), «porque la mano derecha, dijo, pertenece al Señor, y la santa Madre añadió también que la imagen del glorioso Santo Domingo que estaba en la capilla, era el mismo retrato del santo en persona.»

El paso lento de las mulas fué perdiéndose poco a poco, hasta confundirse con el murmullo del río. La silueta de la ciudad se borró en la distancia, y el monasterio mismo se esfumó en la sombra de los álamos majestuosos que se erguían a su alrededor. Teresa había vuelto a la vida real y proseguía su viaje a Ávila...

CAPÍTULO XVII

CASILDA DE PADILLA.—FUNDACIÓN DE VEAS

Teresa salió de Segovia el 30 de septiembre y llegó a Ávila a tiempo de dimitir su cargo de Priora de la Encarnación, al expirar el plazo de tres años por el cual había aceptado la dirección del convento.

Teresa se negó a ser reelegida, oponiéndose así a los deseos de la Comunidad, y después de usar su influencia para favorecer la candidatura de Isabel de la Cruz, se retiró a San José, cuyo gobierno volvió a tomar a su cargo. Pero las Carmelitas de Ávila, no gozaron mucho esta vez de la presencia de la Santa Madre. A fines de ese mismo año la encontramos nuevamente en Valladolid, donde experimentó una de las satisfacciones más intensas de su vida al ver el estado de prosperidad de su convento. La historia de dos de sus novicias contribuyó especialmente a ello. Teresa nos habla con gran entusiasmo del caso. Una era una simple campesina y la otra Casilda de Padilla, hija menor del Adelantado de Castilla y de doña Beatriz de Acuña. La decisión de ésta de abrazar la vida religiosa, fué, indudablemente, un acontecimiento sensacional en el pequeño mundo de Ávila. Unos cuantos meses antes de su entrada definitiva en el convento, cuando sólo contaba trece años, se escapó de su casa después de una larga lucha con su familia, impulsada por su vocación hacia la vida religiosa. El caso de esa muchacha descendiente de una de las más nobles casas de Castilla, nos hace vivir en el ambiente de aquel

siglo de extraño fanatismo y exaltación religiosa. Hija del Adelantado de Castilla (1) y hermana del Conde de Buendía, era la menor de cuatro hijos, tres de los cuales respondieron a la virtud infundida en ellos por su madre que enviudó muy joven, sepultando sus vidas en el claustro apenas dieron sus primeros pasos en el mundo. Antonio, el heredero, despreciando todos sus títulos, entró en la Compañía de Jesús a los diecisiete años. La hermana que le sucedía en sus derechos los tuvo en tan poca estima, que renunció a ellos y se hizo monja. Otra hermana, que seguía a ésta, permaneció soltera al lado de su madre, entregada a una vida de virtudes y edificación. De este modo recayó en Castilla el deber de continuar las tradiciones y cuidar de los bienes patrimoniales de su estirpe. Convertida en última esperanza de dos familias orgullosas de su linaje, apenas contaba diez u once años cuando sus parientes obtuvieron una licencia especial del Papa y la casaron con un tío suyo, hermano de su padre.

«No quiso el Señor que hija de tal madre y hermana de tales hermanos quedase más engañada que ellos, y así sucedió lo que ahora diré. Comenzando la niña a gozar de los trajes y atavíos del mundo, que conforme a la persona serían para aficionar en tan poca edad como ella, aun no había dos meses que era desposada, cuando comenzó el Señor a darla luz, aunque ella entonces no lo entendía. Cuando había estado el día con mucho contento con su esposo, que le quería con más extremo que pedía su edad, dábale una tristeza muy grande, viendo cómo se había acabado aquel día, y que así se habían de acabar todos.

»Comenzóle á dar una tristeza tan grande, que no la podía encubrir á su esposo, ni ella sabía de qué, ni qué le decir, aunque él se lo preguntaba. En este tiempo ofreciósele un camino, adonde no pudo dejar de ir, lejos del lugar, y ella lo sintió mucho, como le quería tanto. Mas luego le descubrió el Señor la causa de su pena, que era inclinarse su alma á lo que no se ha de acabar, y comenzó á considerar, como sus hermanos habían tomado lo más seguro, y dejándola á ella en los peligros del mundo. Por una parte esto, por otra parecerle que no tenía remedio, porque no había venido á su noticia, que siendo desposada, podía ser monja, hasta que lo preguntó, traíala fatigada, y sobre todo el amor que tenía á su esposo, no la dejaba determinar, y así pasaba con harta pena. Como el Señor la quería para Sí, fuela quitando este amor creciendo el deseo de dejarlo todo. En este tiempo

(1) Este título recayó con el tiempo en los Padilla, a quienes Felipe II concedió el título de Condes de Santa Gadea. Padilla, el héroe de los Comuneros, pertenecía a esa familia.

solo la movía el deseo de salvarse y de buscar los mejores medios, que la parecía, que metida más en las cosas del mundo, se olvidaría de procurar lo que es eterno, que esta sabiduría le infundió Dios en tan poca edad de buscar como ganar lo que no se acaba... Comenzó á tratarlo con su hermana. Ella, pareciéndola niñería, la desviaba de ello, y le decía algunas cosas para esto, que bien se podía salvar siendo casada. Ella le respondió que por qué lo había dejado ella [el mundo]. Y pasaron algunos días que siempre iba creciendo su deseo, aunque su madre no osaba decir nada, y por ventura era ella la que la daba la guerra con sus santas oraciones.»

Fué por este tiempo cuando la pobre niña asistió con su abuela, en el convento de Teresa, a la toma de hábito de una hermana. La escena produjo una impresión profunda en aquella alma infantil, predispuesta por las torturas que sufría a rendirse a ese género de emociones. Aquel día se decidió su suerte. El claustro ejerció en ella una atracción irresistible.

«... Viniendo una mañana su hermana y ella con su madre al convento, ofrecióse que entraron en el monasterio dentro, bien sin cuidado que ella haría lo que hizo. Como se vió dentro no bastaba nadie á echarla de casa. Sus lágrimas eran tantas por que la dejasen, y las palabras que decía, que á todas tenía espantadas. Su madre, aunque en el interior se alegraba, tenía á los deudos, y no quisiera se quedara así, porque no dijesen había sido persuadida de ella, y la priora también estaba en lo mismo, que le parecía era niña, y que era menester más prueba. Esto era por la mañana: hubiéronse de quedar hasta la tarde, y enviaron á llamar á su confesor y al padre maestro fray Domingo (Bañez)... Este padre entendió luego que era el espíritu del Señor, y la ayudó mucho, pasando harto con sus deudos, prometiéndola de ayudarla para que tornase otro día. Con hartas persuasiones, porque no echasen la culpa á su madre, se fué esta vez. Comenzó secretamente su madre á dar parte á sus deudos, porque no lo supiese el esposo se traía este secreto.

»Decían que era niñería, y que esperase hasta tener edad, que no tenía cumplidos doce años. Ella decía, que como la hallaron con edad para casarla y dejarla al mundo, ¿cómo no se la hallaban para darse á Dios? Decía cosas que se parecía bien no era ella la que hablaba en esto. No pudo ser tan secreto que no se avisase á su esposo: como ella lo supo, parecióle no se sufría aguardarle; y un día de la Concepción, estando en casa de su abuela, que también era su suegra, que no sabía nada de esto, rogóla mucho que la dejase ir al campo con su aya á holgar un poco; ella lo hizo por hacerla placer, en un carro con sus

criados. Ella dió á uno dinero y rogóle la esperase á la puerta deste monasterio con unos manojos ó sarmientos, y ella hizo rodear de manera que la trajeron por esta casa. Como llegó á la puerta, dijo que pidiesen al torno un jarro de agua, que no dijesen para quien era, y apeóse muy apriesa: dijeron que allí se la darían, ella no quiso. Ya los manojos estaban allí; dijo que dijesen viniesen á la puerta á tomar aquellos manojos, y ella juntóse allí, y en abriendo entróse dentro, y fuese á abrazar con Nuestra Señora, llorando y rogando á la priora no la echase. Las voces de los criados eran grandes, y los golpes que daban á la puerta; ella los fué á hablar á la red, y les dijo que por ninguna manera saldría, que lo fuesen á decir á su madre. Las mujeres que iban con ella hacían grandes lástimas; á ella se la daba poco de todo. Como dieran la nueva á su abuela, quiso ir luego allá. En fin, ni ella, ni su tío, ni su esposo, que venido procuró mucho de hablarla por la red, hacían más de darle tormento cuando estaban con ella, y después quedar con mayor firmeza... Como su esposo y deudos vieron lo poco que aprovechaba quererla sacar de grado, procuraron fuese por fuerza, y así trajeron una provisión Real para sacarla fuera del monasterio, y que la pusiesen en libertad. En todo este tiempo, que fué desde la Concepción hasta el día de los Inocentes, que la sacaron, se estuvo sin darle el hábito en el monasterio, haciendo todas las cosas de la religión, como si le tuviera, y con grandísimo contento. Este día la llevaron en casa de un caballero, viniendo la justicia por ella. Lleváronla con hartas lágrimas, diciendo: ¿que para qué la atormentaban, pues no les había de aprovechar nada? Aquí fué harto persuadida, así de religiosos como de otras personas, porque á unos les parecía que era niñería; otros deseaban gozase de su estado... Ya que vieron no aprovechaba, pusiéronla en casa de su madre para detenerla algún tiempo, la cual estaba ya cansada de ver tanto desasosiego, y no la ayudaba en nada, antes, á lo que parecía, era contra ello; también un confesor que la confesaba le era en extremo contrario, de manera, que no tenía sino á Dios y á una doncella de su madre, que era con quien descansaba. Así pasó con harto trabajo y fatiga hasta cumplir doce años, que entendió se trataba de llevarla á ser monja al monasterio que estaba su hermana, ya que no la podían quitar de que lo fuese, por no haber en él tanta aspereza.

»Ella, como esto entendió, determinó de procurar por cualquier medio que pudiese llevar adelante su propósito: y así un día, yendo á misa con su madre, estando en la iglesia, entrose su madre á confesar en un confesonario, y ella rogó á su aya, que fuese á uno de los Padres á pedir que la dijesen una misa, y en viéndola ida, metió sus

chapines en la manga, y alzó la saya, y vase con la mayor priesa que pudo á este monasterio, que era harto lejos. Su aya, como no la halló, fué tras ella, y ya que llegaba cerca, rogó á un hombre que se la tuviese; él dijo después, que no había podido menearse, y así la dejó. Ella como entró á la puerta del monasterio primera, y cerró la puerta y comenzó á llamar, cuando llegó la aya, ya estaba dentro en el monasterio, y diéronle luego el hábito, y así dió fin á tan buenos principios como el Señor había puesto en ella.»

«Aunque Estefanía es gran cosa, y á mi parecer santa», escribe Teresa a don Teutonio de Braganza, «la hermana Casilda de la Concepción me tiene espantada, porque cierto es tal, que yo no la hallo sino en exterior e interior: si Dios la guarda ha de ser una gran santa, porque se vé claro lo que Dios obra en ella. Tiene mucho talento (para su edad parece imposible) y mucha oración. Grande es su contento y humildad: ¡es extraña cosa!»

Leyendo este relato de Teresa apenas sabemos lo que nos causa mayor extrañeza, la sagacidad y fuerza de voluntad de una niña de poco más de once años, la ingenuidad de un hombre de la reputación de Bañez al descubrir en los actos de la pequeñuela el espíritu de Dios, por lo cual la animaba en su actitud hostil a la familia, o bien la buena fe de Teresa al juzgar las travesuras de Casilda, que a mi entender se hubiesen evitado con una sencilla amonestación a tiempo. Casilda, como hemos visto, se salió con la suya, creando con esto tal enemistad entre las monjas y las dos familias más encopetadas de Valladolid, que fueron inútiles los esfuerzos que Teresa hizo por llegar a una reconciliación.

Fuera de lo que va dicho, se sabe muy poco de la hija del Adelantado de Castilla. Su fama tuvo principio y fin en la tragedia juvenil que hemos relatado, cuya última escena fué la de su profesión a los diez y seis años, que Gracián retardó para poder él mismo recibir los votos de tan ilustre personaje. Una vez por lo menos, en años posteriores, fué elegida priora, tanto por su posición y su categoría social, circunstancias tan apreciadas en una comunidad religiosa como en el resto de la humanidad, como por sus méritos personales. Éstos, que indudablemente fueron muchos y grandes, desaparecieron a los ojos de la Orden, a la que ella dió una importancia momentánea con su entrada, cuando la abandonó para ingresar en un convento franciscano de Burgos. Es posible que esta decisión, que sintió muy amargamente después, obedeciese a las disputas interminables que surgieron entre su familia y las monjas de Teresa, a quienes vemos todavía en 1579 porfiando con los Padilla por el pago de los doscientos ducados de

la dote de Casilda. A pesar de todo, la vocación Carmelita de Casilda de Padilla pasó a ser una tradición en su familia. Durante el siglo siguiente, más de una noble dama de tan ilustre linaje ingresó en los conventos de Teresa. Casilda, al dar su testimonio para la canonización de la Santa en 1610, dijo que uno de los recuerdos más dulces de su vida era el de haber sido arrullada y adormecida en su niñez por la madre Teresa de Jesús.

* * *

Teresa tenía ya sesenta años cuando emprendió el más largo y notable de todos sus viajes. Hasta ahora sus peregrinaciones en favor de la causa de la Reforma se habían limitado a Castilla. Pronto se extenderán hasta el corazón mismo de Andalucía. La visita a Valladolid fué de muy corta duración. Acosada por todas partes con planes de nuevas fundaciones, lo que más la preocupaba en aquel momento era llevar a cabo las de Veas y Caravaca. «Hasta aquí», dice el maestro Julián, en tonos de sentida pasión, «habíase nuestra madre andado á los barrios (inmediaciones) de su primera casa que fue la de Ávila, que á lo más largo la costaría veinte ó treinta leguas de una vez; pero cuando los años se cargaban y las enfermedades se añedian, entonces se empezaban los caminos más largos de á cincuenta y á cien leguas». Leyendo la correspondencia de Teresa referente a ese período de su vida, encontraremos por primera vez en sus cartas cierto indicio de fatiga o nostalgia, una sensación que bien pudiéramos llamar de melancolía, de ser estas palabras aplicables a las almas grandes de quienes, como Teresa, nunca sufren mengua en su energía espiritual. Teresa escribe ya con la serenidad del que ha aprendido en la escuela de la vida, a no acariciar vanas esperanzas ni dejarse abatir por desengaños. Sí, Teresa ha alcanzado ya esa superioridad espiritual incompatible con la exuberancia de la juventud. Su alma, dice, «se halla sentada sobre su propio tejado». Sólo en este estado, cuando el alma, fortificada y guiada por un sentimiento inquebrantable del deber, está a prueba de vicisitudes, puede mirarse cara a cara y sin desmayo el destino implacable.

Otra prueba de esa serenidad de espíritu, verdadero reflejo de la divinidad, es el efecto que producía en Teresa la fama que había alcanzado. Su renombre, lejos de enorgullecerla, sólo servía para acrecentar en ella la consciencia de su responsabilidad.

«Estoy puesta a los ojos del mundo—escribía a Fray Luis de Gra-

nada—; gran trabajo para quien ha vivido una vida harto ruin».

En la carta que escribe a don Teutonio de Braganza, arzobispo de Valladolid, el día antes de emprender su viaje a Andalucía, el más largo y peligroso de cuantos hiciera en su vida, se nota el cansancio producido por la edad y las enfermedades. «Cierto es una de las cosas que me cansan en la vida [los viajes] y que mayor trabajo es para mí, y ver que sobre todo esto se tenga por malo. Hartas veces he pensado, cuán mejor me estaría estarme en mi sosiego, á no tener un precepto del General: otras, cuando veo lo que se sirve al Señor en estas casas, se me hace todo poco...» «Yo holgara harto de hallarme ahí», añade, «mas como no es camino de fundación, ésme muy penoso; y si no es mandándomelo, no lo haría»... «Yo me partiré de aquí», dice a don Teutonio, «en pasando los Reyes. Voy á Ávila, y el camino por Medina, adonde no creo me detendré sino un día ó dos, y en Ávila tampoco, que iré luego a Toledo. Querría echar á un cabo esto de Veas».

Antes de ocuparnos detenidamente del viaje a Andalucía, dedicaremos unas cuantas palabras a las dos mujeres cuyos esfuerzos dieron por fruto la fundación del convento de Veas. La historia de esas dos mujeres, a semejanza de la de Casilda de Padilla, es interesante, principalmente por la oportunidad que nos ofrece de estudiar, en su aspecto más íntimo, la vida española de aquel período, aunque para ello tengamos que incurrir de nuevo en la tarea de relatar conversiones, milagros y esos acontecimientos sobrenaturales que llegan a cansar en los mismos escritos de Teresa, a pesar de ser tan profundos y hermosos.

En Veas, pequeño pueblo de las estribaciones de Sierra Morena, vivió un caballero llamado Sancho Rojas de Sandoval, perteneciente a la ilustre Casa de Tamames, que dió más tarde origen al ducado de este mismo nombre. Su fortuna era considerable, y tanto él como su mujer eran, dice Teresa, «cristianos viejos de sangre sin mancilla».

Tuvieron varios hijos, entre ellos dos hembras, las futuras fundadoras de Veas. La mayor de ellas, Catalina, tenía catorce años cuando sintió en su alma el primer llamamiento de Dios a la vida religiosa. Nada más extraño a ella hasta entonces que la idea de abandonar el mundo, pues tenía en tan alta estima su abolengo, que ninguno de los casamientos que le aconsejara hacer su padre habíale parecido aceptable. Una mañana, muy temprano, estaba meditando en el silencio de su cuarto sobre una de esas proposiciones de matrimonio, «que le estaba demasiado de bien», dijo para sus adentros: «con qué poco se contenta mi padre, con que tenga un mayorazgo, y pienso yo que ha de comenzar mi linaje en mí». Mientras este pensamiento ocupaba su

mente, advirtieron sus ojos la inscripción de un crucifijo colgado en la pared, y al leerla, «la mudó toda el Señor». «Le pareció—dice Teresa—que había venido una luz a su alma para entender la verdad, como si en una pieza oscura entrase el sol.» Este incidente provocó en la joven Catalina una verdadera crisis de misticismo, transformando la hermosa y activa aristócrata en humilde penitente. Oprimida por el peso de su pasada soberbia, se encontró dispuesta a purificar su alma con una vida de perpetua pobreza y castidad. En el silencio de aquella mañana, sostuvo Catalina una lucha interna y decidió consagrar su vida al llamamiento de su vocación. «Luego prometió allí castidad y pobreza y quisiera verse tan sujeta que á tierra de moros se holgara entonces la llevaran por estarlo.» Su conversión tuvo lugar en un arrobamiento, «pues la suspendió el Señor». Al volver en sí (contó Catalina a Teresa muchos años después) oyó un ruido pavoroso en la habitación alta que correspondía con la suya, acompañado de unos bramidos tan horribles, que su padre, que todavía estaba durmiendo, saltó de la cama y se precipitó en el cuarto de su hija, espada en mano. Después de registrar varias habitaciones, sin encontrar nada que pudiese explicar lo ocurrido, mandó a su hija que fuese con su madre, advirtiendo a ésta que no dejase sola a la joven. «Bien se da a entender aquí—reflexiona moralmente Teresa—lo que el demonio debe sentir cuando ve perder un alma de su poder que él tiene ya por ganada.» Sea de estas historias lo que fuese, la transformación psicológica de aquella altivísima joven, que en realidad había renunciado siempre al matrimonio por la aversión que le producía la pérdida de su independencia, fué un hecho positivo y emocionante.

Con objeto de marchitar la belleza que tantos admiraban, se exponía a los rayos del sol con el rostro mojado; y por las noches, aprovechando el sueño de sus sirvientas, les besaba los pies en desagravio de la autoridad que estaba obligada a ejercer sobre ellas. Pasaba en oración noches enteras. Durante toda una semana, una cuaresma, llevó una cota de malla de su padre pegada al cuerpo. Mas aún no se había arriesgado a comunicar a sus padres su decisión de abrazar la vida religiosa. Tres años después, perdida la esperanza de conseguir el beneplácito de su padre, adoptó la vida y el hábito de beata. Su vocación era tan decidida que prevaleció contra la serie de enfermedades que sufrió durante diez y siete años, calenturas, hidropesía, mal de corazón, padecimientos del hígado, cáncer en el pecho y tisis. Ayudada por su hermana María, que a los catorce años adoptó también el hábito de beata, enseñaba a leer y a coser a las niñas pobres de Veas, caridad a la que puso fin el orgullo de sus padres. En realidad, no

tuvieron libertad para seguir sus inclinaciones hasta la muerte de su madre, que ocurrió cinco años después de la de su esposo. Entonces llevaron a cabo las dos hermanas el ideal común de sus vidas, empleando cuantos bienes poseían en la fundación de un convento. Según contó Catalina a Teresa en Veas, veinte años justos antes del día en que vieron colmadas sus aspiraciones, tuvo un sueño de misteriosa significación. Soñó que yendo por un camino estrecho, al borde de un precipicio, se encontró con un fraile que le dijo que lo siguiese y la llevó a una casa oscura donde había muchas monjas llevando velas encendidas. Catalina les preguntó a qué Orden pertenecían, a lo que contestaron las monjas alzando los velos que cubrían sus rostros; pero la que aparecía como Priora le dijo, tomándola de la mano: «Hija, para aquí os quiero yo», y, al mismo tiempo, le mostró el libro de las Constituciones y Reglas de la Orden. No nos causa sorpresa que al cabo de veinte años Catalina reconociese en Fray Juan de la Miseria y Teresa y sus compañeras al fraile, a la Priora y a las monjas de su sueño. Gracias a tan prodigiosa memoria pudo hacer, muchos años después, una relación tan precisa de aquellas Constituciones a un jesuíta, que éste reconoció en ellas sin dificultad las Constituciones de las Carmelitas.

Esto decidió a Catalina a despachar inmediatamente un mensajero a Salamanca, donde se encontraba Teresa, para suplicarle que se pusiese en camino para Veas, «porque ya tenían casa para el monasterio que no faltaba sino irle a fundar». «Yo me informé del hombre», escribe Teresa, «díjome grandes bienes de la tierra, y con razón, que es muy deleitosa, y de buen temple: mas mirando las leguas que había desde allí á Salamanca, parecióme desatino, en especial habiendo de ser con mandado del comisario apostólico, que, como he dicho, era enemigo, ó al menos no amigo, de que fundase; y así quise responder, que no podía sin decirle nada. Después me pareció, que, pues estaba á la sazón en Salamanca, que no era bien hacerlo sin su parecer, por el precepto que me tenía puesto nuestro reverendísimo padre general Rubio de que no dejase fundación. Como él vió las cartas envióme á decir, que no le parecía cosa desconsolarlas; que se había edificado de su devoción, que les escribiese, que como tuviesen la licencia del Consejo de las Órdenes (1), que se proveería para fundar; pero que estuviese segura que no se la darian, que él sabía de otras partes

(1) Consejo de las Órdenes Militares fundado por los Reyes Católicos. Veas pertenecía a los Caballeros de Calatrava. El consentimiento de este Tribunal era, pues, indispensable para la fundación de la Orden.

de los comendadores, que en muchos años no la habian podido alcanzar, y que no les respondiese mal».

Como se ve, la respuesta de Fernández equivalía a una negativa disimulada; pero esta vez le faltó astucia al fraile diplomático, que no tardó en arrepentirse de no haber dado una negativa rotunda en vez de un asentimiento condicional. La energía y resolución de una mujer postrada en cama inutilizaron todas sus precauciones. «Algunas veces pienso en esto», dice Teresa, «y como lo que nuestro Señor quiere, aunque nosotros no queramos, se viene á que sin entenderlo, seamos el instrumento, como aquí fué el padre maestro fray Pedro Fernandez, que era el comisario; y así cuando tuvieron la licencia, no la pudo él negar».

Durante cuatro años, Catalina y sus amigos emplearon en vano todos los recursos a su alcance para conseguir la licencia del Consejo de las Órdenes Militares. Al regresar el mensajero con la respuesta de Teresa, el estado de salud de Catalina era tan desesperado como la situación creada por la actitud del citado Consejo. Los parientes de Catalina suplicaron a ésta que abandonase un proyecto que, en opinión de ellos, rayaba en la locura, tanto más cuanto que no admitirían una enferma incurable en un monasterio. Pero Catalina, «alentada por una voz que oyó en lo interior», contestó a sus consejeros que si en el espacio de un mes recobraba la salud, iría ella misma a Madrid en busca de la licencia.

La víspera de San Sebastián, ocho días antes de terminar el plazo fijado por ella, Catalina, con gran asombro de sus parientes, se levantó sana y fuerte del lecho en que había permanecido postrada más de seis meses y del cual apenas se había movido durante ocho años.

«En este tiempo», dice Teresa, «tenía calentura continua ocho años había, ética y tísica, hidrópica, con un fuego en el hígado que se abrasaba; de suerte que, aun sobre la ropa, era el fuego de suerte, que se sentía, y le quemaba la camisa, cosa que parece no creyera, y yo misma me informé del médico, de estas enfermedades que á la sazón tenía. Tenía también gota artética y ceática. Según soy de ruin», añade (Teresa era una mezcla extraña de superstición y sentido común), «á no me informar yo del médico, y de las que estaban en su casa, y de otras personas, no fuera mucho pensar, que era alguna cosa encarecimiento».

Los parientes de Catalina, atónitos, como es natural, al ver el restablecimiento repentino de quien había recibido ya dos veces la extremaunción, no tuvieron ánimo para oponerse a su viaje a la Corte. Lo ocurrido era un milagro, respetado por ellos. Después de tres meses

dedicados enteramente a una causa que parecía perdida, durante los cuales Catalina sufrió todos los tormentos de la ansiedad, burlada constantemente por desengaños, tuvo que acudir al Rey en persona para llevar a cabo su empresa. Éste tenía en tal estima a la madre Teresa que, al enterarse de que se trataba de uno de sus conventos, accedió a la petición de Catalina. De este modo se encontró preso en sus propias redes el astuto Fernández, que pensó obrar acertadamente dando una contestación de carácter conciliatorio a la fundadora de Veas con la idea de no hacerle perder cruelmente la esperanza que, según él, no llegaría a realizar nunca.

A mediados del invierno, la anciana Teresa, animada por la intrepidez de sus mejores años, atravesó nuevamente en su carro entoldado los campos de España, escoltada por sus fieles amigos, el sacerdote castellano y el caballero de Salamanca. ¿Quién al paso de tan extraña comitiva hubiera soñado que en aquel carro iba una mujer cuya ascendencia en la imaginación popular había de eclipsar la aureola de gloria del mismo Santiago?

De paso por Medina la incansable monja entregó el hábito a doña Elena Quiroga, sobrina del Cardenal Arzobispo de Toledo. En este lugar y en Malagón interrumpió su viaje con el objeto de descansar un poco y de visitar sus conventos.

En Malagón aumentó su comitiva con la compañía de un sacerdote, Fray Gregorio de Nazianceno. Éste, que, según hace constar el maestro Julián, era «de los muy religiosos é muy dado á la oración y recogimiento é mortificación», hizo el viaje hasta Veas, donde fué recibido solemnemente en la Orden de Teresa. Después de salir de Malagón se apartaron un poco de su camino para ir a Almodóvar, donde se encontraba a la sazón Fray Antonio de Jesús, ocupado en la fundación de otro monasterio. En esta población se hospedó Teresa en casa de un tal Marcos García y su esposa, Isabel López, cuyos ocho hijos le fueron presentados. Teresa los miró atentamente uno por uno, y, alzando su velo, dijo a la madre:

»Vuestra merced, señora, posée entre estos ocho hijos, dos, de los cuales, uno ha de ser un gran santo, bienhechor de muchas almas, y reformador de una gran Orden, como el tiempo habrá de probar.»

Después, colocando la mano derecha sobre el hombro de uno de los ocho muchachos, llamado Antonio, dijo:

«Pequeño santo, acuérdate que has de necesitar mucha paciencia, pues muchos y rudos serán los golpes que has de llevar en este valle de lágrimas. ¿Qué dices tú á eso?» Y él replicó: «Tendré toda la que pueda.» Y ella volvió a preguntar: «Pero y si los golpes son muy fuer-

tes, ¿qué dices tú á eso?» Y entonces siguió diciendo: «El tiempo demostrará que cuando uno de estos ocho hubiese estado muerto cinco años, todavía podrá verse cuál de ellos era.»

Tal es la historia de lo ocurrido aquel día, según consta en el proceso de la beatificación de uno de los ocho hermanos. El relato no deja de ser interesante por su ternura y sencillez, y bastaría para probar el don profético de Teresa sin necesidad de que los Carmelitas Trinitarios nos contasen la misma historia de un modo diferente. En efecto, uno de los muchachos presentados aquel día a Teresa, más tarde Fray Juan Bautista de la Concepción, fué reformador de los Trinitarios, aunque la trascendencia de su obra en este sentido haya dado lugar a múltiples discusiones entre los miembros de su Orden, y también es cierto que este mismo Fray Juan Bautista fué beatificado por Roma. Es asimismo posible justificar la profecía de Teresa en la ocasión referida con el hecho de que una hermana de Antonio López alcanzó alto grado de piedad como beata acogida al a Orden Carmelita, y que cuando abrieron su tumba en la iglesia de los frailes de Almodóvar, cinco años después de muerta, encontraron su cuerpo intacto. Sería interesante saber hasta qué punto intervinieron en la modificación de esta historia la falta de escrúpulo y la credulidad de una Orden excesivamente celosa de sus glorias.

Profecía o no, el hecho que acabamos de referir es uno de los muchos que prueban a qué extremo llegaba el magnetismo de la personalidad de Teresa. Así se explica la impresión conmovedora que produjo en cuantas personas la conocieron, y se comprende que el contacto de sus manos y el eco acariciador de su voz permaneciesen en la memoria de esas personas desde sus más tiernos años, como recuerdos que sólo se marchitaron en el polvo del sepulcro. El aumento del prestigio de Teresa, su popularidad creciente y el poder mágico ejercido por su nombre en la imaginación popular, se manifiestan claramente en los pensamientos de Ana de Jesús y María de San José, hábiles prioras de la Orden, que acompañaron a Teresa y estuvieron siempre dispuestas a considerar como milagros la inmunidad de la comitiva a los riesgos y peligros del viaje que hicieron desde el corazón de España hasta Andalucía. Después de salir de Almodóvar, al cruzar la Sierra Morena, los guías perdieron el camino, y los viajeros, cercados por abruptas pendientes y precipicios, no podían avanzar ni retroceder. Las monjas imploraron el auxilio de San José, y como contestación a sus oraciones, oyeron una voz procedente del fondo del valle que les advirtió el peligro que corrían, y les indicó el camino seguro. «No sé por qué los dejamos ir, pues cierto fué mi padre José y no

lo encontrarán.» Así habló Teresa, según las monjas que la acompañaban, cuando los arrieros se pusieron en busca de su amigo invisible, algún pastor errante que, sin ser visto por la comitiva, se había apercibido del peligro en que ésta se encontraba. Los arrieros, para no ser menos que las monjas, juraron que, a partir de aquel instante, las mulas siguieron avanzando con la soltura de los pájaros en el aire, y que las alturas y precipicios se convirtieron, como por arte de encantamiento, en suavísimas llanuras.

Antes de llegar a Veas acaeció, pues, un milagro que la venerable madre Ana de Jesús tuvo el buen cuidado de recordar en sus declaraciones en favor de la canonización de Teresa: Al cruzar el Guadalimar (1) fué preciso que las monjas se apeasen de los carros y vadeasen el río montadas en las mulas, pero apenas tocaron el agua se encontraron en la orilla opuesta, rendidas todas de asombro al ver que, en recompensa de los méritos de Teresa, el Señor había tendido puentes invisibles sobre el río.

Si estas santas mujeres atribuyeron más tarde a la intervención divina el efecto natural del terror que las dominaba, ¿por qué contradecirlas? Después de todo, las faltas de razonamiento en que hace incurrir un estado ilusivo, son flaquezas humanas que carecen de malicia.

Es probable que Teresa se detuviera dos o tres días en la Peñuela, por cogerle al paso en su camino y existir allí uno de los conventos principales de la Reforma en la región andaluza; de allí a Veas se tardaría en ir entonces dos días, aproximadamente. Al llegar a esta comarca, Teresa, aunque nada ha dejado consignado sobre las impresiones que allí recibiera, debió sentirse ante un mundo nuevo. Las costumbres y el acento en el habla de las gentes le extrañarían, por su diferencia con las costumbres y la pronunciación que le eran familiares, y en lugar del paisaje de áridas mesetas que estaba acostumbrada a ver en Castilla, donde la tierra parece convertirse en paráfrasis de la inmensidad del cielo, contemplarían sus ojos un alegre panorama, vibrante de calina en el verano, en el que el áloe, reliquia de la agricultura árabe, destaca bruscamente el azul cobalto de sus esbeltas copas sobre las manchas rojas de la tierra abrasada por el sol.

La fama de sus milagros fué, sin duda, causa de la alegría y del entusiasmo, realmente extraordinarios, con que fué recibida en Veas (?); mas de haberse podido arrancar de los ojos de aquella multitud el velo

(1) Del árabe *Guad-el-Imán* (río de la Mano Derecha). En esa misma región se encuentra otro río, llamado Guadalizar, de *Guad-el-Izar* (río de la Mano Izquierda).

de la superstición, para que conociera la causa verdadera de los milagros de Teresa, abrumada por la edad y las dolencias, que al emprender tan penoso viaje, exclamó: «¡Señor, cómo tengo yo de poder sufrir esto!», el entusiasmo y la alegría se hubiesen convertido, seguramente, en honda tristeza y compasión humanas, pues en la incansable constancia e inquebrantable voluntad de aquella monja anciana y enferma, está la causa verdadera de los milagros de quien, sin el prestigio de lo sobrenatural, podía contarse entre los más grandes de la Tierra por el heroísmo de su vida, el ingenio de sus escritos y el fondo de rectitud que se encuentra en los mayores desvaríos de su misticismo. Pero apartemos de nosotros ahora semejantes pensamientos; abandonemos las alturas intelectuales del presente siglo para contemplar en la pequeña población andaluza, tal como existía entonces, un espectáculo de la fe religiosa, emocionante por su sinceridad. La pequeña ciudad ha salido de su habitual letargo; los viñedos y olivares están abandonados, y nótase en todas partes un ambiente de extraña agitación. Un grupo de hidalgos a caballo, de aquellos hidalgos cuya memoria proyecta aún el lustre de su linaje sobre las viejas y tétricas casas que parecen hoy fantasmas de un siglo olvidado, avanzan, entre filas de impacientes campesinos, al encuentro del carro que conduce a Teresa, y haciendo gentilezas delante de él, le conducen en triunfo a la puerta de la iglesia. Se echan al vuelo las campanas; la multitud llena el aire de aclamaciones; ancianos y ancianas bendicen el cielo, cual Simeón, por haberles concedido vida hasta llegar a ver a la Santa monja de España, y muchos sientan la rodilla en tierra. En el pórtico de la iglesia se vislumbran las blancas vestiduras de los sacerdotes. El carro, desvencijado y polvoriento, entra rechinando en la plaza del mercado, rodeado por la escolta de hidalgos a caballo. En medio del silencio imponente, Teresa, encorvada, cubierta con un velo de los pies a la cabeza, baja penosamente de su humilde vehículo, y todos, sacerdotes, caballeros y campesinos, se arrodillan, uno tras de otro, delante de ella para besarle la mano y pedir su bendición.

El pueblo entero vibra al unísono de emoción producida por los acordes del *Te Deum*, atravesando después, en lenta procesión, las extrañas callejuelas de la ciudad. Los balcones y ventanas lucen vestiduras preciosas de brocado y seda y la tierra se cubre de flores y ramas olorosas al paso del cortejo que se encamina a la casa solariega de Catalina Godínez, casa que iba a recibir un nuevo blasón de gloria, más alto y duradero que los esculpidos en su escudo, al albergar a la gran Teresa de Jesús y quedar convertida en octavo convento de su Orden.

Era el día de San Matías, y Teresa, que ya contaba setenta y un años, se acordó con profunda emoción de que aquel mismo día, veintisiete años antes, sintió por primera vez el impulso misterioso de la vocación que había regido desde entonces las aspiraciones de su vida.

«Si ahora no quisiésemos y os echasemos á la calle, ¿que hariaís?», preguntó Teresa con su manera graciosa y original, a las dos hermanas, al entregarlas el hábito y recibir de ellas la renuncia de todo lo que poseían. «Serviremos a Vuestras Reverencias en la portería, y si no nos diesen de comer, pediremos limosna por el amor de Dios.»

La entrada de Teresa en Veas fué el primero de una serie de triunfos en Sevilla, Palencia y Soria. Están lejos los días en que tenía que entrar en las ciudades como ladrón en la noche, cual ocurrió en Medina, y no tardarán en venir aquéllos en que su fiesta será causa de regocijo nacional.

* * *

El ilustre Gracián vió por primera vez a la madre Teresa en Veas, siendo este encuentro el prólogo del período más agitado de la vida de la Santa, que tomó desde ese instante nuevos rumbos. Hasta aquí la hemos visto fundar sus conventos de monjas cual edificara en su niñez conventitos de arena en el jardín de su padre. De aquí en adelante hemos de verla luchar contra una verdadera tormenta de encarnizadas persecuciones, más firme siempre en el timón, guiando la nave de su Reforma al anhelado puerto. Para poder comprender cómo es debido el período en que vamos a entrar, conviene que revisemos brevemente el desarrollo de la Orden de los Carmelitas Descalzos desde el día en que Fray Juan de la Cruz y Fray Antonio de Jesús, «sus fraile y medio», como solía llamarlos jocosamente, resucitaron las reglas primitivas de San Bricardo de Jerusalén.

En el corto espacio de cuatro años, fundáronse nueve monasterios, cuatro en Castilla y cinco en Andalucía, contando el de San Juan del Puerto, abandonado más tarde, y un colegio de novicios Carmelitas, en Alcalá de Henares. ¿Cómo pudo llevarse a cabo todo esto? Por un procedimiento de actividad incesante, parecido al de la vida misma, cuyos efectos, insignificantes al parecer si se consideran aisladamente, día por día, sorprenden por su inmensidad al acumularse en el trascurso del tiempo. Año tras año se fundaron monasterios, y el débil arbusto de la Orden de los Descalzos se ha convertido en roble de profundas raíces y vigorosa savia. Ya hemos visto cómo pocos meses después de la fundación de Duruelo, Teresa dió el hábito en otro

apartado rincón de Castilla a tres hombres que estaban destinados a fundar el segundo monasterio de la Orden de Carmelitas Descalzos: Ambrosio Mariano, Fray Juan de la Miseria y Fray Baltasar Nieto, que adoptó el nombre de Fray Baltasar de Jesús. El primero de éstos, Mariano, en otro tiempo, como ya sabemos, diplomático, soldado, cortesano y estadista, ha desempeñado un papel importante en nuestra historia, gracias a su erudición, a su profunda experiencia del mundo y a su temperamento, fértil en recursos y libre de las restricciones que impone una conciencia exageradamente escrupulosa. Su paisano Fray Juan de la Miseria, en cambio, está predestinado a la oscuridad propia de sus modestos esfuerzos en las últimas filas de la Orden. Su personalidad, sumamente modesta, sólo adquiere relieve por el contraste que ofrece con la de Mariano y el hecho de que este humilde siervo del Señor ha legado a la posteridad unos cuantos lienzos de una vieja rugosa que pretende representar ingenuamente a la madre Teresa. Nieto, a su vez, era hombre bien diferente de sus compañeros. Nacido en Andalucía, llegó a la vejez en la Orden de los Observantes, entre los que tenía fama de ser uno de los oradores más elocuentes de toda España. Su adhesión a los Descalzos fué un gran triunfo para éstos, y les atrajo la enemistad de aquella grande y poderosa Orden. A pesar del prestigio de que gozaba entre los Observantes, Fray Baltasar sólo adquirió notoriedad en los anales de los Descalzos por el celo que demostró al fomentar calumnias contra uno que no cometió más falta que la de haber alcanzado, a pesar suyo, renombre y preeminencia.

Un día caluroso de julio, estos tres hombres, uno de los grupos más pintorescos de seres humanos que jamás juntara la suerte, subieron la empinada senda que conduce a un collado, un cuarto de legua al Sur de Pastrana. En la cumbre de este collado había una ermita, santuario de la devoción popular de numerosas generaciones. Una multitud alborozada salió con los frailes de las murallas de Pastrana, acompañándolos hasta el lugar célebre donde se fundó el segundo y más famoso monasterio de la nueva Orden.

Ese lugar, abandonado a la caprichosa exuberancia de una vegetación hirsuta, era muy hermoso. A los pies del collado extendíase un valle florido, cerrando el panorama en lontananza las tierras azulosas de Cuenca. La historia que sigue está de acuerdo en todos sus detalles con la tradición Carmelita. Cuando llegaron al lugar escogido en las sombras de la noche, y se apagó en la distancia el rumor de la alegre compañía de vuelta a la ciudad, los tres frailes se refugiaron en una cueva que servía de guarida a los pastores en las tempestades y en las

noches frías. El día siguiente, al rayar el alba, las palomas torcaces y ruiseñores, únicos dueños de aquel retiro silvestre, huyeron al oír por primera vez, en el silencio imponente de aquellas soledades, el ruido de las hachas, palas y azadones. El trabajo incesante de los frailes llegó a convertir el desierto en oasis. En esta obra de transformación Mariano tuvo ocasiones sin cuento de desplegar aquellas dotes de ingeniero tan solicitadas en otros tiempos por príncipes y reyes, causando el asombro de sus compañeros al hacer subir el agua de un manantial situado en un terreno bajo de las cercanías de la ciudad hasta las cimas del monte. Construyó también un pasaje subterráneo desde las faldas del monte hasta la ermita. El ejemplo de aquellos tres hombres no tardó en producir maravillosos efectos; sus prosélitos e imitadores aumentaban día por día, y resucitó ahí la disciplina severa de la Tebaida. Como los cenobitas de antaño, en la nueva comunidad de Pastrana cada cual contribuía a las necesidades generales con el arte u oficio en que más se distinguía. Las privaciones de aquellos valerosos hombres fueron extremas. Mientras la tierra no recompensara su trabajo se mantuvieron con las hierbas que les ofrecían las faldas del monte. Más tarde su alimento ordinario consistió en berzas, y sólo en los días festivos se permitían el regalo de aderezarlas con un poco de aceite. Durante largo tiempo fué desconocido entre los frailes de Pastrana el uso de bancos y asientos. La calavera que tenían constantemente delante de sus ojos no era solamente un signo de edificación, sino símbolo del rigor y austeridad de su existencia. Se cuenta de uno que llevó a tal extremo la penitencia del silencio que perdió el uso de la palabra y tuvo que hablar el resto de su vida por señas; y un novicio, en la agonía, solicitó permiso para alzar una vez más los ojos antes de que la muerte los cerrase para siempre.

En nuestro siglo es casi incomprensible que aquellos hombres silenciosos, cuya mirada no se apartaba de la tierra y que entregaban sus cuerpos despiadadamente a la más severa maceración, pudiesen trabajar con sus brazos como el más rudo obrero. Los vastos monasterios, con los huertos y jardines construídos por ellos mismos, son todavía asombro y encanto de cuantos conocen los más remotos y apartados rincones de España. No se notaba cansancio en los cuerpos férreos de aquellos hombres. Habían aniquilado, dentro de ellos mismos, la voluntad y la razón humana; la voz del superior era para ellos la voz de Cristo; el toque de la campana, mandato del cielo. Habían llegado a perder la conciencia de la existencia del mundo. En la noche, subía al cielo, desde la cumbre del monte, el efluvio constante de aquellas almas en rezos y oraciones; y ¡cuántas veces después de

trabajar como esclavos, encorvados sobre la tierra, pasaban la noche en vela, arrodillados delante de la Eucaristía en el sagrario!

El monasterio primitivo de Pastrana dejó de existir hace mucho tiempo. El que se levanta ahora sobre la cresta del monte, fué erigido muchos años después de la muerte de Teresa. Los carmelitas han desaparecido en la noche de los siglos. Sin embargo, animados por un poder misterioso de sugestión, dejan de ser imágenes confusas y borrosas de una crónica monástica para agitarse, una vez más, en el tiempo y en el espacio ante el viajero que, tendido en la falda del collado de Pastrana, sueña en el pasado bajo la sombra de los pinos seculares. Ese viajero no puede evadir la fascinación retrospectiva de esos hombres que, inflamados por el ardor espiritual de un mundo más antiguo y austero que el suyo, aparecieron en el horizonte religioso de aquella época en el momento que más necesitaban de ellos sus contemporáneos. Su traje inusitado, sus pies descalzos, su silencio perpetuo, su predilección por el apartamiento en aquellos sitios agrestes, su austeridad, ascetismo y abnegación, produjeron una impresión en el mundo que no se ha borrado todavía.

Puede uno imaginarse con qué mezcla de asombro y veneración recibirían los humildes y escasos moradores de las regiones más agrestes de Pastrana aquellos solitarios encapuchados. ¿Qué ocurriría en el espíritu de aquellas humildes gentes al ver trabajar en el campo, más rudamente que ellos mismos, a hombres que conocieron en la ciudad como personajes muy principales? ¿Con qué recogimiento se detendría el arriero delante del convento al oír los cánticos de los frailes entre gorjeos de ruiseñores? El débil tañido de la campana en el silencio de la noche, llegaba a los habitantes de la vecina ciudad como el recuerdo consolador de que alguien rezaba por el bien de sus almas mientras ellos descansaban.

Ruy Gómez, poderoso bienhechor de los frailes, hizo llegar su fama hasta los oídos mismos del Rey Felipe, quien sintió el más profundo interés en los esfuerzos de aquellas grandes almas por restaurar en suelo español la rigurosa disciplina religiosa del Monte Carmelo.

En la época a que nos referimos, la nueva Orden tenía ya, en otro rincón de Castilla, un tercer Monasterio, fundado por las frailes de Duruelo. A través de la llanura árida durante una legua, se extiende el sendero que conduce a la pequeña ciudad de Maucera de Abajo, ora internándose por los robledales, ya siguiendo el curso del arroyuelo conocido por el pretencioso nombre de Río al Mar. La Iglesia de Mancera, cuyas naves y columnas están decoradas con escudos no-

biliarios, resulta hoy de una grandiosidad inadecuada para tan pequeño lugar. Esos mismos escudos que aparecen en la fachada del Ayuntamiento, edificio de estilo medieval, han perdido su significado esencial para los lugareños que lo contemplan hoy. Pero a orillas del río, en una hondonada, cerca de la otra entrada de la ciudad, un molino construído con piedra de cantera y las ruinas de un palacio, nos hablan con la elocuencia de las piedras seculares, de la historia pasada, de la vida y costumbres de aquel Mancera y de sus habitantes del tiempo de Teresa. Ese montón de piedras, entre las cuales se descubren todavía vestigios de otro siglo (pesada moldura que fué marco de una ventana, abierta al infinito; imponente puerta de honor que parece desafiar los destrozos del tiempo)... es todo lo que hoy queda de la morada feudal de una ilustre familia, rama de los Toledo, Duques de Alba. Sus vastos dominios se extendían hasta la ciudad de Alba, y las órdenes de aquellos dispensadores de justicia, señores de horca y cuchillo, eran obedecidas ciegamente por los vecinos de la ciudad situada en la colina. El dueño de tan hermosos dominios, don Luis de Toledo, señor de las Cinco Villas, iba al convento, atraído por la fama de los frailes, para desahogar su conciencia de pecados y aflicciones. Ofreció con insistencia a aquellos santos varones una iglesia, que ellos aceptaron a la fuerza, según afirma el cronista con un mal disimulado deseo de disculpar el abandono de que fué objeto el humilde granero, que servía de convento a los fundadores. Don Luis de Toledo hizo edificar la iglesia a un tiro de piedra de los muros de su palacio, con el fin de dar cabida en ella a un retablo traído de Flandes por su abuelo.

Hoy no queda otro vestigio del paso de aquellos carmelitas por Mancera que un pozo y las ruinas de unas paredes de ladrillo que se destacan cual esqueletos sobre la tierra árida, quemada por el sol... Las licencias de Teresa, que eran dos, concluyeron con la fundación de Pastrana. Era inútil esperar más concesiones del General, cuya intención no era precisamente extender la reforma multiplicando sus conventos, sino más bien servirse del ejemplo de un grupo de hombres entregados a una vida de perfecta austeridad para introducir entre los Carmelitas ordinarios el verdadero concepto de la disciplina y severidad de su regla. El desarrollo ulterior de la Orden fué debido exclusivamente a una serie de circunstancias imprevistas.

En 1570, como ya hemos dicho, el Papa, a instancias de Felipe II, entregó el Gobierno Supremo de los Carmelitas españoles a dos Visitadores apostólicos, dándoles facultades de mando ilimitadas. Estos fueron dos hombres de alta posición y reconocida virtud. Uno de

ellos, Vargas, prior del Monasterio de Córdoba, tuvo a su cargo la jurisdicción de la provincia de Andalucía, y Fray Pedro Fernández, prior de Talavera de la Reina, se encargó de la de Castilla.

Por deseo de Felipe, Fernández fué comisionado por el Nuncio para hacer su primera visita a Pastrana. Llegó a las puertas del convento, conduciendo del ronzal un borriquillo, sin otra carga que su capa y la de sus compañeros, que iban todos a pie. Como la comunidad no pudiera reprimir su asombro ante semejante conducta en tan alto personaje, cuenta el cronista que éste contestó a los frailes diciendo: «que quien venía a visitar a santos no había de caminar como profano». La visita ocurrió en tiempo de Cuaresma, durante la cual observó Fernández estrictamente el ayuno a pan y agua, cumpliendo la regla con el mismo rigor que si estuviese afiliado a ella. Después de unos días, expuso a la comunidad la misión que le habían encomendado. Aunque dicha misión no estaba esencialmente relacionada con los Descalzos, no sólo tenía poderes del Nuncio para recibir su obediencia, si tenían a bien concedérsela, sino que podía hacerles saber que el mismo Rey deseaba que así sucediese. Los frailes, después de deliberar breves momentos, aceptaron la sumisión al Visitador. En recompensa de tan razonable actitud, recibieron licencia para abrir un colegio en Alcalá de Henares, privilegio que les fué otorgado sin dificultad por Fernández, pero que el General les hubiese negado rotundamente. El primero de noviembre de 1570, inauguróse solemnemente dicho colegio, siendo Ruy Gómez quien compró el edificio y dió las dotaciones necesarias para el sostenimiento y educación de diez y ocho colegiales. Un año después, en virtud de los poderes concedidos por Fernández al prior Baltasar de Jesús, nombrado por aquél Vicario General de los Descalzos, los frailes de Pastrana tomaron posesión de la ermita de Altomira, situada en el pico más alto de la sierra, que divide las provincias de Toledo y Cuenca, a una jornada de Pastrana, sitio extraño y salvaje, como un nido de halcón vecino a las nubes, encantador en verano, pero casi inaccesible en invierno, cuando la nieve ciega por meses y meses enteros sus sendas. Con los acontecimientos que acabamos de relatar, la nueva Orden salió súbitamente de la oscuridad en que había vivido hasta entonces, y entró en una nueva fase de su existencia.

El día de la apertura del colegio Carmelita, fué uno de los más solemnes en la historia de Alcalá. El pueblo, los estudiantes y los teólogos de la célebre Universidad, acudieron en masa a escuchar Fray Baltasar de Jesús, vestido con el sayal del anacoreta, en cuya elocuencia, según el cronista, se sentía vibrar a veces el espíritu de

San Pablo y la argentina palabra de Apolo. La muchedumbre, llena de entusiasmo y de curiosidad, se apiñaba en las calles para ver pasar a los estudiantes Descalzos, los ojos fijos en el suelo, con un hábito que apenas les llegaba al desnudo tobillo y las manos cruzadas con unción sobre el pecho. Aquel ascetismo influía de un modo extraño e irresistible en la imaginación popular. Con razón dijo Fray Pedro Fernández a los frailes de Pastrana que la mortificación muda de su vida encerraba más clemencia que cuantos sermones pudieran predicarse desde el púlpito.

Las comunidades Descalzas llegaron a ser el tema principal de todas las conversaciones. Hombres jóvenes, que tenían un porvenir brillante, algunos de ellos graduados en la Universidad, se sentían atraídos como por un imán misterioso hacia la colina de Pastrana. Las gentes acudían de todas partes para ver por sus propios ojos los siete frailes que desafiaban las tempestades en la hirsuta cumbre de Altomira, y no faltó quien, atraído en primer lugar por la curiosidad, cambiara el curso de su vida al detenerse ante el santuario de Nuestra Señora del Socorro.

Una liebre, un conejo que sale precipitadamente de los matorrales perfumados... Es lo único que interrumpe hoy día la soledad del lugar habitado antaño por los siete frailes. Un águila se cierne en torno de la atalaya árabe que aún se alza en el rocoso promontorio, dominando arrogantemente el horizonte. Más abajo, el edificio de techo abovedado y columnas macizas que perteneció en otro tiempo a los caballeros templarios, sirve hoy de hospedería, y al pie de la colina un montón de ruinas indica el lugar donde se alzara en otros días el monasterio Carmelita. Sin embargo, el tiempo (o tal vez un sentimiento tardío de remordimiento) ha respetado la pequeña ermita que sirvió de iglesia, y por la celosía de madera que protege la entrada, se vislumbra todavía la efigie de la Virgen, que recibe una vez al año, de las aldeas vecinas, en otro tiempo de moros y frailes templarios, la visita de los aldeanos. Aún perdura la leyenda que cuenta cómo la brisa nocturna lleva hasta distantes aldeas el tañido de la campana que llamaba a los frailes a maitines.

Aun despojada de todas las exageraciones de las viejas crónicas, la historia de los siete frailes del pico de Altomira es una de las páginas más románticas de las tradiciones monásticas. Ahí, en el pico más alto de la sierra, bajo toscas cabañas construídas al abrigo de la ermita, arrostraron aquellos hombres todas las crudezas del tiempo. La nieve les caía encima cuando dormían, y no sólo los caminos, sino hasta la puerta misma de la ermita permanecía días enteros cegada

por la nieve. Cruzaban aquellas soledades indiferentes a la lluvia, a la nieve y al viento, para ir en busca de leña y agua. Tal era el rigor del invierno que, el agua y el vino para decir misa, se helaban en las jarras. Durante el primer invierno no tuvieron más alimento que las alubias que cocían con agua, pues el aceite era tan escaso que lo guardaban como oro en paño para alumbrar al Santísimo Sacramento. No tardó en extenderse por toda Castilla la fama de los hombres que ofrecían al cielo el incienso invisible de sus oraciones y la pureza de sus vidas desde un pico nevado, poblado de lobos.

Así, según Teresa, aparecieron los Descalzos de la noche a la mañana. Hasta entonces, el apartamiento y pobreza de sus vidas y la humanidad de su origen los había amparado contra todo ataque, pero llegó el momento en que tuvieron que emprender una lucha tenaz en defensa de su existencia, la última que librara el medievalismo contra las nuevas influencias, que iban ya formando sigilosamente la Europa de nuestros días. Sí, esa lucha fué el último gesto de resistencia contra la pujanza de nuevas ideas y pensamientos, resistencia vana y quijotesca, después de todo, como toda resistencia contra las leyes inexorables del espíritu de los tiempos.

Los Descalzos, como hemos visto, habían comenzado a alcanzar una autoridad importante. Los hombres de más valía en la Orden antigua la abandonaban por la nueva.

Cuando los Carmelitas cayeron en cuenta de lo que ocurría, el caso no tenía ya remedio, lo que dió origen a una guerra sin cuartel entre las dos Órdenes. Andalucía estaba destinada a ser el campo de batalla, y Vargas, Prior de Córdoba y Comisario Apostólico de los Carmelitas, fué el primer adalid en arrojar el guante en favor de los Descalzos. Entre los que habían trocado el tradicional hábito blanco de los Carmelitas por el sayal de los Descalzos, había varios andaluces. El ejemplo de éstos ejerció tal influencia que sus antiguos compañeros entablaban discusiones con frecuencia y consultaban a sus superiores, especialmente a Fray Francisco de Vargas, sobre el modo más eficaz de extender la reforma en toda Andalucía. No encontrando la pequeña Compañía en los recientes reformadores ninguno que tuviera la capacidad suficiente para tomar la responsabilidad de tan magna empresa, Vargas escribió a Fray Baltasar de Jesús suplicándole encarecidamente que fuese campeón de tan gloriosa causa en Andalucía y pagase de este modo los beneficios que había recibido de la Orden madre. Además, le ofreció cualquiera de los monasterios observantes que fuese más adecuado para el objeto, recomendándole que excluyese de su Compañía a quienes hubieran renegado de la

observancia, porque de lo contrario provocaría la resistencia de los Calzados. El anciano Prior de Pastrana, ocupado en Castilla con sus monasterios y los negocios de su protector Ruy Gómez, de quien había llegado a ser confidente y consejero insustituíble, prestó muy poca atención a las cartas del Dominico, en vista de lo cual, Vargas, que cada vez sentía más empeño en llevar a cabo su proyecto, aprovechó la primera oportunidad que el azar le ofreciera. No pudiendo el Comisario Apostólico agredir tan abiertamente los derechos de una comunidad que era de su incumbencia reformar pero no hacer desaparecer, se puso en busca de personas que pudieran servirle de instrumento, y no tardó en encontrarlas. Pasaron por Córdoba dos frailes Descalzos que se detuvieron en dicha ciudad con el objeto de presentar sus patentes al Comisario Apostólico. Éste, astutamente, en vez de permitirles continuar su viaje, les ordenó que se alojaran en el monasterio carmelita, advirtiéndoles que no saliesen de Córdoba sin verlo. Los dos frailes, de los cuales uno era Heredia, andaluz que había renegado de la observancia, se presentaron al día siguiente para despedirse de Vargas y pedirle su bendición. Éste les dijo que mientras se hallasen en Andalucía eran sus subordinados, y después de informarles que contaba con su obediencia para el cumplimiento de cuanto él ordenase, les expuso el proyecto que acariciaba. Fray Diego de Heredia opuso al principio cierta resistencia, alegando que el Comisario de Castilla no llevaría a bien que habiendo solicitado licencia limitada para ocuparse de un asunto personal permaneciesen en otro distrito todo el tiempo requerido por semejante empresa. Por fin, con la promesa de Vargas de escribir a Fernández y obtener el debido consentimiento, se dejaron persuadir y salieron para Sevilla en su compañía para tomar posesión del monasterio de San Juan del Puerto, entre Niebla y Huelva. Esta arbitrariedad de Vargas aumentó grandemente la exasperación de los observantes. El hecho de que la propaganda de la reforma de Andalucía fuese obra de dos desertores de su propia Orden, no podía contribuír, naturalmente, a suavizar el escozor de sus heridos sentimientos. No tardó en extenderse la reforma en Andalucía con la misma rapidez con que se había extendido en Castilla. Alentado por Vargas y contando con su venia, un fraile observante de Granada, de ilustre nacimiento, adoptó el hábito de los Carmelitas reformados y emprendió a pie un viaje a Madrid con la idea de obtener la sanción del Rey para una segunda fundación en Granada. En el camino se encontró con Fray Diego de León, Obispo titular de Columbria, isla de Escocia, célebre en la antigüedad, según el cronista, por cuya descripción no es fácil reconocer el Obispado de

Sodor y de Man. Fray Diego había ascendido de las filas de la observancia carmelita a la dignidad episcopal. Éste y el fraile de Granada eran antiguos amigos y compañeros de monasterio, y al notar el Obispo con sorpresa el cambio de hábito de Fray Gabriel, que así se llamaba, le expuso sus planes. Durante el viaje se enteró éste, por el Obispo, de que en la Peñuela, lugar solitario de Sierra Morena, vivían unos ermitaños cuya vida austera se parecía a la de los Descalzos que él había visto en Pastrana y Alcalá. El fraile continuó con mil trabajos su viaje a través de media España. Para colmo de desdichas se encontró al llegar a Madrid con que el Rey estaba de caza en los pinares de Balsaín, cerca de Segovia, lo que suponía veinte millas más para el pobre viajero, que lejos de intimidarse ante el nuevo esfuerzo que le imponían las circunstancias, se dirigió hacia el lugar mencionado, obteniendo sin dificultad audiencia y cuanto deseaba de Su Majestad.

Siguiendo el consejo del Obispo de Columbria, de Madrid pasó a Alcalá y luego a Pastrana; pero, al contrario de lo que él esperaba, tuvo que volver a Andalucía solo, pues Fray Baltasar de Jesús, a quien Fray Gabriel había elegido para llevar a cabo la fundación de Granada, alegó las razones que tenía a su favor para permanecer con Ruy Gómez, pues consideraba arriesgado, no sólo para su conveniencia personal, sino para los intereses de la misma Orden, abandonar la compañía del poderoso favorito, con cuya simpatía y afecto contaba en alto grado. Esto ocurrió en octubre de 1572. De vuelta a Granada, Fray Gabriel visitó a los ermitaños de La Peñuela, persuadiéndolos sin dificultad ninguna de que se incorporasen a los Descalzos, pues el Concilio de Trento había declarado irregulares todas las asociaciones semejantes a las de los ermitaños. Después de dar el hábito a uno de éstos, lo escogió como compañero de viaje, dirigiéndose a Jaén en busca de la licencia del Obispo para el establecimiento de la nueva Comunidad en La Peñuela; mas como este requisito le fuese negado, y le doliese volver a dicho lugar con las manos vacías, solicitó en la ciudad de Baeza la donación de tierras para el nuevo monasterio, teniendo la satisfacción de recibir cincuenta fanegas lindantes con la ermita de aquellos piadosos varones. Después de una corta estancia en Granada emprendió nuevamente el penoso viaje a Madrid, para que le fuese ratificada la donación hecha por la ciudad de Baeza, y encontró a Baltasar de Jesús en casa de Ruy Gómez, asistiendo a éste en una grave enfermedad. Fray Gabriel volvió a suplicar a Fray Baltasar de Jesús que no demorase su intervención en favor de las fundaciones de Granada y La Peñuela, con lo que haría

un servicio señalado a la Orden. Pero el buen prior de Pastrana (Fray Baltasar), que en mi opinión demostraba más interés en servir a Ruy Gómez que a la Reforma, contestó poco más o menos como antes, es decir, que abandonar al príncipe en momentos tan críticos era correr un riesgo imprudente, mientras que esperando por lo menos hasta que su protector recobrase la salud, habría la probabilidad de que pudiese emprender el viaje a Andalucía bajo auspicios más favorables. Fray Gabriel se retiró sumisamente a Pastrana y estuvo allí toda la cuaresma de 1573, hasta que la mejoría de Ruy Gómez le permitiese llevar a Andalucía a Fray Gabriel, cuya presencia era indispensable para convertir en hechos consumados las fundaciones de La Peñuela y Granada. El viaje se llevó a cabo con toda la cautela que exigía la política monástica de aquel momento, dado el antagonismo existente entre Descalzos y Observantes. El mismo Ruy Gómez consiguió astutamente la licencia de Fray Ángel de Salazar, Provincial de los Observantes, para que Fray Baltasar pudiese ir a Andalucía a tratar de asuntos personales, según dijo Ruy Gómez, con su propio yerno el Duque de Medina Sidonia. De otra suerte hubiese obrado el Provincial si hubiese sabido que la concesión de su licencia coincidió con órdenes secretas recibidas por varios frailes andaluces, residentes en aquella provincia y disidentes de la observancia, para que fuesen inmediatamente a Andalucía, viajando en parejas separadas para evitar todo género de sospechas, debiendo unos quedarse en La Peñuela y otros continuar hasta Baeza y Jaén, donde recibirían nuevas instrucciones.

En Granada, Fray Baltasar y Fray Gabriel, jefes de la expedición secreta, fueron recibidos con gran cordialidad y hospedados en la casa del joven Conde de Tendilla, hijo del Virrey de Nápoles, pariente de la Princesa de Eboli, y a la sazón Gobernador de la Alhambra. Vargas dejó la dirección de su cometido en manos de Fray Baltasar de Jesús, en virtud de la importancia de su cargo como visitador apostólico. El Arzobispo les ofreció para una de las fundaciones una casa en el Albaicín; pero Fray Baltasar la rechazó prudentemente en vista de la actitud nada amical de los moradores de aquel distrito, los moriscos, de quienes con razón dijo el cronista: «la dureza de esta gente más vencida que rendida».

El 19 de mayo, los Descalzos tomaron, por fin, posesión de la ermita de los Santos Mártires, fundada por los Reyes Católicos, y el 29 de junio fué solemnemente consagrada la ermita de La Peñuela a Nuestra Señora del Monte Carmelo. Es indudable que a estas fundaciones hubiesen sucedido pronto otras, de no haber recibido Fray

Baltasar la noticia de la grave recaída de Ruy Gómez, que precipitó su regreso a Madrid, donde llegó a tiempo para asistir al Príncipe en sus últimos momentos. A raíz del triste acontecimiento, acompañó a la Princesa viuda a Pastrana, y entonces fué cuando la casualidad fraguó uno de los acontecimientos más trascendentales en la historia de la Reforma. Fray Baltasar encontró en Pastrana un fraile joven, que había tomado el hábito dos o tres meses antes, y por razones sobre las cuales sería inútil especular, encomendó a éste la continuación de los proyectos de Vargas. El joven fraile no era otro que el célebre Gracián, quien más tarde había de inspirarle tan amargos celos, por no decir envidia. Probablemente hubiera escogido a Mariano, de haber estado éste ordenado, circunstancia que hubiese dado un giro diferente a la vida de Gracián. El duelo a muerte entre Observantes y Descalzos iba a librarse pronto. Las armas de los débiles contra los fuertes suelen ser el engaño, el disimulo y la intriga; y los Descalzos las emplearon a su favor sin reparos ni escrúpulos de conciencia. Para confundir a sus adversarios recurrieron a todo género de astucias y subterfugios. Debían su prosperidad al favor del General de la Orden; mas como éste se opusiese a la idea de la futura e ilimitada extensión de la Reforma, los Descalzos, extraños a todo principio de gratitud y correspondencia de sentimientos, lo pusieron de lado, dirigiéndose al Comisario General, y cuando consiguieron de él cuanto podía otorgarles, se dedicaron a explotar la vanidad y la influencia de su subordinado. El astuto Mariano fué en busca de Salazar, el Provincial a quien ya habían engañado una vez, y le hizo creer que le urgía obtener un permiso para ir a Sevilla con el fin de ultimar unos asuntos que había dejado pendientes al ingresar en la Orden, tomando la precaución de ocultar a su superior la personalidad de su compañero Gracián, que ya gozaba de gran reputación en la Orden, por sus talentos. El Provincial, demasiado sencillo para sospechar que fuese posible que dos frailes legos dirigiesen una empresa tan hábil, otorgó el permiso necesario. Emprendieron inmediatamente el viaje a Andalucía. Mariano se ausentó de Castilla con especial agrado, pues temía la tormenta que iba a desencadenarse contra la Orden, y sobre todo, contra su persona, por haber dado el hábito a la Princesa de Eboli. En Almodóvar tuvieron que interrumpir su viaje en obediencia a un mandato del General, en el que exigía que Mariano se ordenase inmediatamente. Así lo hizo, continuando luego su marcha hacia Granada. Deseaba salir cuanto antes de la jurisdicción provincial de Salazar, temerosos de que éste descubriese el engaño de que había sido objeto y le obligase a regresar a Castilla. Pero Mariano y su

compañero llegaron debidamente a Granada, donde fueron recibidos muy cordialmente por Vargas. Después de unos cuantos días de tregua, durante los cuales pudieron convencerse de la capacidad de Gracián, otorgaron a éste todos los poderes necesarios para la ejecución de sus proyectos, encargándole que guardase el mayor secreto, a menos que las circunstancias le obligasen a lo contrario. En efecto, Salazar se había dado ya cuenta de lo que ocurría y expidió órdenes fulminantes, bajo pena de severos castigos si no eran obedecidas, para que Gracián y Mariano volviesen a Pastrana. Éstos no se dieron por aludidos y salieron para Sevilla. Iban provistos de dos patentes distintas, una para el gobierno de los Descalzos y otra para el de los Observantes; pero no debían presentar la última sino en caso de extrema necesidad. Comenzaron por restituír el monasterio de San Juan del Puerto a sus primitivos moradores, operación que llevaron a cabo fácilmente, como veremos. Mariano y Gracián llegaron al convento al mismo tiempo que los frailes que iban a tomar posesión de él. Se convocó un capítulo, en el que Gracián dió cuenta de sus intenciones. Para impedir el alboroto que era de esperar en la población, impuso a los frailes el más absoluto silencio, bajo pena de severa censura. El día siguiente, a media noche, después de cantar maitines, Gracián se puso al frente de su pequeña comunidad, excluyendo cuidadosamente a todos los que permanecieron fieles a la regla de los Observantes. Después llevó los frailes a Sevilla, donde llegaron el 2 de octubre por la tarde, y a instancias del mismo Gracián se les permitió instalarse en el monasterio carmelita de aquella ciudad; mas este acto tardío de concesión y transigencia fué interpretado por los Observantes como un signo de debilidad en sus rivales. Los Descalzos, instalados por cierto tiempo en la parte superior de su monasterio, no tardaron en descubrir el desprecio mal disimulado que sentían los Observantes por los innovadores que pretendían representar las tradiciones primitivas del Monte Carmelo. No tardó en venir la ruptura natural. Los Observantes querían deshacerse de tan molestos vecinos; pero estaban decididos a luchar contra viento y marea para impedir que se establecieran en otra parte. Afortunadamente para los Descalzos, el Arzobispo les prestó su ayuda y les ofreció alojamiento en su palacio, así como también la ermita de Nuestra Señora del Refugio, oculta entre árboles a la orilla del Guadalquivir y alejada del tráfico. La víspera de los Reyes (1574), los Descalzos salieron sigilosamente del monasterio carmelita, dirigiéndose en parejas al lugar que acabamos de describir, y después de cantar vísperas, se reunieron con el mayordomo del Arzobispo y un notario. Un algua-

cil hizo entrega de las llaves de la ermita a Gracián, y con esta sencilla ceremonia, la ermita, sus enseres y los huertos contiguos pasaron a ser posesión de los Descalzos.

La noticia de la nueva fundación cayó como un rayo entre los Observantes. Nuestra Señora del Refugio era una de las imágenes más veneradas en Sevilla, sobre todo, por los navegantes, que al salir para Ultramar en galeones y carabelas empenachadas de vistosos pendones y flámulas, dedicaban su último saludo al santuario donde la Virgen quedaba velando por sus vidas; y al regresar del Océano con el oro de las Indias, llenaban las paredes del santuario de ex-votos y ofrendas en acción de gracias por su milagrosa salvación en noches terribles, cuando las olas y el viento hacían crujir las jarcias de sus navíos tristemente, como almas en pena.

Los Observantes, lejos de sospechar que Gracián fuese una potencia en la Orden, y sin temer, por consiguiente, las consecuencias que pudiera acarrearle su conducta, exigieron con arrogancia una satisfacción y una explicación por el agravio que les había inferido. Para exponer sus quejas eligieron como emisario a Fray Diego de León, Obispo de Columbria, el mismo que había exhortado a Fray Gabriel de la Concepción a que visitase los ermitaños de La Peñuela. Fray Diego y el subprior se dirigieron a la ermita y preguntaron a Gracián con qué derecho se había nombrado fundador sin el permiso del Provincial y en abierta oposición a los mandatos del General, exigiéndole, además, que presentase sus cartas y patentes especiales, a fin de que los Observantes pudieran verificar la autenticidad de dichos documentos.

Dos caminos quedaban abiertos a Gracián: exhibir su Breve y anticipar así la tormenta que de todos modos sería inevitable, o dejar que las cosas siguiesen su curso normal. Ya era inútil contemporizar. La primera alternativa hubiese, desde luego, afianzado considerablemente su posición en la Orden; pero ese era un paso propio de un hombre más osado o vanaglorioso que Gracián. Ya fuese por esto o porque él mismo no estaba muy seguro de la validez de los poderes que ostentaba, o tal vez porque creyese en la posibilidad y conveniencia de llegar a una conciliación con el General, Gracián optó por abandonar el asunto a la corriente natural de las circunstancias. Contestó al Obispo de Columbria, diciendo que sus derechos para fundar eran los mismos que le habían servido para restituír San Juan del Puerto a los Observantes, y que reconocerle derechos para este caso y no para el otro, era una arbitrariedad sin razón. Por lo demás, sus patentes estaban en manos del Obispo, quien en virtud de ello, le ha-

bía dado la ermita, y que se dirigiese a él si quería verlas. Fray Diego de León, desconcertado, se volvió a su convento tan a oscuras sobre el particular como antes.

Como era de esperar, no tardaron los Observantes en enterarse del estado verdadero del asunto: o sea que Gracián estaba obrando en virtud de los poderes transmitidos por Vargas, y su ira se reconcentró en los hombres que constituían, por su energía y talento, un verdadero peligro. Escribieron al General (ya bastante enojado con los Visitadores por su atrevimiento, y con los Descalzos, por haber aceptado su intervención en los asuntos de una Orden que él consideraba exclusivamente suya) encareciéndole la necesidad de solicitar del Papa Gregorio XIII la revocación inmediata de los poderes otorgados a Fernández y a Vargas. Si conseguían esto, pronto acabarían con los Descalzos.

Vargas se hallaba a la sazón en Sevilla, como Provincial de su Orden. Convencido de que los Carmelitas estaban dispuestos a una guerra sin cuartel, se apresuró a tomarles la delantera. Escribió al Rey defendiendo calurosamente a los frailes de la Reforma, y envió a Madrid su carta por conducto del licenciado Padilla, sacerdote que había sido empleado anteriormente por Felipe en la reforma de las Órdenes hasta que su aspereza y «terrible condición» lo obligasen a abandonar el empleo. Viéndose sin ocupación en España, habíase trasladado a Sevilla, donde pensaba embarcarse con rumbo a las Indias para convertir a los «infieles». Afortunadamente para los cuerpos de éstos, ya que no para las almas, robáronle en una posada todo lo que tenía, viéndose entonces obligado a refugiarse en el convento de los Carmelitas Descalzos de los Remedios.

El Papa revocó los poderes otorgados a Fernández y a Vargas, pero la revocación no se hizo pública hasta mayo del año siguiente, cuando el Capítulo general de la Orden, reunido en Plasencia, publicó sus decretos, crueles contra Teresa y sus frailes, como lo veremos más adelante.

Es muy posible que si los Carmelitas se hubieran cruzado de brazos, el mundo no se hubiera enterado de la vida y milagros de los Descalzos; y que éstos, después de fundar otros cuantos conventos, y una vez agotada su fuerza creadora, hubiesen regresado lentamente a la Orden que les dió origen. Pero el orgullo y la envidia dieron a la contienda entre Observantes y Descalzos el carácter de lucha política entre las cortes de Roma y España. No habían contado los Observantes con la voluntad férrea de un hombre resuelto a todo. Vargas y Fernández habían sido nombrados Comisarios a instancias de Felipe.

La revocación podía, pues, considerarse como un agravio hecho a la persona del Rey. Éste conocía a Gracián y a Mariano. Había seguido con marcado interés la carrera universitaria del primero, preguntando con frecuencia cuándo iba a graduarse doctor, y había empleado al segundo repetidas veces. La revocación era, además, un ataque directo a la autonomía eclesiástica de su reino, y fiel a la política de sus bisabuelos, Fernando e Isabel, no quiso sufrir en ninguna ocasión la ingerencia de Roma en los asuntos eclesiásticos de España. Sin ser, como su padre, el *preux chevalier* de la Cristiandad Católica, considerábase tácitamente cabeza de la Iglesia en sus propios dominios, título que calificaba de herejía cuando lo empleaba Isabel de Inglaterra. Sus espías le tenían bien informado de cuanto acontecía en la corte papal, y la noticia de la revocación llegó inmediatamente a sus oídos. Más de una vez se había encontrado en completo antagonismo con Roma, manteniéndose firme en su terreno; no era su intención ceder ahora.

El Rey y los políticos más sagaces de su reino: Covarrubias, Presidente del Consejo; Quiroga, gran Inquisidor, y más tarde Arzobispo de Toledo; don Luis Manrique, Primer Limosnero, y su Secretario Gabriel de Gayas, juntaron sus cabezas (entre los más talentosos de la Cristiandad, añade el cronista) para concertar la mejor manera de desviar un golpe en el que veían, a más de la destrucción de los Descalzos, una usurpación de los derechos del trono. Padilla fué consultado. Dijo que Vargas, atemorizado por tanta oposición, había dejado sus proyectos de Reforma en manos del Padre Maestro Gracián, «hombre de grandes partes, letras y habilidad, pero algo temeroso para acometerla», por no parecerle suficiente la autoridad recibida de Vargas, que, después de todo, había sido ya revocada por el Jefe de la Iglesia. Era preciso luchar sin demora. Los Carmelitas habían dejado un punto vulnerable en su armadura, pues no aseguraron la revocación de los poderes especiales otorgados a Ormaneto, Nuncio Papal en España. Si se lograba que Ormaneto anticipase la publicación del Breve, publicando otro para anular nuevamente la comisión que tenía Vargas, nombrando a Gracián en su lugar, los Observantes quedarían maniatados. Gracián se enteró de lo que ocurría por uno de sus parientes, y le aconsejaron que se presentase en la Corte para dar a los consejeros del Rey el beneficio de su experiencia. Después de predicar sermones de Cuaresma en Sevilla, ante un auditorio enorme y entusiasta, y habiendo dejado a Mariano encargado de Nuestra Señora de los Remedios, salió para Madrid, en compañía de un hermano lego que conocía bien los caminos. En esta ocasión, enterado de que Teresa

se encontraba en Veas, decidió detenerse en esa ciudad para visitar a la fundadora de su Orden.

Va siendo hora de que nos ocupemos un poco del hombre que, por capricho del destino, vino a ser la figura central de la Orden. Su historia constituye una de las páginas más extraordinarias de los ya extraordinarios anales de los Descalzos. Nacido en Valladolid, cuando Valladolid era todavía Corte de España, Fray Jerónimo de la Madre de Dios, mejor conocido con el nombre de Gracián, contaba en este tiempo poco más de veintisiete años. Su padre, Diego Gracián de Alderete, hijo del armero mayor de los Reyes Católicos, fué, a su vez, aunque de diferente manera, servidor leal de la Casa de Austria; primero, como Secretario del Emperador Carlos V, que lo armó caballero, declarando nobles a sus hijos y descendientes, y luego como Secretario de Felipe. Prestóles a ambos buenos servicios en la «interpretación de lenguas, cuentas, cruzadas y asuntos de grande importancia, confianza y sigilo, por su sin par habilidad en las lenguas latina, griega y otras». También había viajado y estudiado en la Universidad de Lovaina, bajo la dirección del docto Luis Vives. Los flamencos le cambiaron el nombre de García en Gracián; y en Gracián quedó, transmitiendo luego su nombre a sus hijos. Su amor a las letras le hizo hacer, más tarde, el conocimiento del Embajador de Polonia, hombre de gustos literarios como él, con cuya hija contrajo matrimonio al poco tiempo, cuando ésta sólo contaba doce años. El Embajador vuelve a Polonia, y «como buen cristiano que era, se hace ordenar, y llega a ser, sucesivamente, Obispo de Cumas y de Viernia». Y el Secretario se entrega con diligencia al trabajo para mantener a su numerosa y siempre creciente familia.

Pero la naturaleza otorgó más favores al hijo del primer armero de los Reyes Católicos que cuantos hubiera podido concederle el mismo Carlos V en aquellos pergaminos timbrados con sus sellos de plomo. Una de las figuras más simpáticas que vemos en esta historia, como a través de oscuro cristal, es la del secretario, bondadoso, trabajador, afable y generoso, tipo noble del caballero castellano. Cuando pasó a mejor vida, recitando versos de devoción en griego y latín, se vió que mientras otros hombres de igual posición dejaban grandes fortunas y estados a sus descendientes, él no legaba a los suyos sino un nombre sin mancilla, pues dedicó a obras de caridad cuanto le cupo en suerte. Pero dejó otras cosas: traducciones de Jenofonte, Isócrates y Plutarco, una historia de la conquista de las ciudades africanas de la costa de Berbería—que puede hallarse todavía en los estantes polvorientos de viejas bibliotecas españolas—. Y estos libros sacan el

nombre de Diego Gracián Alderete del olvido en que ha caído su personalidad.

La hija del Embajador polaco, Juana Dantisco, fué digna compañera del hombre noble que, siendo ella una viejecita, dedicaba tiernos dísticos a la casa, ya marchita, cuya belleza la cautivó muchos años antes. De su numerosa familia, de trece hijos, Gracián era el tercer varón. Educado por los jesuítas, su carrera universitaria fué una serie de triunfos seguidos, y le auguraba una carrera brillante en el mundo, cuando para gran desconsuelo del secretario que hubiera querido que su hijo le sucediera en su cargo, y contaba con él para que ayudase a sus hermanos y hermanas a establecerse en la vida, Gracián volvió las espaldas a todos los honores que le esperaban, y a la edad de veintitrés años se empeñó en abrazar el sacerdocio. Es más que probable que hubiera ingresado en los Jesuítas—deseosos, por su parte, de recibir a tan brillante novicio—, pero un retraso imprevisto y el advenimiento de los estudiantes Carmelitas a las escuelas de Alcalá, cambiaron el curso de su vida. En vano luchó contra las influencias que le iban arrastrando a su destino. En vano corrió la cortina sobre el tierno rostro que parecía mirarle con expresión de reproche, el de su única amada, una imagen de la Virgen a quien había jurado servir. Circunstancias insignificantes en apariencia—la respuesta rústica de una anciana a quien reprendiera por sus excesivas mortificaciones, y un sermón que predicó a instancia de las monjas en el convento de la Imagen, sobre la antigüedad de la Orden del Monte Carmelo—le hicieron abrazar la vocación que había de ser a un tiempo gloria y perdición de su vida. Gracián había heredado la inclinación estudiosa de su padre y su amor a la erudición, que le hicieron olvidar un poco, en años posteriores, los desastres de su vida. Ya podemos figurarnos lo que sería este primer sermón de un joven inteligente, entusiasta, enamorado de su tema y elocuente por naturaleza. Rebosante de erudición, y lleno, tal vez, de los conceptos alambicados que constituían el vicio literario de aquel período, electrizó a cuantos lo oyeron. Fué un triunfo grandioso, semejante al que alcanzó en Bruselas hacia el fin de su vida, cuando volvió a hablar de las glorias de Nuestra Virgen del Carmelo, delante del Archiduque Alberto y de la Infanta Clara Eugenia de España. Por todo Alcalá resonaron las alabanzas del joven y elocuente orador; sus admiradores escribieron su nombre con almazarrón en las tapias de la iglesia, y sus palabras conmovieron tan profundamente al Maestro Roca, distinguido alumno graduado de la Universidad, que se fué derecho a Pastrana a hacerse novicio, y con el nombre de Fray Juan de Jesús—la roca de bronce—tomó parte

prominente en la constitución de las Descalzas en provincia separada, como veremos más adelante. Una visita que hizo a Pastrana decidió terminantemente el asunto. Las monjas fueron cautivadas por el encanto extraordinario e irresistible de aquel joven que al lustre de los talentos que habían llenado las escuelas de Alcalá de asombro y admiración unía una personalidad singularmente dulce y fascinadora, y una discreción muy superior a sus años.

Las buenas monjas, con toda certeza, atribuían a sus oraciones haberse ganado un hermano de religión tan eminente; Teresa, con más humildad, lo atribuía a la Virgen, quien, decía, había guiado a su hijo a su más favorecido refugio. Sea lo que fuere, lo cierto es que Gracián hizo una visita a Roca, en Pastrana, y tan profundamente le impresionó que, sin volver a Alcalá, se quedó allí como novicio.

A juzgar por lo que él mismo dice, la envidia que le persiguió toda la vida, hasta arrojarle de la Orden, empezó desde el momento mismo de ingresar en ella. ¿Cómo será que el claustro llega a engendrar sentimientos tan contrarios a la santidad? Los Descalzos que ya habían profesado y eran mayores que él en edad y experiencia, viéronse relegados por un hombre a quien, sin ser más que novicio, se le confiaba en ausencia del Prior la dirección de la comunidad.

Teresa misma atizó, sin darse cuenta, el rencor incipiente, ordenando a su Priora en Pastrana que prestase a Gracián (para ganar al cual, dijo, había empleado las oraciones de un año) la misma obediencia que a ella misma.

Con todo, Gracián vacilaba todavía: su familia resentía amargamente el paso que había dado. Su madre estuvo a punto de morirse de pena, y, cuando el tiempo hubo consolado algo su corazón, dijo, que ella no había cedido su hijo a la Virgen, sino que la Virgen se lo había quitado... La salud delicada de Gracián se resintió grandemente de las durezas de la Regla. Tres meses antes de que pronunciase sus votos de una manera irrevocable, sentíase grandemente tentado a abandonar una vocación tan contraria a la verdadera índole de su temperamento, y de no ser por la emulación de Isabel de Santo Domingo, es probable que jamás hubiese profesado.

Es difícil separar las verdades de las mentiras en el enredo de acusaciones, calumnias y elogios extravagantes de que Gracián fué unas veces víctima y otras agente. Lo que da fama a un hombre o le cubre de ignominia, es con frecuencia un mero accidente ciego del destino. Si Gracián hubiera ingresado en la Compañía de Jesús, la posteridad hubiera colocado su nombre al lado de los Laynez y Salmerón. En mala hora dejó a los Jesuítas para unirse a los Descalzos. Las virtu-

des que hicieron de él el más atractivo, simpático y humano de los frailes de Teresa, encierran el triste secreto de su ruina. Apenas terminado su noviciado, Gracián, acostumbrado a la atmósfera de paz universitaria, entró en el período crítico de enconada lucha entre Observantes y Descalzos. Carecía de nervio, decisión, prontitud y arrojo para el cargo que le había sido confiado. Vacilaba y se sentía débil en los momentos de mayor peligro cuando el triunfo premiaba a los más enérgicos. Su debilidad, candor y falta de malicia, rasgos nobles y encantadores de su carácter, fueron su perdición, pues le hicieron ser víctima de hombres intrigantes y poco escrupulosos que, después de servirse de él como instrumento de su ambición, se volvieron villanamente contra él cuando ya no podía servirles. Era hombre de estudios y no de armas; hombre de letras con cierta tendencia al misticismo religioso, pero no asceta. Su naturaleza afable y benévola le hacía a veces considerar como cosa de poca importancia ciertos detalles triviales de disciplina, en los cuales sus compañeros, frailes de cerebro más estrecho y limitado, cifraban la salvación o la perdición. Vacilando alternativamente entre los consejos ajenos y su propio juicio (acertado, por regla general), era incapaz de amoldarse a una línea fija de conducta. Pero todas las generalidades son eminentemente imperfectas, y cabe dudar si un hombre más resuelto hubiera obrado mejor, o siquiera tan bien, como Gracián. Su tacto consumado y el instinto que le hacía preferir los arreglos pacíficos a la guerra abierta, le valieron de mucho en su posición difícil y le ayudaron a sacar a los Descalzos de pasos peligrosos. Era grande—mucho más grande que los déspotas intransigentes que le arrojaron de la Orden—, y en la hora de su desgracia se eleva inconmensurablemente por cima de todos ellos. Su magnanimidad y la constancia de que dió pruebas en las circunstancias más propicias, demuestran la sagacidad de Teresa al apreciar el carácter de Gracián, a quien ella amó y veneró más que a nadie. Razón tuvo el Papa Clemente VIII cuando, sorprendido por su humildad y tolerancia, exclamó: «¡En verdad, este hombre es un santo!»

Teresa conoció a Gracián en Veas. Su entrevista con él fué uno de los goces más grandes de su vida. Nadie había conmovido su corazón tan profundamente como este fraile por quien, desde aquel momento, concibió un tierno cariño, que sólo terminó con su vida. Todos los elogios le parecían pocos para quien, a su parecer, «superaba toda alabanza». Halló, o parecióle hallar en él, el único hombre capaz de capitanear la Orden. Sería el compañero que la ayudaría en los cuidados y pruebas que se iban convirtiendo en carga tan pesada para sus años; el confidente en quien podría descargar los secretos de su

alma y con cuya simpatía podría contar. Sería también el discípulo que subordinaría con agrado su opinión a la de ella; el sucesor espiritual a quien podría legar obra de una larga vida de trabajos.

Al escribir a su prima, priora de Medina, sobre la visita de Gracián, da muestras de un entusiasmo raro en una naturaleza tan fuerte y robusta como la suya, disciplinada por la represión de toda una vida sin dominar rigurosamente hasta las más triviales emociones.

«¡Oh, madre mía, cómo la he deseado conmigo estos días! Sepa, que á mi parecer, han sido las mejores de mi vida, sin encarecimiento. Ha estado aquí más de veinte días el padre maestro Gracián. Yo le digo, que con cuanto le trato no he entendido el valor de este hombre. Él es cabal en mis ojos... Lo que ahora ha de hacer vuestra reverencia y todas, es pedir á su Majestad que nos le dé por prelado. Con esto puedo descansar del gobierno de estas casas; que perfección con tanta suavidad, yo no la he visto. Dios le tenga de su mano, y le guarde, que por ninguna cosa quisiera haberle visto y tratado tanto. Ha estado esperando á Mariano, que nos holgábamos harto tardase. Julián de Ávila está perdido por él, y todos. Predica admirablemente.»

De esta manera nos revela inconscientemente lo más recóndito de su corazón tierno y fervoroso, que todo impulso de cariño hace palpitar noblemente, como si el claustro no hubiera caído como un sudario sobre sus sentimientos humanos.

La salud delicada de Gracián, la suavidad y dulzura de su naturaleza, el encanto especial de sus maneras, tal vez sus mismos defectos, antítesis del carácter decidido de Teresa, le hacían acreedor, muy especialmente, a su solicitud y ternura maternales. A esto se unían los pensamientos sentimentales que dormitaban en el fondo de su corazón. En sus manos ella se vuelve sumisa como un niño, sometiendo mansamente su voluntad a la de él. Con él hizo lo que no había hecho jamás con ninguno de sus confesores: prometiendo obedecer su voz como si fuera la de Dios y tributarle entera e inquebrantable obediencia, confiándole su conciencia para que hiciese con ella lo que le pareciese y sometiéndose completamente a una inteligencia que ella tenía como superior a la suya.

A pesar de todo lo que hayan podido afirmar sus enemigos, Gracián jamás se mostró indigno de merecer la generosa confianza de Teresa. Nada existe que pueda probar cambio alguno en su afecto hacia él, ni que sus últimos meses en la tierra fuesen entristecidos por la ausencia de su prosélito predilecto. Es más que probable que, de haber vivido más tiempo, hubiera compartido con él su desgracia. Teresa era demasiado grande para su siglo. Aún ahora no es apreciable la

Teresa que yo intento dar a conocer—Teresa la humana, Teresa la mujer de claro talento, amada y reverenciada por sus piadosos adeptos—, sino una imagen ilusoria empañada y adornada con flores de trapo y oropel, y rodeada de supersticiones extrañas y pueriles milagros, a través de los cuales no hemos de dejar penetrar la luz del sol por temor de hacer estallar la monstruosa creación de la fantasía popular.

Teresa conocía bien los defectos de Gracián, pues era harto perspicaz. Nunca se dió mezcla tan extraña de lo terreno y celestial como en esta mujer, cuyo carácter sigue siendo un problema. Procuró completar con su propia experiencia y su profundo conocimiento del carácter humano la condescendencia y mal aplicada franqueza del temperamento de Gracián, expuesto a interpretaciones erróneas, y quiso infundir energía en sus decisiones tímidas. Reconocía que lo que era en él noble virtud—su extraordinaria carencia de toda sospecha, que le impedía penetrar los motivos ruines de los demás—daba con frecuencia a su conducta cierto tinte de inexperiencia, y le exponía a los ataques de sus enemigos. Pero precisamente por esto, creo yo que su cariño contribuía a alimentar su devoción hacia él. Jamás fueron dadas con más delicadeza y ternura las reprensiones, censuras e indicaciones admisibles en una anciana que había pasado su vida entre frailes y monjas y conocía sus costumbres, para guiar a un joven inexperto que entraba en un mundo desconocido, lleno de lazos y tropiezos. Mientras, mantúvose siempre en la brecha entre él y sus enemigos, cobijándole bajo el escudo de su reputación—pues pocos conseguían engañarla, y ella se dió cuenta también desde el principio, de las ruines envidias que perseguían a Gracián y lograron su ruina después de la muerte de ella.

Sin embargo, gracias a citas de las mismas cartas de Teresa, tomadas caprichosa e insidiosamente, ha sido Gracián mal juzgado durante tres siglos o más, y tal fué la malevolencia de sus enemigos, que al encontrarse en el aprieto de no tener pruebas concluyentes contra él en que basar sus acusaciones, apelaron al recurso de hacer que la Santa desde el cielo lo desautorizase, por decirlo así, valiéndose de las supuestas revelaciones de la visionaria Catalina de Jesús, de la fundación de Veas.

* * *

A instancias de Gracián, sin quejarse ni protestar, se apresuró a llevar a efecto lo que antes había declarado que nada podría inducirla

a hacer o sea fundar en Andalucía, hacia la cual sentía la repulsión instintiva y hereditaria de toda verdadera castellana. Y el caso es que ya lo había hecho, al parecer sin saberlo, al fundar en Veas, pues cuando María Bautista, su priora de Valladolid, que era tan amiga de dar consejos, le indicó en una de sus cartas, unos meses antes, que Veas estaba en Andalucía, provincia que había sido omitida expresamente por el General, Teresa contestó que no era aquel Veas, sino otro a cinco leguas de Segovia, donde se encontraba ella en aquella ocasión. En vez de ponerse en camino para Caravaca, como tenía pensado, y pasar los meses de calor en el reposo de San José (y así dice, escribiendo a la priora de Medina: «¡Cuán mejor verano tuviera con vuestra reverencia, que en el fuego de Sevilla»), abandonó sin vacilar su proyecto para seguir la voz de la obediencia, y no obstante una revelación directa, según dicen, emprendió el camino de Sevilla que iba a ser para ella el huerto de Getsemaní!

«En fin—dice escribiendo a don Álvaro Mendoza—, nos partimos para allá la semana que viene, el lunes; hay cincuenta leguas. Bien creo que él no me hiciera fuerza, mas teníalo tanta voluntad, que á no lo hacer, yo quedara con harto escrúpulo que no cumplía con la obediencia, como siempre deseo. Por mí me ha pesado, y aun no gustado mucho de ir con este fuego á pasar el verano en Sevilla.»

CAPITULO XVIII

SUPERABUNDO GAUDIO

Acercábase la Pascua florida (1) cuando el pequeño grupo de castellanos se internó en lo que debió parecerles una hoguera, Andalucía, y chirriaron una vez más las ruedas de sus desvencijados carros por el camino polvoriento que, cual cinta angosta y blanquecina, se deslizaba a través del paisaje calcinado. ¡Cuánto suspiraron Teresa y sus monjas por las frescas mesetas y sierras de Castilla al respirar la atmósfera sofocante del carro. No se habían alejado nunca tanto de su tierra, y se sentían como desterradas y perdidas en un país extraño... Mas la contemplación de los tormentos mayores del infierno, servíales de consuelo en sus sufrimientos. «Yo os digo, hermanas, que como había dado todo el día el sol á los carros, que era entrar en ellos como en un purgatorio. Unas veces con pensar en el infierno, otras pareciendo se hacía algo y padecía por Dios, iban aquellas hermanas con harto contento y alegría; porque seis que iban conmigo eran tales almas, que me parece me atreviera á ir con ellas á tierra de turcos.» Una de las monjas así elogiadas, era María de San José, doncella de doña Luisa de la Cerda, que habiendo abandonado el palacio de su parienta en Toledo para compartir la suerte de la fundadora, fué más tarde Priora de Sevilla, una de las figuras más sobresalientes de la Orden.

(1) Así dice el maestro Julián, refiriéndose sin duda a la Ascensión o a Pascua de Pentecostés. En el año de 1575 tuvo lugar la primera el 12 y la segunda el 22 de mayo. Según esta cuenta, emplearon en el viaje dos semanas, o por lo menos diez días.

El infierno y tierra de turcos: esto o algo peor se imaginaba la anciana en cuyo cerebro dibujábase, como una miniatura, la silueta de una ciudad fantástica. Ciudad sombría, rodeada por rocas grises, murallas, arroyos y desiertas parameras; ciudad misteriosa al caer la noche; ciudad risueña, acariciada por encajes de bruma opalina al rayar el alba, donde el sol poderoso alivia en vez de oprimir. Abajo, en el valle umbrío, resplandece el Adaja como una cinta de plata, y un convento viejo destaca su vetusted sobre el cielo vespertino matizado con colores de topacio, turquesa y amatista...

El maestro Julián, que había viajado por Andalucía en sus mocedades, y no sentía las «saudades» de la Santa Madre, escribe así:

«En la ida de Sevilla hubo muchas cosas notables que nuestra Madre cuenta, y ansí no tendré yo tanto que decir aquí. La calor con que fuimos con ser luego Pascua florida, era excesiva, de suerte que la comida que sacamos de Veas, que había durar algunos días, á otro día no se pudo comer. Cargó la Madre con una gran bota llena de agua para el camino; pero á una venta que era tanta la careza del agua, que cada jarrito bien pequeño costaba dos maravedís; era más caro que no el vino. No sé si en esta misma venta ó en otra, estaba una gente perversa, de suerte que al P. Fr. Gregorio, que había poco que había tomado el hábito en Veas, le dieron tal vejación de palabra, le pararon tal, que bastara para aprobación de su virtud; pero ellos debían estar tontos ó beodos. A el fin de todo ello, entre sí se acuchillaron con gran alboroto de ellos y de nuestras monjas, que se estaban metidas en sus carros, porque no había á donde poner los pies. Por fin los que reñían, por miedo de que no los prendiesen, huyeron, y nos dejaron en paz.»

Es muy probable que esa misma venta, entre cuyas paredes blancas desarrollóse el incidente rápido y conmovedor descrito por el maestro Julián, continúe tostándose al sol como en aquel día del siglo XVI. La venta ha quedado fuera del progreso del tiempo; sólo han cambiado los viajeros. Sin embargo, al conjuro de cualquier detalle, cuantos personajes hermógenes formaban aquella sociedad—sociedad pintoresca, andrajosa y pobre, pero llena de dignidad señorial—, pasan en extraña procesión ante nuestros ojos maravillados, llenando los viejos caminos de España de sombras fugitivas, fantasmas del pasado. Son frailes mendicantes, mensajeros a pie o a caballo (harapiento Gil Blas o Llorente que van y vienen con la posta de Andalucía a la Corte), peregrinos verdaderos o fingidos, camino de lejanos santuarios, cuyas ropas raídas ostentan la concha de Compostela, elegantes caballeros y pajes, matachines de bigotes a la Borgoñona, aventureros de tez curtida, venidos de las Indias con cuentos maravillosos, carre-

teros y arrieros, estudiantes pícaros y hambrientos como solían serlo todos: Estos y otros tipos por el estilo componían esa multitud abigarrada que recordé poco ha al ver bajo el pórtico de San Esteban de Salamanca un grupo de mendigos que esperaban el reparto de la limosna dominical para llenar sus escudillas. Lujo y andrajos, algazara y miseria; dignidad ostentada gravemente por hombres famélicos; y por entre esa multitud pasan los carros con su traqueteo, llevando a nuestras monjas a Sevilla, escoltadas por un caballero salmantino, calzado de altas botas y espuelas, un sacerdote castellano y un fraile Carmelita descalzo. Sin embargo, y a pesar de los siglos transcurridos, es más fácil reconstruír el aspecto externo de la España del tiempo de Santa Teresa, que el de cualquier otro país de Europa. Aquí, al menos, la civilización no se ha apresurado tanto a borrar las huellas antiguas. El viajero puede aspirar todavía el ambiente de otras épocas; puede viajar por los «caminos vecinales», al lado de sembrados de trigos tachonados aquí y allá de rojas amapolas, por cañadas de encinares verdes, por silenciosos y áridos páramos circuidos de sierras lejanas que forman ondulaciones azulosas en el vasto horizonte; puede soñar que recorre las mismas sendas halladas por Teresa de Jesús tres siglos antes. Así y no de otra manera eran los caminos de España que ella conoció. No existían carreteras en el sentido moderno de la palabra; y lo mismo puede decirse de los puentes, que eran pocos y apartados. Las ciudades y aldeas estaban unidas por estos mismos «caminos vecinales» (sendas abiertas por el paso repetido de viajeros y de mulas), pocas de las cuales eran accesibles a los carros, que seguían todos los accidentes del terreno. Lo más parecido a la «carretera moderna era alguno que otro trozo de empedrado, vestigio romano que terminaba por lo general a un cuarto de milla, o tal vez menos, de la ciudad. En invierno, cuando los arroyuelos se hinchaban con las lluvias, las ciudades y aldeas vecinas quedaban incomunicadas meses enteros.

Un viaje en aquellos días era cosa arriesgada. El viajero acostumbraba a hacer su testamento (aunque a regañadientes) antes de entregarse a los peligros y accidentes del camino. Sin embargo, aquí vemos a Teresa y a sus compañeras, unas cuantas mujeres débiles, arrostrando denodadamente la privación y la fatiga en el viejo carro que las arrastraba a través de Andalucía.

Los enemigos de Teresa llamábanla corretona y desasosegada. ¡Corretona y desasosegada!... Y lo que es todavía más extraño: un historiador moderno, insensible ante este espectáculo conmovedor, donde el espíritu reemplaza a la juventud, y el fervor a las fuerzas decaí-

das, repite la acusación en un tratado insulso. Corretona y desasosegada hubiera sido, de haber viajado por gusto o capricho; mas, apartando la satisfacción del deber cumplido, no creo que le fuese muy agradable pasar días enteros en un carro, traqueteada legua tras legua en despoblado, bajo los rayos de fuego del sol de junio en Andalucía.

Y el carro continúa su viaje, lenta y penosamente, dejando atrás las glorias de la salida y de la puesta del sol, el paisaje blanquecino, polvoriento y seco del medio día, hasta que la víspera del Domingo de Pascua, y con gran consternación de las monjas, Teresa cayó enferma con una fiebre delirante.

«Ellas á echarme agua en el rostro, tan caliente del sol, que daba poco refrigerio. No os dejaré de decir la mala posada que hubo para esta necesidad, que fué darnos una camarilla á teja vana: ella no tenía ventana, y si se abría la puerta, toda se henchía de sol. Habeis de mirar [dice Teresa] que no es como el de Castilla, por allá, sino muy más importuno. Hicieronme echar en una cama, que yo tuviera por mejor echarme en el suelo; porque era de unas partes tan alta y de otras tan baja, que no sabía como poder estar, porque parecía de piedras agudas. ¡Qué cosa es la enfermedad! que con salud todo es fácil de sufrir. En fin, tuve por mejor levantarme, y que nos fuesemos, que mejor me parecía sufrir el sol del campo que de aquella camarilla...

»Poco antes, no sé si dos días, nos acaeció otra cosa que nos puso en un poco de aprieto pasando por un bargo á Guadalquivir, que, al tiempo de pasar los carros, no era posible por donde estaba la maroma, sino que habían de torcer el río, aunque algo ayudaba la maroma torciéndola también; mas acertó á que la dejasen los que la tenían, ó no sé cómo fué, que la barca iba sin maroma ni remos con el carro. El barquero me hacía mucha más lástima verle tan fatigado, que no el peligro: nosotras á rezar, todos voces grandes. Estaba un caballero mirándonos en un castillo, que estaba cerca, y movido de lástima, envió quien ayudase, que aun entonces no estaba sin maroma, y tenían de ella nuestros hermanos, poniendo todas sus fuerzas; mas la fuerza del agua los llevaba á todos, de manera que daba con algunos en el suelo. Por cierto que me puso gran devoción un hijo del barquero, que nunca se me olvida: paréceme debía haber como diez ú once años, que lo que aquél trabajaba de ver á su padre con pena, me hacía alabar á Nuestro Señor. Mas como su Majestad da siempre los trabajos con piedad, así fue aquí, que acertó á detenerse la barca en un arenal, y estaba hacia una parte el agua poca, y así pudo haber remedio. Tuviéramosle malo de saber salir al camino, por ser ya noche, si no nos guiara quien vino del castillo. No pensé tratar de estas cosas, que son

de poca importancia, que hubiera dicho hartas de malos sucesos de caminos: he sido importunada para alargarme más en éste.»

¡Con cuánto calor reproduce Teresa la escena descrita en su pintoresca narración! El crepúsculo que va cubriendo el ancho seno del río; los dorados reflejos del sol al desaparecer detrás de la fortaleza gris en la cumbre de la colina; el grupo de mujeres que gritan (acaso fuese ella la única que permanecía silenciosa en ese momento de supremo peligro) al verse arrastradas con su carro por la corriente del río en las tinieblas. Llegaron a Córdoba la víspera de Pentecostés. Deseaban entrar en la ciudad sin ser vistas, pero con el objeto de proteger el comercio de la ciudad, se había acordado no permitir el paso a ningún carro que no trajese licencia del gobernador. Sería interesante conocer las impresiones de Teresa al entrar, al rayar el alba, en la ciudad mora, cuyas amarillentas murallas, acariciadas por la luz blanquecina de una mañana calurosa de mayo, agrietadas por el sol y el paso de los siglos, encerraron un día la civilización más brillante y refinada que España conociera. En su aspecto exterior no dejaría de presentarse a Teresa como se nos presenta ahora a nosotros. Los molinos morunos en medio del agua; filas torcidas de casas con azoteas construídas en la falda de la montaña; esbeltos alminares y campanarios que brillan cual perlas humedecidas sobre un fondo oscuro de naranjos; y, de trecho en trecho, una palmera, recordando las visiones del Oriente que hicieron llorar una vez a un gran califa de Córdoba.

Un edificio se destaca entre los demás. ¿Qué importa que la mano torpe del cristiano haya estropeado la delicada armonía de sus líneas, sustituyendo con un campanario estilo Renacimiento el gracioso alminar recamado como la piel de un reptil monstruo, rematado con una bola dorada, de donde el sol arrancaba reflejos policromos y chispas de fuego, que recibió un día y dió la bienvenida al moro al llegar a Córdoba? Todavía sirve para indicar el sitio donde se alzaba la maravillosa mezquita, más famosa que la de Bagdad, más espléndida que la de Irak, un día gloria y orgullo del Islam. Y mientras las monjas esperan al calor del sol que se refleja sobre el ancho seno del río, dorándolo todo, convirtiendo en ciudad de hadas los molinos, las cabañas sucias y las tortuosas callejas, haciendo vibrar el aire con su intensidad, avivando los insectos e incitando a las monjas a asomarse tímidamente por el toldo del carro—el espíritu agonizante del medievalismo gótico contempla, a través de los nublados ojos de Teresa (su última manifestación gloriosa), la caparazón de otras civilizaciones tan diferentes, extintas ya en España para siempre. Por fin, después

de haber esperado dos horas interminables, las ropas talares del maestro Julián aparecen en el puente. Trae la licencia, pero las puertas son demasiado estrechas para los carros, que tienen que ser cortados y reducidos al tamaño conveniente. Mientras tanto, la multitud andrajosa que se encuentra siempre en Andalucía (cada pillo un caballero, cada caballero un pillo), se ha reunido en torno de los carros forasteros para mirar y charlar. «Pedro, ¿no ves las monjas, las forasteras?» «Sí, compadre, qué feas son.» Y eso que el toldo del carro estaba echado, y a no ser a los ojos de la fe (cosa rara en Andalucía), las monjas, feas o hermosas, eran invisibles. Las viajeras formaban un centro misterioso de atracción. Pedro, Juanillo y Ramón, granujillas descalzos y feos, charlaban en torno suyo en compañía de viejas arrugadas. Viejos de tez color de caoba, apoyados en varas tan nudosas como sus dedos, miraban con fijeza e intensidad. Muchachas con claveles en el cabello negro, desaliñado y áspero como cola de caballo, envueltas en sus vistosos pañuelos y mantones, asomábanse negligentemente a los balcones. Los cascabeles de las colleras de las mulas sonaban alegremente; los gallos cacareaban debajo de los brazos de los hombres que los llevaban al circo (1) y los ladridos de los perros parduzcos y famélicos se confundían con los acentos guturales del gentío semi-moro. Era un verdadero pandemonium. «Uno habría creído que el mismo Padre Santo iba á hacer su entrada en Córdoba aquel día.»

Pronto comenzó a circular el rumor del acontecimiento, pues esos ciudadanos impresionables descubrían en los sucesos de la vida diaria más maravillas que otras personas en los cuentos de hadas. Habían divisado una hilera de carros que se extendía a larga distancia en la llanura. Necios venerables, envueltos en sus capas pardas (la capa todo lo tapa), aguzaban sus ingenios hueros y opinaban que todas las monjas de Francia se les echaban encima. «Vienen monjas por millones», decían... Era un peligro, una amenaza a la ciudad, al Estado, a la religión. Era menester avisar al gobernador, prevenir a los alguaciles. No eran monjas, sino herejes...

Las monjas pensaron que en una iglesia encontrarían un poco de tranquilidad, lejos de la curiosidad y de los comentarios del gentío. Y a una iglesia se fueron, para encontrarse rodeadas por una multitud peor que la del puente. Tuvieron la mala suerte de que fuese aquel día la fiesta de la Pascua del Espíritu Santo, y habían sido dirigidas precisamente a la iglesia donde se celebraba la función con danzas y festejos.

(1) Reñidero.

«Cuando yo esto vi», dice Teresa, «dióme mucha pena, y á mi parecer era mejor irnos sin oir misa, que entrar entre tanta baraúnda. Al padre Julián de Ávila no le pareció; y como teólogo—no es esta la primera vez que la teología se haya opuesto á la razón—hubímonos todas de allegar á su parecer, que los demás compañeros quizá siguieran el mío; y fuera más mal acertado, aunque no sé si yo me fiara de solo mi parecer. Apeámonos cerca de la iglesia, que aunque no nos podía ver nadie los rostros, porque siempre llevábamos delante dellos velos grandes, bastaba vernos con ellos, y capas blancas de sayal, como traemos, y alpargatas, para alterar á todos; y así lo fué. Aquel sobresalto me debía de quitar la calentura del todo, que cierto lo fué grande para mí y para todos. Al principio de entrar por la iglesia, se llegó á mí un hombre de bien á apartar la gente. Yo le rogué mucho nos llevase á alguna capilla: hízolo así, y cerróla, y no nos dejó hasta tornarnos á sacar de la iglesia», acto de cortesía por el cual fué bien recompensado, pues «después de pocos días vino á Sevilla, y dijo á un padre de nuestra Orden, que por aquella buena obra que había hecho, pensaba que había Dios héchole merced, que le habían proveido de una grande hacienda, ó dado, de que él estaba descuidado. Yo os digo, hijas, que aunque esto no os parezca quizá nada, que fué para mí uno de los malos ratos que he pasado; porque el alboroto de la gente era como si entraran toros. Así no ví la hora de salir de aquel lugar: aunque no le había para pasar la fiesta cerca, tuvímosla debajo de un puente».

Hasta aquí Teresa. Escuchemos ahora la narración animada y detallada de su capellán, el maestro Julián, quien, a su vez, a pesar de su teología, había reñido con el cura de la iglesia donde estaba diciendo misa:

«Pero nunca desde que Córdoba es Córdoba se celebró de tal suerte como aquel día, porque hubo procesión de seglares y de clérigos, y procesión de monjas, que era harto más de ver que todo lo demás, porque entraron en la iglesia en procesión con sus mantos blancos y con sus velos negros cubiertos los rostros, é yo fuí con grandísima priesa á tomar recaudo para decir Misa y comulgarlas. Quiso Dios que me lo dieron sin que estuviese allí el cura de la iglesia. Y cuando el cura vino, ya yo había empezado la Misa, y no sé qué le tomó que se puso su sobrepelliz y estola, y se me pone al cantón del altar. Yo barrunté que él debía de ser escrupuloso, é le parecía no podía yo en su iglesia dar á naide el Santísimo Sacramento, y ansí veníalo él á hacer. Yo volví muy determinado á el tiempo de la Comunión á darlas á Nuestro Señor, y no dijo por entonces nada. Pero estúvome es-

perando á la puerta de la iglesia, é dióme una reprensión buena, diciéndome que ¿cómo había dicho yo Misa sin su licencia? Yo le respondí con mucho contento, y era que, como tenía ya hecho lo que quería (que si fuera antes yo creo que me hubiera amargado con él), yo procuré aguijar y no curar de sus dichos. No fué posible huir de esta publicidad si no fuera quedándonos todos sin Misa, porque ir á otra iglesia era andar por la ciudad con la misma publicidad: dejar de descirla también traía sus inconvenientes, porque éramos muchos, y de dos inconvenientes, parecióme tomar el que menos escrúpulo nos podía dar; principalmente que el día antes, que fué la vigilia, me había quedado sin decir Misa, por no haber recaudo, y me dió terrible melancolía. Pues ¿qué fuera si me quedara la Pascua?»

¡Delicioso y prosaico, maestro Julián! ¡Por desgracia hemos de perderos pronto de vista en esta historia! ¡Con qué sencillez transparente nos revela sus puntos vulnerables, sus pequeñas flaquezas, su inocencia y su naturaleza harto bondadosa!

Por fin, bajo la grata sombra de un puente, satisfechos de poder reemplazar a los puercos que echaron fuera, durmieron la siesta, y olvidaron las mortificaciones de tan memorable mañana. La fiesta de Pentecostés que allí celebraron, quedó grabada eternamente en la memoria de cuantos tuvieron la suerte de sobrevivir a la ilustre compañera, alma y vida de dicha fiesta. La melancolía y el desaliento desaparecieron ante la presencia mágica de esa viejecita de vista perspicaz y lengua oportuna, que sabía apreciar instantáneamente la gracia, el buen humor o la necedad, y convertía sus aventuras en temas jocosos. «Su misma risa era contagiosa, y no podían menos de reírse todos en concierto.»

En ocasiones parecidas, en el trato franco y familiar de compañeros de viaje que comparten los peligros y peripecias del camino, Teresa se revela más perfecta. Santas y sabias palabras siguen sus chistes, pero sea cual fuere su humor, siempre cautiva el alma de sus oyentes, que olvidan al escucharla el hambre, las molestias y las privaciones, embelesados y fascinados sin poderlo remediar.

«Nuestra santa Madre [escribe su fiel compañero el Maestro Julián] nos tenía buena y graciosísima conversación, que nos alentaba á todos; unas veces hablando cosas de mucho peso, otras veces cosas para entretenernos, otras componía coplas y muy buenas, porque lo sabía bien hacer, sino que no lo usaba sino cuando en los caminos se ofrescía materia de donde sacarlas; de manera que, con cuanta oración tenía, no la estorbaba á tener un trato santo, amigable y de gran provecho para almas y cuerpos.»

¡Ojalá fuesen todos los santos como ella!

El 26 de mayo llegaron los viajeros a Sevilla para encontrar en vez de un Arzobispo deseoso de darle la bienvenida a Teresa y a su fundación, como Teresa lo había esperado confiadamente, y tanto Gracián como Mariano le habían asegurado, un prelado resentido y molesto de que hubieran siquiera venido. Teresa comenzó por tomar posesión de la casa pequeña, húmeda y miserable, que Mariano había alquilado para ella en la calle de las Armas, con la celebración acostumbrada de una misa solemne. Las respuestas evasivas de Mariano, las dilaciones por él interpuestas, revelaron a Teresa la verdad, que no tardó éste en confesar, a saber: que lejos de haber logrado la licencia del Arzobispo, éste había declarado enérgicamente que no consentiría nunca que se llevara a cabo una fundación desprovista de dotación. Esta noticia cayó como un rayo sobre Teresa, devorada por la fiebre, y sus monjas, que veían extinguirse de esta manera la esperanza que las había alentado en su viaje de cincuenta leguas por el polvo de Andalucía.

Lo mismo ella que sus frailes daban la licencia por conseguida, a tal punto que no habían dado un solo paso para lograrla. Los Descalzos gozaban en alto grado del favor del Obispo. ¿No había escrito él mismo a Teresa en términos afectuosísimos? Y ahora que habían venido a hacerle un servicio, «como a la verdad lo era», dice Teresa, «y así lo entendió después, sino que ninguna fundación ha querido el Señor que se haga sin mucho trabajo mío, unas de una manera, otros de otra», volvióles la espalda con enfado. No habían reflexionado, dice el cronista, que los superiores conceden a la humildad y a la sumisión lo que niegan a la igualdad. «Por lo que hace al dote», dice Teresa, «lo mismo habría sido decir que no se hiciese el monasterio». En primer lugar, aun siéndole posible hacerlo, no le permitía su conciencia fundar un convento con dotación en una ciudad como Sevilla, cosa que jamás había hecho, a no ser en sitios pequeños donde era inútil soñar en fundaciones sin contar con algún medio seguro de subsistencia. Además, aun cuando consintiera, ¿cómo podía dotar un convento quien poseía por toda fortuna una «blanca», sobra del viaje, la ropa que ella y sus monjas llevaban puesta y una o dos mudas? Antonio Gaitán había tenido que pedir dinero prestado para hacer el viaje de regreso con el maestro Julián.

La casa alquilada estaba tan pobre como sus inquilinas. Mariano consiguió la noche de su llegada unos «carrizos para camas, y platos para comer»; pero los había pedido prestados a los vecinos, quienes los reclamaron al día siguiente. De modo que todo lo que les quedó

por cama fué el suelo pelado, sobre el cual se acostaron arrebujándose en sus capas. De no ser por Mariano que las proveyó de pan (no podía hacer menos), hubieran muerto de hambre; así y todo, dice el cronista, tan armadas estaban de paciencia y amor a la santa pobreza que estaban más satisfechas que si se hubieran hallado en los pabellones de Asuero. ¿Qué era de las novicias ricas, o de las novicias a secas, prometidas por Gracián? Una señora se compadeció de ellas; pero habiendo confiado sus limosnas a una de esas beatas piadosas que abundan en Sevilla (y a verdad decir en toda España), la beata las llevó a otra parte, hasta que, enterada la señora, envióla socorro más eficaz.

También es cierto que el Arzobispo, importunado por Mariano, «ya más humilde al poder, y reconocido del yerro», aplacó su ira en los tres días siguientes, hasta el punto de permitirlas decir misa el domingo de la Trinidad, y de mandar uno de sus capellanes para que oficiase; mas no consintió que tocasen campana alguna, ni siquiera que la colocasen, a no ser que estuviera ya puesta.

Si se hubiese tratado de cualquiera otra persona que Gracián, Teresa hubiera abandonado muy pronto esta rica y populosa ciudad, donde se morían de hambre ella y sus monjas, sometidas a la pobreza más abyecta que habían sufrido, ni en Toledo.

Sin embargo, uno o dos corazones esforzados procuraron aliviar su desgracia. Un sacerdote, llamado Garcí Álvarez, iba todos los días a decirles misa, a pesar del sol abrasador y de la distancia. «A tener él mucho, no nos faltara nada.» El encanecido prior de Las Cuevas (esto un poco más tarde), natural también de Ávila—de las Pantojas de Ávila—atendió a sus necesidades. «Y es razón, hermanas, que encomendeis á Dios á quien tan bien nos ha ayudado, si leyéreis esto, sean vivos ó muertos... á este santo debemos mucho.»

Entretanto, Gracián escribe desde Madrid, y Mariano no deja piedra por mover para ablandar el corazón del Arzobispo. Y por fin, un día, después de un mes largo de privaciones, se presenta delante de la húmeda casucha de la calle de las Armas, un hombre vestido de seda morada, cuyo sombrero verde iba delante sobre un cojín de terciopelo, pues los grandes no ocultaban entonces, como lo hacen ahora, las insignias de su rango, haciendo así el mundo más feo, sino que exhibían a la vista del pueblo, para su regocijo, toda su brillante pompa y magnificencia. Este don Cristóbal de Sandoval era un Prelado no exento de habilidad, si bien había dado mejores pruebas de ella en el Concilio de Trento que en los asuntos financieros de su casa y familia, por lo que se encontraba lleno de deudas. Sin embar-

go, y para provecho suyo en la historia—que tan poco se cuida de las dificultades de los muertos—acaso fuera mejor el hecho de haber gobernado su diócesis acertada y sabiamente, dando mucho a los pobres, que el haber muerto dejando un saldo a su favor. Rigurosísimo en todo lo que se relacionara con la disciplina o el gobierno, arrogante, tratándose de su dignidad, para él la gravedad de la ofensa de Teresa consistía en no haber ésta solicitado su consentimiento antes de ponerse en camino para Sevilla, aunque como ella misma reflexiona: «Si antes que yo estuviera en el camino se lo dijeran, tengo por cierto que no viniera en ello.»

De todos modos, hízola una visita, y se dejó encantar, fascinar y ganar, terminando por darla pleno consentimiento para que hiciese lo que a bien tuviere «y desde ahí adelante siempre nos hacía merced en todo lo que se nos ofrecía, y favor».

Así pasaron los días largos y ardorosos y las noches cortas del verano en Andalucía, y ya habían llegado al mes de agosto que iba a llenar el corazón de esta monja, vieja y gastada, de intenso gozo. Creyéndose libre ya de todos los lazos terrenales, se preparaba ahora a recibir a dos miembros por lo menos, de su desparramada familia, que había crecido a su lado en el hogar de sus padres en la antigua casa fortaleza de Ávila. Los galeones que devuelven a Lorenzo de Cepeda y a Pedro su hermano a España, están ya anclados en la rada de Sanlúcar. Lorenzo ha dejado a su esposa enterrada en el Perú, donde él cambiara su juventud y virilidad por dorados doblones y una enfermedad del hígado. Pero trae a sus cuatro hijos sanos y salvos—Francisco, Lorenzo—el nombre del tercero es incierto—y Teresita. La misma carta que encierra tan alegre noticia le comunica la muerte de otro hermano, Jerónimo de Cepeda, acaecida en nombre de Dios, en el Istmo de Panamá. «No hay que tener pena», escribe Teresa a su hermana Juana, domiciliada en Alba, «no lloren por el que está en el cielo, sino den gracias al Señor que ha traído á estos otros»... «Á la señora doña Mayor (alguna antigua novia) dele el norabuena de la venida del señor Pedro de Ahumada, que me parece era muy su servidor.» En su gozo olvida el tiempo que ha pasado, y se figura que este hermano suyo, quejumbroso, melancólico, contrariado, soldado de la fortuna a quien había perseguido sin hallarla jamás, es todavía el joven gallardo de otros tiempos.

Teresita o Teresica, sobrina de Teresa, entró en seguida de pupila en el convento, vistiendo, con gran gozo de su padre, un hábito Carmelita. «Ya ella está acá con su hábito, que parece duende de casa... y todas gustan mucho della: y tiene una condicioncita como un ángel,

y sabe entretener bien en las recreaciones, contando de los indios y de la mar, mejor que yo lo contara»—así exclama su tía, entusiasmada—. Tal vez viese en la muchachita que llevaba su nombre una presunta sucesora. Mucho se consultó con el doctor Henríquez el que Teresica pudiese tomar ya el hábito; pero como el Concilio de Trento había decretado que no se diese a nadie menor de doce años, Teresa conformóse por el momento con educarla bajo la sombra del claustro.

En octubre, Juana de Ovalle, con su marido y sus hijos, fueron también a Sevilla para dar la bienvenida a los viajeros, pero Lorenzo se había marchado ya a la Corte, habiendo mejorado desde su llegada, pues «había venido bien flaco y malo». Volvió en diciembre «harto malo, aunque ya sin calentura, y sin haber negociado nada; mas como lo que tenía aquí (alguna pensión) está ya seguro, bien tiene con qué pasar. Está contentísimo con su hermana y con Juan de Ovalle... y ellos mucho de él».

Pero si los treinta y tres años pasados como gobernador de una provincia peruana habían hecho de Lorenzo un hombre enfermizo, atrabiliario y melancólico, le habían llenado los bolsillos de buenos ducados, cosa que no ocurrió a Pedro y que le permitió ayudar a su hermana en un momento crítico:

«Nadie pudiera creer (dice Terera) que en una ciudad tan *caudalosa* como Sevilla, había de haber menos aparejo de fundar, que en todas las partes que había estado: húbole tan menos, que pensé algunas veces no nos era bien tener monasterio en aquel lugar. No sé si el mismo clima de la tierra, que he oido siempre decir que los demonios tienen más mano allí para tentar, que se la debe dar Dios, y en esto me apretaron á mí, que nunca—[dice, viendo todas la cosas negras lo mismo por dentro que por fuera, tristes, sin salida, imponiendo un temor inacostumbrado á su valeroso corazón]—nunca me vi más pusilánime y cobarde en mi vida, que allí me hallé: yo, cierto, á mí misma no me conocía. Bien que la confianza que suelo tener en nuestro Señor no se me quitaba; mas el natural estaba tan diferente del que yo suelo tener después que ando en estas cosas, que entendía apartaba en parte el Señor su mano... y viese yo que, si había tenido ánimo, no era mío.» Se aproximaba ya rápidamente la Cuaresma, y la estancia de Teresa tocaba a su fin, sin que a pesar del apoyo del Arzobispo tuviese ésta esperanzas de una casa, ni dinero para comprarla, ni mucho menos quien saliese fiador como en otras partes. El gran corazón de Teresa se llenaba de pena al pensar que sus hijas no tendrían donde cobijarse. Ella y sus monjas apelaron al recurso de hacer procesiones a Nuestra Señora y a San José, cuando Lorenzo

de regreso de la corte, «que aún tomaba peor que yo, en que las monjas se quedasen sin casa propia, nos ayudó mucho en procurarla». Fácil es, después de todo, que los buenos doblones y grandes piezas de a ocho fueran en esta ocasión tan potentes como las procesiones y oraciones. Encontraron casa y todas estaban muy contentas con ella, por tener muy buena situación. Se ultimó la compra, y sólo faltaban las escrituras cuando el propietario se arrepintió del contrato (a pesar de que con él ganaba mucho, según observa Teresa), y se anularon las negociaciones, felizmente para las monjas, «pues la casa era tan vieja, y malo lo que tenía... que en toda la vida de las que estaban se acabara de labrar, y tuvieran harto trabajo y poco con qué».

Así protegió el Señor (quien le había dicho en tribulación que la había oído y que confiase en Él) los intereses de sus esposas del Monte Carmelo. Por fin compraron una casa «en buen estado» por seis mil ducados, poco más de lo que iban a pagar por el solar de la otra. Pero los apuros de Teresa no habían terminado todavía. Los inquilinos que ocupaban la casa se negaron a desalojarla. Los frailes de un convento franciscano vecino se opusieron a que entraran las monjas. Se había cometido un error en la escritura de la venta, y a pesar de ser en perjuicio de los compradores, Lorenzo, como fiador, tuvo que acogerse a sagrado en el Monasterio de los Remedios para librarse de los horrores indecibles de la cárcel sevillana: «que es aquí como un infierno», añade Teresa, «y todo sin ninguna justicia, que nos piden lo que no debemos, y á él por fiador». Razón tenía aquella castellana vieja, criada en las honrosas tradiciones de Ávila, para quejarse de la poca formalidad y doblez de los sevillanos. «Las injusticias que se guardan en esta tierra, es cosa extraña, la poca verdad, las dobleces. Yo le digo que con razón tiene la fama que tiene... A no estar aquí mi hermano, cosa de la vida se pudiera hacer.» Otras razones la hacían hablar de esta manera, como pronto veremos.

Pasó un mes; la primavera avanzaba y la esperanza de entrar a tomar posesión de la casa parecía alejarse más que nunca. «A no estar hechas con tanta firmeza las escrituras, alabara yo á Dios de que no se pudieran deshacer, porque nos vimos en peligro de pagar seis mil ducados que costaba la casa, sin poder entrar en ella.» A pesar de todo, al anochecer de un día de abril, poco antes de cerrarse las puertas del convento, se presentó un mensajero, diciendo que las gentes que habitaban la casa y se habían negado hasta entonces a salir, estaban dispuestas a dejarlas entrar en ella sin más demora.

Temblando y en silencio, Teresa, su priora y sus monjas, atravesaron las estrechas calles de Sevilla a media noche, para tomar pose-

sión de la disputada casa, creyendo ver las furtivas figuras de los frailes acechándolas en todas las esquinas y oscuros rincones y bajo los negros arcos donde chisporroteaba una lamparilla alumbrando un cuadro ennegrecido de la Virgen.

«¡Oh Jesús! ¡Qué de temores he pasado al tomar de las posesiones! Considero yo, si yendo á no hacer mal, sino en servicio de Dios, se siente tanto miedo, ¿qué será de las personas que le van á hacer, siendo contra Dios y contra el prójimo? No sé qué ganancia pueden tener ni qué gusto con tal contrapeso.»

Al día siguiente, al amanecer, el buen Garcí Álvarez—el mismo que había aguantado el calor bochornoso de las calles de Sevilla para ir a decirles misa—celebró la primera misa en la nueva casa. Lorenzo no estuvo presente, pues seguía escondido en los Remedios. Sin embargo, después de algunas dificultados y de un pleito «porque hubiese más trabajo», y de haber dado plena seguridad del cobro, Lorenzo quedó en libertad para dirigir la construcción del monasterio. Mientras transformaba las habitaciones en iglesia, se ocupaba de los obreros y lo arreglaba todo tan bien, que al terminar «las monjas no tuvieron nada que hacer». Teresa permaneció encerrada con sus hijas en alguna de las habitaciones bajas—¡cuán extraña la vida de estas fundadoras Carmelitas!—viviendo de la generosidad de Lorenzo, que, en realidad, hacía tiempo venía proveyendo a sus necesidades; «porque como aún no se entendía de todos ser monasterio, por estar en una casa particular, había pocas limosnas, si no era de un santo viejo prior de Las Cuevas, que es de los Cartujos, grande siervo de Dios».

Pasó otro mes, y todo estuvo terminado. Teresa, adversa siempre a causar molestias sin necesidad, quiso colocar el Santísimo en el altar con el mayor sigilo posible. No así el buen Garcí Álvarez y el digno paisano de Teresa, el anciano prior, «que si fueran casas propias suyas, no miraran más que las nuestras». Es más, tengo la convicción de que estos hombres de alma sencilla, creían el convento cosa suya, estando cada uno de ellos moralmente convencidos de que a no haber sido por sus esfuerzos individuales, el convento no habría llegado a fundarse. De modo que acuden al arzobispo y los tres, tomando consejo, deciden llevar la Hostia desde una parroquia vecina con gran solemnidad; y el arzobispo ordena que se reuna su clero y varias cofradías y que se engalanen las calles.

Ninguna otra fundación de Teresa se había verificado, después de todo, con mayor pompa y ceremonia que la de Sevilla. El día 3 de junio de 1576 pasó por las calles sevillanas una procesión como nunca había sido vista—por lo menos así lo aseguró el ya citado ancia-

no prior de Las Cuevas—. De todas las ventanas, estrechas, oscuras y misteriosas con sus graciosas rejas de hierro retorcido, caían vistosas colgaduras de seda y terciopelo. Abajo, por las estrechas calles morunas engalanadas con flores y atestadas con millares de curiosos espectadores, circula la procesión; el arzobispo con la Hostia, bajo el palio de oro y plata, sostenida por dignatarios de la catedral, pasando de la luz a la sombra; detrás van los canónigos gordinflones abrumados por el peso de sus capas pluviales, tiesas a fuerza de bordados góticos, precedidas por las hermandades y cofradías, con sus variados ropajes e insignias; curitas y acólitos con ropas de color escarlata y estolas; arden las velas, los incensarios se agitan, los músicos llenan el aire con sus acordes triunfales, los pendones ondean por doquiera. Jamás—repite el anciano prior de Las Cuervas, que no respetó en esa ocasión la costumbre de toda su larga vida de aislamiento y mezclóse a la muchedumbre para honrar a su paisana Teresa, fundadora de conventos—jamás, desde que Sevilla es Sevilla, hase visto cosa parecida.

¿Cómo describir los trabajos del buen Garcí Álvarez (los altares, fuentes de azahar y demás obras ingeniosas con que adornó la iglesia y los claustros) o la escena profundamente conmovedora que tuvo lugar cuando la Santa, que iba en las últimas filas de la procesión, se arrodilló delante del arzobispo, implorando su bendición, y él, grande como nunca, hizo lo mismo e imploró humildemente la suya? «Considerad lo que una viejecita tan ruin como yo debe haber sentido al ver tan gran Prelado de hinojos ante sí. Veis aquí, hijas, las pobres Descalzas, honradas de todos, que no parecía aquel tiempo antes que había de haber agua para ellas, aunque hay harto en aquel río: la gente que vino fué cosa excesiva.» Al alzar el arzobispo la sagrada Forma sobre su cabeza, consagrando la obra de Teresa, disparáronse salvas de armas de fuego y cohetes y fuegos artificiales que encendieron el cielo con sus resplandores hasta el anochecer.

Y sucedió una cosa notable—por lo menos así pareció a cuantos la presenciaron—. La explosión accidental de un poco de pólvora estuvo a punto de prender fuego a los claustros «que fué gran maravilla no matar al que lo tenía». Y, ¡oh prodigio!, las sedas carmesíes y damascos amarillos con que estaban adornados los claustros ni siquiera se chamuscaron, como si nada hubiera ocurrido, aunque las piedras que había detrás se ennegrecieron con el humo. «Todos se espantaron cuando lo vieron; las monjas alabaron al Señor, por no tener que pagar otros tafetanes (¡monjas económicas!). El demonio debía estar tan enojado de la solemnidad que se había hecho, y ver ya otra casa

de Dios, que se quiso vengar en algo, y su Majestad no le dió lugar. ¡Sea bendito por siempre jamás!, amén.»

Tal fué la escena que se desarrolló aquel día del mes de junio de 1576, cuando el siglo XVI tocaba ya a su fin, delante de una casa de azotea que todavía existe, con su blanca fachada perforada de ventanas irregulares de diversas dimensiones, casa que encierra los misterios de tantas vidas, y conserva el secreto de las escenas conmovedoras de que ha sido testigo a través de los siglos, en la calle de la Pajería, enfrente de los jardines de los Franciscanos.

Otros sucesos llenaron la vida de Teresa durante el año que pasó en Sevilla. A ellos se refiere en las *Fundaciones* cuando dice: «Los trabajos más grandes no pongo aquí; que á lo que me parece, dejada la primera fundación de Ávila, ninguna me ha costado tanto como ésta, por ser trabajos, los más, interiores.»

Ya hemos visto de qué manera había sido elegido Gracián por Vargas con el carácter de sustituto suyo en Andalucía; cómo el Papa Gregorio XIII, sucesor de Pío V en la silla papal, había revocado, a instancias del General de los Carmelitas, las patentes de los Visitadores Dominicos, Fernández y Vargas, y cómo este golpe fué rechazado con prontitud por el Nuncio papal Ormaneto, quien, habiéndose asegurado de antemano, por medio del secretario del Papa, que el Breve no restringía en manera alguna su autoridad como Nuncio y legado *ad latere*, ni su comisión especial como reformador de las Órdenes, restableció a Vargas en su comisión el 22 de septiembre de 1574, en virtud de sus poderes apostólicos superiores a los del General, y, por consiguiente, a Gracián, en quien Vargas había delegado sus poderes. En abril de 1575, recibió Gracián orden del Nuncio de ir inmediatamente a Madrid para tomar posesión del nuevo Breve expedido a su favor. En mayo del mismo año, el Capítulo general de los Carmelitas en Plasencia, revocó públicamente las comisiones de Fernández y Vargas, y fulminó sus edictos contra los Descalzos. Se dispuso que los Observantes no debían recibir a ningún Visitador que no hubiese sido nombrado por el General, resistiendo a cualquiera que fuese nombrado indebidamente. Los conventos de Descalzos de Andalucía y cuantos hubiesen sido fundados en Castilla sin licencia del General, debían quedar disueltos en el espacio de tres días, bajo pena de los castigos y censuras apostólicas, respaldados, si menester fuese, por la fuerza secular.

He aquí, pues, la situación: por un lado, el Rey, el Nuncio Papal, Teresa y sus excomulgados, desobedientes y rebeldes frailes; por el otro, el Papa, el General y la poderosa Orden de los Carmelitas.

Ya hacía tiempo que se oían los primeros y débiles rumores precursores de la tempestad que se desencadena ahora con toda violencia. Cuando Gracián llegó a Madrid, los Carmelitas se negaron a alojar en su monasterio a un hombre excomulgado, con cuyo motivo se cruzaron palabras agrias entre el Nuncio y el Provincial, Fray Ángel de Salazar. «Miren bien (los Carmelitas) de volver a decir que están excomulgados los que están aquí por su mandato (el del Nuncio); que quien tal dijere los ha de castigar.» Después de este incidente, Gracián fué admitido en el monasterio y predicó en la Corte. Su hermano Antonio, Secretario del Rey, hubiera deseado que Gracián rehusase tan peligrosa comisión, y, en justicia suya sea dicho, que la aceptó con la mayor repugnancia; después de haber alegado en vano su corta permanencia en la Orden, su falta de experiencia y otras circunstancias esenciales al desempeño de un cargo semejante. Teresa, monja, escribe a Felipe, Rey, desde Sevilla, suplicando a Su Majestad que se sirva «mandar que se encargue de la Orden un fraile Descalzo llamado Gracián, que, aunque buen mozo, me ha hecho harto alabar á Nuestro Señor lo que ha dado á aquel alma.»

El Rey está decidido y Gracián no tiene más remedio que someterse, terminándose así el primer acto de la tragedia de su vida, el 3 de agosto de 1575. Lo que le llena de terror no es la primera parte de su comisión, que le hace Visitador de las comunidades de Descalzos de Castilla, cargo que él acepta bastante gustoso, sino aquella otra cláusula que le nombra Comisario Apostólico de los resentidos Observantes de Andalucía. Aterrorizado, pues, temía perder la vida (temor que no se había atrevido a comunicar al Rey), fué a besar la mano del Gran Inquisidor de España, don Gaspar de Quiroga, e implorarle que intercediese con el Rey para que le eximiese de la segunda parte de su comisión. Pero el Prelado, arrebatado de «santo furor», exclamó: «¡Que nos maten, que nos maten! ¿Á quién hemos de confiar este negocio, sino á un hombre de sangre noble, como lo es usted, que se sabe no teme á la muerte?» De modo que Gracián, colgándose al cuello la piedra Abezoar que le diera la Madre Teresa, y alimentándose sólo con huevos pasados por agua, para evitar el riesgo de ser envenenado, comenzó su visita de tres meses a los conventos reformados de Andalucía. En Toledo se vió obligado a pedir permiso para presentar sus poderes y facultades a los Observantes, pues éstos se quejaron, declarando que, al nombrar su Visitador, a pesar de la revocación papal, el Nuncio había abusado de su autoridad. La tormenta sigue su curso y se une un elemento más a la nube negra y amenazadora que se cierne sobre este fraile leal. En efecto: Gracián, caminan-

do al encuentro de su destino, tropieza con la rivalidad y envidia de los mismos Descalzos. Fray Baltasar de Jesús, terriblemente despechado por la preferencia otorgada a Gracián, evita verse con él en Pastrana, y sólo vuelve a su «guarida» al irse el Visitador, dejando el terreno libre.

Mientras tanto, Teresa, en Sevilla, regocijada por este primer triunfo, prepara el camino para la llegada de su Eliseo.

En sus cartas habla de visitas hechas al convento:

«Ayer estuvo acá el padre Provincial de los del paño [los Observantes], con un maestro, y luego vino el prior y después otro maestro. El día antes había estado acá fray Gaspar Nieto. Á todos hallo determinados á obedecer á vuestra paternidad y ayudarle en lo que sea quitar cualquier pecado, como no sean extremos en otras cosas. Yo les aseguro, lo que entiendo de vuestra paternidad, que lo llevará con suavidad, y les digo lo que me parece. El padre Elías [Fray Juan Evangelista, superior del Monasterio Observante] está más sosegado y animado. Yo digo á vuestra paternidad, que comenzándose sin ruido y con suavidad, que creo se ha de hacer mucha labor, que no se ha de querer en un día.»

Esta carta, escrita el 27 de septiembre, es seguida por otra, a fines del mismo año:

«Yo le digo, que me da un enojo de esas sus caidas, que sería bien le atasen para que no pudiese caer. Yo no sé qué borrico es ese, ni para qué ha de andar vuestra paternidad diez leguas en un día, que en un albarda es para matar. Con pena estoy si ha caido en ponerse más ropa, que hace ya frío... Ya está Elías más sin miedo; á mí, todo el miedo que antes tenía se me ha quitado; que no puedo tenerle aunque quiero.»

¡Cuánto quiere a este hombre, tan joven que pudiera ser hijo suyo! La vemos angustiada, por las caídas que da de su borrico, y recomendándole, con ternura de madre, que se abrigue bien de noche en el clima frío de Castilla. En su juicio y talento Teresa tiene la confianza más ciega, y guía sus pasos, no por su superior sabiduría, eso sería imposible, sino por ser mayor su experiencia y más maduros sus años.

«No hay remedio de tener Lorencia—dice—en el grado que solía á los confesores, y como en eso solo tenía alivio ya está sin ninguno. ¡Qué delicadamente mortifica nuestro Señor! porque el confesor que se le da, tiene miedo, que con tantos embarazos le ha de gozar poco.»

Y es un hecho curioso que, a partir del día en que Gracián entró en su vida, apenas volvió a escribir a otro director.

Por fin llegó Gracián a Sevilla con su compañero de viaje Fray

Antonio de Jesús, y Teresa celebró una consulta importante con sus frailes.

Teresa, Gracián y Fray Antonio (éste último menos decidido) eran partidarios de las medidas firmes pero suaves. Gracián debía hacer pleno uso de su comisión en lo concerniente a las comunidades de Descalzos, permitir a los Observantes que viesen el mandato del Nuncio, entregarles copia de él, si fuese preciso, y facilitarles todos los medios de oposición. Esta era, en la opinión de Gracián, la manera de proceder más acertada. Pero Mariano, que tenía el genio tan violento y fogoso como cortante y cáustica la lengua, se oponía a esta línea de conducta: «Ya tienen en su posesión el poder; que hagan uso de él. Que Gracián obligue á los Observantes á reconocerle como comisario, y muestren al rey y al nuncio que no sólo han admitido la comisión para los Descalzos, sino para la Orden entera. Hecho esto, entonces y sólo entonces, sería llegada la hora de suavizar la aspereza con bondad. ¿Qué importa que el General los moteje de rebeldes contumaces? Semejantes epítetos de oprobio son gloriosos cuando se comparten con los Reformadores de los Benedictinos y Franciscanos.» .

Gracián besó las manos al Arzobispo, hizo una visita al Teniente Gobernador, al Conde de Barajas y les entregó las cartas reales de que era portador, pues el prudente soberano, previendo un tumulto, había tenido el buen cuidado de traer a su partido a las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas.

El día de la Presentación—día siempre memorable para Teresa, reunida con sus monjas delante del altar, orando porque su Visitador fuese librado de los peligros de que nadie dudaba estaba amenazado—, Gracián, acompañado de Fray Antonio de Jesús y de un secretario, se dirigió al convento de Observantes de Sevilla para presentar el Breve. Fué leído delante de los personajes principales del convento, los cuales pidieron copia de él, con el objeto de presentar una protesta en la forma acostumbrada. Gracián, obrando en contra de su buen sentido, se negó, a pesar suyo, a dársela.

Entonces ocurrió un alboroto indecible, tan salvaje y feroz, que Mariano se fué corriendo a buscar al Arzobispo y al Teniente Gobernador, y Teresa recibió un golpe abrumador con la noticia de que habían matado a Gracián y se habían cerrado las puertas del convento. El Obispo de Columbia, recién llegado de Roma, consiguió, por fin, restablecer la paz, y, en presencia del Arzobispo y del Gobernador, volvió a darse lectura al Breve. Tan sólo el superior, Fray Juan Evangelista—el «Elías» de las cartas de Teresa—declaró su sumisión. En seguida le nombraron párroco del monasterio. Al Provincial, Fray

Agustín Suárez, le ordenaron retirarse al monasterio de Osuna, y a Fray Antonio de Jesús, le enviaron a recibir la obediencia de la provincia, mientras Gracián asumía el importante cargo de maestro de novicios.

Tal fué la escena acaecida en el tranquilo monasterio sevillano el citado día de la Presentación de 1577. En el mismo mes, y casi al mismo tiempo, llegó a oídos de Teresa la primera noticia del decreto lanzado contra ella en el capítulo general de la Orden, en Plasencia. Fray Ángel de Salazar, después de publicarlo en Madrid, lo había enviado a uno de los hermanos Observantes de Sevilla para que se lo entregase a ella, y éste, pensando que iba a causarle pena, «siendo tal la intención de esos frailes cuando lo proquraron», lo guardó, hasta que Teresa, enterada por otro conducto de lo ocurrido, lo reclamó.

Había abrigado la esperanza de que su viaje a Sevilla sirviese para acallar las disputas entre Carmelitas y Descalzos. Una de las primeras cartas que escribió desde Sevilla—de las que se conservan—fué para el General. Lo mismo hubiese sido entregar la carta a los vientos; porque ya entonces, y aun mientras viajaba por los polvorientos caminos de Andalucía, había decretado el capítulo de Plasencia la extinción completa y radical de los Descalzos, y había sido expedida para España la orden en que se pedía su reclusión en un monasterio de Castilla. Esta carta, fechada el 18 de junio, es contestación a otras dos escritas por el General, la una en octubre, la otra en enero, que habían llegado a sus manos el día anterior:

«Escribí á V. S. la fundación de Veas; y cómo en Caravaca se pide otra, y que habian dado la licencia con tal inconveniente. También escribí á V. S. las causas por qué vine á fundar á Sevilla: plega á nuestro Señor, que el fin, que es allanar estas cosas de estos Descalzos, y á que no den enojo á V. S. me haga Dios merced que yo lo vea. Sepa V. S. que yo me informé mucho cuando vine á Veas, para que no fuese Andalucía, porque en ninguna manera pensé venir á ella. Y es así que Veas no es Andalucía, mas en provincia de Andalucía. Esto supe después de fundado monasterio Veas con más de un mes. Como yo ya me vi con monjas en ella, también me pareció no quedase aquel monasterio desamparado, y fuí alguna parte también para venir aquí; mas mi principal deseo es lo que á V. S. escribí de entender este negocio de estos padres, que, aunque ellos justifican su causa, y verdaderamente no entiendo de ellos sino ser hijos verdaderos de V. S. y desear no enojarle, no los puedo dejar de echar culpa. Ya parece van entendiendo, que fuera mejor haber ido por otro camino, por no enojar á V. S.»

Así disculpa de su inadvertencia al fundar en Veas, y aboga con él para que extienda su favor a Mariano y a Gracián. Su preferencia por Gracián se deja traslucir bien claramente:

«Harto reñimos, en especial Mariano y yo, que tiene una presteza grande, que Gracián es como un ángel; y á estar él solo, se hubiera hecho de otra suerte; y su venida acá fué por mandárselo fray Baltasar, que era entonces prior de Pastrana. Ya digo á V. S. que si le conociese, que se holgase de tenerle por hijo, y verdaderamente entiendo lo es, y aun el Mariano lo mismo. Este Mariano es hombre virtuoso y penitente, y que se hace conocer con todos por su ingenio; y crea V. S. cierto que sólo le ha movido celo de Dios y bien de la Orden, sino que, como yo le digo, ha sido demasiado y indiscreto. Ambición no entiendo que la hay en él, sino que el demonio, como V. S. dice, revuelve estos negocios, y él dice muchas cosas por donde se entiende. Yo le he sufrido hartas algunas veces, y, como veo que es virtuoso, paso por ello. Si V. S. le oyera no dejaría de satisfacerse. Este día me dijo que hasta que se ponga á los pies de V. S. no ha de parar. Ya escribí á V. S. como entrambos me han rogado escriba á V. S. que ellos no se atreven, y dé sus disculpas; y así no diré aquí sino lo que me parece estoy obligada, pues ya lo he escrito...

»Padre y señor mío [añade Teresa de Jesús con su persuasión característica, persuasión dulce pero tan firme y decidida que el General hubiera debido meditar un instante sobre el temperamento de la mujer, contra la cual se había ya empeñado en librar una guerra encarnizada] Padre y señor mío, no están ahora las cosas para esto [se refiere á los decretos lanzados contra los Descalzos en el capítulo de Plasencia]; porque este Gracián tiene un hermano, que está cabe el rey, secretario suyo, á quien quiere mucho; y el rey según he sabido, no está fuera de que tome la reforma. Los calzados dicen que no saben cómo á hombres tan virtuosos V. S. los trata así, y que ellos querrían tratar los contemplativos, y ven su virtud, y que V. S. con esta descomunión se lo tiene quitado.»

Encontrándose en el campo mismo de batalla, en medio de minas y contraminas, de las pendencias y rencillas, de los celos y enemistades, de las lenguas hipócritas y caras dobles, Teresa puede formar un juicio más justo de lo ocurrido, que el general ausente.

«Á V. S. dicen uno, acá dicen otro. Van al arzobispo y dicen que no osan castigar, porque luego se van á V. S. Es una gente extraña. Yo, señor mío, veo lo uno y veo lo otro, y sabe nuestro Señor que digo verdad, que creo son los más obedientes, y lo han de ser los Descalzos. V. S. no vé allá lo que acá pasa: yo lo veo y lo digo

porque sé bien la santidad de V. S., y cuán amigo es de virtud.

»Algunos [de los Observantes] me han venido á ver á mí, en especial el prior es harto buena cosa. Vino á que le mostrase las patentes con que había fundado. Quería llevar traslado: no se lo quise dar, porque no armasen pleito, pues él veía podía fundar. Porque en la patente que V. S. me envió en latín después que vinieron los visitadores, da licencia, y dice que puede fundar en todas partes, y así lo entienden los letrados; porque ni señala V. S. casa, ni reino, ni se dice ningún cabo, sino, que en todas partes. Y aún viene con precepto, que me ha hecho esforzar á más de lo que puedo, *que estoy vieja y cansada*... En esos frailes que han tornado [añade, evitándonos una observación, nada edificante, acerca de los manejos secretos y del disimulo de unos hombres que son, fuera de eso, casi héroes; pues el viejo fraile Observante, por ejemplo, el fundador de hecho de la Peñuela y Granada, es capaz de ir y volver á Madrid dos veces y á pie, para obtener las licencias, é igualmente capaz de decir una mentira], yo lo dije á Mariano: dice que ese Peñuela por engaño tomó el hábito; que fué á Pastrana, y dijo se le había dado Vargas el visitador de aquí (Andalucía), y venido á saberse le tomó el mismo. Días há que andan por echarle, y así lo harán: el otro ya no está con ellos. Los monasterios se hicieron por mandato del visitador Vargas, con la autoridad apostólica que tenía; porque por acá tienen por la principal reformación, que haya casa de Descalzos: y así el nuncio dió licencia como reformador, cuando mandó á fray Antonio de Jesús visitase, para que fundasen monasterios; mas él hízolo mejor, que no hacía sino pedirla á V. S.: y si acá estuviera Teresa de Jesús, quizá se hubiera mirado más esto; porque no se trataba de hacer cosa que no fuese con licencia de V. S., que yo no me pusiese muy brava, y en esto hízolo bien fray Pedro Fernández el visitador de allá, y débole mucho en lo que miraba no disgustar á V. S. El de acá (Vargas), ha dado tantas licencias y facultades á estos padres, y rogádoles con ellas, que si V. S. ve las que tienen, entenderá no tienen tanta culpa; y así dicen que á fray Gaspar nunca le han querido admitir ni tener su amistad, que harto los ha rogado, ni á otros; y que la casa que tenían tomada a la Orden, luego la dejaron ellos. Y así dicen hartas cosas para su descargo, por donde veo no han ido con tanta malicia, y cuando miro los grandes trabajos que han pasado, y la penitencia que hacen, que realmente entiendo son siervos de Dios, dame pena se entienda que V. S. los desfavorece. Verdaderamente, que ellos viven bien y con gran recogimiento, y en las que han recibido hay más de veinte que tienen cursas ó no sé cómo se llaman, y que son muy santos y de buenos inge-

nios. Y entre esta casa y la de Granada y la Peñuela, dicen que hay más de setenta, me parece que he oído.

»Yo no entiendo qué ha de ser de todos éstos ni qué parecería ahora á todo el mundo, estando en la opinión que están, sino que quizá lo vendríamos a pagar todos; porque con el rey están muy acreditados, y este arzobispo dice, que sólo ellos son frailes. Ahora salir de la reforma que V. S. no quiere que los haya; créame que aunque tenga toda la razón V. S. del mundo, no ha de parecer así: pues dejar de tenerlos V. S. debajo de su amparo, ni ellos lo querrán, ni V. S. que es siervo de la Virgen, y que ella se enojaría de que V. S. desampare á los que, con su sudor, quieren aumentar su Orden. Están ya las cosas de suerte, que es menester mucha consideración.—Indigna hija y súbdita de V. S.

»Teresa de Jesús.»

Esta carta y tres o cuatro más del mismo tenor, enviadas por Teresa de Sevilla a Roma, no recibieron nunca contestación, pues cuando las escribió ya se había desencadenado la tormenta y el General no estaba dispuesto a escuchar razones ni atender a probabilidades. A principios de 1576, al mes o poco más de recibir noticia del decreto, hizo Teresa una última tentativa para merecer la atención del General, en una carta verdaderamente admirable. Nosotros, que hemos sido testigos de la serenidad con que aguantó las risas de todo Ávila cuando la ordenaron volver a la Encarnación, e hizo frente a una derrota ignominiosa (así lo creían cuantos la rodeaban); nosotros, que la hemos visto acallar firme e intrépidamente el alboroto de las monjas rebeldes de la Encarnación, vemos sin sorpresa la jovialidad y prontitud con que obedeció el decreto tan cuidadosamente preparado con el objeto de zaherirla (para hacer la afrenta más notoria, Salazar lo había publicado en Madrid, antes de que estuviese ella enterada del asunto), condenándola a la reclusión de un convento de Castilla y prohibiendo que volviese a ocuparse de más fundaciones. ¿A esto llamaban condena? ¡Cuán poco penetraron sus jueces en las profundidades de su naturaleza! Si ella hubiese sido, efectivamente, la mujer presuntuosa, desobediente e inquieta allí descrita, el insulto la hubiera herido. ¡Pero no! Su primer pensamiento no es para ella misma, sino para la Reforma; su primer impulso no es abogar en favor suyo, sino en favor de Gracián y de Mariano (el pobre Mariano, «al que algunas veces no se entiende»), «porque cierto osaré decir que ninguno de los que mucho dicen son hijos verdaderos, le hace ventaja».

«Ya escribí á V. S. la comisión que tenía el padre Gracián del

Nuncio, y como ahora le había enviado á llamar... para visitar á Descalzos y Descalzas y á la provincia de Andalucía. Yo sé muy cierto que esto postrero rehusó todo lo que pudo, aunque no se dice así; mas ésta es la verdad; y su hermano el secretario tampoco lo quisiera... Mas ya que estaba hecho, si me hubieran creído estos padres, se hiciera sin dar nota á nadie, y muy como entre hermanos... Yo soy siempre amiga de hacer de la necesidad virtud, como dicen, y así quisiera, que cuando se ponían en resistir (los Carmelitas) miraran si podrían salir con ello; por otra parte [pues Teresa es siempre imparcial] no me espanto, que están cansados de tantas visitas y novedades, como, por nuestros pecados, ha habido tantos años... Lo que yo torno en esta á suplicar á V. S. por amor de nuestro Señor y de su gloriosa Madre... que V. S. le responda [á Gracián], y con blandura, y deje otras cosas pasadas, aunque haya tenido alguna culpa, y le tome por muy hijo y súbdito; porque verdaderamente lo es... Mire V. S. que es de los hijos errar, y de los padres perdonar y no mirar sus faltas. Por amor de nuestro Señor suplico á V. S. me haga esta merced. Mire, que para muchas cosas conviene, que quizá no las entiende V. S. allá, como yo que estoy acá; y que, aunque las mujeres no somos buenas para consejo, alguna vez acertamos...

»¡Si hubiera muchos á quien lo encomendar! Mas pues al parecer no lo hay con los talentos, que este padre tiene, ¿por qué no ha de mostrar V. S. que gusta de tenerle por súbdito, y de que entiendan todos, que esta Reforma (si se hiciere bien) es por medio de V. S. y de sus consejos y avisos?»

¡Y tenía razón! El sublime contemplativo, el místico absorto, el más grande y más noble de sus frailes—el más alejado también de la naturaleza humana—San Juan de la Cruz, no había nacido para disputar y luchar contra los engaños, mentiras y calumnias que caracterizaron las amargas contiendas de una Orden religiosa dividida en dos facciones. Su suerte habría sido probablemente más trágica que la de Gracián, cuyas brillantes dotes, que parecían pronosticar el éxito, eran más adecuadas para la lucha activa. En cuanto a ella, el decreto destinado a herirla en lo vivo, sólo la hace decir lo siguiente:

«Yo digo á V. S. cierto, que, á cuanto puedo entender de mí, que me fuera gran regalo y contento, si V. S. por una carta me lo mandara, y viera yo era doliéndose de los grandes trabajos, que para mí (que soy para padecer poco), en estas fundaciones he pasado; y porque por premio me mandaba V. S. descansar. Porque aun entendiendo por la vía que viene, me ha dado harto consuelo poder estar en mi sosiego. Como tengo tan gran amor á V. S. no he dejado como regalada, de

sentir, que como á persona muy desobediente, viniese de suerte, que el padre fray Ángel pudiese publicarlo en la corte, antes que yo supiese nada, pareciéndole se me hacía mucha fuerza: y así me escribió, que por la Cámara del Papa lo podía remediar, como si no fuera un gran descanso para mí. Por cierto, aunque no lo fuera hacer lo que V. S. me manda, sino grandísimo trabajo, no me pasara por pensamiento dejar de obedecer... porque no puedo decir con verdad (y esto lo sabe nuestro Señor) que si algún alivio tenía en los trabajos, desasosiegos, aflicciones y murmuraciones que he pasado, era entender hacía la voluntad de V. S., y le daba contento; y así me lo dará ahora hacer lo que V. S. me manda. Yo lo quise poner por obra: era cerca de Navidad, y como el camino es tan largo, no me dejaron, entendiendo que la voluntad de V. S. no era aventurase la salud, y así me estoy todavía aquí, aunque no con intento de quedarme siempre en esta casa, sino hasta que pase el invierno; *porque no me entiendo con la gente de Andalucía.*»

Y así se despide de él—majestuosa y digna—, como convenía a una descendiente de la casa de su padre, con un rasgo de solemne emoción, dejando la rectificación de su juicio a la Eternidad... «Cuando estemos delante de su acatamiento, verá V. S. lo que debe á su hija, Teresa de Jesús.» Así contestó al golpe con que habían creído aplastarla. Hasta lo toma a broma escribiendo a María Bautista: «Para mí harto bien fuera no estar ahora en estas baraundas de reformas»; y su irrefrenable actividad al final de la carta: «poco es mi vida; muchas quisiera tener. Es mañana víspera de año nuevo». Teresa apuró hasta las heces el cáliz de la amargura antes de salir de Sevilla—«que la gente de esta tierra», confiesa, «no es para mí»—, para volver a la que ella, pobre desterrada en un país extranjero y antipático, llamaba la «tierra de promisión»: Castilla. Bien puede suspirar al pensar en sus penosos viajes, en las dificultades gigantescas capaces de desalentar a otro corazón que no fuera el valeroso corazón de Teresa, mientras sigue con dolorosa intensidad las luchas de Gracián en Sevilla: «¡Oh, qué de trabajos sufrimos en estas reformas!, pues á mí me ha tocado mayor parte de pena que de felicidad desde que él vino.» Casi al mismo tiempo de recibir el mandato del General, ordenándole retirarse a un convento, ella y sus monjas fueron denunciadas a la Inquisición.

María de San José hace el relato de la historia. Es una mujer de temperamento bastante curioso esta María de San José, doncella en un tiempo de doña Luisa de la Cerda; pues en aquellos días, cuando los hijos y las hijas de la segunda nobleza no tenían en menoscabo

de su dignidad el entrar a formar parte de la servidumbre de un pariente o protector acaudalado, como pajes y doncellas, un cargo semejante no implicaba deshonra ni humillación; antes al contrario era solicitado con grande afán por las familias nobles, pero pobres—demasiado pobres, tal vez, para pagar la dote de un convento, lugar muy conveniente y usual en aquel entonces para desembarazarse de un exceso de hijas. Atraída irresistiblemente por la influencia personal de Teresa, había tomado el velo en Malagón seis años antes de esta fecha. Mujer de indiscutible habilidad, de una educación superior a la de las mujeres de su época, sus inoportunas exhibiciones de erudición excitaron con frecuencia la sátira benigna de Teresa, que no podía sufrir a las mujeres sabias. «Aquello de Eliseo es bueno—dice contestando a una de las cartas de su priora—, pero como yo no soy tan letrada como vuestra merced, no sé lo que quiere dar a entender por los Asirios», frase esta que ha quedado en España. No era tampoco en manera alguna escritora despreciable, pues dejó escritos varios tercetos, a los cuales dió el caprichoso título de *La Guirnalda de Mirra*, obra algo oscurecida por frecuentes alusiones clásicas, pero no exenta de gracia y de ternura, que pudiera muy bien llenar un rincón en una antología de la literatura ascética del siglo XVII. Teresa y su priora no estaban siempre de acuerdo. Estas mujeres tan hábiles tenían una fuerza de voluntad que mucho me temo chocara a menudo con la de Teresa. Ésta se queja amargamente de la frialdad de su priora, aun durante su estancia en Sevilla. A pesar de todo, las dos eran demamasiado magnánimas y tenían ideas demasiado grandes para no respetarse y admirarse mutuamente, y la parte más grande de la correspondencia de Teresa fué dirigida a esta misma María de San José, quien, a su vez, cuando la muerte las hubo separado, sufrió el destierro y quebrantamiento de corazón por querer conservar la Orden de Teresa como ella la había dejado. Veamos ahora su relato:

«En este tiempo había en nuestra casa una gran beata, tenida por muy santa, y no pudiendo sufrir nuestra vida, acordó, sin saberlo nuestra Madre, ni ninguna de nosotras, concertarse su ida por medio de unos clérigos, que por consolarla, nuestra Madre daba licencia que la confesasen; y salida la pobrecita, por excusar su defecto, acordó acusarnos a la Inquisición, diciendo que teníamos cosas de *alumbrados*.

»Entre las cosas que dijo por malas, que á veces por descuido, y otras por lo no saber, «iban las hermanas á comulgar sin velo sobre el rostro»; como acostumbrábamos, tomabanselo unas á otras al tiempo de llegar á comulgar; ella decía que era por ceremonia. Teníamos

el comulgatorio en un patio que estaba lleno de sol, como en casa aun no acababa de acomodar; y por librarnos dél, y estar más recogidas, en acabando de comulgar, cada cual se arrinconaba donde podía, volviendo á la pared el rostro, por huir del resplandor; ella también lo aplicaba á mal, con muchas mentiras y testimonios, que levantó á nuestra Santa Madre... El bien que á nosotros se nos siguió de este trabajo de acusarnos á la Inquisición, porque se vea que de todos los males saca Dios bienes, fué, que, como nuestra Madre era tan obediente y puntual en todo lo que los prelados mandaban, y deseaba dar gusto al reverendísimo General, y él le había mandado se fuese á un convento de Castilla, y no saliese de él, ni fundase, ni tuviese cuenta con los fundados, persuadía al Padre Visitador [Gracián] la dejase ir á cumplir aquella obediencia; y por una parte lo que el General le mandaba, y por otra la del Visitador apostólico, contraria de que se estuviese queda, y acabase su fundación, junto con la soledad y desamparo con que nos dejaba, fué parte para que fuese bien atribulado su espíritu.

»Y acuérdome un día que se me quejó mucho, porque la dejaba sola, y me certificó, que desde las aflicciones de la fundación del convento de San José de Ávila, no se había visto tan apretada, y vínose á quietar diciéndole yo «que no se sufría irse en tal coyuntura, pues la Inquisición andaba averiguando las cosas que aquella mujer le había levantado, que si fuese necesario llevarla á la Inquisición y venían por ella y no la hallando, ¿qué sería?» Dijo la Santa: —«Cierto, hija, tienes razón; y ahora veo que es la voluntad de Dios que me esté queda.» Caiales después muy en gracia, y decíamelo muchas veces: «¡Con que mi hija se fué á consolar en tan grande aflicción con decirme que me habían de llevar á la Inquisición!»

Había acusaciones contra Teresa y sus monjas más graves que la de acercarse a recibir la comunión sin velo, y hasta la de atar y azotar a las monjas, otra de las invenciones de la «gran beata». «Pluguiera á Dios fuera todo como esto», dice Teresa a María Bautista de Valladolid; pues ni la buena fama de la pobre y fatigada anciana de sesenta y un años fué respetada, y el recuento de las calumnias lanzadas contra ella ofendería, según el cronista, los oídos menos recatados. Los Carmelitas no podían dejar escapar la ocasión que se les ofrecía para fustigar despiadadamente a los Descalzos, personificados por la fundadora y sus monjas, y todo Sevilla esperaba ardientemente el desenlace del drama.

Gracián se quedó atónito al llegar un día al convento y encontrar la calle atestada de mulas y caballos de los inquisidores, y ver al de-

lator eclesiástico en acecho en la esquina, para regalar sus ojos con el grato espectáculo de unas monjas arrastradas por las calles hasta los calabozos de la Inquisición.

Mas se llevó un buen chasco, pues ni siquiera los inquisidores pudieron hallar la menor cosa merecedora de castigo, y la persecución de sus enemigos sólo sirvió para hacer resaltar con más brillo la virtud de las pobres monjas castellanas. Es una satisfacción saber (y a Teresa no se le olvida participarlo a María Bautista) que tal fué la pena de la piadosa beata al abandonar el convento, que perdió el juicio. Persecución fué ésta, que no careció de triunfo. Pues el 1.º de enero (nuevo calendario) de 1576, cuatro meses antes de que tuviera lugar la escena espléndida que coronó la terminación del convento sevillano, se dió fin triunfalmente a la de Caravaca.

La fundación de Caravaca debió su origen a tres doncellas de ilustre cuna, que tanto se impresionaron un día al oír el sermón de un jesuíta, que en lugar de volver a su casa se instalaron en la de una señora, viuda de un «oidor» de las Indias, mientras se fundase en su pueblo natal un monasterio donde pudiesen profesar. La noble viuda les destinó una parte de su casa, mandó colocar una reja de madera desde donde pudieran oír misa, y envió a pedir licencia para celebrarla al Obispo de Cartagena. Envió también un mensajero a Teresa, estando ésta en Ávila a punto de salir para Veas, dándole cuenta de lo que habían hecho, y suplicándole se encargase de la fundación.

«Yo como vi el deseo y hervor de aquellas almas, y que de tan lejos iban á buscar la Orden de nuestra Señora... é informada que era cerca de Veas, llevé más compañía de monjas... con intento de, en acabando la fundación de Veas, ir allá.»

Una dificultad relativa a la licencia (Caravaca, como Veas, estaba bajo la jurisdicción del «Consejo de las Órdenes») y el cambio repentino en los planes de Teresa, que tenía que ir a Sevilla, fueron causa de que se abandonara el proyecto momentáneamente. «Verdad es, que como yo me informé en Veas de adonde era, y vi ser tan á tras mano, y de allí allá tan mal camino, que habían de pasar trabajos los que fuesen á visitar á las monjas... tenía bien pocas ganas de ir á fundarle. Mas, porque había dado buenas esperanzas, pedí al padre Julián de Ávila y á Antonio Gaitán, que fuesen allá, para ver qué cosa era, y si les pareciese lo deshiciesen.» Mientras Teresa esperaba en Veas, fueron estos dos a Caravaca, volviendo a tiempo para acompañarla a Sevilla.

Por última vez—pues no volveremos a estar en su compañía (y hasta dudo que oigamos hablar de él en adelante)—sigamos al sacer-

dote y al buen Gaitán a través de los montes y valles de la vieja España:

«En la ida y en la venida se pasó mucho trabajo de nieves y otros infortunios, que si todo se hubiera de contar no acabáramos tan ahina; pero lo que pasamos á la entrada de Caravaca no lo dejaré de descir. Llegamos á un lugar que se llama Moratalla, al anochecer, y muy cansados, porque habíamos andado aquel día muy larga jornada; y en la posada, que no había más de una en todo el lugar, había tanta de gente, que no había donde nos revolver. Yo le dije á mi compañero: «Por menos trabajo tendré andar estas dos leguas que nos faltan, que no quedar aquí esta noche. Sólo hay un inconveniente: que como es de noche y no sabemos el camino, nos podremos perder; pero eso se remedia con tomar aquí un guía.»

»Parescióle bien, y luego buscamos un hombre que supiese guiarnos, y concertámosle, y salimos con grande ánimo de entrar dentro de dos horas en Caravaca. Andando yo con gran priesa, y algo lloviendo, y muy á escuras, el hombre iba delante, y vímosle bajar por unos despeñaderos, y dijímosle: Hermano, ¿vamos errados?

»—Sí, respondió el hombre con gran paciencia: sí, señor.

»Cuando tal oímos, y viéndonos por caminos no andaderos, no quiero descir lo que dijimos, mas que mi compañero me echaba á mí toda la culpa, porque, descía, que le iba yo enseñando la contemplación; y era que le iba disciendo los mandamientos, por donde había de ir al cielo, y ansí perdió el camino de la tierra, como se suele hacer á los que bien le andan. Y sin duda no fué sino que el hombre había tomado á pechos antes que saliese del lugar un gran barril, y puéstosele á pechos, y debió de beber tanto, que él no sabía por dónde se iba. Al fin, con la desgracia de vernos perdidos, echamos nuestro hombre de nosotros: quedámonos solos, sin saber á donde íbamos, como si fuéramos á ciegas. Andando que habíamos andado mucho de esta manera, vimos en una gran cuesta luz de un pastor que allí estaba. Dímosle voces que nos enseñase el camino, y él, por no bajar, díjonos: «Por aquí, por acá.» De suerte, que nos tornamos á perder, de tal arte, que no supimos volver á el pastor, sino que andábamos buscando algún cabo abrigado donde estar fasta la mañana, é no lo había: con las manos se andaba buscando algún camino, fuese á donde fuese, para ir seguros que toparíamos algún lugar, y cuando de esta manera le hallamos, nos pareció que había esperanza de algún lugar. Ni sabíamos si volvíamos atrás, ni si íbamos adelante. Vimos bulto de un hombre, y pensamos que habíamos topado con quien nos dijese algo, y era el hombre que habíamos echado, que andaba también

perdido, sin saber dónde iba. No tuvimos piedad para llevarle con nosotros, y ansí se fué por sí, que no queríamos aun acertar por el que tan mal nos había guiado. Al cabo de ir muy cansados de andar, tan mal á veces, oimos ruido de perros, y como ya entendíamos que cierto lo eran, con más buena atención los oíamos que la mejor música que en el mundo pudiéramos oír. Ansí que, yéndonos andando hacia do los perros ladraban, cierto que topamos con las paredes del lugar, y no le veíamos según hacía de escuro. A la primera casa preguntamos al que estaba durmiendo en su casa, que le debimos despertar á voces, diciendo: ¿cómo se llama el lugar? Cuando él respondió que Caravaca, volviósenos el alma al cuerpo, y del trabajo pasado no hacíamos ya caudal, aunque no dejábamos de tratar cuan *caravaca* nos había sido. Abriéronnos en una posada, y estuvimos aguardando el día, que le faltaba poco para venir.»

La narración es tan ingenua, tan pintoresca y caprichosa, que la he transcrito en su totalidad. El grave caballero castellano y el sacerdote perdidos en las tinieblas de la noche, y tan entretenido éste último en enseñar a un borracho el camino del cielo, que acaban por perder el suyo en la tierra; el resplandor de la luz del pastor en la vertiente sombría; el ladrido de los perros, más dulce a sus oídos que la más dulce música, puesto que anunciaba su aproximación a la aldea soñolienta; su pobre juego de vocablos con el nombre de la aldea que tanto trabajo le costara hallar... ¡Simpático y ameno Maestro Julián! ¡Sin saberlo, en unas cuantas pinceladas maestras, nos has legado un cuadro encantador que salva por breve instante el abismo que separa tu siglo del nuestro!

El resto de la historia de Caravaca queda resumida en el relato siguiente de Teresa:

«Las monjas estaban tan firmes (digo las dos que lo habían de ser), que supieron tan bien granjear al padre Julián de Ávila y á Antonio Gaitán, que antes que se vinieron dejaron hechas las escrituras y se vinieron, dejándolas muy contentas, y ellos lo vinieron tanto de ellas y de la tierra, que no acababan de decirlo, también como del mal camino. Yo, como lo ví ya concertado, y que la licencia tardaba, torné á enviar allá al buen Antonio Gaitán, que, por amor de mí, todo el trabajo pasaba de buena gana, y ellos tenían afición á que la fundación se hiciese; porque á la verdad, se les puede á ellos agradecer esta fundación, porque, si no fueran allá y lo concertaran, yo pusiera poco en ello. Díjele que fuese, para que pusiese torno y redes, á donde se había de tomar la posesión, y estar las monjas hasta buscar casa á propósito. Así estuvo allá muchos días, que en la de Rodrigo Moya, que

como he dicho era padre de la una de estas doncellas, le dió parte de su casa, de muy buena gana estuvo allí muchos días haciendo esto. Cuando trajeron la licencia, y yo estaba ya para partirme allá, supe que venía en ella que fuese la casa sujeta á los comendadores, y las monjas les diesen la obediencia; lo que yo no podía hacer, por ser la Orden de nuestra Señora del Carmen; y así tornaron de nuevo á pedir la licencia, que en ésta, y en la de Veas no hubiera remedio. Mas hízome tanta merced el rey, que, en escribiéndole yo, mandó que se diese, que es el presente Don Felipe, tan amigo de favorecer los religiosos, que entiende que guardan su profesión, que como hubiese sabido la manera del proceder de estos monasterios y ser de la primera regla, en todo nos ha favorecido; y así, hijas, os ruego yo mucho, que siempre se haga particular oración por su Majestad, como ahora lo hacemos.

»Pues como se hubo de tornar por la licencia, partíme yo para Sevilla por mandato del padre provincial, que era entonces y es ahora el padre maestro fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, como queda dicho, y estuviéronse las pobres doncellas encerradas hasta el día de año nuevo adelante; y cuando ellas enviaron á Ávila era por febrero. La licencia luego se trajo con brevedad: mas como yo estaba tan lejos, y con tantos trabajos, no podía remediarlas, y habíalas harta lástima; porque me escribían muchas veces con mucha pena, y así ya no se sufría detenerlas más. Como ir yo era imposible, así por estar lejos, como por no estar acabada la fundación, acordó el padre maestro fray Jerónimo Gracián, que era visitador apostólico, como está dicho, que fuesen las monjas que allí habían de fundar (aunque no fuese yo) que se habían quedado en San José de Malagón.

»Procuré que fuese priora de quien yo confiaba lo haría muy bien (porque es harto mejor que yo), y llevando todo recaudo, se partieron con dos padres Descalzos de los nuestros, que ya el padre Julián de Ávila y Antonio Gaitán había días que se habían tornado á sus tierras, y por ser tan lejos no quise viniesen, y tan mal tiempo, que era en fin de diciembre. Llegadas allá fueron recibidas con gran contento del pueblo, en especial de las que estaban encerradas. Fundaron el monasterio, poniendo el Santísimo Sacramento día del Nombre de Jesús, 19 de enero de 1576 (calendario antiguo).

CAPÍTULO XIX

CARTAS DE TOLEDO

Hemos presenciado hasta ahora el progreso de la Reforma, dibujada confusamente al principio en el cerebro de una mujer, saliendo luego gradualmente de su estado nebuloso hasta convertirse en realidad viva y potente, firmemente arraigada en el suelo español. El sentimiento de odio y temor que inspiraba a la antigua Orden esta organización joven y audaz que le había salido al encuentro con tanta firmeza y se había defendido con tanto arrojo en su primero y rudo choque en Andalucía, había retumbado, como hemos visto, en el decreto fulminado por el capítulo de Plasencia en mayo de 1575, contra «ciertos individuos desobedientes, rebeldes y contumaces, vulgarmente llamados Descalzos, que contra las patentes y providencias del prior general han habitado y siguen habitando fuera de los límites de la provincia de Castilla, llamada la Vieja... los cuales serán requeridos, bajo penas y censuras apostólicas y en caso necesario recurriendo también á la ayuda del brazo secular, á abandonar dichos lugares en el espacio de tres dias», etc. Pero el capítulo no se limitó a fulminar anatemas contra los Descalzos. Adoptaron una medida más astuta, y probablemente más eficaz que todas las amenazas de venganza, y fué el nombramiento de Fray Jerónimo Tostado como Visitador General de los Descalzos, con poderes amplios sobre la Orden Carmelita en España. Este fraile portugués, enérgico, resuelto, hábil e intrigante, iba a ocultar la astucia de la serpiente en la inocencia de la paloma. Iba a halagar al Rey con atinadas lisonjas por su celo en favor de la reforma, y a hacerle creer que sus instrucciones se limi-

taban meramente a la distribución de los provinciados. En efecto, lejos de exterminar o perseguir, ¿qué cosa podía ser más razonable, inofensiva y conducente al bien que la entrega de los cargos de más confianza en las comunidades de Calzados a los Descalzos más acreedores a ocupar dichos puestos, trasladando otros frailes Calzados a los monasterios de los Descalzos para que aquéllos enseñasen y éstos aprendiesen?

Sin embargo, este inocente y plausible sistema de barajar las cartas ocultaba un ardid ingenioso. Una vez desparramados y separados unos de otros en diferentes comunidades—comunidades que (de ello podemos estar seguros) vigilarían atentamente sus actos—, el poder de los Descalzos, quebrantado ya, no sería de temer. Por otra parte, el General, que a su manera y sirviéndose de sus propios métodos ansiaba tanto como Teresa renovar la disciplina primitiva, lograría de esta manera conseguir un doble objeto, a saber: la reforma de la antigua Orden, que a tantos de sus predecesores había confundido, y la reabsorción gradual de la Orden nueva.

En marzo de 1576 desembarcó Tostado en Barcelona. En el mes de mayo, de ese mismo año, celebraron los Observantes capítulo en San Pablo de Moraleja, durante el cual estallaron abiertamente las hostilidades entre los Carmelitas y los Descalzos. El capítulo, después de todo, no fué sino un hecho registrado en las crónicas de los Carmelitas, del que poco provecho se puede sacar. En las cartas de Teresa—esas ventanas que nos han dejado abiertas sobre el pasado, tan nebuloso y confuso—podemos vislumbrar algunos detalles fugitivos de aquellas tempestades y tumultos, y de la corriente de odios y temores humanos que bullían por debajo.

Es el 9 de mayo de 1576, en Sevilla. En uno de sus muchos conventos, el más reciente, se encuentra una monja sentada en su celda, escribiendo. Por la abierta celosía penetra el aroma de las flores de azahar que sube del patio, rodeado de caprichosas columnas de mármol, relucientes a través del oscuro follaje y por entre las flores, bajo los rayos del sol dorado y centelleante de Sevilla que caen de plano sobre ellas; «patio que parece hecho de alcorza», como dice la Santa en esa misma carta con su prosaica imaginación de castellana. Y al levantar sus ojos del papel y dirigirlos a la lejanía, tal vez sigan sus miradas la línea plateada del Guadalquivir, el movimiento de las blancas velas en su cauce o los ajacarados de la Giralda.

La carta es para Mariano, en Madrid.

«La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra reverencia. ¡Oh, válame Dios, y qué aparejada condición tiene para tentar! Yo le digo,

que debe ser mucha mi virtud, pues hago esto; y lo peor es, que hé miedo ha de pegar á mi padre, el señor licenciado Padilla, algo de su condición; pues no me escribe ni envía unas encomiendas, también como vuestra reverencia. Dios los perdone; aunque estoy tan adeudada del señor licenciado Padilla, que, por mucho que se descuide, no podré yo descuidarme de su merced, á quien suplico tenga ésta por suya.

»Cuando considero en las marañas que vuestra reverencia me dejó, y cuán sin acuerdo está todo, no sé qué piensa, sino que maldito el hombre, etc. Mas, como se ha de dar bien por mal, he querido hacer esto, para que sepa vuestra reverencia, que el día de Santiago tomamos la posesión, y los frailes han callado como unos muertos. Nuestro padre habló á Navarro, y él creo es el que los hizo callar.

»La casa es tal, que no acaban las hermanas de dar gracias á Dios. Sea por todo bendito. Todos dicen que fué de balde; y así certifican que no se hiciera ahora con veinte mil ducados. El puesto dicen es de los buenos de Sevilla. El buen prior de las Cuevas ha venido acá dos veces (está contentísimo de la casa) y fray Bartolomé de Aguilar una, antes que se fuese, que ya escribí á vuestra reverencia iba á Capítulo. Ha sido una dicha harto grande topar tal casa. Con el alcabala tenemos hasta contienda. En fin, creo se habrá de pagar toda. Mi hermano nos lo había de prestar, y anda en la obra, que me quita de harto trabajo. En el escribano fué el yerro de lo de la alcabala [parece que los hombres de leyes, eran tan listos en aquella época como en ésta]. Nuestro padre está contentísimo de la casa, y todos. El padre Soto dice grandes conceptos (ahora ha estado aquí), y que porque vuestra reverencia no me escribe, no le ha de escribir. Hácese la iglesia en el portal, y quedará muy bonita. Todo viene como pintado. Esto en cuanto á lo de la casa. Cuanto á lo del Tostado, ahora vino un fraile, que le dejó en Marzo en Barcelona, y trae una patente suya (que él era conventual de aquí) y pónese vicario general de toda España. Cota vino ayer. Está en casa de D. Jerónimo, escondido, esperando que ha de venir hoy fray Agustín Suarez [el Provincial Observante], según dicen. Las dos cosas primeras son verdad, que yo ví la patente, y sé que está aquí estotro. Esto del provincial no se dice por cierto, y que viene á tornar á su oficio, y trae un Motu del Papa, que no hay más que pedir para el propósito de los Calzados, según dicen; y aún el prior me dijo hoy, que de uno, que ellas hacen confianza, lo sabe cierto.»

Esto es lo que escribía aquel día apacible de mayo en Sevilla, meditando, y con razón, sobre la siniestra concentración de fuerzas. Gracián ha huído, aconsejado por «su ilustrísima señoría de nuestro buen

arzobispo», el gobernador y el fiscal. Para escapar de las garras de sus enemigos, ya está en camino para Madrid, haciendo un rodeo. Va a consultar al Nuncio (pues por lo que toca a visitar conventos, no hay siquiera que pensar en ello, encontrándose los Carmelitas tan alborotados), dejando atrás a Evangelista, prior del monasterio carmelita, nombrado por él vicario provincial, para que pare el golpe como mejor pueda. El buen Evangelista, sin embargo, está lleno de valor. «Yo le digo, que á él, como no es cabeza, no le notificarán nada», dice Teresa. «Buen ánimo tiene, y el asistente está muy á punto para socorrer si hubiere algo.»

Del desenlace de la comedia—que bien puede resultar trágico—no se nos dice nada, pues el 4 de junio, casi un mes más tarde y una semana después de haber presenciado la imponente ceremonia que coronó triunfalmente sus trabajos en Sevilla, Teresa se dirigía a Malagón. Hizo el viaje en un coche, acompañada por su hermano y los hijos de éste, hecho que dió lugar a que un mundo malvado—más malvado cuanto más viejo, como dice la extraña notita del comentador al pie de una de las cartas de Teresa (y piensa uno con espanto en el grado de maldad que habrá alcanzado)—murmurase que la austera y virtuosa monja andaba en compañía de galanes y damas. La otra Teresa de ocho años animó el viaje con sus salidas infantiles. También fué con ellos fray Gregorio Nacianceno, el fraile a quien Gracián había dado el hábito en Veas.

Su camino les llevó por Almodóvar, y en el espacio de cinco días, el segundo de Pascua, se encontraron los viajeros a las puertas del convento de Malagón.

Teresa se encuentra en seguida rodeada por los cuidados y deberes de su cargo, como podemos ver por las dos cartas que escribió sin pérdida de tiempo al fiel Gracián y a María de San José. En verdad, tal es el estado de Malagón, y la mala salud de las monjas, que Teresa proyecta trasladarlas a Paracuellos, una finca de doña Luisa de la Cerda:

«Paracuellos, que está tres leguas de Madrid, y dos de Alcalá, á lo que me parece, y muy sano lugar, que allí quisiera yo harto hiciera el monasterio y nunca quiso [D.ª Luisa]. Harto más querría que no saliesen de aquí ya que están, por ser lugar tan pasajero, mas, á más no poder, plega á Dios haga esto, y vuestra paternidad lo tenga por bien, que no aguardaremos licencia, porque creo sí tendrá, y no hay otro remedio; y deshacer el monasterio como el de Pastrana, por ninguna manera se sufre. En fin, si ahora no responde bien (D.ª Luisa) iré á Toledo, para que la hablen algunas personas, y no saldré de allí hasta

que de una manera ó de otra, se remedie esto. Vuestra paternidad no tenga pena. He venido buena, que ha sido más acertado que venir en carros, por caminar á la hora que quería, y bien regalada de mi hermano. Besa á vuestra paternidad mucho las manos, y ha venido bueno y lo está: harto buen hombre es: ¡si me quisiese dejar en Toledo, é irse hasta que eso de allá se allanase! porque sabríamos de vuestra paternidad, mas no hay remedio de esto. Teresa ha venido dando recreación por el camino, y sin ninguna pesadumbre. Oh, mi padre, ¡qué desastre me acaeció! que estando en una parva (que no pensamos teníamos poco) cabe una venta, que no se podía estar en ella, éntraseme una gran salamanquesa, ó lagartija, entre la túnica y la carne en el brazo, aunque presto la asió mi hermano y la arrojó, y dió con ella á Antonio Ruiz en la boca; éste nos ha hecho harto bien en el camino, y Diego mucho: por eso déle ya el hábito, que es un angelito.

»La madre priora se encomienda mucho á vuestra paternidad. Dice que por no cansarle no le escribe. Levantada anda; y como es tan amiga de andar en todo, y tan aliñosa, ha de ser inconveniente para no sanar tan presto. Cuando vuestra paternidad fuere á nuestra casa [Gracián está todavía en Madrid, pero ella se refiere al convento de Sevilla, para donde estaba á punto de partir], regáleme mucho á San Gabriel, que quedó muy penada, y es un ángel en sencillez, y espíritu harto bueno, y débola mucho.

»Mande vuestra paternidad que no dén á comer á nadie en el locutorio en ninguna manera; porque ellas se inquietan mucho, y si no es con vuestra paternidad (que esto no ha de entrar en cuenta cuando fuese menester) hácenlo de muy mala gana, y yo la tengo peor de que lo hagan; y así se lo dejé dicho, y hay muchos inconvenientes. Y basta que no ternán ellas que comer si lo hacen, porque las limosnas son pocas y no lo dirán, sino quedarse han sin comer, y esto es lo menos.

»Todas las cosas son como se principian, y es un principio que puede venir á mucho mal: por eso vuestra paternidad entienda que importa mucho, y que á ellas les dará gran consuelo saber que vuestra paternidad quiere que se guarden las actas que hizo y confirmó del padre fray Pedro Fernández. Todas son mozas; y créame, padre mío, que lo más seguro es que no traten con frailes. Ninguna cosa hé tanto miedo en estos monasterios como esto: porque aunque ahora es todo santo, sé en lo que verná á parar, si no se remedia desde luego, y esto me hace poner tanto en ello. Perdóneme, padre mío, y quédese con Dios.»

A María de San José, priora de Sevilla, escribe ese mismo día una carta muy parecida:

«La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra reverencia, hija mía. ¡Oh como quisiera escribir muy largo! sino como escribo otras cartas, no tengo lugar. A el padre fray Gregorio he dicho escriba largo de todo el camino. El caso es, que hay poco que contar, porque venimos muy bien, y no con mucha calor; llegamos buenos, gloria a Dios, el segundo día de pascua. Hallé á la madre priora mejor, aunque no está del todo buena. Tengan mucho cuidado de que la encomienden á Dios. Holgádome hé mucho con ella. Harto me he acordado de la barata que les queda. Plega á Dios que no faltase algo. Por caridad la pido que me escriba por todas las vías que pudiere, para que yo sepa siempre cómo están. No deje de escribir por Toledo, que yo avisaré á la priora las envíe con tiempo, y aun quizá me deterné allí algunos días, que hé miedo ha de ser trabajo hasta concluir este negocio con Doña Luisa. Encomiéndenlo allá á Dios, y á la madre superiora me encomiende mucho y á todas las hermanas.

»Mire que me regale á San Gabriel, que estaba muy boba en mi venida. Encomiéndome mucho á Garci Alvarez, y díganos del pleito, y de todo y más de nuestro padre, si ha llegado. Yo le escribo muy encargado, que no consientan coma ahí ninguna persona. Mire que no haga principio, si no fuese para él, que tiene tanta necesidad, y se podrá hacer sin que se entienda, y ya que se entienda, hay diferencia del prelado á súbdito; y vamos tanto en su salud, que todo es poco lo que podemos hacer. La madre priora (Brianda) enviará algún dinero con el padre Fray Gregorio para esto, y lo que se ofreciese haber menester, que de veras le quiere mucho, y así lo hace de gana. Y es bien que él entienda esto; porque yo le digo, que tendrán poca limosna, y que así podrá ser que se queden sin comer, si lo dan á otros. Yo deseo mucho, que ellas no tengan inquietud en nada, sino que sirvan mucho á nuestro Señor. Plega á su Majestad que sea así como yo se lo suplicaré. A la hermana San Francisco, que sea buena historiadora para lo que pasare de los frailes. Como venía de esa casa, háseme hecho ésta peor. Trabajo harto tienen aquí estas hermanas. Teresa ha venido, especial el primer día, bien tristecilla; decía, que de dejar á las hermanas. En viéndose acá, como si toda su vida hubiera estado con ellas, que de contento casi no cenó aquella noche que venimos. Heme holgado, porque creo es muy de raiz el ser aficionada á ellas. Con el padre Gregorio tornaré á escribir. Ahora no más de que el Señor la guarde y la haga santa, para que todos lo sean, amén. Es hoy viernes después de Pascua. Esa carta dé á nuestro padre á recaudo; y si no

estuviere allí, no se la envíe sino con persona muy cierta, que importa.

»De vuestra reverencia, *Teresa de Jesús.*»

Teresa no la escribe porque está ocupada. Dice ella que es priora, y se le encomienda mucho.

El 18 vuelve a escribir, en contestación, según parece, a María de San José:

«Jesús sea con nuestra reverencia, hija mía. Yo les digo, que si alguna pena tienen por mi ausencia, que me lo deben bien. Plega el Señor se sirva de tantos trabajos y penas, que dejar hijas tan queridas dan; y que vuestra reverencia y todas hayan estado buenas, yo lo estoy, gloria á Dios. Ya habían recibido las cartas que llevó el arriero: ésta irá bien corta, porque pensé estar aquí más días; y por ser San Juan el domingo, he abreviado en irme, y así tengo poco lugar.

»Como el padre Fray Gregorio es el mensajero, no se me da mucho. Yo vengo con cuidado de que vuestra reverencia no se vea apretada en pagar ogaño esos censos, que para otro año, ya el Señor habrá traido quien los pague. Una hermana de esta Santangel que está aquí, loa muy mucho la madre priora, y la quisiera más que la que aquí entró. Dice que darán del dote de la que acá está (que por Agosto cumple un año) trescientos ducados, que tanto dice que llevará esotra, con que podrán pagar este año. Harto poco es; mas, si es verdad lo que dicen de ella, de balde es buena; y por ser de acá, trátelo con nuestro padre, y si no tuvieren otro remedio, tomen éste. El mal que hay es, que no ha más de catorce años, y por eso digo que se tome á más no poder: allá se verá. Paréceme sería bien que nuestro padre ordenase que hiciese luego Beatriz profesión, por muchas causas: y la una por acabar con tentaciones. Encomiéndemela, y á su madre, y á todas las que viere, y todos, y á la madre superiora y á todas las hermanas, en especial á mi enfermera. Dios me la guarde, hija mía, y la haga muy santa, amén.

»Mi hermano les escribió estotro día, y se les encomienda mucho. Más ley tiene que Teresa, que no aprovecha querer más á ningunas, que á ellas. Porque la madre priora escribirá (con quien cierto me he holgado mucho), y Fray Gregorio dirá lo que hay que decir, no más.»

A principios de julio, Teresa estaba en Toledo.

«Sepa que me quedo por ahora aquí [escribe á María de San José], que antyer se fué mi hermano, é hícele llevar á Teresa, porque no sé si me mandarán que vaya á Ávila con algún rodeo, y no quiero ir cargada de muchacha. Buena estoy, y descansada he quedado sin este ruido, que con cuanto quiero á mi hermano, me daba cuidado verle

fuera de su casa. Ni sé lo que estaré aquí, que aun todavía ando buscando cómo se hará mejor esta obra de Malagón.»

Los biógrafos de Santa Teresa han interpretado erróneamente su estancia en Toledo en esta ocasión, alegando que sufrió un período de encarcelamiento forzoso. Si abandonó su primera intención de acompañar a su hermana a Ávila, fué debido a la situación crítica en que se hallaba Malagón y la dificultad de conseguir que doña Luisa adoptase un plan. La prolongación de su estancia fué motivada por la gravedad del aspecto que iban tomando las cosas en Andalucía, donde el complot crecía a la vista, y los Observantes y Descalzos estaban empeñados en un duelo a muerte que sólo terminó con la formación de una provincia separada para estos últimos. Gracián, delegado especial del Nuncio, tenía sobre Teresa jurisdicción superior a la del mismo General. Quiso que Teresa se quedase, y sus órdenes coincidieron con los deseos de aquélla, pues le era más fácil recibir noticias de la lucha en Andalucía estando en Toledo que arrinconada en Ávila. Además, la sentencia publicada contra ella por el General, no implicaba en manera alguna, un encarcelamiento forzoso, aunque así lo interpretasen entonces los Carmelitas, por convenir a sus fines, y más tarde los mismos Descalzos, deseosos de dar a Teresa el carácter de víctima de la persecución. La verdad del caso es que si bien sus fundaciones fueron bruscamente interrumpidas, tenía plena libertad para elegir el convento al cual quisiera retirarse.

En realidad, su presencia en Toledo en esta coyuntura, reviste singular importancia. Ahí, en el retiro grato de su celda con vistas al jardín, «cosa muy sabrosa», termina a instancias de Gracián la historia de sus Fundaciones y atiende a su correspondencia cada día más grande. Esta temporada de aparente tranquilidad, es en verdad la más angustiosa y agitada de su vida.

Ahí está Teresa, sentada en su celda, risueña... Los rayos de sol que entran a raudales por la ventana diminuta, dibujan sobre las losas la silueta de la anciana laboriosa, cuya pluma vuela con tanta rapidez, que sus monjas declaran que está inspirada. Ella derrumbó a los Carmelitas; ella, y no Gracián ni ningún otro Descalzo jactancioso, constituye el verdadero peligro que amenaza a la Orden más antigua y poderosa. Alejada de la lucha, tanteando acertadamente las probabilidades de victoria o de derrota, el papel que desempeña es silencioso, pero es el más importante de todos. Ora penando, ya aguijoneando al afable Gracián (demasiado débil y condescendiente, tan leal con los enemigos como con los amigos, mimado por la priora y las monjas de Sevilla, en favor del cual esta rígida y vieja

disciplinaria suaviza hasta cierto punto la austeridad, permitiéndole toda clase de privilegios «que no se han de conceder a ningún otro»); ¿quién sino ella da a su conducta el aplomo, energía y consistencia que desaparece por completo en cuanto ella deja de existir? ¿Quién sino ella es capaz de conciliar los diferentes temperamentos de sus frailes, dirigiendo sus actividades, y sus mismas flaquezas y defectos, hacia el fin esencial?

En sus cartas, todos ellos aparecen como pálidos espectros: Mariano, impetuoso, violento, de temperamento fogoso y acerada lengua; Fray Antonio de Jesús, quejumbroso, envidioso, abrigando ya en su seno las simientes de la rencilla contra Gracián y la sagaz y hábil Priora de Sevilla, que había de estallar con tan desastrosas consecuencias después de la muerte de Teresa; Fray Juan de la Roca, inflexible como el mismo bronce, que altera las instituciones más benéficas de Gracián para ponerlas de acuerdo con su propia rigidez, libros abiertos (¡si ellos lo supieran!) para aquellos ojos claros y penetrantes. ¿Qué son ellos, sino los muñecos que bailan, con torpeza, es cierto, en respuesta a los resortes movidos por ella desde su convento toledano? Y si no, ved lo que acontece al desaparecer ella, elemento de cohesión. Ved cómo cada individualidad pequeña se esfuerza por sobreponerse; cómo todos los oyentes heterogéneos que sólo ella sabía ligar y fundir en una acción común, luchan aisladamente en triste y desintegrante confusión. No hay hombre, ni mujer tampoco, que pueda ya juntarlos nuevamente.

El 11 de julio, Gracián está todavía en Madrid, «con hartos trabajos». «Harto pena tiene nuestro padre.» «Nuestro padre escribe muy corto: no debe poder más», dice Teresa, siempre dispuesta a disculpar sus faltas, en una carta dirigida a María de San José. Tostado está también en Madrid, pero su estrella va declinando. El Rey ha mandado a Gracián que recurra al Presidente del Consejo Real (Cobarrubias) y a Quiroga, el Gran Inquisidor, para tratar cuantos asuntos se refieran a la Orden. «Plega Dios se haya acertado en apretar tanto á esos padres!... Plega á Dios que suceda bien. Yo le digo que ha menester harta oración. Bueno está, y al nuncio le pareció bien que no hubiese tornado á Sevilla.»

A principios de septiembre contestan los Descalzos, por medio de un capítulo celebrado en Almodóvar, a las medidas adoptadas contra ellos en el de San Pablo de Moraleja. La guerra es ahora a muerte. Gracián, de paso por Toledo para asistir al capítulo, aprovecha un breve instante para celebrar una entrevista con Teresa. Después de elegir cuatro definidores—lo que equivalía a separarse del cuerpo cen-

tral de los Carmelitas—, los frailes congregados deciden enviar a Roma a Fray Juan de Jesús Roca, Prior de Mancera, y a Fray Pedro de los Ángeles, para obstruír allí las maquinaciones de los Observantes; por lo demás, estos hombres, tan excelentes como poco prácticos, malgastaron el tiempo restante en una discusión estéril, con el objeto de decidir cuál había de ser la ocupación principal de la vida de los Descalzos: si la contemplación únicamente o la oración y la predicación también; y esto cuando su existencia estaba en juego y no debieran haber perdido un solo instante en despachar a los embajadores. Gracián, fiel a las tradiciones de su educación, abogó por el último punto, y, secundado por Fray Antonio de Jesús, ganó a su favor la opinión unánime del capítulo. Sólo uno, el más grande de todos—los frailes presentes dijeron que hablaba como si estuviese inspirado—, se atrevió a impugnar la decisión, admitiendo, sin embargo, que no era posible separar del todo la acción de la contemplación. ¡Fué como si un soplo de aire hubiera refrescado el capítulo, pues el que había hablado era Fray Juan de la Cruz!

En efecto, había motivos, no sólo para obrar con energía, sino para alegrarse de una manera positiva, pues Tostado (verdadero fantasma que no se presenta nunca en forma corporal, ni se muestra cara a cara), derrotado en Madrid, se ha escurrido a Portugal, dejando el campo libre. «¡Bendito sea el Señor que así lo ha ordenado!», exclama, piadosamente, Teresa, alerta, desde Toledo, a todos los movimientos del enemigo, y muy al cabo siempre de cada una de sus maniobras, al transmitir con toda prontitud la jubilosa noticia a Gracián en Almodóvar.

Sin embargo, no hay tiempo que perder. Ayúdate y Dios te ayudará, como dice el refrán.

Teresa, que todo lo ve desde Toledo, no se deja engañar por ningún triunfo ilusorio o pasajero.

«Sepa que los del Consejo dicen, que si conforme al proceso se ha de dar la licencia [para otras fundaciones], que no se dará, porque es menester hacer más probanza de nuestra parte; que como vean una letra del Nuncio en que diga que la dá, la darán sin más pleito. Esto avisó un oidor de amistad á don Pedro González. Vuestra paternidad me escriba con los que vinieren de Capítulo, que medio se tendrá; y sería bueno pedírselo á algunas personas de la corte, como el duque ú otros. Yo he sospechado, si con cartas de Roma le atan, para que no nos dé estas licencias... también he pensado, que si al Papa ponen éstos [los Observantes] estas informaciones no verdaderas, y allá no hay quien responda, que les darán cuantos Breves quisieren contra

nosotros, y que importa en gran manera, que algunos están allá, porque viendo cómo viven, verán la pasión, y creo no hemos de hacer nada hasta esto; y traerían licencia para fundar algunas casas. Crea que es gran cosa estar apercibidos para lo que viniere...

»Ya le he escrito por dos partes [esto lo escribe el día siguiente] como Peralta [Tostado] se partió de para Portugal, el mismo jueves que vuestra paternidad vino aquí. Santelmo [Olea, un jesuíta amigo] me ha escrito hoy que no tenemos que temer, que cierto está Matusalem [el Nuncio Ormaneto] muy determinado de cumplir nuestro deseo de apartar las águilas [los Observantes], que bien ve que conviene. [La verdad es que la ausencia del Tostado ha intimidado de tal manera el ardor de los Carmelitas en Toledo, que] Infante [un Observante] me vino a hablar; quería carta para Pablo [Gracián]. Yo le dije no haría nada por mí, que le hablase a él: no se halla en cosa culpado. Yo creo, que si tuviera esperanza de la vuelta de Peralta, no viniera tan sujeto. De Sevilla me han escrito hoy la baraunda que allá pasa del convento y publicación con Peralta, y diciendo por todo el pueblo habían de sujetar las mariposas [las monjas Carmelitas Descalzas].»

El 20 de septiembre le felicita por la conducta que observara en el Capítulo. Descubrimos, aunque vagamente, el origen del arranque valeroso de Gracián en Sevilla, que le gana el aplauso y la admiración de sus mismos detractores:

«Vienen contentísimos [hay que presumir que se refiere á los priores de Pastrana, Mancera y Alcalá, los cuales procurarían, como era natural, tener una entrevista con ella al pasar por Toledo de vuelta del Capítulo á sus respectivos conventos], y yo lo estoy muy mucho de cuán bien se ha hecho, gloria sea á Dios: ausadas que no queda vuestra paternidad sin alabanzas grandes de esta vez... También me contó mucho de la traza que se daba de procurar la provincia por vía de nuestro padre general, con cuantas maneras pudiéremos; porque es una guerra intolerable, andar con disgusto del prelado. Si se puede hacer á costa de dineros, Dios los dará, y dénse á los compañeros; y por amor de Dios, vuestra paternidad ponga diligencia en que no se detengan en ir. No lo tome por cosa accesoria, pues es lo principal; y si ese prior de la Peñuela le conoce tanto, él irá bien con el padre Mariano; mas harto mejor sería estotro, y es ahora bonísima coyuntura. Y visto lo que se vé en Matusalem, no sé qué aguardamos, que es no tener aquí nada, y quedarnos al mejor tiempo perdidos.»

Mientras tanto la espada está colgando de un hilo, o de una cosa aún menos consistente—la vida de dos ancianos, a cualquiera de los

cuales puede arrebatar la muerte el día menos pensado: el Nuncio y Covarrubias, Presidente del Consejo Real.

Es probable que sea a este último y no al Rey, como se ha supuesto erróneamente, a quien Teresa se refiere por Gilberto, en el pasaje siguiente de la misma carta:

«Sepa que un clérigo amigo mío [Velázquez] me dijo este día, que trata conmigo cosas de su alma, que tiene por muy cierto que Gilberto ha de morir muy presto, y aún me dijo que este año; y que de otras personas, que lo había entendido otras veces, que jamás erraba. Ello es cosa posible, aunque no hay que hacer caso de esto; mas como no es imposible, es bien que vuestra paternidad traiga delante que puede ser, para los negocios qqe nos cumplen, y así trate las cosas de la visita, como cosa que ha de durar poco. Fray Pedro Hernández, para todo lo que quiso ejecutar en la Encarnación, lo hacía por mano de Fray Ángel, y él se estaba desde lejos, y no por eso dejaba de ser Visitador y de hacer su hecho.»

Mientras los frailes discutían sobre si la misión principal de los Carmelitas Descalzos era la contemplación o la acción, Fray Agustín Suárez, persuadido de que la acción era de una eficacia más inmediata, volvía a ocuparse silenciosamente de su cargo de Provincial de los Carmelitas andaluces, convocaba un Capítulo en Écija, y despojaba de su cargo al Evangelista de Teresa, prior del Monasterio de Sevilla, mandándole a paseo en unión de los Descalzos que le habían nombrado.

«Siempre me acuerdo de lo que ese provincial (Suárez) hizo con vuestra reverencia, cuando estaban en su casa [escribe á Gracián Teresa]; que no querría, si fuese posible, se lo desapadeciese. Quéjanse que se rige vuestra reverencia por el padre Evangelista: también es bien que vaya con advertencia, que no somos tan perfectos, que no podría ser tener con algunos pasión y con otros afición, y es menester mirarlo todo.»

Que Gracián traspasase su cargo de visitador de los Observantes—con el odio correspondiente—al provincial Observante Suárez, mejor consejo no podía darse.

«Yo le digo—vuelve ella a escribir—que creo ha de ser menester aprovecharse de los menos culpados de esos, para que ejecuten lo que vuestra paternidad ordenase. Ese provincial (Suárez), si no hubiera andado tan disbaratado, no era mal verdugo.»

Otra vez insiste sobre el paso más importante de todos:

«Esto de Roma suplico á vuestra paternidad se dé priesa: no aguarden al verano, que es buen tiempo ahora, y crea que conviene.»

Sus prudentes consejos cayeron en saco roto. Gracián se marchó apresuradamente a Sevilla, hizo frente a los turbulentos y provocativos Carmelitas y, ayudado por el Arzobispo y teniente gobernador de la ciudad, apaciguó la tempestad, y obligó a los insubordinados frailes a acatar y obedecer su comisión. «Esta vez, por lo menos—escribe el prevenido cronista—, nuestro buen padre desplegó más valor y constancia que su temperamento prometía.» De modo que Gracián se fué a Sevilla para reformar los Observantes—con más diligencia, a veces, de la que era prudente para su seguridad—: «No piense mi padre perfeccionar las cosas de un golpe.» Teresa en Toledo, sigue el curso de los acontecimientos, y advierte y amonesta, sin ser, desgraciadamente, siempre atendida. Es la única persona, de entre todos, que ha comprendido la situación y formado un plan de acción claramente definido. Sus cartas nos transmiten destellos pasajeros de estas tempestades, tan ilusorias como el medio en que tuvieron lugar, para quienes, como nosotros, estamos sumergidos en las tormentas, en las tempestades de otro siglo...

María de San José desempeña también un papel principal en el drama.

En cuestiones de amor y de guerra, todos los recursos son lícitos, y en aquellos agitados días, cada partido estaba empeñado en interceptar las cartas del otro. Así es que, por extraña casualidad, varias cartas de Teresa caen en las garras del Tostado: «Pena me ha dado lo de las cartas perdidas; y no me dice si importaban algo las que aparecieron en manos de Peralta.» Por otra parte, algunas cartas de este último caen en manos de Gracián; pera la historia ha omitido relatar cómo llegaron a él. María de San José es la fiel intermediaria entre Sevilla y Toledo. A ella confía Teresa la tarea de tenerla informada minuciosamente de la salud y movimientos de este hermano querido, así como de los acontecimientos que con tanta rapidez se desencadenaban en Sevilla. En el legajo de cartas que cruzan constantemente entre Toledo y Sevilla, dos cruces distinguen las de Gracián. Por esta misma razón—o sea, el peligro que corren de ser interceptadas en el camino—Teresa se refiere, con nombres supuestos, a aquellos que pudiera ser peligroso nombrar a claras, formando así un enigma imposible de descifrar, a no ser por alguno que estuviese, de hecho, en el secreto. Así, Tostado figura como Peralta; Gilberto, debe ser, probablemente, Covarrubias, Presidente del Consejo Real; el Nuncio del Papa, Ormaneto, es Matusalem; Quiroga, el Gran Inquisidor, Arcángel, etc., etc.

«La ruego, por caridad [esto escribe Teresa, el 7 de Septiembre, a

María de San José, de Sevilla], tenga mucho cuidado de escribirme lo que pasa, cuando nuestro padre no pudiere, y de darle mis cartas y recaudar las suyas: ya ve qué se pasa, aun estando ahí, de sobresaltos, ¿qué será estando lejos?»

Afortunadamente, el Jefe de Posta es toledano, y además primo de una de las monjas de Segovia: «Hame venido á ver, y por ella, dice que hará maravillas: llámase Figueredo. Es, como digo, el correo mayor de aquí. Hemos concertado y dice, que si allá hay cuidado de dar las cartas al correo mayor, que casi á ocho días podría saber de allá. ¡Mire qué cosa sería! Dice, que con poner una cubierta sobre mi envoltorio, que diga que es para Figueredo, el correo mayor de Toledo, cuando en ellas fuese mucho, ninguna se puede perder... Allá se informe—añade esta cumplida castellana vieja—si le ha de poner *manífico* ú cómo. Por esto me he holgado de quedarme ahora aquí, que en Ávila hay mala comodidad para esto, y aun para otras cosas.»

«Por caridad», repite, con fecha 22 (el capítulo de Almódovar está ya terminado y Gracián debe llegar de un momento a otro a Sevilla), «que tenga cuenta con hacerme saber de vuestro padre, por la vía que la escribe en la carta, que llevó su paternidad. Tengo gran deseo de saber si llegó bueno y cómo le ha ido». De como le fué podemos formar una idea vaga leyendo la carta siguiente, escrita seis días después: «Por caridad no me deje de escribir enseguida todo lo que pasase, que nuestro padre escribe corto, y no tiene lugar de escribir.»

Otros temores más negros la acosaban. ¿Y si aquellos padres del paño (que a semejanza de Habacuc eran capaces de todo) fueran a deshacerse de su odioso Visitador valiéndose del veneno?

Teresa no era una de esas mujeres que se dejan acongojar por suposiciones fantásticas, y es cierto que Gracián corría verdadero peligro de ser asesinado o envenenado. Ya hemos visto cómo al escribirle desde Malagón, insistió en que no se permitiese a nadie comer en el locutorio del convento de sus monjas en Sevilla, y el mismo arriero que llevó aquella carta era portador de otra para María de San José con las mismas órdenes. Sólo una excepción habría de hacerse, y esa en favor de Gracián, «pues vános tanto en su salud, que todo es poco lo que podemos hacer».

«... Mire que no se descuide», dice a su priora, «de regalar alguna vez á nuestro padre. Harto está él en lo que nosotros, de que no sea cosa de frailes ahí. Tanto hemos pasado sobre esto, que no querría hiciese el extremo, porque veo su necesidad, y lo que nos va en su salud.» Pero ni aun Gracián ha de comer en el locutorio a expensas de la comunidad. Ella comprende bien sus privaciones y no ha de impo-

nerle otra carga más. Lo que gasten en él, así como el coste del porte de las cartas de Sevilla (en algunas ocasiones hasta incluye ella el coste de éstas en las suyas, con lo que zahería un poco el amor propio de la buena priora), han de desquitarlo, estrictamente, de los cuarenta ducados que habían recibido de San José de Ávila: «y mire que si algo le faltase siendo ocasión de regalar á nuestro padre, que me lo haga saber, y que no haga otra cosa, que no será comedimiento sino bobería».

Repetidas veces hace amonestaciones sobre el mismo tema: «Avísele que no coma con esos frailes Observantes. Yo no sé para qué se va allá, sino para darnos á todas trabajos. Ya he dicho á nuestra reverencia que lo que gastase ponga por cuenta de lo que nos enviaron de San José... Tenga cuenta de esto la buena superiora, que no será mucho contar el agua.»

Pero el veneno reservado a Gracián, tal vez fuera más letal y sutil en sus efectos que el que Teresa temía. Está rodeado de espías; vigilan todas y cada una de sus acciones, dándoles la peor interpretación posible. La franqueza y *naïveté* de su carácter y cierta imprudencia festiva, característica de su persona, hácenle fácil presa de sus enemigos. Ha llegado a ser víctima de las más odiosas calumnias por parte de los Observantes—calumnias que, por triunfalmente que las refute ahora, han de cernirse sobre su vida cual negra nube que a duras penas se desvanece con su muerte.

«Harto bien hará vuestra paternidad», amonestó la sagaz consejera desde Toledo, «de mandar lo que hubiere de hacer á los Observantes desde su monasterio, y no ternán que mirar si va á coro, ú si no; yo le digo que todas las cosas se hagan mejor. Por acá no faltan oraciones, que son mejores armas, que de las que usan esos padres.» Gracián, sin embargo, restablecido en su comisión por el Nuncio, prosigue su curso con firmeza.

«Mucho he alabado al Señor», escribe Teresa el 23 de octubre, «de cómo van los negocios, y hanme espantado las cosas que me ha dicho fray Antonio que decían de vuestra paternidad. ¡Válame Dios! qué necesaria ha sido la ida de vuestra paternidad; aunque no hiciese más, en conciencia me parece estaba obligado, por la honra de la Orden. Yo no sé cómo se podian publicar tan grandes testimonios. Dios les dé luz, y si vuestra paternidad tuviera de quién se fiar, harto bueno fuera hacerles ese placer de poner otro prior; mas no lo entiendo. Espántame quien daba ese parecer, que era no hacer nada. Gran cosa es estar ahí quien no sea contrario para todo».

Lo que estas calumnias fueron ya lo veremos más adelante. Una

por lo menos está relacionada con un incidente que Teresa menciona en sus cartas. Con una credulidad que favorece poco a su buen criterio, el cándido fraile ha caído de cabeza en las redes tendidas por uno de los numerosos impostores religiosos que pululaban a la sazón en España: una mujer que le hizo creer que tenía trato deshonesto con el diablo; por lo cual Gracián le desafía a singular combate.

«Dígale», la dice, «si se tiene por omnipotente, que venga á mi celda á media noche, que con un garrote en las manos le daré tantos palos en aquel hocico que le hará entender si es omnipotente ó no». El reto es aceptado. «¿De modo que piensa jugar con Lucifer, verdad?» es la contestación que trae la mujer al día siguiente; «antes de ocho días, verá él quién es Lucifer». «Á los cinco días», consigna Gracián en la triste memoria de su arruinada vida, «comenzaron mis trabajos, los cuales duran más de veinticinco años ha, y creo durarán hasta que se me acabe la vida, con tantas marañas, revueltas y invenciones, que aunque ya he passado y passo por ellas no las entiendo, ni sabría decir otra cosa más que han sido invenciones de Lucifer».

Pero Lucifer no alcanzaba a habérselas con la astuta Teresa, y cuando su Pablo la escribió en su tribulación, ella le contestó lo siguiente:

«En lo que toca á esotra doncella ó dueña, mucho se me ha asentado, que no es tanto melancolía, como demonio, que se pone en esa mujer, para que haga esos embustes, que no es otra cosa, para si pudiese en algo engañar á vuestra paternidad, ya que á ella tiene engañada; y así es menester andar con gran recato en este negocio, y no ir vuestra paternidad á su casa en ninguna manera, no le acaezca lo que á Santa Marina (1) (creo que era), que decían era suyo un niño, y padeció mucho... Advierta, mi padre, que si esa carta no le dió debajo de confesión, ó en ella, que es caso de Inquisición, y el demonio tiene mil enredos. Verdad es que yo no creo que ella se la dió al demonio, que no se la tornara á dar tan presto, ni todo lo que ella dice, sino que debe ser alguna embustera (Dios me lo perdone) y gusta de tratar con vuestra reverencia... ¡Mas qué maliciosa soy! Todo es menester en esta vida... Si hay algo de que denunciar de ella (digo fuera de confesión) esté advertido; porque temo no ha de venir á más publicación, y echarán á vuestra paternidad, después que digan que lo supo, y calló, mucha culpa. Ya veo que es bobería. [¡Oh, ingenua y tierna diplomática!], que vuestra paternidad se lo sabe... Yo digo, mi padre,

(1) Véase Voragine, *Leyenda Aurea*. Santa Marina era una mujer que se vistió de fraile y vivió como si lo fuera, hasta que el incidente a que se hace referencia más arriba dió lugar a que se descubriera su sexo.

que será bien que vuestra paternidad duerma. Mire que tiene mucho trabajo, y no siente la flaqueza hasta estar de manera la cabeza, que no se puede remediar, y ya ve lo que importa su salud...»

Una semana después:

«Por la vía del correo de aquí [el buen correo, hermano de la monja «un hombre excelente»] escribí la semana pasada, adonde respondí á Pablo sobre aquello de las lenguas [el impostor hablaba en lenguas desconocidas]; y tratando con José [Cristo], me dijo, que le avisase que tenía muchos enemigos visibles é invisibles, que se guardase. Por esto no querría que se fiase tanto de los de Egipto [los Calzados], ni de las aves nocturnas.»

Pero hay otros enemigos, además de los egipcios y aves nocturnas, más temibles por ser de la misma casa, y los ojos de esta sensata anciana alcanzan a ver las envidias nacientes que empiezan ya a zumbar en torno del fraile leal.

«A mi padre fray Antonio dé un gran recado mío por caridad: aunque mejor sería, cuando le pudiese excusar, no ver que escribo á vuestra paternidad tanto, y á él tan poco.»

La verdad es que toda la fuerza de su cariño se concentra en este Pablo suyo. También es posible que al amor del solitario corazón de esta anciana en Toledo, que tuvo tan pocas afecciones terrenales, se mezcle un asomo de envidia, hija de su ternura.

«Dios les perdone á esas mariposas [las monjas de Sevilla], que tan á su consuelo gozan lo que yo ahí gocé con tanto trabajo. La envidia no se puede excusar, mas harto gozo es para mí la industria que le ha dado, para que tenga algún alivio Pablo y tan sin nota. Ya les escribí hartos consejos bobos, para vengarse de mí. ¿Había de dejar de darme el alivio que tengo, de que pueda tener alguno, pues tiene tanta necesidad, y tan gran trabajo? Mas, más virtud tiene mi Pablo que eso, y mejor entendida me tiene que antes. Porque no haya ocasiones de faltar, eso pido yo, que si no fuera á ese fin, no sea nuestra paternidad capellán suyo. Esto es así; porque yo le digo, que si para no más de eso hubiera pasado todo el trabajo que pasé en esta fundación, lo diera por muy bien pasado, y de nuevo me hace alabar al Señor, que me hizo esta merced, de que haya ahí cómo resolgar, sin que sea con seglares. Hácenme gran placer esas hermanas (y nuestra paternidad merced) en escribirlo ellas tan por menudo, que dicen que vuestra paternidad se lo manda, que me es esto tan gran regalo ver que no me olvida. El tiempo quitará á nuestra paternidad un poco de la llaneza que tiene, que cierto entiendo es de santo. Mas, como el demonio no quiere que todos sean santos, las que son ruines y malicio-

sas, como yo, querrían quitar ocasiones. Yo puedo tratar y tener mucho amor por muchas causas, y ellas no todas podrán, ni todos los prelados serán como mi padre, que sufra con ellos tanta llaneza. Y pues Dios le ha encomendado este tesoro; no ha de pensar que le guardarán todos como vuestra paternidad, que yo le digo cierto, que tengo harto más miedo á lo que le pueden robar los hombres que los demonios; y lo que me vieren decir y hacer á mí (porque entiendo con quien trato y ya por mis años puedo) les parecerá que pueden ellas hacer, y tendrán razón; y esto no es dejarlas de amar mucho, sino quererlas muy mucho. Y es verdad, que con cuán ruin soy, después que comencé á tener hijas, que he andado tan atada y mirada, mirando en lo que el demonio les podía tentar conmigo, que á gloria de Dios, creo han sido pocas cosas las que tendrán que notar (porque su Majestad me ha favorecido en esto) que sean muy graves; porque yo confieso, que he procurado encubrir de ellas mis imperfecciones; aunque como son tantas, hartas habían visto, *y el amor que tengo a Pablo, y el cuidado de él.*

»¡Mas qué pesada soy! No le pese á mi padre de oir estas cosas, que estamos vuestra paternidad y yo cargados de muy gran cargo, y hemos de dar cuenta á Dios y al mundo; y porque entiende el amor con que le digo, me puede perdonar y hacerme la merced, que le he suplicado, de no leer en público las cartas que le escribo. Mire que son diferentes los entendimientos; y que nunca los prelados han de ser tan claros en algunas cosas, y podrá ser que las escriba yo de tercera persona, ó de mí, y no será bien que las sepa nadie, que va mucha diferencia de hablar conmigo misma de esto de vuestra paternidad á otras personas, aunque sean mi misma hermana, que como no querría que ninguno me oyese lo que trato con Dios, ni me estorbase con él a solas, de la misma manera es con Pablo.»

Sus cartas a María de San José son por el mismo estilo:

«Yo les digo, que les he harta envidia la buena y descansada manera con que gozan de nuestro padre: no merezco yo tanto descanso, y así no tengo por qué me quejar... con todo [aquí entra el ahorro y la economía, no por ella sino por sus monjas en Sevilla, apuradísimas á veces para luchar contra el hambre, como veremos luego]; con todo, lo digo, que de mi parte mande á la subpriora, que todo el gasto vaya contando á cuenta de los cuarenta ducados de San José... Riéndome estoy cómo ha de contar hasta el agua la buena subpriora, y hará bien, que así lo quiero... Quisiera no se supiese en los Remedios adónde come; porque esa puerta abierta no se sufre con ningún otro prelado. Créame que es menester mirar por lo porvenir, para que no

tengamos que dar cuenta a Dios, las que lo hemos comenzado.»

A lo cual María de San José debió contestar con alguna sequedad:

«No me ha pasado, creo, por pensamiento, decir que no coma allá [dice en la carta que escribe una semana después] (porque veo que es grande la necesidad) sino que, cuando no fuere á eso no vaya muchas veces... antes me hacen tanta caridad en el cuidado que tienen de regalar á su paternidad, que nunca se lo pagaré.»

Mas a pesar de todo, y con gran apuro de Teresa, Gracián sigue comiendo en el monasterio Carmelita y va, además, acompañado por un tal fray Andrés que no sabe guardar el debido silencio. «Por amor de Dios le avise siempre, y se vaya á los Remedios en acabando ahí, que parece es tentar a Dios.»

Gracián está obrando maravillas. La monjas de Sevilla han tenido también su parte en los trabajos de la Reforma, y algunas de ellas han ido a Paterna para introducir su disciplina en el convento carmelita de ese lugar.

«Mucha envidia he habido á las que fueron á Paterna [escribe Teresa, condenada en Toledo á la inanición], y no ir por nuestro padre; que con ver que era ir á padecer, se me olvidó esotro. Plega á Dios sea para principio de que se sirva de nosotras. Allí, con tan pocas, creo no han de pasar mucho, si no fuera de hambre, que me dicen no tienen qué comer. Dios sea con ellas, que harto se lo pedimos por acá. Envíeles esa carta muy á recaudo, y envíeme algunas, si tiene, suyas, para que vea cómo les va.»

Esto lo escribió el 26 de noviembre. A fines del mismo mes escribe a Gracián, preocupada con el mismo asunto:

«Yo le digo, que ó no me dar Dios á entender que todo el bien que hacemos viene de su mano, y lo poco que podemos nosotros, que no fuera mucho tener alguna vanagloria de lo que vuestra merced hace. Sea por siempre bendito y alabado su nombre por siempre jamás, amén; que basta para entontecer las cosas que pasan: y cómo vuestra paternidad las hace con tanta paz es lo que más me admira, y dejando amigos los enemigos, y hacer que ellos mismos sean los autores ó ejecutores, por mejor decir.

»La elección del padre Evangelista me ha caído en gracia; por caridad le dé vuestra paternidad mis encomiendas, y al Padre Pablo, que Dios le pague la recreación, que nos ha dado con sus coplas y la carta de Teresa, holgándome de que no sea verdad lo de las cigarras [las monjas Observantes] y de la ida de las mariposas [Descalzas]. Hartas envidiosas tienen [las Descalzas de Paterna], que en esto de padecer todas traemos deseos; en la obra nos ayuda Dios... Sea Dios bendito,

que ha estado vuestra paternicad allí para esas baraundas: ¡qué hicieran esas pobres! Con todo son venturosas, pues aprovechan ya de algo y tengo por muy mucho lo que vuestra paternidad me escribe del visitador del arzobispo. No es posible sino que ha de hacer gran provecho esa casa, pues tan caro nos costó: paréceme que no es nada lo que pasa Pablo ahora, para lo que se pasó con el miedo de las Águilas [Observantes].

»Harto en gracia me ha caído su andar á pedir, y no acaba de decirme quién es el compañero. Dice vuestra paternidad que enviaba en estos pliegos la carta de Peralta, y no viene... ¡Oh qué de buena gana diera á comer Ángela, según me dice, á Pablo cuando estaba con esa hambre que dice! Yo no sé para qué busca más trabajos de los que Dios le da en andar á pedir: parece tiene siete almas, que en acabando una vida ha de haber otra. Nuestra paternidad le riña por caridad, y le agradezca de mi parte la merced que me hace en tener tanto cuidado de escribir, sea por amor Dios.»

El 3 de diciembre llega una noticia importante al viejo y sombrío convento de Toledo, que Teresa se apresura a trasmitir a su priora de Sevilla. «Harto deseo saber de las mis monjas de Paterna: creo que les ha de ir muy bien, y con las nuevas, que le dirá nuestro padre, que hay, de no admitir al Tostado, no parará en solo ese monasterio la reformación de las Descalzas.» Y era cierto, pues el 24 de noviembre había sido promulgada una Real orden mandando al Tostado presentara su comisión y poderes en el plazo de quince días. Evidentemente las Descalzas están venciendo en toda la línea.

A María de San José, el 7 de diciembre:

«Me obligan tanto con el cuidado que me dice nuestro padre tienen de regalarle, que me ha puesto aún más amor; y de que se haga con aviso estoy muy contenta; porque creo yo, ahora, ni nunca, habrá otro con quien así se pueda tratar. Porque como le escogió el Señor para estos principios, y no los habrá cada día, así pienso no habrá otro semejante... Mas tampoco habrá tanta necesidad; que ahora, como tiempo de guerra, hemos menester andar con más cuidado... Harto me he holgado vaya entendiendo lo que ahí ha en nuestro padre. Yo desde Veas lo entendí.»

Quiroga, el Gran Inquisidor de España, ha citado a Gracián a Madrid.

«Con toda la razón que vuestra paternidad tenía en el quedarse, vista la carta del Ángel [Ángel es Quiroga] tan encarecida, quisiera yo [dice la sagaz consejera], aunque fuera á costa de su trabajo, que no dejara de ir en cumpliendo con esos señores marqueses; porque aun-

que él no acertara, por cartas comunícanse mal estas cosas; y debémosle tanto, y parece que le ha puesto Dios para nuestra ayuda, que el yerro nos saldría a bien por su parecer. Mire, mi padre, no le enoje, por amor de Dios, que está ahí muy solo de buen consejo, y darme ha mucha pena.»

Su consejo fué, como siempre, desatendido. Gracián dejó pasar el momento oportuno y permaneció en Sevilla. Entre otras cosas, notamos en esta carta los primeros síntomas de una antipatía recíproca entre María de San José y Fray Antonio de Jesús, antipatía que sólo aguardaba la muerte de Teresa para estallar con una llamarada de ardiente aversión.

»También me ha dado pena, que ese Santoyo [fray Antonio] dice la priora que no hace bien su oficio, harto más de que tenga poco ánimo. Por amor de Dios que vuestra paternidad se lo diga de arte, que entienda también habrá para él justicia, como para otros... Escribo ésto tan apriesa, que me vino una visita forzosa, ya que la quería comenzar, y es muy anochecido [podemos figurárnosla sentada hasta las altas horas de la noche en su pequeña celda de paredes blanqueadas, escribiendo á la luz de un candil colgado en la pared], y hala de llevar el recuero, y por ser cosa tan cierta no quiero dejar de tornar á decir lo que ya tengo escrito, que es, que han dado provisión el Consejo real para que no visite el Tostado en las cuatro provincias... (cosa que me dijo el mismo que la había visto—el que la escribió—y leíanme la carta). Con todo, no lo tengo por muy verdadero al que la leía, mas creo en esto lo era, y, por algunas causas, no tenía porqué mentir. De una manera ó de otra, espero en Dios que se hará todo bien, pues así va haciendo á Pablo encantador... ¡Oh mi padre, y quién pudiera hallarse en esas ciudades con vuestra paternidad! ¡Y qué bien hace de quejarse á quien tanto le han de doler sus penas!... Mire no se descuide en lo que come por esos monasterios.»

A mediados de diciembre escribe nuevamente a este hombre, por el que tanta admiración siente:

«¡Oh qué buen día he tenido hoy, que me ha enviado el padre Mariano todas sus cartas de vuestra paternidad!... En fin, mi padre, le ayuda Dios y enseña á banderas desplegadas, como dicen: no hay miedo que deje de salir con gran empresa [así lo habían hecho los antepasados de ella, cuya sangre arde en sus venas al escribir esto] ¡Oh, la envidia que tengo á los pecados que se dejan de hacer por vuestra paternidad y el padre fray Antonio! ¡Y estoíme yo aquí sólo con deseos! [¡Oh, cuán lastimosa es la incapacidad impuesta por el sexo á este espíritu grande y valeroso!] Hagame saber en qué se fundó

el testimonio de la monja virgen y parida, que me parece grandísima necedad levantar una cosa como esa. Mas ninguna llega á la que el otro día me escribió. ¿Piensa que es pequeña merced de Dios llevar vuestra paternidad estas cosas como las lleva?... Holgádome he de ver la carta que escribió á vuestra paternidad la priora de Paterna, y la maña que le da Dios á vuestra paternidad en todas las cosas. Espero en Él harán gran fruto, y hame puesto codicia de que no cesen las fundaciones... Yo bien tengo entendido, que ningún remedio tienen monasterios de monjas, si no hay de las puertas adentro quien guarde. ¡Oh qué deseo tengo de ver las monjas todas quitadas de la sujeción de Calzados! Está la Encarnación que es para alabar á Dios. En viendo hecha provincia he de poner la vida en esto, porque de aquí viene todo su mal, y es sin remedio. Porque, aunque otros monasterios están relajados, no es en tanto extremo, digo los sujetos á los frailes, que á los Ordinarios terrible cosa es. Y si los Prelados entendiesen lo que cargan sobre sí, y tuviesen el cuidado que vuestra paternidad, de otra manera irían, y no sería poca misericordia de Dios hacer tantas oraciones de buenas almas para su Iglesia.

»Muy bien me parece lo que dice de los hábitos, y de aquí á un año los puede poner á todas. Hecho una vez, hecho se queda, que todo es grito unos días; y con castigar á unas, callarán las demás, que así son mujeres, temerosas por la mayor parte... Como me ha caído en gracia el rigor de nuestro padre fray Antonio. [á esto era á todo lo que se reducían las quejas de María de San José]: entienda, que con alguna [de las monjas] no fuera malo, que infinito importa, que yo las conozco. Quizá se quitara más de un pecado en sus palabras, y aun estuvieran ahora más rendidas; que de blandura y rigor ha de haber, que así nos lleva nuestro Señor, y esas muy determinadas no tienen otro remedio.»

A Mariano, el 12 de diciembre:

«Sólo me da una pena grande y envidia de ver lo poco que yo valgo para esto; que quisiera andar en peligros y trabajos, para que me cupiera parte de estos despojos, de los que andan las manos en la masa. Algunas veces, como soy ruin, alégrame de verme aquí sosegada: pero en viniendo á mi noticia lo que por allá trabajan, me estoy desaciendo, y habiendo envidia a éstas de Paterna. Tiéneme alegrísima, que comience Dios á aprovecharse de las Descalzas, que muchas veces, cuando veo almas tan animosas en estas casas, me parece que no es posible darlas Dios tanto, sino para algún fin; aunque sea no más de lo que han estado en aquel monasterio, estoy contentísima; cuanto más, que espero en su Majestad que han de aprovechar mucho.»

Así escribe esta mujer admirable, capaz de tantas cosas diferentes; instruyendo, amonestando, animando, siguiendo todos los movimientos de su padre y de sus monjas de Sevilla con el tacto más consumado y una gracia sin igual.

Sus cartas, tiernas, tristes o humorísticas, siempre ardientes y sinceras, por reveladoras inconscientes de los estados de ánimo que componían la muy humana y simpática realidad de Teresa de Jesús, que luchó y penó (y rió también), tanto o más que cualquiera otra persona de su época. En sus cartas, es donde más nos encanta y nos cautiva. No busquéis en ellas señal alguna de acre displicencia o cansancio de la vida, ni pretensiones a una santidad superior, ni indicio alguno de querer exhibirse. Ella se ocupa de los detalles más insignificantes de su vida diaria con el más ardiente celo, haciéndolos tan interesantes para nosotros como para los frailes y monjas que los leyeron entonces. Con estilo sencillo y espontáneo y frases familiares, nos describe hasta las interioridades de la vida conventual; y ésta no parece haber sido triste, sino más bien sana y alegre. Eran espíritus sencillos y tranquilos corazones no separados del mundo, puesto que éste entraba a formar gran parte de su vida; ¿no era España entera un vasto monasterio? La parte que les había caído en suerte era la mejor y ellas lo comprendían. Goces inocentes, múltiples cuidados—los mayores con frecuencia consistían en distraer el hambre—, triunfos también... ¡Ah, cuán libre se encuentra el pensamiento cuando en él no existe la idea de la propiedad que engendra aversiones y discordias, y cuando la prosperidad y el infortunio de un individuo son también la prosperidad y el infortunio de la comunidad! En verdad, la vida monástica, como la entendían entonces en España y la practicaba Teresa, era una de las más nobles manifestaciones de la vida nacional. Evocadas por unas cuantas frases, todas estas monjas excelentes pasan por delante de nuestros ojos. Ahí está la priora de Sevilla, con sus achaques y dolencias, purgas y sangrías. La vemos sentada delante de su rueca, en aquel convento viejo y sombrío de Sevilla, moviendo los brazos con tanto vigor e hilando en tanta abundancia, que Teresa tiene que decirla: «No hile con esa calentura, o nunca se le quitará.» Ahí están también la subpriora, que según el dicho feliz de Teresa, «hasta contar el agua habría, si pudiera»; y Gabriela, o San Gabriel, su enfermera, a quien más echa de menos por las noches; y Sor San Francisco, la excelente escritora epistolar, digna de figurar «en letras de molde...» Tocamos todos los cabitos que formaron estas vidas, olvidadas desde hace ya tanto tiempo. Me parece ver a la priora Gabriela y a San Francisco, entusiasmadas con la famosa fiesta con

que celebraron la Octava del Santísimo Sacramento, sentadas ambas para consignar el dificultoso relato de la misma, al que contestó la anciana Santa con la observación, «con todo no me enfadé, que me holgué mucho se hiciese tan bien». La comunicación constante mantenida por Teresa con sus monjas de Sevilla y sus diferentes conventos—las cartas que se cruzan entre éstas y Ávila—, nos revelan un estado de cosas que carece de la menor analogía con nuestra época, exceptuando tal vez Marruecos y Oriente. Estos caminos y veredas, tan solitarios hoy, estaban entonces atestados de viajeros; recueros con sus hileras de mulas cargadas, caminando entre Ávila y Sevilla, sofocadas por el sol; arrieros que hacen el viaje cantando—hombres cabalmente honrados, más seguros que el correo—. El servicio oficial de correos en España ha sido siempre pésimo. ¿No aconseja Teresa expresamente a su priora de Sevilla que no envíe el coste del correo, como no sea por conducto de un arriero, porque si no, ni cartas ni dinero volverían a ver? El borriquillo del arriero no sólo lleva las cartas—el legajo de las monjas de Sevilla es con frecuencia tan abultado que Teresa confiesa «holgarse mucho con las de San Francisco, y con las demás, con tal que la perdonen el responder»—, sino que va cargado de regalos de membrillos, tollas, atún y otros manjares destinados a la anciana fundadora en Toledo, muchos de los cuales, sin embargo, no pasan nunca de Malagón, por estar más necesitada de ellos la pobre priora Brianda, que está tísica.

A un recuero de Ávila confía Lorenzo el cobro del dinero que le debía el convento de Sevilla. Ved con qué gravedad espera delante de la reja del locutorio, sombrero en mano, mientras las monjas le hacen trabajosamente la cuenta desde otro lado, en grasientos maravedises (para hacer el pago más fácil y el peso mayor), y cómo se rasca la cabeza en ademán de duda, mientras guarda las monedas en su faja. También Lorenzo escribe con frecuencia desde Ávila, colocando escrupulosamente en una de las cartas, cuatro reales para el boticario que vivía cerca del convento, en pago de «un ungüentillo que le dió, creo, cuando tenía la pierna mala».

«Si vuestra reverencia no ha recibido las cartas», dice Teresa, «páguelos y no le deje de escribir, que me parece que mira en ello aunque yo le envío sus recados»—encargo que María de San José cumple fielmente, pues un mes más tarde vemos a Lorenzo riéndose con todas sus ganas al leer sus cartas y enseñárselas a las monjas de San José—. «Otro día escribirá, que la tiene gran afición; pues yo le digo que á mí que no me falta.»

Hemos visto a Teresa dirigiendo cada uno de los movimientos de

la Reforma. ¡De qué manera precisa domina la situación; con qué firmeza se hace dueña del campo de batalla, y ordena y dirige sus fuerzas con el acierto de un general! Además de esto, no descuida un momento la rígida vigilancia de sus conventos—objeto principal de su vida—. Veamos ahora cómo desempeña el cargo de administradora.

Lo mismo el convento de Malagón que el de Sevilla, están abrumados de deudas. Brianda, priora del primero, está postrada en cama con vómitos de sangre (también de ella se deja traslucir algo en estas cartas), y tan mal andan las cosas, que Gracián indica a Teresa la conveniencia de que se traslade allí para ponerlas en orden. A esto se resiste ella con energía, «puesto que ni tiene salud para curar enfermas, ni santa caridad»; además, su presencia en Toledo es absolutamente necesaria para tener a raya a doña Luisa de la Cerda, pues por más que dicha señora se haya negado a consentir que la Comunidad se traslade de Malagón a Paracuellos, les está haciendo construir un nuevo convento, «y pienso acabaré con ella que dé cuatro mil ducados este año, que no había de dar sino dos mil». En este caso, promete el maestro mayor dar por terminada la habitación, de Navidad en un año. Alfonso Ruiz se encuentra allá dirigiendo la obra, y las monjas no tienen nada que hacer; «y aunque hubiera gran ocasión para marchar, como vuestra paternidad vé, es á mal tiempo». La priora Brianda, a pesar de hallarse *in extremis*, posee una voluntad férrea y hace caso omiso de la indicación de Teresa, deseosa de que ponga al frente de la casa a Juana Bautista, nombrando a Beatriz de Jesús, «que dijo era muy mejor; quizá lo sería, mas á mí no me lo parece. Tampoco quiso fuese Isabel de Jesús maestra de novicias, que están tantas, que me tienen con harta pena; y ésta que lo ha sido, no ha sacado malas novicias, que, aunque no es avisada, es buena monja». También este cargo fué confiado por la priora a Beatriz, «que está harto fatigada». Pero la ansiedad grande de Teresa es por Sevilla, donde la priora se ve abrumada por censos, alcabalas, etc., y no sabe de dónde sacar el dinero para pagarlo, y, sin embargo, no carecen de ánimos, ¡las pobres!, haciendo medias, hilando, trabajando todo lo que pueden para aumentar con algo su exiguo presupuesto. Su única esperanza estriba en las novicias bien dotadas que puedan venir, y éstas son difíciles de obtener. En esta elección de novicias, sobresale claramente el sentido práctico de la Santa, sentido práctico tan grande, que se nos ocurre que hubiera negociado admirablemente en alguna feria de Castilla...

Una se presenta que tiene una falta; sin embargo, no hay que despreciarla; «como sé en qué cae verse en necesidad, y cuán mal se hallan

ahí de dineros», sobre todo si sus parientes se comprometen a pagar en seguida su dote de cuatrocientos ducados. Otra es un dechado de virtudes, pero carece de dote; no obstante, adoptando el principio de que echando un boquerón al agua se pesca un verdel, bien se la puede admitir, por más que «sólo se puede sufrir tomándola sólo por Dios, que no se ha tomado ahí ninguna de limosna, y Él nos ayudará; y quizá traerá á otras, porque se haga esto por Él». Una tercera es rica, pero no hay que contar con su dote hasta la muerte de su padre. ¡Cuán admirablemente prueba todo esto que la idea popular de que los santos son seres extáticos, desligados en absoluto de los asuntos de este mundo, es completamente errónea! Un traficante en caballos no hubiese dado muestras de mayor sentido práctico en la selección de una tanda de potros procedentes de los criaderos de Córdoba, que Teresa en la selección de sus novicias. La cuarta (una de dos hermanas, sobrinas de Garcí-Álvarez, deseosas ambas de ser admitidas en el convento) padece de «gran melancolía». «A mí, loca me dijeron que estaba, claramente. Además, esas tienen padre, y primero que las saquen nada se verá vuestra reverencia en trabajo.» Lo cierto es que Teresa se guía en todos los casos por la máxima de «dinero contante». «En lo que toca a la renunciación de la buena Bernarda—aspirante a novicia, hija de un tal Pablo Matías, que había salido fiador de las monjas en la compra de la casa—, esté advertido, que como tiene padres, no hereda el monasterio, porque heredan ellos: si ellos murieran antes que ella, heredaba el monasterio. Esto es cierto, que lo sé de buenos letrados, porque padres y abuelos son herederos forzosos; y á falta de ellos el monasterio. Á lo que estarán obligados es á dotarla, y si no saben estotro, por dicha alabarán á Dios de que se quiera concertar con ellos. Al menos, si diesen conforme á la fianza que tenían hecha, para pagarlo, sería gran cosa.» Lo cual demuestra un conocimiento muy competente de la ley, del que no parecía participar el bueno de Pablo Matías. En otra carta añade: «En lo de Pablo Matías, ya lo he tornado á leer: no le dejen creer que quieren su hija, sino que renuncie» (por las razones legales ya citadas). «Y sepa que es mejor por muchas cosas; que éstos que tratan» (el buen Matías era negociante), «en un día tienen mucho, y en otro lo pierden todo».

Ella, por su parte, en Toledo, «anda con cuidado por ver si se presenta algo que convenga». Efectivamente: se presenta una que tiene una voz hermosa. No se sabe lo que pasaría entre ella y la santa, o si es que había gran competencia en los conventos con relación a esa cualidad; lo cierto es que «la de la buena voz nunca más tornó», escribe Teresa con sentimiento; pero todavía retiene prudentemente, como

último recurso, a la novicia de Nicolao; «ésta llevará poco más de cuatrocientos ducados y ajuar».

«Estos dineros luego me engolosinaban, que los darán cuando quisieren, porque á los de su madre Beatriz y á los de Pablo, no querría llegasen; porque es para la paga principal; y si se van disminuyendo en otras cosas, quédanse con gran carga, que cierto es terrible, y así querría que por acá se remediase. Yo me informaré bien de esta doncella: harto la loan, y en fin es de por acá. Procuraré verla. Torno á decirla que no querría que fuesen vendiendo los censos de esa hermana, sino que busquemos por otra parte; porque nos quedaremos con la carga, y eso es gran golpe para darlo junto por paga con lo de Pablo, y quedarán muy aliviadas... La hija del portugués (ú que es) no tome, si no le deposita primero en alguna persona lo que le ha de dar, que he sabido que no le sacarán blanca, y no estamos en tiempos de tomar de balde, y mire que no haga otra cosa.»

Mientras tanto, los jesuítas han impedido que una novicia rica entre en el convento de Sevilla. Pero Teresa les sale al encuentro en su propio terreno. «Bien es», escribe con suma diplomacia, «que procure algunas veces, que las confiesen alguno de la Compañía, que hará mucho al caso para perder el miedo; y con el padre Acosta sería muy bien, si pudiesen. Dios los perdone, añade, que con esa se acabará todo, si era tan rica, aunque, pues su Majestad no la trajo, él tendrá el cuidado». En otra ocasión, estando las monjas de Sevilla abrumadas de disgustos y la priora incomodada con Garci-Álvarez, cuyo empeño pretencioso de imponer directores espirituales al convento dificultaba el ejercicio de la autoridad de la priora y llenaba su casa de discordias, Teresa ofrece los mismos consejos: «Buena costumbre sería», observa con sequedad, odiando, como odiaba, todo lo que tuviera que ver con Andalucía, a no ser el calor. «No me espanto de eso del padecer, que harto pasé yo», y pasa a indicar con mucha sensatez que el mejor remedio sería ponerse a bien con los jesuítas inmediatamente y ganarlos a su partido. «No será poco si el rector de ahí se quisiese encargar, como dice, y así para muchas cosas sería gran ayuda. Mas quieren que les obedezcan, y así lo haga, que, aunque alguna vez no nos esté tan bien lo que dicen, por lo mucho que importa tenerlos es bien pasarlo. Busque cosas que les preguntar, que son muy amigos de esto; y tienen razón, que si se encargan de una cosa, de hacerlo bien; así lo hacen adonde toman este cuidado. Ahí importa mucho en ese mundazo, porque venido nuestro padre quedan muy solas.»

No eran los censos, ni la conducta equívoca de Garci-Álvarez, ni la selección de novicias, las únicas cosas que apuraban a la atribula-

da y perpleja María de San José. El notario había cometido un error en las escrituras, y las monjas se encontraban bajo la amenaza de un pleito. «Siempre esté advertida», escribe la cauta Teresa, «que será mejor el concierto, y esto no se olvide; porque me escribió nuestro padre, que un gran letrado de la corte le había dicho que no teníamos justicia, y aunque la tuviéramos es cosa recia pleitos, no olvide esto».

Pagar es otra de las «cosas recias», en opinión de Teresa, y, por esta razón, ruega insistentemente a su priora que procure añadir todo lo que pueda a la cantidad necesaria para el pago de la casa, «para que no tengan que pagar tantos réditos». La verdad es que las pobres monjas de Sevilla deben dinero a todo el mundo: a Lorenzo, en Ávila, que las había ayudado a pagar la alcabala; al buen Alonso Ruiz, de Malagón, a quien es preciso pagar con prontitud, puesto «que ha de ganar de comer con ellos con ganado en Malagón». Pues si Teresa no descansa en su afán de conseguir novicias convenientes para su priora, no por eso deja de vigilar atentamente, con su rectitud de castellana, los intereses de los acreedores. «Siquiera esos trescientos ducados que ha de pagar ogaño, dice, procure que le den, y al pobre de Alfonso Ruiz, no le dar los dineros, yo le digo que me parece se me hace conciencia, por ver el poco remedio que ahí tiene.» También indica a María de San José la conveniencia de llegar a un arreglo con Pablo (el padre de la novicia Bernarda) por mil quinientos ducados, además de lo que había puesto en fianza por la casa, «que estas herencias no son nunca buenas para nosotras, que no quedan en nada; y heredad no tomen..., ni les pase por el pensamiento de tomar heredad, digan que no pueden, pues no han de tener renta». Prohibe a sus monjas que acepten heredades, pero no deben zanjar el asunto por menos de lo que ya les ha indicado; «si más pudiesen sacar, sáquenlo. Procuren que haya quien le diga, que para qué quiere dejar sus hijos revueltos en heredar por el monasterio. Aunque diera dos mil ducados no era mucho. Esotra portuguesa dicen que su madre podría dar el dote: esa creo era mejor que esotras. En fin, no ha de faltar; que cuando no se caten les dará Dios una que traiga más que quieren. Si tomase la capilla mayor ese capitán no sería malo. No dejen de enviarle algunos recaudos, que parezcan agradecidas, aunque no haya de qué». Pero ni Teresa ni su priora parecen haber tenido suerte en su caza de novicias.

«Yo recibí una monja en Salamanca» [escribe algo triste, después de rogar a su priora que no espere hasta que las cosas no tengan remedio, sino que vea la manera de hacer algo antes de hallarse rodeada de apuros, y procure conseguir algún dinero de las sobrinas de Garci-

Alvarez, que están a punto de entrar en el convento, para ayudar el pago de los réditos («que esa heredad no debe valer nada»)]. «Yo recibí una monja en Salamanca, que me dijeron traía consigo el dote, para enviarlas trescientos ducados de lo que allí deben en Malagón, y pagar los ciento de Asensio Galiano, y no ha venido; rueguen á Dios que la traya. Yo la digo que me debe harto, de lo que deseo verla libre de cuidado. ¿Por qué no procuran dar luego esos dineros de Juana de la Cruz, para no estar tan cargadas? y de procurar que siquiera traiga esa Anegas (Vanegas María de los Santos) para pagar á Alonso Ruiz, que como la he dicho es conciencia no se lo dar luego, que ya ve su necesidad.»

¡Excelente contadora, perspicaz matemática!, tan interesada en las cosas de la tierra como en las del cielo. Mas conste que no lo hace en beneficio propio, sino por sus conventos.

Esta capacidad tan acentuada para los negocios—esta comprensión rápida y clara de las cosas terrenales, esta *âpreté* por el dinero, este olfato tan fino para los ducados—es precisamente lo que más me encanta, y lo que da la prueba más clara de su grandeza. Para los espíritus elevados, para las inteligencias poseídas de un sentimiento respetuoso de dignidad personal, no hay detalle que sea de su incumbencia o de la de las personas con ellos relacionadas, que pueda considerarse vil o indigno de su atención. El orgullo falso y despreciable de las personas que pretenden guardar sus manos limpias del contagio de esa cosa mezquina e insignificante que llaman dinero, mientras la avaricia y la envidia de los que son más ricos les roe el alma; el orgullo de las personas que pretenden despreciar una moneda de cincuenta céntimos, pero se postran ante los millones y desprecian en realidad los deberes y responsabilidades más humildes, propios de su posición, era desconocido por completo en aquella época. Yo no tengo duda de que Lorenzo (que como ya hemos visto daba grande importancia al pago de los cuatro reales que dejó a deber al boticario de Sevilla) iba personalmente a vender sus ovejas y todo su ganado a la feria de Ávila; que regatearía también sus mercancías, y contaría con todo cuidado el dinero para cerciorarse de que no le habían engañado; y se marcharía después montado en su jaca, sin mengua alguna de su dignidad a su finca de la Serna. Porque aquellas gentes, que no ensalzaban ni adoraban las riquezas, no despreciaban tampoco la sencilla moneda de media peseta, ni los más humildes maravedises. Todo esto ha sido resultado del desarrollo de una época posterior—época sin dignidad, sin respeto personal, falsa de corazón, podrida hasta la medula, con sus lacayos, sus lame-suelos, sus camarillas de aduladores servido-

res, su brutal y repugnante cursilería. Hasta dudo que una simple criada de ahora no se crea rebajada al ocuparse minuciosamente, cual lo hace Teresa, del precio de una pieza de jerga. Es el siglo XIX el que ha dividido la humanidad en dos clases: estafadores y estafados. Por un lado, el caballero elegante que no sabe hacer nada sin sus abogados, sin agentes; por el otro, el industrial que sentado en su despacho, al frente de una fábrica de jabón o de embutidos, demasiado orgulloso para ponerse él mismo a vender sus productos, echa a perder el cutis y la digestión de millones de personas. La verdad es que nuestro código social ha sufrido una revisión moral, o más bien inmoral, en favor de la riqueza, castigando, hoy como siempre, la estafa en pequeña escala, pero respetando la que se hace al por mayor, en forma gigantesca, y considerándola como uno de los baluartes de la sociedad.

Me ocupo, pues, con sumo agrado, de este aspecto del carácter de Teresa, esta mezcla de ingenio y santidad, con aquellas otras cualidades consideradas hoy como cosa despreciable por su pequeñez, cuando en realidad nada es pequeño. Shakespeare lega a su esposa no su mejor cama, sino la mejor después de la primera; y hoy se le habría despreciado, y con razón, por estar tan enterado de las camas que tenía en su casa, y aun por haberse ocupado de cosas tan vulgares. La humanidad, con su calamitosa falta de imaginación, quiere que sus ideales salgan como las velas vaciadas a molde—de una pieza—completamente buenos o malos; quiere que sus santos o sus hombres de genio se eleven muy por cima de las cosas humanas, hasta alcanzar las regiones donde no tienen entrada cosas tan despreciables como los negocios; quiere que se lo den todo hecho en conformidad con algún plan concebido de antemano en su tenebrosa mente; anhela tenderlos sobre su propio lecho al estilo de Procusto. Les tienen sin cuidado las múltiples emociones que perturban el rostro de la belleza y destruyen su reposo, porque ellos, absortos en su satisfacción personal, grosera y material, jamás las sintieron. No se cuidan tampoco de los problemas complejos y contradictorios del carácter, que se observan en todo el que sea digno de atención, al par que las piedras mismas de la calle no pueden permanecer impasibles ante un carácter detestable o sobrehumanamente bueno. Si Teresa hubiese sido exclusivamente mística, no me hubiera puesto yo a escribir su vida; si sólo hubiese sido una mujer lista y entendida en los negocios, no hubiera encontrado en ella tampoco interés alguno. Lo que en ella me encanta y fascina de una manera tan completa, es su perfección y diversidad, esa mezcla de lo terrenal y de lo espiritual; el idealismo y el intenso realismo de su naturaleza. Y todo esto acompañado de la mayor rec-

titud, sin desvíos a derecha ni a izquierda. Ya hemos visto cómo aboga con sus monjas de Sevilla por los derechos del pobre Alonso Ruiz. Por más que el bienestar de sus conventos sea de suma importancia para ella, y la admisión de una novicia bien dotada el único medio de atajar la ruina financiera, no por eso vacila una vez siquiera, en rechazar lo mismo a la monja que su dinero si aquélla no reune las virtudes exigidas por sus conventos. Sobre este punto se mantiene siempre firme. Leed la respuesta amable, pero enérgica, que da al jesuíta Olea, prefiriendo atraerse su enemistad a faltar a su deber ordenando que sus monjas de Salamanca vuelvan a recibir a una novicia que habían encontrado inepta y a quien, por lo tanto, habían privado del hábito:

«Ya creo sabe, que no soy desagradecida; y así le digo, que si en este negocio me fuera á perder descanso y salud, que ya estuviera concluído; mas cuando hay cosa de conciencia en ello, no basta amistad; porque debo más á Dios que á nadie. Pluguiera á Dios que fuera falta de dote, que ya sabe vuestra reverencia [escribe a Mariano], y si no infórmese de ello, las muchas que hay en estos monasterios sin ninguno, cuanto más que le tiene bueno, que le dan quinientos ducados, con que puede ser monja en cualquier monasterio. Como mi padre Olea no conoce las monjas de estas casas, no me espanto esté incrédulo: yo que sé que son siervas de Dios, y conozco la limpieza de sus almas, no creeré jamás que ellas han de quitar á ninguna el hábito, no habiendo muchas causas; porque sé el escrúpulo que suelen tener en esto; y cosa, que así se determinan, debe de haber mucha: y como somos pocas la inquietud que hacen, cuando no son para la religión, es de suerte, que á una ruin conciencia se le haría escrúpulo pretender esto, cuanto más á quien desea no descontentar en nada á nuestro Señor. Vuestra reverencia me diga, si no le dan los votos, ¿cómo puedo yo hacerles tomar una monja por fuerza, como no se los dan, ni ningún prelado?

»Y no piense vuestra reverencia que le va al padre Olea nada, que me ha escrito que no tiene más con ella, que con uno que pasa por la calle; sino que mis pecados le han puesto tanta caridad en cosa que no se puede hacer, ni yo le puedo servir, que me ha dado harta pena. Y cierto, aunque pudiera ser, a ella no se la hacen en quedar con quien no la quiere. Yo he hecho en este caso aun más de lo que era razón, que se la hago tener otro año, harto contra su voluntad, para que se pruebe más, y para que si cuando yo fuere á Salamanca voy por allí, informarme mejor de todo. Esto es por servir al padre Olea, y porque más se satisfaga; que bien veo que no mienten las

monjas, que aun en cosas muy livianas sabe vuestra reverencia cuán ajeno es de estas hermanas esto; y que no es cosa nueva irse monjas de estas casas; que es muy ordinario, y ninguna cosa pierden en decir, que no tuvo salud para este rigor; ni he visto ninguna que valga menos por esto.

»Escarmentada de esto, he de mirar mucho lo que hago de aquí adelante; y así no se tomará la del señor Nicolás, aunque a vuestra reverencia más le contente: porque estoy informada por otra parte, y no quiero, por hacer servicio á mis señores y amigos, tomar enemistad. Extraña cosa es, que diga vuestra reverencia que para qué se hablaba de ello. Desa manera no se tomaría monja. Porque deseaba servirle, y me dieron otra relación de lo que después he sabido; y yo sé que el señor Nicolás quiere más el bien de estas casas, que de un particular; y así estaba allanado en esto... Vuestra reverencia no trate más de ello, por amor de Dios; que buen dote la dan, que puede entrar en otra parte; y no entre donde para ser tan pocas habían de ser bien, bien escogidas. Y si hasta aquí no ha habido tanto extremo en esto con algunas, aunque son bien contadas, hanos ido tan mal, que le habría de aquí adelante, y no nos ponga con el señor Nicolás en el desasosiego, que será tornarla á echar. En gracia me ha caído el decir vuestra reverencia, que en viéndola la conocerá. No somos tan fáciles de conocer las mujeres, que muchos años las confiesan, y después ellos mismos se espantan de lo poco que han entendido; y es porque aun ellas no se entienden para decir sus faltas, y ellos juzgan por lo que les dicen. Mi padre, cuando quisiere que le sirvamos en estas casas, denos buenos talentos, y verá como no nos desconcertaremos por el dote: cuando esto no hay no puedo hacer servicio en nada.»

Si la exactitud, perspicacia y tendencias económicas de Teresa nos causan asombro, la amplitud de sus ideas, la moderación y grandeza de sus miras respecto a la disciplina, no son para menos. Las monstruosas tradiciones que describen a Teresa en actitud de arrastrarse de rodillas, aparejada como un burro y llevando una carga de piedras hasta el refectorio donde sus monjas estaban congregadas a la hora de la comida, deben atribuirse, a mi manera de ver, a una época posterior, deseosa de exagerar la piedad de la Santa, a costa de su gran sentido común. Una acción semejante, atribuída a ella, debe considerarse como una invención, y rechazarse al instante y de una manera absoluta. Considerad, por ejemplo, su proceder en lo concerniente a Malagón. Con el empeoramiento de Brianda—«Dios es vida, y se la puede dar», y también: «De menos lo hizo Dios»; frases de Teresa que demuestran lo desesperado de su estado, por más que llegó a sanar y

vivió hasta la edad avanzada de noventa años—empeoró también el estado del convento, y en noviembre escribe Teresa a su priora de Sevilla, amonestándola para que abandone las ridículas e indebidas mortificaciones que se imponían, «que no parece sino que el demonio enseña, con achaque de perfección, á poner en peligro las almas de que ofendan á Dios; sepa (escribe) que he sabido aquí de unas mortificaciones que se hacen en Malagón, de mandar la priora, que á deshora den á alguna algún bofetón, y que se le dé á otra, y esta invención fué aprendida acá.

»... En manera alguna mande, ni consienta que se de una á otra (que también diz pellizcos), ni lleve las monjas con el rigor que vió en Malagón, que no son esclavas, ni la mortificación ha de ser sino para aprovechar. Yo le digo, mi hija, que es menester mirar mucho esto que las prioritas hacen de sus cabezas, que cosas vienen ahora á descubrirme, que me hace hasta lástima.»

En una carta dirigida a Mariano—ampliación del mismo tema, que prueba que Teresa descollaba, aun en discreción, por ama de todos sus buenos y torpilones frailes y monjas en sus equivocadas ideas de perfección—procura mitigar algo el rigorismo exagerado que amenazaba destruír la existencia de sus frailes, sin conseguir con ello ningún fin provechoso.

«Lo que dice el padre fray Juan de Jesús de andar descalzos, de que lo quiero yo, me cae en gracia; porque soy la que siempre lo defendí al padre fray Antonio, y hubierase errado si tomara mi parecer. Era mi intento desear que entrasen buenos talentos, que con mucha aspereza se habían de espantar, y todo ha sido menester para diferenciarse de esotros [los Observantes]. Puede ser que haya dicho, que tanto frío habrían así [con alpargatas], como descalzos del todo. En lo que decía parecerse eso, es, que tratamos cuán mal parecían descalzos, y en buenas mulas, que no se había de consentir, sino para largo camino y grande necesidad: que no venía bien lo uno con lo otro, que han venido aquí unos mocitos, que parece andando poco y con algún jumento, pudieran venir á pie. Y así lo torno á decir, que no parece bien estos mocitos descalzos, y en mulas con sus sillas... En lo que yo puse muy mucho con nuestro padre fué [¡oh prudencia incomparable!] que hiciese les diese muy bien de comer; porque traigo muy delante lo que vuestra reverencia dice, y muchas veces me da harta pena (y no ha más que ayer ir hoy, antes que viese su carta, la tenía) pareciéndome que de aquí dos días se había todo de acabar por ver de la manera que se tratan... La otra cosa que le pedí mucho es, que pusiese los ejercicios, aunque fuese hacer cestas, ó cualquiera cosa, y sea la hora de recrea-

ción, cuando no hubiese otro tiempo; porque adonde no hay estudio es cosa importantísima. Entienda, mi padre, que yo soy amiga de apretar mucho en las virtudes, mas no en el rigor, como lo verán por estas nuestras casas. Debe de ser, ser yo poco penitente.»

En verdad, su enérgico cerebro parece estar grandemente preocupado al trazar ella estas palabras hoy tan borrosas, que vienen siendo cuanto nos queda de aquella compleja y agitada vida suya. Si Sevilla se encuentra cargada de deudas, Malagón está todavía peor. Además de tener a su priora enferma:

«Yo no sé qué me diga de tanto trabajo como allí ha dado Dios, y con los males gran necesidad; que ni tienen trigo, ni dineros, sino el mundo de deudas. Los cuatrocientos ducados, que las deben en Salamanca, y teníalos para esa casa, que ya lo había dicho nuestro padre, aun plega á Dios que basten para que se remedien. Han sido muchos los gastos que allí han tenido, y de muchas maneras. Por eso no querría yo las prioras de las casas de renta muy francas, ni ninguna, que es venirse á perderse del todo. La pobre Beatriz, ha cargado sobre ella, que ha sido la que ha andado buena y tiene el cargo de la casa, que se la encomendó la madre priora, «á falta de hombres buenos, mi marido alcalde», como dice el refrán.»

En Veas, por el contrario, todo marcha viento en popa. También ellas habían sufrido pleitos y arrostrado valerosamente el hambre, alentadas por Teresa, que las escribía diciendo: «Paréceme es poca confianza en nuestro Señor pensar que nos ha de faltar lo necesario; pues su Majestad tiene cuidado hasta del más mínimo animalico de proveerle de sustento. Hijas mías [y sus palabras resultaron proféticas], pongan su cuidado y diligencia en nuestro buen Jesús, y procuren servirle, que yo aseguro que no nos falte ni nos desampare. También, habiendo tan poco que se fundó esa casa, no parecerá bien arrancarla de ahí; aguarden algunos años; y si nuestro Señor no diere remedio, será señal que es su voluntad se mude, y entonces se podrá hacer, como les pareciere a los prelados.»

Y, ¡oh prodigio!, unos cuantos meses más tarde, escribe a Mariano con gran regocijo:

«Porque vea si son para más mis monjas, que vuestras reverencias, le envío ese pedazo de carta de la priora de Veas. ¡Mire si ha buscado buena casa á los de la Peñuela! [Teresa escribe Piñuela.] En forma me ha hecho gran placer. Ausadas que no lo acabaran vuestras reverencias tan presto. Han recibido una monja que vale su dote siete mil ducados. Otras dos están para entrar con otro tanto, y una mujer muy principal tienen ya recibida, sobrina del conde de Tendilla; que

vale más las cosas de plata, que ya ha enviado, de candeleros, vinajeras, otras muchas cosas, relicario, cruz de cristal: sería largo de decir las cosas que ha enviado. Y ahora se les levanta un pleito, como verá en esas cartas.»

Tales son algunos de los muchos y variados detalles que ocupan el tiempo y los pensamientos de la anciana fundadora en su celda de Toledo, enroscándose todos alrededor del objeto central, en el cual tiene puestos los ojos y el corazón. Pero ni aun por este término feliz de todas sus aspiraciones y trabajos en la tierra suelta ella las riendas del gobierno de sus desparramados conventos, regulando sus asuntos financieros, calculando sus posibilidades y hasta el dote de una novicia con la precisión del más privilegiado contador; frugal, generosa, austera y dulce; de lengua viva y satírica, que sabe deshacerse en acentos de indescriptible ternura para quienes ama. A semejanza de la vida humana, sus cartas se componen de infinidad de cabos, pero esas cartas nos la dan a conocer como era en realidad. De no haber existido estas cartas, me asusta pensar en la serie de desatinos e insulsas incoherencias en que los piadosos esfuerzos de sus adeptos habrían convertido la obra de esta mujer grandiosa. Pero he ahí las cartas perennemente, y en ellas la vemos tal como fué. Ellas nos dicen cómo vivió y pensó. Aquí sólo podemos dar una idea ligerísima de su contenido, pues todas juntas forman dos tomos de bastante consideración; pero en ellas se respira la fragancia del pasado. Después de un lapso de más de tres siglos, hasta los detalles más triviales e insignificantes, cual los antiguos remedios, entresacados de la extraña farmacopea doméstica de aquella época (uno de ellos el jarabe del «Rey de los Medos», que recomienda a su enferma priora), aparecen revestidos de no sé qué encanto y caprichoso interés. Los membrillos en dulce—condimentación suya probablemente—que envía a su hermano en Ávila, estaban tan bien hechos que no carece este detalle de cierta importancia. Sólo una vez se acerca al gran curso de la historia: cuando escribe a María Bautista, de Valladolid, encargándola que encomiende a Dios a don Juan de Austria, «que ha ido disimulado á Flandes por criado de un flamenco».

Estas cartas nos permiten reconstruír, hasta cierto punto, la vida que hacía Teresa en el viejo convento toledano y vislumbrar algunas de las figuras ya olvidadas que cruzaron por el locutorio y los corredores, figuras extrañas—vestidas a la última moda de entonces—, que se agrupan en torno de Teresa.

A principios de julio, emprendió Lorenzo su viaje a Ávila, dejándola, a pesar suyo, en Toledo. Es cosa singular que en unos cuantos

meses haya conseguido esta anciana entrar de tal manera en la existencia de este hombre taciturno, de edad madura, que en años pasados, allá en Ávila, había velado a la cabecera de su lecho, creyéndola cadáver. Pero entre el deber y la inclinación no era posible escoger, y Lorenzo tuvo que partir sin ella. «En forma me ha dado pena de ver cómo le ha sucedido todo al revés del contento que traía, con pensar de tenerme allá consigo, y para hartas cosas le hago falta.»

Procura, sin embargo, suplir su ausencia, con una memoria de todos aquellos puntos que más empeño tenía que no olvidase su hermano, y que le entrega al despedirse de él en Toledo. Así, pues, había de colocar a sus hijos (ella temía que entrasen en la compañía de los demás jóvenes atolondrados de Ávila, si no se ponía cuidado en dirigirlos bien inmediatamente) bajo la tutela de los Jesuítas en San Gil: «que yo escribo al rector como vuestra merced ahí verá». Si al buen Maestro Francisco Salcedo y al Maestro Daza les parecía bien, los chicos podrían llevar «bonetes». Y Lorenzo debía tener presente que a menos de ir a verlos a su casa no podría ver con frecuencia ni a Salcedo ni a Daza, pues vivían lejos de la casa de Perálvarez y convenía, además, que sus conversaciones con ellos fuesen privadas. Por lo pronto, no debía tomar confesor fijo y había de consentir la menos gente posible en su casa, «más vale que vaya tomando que dejando». Ya se ha cuidado ella de escribir a Valladolid para que manden el paje; sin embargo, como son dos los niños y pueden ir juntos a la escuela, bien podrán pasarse sin ir acompañados un poco de tiempo. Recuérdale que estando inclinado y hasta acostumbrado a recibir grandes deferencias, le será necesario mortificarse algo en este sentido, y no escuchar a todo el mundo, sino contentarse con el parecer del padre Muñoz, de la Compañía, si así lo cree conveniente, aunque para cosas más graves, basta con Salcedo y Daza a cuya decisión puede someterse. «Mire», dice para terminar, «que se comienzan cosas que no se entiende luego el daño; y que ganará más, en tener para hacer limosnas, con Dios, y aun con el mundo, que ganarán sus hijos. Por ahora, no querría comprase mula, sino un cuartago, que aprovechase para caminos y servicio. No hay ahora para qué se paseen esos niños sino a pie; déjelos estudiar».

El 24 de julio ya estaban los viajeros en Ávila. La pequeña Teresa era el asombro de todo el mundo por lo juiciosa que había sido durante el viaje. Podemos figurarnos la admiración de estos pequeños peruanos, Teresa y sus hermanos, recién venidos de la calurosa ciudad de Sevilla, al contemplar por primera vez la parduzca, vieja y elevada ciudad, cuna de su raza, no menos extraña para ellos que las

llanuras ondulosas de Yorkshire habían de ser para un francés nacido y criado, digamos en Carcasona. También podemos figurarnos a Lorenzo, cansado de luchar y rodar por el mundo, evocando melancólicamente el recuerdo de todos los detalles de aquel paisaje tan familiar en otros tiempos, indicando a sus hijos las torres de las iglesias y conventos... A medida que se acerca a la ciudad, resucitan en su cerebro las memorias de su juventud. Para sus hijos todo era nuevo y representaba el futuro; para él el pasado; caras de fantasmas, manos ya muertas, todo lo que fué y no volvería a ser. Así vuelve a establecerse; alquila una casa de Perálvarez, primo suyo (soldado de la fortuna, a quien más tarde confía la tutela de sus hijos) y llega a ser de nuevo una de las figuras conocidas del Ávila de sus primeros años. «¡Oh, qué largos quince días han sido éstos!», escribe Teresa el 24 de julio. «Harto consuelo me ha dado y lo que me dice del servicio que tiene y casa no me parece demasiado. De gana me hizo reír el maestro de las ceremonias [debía ser alguna broma, pasada ya y olvidada una vez reída]. Pésame harto de su mal. Temprano le comienza a hacer mal el frío»; pues Lorenzo, acostumbrado al clima tropical del Perú, no sólo echa de menos Sevilla, como todos los demás, sino que suspira ardientemente por el calor al encontrarse en un clima rigurosamente frío como el de Castilla, y eso que era el mes de julio.

Además lo tienen mareado los parientes menesterosos. Juan de Ovalle, pobre y remendado, a pesar de su hidalguía, gruñón y quisquilloso, lamenta que Lorenzo haya dado su confianza a Perálvarez Cimbrón y no a él.

«Hame escrito una carta muy larga [dice Teresa] adonde encarece lo que quiere á vuestra merced y hacía en su servicio; y toda su tentación fué el parecerle, que era Cimbrón toda la casa, y que él hacía y deshacía en lo que tocaba á vuestra merced, y fué causa de que no viniese mi hermana. Ellos son celos todo su sentimiento, y cierto que lo creo, porque tiene esa condición, que harto pasé con él, porque éramos amigas doña Yomar [de Ulloa] y yo. Toda la queja es de Cimbrón. Él es de condición en cosas muy aniñado: mas bien lo hacía en Sevilla y con gran amor; y así por amor de Dios, que vuestra merced le sobrelleve. Yo le escribí diciéndole mi parecer, y lo que veía que vuestra merced le quería y que antes se había él de holgar que Cimbrón hiciese lo que tocaba á vuestra merced y fuese mucho en que contentase á vuestra merced, y le enviase, si le pidiere los dineros; que mejor estaba cada uno en su casa [alusión al proverbio: «Cada uno en su casa y Dios en la de todos»]; que quizá lo había ordenado así Dios; y echándole la culpa y disculpando á Perálvarez. Lo peor es que

creo ha de venir acá, y no me aprovechará lo mucho que he puesto en que no venga. Cierto yo, he harta lástima á mi hermana, y así hemos de sufrir mucho; que él, su voluntad de contentar á vuestra merced y servirle yo juraré es mucho. No le dió Dios más. Por eso hace á otros bien acondicionados porque los sufran; y así lo había de hacer vuestra merced.»

Como Teresa había pensado acompañar a su hermano a Ávila—ya hemos visto cómo fueron frustradas sus intenciones—, el equipaje había sido enviado de antemano con un arriero. Bien podemos figurarnos cómo sería éste: el baúl, pequeño, por bueno que fuera, y hecho de piel de cabrito, tachonada de clavos dorados en forma curiosa (en el centro llevaría probablemente las iniciales I. H. S. y una cruz), y unos líos atados sabe Dios cómo, pues en aquellos tiempos, cuando las mulas y borricos eran el único medio de transporte, el equipaje se reducía todo lo posible. En el camino se extraviaron el Agnus Dei de Teresica y dos sortijas con esmeraldas. «El Anusdei» (sic), escribe ella a Lorenzo, «está en el arquilla, á mi parecer, si no está en el baul, con las sortijas». A pesar de todo, estas prendas no parecen; y un mes más tarde escribe Teresa, perpleja y llena de cuidado, a su priora en Sevilla, diciendo: «No sé si al sacarlo, ó cómo ha sido, que no parece el Agnus Dei de Teresa, ni las dos sortijas de las esmeraldas, ni yo me acuerdo adónde las puse, ni si me las dieron... Acuérdense si estas piezas estaban en casa, cuando venimos, y á Gabriela si se acuerda dónde las puse. Encomienden á Dios que parezcan.» Por fin, y por intervención de la Providencia o de otra manera, la Santa informa en octubre a María de San José que los objetos perdidos han sido hallados. «Gloria á Dios, que me dieron cuidado al principio.»

«Ya digo á la subpriora [de San José] envíe el arquilla á vuestra merced [escribe a Lorenzo], porque saque de ella los papeles de *Las Fundaciones* que ha de envolver en un papel, sellar y devolver á la subpriora para que ésta se los envíe á ella á Toledo.

»Que han de enviarme no sé qué de mi compañera, y un manteo mio (que nos dimos mucha prisa á enviarlos): y no sé que otros papeles están ahí, y no querría los viese nadie (y por eso quiero vuestra merced las saque, que de él no se me da nada), y por los mismos de *Las Fundaciones*. Quebróse la llave de la arquilla; descerrájese y guárdelo vuestra merced en una arca, hasta que se haga la llave. En ella está una llave de un portacartas, que digo envíen a vuestra merced, que también están en él algunos papeles, á lo que creo, de cosas de oración. Bien las puede leer, y sacar de allí un papel en que están escritas algunas cosas de la fundación de Alba. Enviémelo vuestra

merced con esotros, porque el padre visitador me ha mandado acabe *Las Fundaciones*, y son menester esos papeles para ver lo que he dicho, y para esa de Alba. Harto de mal se me hace; porque el rato que me sobra de cartas, quisiera más estarme a solas, y descansar. No parece que quiere Dios. Plega a Él se sirva de ello... Yo escribiré lo que dice á Sevilla, que no sé si le dieran la carta. Qué hay que hacer caso de cuatro reales? [los famosos cuatro reales del boticario]. Si el que las llevaba entendió que iba algo dentro, no las daría... Unos membrillos le envío para que la su ama se los haga en conserva, y coma después de comer, y una caja de mermelada, y otra para la subpriora de San José, que me dice trae grandes flaquezas. Dígala vuestra merced que lo coma, y vuestra merced suplico yo que no dé nada á nadie de esa, sino que la coma por amor de mí; y en acabándose me lo haga saber; que vale aquí barato y no es de dineros del convento; que me mandó el padre Gracián, en obediencia, hiciese lo que solía, pues lo que tenía no era para mí, sino para la Orden. Por un cabo me ha pesado; por otro (como acuden tantas cosas adonde estoy, aunque no sean sino partes) me he holgado; que me da pena que cuesten tanto, y son muchas las que se ofrecen.»

Tal es el plan de vida, digna, sobria y respetable, que Teresa traza para don Lorenzo, y que sin duda practica él en una de las casas viejas de Ávila, imposible ahora de identificar. Vestido a semejanza de su soberano en El Escorial, con traje y capa corta de terciopelo, de color oscuro, propio de sus años y estado de ánimo, vuelve de nuevo a familiarizarse con la antigua Ávila de su juventud. Vedle, pues, dando su paseo matutino, y manteniéndose con todo cuidado en el lado que da el sol, en busca de noticias sobre la salud de las buenas monjas de San José; o bien encerrado con el maestro Daza, Salcedo o Julián de Ávila, en alguna habitación patriarcal, de paredes blanqueadas y desnudas vigas de nogal, que respiran frescura y limpieza, departiendo con ellos sobre asuntos de su alma. También de Teresica, que tanto honor hace a las lecciones de María de San José, llegan hasta nosotros, de cuando en cuando, algunos destellos fugaces. Hasta Gracián distrae un rato de sus ocupaciones en Sevilla para escribir una carta graciosa a esta niña tan formal. Pues estos frailes y monjas rebosaban de inocente alegría. «¿No se qué gracia trae la carta para Teresica, de su paternidad? No acaban (las buenas monjas de San José) de decir de ella y de su virtud. Julián dice maravillas, que es mucho.»

En septiembre, doña Juana de Dantisco, madre de Gracián, pasa tres días en Toledo con el objeto de dejar a una de sus hijas en el

Colegio del Cardenal Silíceo, para jóvenes de familias nobles. «Aunque no la gocé todo lo que quisiera», dice Teresa—pues la esposa del secretario recibía muchas visitas, siendo la más importante la del buen canónigo Velázquez—, se separaron muy amigas. «Yo le digo á vuestra paternidad [ya sabemos a quien escribe] que es de las mejores partes las que Dios le dió, y talento y condición, que he visto pocas semejantes en mi vida, y aun creo ninguna. Una llaneza y claridad, por la que yo soy perdida: hartas ventajas hace á su hijo en esto. Grandísimamente me consolara de estar adonde las pudiera tratar muchas veces. Tan conocidas estamos como si toda la vida nos hubiéramos tratado. Mucho, dice, se holgó acá. Quiso Dios que se hallase una posada cerca de una señora viuda, que estaba con solas sus mujeres. Estuvo muy á su gusto, y aquí junto, que lo tuve á gran dicha. De acá se llevaba aderezado lo que había de comer.

»Segura estoy de que Teresa misma lo aderezaría, cuidando de que los sencillos platos estuviesen arreglados como «Dios manda». Ella, por lo menos, logró ver la casa de Teresa, á instancias de Gracián (privilegio otorgado á muy pocos extraños), despojada del largo velo negro, margen de ese otro velo más denso con que la superstición la ha rodeado desde entonces.

»En gracia me cayó decir nuestra paternidad que le abriese el velo: parece que no me conoce, ¡quisiérale yo abrir las entrañas! Estuvo hasta el postrer día la señora Doña Juana su hija con ella, que me pareció harto bonita, y me hace grande lástima verla entre aquellas doncellas, porque en hecho de verdad, segun decía, tiene más trabajo que acá. De buena gana le diera yo el hábito con el mi angelito de su hermana, que está que no hay más que ver de bonita y gorda. La señora Doña Juana no acaba de espantarse de verla. Periquito su hermano, que vino acá en todo su seso, no la acaba de conocer. Es toda la recreación que acá tengo. Como vió la señora Doña Juana el contento y trato de todas, va determinada de procurar enviar con brevedad á la señora Doña María [otra hija] á Valladolid. Muy contenta fué, á lo que me parece, y creo no es nada fingidora. Ayer me escribió su merced una carta con mil requiebros, que dice no sentía acá su pena y tristeza... El día que fué de acá, dice, que le habia faltado la terciana al señor Lucas Gracián, y que está ya bueno. ¡Oh, que bonita cosa es Tomás de Gracián! Mucho me contenta: también vino acá.»

Al ver esta feliz esposa y madre, gozosa en el amor de su marido y de su numerosa familia, el corazón de la anciana monja se siente dolorido, y experimenta una sensación de vehemente envidia. «Yo, pensando cual querría más vuestra paternidad de los dos, hablo, que

la señora Doña Juana tiene marido y otros hijos que querer, y la pobre Lorencia no tiene cosa en la tierra, sino este padre.» Una hermanita de Gracián, niña de ocho años, esparce el perfume de su inocente devoción por los recintos de este monasterio triste y gris. Un rasgo particularmente notable del carácter de Teresa, es su afición á los niños, y ella á su vez parece haber ejercido sobre ellos especial fascinación.

»Cuando Teresa se une a sus hijas—muy de tarde en tarde—durante las breves horas de la recreación, «su maestra Isabelita»—como la nombra en broma escribiendo a Gracián—deja su labor y comienza á cantar:

La madre fundadora
viene a la recreación,
bailemos y cantemos,
y hagamos son.

Esto es un momento; y cuando no es hora de recreación, en su ermita, tan embebida en su Niño Jesús y sus pastores, y su labor, que es para alabar á Dios, y en lo que dice que piensa. Llega á producirse un á modo de rivalidad entre Teresa y su priora María de San José con motivo de los respectivos encantos y virtudes de estas dos pequeñuelas del convento. «Isabel es de condición más blanda que Teresa, y de una habilidad extraña», observa la Santa, que sabía leer el temperamento de una niña con la misma exactitud que leía el del resto del género humano. Pero la buena priora de Sevilla, que se precia en alto grado de haber sido la primera en indicar á Teresica el camino que debía seguir, se niega rotundamente á admitir este parecer. Donosa está en no querer sea otra como Teresa. Pues sepa cierto que sí ésta mi Bela tuviera la gracia natural de la otra, y la sobrenatural, que verdaderamente veíamos obraba Dios algunas cosas en ella, que al entendimiento y habilidad y blandura, de que se puede hacer de ella lo que quisieren, que lo tiene mejor. Es extraña la habilidad de esta criatura, que con unos pastorcillos malaventurados y unas monjillas y una imagen de nuestra Señora, que tiene, no viene fiesta que no hace una invención de ello en su ermita ó en la recreación, con alguna copla, á quien ella da tan buen tono, y la hace, que nos tiene espantadas. Sólo tengo un trabajo que no sé cómo le poner la boca, porque la tiene frigidísima, y se ríe muy friamente y siempre se handa riendo. Una vez la hago que la abra, otra que la cierre, otra que no se ría. Ella dice que no tiene culpa sino la boca, dice verdad. Quien ha visto la gracia de Teresa en cuerpo y en todo echarlo ha más de ver, que así lo

hacen acá, aunque yo no lo confiese y á ella se lo digo en secreto: no lo diga á nadie, que gustaría si viese la vida que traigo en ponerle la boca. Creo, como sea mayor, no será tan fria, al menos no lo es en los dichos. Hel aquí pintadas sus muchachas, para que no piense que le miento en que hace ventaja á la otra. Porque se ría se lo he dicho [También dice a Gracián]: A su maesa de Isabel hice que escribiese á vuestra paternidad, porque si no se le acuerda su nombre, suya es esa carta. ¡Oh qué hermosita se va haciendo! ¡Cómo engorda, y qué bonita es!

Otra vez, escribe: «Harta recreación me da, sino que este escribir me deja poco tiempo para tenerla. Está hecha un ángel. Es para alabar a Dios la condición de esta criatura. Este día, salió el médico acaso por una pieza en que ella estaba, que no suele ir por allí: como vió que la había visto, aunque echó harto a correr, fué su llanto, que estaba excomulgada, y que le había de echar de su casa.» ¡Terrible crianza es esta desviación de los instintos naturales que hace decir a una niña que no quiere ver a su madre «porque es del mundo»! Pero era una crianza enteramente en conformidad con el credo feroz de aquellos españoles severos de la Edad Media.

Ahí tenéis también a Velázquez, el letrado canónigo de Toledo, que se alegraba más de tener a Teresa por penitente que si le hubieran dado el arzobispado de Toledo. Es una figura vaga que hemos de conocer mejor en adelante, cuando volvamos a verle como Obispo de Osma, y ciego. «Ya sabe como Ángela tomó por confesor al prior de la Sisla», escribe a Gracián. «El dicho solía verla muchas vez, y después que esto comenzó [su amistad con Gracián] era casi nula. Ni la priora ni yo podíamos entender la causa. Estando la negra de Ángela hablando una vez con Josef [Cristo], díjola que él era el que la detenía, porque quien mejor le estaba era el doctor Velázquez... Así, mi padre, que ella está muy contenta, que se ha confesado con él; y el mayor contento que tiene es, que después que vió á Pablo, con ninguno tenía alivio, ni contento su alma.» Así va corriendo el tiempo y pasándose el año, mientras ella, sentada en su celda, mantiene una correspondencia seguida con su priora, escribiendo a veces hasta las altas horas de la noche; dirige a sus frailes; escribe a altos personajes de Madrid (uno de ellos el Conde de Olivares, para hacerle que escriba a Sevilla en favor de sus perseguidas monjas), y termina la relación de sus *Fundaciones*. «Yo estoy buena», dice a María de San José a mediados de octubre, «y dará la una, y así no me alargaré. Deseo saber del mi buen prior de las Cuevas. El atún enviaron la semana pasada de Malagón, crudo, y estaba harto bueno, bien nos ha sabido. Yo no

he quebrantado día de ayuno después de la Cruz. Mire si estoy buena. La nuestra priora de Malagón, que me escribió estaba mejor, hácelo la santa, por no me dar pena, que no era nada la mejoría. Hoy he tenido carta suya y está harto mala, y con gran hastío, que es lo peor para tanta flaqueza... Doña Yomar (hija de Doña Luisa de la Cerda) se ha velado hoy. Mucho se huelga de saber que le va bien a vuestra reverencia, y Doña Luisa, que nunca tanto me quiso y heme cuidado de regalarme, que no es poco.»

El último día de octubre, las *Fundaciones* tocaban a su fin.

«Creo se ha de holgar de que las vea [escribe a Gracián con verdadero júbilo en vista de la terminación de su tarea], porque es cosa sabrosa. ¡Mire si obedezco bien! Cada vez pienso que tengo esa virtud, porque, de burlas que se me mande una cosa, la querría hacer de veras, y lo hago de mejor gana que esto de estas cartas, que me mata tanta baraunda. No sé como me ha quedado tiempo para lo que he escrito, y no deja de haber alguno para Josef [Cristo] que es quien me da fuerzas para todo.

»También ayuno yo, que en esta tierra es poco el frío, y así no me hace el mal que por otros... Es hoy víspera de todos los santos. En día de las Ánimas tomé el hábito. Pida vuestra paternidad á Dios que me haga verdadera monja del Carmelo, que más vale tarde que nunca... Sierva indigna y verdadera súbdita de vuestra paternidad: bendito sea Dios que lo seré siempre, venga lo que viniere.—*Teresa de Jesús.*

»... Ya me voy haciendo monja; rueguen á Dios que dure [escribe con alegría á María de San José, al enterarla de que la priora de Caravaca la había enviado un hábito de jerga aquel mismo día], la más á mi propósito que he traído que es muy liviana y grosera. Harto se lo agradecí, que estaba el otro muy roto para el frío; y para camisas y todo lo han hecho ellas, aunque acá no hay camisas, ni por pienso, en todo el verano, y mucho ayuno.»

Tampoco olvida la fundadora a la lejana Comunidad de Caravaca. Se recordará que las monjas para aquella fundación fueron escogidas de las que había llevado consigo a Sevilla.

«Ahora he de enviar á Caravaca una imagen de nuestra Señora, que les tengo, harto buena y grande, no vestida, y un San Josef me están haciendo, y no les ha de costar nada. Muy bien hace su oficio [escribe a María de San José por el mismo recuero que trae la contestación de Sevilla sobre la enojosa cuestión del dote].»

Con relación a estas mismas imágenes, escribe también una esquela a una persona desconocida de Toledo, probablemente la misma que las había regalado, alguno de sus adeptos.

«Harto consuelo me ha dado la venida de mi padre San José tan presto, y de que sea vuestra merced tan su devoto. Consolarse han mucho aquellas hermanas, que están allí extranjeras, y lejos de quien las consuele: aunque yo creo cierto que el verdadero consuelo está bien cerca de ellas. Por caridad vuestra merced me la haga de mandarle [á algún carpintero] tomar la medida de ancho y largo, y había de ser luego, porque se haga mañana la caja, que el martes no podrán, por ser fiesta, y el miércoles de mañana se van los carros. Y no hago poco en dar tan presto la imagen de nuestra Señora, que me deja en grandísima soledad; por eso vuestra merced remedie con la que me ha de dar para la Pascua, por caridad.»

En otra carta escrita el mismo día «al muy magnífico señor Antonio de Soria», vemos cuán escrupulosamente desempeña las comisiones que se le confían.

«Los cien reales y todo lo demás, que el portador de ésta traía, recibí: nuestro Señor guarde muchos años á quien lo envía, con la salud que yo le suplico. La cama lleva, y si está ahí el señor Sotomayor, suplico á vuestra merced le diga la mande mirar, que ningún mal tratamiento se ha hecho con ella... Yo tengo razón de estar disgustada de que sea tan ruin lugar éste, que no se halle lo que vuestra merced me pide en todo él. Hanse buscado con gran cuidado, como este buen hombre dirá á vuestra merced, y no se han hallado más de esos tres, y plega á Dios se haya acertado, porque una parte no hemos podido entender de su carta de vuestra merced, en que dicen como han de ser: acá lo llamamos de yerba y de otra suerte no vale nada [se refiere a las famosas sedas y brocados de Toledo, y la palabra «yerba» indicaba probablemente la flor del dibujo]. Es cierto que he estado pensando qué poder enviar, que allá no hubiere, y no hallo cosa que sea para ser algo, que me diera harto contento... Van siete piezas, dos de damasco verde, y cinco de tela de oro.»

Tampoco se olvida, al acercarse el fin del año, de su enferma priora de Malagón, a quien con gusto habría llevado hace tiempo a Toledo, de no haber dicho el médico «que nos cura aquí», que si lo hacían no duraría un mes, mientras que de lo contrario podría vivir un año. La carta que escribe es tierna y afectuosa:

«Sea con vuestra reverencia el Espíritu Santo, hija mía, y dele estas Pascuas un grandísimo amor suyo, para que no sienta tanto el mal. Sea Dios bendito, que á muchos les parecería las tienen muy buenas con salud y contentos y regalos, y serán malas para el día que hayan de dar cuenta á Dios. De esto puede vuestra reverencia ahora estar bien descuidada, que está ganando en esa cama gloria y más

gloria. Muy mucho es no estar peor con tan recio tiempo. De la flaqueza no se espante vuestra reverencia, que ha mucho que pasa mal. La tos debe de ser algún frío que la ha dado, y por relación, sin que se vea de qué procede, no se sufre dar nada desde acá. Más vale que lo digan los médicos de allá.»

De modo que otra Navidad, feliz y tranquila, encuentra todavía a Teresa en Toledo, escribiendo a su priora de Sevilla que la mande «crufites (confites), si son muy buenos, que gustaría de ello para cierta necesidad». Estaba bastante bien de salud, «por más que estos días de Pascua no hayan sido de los mejores», y se encuentre cansadísima con tantos negocios. Sin embargo, tiene la satisfacción de decir que no ha quebrantado el Adviento... Navidad feliz y tranquila; pues la nube que amenaza oscurecer su Reforma se encuentra todavía oculta detrás del horizonte y todo está, en apariencia, despejado y risueño, como la luz matutina que acaricia las heladas calles de Toledo.

Al acercarse el año viejo a su fin, cuando todo el mundo se prepara a saludar los primeros albores del nuevo, sus pensamientos vuelan hacia el hogar de su juventud y de su edad madura—hacia aquella vieja y parduzca ciudad de Ávila, que reposa serena en medio de la nieve, fina como polvo; hacia Lorenzo, asentado de nuevo en su ciudad natal, dueño de una finca en los alrededores de la población—, una casa de campo con sus tierras de labor, sus pastales y su poquito de monte.

«En un término redondo», dice Teresa a su priora de Sevilla, esto es, libre de toda jurisdicción de villa y aldea, de manera que Lorenzo, es en realidad, señor de horca y cuchillo dentro de sus dominios. Además, Hernán Álvarez de Peralta, le ha alquilado una casa en Ávilá (¿cuál de ellas sería?) «de la cual», advierte su avisada hermana, «oí decir tenía un cuarto para caer: mírelo mucho». Lorenzo anda ya buscando buenas partidas de casamiento para sus hijos (este es un asunto en que Teresa toma también grande interés y no tardaremos en verla entablar negociaciones en Sevilla con el objeto de procurar una novia bien dotada a su sobrino Francisco) que siguen estudiando con los Jesuítas de San Gil; mientras tanto Teresica se entretiene en el convento de San José, de su tía, jugando a la priora, y cautiva el corazón de las buenas monjas con su gracia y su virtud. ¡El digno tesorero de Quito, a quien tan bien le ha ido en el mundo, ha debido lograr todos sus deseos!

¡Quien sabe si la compra de esta finca significaba el feliz cumplimiento de un sueño, de una ambición, del proyecto largo tiempo acariciado al calor del Perú de venir a terminar sus días en Ávila, go-

zando de bien merecido reposo y dignidad, hasta que llegue el día en que sus huesos sean depositados al lado de los de sus padres, y sólo quede de él, como de ellos, un recuerdo! Tal vez este sueño, en el cual cifraba toda la dicha que el mundo podía encerrar para él, diera bríos a su corazón y fuerza a sus manos para luchar todos aquellos años. Pero ¡ay! el futuro sólo llega a ser presente a costas del pasado. Lorenzo había dejado en aquellas tierras su juventud y la compañera de sus primeros ensueños; y si los arroyuelos que corrían bulliciosamente entre pardas parameras y abruptos pinares eran los mismos de antaño, los ojos que de nuevo los contemplaban habían cambiado, y ya no podían ser para él lo que fueron en su juventud.

Ahí le tenéis, atormentado con vanas imaginaciones a falta de mejor ocupación, pesaroso, a los tres meses escasos de haber comprado la Serna, de no haber empleado su dinero en la compra de obligaciones e hipotecas, medio fácil y lucrativo en aquellos días para obtener buenas rentas; entablando discusiones sobre el estado de su alma con el reducido número de amigos jesuítas y sacerdotes, entre los cuales encontramos a Salcedo, Julián de Ávila, el maestro Daza y otros por el estilo. Precisamente a esta época debemos atribuír el documento curioso llamado «Vejamen Espiritual», o crítica jocosa, que viene de una antigua costumbre, largo tiempo practicada en la Universidad de Alcalá. Estaba en boga todavía en 1830, formaba parte de las ceremonias de la concesión del grado de doctor en Teología. El candidato se presentaba ante el cuerpo entero de la Universidad, revestidos todos de sus insignias doctorales, y mientras uno de los dos estudiantes sentados a derecha e izquierda ridiculizaba, en verso castellano, sus defectos físicos, morales e intelectuales, el otro le colmaba de alabanzas hiperbólicas e irrisorias.

El origen de este curioso ejercicio, en el cual actuó Teresa de juez y Lorenzo Salcedo, Julián de Ávila y Fray Juan de la Cruz aparecen como competidores, se atribuye a una carta que Teresa escribió a su hermano, preguntándole el significado de las palabras «Búscate en mí», que había oído en una locución divina. Habiendo llegado la pregunta a oídos del Obispo de Ávila, don Álvaro de Mendoza, mandó que cada cual expusiese lo que Dios pedía al alma por medio de dichas palabras, y una vez recibidas sus declaraciones, las envió a Teresa para que pronunciase sobre ellas su vejamen. Así lo hace, en efecto, por medio de una crítica ingeniosa y llena de gracia, resumiendo en una palabra (tal vez sin darse cuenta de ello) y con un instinto sutil y delicado, los diferentes temperamentos y tendencias del jesuíta (Salcedo pertenecía ahora a la Compañía), del fraile, del cape-

llán y del digno caballero, cuyos versos, torpes y pesados, le caen muy en gracia.

«Si la obediencia no me forzara, cierto yo no respondiera, ni admitiera la judicatura por algunas razones, aunque no por las que dicen las hermanas de acá, que es entrar mi hermano entre los opositores, que parece la afición ha de hacer torcer la justicia; porque á todos los quiero mucho, como quien me ha ayudado á llevar mis trabajos, que mi hermano vino al fin de beber el cáliz, aunque le ha alcanzado alguna parte, y alcanzará más, con el favor del Señor. Él me dé gracia, para que no diga algo que merezca denuncien de mí á la Inquisición, según está la cabeza de las muchas cartas y negocios, que he escrito desde anoche acá. Mas la obediencia todo lo puede, y así haré lo que V. S. manda bien ó mal.

»Salcedo no da pie con bola. Las palabras son: «Búscate en mí.» Lo cual demuestra que el Sr. Francisco de Salcedo se equivoca insistiendo tanto en que Dios está en todas las cosas, puesto que él sabe que está en todas las cosas.

»También dice mucho de entendimiento y de unión. Ya se sabe que en la unión no obra el entendimiento: pues si no obra, ¿cómo ha de buscar? Aquello que dice David: *Oiré lo que habla el Señor Dios en mí,* me contentó mucho, porque esto de paz en las potencias, es mucho de estimar, que entiende por el pueblo. Mas no tengo intención de decir de cosa bien de cuanto han dicho; y así digo, que no viene bien, porque no dice la letra que *oigamos,* sino que *busquemos.* Y lo peor de todo es, que si no se desdice, habré de denunciar de él á la Inquisición, que está cerca. Porque después de venir todo el papel diciendo: *Este es dicho de San Pablo, y del Espíritu Santo,* dice que ha firmado necedades. Venga luego la enmienda, si no, verá lo que pasa.

»El padre Julián de Avila comenzó bien y acabó mal: y así no se le ha de dar la gloria. Porque aquí no le piden que diga de la luz increada y creada como se junten, sino *que nos busquemos en Dios.* Ni le preguntamos lo que siente un alma, cuando está tan junta con su Criador, si está unida con Él, ¿cómo tiene de sí diferencia, ó no? Pues no hay allí entendimiento para estas disputas, pienso yo: porque si le hubiera, bien se pudiera entender la diferencia que hay entre el Criador y la criatura.

»También dice: *Cuando está apurada.* Creo yo, que no bastan aquí virtudes ni apuración; porque es cosa sobrenatural, y dada de Dios á quien quiere; y si algo dispone, es el amor. Mas yo le perdono sus yerros, porque no fue tan largo como mi padre fray Juan de la Cruz [pues ni aun éste se libra de su benigna sátira], que harta buena doc-

trina dice en su respuesta, para quien quisiere hacer los ejercicios que hacen en la Compañía de Jesús, mas no para nuestro propósito.

»Caro costaría si no pudiéramos buscar á Dios, sino cuando estuviésemos muertos al mundo. No lo estaba la Magdalena, ni la Samaritana, ni la Cananea cuando le hallaron. También trata mucho de hacerse una misma cosa con Dios en unión; y cuando esto viene á ser, y hace esta merced al alma, no dirá que le busque, pues ya le ha hallado.

»Dios me libre de gente tan espiritual, que todo lo quiere hacer contemplación perfecta, de donde diere. Con todo eso le agradecemos el habernos dado tan bien á entender lo que nos preguntamos. Por eso es bien hablar siempre de Dios, que de donde no pensamos nos viene el provecho.»

El documento de Lorenzo de Cepeda es el único que ha sido conservado (únicas líneas de su puño y letra que dan alguna indicación de su desarrollo mental). Lo citaremos primero y luego daremos la crítica de Teresa:

«Para que supla la falta de respuesta [dice, sentenciosamente, el digno caballero], se tome primero por fundamento de ella esto que dice San Pablo: *¡Oh altitudo divitiarum!*, etc.; hasta *Quoniam ex ipso et per ipsum et in ipso sunt omnia. Ipsi gloria in sœcula sœculorum.* Es, pues, la respuesta, quien considerare profundísimamente esta verdad, que Dios incluye en sí todas sus criaturas, y que ninguna está fuera de Él; y que, por consiguiente, el mismo Dios está en ellas, más que ellas mismas, y Él es el centro del alma, si la hubiere tan limpia, que no impida esta admirable unión hallarse há á sí en Dios, y á Dios en sí, sin rodeo.»

A esto contesta su aventajada hermana:

«Como ha sido del señor Lorenzo de Cepeda, á quien agradecemos mucho sus coplas y respuesta. Que si ha dicho más que entiende, por la recreación que nos ha dado con ellas, le perdonamos la poca humildad en meterse en cosas tan subidas, como dice en su respuesta: y por el buen consejo que da de que tenga quieta oración (como si fuere en su mano) sin pedírsele: ya sabe la pena á que se obliga el que esto hace. Plegue á Dios se le pegue algo de estar junto á la miel, que harto consuelo me da, aunque veo, que tuvo harta razón de correrse. Aquí no se puede juzgar mejoría, pues en todo hay falta sin hacer injusticia.

»Mande V. S. que se enmienden [dice al Obispo, para terminar]. Quizá me enmendaré yo también en no me parecer á mi hermano en poco humilde. [Ella misma resume en dos palabras la respuesta]: Todos son tan divinos esos señores, que han perdido por carta de más;

porque (como he dicho) quien alcanzare esa merced de tener el alma unida consigo, no le dará que le busque, pues ya le posee.»

Es, pues, a Lorenzo a quien escribe Teresa su primera carta este nuevo año de 1577. Serna—algún campesino avilés deseoso de regresar pronto—espera la carta que ha de llevar.

¡Quién sabe cuántos regalitos y prendas de cariño habría traído consigo para regocijar el corazón de la anciana aquel día!

Aunque Teresa sienta a veces cierta impaciencia por el tiempo que la roba su hermano, temerosa de que su cariño se arraigue demasiado en su corazón—«No acabo de entender la causa; si no es, que los contentos de la vida, para mí son cansancio: debe ser el miedo que traigo, de no me asir á cosa de ella, y así es mejor quitar la ocasión»—, se entrega hoy sin escrúpulos a los impulsos más tiernos de cariño paternal.

Después de aconsejarle nuevamente que mire bien el cuarto que amenazaba hundirse en la casa de Peralta, le encarga que le envíe la arquilla, y todos los papeles que iban en los líos enviados a Ávila—por lo menos, un saco que ella cree haber mandado lleno; éste han de devolvérselo bien cosido. Si doña Quiteria envía un envoltorio con Serna, el otro iría muy bien dentro. También pide su sello, «que no puedo sufrir sellar con esta muerte, sino con quien querría que lo estuviese en mi corazón, como en el de San Ignacio». (Teresa se servía de dos sellos, uno con una calavera, el otro con las iniciales I. H. S., que es el que aquí pide.)

«No abra nadie la arquilla (que pienso está aquel papel de oración en ella) si no fuere vuestra merced, y sea de manera, que cuando algo viere, no lo diga á nadie. Mire que no le doy licencia para ello ni conviene; que, aunque á vuestra merced le parece sería servicio de Dios, hay otros inconvenientes, por donde no se sufre; y basta, que si yo entiendo que lo dice vuestra merced, guardaré de leerle nada.

»Hame enviado á decir el nuncio, que le envíe traslado de las patentes, con que se han fundado estas casas, y cuantas son, y adonde, y cuantas monjas, y de dónde, y la edad que tienen, y cuántas me parece serán para prioras; y están estas escrituras es esa arquilla, ó no sé si talega; en fin, he menester todo lo que ahí está. Dicen que lo pide para que quiere hacer la provincia.

»Yo he miedo, no quiera que reformen nuestras monjas otras partes, que se ha tratado otra vez y no nos está bien; que ya en los monasterios de la Orden súfrase. Diga eso vuestra merced á la subpriora, y que me envíe los nombres de las que son de esa casa, y los años de las que ahora están, y lo que ha que son monjas, de buena letra, en un cuadernillo de á cuartilla, y firmada de su nombre.

»Ahora me acuerdo que soy priora de ahí [dos o tres veces en estas cartas tropezamos con falta de memoria por parte de Teresa, cosa muy extraña tratándose de una inteligencia tan activa y delicada como la suya; a veces no se acuerda donde ha puesto ciertas cosas, como sucedió con el Agnus Dei y las sortijas de esmeraldas], y que lo puedo yo hacer y así no es menester firmar ella, sino enviarme lo demás aunque sea de su letra, que yo lo trasladaré. No hay para qué lo entiendan las hermanas. Mire vuestra merced como se envía, no se mojen los papeles, y envíe la llave...»

Tampoco olvida Teresa a Francisco Salcedo, recomendando a Lorenzo que acuda a él en todas sus dificultades espirituales; ni a Pedro de Ahumada, el otro hermano suyo (del cual nos ocuparemos más tarde) a quien quisiera poder escribir, siquiera fuese por recibir su contestación, «que me huelgo con sus cartas». Manda a Lorenzo que le dé sus recuerdos, como también a los amigos de ambos que bien le pareciese.

«A Teresa diga vuestra merced [añade] que no haya miedo quiera á ninguna como á ella: que reparta las imágenes [exceptuando las que Teresa, la tía, había apartado para sí], y que dé alguna á sus hermanos. Deseo tengo de verla. Devoción me hizo lo que escribió vuestra merced de ella á Sevilla, que me enviaron acá las cartas, que no se holgaron poco las hermanas, que las leyeran en la recreación, y yo también; que quien saca á mi hermano de ser galán, será quitarle la vida, y como es con santas, todo le parece bien.»

Yo no sé qué delicado aroma de «esa paz que el mundo no puede dar» se filtra por estos goces y sinsabores de la vida conventual, y me llena de amargo pesar que una existencia semejante haya podido ser condenada por los llamados principios utilitarios, cuyo fracaso contemplamos hoy en la miseria, vulgaridad y desasosiego siempre crecientes de que adolece el mundo. De cuantos caracteres hayan sido jamás inmortalizados por el tiempo, los que consagraron su existencia a la vida monástica son, a mi parecer, los más nobles, a pesar de la relajación en que había caído su disciplina en los tiempos de que venimos tratando. Nada tiene de extraño que los espíritus perturbados, y las conciencias atormentadas por mil escrúpulos, suspirasen por el reposo conventual, que les daba una idea vaga del reposo celestial; nada tiene de extraño que hubiese espíritus jóvenes que allí encontrasen impulsos serenos e inocentes, y esa simpatía hacia sus semejantes que penetraba como un rayo de luz en las tinieblas de la sociedad que les rodeaba. Recordemos todo esto al leer las cartas de Teresa, y tratemos de penetrar en aquella atmósfera confusa, llena de

deseos y esperanzas palpitantes de vidas dedicadas al desempeño de humildes deberes. Poco nos revela de su pasado en estas mismas cartas. Sólo de cuando en cuando, y con la rapidez del relámpago, se nos presenta de una manera inconsciente; pero tiene la virtud característica de entregarse por completo en la vida y quehaceres del pequeño mundo que la rodea.

«Gran fiesta tuvimos ayer con el nombre de Jesús: Dios se lo pague á vuestra merced. No sé que le envíe por tantas como me hace, si no es esos villancicos, que hice yo, que me mandó el confesor las regocijase, y he estado estas noches con ellas, y no supe cómo, sino así. Tienen graciosa tonada, si la atinare Francisquito para cantar. Mire si ando bien aprovechado. [Siguen algunos consejos sobre sus métodos de oración que citaremos más adelante cuando el buen caballero esté libre de sus escrúpulos y melancolía.]

»Hecho me han reír algunas de las respuestas de las hermanas. [También las monjas de San José habían tomado parte en la famosa oposición de que Lorenzo y sus compañeros habían salido tan mal parados.] Otras están extremadas, que me han dado luz de lo que es; que no piensan que yo lo sé. No hice más que decírselo acaso á vuestra merced sobre lo que le diré, de que le vea, si Dios fuere servido.

»La respuesta del buen Francisco de Salcedo me cayó en gracia. Es su humildad por un término extraño, que le lleva Dios de suerte, con temor, que aún podría ser no le parecer bien hablar en estas cosas de esta suerte. Hémonos de acomodar con lo que vemos en las almas. Yo le digo que es santo; mas no le lleva Dios por el camino que á vuestra merced. En fin, llévale como a fuerte, y á nosotros como á flacos. Harto para su humor respondió. Torné á leer su carta. No entendí el quererme levantar la noche que dice, sino sentado sobre la cama. Ya me parecía mucho, porque importa el no faltar el sueño. En ninguna manera se levante, aunque más hervor sienta, y más si duerme: no se espante del sueño. Si oyera lo que decía fray Pedro de Alcántara sobre eso, no se espantara, aun estando despierto. No me cansan sus cartas de vuestra merced, que me consuelan mucho, y así me consolara poderle escribir más á menudo; mas es tanto el trabajo que tengo, que no podría ser más á menudo; y aun esta noche me ha estorbado la oración. Ningún escrúpulo me hace, si no es pena de no tener tiempo. La esterilidad de este pueblo en cosas de pescado, que es lástima á estas hermanas; y así me he holgado con estos besugos. Creo pudieran venir sin pan [sería alguna manera rancia y ya olvidada de conservarlos frescos], según hace el tiempo. Si acertare haberlos, cuando venga Serna, ó algunas sardinas frescas, dé vuestra merced á la sub-

priora con qué nos las envíe, que lo ha enviado muy bien. Terrible lugar es éste para no comer carne, que aun un huevo fresco jamás hay. Con todo pensaba hoy que há años que no me hallo tan buena como ahora; y guardo lo que todas, que es harto consuelo para mí. Esas coplas que no van de mi letra no son mías, sino que me parecieron bien para Francisco, que como hacen las de San Josef de las suyas, esotras hizo una hermana. Hay gran cosa de eso estas Pascuas en las recreaciones. Es hoy segundo día del año.

»P. S. Pensé que nos enviara vuestra merced el villancico suyo; porque estos ni tienen pies ni cabeza, y todo lo cantan. Ahora se me acuerda uno que hice una vez, estando con harta oración, y parecía que descansaba más. Eran (ya no sé si eran así), y porque vea que desde acá le quiero dar recreación:

»¡Oh hermosura, que excedeis
A todas las hermosuras!
Sin herir, dolor haceis;
Y sin dolor deshaceis
El amor de las criaturas.

»¡Oh ñudo, que así juntais
Dos cosas tan desiguales!
No sé por qué os desatais:
Pues atado, fuerza dais,
A tener por bien los males.

»Quien no tiene sér, juntais
Con el ser que no se acaba:
Sin acabar, acabais:
Sin tener que amar, amais:
Engrandeceis nuestra nada.

»No se me acuerda más. ¡Qué seso de fundadora! Pues ya le digo que me parecía estaba con harto, cuando dije esto. Dios se lo perdone, que me hace gastar el tiempo: y pienso le ha de enternecer esta copla, y hacerle devoción; y esto no lo diga á nadie. Doña Yomar y yo andábamos juntas en este tiempo. Déla mis encomiendas.»

Así termina el año 1576, y el nuevo adelanta furtivamente. Los luceros centellean en los cielos transparentes que coronan a Toledo, muy por cima del oscuro contorno que forman las paredes del convento. De igual manera lucen desde que comenzó el mundo sobre los sitios despoblados y los mares desconocidos. Sin embargo, al contemplarlos Teresa a través de las rejas de su celda, sugiérenla un género

de fantasías especiales, imágenes de las llanuras orientales, modeladas sobre las llanuras de Ávila.

Porque en esta época del año, una afluencia inacostumbrada de vida y de alegría se extiende por el convento, e ilumina los sombríos corredores haciendo asomar brillantes fulgores a los ojos gastados por la mortificación. Ante la representación simulada de la escena inicial del grandioso drama de la redención, el corazón de estas sencillas mujeres se conmueve de una manera singular. Ellas también, gracias a su fe, sienten hasta cierto punto los goces y la gracia que manan de la maternidad. El niñito Jesús, en cuya preparación tantas horas han pasado, es su niño—un niño por el que no han de pasar los años—cuyo amor no se ha de entibiar, y al que podrán abrigar para siempre, en su pristina inocencia, contra su pecho. ¡Y en medio de todo esto, Teresa se siente sola! «De razón buenas Pascuas habrán tenido», escribe a María de San José, «pues tienen allá á mi padre, que así lo fueran para mí, y buenos años. ¡Oh que hielos hace aquí! Poco falta para ser como los de Ávila... Acá he acordádome, ¿qué harían la noche de maitines?...»

CAPÍTULO XX

DE AGOSTO A NAVIDAD DE 1577

Los meses de enero y febrero pasaron tranquilamente en aquel convento toledano, sin ningún acontecimiento de verdadera importancia que interrumpiese la monotonía de su existencia, o perturbase su ambiente de plácido reposo y devoción. La mayor ansiedad de Teresa era la enfermedad de Gracián, que había salido de Sevilla y estaba visitando los monasterios Observantes de Andalucía. Sin embargo, bien podemos imaginarnos el alborozo de la comunidad al llegar el empolvado recuero con sus mulas de Andalucía, y las piadosas exclamaciones de las excelentes mujeres al ver todas las cosas buenas y generosas que él les traía, regalo de María de San José. Toda suerte de manjares para tentar el apetito de la fundadora: batatas y naranjas, delicia de las enfermas; especies, agua de azahar, que la priora de Toledo tiene en tanta estima como su propia vida; confituras caseras, brinquinillos y otras golosinas por el estilo; extrañas especies de resina de India, bautizadas con los nombres altisonantes de Anime y Tacamaca, que Teresa se empeña en llamar Catamaca. Y no es esto todo, pues no tiene la fundadora más que indicar a su fiel y devota priora la conveniencia de enviar alguna cosita a doña Juana Dantisco, madre de Gracián, en prueba de gratitud, o lamentarse de no tener en su posesión nada que dar al digno administrador de doña Luisa—«hombre de autoridad, que no se me ofrece cosa que no la hace muy bien, en especial ha trabajado mucho en esta casa de Malagón, y trabajará»—para conseguirlo en seguida, y es cosa de ver los Agnus Dei, pomas, relicarios, bálsamo, etc., que trae

el burro del recuero. ¡Qué importa que el viril de uno de los relicarios llegue roto, y el pie un poco torcido! Un artista lo compuso en seguida y deseo que estos regalitos regocijarán los corazones de las personas obsequiadas, la mitad siquiera de lo que regocijaron al de Teresa. Entre los regalos, viene una jarrita, la «calderica», como la llama aquella castellana vieja, al verdadero estilo de Ávila; la más «graciosa» que jamás hubiera visto, regalito especial de la priora para Teresa misma. «No piense—dice en tono de broma—, que por traer jerguilla (una especie de jerga más fina que la que generalmente gastaban sus monjas, y que ella se veía precisada a usar por su edad y sus achaques), es tanto el mal, que había de beber en cosa tan buena», y en seguida se la regala también a su amigo, el influyente administrador. En cuanto al agua de azahar, que de seguro hubiera regalado también, a no haber insistido las monjas en que se quedase con ella «apostaría que fué María de San José, la que la puso, que venía muy bien».

Tampoco ellas dejan volver al recuero con las manos vacías. Si María de San José le envía corporales que exceden, por su hermosura, según el gusto de Teresa, a aquel paño de altar que le había enviado la priora de Segovia, «todo de encaje con aljófar y granatillos y que valía unos treinta ducados»; y a pesar de lamentarse de la esterilidad de Toledo (que nada tiene si no es membrillos, en su tiempo, y para eso mejores los hay en Sevilla), todavía se pueden mandar de Toledo otras cosas, como, por ejemplo, cerrojos para las rejas del coro, que por poco que agraden a la delicada María de San José a causa de su tosca apariencia, no por eso ha de dejar de conformarse, como lo hacen las monjas de Toledo, «que no se tienen por más groseras»; tampoco faltan crucifijos, que Teresa encarga a algún artífice establecido en una de las oscuras callejuelas de la ciudad, «no cuestan sino á nueve reales cada uno, y aun creo, menos un cuartillo», dice ella orgullosa de su arte en el regateo, o de su economía, después de haber anunciado en otra carta anterior que su precio sería probablemente un ducado, lo cual me hace pensar que también el artífice habría sido víctima del encanto de aquella vieja monja, por cuya personalidad, según nos dice Yepes, nadie dejaba de ser impresionado. Sea como fuere, allá los manda, en el mismo estado en que los había recibido la víspera de Pascua, a tiempo, precisamente, de que los lleve el recuero la mañana siguiente, encargando que los den a un tornero en Sevilla para que les ponga agujeros.

Entre las cartas más notables escritas desde Toledo, en enero, se encuentra la que dirige a Gracián. En todos los conventos de Teresa ha habido grande tribulación, pues el buen fraile ha estado enfermo,

y la Santa ha escrito en seguida a cuantas personas estima, para que le encomienden en sus oraciones. Pero ya está mejor, y trabajando con el celo de siempre, encontrando tiempo, a pesar de los cuidados y preocupaciones de sus visitas por toda Andalucía, para componer un tratado del confesonario, «como si no tuviere ninguna otra ocupación», escribe Teresa, a quien la labor del padre Gracián había caído muy en gracia, creyéndolo también una cosa muy sobrenatural.

«Con todo [añade], no hemos de pedir á Dios miraglos [como ella lo escribe, y el muy meticuloso comentador añade que así se pronunciaría probablemente en algunos puntos de Castilla, conservando la etimología de la palabra *miráculo*], y es menester que vuestra paternidad mire que no es de hierro, y que hay muchas cabezas perdidas en la Compañía [de Jesús], por darse á muchos trabajos... ¡Oh, cómo me contenta con la perfección que escribe vuestra paternidad á Esperanza! [Esperanza es Gaspar de Salazar.] Porque cartas que se han de ver es bien venir así, y aun para él mismo. ¡Y cómo tiene vuestra paternidad (en lo que dice que es menester para la Reforma) grandísima razón, que se han de conquistar las almas á fuerza de armas, como los cuerpos! Dios me la guarde, que harto contenta me tiene. Para encomendarle mucho á Dios querría ser muy buena; digo para que me aproveche los deseos y ánimo. Nunca le hallo cobarde, gloria á Dios, si no es en cosas de Pablo [Gracián].»

Sigue diciendo que quisiera besarle muchas veces las manos, y le asegura que debe preocuparse acerca de su afecto, «que el casamentero fué tal, y dió el ñudo tan apretado, que solo la vida le quitará y aun después de muerta estará más firme».

También en Sevilla andan bien las cosas. Han entablado negociaciones con «una muy buena monja»; tan buena, que no sólo trae seis mil ducados en dinero sonante, sino tejuelos de oro por valor de dos mil. Su entrada aliviará al convento del peso de sus deudas. «Quiera Dios que no haya impedimento—escribe la Santa—. Por el amor de Dios, si entrare, sobrellévela los defectos, que bien se lo merece.» Mientras tanto, la buena María de San José gobierna su convento con tino y discreción, y transmite sus bien sacadas cuentas de las ganancias obtenidas en la confección de medias y otras labores parecidas, y de las limosnas, que parecen haber empezado, por fin, a afluír.

«Plega á Dios que digan verdad, que harto me holgaría; sino que es una raposa, y pienso viene con algún rodeo, y aun de salud he miedo de otro tanto, según estoy contenta. La nuestra priora de Malagón se está así, así. Harto he pedido á nuestro padre que me escriba si el agua de Loja aprovecha, llevada tan lejos, para enviar por ella; acuér-

deselo vuestra reverencia. Hoy le he enviado una carta con un clérigo, que iba á su paternidad solamente para un negocio, y así no le escribo ahora. Harta caridad me hace en enviarme sus cartas; mas entienda cierto, que aunque no vengan, serán bien recibidas las de vuestra reverencia: de esto esté sin miedo. Ya envié á Doña Juana de Antisco todo su recaudo, aunque no había venido repuesta. Para personas semejantes, aunque se ponga algo del convento no importa, en especial no teniendo la necesidad que teníamos á los principios; porque cuando se tiene más obligada está á sus hijas.

»¡Oh qué vana estará ahora vuestra merced con ser medio provinciala! [María de San José tenía ahora la dirección de Sevilla y Paterna.] ¡Y qué en gracia me cayó, como dice con tanto desdén, ahí envían esas coplas las hermanas! y será ella la trazadora de todo. No creo será malo; pues como dice, no hay allá quien la diga nada, que, para que no se desvanezca, se lo diga yo de acá. Al menos no quiere decir necedad, ni hacer, que bien se le parece. Plega á Dios que vaya siempre el intento en su servicio, que no es esto muy malo. Riéndome estoy de verme cargada de cartas, y qué despacio me pongo á escribir cosas impertinentes. Muy bien la perdonaré la alabanza de que sabrá llevar á la de las barras de oro, si sale con ello; porque en gran manera deséolas ver sin cuidado, aunque va mi hermano tan adelante en virtud, que de buena gana las socorrería en todo...

»Han de saber, que ninguna trae jerguilla, ni la ha traido acá, sino yo; que aun ahora con todos los hielos que ha hecho, no he podido hacer otra cosa, por los riñones, que temo mucho este mal; y tanto dicen, que se me hace ya escrúpulo, y como me tomó nuestro padre la muy vieja, que tenía de jerga gruesa, no sé qué hacer... Abra esa carta de la priora de Paterna y léala [¿no es la priora ya medio provinciala?] que se cerró por yerro; y lea esa del prior de las Cuevas que todavía le escribí, aunque con tanta priesa, que no sé qué he dicho; y ciérrela.»

No fué poca la satisfacción con que Teresa dijo a Lorenzo y a su priora que no había quebrantado día de ayuno desde la Exaltación de la Cruz. La naturaleza, sin embargo, impuso la pena consiguiente, resultando de ello una severa enfermedad, que no sólo atacó su cabeza, sino su corazón, como dice a su hermano en la carta admirable que le mandó en febrero. No la escribe ella misma, y la verdad es que ya se va acostumbrando a servirse de otra persona para contestar sus cartas. Lo único que la apura es que la enfermedad la haya dejado incapacitada para todo. Encarga a su hermano que no se aflija por ella, puesto que se cuida todo lo que cree necesario, que no es poco, y aun más de lo que acostumbran hacer allí. Dice que tiene grandes de-

seos de estar buena. Encuentra tan mala la carne de carnero que se ve obligada a comer aves, pues todo el mal procede de flaqueza y por haber ayunado desde el día de la Cruz de septiembre, además del trabajo y la edad (bien claramente se ve que la vejez se le ha echado ya encima, pero todavía retiene el humor alegre y festivo de la juventud), y, en fin, se encuentra ya tan inútil que es cosa que la enoja, «que siempre este cuerpo me ha hecho mal, y estorbado el bien».

Puede uno figurarse o, mejor dicho, señalar de fijo el apuro que le entraría al buen Lorenzo y la prisa que se daría en despachar de la Serna huevos, gallinas, confituras y un paquete o dos de las famosas plumas de ave, cortadas por su sobrino Francisco, a quien Teresa misma encarga esta comisión, «que acá no las hay buenas, y me hacen disgusto y trabajo». Por cierto que en esta misma carta, comenzada probablemente por su secretaria, pero que ella ha querido terminar, «tantas son las plumas que ha tenido que cambiar que á Lorenzo le parecía su letra peor que de costumbre, y querrá achacarlo á su enfermedad, pero no es culpa del mal, sino de las plumas». Y no es menor la ansiedad de la buena priora de Sevilla mientras carga el burro del recuero, de naranjas, batatas y sábalo fresco conservado entre pan, todo lo que pudiera excitar el apetito de la fundadora enferma o contribuír en alguna manera a su bienestar. «Válame Dios», escribe, agradecida, la Santa, madre de tantas hijas, «espantadas tiene á estas monjas de lo que me envió», y me agrada pensar que si aquéllas a quien Teresa escribía en términos tan afectuosos no comprendieron inmediatamente toda su grandeza—lo que no harían ni podrían hacer (tal es la triste suerte de la humanidad) hasta que la hayan perdido para siempre—, por lo menos todas la aman y veneran con una devoción tal que prueba cuán acreedora se había hecho a ello.

Y mientras así escribe sobre las plumas de ave, corporales, y crucifijos de ébano, y manda sus recados a la buena señora Cepedal, fiel y antigua criada de Francisco de Salcedo, una nubecilla que va avanzando poco a poco aparece en el horizonte de la Reforma. Era muy cierto que el Tostado, burlado en su tentativa de visitar a los Observantes de Sevilla por la aparición del Teniente Gobernador, provisto de un decreto del Consejo Real, estaba otra vez camino de Madrid, cual ave de mal agüero, y las querellas íntimas de las dos ramas Carmelitas van a dilucidarse ante los tribunales y a los ojos del mundo. Teresa conocía demasiado bien la inseguridad del favor de la corte, y sabía cuán poco se podía contar con él. Si bien el Nuncio y el Gran Inquisidor Quiroga habían conseguido cortarle las alas y echarle a Portugal amilanado y confuso, hasta que tuviese a bien presentar las

credenciales de Visitador ante el Concilio Real—en conformidad con la política invariable de Felipe, de no admitir intervención ninguna de Roma en los asuntos eclesiásticos de su reino—, también era fácil que no pudieran o no quisieran hacer la misma cosa por segunda vez, suponiendo que hubiese razones más poderosas que señalasen al Rey la conveniencia de admitir su visita. Si la Reforma iba a estorbar otros asuntos más graves del Estado, preciso sería mandarlo a paseo. No cabía duda de que se recelaban tiempos más revueltos, y que el duelo a muerte entre Descalzos y Carmelitas no admitía ya más dilación.

En Roma, las Observantes, sin tener quien se lo estorbase, habían revuelto el cielo y la tierra contra los Descalzos, y la prueba de que habían tenido buen éxito y estaban ya seguros de la victoria, podía verse en la actitud diferente de sus hermanos en España. Mientras el viento les había sido contrario se habían guarecido con gran habilidad tras la máscara de la obediencia y sumisión, contentos de aguantar hasta que algún cambio fortuito de los acontecimientos les permitiera arrojarla de sí y vengarse de sus adversarios. Pero ahora se presentan envalentonados: el prior de los Carmelitas de Madrid declara resueltamente que está dispuesto a resistir hasta el último límite la fundación de todo monasterio de Descalzos en Madrid, donde Mariano y sus tres frailes han maniobrado en vano meses enteros por llevarla a cabo, y no falta mucho para que se ría del Nuncio en su propia cara. Éste, por su parte, parece indeciso en presencia de las influencias que le acosan desde Roma, «donde le tienen más atado de lo que pensamos». «No me espanto de que vuestra reverencia esté malo», escribe Teresa, desde Toledo, a su impetuoso fraile Mariano, «sino cómo está vivo, según lo que ahí debe haber pasado, interior y exteriormente.» Sin embargo, le advierte que se acuerde de los enemigos que le cercan, y de que le importa mucho no sólo tener paciencia y refrenar aquella lengua suya, afilada y satírica, sino retirarse a Pastrana, o al monasterio Observante, una vez pasado el domingo de Pasión, para que los Observantes no tengan nada con que reprocharles «que esos días no son para estar los religiosos fuera de su monasterio ni á nadie parecerá bien, y muy menos al nuncio, que es tan recatado. «Mire», añade, «que nos hacen guerra todos los demonios, y es menester esperar el amparo sólo de Dios, y esto ha de ser con obedecer y sufrir, y entonces Él toma la mano». Ahora bien, cuando ya no queda más refugio que Dios (aun en el caso de personas piadosas como Teresa) la situación de los humanos es bien desesperada: así no me sorprende oír a Teresa advertir a Mariano que su carta va escrita con gran pre-

meditación, y no sin causa sustancial y, además, muy grave, por más que no le pueda decir qué causa es (por temor, sin duda, de que su carta fuese interceptada). «Yo me espanto de lo que sufre su cólera: mas ahora es menester la prudencia. El Tostado dicen cierto viene por Andalucía: traígale Dios, sea como fuere: creo sería mejor contender con él, que con quien hemos hasta aquí contendido.»

Y según se va él aproximando, la atmósfera se carga y ya se dejan ver los primeros relámpagos de la lejana tempestad.

Los Observantes, presintiendo la pelea, empiezan a levantar la cabeza. No sólo han hecho fracasar el proyecto acariciado por los Descalzos de fundar en Madrid, sino que han llevado a los tribunales al Obispo, en Salamanca, por haberles concedido una licencia.

Mientras tanto, Teresa y sus monjas de Sevilla se encuentran a su vez en una situación peligrosísima, a punto de verse en abierta rebelión contra el General. Se recordará que, durante su estancia en Sevilla, Teresa había recibido del General—ella estaba entonces afiliada al convento de Salamanca, en conformidad con la patente de Fray Pedro Hernández, el Visitador anterior—la orden de retirarse a uno de sus conventos en Castilla, y no moverse de allí ni ocuparse de nuevas fundaciones. Pero Gracián, en su capacidad de Comisario General, había contravenido el citado mandato, no sólo deteniéndola en Sevilla hasta ver terminada la fundación, sino también en Toledo, con motivo del estado tan desesperado en que se hallaba Malagón. En noviembre del año anterior, Teresa, angustiada por la posibilidad de la muerte del Nuncio, había suplicado a Gracián la informara de lo que tendría que hacer en caso de que aquél muriese, y la misión de éste terminase así de repente; «puesto que el errar ó acertar ha de ser cosa pública», dice ella. Gracián debió tranquilizarla, aun sin darle respuesta definitiva; porque ahora en enero, las cosas toman un aspecto más amenazador todavía, con haberse apoderado los Observantes de Toledo del Breve del General, con la firme decisión, evidentemente, de sacar de él todo el partido posible en contra de Teresa.

Por primera vez se da ella cuenta de haberse creído segura a la boca misma de un precipicio, descubriendo (lo que hasta aquí no parece haber sospechado) que la prohibición de salir de sus conventos no sólo se refería a ella, sino que incluía a todas sus monjas. De modo que si la comisión de Gracián llegaba a su fin, cosa que pudiera suceder, como Teresa misma dice «de una hora a otra», no sólo ella, sino también aquellas de sus monjas de Sevilla que habían abandonado el claustro para ir a reformar el Convento Observante de Paterna, se encontrarían en la desagradable situación de haber desobedecido

abierta y descaradamente al General, cabeza de la Orden, y se verían, con toda seguridad, y con la mayor prontitud posible, castigadas en el calabozo de algún convento.

Según las sagaces conjeturas de los Observantes, esta anciana era el adversario más formidable que tenían, por el equilibrio de su cerebro y la influencia que ejercía sobre príncipes, prelados y personajes de todas clases, hombres lo mismo que mujeres. Sólo ella era capaz de desenredar la maraña de dificultades que tejían los Observantes en torno suyo, y de guiar la débil barca de la Reforma y hacerla entrar triunfalmente en el puerto de salvación. Por cierto, que casi me inclino a creer, que el rumor de la trama que urdieron los Observantes de Sevilla para secuestrarla y enviarla a las Indias, que en tanto apuro puso a la buena María de San José y que de tan buenas ganas hizo reír a Teresa. El tal rumor no estaba tan privado de fundamento como ella misma parecía creer. Sin sus consejos y direcciones, bien pronto se hubiesen desentendido, los astutos Observantes, del impulsivo Mariano, que, a pesar de su capacidad, no hacía sino provocar disgustos por la impremeditación de sus palabras y sus ligeras acciones; de aquel viejo débil y quejumbroso Antonio de Jesús y hasta de Gracián, el mejor de todos, tan fatalmente débil cuando llegó la crisis, pero a quien ella supo transmitir su propia destreza y fuerza de voluntad siempre y cuando él tuvo a su espalda la presencia protectora de Teresa. No era posible pensar que los Observantes dejaran escapar una ocasión tan propicia de conseguir la ruina de Teresa; y la ruina de la fundadora implicaba el aniquilamiento de la Reforma. Por el momento, el Nuncio vivía todavía, Gracián era Comisario General de la Orden, y podía, por lo tanto, expedir un mandato para ponerlas a salvo de las maquinaciones de sus enemigos, mandato que sería todavía válido aunque su comisión cesara al día siguiente, a no ser que el Tostado trajese poderes especiales para impugnar los actos de los visitadores anteriores; y no existían razones para suponer tal cosa. De todos modos, para salvarse de una extinción absoluta y completa, era menester no perder tiempo en conseguir que Gracián—que proseguía entonces tranquilamente su visita en Andalucía—firmase y sellase una contraorden donde constara que la estancia de Teresa en Toledo y la reforma de las monjas en Paterna dependían enteramente de su autoridad, y que se la mandase en seguida a ella a Toledo. Con este documento en su poder, que la escuda contra todas las eventualidades y las imputaciones que puedan sobrevenir, se encuentra a salvo de todo ataque por parte de los Observantes.

A María de San José, mejor informada, indudablemente, de los

movimientos de Gracián que pudiera estarlo Teresa a una distancia tan grande como Toledo, es a quien ella confía la importantísima misión de transmitirle sus cartas, sin pérdida de tiempo. Así le encarga que se aviste inmediatamente con Fray Gregorio, y le ruegue en su nombre—«que él lo hará por amor de mí, de buena gana»; y en verdad, ¿qué no harían todos ellos por amor de Teresa?—«mandarlas con persona muy cierta (Diego, si está ahí), que no se sufre darlas á ninguno que no sea con persona muy cierta; y que vaya presto... y quien las llevare, puede aguardar á que se haga esto, que poco tiempo es menester, y tornarlo á vuestra reverencia, y si no fuere con el arriero y poniendo buen porte no lo envíe [a Gracián].»

A verdad decir, la vida misma de las monjas depende de la prontitud de Juan, Pedro, Diego o quien sea el honrado arriero que lleve esas cartas a Granada, Antequera, Loja o Málaga, y vuelva con la respuesta.

Podemos suponer que el asunto se arregló a gusto de Teresa, pues en mayo, Gracián mismo se presentó en Toledo de paso para Madrid, donde había sido llamado por el Nuncio, deseoso de ver los documentos relativos a su visita y de discutir con él las constituciones por él meditadas para el mejor y más firme establecimiento de la Reforma, con la idea de convocar un Capítulo general en el cual es posible que quede asegurada para siempre la existencia de los Descalzos en provincia separada. Y así, «bueno y gordo», como Teresa tiene cuidado de informar a su priora, después de predicar su sermón de Pascua en el convento de Las Damas Nobles, él también se apresura a entrar en la corte, «donde, a lo que parece», dice Teresa, «ha de hacerse bien», a los talones de su rival, el Tostado, que había pasado también, cinco días antes, por Toledo, sin detenerse más de tres o cuatro horas, tal era su precipitación de llegar a Madrid.

Mientras viaja (pues las noticias se extendían con lentitud en aquellos días—al paso, pudiera decirse, del burro—), los negocios de los frailes Descalzos se presentan verdaderamente prósperos para Teresa en Toledo. «Ahora es el tiempo en que es menester la oración de todos», escribe fervorosamente a su priora de Sevilla... «Porque con el favor del Señor veremos la resolución del bien ó lo contrario. Nunca tanto fué menester la oración.»

¡Nunca, en verdad! Mientras escribía estas líneas, el Destino había resuelto para siempre la cuestión. En junio, el Nuncio había dejado de existir. Gracián había tenido una entrevista con él—una sola—, en la cual nada lograron resolver; al ir a celebrar la segunda, lo encontró en su lecho de muerte. En Roma, donde no se miraba con

buenos ojos la Reforma, la gente irónica se había burlado de él, bautizándolo *Reformator Orbis;* pero el pobre anciano *Reformator Orbis,* que había dedicado su vida a purgar monasterios y castigar frailes disolutos, no era, por lo menos, ni avaro ni codicioso, y la pobreza absoluta en que murió podría haber servido de lección a más de un Cardenal simoniaco, a más de un prelado orgulloso y ricachón. Felipe mismo costeó sus funerales; y así desaparece de la escena el buen anciano Ormaneto, Legado Cardenal de la gran Iglesia Romana, que en su día hizo no poco ruido.

El 2 de julio encontramos a Gracián en Pastrana, «bueno, pero con hartos trabajos», como escribe Teresa a su priora la madre Ana de San Alberto, en Caravaca, donde ella misma quisiera hallarse, «que ahí no me hallaran los negocios y cartas tan á mano, y por estarme cabe esas anaditas y agua, que deben parecer ermitañas».

Nada tiene de extrañar que el buen Gracián esté lleno de trabajos y que las monjas de Toledo hagan todo lo posible por ayudarle con oraciones y devotas procesiones; pues a pesar de haber desbaratado nuevamente las maquinaciones de su rival, en su segundo encuentro en aquel «teatro del mundo» (tal es el pomposo título que el cronista da a Madrid) y haber sido obligado por el rey y sus ministros a asumir una vez más su difícil y oneroso cargo, *re non integra,* muy a pesar suyo, encuéntrase solo en la brecha, donde será sacrificado a la política del rey o a las maniobras de sus enemigos—según sople el viento.

Por esta razón, sin duda, y sintiéndose oprimido por la incómoda persuasión de lo falso e inestable de su posición, no atreviéndose a detener ya más tiempo a Teresa en Toledo, como hasta aquí había hecho, sostenido por una autoridad en extremo dudosa, resolvió trasladarla a su primitivo convento de San José de Ávila. A mediados o fines de julio, vémosle otra vez en Toledo con el objeto de acompañar a Teresa a su ciudad natal, comiendo tranquilamente castañas americanas con la fundadora y sus monjas, alegre y alborozado como un niño a la vista de esta entonces extraña fruta de Indias, enviada por las hermanas de Sevilla—pues poco se necesita para excitar el gozo de unas vidas libres de la ambición y de los cuidados del mundo. Así se siguen y se preceden lo infinitamente nimio y lo trágicamente inmenso en el extraño tejido formado alternativamente por las risas y las lágrimas que componen la esencia total de la vida humana. Pues durante aquel rato de infantil solaz, la tormenta se iba preparando. Por lo menos, tal es la escena trazada por Teresa en la última carta (la última de las conservadas), escrita por ella desde Toledo a María de

San José, por la que tenemos el sentimiento de enterarnos que las especulaciones comerciales de ésta última han salido mal, pues la tela (que ella misma había hilado, sin duda) enviada de Sevilla, había rodado por las casas y monasterios de medio Toledo, por encontrarla todo el mundo demasiado cara a cuatro reales, y negarse Teresa, concienzudamente, a darla por menos.

¡Qué escenas de despedida tendrían lugar con motivo de su viaje a Ávila! La muerte había ya hecho su labor en aquel convento toledano. Sólo hacía unas semanas que una monja, desconocida para nosotros, «se las había ido al cielo», según la frase de Teresa, y la suya es una voz de menos en la pequeña iglesia del convento. En el dolor común de esa pérdida, las monjas que quedan se unen más íntimamente. Bien podemos figurarnos los sollozos de la pequeña Isabelita (cuya alegría a la vista de la jerga y los brinquiños venidos de Sevilla, fué consignada a su debido tiempo en estas cartas). Al extinguirse el eco de los pasos del borriquillo que lleva a Teresa, y mientras las monjas, con sus rostros bañados en lágrimas, trancan de nuevo las pesadas puertas que las separan del mundo y todo su movimiento.

Nada sabemos de este viaje de Teresa. Ella guardó de él memoria por mucho tiempo, pues además de Fray Antonio, ¿no llevaba acaso en su compañía a su hijo predilecto? «¿Y no fué tal el casamentero, y no había dado el ñudo tan apretado, que sólo la vida podría quitarlo, y aun después de muerta estaría más firme?»

En agosto, la encontramos otra vez entre las moradoras de San José (Gracián se ha marchado ya a Alcalá, para despachar los mensajeros a Roma), ocupada en hacer con el Obispo, don Álvaro de Mendoza, una negociación difícil que exigía delicadeza y tacto consumados. Como que no quería nada menos que sacar aquel convento de la jurisdicción de dicho prelado, y colocarlo bajo la jurisdicción de la Orden, asimilando de esta manera su gobierno y disciplina a los de los otros conventos que ella había fundado.

Ignoramos los argumentos que empleó, ni cómo se las arreglaría para conseguir su objeto sin zaherir la susceptibilidad del generoso bienhechor, a quien tanto debían ella y sus monjas. Sólo sabemos que lo consiguió (don Álvaro había sido ya elegido Obispo de Palencia, y fácil es que el hecho de estar casi terminada su relación episcopal con Ávila influyese mucho en su pronta aceptación del plan de Teresa), y que hasta logró atraer a su partido a sus monjas, muchas de las cuales eran contrarias al citado cambio, todo lo cual puede verse comprobado en la carta siguiente que le dirigió a Olmedo en el mes de agosto:

«Beso á V. S. muchas veces [Teresa olvidó añadir «las manos», y vemos que también ella estaba expuesta á cometer errores, como los menos santos], por la merced que me hace con sus cartas... Si V. S. hubiera visto cuán necesaria era la visita, de quien declare las Constituciones, y las sepa de haberlas obrado, creo le diera mucho contento, y entendiera V. S. cuán grande servicio ha hecho a nuestro Señor, y bien á esta casa, en no la dejar en poder, que supiera mal entender por dónde podía y comenzaba á entrar el demonio, y hasta ahora sin culpa de nadie, sino con buenas intenciones...

»De la necesidad, ni falta, que nos hará, cuando el Obispo no haga nada con ella, no tenga V. S. pena, que se remediará mejor de unos monasterios á otros, que no lo que está en quien en toda la vida nos terná el amor que V. S. Como tuviéramos a V. S. aquí para gozarle (que ésta es la pena), en lo demás ninguna mudanza parece que hemos hecho, que tan súbditas nos estamos siempre, porque lo serán todos los prelados de V. S., en especial el padre Gracián, que parece le hemos pegado el amor que á V. S. tenemos.»

Razón tuvo la gente sencilla de la época a que nos referimos en llamar a Teresa la Omnipotente. En esta misma carta consigue un doble objeto, y hace que el Maestro Daza (el buen Maestro Daza, que, después de una vida laboriosa, y echándosele ya encima la vejez, suspira por terminar sus días en una pingüe canonjía de la catedral) logre el deseo de su corazón. No sólo indica Teresa a Su Señoría que tanto Dios como el mundo (¿cuándo se olvidaba ella del mundo?), verían con buenos ojos la elevación de una persona que tan buenos servicios había prestado, sino que el concederlo era cosa de poca monta, estando él en vísperas de salir de Ávila, en comparación con el gozo de dejar tras de sí a todos contentos. En fin, no todos le tienen un amor tan desinteresado como las Descalzas de San José. Y luego, con esa antigua cortesía castellana que nunca la abandona, mezclada con ese delicado aroma lisonjero, que nadie supo emplear con mayor destreza que ella, termina Teresa su carta: «Todas nos mortificamos, de que nos mande V. S. le encomendemos á Dios de nuevo; porque ha de ser ya esto tan entendido de V. S. que nos hace agravio.»

En septiembre sobrevino un nuevo desastre para los Descalzos con la muerte del buen anciano Obispo Covarrubias, presidente del Consejo Real, acontecimiento que da al cronista la ocasión de consignar que en aquel mismo mes o en el anterior, agosto, «apareció un cometa de extraordinaria magnitud entre el Trópico de Cáncer y el Círculo Ártico, cercano al signo de la balanza y al planeta Marte; tenía una cola sumamente larga, y nos pareció que brillaba como una estrella.

Este cometa causó grande asombro, pues pocas veces se ha visto cosa tan grande. Los que dijeron que anunciaba la muerte de algún príncipe, se acreditaron por la del Rey Don Sebastián de Portugal, que tuvo lugar al siguiente año. La Orden Carmelita se dividió en dos partidos contrarios, y la perturbación se extendió a otras Órdenes. ¿Quién sabe si no sería todo esto efecto del cometa?»

Y en verdad, parecía que alguna mala estrella se había levantado contra la suerte de la Reforma, y que ésta había de ser barrida de la Tierra. Los temores más negros de Teresa se ven realizados. Todo ha salido como ella lo había anunciado. Si todavía hicieran faltas pruebas de su grandeza—de la desmedida superioridad sobre los frailes, hombres excelentes pero de cráneos vacíos—, podríamos encontrarlas en su apreciación clara y penetrante de todos los detalles de la lucha entre Carmelitas y Descalzos, y su previsión de todas las eventualidades. Más de dos años antes, allá en Sevilla, al escribir a su sobrina María Bautista, de Valladolid, que la existencia de la Reforma estaba pendiente del hilo tenue e inseguro de tres vidas humanas: la del Papa, la del Rey y la del Nuncio. «Cualquiera que falte, quedamos perdidos—dice—, por estar nuestro reverendísimo (el General) cual está.» Desde el principio había ella advertido a sus frailes—insistiendo sobre el mismo tema, con la fatigosa reiteración del que espera inútilmente—que no se conseguiría nada mientras ellos no se atreviesen a llevar denodadamente la guerra al campo enemigo, y enviasen emisarios a Roma para exponer al Papa y al General el verdadero estado de la cuestión, creyendo firmemente, como creía, que la simple vista de sus vidas, humildes y rigurosas, había de ser de por sí la respuesta más convincente e irrefutable a las calumnias de los Observantes. «Crea—había ella escrito—que es gran cosa estar apercibidos.» Sin embargo, a pesar de haberse acordado en el Capítulo de Almodóvar enviar frailes descalzos a Roma, a pesar de sus advertencias y amonestaciones, cada vez más apremiantes, de que no se perdiera el tiempo, de que se procurase el dinero, y mandasen, sin más dilación, a dos de los hermanos («No lo tome por cosa accesoria, pues es lo principal»); a pesar de sus súplicas a Gracián para que acelerase la marcha de aquéllos, antes de que entrase la primavera, los temerarios y voluntariosos hombres que la rodeaban, sin ocuparse de «lo principal», sino en malgastar sus energías fundando asilos para mujeres caídas *(sic)*, y monasterios hipotéticos en Madrid, cuando su misma existencia y la de la Orden pendían de un hilo, sordos a «la voz solitaria que clamaba en el desierto», dejaron escapar de sus manos, para siempre, la gran ocasión que les ofrecía el momento. Y al fin, viendo sus más

acariciadas esperanzas por tierra, por la necedad y la incompetencia, hubo de escribir, con toda la pena y amargura de un alma grande que se rebela contra las barreras y limitaciones impuestas por las circunstancias y el sexo, las expresivas palabras siguientes:

«Sepa que yo puedo muy poquísimo en lo que vuestra reverencia me escribe de la ida de Roma, que ha días que pido, y aun una carta nunca he sido poderosa de que se escriba á quien tanta razón es [se refiere al General]... y no va en vuestro padre visitador, que ya que lo tiene hecho, hay tantos que aconsejan diferentemente, que valgo yo poco. Harto me pesa de no poder más.»

Si la hubiesen escuchado tres meses antes, cuando ella se esforzaba en hacer comprender a Mariano la extrema necesidad de poner la Reforma bajo la protección de algún cardenal, de tomar a su servicio a un abogado, costase lo que costase, para enredar las maquinaciones de los Observantes; de conseguir que el embajador de España dijese una palabra en su favor al Papa y al General, todavía hubiera habido tiempo, y tanto ella como sus frailes habrían evitado la época turbulenta que les esperaban. Pero nada de esto habían hecho, y ahora que se encontraban repentinamente cara a cara con el peligro, debido a la muerte del Nuncio, y comprendían su propia e increíble locura al descuidar las precauciones tan evidentes que Teresa les había aconsejado constantemente; ahora, demasiado tarde cuando ya el mal estaba hecho, cuando el Nuncio, que les había ayudado había muerto y sido enterrado a expensas del Rey, y Covarrubias, no menos amigo de ellos, se había marchado a resolver otro asunto y no podía ya defender su causa en el Consejo Real, ahora es cuando se nos dice que Gracián se fué precipitadamente a Alcalá para apresurar la marcha de los mensajeros. Pero es demasiado tarde porque los Observantes han sabido sacar todo el partido posible de sus oportunidades, y el veneno ha sido ya bastante eficaz. Nuestro «muy reverendo» (el General), a pesar de haber dado una mala caída del borrico y haberse roto una pierna, vive todavía, para desgracia de los Descalzos, y cada día está más enojado contra Teresa y sus frailes. La sombra amenazadora de la presencia de Sego les envuelve ya como una condenación inmediata. Los Carmelitas, atrayendo a su partido la poderosa influencia de su protector el Cardenal Buonocompagni, a quien Sego debía cuanto era, no han dejado piedra por revolver para conseguir la atención del nuevo legado—Felipe Sego, Obispo de Ripa en la frontera de Ancona, y pariente lejano del Papa Gregorio XIII—, que estaba ya harto prevenido en contra de la Reforma en los días de su embarque, aquel día de julio de 1577 en los mares de Italia. Mientras

tanto, los Carmelitas, astutos y testarudos, animados por la esperanza de su llegada, se preparan a desembarazarse de los molestos innovadores. Tostado, escudándose tras de la autoridad del difunto Nuncio, que en su postrer aliento le había dicho, según aquél alegaba, que había revocado la comisión de Gracián; y no sintiéndose ya paralizado por el miedo, se establece denodadamente, en espera de la llegada de Sego, como Vicario General de España, y derrama la copa de su ira sobre los desobedientes frailes, siendo secundados sus mandatos con celeridad por sus subordinados, más iracundos que él todavía.

«No se harán más fundaciones, ni se recibirán más novicios en las Comunidades Descalzas. Todos los jefes y superiores de los monasterios habían de presentarse ante él para recibir instrucciones»: tal es la orden atronadora que el Tostado dicta desde Madrid. Y no se limita a lanzar truenos, pues al pasar Fray Antonio de Jesús por Toledo, después de haber escoltado a Teresa hasta Ávila, el prior del Monasterio Carmelita, le echa mano violentamente y le arroja en la cárcel, mientras Gracián, escondido en una cueva de Pastrana, no se atreve a dar la cara, no fuesen a prenderle para llevarle en secreto al calabozo de algún convento Carmelita y asesinarle silenciosamente.

En Madrid se extienden por todas partes los escándalos que tenían lugar a diario entre los Carmelitas y sus hermanos. El Gran Inquisidor se ve acosado por una lluvia de memoriales difamatorios contra Gracián y (lo que es más extraño todavía) contra la misma Teresa; también penetran en la Cámara Real, pero éstos no van firmados por los Carmelitas, tan cierto es el refrán—uno de los refranes de Teresa, y puedo, por lo tanto, citarlo—de que *El peor ladrón es el de casa.* Fray Baltasar de Jesús, el anciano prior de Pastrana, cuyos sermones habían electrizado a todo Alcalá el día de la apertura del colegio Carmelita, con que se había consagrado la primera fundación de la Orden en Andalucía, era uno de los calumniadores. Jamás había podido perdonar que el hombre que él mismo había puesto al frente de la Reforma lo superase, y este fué, de todos, el momento por él elegido para vengarse de una manera ruin y mezquina, y manchar su buena fama con toda suerte de calumnias que la malicia y los enemigos pudieran inventar.

Dos años antes, en Sevilla, ya había Teresa penetrado, con su vista perspicaz, tan doblemente perspicaz en todo lo que tuviese que ver con su *Sancto Sanctorum* (según ella lo designaba), el odio personal que aquél abrigaba contra Gracián; y ahora su firma—la firma de uno de sus primeros frailes—, era mostrada triunfalmente por los Carmelitas ante los ojos de la corte y del mundo. En cuanto al otro, hay que

decir que era un loco, irresponsable de sus acciones, y sus solemnes retractaciones serían tal vez tan dignas de crédito como sus no menos solemnemente atestiguadas acusaciones. Por lo cual, Teresa, herida hasta en lo más vivo de su ser, escribió, indignada, al Rey la carta siguiente:

«La gracia del Espíritu Santo sea siempre con vuestra Majestad, amén. A mi noticia ha venido un memorial, que han dado á vuestra majestad, contra el padre maestro Gracián, que me espanto de las ardides del demonio y de los padres Calzados; porque no se contentan con infamar á este siervo de Dios (que verdaderamente lo es...), sino que procuran agora deslustrar estos monasterios...; y para esto se han valido de dos Descalzos, que el uno, antes que fuese fraile, sirvió á estos monasterios, y ha hecho cosas adonde da bien á entender, que muchas veces le falta el juicio; y de este Descalzo y otros apasionados contra el padre maestro Gracián (porque ha de ser el que los castigue), se han querido valer los frailes del paño, haciéndoles firmar desatinos, que si no se temiese el daño que puede hacer el demonio, me daría recreación lo que dicen que hacen las Descalzas... Y pues de los que han escrito los memoriales se puede hacer información de lo que les mueve, por amor de nuestro Señor, vuestra Majestad lo mire, como cosa que toca a su gloria y honra; porque si los del paño ven que se hace caso de sus testimonios, por quitar la visita, levantarán á quien la hace, que es hereje; y adonde no hay mucho temor de Dios, será fácil probarlo. Yo he lástima de lo que este siervo de Dios padece, y con la rectitud y perfección que va en todo; y esto me obliga á suplicar á vuestra merced le favorezca, ó le mande quitar de la ocasión de estos peligros, pues es hijo de criados de vuestra majestad, y él por sí no pierde; que verdaderamente me ha parecido un hombre enviado de Dios y de su bendida Madre, cuya devoción, que tiene grande, le trajo á la Orden para ayuda mía: porque ha más de diez y siete años que padecía á solas con estos padres del paño, y ya no sabía como lo sufrir, que no bastaban mis fuerzas flacas. Suplico á vuestra Majestad me perdome lo que me he alargado, que el grande amor que tengo á vuestra Majestad me ha hecho atreverme, considerando que, pues sufre el Señor mis indiscretas quejas, también las sufrirá vuestra Majestad.»

Y hasta donde el Rey fuera capaz de conmoverse con cualquiera súplica, conmovióle la sentida carta de su indigna sierva, Teresa de Jesús, la Carmelita. Ambos difamadores se retractaron. Fray Miguel, el loco, juró delante de la Hostia y en presencia de un notario, no haber escrito una palabra del libelo; pero dijo que lo había firmado por fuerza, ante las amenazas de los Carmelitas.

En cuanto a las demás calumnias, tampoco resultaron fidedignas al ser examinadas cuidadosaments por el Consejo Real. De modo, que como Teresa dice escribiendo a María de San José, «todo les llueve acuestas, y se vuelve en bien para nosotros». Y con esto desaparece el viejo Fray Baltasar en las tinieblas de sus torcidos procederes (y yo por mi parte no puedo menos de sentir cierto pesar al ver terminar de esta manera aquel hermoso día de junio en Pastrana) para llorar su pecado, y morir de un modo ejemplar en Lisboa.

En Ávila, la Encarnación se convierte en teatro de una lucha vergonzosa entre las monjas y el provincial Calzado—Fray Madalena, le llama Teresa—enviado por orden del Tostado para impedir a viva fuerza que aquéllas llevasen a cabo su intención de reelegir a Teresa por priora. Las monjas, en justicia sea dicho, no olvidan, a pesar de haber tenido cinco años a San Juan de la Cruz guiándolas por el camino de la perfección, que son descendientes de los Ávilas, Muñoces, Blázquez, Tapias y Águilas—antiguos conquistadores de su ciudad natal—, y están dispuestas a desafiar, no sólo a cincuenta provinciales, sino también al Tostado, antes que ceder una tilde de sus derechos y privilegios.

«Yo digo á vuestra reverencia [escribe Teresa á María de San José en Sevilla] que pasa aquí en la Encarnación una cosa, que creo que no se ha visto otra de la manera. Por orden del Tostado vino aquí el provincial de los Calzados á hacer la elección, ha hoy quince días, y traía grandes censuras y descomuniones, para las que me diesen á mí voto, y con todo esto á ellas no se les dió nada, sino como si no las dijesen cosa, votaron por mí cincuenta y cinco monjas; y cada voto que daban al provincial las descomulgaba y maldecía, y con el puño machucaba los votos y les daba golpes y los quemaba, y dejólas descomulgadas, ha hoy quince días, y sin oir misa ni entrar en el coro, aun cuando no se dice el oficio divino, y que no las hable nadie, ni los confesores, ni sus mismos padres, y lo que más cae en gracia es, que otro día después de esta elección machucada, volvió el provincial á llamarlas, que viniesen á hacer elección, y ellas respondieron, que no tenían para qué hacer más elección, que ya la habían hecho, y de que esto vió tornólas á descomulgar, y llamó á las que habían quedado, que eran cuarenta y cuatro, y sacó priora, y envió al Tostado por confirmación. Ya la tienen confirmada, y las demás están fuertes, y dicen que no la quieren obedecer sino por vicaria. Los letrados dicen que no están descomulgadas; y que los frailes van contra el Concilio [de Trento] en hacer la priora que han hecho con menos votos. Ellas han enviado al Tostado á decirle cómo me quieren por priora, él dice

que no, que si yo quiero puedo irme allá á recoger, mas que por priora no lo pueden llevar á paciencia.»

¿Qué clase de mujer es ésta que se ha ganado de tal suerte los corazones de estas turbulentas y atrevidas monjas—las mismas monjas que la habían dispensado tan recia acogida cinco años antes—hasta el punto de sufrir con gusto encarcelamiento y ultrajes por amor de ella?

Mientras la anarquía tiene rienda suelta en los pacíficos claustros de la Encarnación, Teresa, grandemente apesadumbrada, escribe a Alonso de Aranda, un sacerdote de Madrid, encargándole «se informe por caudal, si lleva algún medio el poderlas absolver el Tostado ó el provincial, y que escriba al padre Julián de Ávila, que él porná con ellas mucho, y quizá podrá para que obedezcan á Doña Ana...»

Pero no era esto todo. Obrando en contra de todo derecho y razón, puesto que los poderes del Tostado estaban sometidos a discusión en la cámara del Consejo Real, y éste no había dado todavía su decisión, en una fría noche de invierno (era el 4 de diciembre), una turba de frailes armados se presentó delante de la pequeña choza, situada en un rincón apartado del jardín del convento, en la cual habían vivido durante los últimos cinco años Fray Juan de la Cruz y Fray Germán de San Matías, en sencillez y humildad, y echaron abajo su frágil puesto. Ya hacía días que los caballeros más distinguidos de Ávila (entre los cuales se encontraría probablemente Lorenzo) habían puesto guardia, en previsión, sin duda, de algún ataque como éste, delante de la morada de los dos frailes. Pero los Carmelitas eran demasiado astutos para provocar un tumulto popular, y el rumor había concluído por desaparecer. El citado día, los dos frailes fueron maniatados y conducidos al convento Carmelita de Ávila, donde les azotaron, para encerrarles después en celdas separadas, hasta la mañana siguiente. Fray Juan, sin embargo, logró escaparse de la prisión; se marchó corriendo a su choza, cerró bien la puerta, rompió parte de sus papeles, se tragó otra parte y entregóse después, tranquilamente, a sus perseguidores que le estaban aguardando amenazándole a cada momento con derribar la puerta. Obligado una vez más a vestir el hábito Carmelita que había renunciado siete años antes en Duruelo, fué conducido, con gran sigilo, a Toledo, y Fray Germán a Moraleja.

Teresa sintió, en lo más vivo de su ser, esta agresión descarada y ultrajadora de todo instinto de justicia. Aquella misma noche apeló, indignada, al rey en los términos siguientes:

«Bien creo tiene vuestra Majestad noticia de cómo estas monjas de la Encarnación han procurado llevarme allá, pensando habría algún

remedio para librarse de los frailes... Para algún remedio, puse allí en una casa un fraile Descalzo, tan gran siervo de nuestro Señor, que las tiene bien edificadas, con otro compañero, y espantada esta ciudad del grandísimo provecho que allí ha hecho, y así le tienen por un santo, que en mi opinión lo es y ha sido toda su vida... Y ahora un fraile que vino á absolver á las monjas, las ha hecho tantas molestias, y tan sin orden y justicia, que están bien afligidas y no libres de las penas que antes tenían. Y sobre todo hales quitado éste los confesores, que dicen le han hecho vicario provincial, y debe ser porque él tiene más partes para hacer mártires que otros. Está todo el lugar bien escandalizado, cómo, no siendo prelado, ni mostrando por dónde hace esto (que ellos están sujetos al comisario apostólico) se atreven tanto, estando este lugar tan cerca de donde está vuestra Majestad, que ni parece temen que hay justicia, ni á Dios... A mí me tiene muy lastimada verlos en sus manos, y tuviera por mejor que estuvieran entre moros, porque quizá tuvieran más piedad. Y este fraile tan siervo de Dios está tan flaco de lo mucho que ha padecido, que temo su vida... Si vuestra majestad no manda poner remedio, no sé en qué ha de parar, porque ningún otro tenemos en la tierra.»

También en esta ocasión conocióla Felipe. Las monjas expusieron su causa ante el Consejo Real. No sabemos cómo se decidiría, al fin, la cuestión; pero lo que sí es cierto es que Teresa no estaba dispuesta a aceptar el cargo que querían darla a viva fuerza sus antiguas subordinadas, si bien éstas insistieron obstinadamente en tratar a la priora, elegida por la minoría, como mera interina.

«Ellas han enviado al Tostado á decirle cómo me quieren por priora. Él dice que no, que si yo quiero que me vaya allá á recogerme, mas que por priora no lo pueden llevar con paciencia... Yo las perdonaría de buena gana, si ellas quisiesen dejarme en paz, que no tengo gana de verme en aquella Babilonia.»

En ninguna otra ocasión ofrece Teresa, a mi parecer, una figura más noble ni más dolorosa que cuando, rebelándose su espíritu fuerte y valeroso—tan grande en su atrevimiento como en su acción—contra todas las barreras que le impone su sexo, «que no la permite otra cosa que comer y dormir», defiende a sus frailes y monjas contra la calumnia y la persecución, con palabras enérgicas y sentidas. La estaba reservado a ella, a esta anciana y gastada monja de Ávila, a esta pobre mujer sobre cuyas espaldas ha llovido por más de seis meses toda clase de calumnias y persecuciones, enarbolar desde el fondo de su reclusión—como valiente capitán que era—el pendón bajo el cual había de seguir la esforzada compañía de frailes y monjas, en unión

suya, hasta conseguir la victoria. No es a sí misma a quien defiende Teresa de Jesús, mero instrumento, ni a la Reforma que Teresa de Jesús ha realizado. No, tras de ella se alza otra figura—invisible a todos los ojos menos a los suyos—, la figura de una mujer, pero una mujer coronada con la aureola de la Divinidad, la figura de María Santísima. Suya es la Reforma, suya también Teresa de Jesús, su humilde sierva, la que había intentado por un momento implantar un espíritu más puro en la Orden de la Virgen.

Otra vez se aproxima la Nochebuena, y una endeble ancianita se halla sentada, como siempre, escribiendo en su celda en Ávila. De cuando en cuando deja escapar de sus dedos la pluma y uno creería que su espíritu se eleva a las nubes, pues su rostro, arrobado, resplandece con una gloria refulgente y radiante que no pertenece seguramente a la tierra; otras veces clama a Dios con lágrimas y oraciones, acordándose de sus hijos, desterrados y presos. Entre los rugidos de la tormenta y el furor de todas las tempestades del cielo, desencadenadas sobre la cabeza de aquella paciente escritora, deja, por fin, la víspera de San Andrés, la pluma con que había trazado las *Moradas*. En su propio concepto, esta obra superaba en alto grado a todo lo demás que había escrito, pues en en ella, dice con palabras singularmente patéticas: «No trata de cosa sino de lo que Él es, y con más delicados esmaltes y labores porque el platero que lo ha fabricado sabe ahora más que entonces, y es el oro de más subidos quilates, aunque no tan al descubierto van las piedras como acullá (en el de su *Vida)*.»

El día de Nochebuena, Teresa se cayó por las escaleras y se rompió un brazo. Al levantarse, oyéronla decir: «Válame Dios, quiso matarme»; y entonces oyó una voz interior que la dijo: «Sí que quiso, pero yo estaba contigo.» Su caída no interrumpió, sin embargo, la voluminosa correspondencia que tenía (aún en Toledo había tenido que confiar gran parte de ella a una secretaria que escribía sus cartas al dictado), y que abrazaba los complicados asuntos de la Orden, y todas las dificultades y negocios particulares de ocho conventos, cada cual más sumido en deudas, y todos ellos pendientes de su dirección y consejos.

CAPÍTULO XXI

DE ENERO A NAVIDAD DE 1578

Este año de 1578, tan importante para la Reforma, principia de mala manera por lo que a ésta se refiere, lo mismo en Ávila que en otros lugares. Teresa con un brazo roto; el convento de la Encarnación—visión dulce y apacible que dora un sol de invierno en la hondonada al pie de la ciudad—hecho un nido de conflictos y disturbios; Fray Antonio de Jesús, escondido en los sótanos del hospital del Arzobispo; Teresa, en Toledo; Gracián, haciendo equilibrios con una autoridad de valor intermitente; Mariano, contemplando el progreso de la tormenta desde el refugio seguro que le proporcionan amigos poderosos en Madrid; Fray Juan de la Cruz, preso nadie sabe dónde (Teresa cree que en Roma, pero no está segura); y los Carmelitas, en plena posesión del Poder, lanzando horribles amenazas de venganza. En el fondo del cuadro se vislumbran las figuras borrosas del Rey y del Nuncio—los dos *Dei ex machina* del drama de intriga y opresión, que cada día se hace más negro y complicado. Los acontecimientos se suceden con rapidez, provocando alternativamente esperanzas y temores; éstos especialmente, pues allende las murallas de Ávila, en la misma corte de España, ha comenzado la lucha implacable que no terminará mientras no se haya logrado la extinción completa de la Reforma, o su creación en provincia separada.

También Teresa, en Ávila, tiene grandes preocupaciones: las pobres monjas de la Encarnación, expuestas a las persecuciones de los Carmelitas, y ella misma en una situación muy crítica con los Jesuítas. La venganza de esa poderosa Orden la amenaza de continuo,

pues atribuye a sus consejos e influencia la resolución tomada por Fray Gaspar Salazar (el que tanto la ayudó en años anteriores durante las revueltas que precedieron a la fundación de San José), de abandonar la Compañía de Jesús para unirse a los frailes de Teresa. Sus cartas nos dicen cómo las resolvió. En cuanto a la Encarnación, las pobres monjas intimidadas por el provincial «Fray Madalena», y Valdemoro, el fraile «terrible» de los Carmelitas de Ávila, se han visto obligadas a firmar, llenas de terror, lo contrario precisamente de la demanda que habían firmado antes y expuesto a la Cámara de Comercio Real de Madrid, en la que seguían el propio consejo de Teresa de que obedecieran; «que no creo lo hicieran, si no les enviara parecer de que no perjudicaban su justicia». Pero esta viejecita de Ávila es un adversario peligroso, con quien no se puede uno descuidar. Con razón decían los Carmelitas que quisieran verla en el fondo del mar.

El Provincial, con las firmas de las monjas en sus alforjas y saboreando de antemano las delicias de su triunfo en Madrid, pica espuelas a su mula para que le lleve a toda carrera a través de las nevadas mesetas; bien puede darse prisa, pues Teresa le ha ganado la delantera, y antes que el fraile pueda apearse a las puertas de su monasterio, segura estoy de que obra en poder de Roque de Huerta la carta que para el golpe lo mejor que puede, haciendo comprender al Mayordomo real de Su Majestad, Secretario del Consejo Real, que las citadas firmas han sido conseguidas a viva fuerza, «que no piensen en Consejo que es verdad lo que esos padres informasen, pues ha sido todo tiranía».

Aunque Teresa no está dispuesta a meterse otra vez en «aquella Babilonia de la Encarnación», le dice muy claramente que no quiere que se active la petición que las monjas han presentado al Consejo con objeto de hacerla priora, advertencia innecesaria, pues la causa de las monjas siguió su lento y pesado curso con los acostumbrados retrasos oficiales, y quién sabe si no seguiría en pie años enteros.

Las últimas noticias que a nosotros llegan de la Encarnación, son las de haber vuelto aquel monasterio a su estado acostumbrado, o sea el de laxitud y desorden.

Por lo que hace a los jesuítas—y entre todos ellos no había uno capaz de darla de mano—, a las iracundas quejas del Provincial Juárez y del rector Gonzalo de Ávila, que querían que Teresa mandase por escrito a Salazar una negativa perentoria, y ordenase a los superiores que no le recibiesen, envió una respuesta agridulce en su tono, pero tan enérgica en el fondo, que debió hacerles perder las ganas de volver a insistir sobre el particular.

«Yo he tornado á leer la carta del padre provincial [dice] más de dos veces, y siempre hallo en ella tan poca llaneza para conmigo, y tan certificado lo que no me ha pasado por pensamiento, que no se espante su paternidad que me diese pena. En esto va poco, que si no fuese tan imperfecta, por regalo había de tener que su paternidad me mortificase, pues como á súbdita suya lo puede hacer. Y pues lo es el padre Salazar, ofréceseme que sería mejor remedio atajarlo por su parte, que no escribir yo, a los que no son míos, lo que vuestra paternidad quiere; pues es oficio de su prelado y tendrían razón de hacer poco caso de lo que yo les dijese... Cierta estoy, que á lo que él dice, y yo entiendo, no lo hará sin que lo sepa el padre provincial; y si no lo dijere o escribiere a su paternidad, es que no lo hará. Y si su paternidad se lo puede estorbar, y no darle licencia, agravio haría yo á una persona tan grave y tan sierva de Dios, en infamarla por todos los monasterios (aun cuando hubieran de hacer caso de mí), que harta infamia es decir, que quiere hacer lo que no puede sin ofensa de Dios. Yo he hablado con vuestra merced con toda verdad, y á mi parecer, he hecho lo que estaba obligada en nobleza y cristiandad [seguros podemos estar de que así era en efecto]. El Señor sabe que digo en esto verdad; y de hacer más de lo que he hecho, parece iría contra lo uno y lo otro... También estoy segura, que si no fuese el negocio como vuestra merced quiere, que quedaré tan culpada como si no hubiera hecho nada; y que basta haberse hablado para que se empiecen a cumplir las profecías.

»Ahí envio á vuestra paternidad [dice en otra carta que escribe a Gracián y dirige a Alcalá] una carta que me escribió el Provincial de la Compañía, que me disgustó harto, tanto que quisiera responderle peor de lo que le respondí; porque sé que le había dicho [Salazar] que yo no había sido en esta mudanza, como es verdad, que cuando lo supe me dió harta pena, y con gran deseo de que no fuese adelante. Le escribí una carta cuán encarecidamente pude, como en esa que respondo al Provincial se lo juro; que están de suerte, que me pareció, si no era con tanto encarecimiento, no lo creerían, é importa mucho lo crean por eso de las *desvelaciones* que dice [Salazar], no piensen que por esa vía le he persuadido, pues es tan gran mentira.

»Mas yo digo á vuestra paternidad que tengo tan poco miedo á sus fieros, que yo me espanto de la libertad que me da Dios; y así dije al padre rector, que en cosa que entendiese se había de servir, que toda la Compañía ni todo el mundo sería parte para que yo dejase de llevarlo adelante, y que en este negocio yo no había sido ninguna ni tampoco lo sería, ni tampoco lo sería en que lo dejase. Rogóme que

aunque esto no hiciese, le escribiese una carta [a Salazar] en que le dijese lo que en ésta le digo, de que no lo puede hacer sin quedar descomulgado. Yo le dije—¿si sabía él estos Breves?

»Dijo—mejor que yo.

»Dije—pues yo soy cierta de él, que no hará cosa en que entienda es ofensa de Dios.

»Dijo—que todavía por la mucha afición, se podía engañar y arrojarse; y así le escribí una carta por la vía que él me escribe ésta.

»Mire vuestra paternidad qué sencillez; que por indicios he entendido claro, que lo vieron; aunque no se lo dí á entender. Y díjele en ella que no se fiase de hermanos, que hermanos eran los de José; porque sé que habían de verla, porque sus mismos amigos le deben haber descubierto, y no me espanto, porque lo sienten mucho en demasía. Deben temer no se haga principio. Yo le dije—¿si no había algunos de ellos Descalzos?

»Él dijo—que sí, Franciscanos; mas que los echaron ellos primero, y después les dieron licencia.

»Dije—que eso podían ahora hacer; mas no están en eso, ni yo en decirle que no lo haga, sino avisarle, como hago en esa carta, y dejarlo á Dios, que si es obra suya ellos lo querrán, que de otra suerte (como ahí le digo) hélo preguntado, y cierto no se debe de poder hacer, porque esos se deben llegar al derecho común, como otro legista, que me persuadía á mí, cuando la fundación de Pastrana, que podía tomar la Agustina, y engañábase. Pues dar el Papa licencia no lo creo, que le tendrán tomados los puertos. Vuestra paternidad también se informe y le avise, que me daría mucha pena si hiciese alguna ofensa de Dios. Bien creo entendiéndolo, no lo hará. Harto cuidado me da; porque quedarse entre ellos, después que saben la gana que tiene de estotro no tendrá el crédito que suele: quedar acá, si no es pudiéndose hacer muy bien, no se sufre; y póneseme delante lo que debemos siempre a la Compañía; que el hacernos daño no entiendo los dejará Dios para eso. No le recibir pudiendo, por miedo de ellos, hácesele mala obra, y págasele mal su voluntad. Dios lo encamine, que Él lo guiará, aunque miedo tengo no le hayan movido esas cosas de oración, que dice que las da demasiado crédito. Hartas veces se lo he dicho, y no basta. También me da pena, que esas de Veas le deben haber dicho algo de eso, según la gana mostraba Catalina de Jesús. El bien de todo es, que él cierto es siervo de Dios, y si se engaña, es pensando que Él lo quiere, y su Majestad mirará por él. Mas en ruido nos ha metido; y á no entender yo lo que escribí á vuestra paternidad de José (Cristo), crea que hubiera puesto todo mi poder en estorbar-

lo. Mas, aunque no creo tanto como él estas cosas [revelaciones] háceme gran contradicción estorbarlo. ¿Qué se yo si se estorba algún gran bien de aquél alma?»

Salazar no debió conseguir llevar a cabo sus deseos, pues más adelante vemos a Teresa lamentarse de que una consideración indebida a la amistad de «esos de Jesús» la hubiera hecho estorbar una vocación tan sincera.

A pesar del brazo roto y todo, brotan incesantemente de la pluma de esta anciana sentada en su celda en Ávila, las cartas adonde debemos acudir para seguir el curso de la historia singular de la Reforma Carmelita. Por borrosas y confusas que se encuentren hoy estas cartas, lo son menos que la confusa relación del cronista. En ellas encontramos la verdad, y en ese concepto las tendremos mientras algún indagador laborioso quiera perder el tiempo en investigar el desarrollo oscuro de la Orden en los archivos de Simancas y en la Biblioteca Nacional de Madrid, y exponga el resultado de sus pesquisas a un público vulgar que no las apreciará. En esas cartas, pues, vemos los acontecimientos tal como fueron revelados por Teresa de Jesús, y en ellas podemos ver a Teresa guiando la Reforma a la cual había consagrado todos los trabajos de su vida (única cosa en que no se ve restringida la actividad de esta alma grande por su condición de mujer), a través de los escollos y tropiezos que amenazan destruirla. Su maravillosa clarividencia, el instinto rápido y sumamente cierto con que despoja los acontecimientos confusos de sus complicaciones y enredos—sacando a flote la verdad de entre los rumores más contradictorios—, por saber abarcar las cosas en su conjunto, sin que se la escape el menor detalle (pues ningún detalle debidamente considerado es jamás insignificante), todo esto es propio del ingenio, mejor dicho, es la esencia misma del ingenio. Verdadero *psicólogo* que sabe que las más grandes conmociones y las más violentas tempestades pueden tener por causa alguna flaqueza insignificante, alguna faltita casi imperceptible, sólo ella es capaz de manejar los temperamentos diversos de sus tercos frailes, obligándolos a obrar en armonía, poniendo a su disposición su tacto consumado y sus conocimientos profundos, comprendiendo al primer golpe de vista cuándo conviene conciliar y cuándo mantenerse firme. Todos ellos eran buenos, todos habían podido, tal vez, llegar a hacerse notables, de no haber eclipsado Teresa a todos los frailes que sostenían la Reforma y estaban persuadidos uno por uno de que sus métodos eran los mejores. Todos, menos Gracián, cuya fatal ductilidad le hace caer presa de otra voluntad más fuerte. De carácter enteramente opuesto a Mariano, que era impetuoso, con una

lengua mordaz que cortaba como un cuchillo y arrebataba con su elocuencia al Nuncio; *persona grata* al Rey; variable, intrigante, activo, siempre lleno de nuevos proyectos para la extensión de la Reforma, y falto de las más rudimentarias precauciones para proteger su misma existencia, con lo que perdía el terreno ganado a fuerza de trabajos penosos. Fray Antonio de Jesús, con mil susceptibilidades e intransigencias de esas que con tanta frecuencia acompañan a la persona que se precia de poseer una virtud rigurosa; dado a la envidia, obsesionado por ocupar un puesto prominente en los negocios de la Orden, a pesar de lo cual no pasó nunca de ser una figura casi imperceptible en las últimas filas. A Gracián, hijo del secretario del Rey, dulce, simpático, fascinador, el que «escribía como ángel y temía como hombre», de conciencia sensible y escrupulosa, «incapaz», dice Teresa, «de luchar con estas cosas de contrario parecer», inofensivo como un cordero, sencillo y afable; si nadie hubiese intervenido, Teresa podría haberle plasmado a su voluntad. Mientras ésta sigue los movimientos inseguros de sus frailes en Madrid, y su espíritu grandioso se exaspera con los desatinos, falta de tacto, de acierto, iniciativa y energía, cuando todo dependía del empleo de estas cualidades; con las oportunidades perdidas y aprovechadas, y el terreno sin cuento cedido al enemigo, Teresa siente lo que no podía menos de sentir, o sea que jamás se vió la Reforma necesitada con mayor urgencia que ahora de aquellas cualidades que en ella descollaban por cima de toda su santidad. Desde el principio, había ella previsto, dos años antes, cuando escribía al Rey desde Sevilla, que la única solución posible que pudiera dar fin a las discordias entre las dos ramas de la Orden, tal vez la única condición para la existencia de los Descalzos, era separar a éstos de los Observantes y erigirlos en provincia aparte. Paso era éste atrevido y enérgico, que ella había propuesto con palabras no menos firmes y atrevidas. «Há cuarenta años», escribió diciendo a Felipe, «que yo vivo en esta Orden, y miradas todas las cosas, conozco claramente, que si no se hace provincia aparte de Descalzos, y con brevedad, que se hace mucho daño, y tengo por imposible, que puedan ir adelante». Pero Felipe no era ni atrevido ni enérgico. La carta fué leída—también sería anotada de seguro; tal vez, Felipe escribiese al margen con unos cuantos garabatos propios de su mala letra alguna observación tonta (pues su extremada previsión era una virtud de esas que rayan en locura)—y nada más. Pero las revueltas que apenas si habían tenido hasta entonces importancia aparente, son ahora tan apremiantes que atraen la atención de toda España.

Mucho tiempo antes de que muriera Ormaneto vimos a Teresa

aconsejar calurosamente a los Descalzos—consejos que fueron desatendidos con igual persistencia—que hiciesen todo lo posible por enviar emisarios a Roma, a fin de contrarrestar los manejos de los Observantes, ocupados ya entonces en predisponer a la corte romana contra los Descalzos. En la carta dolorosa que dirige a Roca, laméntase de no haber podido conseguir que los Descalzos escribiesen siquiera una carta conciliadora al General, cuanto menos hacerles enviar abogados a Roma, pues hasta el último momento abrigó la esperanza de que, habiendo aquél (Rubio) echado los fundamentos, también le pondría la última piedra a este edificio de la Reforma. «Yo le digo—tales son las sentidas palabras que dirige a Gracián—que me estoy deshaciendo por no tener libertad para poder hacer yo lo que digo que hagan.»

Por último, parece haberlos convencido de la conveniencia de enviar representantes a Roma, pues a fines de 1577 hace referencia a ella en una carta, con motivo de encontrarse Gracián en Alcalá, a fin de acelerar la marcha de aquéllos; pero el asunto decayó otra vez durante el período más caluroso de la persecución que sobrevino a la llegada a Madrid del pájaro de mal agüero, el Tostado, que volvía decidido a exterminar de raíz a los Carmelitas Descalzos. Habiendo resuelto los teólogos de Madrid y de Alcalá *(re non integra)* que la muerte del Nuncio no había invalidado en manera alguna la misión de Gracián, Covarrubias, presidente del Consejo, le ordena continuar su visita, cuando la llegada de Sego, legado papal, añade un nuevo y terrible factor a las dificultades que parecen amontonarse, cada vez más, sobre la cabeza de aquel fraile malhadado. Arteramente prevenido contra los Descalzos, apenas desembarcado en Barcelona, oye el Nuncio las amargas quejas de los Carmelitas, que se habían apresurado a salirle al encuentro para acompañarle a Madrid, y todo lo que ahora oía, no hacía sino acrecentar sus prevenciones y provocar en su espíritu una furia grande contra los Descalzos, cólera que no tardó en manifestarse de un modo positivo.

El primer acto del Nuncio fué prueba suficiente de sus intenciones respecto a la Reforma. Las órdenes del Tostado—atrevida aserción de autoridad suprema—habían dejado a los cinco frailes, Gracián y sus compañeros, sin saber qué partido tomar, cuando el Rey, que no reconocía ni Papa ni censuras tratándose de las cuestiones religiosas de España, puso por medio al Consejo Supremo, y el Tostado se encontró otra vez burlado en sus tentativas de ahogar la Reforma, en presencia de un mandato real que le ordenaba dimitir de su cargo y entregar las órdenes secretas sobre las

cuales basaba sus actos, y no le quedó más remedio que obedecer.

Así estaban las cosas al llegar Sego a Madrid; el Tostado, ocupadísimo con la persecución y extirpación de la Reforma, mantenía, obstinadamente, por un lado, los poderes que le había otorgado el Capítulo de Plasencia, y, por el otro, hallábase empeñado en una causa, pesada y tardía, con el fiscal del Consejo. Mientras ésta seguía su lento curso, desembarcó el Nuncio.

Con la estratagema que tan bien preparada le tenían, el Nuncio sólo necesitaba encender la mecha—al menos así pudiera haberlo creído—para acabar con las Descalzos. Pero conseguir esto era cosa más difícil de lo que él se había figurado, y antes de salir de España debía aprender una lección saludable. La actitud de Felipe había sido, desde el primer momento, anómala e indecisa. ¿Sería acaso porque encontraba extraño deleite en contemplar las luchas terribles que se libraban en su derredor, entre las dos ramas de la misma Orden, o porque deseando mantener relaciones amistosas con Roma no quería hacer nada que pudiese ponerlas en peligro; o porque, ocupado con otros asuntos, no podía tomar en éste sino un interés interminante? ¿O era, meramente, otro ejemplo de la indecisión propia de su carácter? Nadie lo sabrá. Sin embargo, de él pendía la balanza, y en el momento preciso en que los Calzados se creían más seguros de la victoria, y tenían ya al enemigo entre las garras, sin aguardar a que la lucha terminase decisivamente, concede a los Descalzos tiempo para rehacerse, y les deja que recobren las fuerzas suficientes para volver a la lucha.

El primer acto del Nuncio fué renovar los edictos promulgados por el Tostado en contra de los Descalzos, prohibiéndoles emprender nuevas fundaciones sin su permiso.

El siguiente, llamar a Gracián para que hiciese entrega de sus poderes y de los documentos relativos a su visita, especialmente los que se relacionaran con su manera de proceder contra los delincuentes.

El fraile habría hecho esto con gusto si, además del Nuncio, no hubiera tenido que contar con el Rey. Por lo tanto, negándose prudentemente a obedecer un mandato que le habría dejado, no sólo a él sino a la Orden, a merced del Nuncio, discúlpase con el Rey, alegando que, como había entrado a desempeñar su cargo por orden de Felipe, no le era posible entregar sus documentos sin su permiso. El Nuncio, no atreviéndose entonces a romper abiertamente con el Rey, disimula su ira lo mejor que puede, por más que no pueda pasar inadvertida para el temeroso fraile. Retirándose, bastante confundido, de la presencia del Nuncio, acude a pedir consejo al arzobispo Qui-

roga, y éste, después de decirle desdeñosamente que no tiene más bríos que una mosca, le manda que se presente al Rey, y cuando el infeliz manifiesta sus temores de que al hacer esto se excite más la ira del Nuncio, el Arzobispo le sale con la fría respuesta de que «¡al Superior todos pueden ir!» ¡Excelente consejo, en verdad, tratándose de todo un Gran Inquisidor y Arzobispo de Toledo!, pero no para el pobre fraile, que se encuentra entre la espada y la pared, pues seguramente sólo estarían de acuerdo en una sola cosa, o sea en descargar el odio y echar la culpa de todo lo que sobreviniese, al más débil de los tres. Con todo, al Rey se fué Gracián—figura silenciosa que atraviesa momentáneamente los reales corredores, con su hábito pardo y capa blanca y los pies calzados de sandalias—. Sobre sus hombros pesa la suerte presente y futura de una Orden poderosa. Su Majestad (¡quién hubiera podido presenciar la entrevista!) le ordena que se retire a su monasterio mientras se solucione la cuestión. Y por espacio de nueve meses, intervalo en que escriben a Roma los secretarios del Rey, y el Consejo Real, en su empeño de derrotar al Nuncio, insiste en que éste justifique su autoridad para intervenir en la disciplina de las Órdenes religiosas de España, Gracián permanece inactivo en Alcalá, o escondido en una de las cuevas de la colina de Pastrana.

Por lo que hace al Tostado, el Consejo Real pronto pone fin a su Vicario-generalato; el fiscal Chumacero le hace oposición a cada paso, hasta que por fin, burlado y derrotado, desaparece, de nuevo, como había venido, retirándose a Portugal, según unos, o a Roma, según otros. Su destino tenía sin cuidado a los Descalzos; lo que les importaba, era verse libres de su sombra.

En febrero sale Gracián de su escondite para predicar los sermones de Cuaresma. «Por amor de Dios, que mire no caiga en esos caminos», le advierte Teresa, acordándose con sentimiento de su propia caída y su brazo roto «todavía hinchado, y la mano, y con un socrocio que parece de arnés», sin contar el peligro de andar de viaje en tiempos tan revueltos, a no ser en caso de extremada necesidad (porque los Carmelitas estaban tan ciegos de ira que a cualquiera cosa se habrían atrevido). «No sé que tentación le da de irse de lugar en lugar... pues en todas partes hay almas [que salvar]».

Por fin, acosados hasta lo extremo y casi desesperados, los Descalzos resuelven convocar un Capítulo y elegir Provincial propio. Este era un paso que encerraba consecuencias de la mayor importancia. La elección de un provincial significaba la erección de la Reforma en provincia autónoma y su separación completa y definitiva del cuerpo central de las Carmelitas. Tal es el plan que el prior de Manre-

sa, Fray Juan Roca, confía sigilosamente a Teresa, a su paso por Ávila. Curiosísima es la consulta que tiene lugar, una vez partido él, en el pequeño y oscuro locutorio de San José. Sentados en las grandes sillas de cuero, relucientes a fuerza de tiempo, que están todavía delante de la reja, el doctor Rueda, «un gran letrado», y el buen maestro Daza, exponen gravemente su parecer, parecer que Teresa resume en esa carta memorable que envía a Gracián a principios de abril, alegando todas las razones posibles para disuadirle de cometer una acción ilegal e impremeditada, cuyas consecuencias recaerían sobre él y darían pasto a las calumnias de sus enemigos. Los citados señores, dice (pues de manera característica deja ella de contarse a sí misma), están de acuerdo en sostener que la empresa sería ardua, a menos que la comisión de Gracián contase con poderes especiales; tanto más cuanto que el asunto encerraba una cuestión de jurisdicción, pues la elección del provincial era facultad exclusiva del Papa o del General. De modo que no sólo los votos serían inútiles y todos los pasos que dieran carecerían de valor, sino que las Observantes no necesitarían más para apelar al Papa y clamar en alta voz que las Descalzas se rebelaban abiertamente, arrogándose una autoridad que no les pertenecía, «que es cosa mal sonante». Además, cualquiera elección que pudieran hacer, tendría que ser confirmada por Roma, y habría de ser mucho más difícil conseguir que el Papa la sancionase después de hecha, que obtener la licencia en primer lugar; pues no bastarían unas palabras escritas por el Rey a su Embajador para que la concediese con gusto, especialmente si se le informa de lo que sufrían las Descalzas de manos de las Observantes: «Podría ser que si con el Rey se tratase, gustase de hacerlo; pues aun para la Reforma es gran ayuda, porque estotros los tenían en más, y descuidarían ya en que se han de deshacer.»

Por algunos párrafos de esta carta podemos ver cómo ponía Teresa su delicada intuición y astucia femenina a la disposición de sus menos delicados frailes; presentando indirectamente ante nuestra vista aquel mundo extraño de superstición y convicción (nosotros hemos conservado la superstición, pero hemos perdido la convicción), en el que Teresa de Jesús, la Carmelita, figuró de una manera tan prominente.

Para conseguir que el Rey dirigiera aquellas palabras salvadoras a su embajador en Roma, era preciso acercarse a él por el conducto de su confesor, y mirar cómo se gestionaba el modo de investigar la actitud de los grandes príncipes romanos y embajadores de la Iglesia.

«No sé si sería bueno que vuestra paternidad lo comunicase con el

padre maestro Chaves [el confesor de Felipe], que es muy cuerdo; y haciendo caso de su favor, quizá lo alcanzaría con el Rey; y con cartas suyas sobre esto habían de ir los mesmos frailes á Roma (los que está tratado), que en ninguna manera querría se dejase de ir; porque como dice el doctor Rueda, es el camino y medio recto, el del Papa ó general. Yo le digo que si el padre Padilla y todos hubiéramos dado en acabar esto con el Rey que ya estuviera hecho; y aun vuestra paternidad mismo se lo podría tratar, y al arzobispo (Quiroga); porque si electo el provincial se ha de confirmar y favorecerlo el Rey, mejor puede hacerlo ahora; y si no se hace no queda la nota y la quiebra, que quedará si después de electo no se hace y queda por borrón; y porque se hizo lo que no podía y que no se entendió, pierde vuestra paternidad mucho crédito.

»Yo, en pensando que han de echar á vuestra paternidad la culpa con alguna causa, me acobardo; lo que no hago cuando se las echan sin ella, antes me nacen más alas; y así no he visto la hora de escribir esto, para que se mire mucho. ¿Sabe qué he pensado? Que, por ventura, de las cosas que he enviado á nuestro padre general, se aprovecha contra nosotros (que eran muy buenas) dándolas á cardenales; y hame pasado por el pensamiento no le enviar nada hasta que estas cosas no se acaben; y así sería bien, si se ofrece ocasión, dar algo al nuncio. Yo veo, mi padre, que cuando vuestra paternidad está en Madrid, hace mucho en un día; y que, hablando con unos y otros, y de los que vuestra paternidad tiene en palacio, y el padre fray Antonio con la duquesa [¿de Alba, o de Pastrana?], se podría hacer mucho, para que con el Rey se hiciese esto, pues él desea que se conserven [los Descalzos], y el padre Mariano, pues habla con él, se lo podía dar á entender, suplicárselo y traerle á la memoria lo que ha que está preso aquel santico de fray Juan. En fin, el Rey a todos oye: no sé por qué ha de dejar de decírselo y pedírselo el padre Mariano en especial.»

Pero, ¡ay!, ¿qué puede hacer una monja desde su apartada celda de Ávila, como no sea orar y suspirar, mientras sus frailes cometen desatinos por falta de una persona capaz que les dirija? A pesar de todos los ruegos justificados de Teresa, a pesar de sus convincentes razonamientos, el Capítulo se celebró meses después. Sus resultados inmediatos fueron desastrosos, pero, indirectamente, los Descalzos debieron su salvación a este atrevido acto de rebeldía.

Aquellas palabras del Rey a su embajador, que no sólo hubieran servido para que sus enemigos les tuvieran en mayor estima, por no atreverse á provocar su exterminación con tanto encono, sino que habían de dar nueva tregua a su existencia, no fueron escritas; y dos

días después implora Teresa de nuevo a Gracián que no se exponga a caer preso en manos de los Carmelitas—«que todos están ahora á la mira de vuestra paternidad»—acompañando a su madre y hermana a Ávila de paso para Valladolid, donde ésta última se dispone a entrar en el convento de Teresa. Esta visita, con la que ella no había contado tan pronto, ocupa sus hospitalarios pensamientos, en su deseo de que las viajeras tuviesen la mejor impresión posible del convento, y la llena de desconsuelo, pues el coro se encuentra destechado y lleno de obreros, y no será posible saludar a doña Juana a través de la reja.

Las viajeras llegaron a Ávila el día 25 de abril, al anochecer. Extraña compañía era ésta, por más que entonces no lo pareciese. Era de verlas atravesando, al son de las herraduras de sus borricos y mulas, aquellas calles antiguas, envueltas en la luz grisácea del crepúsculo, en dirección a la casa de Lorenzo, quien, por su parte, estaba también de viaje en camino a Madrid y Sevilla. También ellas escucharían desde algún suntuoso dormitorio recubierto de tapices de Arras—bien nos lo podemos figurar—el repique de las campanas de la gran catedral, que hienden el aire a media noche. Vencidas luego por el sueño, durante el cual sigue repitiendo su cerebro, por efecto de la acción refleja, la rítmica cadencia del paso de las caballerías al hundir sus cascos en la arena; ensueños disparatados les hacen ver puertos en las montañas; cercados de peligrosos precipicios; ríos bulliciosas de aguas hirvientes; prados verdes y floridos que anuncian la primavera, hasta que pierden toda conciencia de tiempo, y llegan a desaparecer. A la mañana siguiente, Teresa abraza a su amiga a la puerta del convento, y al otro día salen para Valladolid. «Yo quisiera harto, que la señora doña Juana no pasara adelante. Mas vuestra paternidad tiene tan aficionado á este angel á Valladolid, que no han bastado ruegos mios para quedar aquí. ¡Oh qué tentacion tengo con su hermana, la que está en Doncellas (el colegio fundado por el Arzobispo Siliceo para la educacion de doncellas nobles), que por no lo entender deja de estar remediada y más á su descanso que está.» Pero ésta, por lo menos, no quiere tener nada que ver con los conventos de Teresa y, andando el tiempo, se casa con un honrado oidor de Segovia.

El 7 de mayo se confirma la noticia de haber salido el Tostado de España. «No hay ya que temer... Mas ¡oh mi padre, que se me olvidaba! La mujer vino á curarme el brazo, que lo hizo muy bien la priora de Medina de enviarla, que no le costó poco, ni á mí el curarme. Tenía perdida la muñeca y así fue el dolor y trabajo, como había tanto que caí. Con todo me he holgado, por probar lo que pasó nuestro Se-

ñor en algún poquito.» Las monjas recordaban otros detalles de esta cura, que Yepes consigna con toda diligencia. Después de mandarlas a todas al coro a que rezaran por ella durante la operación, Teresa se quedó sola con la curandera y su acompañante, una robusta aldeana. Las dos estiraron el brazo hasta que la crujieron los huesos, dejándoselo casi peor de lo que se lo habían encontrado, y a la paciente sufriendo dolores intensos. De sus labios no se escapó grito ni queja alguna durante esta cura horrorosa, y cuando sus monjas volvieron la encontraron tan tranquila y sosegada como la habían dejado. La famosa curandera se aloja también en casa de Lorenzo—nuevo ejemplo de formas sociales—, donde la hacen pasar bien malos ratos la multitud de gentes que a ella acuden en busca de la salud.

El 4 de junio, sale una carta para Sevilla. Es uno de esos pliegos de papel con que estamos tan familiarizados, cuya escritura grande e irregular se va haciendo ya un poco temblona (los que tengan interés en esta clase de curiosidades, pueden todavía ver la carta en el convento de Valladolid). En ella da las gracias a María de San José por las jarritas de agua de azahar y las conservas que la había enviado: «No piense que como tantas conservas; mas esto de dar no se me perderá en mi vida.» La dice que tiene mejor el brazo, pero todavía no puede vestirse sola—ni podrá jamás—, por más que la aseguran que cuando entre el calor se pondrá bien. También María de San José está atormentada con dolores de costado y fiebre; tiene, además, una monja loca en el convento, y Teresa aconseja «azotarla con que quizá no dara esas voces y no le hace daño que las que están así no sienten el mal». También nos enteramos de una noticia importante—noticia que surge como un rayo de luz de entre la confusión de fechas del cronista—y es la siguiente: «Nuestro padre, con el favor del Señor, irá allá por Setiembre, y quizás antes, que ya se lo han mandado como lo sabrán allá.»

Gracián ha celebrado ya la famosa entrevista con Pazos, sucesor del difunto Covarrubias en la presidencia del Consejo Real. De nuevo ha suplicado que le eximan de su cargo, a lo que Pazos, flemático, torpe, inspirándose a sí mismo en el cumplimiento estricto del deber, le contesta que es imposible, por ser la voluntad de Dios y la del Rey (la de éste especialmente, según mi parecer); que también él mismo (Pazos) quisiera verse libre del cargo que desempeña, a no ser por este mismo concepto de rigidez. Gracián, desesperado, pregunta si puede acudir al Nuncio, a lo cual contesta Pazos con esa determinación de que sólo son capaces las personas de su temple: «No.» De modo que, con las alforjas bien repletas de edictos que le faciliten emplear en su

ayuda, en caso necesario, la autoridad secular, se pone en marcha para empezar su visita por Valladolid.

La situación de los Reformadores Carmelitas es más precaria cada día. Verdad es que el Tostado ha desaparecido, y que se ven libres de su sombra amenazadora; pero Sego, el Nuncio papal, ha resuelto tomar las riendas del gobierno. Enfurecido por lo que a él se le antoja considerar una insubordinación por parte de sus súbditos, poniendo a un lado todas las trabas que la prudencia y la actitud anómala de Felipe mismo le imponían, se lanzó a una acción precipitada—acción que parecía augurar la ruina de la Reforma y que produjo precisamente su salvación.

Sin preocuparse de que sus poderes descansaban sobre una base insegurísima, por no haber presentado aún sus credenciales al Consejo Real, promulgó el 22 de julio un breve anulando la visita de Gracián y ordenándole que entregase sus documentos bajo pena de excomunión *latæ sententiæ*.

El 9 de agosto, el Consejo Real rechazó el breve del Nuncio, expidiendo una orden a los gobernadores de todas las ciudades y pueblos del reino para que interceptasen la circulación de los breves y mandatos del mismo. Mientras tanto, a pesar de que el viaje del conde de Tendilla a Roma en el mes de marzo habría sido una ocasión propicia para que los frailes fuesen en su comitiva, el mes de marzo había pasado, y con él junio, julio y agosto, sin que se hiciera nada para presentar el verdadero estado de la situación ante el anciano general o para trastornar las maquinaciones de sus enemigos.

En mayo, Teresa había escrito a los morosos frailes diciendo: «Vásenos el tiempo sin enviar á Roma, y estamos todos perdidos con esperanzas, que duran mil años. Yo no lo entiendo, ni sé por qué causa se deja de ir Nicolás...» De modo que, sin esperanzas de alivio ninguno por parte de Roma, no les quedaba a los Descalzos otro remedio que obedecer humildemente al Nuncio; hasta Mariano dominó su intrépidez habitual manifestando en términos secos su obediencia. La priora de Valladolid imitó su ejemplo; Teresa dió a todos sus conventos el consejo de obedecer. Únicamente Gracián, que escribe a Teresa desde Valladolid, y cambia sus contraseñas con tanta frecuencia y sin advertirla de ello, que ésta no las puede leer, consigue evitar el temido breve del Nuncio.

En una de aquellas noches de agosto tuvo lugar una escena extraordinaria en Valladolid. A la luz de la Luna pudo verse un grupo de frailes de los más fornidos (dirigidos por Fray Hernández de Medina, antiguo Descalzo, «pues el peor ladrón, etc.»), que golpean las

puertas de San Alejo, con objeto de apoderarse por la fuerza de Gracián. Mientras esto acaecía, salió en persecución de dichos frailes don Jerónimo de Tobar (ignoramos quién era tal personaje, así como sus razones para salir de manera tan quijotesca en defensa de una causa que en nada le atañía, pero ahí le tenemos y bien nos le podemos figurar, con su espadín, su capa y su sombrero de plumas...) Por breve instante resuena y se ve por la oscura calle el choque y el relucir de dagas y espadas finas. Mientras tanto, los dos frailes que acompañaban a Gracián, escalan los muros del convento sin ser observados, y desaparecen en los campos vecinos. Todo Valladolid se despierta con tal algarabía. El Obispo Mendoza (don Álvaro), mandó salir a sus criados con antorchas en busca de los fugitivos, y los ampara en su palacio, edificio severo y antiguo, testigo de tantas escenas y acontecimientos notables. Allí, desde una puerta abierta de la calle dió lectura pública el notario al Breve, pasando inmediatamente a asegurar al Nuncio que se lo había notificado al mismo Gracián. Lo cual era falso (como la mayoría de las cosas que se hacen en nombre de la ley), porque, advertido de antemano, se había éste quedado aquella noche en casa de cierto relator pariente suyo. El 10 de agosto notificaron el Breve a las monjas de San José de Ávila. Todos los conventos Descalzos sintieron una ansiedad grande. Pero Teresa sigue tranquila, calculando fríamente los resultados probables en su fuero interno. «Mañana concertaremos cómo se vaya esotro día Julián de Avila á Madrid, á conocer por prelado al Nuncio, y hacernos mucho con él, para suplicarle no nos dé á Calzados; y á vueltas escribiré á algunas personas, para que le aplaquen con nuestra paternidad.» Gracián, fugitivo, burla a sus enemigos, que están ya en acecho para arrestarle. Entre el 10 y 11 de agosto pudo deslizarse por Ávila de camino para El Escorial y Madrid. El ver a este hijo, a quien amaba más que a todos sus frailes, «andando como malhechor, a sombra de tejados», afectó grandemente a Teresa. Hubiese preferido recibir ella misma los golpes que verlos caer sobre su más fiel prosélito; pero no pierde la firme confianza en el éxito final de la lucha. Teresa sólo veía el extremado peligro de la situación de Gracián en medio de la brecha, expuesto a caer víctima de la diplomacia del Rey, o de la venganza del Nuncio. «Apártese vuestra paternidad lo que pudiere de este fuego, como no enoje al Rey, por más que le diga el padre Mariano»—Mariano, con su genio violento y colérico, a quien Teresa culpa todavía de los primeros desastres en Sevilla—, «porque su conciencia de vuestra paternidad no es para andar en estas cosas de contrario parecer; pues aun de lo que hay que temer anda atormentado, como

lo ha andado estos días, y á todo el mundo le parecía bien: allá se avengan en sus contiendas. Para esto que he dicho, de apartarse, es menester la cordura de vuestra paternidad, para que no parezca miedo, sino de ofender á Dios...» El único remedio que les queda es constituirse en provincia separada. «Vuestra paternidad trate de la provincia, por todas las vías que pudiere, y con las condiciones que quisieren; porque en esto está todo y aun de la Reforma. Y esto se había de tratar con el Rey y presidente, arzobispo y todos, y darles á entender los escándalos y la guerra que hay, por no estar hecho... Vuestra paternidad lo sabrá mejor decir», añade esta mujer, consumada diplomática, y al mismo tiempo la más humilde de las santas, «que harto boba soy de ponerlo aquí, sino que con otros cuidados quizá se le olvidará. No se si será Pedro el que lleve ésta, que no halla mula». Pedro, aquel arriero a quien ella reprendió una vez en uno de sus viajes por sus chistes indecorosos, diciéndole que todavía se había de hacer fraile y su fiel siervo; y Pedro con su mula (que era prestada según parece) se encuentra ahora atareadísimo, recorriendo el camino entre Madrid y Ávila—y otros puntos más lejanos todavía—, pues los tiempos andan revueltos, y Teresa está tan ocupada en indicar a sus monjas la manera de recibir el Breve del Nuncio, como los Carmelitas en despacharle.

Así dirige Teresa, día tras día, con mano diestra y segura, la débil barca de la Reforma, llevándola a través de todas las tempestades que la azotan, hasta encontrar para ella un puerto tranquilo.

El 19, o sea cinco días después, ya está Pedro de vuelta en Ávila de la corte, con una carta de Gracián, llena de halagüeñas esperanzas. Teresa, que no se dejaba entusiasmar a humo de pajas ni acobardar por las desgracias, contesta serena e inmutable lo siguiente: «Mucho nos hemos holgado con la carta que ha traído Pedro, tan llena de buenas esperanzas, que al parecer no dejarán de ser ciertas. Hágalo nuestro Señor, como más ha de ser servido. Con todo, hasta que sepa que Pablo ha hablado a Matusalem [el Nuncio], no estoy sin cuidado... De todas las maneras posibles, ó como se quisiere, con cualesquier condiciones procure vuestra paternidad lo de la provincia, que aunque no faltarán otros trabajos, es gran cosa estar ya en seguridad.»

«Cuando vuestra paternidad entienda», añade prudentemente Teresa, que conoce a fondo la naturaleza humana, «que es bien hacer algún reconocimiento con el Nuncio, nos avise, y muy presto. También sería conveniente que hiciese su primera visita al Nuncio en compañía de aquel decidido partidario de la Reforma, el Conde de Tendilla; y si Dios les favorece hasta el punto de conseguir que los

Descalzos se constituyan en provincia separada, han de despachar inmediatamente mensajeros al General en Roma.» Hasta el último momento, abriga ella la esperanza de que los frailes Descalzos sean por fin sus más queridos súbditos. «Con todo, hasta que sepa que Pablo ha hablado á Matusalem, y cómo le ha ido con él, no estoy sin cuidado.» Pedro es portador de otras noticias al llegar a Ávila con su cansada mula, a la caída de aquella tarde de agosto, noticias que han electrizado a toda España: la muerte del Rey de Portugal, el valiente y legendario Don Sebastián, caballero errante de aquellos tiempos.

La pluma de Teresa no descansa: cartas al Nuncio (nadie sabe lo que ha sido de ellas); cartas al Dominico Chaves, que tiene en su poder las llaves de la conciencia real; al Jesuíta Hernández, paisano y amigo del presidente del Consejo Real; un volumen entero de cartas—así lo dice Yepes, que las vió—a Roque de Huerta, mayordomo de montes y bosques de Su Majestad; y a Mariano, a quien Teresa suplica que interceda cerca de la Princesa de Eboli para que recobre su libertad Juan de la Cruz.

Pero llega el fin de agosto, y todavía se encuentra Gracián escondido, como un criminal, en casa de don Diego Peralta, a quien Teresa ha rogado en otra carta que no abandone a su fraile perseguido hasta verle en seguridad y libre del peligro de ser asesinado, «que me tienen espantada estas muertes de los caminos». Temeroso de presentarse a la luz del día ha conseguido burlar todos los esfuerzos hechos por los Carmelitas para notificarle el Breve; pero la entrevista que había de tener con el Nuncio está tan lejos de celebrarse como siempre, y la carta que escribe a Teresa está llena de tristes presentimientos. A Teresa parécele una locura que quiera ponerse bajo la autoridad del Nuncio, mientras éste no haya sido ablandado por el presidente en cuya presencia, si posible fuera, debe celebrarse la entrevista. Mientras tanto, Roca, prior de Manresa, va a la corte para aclarar ciertas disputas relacionadas con la fundación de Valladolid, y dudando si habría de dirigirse al Nuncio o al Consejo Real, aconséjanle sus amigos que acuda al primero. «Seguro estoy», dice, de que me pondrán en seguida preso; pero vayamos, y si hemos de errar que sea por consejo ajeno». Los sucesos demostraron que tenía razón. El Nuncio se negó a escucharle y le encerró en el convento Carmelita. Al fin, y en respuesta a sus insistentes súplicas de ser oído, llega un día el Nuncio a las puertas del convento, donde es recibido por todos los frailes y hermanos, excepción hecha de Fray Juan. Precisamente a éste es a quien el Nuncio deseaba ver, y mandan a buscarle al coro. Llega y se postra a los pies del Legado, el cual le ordena levantarse.

«¿Sois vos ese Fray Juan de Jesús que tantas cartas me tiene escritas?»—«Sí, señor». «Bien, ¿que deseais?» «Tengo que hablar en secreto con vuestra Ilustrísima en favor de mis hermanos Descalzos.»—El prior y los frailes salen dejándolos solos en el coro,

El buen Fray Juan defendió denodadamente la Reforma y a su instigadora; pero al oír el nombre de Teresa, el Nuncio, convulso de ira, prorrumpió en violentas exclamaciones. «Esa mujer inquieta, andariega, desobediente y contumaz, que por holgarse anda en devaneos socolor de religión; que abandona el retiro del claustro para ir a corretear, en contra de la Orden del Concilio de Trento y de sus superiores; que se pone a enseñar como si fuera un maestro, en contra de las doctrinas de San Pablo, el cual encargó que no enseñaran las mujeres.»

Estas fueron las más blandas de sus palabras. El fraile quedó como petrificado por la ira tremenda del Nuncio; pero no duró su estupor. La «Roca de Bronce» no iba a dejarse conmover tan fácilmente. Con ardor y energía defendió a Teresa, tratada de manera tan cruel por el Nuncio, y a su Reforma, y lo hizo con tanta elocuencia, que el Nuncio se quedó pensativo y medio convencido. Luego, viéndole calmado y más puesto en razón, le propuso directamente la formación de los Descalzos en provincia separada.

Después de una larga discusión, durante la cual desplegó Roca toda su astucia e ingeniosidad, el Nuncio se levantó para retirarse, diciendo en tono significativo: «Os doy palabra de no someteros a los Calzados. Escribid a todos los conventos encargándoles que acudan a mí en todo lo que se les pueda ocurrir, que yo mismo me encargo de vuestro gobierno y de vuestro adelanto.» Mas la orden del 9 de agosto, interceptando sus Breves y restringiendo el ejercicio de su autoridad, cambió estos sentimientos favorables en animosidad y cólera, y el Nuncio juró entregar a los Descalzos, atados de pies y manos, a sus adversarios. Entonces fué cuando los frailes, olvidándose lo mismo del Papa que del General, cuya autoridad era la única competente para un acto semejante, se apresuraron a adoptar la fatal medida de separarse del cuerpo principal de los Carmelitas y constituirse en provincia particular. Ya hemos visto que en abril, Teresa había indicado a Gracián, que parecía haber concebido también un proyecto semejante (con cierta razón, puesto que él era todavía Comisario Apostólico), que según la opinión de hombres tan letrados y sabios consejeros como Daza y el doctor Rueda, sólo el Papa o el General tenían poder para dar un paso tan definitivo y de tanta consecuencia; que el propasarse ellos a darlo sería origen de murmuraciones por parte de

sus enemigos, que no dejarían de hacer resaltar su desobediencia y falta de disciplina; que sería más difícil ganar la confirmación del Papa que obtener su consentimiento para erigirse en provincia.

Pero no estaban los tiempos para reflexiones; todos parecían ahora (Teresa igual que ellos) sentirse impelidos hacia el precipicio.

El 9 de octubre convocó Fray Antonio de Jesús, como Definidor-General de los Descalzos, el Capítulo de Almodóvar; y los frailes, como hemos dicho, olvidados del Papa y del General, pusieron manos a la obra para separarse del cuerpo principal de los Carmelitas.

Fray Juan de la Cruz, que acababa de cumplir el noveno mes de prisión en Toledo, se encontraba también presente, enfermo macilento, con las espaldas destrozadas para toda la vida, de resultas de los crueles azotes de sus carceleros. «Harta pena me ha dado la vida que ha pasado Fray Juan, y que le dejasen, estando tan malo, ir luego por ahí», dice la Santa, que al oír la relación de tales sufrimientos no puede contener su indignación, y escribe a Gracián: «Procure vuestra paternidad que lo regalen en Almodóvar... Yo le digo que quedan pocos á vuestra paternidad como él, si se muere.» La aparición de Fray Juan en el Capítulo produjo extraordinaria emoción. También él protestó, como Teresa había hecho, contra la elección de un Provincial, por carecer de poder para dar tal paso, y por ser una usurpación de las prerrogativas propias y exclusivas de la Santa Sede. Pero los frailes debían estar actuando bajo la misma influencia maligna de que Teresa se lamentaba tan amargamente en la carta que escribió a Gracián con motivo de la muerte del General, pues a pesar de las reconvenciones de Fray Juan, Fray Antonio de Jesús fué elegido Provincial. Acordaron entonces por unanimidad enviar delegados a Roma, cayendo la elección en Nicolás Doria, el Nicolás, o el «buen Nicolao» de las cartas de Teresa, que apenas hacía dos años, el 24 de marzo de 1577, había recibido el hábito en Sevilla, de manos del mismo hombre a quien por extraña contrariedad de la fortuna, tuvo él que despojar del suyo más tarde. En esta época contaba unos cuarenta años. Era genovés, y miembro de la ilustre familia que «había llenado mar y tierra de victorias y trofeos, por cuya causa pudiera rivalizar con las familias más ambiciosas y antiguas de Roma. La suerte había destinado al joven Doria al comercio; en sus mocedades había hecho un viaje a Sevilla, en busca de los negocios que atraían generalmente a sus compatriotas a España, negocios que, según se deduce de la afectada fraseología del cronista, consistían principalmente en préstamos de dinero al Monarca español y a sus arruinados gobernantes, a un interés usurario. En España se hizo muy conocido y se

atrajo el respeto de todos por sus dotes financieras, cuando, por una de esas revelaciones de la verdadera vocación, tan comunes en esa edad, apartóse repentinamente del mundo, ordenóse de sacerdote, y convirtióse en atento estudiante de las artes y de la teología en el seminario de Santo Tomás. A pesar de todo, su temperamento de religioso seguía unido al de financiero. Tuvo ocasión de renovar su antigua amistad con Mariano cuando éste fué a Sevilla a negociar la fundación de un convento de Descalzos; esto le hizo entrar en relaciones con el Arzobispo don Cristóbal de Rojas, que se hallaba ahogado de deudas y con sus asuntos en un estado de confusión lamentable (es un consuelo saber que lo que al buen Arzobispo le faltaba como hombre práctico era compensado por su devoción y caridad). Don Cristóbal le confió la administración de sus negocios. Y el avisado genovés cumplió su cometido con tal destreza y habilidad que se ganó el favor del prelado y llamó la atención del Rey. Si hemos de dar fe al cronista, la llegada de Teresa misma a Sevilla fué lo que le ganó por fin a la Orden, aunque no despertó en ella aquella irresistible emoción que la había inspirado Gracián, más afable naturalmente y que tenía esa facultad de atracción como dote especial de su carácter. A Doria le respetaba por sus austeras virtudes y su habilidad evidente; pero cuando la rivalidad que nació al poco tiempo entre él y Gracián no dió lugar a dudas, es a éste a quien ella disculpa, y su gran corazón late por él con el tierno cariño de una madre.

Fué a Doria, pues, que por sus talentos, posición social, su conocimiento del país y de los negocios, había de ser más a propósito para servir su causa y salvarla, a quien los frailes congregados en Almodóvar eligieron para enviarle de Embajador a Roma.

La noticia de la celebración del Capítulo cayó en Madrid como un rayo. Roca, libre ya, al cabo de dos meses de reclusión, se presentó inmediatamente en Almodóvar a ver si podía hacer algo en remedio de lo que ya era inevitable.

Imploró a los frailes que midiesen los pasos que habían dado y la ilegalidad de una elección reservada especialmente al Sumo Pontífice; les dijo que la sombra de la autoridad que pudiesen haber creído derivar del hecho de ser Gracián Comisario Apostólico, caducaba desde el momento que éste había renunciado a sus poderes y facultades, poniéndolos en manos del Nuncio. En vano: sólo consiguió ser arrojado a la cárcel por los mismos hombres a quienes había querido salvar de las consecuencias de una actitud insensata. Ya empezaba a verse la desconfianza que había nacido entre ellos y que no esperaba más que la muerte de Teresa para mostrarse claramente.

La opinión de Teresa respecto a este Capítulo es vaga. Toda la culpa de esta transacción se había echado, hata entonces, a Gracián. ¿Confirman los hechos o las cartas de Teresa esta aserción? El 15 de octubre escribe a Gracián, atribuyendo claramente el retraso que tan caro le había costado en hacer entrega de sus documentos al Nuncio, a las malas influencias de «quien le duele poco lo que nuestra paternidad padece». (¿Diría esto por Fray Antonio de Jesús, y Mariano?) «Huélgome que quedará bien experimentado para llevar los negocios por el camino que han de ir, y no agua arriba, como yo siempre decía.» Ni siquiera se sabe a punto fijo si Gracián estuvo presente en aquel desastroso Capítulo de Almodóvar. Teresa suplica lo mismo a Gracián que a Mariano (y parece que ambos se encuentran en Madrid) que manden un mensajero a Almodóvar para que no se decida el viaje de los frailes a Roma. «Ya veo, mi padre, cuán mártir ha sido vuestra paternidad (se refiere a la renunciación de sus documentos), según andaban en contrario parecer; que si le dejaran, bien se ve le guiaba Dios.»

Y después, «Harto me he holgado no hagan provincial, que según lo que vuestra paternidad dice, es muy acertado; aunque, como me dijo fray Antonio, que so pena de pecar, no podía hacer otra cosa, no le contradije. Pensé que quedaba hecho todo acá; mas si han de ir á Roma por la confirmación, también irán por la provincia.» Hasta aquí lo referente al Capítulo de Almodóvar; pero esta anciana descorazonada y abatida—«aunque no los deseos»—tiene otras noticias que comunicar. Durante estos últimos meses el tema constante de sus cartas fué que procurasen ganar el favor del General. En marzo, abril y mayo y hasta el último momento había insistido en ello con penosa reiteración. «Ya yo veo», había escrito a Gracián, «que vuestra paternidad tiene más cuidado que nadie [de mandar delegados a Roma]; mas para ninguna cosa puede dañar el cumplir con el General, y es ahora buen tiempo; y si esto no se hace no tengo por durable todo lo demás. Las diligencias nunca son malas por ser muchas.» A pesar de todo, a fines de septiembre la vemos todavía insistiendo fatigosamente sobre el mismo tema. Esperaba todavía que del General mismo pudiera venir la solución que diera término a todas sus dificultades. «Por caridad, no vivamos más con la esperanza; que todo el mundo se espanta que no tengamos quien salga por nosotros, y así hacen esotros cuanto quieren.» ¡Pero los frailes se habían descuidado demasiado, y el General había muerto! Teresa, fiel hasta el último momento, se había adherido a él y a la esperanza de que de él había de venir la salvación de la Reforma—que su primer protector se había

de volver aún a última hora para acariciar y proteger la campaña por él inaugurada—. Con el fin de ganar su oído y su corazón, Teresa no había dejado piedra por remover; los regalos que le había enviado no le arrancaron evidentemente ni una palabra de reconocimiento, ni un signo de buen augurio. Las malas noticias pronto se extienden. El 5 de octubre, Teresa, abrumada de dolor por la muerte del General (y su corazón se vuelve hacia el difunto en un arranque de emoción que raya casi en remordimiento), escribe a Gracián: «Ternísima estoy; y el primer día llorar que llorar, sin poder hacer otra cosa, y con gran pena de los trabajos que le hemos dado, que cierto no los merecía, y si hubiéramos ido a él, estuviera todo llano. Dios perdone á quien siempre lo ha estorbado, que con vuestra paternidad yo me aviniera, aunque en esto, poco me ha creído.»

El difunto General no volvería a recibir los tiernos mensajes de esta mujer tan sensible, tan agradecida, a quien el regalo de una «sardina» le hubiera sobornado; sus oídos quedaron ya eternamente sordos a las súplicas de la pobre monja de Ávila, vieja y gastada, oprimida por la tristeza y melancolía de la vejez, que le decía que «no creyese lo que le habian dicho de Teresa de Jesús porque en verdad nada habia hecho que no conviniese á una hija muy obediente... y que no condenase antes de hacer justicia y haber escuchado ambas partes; pero aun suponiendo que hubiera de creer solamente lo que le habian dicho, castíguela, déla penitencia, con tal de no causarle á él desagrado, pues cualquier castigo sería más fácil de llevar que el verle descontento; que de padres es perdonar y no mirar las faltas grandes de sus hijos, cuanto más no habiéndolas cometido, pues por el contrario ella ha pasado por grandes trabajos en las fundaciones de estos monasterios, creyendo que le daba á él contento; porque aun sin tener en cuenta que es su superior, es grande el amor que le tiene».

Su reconciliación había de retardarse, en efecto, como ella lo había profetizado inconscientemente, tres años antes, en la carta que le escribió desde Sevilla, hasta que se encontraran en ese mundo eterno, donde seguramente se enderezasen los entuertos de la vida, y donde las desavenencias y los errores de la humanidad se esfuman ante los puros rayos del Sol de la Verdad.

Inútil sería enviar ahora frailes a Roma, dice también en esta misma carta a Gracián, pues no harían más que arriesgarse a caer prisioneros, y exponerse a perder sus documentos y el dinero. Muerto el General, sólo irían a Roma para perderse por sus calles, ignorando completamente las costumbres de allí y la manera de obrar, acabando

por que les pusiesen presos como prófugos, sin tener quien saliese en su defensa.

Inútil, sí, por cierto, pues el 16 de octubre, unos cuantos días después del Capítulo, promulgó el Nuncio un segundo Breve, más terrible que el primero, sometiendo los Descalzos al gobierno e inspección de Carmelitas. Su enojo no tuvo límites cuando se enteró de la celebración del Capítulo de Almodóvar. Maltratadas salieron igualmente la Reforma y su autora, de sus labios. Enfurecido, apostrofó a los Descalzos, presentes y ausentes, en términos de oprobio, y con insultos «absolutamente indignos—añade el cronista—de sus personas».

Los frailes se habían retirado a Pastrana después del Capítulo, y desde allí hubieran podido desafiar al Nuncio, a sus emisarios y a sus breves en nombre del Rey, pues Mariano había tenido la precaución de proveerse de un mandato real. Bien podemos figurarnos los consejos de Mariano; pero en esta crisis suprema, los frailes, atribuyendo a Gracián la entera responsabilidad de decidir si se había de aceptar o no la autoridad del Nuncio, de nuevo culparon a éste, unos de precipitación, otros de morosidad.

Juárez y Coria (los frailes Observantes enviados para recibir su obediencia) se presentaron en el convento golpeando sus puertas desaforadamente, y el gobernador, acompañado por hombres armados, se apostó fuera con el objeto de poner en fuerza el mandato real, obligar a salir los frailes del convento y perseguirlos hasta verlos fuera de la ciudad. Fué este un momento terrible para el gobernador, hombre verdaderamente bueno y concienzudo, víctima perenne de infinidad de dudas y temores sobre lo que constituía exactamente su deber, y atormentado también por muchos escrúpulos de conciencia. En su desesperación, incapaz de tomar una resolución, apeló al pueril recurso de aceptar las divagaciones de un fraile medio loco, como una voz del cielo, y en lugar de atacar como lo habría hecho otro más resuelto o acaso más malvado, facilitó él mismo la entrada en el convento a Juárez y a Coria; hízoles entrega del mandato real, y en el Capítulo, en presencia de los frailes congregados, se colocó el breve del Nuncio sobre la cabeza en señal de sumisión, haciendo que los demás siguieran su ejemplo. Y se retiró voluntariamente del combate, comprometiendo así sus buenas relaciones con el Rey. Esto acaeció la víspera de Todos los Santos. Los tres frailes recibieron inmediatamente orden de presentarse delante del Nuncio, y obedecieron. En seguida fueron anuladas las actas del Capítulo, y los frailes, excomulgados, fueron encerrados en diferentes monasterios; se les prohibió celebrar y oír misa, y mandar o recibir ninguna comunicación. A Mariano lo

llevaron al monasterio de Atocha, de donde fué luego trasladado a Pastrana, por infundirle al Nuncio temores su proximidad al Rey, de quien era favorito. A Fray Antonio lo encerraron en el convento de San Bernardino, mientras Gracián, pagando por las faltas de todos, se vió condenado por la cólera del Cardenal a saborear a gusto su amarga suerte en el convento de los Carmelitas de Madrid.

También Doria habría sentido el peso de la cólera del Legado y habría sido desterrado de la corte, si un caballero genovés, amigo del Nuncio, no hubiera intercedido con el objeto de que aquél vigilara los intereses de su hermano (Horacio Doria). El astuto e inteligente italiano supo aprovecharse bien de esta oportunidad, manejando las cosas en favor de sus hermanos Descalzos, en secreto y con tanto disimulo que ni siquiera su compañero Calzado tuvo la menor sospecha.

En diciembre, recibió Teresa, en Ávila, noticia del segundo Breve del Nuncio, por el cual las Comunidades Descalzas de Castilla y Andalucía quedaron rigurosamente sometidas a los Padres de la Observancia. «Hoy ha sido una mañana de juicio», escribe Teresa a Roque de la Huerta; «todos iban espantados, justicias, letrados y caballeros, que estaban allí, de su poca manera de religión; y yo con harta pena; que de buena gana los dejara oir, sino que no osábamos hablar.» Pedro, aquel buen Pedro, arriero, se encontraba, afortunadamente, a la puerta cuando llegaron a hacer la notificación, y se marchó en busca de Lorenzo, quien se presentó en seguida acompañado por el Corregidor—con sus capas, espadas, lechuguillas y terciopelos. «Poco aprovechó para estos padres la provisión real», dice Teresa [y se refiere a la sumisión de los conventos de Pastrana y Alcalá a los Observantes]. «Ni al mismo Rey, no sé si ternian respeto, porque están mostrados á salir con cuanto quieren.»

Jamás habían pasado los Descalzos por un trance más duro. Parecía, en verdad, que había llegado la última hora de la Reforma. La tristeza y la desesperación henchían todos los corazones, todos menos el de una persona. Fray Juan de la Miseria, entretenido en pintar tranquilamente en los claustros de Alcalá mientras los Observantes llevaban a cabo su alzamiento, se encontraba a la sazón prófugo en Roma; los conventos de Teresa a merced de los Padres de la Observancia; sus hijos presos; pero la fe de Teresa no vaciló un momento, y sus cartas no dan señal alguna de desaliento.

«Todo lo hará Dios bien», decía; pero las penas de sus hijos la hacían a ella sufrir atrozmente. «Poco se me da de lo demás, que Dios lo remediará, pues es cosa suya.» Solitaria, serena, firme, arrostra impávida las tempestades que obligaron a sus frailes a bajar la cabeza

hasta el suelo. No hay que acobardarse, dice a Gracián, que se encuentra sumido en la tristeza y el desaliento, allá en su celda en Madrid, el caballero valiente no abandona la bandera de su Divina Dama en el momento preciso de su mayor necesidad. «Déle Dios fortaleza», dice, con palabras sencillas y fervientes, «para estar firme en justicia, aunque se vea en grandes peligros. Bienaventurados trabajos, cuando por graves que sean, no tuercen de ella en nada.»

«Yo le digo, que hay mucho de que gloriarse, en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.»

Profundamente entristecida por las tribulaciones de quien era para ella más que un hijo, escribe a la madre de éste, deseosa de consolarla: «Señora mía: Sepa Vuestra Merced que ha mucho tiempo que toda su oración era pedir á Dios trabajo con grandes deseos; yo veía que era disponerle su Majestad para los que le había de dar ¡y que tales han sido! Ahora se ha de hallar con tanto aprovechamiento en el alma que no se conozca... Harto delante he tenido la pena de vuestras mercedes, mas también habrán sacado ganancia. Como yo vea libres también á los que quedan, estaré del todo contenta, porque, como he dicho, el negocio principal, tengo cierto tendrá nuestro Señor particular cuidado de él... y hará lo que sea más para su gloria y servicio.»

Porque en el brillo penetrante de esa gloria, cuyos fugitivos destellos le habían sido revelados, la Vida y el momento presente le fueron mostrados en toda su realidad, en toda su bajeza y debilidad, en su ínfimo valor, bien que sus tribulaciones y sufrimientos ocultaban un tesoro que ni el placer ni el contento podrían comprar. En cuanto a ella, la intimación que se le ordenaría pasar a otro convento, le da ocasión para hacer esta frase seca: «Si fuese uno de los suyos (los Carmelitas) peor vida me han de dar de lo que dieron a Fray Juan de la Cruz.»

Otra vez es Navidad en Ávila, día claro y frío. En uno de los muchos conventos las monjas cantan maitines; y la luz temblorosa de los cirios agiganta misteriosamente la silueta de una viejecita que llora en la sombra, arrodillada sobre el frío suelo.

CAPITULO XXII

LA VERDAD PADECE PERO NO PERECE

A esta época atribuiría yo la historia siguiente contada por Yepes (aunque hasta la Memoria de un Obispo es susceptible de error en cuestión de fechas), éste traslada la escena a Toledo con tres años de anticipación:

«Cuando por los años de 75 y de 76 estuvo la Orden en tan grande aprieto, que Gregorio XIII envió un legado muy sabio y prudente para deshacerla, y reducir los Descalzos á la regla mitigada del Carmen, ayudando con muchas fuerzas un comisario, que había enviado el general para este efecto, recibió (Teresa) una carta del padre fray Gerónimo de la Madre de Dios [Gracián], la cual le llevó el padre Mariano; la carta venía tan desconfiada, y el padre Mariano tan desesperado, que yo (que estaba presente) perdí casi la esperanza de la Reforma de sus monasterios: y no fuí yo solo de esta opinión, sino otros muchos, que trataban de estos negocios; y cierto era vehemente ocasión para desconfiar del todo, porque los frailes eran cuatro ó cinco, y esos pobres, conocidos de pocos, desfavorecidos de muchos, y sin arrimo ni autoridad. Las monjas, aunque no eran más, no podían aprovechar sino de encomendarlo á Dios. La Santa Madre fundadora, arrinconada y maltratada de palabras que della decían los padres del Carmen y el mismo nuncio; los contrarios eran muchos y fuertes y atrevidos, con libertad y poder, y con autoridad apostólica de su parte. Oyendo ella, pues, estas cosas, recogióse un poco en sí misma, dejando de hablar con nosotros, que de industria la dejamos, entendiendo que lo había con Dios. Y prosiguiendo nosotros nuestra plática, salió

á deshora, y dijo: «Ahora sus trabajos pasaremos, pero ello no volverá atrás.» Yo no sé la respuesta que allí la dieron, pero desde aquel punto tuve por tan seguro el negocio, que aunque más cosas oía ninguna pena me daban; porque tuve ésta por profecía... Ella debió tener alguna mayor luz, que la aseguró en el mayor aprieto.»

Parece ser que el buen Yepes tuvo razón y que la Reforma hubiera desaparecido a no ser por esa extraña contradicción que obra en las cosas y en los hombres haciéndoles sacar fuerza y vigor de las calamidades, ánimos y esperanza de una ruina total. No hay hombre que llegue a ser sabio sino por experiencia propia: diríase que alguna ley misteriosa ha decretado que ninguna generación pueda heredar la experiencia acumulada por sus antepasados, evitar las consecuencias de sus desaciertos o aprovechar sus conocimientos. La persecución, causa primordial de todos los grandes y sublimes heroicidades salvó, una vez más, en la oscura Orden fundada por Teresa de Jesús, la causa que había querido destruír, pues mientras ella lloraba se acercaban buenas noticias a la ciudad de Ávila. Unas cuantas palabras ásperas pronunciadas por el Conde de Tendilla—aquel don Luis Hurtado de Mendoza, Gobernador de la Alhambra, que vendió sus diamantes y las joyas de su esposa para ayudar a los Descalzos de Granada—, irritado por la testarudez del Nuncio, aceleraron la crisis. La corte misma—¿no era el Nuncio un italiano metido en camisa de once varas?—apoyó a los Carmelitas Descalzos, con una inconsistencia feliz, «ignorando», dice el cronista, «la imprudencia del Capítulo», causa de todo el tumulto, «que atribuyeron á ignorancia más bien que a malicia», volviéronse en contra del Nuncio. «Y como la víctima de la persecución», añade el ¡hábil cronista frailuno!, «tiene generalmente de su parte al pueblo y á todas las personas desinteresadas, hubo muchos, y esos de los más graves, que defendieron en público y en privado á los Descalzos, y se resintieron de las medidas adoptadas por el Nuncio y de la conducta de aquéllos que fueron por él elegidos para ponerlas en ejecución». La figura más sobresaliente entre estos «graves personajes» es Mendoza, que apeló al Nuncio para que permitiese siquiera que los Carmelitas Descalzos se defendiesen. El Nuncio no quería ceder. Por fin, resentidos en extremo, este noble de España pasó a palabras mayores, y volviendo las espaldas al Nuncio se fué derecho a Chumacero, fiscal del Consejo Real. El resultado de su entrevista fué la orden que suspendió la publicación de los breves del Nuncio en España, que, como ya hemos visto, los Descalzos no se atrevían a emplear—excepción hecha de los de Granada, donde la escaramuza entre los oficiales del Rey y los Carmelitas, muy afano-

sos en fijar las sentencias contra los Descalzos en las puertas de las iglesias, terminaran en lucha sangrienta.

El Nuncio, picado en su amor propio por el llano lenguaje de Tendilla y molestísimo por la parte tan activa que éste había tomado en el asunto de la Orden dada por el Consejo Real, se quejó al Rey. Felipe la escuchó impasible, como una esfinge, aseguróle con toda gravedad lo mucho que sentía que uno de sus súbditos diese lugar a quejas a una persona por quien él profesaba tan gran veneración, y prometió reprender a Tendilla; después, con modales más secos todavía de lo que acostumbraba, y mirando de hito en hito al aterrado príncipe de la Iglesia con sus fríos ojos azules, le dijo: «Hame llegado noticia de la oposición que los Carmelitas Calzados están haciendo a los Descalzos, lo cual puede dar lugar a sospechas, por ir en contra de aquellos que profesan el rigor y la perfección. Cuidad mucho de favorecer la virtud, pues me dicen que no sois amigo de la Reforma», y diciendo esto volvió las espaldas al Nuncio.

¡El Rey ha hablado! El fallo ha sido pronunciado, y la contienda queda reducida a un juego de destreza entre el Rey y el Cardenal.

Tendilla recibe la advertencia prometida por Felipe, y, como a la sazón se hallaba ausente de Madrid, escribe en defensa propia y también de los Descalzos, contra las acusaciones de sus enemigos comunes.

Esta carta que, a pesar de estar dirigida al presidente Pazos, es leída por el Rey—dato que no debía ser comunicado al Nuncio—, es trasmitida inmediatamente a éste por orden de aquél para que el Nuncio viese (tal vez fuese necesaria la prueba) que Felipe había cumplido su real palabra.

El generoso y acelerado cortesano, de vuelta a Madrid, y seguro de la aprobación del Rey, informó al Nuncio que su carta había pasado por manos de éste. El Nuncio comprende que va perdiendo terreno; el Papa, influído por el Arzobispo Quiroga, se expresa de un modo vago; el Rey es un antagonista poderoso y cercano, respaldado por los nobles más grandes del reino y por la opinión general de la corte.

El Nuncio se siente acorralado.

«Señor», dice a Tendilla, «para mostraros cuan sinceramente deseo servir a su Majestad, me alegraría que nombrase otras personas que me ayudaran a decidir los asuntos que nos preocupan, para que con su autoridad quedasen dilucidadas estas diferencias entre el rey, el reino y entre mí; recompensando la virtud y castigando el vicio.»

«¡Ah, ah, caíste, viejo zorro!»—dice para sus adentros Tendilla; y contesta «que si las palabras de su Ilustrísima no son mera cortesía, nada pudiera ser más grato á los oídos de su Majestad; que nin-

guna otra medida podía probar mejor su desinterés, y que él mismo se encargaba de llevar la nota al rey y volver con la contestación». Tendilla quiso machacar el hierro en rojo. Metióse la carta en el bolsillo, despidióse del Nuncio y fuése él mismo a entregársela a Santiago, camarero real, quien, a su vez, la presentó inmediatamente al Rey; éste la abrió, la leyó, y escribió unos cuantos garabatos al margen, haciendo constar el gran placer que le producía el celo del Nuncio.

Pero si el Nuncio condesciende a todo esto, su zaherida dignidad exige una víctima, ¿y quién mejor que el hombre que le había estorbado tanto tiempo en el desempeño de su jurisdicción?

«No me quejo de los Descalzos», dice, «sino de ese miserable padre Gracián, que los ha revolucionado y anonadado».

Y viendo que Felipe descubre en sus palabras un odio personal, se apresura a añadir «que no era porque aquél le hubiera impedido ejercer su jurisdicción acostumbrada sobre las Ódenes, ¡oh, eso no!, sino simplemente por las graves acusaciones que habían sido hechas en contra suya, por lo cual sería conveniente que fuese juzgado y sentenciado antes que él empezase á ocuparse en serio de conseguir que el Papa permitiese á los Descalzos constituirse en provincia separada: es más, para probar á su Majestad que no era la pasión lo que en este asunto le movía, su Majestad podía señalar otros jueces para que le ayudasen á hacer el examen». Felipe aceptó, nombrando inmediatamente a don Luis Manrique, capellán mayor y limosnero; al maestro Fray Lorenzo de Villavicencio, Agustino, y a dos Dominicos: Fray Pedro Fernández y Fray Hernando de Castillo, los cuales deciden por unanimidad que la Comunidad de los Descalzos ha de ser sostenida y erigida en provincia independiente. Pero Gracián se encuentra en medio, pues el Nuncio sostiene firmemente que antes de proceder a obrar, es preciso que sea juzgado y sentenciado. Diéronle a elegir entre ser condenado sin formarle causa, o hacer que se investigase detenidamente el asunto y se defendiese.

»Este [escribe Mármol] fué el mayor conflicto en que este siervo de Dios se vió en su vida; porque si se dexaba sentenciar, por sólo los procesos que habían enviado los Calzados de Andalucía contra él, sin que de nuevo se averiguase la verdad, tenía dos cosas. La una, la sentencia cruda del Nuncio, y la segunda, y mucho mayor, el dexarse condenar sin culpa, y quedar infamado para toda su vida, perdiendo el fruto que podía hacer en la iglesia con sus talentos, y sabiendo, como sabía por Teología, que es pecado mortal dexarse infamar un hombre público, y que está obligado á volver por su honra. Por otra parte, si hacía lo que el Nuncio decía, que era pedir comisario, que

por su parte fuese á Andalucía á hacer averiguación de los procesos que de ella habían enviado, y volver por su defensa, para que su causa fuese justificada, y en esto había tres inconvenientes muy grandes. El primero, que no tenía dineros, ni los frailes se los darían, ni era razón pedillos á sus parientes para dar salario á quien enviase el Nuncio á hacer estas nuevas ynformaciones. El segundo, que temía que los mesmos que enviaban calumnias al Nuncio, llegado allá el Comisario las firmarían y no se aclararía su inocencia. El tercero y mayor de todos, que lo demás lo tenía en nada, que en esta dilación se desharían los Descalzos estando sujetos á los Calzados, y pasando tiempos olvidándosele al Rey y al Nuncio aquella voluntad que tenían de deshacer la provincia y apartalles de los Calzados, se quedaría sin hacer, y que los Descalzos no tenían tanta fuerza ni estaba tan arraigada en muchos dellos la descalcez, que pasando tiempo y entrando por prior dellos y maestros de novicios Calzados, no se viniese el rigor á perder.»

¿Por qué se decidirá? ¿Cederá a los instintos de todo hombre honrado, probando la falsedad de sus detractores y exponiendo su propia inocencia? «Si queréis que este asunto de la Provincia se realice», le aconseja don Luis Manrique, «dejáos condenar sin volver por vuestra inocencia». ¿Qué hacer? ¿Sacrificará la Reforma, o sacrificará su buena fama? ¿Es posible dudar? «Yo haría más todavía», dice, «sí; me dejaría quemar vivo por causa de la Reforma; que cuando ellos no agradecieran esta mi determinación» (y así sucedió, en efecto, pagándole con la ingratitud como ha solido hacer la humanidad desde el principio del mundo) «espero en Dios y en la Virgen María, cuya es la Orden, me tienen guardado el premio para el lugar de las coronas, que en este siglo no hay que esperar sino cruces y más cruces».

Si él hubiera podido penetrar el porvenir, fácil es que hubiera tenido por conveniente, aun en interés de los mismos Descalzos, dilucidar, como le era fácil hacerlo, todas las negras calumnías que iban ya tejiendo, cual espesa red, en derredor de su vida.

Gracián se dejó, pues, sentenciar. Privado de voto y de lugar en la Orden, recluyéronle en el colegio de Alcalá—para que ayunara e hiciera penitencia hasta que el Nuncio se hubiera ablandado—. Ni una palabra fué dicha, téngase esto presente, sobre la verdadera causa de la sentencia, o sea que Gracián le había impedido (al Nuncio) su jurisdicción, poniéndole en conflicto con el Rey. El Nuncio era demasiado inteligente para hacer tal cosa; no quiso siquiera escuchar la defensa del fraile, y eso que «podía», dice Mármol, «haberla dado buena». Es un hecho significativo el que el cronista, celoso partidario de Doria y su bando, no diga nada de este acto de abnegación; tanto

más significativo cuanto que su silencio prueba que las acusaciones forjadas en contra de Gracián descansaban sobre una base completamente insegura, cosa que habría citado con gusto, de haberle sido posible demostrar (hasta los hombres mejores se dejan pervertir por cuestiones de partido) que aquéllos no dejaban de tener fundamento.

Sin embargo, no omite la anécdota siguiente («que a la verdad no es cosa de perder», dice), referente a Doria, referida, como él nos revela, «por una persona muy fidedigna, y presenciada por otras no menos dignas de fe».

Mientras la Comisión se hallaba ocupada en juzgar los asuntos de los Carmelitas Descalzos, Fray Nicolás de Jesús María (Doria), acompañado por otro fraile en sus idas y venidas entre el monasterio Carmelita y el convento de Atocha, donde residían los Comisionados, era siempre seguido por un perro blanco y negro, símbolo de la Orden Dominicana. «Por más que esto les asombrara, no tuvieron miedo», observa el cronista. Este perro, que no hacía más que volver la cabeza para mirarlos, los conducía, una vez llegados al convento de Atocha, a la celda del padre maestro Fray Pedro Fernández, desapareciendo en seguida. Esto se repitió varias veces, hasta que por fin lo tuvieron por cosa misteriosa y cambiaron de camino, pero a pesar de todo, se encontraban siempre con el perro en las afueras de la ciudad. Relataron el caso a Fernández, pero éste no pudo tampoco explicárselo, ni adivinar qué perro fuese, y todos convinieron en que aquello encerraba un misterio y que el glorioso Santo Domingo había elegido ese medio de mostrar el ferviente interés que tomaba en los asuntos de Teresa y de su Orden, tal como se lo había prometido estando rezando en su casa de Segovia.

Dejemos ahora a estos graves y reverendos señores que sigan sus consultas en Madrid y volvamos a Sevilla, donde un confesor indiscreto—tengo el sentimiento de decir que era el buen Garcí Álvarez—y dos monjas atrevidas—una de las cuales era aquella Beatriz de la Madre de Dios, cuya milagrosa vocación consigna Teresa en las *Fundaciones*—han armado una revolución, y depuesto, con la ayuda de los Carmelitas triunfantes, a María de San José, eligiendo a otra priora en su lugar. Todos estos sucesos de Sevilla son bien vagos, y a nosotros sólo nos interesan viéndolos con los ojos de Teresa de Ávila. Hacen denuncias a los Inquisidores y éstos, ya más sensatos, no las quieren admitir; hay también interrogatorios de monjas temblorosas, que duran seis horas seguidas. Algunas de estas monjas, de escasa inteligencia, firman mil enredos y absurdos. María de San José es acusada de relaciones ilícitas con Gracián; Teresa figura

como una vieja malvada y ruín, que so pretexto de fundar conventos traía y llevaba de una parte a otra mujeres mozas para prostituírlas; todas estas y muchas otras cosas, «que ni en oídos castos es decente suenen», eran propaladas por estos frailes, que se tenían por imitadores de Cristo.

«¡Sería una bajeza desmentir, siquiera, cosas semejantes!», exclama Teresa. «Ya que han de mentir, más vale que mientan de suerte que nadie los crea, y reirse.»

Teresa aprovecha la generosidad de su paisano, el viejo prior Pantoja, en beneficio de sus perseguidas monjas. Conviértele en embajador cerca de ellas, haciéndole portador de una carta, «que no sentiría cayese en manos del provincial, que con ese intento fué escrita».

Intrépidas son las palabras que el anciano prior de las Cuevas lee a las monjas reunidas en silenciosa atención en la sombra, detrás de la reja de un pequeño locutorio. Esta es la única vez, en el curso de su correspondencia epistolar (modelo de realidad, espontaneidad y sencillez), que Teresa se eleva hasta la elocuencia.

«Sepan vuestras caridades, hijas y hermanas mías, que nunca tanto las amé, como ahora, ni ellas jamás tanto han tenido que servir á nuestro Señor, como ahora, que las hace tan gran merced, que puedan gustar algo de su cruz, con algún desamparo de el mucho, que Su Majestad tuvo en ella. ¡Dichoso el día que entraron en ese lugar, pues les estaba aparejado tan venturoso tiempo! Harta envidia las tengo, y es verdad, que cuando supe todas esas mudanzas... que en lugar de darme pena, me dió un gozo interior grandísimo, de ver, que sin haber pasado la mar, ha querido nuestro Señor descubrirles unas minas de tesoros eternos, con que, espero en Su Majestad, han de quedar muy ricas y repartir con las que por acá estamos; porque estoy muy confiada en su misericordia, que las ha de favorecer á que todo lo lleven sin ofenderle en nada; que de sentirlo mucho no se aflijan, que querrá el Señor darles á entender que no son para tanto como pensaban, cuando estaban tan deseosas de padecer. Ánimo, ánimo, hijas mías. Acuérdense que no da Dios á ninguno más trabajos de los que puede sufrir; y que está Su Majestad con los atribulados... Oración, oración, hermanas mías; y resplandezca ahora la humildad y obediencia, en que no haya ninguna que más la tenga á la vicaria que han puesto, que nuestras caridades, en especial la madre priora pasada. ¡Oh qué buen tiempo para que se coja fruto de las determinaciones, que han tenido de servir á nuestro Señor! Miren que muchas veces quiere probar si conforman las obras con ellos y con las palabras. Saquen con honra á las hijas de la Virgen y hermanas suyas en esta gran perse-

cución que, si se ayudan, el buen Jesús las ayudará; que aunque duerme en el mar, cuando crece la tormenta hace parar los vientos... Entre sus hermanas están, y no en Argel. Dejen hacer á su Esposo, y verán cómo antes de mucho, se tragará el mar á los que nos hacen la guerra, como hizo el rey Faraón, y dejará libre su pueblo!»

No es una nota incierta, no, la de esta voz que resuena con tanta valentía, con tanta verdad, y en cuyo eco se percibe el espíritu mismo del triunfo victorioso.

Para mayo, las cosas se han aplacado; las calumnias de los Carmelitas han sido examinadas parcialmente por Sego y sus colegas, encontrándolas desprovistas de fundamento; el convento ha vuelto a recuperar su condición acostumbrada de calma y monotonía. ¿Qué se hará de los culpables?

«Sepan [aconseja Teresa] que se ven algunas personas de flaca imaginación, que todo lo que les viene al pensamiento, les parece verdaderamente que lo ven; porque el demonio las debe ayudar, y la pena que tengo es, que á esa hermana le debe haber hecho entender, que vé lo que á él le parecía que convenía para echar á perder esa casa, y quizá ella no tiene tanta culpa como pensamos; así como no la tiene un loco... Aquí se ha de padecer, mis hermanas, el amor que tienen á Dios en haber mucha compasión de ella como la hubieran, si fuera hija de sus padres, pues lo es de este verdadero Padre, á quien tanto debemos, y á quien la pobrecita ha deseado servir toda su vida.

»Por muchas razones que pudiera dar (y espántome yo no las entender vuestra reverencia) que no les pase más por pensamiento, que ella salga de esta casa.

»Lo tercero es, que no se les muestre ningún género de desamor y miren lo que cada una quisiera se hiciera con ella si le hubiera acaecido.»

Pero ahora viene esa nota jesuítica que constituye el secreto del poder de Teresa como administradora:

«Yo he miedo, que ahora las ha de poner el demonio otras tentaciones de nuevo de que las quieren mal, y las tratan mal, y enojarmehía muy mucho, si diesen ningun ocasión para ello. *Ya me han acá escrito, que á los de la Compañía les parece mal que la traten mal.* Estén muy sobre aviso.

»Lo cuarto es, que con ninguna persona la dejen hablar sin tercera, y que sea la tercera que esté con aviso, ni confesar, sino con Descalzo; haigase cuenta con que no se hablen mucho éstas dos con disimulación: no las aprieten en nada, que somos flacas las mujeres... y no sería malo ocuparla en algún oficio, que como no sea en ninguna

manera de cosa que haya trato con los de fuera, sino de dentro de casa; porque la soledad y estarse pensando la hará mucho daño... Tengan gran aviso en especial de noche, que como el demonio anda por desacreditar estos monasterios, lo que parece imposible hace posible algunas veces.

»*Si esas dos hermanas se deshermanasen, y hubiese alguna ocasión para desabrirse la una con la otra, sabríanse más de raíz las cosas...* «En fin, en fin, la verdad padece, pero no perece.»

El 24 de junio, María de San José fué repuesta en su cargo de priora, pero se negó a ocuparlo, influída tal vez por una idea de falsa modestia—espuma vaporosa que Teresa no tarda en deshacer recordándola el punzante proverbio castellano «A falta de buenos, mi marido alcalde», y preguntando al mismo tiempo si aquellas monjas no se han llevado todavía la contra en alguna cosa, «que me tienen fatigada por lo que toca a sus almas». Beatriz de la Madre de Dios dicen que se quedó ciega de tanto llorar, y murió a los ochenta y seis años en olor de santidad, recibiendo antes de su muerte el don de profecía, lo que no sorprenderá gran cosa a los psicólogos.

Mientras tanto, Gracián sigue recluído en Alcalá y Mariano se encuentra en Jerez, comisionado por el Rey para que «sacase minerales de ciertas aguas». Los acontecimientos se han sucedido con rapidez. Conociendo las tendencias del Rey y de la Corte, era de esperar que las acusaciones lanzadas contra los Descalzos resultasen no tener ni un solo átomo de fundamento. El 1.° de abril, en conformidad con el breve del Nuncio, Salazar fué nombrado Vicario General de los Descalzos, para cuando éstos se constituyesen en provincia separada. La elección no pudo ser más acertada: ningún otro que fuera menos odioso a los Descalzos, o que lo fuese más para los Observantes. Los monasterios podían seguir recibiendo noticias, todas las alteraciones hechas por los visitadores Carmelitas habían vuelto a su condición primordial, todo podía seguir su curso como antes hasta que se recibiesen instrucciones de Roma. El Rey y el Nuncio habían cumplido su promesa escribiendo a Gregorio XIII, y recomendándole calurosamente la constitución de la Reforma en provincia separada. Fray Ángel, hombre de vida irreprochable y afables y pacíficas inclinaciones, estaba notablemente predispuesto en favor de Teresa y sus Descalzos, con especialidad de Gracián. Viendo que su cargo había de ser de corta duración, resolvió dejar tranquilas las cosas, no hacer cambio alguno en su gobierno, y no admitir en su auxilio a ningún otro Observante para la ejecución de sus deberes. Además, hizo cuanto pudo por que se revocase la sentencia de Gracián, y

hasta tal punto llegaron a valerle sus esfuerzos, que yendo un día el Nuncio a visitar al Rey, sólo tuvo éste que observar que el Padre Fray Jerónimo había sido ya suficientemente castigado (tal era el poder que tenían las palabras que salían de los labios reales), para que el Nuncio revocase inmediatamente la sentencia; y restaurado en su antiguo rango en la Orden, Gracián se encuentra una vez más, según dice Mármol, activando el asunto de enviar embajadores a Roma. Tambien él fué elegido por Salazar—posteriormente—como compañero de gobierno de los Descalzos; o mejor dicho, sobre él recayó todo el peso de dicho cargo, limitándose el Vicario General a firmar los documentos necesarios,

Bien podemos figurarnos la calma y el tranquilo gozo de Teresa viendo cómo iba mejorando la suerte de su Reforma; sin embargo, dice:

«Plega á nuestro Señor que lo goce pocos días [Salazar]; no digo faltándole la vida; que es, en fin, el que tiene más talento entre ellos, y para con vosotros será muy comedido; en especial que es tan cuerdo, que entenderá en lo que ha de parar. En parte se les hace á estos padres tan mala obra como á nosotros. Para personas perfectas, no podíamos desear cosa más á propósito que á el señor Nuncio, porque nos ha hecho merecer á todos.»

Ahora ha llegado el momento propicio para enviar a los embajadores a Roma. La primera embajada que despacharon los frailes de Almodóvar había fracasado, pues el Nuncio retuvo expresamente a Doria (que había sido elegido en un principio), en Madrid, alegando que no podía perder tan sabio consejero. La misión fué entonces confiada a Fray Pedro de los Ángeles, que había abandonado a los Carmelitas para unirse a la Reforma, y a un compañero lego. La empresa fracasó por completo. Cuando llegaron a Italia se encontraron con que el General había muerto y tuvieron que ir hasta Nápoles para presentarse al nuevo General Cafardo. Éste les quitó sus poderes, cartas y despachos; pero por lo demás tratóles con bastante bondad. Don Bernardino de Mendoza, hijo del Virrey, les alojó en su palacio. La virtud de Fray Pedro fué virtud a toda prueba a pesar del trato suntuoso de su huésped. «Debilitado por los atractivos de Nápoles»—dice el cronista—«como lo fué el ejército de Aníbal por los de Capua», su comisión fracasó y volvió a España y a los Carmelitas. Eligió ser miembro del Monasterio de Granada, y cuéntase que al rescatar Ana de Jesús su capa de jerga de manos de una mujer a quien aquél la había vendido para que hiciera mantillas de niño, dijo que «el que había tenido la bajeza de deshonrar la capa de la Virgen, no goza-

ría mucho tiempo de la jerga y que se acercaba el fin de su vida». En vano solicitó Fray Pedro una entrevista con la indignada priora; ésta se negó rotundamente a recibirle. Un día que pasaba él por delante de la iglesia del convento, dió la casualidad de estar la puerta abierta y entró con su compañero a rezar un momento. Mientras rezaba le pasó por la memoria el recuerdo de lo que había dejado y empezó a llorar amargamente. «¡Notable circunstancia!», añade el cronista a cuya locuacidad tanto tengo que agradecer. «Antes de levantarse del suelo perdió la vista en ambos ojos, y costó gran trabajo trasladarle a su convento, de donde Dios le llevó a los pocos días.» Cuando la madre Ana recibió la noticia dijo a sus monjas (aunque no se nos dice por qué causa no le predijo con más claridad antes de suceder). «Ya lo sabía yo, hermanas, por eso no quise hablar con él; por el contrario, le aconsejé que no viniera aquí. Pero bueno es que se paguen los pecados en esta vida, y librarse así de los sufrimientos eternos.»

La suerte cayó esta vez sobre Fray Juan de Jesús (Roca), de cuya intrepidez en el hablar y constancia en el querer había dado tan abundantes pruebas su conducta pasada. También él merece que le dediquemos unas cuantas palabras, por ser una de las figuras notables de la Orden. Era natural de Cataluña, de familia respetable y virtuosa; cuando le bautizaron, diéronle el nombre de Roca de su madre, «no sin intención divina»—dice el cronista—, «porque fué una roca de bronce en su resistencia a la relajación y a todas los impulsos adversos». Después de tomar el grado de doctor en Teología en la Universidad de Barcelona, fuéle asignada una cátedra por razón de su notable talento. Sin embargo, habiéndole conseguido su saber un beneficio, se ordenó de sacerdote. «Como la mediocridad no podía contentarle», vémosle en seguida en Alcalá de Henares, «lugar rico en toda suerte de ciencias», haciendo oposición a una cátedra universitaria. «En medio del gran fervor de su pretensión, sentíase atribulado de verse esclavo de lo que despreciaba su alma; y no hallando en las cosas visibles con qué saciar sus aspiraciones, suspiraba por lo invisible.» Hallándose en este estado de ánimo, oyó predicar a Gracián, por casualidad, aquel famoso sermón sobre la antigüedad y gloria de la Orden del Monte Carmelo. Sin dar la menor señal, sin decir una sola palabra, el erudito doctor se marchó derecho a Pastrana, y se quedó allí de novicio. Desde allí escribió al criado que había dejado en Alcalá, y éste, a su vez, no tuvo más que recibir la carta de su amo para seguir sus pisadas y hacerse fraile Descalzo, por su buena fortuna, pues no bien hubo salido de la casa donde habían vivido, cuando ésta se desplomó, circunstancia que el devoto amo y el no menos devoto

sirviente aceptaron como una amonestación divina para que en adelante dedicasen su vida al servicio del prójimo.

El nombre de Roca indicaba también la firmeza y constancia de su carácter, virtud que entre sus compañeros no tenía igual. En el Capítulo Observante de Moraleja, fué Roca quien defendió tan intrépidamente a los Descalzos, que obligó a los padres Carmelitas a desistir de sus intenciones, habiendo persuadido por el camino a sus menos decididos compañeros, el prior de Pastrana y el rector de la Universidad a hacer lo mismo. Era también hombre que sabía apreciar una broma, siempre que fuese buena. ¿No refiere el cronista, para probar «la bondad y sencillez» de aquellos azarosos tiempos, que a la vuelta del citado Capítulo y una vez llegados los tres a Mancera, de donde era Fray Juan, prior, ordenó a sus frailes con mucho disimulo arrojar a los otros dos en la cárcel, so pretexto de no haber defendido la Reforma tan calurosamente como habrían podido hacerlo? El prior y el rector, a pesar de su asombro (¡y bien podían asombrarse!), aceptaron la penitencia con grande humildad y sencillez, dejándose conducir a la prisión. A las pocas horas, reune Roca a sus frailes—uno de los cuales iba vestido con todas las galas de la sacristía, y otros dos cargados de guirnaldas—, y abriendo repentinamente las puertas del calabozo, coronaron a los cautivos con las guirnaldas, conduciéndolos triunfantemente al coro, al paso que cantaban: *In exitu Israel de Ægypto!*

Pero estos temperamentos inflexibles tienen generalmente la suerte de encontrarse en oposición, no sólo con sus enemigos, sino con sus amigos. La Roca no fué excepción a esta regla. Ya hemos visto con qué intrepidez hizo frente al Nuncio al ser hecho prisionero en Madrid. Con la misma intrepidez se mantuvo enfrente de su Orden en el tumultuoso Capítulo de Almodóvar, exponiéndoles verdades tan poco agradables que le valieron un mes de cárcel.

En la primavera de este mismo año de 1579, cuando salió para Roma, habían hecho una tentativa infructuosa para privarle de su libertad. Encontrándose en consulta con Teresa en San José de Ávila, presentóse en el locutorio el prior de los Carmelitas, después de haber dejado abajo a algunos frailes armados para que vigilasen las puertas, y con grandes muestras de cortesía invitóle a que aceptara la hospitalidad de su monasterio, por no estar bien que una persona de su posición fuese a alojarse al mesón. Roca olió en seguida el peligro. La tornera (mujer resuelta cuyo nombre no ha sido conservado), viendo a los frailes armados a la puerta, mandó en seguida aviso del peligro a ciertos canónigos y caballeros piadosos, y el prior, burlado en sus empre-

sas, no tuvo más remedio que retirarse lo mismo que había venido.

¿Quién, pues, mejor adecuado que La Roca, arrojado, valiente y varonil, para la dificultosa y expuesta misión, misión de la que pendía la suerte de Teresa y de su Orden?

A excepción de Gracián, que parecía tener deseos de emprender él mismo el viaje y soñaba ya con fundar un monasterio de Descalzos en la ciudad sagrada, la elección del prior de Mancera fué aprobada calurosamente por los cabezas de la Orden. Las prioras de Teresa respondieron efusivamente a las peticiones de ayuda, muchas de ellas conmovedoras, que salían de San José de Ávila. «Sólo es una vez en la vida», escribe a María Bautista—¡sólo una vez en la vida!— «Por eso traemos todos un hábito, porque nos ayudemos unos á otros; pues lo que es de uno, es de todos; y harto da, el que da todo cuanto puede... Yo no lo puedo ganar, que estoy manca; y harto más siento andarlo á allegar y á pedir; cierto que me es un tormento que sólo por Dios se puede sufrir.» ¡Pero no!, todas ellas dan según sus medios, tal vez más: hasta la priora de Valladolid, que era algo tacaña, se deja llevar de la generosidad, y se gana la calurosa gratitud de Teresa con su pronta respuesta a su demanda de fondos para enviar a los emisarios a Roma. Por lo que hace a la priora de Sevilla, depositó seiscientos pesos, legado de las Indias; la priora de Veas cuatrocientos escudos, doce de una novicia; las monjas de Toledo son igualmente generosas; y todo esto unido a lo que Teresa misma consiguió de varios amigos nobles y prelados—además de ochocientos reales aportados por Fray Nicolás (Doria) y cuatrocientos escudos, dádiva de su protector el Conde de Tendilla—constituye una buena cantidad.

Para evitar cualquier cambio imprevisto de parecer por parte del nuncio, mantuvieron el mayor sigilo posible sobre el viaje y su objeto, y consideraron prudente mantener a las mismas comunidades Descalzas en ignorancia. Acuérdase también que Roca trueque una vez siquiera en su vida la capucha y las sandalias de fraile por el traje de un caballero del mundo, y apropiándose el nombre de José Bullón (no era nombre extraño del todo por ser el de su padre), y con este disfraz, encargado en apariencia de una misión puramente secular, o sea la de obtener la dispensa para que un caballero de Ávila pudiese casarse con una prima suya, sale para Roma acompañado del prior de Pastrana. Cuando Teresa vió a su embajador, con la barba crecida, fuerte, valiente; «un hombre propio», vestido de capa y espada, calzado de botas y espuelas; cuando oyó el choque de éstas sobre las losas descoloridas del convento, sintióse sobrecogida de alegría. Su aspecto grave y marcial era más bien el de un fogoso capitán que el de

un fraile pálido y apocado, cuyo aire torpe pudiera hacerle traición revelando haberse apropiado un traje que había olvidado como llevar durante su estancia en el claustro. Su mula le espera a la puerta. De las débiles manos de la grande e ilustre mujer a quien ama y venera, recibe la última bendición. Cuando el eco de las pisadas de su mula se extingue en el patio del convento y se repite por las callejuelas estrechas de la ciudad, ella sigue todavía inmóvil y absorta balbuciendo silenciosas bendiciones, pues de esta misión dependen la paz, prosperidad y buena fama de la Orden resucitada de Nuestra Señora del Carmen. Azaroso fué, en efecto, el viaje que estos dos valerosos frailes emprendieron: «Dios le traiga con bien; Suplico a vuestra merced me diga el día que se fué, y qué tal iba» (esto lo dice a Roque de Huerta). «No veo la hora que salga de estas tierras, después que anda así, no nos acaezca algún desmán, que sería en terrible coyuntura.» ¡Ya lo creo!, como que tenían que cruzar toda España, y quién sabe si no serían interceptados, tal vez envenenados; alevosamente, por aquellos enemigos suyos, con ojos de Argos, que acababan de ser burlados en una empresa que había tenido como cosa segura unos cuantos meses atrás. Poco antes de llegar a Alicante, donde habían de embarcarse para Italia, se llevaron un susto terrible, pues el prior de Pastrana fué reconocido a pesar de su disfraz.

Unas veces gozando de la calma, otras sacudidos por horribles tempestades, aterrorizados a la vista de los piratas moros, que se ciernen sobre el horizonte cual aves de rapiña, los dos frailes Descalzos, transformados ahora en Gerónimo de la Vega y el grave erudito Doctor Diego Hurtado de Almazán, llegan por fin a Roma. No es de la incumbencia de mi historia relatar la suerte que les cupo cerca del Papa y de los Cardenales. Tampoco lo es la celebración del Capítulo General de la Orden por el nuevo General y el maestro Fray Gerónimo Tostado, durante la estancia de aquéllos en Roma; ni el miedo con que andaban, no fuese a ser descubierto el verdadero objeto de su misión y acabasen por ser cogidos y hechos prisioneros por los Observantes.

Tampoco es de la incumbencia de mi historia consignar que el Rey de España, a pesar de hallarse en lo más recio de la guerra con Portugal, no deja enfriar su interés en la suerte de la Reforma; y que el fraile Franciscano, Cardenal Montalbo (más tarde Papa, con el nombre de Sixto V), protegió su causa. Sin la oportuna influencia del Cardenal Sforza, poco les habría faltado para ser enredados por las insidiosas intrigas del recién elegido General de la Orden, Cafardo, y el sobrino del Papa, Cardenal Buoncampagna. Los destellos pasajeros

del triunfo eran seguidos por momentos de negra desesperación; el verano se convirtió en invierno y el invierno otra vez en verano antes que el Papa Gregorio XIII erigiese, en pleno cónclave, a los Carmelitas Descalzos en provincia separada, por su Breve del 22 de junio de 1580—el año noveno de su pontificado—sellando con él y ratificando la obra de toda una vida, iniciada por una oscura monja en un remoto rincón de Castilla... Todo esto se encuentra descrito con grande ampulosidad y sobra de retórica, en las páginas de la *Crónica de Fray Francisco de Santa María*, donde puede leerlo todo el que quiera.

CAPÍTULO XXIII

DIOS É VOS

Dejando al pseudo caballero español y a su grave compañero que sigan la suerte fluctuante de la Reforma en Roma, volvamos a Avila, donde la fundadora, soñando en el futuro, ve ya la Orden triunfante de la Virgen del Carmen extendida por lejanas regiones de la tierra. Tal vez no pueda ella alcanzar la realización de tan gloriosos destinos, pero «plega Su Majestad guardar muchos años á Pablo, para que lo goce y trabaje; que yo desde el cielo lo veré, si merezco este lugar...»

Pero verá la provincia y el primer Capítulo de la Orden celebrado en suelo español, pues aún le quedan tres años más de vida; tres años más de trabajos y esfuerzos, pero sin mengua de su celo y actividad. Para los que poseen un alma de héroe como la suya, el éxito y el goce del triunfo no proporcionan reposo, sino mayores cuidados, mayores responsabilidades, porque no se entregan al reposo letárgico de los laureles, penosa y gloriosamente ganados: «Pues la noche viene, cuando nadie puede obrar.» Su vida ha de terminar, cual terminó, como una de esas maravillosas puestas de sol que quedan grabadas para siempre en la memoria, más espléndida y majestuosa a medida que se va hundiendo el encendido disco tras del horizonte, hasta desaparecer del espacio.

En el mes de junio, cuando las áridas parameras de Ávila se convierten en verdes prados tachonados de flores que riegan mil estrechos e invisibles arroyuelos, Teresa se prepara de nuevo, por orden de Fray Angel de Salazar, Vicario General de los Descalzos, a atravesar los

calurosos y polvorientos caminos de Castilla, con destino a Malagón, donde las cosas se han ido poniendo de mal en peor; y con el objeto inmediato de visitar Valladolid, en respuesta a las súplicas del Obispo Mendoza y de su hermano de ella, grandemente necesitados de sus consuelos—súplicas que el Provincial, que tiene mucho que agradecerles, no piensa por un momento desatender—. De allí irá a Salamanca, donde sus monjas se hallan en la mayor necesidad, y el silencio que guardan sobre sus sufrimientos, es la queja más conmovedora que pudieran dar.

«¡Mire ahora, hija» (escribe a María Bautista) «esta pobre vejezuela» (contaba a la sazón sesenta y cuatro años) «y luego a Malagón! Yo le digo que me ha hecho reir, y ánimo tengo para más. Podrá ser que antes que acabe lo de Salamanca, venga nuestro recaudo y me pudiere ir ahí más de espacio; que lo de Malagón otra lo puede remediar.» Ella verá el ardid—que no había fraile entre todos ellos, por astuto que fuera, capaz de quedarse con ella—ideado por los Carmelitas para deshacerse de Teresa con cualquier pretexto y alejarla de la Encarnación (1). «Según los indicios hay (puede ser sospecha), es más el deseo que estos mis hermanos deben de tener de verme lejos de sí, que la necesidad de Malagón. Esto me ha dado un poco de sentimiento; que lo demás, ni primer movimiento, digo el ir a Malagón; aunque el ir por priora me da pena, que no estoy para ello, y temo faltar en el servicio de nuestro Señor. Vuestra paternidad le suplique que en esto esté yo siempre entera, y en lo demás venga lo que viniere, que mientras más trabajos más ganancia.»

Y no es por otra causa (¡tan severa es la idea que tiene del deber!) sino por encontrarse ya tan vieja y débil, que no le es posible tomar parte de lleno en los quehaceres de la Comunidad, en la que ella misma exigía que la Priora diese el ejemplo: ella que había sido en otros tiempos la más activa de todas, fregando los suelos, guisando (y tan bien lo hacía que las monjas se alegraban mucho cuando le llegaba el turno de cocinera a la madre Teresa), no es sino una pobre enferma que no se puede valer, con un brazo inútil, sin poderse siquiera vestir sola. «En lo demás, iré al cabo del mundo, como sea por obediencia; antes creo, mientras mayor trabajo fuese, me holgaría más de hacer siquiera alguna cosita por este gran Dios, que tanto debo; en especial creo es más servirle cuando sólo por obediencia se hace; que con el mi Pablo, bastaba para hacer cualquier cosa con contento, el dársele.»

Así seguía luchando heroicamente por el espinoso camino del que

(1) Carta a Gracián, 10 de junio de 1579.

tan poco le quedaba ya por recorrer, y su gran corazón suspiraba por encontrar simpatía; ansiaba, como sólo ansían los corazones grandes, apoyarse sobre el débil cayado del amor humano; murmurar los secretos y la tristeza de su alma al oído de un semejante cualquiera. «¡Oh, qué soledad me hace cada día más para el alma estar tan lejos de vuestra paternidad», dice en una carta a Gracián, «aunque del padre José, siempre le parece está cerca, y con esto se pasa esta vida, bien sin contentos de la tierra, y muy continuo tormento!»

Salazar cedió a sus razones—eximiéndola del oneroso cargo para el que ella se creía incapacitada: pero persistió en que no dejara de ojo a Malagón y favoreciese aquel convento, que a tan mal estado había llegado, con el beneficio de su presencia.

Un día de Corpus Christi llegó a Ávila el mandato para su partida, «con tantas censuras y rebelión, que viene bien cumplida la voluntad del señor obispo, y lo que en esto pidió á su paternidad. Así que á lo que entiendo, yo me partiré de aquí un día después de San Juan, o dos». Su compañera de viaje esta vez, fué Ana de San Bartolomé. En Medina interrumpió el viaje, quedándose a descansar dos o tres días, antes de seguir a Valladolid.

Ninguno de sus conventos produce una impresión más extraña que este de Medina—Medina de los Llanos—, que se alza cual centinela, austero, misterioso, a la orilla misma de la ciudad, y a la entrada de los cuatro caminos, por uno de los cuales se arrastraba penosamente, en dirección al imponente edificio, una tarde de los últimos días de junio de 1579, un carro rústico, seguido de una nube blanca de polvo. Este convento fué antiguamente palacio; sus techos, curiosamente incrustados, proclaman todavía la historia de su magnificencia y antiguo esplendor; exteriormente presenta grandes trozos de paredes, de variada tonalidad de colores, amarillo, pardo, rojo, cubiertas de ese polvo pegajoso que impregna con su olor acre la tierra castellana; paredes de aspecto enigmático, en las que cada generación ha dejado allí impreso, a su paso, algo de su propia modalidad. Aquí podréis descubrir, entre descoloridos ladrillos, el contorno de un arco gótico, el de una ventana del Renacimiento, cegada años há, por conveniencia de sus moradores.

Es un edificio que a la vez fascina y repele, por su adusta simplicidad; nada comunica en él la vida externa con la de su interior; no hay una abertura en sus muros, por donde la vista pueda escudriñar las ilimitadas llanuras que lo rodean—mar ondulante de trigo verde o dorado en la primavera y principios del verano—, tan inmenso, tan vasto como el trozo de cielo que lo corona. Estos huecos estrechos,

rectangulares, que taladran su superficie en el menor número posible, no son para que se mire por ellos, sino para dar entrada al aire. Fuera, la vida sigue su curso inapercibida; labriegos harapientos pasan, a la luz cenicienta de la madrugada, montados en borricos tan macilentos como ellos, y se encaminan a los campos, y vuelven fatigados al anochecer, en grupos, a lo largo de la oscura y polvorienta carretera. En Medina—por intensamente castellana que sea—, al contrario de la parda y caballeresca ciudad gótica de Ávila, la nota predominante es oriental: sus casucas, construídas con adobes, tienen una semejanza sorprendente con las aldeas morunas.

La gloria de Medina había ya desaparecido, aun en tiempos de Teresa. Había pasado aquella época en que el inglés, el francés, el alemán y el flamenco regateaban y cambiaban sus géneros con el taciturno castellano, en los soportales de la plaza del mercado. Sus almacenes están ahora vacíos; el pastor guía ahora sus negras ovejas merinas, y el cabrero sus cabras, sin estorbo ninguno, por las calles silenciosas, silenciosas, a no ser por el tintineo de las esquilas del ganado y el sonar del cuerno del porquero. Sus majestuosos conventos, fundados por reyes y príncipes, se desgastan día tras día, abandonados a la severa melancolía de su pasada magnificencia; los grandes y antiguos palacios de piedra—que todavía ostentan en las esquinas las armas, ya casi imperceptibles, de sus antiguos señores, y las escaleras talladas, llenas en un tiempo de vasallos y hombres de armas—, son ahora morada de una población rural, de labriegos, pastores y porqueros.

El 3 de julio llegó Teresa a Valladolid. A pesar de haber suplicado que evitaran toda demostración tumultuosa de regocijo, que más bien mortificaba que agradaba a su humildad, convencida cada vez más, según pasaban los años, de sus propias imperfecciones, deficiencias y falta de méritos, fácil es figurarse la intensa satisfacción de las monjas, pues al cabo del año tan terrible que habían tenido, era un verdadero acontecimiento contemplar otra vez, después de cuatro años de ausencia, el rostro venerable de su fundadora. «Es cosa que me espanta—dice, sencillamente, a Gracián—lo que estas monjas se han holgado conmigo, y estos señores.» (Don Álvaro y doña María de Mendoza.) «Yo no sé por qué.»

El estado de su convento, bajo la acertada dirección de María de Bautista, no deja nada que desear, pues los años han transformado a la alegre y atolondrada jovencita que inauguró con una genialidad suya la Reforma de los Carmelitas, en grave y sentenciosa priora, algo amiga de dar consejos, tal vez, pero lista, perspicaz y «muy alle-

gadora para su casa». Cuentan que, en ocasión de una de aquellas odiosas notificaciones en tiempo de las disputas que, afortunadamente, tocan ya a su fin, la citada priora dió tal contestación a un abogadillo de Valladolid, que éste quedó atónito ante el ingenio que puede poseer una mujer. Teresa misma, orgullosa de quien había desplegado tan buenas virtudes, bajo su propia dirección, admite su superioridad cuando escribe a Gracián en tono risueño y festivo, al darle cuenta de que la priora se hallaba entretenida con la ocupación que más la gustaba, o sea la de dar consejos, y le dice (no sin poner su cierta ironía, cosa que pasaba inadvertida para las inteligencias más obtusas que la rodeaban): «¡Jesús, cuánto sabe! Yo me quedo tonta delante de ella, confundida de mi ignorancia e incapacidad para hacer nada bueno!»

Sedas y brocados se arrastran todo el santo día por el tranquilo locutorio del convento, esparciendo momentáneamente cierto aroma de cosas y emociones que no son santas del todo; el coche de doña María de Mendoza (en el que Teresa fué una vez a Madrid) espera horas enteras delante de las puertas del convento, mientras su dueña y el Obispo conferencian con Teresa. «Estoy cansada de escribir, de tanta señora como viene acá, dice al final de una carta, bastante larga, que escribe a Gracián en Alcalá—Gracián, a quien ha sentado mal el verano y se encuentra todo «salpullido»—. «Ayer estuve con la condesa de Osorno. El Obispo de Palencia está aquí [el citado don Álvaro de Mendoza, Obispo electo de aquella diócesis]; débele vuestra paternidad mucho, y todos.»

En efecto, estando ya en vísperas de su marcha, Teresa se lamenta del tiempo perdido en ocupaciones tan vanas. «Los que de razón habíamos de estar tan apartados del mundo», dice, escribiendo a su hermano Lorenzo, «tenemos tanto que cumplir con él, que no se espante vuestra merced de que con haber estado lo que aquí he estado, no he hablado a las hermanas (digo a solas), aunque algunas lo desean harto, que no ha habido lugar.»

Con el mismo mensajero que lleva esta carta, envía Teresa a su hermano un cáliz «harto bueno, que no ha menester ser mejor, y pesa doce ducados, y creo un real, y cuarenta de hechura; que vienen á ser diez y seis ducados, menos tres reales. Es todo de plata: creo contentará á vuestra merced». (¿Sería para la capilla de La Serna?) «Como esos que dice de ese metal, me mostraron uno, que tienen acá, y con no haber muchos años y estar dorado, ya da señal de lo que es, y una negrura por de dentro del pie, que es asco. Luego me deteminé á no le comprar así; y parecióme, que comer vuestra merced en mucha plata, y para Dios buscar otro metal, que no se sufría.» Detalle que revela

bien el carácter algo vano y fastuoso de su hermano, a la par que su economía, como también los honrados instintos de Teresa y su saludable aversión a las cosas falsas. «No pensé», sigue diciendo, «hallarle tan barato y tan de buen tamaño, sino que esta hurguillas de la priora con un amigo que tiene, por ser para esta casa, lo han andado concertando... Es para alabar á Dios cual tiene esta casa, y el talento que tiene.» Teresa se acerca, a veces, de una manera inesperada al gran manantial de la historia política de su época. Y no deja de ser interesante el ver a través de la mente de esta vieja monja, el curso de los acontecimientos que agitaban en aquel entonces a España como no había sido agitada desde los días de los Reyes Católicos y la Beltraneja.

La edad avanzada del Cardenal, don Enrique, sucesor al trono de Portugal a la muerte de su sobrino, don Sebastián, había sido causa de que se alzase un enjambre de pretendientes. Los más importantes eran Felipe de España y el Duque de Braganza, que hacía valer sus derechos en virtud de su esposa, doña Catalina, nieta de don Manuel. A don Teutoriso de Braganza, Arzobispo de Ebora, tío del Duque de Braganza, es a quien Teresa dirige desde Valladolid la carta siguiente:

«V. S. me mande hacer saber si hay allá [en Portugal] alguna nueva de paz, que me tiene harto afligida lo que por acá oigo: porque, si por mis pecados, este negocio se lleva por guerra, temo grandísimo mal en ese reino, y aun á éste no puede dejar de venir gran daño. [Ya estaba el pueblo sufriendo la carga de nuevos impuestos.] Dícenme es el duque de Braganza el que la sustenta, y en ser cosa de V. S. me duele en el alma, dejadas las muchas causas que hay sin ésta. Por amor de nuestro Señor, pues de razón V. S. sería de mucha parte para esto con su señoría, procure concierto (pues según me dice hace nuestro rey todo lo que puede, y esto justifica mucho su causa) y se tenga delante los grandes daños que pueden venir, como he dicho: y mire V. S. por la honra de Dios, como creo lo hará, sin tener respeto á otra cosa. Plega á Su Majestad ponga en ello sus manos, como todos se lo suplicamos; que digo á V. S. que lo siento tan tiernamente, que deseo la muerte, si ha de permitir Dios que venga tanto mal, por no lo ver. Él guarde á V. S. con la santidad que yo le suplico muchos años para bien de su Iglesia, y tanta gracia que pueda allanar negocio tan en su servicio. Por acá dicen todos que nuestro rey es el que tiene la justicia, y que ha hecho todas las diligencias que ha podido, para averiguarlo. El Señor dé luz para que se entienda la verdad, sin tantas muertes como ha de haber si se pone á riesgo; y en tiempo que hay tan pocos cristianos, que se acaben unos á otros es gran desventura.»

Carta patriótica e imparcial. Tal vez sea ésta la única ocasión en que ella interviene, aunque de una manera insignificante, en las complicaciones políticas de su patria; pero ya que lo hace, sólo es para inspirar un espíritu más noble y más amplio; para predicar una fraternidad *en Cristo* (no lo dudemos), que traspasa los estrechos límites del parentesco y del patriotismo. ¿Cuál fué el efecto de esta carta en el Príncipe Cardenal? No lo sabemos; pero el hecho es que en las Cortes de Almerin, presididas por él como cabeza de los prelados de Portugal, se mantuvo completamente neutral, bien fuese por indiferencia, bien por convicción.

A fines de julio, la intrépida viajera se encuentra de vuelta en Medina, de paso para Alba de Tormes y Salamanca. Había puesto fin, repentinamente, a su visita a Valladolid con el objeto de evitar que algún otro comprador le arrebatase la casa, «hermosa, pero cara», que se había empeñado en comprar para sus hijas en Salamanca; pero su viaje no tuvo éxito y el único cuidado terrenal que enturbió los últimos momentos de su vida estaba relacionado con su convento de Salamanca.

«¡Oh, mi padre [escribe a Gracián], qué de trabajos me cuesta esta casa! Y aunque estaba todo acabado ha hecho el demonio de manera que nos quedamos sin ella, y era la casa que más nos convenía en Salamanca, y al que nos la daba le estaba harto bien. No hay que fiar de estos hijos de Adán, que convidarnos con ella y ser un caballero; de los que aquí dicen que trata más verdad, que su palabra decian á una voz bastaba por escritura; no sólo había dicho palabras, sino dado firma delante de testigos, trajo él mismo el letrado, y se acabó el concierto. Todos están espantados, si no son otros caballeros, que le pusieron en ello, por provecho propio ó de sus parientes, y han podido más que cuantos le ponen en razón, y un hermano que tiene, que con harta caridad lo trató con nosotras, y está harto penado. Ello se ha encomendado á nuestro Señor; esto debe ser lo que más conviene. La pena que tengo es no hallar casa en Salamanca que valga nada... Ausadas que, si tuvieran estas hermanas las de Sevilla, que les pareciera estaban en un cielo. Con harta pena me tiene el desatino de aquella priora [María de San José], y mucho ha perdido conmigo el crédito. Temo que el demonio ha comenzado por aquella casa, y que la quiere destruir del todo... que veo una rapacería en aquella casa, que no la puedo sufrir; y esta priora es más sagaz que pide su estado. Y así he miedo, que, como yo la decía allá, que nunca conmigo anduvo llana. Yo le digo que pasé allí harto con ella. Como ha escrítome muchas veces con harto arrepentimiento, pensé que estaba enco-

mendada, pues se conocía. Poner á las pobres monjas en que la casa es tan mala, basta para que la opinión las enferme. Cartas le he escrito terribles, y no es más que dar en un acero... Yo creo que nos conviene llevar allí algunas que tengan más torno, y lleven negocios tan graves como conviene.»

Recia filípica, la más recia acaso y severa que hubiera jamás brotado de su pluma, y que escribe ahora la anciana monja desde Salamanca, comparando la posición de sus hijas enfermas, en una casa húmeda y malsana, perdida la esperanza de encontrar otra mejor, con las monjas de Sevilla, donde aquella ingrata María de San José, despreciando la espaciosa y cómoda habitación que Teresa les había proporcionado a fuerza de tantas ansiedades y sufrimientos, se había empeñado, sin decir nada, en dejarla por otra que tenía también un patio encantador de mármol, que parecía hecho de alcorza, espacioso y con vistas hermosas, cuestión de grandísima importancia para unas mujeres que pasaban la vida rigurosamente encerradas. Así que, acongojada de ansiedad por la estrechez de algunas de sus hijas y por la ingratitud de otras, ansiaba dejar las cosas como estaban y volverse a Ávila. Aquí sufrió uno de esos ataques de «perlesía», a pesar de lo cual se puso en camino al día siguiente para Toledo, viaje en el que había de emplear cinco días, durante tres de los cuales la lluvia cayó a torrentes, y como las monjas no podían poner a secar sus ropas empapadas, fué milagro que Teresa en su delicado estado de salud, no contrajese una grave enfermedad. Pero en el carácter del sobrio castellano hay un fondo grande de resistencia; y Teresa, sin cuidarse de su salud (llegó a Malagón el 25 de noviembre), empezó en seguida a ocuparse, con su peculiar energía, de los preparativos para recibir a las monjas en la nueva casa, construída por doña Luisa de la Cerda en el solar elegido por Teresa muchos años antes, cerca de la fortaleza.

Unas tres semanas después, el día de la Concepción, hízose la mudanza, y por breves momentos las aturdidas hermanas «que no parecían sino lagartijas que salen al sol en verano», pudieron darse cuenta de que formaban otra vez parte del mundo. Esos momentos fueron el principio de una nueva era en la vida de todas ellas, y el fausto de aquella procesión triunfal fué por largo tiempo una de las tradiciones más queridas del convento. Mas Teresa tuvo que afrontar cuidados más graves que éstos. No había sido el mero hecho de ver a las hermanas trasladarse de una casa a otra lo que la había traído a Malagón. El mal gobierno de una priora joven y sin experiencia (pues la priora Brianda se encontraba todavía en Toledo) había echado a perder la disciplina y llenado el convento de deudas. También quería in-

dagar el origen de los sueños y visiones de Ana de San Agustín (pues por más que Teresa creyese en los suyos, daba poca fe a las visiones de los demás), que fué más tarde priora de Villanueva de la Jara, donde puede verse todavía la imagen de su cara severa y hermosamente modelada, que con aire ceñudo y ascético dirige sus miradas, de en medio de la sombra que la envuelve, a través de la reja que separa los dos coros de la iglesia Carmelita. Una monja hechizada y un confesor necio, aunque bien intencionado, eran también elementos de confusión y anarquía. «Terrible cosa es el daño que puede hacer una prelada. Que he sabido estaba presente a algunas cosas, que osaré apostar que en toda España no han pasado en monasterios muy relajados.»

Teresa había venido dispuesta a adoptar medidas radicales, y al instante fué elegida priora Jerónima del Espíritu Santo, que había venido con ella de Salamanca con este objeto. No quiso que se dijese fuera de las tapias del convento, una palabra sobre estos escándalos, y despidió al confesor, pero de tan buena manera que quedaron amigos. «He procurado que sea con toda disimulación, y tratado con él muy claro; y verdaderamente entiendo que es alma de Dios, y que en él no ha habido malicia en nada. Como estamos lejos, y él tiene que hacer, sin ninguna nota se ha hecho; y yo he procurado nos predique, y le veo algunas veces.»

¡En menos de un mes consiguió restablecer el orden en el convento, sin perder un amigo ni hacerse un solo enemigo!

En Malagón escribió aquel fragmento tan patético de una carta, que dice: «Aquí hay una gran comodidad para mí, que yo he deseado hartos años ha, que aunque el natural se halla solo, sin quien le suele dar alivio, el alma está descansada. Y es que no hay memoria de Teresa de Jesús, más que si no fuese en el mundo. Y esto me ha de hacer no procurar irme de aquí, si no me lo mandan; porque me veía desconsolada algunas veces de oír tantos desatinos, que allá [¿en Ávila?] en diciendo que es una santa, lo ha de ser sin pies ni cabeza. Ríense porque yo digo que hagan allá otra, que no les cuesta más de decirlo.»

Al hacer el viaje de Ávila a Toledo, acuérdase de aquella ocasión en que las fatigas del camino fueron aligeradas por la presencia de Gracián. Y al acercarse otra vez el tiempo de Navidad, época en que uno parece darse cuenta, de un modo palpable, de la marcha del tiempo, y el presente se acerca más al pasado en la recapitulación involuntaria que hacemos de la vida, Teresa recuerda aquella terrible noche de Navidad en Ávila, del año anterior, cuando, agobiada por el

dolor, lloraba la cautividad de su hijo y la ruina de su Orden. «Sea Dios alabado, que así mejoran los tiempos», dice a Gracián, a quien dirige su primera felicitación de Navidad. «Cierto ella fué tal, que aunque tuviera muchos años de vida, no se olvidara.» De modo que otra vez es Navidad, y el día amanece claro y sereno sobre las sierras, blancas de nieve, que rodean la pequeña ciudad fortificada de Malagón, y el día se convierte por fin en noche—la noche del Olvido, donde los hombres y las cosas llegan a su fin—. Alegraos y regocijaos, ¡oh, hermanas!, mientras las luces que brillan en los corredores del convento reflejan sobre la nieve su rojo resplandor, y los rústicos labriegos trancan sus puertas para guardarse de los lobos que, obligados por el hambre á abandonar sus guaridas, recorren la aldea en busca de presa (como sucedía en las noches de invierno, a mediados del siglo pasado, y tal vez suceda todavía); entonad con voz clara las sencillas baladas y conocidos villancicos, propios de la temporada; pues esta es una de las últimas Navidades de Teresa en la tierra, y vosotras teneis la dicha de pasarla con ella. Arrodillada con sus monjas en este viejo y oscuro convento de Malagón, mientras éstas cantan Maitines y Vísperas y sus voces resuenan con acentos crecientes y decrecientes, hasta apagarse en la penumbra de la pequeña iglesia, la desamparada ancianita, tan endeble de cuerpo y tan grande de espíritu, que lleva las riendas de la orden y abastece a sus delegados, a sus «Romanos», como ella los llama, necesitados de dinero, se representa en la mente series innumerables de fundaciones: Villanueva de la Jara, la más inmediata, Madrid, Arenas, en los confines de Portugal, y ¡quién sabe si no logrará llevar su Orden y sus monjas a Francia misma! María de San José ha sido perdonada, pues no estaba en la naturaleza generosa de Teresa abrigar resentimientos; sus cartas del mes de enero, nos hablan de su tristeza, al pensar que ella había ayudado a aumentar los disgustos de su priora enferma.

«Vuestra reverencia me perdone, que con quien bien quiero, soy intolerable, que querría no errase en nada. No sé cómo dice vuestra reverencia, que el padre fray Nicolas [Doria, que se hallaba a la sazón en Sevilla, por orden de Salazar, con objeto de restituir a María de San José a su cargo de priora] la ha revuelto conmigo, porque no tiene otro defensor mayor en la tierra. Decíame la verdad, para que, como entendía el daño de esa casa, no estuviese engañada. ¡Oh, mi hija, qué poco va en disculparse tanto, para lo que á mi me toca!, porque verdaderamente le digo, que no se me da más que hagan caso de mi que no, cuando entendiese aciertan á hacer lo que están obligadas. El engaño es, que como a mi me parece que miro lo que les toca con tanto cui-

dado y amor, paréceme que no hacen lo que deben, si no me dan crédito, y que me canso en balde.»

Otra vez menciona a Beatriz de Jesús, causante de todos los disgustos de Sevilla, que sigue todavía, según parece, impenitente.

«Hartas veces permite el Señor una caida, para que el alma quede más humilde. Y cuando con rectitud y conocimiento torna, va después más aprovechada en el servicio de nuestro Señor, como vemos en muchos santos. Así que, mis hijas (todas lo son de la Virgen y hermanas), procuren amarse mucho unas á otras, y hagan cuenta que nunca pasó. Con todas hablo.»

El día de Año Nuevo fué día de alegría, con la llegada de un mensajero portador de una carta de la Duquesa de Alba. Si hubiese necesidad de pruebas para demostrar cuán profundamente puede torcer la conciencia un credo religioso, y hacer a los hombres perversos y crueles, no podrían darse mejores ejemplos, en esta época tan severa que las de Felipe de España y Fernando de Toledo, el austero Duque de Alba. No existe en el mundo cosa más falsa que la Historia cuando ésta traspasa los límites de los hechos y de las estadísticas. Cuando se mete a investigar las causas y quiere pintar el carácter de sus actores con unas cuantas pinceladas atrevidas, desconfiad de ella y huid como de la peste. El describir este conjunto de emociones e impulsos contradictorios que manan incesantemente y de una manera desigual y evasiva, con un par de adjetivos, y entregarlo luego a la posteridad como tipo de la categoría mental de un individuo, es la más gigantesca de las impertinencias y de las mentiras; la más intolerable de las injusticias! ¿Quién podría reconocer al terrible azote de Flandes en ese anciano encarnecido que lee la *Vida* de Teresa, y escucha humildemente los consejos espirituales de uno de sus frailes descalzos, y confiesa que nada podría darle mayor placer que el ver a la Madre Teresa, aunque para ello tuviese que andar muchas leguas?

«Olvidábaseme de los duques [escribe a Gracián, el citado fraile descalzo]. Sepa que la víspera de año nuevo me envió la duquesa un propio con esa, y otra carta sola á saber de mí [esto con cierto tono casi imperceptible de vanidad perdonable]. En lo que dice le dijo vuestra paternidad que querría más al duque, no lo consentí; sino dije, que como vuestra paternidad me decía de él tantos bienes, y que era espiritual, debía pensar eso; mas que yo á sólo Dios quería por sí mismo, y que en ella no veía por qué no la querer, y la debía más voluntad. Mejor dicho iba que esto. Paréceme que ese libro, que dice le hizo trasladar el padre Medina, es el grande mío [su *Vida*]. Hágame vuestra paternidad saber lo que sabe en este caso, que no se le olvide, porque

me holgaría mucho, que ya no hay otro, sino el que tienen los ángeles [los Inquisidores], porque no se pierda. A mi parecer le hace ventaja el que después he escrito [las *Moradas*]; al menos había más experiencia, que cuando le escribí. Yo ya he escrito al Duque dos veces.»

La religión y la intolerancia son hermanas gemelas; no lo dudéis. Si el nombre del Duque de Alba nos llena de estremecimiento, no culpéis al hombre por la crueldad que nos le ha hecho odioso: culpad a su época, culpad más bien a su austera virtud, la prosecución de lo imposible—la extirpación de la herejía—, el sueño quijotesco de él y del Rey a quien servía, que, a mi parecer, refleja sobre ambos cierta nobleza y cierta grandeza. El quijotismo—y Fernando de Toledo fué un Don Quijote de la religión, que se esforzó en extirpar a los herejes tan infructuosamente como su prototipo en deshacer molinos de viento—siempre disculpa en un hombre, hasta cierto punto, el exceso a que le lleva. Podrá ser igualmente tonto comparar la locura con la locura, como contrastar la belleza con la belleza; sin embargo, tomando fanatismo por fanatismo y sufrimiento por sufrimiento, la intolerancia y la superstición de Alba, ¿son acaso peores que la locura moderna que condena a tantos miles de seres a una muerte prolongada, en vida, con la esclavitud a que les tienen relegados la competencia y el comercio? Por un lado, el deseo sincero de salvar las almas era el espíritu que animaba a aquellos inquisidores de los Países Bajos. Por el otro, la baja ambición del dinero, ligeramente enmascarada con engañosas alusiones al progreso y a la civilización.

En el primer caso, la víctima tenía por epitafio el inmoral aforismo del Inquisidor en cuanto a la importancia relativa del alma y del cuerpo. En el segundo, la máxima no menos malvada del economista político, o sea que la riqueza ha de producirse cueste lo que cueste. En presencia de tanta miseria y de resultados tan lamentables, ¿quién se atreverá a disponer de la palma de mérito entre Alba, el Católico, y los innumerables Albas modernos del comercio?

Teresa permaneció en Malagón hasta el mes de febrero—como consta en las tablas colgadas a la entrada del convento, que perpetúan todavía la memoria de sus visitas—. Su obra estaba terminada. «Aquí están todas contentísimas, y la priora es tal, que les sobra razón... La casa está como un paraíso. Cuanto á la hacienda perdida, acá he andado dando traza que tengan algunas granjerías, hilando y cosiendo para poderse valer. Plega á Dios aproveche, al menos por la priora no se perderá nada, que es gran gobierno.» Y no bien ha cumplido un deber esta maravillosa mujer, cuando otro exige imperiosamente su presencia en alguna otra parte.

Las nuevas esperanzas que fulguran ahora espléndidanente sobre la suerte de la Reforma, la ofrece ocasión de ocuparse de nuevo de aquellas fundaciones cruelmente interrumpidas por los acontecimientos de los últimos años. Otros tres conventos han de levantarse todavía en testimonio del espíritu indomable de esta anciana—último representante de las virtudes y heroísmo de la antigua España de Fernando e Isabel—, que a los sesenta y seis años sale todavía a fundar, como Fernando de Toledo salía a pelear a los setenta; y estos tres conventos han de reflejar su lustre sobre los tres últimos años de la vida de la fundadora.

El origen de la fundación de Villanueva de la Jara, es el siguiente:

Tres doncellas, atraídas por la fama de la austera Catalina de Cardona, fueron a unirse a ella en el Desierto de la Roda; pero desanimadas al poco tiempo por la excesiva rigidez de una vida y una regla a las que no podían someter su débil naturaleza, se volvieron a Villanueva, estableciendo con otras cuatro o cinco, una comunidad religiosa. Adoptaron el escapulario de Nuestra Señora del Carmen, y tomaron posesión de la ermita de Santa Ana y de una casita contigua. El piadoso cura, fundador de la ermita (si hemos de creer la relación, no muy fidedigna del cronista, demasiado celoso en quererse apropiar hasta los más fugitivos destellos de lo sobrenatural para hacer resaltar su Orden), había sido anteriormente fraile Carmelita, dejando su hacienda, al morir, para que construyesen un monasterio al lado de la ermita. «Bien fuese por descuido ó por demasiado cuidado», observa con sequedad el cronista, «la hacienda había desaparecido, y todo lo que de ella quedaba era la casa y un poco de terreno». Pero el sueño de estas mujeres, la aspiración insaciable de su vida, era ingresar en una de las Órdenes ya existentes, y ya hacía cuatro años que, estando Teresa en Toledo, después de terminada la fundación de Sevilla, la había visitado un sacerdote, con una carta del Ayuntamiento de Villanueva, y otra del teniente cura, el sabio y virtuoso doctor Agustín Ervías, rogándole insistentemente que accediese a sus deseos.

Su primer impulso fué negarse a ello.

«A mí me pareció cosa que en ninguna manera convenía admitirle por estas razones: la primera por ser tantas, y parecíame ser cosa muy dificultosa, mostradas á su manera de vivir, acomodarse á la nuestra; la segunda, porque no tenían casi nada para poderse sustentar y el lugar no es poco más de mil vecinos, que para vivir de limosna, es poca ayuda; aunque el ayuntamiento se ofrecía á sustentarlas, no me parecía cosa durable; la tercera, que no tenían casa; la cuarta, estar lejos de estotros monasterios. Y aunque me decían eran muy buenas,

como no las había visto, no podía entender si tenían los talentos que pretendemos en estos monasterios y así me determiné á despedirlo del todo.»

El resultado fué, sin embargo, después de consultar con su confesor Velázquez, que veía en esta unión de tantos corazones alentados, por las mismas aspiraciones, un fin más transcendental de lo que aparecía en la superficie, que sin aceptarlo definitivamente, tampoco lo rechazó del todo. De todos modos, no era aquella ocasión muy propicia para emprender nuevas fundaciones, con las tormentas y tempestades que amenazaban la existencia misma de las Carmelitas Descalzas. Pero ahora era diferente; y al poco tiempo de llegar a Malagón se vió nuevamente importunada con insistencia sobre el mismo asunto; esta vez por Fray Antonio de Jesús, quien, después de la desastrosa conclusión del Capítulo de Almodóvar, había sido desterrado al Desierto de La Roda, a unas tres leguas de Villanueva, adonde iban con frecuencia a predicar él y el prior Fray Gabriel de la Asunción, «persona muy avisada y siervo de Dios». Entre ambos frailes y el doctor Ervías, nació una calurosa amistad, éste les facilitó trabar conocimiento con la piadosa hermandad de monjas, y «aficionados» de su virtud y persuadidos del pueblo y del doctor, tomaron este negocio por propio, y empezaron al instante a asediar a Teresa con cartas apremiantes. Fray Gabriel de la Asunción, pasando por Toledo de vuelta del Capítulo Observante de Malagón, donde ¡extraordinario triunfo! el fraile Descalzo acababa de ser elegido cuarto Definidor, y encontrando que Teresa había ya partido, la siguió a Malagón, donde otra vez volvió a abogar por las beatas de Villanueva, con verdadera efusión, prometiéndola, en nombre del doctor Ervías, tan pronto como se realizase la fundación, trescientos ducados de las rentas de su beneficio.

«Esto—escribe la astuta Santa—se me hizo muy incierto, pareciéndome que (el Dr. Ervías) habría flojedad despues de hecho, que con lo poco que ellas tenian bien bastaba; y asi dije muchas razones al padre prior, para que viese no convenía hacerse, y, á mi parecer bastantes, y dije, que lo mirase mucho él, y el padre fray Antonio, que yo lo dejaba sobre su conciencia, pareciéndome que lo que yo les decía bastaba para no hacerse.» Además, temerosa de que los obstinados frailes pudiesen, a espaldas suyas, persuadir a Salazar a entregarles la licencia, se apresuró a escribirle para que no se la diese:

«Pasaron como mes y medio, no sé si algo más: cuando ya pensé lo tenía estorbado, envíanme un mensajero con cartas del ayuntamiento, donde se obligaban, que no les faltaría lo que hubiesen me-

nester, y el doctor Ervias, á lo que tengo dicho, y cartas de estos dos reverendos padres con mucho encarecimiento. Era tanto lo que yo temía el admitir tantas hermanas, pareciéndome había de haber algún bando contra las que fuesen, como suele acaecer, y también en no ver cosa segura para su mantenimiento; porque lo que ofrecian no era cosa que hacía fuerza, que me vi en harta confusión. Un dia acabando de comulgar, y estándolo encomendando á Dios... me hizo su Majestad una gran reprensión diciéndome: Que con qué tesoros se habia hecho lo que estaba hecho hasta aquí! que no dudase de admitir esta casa, que sería para mucho servicio suyo, y aprovechamiento de las almas.»

Palabras que pueden leerse todavía en el coro de la iglesia del convento de Villanueva de la Jara, palabras que han hecho de aquel sitio un lugar santo por más de tres siglos.

¿Qué importa que la voz que oyó Teresa de Jesús fuese divina o sacada de las profundidades de su propio ser—que viniese de lo alto o de dentro—, con tal que fuese para ella la voz rígida e inflexible del deber? Es en la manera de cumplir aquel deber con lo que nos da una lección de nobleza, intrepidez y lealtad; casi pudiera decirse caballerosidad, pues en lo que este vocablo pudiera ser aplicable a una mujer, ciertamente a ella se puede aplicar. Ahora, no vacila ni titubea. Escribe a Salazar y obtiene la licencia; encarga una solemne procesión, dejando a Dios la elección de las monjas que ha de llevar como compañeras («pues oh! mi padre»—escribía ella a Gracián un mes antes—, «y con qué cuidado me trae no hallar priora, ni monjas que me contenten»). La suerte cayó sobre Ana de San Agustín y Elvira de San Angelo.

El 12 de febrero vinieron a buscarlas con un coche y un carro, el prior de La Roda y Fray Antonio de Jesús, cuya envidia hacia Gracián y su frustrada comezón de preeminencia habíanse fundido en su tierno amor hacia aquella a quien todas consideraban como madre. «No puede negar el buen Fray Antonio el amor que me tiene, pues con toda su vejez viene ahora acá: bueno viene y gordo; paréceme que este año engordamos con trabajos.»

Al día siguiente se pusieron en marcha. En Toledo la Compañía se aumentó con dos monjas, una de las cuales, había sido escogida por Teresa para priora. Había salido de Malagón «harto envejecida y cansada», como dijo por carta a la priora de Sevilla; mas no bien hubo partido cuando sintió nuevas fuerzas y vida; nunca se había sentido, decía, tan fuerte y tan buena.

Su viaje fué un continuo triunfo. Parecía gozar por anticipado en

vida la gloriosa apoteosis que le esperaba después de la muerte. Si el mérito y la gloria han de apreciarse por el aplauso de los hombres, y tales son los límites de la naturaleza humana—que así sucede en efecto, a no ser tratándose de los entendimientos más privilegiados—entonces Teresa de Jesús los consiguió en este viaje. La religión católica tiene una ventaja grande sobre sus rivales, las sectas protestantes, frías e incoloras de espíritu, y es que siempre ha idealizado y personificado la Virtud, y enseña a las multitudes a glorificar a otros héroes que no sean reyes, guerreros y hombres políticos—, los héroes de la Virtud. Dudo, en efecto, que el mismo Felipe de España, ni sus más ilustres generales, hubieran sido acogidos con tal entusiasmo cual fué tributado en esta ocasión a Teresa de Jesús. De todos los pueblecillos y aldeas acudía en masa la gente para poder echar una mirada sobre la anciana Santa; en Villarrobledo fué necesario colocar dos alguaciles delante de la puerta de la casa donde estaba comiendo; y, a pesar de todo, las gentes se apiñaban sobre las tapias de los corrales en su afán de ver la gran Fundadora, que estaba dentro; y hasta hubo que meter en la cárcel a los más importunos y atrevidos admiradores para que pudiese la Santa salir sin molestias del pueblo. Un hacendado labrador, enterado de la llegada de la gloriosa viajera, preparó en su casa un festín patriarcal y reunió allí todo el ganado de las aldeas vecinas, para que pudieran recibir con él y su familia la bendición de la Santa. Ésta le bendijo, en efecto, pero rehusó apearse e interrumpir su viaje, de modo que el labrador tuvo que sacar a toda su familia al camino, para que pudiesen hablar con ella y recibir su bendición. En vano se pusieron en marcha tres horas antes de amanecer (y eso en La Mancha, en pleno invierno) por evitar el encuentro de la entusiasmada multitul. Su fama se anticipaba a la marcha de los carros, y producía a un tiempo curiosidad, asombro y veneración: la gente no cesaba de salir en masa a saludarla a los caminos. Y nunca faltaba el correspondiente milagro; al menos el carretero declaraba no haber sido otra cosa el hecho de que después de haber sufrido el coche una avería en la oscuridad, pudiesen todavía hacer otras tres leguas de camino, cosa que pareció de todo punto imposible al examinarlo a la luz del día. Mas el triunfo supremo estaba todavía por venir; pues sus frailes—sea cual fuere el pretexto, seguros podemos estar de que todo lo habrían preparado cuidadosamente de antemano—insisten en que interrumpa el viaje en el Desierto de la Roda, y casi a mitad de camino entre este y el pueblo del mismo nombre, y a unas tres leguas de Villanueva ya era razón obedeciese a estos padres en todo. Al tomar la senda tantas veces hollada por aquellos Descalzos que ella ha-

bía instituído por encanto, adelantáronse para recibirla en procesión y, después de hincarse de rodillas para recibir su bendición, lleváronla en andas a la iglesia, entonando el *Te Deum*—que sólo se cantaba en las grandes solemnidades y con ocasión de las visitas de los Reyes—en el momento de cruzar ella el umbral. La escena y el lugar enternecieron grandemente a Teresa. Sus frailes descalzos y vestidos de pobres sayales la transportaron a aquel «florido tiempo» de los solitarios del desierto. Se la figuraba ver en ellos otros tantos místicos lirios que se alzaban entre las hierbas y flores de aquella «sabrosa soledad». «Cierto yo iba con tanto gozo interior, que diera por muy bien empleado más largo camino, aunque me hizo harta lástima ser ya muerta la santa, por quien nuestro Señor fundó esta casa, que no merecí serlo, aunque lo deseé mucho.»

La más extraña de todas esas extrañas historias de beatas que se encuentran en las crónicas religiosas de esa época, es la de Catalina de Cardona, que había esparcido sobre el florido desierto de La Roda la aureola de sus sufrimientos y de su santidad, invistiéndola a sus ojos de una atracción tan potente e inescrutable, que ha trazado la historia de su vida en *Las Fundaciones*.

En 1557, cuando los frailes y las monjas formaban enjambres y todos los días se fundaban nuevos monasterios y conventos, una señora napolitana había acompañado a su parienta la Princesa de Salerno a Valladolid, que era entonces corte de España. La alegre y vivaracha Princesa, rodeada de su séquito de cortesanos napolitanos, era, en realidad, prisionera política; pues aunque al descubrirse sus intrigas con Francia, el Príncipe se había fugado a tiempo de salvar su cabeza, sus vastos Estados napolitanos habían sido confiscados por la Corona. La residencia en Nápoles de una mujer que poseía extraordinaria belleza y una conversación melosa y persuasiva, y lo que era más peligroso todavía, un entendimiento vivo y activo—de una mujer que, so pretexto de no haber tomado parte en el complot, no cesaba de reclamar su propia dote y sus posesiones personales—, no era caso que se acomodara a la prudente manera de ser de Felipe, quien inmediatamente despachó una orden perentoria, mandándola que saliera al punto para España.

Ocultando sus temores bajo una apariencia de jovialidad y humorismo, la Princesa determinó obedecer. En este momento crítico de su vida, apartándose del espléndido cortejo que había reunido en torno suyo, acudió en busca de ayuda y consuelo a una anciana parienta suya, que había pasado la mayor parte de su vida en el retiro de un convento capuchino. Era Catalina de Cardona descendiente de una

ilustre familia—la sangre real de Aragón corría por sus venas—. Su juventud ha sido velada por los cronistas religiosos con los tules de una tierna y supersticiosa leyenda. Cuentan que cuando sólo tenía ocho años, se martirizaba con indecibles penitencias, a fin de rescatar del purgatorio a su padre, el capitán fiero y valentón que con tanta frecuencia había llevado las tropas del Emperador a la victoria; que por espacio de cinco años las buenas monjas habían trabajado en vano para enseñarla a leer, hasta que fué iluminada milagrosamente por el Espíritu Santo; que hizo voto de perpetua castidad, que el cielo mismo la ayudó a guardar, pues en la imposibilidad de resistir a las importunidades de sus parientes, fué desposada con un grande de Nápoles, que murió repentinamente la misma víspera de su casamiento. Entonces fué cuando la prometida de trece años entró en un convento capuchino, donde, sin tomar los votos, pudo entregarse a la vida que era más de su gusto.

Ninguna persona mejor adecuada para la corte grave y sombría de Felipe II que esta mujer, ya de edad y poco hermosa, que pudiera purificar, hasta cierto punto, la casa, que de todo tenía menos de seria, de la Princesa de Salerno, la alegre, hermosa, fascinadora italiana, cuya juventud había de consumirse en infructuoso pleito, y marchitarse bajo la rígida influencia de Felipe.

Por poco tiempo, todo marchó a pedir de boca, en la oscura capital de Castilla. El palacio de la Princesa era una segunda corte; su grandeza y majestad, inferiores sólo a la del Rey, y frecuentada por todos los grandes de Castilla. Los Príncipes y los Embajadores tenían a gran honor poder inclinarse ante su dueña. Sin embargo, el porte de la Princesa era escrupulosamente reservado, y nunca traspasaba las puertas de su casa sin hacerse acompañar de su grave y respetuosa prima Catalina. Entre los visitadores que frecuentaban el palacio, había uno destinado a alcanzar fuste y espantosa celebridad, en cuya sociedad encontraba la Princesa extraordinario agrado; y fácil es comprender el encanto que el oportuno e ingenioso doctor Agustín Cazalla, de ideas liberales y vasta experiencia de los hombres y de las costumbres, ejerciera sobre la desterrada italiana, cansada de la gravedad de la corte española, y hastiada de la lúgubre y pomposa ceremonia y vana grandilocuencia de los engreídos hidalgos que la componían. Pero desde el principio, la sensata Catalina la desengañó de la abominable herejía que ocultaban las floridas frases del doctor. En cuanto aparecía, parece ser que se colocaba al lado de su prima, como para protegerla contra tan fatal contagio, y contradecía descaradamente las doctrinas del doctor.

Sin embargo, puede que sólo fuese una cuestión de temperamento lo que separaba a estas dos personas, la futura ermitaña y el herético doctor. Por las venas de Catalina corría sangre aragonesa, y es un hecho harto curioso, que no haya cosa más difícil que purificar el carácter español de los atavismos de la raza. Inflexible y severa, consideraba al mundo como un engaño y al cuerpo como instrumento de que Satán se vale para llevarnos a la perdición. El extraño pesimismo de su raza, que en nada había sido modificado por la educación italiana, halló en ella un medio propicio y elocuente de expresión. El reino de los cielos se conquista a fuerza de sangre. Cazalla, de naturaleza más feliz y alegre, menospreciaba las austeridades, que tienen, como resultado final, la completa negación de la vida.

Después de uno de sus sermones—el último que había de predicar—, Catalina le dijo, según afirman, que le había visto echar por la boca llamas de fuego, que apestaban a azufre.

«¡Ah, señora—contestó el doctor en italiano, después de tratar, en vano, de persuadirla de que lo que había visto era la calenturienta visión de su propia fantasía—, no vuelva usted a repetir semejantes palabras!»

Pero las palabras habían hecho su efecto, y, a pesar de la áspera reprimenda que la Princesa dió a su prima por su falta de urbanidad, el derrotado doctor se levantó de la silla y se marchó.

No obstante, Catalina estaba poseída del mismo rencor austero y ardiente que dormitaba en el pecho severo de los Inquisidores—hombres cuyo carácter moral, no hay que olvidar, enmudecían con su rígida perfección las calumnias de sus más encarnizados enemigos—. En su cólera contra el hereje, Catalina profetizó que no volvería a predicar más. El sábado siguiente la iglesia estaba atestada de cortesanos y señoras para oír el sermón de Cazalla. Entre el auditorio se encontraba la Princesa, con su cortejo. Un poco antes de decir la Bendición, en el momento de prepararse a subir al púlpito, se presentó un mensajero de la Inquisición, con una orden de arresto para Cazalla: estaba preso. El Santo Oficio había llevado a cabo su obra con sigilo, pero bien.

Un año después la plaza de Valladolid fué testigo de una de aquellas escenas feroces y espeluznantes que ejercieron tan desastrosa fascinación en la imaginación del pueblo; y minaron tan profundamente el carácter nacional, que en 1762, cuando se trataba de suprimir la Inquisición, la única respuesta que pudieron hacer dar al Rey de la dinastía borbónica que expulsó a los jesuítas, fué: «Los españoles la quieren, y a mí no me estorba.» Cazalla, su hermano y su hermana,

después de expiar la sentencia de su herejía en el cadalso, fueron entregados a las llamas, con los huesos exhumados de su madre, a quien la Muerte había rescatado milagrosamente de las garras de la Inquisición, de la que era víctima a la sazón en uno de sus calabozos.

La pobre princesa de Salerno estaba ya sentenciada. Su esplendor, su hermosura y su popularidad, la habían ganado calurosos y elocuentes partidarios. Peligrosa litigante, ésta, cuya corte rivalizaba con la del Rey. Se hacía temible y había que deshacerse de ella. Felipe, desprovisto por completo del sentimiento de caballerosidad o de la magnanimidad que caracterizó a su ilustre padre, decretó la ruina de la desgraciada mujer que se había confiado a su protección y generosidad. Se la ordenó, fríamente, que abandonase la corte, y se retirase a Toledo. Afortunadamente, el gran Libertador estaba cerca, y la muerte vino a ella, antes de verse prisionera como la Princesa de Eboli, tras los barrotes de algún castillo. «La lengua del rey», reflexiona moralmente el cronista, «es penetrante, poderoso es el aliento de sus palabras para los que dependen de ellas y cifran su felicidad en su derrota».

El Rey, que se alegraba en su interior, hizo vana ostentación de una pena que no sentía.

En la desbandada general de la familia de la Princesa, pudo hallarse un hogar para la austera Catalina (cuyas virtudes no habían dejado de llegar a los oídos del monarca) en casa de la Princesa de Eboli viniendo a ser de esta suerte inquilina del Palacio Real, donde estaba, a cargo de las joyas y guardarropas, y distribuía las limosnas del Príncipe entre los menesterosos. Es digno de notarse, por lo que atañe al carácter de la Princesa, «más gastadora que liberal», según observa el cronista, que el Príncipe encargó de antemano a su limosnera que no permitiese que su mujer se enterase de su liberalidad.

Con los años, la vida de Catalina se hizo todavía más rigurosa. Sólo comía legumbres cocidas con agua; ayunaba cuatro días por semana; dormía sobre un jergón de paja, se cubría con un cilicio de tela cruda y se fustigaba con ganchos punzantes. Tenía el cuerpo lacerado por las puntas agudas del cilicio y acardenalado por el peso de las graves cadenas.

Los jóvenes Príncipes, don Carlos y don Juan de Austria, completamente ignorantes del triste porvenir, concibieron intenso cariño por esta mujer sencilla y solitaria, a quien daban el nombre de madre. En ausencia de ésta, un día, después del almuerzo, estos traviesos Príncipes se arrojaron sobre un cajón que contenía las golosinas. En medio de un desbarajuste de tarros rotos y jarabes vertidos en el suelo,

apareció ella delante de los culpables. «Señores Príncipes», les dijo, «esto me parece que es señal de que algún día trastornarán al mundo en defensa de la fe. Pero me maravillo de que tan generosos entendimientos se entretengan con cosas tan insignificantes, y que teniendo poder para ordenar, se humillen haciendo travesuras. Mal ejemplo dan a los criados para que sean más atrevidos. Conviene que nadie vea lo que habéis hecho y que vuestras señorías, con un poco más de modestia, se pongan a arreglar todo esto». Cuando este acontecimiento llegó a oídos de Felipe (¡pocas cosas se le escapaban!) el austero monarca se complació de la áspera sinceridad con que había osado reprender al Infante de España. Don Juan no olvidó nunca a la mujer a quien daba el nombre de madre; y a ella envió el intrépido héroe de Lepanto parte de su precioso botín: es más, su lenidad para con su infortunado enemigo, y su trato caballeresco, fueron debidas, según dicen, a la influencia e intercesión de Catalina.

Pero la vida de Palacio, más bien sirvió para aumentar que para disminuír el odio que Catalina sentía hacia el mundo. Estaba hastiada de las mentiras, del engaño y de la hipocresía. Se la figuraba ver a Cristo, con los labios entreabiertos, mandándola salir del palacio e ir a una cueva para que pudiese entregarse con más libertad a la oración y a la penitencia.

Alentada por un fraile Franciscano, acompañó a sus protectores a Estremera, donde un sacerdote de la vecindad, a quien confió su intención, le proporcionó un hábito y una capucha de ermitaño. Antes de partir dejó una carta para Ruy Gómez, y otra dirigida a Don Juan de Austria. Todavía no había amanecido cuando, terminados sus escasos preparativos, se dispuso a abandonar la casa. Las puertas estaban atrancadas, pero el Cristo que llevaba colgado al cuello se levantó—según dicen—en el aire, y señalando a una ventana baja, la mandó seguirle. De modo que, sin saber cómo, se encontró en la calle. Los sacerdotes la esperaban en el sitio convenido. Allí, después de cortarse el pelo, Catalina se vistió con el hábito del ermitaño. «¡Qué borracha debía ir esta santa alma, embebecida en que ninguno la estorbase gozar de su Esposo, y determinada a no querer más mundo, pues así huía de todos sus contentos!» Así se encaminaron la ermitaña y sus dos acompañantes hacia Cuenca. A un cuarto de legua de la Roda, en el distrito de Vala de Rey, la ermitaña, deteniéndose repentinamente al pie de una arenosa loma, dijo: «En este lugar quiere Dios que haga mi habitación, no pasemos más adelante.»

Catalina, fea de cara pero heroica de alma, contaba cuarenta y tres años cuando, abandonando la engorrosa ceremonia de la Corte de Es-

paña, se encaminó, a pie, al solitario desierto de La Roda, donde enterró su vida. En aquella florida soledad, a orillas del río Sanlúcar, entre los pinos, que susurran misteriosamente, y toda clase de flores y hierbas botánicas y aromáticas, tan propias de las mesetas arenosas de España, puede verse todavía la cueva donde vino a ocultar su existencia de los ojos del mundo. Por espacio de tres años los aldeanos y pastores observaron, con misteriosa curiosidad y gran asombro, a un ermitaño entregado, de rodillas, a sus devociones, en la iglesia del convento de Fuen Santa, con la cara escondida en su capuchón, que desaparecía tan misteriosamente como venía, burlando todos los esfuerzos de los aldeanos por descubrir su retiro. Nadie sabía quién fuese ni de dónde hubiese venido; hasta que un día un pastor extraviado le descubrió recogiendo raíces, y siguió sus pisadas sobre la hierba hasta llegar a una cueva o, más bien, madriguera, escondida entre los cistos y zarzales de la falda de la montaña.

No podemos dar por supuesta la hiperbólica relación del cronista sobre sus privaciones y padecimientos: de que se sustentaba de las hierbas que crecían a la entrada de su cueva, lo mismo que una bestia del campo; que las flores inclinaban sus corolas oprimidas por el peso de las gotas de sangre que manaban del corazón de la ermitaña; que los demonios habían agotado sobre ella toda su malicia, y los ángeles todo su amor; que el diablo, bajo la forma de un perro negro, con el pelo enmarañado y ojos de fuego, había echado a rodar a la arrodillada figura entre las espinas de las zarzas; que encontrándose desvanecida y desmayada, después de un ayuno de cuarenta días, un arriero que pasaba—un ángel, sin duda, dice el cronista (los ángeles españoles son extraordinariamente prácticos)—socorrió su necesidad, y su hambre era aliviada con frecuencia de esta manera misteriosa. Este extraño y legendario personaje, que llegó con el tiempo a formar parte de la vida de la naturaleza que le rodeaba, que dejando verdaderamente de existir para el mundo de los hombres, recobró en su lugar ese poder de identificación con la Naturaleza, que el hombre ha perdido por sus crímenes (acaso por el crimen de civilización también, pues los indios lo tienen), esa figura no necesita de tales milagrerías para encarecer su interés. Los pobladores de las arenosas colinas y umbrosos pinares, viendo a un ser tan inofensivo como ellos mismos, continuaron brincando sin miedo a sus pies. Los conejos y perdices saludaban su presencia con muestras de regocijo, correteando con alegría en su derredor. Ella calmaba sus inocentes querellas, y despedía cariñosamente a las víboras e insectos venenosos, que, atraídos a su celda por el calor de un cuerpo humano, no hacían daño alguno a un

ser que consideraban como a un compañero. Aun el alegre mundo de los insectos que se guarecían en las flores y llenaba el aire, dorado por el sol, con mil extraños y confusos murmullos; la tórtola y la zorra, aprendieron a distinguir, y acataron su presencia. ¿Quién podrá decir los problemas de conciencia que se suscitaron en este limitado espacio de terreno, las batallas libradas entre la carne y el diablo por un alma torturada, a través de las largas noches de invierno, cuando los lobos aullaban alrededor de su morada? Y cuando al invierno sucedía el verano, y la Naturaleza yacía adormecida en solemne silencio, bajo las centelleantes estrellas, ¿quién podrá decir las místicas armonías que arrullaron su alma, mientras velaba sola, rodeada de la grandeza solemne de la noche?

Por fin empezó a murmurarse por los alrededores que el encapuchado solitario era una mujer.

Algunas cartas escritas por don Juan de Austria, en las que la daba el nombre de Madre, halladas en su cueva un día que estaba ausente, por ciertos sacerdotes deseosos de aclarar el misterio, demostraron que era un personaje de importancia y de ilustre nacimiento. Su fama se extendió, no sólo como santa, sino como personaje del más alto rango. Los ojos perspicaces de un fraile, perteneciente al vecino convento de Fuen Santa, que la visitó en su cueva, cayeron sobre un libro de Horas, y al hojearlo notó, al final, una inscripción que la ermitaña tenía olvidada de largo tiempo, en la que constaba que el libro había sido regalo de la Princesa de Eboli.

Ahora que su secreto estaba descubierto, eran tan numerosas las multitudes que acudían a la «buena mujer» de La Roda, unos para sanarse de sus enfermedades con el roce mágico del hábito de la solitaria penitente; otros por curiosidad o para alcanzar su bendición (entre ellos, grandes de España), que para impedir que la hicieran pedazos en su leal pero exagerada devoción, fué preciso rodearla de una guardia armada.

Pero era el sueño de su vida fundar un convento. Cristo mismo la había mostrado, mientras rezaba en su cueva, un hábito Carmelita, y al extender sus manos para cogerlo, rodeóla un nimbo de gloria; y no solamente Cristo, sino el profeta Elías, ceñido de un cinturón de crin. Pero ¿dónde va ella a encontrar estos frailes descalzos, de hábito pardo, capucha blanca y cayado de pastor de sus visiones? A todo el mundo dirigía ella esta misma pregunta inquietante, hasta que, por fin, se enteró, por un labrador que volvía a casa de la feria de Pastrana, de que en unas cuevas, en la falda de una colina, vivían unos hombres vestidos precisamente según su descripción. Al instante, despa-

chó un mensaje a su antiguo amigo y protector, el poderoso y afable Ruy Gómez, que, pálido y demacrado, buscaba en Pastrana reposo temporal de los cuidados y bullicios de la Corte,

Enviaron a Mariano a buscarla. A la entrada del pueblo salieron a recibir al fraile y a la ermitaña el Príncipe y la Princesa de Eboli, el Duque de Gandía y un espléndido séquito de hombres a caballo. Después de recibir el hábito de las Descalzas en la iglesia del monasterio de Pastrana, accediendo al deseo de la Princesa de Portugal, partió para la Corte. Felipe envió a buscarla a El Escorial. A pesar de que los años de no interrumpida soledad en el desierto habían dejado sus huellas en la mujer que estuvo en otros tiempos tan familiarizada con las costumbres de la Corte, y aunque su aspecto era tan extraño y grosero (dice el hiperbólico cronista que se le habían olvidado todas las formas de la cortesía y los nombres de las cosas más usuales), pudo notarse que su cara, que no había sido nunca hermosa, estaba ahora transformada por una expresión tan divina y tan dulce, que atraía hacia sí todas las miradas. El monarca católico, a quien los embajadores y grandes de España no dirigían nunca la palabra a no ser de rodillas, condescendió en dejar a un lado su rango para hablar familiarmente con esta sencilla anciana, vestida de fraile, que le llamaba «hijo mío» y le trataba de tú.

Al querer disculparse con la Princesa por su falta de modales, propios de la Corte, ésta la abrazó con ternura, suplicándola supliese aquella falta con amor y la tratase como a una de las campesinas con quienes vivía. ¡Ojalá que el fanatismo y la superstición no tuviesen nunca peores resultados que estos!

Don Juan de Austria, que acababa de ser nombrado Capitán de la Santa Liga, prometió transformar la cueva de su ermitaña en capilla tan estimada y famosa como la de Guadalupe; promesa que nunca se cumplió.

El legado del Papa, grandemente escandalizado de ver a un fraile Descalzo paseando en coche con señoras por las calles de Madrid, y dando bendiciones desde el coche, y a pesar de haber sido informado por Mariano del sexo de aquél, lo mandó comparecer en su presencia. Cuando ésta le echó su bendición, el Nuncio acabó por perder completamente la paciencia. «Pero, qué, ¿me la traeis aquí con un capuchón?», dijo a Mariano, y añadió, dirigiéndose a la ermitaña: «Y en virtud de cuál espíritu, vais vos, buena mujer, desparramando bendiciones como un obispo.» Sin embargo, terminó suplicándola emplease sus oraciones en favor de la Liga; y cuentan que desde su celda, en La Roda, seguía el progreso de ésta, y fué la primera en declarar el resul-

tado del combate que tenía en suspenso a toda la cristiandad, y hacía suspirar al Papa Pío V, mientras aguardaba el incierto resultado. Su vuelta a La Roda fué una marcha triunfal. En un carro cargaron todas las vasijas de plata, joyas y casullas que la habían regalado. En Alcalá se hospedó en el palacio de la Marquesa de Cañete; en Guadalajara, en el del Duque del Infantado. Desde Pastrana a La Roda una compañía de alguaciles, enviada por Ruy Gómez, contenía a la multitud que dificultaba la marcha por lo muy numerosa.

En abril de 1572, se alzó un monasterio de frailes Carmelitas Descalzos, en el mismo punto que había sido teatro de sus solitarios combates espirituales y sufrimientos, y en conformidad con sus ruegos se construyó la iglesia sobre la cueva donde había pasado ocho años de su vida. Cinco años después, en 1577, y un año antes de la visita de Teresa, rodeada de los afligidos frailes que suplicaban a la moribunda les diese su última bendición, «hablando cosas de Dios de la manera más conmovedora y devota», Catalina Cardona «entró en su patria», y fué enterrada en el mismo lugar en que había vivido.

«Es grande la devoción que tienen en este monasterio por su causa, y así parece quedó en él, y en todo aquel término, en especial mirando aquella soledad y cueva, donde estuvo antes que determinase de hacer el monasterio. ... Yo me consolé muy mucho lo que allí estuve, aunque con harta confesión, y me dura; porque veía, que la que había hecho allí la penitencia tan áspera, era mujer como yo, y más delicada, por ser quien era, y no tan gran poderosa como yo soy. ... Solo el deseo de remedarla, si pudiera, me consolaba, mas no mucho; porque toda mi vida se me ha ido en deseos, y las obras no las hago...»

Y la santa, ya muerta, de cuyo cuerpo glorioso tuvo una visión mientras comulgaba en la iglesia, habló palabras animadoras a la santa viva, que luchaba todavía «para que no me cansase, sino que procurase ir adelante en estas fundaciones». «Veis aquí», dice la viajera, que tan rápidamente se iba ya acercando al fin de su viaje, y que tan felizmente había llegado al final de tantos otros viajes penosos, «cómo ya acabaron estos trabajos, y la gloria que tiene será sin fin. Esforcémonos ahora, por amor de nuestro Señor, á seguir esta hermana nuestra; aborreciéndonos á nosotras mismas, como ella se aborreció, acabaremos nuestra jornada, pues se anda con tanta brevedad, y se acaba todo».

Hoy, allá lejos, en los confines de La Mancha, existe una pequeña aldea, olvidada de los hombres, y tostada por el sol. Es La Roda. Unas tres leguas más lejos, otra pequeña ciudad, escondida entre olivares—pequeña ciudad cuya población, compuesta de labradores, con-

serva intactas las costumbres, las maneras y el traje de sus antepasados—, lleva todavía el nombre de Villanueva de la Jara. A mitad del camino que las separa, pasa éste por un trecho arenoso y monótono, cubierto escasamente de achaparrados pinos. Brillante y deslumbrador al medio día, cuando el sol se halla en lo alto de los cielos y el mundo entero se abrasa bajo sus rayos; es extraordinariamente impresionante a la tibia luz azulada del crepúsculo. Paisaje que excita la imaginación con sus colinas arenosas, rojas y torcidas, que proyectan contra el firmamento sus fantásticos picos—paisaje semejante al que he visto yo representado en algunos de esos cuadros de los antiguos pintores perusanos en cuyo fondo aparece San Jerónimo, arrodillado, absorto en oración, con un león a los pies—. Si apartándoos de la carretera—mera senda en tiempos de Teresa—os abrís penosamente camino a través de las cuestas y de los pinos, llegaréis a una especie de meseta. Por un lado, en la hondonada, y deslizándose dulcemente hasta dejar tras de sí las orillas pobladas de álamos, se encuentra el ancho arroyo de San Lucas. Por el otro, se extiende una llanura monótona, interrumpida por fantásticos troncos de pinos—de aspecto negro, vistos a la luz de un cielo vespertino—, hasta confundirse con el horizonte. Frente a la abrupta falda de la montaña que se alza sobre el río, y casi escondida entre zarzas y tomillos, se encuentra una cueva con la entrada casi obstruída por la maleza.

«Qué es esto», pregunté al guía, rústico pastor nacido en las cercanías, y que debería saberlo. «No se sabe», es su respuesta indiferente. «Dicen por ahí—acompañando estas palabras con un signo de la mano que abarca el horizonte ilimitado—que en un tiempo vivió aquí una mujer que se vestía de hombre. Pero ¡quién sabe! ¡Cuentan tantas cosas! Hace algunos años vinieron unos á verlo—eran de la misma familia, según dijeron—y cerraron la entrada de la cueva. Allá encima, junto al montón de piedras, ¿lo ve usted?, hay un pozo, donde dicen que hubo una vez un convento, pero no se sabe, ¡cuentan tantas cosas!»

Así se ha perdido por completo hasta el recuerdo de la historia extraña de esta Tebaida del siglo XVI, y con él, las ideas que agitaron a aquel mundo de antaño, con todos sus pecados, su vergüenza, su caballeresca nobleza, sus maravillosas virtudes, su Inquisición y sus santos. ¿Son las ideas de este nuevo mundo mejores? ¿Lo somos nosotros, que nos ocupamos todavía en hacer la historia? Y al contemplar los altos pinos que se balancean dulcemente contra el cielo vespertino—aunque la brisa ya no trae consigo el eco de la campana de un convento—, al contemplar los tomillos y romeros que crecen lozana-

mente a mis pies, como en otro tiempo a los de Catalina Cardona, y la soledad, impregnada de vaga y misteriosa belleza, me pregunto si la Naturaleza no guardará acaso memorias imperecederas—memorias ocultas a las miradas limitadas del hombre—de ese átomo de polvo que con el nombre de Hombre forma parte de ella por tan breve tiempo—y le recibe otra vez en su seno generoso, para sacar de él nueva fuerza y nueva vida.

La mañana de aquel primer domingo de Cuaresma, de 1580, una agitación inusitada vino a reemplazar la calma indolente y soñolienta indiferencia que constituían la atmósfera ordinaria de Villanueva de la Jara, la misma que la de todos los pueblos de España, grandes y pequeños. Desde el amanecer, no se hace más que investigar desde el campanario, con ojos perspicaces, la senda blanquecina y agostada que cruza los olivares. Al poco tiempo, aparece una nube de polvo en el horizonte; las campanas empiezan a agitarse con tumultuosos y alegres repiqueteos, para dar la bienvenida a los viajeros que llegan de lejanas tierras. La población entera se echa a la calle; los curas, el Ayuntamiento, las personas más importantes del pueblo, esperan la venida de Teresa, que ha de llegar ese día. Multitud de niños, más ligeros de pies que sus mayores, se han adelantado ya para recibirla, y cayendo de rodillas al lado de su carro, y exponiendo sus infantiles cabezas desnudas a los rayos del sol, hacen vibrar el aire con sus aclamaciones. ¡Cuán extraño es el parecido de esta escena con aquella en que otros niños adornaron la ciudad de una llanura de Siria con palmas y ramos al paso de Jesús, hijo de David, a lomos de un jumento!

El cortejo aumenta a cada paso. La gente se arrodilla delante de las mulas, sobre el pavimento; otros sacan cautelosamente sus curtidas manos de debajo de sus capas harapientas, para posarlas sobre el toldo del carro, invocando al mismo tiempo el nombre de Teresa. Los arrieros y los frailes, cubiertos todavía del polvo del camino, pueden apenas abrirse paso por entre la ansiosa y excitada multitud, que llena las calles y las hace intransitables. Al poner Teresa los pies en el umbral de la iglesia, estallan las notas estridentes del gran órgano, en son de triunfo y de clamor, y la gente de dentro y los que han quedado fuera entonan a una el *Te Deum Laudamus*. En seguida cae sobre la multitud un silencio de expectación, un sosiego momentáneo, y de la sombra de una puerta abierta, salen los sacerdotes con la Eucaristía expuesta, en andas de plata. En medio de los gritos de alegría y de las bendiciones a flor de labio, sale Nuestra Señora, en andas, vestida de terciopelo adornado de lentejuelas, esparciendo son-

risas a la luz refulgente del sol, sobre las caras que vuelven hacia ella sus adoradores. Cogen la gran cruz en alto, enarbolan los pesados pendones (pues hay que lucir todas las riquezas que encierra lo más recóndito de la sacristía), y todos a una acompañan regocijadamente la procesión por las calles, cubiertas de follaje, y se dirigen a la ermita de Santa Ana. Detrás del Santísimo Sacramento, bajo su misma sombra, sigue un pequeño grupo de monjas, ocultas tras los velos negros, que les llegan a los pies, y cuyos hábitos forman extraño contraste con las capas y casullas, bordadas en oro y plata, de los sacerdotes. Las monjas se agrupan en torno de una anciana encorvada y apoyada en un cayado, hacia la cual se dirigen todas las miradas, con una mezcla indefinible de curiosidad, amor y veneración.

Delante de los altares improvisados que encuentran a su paso, se detienen para cantar las alabanzas de la Orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo; y con estas paradas y estas canciones llega por fin la procesión a las puertas de la pequeña ermita. Las «siervas de Dios», que aguardaban su llegada desde una puerta interior, recibieron a Teresa y sus monjas con lágrimas de alegría.

Día verdaderamente de larga memoria en Villanueva, cuya rústica población depende, para su subsistencia, del producto de sus cosechas. Pues aquel día, la lluvia, que por largo tiempo había faltado, cayó en abundancia sobre sus campos secos y abrasados—milagro de cierto, obrado, no menos ciertamente por la benéfica influencia de Teresa de Jesús—. Y en prueba de gratitud los labradores regalaron al nuevo convento, a la siguiente cosecha—que fué abundante—casi cien fanegas de trigo.

Es mucho el polvo amontonado ya sobre la tumba de Teresa; se ciegan con él los ojos de nuestra imaginación de tal manera que no podemos, siquiera un momento, anulando los años y los siglos, colocarnos de una manera invisible en la esquina de una de esas calles tan viejas de Villanueva de la Jara, iluminadas por el sol frío pero brillante de febrero, contemplar esa memorable procesión en su lenta marcha y sentirnos conmovidos por la solemnidad de sus pausas silenciosas, y el júbilo de las sonoras voces. Y así pasan: aldeanos manchegos, curtidos y robustos, de cuyo traje conservan todavía sus actuales descendientes algunas reliquias; hidalgos y gente noble con almilla de terciopelo, capa corta, sombrero de plumas y espada al cinto; fantasmas ellos y fantasmas nosotros; vacía está la calle y silenciosa, a no ser por unos cuantos perros que andan a caza de inmundicias.

Por corta que fuera la estancia de Teresa en Santa Ana, no dejó

de legarla una leyenda especial; todavía cuentan las monjas, que durante la transformación de la ermita en convento, un albañil dejó caer sobre la Santa el torno que hacía para el pozo, con tal fuerza que la derribó por tierra; y de seguro la hubiera matado si San José (en cuya víspera tuvo lugar el suceso) no la hubiera salvado milagrosamente.

A los cinco días de su llegada entregó los hábitos a sus nuevas hijas, e hizo la distribución de los varios cargos conventuales.

Pero la faltaba el tiempo, y una vez terminados sus trabajos de organización, no necesitaban ya de su presencia. La noche antes de ponerse en marcha para volver a recorrer las veintiocho leguas de camino que hay entre Villanueva y Malagón, reunió a las hijas que había traído consigo y que iba ahora a dejar tras de sí, desterradas y solas en un sitio extraño, y cuya vida, en adelante, había de ser probablemente una lucha continua contra el hambre.

Dirigiólas la palabra en tonos graves y amorosos, las pintó el cuadro de su vida futura y sus numerosas dificultades. Pero el Señor la había prometido no abandonarlas si ellas cumplían fielmente sus obligaciones. Si alguna de ellas se sentía vacilar ante lo que la aguardaba, a tiempo estaba todavía, y las suplicaba que aun en este último momento hablasen con franqueza, y ella se las llevaría consigo a la mañana siguiente. Pero todas tenían almas fuertes y valerosas, estas pobres, sencillas y concienzudas mujeres, y de las siete ninguna aceptó el ofrecimiento dictado por la tierna prevención de Teresa.

Un último abrazo, y antes de que el sol saliese e iluminase los olivares de Villanueva, la anciana Santa había ya dejado tras de sí la población sumida en la atmósfera fría y grisácea del amanecer. Al traspasar el umbral del convento, cuando el timbre de su voz resonaba todavía en los oídos de sus hijas, entre aquéllas y éstas se había alzado un abismo. ¡Pues ésta era la última vez que la veían, la última vez que oían su tierna despedida de este lado de la tumba!

CAPÍTULO XXIV

ANTES QUEBRAR QUE DOBLAR

«Ca non es la perfección
Mucho fablar;
Mas obrando, denegar
Luengo sermón.»

EL MARQUÉS DE SANTILLANA.

TERESA llegó a Toledo la víspera del Domingo de Ramos, después de un viaje de treinta leguas desde Villanueva de la Jara, en el que empleó varios días. Soportó también las fatigas del viaje, que, al escribir a María de San José, dice «ha muchos días y aun creo años que no me hallé con tanta salud»; pero sus fuerzas habían sido sometidas a una prueba severa, y pocos días después, el día de Jueves Santo, tuvo que luchar con uno de los ataques más agudos de perlesía y mal de corazón que hubo jamás sufrido.

No por eso se intimidó esta valerosa anciana. Acostumbrada a estar siempre enferma, «había pasado en pie lo más».

Sin embargo, creyó ver la muerte muy de cerca; y el temor que de ella tuvo, como dice en carta a Gracián, desapareció por completo. Poco le importaba ya morir o vivir. Su estado de debilidad, unido a la esperanza que abrigaba en secreto de poder alcanzar, al fin, la anhelada licencia para la fundación de Madrid, la hicieron detenerse en Toledo hasta cerca de la segunda semana de junio.

Solicitó y obtuvo una entrevista con el Arzobispo, y, acompañada por Gracián, expuso su súplica en persona. El Arzobispo recibióla

amablemente y hasta pareció aprobar el proyecto, a pesar de lo cual la licencia no fué concedida. Sus simpatías, en general, estaban en favor de los Descalzos, pero sentía amargamente la determinación que había tomado su sobrina de ingresar en la Orden de Medina, y atribuía este paso a los consejos y persuasiones de Teresa. De todos modos, en esta ocasión se enteró Teresa por primera vez de la suerte del libro de su *Vida*. Díjola el grave Arzobispo: «Mucho me huelgo de conocerla, que lo deseaba, y tendrá en mí un capellán que la favorecerá en todo lo que se ofreciere; porque la hago saber que ha algunos años que presentaron á la Inquisición su libro, y se ha examinado aquella doctrina con mucho rigor. Yo le he leído todo: es doctrina muy segura, verdadera y muy provechosa; bien puede enviar por él cuando quisiere, y ruégola me encomiende siempre á Dios.» No sé hasta qué punto recompensarían a Teresa estas leves palabras de admiración y los vanos ofrecimientos de servicio del Gran Inquisidor de España (por mucho que confirmasen la ortodoxia del libro), pues muchos años de penosa dilación y tortura que habíale costado escribir obra que para ella había sido «grandísima cruz y tormento», tampoco sé hasta qué punto serviríanle de consuelo, pues no había logrado la única cosa que anhelaba. Si la Princesa de Evoli había sido la delatora, como se asegura (a pesar de no existir la más mínima prueba que lo corroborase), Teresa estaba por demás vengada, pues la que había sido en otro tiempo reina absoluta, en medio del esplendor de una corte, sufría ahora prisión rigurosa en su castillo de Pastrana, y sólo con la mayor dificultad le fué concedido permiso a Gracián para administrarle los consuelos espirituales de que fuera capaz. Poca era la compasión que la anciana monja abrigaba en su corazón para su derrotada enemiga: «Aquí está el padre Fray Hernando del Castillo. Dijeron estaba la Princesa de Evoli en su casa, en Madrid; ahora dicen está en Pastrana. No sé lo que es verdad; cualquiera de estas cosas es harto buena para ella.»

Sin embargo, a pesar de hallarse el original de su *Vida* (tan loado por Quiroga) en manos de los Inquisidores, que no habían pronunciado su fallo todavía, no estaba retirado del todo de la circulación. Por licencia especial se concedió a la Duquesa de Alba permiso para conservar el ejemplar copiado para ella por ese ceñudo fraile dominico, catedrático de Salamanca, Fray Bartolomé de Medina, cuyo avinagrado disgusto había sido transformado por Teresa con suma habilidad en calurosa amistad. Con su lectura distraía el Duque el tedio de las largas horas de encarcelamiento en Uceda, lo cual dió ocasión al fraile comentador de las cartas de Teresa a establecer una compa-

ración ingeniosa entre el Duque y Julio César, ocupado en el estudio de la *Ilíada*. Consta haberle oído decir—a este beatón que diezmó los Países Bajos, este santo humilde y piadoso como ninguno (y dado el credo feroz y austero de la época, tan correcto puede ser un aspecto de su carácter como el otro)—«que no habría cosa que más gustase que ver a la Madre Teresa, aunque anduviese por ello muchas leguas». Es una circunstancia bastante notable que, a pesar de existir entre ellos relaciones tan íntimas, Teresa no logró ver, ni al austero Fernando de Toledo, ni a su amo. La Duquesa fué en verdad una de sus más adeptas amigas, y bien recompensó Teresa su cariño, pues en el viaje que hizo a Alba con motivo del alumbramiento de la nuera de aquella, fué cuando halló la muerte.

Entre las cartas que escribió durante su permanencia en Toledo, hay una dirigida a doña María Enríquez, Duquesa de Alba, felicitándola por la liberación de su esposo, y rogándola emplease su influencia cerca de su cuñado, el Condestable de Navarra, en favor de los jesuítas de Pamplona.

En esta ocasión, viéndose Felipe en la necesidad de colocar a su prisionero al frente de las tropas que conducía a Portugal para apaciguar los levantamientos que tuvieron lugar con motivo de la anexión de aquel país a España, el anciano Duque, que contaba a la sazón setenta y dos años, dijo estas memorables palabras: «que obedecía tan solo porque pudiera decirse que su Majestad tenía vasallos que le conquistaban reinos al mismo tiempo que arrastraban las cadenas».

Dejándose conmover por las súplicas repetidas de Teresa en favor de Fray Antonio de Jesús, que había estado enfermo, y se hallaba todavía tan débil que temía ir sola con él, no fuese a empeorar en el camino, Gracián vino de Madrid para conducirla a Segovia, y estuvo presente, como hemos visto, en la famosa entrevista de Teresa con el Arzobispo.

Parece ser cosa cierta que Teresa pasase otra vez por Madrid (aunque, según sus deseos, se guardó profundo secreto de su visita), donde recogió a la hermana de un tal Juan López de Velasco, cronista de Felipe II, y más tarde secretario de su tesorero, quien les prestó gran ayuda mientras duraron las negociaciones que se acercaban ahora a feliz término.

Si Teresa carecía de alguna virtud, no era ciertamente de la del agradecimiento. Cuando tantos años estuvo acordándose en sus oraciones de un hombre que la había dado un vaso de agua en un camino, ¿cuál no sería su reconocimiento hacia el arruinado caballe-

ro (1) que les había ayudado a luchar con tan buena voluntad? Teresa consintió, pues, con agrado, en recibir a su hermana en la Orden. Tal vez sea un dato característico de aquella época el que, a pesar de haber sido el hermano soldado fiel y valiente, y gozar además de la alta estima de Felipe, su pobreza llegaba al extremo de no poder darla la cama ni el modesto equipo que las reglas de Teresa exigían a las más pobres de las novicias.

No faltarían dificultades probablemente para recibirla: «porque sienten tanto estas monjas, si no es lo que ellas quieren, que me atormentan». Sin embargo, la priora de Sevilla quería demasiado a Teresa para contrariarla; «mas de tal manera se lo escribí yo, que no podían hacer menos. Para la priora poco era menester, que tiene buena voluntad de hacer placer a vuestra paternidad y a mí».

Y allí iba a acompañarla ahora la desheredada Juana de la Madre de Dios. Ningún prelado subsiguiente osó quitar de su cabeza el velo negro con que, al salir de Sevilla, cubrió Teresa a la ignorante novicia a quien ella misma había tratado en vano de enseñar a leer para que pudiera tomar parte en los deberes del coro, relegando al oprobio a quien tratara de ponerlo sobre ella; y Juana si bien consagrada a los cargos más modestos de la religión, siguió llevando el velo hasta el día de su muerte, acaecida en 1620.

En Madrid vería también Teresa, probablemente, por última vez, al confesor cuyo rigor y aspereza sólo habían servido para aumentar el cariño y la veneración que sentía hacia él, el padre Baltasar Álvarez, que murió dos meses después en el colegio jesuíta de Belmonte.

En Segovia, la noticia de la muerte de su hermano Lorenzo vino a romper otro eslabón de los que todavía la ligaban a la vida. Desde el momento en que al desembarcar de los galeones, había venido cual don de la Providencia a prestarle su ayuda en la hora de suprema necesidad, en Sevilla, habían estado unidos por los más tiernos lazos. La admiración y el amor que hacia ella sentía no tenían límites. Ella aconsejaba y él se sometía siempre mansamente a su dirección, no sólo en las cuestiones más graves de conciencia, sino en las de menor importancia, cual el arreglo de su casa, la educación de sus hijos y la administración de su fortuna. No sólo arreglaba ella sus penitencias y se cuidaba de enviarle cilicios, sino que decidía si debía amueblar su casa con tapices y objetos de plata, o comprarse una «yegua útil y buena que sirviese para montar y para trabajar, en vez de una

(1) Además de soldado y hombre político, era también buen erudito. Puede verse todavía una prueba de su erudición en el *Tesoro de la Lengua Castellana*, de Covarrubias.

mula». «Era cosa extraña el crédito que de lo que yo le decía tenía», dice Teresa en una de sus cartas, «y procedía del mucho amor que me había cobrado».

De rostro bastante sanguíneo, algo inclinado a la vanagloria y ostentación, personaje de no poca importancia en Ávila, donde reinaba la pobreza; amigo de la pompa y de los elogios a la antigua usanza: tal es la imagen vaga de la personalidad de Lorenzo de Cepeda, cual se percibe a través de las cartas de su hermana. Con marcada tendencia a esa melancolía que casi degeneró en locura por lo menos, en uno de los miembros de la familia (aún en Sevilla no le costó poco a Teresa disuadirle de la idea de ingresar en una orden religiosa), sus gustos eran los de un sombrío enclaustrado, y estos hábitos se hicieron más sombríos todavía con el transcurso de los años. No bien hubo asentado el pie en su ciudad natal, compró en 14.000 ducados una propiedad a unas tres millas de aquélla, una casa de campo con sus trigales, sus praderas y su poco de monte, situada hacia la región arenosa que enlaza las ventiladas parameras con las praderas cubiertas de cistos, de Extremadura. «Era», según decía Teresa a su priora, «un término redondo», es decir, libre de toda jurisdicción, de modo que Lorenzo podía sentirse señor de horca y cuchillo en aquel lugar. Con seguridad que el digno tesorero de Quito logró así el gran deseo de su corazón. ¡Quién sabe si, tal vez, un sueño por largo tiempo acariciado en el ardoroso y lejano país del Perú! ¡Quién sabe si la ambición, ya alcanzada, de venir a terminar sus días en Ávila y gozar de un digno descanso antes de que sus huesos fuesen a reposar con los de sus padres, no había sido para él un luminoso y único rayo de esperanza a través de sus largos y penosos años de luchas y trabajos! Pero ¡ay! había dejado tras de sí su juventud, tras de sí, también, su esposa. No bien hubo comprado la propiedad cuando encontró pesadas y desagradables sus nuevas ocupaciones, y le pesaba no haber empleado su capital en la compra de obligaciones e hipotecas—manera fácil y lucrativa en aquellos días de ganar rentas—. Su hermana, que tenía ideas más elevadas (1), hizo cuanto pudo por contener su creciente melancolía y llevarle a otro estado de ánimo más saludable. Ruega a Dios que le facilite la venta de su castillo; lo que a ella le preocupa es que

(1) Teresa conservaba en sus conventos las ideas propias de una edad ya pasada. Ella tenía a deshonra vivir de las rentas; *a breed of barren metal*, como dice Shakespeare. La agricultura, por el contrario, no implicaba oprobio ninguno. Pero Lorenzo, que había vivido más en el mundo y estaba más modernizado, no encontraba deshonroso en manera ninguna el vivir de sus rentas. Estos censos de que habla la Santa con desaprobación, se iban haciendo una de las plagas de España.

no pueda oír misa más que en domingo. Juzga, desde luego, de locura el voto hecho por el buen hidalgo de guardarse de cometer pecado venial, y culpa al diablo, de una manera ingeniosa, de que le pese haber comprado La Serna.

«Acabe de entender, que es por muchas partes mejor, y ha dado más que hacienda á sus hijos, que es honra. Nadie lo oye que no le parezca grande ventura. ¿Y piensa que en cobrar los censos no hay trabajo? un andar siempre con ejecuciones. Mire que es tentación no lo acaezca más, sino alabar á Dios por ello, y no piense, que cuando tuviera mucho tiempo, tuviera más oración. Desengáñese de eso, que tiempo bien empleado, como es mirar por la hacienda de sus hijos, no quita la oración... Luego procure tener alguno en pasando estas fiestas [las pascuas de Navidad, y el Año Nuevo] y entienda en sus escrituras, y póngalas como han de estar. Y lo que gastare en La Serna es bien gastado, y cuando venga el verano gustará de ir allá algún día. No dejaba de ser santo Jacob, por entender en sus ganados, ni Abraham, ni San Joaquín, que como queremos huir del trabajo todo nos cansa... Harta merced de Dios es que le canse lo que á otros sería descanso. Mas no se ha de dejar por eso, que hemos de servir é Dios como Él quiere, y no como nosotros queremos. Lo que me parece que se puede excusar es esto de granjerías y por eso me he holgado en parte, que se lo deje á Dios en esto de estas ganancias; que, aun para eso del mundo, se debe perder algún poco. Creo vale más irse vuestra merced á la mano en dar, pues Dios le ha dado para que pueda comer y dar, aunque no sea tanto [como quisiera vuestra merced]. No llamo granjerías, lo que quiere hacer en la Serna, que está muy bien, sino en estotro de ganancias.»

Pasando el tiempo, Lorenzo se convirtió, a pesar de los consejos de su hermana, en ascético confirmado, y otra vez fué preciso el saludable refrenamiento de aquélla para templar el ardor que su propio ejemplo tal vez había excitado en el taciturno y melancólico Lorenzo. Dejándose guiar por ella, entregóse por completo al extraño humor de emociones místicas que ella conocía por el título de oración de unión. ¡Qué ejercicios más peligrosos son estas vagas exploraciones en el abismo de la conciencia cuando la razón tambalea al borde de aquél! En Teresa, la parte eminentemente práctica de su naturaleza había sido su salvación, mas pocos son en verdad los que pueden aventurarse impunemente a explorar lo más recóndito de su ser interior. El pasaje siguiente, sacado de una de las cartas que ella le escribió, podrá tal vez explicar mi pensamiento, y fácil es que no carezca de interés, bien para el psicólogo, bien para el médico.

«De esas tribulaciones de que vuestra merced me da cuenta, ningún caso haga; que aunque eso yo no lo he tenido, porque siempre me libró Dios por su bondad de esas pasiones, entiendo debe ser, que como el deleite del alma es tan grande, hace movimiento en el natural. Iráse gastando con el favor de Dios, como no haga caso de ello... También se quitarán esos estremecimientos... Eso del calor, que dice que siente, ni hace ni deshace; antes podrá dañar algo á la salud, si fuere mucho.» Le manda un cilicio «que despierta mucho el amor», con direcciones detalladas de cuándo y cómo se lo ha de poner. Cuando pase el invierno le enviará alguna otra «cosilla». «Riéndome estoy como vuestra merced me envía confites, regalos y dineros, y yo cilicios.»

Pero, en medio de todas estas extravagancias del misticismo, a Teresa no la abandonan nunca su acostumbrado sentido común y discreción. Se opone rigurosamente a que sus monjas tengan visiones, y en cuanto a describir sus experiencias, de ningún modo lo consiente. De la misma manera, la salud de su hermano es para ella la suprema consideración, y por eso insiste en que siga consejos que, según vemos por sus cartas, ella misma descuidara con harta frecuencia. No tiene que dormir menos de seis horas, «mire que es menester los que hemos ya edad, llevar estos cuerpos, para que no derruequen el espíritu». El cilicio no ha de llevarlo sin poner un pañito de lienzo debajo para proteger el estómago; y si sintiese mal en los riñones, tendrá que quitárselo, y suprimir las disciplinas, «que más quiere Dios su salud, que su penitencia, y que obedezca». Le encarga que tenga gran cuenta de no dejar de dormir y de hacer bastante colación.

Al principio, con motivo tal vez de la educación de sus hijos, que hacían sus estudios con los jesuítas de San Gil—y porque no le disgustaría poder deslumbrar a sus paisanos con el espectáculo de sus riquezas y prosperidad—, Lorenzo había fijado su residencia en Ávila, no con poca pompa y ostentación, como lo prueban los tapices y la plata, el maestro de ceremonias, al que su hermana hace burlona alusión, y el paje que llevaba los niños a la escuela. Pero después, viéndose rodeado de una turba de parientes pobres y con los codos raídos, parecen haberse complicado sus circunstancias, y se retiró a La Serna. «Gasta mucho—escribe a alguien Teresa—, y como está acostumbrado á no faltarle nada, y no tiene estómago para pedir nada á nadie, está muy abatido.» La presencia de un hermano suyo, melancólico soldado de la fortuna—que no pudiendo ascender en las Indias, se había vuelto a su país natal tan pobre como había salido de él—, no era el mejor espectáculo para ayudar a disipar la melancolía del buen

hidalgo. En efecto, Pedro les causaba a ambos bastante intranquilidad. De carácter avinagrado, hipocondríaco, exigente y quisquilloso, antes de salir para Segovia se había presentado en Toledo, con gran espanto de Teresa—después de haber reñido con Lorenzo y harto de vivir en La Serna—, a comunicarle su intención de salir al día siguiente para Sevilla con un arriero. «Mas yo no entiendo a qué, que está el cuitado, que un día de sol del camino le matara, y ya venia con dolor de cabeza, y allá no tiene más remedio de gastar los dineros, y pedir por Dios.»

Mucho dudo yo que el desafortunado aventurero no se preocupase gran cosa de misas ni de santidad, porque la rigurosa monja castellana no muestra mucha lástima por este réprobo hermano, cuya «terrible condición» ella atribuye caritativamente a la «melancolía que le tenía tan asido».

Por más que la inesperada aparición de Pedro en Toledo, de todo tuviese menos de agradable, Teresa le hizo esperar hasta conseguir una reconciliación entre él y el sufrido Lorenzo, allá en Ávila.

Cierto es que no siente mucha caridad hacia ese pobre hombre que parece haberles mandado Dios para probarles a ambos, y saber hasta dónde llega su caridad. Como ella dice en su carta a Lorenzo, no sólo como hermano, mas aun como prójimo, «siente bien poca». De todos modos, no conviene que Lorenzo le reciba otra vez en su casa, y Pedro mismo jura que antes se deja morir que volver allá. A pesar de todo, ya se siente culpable, y si Pedro está loco, como Teresa cree, sobre todo en cuanto a lo de volver a la Serna, «está claro que estaría vuestra merced obligado, en ley de perfección, á acomodarle como pudiese, y no dejarle ir á morir». Claro está que el deber de Lorenzo sería disminuír las otras limosnas que hace, para dar a su hermano. Si, por casualidad, llegara a morirse en el camino, sigue diciendo Teresa, tal es la condición de Lorenzo, que no acabaría nunca de llorarle. Si Lorenzo le diera 200 reales al año para mantenerse, además de los 200 que le había dado hasta aquí para vestirse, podría irse a vivir con su hermana (doña María de Guzmán), que, según él, ya le había rogado que lo hiciese, o con don Diego de Guzmán, hijo de aquélla.

Pero aun esta modesta pensión, no habría que entregársela a él de una vez, sino írsela dando, poco a poco, a los que le alojan y mantienen, «porque á lo que yo entiendo, no estará mucho en una parte». Cinco días después, vuelve Teresa a escribir a Lorenzo, deseosa de dejar arreglado el asunto antes de salir de Toledo. Pedro había adelgazado todavía más. «Está el pobre aquí gastando, y debe estar muy

afligido según está de flaco.» A una cosa se opone rotundamente: a la proposición que Pedro la dice había hecho Lorenzo, de que aquél tratara de buscar asilo conveniente en alguno de los monasterios de Teresa. «¿Cómo podría sufrir la comida escasa del monasterio», dice ella en su carta, «cuando dejaba de comer la que le daban en el mesón por no estar manida y cocida, prefiriendo pasarse con un pastel?» Además, estaba estrictamente prohibido admitir seglares en los conventos. «Cuando yo puedo, le envío alguna nadería, mas es pocas veces. Yo no sé quién le ha de sufrir y dar las cosas tan á punto; terrible cosa es este humor», añade, «que le hace mal á sí y á todos. Dios le libre á vuestra merced de tornarle á su casa: todos los demás medios deseo se procuren, para que si éste muriere, no quede vuestra merced con desasosiego, y yo lo mismo». Hay que suponer que los dos hermanos llegaron, por fin, a reconciliarse temporalmente, porque parece ser que Pedro volvió a Ávila, donde pronto le hemos de ver luchando diente a diente con el curador de la hacienda de su difunto hermano.

Ni aun en Segovia echó la Santa en olvido los intereses de su hermano, pues la vemos ocupada en negociar el casamiento de su sobrino Francisco, porque los hijos de Lorenzo eran ya hombres. Al menos, Lorenzo ya le había buscado colocación en Quito. ¡Extraña ocupación para una santa y su priora la de «buscar rodeos para que la priora la dé un tiento (a la pretendida novia) para entender si Vuestra Majestad podría tratar de ello!»

Pero ni el casar ni dar en casamiento iba a ser de la incumbencia de Lorenzo mucho más tiempo. La última carta que escribió a su hermana revelaba tanta tristeza y oscuros presentimientos, que Teresa contesta, a fines de junio, lo que sigue: «Yo no sé de dónde sabe que se ha de morir presto, ni para qué piensa en esos desatinos, ni le aprieta lo que no será. Fíe de Dios que es verdadero amigo, que ni faltará á sus hijos ni á vuestra merced. Harto quisiera que estuviera para venir acá, pues yo no puedo ir allá: al menos hácelo vuestra merced harto mal estar tanto sin ir á San José, que antes le hará provecho el ejercicio, pues es tan cerca y no se estar solo.» Su hija Teresa era novicia en San José, y la Santa abrigaba la tierna esperanza de que las alegres salidas de aquélla y la conversación de las buenas monjas, le animarían y le sacarían de su abatimiento. Termina la carta suplicándole que mande un mensajero, «porque un punto se ha ganado en aquel negocio y no se acude mal». Mensajero que no pudo jamás enviar, porque a los siete días de haber escrito su hermana estas palabras, Lorenzo murió repentinamente en La Serna, des-

pués de seis horas de enfermedad, sofocado por un golpe de sangre a la garganta (1).

A unas tres millas de Ávila, al pie de una colina poblada de pinos, enfrente de la cual cruza tumultuoso un arroyuelo que reluce a la luz del sol, existe todavía el caserón largo, bajo de techo y de aspecto irregular que Lorenzo eligió para terminar en él sus días. Aquí, al menos, se encuentran huellas de su vida, reliquia tangible, testigo silencioso de sus entradas y salidas, tan familiar una vez a los ojos de Lorenzo como ahora a los míos. Aquí, por lo menos, podemos ponernos en contacto con el pasado. Aquí, el ayer no se encuentra sumido en la oscuridad, como sucede con la casa de su padre, donde Teresa y sus hermanos pasaron la infancia jugando y rezando y de la que se despidieron, ella para ir a fundar conventos, y ellos para luchar en las Indias—unos para alcanzar la recompensa de la victoria en monedas de a ocho, otros, la mayor parte, para encontrar una oscura tumba—. Aquí, por lo menos, se ha contenido la mano de los bárbaros que alzaron una iglesia charra y ostentosa dentro de los muros de lo que fué en un tiempo morada de Alonso de Cepeda, destruyendo todo su encanto íntimo y sentimental. Ante esa casa de campo de La Serna, que se alza frente a aquellas parameras y azuladas sierras, estáticamente igual que en los tiempos en que el buen hidalgo dejara allí el halo de su existencia, es el presente lo que nos parece extraño; ¡somos nosotros también lo extraño en aquel paisaje! En la fachada se abre la solana espaciosa, cuyo techo soportan columnas de granito, allí en un tiempo tomaba gravemente el sol un caballero melancólico, vestido con calzón corto, almilla y chaqueta de terciopelo, dirigiendo de vez en cuando sus miradas al paisaje mate de invierno. Dentro, patios inmensos, suntuosos, rodeados de columnatas, llenos ahora de silencio. Atado de una argolla, veo ahora un borriquillo, tal vez en el mismo lugar donde hace tantos años montaba Lorenzo, calzado de botas y espuelas, aquella su fornida yegua castellana, en cuya compra intervino tanto Teresa. ¡Cuántas veces pasaría esa yegua trotando al anochecer por las macizas puertas de Ávila, mientras su jinete la guiaba, absorto al mismo tiempo en pensamientos de una vida que hoy tan extraña y vaga nos parece! También se ve en la casa una pequeña capilla, aquella en donde se arrodillaba con tanta frecuencia a cumplir sus devociones, y en la que, con gran pesar de Teresa, no se decía misa más que los días de fiesta; ya de allí no sube al cielo ni un rezo ni una oración. Los tiempos han cambiado y los hombres con ellos. Aquí

(1) Es curioso notar que Teresa murió de la misma manera.

está la cocina, lúgubre y baja de techo, que Teresa hubiera querido apartar del resto de la casa a causa del ruido que hacían los mozos de labor cuando se reunían en torno del espacioso hogar... Por escasas alusiones esparcidas en las cartas de una monja, podemos vislumbrar la vida de este caballero del siglo XVI en su grave y rústica soledad.

¡Aquel pasado ha perdido forma y significación! Es para la fantasía una imagen flotante, una vaporosa neblina. ¿Qué lazo real nos une con aquel Lorenzo de Ahumada? Es la hora del crepúsculo... Un arroyuelo cercano recoge y refleja los últimos rayos del sol, las severas murallas de la ciudad gótica, allá en lontananza, reverberan la luz rojiza del cielo crepuscular. Al borde de la carretera arenosa, se alza una cruz. Aquel arroyuelo, aquellas murallas, fueron las mismas para Lorenzo que para mí, mas la cruz sigue siendo para mí lo que no fué para él: un enigma impenetrable como la mirada de la Esfinge.

Una urna sencilla de granito, en la pequeña iglesia de San José de Ávila, encierra las cenizas de Lorenzo de Cepeda, señor de La Serna; y en la capilla de enfrente, bajo sus efigies de mármol, descansan otros señores de La Serna que le han sucedido: Francisco Guillamas Velázquez (1), y su esposa, antepasados de los Duques de la Roca, y patrones de la iglesia en cuya erección invirtieron una porción no poco considerable de su fortuna.

Teresa comunica la pérdida de su hermano a la priora de Sevilla en tono a la vez patético y resignado. Su dolor era ese dolor tranquilo y sufrido de las personas avanzadas en años, que van pronto a unirse al amado viajero que les ha precedido.

«Yo le pago su amor y confianza», dice, «en holgarme que haya salido de vida tan miserable, y que esté ya en seguridad. Y no es en manera de decir, sino que me dá gozo cuando en esto pienso». En agradecimiento de la bondad y simpatía que había él mostrado siempre hacia las monjas de Sevilla, insiste mucho en que le encomienden a Dios «á condición que si su alma no lo hubiere menester (como yo creo que no lo ha, y según nuestra fé lo puedo pensar), que se vaya lo que hicieren por las almas que tuvieren más necesidad. Paréceme, mi hija, que todo se pasa tan presto, que más habíamos de traer el pensamiento en cómo morir, que en como vivir. Plega á Dios, ya que me quedo acá, sea para servirle en algo, que cuatro años le llevaba, y nunca me acabo de morir.» Después de esto, torna a ocuparse de los asuntos de la sucesión de su difunto hermano, por haberla éste nombrado testamentaria, y es preciso que salga para Ávila pasado maña-

(1) Primer camarero de Felipe II.

na. Los 400 ducados que les había prestado los ha legado a San José de Ávila, y les advierte que ahora tendrán que pagarlos, añadiendo que no sería malo tomar alguna «buena monja» si se le ofreciese.

Un mes después, el 6 de agosto, escribe a la misma desde Medina del Campo. Se encuentra de paso, con su sobrino Francisco, para Valladolid, donde va a tratar de asuntos legales, y sacar los documentos relacionados con la sucesión de su hermano, «hasta ver como ha de quedar; que yo le digo que no le faltan trabajos, ni á mi tampoco, que, á no me decir se sirve Dios mucho, en que yo los ampare, según trato de mala gana en estos negocios, ya lo habría dejado todo: es harto virtuoso». Mas con este mismo cuidado desempeñó también los deberes que la fueron impuestos por su difunto hermano, con la misma penetración en los negocios, cuyo lado cómico, tratándose de una monja, sabía ella apreciar en alto grado.

Ya muchos años antes solía Teresa reirse, con buenas ganas, de sí misma, por ser tan «baratona», en los asuntos de su Orden. El tiempo no había cambiado esta cualidad, y por más que no consiguiera llevar a cabo todos sus planes—de los que daremos cuenta más adelante—y no pudiera sacar para San José una porción tan grande de la herencia de su hermano como ella había creído de antemano, la penetración y el talento comercial que revela en semejantes asuntos profanos, es cosa verdaderamente maravillosa.

La priora de Sevilla recibe orden de informarse, en cuanto llegue la flota de Indias, si traen algún dinero para su difunto hermano, «que esté en gloria», para que pueda ocuparse de cobrarlo. Su reverencia debía también enterarse de si Diego López de Zúñiga, caballero de Salamanca, que habitaba en Lima, estaba vivo o muerto. Si todavía vivía, tendría que informarla de cuando partía la armada, para enviarle ciertos recados; pero como ya tenía setenta y cinco años y más, y muy enfermo, de razón ya estará en el cielo. Si éste era el caso, habían de sacar un certificado de su defunción, firmado por uno o dos testigos y mandárselo con el mayor sigilo y prontitud, «porque a ser muerto, luego compramos unas casas para las monjas de Salamanca, que estoy concertado con quien las hereda, muerto él; que es la mayor lástima del mundo lo que padecen en la que están, que no sé como no son muertas».

Lorenzo ha dejado los cuatrocientos ducados que le debía el convento de Sevilla, para que construyan una capilla sobre su tumba en San José. Teresa les recuerda el pago de la deuda. «Como soy testamentaria, habré de procurar se cobre, aunque no quiera; por eso vuestra reverencia dé alguna orden. Para lo que ha dado para la Orden y

esto, no sería malo tomar una monja, si la halla buena.» Dentro de esta carta manda otra del Obispo de Canarias para su amigo el Presidente de la Contratación de Sevilla, para que en caso de que llegue dinero de las Indias, se haga cargo de ello; «y que lo haga muy bien todo, mi hija, en albricias por lo que le voy a decir. La noticia así anunciada marca el triunfo culminante de la vida de Teresa».

«Fray Jerónimo de Gracián, que está ahora aquí, y ha venido estos caminos conmigo, y héchome harto provecho en estos negocios, recibió ha cinco días una carta de Roma de Fray Juan de Jesús, en que le dice que ya está el Breve dado al embajador del Rey.» El triunfo de la Reforma de Teresa es ya completo, pues tres días después de haber sido escrito esto, el 15 de agosto, avisó el Rey desde Badajoz a su representante en Roma el recibo del Breve duplicado, que tantos meses de angustia y temerosa incertidumbre había costado a Teresa y sus frailes.

Teresa permaneció en Valladolid hasta fines del año. Este año—1580—fué memorable mucho tiempo por una epidemia universal, de extraña semejanza con «la influenza», que se extendió por toda Europa, causando un sinnúmero de víctimas. Teresa fué de los atacados, y estuvo a punto de perder la vida. «El mal ha sido tanto», escribe a su priora de Sevilla, «que no pensaron que viviera». Verdad es que se restableció, pero no volvió a gozar de su antigua fuerza y salud. Hasta aquí, a pesar de la continua tensión a que sometía sus energías y a pesar de sus frecuentes dolencias físicas, había gozado de comparativa robustez, y se había conservado, en apariencia, joven; pero ahora todos sus amigos empezaron a notar que se iba debilitando y que estaba muy cambiada y delgada. El buen Gracián sintió una intensa angustia con tan tristes y ansiosos augurios, que Teresa, no pudiendo escribir personalmente (pues ya tenía que valerse más y más de su secretario, y pocas fueron las cartas que, a partir de esta fecha, escribió de su puño y letra), procuró disipar por conducto de Ana de San Bartolomé. «Poco a poco estaré buena», afirma en su carta. «No tenga ya vuestra paternidad pena de mi mal: basta la que ha tenido.» Sin embargo, a pesar de su delicada salud, no cede ni una vez siquiera en la vigilancia de los asuntos financieros y espirituales de sus conventos, además de estar tan ocupada con la administración de los bienes de su hermano. Hasta el fin de sus días, San José, el primer fruto de sus trabajos, gozó de su predilección, y la prosperidad de dicha fundación parece haber llegado a ser la preocupación principal de su vida. Francisco, hijo de Lorenzo, había vuelto a Ávila, no solo, pues Gracián estaba allí también con la misión evidente de vigilarle cuidadosamen-

te, a él y a sus negocios. Este había heredado, a la par que sus bienes, parte de la monomanía religiosa del padre. En Medina del Campo, donde comulgó con sus criados, había causado las delicias de su tía con su piadosa conducta, y había escrito a la hermana de Francisco, Teresa, «que era bueno como un ángel». Teresa (la hermana de Francisco) había aprendido por aquel tiempo la terminología del misticismo y habla en la correspondencia con su tía de su «sequedad», «deleites» y cosas por el estilo, mas nada sabemos de sus progresos en él. Francisco, sin embargo, parece haber sido un jovencito amable, pálido e indeciso, que se dejaba llevar fácilmente de cualquiera que tuviese fuerza de voluntad. Ya hemos visto cómo se ocuparon Teresa y la buena priora de Segovia de buscarle esposa—proyecto que terminó de una manera brusca con la muerte de Lorenzo—. Después se acordó que ingresara en el claustro. Estando Teresa sinceramente convencida de que la vida monástica era la mejor, y además, como indica repetidas veces en sus cartas, la más fácil, y de que, en realidad, la constitución de toda clase de sociedad debería tomar por modelo la vida monástica, no podemos sorprendernos de su resolución, ni imaginarnos que fuese capaz de sacrificar a su sobrino con el objeto de enriquecer a San José de Ávila; eso suponiendo que en el fondo de su acuerdo pudieran haber existido semejantes motivos.

El entusiasta por temperamento, se siente siempre propenso a despreciar la realidad, o bien a desfigurarla de la manera más curiosa. Teresa no era así. Pues lo que precisamente dió gran prestigio y realce a sus visiones, fué su reconocido firme sentido práctico y su penetrante visión de las cosas tal como son en realidad. Era verdadera hija de la tierra de Ávila, y jamás tuvo el carácter castellano más genuinamente representado. Pedro de Ahumada se ha presentado otra vez en Ávila, tan pendenciero y desasosegado como siempre; seguramente con la intención de convertirse en un tormento de Francisco, como lo había sido para su padre. Sólo había una persona a quien Pedro temía, y esa era su hermana. «No se defenderá de él Don Francisco, si no remite á mí sus negocios, porque es á quien tiene algún respeto.» Pues Pedro se ha instalado otra vez en La Serna y se niega a abandonarla, habiéndose apoderado del famoso cuartago, cuya compra había aconsejado Teresa hacía ya tiempo, en vez de una mula. «Si Pedro de Ahumada fuere en el cuartago [de la Serna] quédese con él Don Francisco», escribe la astuta monja, «y envíele en una mula de alquiler; mas es tan sútil que creo no lo llevará. Él no le ha menester sino para hacer corta; y así lo diga Don Francisco, que no ha de tener casa en La Serna, y que así no tiene á donde ir y venir: y

llévele como mejor pudiere, sin darle nada ni hacerle ninguna firma. Dígale que siempre se le dará lo que mi hermano le mandó, que eso bien proveído queda»... Pedro ha tenido disputas también con Perálvarez, viejo soldado más aficionado a las armas que a los negocios, a quien Lorenzo había dejado por tutor de sus hijos, y sus disputas sobre la administración de la hacienda fueron causa de que no se ocupasen en nada, ni el uno ni el otro. Por esto ansía Teresa que Francisco se haga de todo su valor y diga claramente a Pedro de Ahumada todo lo que siente. Mucho dudamos que el pobre y apocado joven que tan apurado estaba ya por todas partes, pudiera decir a las claras lo que sintiese sobre ningún particular. Sin embargo, Teresa creía preciso que tuviera especial determinación sobre un punto o sea: no mostrar señal ninguna de vacilación ante Pedro de Ahumada «sino toda la gana que tiene (y más si más pudiere) de mudar estado». Pues «aquel pagecillo» ha dejado escapar el secreto, según parece, y ya no ignora nadie en Ávila la determinación de Francisco, «y lo que ha de ser, no hay para qué estar secreto. No me parece á mí que esté de arte, que le hará nada al caso. A mí me escribe una carta, que me ha hecho alabar á Dios».

Casi inmediatamente después de esto, salieron para Pastrana Gracián y el futuro novicio, el primero en obediencia, sin duda, a las órdenes de Teresa de «vender el cuartago, y comprar una mula en lugar de ese machuelo». Seguros podemos estar de que prestaría igual atención a su advertencia de «no comprar algo que derrueque á mi padre, que con ése (como es chiquito) no se me da tanto, caiga»; e indica también que Francisco vaya montado en una bestia que no sea de mucho valor, para que pueda dejarla con conciencia tranquila al convento donde iba a tomar el hábito.

Habiendo dispuesto así de su sobrino, ¿cuáles eran las intenciones de Teresa?

Un documento dirigido a la priora y a las monjas de San José, y que estuvo por largo tiempo guardado en el arca de tres llaves del convento, las revela con bastante claridad:

«Las escrituras están acabadas, que tocan á la herencia de esa casa, con mucha firmeza. Sabe Dios el trabajo que me ha sido, hasta verlo en ese punto. Sea Dios bendito, que así lo ha hecho: están firmísimas... Si quiere Dios que profese don Francisco... luego se ha de partir la hacienda entre don Lorenzo [el segundo hijo que estaba en el Perú] y Teresa de Jesús [hermana de éste]. Hasta que haga profesión puede ella mandar lo que quiera de ella», pero «está claro que hará lo que vuestra reverencia la dijere; y es razón se acuerde de su tía doña Jua-

na, pues tiene tanta necesidad... En haciendo ella profesión, queda todo al convento».

El mismo mayordomo que administra su parte, administrará también la de Lorenzo, «dando cuenta de todo lo que se gastare aparte». La capilla que se había de levantar sobre la tumba de Lorenzo, era preciso comenzarla en seguida. «Lo que faltare de los cuatrocientos ducados que deben en Sevilla, se ha de gastar de la parte de don Lorenzo. Paréceme dice el testamento (que no me acuerdo bien) que en distribución de estos frutos de don Lorenzo haga yo en algunas cosas lo que me pareciere. Digo yo, que porque entiendo de la voluntad de mi hermano, que era hacer el arco de la capilla mayor (como todas vieron que le tenía trazado) por ésta, firmado de mi nombre, digo que es mi voluntad, que cuando se hiciere la capilla de mi hermano, que haga gloria, se haga el dicho arco de la capilla mayor, y una reja de hierro, que no sea de las muy costosas, sino vistosa y bien bastante. Si Dios fuere servido de llevar á don Lorenzo sin hijos, entonces se haga la capilla mayor, como manda el testamento. Miren que no se fíen mucho del mayordomo [la Santa estaba más al corriente de la fraseología española que siete notarios juntos], sino que procuren que de los capellanes que tuvieren vayan á menudo á mirar eso de La Serna, para ver si se granjea bien; porque esa hacienda será de valor; y no se tiene mucho cuidado, perderse ha muy presto, y, en conciencia, están obligadas á no lo dejar perder.»

«¡Oh, mis hijas!», dice la Santa, suspicaz (la más encantadora de todas las santas y de todas las mujeres), al dejar de la mano la pluma que revela cuán firme es su comprensión de los asuntos temporales, de tal manera que apenas deshonraría a un piadoso notario de familia con muchos años de práctica, «¡qué cansancio y contienda traen consigo estas haciendas temporales! Siempre lo pensé, y ahora lo tengo visto por experiencia; que á mi parecer todos los cuidados que he traído en las fundaciones, en parte no me han desabrido, ni cansado tanto como éstos; no sé si lo ha hecho la mucha enfermedad, que ha ayudado. Vuestras reverencias rueguen á Dios, que se haya servido de ello, pues son la mayor parte por donde lo he tomado tan á pechos, y encomiéndenme mucho á Su Majestad, que nunca pensé las quería tanto. Él lo guíe todo, como más sea para su gloria y honra, y que la riqueza temporal no nos quite la pobreza de espíritu».

Frases dictadas, verdaderamente, por una satisfacción excesivamente íntima en el desempeño concienzudo, y, sobre todo, triunfante, del deber. A pesar de todo, el hombre propone, pero Dios dispone. Todos estos planes que tanto cansancio y tantos altercados la costa-

ron, no resultaron en nada. Francisco encontró, al fin, fuerza de voluntad, y en menos de un mes, el novicio, tan hastiado en el ánimo como en el cuerpo, volvió la espalda a Pastrana resueltamente, y se presentó en Valladolid avergonzado y confuso, y con un miedo tal a todos los frailes y monjas Descalzos, «que no creo nos querría ver», dice inocentemente Teresa, «y á mí la primera». Y añade: «Dicen que dice, que há miedo, que le ha de tornar el deseo que tenía. En esto se ve la gran tentación... Trata de casarse, mas no fuera de Ávila. Ello será harto pobre, porque no le faltan duelos. Harta ocasión debía ser dejarle solo tan presto vuestra paternidad y el padre Nicolao; y aquella casa de Pastrana no debe estar codiciosa.» A pesar de todo, Francisco disculpó a Teresa en Ávila de la acusación de haberle forzado en su inclinación, y ofreció, con bastante contrición, tomar por esposa a la que eligiese Teresa. «Mas he miedo tendría poco contento; y así, si no fuera porque no pareciera enojo de lo hecho, lo dejaría del todo... Brava tentación le debió dar...; á mi parecer, con los santos fuera santo.»

Un mes después se casó con una joven de Madrid, doña Orofrisia de Mendoza y de Castillo, emparentada con la mitad de los grandes de España, casamiento que le trajo más honra que provecho, a pesar de los cuatrocientos ducados del dote de la novia, que sólo contaba quince años. «Yo no veo otra falta», escribe Teresa a Lorenzo, hermano de Francisco, en las Indias, «sino lo poco que Francisco tiene, que está la hacienda tan empeñada, que á no le traer presto lo que deben de allá (de Quito), no sé como ha de poder vivir. Por eso vuestra merced lo procure, por amor de Dios, y ya que Dios les va dando tanta honra, no falta con qué la sustentar». Con tener una suegra tan ahorradora, y a pesar de haber resultado él tan buen administrador de su escasa fortuna, Francisco se vió obligado, con el tiempo, a volver solo a las Indias, muriendo en Quito, descorazonado y pobre.

No sin cierto resquemor informa Teresa a su priora de Sevilla que «todos sus planes se han trastornado», y que no mande el dinero (los cuatrocientos ducados) a Francisco, sino a ella, «porque temo no los gaste en otra cosa, en especial ahora como está desposado», y añade: «la tienen tan cansada todos sus parientes desde que murió su hermano, que no querría con ellos ninguna contienda».

Sin embargo, los cuatrocientos ducados no estaban destinados a llegar a Ávila, y es de dudar que las monjas recibieran un maravedí siquiera del legado de Lorenzo. A pesar de las repetidas instrucciones de Teresa a María de San José de que procurase tomar «alguna monja para pagar ese dinero para la capilla de mi hermano, que no se puede

excusar de comenzarla ya», casi pasó un año antes de que lo hiciera, entregando, por fin, el dinero a fray Nicolao Doria, sin cuidarse de las reconvenciones de Teresa, y éste se lo apropió para acabar de pagar la deuda que la comunidad de Sevilla había contraído con su hermano Horacio Doria.

Hasta aquí hemos visto a Teresa abogar, con palabras elocuentes y conmovedoras, en favor de las dos monjas causantes de los disturbios del convento de Sevilla, aconsejando que las tratasen con la mayor lenidad posible. Pero su bondad y afabilidad ocultaban un inflexible rigor que no se podía echar a bromas. El estado de completa subordinación en que mantenía sus conventos, era debido a otras causas que a los lazos del amor.

Mientras que a los Descalzos les había tenido cohibidos el miedo a sus enemigos, había sido conveniente disimular—el disimulo era entonces inseparable del arte de gobernar, y Teresa era una casuísta consumada—; pero ahora que su posición había variado por completo y se esperaba de un momento a otro la llegada del Breve de Roma, nótase un cambio en su tono que no augura nada de bueno. La anciana y severa disciplinaria no había olvidado el gran escándalo armado por Beatriz ni la vergüenza que había hecho caer sobre sus hermanas de Sevilla; y el haber querido culpar a Garci-Álvarez, a quien Teresa juzgaba más bien de engañado que de engañador, no ayudó en manera alguna a ablandar a aquélla que detestaba toda clase de subterfugios y bajezas.

Una confesión franca por parte de Beatriz habría conseguido tocar la cuerda sensible y heroica de la naturaleza de Teresa y ablandar inmediatamente su corazón.

Pero ahora no. «Lo que á vuestras reverencias les parece muy bien», dice a las monjas de Sevilla, «de que condene á Garci-Álvarez, me parece á mí muy mal, y creería yo poco lo que me dijese de él, porque le tengo por de buena conciencia, y siempre he creído que ella le traía tonto». Sin embargo, más valía la confesión, cualquiera que fuese, que nada. «Aunque no sea como deseamos, me he holgado harto. Grandes oraciones se han hecho por acá, por allá: quizá el Señor ha habido misericordia. Yo he estado bien penada despues que ví los papeles, cómo la dejaban comulgar. Yo les digo, madre, que no es razón se queden sin castigo cosas semejantes, y que la cárcel perpetua que ella dice que estaba ya determinado por acá, que era bien que no saliese de ella.» No sabemos si esta despiadada sentencia se llevaría a cabo o no. La misma María de San José fué regañada con severidad por haber escuchado con demasiada indulgencia las tardías excusas

de la culpable. «No puedo sufrir esas disculpas», escribe Teresa, «que no puede engañar á Dios y con su alma lo ha de pagar, puesto que hizo las acusaciones delante de todas, con otras muchas que vuestra reverencia me escribió. Ó vuestra reverencia ó ella habla verdad». Y, sin embargo, a renglón seguido, se lamenta de que no tengan una huerta más grande donde aquélla pudiera encontrar mayor ocupación. Héme ocupado detenidamente de estos detalles de la correspondencia de Teresa en esta época, porque nos revelan mejor que ninguna otra cosa uno de los aspectos de su carácter—y no el menos importante—que no debemos perder de vista, dejando a otros la tarea de estudiarla exclusivamente como una mística en continuo arrobamiento. Si Teresa hubiera rodado por el mundo con el objeto de fundar conventos, movida por el mero entusiasmo de una misión imaginaria, es lo más probable que hubiera perecido en las hogueras de la Inquisición o que hubiera sido condenada a encarcelamiento perpetuo como Magdalena de la Cruz. Catalina de Cardona, impelida por el celo de la religión, sacrificó su vida retirándose del mundo y marchándose a un escabroso desierto a vivir en medio de las bestias (que aprendieron a amarla) y las flores—demasiado inofensivas para dañarla—; ella al menos fué perseguidora entusiasta de una idea; pero su nombre se ha perdido en el olvido y su vaga leyenda no pasa de ser hoy rastro fugitivo de luz que cruza las páginas de una de las muchas crónicas religiosas de la época. Teresa hervía en entusiasmo, pero era el entusiasmo de una naturaleza sosegada, valerosa y segura de sí misma; y no hay duda que éste fué el factor de menor importancia en su triunfo. Sus semejantes se sentían influídos por esa fuerza indefinible que ella poseía y que a falta de mejor término podríamos llamar autoridad. Ella era su propia «estrella». No era de temperamento romántico; jamás traspasó los límites de la realidad ordinaria; ella no veía las cosas revestidas de colores falsos. El caudillo rara vez es imaginativo; cuando lo es, no es fácil que encuentre el triunfo final de su carrera, sino el cadalso y una fama póstuma. Teresa obraba valiéndose de los instrumentos que poseía: era conocedora perspicaz del carácter humano, y sabía servirse provechosamente de sus flaquezas, de sus puntos vulnerables, pequeñeces y vanidades, para sus propios fines. Jamás soñaba en lo imposible, y por esta misma razón estuvo más próxima a realizarlo que la mayoría de los humanos. Incansable en su constancia, infatigable en su paciencia, incesante en su energía, dotada de un espíritu sorprendentemente igual y sereno, que no se dejaba exaltar por el triunfo ni por el éxito; tranquila y firme en presencia de los mayores reveses de la fortuna—éstas son las virtudes comunes y pro-

saicas en apariencia que hacen agitar al mundo cuando van asociadas, como sucedía en Teresa, con el genio y la determinación de miras.

Áspera, didáctica, materialista en sus conceptos de la vida, poseía, a pesar de ello, una flexibilidad extraordinaria, tal vez más aparente que real, que le servía de mucho. Seguros podemos estar de que su porte sería grave y majestuoso, por razones de época; pero en ella había algo más que atraía a obispos y a nobles, a los grandes más poderosos de la Tierra, y los hacía hincarse de hinojos a sus pies. Y no era su santidad, pues ésta no le había sido todavía concedida, sino el encanto maravilloso de su personalidad. Su oportunidad; sus modales corteses y fascinadores; su palabra singularmente persuasiva y elocuente; y alegre además, «hasta su risa era contagiosa», eran las dotes externas y visibles con las que supo ganarse el afecto de todos, y vencer la enemistad de los pocos. Mezcla verdaderamente extraña, y que rara vez se encuentra, de grandes y pequeñas virtudes; de nobleza y rectitud, unidas a una diestra astucia, a un gran acopio de ciencia casuística, y un gran discernimiento; gran conocedora de todos los resortes del corazón humano—tal era Teresa de Jesús—. Para mí es tan digna de afecto cuando se la encuentra regateando el precio de alguna cosa, escatimando los ducados (en beneficio de sus conventos, téngase presente), y desentendiéndose artificiosamente del pendenciero Pedro; cuando se ocupa de todas las menudencias de la vida, monástica y no monástica—de la vida que se hacía en Ávila hace tres siglos, y tal vez más—, que cuando se ocupa de cuestiones más graves. Porque el éxito que alcanzaba en éstas era debido a los mismos dones (y acaso defectos) que despliega de una manera tan eminente en las otras.

* * *

A la grave enfermedad que pasó en septiembre, de la que todavía no se había repuesto del todo, y a la pérdida consiguiente de fuerzas, debe atribuirse su extraño desaliento y las pocas ganas que tenía de emprender las fundaciones de Palencia y Burgos. También parecían faltarle en gran manera sus acostumbrados bríos, y por primera vez retrocedía, en su cansancio y flaqueza, ante la tarea, para la cual apenas se sentía ya capaz.

En vano suplicó su sobrina María de Bautista; en vano decíale el Jesuíta Ripalda (antiguo confesor suyo) que su cobardía procedía de lo avanzado de su edad; «más bien veía yo que no era eso, que más vieja soy ahora y no la tengo... y aunque me hizo harto al caso, no

bastó del todo para determinarme... Ahora venga el verdadero calor, pues no bastan las gentes ni los siervos de Dios, adonde se entenderá muchas veces no ser yo quien hace nada en estas fundaciones, sino quien es poderoso para todo. Estando yo un día acabando de comulgar, puesta en estas dudas, y no determinada de hacer ninguna fundación..., díjome nuestro Señor con una manera de reprensión: ¿Qué temes? ¿Cuándo te he yo faltado? El mismo que te he sido soy ahora, no dejes de hacer estas dos fundaciones». Ante esta voz sigilosa que ha gobernado hasta aquí su vida, y ha de gobernarla hasta el fin, no es posible seguir vacilando.

Por lo tanto, aunque todavía se encuentra enferma, vémosla los últimos días de diciembre arrostrando valerosamente las heladas y el frío intenso de un invierno de Castilla, camino de Palencia, acompañada de Ana de San Bartolomé, fiel secretaria y enfermera, otras cuatro monjas y dos sacerdotes. Un caballero que vivía en Valladolid había puesto a su disposición su casa en Palencia hasta el mes de junio; y el buen Canónigo Reinoso, a quien Teresa había escrito, aun sin conocerle personalmente, y sólo fiada de la recomendación de un amigo que le había dicho ser «un siervo de Dios», para que la preparase para recibirlas, cumplió admirablemente su misión. Pues cuando llegaron, cansadas, con hambre y muertas de frío—el viaje había sido malo, las carreteras estaban casi intransitables a causa de las lluvias torrenciales, y la niebla había sido tan profunda que apenas podían distinguirse unas a otras—, encontraron que aquél había llevado su solicitud hasta el punto de prepararles camas y muchas otras comodidades de que estaban bien necesitadas.

A pesar de todo, y por muy cansada que estuviese, poco fué el descanso de que pudo disfrutar la infatigable monja. Su llegada había sido tenida en el mayor secreto, de acuerdo con su deseo, y antes de dar lugar a que se supiera una palabra sobre la venida de las monjas, la luz de la mañana debía revelar el décimo cuarto convento de su Orden como un hecho consumado.

Al amanecer dijo la misa uno de los sacerdotes que las habían acompañado a Palencia, y en seguida enviaron un recado al Obispo, don Álvaro de Mendoza, que, no menos sorprendido que regocijado, se apresuró a acudir al convento tan repentinamente formado, mostrándoles grande bondad, haciéndoles generosos regalos, y comprometiéndose en su nombre y en el de sus sucesores a proveerlas perpetuamente de pan.

Dos días después, al anochecer, Teresa hizo colocar la campana, signo seguro de la toma de posesión. El apoyo del Obispo debió de

valerlas de mucho, pero aun un obispo era incapaz de asegurar una demostración de generosidad y entusiasmo populares como la que excitó entre los honrados habitantes de Palencia la mera presencia de Teresa. Cada cual se esforzaba por aventajar a su prójimo en honrar a la forastera, cuya estancia en aquella ciudad era considerada como un privilegio y una bendición. La gratitud de ésta fué sentida y ardiente. En cuanto al Obispo, «es tanto lo que esta Orden le debe, que quien leyere estas *Fundaciones*, está obligado á encomendarle á nuestro Señor, vivo ó muerto, y así se lo pido por caridad»; y hasta el presente día citan los palentinos con orgullo, como título de gloria, las palabras con que Teresa ha dado a conocer a la posteridad su nobleza y benevolencia.

«Yo no quisiera dejar de decir muchos loores de la caridad que hallé en Palencia, en particular y en general. Es verdad que me parecía cosa de la primitiva Iglesia (al menos no muy usada ahora en el mundo) ver que no llevábamos renta, y que nos habían de dar de comer, y no sólo no defenderlo sino decir que les hacía Dios merced grandísima... [Y añade en otro lugar:] Toda la gente es de la mejor masa y nobleza que yo he visto; y así cada día me alegro más de haber fundado allí.»

La tenacidad inflexible de esta vieja monja, tan endeble de cuerpo y tan fuerte de espíritu, ha hecho, por fin, su efecto. La idea dominante de su vida, llevada a cabo con una resolución tenaz, digna de sus aguerridos antecesores, ha sabido triunfar, y Teresa ha llegado a ser una de las personalidades más conspicuas de la España de su época. Los que se sentían inclinados a dudar de su santidad, y éstos eran bien pocos, llegaban, por fin, a someterse, movidos por algo superior, tal vez, a la santidad, algo que no se sabían explicar, pero que les obligaba imperiosamente a tributarla respeto y admiración. «Váyase, padre»—dijo, medio enfadado, el reacio corregidor de Palencia, a Gracián, después de haberle éste suplicado, en vano, mientras Teresa esperaba en Valladolid, que les concediese la licencia para fundar—, «váyase, y sea como desea; que la madre Teresa de Jesús debe llevar en su pecho algún mandato del Consejo Real de Dios, pues á pesar de nosotros mismos nos vemos todos forzados á hacer lo que ella desea». Su mera presencia es suficiente para asegurar el éxito de cualquiera empresa. «Ya no sirvo para nada», escribe, «sino por el ruido que hace Teresa de Jesús».

Ni siquiera una vez, durante el curso entero de su carrera, ha dudado Teresa de que su misión emanaba directamente de la voluntad de Dios, y con gusto se habría ella aniquilado, con tal que la honra

y la gloria recayesen completamente sobre Él. Una de las pruebas más concluyentes de la nobleza y pureza de su carácter, de la sublimidad de sus intenciones, es, a mi parecer, esta serena y pueril convicción de que la guiaba un poder divino. Para las inteligencias superficiales, un sentimiento semejante, parecería, efectivamente, pueril; pero no cabe la menor duda de que todos aquéllos que han dejado huella en el mundo han tenido la misma convicción. De cualquiera manera, no deja de ser una ilusión fértil y espléndida, una fuente perenne de valor y energía para la humana naturaleza.

Para Teresa de Jesús era condición indispensable de su trabajo—si es que había de realizarlo con éxito—sentirse acompañada interior y exteriormente de esta Presencia misteriosa, aconsejándola, ayudándola a formar sus decisiones, aun tratándose de aquellos asuntos temporales, que, en justicia, pudieran considerarse indignos de la Divinidad.

Hasta en lo referente a la elección de casa para convento, acepta Teresa, sin titubear, la voz interior de la conciencia como dictados misteriosos procedentes de lo alto. Habíanla ofrecido, y ella rechazado, la Ermita de Nuestra Señora de la Calle—santuario muy popular y muy frecuentado—, mas se decidió por otra casa que le habían buscado los amistosos canónigos Reinoso y Salinas, cuando «estando un día en misa, comiénzame un cuidado grande, de si hacía bien, y con desasosiego que casi no me dejó estar quieta en toda la misa; fuí á recibir el Santísimo Sacramento, y luego, en tomándole, entendí estas palabras de tal manera, que me hizo determinar del todo á no tomar la que pensaba, sino la de nuestra Señora: «Esta te conviene.» Yo comencé á parecerme cosa recia en negocio tan tratado, y que tanto querían los que lo miraban con tanto cuidado: respondióme el Señor: «—No entienden ellos lo mucho que soy ofendido allí, y esto será gran remedio.» Pasóme por pensamiento no fuese engaño, aunque no para creerlo, que bien conocía en la operación que hizo en mí, que era espíritu de Dios. Díjome luego: «Soy yo...» Quedé muy sosegada pero me parecía me tendrían por vana y movible, pues tan presto mudaba, cosa que yo aborrezco mucho... Para remediarlo, lo confesé al canónigo Reinoso...» (1)

El buen canónigo, que todavía era joven, aceptó de buena voluntad (no le quedaba otro remedio, pues ¿quién podía poner el caso en

(1) Según Isabel de Jesús, esta amonestación se repitió varias veces, pues cuando Sor Isabel, que era priora, la preguntó cómo la era posible oír la voz divina con el ruido que hacían en la recreación, Teresa contestó: «Que la voz de Dios ponía tan atenta el alma, que todos los ruidos del mundo no eran bastantes á estorbar.»

duda?) la intervención especial de la Providencia, en un asunto que todos consideraban de suprema importancia; y la respuesta del mensajero que había enviado a ultimar el asunto con el dueño de la casa, que estaba ausente, exigiéndoles, injustificadamente, trescientos ducados más sobre el precio convenido, sirvióles de disculpa, y confirmó y afianzó estas almas crédulas en su supersticioso temor y reverencia. Los canónigos tomaron el asunto, desde el primer momento, con el mismo ardor, y aun mayor, que si hubiese sido propio. Entraron en tratos con el amo de la nueva casa, procuraron algún dinero, y salieran fiadores del coste total. Como el dueño les exigiera otro fiador, fuéronse en seguida en busca del Vicario general del Obispo—un tal Prudencio—. Encontráronle por el camino, y como les preguntara que adónde iban, contestaron que se dirigían precisamente en busca suya con objeto de hacerle firmar el contrato. A lo cual contestó el buen Prudencio riéndose: «¡Pues á fianza de tantos dineros me decís de esa manera!» Pero con la misma ligereza, y sin apearse siquiera de su mula lo firmó, «cosa», añade Teresa, «para los tiempos de ahora, que es de ponderar».

Pero también tuvieron su recompensa, pues la efigie de Reinoso adorna todavía la capilla de su nombre en la catedral de Palencia; aunque la única cosa que le hiciera merecedor del recuerdo de la posteridad fué su breve trato con la ilustre Teresa de Jesús.

A la caída de una calurosa tarde del mes de junio, una procesión maravillosa recorrió las calles medievales de la ciudad de Palencia, en dirección a Nuestra Señora de la Calle. El Obispo vino de Valladolid para tomar parte en ella, y Gracián se pasó toda una noche de viaje para regocijar el corazón de la Madre con su presencia en la imponente ceremonia. Hasta la famosa imagen de Nuestra Señora de la Calle descendió aquel día de su pedestal, y lleváronla en andas al encuentro de sus hijas, para darlas la bienvenida y llevarlas a su casa. Vedlas venir, atravesando calles estrechas, tostadas por el sol, cubiertas con banderas y ramas de laurel, y precedidas del estruendo de las trompetas y músicas triunfales. En primera fila, y entre el ruido de los disparos de los cohetes y de las exclamaciones de la multitud, viene María Santísima para abrir el camino, como era muy natural; tras de ella, el Obispo y el Cabildo, graves hidalgos miembros del municipio, caballeros elegantes y granujillas hambrientos. Pero ¿quién es esta mujer—esta monja algo encorvada que se apoya en su cayado, y ocupa el puesto de honor en medio del Obispo y del Canónigo Reinoso—, cuyo rostro no es posible ver detrás del largo velo negro que la envuelve? A su paso se apodera de la tumultuosa y alegre multitud extraño

silencio, y un estremecimiento misterioso hace palpitar sus corazones, pues apenas la han visto desaparece, y los que la siguen ocupan su lugar; pero todos comprenden que acaban de vivir uno de los momentos más solemnes y memorables de su existencia; y cuando los que entonces eran jóvenes llegasen a ser viejos, y charlasen y se entretuviesen en contar, con mil pormenores, historias del pasado, hablarán también de este día, recordándolo como el más memorable de su vida, pues en él vieron por primera y última vez a Teresa de Jesús. Adelante sigue la muchedumbre, esa mezcla fantástica y heterogénea del siglo XVI. Frailes vestidos de blanco, de pardo y de gris, con sus coronillas afeitadas y sus rostros marcados con el sello indeleble y misterioso del claustro. Adelante va la procesión de sacerdotes cejijuntos, graves caballeros, canónigos del Cabildo de la catedral, mofletudos y faltos de aliento; frailes, monjas, curas y legos, allí conjurados por la voluntad de una viejecita, con un brazo roto, cuyas pisadas siguen. Pero pronto desaparece esta procesión, tan extraña y variada como los colores del arco iris, que se esfuman en el polvillo del olvido al ser mirados.

No se me olvide decir que durante la procesión una ráfaga de viento agagó todas las velas, menos las que llevaban las monjas, únicas que llegaron ardiendo en la iglesia—caso notable, a favor de estas santas mujeres, de la suspensión de las leyes naturales.

CAPÍTULO XXV

EL ORO FINO SE ECHARÁ DE VER EN EL TOQUE

Ya hemos visto con cuánto calor había defendido Felipe esta causa. Dícese que uno de aquellos raros momentos en que el citado monarca dió señales inequívocas de gozo, fué aquél en que leyó el Breve para la convocación del Capítulo, que le fué entregado en Badajoz el 4 de agosto de 1580, cuando se preparaba a hacer su entrada en Portugal. Un mes después, recibió Teresa la noticia estando en Valladolid. La celebración del Capítulo, sin embargo, tuvo que retrasarse hasta el mes de marzo del año siguiente. La muerte del arzobispo de Sevilla, que había de presidirlo, les obligó a apelar de nuevo al Pontífice para que confirmase la elección del sucesor, Fray Pedro Fernández—el Fray «Pero» de Teresa—, elección que resultó igualmente desgraciada, pues el buen fraile yacía a la sazón en su lecho de muerte en los tranquilos claustros de Salamanca. Los días de los capítulos habían ya pasado para él. Las noticias concernientes a una Orden en cuya prosperidad tanto se había éste interesado, sirvieron, sin embargo, para endulzar los últimos momentos del moribundo. «Decid al rey», dijo a Gracián, que se había acelerado a ir de Sevilla a Salamanca, «que me dispongo á subir al cielo, desde donde ayudaré con mi intercesión, puesto que de nada puedo servir ya en la tierra». Gracián llegó a Gelves con la noticia de la muerte de Fernández, el mismo día que Mariana de Austria (según la expresión irónica del cronista) «pasó á mejor vida». Para apartar tal vez sus pensamientos de tan gran pérdida (sigo citando al cronista), el soberano viudo se puso

a escribir una carta al Papa, proponiendo al famoso Dominico Juan de las Cuevas, prior de Talavera de la Reina, para sucesor del difunto fraile.

El tercer Breve, confirmando esta elección, llegó a manos del Rey, que se encontraba todavía en Gelves, el 4 de enero. A pesar de las lluvias y del estado intransitable de los caminos, propio de la estación del invierno, Gracián se apresuró a presentarse en Talavera para informar a Cuevas de su comisión, y vuelto a su miserable posada (pues no quiso aceptar la hospitalidad del majestuoso monasterio) se pasó el día y la noche escribiendo cartas de convocación a los distantes monasterios y conventos de Castilla, cartas que Cuevas no tuvo más que firmar. A los dos meses justos, fué convocado, en Alcalá de Henares, el Capítulo que erigió a los Descalzos en provincia separada rompiendo todos los lazos que les habían unido a los Carmelitas.

Esta fué la mayor merced que jamás recibiera del cielo Teresa.

«Estando en esta fundación (Palencia) [escribe en lenguaje sencillo y conmovedor], acabó nuestro Señor cosa tan importante á la honra y gloria de su gloriosa Madre, pues es de su Orden, como Señora y Patrona que es nuestra, y me dió á mí uno de los grandes gozos y contentos, que podía recibir en esta vida, que había más de veinticinco años, que los trabajos y persecuciones y aflicciones, que había pasado, sería largo de contar; y sólo nuestro Señor lo puede entender. Y verlo ya acabado, si no es quien sabe los trabajos que se ha padecido, no puede entender el gozo que vino á mi corazón, y el deseo que yo tenía que todo el mundo alabase á nuestro Señor, y le ofreciésemos á este nuestro santo rey Don Felipe por cuyo medio lo había Dios traido á tan buen fin; que el demonio se había dado tal maña, que ya iba todo por el suelo si no fuera por él. Ahora estamos todos en paz, Calzados y Descalzos: no nos estorba nadie á servir á nuestro Señor. Por eso, hermanos y hermanas mías, pues tan bien ha oido sus oraciones, priesa á servir á su Majestad.»

Teresa trabajó en Palencia tanto como cualquiera de sus frailes; a ella fueron remitidas las memorias de sus prioras y conventos de monjas. Pocas fueron las que la dieron satisfacción; la que recibió de San José de Ávila, con la petición de toda la comunidad de comer carne, la dejó horrorizada. Su Orden había alcanzado ya un crecimiento tal que no podía alcanzar su dominio.

«En esto de monjas» (pues jamás intenta intervenir en el gobierno de los frailes) «yo puedo tener voto», escribe a Gracián. Su gran objeto era unificar sus constituciones, en las que hasta aquí habían

introducido muchas variaciones los caprichos de alguna priora o de algún visitador, con el fin de que todos sus conventos estuviesen firmemente unidos bajo una misma regla. Para conseguir este objeto un detalle cualquiera, como por ejemplo, el que las tocas de las monjas hubieran de hacerse de hilo de primera o de segunda calidad, viene a ser una cuestión tan importante como cualquiera otra de verdadera transcendencia.

Este es el último esfuerzo que hace en favor de sus hijas Carmelitas, la última piedra que la queda por colocar en el edificio por ella levantado. Ella quisiera poder dominar el porvenir con su sabia y acertada dirección, con la experiencia de toda una vida; quisiera proteger a sus monjas contra la intervención desacertada e incompetente de confesores ineptos; quisiera rodearlas de una fuerte barrera, contra la cual resultasen eternamente impotentes tanto el hombre como el diablo y la maldad humana. El tiempo le ha revelado multitud de puntos vulnerables en la armadura, de los cuales es preciso guardarse en adelante; su previsión pugna por penetrar la densa nube del Tiempo, a fin de poder evitar todo peligro, hacer frente a todas las contingencias invisibles (por el presente) e impedir que sus Constituciones sean mal interpretadas, y escribirlas con una firmeza y claridad inequívocas, para que nadie pudiese cambiar ni interpretar con ligereza su contenido. ¡Cuán extraños y conmovedores son estos esfuerzos de la débil naturaleza humana para someter a su voluntad lo inevitable! Mas éste era el último legado, el único ya, que Teresa podía dejar a sus hijas.

¡Castillos en el aire y casas de arena! En esta misma historia hemos de ver toda su sagacidad frustrada, no por los demonios, sino por sus mismos frailes. Sobre un particular es muy explícita, hasta cansada pudiera decirse, y es: que les sea permitido a las monjas cierta laxitud en la elección de confesores y predicadores: «No hemos de mirar mi padre» (esto a Gracián) «a los que ahora viven, sino que pueden venir personas a ser prelados, que en esto y más se pongan». Sobre este particular, como vemos, se mantiene firme, prevee que en el caso de oposición declarada o insidiosa por parte de algún comisario, se acuda a Roma para decidir la cuestión.

Ella ha estudiado a fondo el temperamento de sus monjas y las flaquezas de la naturaleza humana. La restricción, sabía ella, es cosa peligrosa; pero «cuando tienen libertad no se cuidan de ella, ni la quieren». Casi pudiera creerse que Teresa consiguió penetrar el futuro con aquella vista perspicaz que poseía, y es cosa curiosa que insistiera con más fervor sobre aquellos puntos por cuya defensa se atra-

jeron más tarde Gracián y María de San José el desprecio y la deshonra, acabando aquél por ser expulsado ignominiosamente de la Orden. Teresa procuró solícitamente impedir toda intervención de los confesores en los asuntos económicos de sus conventos y en las prerrogativas de sus prioras. Por eso dijo que ningún confesor había de ser perpetuo, ni ejercer ninguna clase de autoridad, y que sus monjas no habían de estar sujetas a los priores de los Monasterios Descalzos. No ignoraba los peligros del confesonario. «Porque no obra ninguno», sigue diciendo, «como mi padre Gracián, y hemos de mirar los tiempos por venir, pues ya hay tanta experiencia, y quitar las ocasiones, porque el mayor bien que pueden hacer á estas monjas, es que no haya más plática con el confesor, de oír sus pecados... Es menester pensar siempre en lo peor que pueda suceder para quitar esta ocasión, que se entra sin sentirlo por aquí el demonio; sólo esto y tomar mucho número de monjas, es el medio que siempre teme que nos ha de dañar, y así suplico á vuestra paternidad ponga mucho en que queden estas cosas en las Constituciones muy firmes; esta merced me haga á mí.»

Sus palabras no dan lugar a duda ninguna sobre sus intenciones; o sea, que jamás se la ocurriera, ni por un momento, someter a sus monjas a los frailes, ni mucho menos coartarlas en la elección de sus confesores entre éstos últimos. Su objeto fué siempre, y desde el primer momento, asegurar a sus conventos una autonomía, completamente sana, tanto en este como en otros respectos, y limitar el trato de sus monjas con los confesores, bien fueran Descalzos o extraños a la Orden, al confesonario, y será conveniente tener esto en cuenta al leer el resto de esta historia.

Movida, tal vez, por esa superstición con que el espíritu de la gente ordinaria mira todavía todo lo que está escrito en letras de molde, Teresa quiso que las constituciones se imprimiesen «porque hay prioras, que quitan y ponen, cuando las escriben, lo que les parece». «Mire, mi padre, que pongan un gran precepto que nadie pueda quitar ni poner en ellas, para que lo entiendan.» La limpieza no es, por regla general, una de las virtudes de la vida monástica; uno creería que les es más fácil practicar la santidad, y sobre este particular, Teresa se queja de no poder con sus monjas. «Por amor de Dios, procure vuestra paternidad haya limpieza en camas y pañizuelos de mesa, aunque más se gaste, que es cosa terrible no la haber: en forma quisiera fuera por Constitución, y aun creo no bastara según son.»

Teresa daba a Gracián todas estas direcciones detalladas sobre el modo de redactar las Constituciones, no dudando que se dirigía al

futuro Provincial. Mucho tiempo antes de la celebración del Capítulo de Alcalá, Teresa había dado parte a Gracián de la existencia de un partido contrario, presidido por Fray Antonio de Jesús, que sentía una gran envidia de Gracián, no sólo por su preeminencia en la Orden, sino también por el afecto que le dispensaba Teresa, y ponía en juego todas sus fuerzas para alcanzar la codiciada distinción. Entre sus partidarios contaba a Mariano. Por la carta siguiente vemos el concepto que Teresa tenía de Fray Antonio y sus pretensiones:

«Hablé mucho con Mariano sobre la tentación que tiene de elegir á Macario, que me lo ha escrito. Yo no entiendo este hombre, ni me quiero entender con nadie en este caso sino con vuestra reverencia. Por eso sea para sí solo lo que en esto he escrito, que importa mucho; y vuestra reverencia no deje de acudir á Nicolao (Doria), y que entiendan no le quiere para sí; y á la verdad no sé con qué conciencia se puede dar voto de los que ahí están, sino á entrambos á dos... Sepa [dice unos cuantos días después de haber escrito lo que precede], que me han avisado, que algunos de los que han de votar van deseosos de que salga el padre Macario. Si Dios lo hiciere, después de tanta oración, eso será lo mejor: juicios suyos son. A alguno de los que ahora dicen esto le vi yo bien inclinado al padre Nicolao, y si se han de mudar será á él. Dios lo encamine y á vuestra reverencia guarde. Por mal que sucediese, en fin, queda hecho lo principal.»

En las largas y confidenciales cartas dirigidas a Gracián—íntimos desahogos de su corazón, que ella le encarga siempre destruír, aunque a él le valió mucho no obedecerla, puesto que ellas han constituído su más completa y decisiva vindicación—déjase ya traslucir, con suficiente claridad, la envidia y la mutua aversión que llegó a separar a Gracián y Fray Antonio, tan amigos antes, que hasta los disgustos y dificultades entre ellos mismos sólo habían conseguido afianzar su unión—; pero ahora el espíritu maligno de partido y de discordia enseña su repugnante garra, y empieza a formarse la hoguera sofocante que ha de alzarse con una llamarada inmensa en el momento en que Teresa baje a reposar en su tumba en Alba y se encuentren los dos rivales sin el freno de su venerable presencia. Gracián fué elegido Provincial, pero tal vez le hubiese valido más que la suerte hubiese caído sobre el viejo quejumbroso y ambicioso, Antonio de Jesús. De aquel momento data la hostilidad hacia Gracián del dogmático y austero Doria, hostilidad tan opuesta a su antigua actitud afable, condescendiente y benévola como el agua al fuego. Ahora podemos dar a aquella calumnia que Doria atribuyó a Teresa en su viaje a Soria, el verdadero valor, con sólo una palabra; como también explicar las que-

jas, amargas y desconsoladas, por la conducta de Gracián, a las que Teresa dió rienda suelta, según fray Antonio, durante el último viaje que hizo la Santa en la tierra, en direcciónu a Alba, donde la esperaba la muerte. ¡Cuán claramente se ve en las mencionadas cartas su ardiente deseo de que la elección cayese sobre el predilecto hijo de su corazón! Para conseguirlo empleó toda su influencia escribiendo a Cuevas y suplicando en favor de aquél. Este fué el tema de sus oraciones y de las de sus monjas: «¡Oh, qué ansias tienen porque salga provincial!»

En su opinión, sólo él poseía la experiencia necesaria; sólo él sabía desarmar la oposición, a la par que imponer su voluntad con amabilidad y decisión. Seguros podemos estar de que, en este supremo momento, Teresa pasaría por alto su cariño y sus inclinaciones, dando la preferencia a las exigencias más apremiantes de los intereses generales de la Orden. Si a veces se ve acometida por el deseo de ver a Gracián libre de las perplejidades y dificultades propias de tal cargo, «entiendo claro», dice, «que obra más el mucho amor que le tengo en el Señor que el bien de la Orden, y de este procede una flaqueza natural de sentir tanto, que no entiendan todos lo que deben á vuestra reverencia y lo que ha trabajado, y por no oir una palabra contra él, que no lo puedo llevar: mas venido al efecto todavía puede más el bien general. Plega Dios, mi padre, que no les venga tanto mal á estas casas que se hallen sin vuestra paternidad, que mucho es menester muy menudo gobierno para ellas, y quien entienda lo uno y lo otro».

Tal es, pues, la opinión que Teresa tiene del hombre acusado por ella, según dicen, delante de Doria, de «poca religión». Sus enemigos han amontonado sobre su recuerdo toda suerte de calumnias. En vano fueron a desterrarlas las dichas cartas de Teresa y hurtadas otras en el afán de mantener en pie la calumnia contra la memoria de un hombre recto. La posteridad, en presencia de pruebas irrefutables, ha revocado la sentencia de sus contemporáneos, y la fama de aquel pobre fraile, bondadoso y sufrido, luce ahora con el brillo más espléndido que jamás lució.

Según Teresa, sólo había dos hombres—y ninguno más—capaces de llevar el gobierno de la Orden. El primero, Gracián; el segundo, Doria, «andando vuestra reverencia por su compañero, por la experiencia que tiene y el conocer los sujetos de los frailes y monjas». Pero, para que no creyesen que favorecía tendenciosamente a estos dos frailes con exclusión de todos los demás, incluyó también a Fray Juan de Jesús (Roca) en la lista que mandó al Comisario Cuevas, pues, aunque Fray Juan carecía del don de gobernar, «y así lo creo, que como

anduviese vuestra paternidad con él, no saldría de lo que le dijese en nada, y así lo haría bien. Pero yo soy segura que no terná votos». Por lo que toca a Fray Antonio de Jesús, Teresa le declara completamente inepto para desempeñar el citado cargo.

El Capítulo se celebró el 3 de marzo en el Colegio Carmelita Descalzo de Alcalá. A él asistieron don Luis Hurtado de Mendoza, Conde de Tendilla, y varios dignatarios de la Universidad. Todos los gastos relacionados con dicho acto, fueron pagados por el Tesoro Real, por orden expresa del monarca. Por extraña casualidad, los frailes más notables de la Reforma no estuvieron presentes. En la primera sesión, el Comisario Cuevas, después de declarar formalmente la separación de los Descalzos, pronunció un erudito discurso, atestado de citas teológicas, con el objeto de probar que la separación no implica discordia.

La segunda sesión comenzó con una elegante alocución en latín, compuesta por Mariano sobre las palabras *jam hiems transiit, imber abiit et recessit... surge amica mea et veni* [Cant. II, 11, 13]. Terminada ésta, procedió el Capítulo al nombramiento de cuatro definidores: Doria, Fray Antonio, San Juan de la Cruz y Fray Gabriel de la Asunción. En seguida pasaron a elegir Provincial. La votación recayó exclusivamente sobre Gracián y Fray Antonio de Jesús, triunfando el primero por un solo voto. Entre aclamaciones de regocijo y el canto del *Te Deum*, el nuevo Provincial fué llevado en triunfo a la iglesia del colegio. Al día siguiente, una procesión, honrada por las autoridades, las dignidades universitarias y las Órdenes religiosas, se dirigió a la magnífica iglesia dedicada a los niños mártires Justo y Pastor, donde Fray Antonio de Jesús celebró misa y Gracián predicó. Por la tarde tuvo lugar un debate de «conclusiones de teología» entre alumnos y graduados, exprofesores y catedráticos, sobre varios puntos escabrosos de teología, también. Todo esto acaeció en domingo. Al día siguiente, acordó el Capítulo por unanimidad ofrecer oraciones perpetuas por el alma del Rey católico; y parte de las penitencias de los miembros de la comunidad habían de ser también ofrecidas por el mismo fin. El 13 de marzo se redactaron, finalmente, las Constituciones, y en la primavera del año siguiente Gracián las hizo imprimir en Salamanca, en deferencia a Teresa, dedicándole unas cuantas palabras cariñosas a modo de prefacio.

Este fué uno de los gozos memorables en la vida de Teresa, por más que, como dice a Gracián, «parece este negocio cosa de sueño, porque aunque quisiéramos mucho pensarlo, no se acertara á hacerlo tan bien como Dios lo ha hecho».

¡Un sueño, en verdad! ¡Pero ni Teresa ni aquellos largos y laboriosos años de su vida eran un sueño; tampoco lo eran sus viajes de un confín a otro de España! Pero sí, también esto es sueño, como lo son todas las formas vagas y evanescentes que encierran la vida agitada y desasosegada del hombre; y fácil es que en aquella región de interminable reposo—si es que existe—ella también haya comprendido que la Reforma de los Carmelitas fué una vanidad, como todo lo demás. Y, sin embargo, desgraciado del mundo cuando los soñadores se hayan extinguido y no quede ya quien sueñe estos sueños que proyectan cierto resplandor, emanado de la Divinidad, sobre los viles detalles de la vida ordinaria, impregnándolos del perfume de lo Ideal. Más grandes que los dioses de Grecia, que personificaban las fuerzas de la naturaleza—por más que su frente no esté tan despejada—, son estos dioses; personificación de otras fuerzas: fuerzas morales del heroísmo, de la abnegación y el desinterés.

A pesar de todo, este sueño de la vida nos parece bien real mientras estamos en el mundo, y su corriente nos arrastra de un modo irresistible.

Los mensajeros aguardan para conducir a Teresa a Soria, y ella, una vez terminada la procesión en compañía de sus hijas, y después de verlas establecidas del todo, se apresura a partir otra vez.

Su primera intención había sido fundar en Burgos, una vez terminada la fundación de Palencia; pero ¿cómo iba ella, que jamás había podido resistir los clamores de la gratitud, a desatender los ruegos insistentes de su antiguo amigo y confesor Velázquez, ahora Obispo de Osma, sinceramente ansioso de ver honrada su diócesis con una de las fundaciones Descalzas de Teresa de Jesús? Una señora viuda y rica, de Soria, llamada doña Beatriz de Beamonte, hija de un capitán de la guardia de Carlos V, había resuelto dedicar la mitad de su hacienda a dotar un convento, y los calurosos elogios del Obispo en favor de Teresa y sus hijas la hicieron inclinarse por uno de los conventos de Carmelitas Descalzos. Las cosas se arreglaron para la mayor comodidad de Teresa. La carta del Obispo fué seguida del coche enviado por doña Beatriz para conveniencia de la viajera. Con él había venido el capellán particular de dicha señora, y otro capellán de parte del Obispo, además de un alguacil que había de precederles y prepararles alojamiento cómodo por el camino. El Obispo de Palencia, que no quería ser menos, mandó al racionero Pedro de Ribera a formar parte de su escolta, y la pequeña compañía se aumentó todavía con la adición de Fray Nicolás de Jesús María (Doria), y su compañero Fray Eliseo de la Madre de Dios, además de las cinco monjas

y una hermana lega elegidas de los conventos de Salamanca, Medina y Segovia. De modo que entre todos no resultó mala escolta la que se formó en torno del coche de la anciana viajera—tan próxima a rendir su largo y último viaje—al salir de Palencia al amanecer de uno de los primeros días de junio de 1581.

Mas su corazón iba bien triste por la ausencia de aquél—el único de todos que la comprendía—, a quien ella amaba de tal manera que bastaba que cualquiera persona le mostrase gracia para ser amado de ella. A pesar de su habilidad y prestigio personal, Doria no podía, en manera alguna, llenar el vacío de aquél a quien había venido a reemplazar. La ausencia de Gracián, con cuya compañía había contado con tanto afán, proyectó profunda oscuridad sobre el viaje y amargó el gozo que pudiera causarla el triunfo final de su Orden.

«Ahora no ve qué poco me ha durado el contento? que estaba deseando ya el camino, y creo que me pesara cuando se acabara, como ha hecho otras veces que iba con la compañía que ahora pensé. Sea Dios alabado, que ya me parece comienzo á cansarme. Yo le digo, mi padre, que en fin la carne es enferma, y que así se ha entristecido más de lo que yo quisiera, porque ha sido mucho. Al menos hasta dejarnos en nuestra casa, se pudiera excusar la ida de vuestra reverencia, que ocho días más ó menos haría poco al caso. Harta soledad ha hecho acá, y plega á Dios el que fué ocasión de llevar á vuestra reverencia lo haga mejor de lo que yo pienso. Dios me libre de tales priesas... Á la verdad yo no diré ahora cosa bien dicha, que tengo poco gusto para decirla. Sólo hay un alivio, que es el temor que pudiera tener y tenía, que me han de tocar en este Santa Santorum [su *Sancta Sanctorum* era Gracián], que yo le digo, que es tentación hasta la que en esto tengo; y á trueco de que no se haga esto, pasaré con que todo llueva sobre mí, que harto llueve. Ahora lo he sentido, y bien disgustado se me ha de hacer todo, que en fin, el alma siente no estar con quien la gobierne y alivie. Sírvase Dios de todo, y como esto sea no hay de qué nos quejar, aunque más duela.»

¿Quién hubiera podido formular un reproche más tierno, más sentido y moderado que éste? Y, sin embargo, los enemigos de Gracián la acusaron de haberle reprochado en este mismo viaje y en presencia de su enemigo Doria su «poca religión». El lector se encontrará por lo menos en posición de poder apreciar en su verdadero valor toda acusación futura—acusaciones formuladas por Doria y su bando—contra aquel devoto fraile. Acusaciones que provenían, la mayor parte de las veces, de los desvaríos de alguna monja visionaria; acusaciones que sólo pudieron mantenerse mutilando, destruyendo o es-

condiendo las cartas de Teresa, y falsificando cartas y documentos que querían hacer creer hubieran sido escritos por Ana de San Bartolomé, la más constante compañera de Teresa, en los últimos momentos de su vida, en los que la Santa se quejaba amargamente de las faltas de este hijo tan querido. Para que Teresa no sintiera tanto su ausencia, Gracián había enviado a Doria en su lugar, y ella le agradece esta prueba de afecto, por insignificante que resulte. «Harta merced me hizo vuestra reverencia de enviarle (ya que no se pudo más); porque era menester no ser mocito, sino quien pueda hablar y parecer más.» Pero nadie puede llenar el vacío causado por su ausencia, nadie puede dar alivio al fatigado corazón de esta pobre anciana, que suspira por este hijo, único consuelo que tiene en la tierra. «¡Oh mi padre! Alabe á Dios que le hizo tan agradable con los que le tratan, que nadie parece hinche este vacío. ¡Oh que á la pobre Lorencia todo le cansa! Dice que no hay apaciguar, ni sosegarse su alma sino con Dios y con quien como vuestra reverencia la entiende. Lo demás le es tanta cruz, que no lo puede encarecer.» De nuevo le hace una advertencia que, examinada a la luz de los acontecimientos posteriores, podría haber sido tomada como signo de mal agüero por otro más malicioso y menos bondadoso que el afable Gracián.

«Con Fray Juan de Jesús me holgué. Cada vez que veo el amor que tiene á vuestra reverencia, me hace quererle bien. No le muestre desgracia, *que es de tener en mucho un buen amigo el día de hoy.*»

A pesar de la fatiga, Teresa gozó más que de ordinario con lo variado del paisaje por donde atravesaba; y una de las pocas observaciones que hace sobre el particular y que demuestran que no era insensible a las bellezas naturales, es precisamente alusiva a este viaje, uno de los últimos que emprendió: «Estos caminos», dice a María de San José, «son harto cansosos, aunque no lo puedo decir por el que fuí de Palencia á Soria, antes me fué recreación porque era llano, á la vista de ríos que me hacían harta compañía.»

A las cinco de la tarde del día de San Antonio, los viajeros divisaron, desde las colinas y brezales que rodeaban a la ciudad, de aquel lado, las pintorescas torres de la antigua ciudad de Soria. Desde las afueras de la población empezó a aumentarse a cada instante el pequeño cortejo de Teresa por la agregación de compañías de graves eclesiásticos y caballeros, magníficamente ataviados y que, montados en sus retozones caballos, habían salido a su encuentro para darla la bienvenida. La muchedumbre, alegre y bulliciosa, llena calles y caminos, atronando el aire con sus aclamaciones a la llegada del coche, que se arrastra lentamente por la senda empolvada; pues ahora todo

el mundo anhela festejarla y honrarla. Al pasar por delante del palacio del Obispo, donde éste se encontraba, al lado de una ventana baja, en espera de su venida, la Santa mandó descorrer las cortinas del coche, y arrodillándose, ella y sus monjas, imploraron su bendición. Luego, fueron a casa de doña Beatriz, que también las estaba esperando a la entrada de su casa. Pero las fatigadas viajeras no bien se vieron libres de las miradas ansiosas de la multitud, cuando se encontraron con las de los espectadores del interior, teniendo que sufrir el disparo de los curiosos ojos de todas las grandes damas de Soria, que se habían reunido para tributarlas aquel homenaje. Cuando al fin se hallaron en la habitación magníficamente decorada, que había de hacer las veces de oratorio hasta que la iglesia estuviese terminada, la madre y sus hijas, cayeron de rodillas, besaron el suelo, y permanecieron absortas en silenciosa oración. Terminada ésta, Teresa se levantó y, volviéndose hacia doña Beatriz, la abrazó con ternura y gran bondad, dándola las gracias por el favor que las había dispensado. Doña Beatriz habría querido besarla la mano, pero la urbana Santa adivinó su movimiento y antes se la besó a ella. Conversó después con las otras señoras «con gran discreción y amabilidad», sin olvidarse de dirigir unas cuantas palabras de gracias al grupo de joviales caballeros allí presentes, por el honor que habían hecho a su hábito. Pero si todos los presentes se asombraron del tacto exquisito y juicio consumado que la facilitaban corresponder con una urbanidad tan refinada, y sin infringir la dignidad y reserva de su hábito, los vanos cumplimientos del siglo, no les causó menos sorpresa ver la firmeza que ocultaba tras de aquellos modales corteses y fascinadores. Pues cuando los caballeros se hubieron retirado y las señoras suplicaron a las monjas que se alzasen el velo, Teresa se negó a satisfacer su curiosidad—aunque las dejó en completa libertad de conversar—; y no se retiró su prohibición hasta no haberse quedado solas con dos parientas de su bienhechora. Durante la velada, se presentó un paje para anunciarlas la llegada del Obispo y de Don Juan de Castilla. Después de cruzar algunas palabras de bienvenida y hacerse algunas preguntas, durante las cuales otra vez se bajaron el velo —no por causa del Prelado, seguramente, que era ciego, sino por el caballero que le acompañaba, y haber contestado Teresa por sus inmóviles y silenciosas monjas—, su señoría se retiró para que se entregasen a su bien necesitado reposo; pero prometiéndolas volver a la mañana siguiente a decirlas misa y administrarlas la comunión con sus propias manos. Fray Nicolás y su compañero le acompañaron a su alojamiento.

El día siguiente (era el 14 de agosto y la fiesta de San Elías), después de misa, signo solemne de la toma de posesión, un notario, que se había quedado en el oratorio para este objeto, redactó las patentes de dotación, en presencia del Obispo, la Santa, doña Beatriz de Beamonte, Doria, Don Juan de Castilla, el Canónigo Diego Vallejo, el racionero Ribera y el doctor Cebrián de Cuenca. Además de los quinientos ducados que ya las había prometido, y la casa donde estaban, doña Beatriz ofreció en aquella ocasión tres mil ducados más para agrandar el local. Impuso, sin embargo, ciertas condiciones que fueron rechazadas con el tiempo, por ser incompatibles con la paz y reclusión de la Comunidad. Sólo les faltaba la iglesia y ésta les vino de la generosidad del Prelado, que les cedió una que había cerca de la casa, con la que se podía establecer fácilmente la comunicación por medio de un corredor. La Santa dió inmediatamente el patronato del altar mayor a la generosa fundadora, para que ella lo concediera a quien gustara. Una vez terminadas las escrituras, Teresa hizo una visita de inspección a la iglesia, y su activo cerebro no tardó en emprender la obra del plan y pormenores del corredor. Sin embargo, casi pasaron dos meses antes de ver completamente terminados los preparativos; y al día siguiente de concluír sus tareas, o sea el día de la Transfiguración, púsose el Santísimo Sacramento, con toda solemnidad, en el altar de la iglesia de las Carmelitas Descalzas de Soria, y, en ausencia del Obispo, predicó el sermón el jesuíta Francisco de la Carrera.

Había, sin embargo, una persona que no participaba del regocijo universal. Doña Beatriz tenía un sobrino, don Francisco Carlos de Beamonte y Navarra, que se creía injustamente defraudado de la mayor parte de una herencia que ya había tenido por suya, y que había pasado a una pestífera Comunidad de monjas. Teresa y sus monjas eran igualmente odiosas a este joven atolondrado, que las ultrajaba sin límite ni medida, si bien se guardaba de que sus palabras llegasen a oídos de su tía, para no exponerse a perder el resto de la hacienda.

Quince años después de haber muerto Teresa, todavía abrigaba en su pecho el mismo encono contra la mujer que le había robado su fortuna, hasta cierto día en que—según su declaración debidamente firmada y atestiguada—hallándose postrado en un lecho de dolor, del que no tenía esperanzas de levantarse, se le presentó la Madre, y con voz sigilosa le dijo: «Mucho has dudado de mi santidad; pues mira lo que dice el Evangelio, que por el fruto se conoce el árbol: mira el que yo he dado.» Entonces le cruzó repentinamente por el pensamiento el recuerdo de que en Soria, siendo él todavía un jovenzuelo loco y ato-

londrado, le había dicho la Santa ciertas cosas que se habían cumplido. En aquellos tiempos no sabían lo que era un desarreglo del «sistema nervioso», la expresión no se había inventado todavía, y nadie se figuraba que esos ataques de profunda melancolía y excitación anormal—síntomas ordinarios de la «conversión»—pudieran tener su origen exclusivamente en ciertas causas físicas. No dudando que oían esas voces exteriormente y lejos de sí, las gentes de este siglo obraban con una sencillez grandísima.

Un incidente como este bastaba para cambiar el curso de toda una vida; y rara vez pensaban en soltar el arado, una vez que lo hubieran puesto en él la mano, en un momento semejante de intensa e inexplicable emoción. Así fué con don Carlos. Cuando se levantó de su lecho de dolor se encontró enteramente cambiado; ingresó en la Orden Tercera, de la Orden que tan malignamente había injuriado en otro tiempo, y se retiró a Arévalo, donde, a partir de aquel momento, llevó una vida de ejemplo y edificación para sus prójimos.

Antes de salir de Soria, Teresa recibió la visita del Jesuíta Ribera, biógrafo suyo, que se hallaba allí accidentalmente, a su vuelta de Roma. A la ida la había visitado en Valladolid, donde se encontraba, en un estado de irresolución, antes de emprender la fundación de Palencia. Pero esta visita fué de un interés especial, aunque lúgubre, pues en ella vió por última vez en la Tierra a la mujer cuya historia había de relatar más tarde en una obra, que por su sencillez, candor y evidente sinceridad merece ocupar un lugar entre las biografías más notables de la época. También él estuvo presente a las ceremonias de inauguración de su convento el día de la Transfiguración. «Pero desta visita de Soria—dice—me acuerdo más por ser la postrera, que no la vi más después, y por la lástima que me quedó de cuatro días que estuve allí sin saberlo hasta el postrero, y en ellos pudiera aprovecharme y consolarme mucho con su santa conversación.»

Ribera nos ha legado un célebre retrato de Teresa, el único, de todos los que se han hecho, digno de ella. Pues aquella mujer de facciones duras, inmortalizada por el pobre Fray Juan de la Miseria, de cuyo rostro tétrico apartamos impacientes nuestras miradas, debía tener poca semejanza con las facciones vivas y animadas de la Santa. Un escultor español moderno, modificando un poco el original, suprimiendo ciertos rasgos y acentuando otros, ha conseguido darnos una imagen mucho más simpática. Puede ser que su belleza, como sucede con muchas personas inteligentes (pues bien creo que puede ser aceptado como axioma el hecho de que la belleza y el talento no se encuentran reunidos en esta frágil cubierta mortal, a no ser en algunos casos

raros y privilegiados), fuera de esas bellezas especiales que dependen de las irradiaciones extrañas y potentes, de los varios estados de ánimo y de sus diferentes expresiones. Como mujer pensadora, el pensamiento debía haber estampado sobre su frente su sello majestuoso; sus ojos, profundamente hundidos, que alcanzaban a ver tan lejos, pero también tan cerca (1), debían centellear al dar expresión a su ironía, su sátira benigna y su natural alegría. A veces presentaba un aspecto de belleza casi sobrenatural: su rostro se cubría de un resplandor que asombraba a todos los presentes. La descripción que de ella hace Ribera prueba, por lo menos, que Teresa sobresalía por su belleza, tanto física como moral; y si la estatua de alabastro de su hermana Juana, con su cara hermosa y exquisitamente modelada, en reposo sobre los cojines de su sepulcro en Alba de Tormes, puede servirnos de base para formar un criterio: Teresa debió haber sido singularmente hermosa.

«En los ángeles, el que es más aventajado en el natural, lo es también en la gracia, y en los hombres se ve hartas veces esto mismo, que á las que escoge el Señor para más alta gracia y mayores dones sobrenaturales, les da también más perfecto y excelente natural, como se verá en lo que dió a la madre Teresa de Jesús. Era de muy buena estatura, y en su mocedad hermosa, y aún después de vieja parecía harto bien, el cuerpo abultado y muy blanco, el rostro redondeado y lleno, de muy buen tamaño y proporción, la color blanca y encarnada, y cuando estaba en oración se le encendía, y se ponía hermosísima, todo él limpio y apacible: el cabello negro y crespo, frente ancha, igual y hermosa, las cejas de un color rubio que tiraba algo á negro, grandes y algo gruesas, no muy en arco, sino algo llanas. Los ojos negros y redondos y un poco papajudos (que así los llaman y no sé cómo mejor declararme), no grandes, pero muy bien puestos, y vivos y graciosos, que en riyéndose, se reían todos, y mostraban alegría, y por otra parte muy graves, cuando ella quería mostrar en el rostro gravedad. La nariz pequeña y no muy levantada de en medio, tenía la punta redonda y un poco inclinada para bajo, las ventanas della arqueadas y pequeñas, la boca ni grande ni pequeña, el labio de arriba algo delgado y derecho, el de abajo grueso y un poco caído, de muy buena gracia y color; los dientes muy buenos, la barba bien hecha, las orejas ni chicas ni grandes; la garganta ancha y no alta, sino antes metida un

(1) Este pensamiento me lo inspiró un aldeano de aquellas tierras, a quien enseñé una vez un retrato de la Santa. Su observación (y en ella resumió lo que a mí me ha llevado un libro entero en exponer) fué: «Cara de pensadora. Tiene la vista para aquí y para otra parte.»

poco; las manos pequeñas y muy lindas. En la cara tenía tres lunares pequeños al lado izquierdo, que la daban mucha gracia, uno más abajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca, y el tercero debajo de la boca. Estas particularidades he yo sabido de personas, que más de espacio que yo, se pusieron muchas veces á mirarlas. Toda junta parecía muy bien, y de buen aire en el andar, y era tan amable y apacible, que á todas las personas que la miraban comunmente aplacía mucho.»

Retrato diestramente pincelado; pero no tanto, ni tan delicadamente terminado como el ligero esbozo que nos ha hecho de su carácter:

«Un muy sano y agudo y asentado juicio, una gran discreción y prudencia singular, una muy alegre y apacible condición, una complexión muy buena y muy agena de melancolía... como lo saben bien los que la conocieron y trataron... Pues ¿qué diré de la humildad que en ella tan claramente resplandecía, que se echaba de ver muy lejos?»

* * *

Hemos acompañado a Teresa por las diferentes fases de su juventud hasta llegar a la vejez; hemos procurado dar a conocer los variados y contradictorios impulsos y emociones de una inteligencia fuerte y vigorosa, y un carácter desviado, pero jamás vencido por las convulsiones del misticismo. Soñadora y proyectista a la vez—jamás llegó a ser del todo ni lo uno ni lo otro—; pero por todo y en todo, lo mismo cuando se creía acompañada de la presencia sutil del Hijo de Dios, que cuando la preocupaba la manera de alcanzar un buen puñado de ducados para sus empobrecidos conventos, revela una rectitud tan cabal, un amor inherente a la verdad, una percepción tan justa de lo real en las cosas y en las personas, que no pueden menos de excitar la admiración del que hubiere de condenar el primer caso de fanatismo y considerar el segundo como un borrón indigno de un carácter tan desinteresado por todos sus demás aspectos. Hasta cierto punto su juicio la libró de llegar a ser víctima del engaño o de la ilusión, y ni ella misma tuvo nunca seguridad de la realidad o del origen de sus visiones, ni le atribuyó jamás sino la más insignificante importancia. Sin embargo, sus idólatras han tenido por conveniente pasar por alto todos aquellos pasajes en que Teresa hace mención de sus visiones, considerándolas como resultado de su mala salud, y han pretendido velarse el rostro al penetrar con ella en el tabernáculo de lo transcendental y sobrenatural.

Pero hacia el fin de su vida, se verifica un cambio sorprendente que solicita ahora nuestra atención. La víspera de su viaje a Soria escribió al Obispo de Osma un relato que pudiera considerarse como una especie de confesión general o revista de su vida espiritual. En un documento semejante sería casi imposible hablar con verdadera sinceridad. Los partidarios de una religión que presupone la supresión de la razón a favor de la fe, que tiene por fundamento una cadena interminable de imposibilidades y crudezas, no están nunca libres del todo de incurrir en decepciones e involuntarias exageraciones. Teresa, con toda su santidad, se vió acaso más libre que casi todos los demás. De todos modos, sea cual fuera la exageracion, inconsciente, en que estuviera obligada a incurrir por la absorción casi completa de su personalidad en su misión, no deja de ser una revelación preciosísima.

Todas sus dudas y temores están ya de largo tiempo calmadas; las visiones imaginarias que los originaron han cesado también, y en su lugar han surgido las visiones intelectuales más sublimes—una sensación constante de la presencia de las tres personas de la Divinidad y de la Humanidad de Cristo.

Tal vez suceda con las sensaciones mentales, aun las más delicadas, y con las emociones, lo que sucede con las sensaciones físicas, que van embotándose y amortiguándose a fuerza de uso y con el abuso: con el desfallecimiento y cansancio propios de la vejez, fácil es que se sienta ya incapaz de experimentar aquellos ímpetus de antaño, cuyo dolor agudo y delicioso había atravesado tan a menudo su corazón, incapaz también de sentir aquellos arrebatos de ternura cuando la esposa luchaba en el abrazo apasionado de su amante. Pues todo esto ha pasado, dejando tras de sí una paz intensa y continua, y en completo dominio del castillo de su alma, en perfecta seguridad del porvenir. En verdad, casi pudiera creerse que el alma ha perdido toda conciencia de sí misma, tan completa es su absorción en la Divinidad. Ya no puede sentir aquellas ansias que sentía antaño al recuerdo de las transgresiones de los herejes, y a la vista de las almas que iban a la perdición. Aquellos punzantes deseos de mortificar la carne y de sufrir por el Señor, que, más que temer, la hacían anhelar que la llevasen y la martirizasen en la Inquisición, han pasado ya hace tiempo. Es más, precisamente en esta época de su carrera, según Yepes, comenzó a encontrar un placer inocente y casi conmovedor, en el favor concedido a sus escritos, y la veneración tributada a su Orden y conventos por toda España. Escuchó con gran contento los elogios de Yepes sobre el *Camino de Perfección*, diciéndole con gran satisfacción: «Algunos hombres graves me dicen que parece Sagrada Escritu-

ra.» No era que la animase la mera vanidad personal (que habría sido muy perdonable en ella—ella, la más humilde y menos vanagloriosa de todas las mujeres)—, sino que temía que cualquier borrón sobre su fe y su reputación, pudiese recaer sobre sus conventos; en una palabra: si le eran gratas la estima y honra de que gozaba, era porque la parecía que todo sería para mayor gloria de Dios y provecho de sus hijas. Si la gustaba verse honrada y estimada, era por ellas y sólo por ellas. En un tiempo había pedido a Dios que quitase de la gente la opinión que se habían hecho de su santidad, pero ahora que se ha visto tan favorecida, siendo el instrumento de la restauración de la grande Orden de los Carmelitas, su único cuidado era verse libre de toda falta y hasta de las más triviales imperfecciones. Una vez preguntó al Señor «cómo era posible vivir muriendo», y Él la contestó: «Hija, pensando que acabada esta vida, no me podrás más servir ni padecer por mí.» Ella había tenido su parte correspondiente de sufrimientos y trabajos, pero también es cierto, y es grande la satisfacción con que lo digo, que en estos últimos años de su turbulenta existencia, gozó de la serenidad y tranquilidad absolutas que experimenta la conciencia que está en paz consigo misma y con sus semejantes; había cumplido su tarea tan bien, tan completo había sido el sacrificio de su vida y de sí misma, que no quedaba lugar a otro sentimiento que el de la alegría. Henchida de paz y calma celestiales, acariciada por todas las glorias del sol poniente, contempla con frente despejada la larga y fatigosa subida que deja tras de sí con la completa seguridad de que sólo Dios podría haber sido el autor de las visiones que Él la había enviado como medio único de poder guiar una alma débil y turbada, a lugar seguro y reposado. Y así se acerca al final de su carrera, llena de tranquilidad y confianza, que todavía parecen reflejar los versos—los mejores, a mi parecer, de cuanto escribió—que dejó tras de sí, cual legado imperecedero, a sus hijas de Soria. Compúsolos con motivo de la festividad de la Exaltación de la Cruz, la víspera de su salida para Ávila, y desde entonces acá, en el mismo día de cada año, se han venido cantando en la hora de la recreación de mediodía, pues todavía observan las monjas las ceremonias sencillas y tradicionales que ella inauguró. Después de adorar la cruz, se dirige la Comunidad, en solemne procesión, al camposanto, llevando cada monja una rama de olivo, y a su paso resuenan por los claustros las notas de este antiguo himno de su fundadora. Cuando el eco de sus voces acaba por perderse en el silencio, y después de haber rezado un responso por el alma de los muertos, dejan sus ramos sobre las tumbas hasta el año próximo, cuando volverá a renovarse este sencillo rito:

«En la Cruz está la vida
Y el consuelo;
Y ella sola es el camino
Para el cielo.

En la cruz está el Señor
De cielo y tierra;
Y el gozar de mucha paz
Aunque haya guerra:
Todos los males destierra
En este suelo,
Y ella sola es el camino
Para el cielo.

De la cruz dice la Esposa
A su querido,
Que es una palma preciosa
Adonde ha subido;
Y su fruto le ha sabido
A Dios del cielo,
Y ella sola es el camino
Para el cielo.»

En la misma página donde constan estas letrillas, las monjas han copiado su última amonestación, dirigida a ellas y a sus sucesoras: «Hijas mías, por lo que las quiero y amo, las encargo tres cosas: la primera observancia regular; la segunda, obediencia a los prelados; y la tercera caridad unas con otras; y si las cumplís, las ofrezco que las dará Dios el espíritu doblado como á nuestro padre Eliseo por haberse fundado esta casa en su día.»

Es cosa singular que al pasar por Osma, de vuelta para Ávila, se encontrase con Yepes, otro de sus biógrafos, prior de la Rioja por aquel entonces, y más tarde Obispo de Tarazona. También él se había enterado de que estaba en Soria, y habiéndole informado el Obispo el día antes de que la esperaban en Osma a la noche siguiente, se esperó para verla. Cuando llegó, eran ya las ocho, y el prior salió a la puerta a recibirla y saludarla al tiempo de apearse. Teresa le preguntó quién era, y después de decírselo, permaneció callada, por lo que Yepes se figuró que le había olvidado o bien que su presencia le era desagradable. Cuando se encontraron solos, preguntóla la causa de su silencio, y ella contestó: «Turbéme un poco», y luego, corrigiéndose, como si creyese haber empleado una expresión demasiado fuerte, añadió: «y poca fué la turbación, que no fué más que un momento, porque se me presentaron dos cosas: que debeis de ir penitenciado de nuestra Orden; y si quisiere nuestro Señor pagarme el trabajo de esta fundación, con

toparos aquí: yo me consolé con este favor». También le profetizó la duración de su penitencia, y le dijo que vergüenza le había de dar, una vez terminada, de haberse apurado por tan poca cosa.

Durante su estancia en Osma, confesó dos veces con él y recibió, de sus manos, la comunión; de esto nos ha dejado Yepes algunos detalles personales, mucho más valiosos que su biografía, en la que sólo se percibe débilmente, aquí y allá, la figura de Teresa como mujer. Al acercarse a él a tomar la hostia consagrada, vióla—parece ser que por primera vez—su rostro descubierto. Notó que su color era el «color de la tierra», lo que él atribuyó a su edad (tenía entonces sesenta y siete años), a sus grandes y continuas enfermedades, trabajos, ayunos y vómitos. Pero en el momento de llevarse a la boca al Señor, se la puso hermosísima y de un color transparente, quedándose con tanta majestad y gravedad «que mostraba cuán bien aposentado estaba el Huésped que había recibido».

También notó que, con tener los dientes gastados, negros y podridos, le olía la boca a almizcle; circunstancia que sorprendió y escandalizó en gran manera al buen fraile, haciéndole pensar que no podía ser tan santa y penitente como decía, puesto que usaba olores y cosas confortativas; pero cuando preguntó después a sus monjas si era cierto que usaba tales perfumes, éstas le dijeron que no solamente no los tenía, sino que los aborrecía como a la peste, porque la causaban intolerable dolor de cabeza, y que cuando tenían bizcocho oloroso de cena, se quedaba sin cenar, porque si lo comía no podía dormir.

Una antigua leyenda de Osma dice que Teresa se alojó en el palacio del Obispo, esa mole grisácea que se alza todavía severa y amenazadora, a un lado de la calle estrecha y arqueada. Pero es lo más probable que fuera a refugiarse al pequeño mesón cercano; y mesón sigue siendo hoy día, pues los siglos han hecho poca diferencia en la vida popular y en las costumbres patriarcales de esta antigua ciudad, en el corazón mismo de Castilla, consagrada a su memoria e impregnada todavía de su fragancia. El 19 reanudó su viaje a Segovia—viaje de seis días—por San Esteban, Ayllón y Sepúlveda. Sus compañeros de viaje fueron el racionero Rivera de Palencia, aquel «sambenito» que se ganó su gratitud ayudándola en la construcción del corredor que tendieron entre el convento y la iglesia en Soria, y de cuyas modestas virtudes habla Teresa en términos tan entusiastas y laudatorios. Seguramente que no habría faltado quien tuviese a mucho honor escoltar a la anciana Santa, además del pequeño y flaco racionero (debía ser joven). Esto fué suficiente para Teresa, «pues mientras menos ruido, mejor me hallo por los caminos».

Pero a pesar de todo el cuidado de Rivera, el viaje resultó bastantó bien rudo y fatigoso para esta valerosa mujer de sesenta y siete años. Los caminos eran malos—aun para el tosco carro con que viajaban—y el calor intenso.

«En este viaje [escribe Teresa] pagué lo bien que me había ido en la ida: porque, aunque quien iba con nosotros sabía el camino hasta Segovia, no conocía el camino de los carros, y así nos llevaba este mozo por partes, que veníamos á apearnos muchas veces, y llevaba el carro casi en peso por unos despeñaderos grandes: si tomábamos guías, llevábannos hasta donde sabían había buen camino, y un poco antes que viniese el malo, dejábannos, que decían tenían que hacer. Primero que llegasemos á una posada, como no había certidumbre, habíamos pasado mucho sol, y aventura de trastornarse el carro muchas veces. Yo tenía pena por el que iba con nosotros [Rivera; cuán característico de esta buena anciana, que con tanto denuedo iba caminando bajo un sol abrasador, es el acordarse en primer lugar de las molestias de los demás], porque ya que nos habían dicho que íbamos bien, era menester tornar á desandar lo andado; mas él tenía la virtud tan de raiz, que nunca me parece le ví enojado, que me hizo espantar mucho, y alabar á nuestro Señor; que, adonde hay virtud de raiz, hacen poco las ocasiones. Yo le alabo de cómo fué servido sacarnos de aquel camino.»

Igualmente característica fué la festiva y placentera exclamación con que acogió una de las caídas del carro en esta ocasión. «Por lo menos yo me he caído y dañado», pues tan arraigada en ella como su misma virtud, era la preocupación casi infantil que nunca la abandonaba, de que una fundación llevada a cabo sin algún apuro o sufrimiento no auguraba nada bueno para el porvenir.

La víspera de San Bartolomé llegaron a Segovia, donde encontraron a las monjas muy apuradas por su tardanza; «que como el camino era tal, fué mucha». Después de pasar allí ocho días, durante los cuales sus hijas se esforzaron, a cuál más, por atender a sus comodidades, continuó su viaje a Ávila. Desde alguna posada pequeña, humilde y apartada de Villacastín, a seis leguas de Segovia y cinco de Avila, donde pasó la noche, y mientras el carro la esperaba a la puerta a los primeros albores de una mañana de septiembre, escribió una carta a su priora de Sevilla. «(Para la Madre priora de las Carmelitas Descalzas, á espaldas de San Francisco de Sevilla)», decía el sobre. «Llegué anoche, bien harta de andar, que vengo de la fundación de Soria, que hasta Ávila, adonde ahora voy, hay más de cuarenta leguas.» Por fin, el 6 de septiembre, encontróse otra vez, después de un

año de ausencia, entre sus monjas de San José. El espectáculo de la disolución y relajación en que había caído el convento, que bien pudiera decirse había fundado con la sangre de su corazón, aun en vida de Teresa, fué causa para ella de tristeza y mortificación. Ya hacía tiempo que iba de mal en peor, y en su ansiedad, había declarado, hallándose en Soria, que, a falta de otro medio, sería capaz de irse a pie a Ávila. Y la verdad era que sólo ella podía desenredar aquella enmarañada madeja de apuros temporales y desorganización espiritual. La comunidad se hallaba a punto de perecer de hambre, pues con el escaso legado de Salcedo (que no era suficiente para darlas de comer todos los días, cuanto menos pensar en sacar también la cena, y eso suponiendo que las pagasen puntualmente, pues hasta entonces, todavía estaban por cobrar el primer plazo), habían cesado las limosnas de que habían vivido hasta aquí. «Me han hecho ahora priora por pura hambre», escribe Teresa a María de San José. La severidad y rigor de la antigua disciplina habían sufrido gran relajamiento por la necedad y lenidad del capellán, que no era otro, dicho sea de paso y con gran sentimiento, que nuestro antiguo amigo el Maestro Julián de Ávila. El ser elegida Teresa para un cargo que encontraba ya demasiado pesado para sus débiles fuerzas, y para el que ya no se creía con habilidad, fué muy en contra de su voluntad. «Cuando la eligieron», escribe Gracián, «ella con la mayor gracia del mundo, nos estaba riñendo á todos porque no la dejabamos descansar y queriendo, dar razones para que se eligiese otra priora, yo la mandé poner la boca en el suelo, y, postrada, comencé á cantar el *Te Deum Laudamus*», y el 10 de diciembre, en obediencia al mandato de Gracián, fué elegida priora por voto unánime de la comunidad.

Ávila no era ya el Ávila de su juventud. La ausencia de tantas caras conocidas que habían abandonado la vida para siempre, había dejado un vacío bien triste en su corazón, que nunca más se podría llenar. El hermano a quien había estado unida por los más tiernos lazos del cariño, dormía tranquilamente su último sueño, y Ávila, Perú, La Serna, eran ya para él como si nunca hubieran sido. También el buen Salcedo había desaparecido, dejando su último legado a San José; y Baltasar Álvarez había pasado también a mejor vida un año antes, a la edad de cuarenta y siete, mientras hacía su visita de Provincial al Colegio jesuíta de Belmonte; «y lo peor es haber quedado los que quedan» (se refiere a Pedro y a Francisco, su hermano y sobrino). La pena más triste de una larga vida es verse abandonado, poco a poco, por las personas que durante tanto tiempo han sido compañeras; verlas caer una a una en el camino y desaparecer para siem-

pre, y quedarse uno solo, encallado, por decirlo así, el último de toda una generación, rodeado de objetos que parecen ya extraños, de recuerdos dolorosos y afectos pasados. «Cuanto más se pasa esta vida», escribe Teresa, «menos contentos encuentro en ella». Un poco más, ¡oh alma arrojada y valerosa!, y tú también te sentirás aliviada de la carga que te abruma, dejando tras de ti inmortal recuerdo—tal vez menos imperecedero que tu santidad—, el recuerdo de tu valor, devoción y constancia, virtudes rara vez igualadas por otra mujer.

Bien puede quejarse a María de San José de que la pérdida de tan buen hermano no era nada en comparacion de los disgustos que la daban los que había dejado tras de sí. Su familia no hacía sino aumentar sus ansiedades, y era más difícil de gobernar que los conventos. Las malas lenguas se habían ocupado, con razón o sin ella, de la reputación de su sobrina Beatriz, hija de Juan de Ovalle y Juana, hermana de Teresa. La honra de su familia era cosa muy querida para esta castellana vieja. Su sobrino Francisco—Teresa resume su carácter en una frase, que no sería dicha, ciertamente, en tono de desprecio, pero que deja traslucir cierto viso de ironía, «este muchacho no era más de para Dios»—, ha engañado a su esposa y a su suegra sobre el valor de su renta, diciéndoles que tenía 2.000 ducados, y gastando como si fuera cierto, cuando la verdad era que la parte de los hijos menores, y sus piadosos legados, habían absorbido casi toda la hacienda de Lorenzo, dejando a su heredero poco o nada para mantenerse. Francisco procuraba ahora anular el testamento de su padre, e hizo varios esfuerzos, infructuosos, para sacar a su hermana del dominio de su tía. También receló—pero sólo momentáneamente—que Teresita, la niña que ella había criado desde su niñez, y en quien soñaba, probablemente, para que la sucediera en la Orden en el porvenir, siendo ya mujer, empezaba a vacilar—negro presentimiento que la pasada conducta de su hermano pudiera justificar. Casilda de Padilla, «que no sé qué demonio la ha trabucado», había prestado oído a las persuasiones de sus parientes, y estaba empeñada en abandonar la Orden donde había ingresado, en un acceso de juvenil y tal vez pasajero entusiasmo. Para Teresa, la moral que de aquí se desprende es bien clara: «No debe querer Su Majestad, que nos honremos con señores de la tierra, sino con los pobrecitos, como eran los Apóstoles, y así no hay que hacer caso de ello...; acá digo á los dichos del mundo, que para Dios quizá es lo mejor, que en sólo Él pongamos los ojos. Vaya con Dios. Él me libre de estos señores, que todo lo pueden, y tienen extraños reveses.»

Además, a pesar de sus expresas y frecuentes advertencias a María

de San José de que no enviase el dinero que la debía a ninguna otra persona que a ella; a pesar de haberse negado rotundamente en Palencia a que Doria los cobrase, éste, con malvada desfachatez, había persuadido a la priora de Sevilla a entregarle a él los doscientos ducados, cuyo pago había sido el tema constante y perturbador de las cartas de Teresa. El astuto fraile (tal vez mereciera su conducta otro calificativo más recio) había entregado al instante el dinero a su hermano, en pago de la cantidad que éste había adelantado para sufragar los gastos de los delegados a Roma, y Teresa veía alejarse más y más todas las probabilidades de llevar a cabo antes de su muerte el último y sagrado mandato de su hermano. Sentíase indignada, y con justicia, ante semejante acto de doblez, y dijo a su priora claramente que debían haberlo concertado juntos (no es esta la primera vez que Teresa alude a la «raposería» de su priora predilecta). «Yo temí lo que se ha hecho, y no me ha parecido bien, que soy amiga de llaneza.» También observa que si María de San José entregó los ducados a Doria para que se los remitiese a ella, el hecho de habérselos pasado a su hermano, no justificaba en manera alguna la acción de éste en quedarse con ellos, en pago de su deuda, sin el permiso de la priora, la cual merecía, puesto que no había obrado por falta de amonestaciones, pagarlos dos veces, «y así lo hará, si no me los dan».

«La capilla se está por empezar, y si mientras estoy aquí no se hace (al menos se comienza), no sé cómo ni cuándo, que espero, si Dios es servido, ir desde aquí á la fundación de Madrid... Bien creerá que los dineros fueran míos, ó en mi mano, que yo gustara más, pudiera ser no tratar de esto [del testamento de su hermano]. ¡Si viese la perdición en que anda su hacienda! [de Francisco] es lástima, porque este muchacho no era más de para Dios. Aunque quiero apartarme de todo, dicenme estoy obligada en conciencia... que yo no se en que ha de parar.»

Y vuelve a insistir sobre la mala fe del padre Nicolás:

«Lo que más me ha disgustado es haberlo porfiado conmigo, y en fin, hacerlo vuestra reverencia y él, sin que yo quisiese... y mejor pudiera esperar su hermano que no dejarse de hacer la capilla, que me deja mi hermano encargada á mí; y si me muero quedarse ha según las necesidades que tiene su hijo, y gastarlo han, podrá ser, y aún según lo veo se puede tener por cierto.

Todos estos eran los cuidados y pensamientos que preocupaban a la anciana fundadora de aquella Ávila del siglo XVI. La acosaban más cuando contemplaba desde su estrecha ventana los últimos rayos del sol poniente desvaneciéndose por detrás de las pardas mesetas hacia

Sonsoles, o cuando atravesaba cojeando, en la sombra creciente del crepúsculo, los corredores del convento, por los cuales empezaba ya a cruzar el frío penetrante de un invierno propio de aquella elevada meseta. Y a la postre suspiraba, y a semejanza de otros muchos, antes y después del Idumeo de Caldea, se decía que «Dios se lo llovía todo encima á la vez». Con todos estos sueños mezclábanse los de otras fundaciones—la de Madrid no la abandonó hasta el fin de su vida. Cierto es que llegaría a ser un hecho, pero como ella había previsto con tanto acierto en Soria, no sería ella la que lo llevase a efecto. Si se había detenido en Soria, fué con la esperanza de persuadir al Cardenal de Toledo a dar su consentimiento. Pero el altivo Prelado se sentía muy dolorido de la resolución tomada por su sobrina (aquella viuda rica de Medina, doña Elena de Quiroga, que tanto había hecho por Teresa en años anteriores, durante la fundación de dicha ciudad) de trocar el mundo por el oscuro retiro del convento que había ayudado a fundar. A pesar de haberle asegurado con toda prudencia la Santa (que parecía oponerse por otras causas a la entrada de dicha señora en la Orden) que no sería recibida sin su consentimiento, el Cardenal seguía sin conceder la licencia, y Teresa tuvo que volverse a Ávila. Ahora empezaba a temer (y con razón) que su acariciado proyecto no llegase a realizar. Ni su sumisión ni sus promesas parecen haber surtido el menor efecto, por más que sus palabras fuesen de todo punto sinceras, como lo prueba una carta confidencial escrita a Gracián con el encargo, tantas veces repetido, de que la rompiera, pero que, a pesar de sus deseos, él conservó reverentemente como las otras:

«Me ha parecido bien enviarle estas cartas de Toledo, para que vea cuán pesadamente lo toma el arzobispo, y entiendo no nos conviene tenerlo por enemigo, en ninguna manera. Y dejado eso, jamás se habla en esa entrada, que no me hace gran contradicción, porque adonde está madre é hija, y hartos deudos, con lo que se entiende de esa señora, temo ha de haber mucha inquietud, y ella tener poco contento; y así, antes que yo hablase al arzobispo tenía rogado al padre Baltasar Alvarez se lo estorbase, y él me lo había prometido, que estaba á lo mismo que yo, y la conoce bien. ¡Mire qué talle de haberla yo persuadido! Yo le he escrito al cardenal que avisaré á vuestra reverencia, y que esté descuidado que no se recibirá y darmehia mucha pena, si así no lo hiciese. Ya sabe vuestra reverencia el secreto que pide esta carta; en todo caso la rompa vuestra reverencia, y no entienda nadie que por él se deja, sino porque á ella y á sus hijos no les está bien, como es verdad; ya tenemos harta experiencia de estas viu-

das... No debe ser llegada la hora de esta fundación [la de Burgos]· La de Madrid es la que ahora conviene, y creo que con ver el arzobispo que se hace lo que él quiere, la ha de dar presto, y el obispo de aquí, que va alla para Setiembre, me dice la recaudará.»

Mas la resolución de la misma doña Elena echó por tierra la decisión de Teresa. Su amenaza de entrar en las Franciscanas si no se la admitía en las Carmelitas, pudo arrancar, por fin, al Arzobispo el consentimiento, tardío y dado de mala gana, que durante doce años había negado tan obstinadamente.

El mismo Gracián acudió a Medina desde Salamanca, para celebrar la ceremonia de la toma del hábito por tan ilustre novicia; y la última carta de Teresa a don Gaspar de Quiroga fué una sentida y humilde acción de gracias y reconocimiento por tan señalado favor y consuelo. Pero en lo referente a la fundación de Madrid, última preocupación de estos años postreros de su vida, el Arzobispo permaneció inflexible, y Teresa estaba todavía en espera de la licencia, que nunca llegaba, ni llegaría jamás, a pesar de haberla deseado tanto tiempo y con tanto afán. Y a todas estas cosas llega el año a su fin, al tañido matutino y vespertino de las campanas de la catedral, y las calles cenicientas de la vieja ciudad parecen más cenicientas todavía en contraste con la fría capa de polvorienta nieve que las cubre; y Teresa, «hecha una gran priora», como dice festivamente a Gracián en Salamanca, lucha por impedir que el hambre cruce las puertas de San José, como en otro tiempo luchó porque no cruzara las de la Encarnación. Poco será, tal vez, lo que tenga que consignar; poco que sea digno de llamar la atención en los acontecimientos del momento de aquel oscuro convento y, sin embargo, la comunidad se agita y se estremece también con sus modestos goces y ligeras penas, con la misma intensidad que el mundo exterior. Un sermón predicado por el Doctor Castro, el digno canónigo a quien Teresa, fiel a los instintos de su naturaleza, ha transformado, con su mágica influencia y un tanto acaso merced a aquella deferencia y arte lisonjero que nadie mejor ni más hábilmente que ella supo emplear, de incrédulo imparcial en las visiones, en creyente parcial de las suyas propias; sus visitas al pequeño y oscuro locutorio—pues el mero hecho de haber sido condiscípulo de Gracián y haber ido juntos de muchachos a la Universidad de Alcalá fué suficiente para ganarle su amistad—, fueron los acontecimientos más excitantes de todos los que traían alguna variación en la monotonía de las obligaciones (pues no hay vida ninguna que resulte heroica en todos sus detalles), de su laboriosa y ordinaria existencia. Bien podemos figurárnoslos allí sentados, ella perdida en la sombra, detrás del

enrejado; él en el locutorio a la luz incierta del crepúsculo. De vez en cuando llega también un mensajero de la Duquesa de Alba, o de la Marquesa de Villena, a las puertas del convento, y con él entra un soplo del mundo en aquel tranquilo recinto. Y, sin embargo, en poco se diferenciaba esta austera y rigurosa existencia—a no ser en la repetición metódica de los deberes del coro y en lo más riguroso de la reclusión—de la que se llevaba en los antiguos palacios de Ávila cubiertos de escudos, insignias y hasta en las casas de los nobles más encumbrados. Si quisiésemos hoy tomarnos una idea, siquiera vaga, de la vida de nuestros antepasados, del estado grave, sombrío y monótono, de reposo, en que vivían, tendríamos que ir a buscarla a estos conventos castellanos, y sólo a ellos, donde el paso de los siglos no afecta más que el exterior de sus murallas, intensificando su tono de color, pero dejando intacta hasta en los más menudos detalles, la atmósfera interior; tal cual la que rodeó a Teresa. Lo mismo que eran entonces, son ahora; y al aproximarnos a la reja del locutorio para hablar con la priora y sus monjas, y sentir el apacible murmullo de sus voces en medio del silencio, desaparece la idea del mundo exterior—el apego que hacia él tenemos abandona nuestro corazón, y suspira uno por la paz del claustro, la paz que mana de la tranquilidad de la conciencia y del noble cumplimiento del Deber—, suspira uno por poner en práctica, estrechados contra el seno de la Divinidad, esos grandes ideales de Pobreza, Abnegación y Serena Humanidad. Graves y dignos en medio de su pobreza, todavía nos transportan al pasado, y nos ponen en contacto con la esencia misma de un siglo que va desapareciendo velozmente aun de España; sólo ellos ofrecen todavía una imagen débil del medio, de las ideas y de la historia íntima de aquella época. ¡Como que nosotros ni siquiera sabemos ya estar alegres! Y, por el contrario, ¡qué alegría y regocijo reinaban en el convento cuando una novicia tomaba el velo o profesaba! ¡Qué fiestas se hacían por dentro y por fuera! Fuera, la familia de la futura monja celebraba la ocasión con capones y perdices en honor suyo; dentro, la calurosa bienvenida, el resplandor de las velas, el gozo triunfante de la comunidad con la entrada de otra esposa de Jesucristo; y los capones y perdices no dejarían tampoco de hacer su entrada por el torno.

Por lo menos tal es la escena que Teresa revela en la carta escrita, a las dos de la mañana, a Gracián, en la cual dice haber tenido lugar en San José, el 28 de noviembre, con la profesión de Ana de los Ángeles. También la Madre tuvo el gran gozo de tener presente en la ceremonia a Fray Juan de la Cruz, enviado allí desde Baeza por el Provincial de Andalucía para que acompañara a Teresa a la fundación

de Granada, y la prodígase todos los cuidados y comodidades que convenían a su edad y a su persona. Pero bien fuese porque todavía no había perdido del todo la esperanza de alcanzar la licencia para la fundación de Madrid, o porque la intimidase la larga distancia del camino (pues no podemos creer que el negarse a ir fuese debido a la arraigada prevención que, como buena castellana, tenía en contra de los enredadores y peligrosos andaluces, pues, por el contrario, casi había hecho concebir a María de San José la esperanza de que iría a verla otra vez a Sevilla antes de morir), lo cierto es que en esta ocasión cedió los honores de la fundación a Ana de Jesús, priora de Veas. Y la mañana siguiente, después de haberse despedido de las monjas que ella misma había elegido con todo cuidado para que fuesen a unirse a la fundadora en Veas y acompañarla después a Granada, Teresa se sintió bien triste y solitaria.

Otros detalles menudos de su carta nos dan a conocer sus tendencias económicas, y nos revelan las luchas de su existencia. En su pobreza, érala imposible ayudar a Gracián con su fundación en Salamanca, «y verdaderamente todos habían de acudir á esa casa, por ser tan provechosa para la Orden». Con este fin, hasta el pobre Fray Juan de la Cruz se había vaciado los bolsillos, contando y recontando su escaso tesoro para ver si podía desprenderse de algunos ducados; pero sus deseos fueron más grandes que su capital. Sin embargo, Teresa había conseguido sacar «cuatro escudos á Antonio Ruiz», según dice por carta a Gracián, con toda su antigua viveza y buen humor. Aquél la había visitado hacía unos dos o tres días y se los había dado, «y harto hago en no me quedar con ello, que, según andan las cosas, no será mucho que me dé tentación de hurtar».

La nieve cubre de nuevo con su blanco manto las vecinas sierras y se amontona sobre las calles estrechas y tortuosas de la ciudad; de nuevo, sopla el viento con bramidos lúgubres y extraños y arrastra tras de sí los secretos de vastas y desoladas soledades, de lugares inaccesibles en las montañas donde jamás se ha posado la planta del hombre, de rincones salvajes, habitados por el lobo y el jabalí, y del extenso mundo allende las murallas de la adusta ciudad medieval. En las aldeas de los alrededores no se percibe movimiento alguno; los rebaños y el ganado están bajo cubierto, y las manadas de lobos rondan las calles a media noche. Los mismos pastores, sentados en torno de la hoguera, escuchan asombrados y confundidos la relación de una que otra leyenda extraña y fantástica de aquellos tiempos feroces y agitados que, para ellos, era todavía cosa real, mientras la puerta, cerrada y trancada, cruje y rechina sacudida por el huracán.

Y en esta estación, Teresa se prepara otra vez a recorrer la distancia que la separa de Burgos. ¡Otra vez! Pues el fin de su viaje está cerca. Otra vez ha de escuchar el lúgubre tañido de las campanas de la gran catedral dando la bienvenida a la noche más solemne y gozosa de todo el año, despertando en ella todos los recuerdos de su infancia; reminiscencias lejanas de aquéllos que habían escuchado con ella su voz estridente tantos años antes; los huesos de algunos iban convirtiéndose ya en polvo, poco a poco, bajo las losas del gran monasterio franciscano, detrás de las murallas; otros yacían en los campos de batalla de las Indias, aquel país tan vago para ella por estar revestido de todo el misterio de la inmensidad; y otros, en la iglesia misma del monasterio que debía la existencia a los esfuerzos de sus mismas manos y a la constancia de su voluntad. Y al extenderse el tañido por el espacio ocupado por aquella meseta, interrumpiendo el silencio y ahogando los bramidos del viento, ¿no comunican sus lenguas de bronce una nota amonestadora a la pobre ancianita, que ha venido escuchando sus voces desde la infancia a la juventud, desde la juventud a la vejez? ¡Pero no! Sin preocuparse del futuro, cercano o distante, cuando haya de imprimir el sello de su identidad sobre su ciudad natal, cesando ésta de ser Ávila de los Caballeros, para convertirse en Ávila de Teresa de Jesús, pasa tranquilamente su última Navidad en la tierra; y arregla con amorosa solicitud el «aposentico» donde Gracián, a su llegada de Salamanca para conducirla a Burgos, ha de dormir; «aunque no creo que el Doctor Castro», deseoso también de darle alojamiento, «lo consentirá». Todo está arreglado; los apuros de la familia se han remediado por el momento de la mejor manera posible. Por lo que hace a su sobrina Beatriz, muchos y buenos han sido los consejos que ella ha enviado a Juan de Ovalle con objeto de poner a su hija fuera de peligro lo más pronto posible, marchándose a pasar el invierno, como tenían de costumbre, a la pequeña aldea de Galinduste:

«Bien creerá vuestra merced, que no estoy sin cuidado ni estaré mientras supiese que se está vuestra merced en Alba; porque no está nada muerta la ocasión. Por amor de nuestro Señor, que vuestra merced no se descuide, pues ya está el invierno tan dentro, que no le estará mal ir adonde tenga buenas lumbres, como vuestra merced lo suele hacer; porque el demonio crea que no duerme, según he sido avisada... Yo cierto, señor, dejadas estas cosas tan importantes, que no se pueden encarecer más, el medio que está dado, conviene para el remedio de su hija de vuestra merced; que ese estar con sus padres no puede ser para siempre.»

En otra carta que escribe cinco días después, indica más claramente el «remedio», remedio que no debió parecer bueno, ni ser del gusto de la paciente. Teresa estaba próxima a partir para la fundación de Burgos, y creía que sería muy buena idea dar a Beatriz el hábito en Ávila y llevársela consigo, para que la acompañase después hasta Madrid («que holgarse ha en estos monasterios»). Pero lo que Teresa juzgaba de tan poderoso atractivo, o sea el hacer a Beatriz fundadora aun antes de profesar, no excitó el entusiasmo correspondiente en aquéllos a quienes lo propuso, y si bien Beatriz concluyó por hacerse monja, después de la muerte de su tía, por el momento parece haber preferido quedarse en la aldea a gozar de las «buenas lumbres». «Dios sea con ellos», exclama Teresa, «que tal vida me dan». Una de las últimas cartas que escribió antes de terminarse el año, fué para su sobrino Lorenzo, en Lima (o «la Ciudad de los Reyes», como ella la llama), aquel Lorenzo cuyo retrato se conserva todavía en la antigua y arruinada casa solariega de Hortigosa. Él, al menos, está rico y próspero y ha hecho muy buena boda. Sus indios—¡pobres indios!—, le producen una renta de siete mil ducados; y Teresa, que ya sabía lo que era tener un hermano necesitado, envía una palabra de amonestación a Agustín de Ahumada, que estaba a punto de salir para España con la flota, a solicitar del Rey una pensión en pago de sus servicios. «Yo le digo á vuestra merced, que si no trae qué comer, que tenga harto trabajo, que no habrá quien le dé de comer, y para mí lo será, de no lo poder remediar, grande... Recia cosa es en tanta edad ponerse á tan peligroso camino por hacienda, que ya no habíamos de atender, sino en aparejarle para el cielo.»

CAPÍTULO XXVI

LA CORONA DE ROSAS Y ESPINAS

Y ahora llegamos a la fundación de Burgos, a la que el cronista titula, no inadecuadamente, pues también él percibe vagamente la tragedia del último acto del drama de una vida humana, su corona de rosas y espinas. Levántate y ciñe tus lomos, ¡oh Teresa!, para hacer un último y glorioso esfuerzo; pues la Noche viene, en que no habrá para ti más Tiempo ni Trabajo, porque serán absorbidos por las tinieblas; viene la noche en que nadie puede trabajar, sea cual fuere su misión. Aparta de ti la repugnancia instintiva, el cansancio corporal y espiritual que te tientan—siquiera por un momento—a encomendar esta fundación a otros brazos más fuertes, pero no ciertamente a otros corazones más valerosos que el tuyo. Allá, allá lejos, y envuelta en la luz del sol poniente, se encuentra la ciudad, el Hogar que tú has visto relucir a larga distancia aun desde la niñez. Esta vida que has vivido; esta vida fatigosa y laboriosa que parecía interminable, no ha sido más que un sueño; sus dolores, sus luchas y tinieblas espirituales, no han sido más que una ligera neblina que ha oscurecido por un instante su resplandor. Ahora caminas apresuradamente hacia la Realidad, tú que siempre amaste lo Real en la vida; tú, que hasta llegaste a alcanzar vagos destellos de la Razón Eterna en la tierra, por falsificada que te la presentara el dogma mezquino de una religión. Envuelta en tu creencia, en sus tinieblas y miserables prevenciones, tú has sabido desenvolverte y elevarte por cima de todo, abrazando y sintiendo lo Infinito, que luchaba por sobreponerse dentro de ti. Extiende tus miradas por última vez sobre la ciudad que

desaparece para siempre de tu vista, esta ciudad vieja, cenicienta, de aspecto tormentoso y contorno irregular, donde se ha deslizado, en medio de las glorias siempre variables del alba y del sol poniente, gran parte de tu existencia. Ahí queda la Encarnación, reposando tranquilamente en la hondonada al pie de los severos baluartes de la ciudad; allá hacia el poniente se extiende la desnuda paramera, cubierta de pedregales y romero, y bañada en toda su extensión por mil cristalinos riachuelos. Y allí también, a la orilla misma de la ciudad, y destacándose todavía desde la polvorienta carretera de Medina de entre los rojos tejados y altas murallas de otros conventos—el Gordillas y el Santa Ana de los Bernardinos—se alza ese otro convento, obra de tus manos, moldeado por dentro y por fuera en conformidad con tus ideas. ¡Oh, anciana valerosa!, todavía una última mirada, y Ávila habrá desaparecido a tus ojos para siempre; sí, desaparecerá tan por completo de tu vida, como si nunca hubiera existido; pero tú has de reflejar sobre ella una fama póstuma, y las hazañas de los caballeros que, cubiertos de su armadura, reposan en la Catedral, serán olvidados; su historia y su pasado heroicos, no se recordarán más que por haber servido para nutrir la infancia con sus tradiciones e inspirar la adolescencia de la gran Teresa de Jesús.

Las hijas de San José recordaron por largo tiempo esta última estancia en medio de ellas. Sólo faltaba el colorido mágico que presta la muerte a la credulidad impresionable tal como la de ellas (y no olvidemos que aún la credulidad encierra en sí cierta grandeza), para descubrir un milagro en una porción de acontecimientos sin importancia—acontecimientos que pasaron entonces inadvertidos y que fueron luego revestidos de extraño significado—. Pero hasta que la gran nube no venga a interponerse y Teresa haya desaparecido para siempre detrás de su sombra, no comprenderán ni vagamente la grandeza de la figura que las ha abandonado. Entonces será cuando la imaginación, siguiendo su curso inevitable, intentará rodearla de esa atmósfera difusa de lo sobrenatural que, a manera de velo, envuelve todavía, ocultando el verdadero aspecto de Teresa como mujer.

Uno habría creído que la última fundación—esta gloria postrera de su carrera—hubiera de haber sido una serie seguida de triunfos, que ya había conseguido acallar toda oposición, que encontraría el camino libre de tropiezos y que no tendría más que presentarse en Burgos para convertir su proyecto en hecho consumado.

Tal debería haber sido el fin dramático de sus sufrimientos y luchas; pero ¡ay! rara vez es dado a la vida humana mantener en la práctica completa unidad de acción, y Teresa no tuvo la suerte de ser

una excepción. Frustrado su acariciado proyecto—la fundación de Madrid—, Teresa tuvo que luchar a los sesenta y siete años, y durante los últimos meses que le restaban de vida, con el mismo ardor con que luchara veinte años antes, en Ávila y Medina, hasta ver completado el último de los conventos que la aclamaban como fundadora. Durante seis años o más, había existido en su cerebro, en estado de letargo, esta idea, que le fué sugerida por un miembro de la Compañía de Jesús, y avivada después y puesta en ejecución por la intervención del recién elegido arzobispo de Burgos en su paso accidental por Valladolid, con ocasión de encontrarse allí ella, antes de ir a la fundación de Palencia. Teresa le conocía bien, pues, como ella, era también de Ávila, y descendía de una de las familias más nobles y antiguas. Desde que Ávila era Ávila, no había habido escaramuza o ataque contra los moros en las montañas en que no tomase parte algún Blasco, Núñez o Vela. ¿Qué cosa más natural que el que este Arzobispo ayudase a una paisana suya, tanto más cuanto que él había sido testigo de las luchas en su primera fundación, cuando la ciudad entera se alzó en oposición, todo lo cual conservaba todavía fresco en la memoria? Mientras que los dos Obispos celebraban su entrevista, en torno de la mesa del antiguo convento Jeronimita de Valladolid, el de Palencia, exponiendo su petición en nombre de Teresa, no tuvo dificultad en alcanzar la promesa verbal de admitir y favorecer la proyectada fundación. No obstante, con motivo de la distancia y por el clima de Burgos, tan frío y riguroso, así como también por haber querido Teresa complacer al buen Obispo de Palencia, se había retrasado la fundación del primero hasta que se terminara la de este último, y cuando la de Soria se interpuso alargando el retraso, el Obispo envió a un Canónigo expresamente a Burgos para que sondeara al Arzobispo sobre sus intenciones. Pero ahora el Arzobispo imponía condiciones: el convento había de contar con dotación, o, de lo contrario, «ser sancionado por la población». Teresa recibió esta respuesta estando en Soria. El Obispo de Palencia, por el contrario, irritado por la respuesta ambigua de su colega, quería que Teresa se pusiese en camino inmediatamente. Pero ésta no se dejaba engañar con buenas palabras y rezagadas promesas. No queriendo en manera alguna que se suscitaran desavenencias entre estos dos santos, dió por pretexto su mala salud y la aproximación del invierno (pues para no indisponer a los dos amigos ocultó, con su exquisita prudencia, la verdadera razón, el proceder del Arzobispo mismo), y se volvió tanquilamente a Ávila.

Sin embargo, una viuda rica e influyente de Burgos, que había hecho amistad con Teresa en Palencia, adonde había llevado a dos

de sus hijas a tomar el velo (otras dos habían hecho lo mismo cuatro años antes en Valladolid), tenía empeño en hacer este convento; y gracias a su devoción, y no a ninguno de todos los arzobispos, el de Burgos llegó a ser un hecho. Ella fué la que consiguió vencer las objeciones de la corporación, ofreciendo generosamente proveer la casa y atender al sustento de la comunidad.

«Ella luego después de comenzado á tratar, me escribió que lo andaba negociando. Yo la tuve por cosa de burla, porque sé cuán mal admiten monasterios pobres, y como no sabía, ni me pasaba por pensamiento, que ella se obligaba á lo que hizo, parecióme era mucho más menester. Con todo, estando un día de la Octava de San Martín [á mediados de Noviembre], encomendándolo á nuestro Señor pensé que se podía hacer si diesen la licencia; porque ir yo á Burgos con tantas enfermedades (que le son los fríos muy contrarios siendo tan fría) parecióme que no se sufría, que era temeridad andar tan largo camino, acabada casi de venir de tan áspero, como he dicho en la venida de Soria; ni el padre provincial me dejaría. Consideraba que iría bien la priora de Palencia, que, estando todo llano, no habría que hacer. Estando pensando en esto y muy determinada de no ir, díceme el Señor estas palabras, por donde ví que era ya dada la licencia.—No hagas caso de esos fríos que Yo soy la verdadera calor. El demonio pone todas sus fuerzas para impedir aquella fundación, ponlas tú de mi parte, porque se haga, y no dejes de ir en persona, que se hará gran provecho.»

Aquí está de nuevo—y por última vez—, el admonitor de su vida, infundiendo fuerzas y valor a su enflaquecido cuerpo.

La repugnancia natural, propia de la vejez y de su estado delicado de salud, a arrostrar las nieves y las lluvias de un viaje en invierno a través de Castilla, se desvanece al instante como nube delante del sol; y cuando a los pocos días vió confirmadas sus previsiones con la llegada de la licencia, si hubiera podido hacer su gusto, habríase puesto en camino inmediatamente.

Verdad es que Gracián la preguntó si tenía ya por escrito la licencia del arzobispo, pero ella le tranquilizó en seguida inspirándole la misma confianza generosa que ella poseía.

«Las cosas de Dios (respondió ella) no han menester tanta prudencia, ni pueden las graves materias de su servicio ser emprendidas si esperamos que todo venga á ser tan llano como lo deseamos. Esa fundación (la de Burgos) será muy en servicio de Dios y si se dilata no llegará á hacerse. Arriesguémosla (la licencia del Arzobispo) y guardemos silencio porque será mejor mientras más padezcamos. Y sepa-

mos que el demonio hace cuanto puede por impedirla; mas sin embargo, considere su reverencia la decisión, pues ella será la más sana.»

El segundo día de enero de 1582, salió Teresa para Burgos. Gracián—a quien ella había escrito con su acostumbrada solicitud y cariño, diciendo que si predicaba el último día de Pascua no había de ponerse en camino sin tomarse un día de descanso, no fuese a sentarle mal el viaje—, vino de Salamanca a Ávila para acompañarla, en parte por tener que ir a visitar a Soria, según ella dice, y en parte por cuidar de su salud en el camino, como hacía tan mal tiempo y encontrarse tan vieja y enferma «y parecerles que importa algo mi vida». «Y cierto fué providencia de Dios; pues los caminos estaban tales, que eran las aguas muchas, que fué bien necesario ir él y sus compañeros, para mirar por dónde se iba, y ayudar á sacar los carros de los trampales, en especial desde Palencia á Burgos.»

De esta manera atravesó la pequeña caravana aquel escabroso e invernizo terreno, entre Ávila y Burgos. Un carro entoldado y seguido de unas cuantas figuras montadas en burro, o mulas tal vez, apareció en el horizonte, se confundió por breve tiempo con su blanca inmensidad, y luego fueron todos a perderse convertidos en puntos negros tras la línea formada por el encuentro de la tierra con el cielo. A semejanza de lo que acontece en las Pampas de La Plata, o en los desiertos arenosos de Arabia, los objetos que se hallan sobre las llanuras de estas mesetas, adquieren una magnitud e importancia desproporcionadas; así, el pastorcillo de aquellos parajes pudo contemplar, milla tras milla, de pie e inmóvil, contra el firmamento, la llegada y desaparición de nuestros viajeros. La melancolía y el triste encanto de estas elevaciones, más que una percepción positiva, es una impresión indefinible. La tierra parece tan ilimitada como el cielo, y el cielo, a su vez, viene a ser la nota dominante del panorama. A medio día, bajo su brillo deslumbrador, la tierra resulta cosa sin importancia; pero luego que el sol desciende en los cielos, aquélla lanza mil luces extrañas y armonías de colores, y lo que antes era dura capa de rastrojos, se convierte en luciente y esplendorosa paleta, imponente e indeciblemente misteriosa a la caída de la tarde, cuando las largas y oscuras líneas del horizonte resultan más oscuras todavía contra el verde puro de la luz, y las matas de cardos se yerguen con aire trágico y ominoso contra la vasta inmensidad de tierra y cielo. De vez en cuando, el campanario de una iglesia o los tejados rasos de alguna tranquila aldea, interrumpen, por breve instante, la uniformidad de la llanura; pero éstos, antes acrecientan que disminuyen la opresiva sensación de soledad. Desde Ávila a Medina hay poco más de un día de

camino, y el 4 de enero, el día antes de la víspera de Reyes, se presenta a su vista, traspasando el nivel de la llanura e iluminado por la luz dorada del crepúsculo, el severo Castillo de la Mota, centinela y defensa de la ciudad, todavía invisible, que se extendía a su pie. A nosotros, este castillo sólo puede recordarnos ciertos hechos históricos diligentemente sacados de los libros: *sic transit gloria mundi;* pero en estos viajeros evoca el recuerdo de personajes y acontecimientos cuya imagen conservan todavía fresca en la memoria, acontecimientos en los que sus mismos padres habían tomado parte. Fernando e Isabel proyectan todavía su sombra gigantesca sobre este palacio-fortaleza de su propiedad; a unas cuantas millas de distancia, y escondido en la llanura, está Madrigal, pueblo natal de la Reina Católica. Todavía vivían algunos viejos que les habían visto a ambos, que recordarían hasta los más triviales detalles de algunas de sus marchas triunfales que les habían oído hablar.

Y mientras las mulas proseguían su marcha, hiriendo con sus cascos la tierra helada, y la noche se extendía lentamente sobre el llano y la ciudad, éstos y cien otros recuerdos, evocados por aquel viejo y severo edificio que se alza en lontananza, debieron ser el tema de sus pensamientos y de su conversación.

Bien podemos figurarnos su entrada en Medina, pues la escena en nada ha variado; los actores son únicamente los que han desaparecido. Ahí está el cruce de los cuatro caminos, por donde llegaron aquella noche de enero de 1582; aquí, en el ángulo mismo, donde se juntan el campo y la ciudad, entremezclándose de un modo tan singular, se alza el edificio cuadrangular habitado por las monjas Carmelitas Descalzas de Medina. Las últimas y prolongadas notas del *Avemaría* resonaban entonces con igual tristeza al extinguirse en el aire helado del invierno. El humo y el olor acre de la paja quemada anunciábales entonces lo mismo que ahora que el labriego había ya vuelto de los campos, y que por aquel día estaba terminada la tarea de toda una vida. Un carro se detiene un momento delante de las puertas del convento; unas cuantas figuras, poco menos impalpables que si fueran sombras, se agitan de un lado a otro confusamente; el vuelo de una campana despertó el eco de la silenciosa calle; sintióse el ruido de pasar por los desnudos pasillos del interior; las puertas se abrieron de par en par y se volvieron a cerrar; el carro y las figuras antes citadas desaparecieron detrás de la sombra que los envolvía, y la calle se quedó tan tranquila y silenciosa como antes. Nada en todo esto que pudiera excitar más que un movimiento momentáneo de curiosidad en algún transeunte—a no ser el hecho de haber tenido lugar

una noche de enero de 1582—, y ni una nota, ni un registro, que nos dé a conocer lo que estas gentes sentían y pensaban, nada que nos deje ver cómo vivían, fuera de una que otra referencia casual en las cartas de una monja. Pero a causa de estos claros, que no hay ingenio humano capaz de llenar—que es imposible llenar—, es precisamente por lo que un incidente tan trivial excita en nosotros un interés tan intenso, tan solemne casi, se pudiera decir.

Encontraron a la priora Alberta Bautista en cama con mucha calentura. «Jesús, hija», dijo la Santa pasando suavemente sus manos por la cara de la enferma, «¿y va á estar mala ahora que yo estoy aquí? Vamos, levántese y venga á cenar comigo». Y así fué, pues al levantarse en obediencia al mandato de Teresa, se encontró buena de repente, y se puso en seguida a atender a las necesidades de su amada forastera. ¡Oh, cuán grande es el gozo de los corazones amantes, y cuánto acrecentó en aquella ocasión el valor de su frugal comida, convirtiendo las cortezas de pan y los tragos de agua en espléndido festín! Teresa permaneció entre sus monjas unos cuantos días, y la víspera de su marcha escribió una carta al capellán del Arzobispo de Toledo, el licenciado Peña, informándole del estado de salud de doña Elena Quiroga, sobrina del arzobispo, «que es tan grande su contento que me ha hecho alabar á nuestro Señor, y así ha engordado. Y vále también en las cosas de religión, como si hubiera sido monja muchos años. Yo no pensé salir de Ávila, sigue diciendo, hasta ir á la fundación de Madrid». (¡Quién sabe si el remordimiento agitaría más tarde el corazón del arzobispo, cuando el respeto de la muerte hubo dado a estas palabras como un eco de reproche, remordimiento tanto más sentido y conmovedor por ser sufrido en silencio!) «Ha sido nuestro Señor servido, que algunas personas de Burgos tenían tanto deseo que se hiciese allí un monasterio de éstos, que han alcanzado licencia del arzobispo y la ciudad, y así voy con algunas hermanas á ponerlo por obra, que lo quiere así la obediencia, y nuestro Señor quiere que me cueste más trabajo; porque estando tan cerca como está Palencia, no fué servido se hiciese entonces, sino después que estaba en Ávila, que no es pequeño trabajo andar ahora tanto camino.»

En Valladolid tuvieron que detenerse cuatro días con motivo de la mala salud de Teresa, que, además del dolor de garganta y el resfriado que había cogido con el mal tiempo, había también sufrido un ligero ataque de parálisis.

«Con todo [escribe a Catalina de Tolosa], en estando algo mejor, me partí; porque he miedo á vuestra merced, y á esas mis señoras, cuyas manos beso muchas veces. Yo suplico á sus mercedes no me cul-

pen por la tardanza, y á vuestra merced lo mismo, que si supiese cuáles están los caminos, quizás me culparían más de haber venido... dicen es el camino desde aquí á ese lugar muy penoso, y así no sé si querrá el padre Provincial partirse, hasta verme mejor, aunque lo desea harto.»

El recibimiento que le hicieron en Palencia fué un verdadero triunfo. Tan grande fué la multitud que se congregó para verla descender y oír su voz—tan próxima a extinguirse para siempre—y pedir su bendición, que casi las era imposible apearse del carro. Cuando se abrieron las puertas del convento, las monjas salieron a recibirla, cantando el *Te Deum*, según la costumbre invariable de todos sus conventos cuando ella llegaba. En señal de su gozo y contento, aquellas buenas almas habían limpiado y adornado el patio del convento con altares e imágenes «que hacían mucha devoción». Pero en los pocos días que se quedó con ellas, estuvo muy mala, y en vano procuraron persuadirla a que se aguardase hasta ver si el mal tiempo mejoraba y cesaban aquellas lluvias torrenciales. Un hombre, a quien habían enviado a informarse del estado de los caminos, volvió diciendo que los ríos estaban todos crecidos y los puentes eran arrastrados por la corriente. La Santa se sintió por el pronto descorazonada, pero no tardó en recobrar ánimos al oír la voz misteriosa que la susurraba: «No temas, yo seré con vosotros.» A esto pusiéronse inmediatamente en camino, «que fué harto atrevimiento. Aunque esto no lo dije yo al padre Provincial por entonces, mas consolábame á mí en los grandes trabajos y peligros en que nos vimos, en especial en un paso que hay cerca de Burgos, que llaman unos *pontones*, y el agua había sido tanta, y lo era muchos ratos, que ni se veía ni parecía por dónde ir, sino todo agua, y de una parte y de otra está muy hondo. En fin, es gran temeridad pasar por allí, en especial carros, que, á trastonarse un poco, va todo perdido, y así el uno de ellos se vió en peligro. ... Como no se podían andar jornadas á causa de los caminos, que era muy ordinario anegarse los carros en el cieno, y habían de pasar las bestias del uno al otro para sacarlos, gran cosa pasaron los padres que iban allí, porque acertamos á llevar unos carreteros mozos y de poco cuidado. Ir con el padre Provincial lo aliviaba mucho, porque le tenía de todo, y una condición tan apacible, que no parece se le pega el trabajo de nada; y así lo que era mucho lo facilitaba, que parecía poco, aunque no los pontones, que no se dejó de temer harto.» Pero estos frailes y monjas eran almas alegres, y una vez pasados los peligros, los tomaban a broma. Y, por cierto, que no faltaban peligros por aquellos caminos invernizos de Castilla. Unas veces, se les atascaban los ca-

rros según iban caminando por la orilla de un río, y las monjas tenían que remangarse el hábito y cruzar a pie por el lodo. Otra vez, al gran susto de Teresa, que venía detrás, se volcó el carro de las monjas al subir una cuesta, y todas habrían caído en el río a no haberse agarrado en seguida a una rueda uno de los carreteros, que comprendió el peligro y las salvó de esta manera, «pareciendo casi imposible poderle detener él solo, sino que Dios las quiso librar». Y a partir de aquel momento, Teresa insistió en ir siempre delante para ser la primera en pasar por los peligros que se ofreciesen. «¡Pues y las posadas!» exclama la Santa con mucha razón. Porque éstas sí que no han cambiado en nada desde entonces—este eslabón de la cadena que une aquella época con ésta, no falta, por lo menos—. A cualquiera hora podréis ver estas miserables y apartadas ventas, oscuras como cuevas, con los suelos desnudos, encharcados por el paso continuo de los hombres y de las bestias; y por toda calefacción, un poco de paja o estiércol (o ramas secas de vid si la venta es de las mejorcitas), que arde en medio del suelo; el humo se escapa por un agujero practicado en el techo. Las penalidades de los caminos, los temporales, todo esto no es nada en comparación de la miseria intolerable, las pulgas y suciedad del interior de estos albergues.

Pero aún les quedaba a nuestros viajeros que pasar lo peor. Los temibles pontones o puentes flotantes les separaban todavía de Burgos, y tan estrechos, que aun en el buen tiempo habría bastado dar un paso en falso para que se cayese al río el desprevenido viajero, cuanto más ahora que se encontraban cubiertos por más de media vara de agua. «Tomamos una guía en una venta que está antes, que sabía aquel paso», dice Teresa—en la venta donde no habían podido encontrar la noche anterior ni siquiera una cama—«mas cierto él es bien peligroso.»

«Ea, mis hijas», dijo esta intrépida anciana de sesenta y siete años (y paralítica por añadidura), «¿qué más bien quieren ellas que (si fuere menester) ser aquí mártires por amor de nuestro Señor? Déjenme, que yo quiero pasar primero, y si me ahogase, ruégolas mucho que no pasen, sino que se vuelvan a la venta.» Diciendo esto, y disimulando un desfallecimiento momentáneo—«porque verse entrar en un mundo de agua, sin camino ni barco, con cuanto nuestro Señor me había esforzado, aun yo no dejé de temer, conque ¿qué harían mis compañeras?»—se metió en aquel mundo de aguas infundiendo confianza a las temerosas monjas, que se habían quedado a la orilla confesando sus pecados y rezando credos. Indudablemente, en el pecho de esta anciana monja debían agitarse con toda su fuerza los instintos belicosos

de su raza y el espíritu aventurero que había dado a España su grandeza, pues todavía dice: «Como iba con un mal de garganta bien apretado y sin quitárseme la calentura (1), no pude gozar tanto del gusto de los sucesos de este camino. Todas—las monjas—(añade, sin hacer mención de sí misma) venían contentas, porque pasando el peligro, era recreación hablar de él. Es gran cosa padecer por obediencia, para quien tan ordinario la tiene, como estas monjas.»

Cuentan que, después de haber cruzado a la orilla opuesta, se la oyó murmurar: «Imposible parece que así me trates después de haberte consagrado mi existencia y dedicado todos mis trabajos.» A lo cual contestó una voz desde lo alto (la de Cristo, sin duda): «Así trato yo a mis amigos.» Y Teresa replicó con la misma prontitud: «Por eso son tan pocos los que tienes.» Anécdota apócrifa que no tendrá nada de verdad, pero que nos pinta a la mujer, como suele acontecer con tales historias, pues hasta la necedad suele estar a veces sazonada de cordura. También dicen que fué en este viaje cuando dijo a un fraile que la acompañaba (¿Gracián?) y que la hablaba de la fama que llevaba de Santa: «Tres cosas han dicho de mí en todo el espacio de mi vida: que era, cuando moza, de buen parecer; que era discreta; y ahora dicen algunos que soy santa. Las dos cosas primeras en algún tiempo las creí, y me he confesado de haber dado crédito a esta vanidad; pero en la tercera nunca me he engañado tanto que haya jamás venido a creerla.»

¿Qué les parecería Burgos a estos viajeros de antaño, cuando el viajar era viajar de veras, y los pueblos y ciudades se presentaban a la vista poco a poco, desde lejos, y se iban haciendo más y más grandes al paso que los burros y las mulas avanzaban penosamente por el llano, y no como ahora que entramos disparados en un coche de ferrocarril? El viajero de entonces vería lo que vieron las monjas al apartar con curiosidad el toldo del carro (que al fin y al cabo eran mujeres); una ciudad por el estilo de las que se ven en las viñetas de los antiguos misales, pintadas por algún artista frailuno, o en cuadros muy antiguos. Aglomeración irregular de tejados amontonados y torres de monasterios, todo ceñido de murallas torreadas y puentes, construídos al gusto de la antigua raza de guerreros; de contorno dentado y color gris algo más oscuro que el del cielo, parecía haber estado allí emplazada toda una eternidad—pequeño oasis viviente,

(1) Ribera dice que iba muy mala y con la lengua trabada por la perlesía, y añade que, después de oír misa y comulgar en una aldea por donde pasaron después de haber cruzado los pontones, se la destrabó y quedó mejor, aunque no se la quitaba nunca la calentura.

entresacado de la inmensidad de la llanura—. Cielo borrascoso, rasgado por las tempestades y torres que enderezan hacia él sus caladas agujas. Majestuosa, severa, deslucida y sin humo, la ciudad reposaba aquella tarde bañada en lluvia, sobre las verdes orillas del Arlanzón. A mano izquierda, frente a los frescos prados donde medita gravemente la cigüeña a la par que contempla el paisaje, se alzan Las Huelgas—el convento más soberbio de España—, llenas sus naves de tumbas de reyes y reinas, y sobre ellas, hecho ya trizas, pero impregnado aún de su aire marcial, el pendón de seda de Miramamolín. Enfrente, sobre una eminencia, una torre vieja y desmoronada aún entonces, amparando la ciudad como era justo—y como la ampara su dueño—, el Cid, el gran Cid Campeador.

Y Teresa, al contemplar esta ciudad más y más de cerca, a través de los prados inundados, no podría soñar, en manera alguna, que así como Burgos—capital de España antes que Valladolid, y joya principal de la corona de Castilla—vivió en la memoria de aquel austero Caballero Godo, como si por él existiera y él sólo fuera su razón de ser, así también aquella otra ciudad, fortificada y rodeada de parameras, que acababa de ver por última vez, había de vivir en la suya por toda la eternidad. Pues estos dos personajes, tan separados el uno del otro por los años, tuvieron de común ser los dos tipos en que los instintos y el carácter castellano alcanzaron la más perfecta personificación que haya sido expuesta a la vista del mundo.

Todavía era de día cuando llegaron a las afueras de la ciudad—demasiado de día para entrar en Burgos. Pues en aquellos tiempos no era cosa tan insignificante, para una compañía de forasteros, exponerse a las hostiles miradas y excitada curiosidad de una población desconocida y, por lo tanto, enemiga.

A esto, ya habían llegado a un barrio, desierto hoy y solitario, separado en dos porciones por líneas del ferrocarril y postes telegráficos y atravesado por una senda arenosa. Esta senda arenosa, frecuentada por honrados arrieros y bravos caballeros calzados de botas y espuelas, como convenía al estado de unos y otros, era entonces el camino real de Madrid, y entrada principal de aquel lado de la población. Caracoleaba al pie de altas murallas y grandiosos hospitales y monasterios que se extendían desde la ciudad y habían invadido este largo trozo de terreno bajo, a la orilla derecha del Arlanzón, unido a la ciudad por el puente de Santa María. Los viajeros se apearon delante de la puerta de uno de estos monasterios. Era el famoso convento de los Agustinos, renombrado por toda España, por el santuario de una de sus más famosas imágenes—la del célebre Cristo de

Burgos—. De esta manera alcanzaron un doble objeto: dar lugar a que terminase el día y poder entrar en Burgos a cubierta de la noche, y proporcionar a Teresa y sus monjas el privilegio de hacer sus rezos ante el Cristo maravilloso, del que habían oído hablar desde su infancia.

Y es cierto: no puede haber imagen más portentosa, ni que encierre en sí de un modo tan elocuente los elementos de sublimidad, terror e intensa pasión, que ésta del Cristo de Burgos. El español no es dado a la imaginación. Su riguroso sentido práctico se extiende hasta su misma religión. Para él todo objeto de fe viene a ser cosa viva y concreta, no mero fantasma nebuloso, flotante en algún remoto limbo. Las vírgenes y santos por él tallados tienen el color y todas las apariencias de los seres vivos. El Cristo de Burgos—allí está todavía, con su aspecto terrible y patético, en lo alto de las naves de la catedral—es uno de los ejemplos más sorprendentes que pudieran darse en prueba de esto. Su severo realismo ofusca y perturba la imaginación, y el espectador se ve forzado a creer, por el momento, como creyeron sus antepasados, que aquella figura rígida es capaz de agitarse de un momento a otro y hacer uso de su voluntad. La creencia general atribuye el Cristo a Nicodemo; dicen haber venido a España desde Palestina flotando sobre las aguas, de donde le recogió en alta mar un piadoso negociante de Burgos. Otros, que no se contentan con una explicación tan prosaica, se empeñan en creer que descendió de los mismos cielos y tal vez no anden muy lejos de la verdadera causa, pues el oscuro escultor que lo produjo debió hurtar, a semejanza de Prometeo, el fuego creador. Sea de ello lo que quiera—y por mi parte dejo al piadoso lector en libertad de escoger la hipótesis que más le guste, puesto que no hay nada imposible (para la fe)—el Cristo fué y sigue siendo orgullo y gloria suprema de Burgos. En torno suyo, como en torno de otras tantas imágenes que tan profundamente han afectado la imaginación nacional, se ha tejido un sinnúmero de leyendas terribles, patéticas, siempre pintorescas y abundantemente impregnadas del carácter y peculiaridades del genio español.

¿No dicen que la sagrada cabeza se sacudió del peso de la corona de oro que la piedad de los fieles había colocado alrededor de su pálida frente, y que, fiel a su corona de espinas, arrojó la otra a sus pies, donde sigue todavía ocupando su puesto? Y cuando los frailes envidiosos de un convento cercano lo robaron, ¿no se volvió él mismo derechito a su santuario? Y al ser arrebatado a viva fuerza a sus guardianes, ¿no volvió a aparecer a la mañana siguiente en su sitio acostumbrado, como si nada hubiera sucedido?

La claridad del día jamás ha sido propicia a los misterios religiosos. Ello prueba, por un lado, la realidad de la devoción manifestada en un culto tan espléndido y grandioso; por el otro, el hecho universalmente reconocido de que la mayoría de los hombres se deja dominar más bien de las apariencias que de la razón. La luz incierta y misteriosa que reina perpetuamente en el santuario era contrarrestada por el resplandor de cien lámparas de oro y plata (1), y por sesenta candeleros de plata también. Cuando la última de las tres cortinas, bordadas con perlas y piedras preciosas, se descorría revelando al Hombre de Dios, las campanas de la torre se lanzaban al vuelo, y todos los presentes se postraban de hinojos. «Verdaderamente», dice madame d'Aulnoy, que visitó el santuario un siglo después de Teresa, «aquel lugar sagrado y su divina imagen, le inspiran á uno un espanto religioso»; y cuando esta vivaracha francesa, llena de alegría, se confesaba capaz de semejante sensación, júzguese la emoción que sentirían aquellos frailes y monjas tan sencillos de la generación anterior, con su creencia inocente en una religión positiva.

Acompañémosles a lo largo del puente de Santa María. La noche envuelve a la ciudad en su negro manto. Aquí y allí chisporrotea débilmente una lamparilla, y a través de una que otra ventana, se escapan algunos rayos rojizos, borrosos y confusos, vistos a través de la lluvia, que cae sin cesar. Por las calles, no se oyen otros ruidos que los de la caída de la lluvia y del agua que sale de los canalones; dentro de pocos instantes estarán cerradas todas las puertas, y nadie se moverá de casa hasta por la mañana. En medio del puente luce una lamparilla delante de la imagen de la Virgen, que envuelta en los pliegues rígidos de sus vestiduras de piedra, reparte su silenciosa bendición a los viajeros que entran y salen de la ciudad. Nuestros amigos atraviesan las calles inundadas de Burgos, y empapados de agua y helados de frío, llegan, por fin, al hogar hospitalario de Catalina de Tortosa, donde secan sus hábitos empapados delante de un buen fuego. Durante la noche, Teresa tuvo mareos y vómitos; también escupió sangre, todo lo cual achacó ella a haberse quedado demasiado tiempo al lado de la lumbre, contra su costumbre. Pero no por eso dejó de recibir a las visitas que acudieron a saludarla al día siguiente, tendida en un catre que colocaron al lado de una reja que daba a un corredor y detrás de una cortina. Las autoridades de la ciudad la enviaron un

(1) El tamaño de las lámparas era tan extraordinario, que ocupaban toda la cúpula de la capilla del claustro dedicado a la imagen. Los candeleros eran de la altura de un hombre de buena talla, y eran necesarios tres hombres para levantarlos.

recado, para asegurarla su buena voluntad y ofrecerla sus servicios. Esto complació mucho a Teresa, pues si alguna intranquilidad había tenido, había sido a cuenta de ellos.

Uno de sus visitadores fué don Pedro Manso, Magistral de la catedral de Burgos, y más tarde Obispo de Calahorra. Éste dijo en su declaración, treinta años después, que era tanto el temor y respeto con que se acercó a hablar a la Santa en esta ocasión, que se le erizaron los cabellos, de miedo y reverencia, y que bien sabía que se encontraba en presencia de una gran Santa, destinada a ser gran pilar en la Iglesia de Dios. También dicen de él que al terminar una entrevista que tuvo con ella, exclamó: «¡Bendito sea Dios, bendito sea Dios; más quisiera discutir con cuantos teólogos hay, que con esta mujer!»

En el transcurso de la mañana volvió Gracián de su primera entrevista con el Arzobispo. Las noticias que trajo no eran nada tranquilizadoras. Había hallado al caprichoso Prelado «tan alterado y enojado, de que me había venido sin su licencia, como si no me lo hubiera él mandado, ni tratádose cosa en el negocio, y así habló al padre provincial enojadísimo de mí». Cuando se vió apretado por Gracián con sus ingeniosos argumentos, y obligado a admitir que Teresa había venido en obediencia a su mandato, escudóse tras de un juego de vocablos, diciendo que él quiso decir que viniese sola, «¡pero venir con tantas monjas! Dios nos libre de la pena que le dió». Poco valieron las razones del buen fraile, que le decía que ya habían cumplido con la condición que él mismo les había impuesto, o sea, el obtener la licencia de las autoridades de la ciudad, y que no quedaba nada por hacer, sino empezar en seguida la fundación; que si no le habían avisado su llegada, había sido por consejo del Obispo de Palencia, que, confiando en la palabra de su colega, no lo había creído necesario. «Ello había pasado así—dice Teresa aparte, en su afán de calcular las causas ocultas de todo acontecimiento—, y fué querer Dios se fundase la casa, por que á hacérselo saber llanamente, dijera que no viniéramos». En suma, que el Arzobispo no quiso dar la licencia porque no tenían renta ni casa propia; y les dijo que, por lo tanto, podían marcharse cuando les pareciera. «¡Pues bonitos estaban los caminos y hacía el tiempo!»

Pero la anciana Santa no se intimidó. ¿Acaso era esta la primera vez que se las había con arzobispos y los había vencido y hasta los había visto sumisos a sus pies, a los pies de «Teresa la omnipotente»? Pues ahora no iba a dejarse vencer. Todo era para bien; el demonio podía poner todos los lazos que quisiese para impedirlo, Dios habría de terminar triunfalmente su obra. Tampoco Gracián perdió su buen

humor, hasta que a fuerza de esperar inútilmente y de ver que el arzobispo se burlaba de ellos, se le acabó la paciencia. Y el arzobispo no se contentó con sus rodeos y burlas, sino que tampoco quiso acceder a la petición—bien modesta en apariencia, pero que equivalía a la toma de posesión—que le hicieron dos canónigos amigos en favor de la pobre enferma, devorada por la calentura, negándoles el permiso para que celebrasen misa en una de las habitaciones de la casa de Catalina, habitación que había ya servido de capilla, más de diez años, a los jesuítas cuando fueron en un principio a establecerse en Burgos. El arzobispo contestó que lo único que podía consentirles era fundar allí mismo si querían, siempre que tuviesen renta y encontrasen fiadores para comprar la casa.

Al cabo de un mes de espera y cuando ya habían arreglado el asunto y contaban con fiadores y fianza, y el arzobispo parecía estar satisfecho, púsose por medio su vicario general presentando otras dificultades. Decía que la casa de Catalina era húmeda, que había mucho ruido en aquella calle, que tendrían que buscar casa propia y más del gusto del obispo; «y para la seguridad de la hacienda, no sé qué enredos, y qué otras cosas», añade Teresa perpleja. Sin embargo, no se desespera, y, por fin, decide tratar el asunto con el arzobispo en persona y abogar por él cara a cara. Esta fué la primera, y acaso la única vez, en toda su vida, que el poder mágico de su presencia y su sencilla elocuencia dejaron decididamente de surtir efecto. No consiguió nada, y sus monjas sufrieron todas sus disciplinas en vano, por más que yo no vea la relación misteriosa que pudiera existir entre sus maceradas espaldas y los razonamientos que pudieran hacer cambiar la suerte de sus asuntos en esta entrevista. Sin embargo, las compañeras de la Santa notaron que ésta volvía tan risueña y alegre como si hubiera logrado sus deseos. Y la verdad es que estaba bien necesitada de toda su alegría y buen humor, pues el desánimo había empezado a invadir aquella pequeña compañía.

Gracián y sus compañeros estaban alojados en casa del canónigo Manso, antiguo condiscípulo de la Universidad de Alcalá; aquél, burlado por tantas futilezas, comenzaba a desesperarse; las monjas también, y todos habrían abandonado gustosos la fundación para volverse como habían venido.

Sí, todos sienten decrecer los ánimos bajo el peso de la adversidad; sólo los suyos aumentan. Si el disgusto de Gracián la contrista y la hace desear que no hubiera venido, es por lo que hace a él, no a ella.

«Ahora, Teresa, ten fuerte.» Estas palabras que ella atribuye a Dios, no son sino el eco de su espíritu indomable y su firme resolu-

ción. Consigue persuadir a Gracián de que se podían pasar sin él. Acercábase la Cuaresma, y tenía que predicar los sermones de Semana Santa en Valladolid, así que no fué difícil persuadirle; pero antes de partir hizo cuanto pudo, ayudado de su amigo el canónigo Manso, para que la posición de las monjas fuese un poco más tolerable. Hasta aquí habían vivido con Catalina de Tolosa, pero como el arzobispo no había permitido que las dijesen misa en la habitación los domingos y días de fiesta—pues los demás días tenían que pasarse sin ella—, se veían en la necesidad de cruzar por el lodo y los barros que las llegaban al tobillo para ir a una iglesia cercana. ¡Vaya una cosa!, diréis vosotros. Pues no era poco para estas mujeres acostumbradas a una vida de reclusión que las había hecho tan excesivamente sensibles; para quienes era un verdadero tormento el tener que mezclarse siquiera un momento con el mundo exterior, que les era tan extraño. Había una entre ellas que al verse en la calle empezaba a temblar de pies a cabeza. Además, no hemos de figurarnos que las calles de Burgos fuesen entonces lo que son ahora. Todavía se encuentra uno con calles como éstas de la España medieval de alguna aldehuela olvidada de la Vera de Plasencia. Una calzada estrecha sembrada de guijarros que apenas si permite el paso de un hombre a caballo, y limitada a ambos lados por severas fachadas de palacios o chozas, todas igualmente sólidas, impenetrables, cenicientas y cubiertas de musgo; los aleros de los tejados que interceptan la entrada de la luz, y por debajo, en el centro y a una profundidad bastante considerable a veces, corre el agua de una alcantarilla al descubierto, o de un arroyuelo. Un encuentro o un empujón en semejantes circunstancias hacía, con frecuencia, salir a relucir las espadas. Por una de estas calles sombrías y misteriosas tenía que atravesar Teresa y sus monjas, con el barro hasta el tobillo, para ir a oír misa de madrugada, y también ella tenía a veces sus encuentros. Al cruzar un día por una de estas sendas, se encontró al paso a una mujer; rogóla Teresa que se apartara un poco y la dejara pasar, a lo cual contestó aquella con desdén: «Pase la santularia», y al pasar la dió un empujón tan fuerte que la arrojó en el arroyo. «Callen mis hijas», dijo la Santa levantándose del barro, a sus indignadas compañeras, «callen, que muy bien ha hecho esta mujer».

Ni aun en la iglesia se veía uno libre de groseros insultos. Ya hemos dicho que estando en Toledo la aplicó una mujer unos cuantos puntapiés. En Burgos, queriendo pasar unos hombres por donde ella estaba arrodillada, diéronla también de patadas por no haberse levantado en seguida, haciéndola rodar por el suelo. Cuando Ana de San

Bartolomé acudió a levantarla, «hallóla con mucha risa y contento de lo que había pasado».

Al bueno de Gracián le habían apenado muchísimo todos estos sucesos, y por eso las buscó alojamiento (no sin gran dificultad, pues en aquellos días se miraba con mucha prevención a los forasteros, y los habitantes de la ciudad, no sólo desconfiaban de ellos como extraños y extranjeros, sino que los hacían objeto de sus sospechas y activa hostilidad, sentimientos que todavía se echan de ver, aunque en grado menor, en la España de nuestros días) en el Hospital de la Concepción, edificio de grandes murallas, situado en el barrio bajo y arenoso de las afueras de la ciudad, a la orilla opuesta del Arlanzón. Todavía existe, pero como la generación presente no sabe para qué pueda servir un caserón tan espacioso e imponente, hálo convertido benéficamente en depósito de leña. Es un edificio viejo, grande y destartalado, por cuyo interior desnudo y vacío resuena el eco; sus escaleras son de granito, sólidas y de un tamaño enorme; su refectorio, de paredes blanqueadas, solía estar recubierto de famosos tapices flamencos (que han desaparecido también en estos últimos años). Aquí, pues, fué donde Gracián alquiló a las monjas unos cuantos desvanes destartalados. «Con esto le dió algún contento», dice Teresa, «mas no se pasó poco en dárnoslo; porque un aposento que había bueno, habíale alquilado una viuda de aquí, y ella no sólo no nos le quiso prestar (con que no había de ir en medio año á él), mas pesóle que nos diesen unas piezas en lo más alto, á teja vana, y pasaba una á su cuarto. Y no se contentó con que tenía llave por de fuera, sino echar clavos por de dentro. Sin esto, los cofrades pensaron nos habíamos de alzar con el hospital, casa bien sin camino, sino que quería Dios mereciésemos más. Hácennos delante de un escribano, prometer al padre provincial y á mí, que, en diciéndonos que nos saliesémos de allí, luego lo habíamos de hacer.»

El que quisiera podrá todavía ver estos desvanes donde Teresa y sus hijas fueron a vivir; y la galería que rodea al patio húmedo, desde la cual solían oír misa, pues en aquellos días podía verse desde allí el altar de la capilla. Allí puede uno figurárselas arrebujadas y arrimadas unas a otras para protegerse del frío que pasaba del tejado, en compañía de las ratas; estremeciéndose a cada paso con el eco de mil ruidos espectrales que se extendía por aquel espacio vacío y desolado. Ana de San Bartolomé creía firmemente que los espíritus malignos visitaban aquellos lugares—por las noches sentían caer cosas arrojadas con violencia encima del tejado—, y hasta el último día de su vida aseguró haber visto entrar por la cerradura un montón de diablillos

que andaban a empujones por la habitación. Las pobres monjas tuvieron que sufrir el frío, la suciedad y el mal olor que habían dejado tras de sí generaciones enteras de gente pobre y miserable. Sólo Teresa seguía contenta de veras, aceptando todas las cosas como si fuesen mejores de lo que merecía. «Oh, Señor, qué cama tan regalada es ésta, estando vos en una cruz», decía, mientras las monjas preparaban su catre con un miserable jergón de paja. «No me hayan lástima», decía a sus monjas, acongojadas a la vista de los sufrimientos de la intrépida anciana, que apenas podía tragar sin echar sangre de una herida que tenía en la garganta, «no me hayan lástima, que más padeció mi Señor por mí cuando bebió la hiel y vinagre».

Un día, tenía deseos de comer una naranja, y una señora (¿sería Catalina de Tolosa?) la envió unas muy buenas. Pero ¿qué hacer? ¿Va a comerse ella estas naranjas, de las que otros tengan tal vez más necesidad? Y diciendo a sus monjas que bajaba un momento a ver a un pobre hombre que se quejaba mucho—¡oh, inocente decepción!—se las guarda con mucho disimulo en la manga y se va cojeando al hospital a repartirlas entre los enfermos. «Más las quiero yo para ellos que para mí; vengo muy alegre, que quedan muy consolados.»

Otra vez, al ver unas limas que la habían regalado, exclamó: «Bendito sea Dios, que me manda algo que dar á mis pobres.»

Todas estas cosas son menudencias, pero nos revelan la nobleza de aquella mujer. ¿Quién sabe el consuelo que dejaría tras de sí a pesar de su hábito viejo y remendado (y que por viejo que fuera, seguros podemos estar de que lo tendría bien limpio y recosido) en sus paseos por entre aquellas miserables camas?

«Hijo», dijo una vez a un pobre hombre que estorbaba con sus gritos y quejidos el reposo de los otros enfermos, «hijo, ¿cómo dais tales voces y no llevais ese mal por amor de Dios?» Y al instante se le pasó el dolor y con él cesaron sus quejidos. A su vista se sentían tan aliviados los pobres enfermos, que muchas veces rogaban a la enfermera les llevase allí aquella Santa Mujer. Y cuando ella abandonó el hospital, dejó tras de sí muchos ojos llorosos y muchos corazones atribulados.

Catalina de Tolosa alegraba la vida de estas monjas con sus visitas diarias y sus generosos regalos. Como que sin ella no las hubiera sido posible vivir. También ella dió pruebas de entereza y de valor, arrostrando las críticas y las malas lenguas de sus paisanos; pero por mucho que quisiera disimularlo, sus sufrimientos no podían escaparse a la vista penetrante y consoladora de Teresa. También recibió su recompensa—al menos, según el juicio de aquella época—, pues sus dos

hijos fueron recibidos frailes en la Orden de Teresa, y ella y sus hijas entraron de monjas en el convento mismo que habían ayudado a fundar. «Levantáronse sus hijos y llamáronla bienaventurada.»

Había llegado la víspera de San José. Los de la cofradía las habían avisado que para Pascuas tendrían que abandonar el hospital. ¿Qué hacer? Todos los esfuerzos de Teresa y de sus amigos habían sido inútiles; y se encontraban tan lejos como siempre de encontrar casa propia. Entonces se acordó Teresa—¿no era esta la víspera de San José, su fiel patrón?—de una, que había sido despreciada por otras tres Órdenes que habían ido a Burgos con la misma misión, y que hasta aquel momento no le había venido a la memoria.

«Estando un día con el licenciado Aguiar [¿no os le podéis figurar, a este buen médico de Ávila, con sus guantes, su bastón de borlas y su porte digno y pomposo?], que he dicho era amigo de nuestro padre [Gracián], que andaba buscando casa para nosotras con gran cuidado, diciendo cómo había visto algunas, y que no se hallaba en todo el lugar, ni parecía posible hallarse, á lo que me decían, me acordé de ésta, que digo que teníamos ya dejada, y pensé, aunque sea tan mala como dicen, socorrámonos en esta necesidad, que después se puede vender: y díjelo al licenciado Aguiar, que si quería hacerme merced de verla. Á él no le pareció mala traza: la casa no la había visto, y con hacer un día bien tempestuoso y áspero, quiso luego ir allá. Estaba un morador en ella, que había poca gana que se vendiese, y no quiso mostrársela, mas en el asiento y en lo que pudo ver, le contentó mucho, y así nos determinamos de tratar de comprarla. El caballero cuya era no estaba en Burgos, mas tenía dado poder para venderla á un clérigo siervo de Dios, á quien su Majestad puso deseo de vendérnosla, y tratar con mucha llaneza con nosotras. Concertóse que la fuese yo á ver: contentóme en tanto extremo, que si pidieran dos tantos más de lo que entendía nos la darían, se me hiciera barata: y no hacía mucho, porque dos años antes lo daban á su dueño, y no la quiso dar. Luego otro día vino allí el clérigo y el licenciado, á el cual como vió con lo que se contentaba quisiera se ajustara luego. [Seguros podemos estar de que, como buenos españoles, no faltaría el regateo.] Yo había dado parte á unos amigos, y habíanme dicho, que daba quinientos ducados más. Díjeselo, y él parecióle que era barata, aunque diese lo que pedía, y á mí lo mismo, que yo no me detuviera, que me parecía de balde: mas como eran dineros de la Orden hacíaseme escrúpulo. Esta junta era víspera del glorioso San José, antes de misa: yo les dije, que después de misa nos tornásemos á juntar, y se determinaría. El licenciado es de muy buen entendimiento, y veía claro, que si se comenzaba

á divulgar, que nos había de costar mucho más, ó no comprarla; y así puso mucha diligencia, y tomó la palabra á el clérigo tornase allí después de misa. Nosotras nos fuímos á encomendarlo á Dios, el cual me dijo: ¿En dineros te detienes?, dando á entender nos estaba bien. Las hermanas habían pedido mucho á San José que para su día tuviesen casa, y, con no haber pensamiento de que la habría tan presto, se lo cumplió. Todos me importunaron se concluyese, y así se hizo, que el licenciado se halló un escribano á la puerta, que pareció ordenación del Señor, y vino con él, y me dijo, que convenía concluirse y trajo testigo, y, cerrada la puerta de la sala, porque no se supiese (que éste era su miedo) se concluyó la venta con toda firmeza, víspera, como he dicho, del glorioso San José, por la buena diligencia y entendimiento de este buen amigo. Nadie pensó que se diera tan barata, y así, en comenzándose á publicar, comenzaron á salir compradores, y á decir que la había quemado el clérigo que la concertó, y á decir, que se deshiciese la venta, porque era grande el engaño; harto pasó el buen clérigo. Avisaron luego á los señores de la casa que, como he dicho, era un caballero principal, y su mujer lo mismo, y holgáronse tanto que su casa se hiciese monasterio, que por eso lo dieron por bueno, aunque ya no podían hacer otra cosa. Luego otro día se hicieron escrituras, y se pagó el tercio de la casa, todo como lo pidió el clérigo.»

Después de algunas dificultades para deshacerse de un inquilino molesto que no quería desalojar el local, Teresa se trasladó con sus monjas a la nueva casa, y al cabo de un mes o poco más, con la ayuda del buen licenciado y sin grandes gastos, ya presentaba todo el aspecto de un monasterio.

«Parecía bien había guardado nuestro Señor esta casa para sí, que casi todo parecía se hallaba hecho. Es verdad, que luego que la ví, y todo como si se hiciera para nosotras, que me pareció cosa de sueño verlo tan presto hecho. Bien nos pagó nuestro Señor lo que se había pasado, en traernos á un deleite, porque de huertas, vista y agua, no parece otra cosa.»

Pero las dificultades no habían terminado todavía de ninguna manera. Aún quedaba por aplacar al quisquilloso del Arzobispo. Al principio se mostró muy satisfecho del buen resultado de la empresa; y hasta llegó a apropiarse el crédito de la misma; más grande fué su cólera al enterarse de que las monjas habían pasado a ocupar la casa, y mayor todavía al ver que tenían ya puestas las rejas y el torno. «Yo le aplaqué todo lo que pude», añade Teresa, «que como es bueno, aunque se enoja, pásasele presto».

No obstante, a pesar de haber ido a ver la casa y haberse mostra-

do muy complacido con ella, continuó más de un mes negándolas obstinadamente la licencia. Ni siquiera permitió que se dijera misa en la capilla, y eso que los dueños de la casa jamás la habían dedicado a ningún otro objeto; así que las monjas se veían en la necesidad de salir de casa los domingos y días de fiesta como cuando estaban con Catalina de Tolosa, para ir a una iglesia cercana. También tuvieron cuestiones con respecto a las escrituras, «pues ya se contentaban con fiadores, ya querían el dinero y otras muchas importunidades. En esto no tenía tanta culpa el arzobispo, sino un provisor, que nos hizo harta guerra, que si á la sazón no le llevara Dios un camino, que quedó en otro, nunca parece se acabara». El canónigo Manso intercedía en su favor siempre que podía; pero Teresa tuvo que acudir, en último término, al Obispo de Palencia. Éste, que estaba ya muy ofendido con su colega por sus muchos rodeos y el mal trato que había dado a Teresa, envióle en seguida una carta abierta para el Arzobispo «de tal manera, que á dársela, lo echaramos todo á perder». Pues las verdades que en ella le decía eran tan poco sabrosas, pero tan claras y francas, que el canónigo Manso aconsejó a Teresa que se la guardara, y seguros podemos estar, conociendo el carácter de ésta, de que el irascible Prelado a quien iba dirigida, no pondría jamás los ojos en ella. Teresa volvió a escribir a su Ilustrísima, el Obispo de Palencia, y esta vez, don Álvaro de Mendoza, haciendo un esfuerzo heroico por tragarse todo su resentimiento y su indignación, escribió en un tono más conciliador «que todo lo que había hecho por la Orden, no era nada en comparación de esta carta». El buen Hernando de Matanza—demos a su nombre un recuerdo, por más que todo lo que de él sepamos se reduzca a haber sido «un buen siervo de Dios en su tiempo»—se marchó inmediatamente con esta misiva al palacio del Arzobispo. La noche antes, y por primera vez en todos estos meses angustiosos de espera y dilación, Teresa había cedido también al sentimiento de desesperación. ¡Ah, Teresa, mira que estás en vísperas de la victoria, ten fuerte, ten fuerte! «¡Cuán benditos son los pies del que trae buenas nuevas!» Hernando vuelve en triunfo, y poseído de un gozo demasiado intenso, tal vez, para expresarlo en palabras, anuncia la grata noticia a las moradoras del convento, subiendo, silenciosamente, a tocar la campana. ¡Agítate, oh campana! Extiende tu débil tañido por los corredores del convento. Tú conmemoras una batalla ganada sin derramar una gota de sangre, es cierto, pero la lucha ha sido tenaz y la fuerza y la resistencia humanas se han visto sometidas a su último grado de tensión. ¡Resuene eternamente el eco de tu voz; vibre para siempre en la memoria de la ciudad de Burgos; en la

memoria de todos los que aman a la Santa, pues esta es la última victoria que tú celebras, ganada por Teresa de Jesús! Pero no, no es la última. Todavía la queda por ganar otra, la mayor y la más reñida de las victorias, que está ya bien próxima.

El día siguiente—era el 19 de abril de 1582—fué colocado el Santísimo Sacramento, con toda solemnidad, en el altar. Celebró la primera misa el canónigo Manso, y la misa mayor el prior Dominico de San Pablo. La escena fué solemne y grandiosa. Los músicos y ministriles de la ciudad ofrecieron gratuitamente sus servicios, y las voces de sus instrumentos resonaron para llenar los ámbitos de la humilde capillita. Grande fué el gozo que reinó aquel día en la antigua capital de Castilla, pues la vil tiranía del arzobispo produjo, en menor escala, las mismas virtudes pasivas (y únicas) que proceden de la persecución, inclinando a todos los corazones hacia la valerosa e intrépida anciana. Y la buena Catalina de Tolosa, aquella digna matrona que desalojó su casa, entregando camas y muebles para atender a sus necesidades («que era muy hijadalgo») participa también del regocijo general.

«Otras de las que han fundado monasterios nuestros, mucha más hacienda han dado, mas que las cueste de diez partes la una de trabajo, ninguna», dice Teresa en la relación de esta fundación, escrita durante este último año de su vida.

Tengamos también memoria de ella. Y en verdad que tuvo su recompensa—al menos según el juicio de aquella época; juicio que puede haber cambiado desde entonces, pero ¿qué importa?—. Antes de que Teresa saliera de Burgos, sus hijas recibieron el hábito de sus manos, ceremonia honrada hasta con la presencia del arzobispo mismo, que, arrepentido por fin de su proceder, proclamaba públicamente desde el púlpito las alabanzas de la Orden de los Carmelitas Descalzos, expresando su sentimiento por los retrasos que había tenido la fundación.

Dos de los hijos de Catalina se hicieron también frailes Descalzos, dignos en verdad de sus hábitos. Sus hijas ingresaron todas en la misma Orden, y Catalina misma tomó el hábito en Palencia, «cumpliéndose lo que dice David», habla Ribera, «que la generación de los buenos será bendita». Dióse con esto el caso incomparable, aun para aquellos días, de que los nueve miembros de una familia se sintiesen movidos por los mismos impulsos y fuesen a terminar sus días a la misma Orden.

Conviene, sin embargo, tener presente que los acontecimientos salientes de la vida—únicos para el vulgo, que constituyen la historia—

son, en realidad, muy pocos. Los triunfos de Teresa no duraban más que un momento: no eran sino perlas engarzadas con largos intervalos de trabajos a la sombra, desprovistos de interés para las inteligencias sin fondo. Detalle sobre detalle; deberes humildes; cuidados enfadosos y sórdidos a veces. Todo lo cual constituye el tema inostensible de la vida de todo individuo, trágico, en verdad, como veríamos si nos fuera dado examinarlo con otra vista más trascendental. Un día, que forma la parte exterior y tangible de su historia, era testigo del triunfo, expuesto a todas las miradas, para que todos los hombres se maravillasen; pero los trabajos, los cuidados, sórdidos o no, los pequeños deberes constituían su *vida* cuotidiana. Y para mí, aquel que no considera ningún detalle demasiado trivial e insignificante, aquel a quien nada le parece demasiado repugnante con tal que con ello le alce altares al deber y le consagre un diario sacrificio, es el más grande, y su vida la más noble, aunque jamás tenga la dicha de ver coronados sus esfuerzos con el triunfo.

Mientras tanto, sin embargo, la buena Catalina se encuentra perpleja y atormentada con cargos de conciencia. Tenía ordenado que después de su muerte fuese entregada su fortuna (o por lo menos la parte renunciada por las hijas que habían entrado en el convento) al colegio jesuíta de Burgos. Ahora la había traspasado legalmente al convento de Teresa. Los padres del colegio, que eran además sus confesores, tomaron a mal, naturalmente, estas nuevas disposiciones y no la dejaban en paz. Acusaron a Teresa de estar en el fondo de estos cambios; y la pendencia que amenazaba estallar entre ella y sus antiguos amigos, parecía que había de ser sañuda y fiera. Deseosos de evitar una ruptura entre estos amigos que la habían sostenido antiguamente en varios casos de urgencia, y queriendo también sacar a la generosa viuda de su falsa posición, renunciaron ella y Gracián formalmente la dádiva en presencia de un escribano y devolvieron las escrituras a Catalina de Tolosa. Esto se hizo con todo sigilo para evitar que llegase a oídos del arzobispo, puesto que el haber concedido la licencia había sido con la condición expresa de que el convento tuviese renta, y hubiese podido tomarlo por agravio, aunque, como dice Teresa, él nada perdía, sino el convento, que se quedaba ahora en un estado excesivamente inseguro y expuesto a perecer de hambre. Porque como todo el mundo creía (y no convenía desengañarle) que las monjas contaban con lo suficiente para vivir, se veían privadas de los recursos ordinarios que tenían todos los conventos fundados con pobreza, o sea las limosnas de los fieles. A pesar de todo, Teresa ni teme ni vacila.

«Mas yo siempre he tenido que no les ha de faltar [escribe], porque el Señor, que hace en otros monasterios que son de limosna que se la den, despertará que lo hagan aquí, ó daría medios con que se mantengan. Aunque como no se ha hecho ninguno de esta suerte, algunas veces le suplicaba, pues había querido se hiciese, diese orden como se remediasen, y tuviesen lo necesario y no me había gana de ir de aquí, hasta ver si entraba alguna monja. Y estando pensando en esto una vez, después de comulgar, me dijo el Señor: —¿En qué dudas? ¡Que ya está esto acabado; bien te puedes ir!—dándome á entender, que no les faltaría lo necesario. Porque fué de manera, que, como si las dejara muy buena renta, nunca más me dió cuidado: y luego traté de partirme, porque me parecía que ya no hacía nada aquí, más de holgarme en esta casa... y en otras partes, aunque con más trabajo, podía aprovechar más.»

Sí, Teresa; bien puedes marcharte, que tu misión en Burgos, y hasta tu misión en la tierra, está casi terminada. Pero no se marchará sin que la ciudad, agradecida, la aclame como libertadora. Tan vivamente ha logrado su personalidad penetrar los corazones y excitar la imaginación de aquellos habitantes, en los que todavía hallaba lejano eco el espíritu caballeresco del Cid. Pues el día de la Ascensión se desbordó el río y las aguas inundaron la ciudad. Muchas casas fueron arrastradas; los religiosos abandonaron los monasterios, no así las moradoras del pequeño convento situado en terreno bajo, a orillas del río, el más expuesto de todos. Teresa no quiso huír; cogió el Santísimo Sacramento, lo levantó en alto, y seguida de sus monjas fué a refugiarse al piso más alto de la casa; allí se quedaron rezando sus letanías hasta haber desaparecido el peligro. El arzobispo declaró, y con él muchos habitantes de la ciudad, que Dios les había librado del peligro por causa de la presencia de Teresa de Jesús.

Hacia el fin de julio, el día 26 según Inés de Jesús, Teresa emprendió su último viaje, dejando tras de sí un recuerdo imperecedero. Sí, antes que desaparezcan de su vista en lontananza, Teresa contempla las torres de Las Huelgas, pobladas de cigüeñas, ese monasterio fundado por Reyes, teatro de tantos espectáculos extraños y pomposos, y que aun para ella tenía más de visión esplendorosa que de realidad. Todos los Monarcas que han ocupado el trono de España, enseñoreándose de él por breve tiempo y desapareciendo en seguida como sombras, han visitado Las Huelgas. Una vez en la vida de cada Monarca ábrese aquella puerta de ladrillos para darle la bienvenida y acogerle en la hora gloriosa del triunfo. Si otra vez se abre será para recibir sus huesos. La visita de una tal Teresa de Jesús, a semejanza

de las visitas de los Reyes, ha de ser recordada largo tiempo en los anales de Las Huelgas; ¡qué! la impresión que ella produjo fué mucho más duradera que la de un Rey cualquiera. Pues de aquella Comunidad venerable, gobernada por mitradas abadesas, donde sólo las hijas de los nobles más altaneros de España tienen derecho a entrar y dedicarse a Dios, pronto van a retirarse cuatro encumbradas monjas—entre ellas las hijas del Conde de Aguilar—abandonando todos sus deleites y privilegios para vestir el hábito de las Carmelitas Descalzas y compartir con ellas sus privaciones y pobreza. Y no sólo en aquel majestuoso monasterio, sino también en el Hospital de la Concepción, dejó Teresa estampado indeleblemente su sello. Allí, encerrada cual sagrada reliquia en el pecho de los humildes enfermos, a quienes consoló en sus sufrimientos, extendiendo sobre sus harapos y su pobreza el resplandor amoroso de la simpatía (aunque también ella, Teresa la Omnipotente era pobre y andrajosa), allí, donde su mera presencia servía de alivio, y cuya ausencia arrancó amargas lágrimas a todos los ojos, allí también conservarán largo tiempo su memoria y llorarán su pérdida.

CAPÍTULO XXVII

NO Á TIERRA EXTRAÑA, SINO Á LA SUYA PROPIA

> «Será gran cosa á la hora de la muerte, ver que vamos a ser juzgados, de quien habemos amado sobre todas las cosas. Seguros podemos ir con el pleito de nuestras deudas: no será ir á tierra extraña, sino propia, pues es la de quien tanto amamos y nos ama.»
>
> *Camino de Perfección.*

Tal vez fuese mejor que se acercase el fin; que su muerte acaeciese cuando acaeció; que se evitase la última y más amarga de todas las desilusiones, la de presenciar la ruina de la Obra levantada con los esfuerzos de toda una vida. El fervor de sus conventos ha empezado a decaer; sus prioras se rebelan abiertamente y se impacientan de su autoridad; sus frailes empiezan a desunirse llevados de la envidia y la ambición. Impelida, acaso, por un presentimiento misterioso, Teresa había suplicado a Gracián que retrasase su viaje a Andalucía y se quedase con ella un tiempo. Esta tierna súplica, la última que había de hacerle (y él, ¡ay!, no lo sabía), no fué atendida. Doria estaba en Génova, allí enviado por Gracián—según decían sus detractores—, con objeto de deshacerse de un censor molesto; pero lo cierto era que por su alcurnia, su habilidad y por hallarse íntimamente relacionado lo mismo con Génova que con Roma, no hubiera podido darse persona más adecuada para encargarse de la importante misión de poner la Orden de los Descalzos a los pies del General, y procurar, al mismo tiempo que sancionase el Capítulo recientemente celebrado en Alcalá.

Teresa había visto frustradas todas sus esperanzas de fundar en Madrid, pero la idea la acompaña todavía y la acompañará hasta el último momento de su vida. Séala dado realizar esta fundación no más—que pueda ella establecer su Orden en la Corte de España—y no pensará más en viajar; porque, como dice en una carta que escribió antes de salir de Burgos al licenciado Peña (capellán del arzobispo), «ya está muy vieja y cansada». Teresa abriga todavía la esperanza de que el licenciado pueda ablandar a su señor y sacarle la licencia. «Confiada en que Su Majestad ha de iluminar á su ilustrísima sobre lo que convenía hacer, y que los deseos de éste serían mostrarla á ella merced, no quiere cansarle; sino que como su señoría ilustrísima, tiene tantos negocios y ella entiende que éste es para servicio de nuestro Señor, no querría quedase de hacerse por falta de poner las diligencias, y así se lo recuerda á su señoría, estando muy cierta, que Dios le dará luz para que se haga lo mejor, y á mejor tiempo.» Sus conmovedoras súplicas no surtieron ningún efecto. El arzobispo retrasó la concesión de la licencia hasta que el Rey volviera de Portugal; y cuando el Rey volvió ya era demasiado tarde, porque Teresa había muerto. Pero lo que no pudo conseguir en vida lo consiguió después de muerta; pues refiriéndole Yepes, cuatro años después, la escena de la exposición del cadáver en Ávila, acordóse de las súplicas que tan en vano le había dirigido aquel espíritu heroico; y sobrecogido, tal vez, por el remordimiento, exclamó: «Hágase en seguida.»

También la había zaherido—y ¿cómo no?—la conducta de Ana de Jesús en Granada, que, a causa de la importancia que había adquirido recientemente como fundadora, parecía querer verse libre de toda sujeción, obrando sin consultar con Teresa ni con Gracián, mostrando así cuán acertadamente había juzgado Teresa su carácter al escribir a Gracián unos cuantos meses antes, desde Ávila, que «en todo quería mandar».

Pero Teresa no se dejaba burlar, y vieja y endeble como estaba, impone al instante su autoridad, escribiendo la reprensión más recia y severa que hubiera jamás brotado de su pluma.

«Danse allá tan buena maña á no obedecer, que no me ha dado poca pena esto postrero, por lo mal que ha de parecer en toda la Orden, y aun por la costumbre que puede quedar en tener libertad las prioras, que tampoco le faltarán disculpas. Y ya que hacen vuestras reverencias tales á esos señores, ha sido gran indiscreción haber estado tantas, que, como tornaron á enviar á esas pobres tantas leguas acabadas de llegar (que no sé qué corazón bastó) pudieran haber tornado á Veas las que vinieron de allá, y aun otras con ellas, que ha

sido terrible descomedimiento estar tantas, en especial sintiendo daban pesadumbre.»

Pues no hemos de olvidar que Teresa era una señora dotada de las nociones e instintos más delicados, y por muy apurada que se hubiera visto, jamás había quebrantado las reglas de la buena educación.

«Reídome he del miedo que nos pone, que quitará el Arzobispo el monasterio... Y si ha de ir como ahora, para poner principios en la Orden de poca obediencia, harto mejor sería no le hubiese, *porque no está nuestra ganancia en ser muchos los monasterios, sino en ser santos los que estuvieren en ellos.*»

Sin dar parte a Gracián, ni consultarle en su elección, la astuta priora se había llevado de Veas las monjas que allí tenía más de su parte. Las órdenes de Teresa sobre este particular son perentorias. Y a excepción de la misma Ana de Jesús, manda qae todas se vuelvan al instante.

«Porque va muy fuera del espíritu de Descalzas ningún género de asimiento, aunque sea con su priora, ni medrarán en espíritu jamás... Es principio de bandos y de otras hartas desventuras, sino que no se entiende en los principios; y por esta vez no tengan parecer sino el mío, por caridad; que después que estén más asentadas y desasidas, se podrán tomar si conviniese. Yo verdaderamente que no sé quién son las que fueron, que bien secreto lo han tenido de mí y de nuestro padre; ni pensé vuestra reverencia llevara tantas de ahí; mas imagino que son las muy asidas á vuestra reverencia... Por Dios pido á vuestra reverencia que mire que cría almas para esposas del Crucificado; que las crucifique en que no tengan libertad, ni anden con niñerías. Mire que es principiar en nuevo reino [Granada], y que vuestra reverencia y las demás están obligadas á ir como varones esforzados, y no como mujercillas. ¿Qué cosa es, madre mía, en si la pone el padre provincial, presidente, ó priora, ó Ana de Jesús? [Parece que se había resentido creyéndose rebajada en su dignidad porque Gracián se había dirigido á ella llamándola presidente en vez de priora]... Por cierto que me he afrentado, que á cabo de rato miren ahora las Descalzas en esas bajezas... O con la pena se han tornado bobas, ó pone el demonio infernales principios en esa Orden. Hasta que acá hicimos elección, cuando vino nuestro padre, así la llamábamos, que no priora, y todo se es uno... Cada vez que me acuerdo que tiene á esos señores tan apretados, no lo dejo de sentir. Ya escribí el otro día que procurasen casa, aunque no sea muy buena ni razonable, que por mal que estén, no estarán tan encogidas. Y si lo estuvieren, más vale que padezcan ellas que quien las hace tanto bien.»

Además de la desobediencia y falta de humildad de Ana de Jesús, que con tanta razón excitaron la ira de aquella anciana de alma noble y pensamientos elevados, teníase ya noticia en el mundo de la intranquilidad y desorden que reinaban en el convento de Alba. Las monjas no estaban a bien con Teresa de Laiz, la que, abusando de su carácter de fundadora y bienhechora, intervenía demasiado en los asuntos del convento.

Pero por despótica que fuera y por muchas que fuesen las faltas que tuviera, la Santa no podía en ninguna manera hablar a Teresa de Laiz con la misma franqueza que a una de sus extraviadas prioras. Echó, en apariencia, la culpa a las monjas, pero se dió buena maña para hacer ver muy claramente a aquella señora que no pasaba inadvertida la verdadera causa de todas estas discusiones. Tomasina de Jesús, priora de Burgos, tiembla de pies a cabeza, a la sola idea de volver a Alba a desempeñar aquel cargo, «y ella da tales razones de que conviene para el sosiego de su alma, que no habrá Prelado que se lo mande. Ella le tiene ahora grande, y muy buena casa».

«Si vuestra merced la quiere bien, de esto se había de holgar, y no querer á quien no quiere estar con vuestra merced. Dios la perdone, que deseo yo tanto el contento de vuestra merced, que quisiera fuera posible dárselo en todo... Si vuestra merced tiene pena de pensar ha de quedar por priora la madre Juana del Espíritu Santo, no la tenga; porque ella me ha escrito que por cosa de la vida no tornará á tomar ese oficio. No sé qué me diga de esas monjas: temo que no ha de durar ahí priora, porque todas huyen. A vuestra merced suplico, mire que es su casa, y que con la inquietud no se puede servir á Dios; y así conviene mucho, que vuestra merced no las dé favor por nada, que si ellas son las que han de ser, ¿qué les puede hacer ninguna priora? sino que son niñerías y asimientos... y poco más ó menos yo atino en las que son las que inquietan á las otras; y, si Dios me da salud, procuraré ir allá en pudiendo, á saber estas marañas; porque estoy muy penada, que he sabido por cierto que se da cuenta á frailes de otra Orden de cosas bien excusadas, y anda en plática de seglares fuera de ese pueblo... No deben pensar que es nada inquietar un monasterio, y tratar con los de fuera cosas tan perjudiciales á las que el mundo tiene ahora puestos los ojos por buenas.»

En Salamanca, las cosas iban todavía peor. La priora, Ana de la Encarnación, prima de Teresa, se había estado ocupando artificiosamente, y sin que aquélla lo supiera, de la compra de una casa. Teresa no tardó en desbaratar todos sus manejos. Por fortuna, encontrábase casualmente en Valladolid, Pedro de la Vanda y Manrique, propieta-

rio de la casa que ocupaban a la sazón, y Teresa pudo renovar el alquiler por otro año.

«Yo digo á vuestra reverencia [escribe á Gracián], que me tiene encantada. Es tan mujer, que, como si tuviera ya la licencia de vuestra reverencia, ni más ni menos negocia, y al rector dice que es por mi orden todo lo que hace, aunque no sabe de su compra, ni la quiere, como vuestra reverencia sabe: á mí, que el rector lo hace por orden de vuestra reverencia. Es una maraña del demonio, y no sé en qué se funda, que ella no mentiría; sino que la gana que tiene de esa negra casa, la desatina. Ayer vino el hermano fray Diego de Salamanca (uno que estuvo aquí con vuestra revereneia á la visita) y me dijo que el rector de San Lázaro había andado por fuerza en este negocio por amor de mí, hasta decirla, que de cada vez que entendía en ello, se reconciliaba, por ser cosa tan contra Dios; sino que por las importunidades de la priora no podía más; y que toda Salamanca murmuraba de tal compra... y tal priesa han á efectuarlo, que, á mi parecer, han andado con maña, porque no lo sepa yo... Escribí á Cristóbal Juárez [el dueño de la casa que la priora tenía en tratos] que le suplicaba no se tratase más dello, hasta que yo fuese, que sería en fin de octubre... Yo dije á Cristóbal Juárez, que querría ver de dónde se ha de pagar (porque me habían dicho era fiador), y que no quería le viniese daño, dándole á entender, que no había de dónde le pagar... Dios ha hecho [añade reverentemente] que tuviesen [las monjas] prestados los dineros á vuestras reverencias, porque ya estuviera dado, y los de Antonio de la Fuente; mas ahora acabo de recibir otra carta, donde me dice la priora, que Cristóbal Juárez ha buscado los mil ducados, hasta que los dé Antonio de la Fuente, y estoy con miedo que los han depositado ya... Y otro daño es que, para que ella se pase en casa de Cristóbal Juárez, se han de pasar los estudiantes á la casa nueva de San Lázaro, que es para matarlos. Ya escribo al rector que no lo consienta y yo terné cuidado dello. De los ochocientos ducados que deben á las monjas, no tenga pena, que don Francisco [señor de Coca y Alejos, á cuya generosidad tenían que agradecer los frailes la fundación del Colegio de Salamanca], los dará de aquí á un año; y lo mejor de todo es no los haber ahora para darlos. No haya miedo que yo los procure. Más importa que los estudiantes estén acomodados que no ellas tengan tan gran casa. ¿De dónde han de pagar ahora censo? Á mí me tiene este negocio embobada. Porque si vuestra reverencia les ha dado licencia, ¿cómo me lo remite á mí después de hecho? Si no se la ha dado, ¿cómo dan dineros? Que han dado quinientos ducados á la hija del cuñado de Monroy. ¿Y cómo lo tienen por tan hecho, que me escribe la priora

que no se puede deshacer? Dios lo remedie, que sí hará... Por amor de Dios, que mire vuestra reverencia allá lo que hace [en Andalucía]. No se crea de monjas, que yo le digo, que si una cosa han gana, que le hagan entender mil... Si algún contento me ha dado de esta ida vuestra reverencia alguna vez, es por verle quitado destos embarazos, que mucho más los quiero pasar á solas.»

Y tan sola que está, en verdad, y tan llena de cuidados. «Vuestra reverencia se espantaría de ver los trabajos que por acá tengo, y negocios que me matan», dice en la carta que escribe desde Valladolid a su priora de Toledo.

¿No está Gracián en Andalucía, donde la epidemia proveniente de Sevilla se enseñorea, terrible y amenazadora, y de donde ha arrebatado ya a uno de los frailes? ¿No podía haberse quedado a su lado otro poco tiempo? ¿No podían estos monasterios habérsele cedido siquiera otros dos meses, para que la ayudara a restablecer el orden en estos conventos de Castilla?

«Yo no sé la causa [escribe, triste y desfallecida, y ésta es la primera vez que la vemos así de desanimada y descorazonada]; mas de manera he sentido esta ausencia á tal tiempo, que se me quitó el deseo de escribir á vuestra reverencia, y así no lo he hecho hasta ahora que no lo puedo excusar; y es en día de luna en lleno, que he sentido la noche bien ruin, y así lo está la cabeza. Hasta ahora mejor he estado, y mañana (como pase la luna) se acabará esta indisposición. La de la garganta está mejor, mas no se quita.»

Y a todo esto, Doria y Gracián se han constituído en representantes de dos partidos opuestos en la Orden; ya ha comenzado el duelo que no habrá de terminar, a no ser con la caída de uno de ellos. «Ahora no entiendo algunas santidades», había escrito Teresa a Gracián, desde Ávila, en diciembre de 1581, unos cuantos meses antes—y si estas palabras hacen referencia a Doria, como se ha supuesto, bien merecen que se fije en ellas la atención—«por el que no escribe á vuestra reverencia lo digo, y estotro, que dice se haga todo por su parecer, me ha tentado. ¡Oh, Jesús, qué poco hay cabal en esta vida!»

La mutua antipatía que existía entre estos dos hombres—los dos únicos dotados de habilidad en la Orden—no podía pasar oculta mucho tiempo ante aquellos ojos penetrantes de Teresa. Las murmuraciones de los enemigos de Gracián le zumbaban ya en los oídos. Decíase que Gracián había enviado a Doria a Roma, para desembarazarse de él, y que no se oponía a que siguiera allí, so pretexto de fundar un monasterio.

«No sé cómo vuestra reverencia no advierte que no es ahora tiem-

po de hacer casas en Roma; porque es grande la falta que vuestra reverencia tiene de hombres, aun para las de acá; y Nicolás la hace á vuestra reverencia mucha, que tengo por imposible tan á solas poder acudir á tantas cosas. Fray Juan de las Cuevas me lo decía, que le hablé algunas veces. Es mucho lo que desea vuestra reverencia acierte en todo, y lo que quiere, que en forma me ha obligado. Y aun me dijo, que iba vuestra reverencia contra las ordenaciones, que habian sido, que en faltándole el compañeto (no sé si dijo con parecer de priores) eligiese otro; y que tenía por imposible poderse valer; que Moisés había tomado para su ayuda no sé cuántos. Yo le dije como no había ninguno, que aun para priores no hallaba: dijo que esto era lo principal. Después que vine aquí, me han dicho, que notan á vuestra reverencia, que no gusta de traer consigo persona de tono. Ya veo que es por no poder más; mas como viene ahora el Capítulo, no querría que hubiese qué achacar á vuestra reverencia. Mírelo por amor de Dios; y cómo predica en esa Andalucía. Jamás gusto de ver á vuestra reverencia mucho allá; porque, como escribió este día de los que habian tenido trabajos, no me haga Dios tanto mal, que le vea yo; y como dice vuestra reverencia, el demonio no duerme. Al menos, crea, que todo lo que estuviere por allá he de estar yo bien deshecha... No piense hacerse ahora andaluz, que no tiene condición para entre ellos. En esto de predicar, suplico mucho otra vez á vuestra reverencia, que aunque predique poco, mire lo que dice muy bien... En Alba les ha hecho mucho al caso escribirlas yo cuán enojada estoy, y que cierto iré allá. Bien será, con el favor de Dios, estaremos en Ávila al fin deste mes. Crea que no convenía traer más de un cabo á otro á esta muchacha [su sobrina Teresa]. ¡Oh mi padre, qué apretada me he visto estos días! Con ver que está vuestra reverencia bueno, se ha pasado. A la madre priora y á todas las hermanas, mis encomiendas. No las escribo porque por ésta sabrán de mí. Holguéme de saber tienen salud, que las ruego mucho no pudran á vuestra reverencia, sino que lo regalen... Nuestro Señor le guarde, como yo le suplico y le libre de peligros. Amén. Es hoy primero de Setiembre.»

Por espacio de tres siglos, los enemigos de Gracián han levantado en alto triunfalmente esta carta—la última que Teresa le escribió—, como prueba del enfriamiento de su cariño y censura de la conducta de este hijo tan querido. Esto prueba cuán poco necesita una orden piadosa para condenar a un hombre eternamente, si al mismo tiempo se sienten suficientemente sostenidos por las «visiones» y notoria mala fe de una mujer trastornada. Justo es decir que también el partido de Gracián tuvo sus monjas visionarias que se encargaron de su vindi-

cación. Pero en casos semejantes siempre vence la fuerza, y la expulsión y el destierro se encargaron de decidir en el caso presente cuál de los dos bandos visionarios fué más digno de crédito.

Tal es la carta en la que sólo las almas maliciosas y empeñadas de antemano en sacar determinadas conclusiones, pudieran encontrar otra cosa que la más tierna solicitud e interés en el bienestar y buena reputación de Gracián. Uno creería que durante estas últimas semanas de su vida, no sólo sus prioras, sino su propia familia, se hubiera empeñado en amargar y entristecer su corazón. «Estoy harto llena de trabajos de mil maneras», dice, ¡y en verdad que se encuentra bien sola! Si todavía no tenía aprendida, de mucho tiempo, la lección que la vida nos enseña y que uno pudiera creer no ser otro su fin, de seguro que la aprende ahora: que las esperanzas, los esfuerzos y trabajos del hombre, todo cuanto hace y cuanto es, no son sino masas flotantes de arena movediza, y que no puede uno fiarse de ninguna criatura.

Teresa habría querido dotar al mundo entero siquiera con una parte del espíritu gigantesco que en ella ardía: en vano; aun para las mismas prioras que había educado, son sus deseos letra muerta. En Valladolid, su propia familia la amenaza con un pleito. Habían encontrado el testamento de Lorenzo abierto y por esta causa intentaban anularlo.

«Aunque no tiene justicia [se refiere á la suegra de Francisco] tiene mucho valor, y algunas la dicen que sí; y me han aconsejado que, para que don Francisco no se pierda del todo, y nosotras no gastemos, que haya concierto. Ello es pérdida de San José; mas espero en Dios, que como quede segura la pretensión, que él lo vendrá á heredar todo. Harto podrida me ha tenido y tiene, aunque Teresa anda bien [como siempre es á Gracián al que esto escribe]. ¡Oh lo que ha sentido el no venir vuestra reverencia! En parte me huelgo, para que vaya entendiendo qué poco hay que fiar, si no es de Dios; y aun á mí no me ha hecho daño.»

Esta fué la ocasión en que un escribano ganó a la fuerza el acceso a su presencia y la abrumó de insultos. Por su rostro no cruzó la menor señal de cólera o enfado. Dejólo terminar y entonces le dijo con gran calma y en tono de ironía, característica de su manera de ser: «Dios pague á vuestra merced el favor que me hace.»

La ingratitud de su priora fué lo que más la dolió. María de Bautista estaba de parte de sus enemigos. Grandemente resentida ante la frialdad de su sobrina, y el deseo evidente de verse libre de su presencia, Teresa se preparó en seguida a salir de Valladolid. Antes de par-

tir reunió a las monjas—aquellas hijas que no volverían a ver su rostro ni oír más su voz, a no ser en sueños celestiales, cual vagorosa y radiante visión—y dirigiólas tiernas palabras de despedida: «Hijas mías — las dijo; palabras conmovedoras que han sido transmitidas de una generación a otra de monjas hasta el presente día—. Hijas mías: harto consolada voy de esta casa, y de la perfección que en ella veo, y de la pobreza, y de la caridad que unas tienen con otras: y si va como ahora, nuestro Dios les ayudará mucho. Procure cada una que no falte por ella un punto lo que es perfección de religión. No hagan los ejercicios de ella como por costumbre, sino haciendo actos heróicos, y cada dia de mayor perfección. Dénse á tener grandes deseos, que se sacan grandes provechos, aunque no se puedan poner por obra.»

Mas las penalidades de este último viaje, destinado a ser su *via crucis*, no estaban todavía terminadas. Cuando se disponían a salir del convento, la priora tiró del hábito a Ana de San Bartolomé, y la dijo que no volviesen allí más. No fué mejor la acogida que las hicieron en Medina, donde, si hemos de creer a Ana de San Bartolomé, Teresa sufrió mucho con la insubordinación de la priora. «¡Cuán cierto es—había ella escrito una vez a María de San José—; cuán cierto es de nuestro natural querer ser pagadas!» Entre las muchas y hermosas cualidades de su naturaleza descollaban la de estar poseída de una gratitud ardiente y vehemente, y la de corresponder vivamente a los tiernos afectos. Reprendió a su priora por una falta pequeña, y ésta la pagó con insultos y con la insubordinación. ¿En qué habían venido a parar las cosas, cuando al cabo de todos estos años la desafiaban sus hijas descaradamente? Aquella noche no cenó, y la pasó en vela. A la mañana siguiente salió para Alba. Había sido su intención pasar por Ávila en primer lugar, y después de dar el velo a su sobrina Teresa, seguir hasta Salamanca, a poner las cosas en orden y continuar hasta Madrid. Pero también en esto—su último deseo—quiso el destino que sufriese una desilusión. En Medina encontró a Fray Antonio de Jesús, que la aguardaba con el coche de la Duquesa de Alba. Su nuera se encontraba en vísperas de dar a luz, y muy necesitada de las oraciones e intercesión de la anciana Santa. Con el ánimo abatido—sintiéndose demasiado débil y vieja para resistir—aquella mujer, cuya vida había sido un acto continuo de obediencia, «por parecerse al que fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz», se dispone, aunque muy a pesar suyo, a obedecer otra vez. A Ana de San Bartolomé tenemos que agradecer la relación de este su último viaje; y causa extrañeza ver la exactitud sorprendente, la delicadeza y sentida pasión con que esta prosaica castellana vieja ha sabido relatar estas escenas ter-

minales de su carrera. Nadie sabía que Teresa se moría; ella misma menos que nadie. Sor Ana debió escribir estas notas en los primeros momentos de su dolor, cuando todas y cada una de las circunstancias relacionadas con el ser perdido aparecen revestidas de un interés solemne y conmovedor.

«A la mañana nos partimos—escribe la venerable Ana, pues también sobre ella cayó un jirón del manto de Teresa, y ya que no fuera canonizada, fué, por lo menos, beatificada—sin llevar ninguna cosa para el camino, y la santa iba mala del mal de la muerte, y todo este dia por el camino no pude hallar ninguna cosa para darla de comer; y una noche, estando en un pobre lugarcillo—Peñaranda de Bracamonte—, no se halló cosa de comer, y ella se halló con gran flaqueza, y díjome: «Hija, deme si tiene algo, que me desmayo»; y yo no tenia cosa sino higos secos, y ella estaba con calentura. Yo di cuatro reales que me buscasen dos güevos, costasen lo que costasen. Cuando vi que por dinero no se hallaba cosa, que me lo volvian, no podía mirar á la santa sin llorar, que tenía el rostro medio muerto. La aflicción que yo tuve en esta ocasión no la podré encarecer, que me parecía se me partía el corazón, y no hacía sino llorar de verme en tal aprieto, que la veía morir, y no hallaba cosa para acudirla. «No tenga pena por mí, hija, que muy buenos son estos higos; muchos pobres no ternán tanto regalo», dijo la anciana al ver el apuro de su compañera.

Al día siguiente todavía les fué peor, pues la única cosa que hallaron en la aldea (¿Macotera?) donde se pararon para comer, fué unas berzas cocidas con cebollas, de las que la Santa comió agradecida, a pesar de ser nocivas para su dolencia.

El 20 de diciembre, a las seis de la tarde, llegó al fin de su último viaje en la tierra, al fin de las fatigas y sufrimientos, empeorados por el aguijón de la ingratitud y de la falta de cariño. Y a la vista de aquella ciudad pastoral de la España medieval, dominada por el castillo ducal de Alba que resplandecía sobre su eminencia, ¿no alzaría las cortinas de su litera para contemplar una vez más con sus nublados ojos aquellos altos árboles que adornan el curso luciente del Tormes, paisaje que tantas veces había contemplado en otros tiempos desde la estrecha reja de su celda y que le había servido de gozo y consuelo? ¿O divisaba ya, insensible a toda impresión exterior, los confines de algún otro País, de otro Río, de alguna otra Ciudad reluciente a lo lejos, pero muy cerca en realidad, y en la cual ella creía firmemente que iba a pasar los umbrales de la muerte?

Antes de llegar a Alba salió a su encuentro un propio con la noticia del feliz alumbramiento de la Duquesa, y Teresa, recobrando por

un instante su acostumbrado buen humor y la gracia que ni la edad, la fatiga, el hambre ni las penas habían podido extinguir, exclamó: «Gracias a Dios que ya no será necesaria la santa.»

Observaron en aquella ocasión que Teresa permitió a sus hijas, en contra de su costumbre, que la besasen la mano, y las dió su bendición, dirigiéndolas al mismo tiempo palabras tiernas y cariñosas. «¡Oh, válgame Dios, hijas mías, y qué cansada me siento; más ha de veinte años, que no me he acostado tan temprano como ahora, bendito sea Dios, que he caído mala entre ellas.»

A la mañana siguiente reanudó las tareas de su vida ordinaria, y por espacio de ocho días, aunque con más dolores y mayor dificultad, siguió levantándose, visitando todos los rincones de la casa, inspeccionándolo todo, asistiendo a los Oficios divinos y comulgando con gran devoción. El día de San Miguel, después de comulgar, se puso peor y ya no se volvió a levantar; su espíritu heroico no podía ya seguir batallando contra la rápida disminución de fuerzas.

Suplicó que la llevasen a la enfermería, pues como la reja daba al altar mayor, desde allí podía oír misa. Allí pasó toda una noche y un día absorta en oración. Ya hacía ocho años que Teresa había apuntado en su breviario el año en que había de morir, y al despedirse de sus hijas en Segovia, las dijo que la verían por última vez, que ya se acercaba la hora de su muerte. Pero hasta este momento no se la había ocurrido pensar que era llegada la hora de entrar en su Reposo. Poco a poco y con la mayor consideración, fué preparando a su fiel enfermera, Ana de San Bartolomé, para recibir el golpe de la inevitable separación, que, a pesar de las predicciones de los médicos, ella sentía ya próxima. Las monjas se acordaron entonces y empezaron a susurrar, llenas de espanto de que una hermana había visto pasar, entre las ocho y las nueve de la mañana, un rayo de luz, claro como el cristal e incomparablemente hermoso, cerca de la ventana de la celda donde Teresa murió; que aquel mismo verano, estando en oración, habían oído, de cerca, un débil y tierno gemido, y que la madre Catalina Bautista, la enfermera, alzando los ojos al cielo mientras rezaba delante del Crucifijo que había en el patio del convento, vió que un lucero, más grande y refulgente que todos los demás, vino a posarse sobre la nave central de la capilla, inundándola con su resplandor.

Teresa sufrió con paciencia y obediencia todos los remedios que quisieron aplicarla sus hijas atribuladas. Los crueles sinapismos recetados por los médicos no arrancaron a sus labios una sola queja, ni una palabra de dolor. Tres días antes de su muerte mandó a buscar a Fray

Antonio de Jesús, el primero de sus frailes Descalzos, para que la oyera en confesión.

Unido a ella por los lazos de toda una vida de cariño y de las muchas ansiedades pasadas en común—cariño acrecentado por el recuerdo de las luchas y trabajos de otros tiempos—, el pobre fraile, hincado de rodillas y afligidísimo por la separación que tan pronto había de tener lugar, exclamó: «Madre, pida al Señor no nos la lleve ahora, ni nos deje tan presto.» «Calla, padre»—contestó la moribunda, y quién sabe si el tono mismo de su voz sería lo suficiente para tranquilizar al pobre anciano y aliviar su pena—. «¿Y tú has de decir eso? Ya no soy menester en este mundo.» Nada más decir esto, se puso peor repentinamente, y los médicos, llamados a toda prisa, ordenaron trasladarla a la celda que había ocupado antes, a causa del frío que hacía en la enfermería, y la aplicaron ventosas en carne desollada. Teresa bien conocía la ineficacia de este cruel remedio, pero se sonrió, sometiéndose a él sumisa y animosa.

Sus hijas guardaron memoria de todos los incidentes de aquellos últimos y penosos momentos, por ellas presenciados con tanta solicitud; y cuentan que, habiendo los médicos mandado traer de la botica una medicina que olía muy mal, derramáronla, inadvertidamente, en la cama de la Santa, en el momento preciso en que ésta recibía la visita de la anciana Duquesa de Alba, la cual iba constantemente a cuidar y alimentar, con sus propias manos, a aquella que ya tenía por santa.

«Congojóse mucho la Santa por ver que venía á tan mal tiempo [escribe la madre María de San Francisco] por causa del mal olor, y yo le dije: —No tenga pena, madre, que antes huele como si hubiera rociado con agua de ángeles un perfume antiguo. (Y era así, que olía con fragancia, y la Santa respondió: —Alabado sea Dios, hija; cubra, cubra, porque no huela mal y ofenda á la duquesa, que harto me holgara que acá no viniera.)

»En entrando la duquesa se sentó luego, y comenzó á abrazar á nuestra santa madre, y juntarle la ropa, y ella la dijo: —No haga vuestra excelencia eso, que huele muy mal, con unos remedios que aquí me han hecho;—la cual respondió: —No huele sino muy bien, y antes me pesa que le hayan echado aquí olor, que no parece sino que se ha derramado aquí agua de ángeles, y le puede hacer mal. Y como yo se lo oí decir á su excelencia, reparé en ello, y me pareció que era milagro; pues habiéndose derramado aceites pestíferos de olor, no lo hubiese malo, sino antes tal como se ha dicho.»

Pero el fin se acercaba con rapidez. La víspera de San Francisco,

a las cinco de la tarde, pidió los Sacramentos. Mientras se los traían se volvió hacia sus monjas, reunidas en torno de su cama, llenas de grande pena y aflicción; y juntando las manos dirigió las palabras amorosas que más parecían humilde súplica que mandato autoritario, expresión de la última voluntad:

«Hijas mías y señoras mías: Perdónenme el mal ejemplo que les he dado, y no aprendan de mí que he sido la mayor pecadora del mundo, y la que más mal ha guardado su Regla y Constituciones. Pídoles por amor de Dios, mis hijas, que las guarden con mucha perfección y obedezcan á sus superiores.»

Cuando vió entrar en su celda el Santísimo Sacramento, levantóse de la cama, a pesar de su extremada debilidad, y se puso de rodillas, y se habría echado al suelo para postrarse delante de él, si no la hubieran sujetado. Los que estaban con ella, notaron que el rostro se la cambiaba, iluminándosele de una belleza radiante y majestuosa; desaparecieron las huellas de la edad dejando tras de sí la calma y serenidad de la juventud. Cruzó las manos, y con el alma inflamada por el Amor Divino, balbució llena de contento, dulce y amorosas palabras de bienvenida: «¡Oh, Señor mío, y Esposo mío, ya es llegada la hora deseada, tiempo es ya que nos veamos! ¡Señor mío, ya es tiempo de caminar, sea muy enhorabuena, y cúmplase vuestra santísima voluntad! Ya es llegada la hora en que yo salga deste destierro y mi alma goce en uno con vos de lo que tanto ha deseado.» En este supremo trance, todos sus méritos se la escapan de la memoria; sólo ve en sí una criatura descarriada, llena de faltas, y sólo acude a la Misericordia Divina. Repetía sin cesar: «En fin, Señor, soy hija de la Iglesia», y pedía perdón por sus pecados, diciendo que esperaba ser salva por los méritos de Jesucristo, y suplicando a sus hijas que rogasen por ella.

De sus labios brotaban incesantemente las frases patéticas y entrecortadas del Salmista: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus; cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies. Ne projicias me a facie tua. Spiritum sanctum tuum ne anferas a me. Cor mundum crea in me, Deus.* Pero, lo que repetía con más insistencia, era la mitad del versículo: *Cor contritum et humiliatum, non despicies.* A las nueve de la noche de aquel mismo día recibió la Extremaunción, y ella misma ayudó a decir los salmos y los responsos. Después, volvió a dar gracias a Dios por haberla hecho hija de la Iglesia. Sólo una vez fué turbado su celestial reposo, con el recuerdo de esta tierra que iba ya haciéndose tan confusa y borrosa para ella, al preguntarla Fray Antonio si quería que llevasen su cuerpo a Ávila. «Jesús, ¿eso hase de

preguntar, padre mío? ¿Tengo de tener yo casa propia? ¿Aquí no me darán un poco de tierra?»

Y en respuesta a una monja que la recordó que Nuestro Señor Jesucristo no había tenido casa propia, dijo: «¡Qué bien me dice, Madre! Mucho me ha consolado con eso.» Cuando la luz del nuevo día penetró en su estrecha celda, se volvió de un lado, estrechando el Crucifijo que tenía en las manos, del que no se separó hasta que la enterraron. En esta postura siguió por espacio de catorce horas, con grandísimo sosiego y quietud, moviendo los labios de cuando en cuando, como si estuviese hablando con algún ser invisible. A eso de las nueve de la noche del 4 de octubre de 1582, se la encendió el rostro, repentinamente, cubriéndosele de un resplandor tan hermoso y radiante como el sol, y en un último suspiro de supremo amor, tan apacible e imperceptible, que no parecía sino que todavía seguía absorta en oración, entregó su alma al Señor.

Mucho me gustaría pensar que antes de emprender el alma su último y misterioso viaje, Teresa se volvió, por última vez, para implorar silenciosamente la simpatía y el amor humanos y morir con la cabeza apoyada en los brazos amorosos de su fiel compañera y enfermera Ana de San Bartolomé.

Largire clarum vespere,
Quo vita nusquam decidat;
Sed premium mortis sacræ
Perennis instat Gloria.

Aquella misma noche, mientras las monjas velaban en torno de su cama, la enfermera del convento, Catalina de la Concepción, que estaba sentada al lado de la ventana de la celda, enfrente del claustro, sintió mucho ruido de pasos, y mirando fuera vió una procesión resplandeciente de personas vestidas de blanco, que parecían entrar en la celda y ocuparla toda con su presencia. En el momento que los huéspedes celestiales se acercaron a la cama de Teresa, dejó ésta de existir.

En la misma ocasión, encontrándose enferma de muerte, en el lejano convento de Granada, Ana de Jesús vió de pie, al lado de su cama, a una monja Carmelita, cuya cara no podía distinguir a causa de su incomparable gloria y esplendor. Y al mirarla y decirse para sí «yo conozco á esta monja», aquélla se sonrió y se fué acercando más y más, hasta que deslumbrada por el excesivo resplandor que rodeaba a la gloriosa figura, no la fué posible ver nada más. No sólo a una, sino a muchas de sus hijas, se apareció aquella noche Teresa, en el momento misterioso, cuando dando tres suspiros tan débiles y tan

dulces que casi no fueron perceptibles, el alma rompió las ligaduras que la sujetaban a la carne. «Nosotros en el cielo», susurró la radiante visión al oído de un fraile Carmelita, de cuyo nombre no se hace mención, «y tú ahí en la tierra, hemos de ser uno en amor y pureza; nosotros aquí arriba viendo la Divina Esencia y tú en la tierra adorando el Santísimo Sacramento. Así, que tú allá abajo has de hacer con él lo que nosotros hacemos aquí arriba con la Esencia. Nosotros gozando y tú sufriendo, que ésta es la diferencia que hay entre nosotros; y cuanto mayores sean tus trabajos, mayor será también el gozo. Dí esto á mis hijas».

Y cuando la luz de un nuevo día lució sobre aquel pequeño mundo de Alba, dorando con sus rayos las pálidas facciones de aquélla que gozaba ya de una Mañana Eterna en alguna otra región, ¡oh prodigio!, las que se habían quedado a velarla vuelven sus ojos inundados de lágrimas a través de la reja de su celda, hacia el huerto del convento—tan familiar ayer, tan extraño y desconocido ya hoy y para siempre—, y se encuentran con que un almendro que crecía en un pequeño espacio de terreno, enfrente de la ventana, se había cubierto de hermosas flores olorosas de la noche a la mañana, cosa que las asombró en extremo por ser pasada la estación y estar el arbolillo estropeado y seco.

Desde las nueve de la noche hasta la mañana siguiente estuvo de cuerpo presente, rodeada de sus atribuladas monjas. Sobre sus fríos restos resplandecían todavía los rayos de la gloria que la había sido revelada a la hora de la muerte, comunicándoles una belleza sobrenatural. El suave contacto de la muerte había alisado todas sus arrugas, y su rostro, fijo ya en la majestad de su impasible reposo, había recobrado la serena hermosura de su juventud; sus manos y sus pies, «transparentes como el nácar», y sus miembros blandos y flexibles, conservaban la belleza de la inocencia y de la santidad que habían guardado durante la vida.

Una fragancia extraña e indefinible, que a ningún otro perfume terrestre se parecía—fragancia que ya se había hecho sentir en vida y que había quedado adherida a los objetos de que con más frecuencia se servía—, se desprendía de su cuerpo mientras sus hijas le prodigaban sus últimos cuidados preparándole para la tumba, esparciéndose por todo el convento. A veces, el perfume parecía extenderse en oleadas de renovada dulzura e intensidad, hasta que, al fin, se hacía tan fuerte que era preciso abrir las ventanas. Y no fué esto todo. Las que estuvieron presentes en aquella ocasión atestiguaron..., años después, en los expedientes de su canonización, los milagros obrados por el

cadáver de Teresa de Jesús. Una hermana recobró el sentido del olfato; otra, que padecía dolores agudos de cabeza y ojos, se sintió aliviada inmediatamente nada más que con haber besado sus pies transparentes. Isabel de la Cruz, con sólo pasar las manos yertas de la Madre por su frente, recobró la vista que tenía casi perdida. Y ¿quién dirá si por efecto de algún procedimiento psicológico, difícil de explicar—en aquellos instantes en que las puertas del corazón y de la conciencia se abren de par en par—; si como resultado de la extrema tensión del espíritu de sus hijas enfermas, al besarle los pies en este último y solemne acto de amor, si cuando se pasaban sus manos muertas por la frente dolorida y los ojos debilitados; quién dirá si su fe sencilla, su suprema emoción, no efectuaría lo que ellas creían ser obra de las virtudes milagrosas de aquel cuerpo sagrado y querido?

Por extraña coincidencia, Teresa murió en el mismo día que San Francisco de Asís. A la mañana siguiente la enterraron. El Obispo de Salamanca, el Duque de Huescar (1) y varios caballeros y monjes de otras órdenes religiosas, habiendo recibido noticia de su muerte en Salamanca, acudieron a toda prisa para presenciar los precipitados y sencillos funerales.

Y así, tendida en unas andas cubiertas con un paño de brocado—como lo había ella profetizado tantos años antes—, recibió el cadáver de esta grandiosa mujer que contemplaban ahora por postrera vez tal cual la habían visto y conocido en vida, los últimos homenajes de amor y veneración de estos grandes señores y sencillos vecinos de Alba.

Entre suspiros y ahogadas exclamaciones de espanto, besaron los pies que tanto habían caminado y que ya descansaban para siempre, y el hábito, pobre y remendado, de la Madre Teresa de Jesús.

Los que lograron tocar el cuerpo sagrado, se persuadieron de que llevaban consigo un talismán de valor eficaz para toda la vida, y hacia aquel momento inolvidable habían todos de volver sus pensamientos cuando se viesen rodeados de las tinieblas de la muerte, lo mismo duques, que obispos, que aldeanos.

El cadáver, vestido de su hábito, fué trasladado de las andas al féretro y enterrado en el nicho de la pared, debajo de un arco y reja que separaban el coro bajo de la iglesia, para que pudiesen gozar de ella lo mismo los de dentro que los de fuera. Con objeto de asegurar su

(1) El Duque de Huescar es el segundo de los Duques de Alba, y el Conde de Lerín el tercero. Este Duque de Huescar fué aquel don Rodrigo de Toledo que acompañó a au padre, el Gran Duque, a Flandes. El alumbramiento de su mujer fué lo que motivó la venida de Teresa a Alba.

sagrado tesoro e impedir que les fuera robado y conducido a Avila, amontonaron precipitadamente sobre el ataúd, por orden de Teresa de Laíz, la fundadora, una carga de ladrillos, piedras y cal. Los obreros y las monjas, todas las cuales ayudaron a la obra, emplearon dos días en tapiar la tumba, hasta creerla suficientemente segura y protegida. Pero el recuerdo de la difunta, que tan cerca tenían, y, sin embargo tan lejos, no las abandonaba un momento. Sentían golpes extraños dentro de la tumba misma. De ella se desprendía una fragancia inexplicable, fragancia que variaba, no sólo en cantidad, sino en calidad; unas veces olía a azucenas; otras, a jazmines y violetas; otras veces les era imposible definirla. Empezaron a reprocharse el no haber hecho un entierro más solemne y honroso a su fundadora, cuyo carácter y virtudes, observados en las perspectivas de la muerte, adquirían mayor belleza, y se hacían más portentosas de día en día. Ansiaban—¡pobres mujeres!—sondear los misterios de aquella tumba cegada, en la pared del coro bajo; contemplar una vez más los restos mortales de Teresa de Jesús. Por fin, nueve meses después de su muerte (cuando la única que hubiera podido estorbarlo, Teresa de Laíz, no podía ya hacerlo, pues también ella había entrado a gozar de su eterno reposo en las paredes de la iglesia del convento), Gracián, que en su capacidad de Provincial visitaba a la sazón el convento, accedió a sus peticiones autorizando la exhumación del cadáver. Con el mayor secreto, a fin de evitar que el Duque de Alba se enterase de ello, púsose él mismo a levantar las piedras y escombros, ayudado de su compañero y de la comunidad. Emplearon en esta labor cuatro días enteros, y, por fin, el 4 de julio de 1583, abrieron el féretro. El peso de los escombros amontonados sobre el ataúd había destrozado la tapa, que estaba medio podrida, llena de moho y humedad. El hábito también estaba podrido y olía a humedad y moho. Pero el cuerpo, a pesar de estar cubierto por la tierra que había penetrado, estaba todavía sano y entero como el día que lo enterraron. Despojándolo de sus ropas enmohecidas, lo lavaron y levantaron el barro con cuchillos, y después de vestirlo con nuevas vestiduras y envolverlo en una sábana, la colocaron en un arca en el mismo lugar, que los devotos o curiosos que visiten a Alba pueden ver todavía. En la tierra que las monjas despegaron de su cuerpo (y que conservaron reverentemente como reliquia) notaron la misma fragancia indefinible que salía también de la tumba. Lo que no notaron (por extraño que parezca), reservando la demostración para otra ocasión más adelante, fué que lo mismo la tierra que la mortaja estaban saturadas de un aceite oloroso que manaba del cuerpo, comunicando su perfume a cuanto con ello

pusiesen en contacto, «y si el Señor—dice Yepes—no lo declarara después por mil caminos, ellos estaban tan ciegos con el contento, que no lo echaran de ver».

Los que hasta aquí no habían hallado en su maravillosa vida nada de importante, se postraban ahora en actitud reverente ante el milagro de la incorrupción de su cuerpo. Esto probaba, ciertamente, y sin contradicción, su santidad. Esta fué la causa inmediata de los primeros pasos dados por el supersticioso Felipe II, tan amigo de milagros, para asegurar su beatificación y canonización. ¡Oh, naturaleza humana, eternamente invariable e inmutable, la misma en el siglo presente y en el siglo XVI, naturaleza humana, que clamáis a través de los siglos, como clamaba Tomás en su incredulidad, que os sea dada una señal, ciega a los portentos y misterios de la vida, que habéis dejado pasar por delante de vuestros ojos, que habían palpado y no habían podido comprender! Pues pocos eran los que participaban de la opinión del anciano San Antonio, Arzobispo de Florencia:

«En cuanto á nosotros, que andamos rodeados de tinieblas, se permite juzgar de los santos, por lo que entendemos y presumimos de sus obras, pienso que nadie tiene duda, sino que muchos de los bienaventurados, hombres y mujeres, que no han sido canonizados por la Iglesia, ni aun nombrados, no han sido de menor merecimiento, ni tienen menos gloria que muchos que están canonizados. Porque el canonizarlos no pone en ellos más merecimiento, ni más gloria esencial, ni determina el grado de santidad, sino aquella honra temporal, y aquella gloria, para que de allí adelante pueda celebrarse su oficio solemnemente, y se les puede hacer fiesta, lo que sin eso no se debe hacer.»

Pero antes de devolver el cuerpo a la tierra, Gracián le cortó la mano izquierda, llevándola consigo a Ávila en una caja bien cerrada. Todo lo cual tuvo lugar el 4 de julio de 1583.

Dos años después, celebrándose el segundo Capítulo General de la Orden en Pastrana, Gracián, que había ya cesado de ser Provincial, abogó por los derechos de prioridad del convento de Ávila a la posesión del cuerpo de su fundadora. Habiendo sido Ávila, no sólo la tierra natal de la Santa, sino también de la Reforma, no había duda de que tenía mayor derecho a los restos mortales de su ilustre ciudadana.

El morir en Alba y no en el convento de San José, del que era todavía priora, fué una mera casualidad. Pero existía otra razón más importante todavía. Antes de la muerte de Teresa, Gracián había hecho y firmado la promesa al Obispo de Palencia (don Álvaro de

Mendoza) de que su cuerpo iría a gozar de su último reposo al lado derecho del altar opuesto a la suntuosa tumba que aquél se había mandado hacer a la izquierda del Altar Mayor de San José. El Obispo exigía ahora, por medio de su secretario, Carrillo, que asistió al Capítulo, el cumplimiento de su promesa.

El 24 de noviembre de 1585, Fray Gregorio de Naciacieno y sus dos compañeros, el secretario del Obispo, y el maestro Julián de Ávila, se presentaron en Alba para dar cumplimiento a su secreta misión. Gracián llegó al convento aquel mismo día. Sólo dieron parte del objeto de su venida a la priora y a dos o tres de las monjas más antiguas y venerables. La iglesia del convento de Alba ha sido testigo de muchas y extrañas escenas, pero ninguna más extraña y espeluznante que la que tuvo lugar a las nueve de aquella noche del mes de noviembre de 1585. Para que las monjas no pudieran sospechar nada, ordenáronlas retirarse al coro alto a que cantaran maitines; y mientras que el tono triste y monótono de sus voces se extendía por aquellos abovedados recintos, los dos frailes, acompañados de la priora y las monjas que estaban enteradas del secreto, pasaron a abrir de nuevo la tumba.

Las ropas que envolvían el cadáver estaban podridas; la sábana, empapada en óleo (1) que salía del cuerpo; pero éste, a pesar de hallarse un poco más enjuto que la primera vez, se conservaba intacto y oloroso como siempre. Un refajito de estameña blanca, de que se habían servido para atajar la sangre que la salía de la boca (pues su muerte, lo mismo que la de su hermano Lorenzo, fué causada por la ruptura de una vena o «un flujo de sangre», según la expresión de sus biógrafos), apareció empapado todavía. La sangre, después del transcurso de tres años y dos meses, conservaba todavía su color fresco y natural.

Cuando fray Gregorio, en cumplimiento de sus órdenes y sobrecogido de emoción (como que dijo más tarde a Ribera que aquél había sido el mayor sacrificio de sí mismo que Dios le hubiera exigido), sacó el cuchillo que llevaba colgado al cinto y separó el brazo izquierdo del tronco de la Santa, para dejárselo a las monjas de Alba—así había sido decretado por el Capítulo, con objeto de aliviar en algo la pena de sus hijas—, apareció el hueso sano y la carne tan blanda y de un color tan natural como si acabase de morir. Envolviendo después lo

(1) Es extraño que Ribera, al escribir su *Vida* en 1590, no hiciese mención de la existencia de este óleo. Yepes, por el contrario, que lo da con insistencia, escribió la suya en 1614, o sea el año de su beatificación. El prudente lector podrá sacar de estos datos la conclusión que tenga por conveniente.

mejor posible su preciosa carga en una sábana, salieron con ella fuera del convento.

Mientras tanto, el olor extraño y peculiar de las reliquias invadió el coro, aumentando a cada momento en intensidad, excitó las sospechas de las monjas allí reunidas. Alarmadas por un repentino y funesto presentimiento, sin preocuparse más de los Maitines (a los que no dieron nunca fin, y seguros podemos estar de que la Santa les perdonaría aquella falta de disciplina) y guiadas de aquella fragancia celestial, acudieron presurosamente a la portería, para encontrarse con las puertas cerradas y su tesoro perdido. Entonces se acordaron, al contemplar en su honda aflicción, el brazo recién cortado y un pedacito del paño ensangrentado—todo lo que les restaba del cuerpo sagrado de su fundadora—, que estando un día en la recreación conversando sobre lo que pudiera tratarse en aquel momento en el Capítulo de Pastrana, oyeron por dos veces tres golpes dentro de la tumba de la Santa; y en el mismo día y a la misma hora, según supieron después por fray Gregorio Nacianceno, había sido firmada en Pastrana la patente de la traslación del cadáver.

Al amanecer del día siguiente ya iban los frailes de camino, atravesando con su misteriosa carga la abrupta senda que cruza aquellas elevadas mesetas y conduce a Ávila—el mismo camino que Teresa había andado tantas veces en vida y que estaba destinada a cruzar otra vez antes que sus huesos y su cuerpo mutilado pudiesen encontrar de nuevo descanso en Alba.

A pesar del secreto guardado sobre la traslación del cuerpo a Ávila (por temor de que los Duques de Alba se enterasen e insistiesen en su instantánea restitución), no fué posible evitar que la gente de fuera llegase a saber algo. El rumor, transmitido en secreto, llegó a oídos de Yepes, en Madrid—el bueno de Yepes, confesor entonces del Rey, y en vías de hacerse con un pingüe obispado—. Provisto de la licencia del Provincial Doria, licencia que no había tenido dificultad ninguna en conceder visto que Yepes la solicitaba con el objeto expreso de presentar al Rey una relación de la maravillosa incorruptibilidad del cuerpo de la Santa, el fraile Jerónimo acudió a Ávila con toda la prisa que le permitiera el paso de su caballería. Fué acompañado del Obispo de Córdoba y de don Francisco de Contreras, oidor del Consejo Real, «con el piadoso intento de visitar aquel sagrado cuerpo y ver esta nueva maravilla». Llegaron a Ávila el último día del año, y se alojaron en el palacio del Obispo, al cual confiaron el objeto de su viaje. El día de Año Nuevo reuniéronse en la portería de San José de Ávila unas veinte personas—entre ellas los médicos y notarios más fa-

mosos de la ciudad para que atestiguasen todo cuanto tuviese lugar—y algunos personajes «principales».

Cuando sacaron el cadáver a la portería, todos los concurrentes se postraron de rodillas en silenciosa adoración. Después se levantaron y permanecieron con la cabeza descubierta; muchos de ellos derramaron lágrimas de emoción a la vista de aquella momia rígida que tenían delante de sí. El cuerpo seguía todavía entero—sin que en él pudiera descubrirse señal alguna de corrupción—y despedía un olor aromático; los huesos y los nervios estaban unidos con tanta firmeza, que aun fuera del arca conservaba su rigidez y se tenía derecho sin necesidad de grande apoyo. La carne se conservaba blanda y flexible; y la cabeza se levantaba con sólo tirarla del pelo; los huesos y la carne del hombro de donde había sido cortado el brazo por Nacianceno, conservaban su color natural; y con todo, el peso del cuerpo no era mayor que el de una criatura de dos años; «de manera», dice en consecuencia el buen Obispo Yepes, «que parecen aquí tres milagros: la incorrupción, el olor y la agilidad». Imposible hubiera sido tener callado un acontecimiento tan transcendental. El Obispo de Avila amenazó excomulgar a todos aquellos que divulgasen la escena que habían presenciado, pero tuvo que alzar la excomunión en vista de la excitación tan intensa que les poseía. Así iban las cosas en Ávila; pero en Alba andaban de otra manera muy distinta. Cuentan que una hermana lega, basada en la suposición de no hallarse incluída en las censuras del Capítulo, pidió permiso a la priora para regalar a la Duquesa una torta que había hecho. Dentro de la torta había metido un papel con la relación detallada de todo lo que había sucedido. La anciana Duquesa, hondamente conmovida, se echó a la calle gritando como una loca: «¡Que me han llevado á Santa Teresa! ¡Que me han llevado á la Santa!» El Duque de Alba había muerto; su hijo también—aquel Duque de Huescar que había presenciado los funerales de Teresa—, de modo que el representante de la Casa de Alba, era aquel don Antonio Álvarez de Toledo, inmortalizado en el soneto de Lope de Vega:

> Belardo que á mi tierra hayas venido
> A ser uno también de mis pastores.

Éste, se encontraba a la sazón en Navarra, de cuyo reino era Condestable hereditario; pero su tío, prior de San Juan, encargado del gobierno de sus estados, y uno de los más ardientes adoradores de Teresa, puso inmediatamente en juego la poderosa influencia de la Casa

de Alba, para alcanzar la devolución del cadáver a la ciudad de sus antecesores, donde era tenido como su mayor tesoro. Arreglaron tan bien el asunto que el Papa Sixto V envió un Breve al Nuncio de España ordenando la inmediata devolución del sagrado cuerpo.

El Provincial, Fray Nicolás de Jesús María (Doria), salió para Ávila sin pérdida de tiempo, para ocuparse de su traslado. A la media noche, dos frailes cargados con el misterioso bulto, salieron por las puertas de Ávila, cruzaron el puente, y tomaron la senda pendiente que conduce a Mancera. Así salió Teresa por última vez de su ciudad natal. Al pasar los frailes por un pueblecillo situado entre Duruelo y Mancera—La Bóveda—, unos labriegos que ocupaban la noche trillando, atraídos por el olor tan extraordinario y especial que despedían los restos, abandonaron las eras para seguirlos y descubrir la causa de aquel aroma.

En Mancera, en cuyo monasterio pasaron los frailes la noche, se hallaba enfermo un hermano con calenturas tercianas, y el prior «para consolarle» le hizo levantar y «le mandó que fuese á velar el santo cuerpo». También él notó el perfume aquél tan singular. Quedóse allí hasta la media noche, y aquella vez no sintió la calentura que hubiera debido atacarle al anochecer. Por la mañana, cuando se la llevaron, despidióse de ella con muchas lágrimas, y suplicóla, no que intercediese por él para que se le quitasen sus enfermedades, sino que le ayudase a sufrirlas; «y ese mismo día le faltó la terciana, y nunca más le volvieron».

Llegaron a Alba en la madrugada del 23 de agosto de 1586; y tan bien consiguieron disimular su carga que nadie supo lo que llevaban; y a las ocho de la mañana poco más o menos, dejaron depositado el cuerpo en el convento. ¡Grande fué el regocijo aquel día en Alba! Los habitantes habían hecho preparativos para recibirlo y traerlo triunfalmente a la ciudad en solemne procesión y a los acordes de la música. Pero los apesadumbrados frailes, empeñados en dar fiel cumplimiento a su ingrata y desagradable misión, se opusieron severamente a toda tentativa de festividad. Las órdenes del Provincial eran decisivas y fueron obedecidas al pie de la letra. Si colocaba allí el cuerpo no era con intención de dejarlo para siempre, sino como prestado en cumplimiento del mandato del Papa, y por lo tanto no había ocasión de hacer fiesta. Los frailes llevaban orden de hacer entrega de él, y exigir un reconocimiento en prueba de que así había sido hecho.

El cadáver fué descubierto en presencia del Duque de Alba, la Condesa de Lerín y el gentío que llenaba la iglesia, de modo que todos pudiesen verlo. El prior de Pastrana preguntó brevemente a las

monjas si reconocían en aquel cuerpo el de la Madre Teresa de Jesús, y si se daban por entregadas de él. Su respuesta fué secundada por el vocerío unánime de la multitud y atestiguado debidamente por un escribano. Colocaron guardias a las puertas de la iglesia para afianzar la seguridad de las reliquias, que después de tantas vicisitudes y casi un año de ausencia, les había sido, por fin, devuelto y puesto bajo su segura custodia, pues no había quien se fiase de los frailes ni quien dudase de que pudieran llevárselo otra vez si tuviesen ocasión. También hicieron un requerimiento para que las monjas no le diesen. Bien hicieron en poner el cuerpo a salvo detrás de la reja, o la excitada muchedumbre, en su afán de conseguir siquiera un pedazo del hábito como reliquia, lo habría destrozado y hecho pedazos.

Ribera, que había ido de Salamanca a Ávila con el solo objeto de visitar el cuerpo «que lo deseaba mucho», llegó al monasterio poco tiempo después de los frailes, de modo que no logró verlo; «que á llegar poquito antes (observa con sentimiento) lo hallara en la portería, y se me cumpliera mi deseo».

A su pluma debemos la descripción de la extraña escena que tuvo lugar en el interior del convento de Alba aquel día del mes de agosto. Desde las ocho de la mañana hasta el anochecer, estuvo expuesto el cuerpo detrás de la reja del coro bajo.

«Toda la tarde estuvo la iglesia tan llena de gente que venía á ver á aquella maravilla, que ni los podían echar, ni los que estábamos más adentro podíamos salir hasta muy tarde, porque no se hartaban de verla... De todo esto fuí yo testigo, y la ví de espacio desde la reja, y después la besé los pies, aunque muy de priesa, porque aun siendo de noche y cerrando las puertas de la iglesia, no nos dejaban los de fuera. Aquella misma noche, estando de camino los Padres que la habían traído, vinieron á la posada á hacer colación, y yo posaba también en la misma casa, y trajéronles allí el hábito que había traído el cuerpo de la Santa para volverle á Ávila, porque en Alba le habían puesto otro, y vino cogido y envuelto en una manta, de manera que los dobleces del salían afuera, y llegué á olerle, y tenía escelente olor; estaría allí como tres cuartos de hora, y luego fuéronse los Padres, y yo me pasé á aquella pieza donde ellos habían estado, y de lo poco que estuvo en ella el hábito cogido de la manera que he dicho, quedó un olor en la cámara, que luego le sentí y conocí muy bien. De allí á un poco vino mi compañero, y preguntéle si olía algo; respondió que sí, y que se echaba muy bien de ver.»

Ribera nos ha dejado una descripción detallada del cuerpo según se encontraba en 1588:

«El santo cuerpo vi muy á mi contento á 25 de marzo, deste año de 1588, y porque le vi muy bien, como quien pensaba dar este testimonio que aquí doy, podré dar buenas señas. Está enhiesto, aunque algo inclinado para adelante, como suelen andar los viejos, y en él se ve bien como era de harto buena estatura. Está de manera que una mano que le pongan en las espaldas á que se arrime, se tiene en pie, y le visten y desnudan como si estuviera vivo. Todo él es de color de dátil, aunque en algunas partes está más blanco. Lo que más escura color tiene es el rostro, porque como cayó el velo sobre él y se juntó mucho, y mucho polvo, quedó más maltratado que otras partes del cuerpo; pero muy entero, de tal manera, que ni en el pico de la nariz no le falta ni poco ni mucho. La cabeza tiene todo su cabello, como cuando la enterraron. Los ojos están secos, porque se ha gastado ya la humedad que tenían, pero en lo demás enteros. En los lunares que tenía en la cara se tiene aún los pelos. La boca tiene del todo cerrada, que no se puede abrir. En las espaldas particularmente tiene mucha carne. Aquella parte donde se cortó el brazo está jugosa, y el jugo se pega a la mano, y deja el mismo olor que el cuerpo. La mano muy bien hecha y puesta como quien echa la bendicion, aunque no tiene los dedos enteros. *Hicieron mal en quitárselos, porque mano que tan grandes cosas hizo, y que Dios la dejó entera, siempre lo había destar.* Los pies están muy lindos, y muy proporcionados, y en fin, todo el cuerpo está muy lleno de carne. El olor del cuerpo es el mismo que el del brazo, pero más fuerte. Fuéme de tan gran consuelo ver este tesoro escondido, que á mi parecer no debo de haber tenido mejor día en mi vida, y nunca me hartaba de verle. Quédame una lástima si le han de partir algún día ó por ruego de personas graves, ó á instancia de los monasterios, porque en ninguna manera se debía hacer, sino que esté como Dios le ha dejado, dando testimonio de la grandeza de Dios y de la purísima virginidad y santidad admirables de la Madre Teresa de Jesús. A mi parecer no harán como buenos hijos suyos, ni quien lo pidiere ni quien lo concediere...»

CAPÍTULO XXVIII

LA SANTA PATRONA DE ESPAÑA

Her life was marvellous you say, Lorenzo, and so
[her Death,
And what o'ertook it passing marvellous.
Where'er she trod they say the roses blossomed,
And lilies breathed strange fragrance.
Nay more—I've heard it said that o'er hea sepul-
[chre they catch the gleam of angels' wings,
And hear faint strain of voices chauting throng-
[hout, the silent Night.

En 1594, doce años después de la muerte de Teresa, Ana de Jesús, yendo de Salamanca a Ávila, solicitó licencia de sus superiores para visitar los restos de la Madre a quien tanto había reverenciado en vida y también afligido con su desobediencia.

En 1598, trasladaron el cuerpo a otro sepulcro más digno y honroso, a la izquierda del altar mayor, encima del coro, donde habían construído con este objeto una especie de capilla o nicho, como los que se ven en todos los santuarios famosos—por ejemplo, el de Nuestra Señora de Guadalupe—. Del lado que daba al convento habían abierto una puerta pequeñita para dar paso a las monjas que lo cuidaban y adornaban; por la parte de la iglesia estaba resguardado por una reja dorada. Aquí, pues, colocaron el arca—dádiva de la anciana Duquesa de Alba, amiga de Teresa—que contenía sus restos. Las paredes estaban cubiertas de paño de plata, regalo de la nueva Duquesa de Alba, doña Mencía de Mendoza; la lámpara de plata que ardía en aquel lugar noche y día era don del Duque, su esposo. El rico dosel de

brocado con que estaba cubierto el ataúd había sido enviado por la Infanta de España, doña Isabel Clara Eugenia, más tarde Archiduquesa de Flandes.

Durante los tres cortos años que habían transcurrido desde la muerte de Teresa, se había verificado un cambio grandísimo. La veneración había dejado de ser una expresión de dolor tributada a las virtudes de la mujer sin igual que no habían de volver a ver, se había convertido en adoración a la Santa. Mediante un procedimiento bien comprensible en los espíritus ardientes y ensimismados, rodeados del silencio y místico reposo del claustro, la imagen de la verdadera Teresa que había vivido y se había agitado en medio de ellas, fué haciéndose cada vez más borrosa; y al paso que las capas sucesivas de la atmósfera que las separaba se hacían más y más densas, aquélla acabó gradualmente por desaparecer. En la misma proporción que las había impresionado en vida, se apoderó también de su imaginación después de muerta; y la falsa representación que de ella se iban haciendo—ayudadas por el Tiempo—, adquiría de día en día mayores dimensiones, se hacía mucho más gloriosa, su contorno más y más determinado, su esencia más etérea y sobrenatural. Los milagros atribuídos a sus reliquias fueron cada vez más grandes y estupendos. Mas sobre un dato he de llamar la atención, y es: que los milagros que dicen haber sido obrados en esta época son de carácter completamente distinto al de las indigestas invenciones del siglo siguiente que la canonizó. Los primeros no ofenden tan descaradamente el concepto de probabilidad ni las reglas del buen gusto. Todos tienen por fin alguna tendencia bienhechora, y no la mera y descomedida alabanza de la misma Santa. Aquéllos son resultado espontáneo de la sencillez y de la fe verdaderas; y por simples que sean, por reveladores de la tendencia que la humanidad tiene de engañarse a sí misma, sólo el necio o la persona desprovista de sentimientos delicados tendría corazón para tomarlos a risa. Es más; algunas de estas curas, por maravillosas que sean, están impregnadas de una melancolía tan extraña, y revestidas de una dignidad tan respetable y propia de aquellos antiguos tiempos, que casi nos sentimos dispuestos a deplorar como perdida para la humanidad, la desaparición de la buena fe, de la ternura y apasionada creencia que hacían posibles todas estas cosas. Hasta la relación que de ello nos hace Ribera, con esa mezcla extraordinaria de naturalidad, sencillez y gravedad, que constituye el rasgo característico y peculiar del carácter español—y del suyo propio en particular—, no puede arrancar una sola palabra de protesta, sino que más bien domina al espíritu con una especie de delicada fascinación.

Indudablemente, no dejaría de haber otros motivos, motivos de que apenas se darían cuenta, o a los cuales serían completamente ajenos los mismos que obraban basados en ellos (pues hemos de tener presente que no se trata de un siglo da charlatanería, sino de un siglo que consideraba la Verdad, o lo que tenía por tal, como el más preciado de sus tesoros). Los milagros obrados por las sagradas reliquias, tan celosamente custodiados en el convento de Alba, no dejarían, indudablemente, de proyectar cierto lustre sobre aquella comunidad, lustre que ésta tenía a mucha gloria (y no por interés personal) el hacer resaltar; pero no es menor cierto que aquella trama legendaria que en torno suyo tejieron, fué firmemente creída por los mismos que ayudaron, inconscientemente, a tejerla.

Con objeto de poner fin al pillaje de los colectores de reliquias, el General de la Orden mandó, en 1603, clavar el arca, para que no fuera posible abrirla sin romperla. Otra vez, en esta ocasión, descubrieron el cuerpo en presencia del Duque, de la Duquesa de Alba y de toda la comunidad. Pero Fray Tomás de Jesús, antes de dar cumplimiento a sus órdenes, todavía mutiló el cuerpo que tenía encargo de preservar, y de una manera más bárbara que ninguno de sus predecesores. Repartió pedacitos de carne entre los concurrentes, y, además de reservarse a sí mismo una buena porción, le arrancó una costilla, «con menos piedad que devoción».

El 13 de julio de 1616, dos años después de su beatificación, volvieron a descubrir el cuerpo, con motivo de ciertas alteraciones que se estaban haciendo en la tumba, y a partir de esta fecha, y por espacio de más de ciento treinta y cuatro años, permaneció «en estable custodia, oculto á la inspección humana».

En 1750 volvióse a abrir la tumba en honor de Fernando VI y su esposa, María Bárbara de Portugal; y por más que la real visita no llegara a tener lugar, con motivo de la enfermedad de la Reina, el General de la Orden, Fray Nicolás de Jesús María, y el Duque de Huescar, como representante de la Casa de Alba, se trasladaron a Alba, con objeto de verificar los preparativos necesarios. La urna de piedra blanca donde estaba encerrada el arca, fué sacada una vez más a la luz del día. El arca era de madera, y estaba sujeta con nueve bisagras de hierro doradas. La cerradura era también dorada, y como se había perdido la llave, fué preciso descerrajarla. El arca estaba forrada interiormente de damasco carmesí, tan lucido y hermoso como si se acabara de cortar de la pieza. El cuerpo (lo poco que de él quedaba) no tenía señal ninguna de corrupción, pero penosamente mutilado, por efecto de una piedad irreverente y mal entendida. El pie derecho, la mano y

el brazo izquierdos, el corazón, una porción de la mandíbula superior, el ojo izquierdo, varias costillas, trozos de carne y huesos, todo esto había sido arrebatado por los coleccionistas de reliquias. La carne, la piel y los huesos restantes, permanecían intactos y sin daño alguno; la cabeza estaba separada del tronco, y faltaba buena porción del cuello. La pupila y pestañas del ojo izquierdo se dejaban ver muy distintamente; el brazo derecho, flexible y como si todavía estuviese dotado de vida. De la parte de donde había sido arrancada la mano, como a viva fuerza, todavía quedaba el hueso blanco y hermoso. Los dedos y uñas del pie derecho se distinguían bien claramente. El cuerpo estaba envuelto en una sábana fina de hilo, y sobre ésta iba una segunda cubierta de fina seda carmesí. A su lado, dentro también del ataúd, había una caja de plomo, que contenía una escritura en pergamino, donde se daba testimonio del estado del cuerpo en la última exhumación, acaecida en 1616.

Como el Duque de Huescar no podría presenciar la restitución formal del cuerpo a la urna—por haber sido llamado a El Escorial por orden del Rey—, prestó juramento solemne, antes de salir de Alba, de que aquel cuerpo era el mismo que viera sacar de la urna quince días antes. Esto lo hizo el 18 de octubre, y el 29 los restos fueron otra vez colocados en el arca, y ésta ajustada, como antes, con nueve bisagras doradas, cerrada con tres llaves, y depositada de nuevo en la urna.

En 1760 la tumba donde tanto tiempo había descansado, fué derruída para hacer sitio a una suntuosa capilla, erigida en su honor por los Reyes Católicos Fernando VI y María Bárbara de Portugal. Entonces cambiaron por completo la disposición de la iglesia. Construyóse un nuevo coro, a la orilla opuesta al altar mayor; las piezas del altar fueron también rotas o renovadas; y la pequeña, oscura y rústica capilla que Teresa había conocido, desapareció. Los antiguos objetos familiares consagrados a su memoria, fueron desapareciendo uno tras otro; el siglo grave y digno de que ella formó parte, desapareció también para siempre, bajo la mole de jaspes y mármoles que sobre él levantó la mano fría, escuálida e inartística del siglo XVIII, que no produjo nada, que no fué capaz de producir nada y que, en su absoluta esterilidad e impotencia, tuvo grande afán de destruír lo que ya no podía comprender.

En la tarde del 13 de octubre de aquel año (cuando ya Fernando VI había dejado de existir y Carlos III reinaba en su lugar), fué conducido al camarín bajo, en solemne procesión, el cuerpo de la Santa, que había estado guardado en la celda donde murió todo el tiempo que duró esta profana obra de destrucción.

Por quinta y última vez—puesto que no se ha vuelto a abrir desde entonces, ni se volverá a hacer según todas las probabilidades—fué abierta el arca, confirmando de nuevo y con toda solemnidad, la identificación e incorrupción de aquel cuerpo. A la mañana siguiente (¡cuán alejados nos encontramos ya de aquel simpático, sencillo y bueno de Ribera, y por lo que hace a Teresa, no queda ya sino la sombra!), los dignos habitantes de Alba y aldeas vecinas, fueron admitidos para que contemplaran por última vez la pobre momia que encerró un día a la gran Teresa de Jesús. Desde las primeras horas de la mañana hasta las tres de la tarde, tuviéronla expuesta en el coro bajo a las miradas de la excitada y curiosa multitud. Por espacio de siete horas no hicieron los frailes Carmelitas otra cosa que aproximar al cuerpo las medallas, cruces y objetos de devoción que la gente les tendía con este fin. Después cargáronle en hombros seis frailes y, seguidos de una solemne procesión de prelados, frailes y monjas envueltas en sus velos, con antorchas encendidas, condujéronle al camarín alto, o sea la pequeña capilla de encima del altar mayor, que había sido preparada para recibirlo. Luego vistieron los rígidos restos con un hábito precioso y colgaron a su cuello un collar en forma de toisón, del cual pendían corazones de plata en número igual al de las donantes: las monjas Carmelitas del convento de Madrid. Así engalanada, tendiéronla en un colchoncito de raso liso carmesí con galones de oro; la cabeza—separada del tronco—reposaba también en una almohada de la misma clase, bordada en plata. Sobre su pecho colocaron una palma de mártir. Cerraron entonces el arca de plata—dádiva de los Reyes de España—, entregaron las cuatro llaves al General de la Orden, a la priora, al representante de los Duques de Alba y a don Alonso de Oviedo, dejándola después a que disfrutara de su reposo—reposo que esperamos no volverán a turbar—en el mismo lugar que ocupa todavía encima del altar mayor de Alba.

La antigua arca, dádiva de la Duquesa de Alba, donde el cadáver había sido guardado en primer lugar, fué regalada al Rey por el Duque de Alba, en nombre del General y del Definidor de los Carmelitas Descalzos, y aceptada con piadosa satisfacción por Su Majestad, ordenando que fuese colocada en su oratorio. No tengo la menor idea de cuál sea ahora su paradero.

Para mí, la vida de Teresa termina en este punto. Todavía me resta dar cuenta de los pasos sucesivos de su beatificación y canonización; pero éstos son acontecimientos en los que ella no tuvo parte ni viva ni muerta. Me complace dar fin a su historia con las palabras del sencillo Jesuíta, cuya lealtad y afecto hacia ella resaltan de un

modo tan transparente en cada una de las líneas de su biografía—obra que por su pureza y sencillez de estilo, por su evidente buena fe y sabor añejo—merece ocupar un lugar entre los clásicos de la literatura de aquel período:

«Con estas palabras, Señor, Dios mío, que haces los santos y los coronas, acabo la historia que me puse á escrebir de tu sierva fiel, para que conozca el mundo los tesoros que en ella pusiste, y te alaben todos sin fin. Y pues Tú eres el principio y fin de toda santidad, Salvador del mundo y Señor nuestro, y estas hermosas y olorosas flores que han nacido y nacen en tu Iglesia santa, no fueran rosas, sino espinas y abrojos, á no ser regadas por tu preciosísima sangre, alabado seas Tú eternalmente en tus santos, obras perfectísimas de tus dedos. Plegue á tu eterna bondad que este pequeñuelo don que te ofrezco, suba con olor suave delante de tu acatamiento, y el haber yo, indigno y miserable pecador, hablado de tanta santidad, no sea para que de nuevo te tornes á acordar de mis pecados, por ser mis obras tan diferentes de las que he contado, sino para que por la intercesión suya se me perdonen, y pongas en mis entrañas un corazón nuevo y un espíritu nuevo, para que me parezca mucho á la que Tú amas, y yo amo. Y si no es esto atrevimiento, hablaré á mi Señor, aunque soy polvo y ceniza, y suplicaréle que todos los que por devoción de su sierva vinieren á leer esta historia, fiel y verdadera, aunque mal escrita, saquen de ella por tu misericordia vivos deseos de alabarte siempre por las grandezas que obras, y de imitar estas tan soberanas virtudes, y servirte de todo su corazón. Las obras, Señor, de que se maravillan, dones tuyos son; la verdad, de donde quiera que salga, tuya es. Estas obras poderosas son para mover; á la verdad, mucha fuerza la sueles Tú dar para que obre: líbrame, Señor, de este miedo, que es solo el que puedo tener, que no pierda su eficacia por haber yo sido el instrumento desta escritura. Y tú, Madre mía santa, por cuya gloria y memoria he trabajado, aunque no merecía contar con tus loores, bien sabes cuan de buena gana lo he hecho, y lo que tú has hecho para que se hiciese. Mal dije, he trabajado, porque no he sentido trabajo, antes me ha servido de alivio y contentamiento haber escrito esto, aunque en tiempo bien ocupado. Deseado he que no se pierda la memoria de tus gloriosas obras, y para esto he hecho todas las diligencias que me ha sido posible, para que seas siempre conocida, y alabada y imitada, y en tí y por tí sea alabado este gran Señor, que tan maravillosa te hizo. Perdona la cortedad de mi ingenio, y la pobreza de mis palabras, pues la voluntad de servirte, sabes no ha sido nada corta ni pobre. Y pues el Señor en esta vida me hizo tanto bien que yo te cono-

ciese, y tú que me quisieses bien, y tomases cuidado de encomendarme a su Magestad, alcánzame del lo que le he suplicado, y nunca te descuides deste miserable hijo tuyo, que tan entrañablemente te ama, hasta que por tus merecimientos llegue á la bienaventurada vista de nuestro Criador y Señor, donde contigo y con todos los santos le goce y le alabe para siempre jamás. Amén.»

* * *

En 1595, trece años después de la muerte de la Santa, Felipe II, movido por el rumor de los milagros obrados por las reliquias y el hecho prodigioso de la sangre que brotaba de su cuerpo y teñía todo cuanto tocaba, inició, por mediación del Nuncio Camilo Gayetano, las investigaciones preliminares necesarias a su beatificación.

Sus manuscritos fueron reunidos y llevados a El Escorial, donde siguen todavía al lado de los de San Agustín y San Juan Crisóstomo, conservados piadosamente como la joya más preciosa de aquella grandiosa y magnífica fábrica. El Duque de Sesa, Embajador de España en Roma, recibió encargo urgente de activar todo lo posible y tomar con calor el proceso de canonización; pero a pesar del febril afán del Rey Católico, quiso el destino que fuese su nieto el que gozase del *lustre* que esta gloria culminante proyectó sobre su reinado. Las cosas caminaban a paso lento en quellos días, de modo que hasta el año de 1614, no fué decretada por Paulo V la beatificación tan ardientemente anhelada, no sólo por el Rey de España, sino por todos los monarcas de Europa, después de haber sido ocupada la silla pontifical por dos Papas, en sucesión, entre tanto que las negociaciones del asunto seguían el curso lento y pesado de las dilaciones oficiales.

La primera noticia que España tuvo de la beatificación, le fué comunicada nada menos que por don Carlos Doria, general de la flota genovesa y Duque de Thursis, que arribó a Barcelona el 7 de mayo de 1614 con una escuadra de diez y siete galeones. La noticia se extendió por España con la rapidez del rayo, aunque fué preciso retrasar los festejos hasta ser solemnemente confirmada por el General de la Orden. Los correos, portadores de las cartas y de la copia del Breve, llegaron a Barcelona el día 30, a las siete de la noche, a punto que los frailes acababan de decir Maitines. En seguida echaron al vuelo las campanas, para anunciar a la ciudad el gran acontecimiento con su alegre y gozoso repiqueteo. Los frailes, dirigidos por el prior, revestido de su capa pluvial bordada en oro, bajaron a la iglesia, en cuya

nave entonaron el *Te Deum* con voces trémulas y entrecortadas de emoción. A la mañana siguiente, después de colocar el retrato de Teresa en medio del altar mayor y cubrirlo con un paño de brocado, salió el prior a hacer una visita de ceremonia al Príncipe Filiberto, al Marqués de Almazán, Virrey de Cataluña, y a los grandes dignatarios de la ciudad, y comunicarles a todos la triunfal noticia. Dos frailes, encargados de la misma misión, acudieron presurosos a los Tribunales de la Cancillería, a la Inquisición, etc., entre tanto que otros dos llevaban las nuevas a los diferentes monasterios y conventos de la ciudad.

Aquel día celebraron los frailes Vísperas con extraordinaria pompa y esplendor. Adornaron la iglesia con colgaduras de damasco; cubrieron los suelos con ramas de retama y flores hermosas; el altar, sepultado entre rosas, lirios y flores de azahar, y resplandeciente con la luz de las velas, «parecía la imagen del paraíso de Dios». El aroma del incienso y de los perfumes flotaba en el aire de las calles; las músicas alegres de los trovadores llamaban a los fieles desde lejos. Vinieron en torrentes desde las tres de la tarde hasta las once de la noche: el Príncipe Filiberto—que empleó media hora en hacer devociones a la Santa, según se pudo observar—, el Virrey, su esposa, y toda la nobleza y las autoridades de Barcelona. ¡Cómo me habría gustado estar allí! ¡Con cuánto placer me hubiera deslizado entre aquella oscura muchedumbre de artífices y obreros y gente baja, cuyos nombres no aparecen en las crónicas; para haber oído el estallido de los cohetes lanzados al aire por cima de las sombrías murallas de la vetusta ciudad, iluminando con sus luces toda suerte de extraños rincones y proyecciones, extendiéndose en ráfagas lucientes hacia el mar, y revelando a su paso torreadas murallas y altos campanarios; para haber escuchado la música de aquellos trovadores de antaño apostados en el tejado de la iglesia, tocando a destajo toda suerte de danzas y aires ya olvidados y caprichosos, trinos y melodiosos madrigales, de que (afirma el narrador) «era una gloria oirlos»; para haber visto el resplandor de las antorchas de la Rambla enrojeciendo el aire de aquella noche calurosa de verano, y haberme sentido estremecer a los disparos de aquellos mosquetes de chispa con cuyo estampido retumbaban las estrechas callejuelas!

Los espectáculos de regocijo general, sin embargo, habían sido fijados para el 4 de octubre. Desde que tuvo lugar la entrada de Colón no había presenciado Barcelona cosa parecida; jamás se había celebrado la entrada de un príncipe con semejante magnificencia y esplendor. La función fué precedida de ocho días de ayuno, a partir del 26 de septiembre, día en que fué enarbolada la bandera de la Santa en lo alto

del campanario del monasterio de los Carmelitas Descalzos, donde permaneció hasta la víspera de su festividad.

El día 2 de octubre, a las tres de la tarde, don Gerán de Guardiola, vestido con sus ropas de gala, relucientes como la plata; con su capa y gorra de terciopelo negro, forradas de lo mismo, resplandeciente de diamantes y piedras preciosas (el enjuto y viejo consejero se extasía, dándonos estos detalles con toda la unción del artista); con su caballo también blanco, igualmente pomposo que el jinete, con sus plateados arreos y su gualdrapa de terciopelo, que arrastraba por el suelo, don Gerán de Guardiola, pues, escoltado por toda la nobleza joven de Barcelona, ataviada con igual esplendor, llegó a las puertas del monasterio. Una cuadrilla de trompeteros y trovadores a caballo, apostados en la plaza, aguardaba su llegada; en medio del estrépito de la trompeta y el redoble del tambor, se apean de sus caballos y entran a la iglesia. Escoltado de uno y otro lado por don Juan de Boscardos y don Miguel de Moncada, llevando las caídas que penden de ambos lados, avanza con paso arrogante don Gerán, levantando en alto el estandarte de seda blanco de Teresa. Vuelven a montar en sus caballos. Los trovadores, trompeteros y tamborileros renuevan su tarea con mayor júbilo y estridor, y en seguida proclama un heraldo, en medio del silencio que se apodera repentinamente de la pequeña plaza, la festividad de Teresa, delante de las puertas de su monasterio.

A las doce en punto de aquel día, 4 de octubre, las descargas de la artillería y el estruendo de las campanas de la catedral anunciaron el comienzo de la festividad. Las campanas de todos los conventos e iglesias de la ciudad respondieron al clamoreo con su repiqueteo alegre y ensordecedor. «Todo Barcelona—dice un testigo contemporáneo—estaba en revolución.» Jamás se había congregado dentro de sus murallas un gentío semejante al de esta ocasión. Encaramada en la punta más alta de la torre de la iglesia del convento—su imagen, vestida de seda y cubierta de perlas y piedras preciosas de inestimable valor—Teresa prodigaba muda y benigna bienvenida a todos sus adoradores. A las seis de la tarde, cuando las últimas notas del *Avemaría* vibraron por el aire, y las ceremonias religiosas de los frailes en la iglesia tocaron a su fin, se encendieron las hogueras, y en la ciudad entera apareció refulgente luz. De las almenas de todas las murallas, de las torrecillas y de todas las puertas pendían linternas, relucientes como chispas de variados colores: verdes unas como esmeraldas, otras del color del rubí y del topacio. En todas las calles y plazas ardían trípodes inmensos llenos de alquitrán, que convertían con su resplandor la noche en día. El convento Carmelita parecía «un cielo estrellado»

con sus iluminaciones y fuegos artificiales. Desde la torre de la iglesia y desde las almenas del convento brotaban incesantemente las músicas de los trovadores. ¡Cómo tañeron ellos aquella noche, arrebatando el alma con aquellos instrumentos arcaicos, cuyos nombres de arcádica sencillez se nos hacen ahora tan extraños! Pero el principal espectáculo de aquella noche había de ser la vuelta de la imagen de la Santa al convento, después de haber recorrido la ciudad entera en solemne procesión. Hasta cerca de las diez de la noche no consiguió la ansiosa multitud que esperaba en la plaza, enfrente del monasterio, ver el barco de Teresa. ¡Vedlo avanzar, este grandioso e imponente espectáculo! Primero aparecen los heraldos, trompeteros y tamborileros, a caballo; detrás vienen los trovadores en un carro triunfal, tirado por fornidos caballos de Flandes, y, por fin, rodeada de una guardia de nobles—visión esplendorosa de paños plateados y dorados y sombreros de plumas; los arreos de sus caballos de plata también, y adornados con nudos dorados—, aparece la imagen de Teresa, muy por cima de las cabezas de la multitud, sobre la popa de un barco simulado, desde el cual recibe el homenaje de sus adoradores. A sus pies vienen cuatro niños pequeñitos, que representan las cuatro virtudes cardinales, y otros doce niños, vestidos con hábitos diminutos de su Orden, están esparcidos, en torno suyo, sobre la cubierta.

Al instante retrocede la multitud, cual ola descendente, empujada por el caballo del maestro de ceremonias para desalojar el paso. El barco hace una parada delante de la puerta de la Boquería, y, mientras tanto, pasan los caballeros por la puerta de enfrente (la Puerta Ferriça), «haciendo caracolear á sus caballos de la manera más linda, gallarda y caballeresca». Se detienen delante de la Santa con una reverencia y rompe cada uno cinco lanzas en honor de ella. El barco siguió avanzando. Entablóse luego un combate simulado con otro barco que parecía representar la apostasía y estaba estacionado en la plaza con este objeto. Después hizo fuego a un castillo que, con sus elaborados hornabeques y su torre de homenaje, representaba «la terquedad de los hereges contra la Iglesia católica, en aquellos tiempos cuando por la providencia de Dios, fué enviada nuestra santa madre para iluminarla». Un cocodrilo deslumbrante, iluminado con fuegos artificiales, atravesó volando los aires para salir en su defensa. La apostasía y la herejía salieron mal paradas aquella noche. Fueron completamente derrotadas y consumidas por el fuego; y cuando el humo se hubo disipado, la Santa, «sumamente triunfante y gloriosa», quedó dueña absoluta del campo.

Terminado el combate, salieron los frailes a recibirla en solemne

procesión y lleváronla triunfalmente, en andas, a la iglesia. Y cuando los últimos y profundos acordes del *Te Deum* se hubieron extinguido, y el resplandor de la última antorcha desapareció en la sombra de las puertas de la iglesia, la multitud, hondamente conmovida, rompió a llorar y sollozar.

Colocada en un pedestal de plata en el centro del altar mayor de la iglesia del monasterio, la Santa recibió todavía el homenaje de despedida de sus adoradores hasta cerca de la media noche.

No fué menor el regocijo de las demás poblaciones de España, como lo prueban todavía las narraciones que yacen enterradas en el polvo de las bibliotecas públicas. En Valladolid se celebró la función con una gran corrida de toros en la plaza—los toros procedían de la famosa Jarama—, en la cual desplegaron el Marqués de Aguilar y otros nobles hidalgos, su valor y la agilidad y ligereza de sus caballos. Lope de Vega, el mayor poeta en su día, escribió sonetos y villancicos en honor de la Santa. Pero las manifestaciones de regocijo que por ella hicieron en Alba, donde estaba depositado su cuerpo, tal vez fuesen más conmovedoras que las de las grandes poblaciones de Salamanca, Madrid y Córdoba. Allí fué elegida santa patrona de la provincia por el pueblo entero, ejemplo que imitó también Salamanca.

En toda la historia de España no se da otro caso como este de simultaneidad y efusión en el regocijo y fervor nacionales. Casi pudiera dudarse que la conquista de Granada produjera un hervor de júbilo semejante al que produjo la beatificación de esta noble castellana. Es imposible leer las mustias relaciones de estas antiguas ceremonias de acciones de gracias sin sentirse uno sobrecogido de extraña emoción. Pues las prácticas añejas del mundo en que Teresa vivió y del cual formó parte, comenzaban entonces a caer en desuso; la gloria de España había llegado a la víspera de su extinción. Del medievalismo comenzaban a surgir otras formas más modernas de vida y de pensamiento. El espíritu que lo animara se había extinguido, pero sus manifestaciones externas jamás lucieron con mayor esplendor: la vida que de él se escapaba con tanta aceleración se agarraba con ansia y como en desesperación a la menor de las prácticas, pompas y ceremonias de que había estado revestido. Las fiestas y regocijos con que fué acogida la beatificación de Teresa llaman especialmente nuestra atención, por ser el último residuo arraigado y moroso de una edad anterior, cuya vitalidad había sido consumida en la decadencia general de la nación. Espectro, engalanado con harapos y primores, del temprano y grandioso ardor de la caballería andante de la Edad Media—que por motivos especiales, había llegado a ser inseparable de la religión,

y cuyas pulsaciones postreras se dejaban todavía sentir bien distintamente en España, cuando la luz clara y brillante del Renacimiento había ya iluminado y vivificado el resto de la Europa infundiéndole nuevas formas de pensamiento.

Siga, pues, don Gerán de Guardiola, con su traje de gala de paño de plata y capa y sombrero de terciopelo negro, engalanado con diamantes y piedras preciosas; siga, pues, pavoneándose montado en su corcel blanco, con su gualdrapa de terciopelo y sus arreos de plata, por aquellas viejas y oscuras calles de Barcelona en honor de la santa castellana. Sigan también los grupos de jóvenes esplendorosamente engalanados, rompiendo lanzas para ganarse el favor de su dama; agítense las plumas de sus lujosos sombreros mientras pasean sus corceles en majestuosas justas a lo largo de la Rambla de Barcelona—pues ningún otro fin más adecuado a todo lo que hubo de grave, de majestuoso y caballeresco en los tiempos pasados—. Échense al vuelo las campanas de la catedral y de las mil torres de iglesias y monasterios, y atruenen los aires con su gozoso repiqueteo; pues que a su toque, aunque ellas lo ignoren, se retira para siempre la España antigua, el período de las grandes ideas y de los hechos todavía más grandes en que Teresa marca el punto culminante.

El día 12 de mayo de 1622—ocho años después—fué canonizada públicamente en Roma, a la par que otros tres santos españoles: San Isidoro, San Ignacio de Loyola y San Francisco de Xavier; en esta ocasión el Senado romano, vestidos sus miembros de sus trajes e insignias de ceremonia, el Duque de Trano, hermano del Papa, y más de cincuenta Obispos, todos con antorchas blancas en la mano, acompañaron la bandera de la Santa hasta la iglesia carmelita descalza de la Escala. La escena que antes había tenido lugar en San Pedro no dejó de presentar cierto viso pagano. El Papa entronizado en la silla de San Pedro, escuchó las súplicas que su sobrino, el Cardenal Ludovisio, le hizo, pidiendo que canonizase a los tres santos. Después de repetir tres veces su ruego, levantóse el secretario del Papa, y en una breve alocución, nombró a los candidatos y los declaró santos. En seguida empezó la misa de San Gregorio, durante la cual se hizo especial mención de cada uno de aquellos según el orden de canonización, y sus nombres se perdieron entre el estampido del cañón y las descargas de la artillería, que partieron a una señal convenida, del Castillo de San Angelo.

Durante el ofertorio los Generales de las Órdenes correspondientes a cada uno de los santos presentaron al Papa, en nombre de éstos, dos pequeñas pipas de vino, dos panes plateados y tres cestas cubier-

tas con una red de oro y plata. En la primera, había dos palomas; en la segunda, dos tórtolas; y en la tercera una porción de pajarillos que, al verse en libertad, echaron a volar hacia el techo dando gorjeos y cantando casi todo el tiempo que duró la misa.

En 1732, Benedicto XIII instituyó la fiesta de la Transverberación del corazón de Teresa. Es cosa muy extraña que hasta este año no nos hubiéramos enterado de esta herida misteriosa y milagrosa. Y, sin embargo, el corazón había sido extraído del cuerpo, según los Carmelitas Descalzos, entre los años 1582 y 1586. Ribera debía ignorar por completo la existencia de tal herida, pues de haberlo sabido no habría dejado de mencionarlo; Yepes lo sabía menos todavía, por más que el primero escribiese su *Vida* en 1590, y el segundo muriera en 1613. Fray Antonio de Santa María mantiene el mismo y significativo silencio.

La citada herida—según el testimonio de varios doctores y cirujanos que presenciaron su examen judicial en 1726—estaba chamuscada en los bordes, y presentaba todas las señales de haber sido hecha con un instrumento ardiente—«con mucho artificio»—; y nosotros nos inclinamos gustosamente al parecer del buen cirujano Miguel Sánchez, aceptando su conclusión, por más que le demos una interpretación muy diferente.

Las espinas misteriosas que parecen crecer hacia arriba de entre el polvo de la base del corazón, se notaron por primera vez en 1836. En 1872 fueron visitadas y sometidas al examen de una comisión de hombres doctos, nombrados al efecto por el Obispo de Salamanca. Aunque sus opiniones y conclusiones fueron muy variadas, todos se confesaron ignorantes de la naturaleza y causas de tan notable fenómeno. Sería interesante saber hacia qué punto y en qué dirección dirigieron sus observaciones, y conocer el grado de libertad que se les concedió para examinarlas e inspeccionarlas.

Teresa fué elegida solemnemente patrona de España por el «Parlamento de la Cámara alta» reunido el 30 de noviembre de 1617, elección que no llegó a ser confirmada, sin embargo, con motivo de la violenta oposición del Arzobispo de Sevilla y otras personas, que no querían admitir rival alguno que pudiera dividir con Santiago el ascendiente que éste ejercía sobre la suerte de la nación. El Rey (el débil y piadoso Felipe III) cedió ante la tormenta, y se suspendió la ejecución del decreto. Felipe IV intentó a su vez llevar a cabo la empresa en que su padre había fracasado de un modo tan evidente. Él consiguió obtener de Roma un Breve que declaraba a la Santa, patrona de España, pero lo de domeñar la voluntad de sus testarudos súbditos

no fué tarea tan fácil. El citado breve y la borrascosa controversia por él provocada, son notables, especialmente por la parte prominente que en ésta tomara Quevedo—el último de los grandes escritores españoles que supiera manejar la lengua española con la fuerza y sinceridad de una Santa Teresa y la gracia y riqueza de dicción de un Fray Luis de León—. El escrito que dirigió al Rey en esta ocasión—en calidad más bien de Caballero de Santiago ante el Gran Maestre de su Orden, que de vasallo ante el señor—es modelo de ciencia, de brillantes antítesis y de enérgica y nerviosa elocuencia; y su razonamiento (a pesar de lo limitado de su campo) es preciso, claro, penetrante y lógico. Los canónigos de Santiago apelaron a Roma. Los Carmelitas Descalzos, en lugar de secundar denodadamente al Rey, permanecieron inactivos y se negaron a salir a la luz. El embajador de España, falto de instrucciones del Rey—se decía que sus cartas habían sido interceptadas por el camino—, no podía en manera alguna obrar. El Papa revocó el Breve; el rey fué vencido y Santiago triunfó.

El último Rey de la Casa de Austria (el débil y fatuo Carlos II) dejó a sus sucesores, en un codicilo de su testamento, el encargo solemne de hacer todo cuanto pudieran por asegurar el «compatronato» de Teresa. Otra vez, por lo menos, en el tardío año 1812, bajo el reinado de Fernando VII, expusieron los Carmelitas, con gran insistencia, los derechos de Teresa al patronato. Confirmáronlos las Cortes de Cádiz, pero el decreto no siguió más adelante—por causa de la oposición de los católicos rigurosos—, y hasta el presente sigue figurando como letra muerta en el *Diario de Sesiones*.

No fueron estos los únicos honores concedidos a la Santa por sus entusiastas y admirativos compatriotas; no debe echarse en olvido que al título honorífico de Doctora de Salamanca, se unía también el de Coronel de artillería.

CONCLUSIÓN

INVENI PORTAM

No daría por bien terminada mi tarea si dejara de llevar un poco más adelante la historia de la Reforma, y seguir hasta el fin la suerte de aquélla, cuya vida estuvo por tanto tiempo enlazada con la de Teresa; aquellos hombres en quien ella había infundido parte de su propio espíritu maravilloso y que habían seguido su bandera con tanta intrepidez a través de los años tenebrosos y borrascosos que precedieron a la Reforma. Siéntome también inspirado del deseo de hacer tardía justicia al hombre que contribuyó más que todos a su establecimiento, cuya memoria sigue envuelta todavía en la negra y espesa nube de la calumnia, el hijo predilecto de Teresa, al que más tiernamente amaba, del que escribía diciendo que ya no volvería a haber otro como su «mayor perlado».

A la muerte de Teresa, sus sucesores inmediatos, los que más empapados estaban de su espíritu, corrieron la misma suerte que los de San Francisco de Asís. Su misma lealtad a las tradiciones de su fundadora; su tenaz resistencia a toda innovación en las instituciones y gobierno por ella establecidos, fueron causa inevitable de su destrucción. Gracián—el que había desempeñado los cargos más importantes de la Orden, y de cuyo acierto y aptitud buena prueba dan las cartas de Teresa—fué arrojado de ella cubierto de ignominia; la persecución amargó los últimos días de San Juan de la Cruz, y María de San José murió de dolor a los ocho días de su llegada a la Cuerva, adonde había sido desterrada.

Las envidias de que Gracián fué víctima empezaron a sentirse des-

de el primer momento de su ingreso en la Orden, y con el tiempo habían ido en aumento. Teresa misma había notado su desarrollo (pues nada se escapaba a sus penetrantes miradas) desde el principio; y durante aquellos años tenebrosos y desdichados, cuando pendió de un hilo la suerte de la Reforma, esto contribuyó a aumentar sus ansiedades. Los ambiciosos y descontentadizos frailes no perdonaron nunca al joven esclarecido, recién salido de la Universidad, el haberse elevado sobre todos ellos, apenas salido de novicio, colocándose a la cabeza de la Orden. Jamás pudieron perdonarle la manifiesta parcialidad y preferencia con que Teresa le favoreció desde el primer momento de su entrevista en Veas hasta la hora de su muerte. El encanecido Fray Antonio de Jesús, abrigó, con todo el veneno que es capaz de abrigar el espíritu rencoroso y malicioso, amargo resentimiento hacia el hombre que, según él, le había suplantado, no sólo en la Orden, sino en el afecto de su fundadora. Escudóse tras obstinado y hosco silencio, y hasta rehusó contestar las cartas de la Madre. Ella, por el contrario, hasta había propuesto a Gracián, escribiéndole desde Malagón, en enero de 1580, más de un año antes de la celebración del Capítulo de Alcalá, que Fray Antonio fuese elegido Provincial: «y acabaríamos para que muriese en paz, ya que ha dado en eso la melancolía... y cesaría este bandillo... porque teniendo superior no podría hacer daño».

Así iba preparándose la tormenta. Para los enemigos de Gracián no pasaban inadvertidas las ventajas qne podrían sacar apoyando la causa y secundando las pretensiones del desabrido y descontentadizo viejo, que, no obstante haber sido el primero de sus frailes y el de mayor edad, se veía relegado a un lugar secundario en favor de un advenedizo que, por los años, bien pudiera ser su hijo. Y en el Capítulo de Alcalá—gloria culminante de los trabajos y arduas tareas de la vida de Teresa, cuando se confirmó el decreto del Papa y los Carmelitas Descalzos se separaron para siempre del tronco principal de los Observantes—, convirtióse gustosamente en instrumento servil de Doria y sus partidarios. Allí se dejaron sentir más distintamente los rumores de la lejana tormenta. Fué necesaria toda la influencia de Teresa, fueron precisos todos los esfuerzos enérgicos del dominico Cuevas, Presidente de la Asamblea, para asegurar la elección de Gracián, y así y todo, un solo voto lo libró de la derrota. Aun ya en aquella ocasión echábanle en cara sus rivales que, aun siendo un jovencito verde, un mero novicio, sin haber tenido tiempo para probar su vocación y a los pocos meses de hacer su profesión, había sido elegido, por cima de todos, Comisario Apostólico y figura principal de la Orden.

Habíase mostrado más dispuesto, decían los frailes envidiosos, a mandar que a obedecer. Había dado siempre mayor atención a la parte exterior y secular de su cargo que al recogimiento y a la oración. Había preferido desviarse de la Regla y Constituciones antes que exponerse a perder su popularidad. Pero en lo que más insistían era acerca de la alegación de haber aquél pasado por alto, desde un principio, el espíritu de la Regla, exclusivamente contemplativo y eremítico, para consagrar sus energías al púlpito y al confesonario. Sin embargo, a pesar de su enérgica oposición, Teresa tuvo el intenso gozo de que su Elíseo ganase la elección. Mientras vivió ella, fué su defensa, colocándose, cual muralla inexpugnable, entre él y las ruines envidias y chasqueada ambición de sus enemigos. Las cartas que le dirigió, llenas están de advertencias y alusiones al peligro. Ella le protegió contra todos los ataques, lo mismo descubiertos que ocultos, de sus enemigos. Una vez muerta, Gracián se quedó solo e indefenso en presencia de la tormenta. El tono enemistoso adoptado en el Capítulo, no tardó en afianzarse. Las hablillas comenzaron a adquirir siniestras proporciones. Amargaron los últimos momentos de la Santa; pero no existe la menor prueba del cambio que los más decididos partidarios de Doria, basados en el testimonio parcial e inseguro del mismo Fray Antonio de Jesús y de Ana de San Bartolomé (los dos delatores más conspicuos de Gracián en época posterior), afirman haberse obrado en la confianza y amor de Teresa hacia él. Hasta el menor de sus actos tenía que someterse al escrutinio feroz de mil ojos atisbadores. La lenidad de su mando, la amplitud con que interpretaba el espíritu y no la Regla (pues en inteligencia y comprensión sobrepujaba, en mucho, a sus compañeros, y sus miras eran mucho más amplias y universales), en contra suya por aquellos celadores intransigentes que subieron al poder a expensas de su ruina. Doria era un antagonista muy diferente de aquel otro viejo débil y avinagrado, a quien Teresa había tratado con la misma indulgencia amorosa que se concede a un niño mimado y caprichoso. Siendo la misma antítesis de Gracián, poca fué la simpatía que entre ellos mediara desde el principio. Dotado de poder y habilidad innegables, con carácter de hierro, Doria era un hombre rígido, inflexible, intransigente, despótico, dispuesto a sacrificarlo todo en favor de su enorme ambición personal. Enemigo verdaderamente temible—era este genovés austero, antipático, que ni quería conciliar ni ser conciliado—, descendiente de aquellos adustos y viejos lobos marinos que, por espacio de un siglo o más condujeron las galeras de España a la victoria. Bien acertadamente penetró Teresa su carácter apenas le vió entrar en la Orden. «Cierto me ha parecido cuerdo y de

buen consejo, y siervo de Dios, aunque no tiene aquella gracia y apaciblimiento tan grande de como le dió Dios á Pablo, que á pocos da junto tanto; mas cierto es hombre de sustancia, y muy humilde y penitente, y puesto en la verdad, y que sabe ganar las voluntades; y conocerá muy bien lo que vale Pablo y está muy determinado de seguirle en todo; porque para muchas cosas (si Pablo se aviene bien con él, como creo lo hará, aunque no sea sino por darme á mi contento) será de gran provecho estar entrambos siempre de un voto, y para mí grandísimo alivio.» Uno creería que Teresa veía ya claramente la incompatibilidad de estos dos hombres, que ella hubiera querido encadenar en el desempeño del gobierno. Eran tan diferentes en lo físico como en lo moral. Sus retratos, colgado uno al lado del otro, se conservan todavía en los tranquilos claustros de Pastrana; el uno, hermoso, rebosante de bondad y benignidad, con la misma expresión de sinceridad y franqueza en sus ojos azules que en los de un niño, ya algo calvo y con señales de tendencia a la obesidad. El otro tiene cara de buitre, nariz puntiaguda, ojos de águila, labios delgados, todo músculos y tendones y ni una sola onza de carne que le adorne, animado por completo del ansia devoradora y contenida fiereza del ave de rapiña pronta a saltar sobre su presa. Es un rostro que le inspira a uno repulsión, casi miedo.

Al año siguiente de la muerte de Teresa, en el Capítulo de Almodóvar, rompió Doria el freno que le contenía, dando libre curso a la patente animosidad contra Gracián que ya de tanto tiempo dormía en su pecho. En previsión del próximo Capítulo, y como si ya adivinase lo que había de suceder, Teresa, en su afán de ampararle, había escrito a Gracián poco más de un mes antes de su muerte, previniéndole de ciertas quejas que habían llegado a sus oídos, y que temía pudiesen dar lugar a imputaciones durante el Capítulo. Sucedió lo que ella temía, y Doria, arrojando de sí la máscara, declaró que la condescendencia y falta de rectitud de su rival habían acarreado la ruina de la Orden. Discutióse seriamente el que Gracián fuese o no despojado de su provincialato. Pero todavía no había llegado el momento propicio para obrar, y Doria, en una apología maligna y artificiosa, más peligrosa todavía e inflamatoria que el ataque, abogó por que a Gracián le fuese permitido terminar el plazo que había de durar su cargo. Así comenzó aquel duelo a muerte (suponiendo que la palabra duelo pueda aplicarse a un combate tan desigual y en el que provenía de un lado sólo la agresión) que terminó con la expulsión final de Gracián, de la Orden. Y, sin embargo, dos años después, en el Capítulo de Lisboa (1585), por extraña ironía del destino, Gracián mismo

nombró por sucesor suyo al hombre que había obrado su ruina. La ambición de Doria, unida al odio que a Gracián tenía y que tan desapaciblemente había herido los oídos de sus hermanos en el Capítulo de Almodóvar, era ya cosa bien palpable; tan palpable, por cierto, que hasta llegó a alarmar al alma noble y pura del angélico San Juan de la Cruz, el cual exclamó como si por su mente hubiera cruzado una ráfaga de profética intuición: «Vuestra reverencia ha dado el voto a quien algún día le quitará el hábito.» En este mismo Capítulo, se defendió Gracián contra los ataques lanzados sobre su reputación, afirmando ser falsedades y calumnias. Suspendióse después el Capítulo hasta la llegada del nuevo Provincial, cuando renovaron las sesiones en Pastrana en el mes de octubre.

Doria introdujo, en esta ocasión, varios cambios en el gobierno de la Orden, y propuso la división de la Provincia en cuatro distritos, gobernados por Vicarios separados. Este paso, como Gracián lo previó bien claramente, no era más que el preludio de un plan elaborado, cuyos detalles habían ya alcanzado, cuidadosamente, el estado de madurez. Hizo también una alusión muy marcada a Gracián, diciendo: «Arranquemos la higuera infructuosa, cortemos el brazo podrido y sanará este cuerpo.»

Doria mostró todavía más claramente sus intenciones en el Capítulo celebrado en Valladolid en 1587; la proposición que en él hizo de asociar los Definidores al Provincial en el gobierno de la Orden y darlos voto decisivo, fué recibida con unánime desaprobación. Todavía parecía vacilar ante la alternativa de echar a su rival de España, y destruír de este modo la influencia innegable que aquél ejercía en la Orden, o procurar su extinción total, pues Gracián había sido nombrado Provincial de Méjico. Pero los frailes eran incapaces de habérselas con aquel austero genovés de cara de águila. Sin consultar con ellos, pues esto hubiera sido exponerse hasta cierto punto a la derrota, puso manos a la obra con entereza, presteza y resolución; sólo, además, si exceptuamos a sus dos coadjutores, Mariano y Fray Juan de Jesús Roca. Presentaron un memorial al Rey, de cuyo apoyo se habían asegurado de antemano, y Felipe les secundó calurosamente cerca del Papa por mediación de su embajador Olivares. No faltaron dificultades para la concesión del Breve, pues Doria había insertado una cláusula, desconocida hasta entonces en la historia de las Órdenes Mendicantes—ya veremos más tarde con qué objeto—en que autorizaba a la Orden a expulsar de su seno a todo súbdito rebelde. Ya tenía conseguida la primera parte de su plan, y en adelante los Descalzos quedaban virtualmente a merced del Provincial y sus Definidores.

El 25 de noviembre del mismo año, Doria y sus Definidores celebraron un concilio en Madrid, con objeto de recibir el Breve que había de revolucionar el gobierno de la Orden. Es digno de notar que en este concilio no tuvo voz ni representación ninguno de aquéllos que lucharon, en unión de Teresa, durante las horas más negras por que atravesó la Reforma. Sólo uno figuraba en el número de los frailes desconocidos, instrumentos de Doria—uno cuyas ruines envidias y carácter displicente había calado Teresa desde hacía mucho tiempo—: Fray Antonio de Jesús. Acordaron convocar un Capítulo General, para dar lectura al Breve y obligar a la asamblea entera a aceptarlo, o, por lo menos, a la mayoría.

Existía un hombre—y sólo uno, cuya presencia constituía de por sí formidable amenaza—que podría todavía trastornar todos estos planes y volverlos en contra de su mismo autor. No podría esperarse que Gracián permaneciese tranquilo, contemplando el destrozo y desmembración de la constitución entera de la Orden, que él mismo había ayudado a establecer en unión de Teresa, sin protestar enérgicamente. ¿No había ya escrito un tratado que revelaba suficientemente sus sentimientos, titulado *Apología en defensa de la Caridad, contra algunos, que con título de observancia de leyes, la entibian y perturban en las Religiones?* Un hombre semejante—un hombre que amenazaba trastornar los bien hilados planes de Doria—habría que quitarlo de en medio antes de seguir adelante. Pero, ¿cómo? Fácil le es a la perversidad encontrar un motivo. Una observación indiscreta—o que aparentaba ser tal en ojos de un ser envidioso y vengativo—que Gracián había escrito, de acuerdo con los Franciscanos, en un libro que trataba de las Misiones entre los paganos, y que mandó imprimir sin contar con la sanción de su superior, sirvió de pretexto plausible y más que suficiente. A pesar de todo, varios miembros del cónclave apoyaron su causa. Pero Doria triunfó.

La antigua rivalidad; aquellos celos inspirados por el poder y preferencia de que por tanto tiempo gozó Gracián (el amor y confianza que Teresa le prodigó en preferencia a todos los demás) se le atravesaban todavía en la garganta al áspero e imperioso fraile, y de todo iba a tomar ahora mil veces venganza.

A Gracián se le privó de toda voz y mando en los Capítulos subsiguientes de la Orden, y hasta se le prohibió asistir a ellos. Recibió noticia de este decreto estando en Irún, ocupado en fundar un monasterio, y se apresuró a trasladarse a Madrid. En este momento crítico—el momento de todos los momentos, cuando hubiera debido obrar con energía, y rechazar con indignación las calumnias de sus

enemigos, que le acusaban, entre otras cosas, de indebida libertad en su trato con las monjas—, confesóse humildemente culpable, sometiéndose completamente y de la manera más vil y despreciable. «Digo que yo he errado en algunos descuydos, por llaneza de mi condición, y no por malicia, ni culpa de que mi conciencia me acuse.» Prometió guardar completa obediencia, ofreció hacer dimisión del puesto de Provincial en Méjico, y sintiéndose cansado según dijo de los cuidados de su cargo, sólo suplicó que le fuera concedida libertad para retirarse a algún monasterio donde pudiera entregarse a una vida de contemplación y de oración. Así se dejó enredar este pobre hombre incauto en las manos de su astuto adversario. Si Gracián se hubiera mantenido firme en esta ocasión, obligando a sus contrarios a especificar y determinar sus acusaciones, rechazando sus oscuras calumnias (pues lo del libro no fué más que un pretexto que ocultaba otras faltas de disciplina más serias y graves, como Doria dió lugar a suponer), todavía le habría sido posible triunfar, dar por tierra con todos los planes de Doria, y destruír por completo todos sus manejos secretos. Contaba con muchos partidarios en la Orden, y éstos comenzaban ya a encolerizarse contra la tenaz persecución a que le veían sometido, declarando abiertamente que la sentencia había sido dictada por la ambición de Doria con el fin de verse libre de la presencia de su rival en el Capítulo, e impedir que Gracián mismo fuese elegido Vicario-General, cosa que con razón podía temer; que se había aprovechado de la arraigada sencillez y buena fe de Gracián para desembarazarse de un formidable contrincante al Vicario-Generalato. Y es muy cierto que la presencia de Gracián en el Capítulo hubiera sido la señal que hiciera estallar la sublevación, y más que cierto, que Doria y su partido habrían sido derrotados, y que Gracián habría vuelto a ocupar su puesto a la cabeza de la Orden, a la que había consagrado la vida.

Unos cuantos meses antes, Doria se hallaba todavía indeciso entre alejar a su enemigo de España de una manera honrosa—tendiéndole un puente de plata—, o conseguir su completa extinción. Pero ya no vacilaba más. Con el desprecio que el hombre de carácter intrépido y resuelto mira al de naturaleza débil, tal vez tuviese a menos servirse de semejantes precauciones con aquél que, con ser el único que pudiera hacerle frente en la Orden, o protestar contra la regla autocrática y despótica que estaba a punto de instituír, se dejaba cortar las alas tan mansamente. Aceptaron su dimisión; se confirmó la sentencia en virtud de la cual Gracián no podía elegir ni ser elegido para ningún puesto en la Orden, de modo que quedaba completamente privado de

toda voz y mando en la misma. Tomáronle la palabra, y le eximieron del cargo de Vicario en Méjico. Todavía quedaba en libertad de ir a dicho punto si quería, pero había de ser meramente a la cabeza de una compañía de frailes.

No parece sino que desde el primer momento el astuto italiano había urdido sus planes, bien a fondo y con toda premeditación, para enredar al bonachón y sencillo fraile en las mallas de su red. Ya había conseguido, no sólo arrojar de su camino a un contrincante peligroso, sino acarrearle al mismo tiempo la ruina. A partir de aquel momento, Gracián fué un hombre perdido.

Habiendo, pues, barrido del campo de batalla, con privarle de toda voz en la Orden, al único enemigo que con razón pudiera temer, Doria pasó a celebrar su primer Capítulo de la Congregación Carmelita Descalza de España.

El Capítulo abrió sus sesiones en Madrid el día 18 de junio de 1588. La primera tuvo un principio borrascoso. Cuatro o cinco frailes, incitados (según dicen) por Gracián, condenaron denodadamente el cambio de gobierno y casi revolucionaron la asamblea. Apaciguado el tumulto, pasaron a votación secreta (cosa fácil sería a los destructores y mutiladores de las cartas de Teresa hacer trapicheos con los votos), y Doria fué elegido con una mayoría de veintiséis.

Procedióse luego a la distribución de la Congregación en seis provincias. En vez de estar todos sometidos, como hasta aquí, a la autoridad de un solo provincial y sus sustitutos, los cuales traspasaban a aquél sus atribuciones con sólo presentarse en sus provincias respectivas, acordóse que cada provincia tuviese su propio provincial. En lo sucesivo se prescindiría de la asistencia de los priores de los monasterios—que hasta aquí habían tenido voz y voto en el gobierno—a los Capítulos Generales, y en adelante éstos habrían de estar formados exclusivamente por el Vicario General y su Consejo compuesto de seis miembros, los provinciales, y sus asociados, los definidores. La presencia de los priores quedaba limitada al Capítulo local de cada provincia, presidido por su provincial respectivo. La autoridad del Consejo abarcaba la jurisdicción total de la Orden, tanto civil como criminal—monjas lo mismo que frailes—, y el nombramiento de priores, subpriores, lectores, confesores, predicadores, era también, y únicamente, de su incumbencia. Ningún fraile ni ninguna monja podría trasladarse de una comunidad a otra sin permiso expreso de dicho Consejo, y éste había de llevar nota de los negocios más menudos de la Orden en general. La elección de Vicario General tendría lugar de seis en seis años; él y su Consejo (en número de seis) habían de for-

mar cuerpo permanente y residir en Madrid, en una casa designada al objeto. Se observará que con este plan el poder del General de la Orden quedaba reducido a mera sombra, y que la sustancia o el poder real quedaba en manos del autócrata que, colocado al frente del Consejo, manejaba todos los resortes desde Madrid. Además, que a los provinciales les quedaba poco más que el nombre, imposibilitados de obrar independientes del cuerpo central. En fin, Doria quedaba convertido en un *Deus ex machina*, investido de una autoridad irresponsable e incontestable, semejante, aunque en grado menor, a la del General de los Jesuítas, cuyas constituciones debía haber tomado por modelo de su plan. Semejante innovación no habría sido nunca sancionada por Teresa, por ser completamente extraña, en sus fines y designios, al espíritu de su regla, que consistía en dar a todos y a cada uno de sus conventos la mayor autonomía posible. Los priores y prioras fueron despojados de la autoridad de que habían hecho uso hasta aquí, y que Teresa con tanto celo había procurado conseguir y mantener intacta tratándose de sus monjas. Si ella hubiese vivido, dicha innovación jamás se habría efectuado, o, de lo contrario, fácil es que ella también hubiese tenido que seguir la suerte de aquellos que, aferrados a las tradiciones de su fundadora, resistieron con mayor entereza toda innovación en las instituciones y gobierno por ella legados y entregados a su custodia. Si hubiera vivido, Doria no habría osado proponerla, o, de haberlo hecho, Gracián, contando con ella para suplir su falta de fuerza de voluntad y enérgica resolución, se habría opuesto con todas sus fuerzas; y si no hubieran triunfado, el mundo habría tenido que ser testigo de un extraño espectáculo: el ver a una mujer de edad avanzada, desterrada y sujeta a riguroso encarcelamiento en algún remoto convento de la Orden misma que ella había fundado.

No hay que figurarse que Doria llevase adelante sus proyectos sin oposición. La tormenta excitada en la Orden y en toda España fué tremenda. Fué un *coup de main* diestramente calculado y ejecutado, preparado con toda astucia para un caso de resistencia por parte de los priores y provinciales. En previsión se les privó de toda voz en el gobierno, limitando éste a un Consejo de siete miembros.

Pero no había contado con las prioras, resentidas ante este ataque injustificable a sus libertades, tan en contra de todo lo que Teresa hubiera jamás pensado, dicho o escrito sobre el particular. Éstas estaban resueltas a sacudirse de esta regla tiránica, a la cual intentaban someterlas. Ana de Jesús, fundadora de Granada y priora de Madrid; María de San José, de Sevilla, instigada por Gracián (según se decía),

poseídas del espíritu y energía mismos de su gran fundadora, se preparaban a defender denodadamente y a conservar la antigua disciplina de la Orden. El que todos y hasta los más insignificantes detalles de un convento de monjas, sus flaquezas y sus pecadillos tuviesen que ser expuestos ante un cónclave de siete frailes austeros, alejados del campo de acción, e incapaces de juzgar con acierto—el que se las tomara por tema de todos los comentarios de la Orden entera—era para estas mujeres de espíritu valeroso e independiente una violación monstruosa de la regla de Teresa. Ana de Jesús resolvió alcanzar la confirmación de las Constituciones de Teresa, las cuales concedían expresamente a las prioras el derecho de elegir sus confesores; apelar al Papa con el objeto de que nombrase un Comisario-General que, no obstante estar sometido al Vicario General, pudiese hacerse cargo por sí solo, de todos los asuntos referentes a las monjas. ¿Y quiénes más adecuados a este fin que aquellos experimentados siervos y cabezas de la Orden, tan queridos de su fundadora, Fray Juan de la Cruz o Jerónimo Gracián?

Estos fueron los planes de aquella alma valerosa (cierto es que una vez había desobedecido, pero seguros podemos estar de que Teresa la habría aplaudido en esta ocasión, y loado su carácter imperioso), y a su espalda contaba con un pequeño pero apretado grupo de partidarios, los más adecuados en toda España para juzgar las intenciones de Teresa, y guardar sus Constituciones tal como ella las había dejado. Don Teutonio de Braganza, Arzobispo de Evora; Fray Luis de León, eminente catedrático de Salamanca, que «aunque no conoció, ni vió a la Madre Teresa, mientras estuvo en la tierra, la conocía y la veía siempre en sus hijas»; y el grande y erudito dominico Bañez, uno de los confesores más queridos de Teresa, todos los cuales aprobaron unánimemente este paso decisivo. María de San José, de Lisboa, y Gracián uniéronse en cuerpo y alma a la de Granada. Contando con el apoyo y protección de la hermana del Rey—la Emperatriz María—y del Archiduque Cardenal de Portugal, ganado a su partido por Gracián, resolvieron recurrir al soberano Pontífice mismo. Mármol, sacerdote y pariente cercano de Gracián (narrador de su vida y desventuras), se encargó de la misión. Condújola con tanto secreto que, hasta que el Breve no estuvo despachado y todo *sub annulo Piscatoris* de Sixto V, no tuvo Doria sospecha alguna de lo que estaba sucediendo. Enfurecido al verse desafiado y burlado en su autoridad por unas cuantas prioras rebeldes, convocó inmediatamente un Capítulo General extraordinario, que se celebró en el Monasterio de San Hermenegildo, de Madrid. Acórdose poner en vigor inmediatamente el

Breve donde se constituía el Consejo Central, con dominio absoluto sobre las monjas, y privar por completo a los Provinciales de la autoridad que ejercían todavía sobre ellas. Y para el caso de que las monjas consiguiesen su objeto, y saliesen derrotados Doria y su partido, resolvieron abandonarlas a sus propios planes, y tratarlas como si hubiesen dejado de pertenecer a la Orden. Puesto que habían apelado al Papa, que el Papa se las hubiese con ellas en lo sucesivo como le pareciera. También acordaron hacer salir a Gracián de Portugal, donde al amparo de amigos poderosos, se ocupaba en intrigas con María de San José (10 de junio de 1590). No era menor la ansiedad de sus mismos amigos y más firmes sostenedores, con motivo de su presencia en dicho país, de modo que emplearon todos sus esfuerzos en hacerle obedecer. En febrero, cuatro meses antes de la celebración del Capítulo, Fray Luis de León había escrito desde Salamanca a Mármol, en Madrid, lo siguiente:

«Lo que al P. Gracián, y á todos los suyos y á su Orden conviene, es que su negocio se trate en tela de juicio y en España: y si no fuere posible alcanzar del rey y de España que le den aquí jueces, puede hacer esto: parecer delante del Cardenal, y intentar acción de jactancia, que llaman, contra esos PP., diciendo que ha venido á su noticia que esos PP. dicen que le tienen privado de voz activa y pasiva, y pública, que tienen contra él otras culpas graves, y que le pregonan por relaxado y mal religioso, y criminoso; que le suplica les mande parecer ante sí á dar razón de lo que dicen, que él quiere estar á juicio con ellos, y ser castigado si tiese culpa. Con esto el Cardenal los mandará citar para que respondan. Si parecieren y respondieren, averiguarse ha la verdad; si no, procederá en rebelión contra ellos, y declararle ha por no culpado; y revocará la sentencia que dieron de privación de voz activa y pasiva, y restituirle ha su derecho. Si lo consintieren, será confesar su malicia pasada; si apelaren, entonces tendrá lugar el ir á seguir su negocio, y habrá lugar de más consejo.»

Pero Gracián no prestó atención a estos prudentes consejos. Parecía haberse empeñado en acarrear su propia ruina. Sostenido por el favor y protección del Cardenal Archiduque de Portugal, al que había prestado importantes servicios durante el cerco de Lisboa—sitiada por el pretendiente don Antonio y los ingleses al mando de Drake—, seguro del apoyo de su poderoso protector, cerró cobardemente los ojos ante un peligro venidero. El menor indicio del instinto de preservación debiera haberle advertido, aun tratándose de *su* cándida sencillez, de cuán poco puede uno fiarse de los príncipes.

Un mes después volvió a escribir Fray Luis de León:

«Recibí la de Vm y vi la copia de la del P. Gracián, que donde quiera que la viera la conociera, sin que me dijeran que era suya. Las razones que alega para su ausencia tienen apariencia de religión, pero á lo que yo entiendo, y podrá ser que me engaño, nacen del natural del P. Gracián, que es de su hechura remiso en estas cosas, y es fácil dar colores de religión á lo que en la verdad no lo es, y más en este caso adonde la remisión de ánimo se parece tanto á lo que es modestia, y lo que es pusilánime, á lo que es humilde.

»Comencemos por el bien de su Orden, que es lo postrero que hace, y de allí vendremos á lo primero. Y en esto lo primero me espanta mucho, que se persuada el P. Gracián que, quitado él por medio, se remediarán los inconvenientes, que agora hay, y se van cada día fortaleciendo más, porque saldrán al remedio los que agora callan por estar él presente. Porque si se mira por razón, es todo al revés, que si agora tienen algunos ánimos para oponerse, es por su presencia, que faltando ha de callar todo por fuerza, y rendirse todo conforme á toda buena razón. Podrá ser que no sea así, pero eso es adivinar, y seguir una esperanza muy incierta, y desear en fuerza de ella á la Orden en daño presente y cierto.

»Dos ó tres cosas se ofrecen agora, que son de grandísima importancia para su Orden, y que en el buen estado de ellas consiste el bien de su religión. La una es lo que toca á su inocencia, y de todas las Religiosas con quien ha tratado; que si queda caída, quedan agraviadas y mal acreditadas muchas personas en particular, y en común. Otra es el gobierno de los frayles que se *introduce*, que es tan perjudicial, como el P. Gracián sabe y ha escrito; y que si así se asienta, ha de destruír las principales virtudes, que son la caridad y *sencillez*, y llaneza, que será mal no de uno, sino de una Religión, y no de un día, sino de muchos años, y mal que, si una vez se introduce, decae la Religión con él, y será menester que resucite otra Teresa para reformarla. [Tal, pues, era la opinión de este observador fino y profundo de los planes ambiciosos de Doria.] La tercera es lo que toca á las monjas, á quien también pretenden destruír, alterándoles sus leyes, que han sido los caminos de su aprovechamiento... Pues siendo esto verdad, también lo es, que está obligado en conciencia hacer hasta lo último cuanto pudiere para ello, y que si falta á esta obligación, queda culpado, y ofende á Dios gravemente, sin que le disculpe todo cuanto bien se quisiere fingir en las Indias... Arde su Orden, y abrásase, y va perdiéndose de manera, que hace lástima á los extraños; y quiere volver las espaldas á esto, siendo ó pudiendo ser parte para su remedio, y irse á buscar otros bienes y otras almas. A los de su Orden tiene obli-

gación, y no á las de los indios... Dios le tiene encomendado este oficio, y le dice casi con palabras claras, que se oponga al daño que viene á su Orden. Será bueno que le diga agora el P. Gracián: Vos, Señor, lo haréis, que yo quiérome ir á las Indias á bautizar dos ó tres infieles. Dirále Dios: Siervo ruin, esto te mando yo, y quiero hacerlo por ti, y pues en esto me faltas, mejor me faltarás en lo demás; no tengo por qué confiarme de ti, que no me faltan personas para esos ministerios.

»Dice que andar á estas defensas le inquieta la conciencia, y le causa escrúpulos. Menos mal es un poco de inquietud, que la culpa de no responder á su obligación, y al fin de su Orden. ¿Qué obra de vida activa se haría si á eso se mirase? Quiétese con saber que hace lo que debe, y lo que Dios quiere que haga. Si respondiese por sí, y descubriese las faltas de estos contradictores por sí solo, y por su respeto, sería imperfección; pero siendo por el bien común, como de hecho lo es, es pecado no hacerlo.

»Dice que se desdora su Orden con esto... ¿Cuál es peor, que diez ó veinte no tengan en buena opinión ó seis ó siete frayles [número de los miembros del Consejo], ó que tengan por gente perdida á todas las Religiosas de la Orden?...

»Dice, que en yendose él, saldrán otros á la defensa con los papeles ó armas que desea. Cosa de risa; agora que tienen las armas y el capitán presentes, no osan salir, y saldrán después cuando les faltare la cabeza, y sus brazos, y estos otros quedasen absolutos señores...

»Dice que le tendrán por soberbio, si vuelve por sí. ¿Quién pensará tal que no sea tanto? Mayormente, que no vuelve por sí, sino por muchos otros, y lo que es más, por el bien de su Orden. Y si algunos se escandalizasen, claro es que es escándalo de fariseos. No le tendrán por soberbio, si se opone de hecho al mal que sobre su Orden viene; sino tenerle han por muelle y pusilámine, y con razón, si en este tiempo vuelve las espaldas. Una cosa dice, y dice que no tiene paciencia de que no caiga Vm en ella, que podrá ser que le arrimen dos ó tres testigos compañeros... Y sin duda, si no conocieran al P. Gracián y tuvieran noticia de muchas cosas, que me aseguran su virtud, concibiera mala sospecha de él, y pensaría que teme, porque *non est bene sibi conscius.*»

Pero llegó y pasó el mes de marzo, y en abril, el anciano fraile, volvió a escribir:

«Mucho miedo me ha puesto ver en su carta que se ha de descabullir por acá ó por allá... y paréceme que veo que es el demonio el que le pone deseo de las Indias.»

El 18 de julio escribe de nuevo contestando a la carta en que Mármol le da cuenta de los acontecimientos del Capítulo celebrado en junio anterior.

«Dos juntas de Vm reciby viniendo de Madrigal, donde he estado estos días; con el decreto y añadiduras de esos Padres, que son cuales la aljaba de donde salen, que aun el escrito mostró su buen juicio... Su Majestad sabe los fines que pretende [Doria]. He gustado de la constitución de reducir los votos á quince, y que esos quince puedan andar trocando los oficios entre sí; porque aunque yo tenía grandes olores de la ambición de ese Padre [Doria] pero vía que la había encubierto con hacer votos definitorios á los de la consulta, y estaba aguardando que descubriese por alguna parte, y halo hecho agora con esto, tan abiertamente, que no sé yo ciego que no lo vea; y si Loaisa no abre con esto los ojos, será muy más que ciego. La pena de los carnales es donosa, harto mejor establecida fuera contra los ambiciosos... Jueces son menester, digo jueces, y jueces mil veces, y el no haber hincado el pie en esto, la causa de esto cada día crece. Pluguiera á Dios, Señor que esas Madres quisieran exentarse de ellos y ser recogidas como lo fué su primer monasterio, que así se conservarían en su pureza y vivirian en paz. Aqui les han dicho [a las monjas de Salamanca] que sus Constituciones están confirmadas en Roma, y que el Papa las dió al General, y el General las envió al Vicario; no lo puedo creer, ni que el señor Doctor las haya dejado venir por otra mano que la suya.

»Vm me avise de lo que en ello hay, y de Lisboa me diga tambien lo que pasa, y ponga espuelas á ese lerdo de su deudo [Gracián] que vuelva por sí, y por la causa pública de su Orden, que esto que envian en las cartas es un libelo del infierno. Yo no sé si aquellos Padres con cuyo consejo se hace y escribe tienen seso ó conciencia, que lo uno ó lo otro falta allí, ó ambas cosas, para acertar mejor.»

Pero ni aun con esto se sacudió Gracián de su reprochable dejadez, y Fray Luis de León se quedó sólo para defender a las monjas. No es uno de los hechos menos notables de su carrera el que este noble anciano, desafiando al Rey y a Doria, luchase a solas en favor de la causa de estas indefensas mujeres. Jamás sostuvo nadie la justicia y la razón con mayor arrojo; jamás tropezó la debilidad con un campeón más caballeresco o de alma más grande. El 7 de agosto murió Sixto V. Quince días después, y antes que la noticia de su muerte hubiera tenido tiempo de llegar a las costas de España, se recibió en Madrid el Breve confirmando las Constituciones de Teresa, y encargando el gobierno de las monjas a un Comisario general, elegido con dicho objeto.

Encargóse su ejecución al Arzobispo de Ebora y a Fray Luis de León. El primero se retiró con mucha maña, dejando a su colega que se las arreglara con él como mejor pudiera. Éste insistió inmediatamente en la convocación del Consejo y de los provinciales con objeto de proceder a la elección del Comisario, proponiendo denodadamente a Gracián o a San Juan de la Cruz. Pero el sabio Dominico no era capaz de habérselas con el taimado genovés, el cual se fué derecho a El Pardo, donde el Rey se hallaba cazando.

En el momento preciso en que el Capítulo se iba a reunir (Felipe nada había dicho) llegó una orden del Nuncio suspendiendo el cónclave hasta tanto que hubieran alcanzado nuevas facultades de Roma. Mas el denodado Agustino no iba o dejarse derrotar. A despecho del Rey y de Doria volvió a convocar el Capítulo, y Doria volvió también a apelar al Rey. Mientras los frailes se reunían en el Capítulo, presentóse un camarero del Rey y dijo: «Su Magestad manda, que vuesas Paternidades suspendan por ahora la execución del Breve, y no me innoven nada hasta que Su Santidad, á quien se ha dado cuenta, mande otra cosa.» Fray Luis de León, burlado segunda vez por el genovés, murmuró al abandonar la Cámara del Consejo: «No se puede executar en España orden alguna de su Santidad.» El pajarito que todo lo cuenta, o el oído curioso de algún fraile santurrón, se apoderó de la atrevida exclamación del intrépido anciano Agustino y se la comunicó al Rey. Era aquél el momento preciso en que iban a ser coronados los trabajos y sufrimientos de una larga y laboriosa vida —puesto que estaba próximo a ser elegido provincial de la Orden, cuya más esplendorosa antorcha había sido, y sobre la que todavía proyecta su memoria un lustre imperecedero—cuando medió el Rey, y otro fué elegido en su lugar. Felipe, con aquel espíritu frío, inexcrutable y terco que le caracterizaba, sabía muy bien escoger el momento más oportuno para aplastar a sus víctimas de la manera más rápida y segura.

Dicen que lo inseperado del suceso descorazonó grandemente al chasqueado fraile, pero no creo yo que ni aun la mano de un Rey bastara a destrozar el corazón de aquél que, por espacio de cinco años, había desafiado todos los horrores de los calabozos de la Inquisición; y que al día siguiente de su rescate, olvidado del paso de los años, reanudó sus discursos en la Cátedra de Salamanca, con las memorables palabras «Decíamos ayer...», etc. Pero ahora que el polvo de los siglos se ha despejado, y las sombras que los envolvían han desaparecido, ¡cuán insignificante resulta la figura del mezquino, estrecho y rencoroso Felipe, Señor de España y de las Indias, al lado del gran

fraile agustino, cuya alma magnánima y bondadosa concibió y trazó la *Oda a la Soledad!*

Las monjas se vieron privadas de su principal sostén. Pero todavía quedaba un hombre, el sabio más famoso de su época—famoso en las disputas de las escuelas (todo lo cual es ya historia antigua) en oposición a Molina—que osara alzar su voz, con seguro acento, en defensa de las hijas de Teresa, como desafiara en otros tiempos a la grande y turbulenta asamblea de Ávila, abogando por la suerte de su primera fundación. Este hombre era Bañez. Bañez se desahogó con Doria, diciéndole todo lo que sentía, sin dar tregua a sus palabras; díjole claramente, que el haber abandonado a las monjas—lo cual equivalía a expulsarlas de la Orden—, era una acción infame, sinigual en los anales de la Iglesia. Pero aquel fraile de hierro permaneció inflexible en su odio inmisericorde. «Pues yo recabaré con mi Orden, que reciba las monjas que V. P. desecha», dijo el Dominico. A lo cual contestó Doria: «No suelto esa palabra, porque á ellas, y nosotros nos estará muy bien que pasen al gobierno de Religión tan grave.» El Rey comentó la intervención de Bañez diciendo con palabras mordaces y concisas: «¿Quién mete á Bañez en lo que no le pertenece?»

El 1.° de junio de 1591, fecha ordinaria y fija para su celebración, convocóse otro Capítulo General en Madrid. Después de ocuparse de varias medidas referentes al gobierno de la Orden, fijaron la atención en el asunto de las monjas. Por más que Doria las tratara como si ya no perteneciesen a la Orden, el Rey se había vuelto en su favor, y no era posible dar ningún paso decisivo sin un nuevo decreto de Roma. Ocupáronse luego de Gracián, que, firmemente atrincherado todavía en Lisboa, habías e negado obstinadamente, hasta entonces, a salir de Portugal. La discusión sobre este particular fué bruscamente interrumpida a la vista de una carta presentada por el Arzobispo de Ebora, en prueba de su sumisión. ¿Y qué otra cosa hubiera podido hacer? Pues el Archiduque Cardenal, accediendo a los deseos del Rey, le había entregado atado de pies y manos, por así decir, en poder de sus enemigos. Unas cuantas semanas después llegó a Madrid. Todos los asistentes al Capítulo sabían muy bien que sobre la cabeza de Gracián pendía ya la espada sólo de un hilo. Y, sin embargo, sólo un hombre alzó la voz en defensa suya. ¿Qué había sido de Mariano, su antiguo compañero, el que batallara a su lado en aquellos tiempos turbulentos en Andalucía? ¿No podía él pronunciar una palabra para evitar la condena y mejorar la suerte de aquel que por tanto tiempo y tan íntimamente había conocido, con el que tantas luchas, tantos triunfos había compartido? En memoria de la ilustre mujer que tanto

le amara, ¿no le era posible olvidar por un momento la rivalidad personal, y decir siquiera una palabra en favor suyo? ¡Sí, allí estaba Mariano, pero no abrió la boca! Y Fray Antonio de Jesús, ¿qué era de él? ¿Sería posible que un hombre de ochenta años no hubiera arrojado de sí y sepultado ya de mucho tiempo el recuerdo de sus pasados e indignos rencores y resentimientos? Pero ¿qué importaba, después de todo, que hablasen o que permaneciesen en silencio? Pero hubo uno que habló en su favor; el más grande de todos—ante el cual los celos y las envidias de los otros se deshacían y convertían en sombras—, un hombre de alma pura y elevada se arrojaba de nuevo, aunque con repugnancia, a aquel mar de horrendas y viles disensiones, se alzaba por última vez, movido por la voz del Deber, para dirigirles palabras de amonestación. Palabras que no le fueron perdonadas. Fray Juan de la Cruz veía el abismo en que Doria, cegado por su gigantesca ambición personal, iba decididamente a estrellarse él mismo y precipitar a la Orden. Desaprobó los cambios constantes y contradictorios introducidos en la constitución, subversivos de toda disciplina y origen de la confusión. Y abogó—y fácil es juzgar (a pesar de las palabras comedidas y parciales del cronista) que abogaría con energía y habilidad—en favor de Gracián. Previendo el porvenir, advirtióles que se guardaran de tomar ninguna resolución cruel y precipitada de la que tuvieran más tarde que arrepentirse. Abogó también por las monjas, y lamentóse de la severidad del Vicario General en hacer pagar a todos la falta de uno solo o dos—suponiendo que se hubiera faltado—. Sus palabras nobles e imparciales no produjeron efecto ninguno en el auditorio, prevenido y llevado de la pasión, que le rodeaba; pues como los priores ya no tenían acceso a los Capítulos, Doria no había tenido dificultad ninguna en llenar el local con sus partidarios, criaturas suyas que debían a él todo lo que eran. Sospechando a Fray Juan de complicidad con las operaciones llevadas a cabo por Ana de Jesús, comprendiendo que si se confirmaba el Breve concedido por Sixto V, el cargo de Comisario General habría de recaer, naturalmente, sobre una de las cabezas de la Orden (y ¿quién con más probabilidad que San Juan de la Cruz?), Doria se apresuró a anular su nombramiento al provincialato de las Indias, que le había sido conferido por aquel mismo Capítulo—y que había sido ya tema de murmuraciones, puesto que se veía de sobra que no tenía otro objeto que alejar al fraile de España—. Arrastrado de su celda, forzado a tomar parte en las luchas de partido que agitaban a la Orden, aquél que se había mantenido siempre alejado de los asuntos mundanales, en regiones de la calma, de la paz infalible y de la contemplación; que no había deseado otra

cosa que abandonar su patria, siquiera por huír de los tumultos y disputas que le destrozaban el corazón, recordaba ahora que había anhelado morir libre de los cuidados de todo cargo, y en la mezquina venganza de Doria sólo había visto la confirmación de que sus oraciones habían sido oídas, y que el fin no podía estar ya muy lejos.

Pero no es el fin todavía ¡oh alma valerosa, no es el fin todavía! ¡Por algo te ha colocado la Iglesia en sus altares como faro y consuelo de la humanidad flaca y cargada de sufrimientos! ¡Grande es en verdad el precio de la santidad! «¿No queréis que beba del cáliz que mi padre me envía?» ¡Y el cáliz que él había de beber era bien amargo por cierto! Apenas hubo vuelto a su amado retiro de la Peñuela—*montes alti et cœlo propinqui sunt contemplativi*—cuando intentaron villanamente mancillar la dignidad y pureza de su reputación. Sus delatores fueron Fray Diego de Evangelista (que había ascendido, bajo la administración de Doria, a General Definidor, y cuyas relajaciones había tenido que reprender San Juan de la Cruz como visitador) y Fray Francisco Crisóstomo (a quien el santo había tenido también que amonestar por la misma razón). Nombres que merecen ser recordados, siquiera para exponerlos a la execración universal.

Fray Diego, encargado de investigar la conducta de Gracián en los conventos de Sevilla y Granada, y deseoso de complacer a su señor (Doria), traspasó los límites de su comisión, y no escatimó esfuerzo alguno, con el fin de mancillar la reputación de aquél hacia el cual sentían todos singular veneración. Con perversa malignidad, obligaron a las monjas, aterrorizadas ante sus amenazas, a hacer admisiones y confesiones vagas, que fueron falsificadas después y embellecidas por el secretario que las anotó; y el Comisario proclamó en voz alta que tenía la intención de arrojar de la Orden al que la había fundado, el primero y más grande de los reclutas de Teresa. La explosión universal de ira y resentimiento con que fueron acogidas estas viles calumnias contra un hombre de vida irrepochable, completamente limpia y libre de toda mancilla, convenció a Doria de que ni él mismo podía traspasar ciertos límites impunemente. Se dice que al leer la acusación se le cayó el papel de las manos. ¿Por qué no le quemó? Ni siquiera el diablo con toda su malicia, habría podido aventajarle en lo de perpetuar un libelo póstumo.

Un poco más y Fray Juan de la Cruz se hallará fuera del alcance de las difamaciones de sus enemigos. Su pálida y diáfana figura, serena y libre de pasiones, ha cruzado por las páginas de esta historia sin dejar sobre ella honda impresión. Pertenecía a esa clase de hombres de los que se dice que «sus obras les siguen». Mientras los frailes

velaban su lecho de muerte, las campanas del convento turbaban con su tañido el silencio de la media noche. «¿A qué tocan?», preguntó; respondiéronle que «a maitines», y extendiendo sobre todos los presentes una larga y dulce mirada de silenciosa despedida: «Al cielo me voy á cantarlos», dijo. Besó luego el crucifijo, y murmuró: «Entus manos, Señor, encomiendo mi espíritu», y expiró. Así murió Fray Juan de la Cruz, el 14 de diciembre de 1591, a los cincuenta y ocho años de edad.

Si él, que por su santidad, era venerado de todos los que le rodeaban, tuvo que pagar la pena de su oposición, apenas puede sorprendernos la suerte reservada a Gracián—no esencia vaporosa y nebulosa, sino hombre de carne y hueso, aunque bien débil—. Presentóse en Madrid, dice el cronista, como un desesperado, sin mostrar señal ninguna de humildad o resignación. Aún en las naturalezas más dulces se encuentran a veces sorprendentes e insondables abismos de despecho cuando se las oprime traspasando los límites del sufrimiento humano. Gracián se negó, obstinadamente, a justificarse delante de sus enemigos. Pero ¿de qué se iba a justificar, después de todo? En las cartas y memoriales que dirigió al Rey había osado tachar de tiránica la forma de gobierno instituída por Doria, declarándola más propia de los alcaldes de un tribunal de justicia que de una Orden religiosa. En cierta ocasión, habíanle suplicado unos frailes enfermos les diese licencia para comer carne un día por causa de sus dolencias, y él les contestó: «Hermanos, amen á Dios, y coman ó no coman carne.» Una monja que no le había visto hacía mucho tiempo, al volverle a ver otra vez, cayó de rodillas y, abrazándole y besando los pies del Cristo que llevaba colgado del pecho, se quedó estática. Durante los calores del verano, mientras dirigía la construcción del convento de monjas en Lisboa, le sacaron un colchón a la portería, en donde reposó un tanto mientras duró el calor del día.

Habiendo entrado una vez en el convento a dar la Extremaunción a una monja moribunda, y habiéndose desmayado ésta con el esfuerzo que hizo para sentarse, la echó Gracián los brazos para sostenerla la cabeza. Una noche, estando los frailes «reunidos en comunión», sintieron que un hombre a quien en la puerta dieron de puñaladas pedía Confesión. Quiso él salir a confesarle y tranquilizar a aquella alma atormentada, y como le dijeran ser contra la obediencia abrir la puerta de noche, dijo, enojado: «¡Padres, qué obediencia!... ¡No hay obediencia; salgamos y oigamos su confesión!» Estas y otras como éstas fueron las cosas de que le acusaron, y que tanto había excitado la justa ira del buen anciano Fray Luis de León. El hecho de que Gra-

ción habría podido muy bien resistir el feroz escrutinio contra él dirigido por la suspicaz malicia de sus enemigos, no tiene en sí nada de importante. Las acusaciones más graves que podían lanzar contra él, llegada la crisis de su caída, eran las de tener amistad con personas seculares; sus esfuerzos en llenar las cátedras de las Universidades de España de frailes Carmelitas; su predilección por el púlpito y el confesionario, y la lenidad de su Regla y castigos. Pues su sueño había sido hacer que la Orden Carmelita llegase al colmo de su esplendor; que consiguiera alcanzar una influencia universal—¿no había sido él mismo instrumento de su extensión a Méjico, Congo y Abisinia mientras fué Provincial de Portugal?—; llenar las más grandes Universidades con sus frailes; rodear la Orden de una aureola de ciencia y saber, y convertirla en digno rival de las grandes Órdenes Dominicas y Agustinas. Su ambición era, ciertamente, una ambición gloriosa. Si su empresa fracasó no fué por no hallarse a la altura de su *rôle*, sino por cierta flojedad o falta de energía, por carecer de ciertas cualidades ordinarias; y ya sabemos que «al que no tiene, aun lo poco que tiene le será quitado». Tenía un carácter demasiado afable y complaciente para poder luchar, demasiado llano y sencillo para ser buen diplomático. Sus mismas virtudes fueron defectos, dadas las circunstancias de su situación. Si hubiera tenido la primera cualidad, habría podido amedrentar a sus enemigos con la ferocidad del ataque; si hubiera tenido la segunda, habría sabido parar sus golpes con maestría, volviendo la punta de sus armas contra su corazón. Pero, por desgracia, no era ni lo uno ni lo otro. Su carrera había sido una serie de equivocaciones desde el principio hasta el fin. Contemporizaba cuando le era preciso mantenerse firme, y se mantenía firme cuando hubiera sido mejor contemporizar. Su falta absoluta de malicia le hizo ser presa fácil de sus enemigos, y uno se sorprende de la facilidad con que cayó en el lazo tendido por Doria. Hasta su fiel amigo y sostenedor, Fray Luis de León, dudaba de él, no sabiendo si su inexplicable vacilación y dejadez provenían de la humildad o de la cobardía. No obstante, en el momento mismo de su caída revistióse de valor y se portó como un hombre. Sabía que era inocente, estaba persuadido de que todos sus crímenes consistían en estorbar a Doria para saciar su ambición. Sin esperar alcanzar misericordia, sin desearla siquiera, refugióse tras la más altiva provocación. Ni el fingido sentimiento de Doria ante la obstinada impenitencia de su víctima, ni los esfuerzos de todos sus colegas predilectos por hacerle confesarse culpable, consiguieron hacer de él ninguna impresión. En este momento supremo de su vida armóse de aquella decisión y firmeza cuya falta le había

sido tan fatal. Sólo una vez cedió en su rigor: para apelar a la misericordia de Felipe (cualidad desconocida en el carácter de aquel monarca) e implorar que le diesen otros jueces más imparciales y desapasionados que aquellos que abrigaban hacia él un rencor personal tan notorio y conocido; de lo contrario, declaró encontrarse completamente a merced de ellos.

Pero Gracián había estorbado de nuevo los planes en que Felipe había puesto todo su empeño (puesto que desde el principio había favorecido gustosamente la causa de Doria), y poca fué la justicia que recibió de las manos de los frailes Jerónimo y Dominico, que nombró para que examinasen su causa. Les interesaba más observar de qué lado soplaba el viento en la Corte, que meterse en prolongadas controversias con el Rey y con Doria. Pues el poder era ahora la fuerza; y ellos mismos temían incurrir, en el momento menos pensado, en el desagrado real. El resultado de sus investigaciones fué cosa prevista. Diéronle a escoger entre ser expulsado de la Orden o someterse a recibir corrección de manos de la misma, alternativa que él rechazó desdeñosamente. Sentenciáronle entonces, por votación privada, a ser despojado del hábito; prohibiéndole, bajo penas severas, predicar, escribir a ninguna monja o entrar en ningún convento perteneciente a la Orden. Después de haber escuchado las frases hipócritas con que estaba trazada la sentencia, quitóse la capucha, sin pronunciar una palabra, y la arrojó lejos de sí. Adelantándose a los entremetidos frailes que se aproximaron para despojarle de su hábito, desnudóse él mismo y arrojólo también de sí. Vistióse después con el traje de sacerdote, que le tenían preparado (era nuevo y muy honroso, observa Fray Gregorio de San Angelo, que tomó parte prominente en esta escena); quitáronle la tonsura y le arrojaron al mundo lleno de vergüenza e ignominia, sin casa ni hogar. Se cuenta—y esta vez el milagro no me parece a mí tan estupendo—que en el momento de ser expulsado brotó sangre del cinturón de Teresa, que todavía se venera en Zaragoza. Así cayó el aborrecido rival de Doria, y así pagó por sus culpas, que no fueron otras que el haber resistido su ambición y haber deseado, ardientemente, conservar la Orden bajo el gobierno instituído por su fundadora. La muerte había librado, misericordiosamente, al más espiritual de los hijos de Teresa, San Juan de la Cruz, aquella extraña y delicada personalidad, del dolor de tener que presenciar la ignominiosa caída de Gracián. De las dos prioras más capaces y dignas de la confianza de Teresa, Ana de Jesús y María de San José, mujeres de gran talento y discernimiento, la una fué condenada a riguroso encarcelamiento en Salamanca; la otra, desterrada a la Cuerva,

donde murió al poco tiempo, descorazonada y llena de dolor. Fray Luis de León había muerto, no habiéndole sido posible sobrevivir a la pérdida del favor de Felipe (así lo afirma el cronista, pero yo no lo creo), por haber defendido su causa. La Orden de los Carmelitas Descalzos no es ya la Orden fundada por Teresa, y todos aquéllos que han luchado con tanta tenacidad por preservar sus Constituciones en toda su pureza, se ven acusados de conspiradores y fomentadores de rebeliones contra su jefe.

No deja de causar cierta satisfacción el saber que la muerte alcanzó a Doria antes de que pudiera realizar por entero sus planes, y que uno de sus acérrimos coadjutores se ahogó al atravesar un arroyo; juicios del cielo, se dijo entonces, y no hay por qué contradecirlo.

Las aventuras subsiguientes de Gracián—su enfadosa y desesperada apelación a Roma; su aprisionamiento por los piratas turcos, todo ello saturado del romance y animación de aquel extraño siglo—, él mismo las ha relatado en forma de diálogo entre dos frailes que discuten a la sombra de altos castaños de un tranquilo monasterio napolitano sobre la suerte azarosa de su perdido compañero. Habiéndose despedido de su madre, y vestido de ermitaño, encaminóse a Alicante con la intención de embarcarse allí mismo para Italia. Alojóse en un mesón, y «como nunca falta un Simón Cyrineo que ayude á llevar la cruz», dió la casualidad de que el hijo de la posadera, mujer de no escasos medios, estuviera para irse a Milán a hacer el servicio militar. La madre y el hijo eran gente amable y sencilla, y pensaron que yéndose el muchacho a Roma con el fraile, y uniendo éste su protección al poco latín que aquél sabía, lograría fácilmente ordenarse y entrar en el sacerdocio. En él encontró el afable ermitaño compañero, consejero, amigo, secretario y criado, cual pudiera desear. Mientras Gracián permanecía encerrado en su cuarto, contemplando desde su balcón (pues él hace constar que tenía un balcón con vistas al mar) las aguas azuladas, que se extendían por la arena amarillenta de la playa, y cuya vista era interceptada por el alto tallo de un áloe en flor, circundadas por la inmensidad de los cielos, Joaquín se ocupaba en los preparativos del viaje. Enterados de que en Tortosa se preparaba a salir para Génova un barco cargado de lana, la extraña pareja emprendió la marcha, quedándose a pasar la Semana Santa en Valencia para ver las fiestas y asistir a los oficios religiosos, famosos en toda España por su grandeza y esplendor. La noche antes de hacerse a la mar, recibió Gracián una carta de un amigo ofreciéndole pasaje a bordo de las galeras del Rey, prontas a salir de Vinaroz con subsidios para la guerra de Francia. El sencillo fraile hubiera querido seguir

adelante con su primer proyecto, pues ya tenían compradas las provisiones para el camino, y el capitán y los demás pasajeros les habían prodigado muy buena acogida. Pero Joaquín, que era más práctico y por haber estado ya antes en Roma, de secretario de un Obispo, sabía lo que era navegar, no se dejó atormentar por semejantes escrúpulos.

«Padre—le dijo—, duerma sin cuidado, y déxeme hacer á mí, que en estas cosas no tengo de hacer lo que me mandare, sino lo que más conviniere.» Y vendiendo las provisiones, hizo montar al fraile resueltamente, al amanecer, y se lo llevó a Vinaroz. Bien podía irse a Roma; mas la sombra de Felipe iba tras de él. «Si aportare ay el Padre Gracian—había escrito Felipe al Embajador de España, el Duque de Sesa—, pedid al Papa que no le oiga, ni se vuelva á tratar más deste negocio.» Naturalmente, no convenía reñir con Su Majestad Católica por causa de un pobre fraile desterrado; así que cuando el Cardenal Santa Severina intercedió por él con el Papa, éste le contestó que bastante favor le hacía con no meterle en la cárcel, y mandó al Cardenal que no se metiese más en los «negocios de aquel Padre», sino que le aconsejara ingresar en alguna Orden religiosa, como había sido ordenado por sus superiores, antes de que pasasen ocho días.

Pero ¡ay! no había Orden que quisiese acoger al desgraciado desterrado cargado de ignominia. Los Cartujos, los Franciscanos y Capuchinos le dieron con la puerta en las narices; el Procurador de los Dominicos mandó a preguntar al Papa qué crimen había cometido su Orden para quererla obligar a recibir a un hombre que había sido expulsado de la suya propia.

De Roma se fué vagando hasta Nápoles para solicitar la protección del Virrey, el cual se negó a verle y a hablarle: no le convenía, dijo, amparar a un hombre que había incurrido en el desagrado del Rey.

De allí, «como caballero andante que suelta la rienda al caballo para que vaya á donde la ventura guiare», pasó a Sicilia. Pero también aquí, Olivares, el Virrey, se negó a darle audiencia, si bien su esposa, con la caridad noble y desinteresada de una mujer generosa (descanse en paz, siquiera sea por esta buena acción), le buscó asilo en el Hospital de Santiago, mientras que escribía a Roma intercediendo por él. Aquí pasó unos cuantos meses de paz y tranquilidad (de febrero a agosto), olvidando sus penas con la redacción de varios tratados y libros, que dan prueba de su extraordinaria y heterogénea erudición. Ayudado de los soldados heridos, hizo la transcripción de la *Armonía Mística*, cuyo título indica la naturaleza del asunto; escribió una *Historia de la Orden Carmelita*, y en los ratos de ocio se distraía con otros tratados más sencillos (ganándose, indudablemente, la admira-

ción de sus coadjutores militares) sobre el arte de la guerra, anatomía y aritmética. Un Breve Papal, procedente de Roma, ordenándole que se preparase, sin pérdida de tiempo, a ingresar en la Orden de los Agustinos, vino a sacarle rudamente de este breve intermedio de tranquilidad.

Cuando en la mañana del 11 de octubre de 1593, cargado de papeles y de 250 ejemplares de sus obras que había hecho imprimir en Nápoles, se embarcó en Gaeta para Roma, en una de las fragatas inquisitoriales, hubiera podido creerse que sobre su abigarrada fortuna comenzaba, por fin, a brillar un rayo de esperanza. Tres horas después, hallándose entre Gaeta y Monte Sarcoli, bien en alta mar, fueron perseguidos y capturados por una galera turca. En cueros y cargado de cadenas fué arrojado, con todos los demás, a la bodega del barco, y al poco tiempo vió Gracián que sus apresores se servían de su precioso manuscrito de la *Armonía Mística*, que tantos trabajos le había costado, y no era de poco valor, para el vergonzoso oficio de limpiar sus mosquetes.

En una pequeña isla—llamada Ventoten, pero que no figura en ningún mapa conocido de los navegantes modernos—, donde se detuvieron los corsarios a tomar víveres, se les unieron otras tres galeras y algunos bergantines procedentes de Biserta.

De Ventoten fueron a hacer un ataque a Gaeta, pero hubieron de retroceder, porque una mujer les oyó y dió la voz de alarma. Anclaron entre Gaeta y Nápoles, donde se hicieron de provisiones y saquearon dos ermitas; navegaron después por la bahía de Nápoles y apresaron más de cien barcos que venían de Castellamare y Torre del Greco. Tres galeras del puerto salieron en su persecución, haciendo fuego contra la primera de los corsarios (la de Gracián), pero no queriendo acercarse demasiado, volvieron a entrar en el puerto y el arraez, arrancándose las barbas de rabia, juraba que si no hubiera sido por las otras dos que se habían quedado rezagadas con objeto de pillar algunas fragatas, los habría apresado con toda seguridad. Todo lo cual tuvo lugar al pie de los muros mismos de la ciudad de Nápoles, aquella mañana de octubre de 1593.

Intentaron luego sorprender a Torre del Greco, y capturar al Cardenal Ascanio Colonna; y después de apresar «con una presteza de los demonios» ciento noventa almas, los osados merodeadores se hicieron a la mar.

A pesar de tener que echarse a los remos con motivo de la calma que reinaba en el mar, con la luz del nuevo día se encontraron en los estrechos de Bonifacio y, al día siguiente, echaron el ancla en la Isla

de San Pedro, cerca de la costa de Berbería. Aquí, sacaron a los cristianos «á que se expulgasen y les diese el sol». Ya tenían preparadas e hirviendo las calderas donde iban a ser arrojados, cuando aparecieron en lontananza cuatro galeras pertenecientes al Duque de Florencia.

Sin perder un instante, embarcaron apresuradamente a los cautivos, levaron el ancla y partieron, dejando más de treinta turcos tras de sí. Las galeras volaban en su persecución y parecía imposible escaparse, cuando un viento muy vivo rompió la entena de la capitana del Duque, imposibilitando la marcha y obligándolos a ir a refugiarse a la misma isla donde los turcos acababan de ser abandonados. Cuando los desgraciados cautivos se encontraron en el puerto de Biserta, parecióles que se abrían las puertas del cielo, suspirando por los Baños, como si en ellos fuesen a hallar el paraíso. Paraíso que no tardó en convertirse en purgatorio. El capitán de la fragata, Antonio de Leyva, murió a los pocos días de arribar a la costa. Los baños no eran sino una especie de establos o almacenes largos y estrechos, debajo de tierra, en cuyo centro había un molino, puesto en movimiento por «un asnillo con un renegado ciego que era tahonero».

Aquí, para conservar la existencia, tuvieron que levantar unos tablados de cañizo, «ó çarços, á manera de donde se cría la seda, donde han de subir trepando por palos». El hedor, las inmundicias y la oscuridad, eran tales que las molestias de una cárcel (aun en aquellos tiempos) no eran nada en comparación.

Después de separar de cada diez cautivos uno para el Baxá (1), Elisbey y Durabi, dueños asociados del esquife donde los habían llevado, echaron suertes sobre los demás. Gracián tocó en suerte a Elisbey y habría tenido poca dificultad en conseguir su rescate—pues el capitán necesitaba dinero—si no hubiese llegado a oídos del Baxá de Túnez el rumor de que era un Arzobispo que tenía una renta de 10.000 a 20.000 ducados; que era, además, un gran morabita entre los cristianos y pariente del Rey de España. Ahora, pues, siempre que entre los cautivos había alguna persona importante, el Baxá tenía el derecho de escogerla para sí o para el Gran Turco. Pero cuando llamaron a Elisbey para que hiciese entrega de su preso, hízoles creer que no era a él a quien pertenecía, sino a Durali, quien por ser argelino y tener además un genio excesivamente salvaje, sabría defenderlo mejor que él.

Pero el Baxá no tenía intención de dejar tan grande tesoro escu-

(1) Los nombres están escritos según el árabe fonético de Gracián. Publicó una gramática árabe, de la que no me ha sido posible hallar un ejemplar.

rrírsele entre los dedos, y sin perder un instante envió su Chanz, o sea el embajador del Gran Turco, acompañado de una escolta de soldados a caballo armados con «lanças y exopetas» para obligar a Durali a atender a razones.

Durali amenazó al Chanz «con echarle de las escaleras abajo si otra vez se lo pedía».

«Mira, Durali», contestó el Chanz, cuyo nombre era Caymbali; «esta vez te perdono, porque agora veo que estás borracho, mas gualay, y vialay, por la testa del gran Pataxa, que si mañana por la mañana que avrás ya digerido el vino, no me das al Papaz, te tengo de llevar a Tunez arrastrando á la cola de mi cavallo». Con cuyas palabras el irascible Durali se dejó convencer.

De modo que en una fría madrugada del mes de noviembre, Gracián, montado en unas aguaderas, rodeado de genízaros, envuelto en un jaique viejo y rayado que le habían dado los cristianos, llevando consigo su breviario y algunos de sus papeles, emprendió el camino de Túnez. El desgraciado habría llegado muerto de hambre si al empezar el viaje no le hubiera dado un poco de pan un cristiano compasivo. Al amanecer del día siguiente llegaron a un río que estaba crecido, y que no era posible atravesar sino montados a caballo. Precedido de un moro que le llevaba la ropa y sostenía las riendas, Gracián entró en el agua, azuzado por los gritos de los que quedaban a la orilla. «Papaz, tente bien á las crines, mira al cielo y no al agua, y assí no caerás», le gritó el guía, y Gracián se acordó toda la vida de que el mejor sermón que jamás hubiera oído, había brotado de los labios de un infiel.

Por espacio de dos años, permaneció cautivo en Túnez, arrastrando las cadenas de sus pies. Aparte de esto, su posición no parece haber sido inaguantable. Lo que más sorprenda, tal vez, en este relato, puede ser la comparativa lenidad con que eran tratados los cristianos y las cordiales relaciones que existían entre ellos y los turcos. El Bajá, no sólo toleraba su fe y sus ritos, sino que también los alentaba. «Perro», contestó a uno de los carceleros que se le quejaba del lenguaje que empleaba el «Papaz» hablando de su santo rabí Mahoma. «Perro, ¿quién te mete á ti en oír lo que el Papaz predica? ¿quieres por ventura hacerte cristiano? déxalos ¿no están de su puerta adentro? ¿quieres que digan bien de Mahoma?» Y en los Baños, oscuros, miserables y húmedos como eran, los cristianos tenían a su disposición una especie de cueva lúgubre y oscura donde decir misa—y se la decía un cura que el Bajá había comprado con dicho objeto, que tenía libertad de entrar y salir cuanto quisiera y que era tratado con respeto y conside-

ración—. Demos a su conducta la más vil interpretación posible y digamos que el Bajá quería impedir que los cristianos se hiciesen renegados, quedando así imposibilitados para el servicio de las galeras, pues así y todo dió pruebas de entender más a fondo la política que Fernando, Isabel y su biznieto Felipe II, ocupado entonces, por la gracia de Dios, en quemar herejes a montones en la España cristiana.

La afable benevolencia y transparente sencillez del buen fraile pronto le conquistaron el afecto lo mismo de turcos que de cristianos. Los cautivos cristianos le abastecían de alimentos, ropas y dineros. Las sultanas, madre y suegra del Bajá—la suegra era griega, procedente de Chío—, le regalaban ropa interior y manjares de su propia mesa; el panadero del Bajá le enviaba diariamente un pan de la hornada preparada especialmente para el serrallo.

Él era sacerdote, confesor, árbitro, mediador, todo en uno; escribía las cartas de los renegados, en las cuales, como él mismo confiesa ingenuamente, se dió maña para informar al Virrey de ciertos asuntos que afectaban a los intereses de la cristiandad, y así iba pasando el tedio de las largas horas de su cautividad. Los turcos que frecuentaban las casas de comidas que tenían los cristianos, allí atraídos por el requín o aguardiente de éstos, le invitaban a comer y beber con ellos. Si solicitaban alguna cura, de manos del barbero cristiano, en sus manos depositaban la paga con toda prudencia: «Toma, Papaz, estos diez ducados, é si Maese Pedro me sanare dentro de tantos días dáselos, y si no vuelvemelos a mí, que nosotros no somos tan necios como los de vuestra tierra, que damos dineros al médico porque nos cure, sino porque nos sane.» ¡Oh, sabios moros! Un viejo, inspirado por no sé qué sentimiento de admiración de su inofensiva naturaleza, trajo su nietecillo enfermo para que pusiese sobre él sus manos milagrosas el dulce «Papaz». Cristianos ya inútiles y que se habían hecho viejos en la cautividad, relatáronle mil hechos curiosos referentes al país, compilados después por él en un libro.

Con la simpática e ingenua vanidad propias del hombre que relata los resultados notables de sus enseñanzas, y aunque nos resistamos a creer que un moro derramó lágrimas oyendo ultrajar el nombre de Cristo, o que tuviesen la Navidad en más estima que el nacimiento de Mahoma, su relato revela de una manera inconsciente, que le tenían amor y veneración. Y no sé por qué hayamos de dudar de la devoción, algo fuera de lugar, de cierto turco ebrio que al serle mostrado un Crucifico diciéndole que aquel era Cidnaiça (el Señor Jesús) y la mujer sentada a sus pies, su madre Miriám, se marchó a la judería,

gritando: «Chifutiguidi que matastes á Cidnaiça», y con una porra que llevaba descalabró a muchos judíos que encontraba.

Así iban pasando los días en la oscura y estrecha cueva subterránea. Con la luz del alba descorríanse los pesados cerrojos de las puertas para que los cautivos salieran a su trabajo. Al mediodía, mientras abrevaban los camellos, al fraile le era permitido, por breves momentos, arrastrarse con sus cadenas hasta el patio soleado y cercado de un lado por los baños; por el otro, de las macizas murallas de la Alcazaba. Aquí, escuchando por breves instantes los gritos roncos y guturales de los camelleros, y el alerta de los centinelas vestidos de blanco, sentados inmóviles bajo sus escopetas, y contemplando en lo alto las grandes masas de lucientes murallas, cuyos baluartes en forma de llama tenían por marco el vivo azul del cielo, el fraile castellano formaba también parte de la extraña fantasmagoría oriental que le rodeaba.

Al ponerse el sol, cuando los carceleros aseguraban otra vez las puertas con cadenas durante la noche, pues aún estos pobres miserables—que no estaban en cárcel inglesa ni en la casa de misericordia—tenían su rayito de luz y alegría, Gracián gozaba durante un fugaz momento de sus antiguos triunfos oratorios, y subido en un tonel les conmovía con sus elocuentes palabras, más elocuentes tal vez que las que le hicieron famoso en las Universidades de España. También se habrían podido oír seiscientas voces entonando vísperas al son de las guitarras. ¿Qué importa que cantasen fuera de tono y de compás? Con más seguridad llegarían sus voces al cielo que si hubieran procedido de las naves sonoras de una magnífica catedral. En las grandes ocasiones, cuando celebraban las fiestas de su iglesia al son del laúd y la cítara, los turcos les prestaban sedas y brocados para que adornasen la iglesia y el patio.

Teresa le había juzgado bien. *Existió* en la naturaleza del desventurado fraile una tendencia heroica, que a haber tenido ocasión de mostrarse y alcanzar desarrollo en circunstancias más favorables, le hubiera ayudado a ceñirse la frente con la aureola de los Santos. En el desempeño fiel y humilde de su misión, consagrando las dotes que poseía en abundancia a aliviar a los enfermos y hambrientos, que eran todavía más pobres y desgraciados que él, encontró tanto gozo y tranquilidad que él mismo considera que estos dos años pasados en los baños de Túnez fueron los más pacíficos de su vida.

Dos veces parece haberse encontrado en peligro de ser quemado vivo, pues se extendió el rumor de que era inquisidor, y el hecho de haber sido capturado en una fragata de la Inquisición, cargada con

instrumentos de tortura, prestó al rumor un aire de siniestra realidad. Los genízaros exigieron al Bajá que le diese la muerte, pero el Bajá no tenía intención de quemar a un inquisidor a quien él juzgaba valer treinta mil coronas por lo menos, y el asunto acabó por ser olvidado. «Desde aquel punto, le nació á Eliseo un desprecio de los turcos, y atrevimiento contra ellos, que en ningún sermón dexava de decir mal de Mahoma y hartarle de perro públicamente.» La conversión que hizo de un cristiano renegado de Salamanca, que le enseñó el árabe, fué causa de que el uno fuese condenado a las galeras y el otro tuviese que arrastrar unas cadenas que pesaban un quintal. No que al Bajá le importase—pues con eso ganaba, como él confesaba con toda franqueza—, pero Cerbero exigía de cuando en cuando su tributo. «¿Pues qué se me da á mí, dijo, que el Mami se haya vuelto cristiano? ¡Ojalá viniessen muchos, assí que por essa culpa se le tomaremos á su patrón, le echaremos en cadena, y tendremos más un bogavante; y al Papaz échale las trabiessas manjanescas», las cuales habían sido llevadas especialmente de Constantinopla para el uso de un famoso capitán del mar. En junio de 1594, el pobre fraile abrigó la esperanza de la libertad. Ya estaban depositados en Tabarca seiscientos ducados para su rescate. El Bajá mismo, a punto de partir de Túnez en una expedición naval, y no contando volver más, se veía grandemente necesitado de dinero. Jafer Bey—el Califa—, jefe supremo después del Bajá, «hombre viejo y muy entendido», y Caymbali, el Chauz que le condujo a Biserta, intercedieron en su favor. El platero del Bajá, Diego Rodríguez, que había ofrecido ayudarle con cuatrocientos ducados más, aseguró a Gracián que si no conseguía el rescate en esta coyuntura se vería seguramente condenado a las Torres del Mar Negro. Pero el Bajá, que estaba ya embarcado y a punto de hacerse a la vela, permanecía inflexible. «Menos de seis mil ducados no se me hable del Papaz.» De modo que el fraile y el viejo genovés se quedaron en la soledad de los baños vacíos y silenciosos, pues todos sus compañeros se habían ido con el Bajá. Desde la conversión del Mami le había sometido a un encierro más riguroso. Con la fuerza de la costumbre se había habituado a sus antiguos grillos, y se los arreglaba de tal manera alrededor del cuerpo que no le impedían celebrar misa. Pero ahora apenas podía arrastrarse hasta el patio a ver el cielo y respirar un poco de aire. Acechábale continuamente un centinela, llamado Mançur, que inspeccionaba sus cadenas todas las noches. Así pasó los largos meses del verano, «echado sobre su cribete, y lo que padeció de pulgas, suciedad, hedor, ratones y miedo de fantasmas que avía por aquellas cuevas, fué un cierto género de martirio; que

en cualquier calaboço de cárceles de cristianos, es jardín deleytoso en su comparación de lo que allí se passa».

En el mes de agosto, una disputa habida sobre su rescate, vino a arrebatarle de los labios la copa de la libertad, la víspera misma del día que había de haberse visto libre. Los cuatrocientos ducados que le había prestado el generoso platero, y que él llevaba escondidos en las piernas debajo de las cadenas, los dedicó entonces al rescate de los demás, «contratando, dice, con Dios, que él le rescatase si quisiese; y si pudiera aver á las manos los seyscientos escudos que tenía en Tabarca los empleara en lo mismo».

Gracián debió por fin su libertad a la necesidad que el Bajá tenía de dinero para pagar a sus genízaros. No le era posible retrasar el pago un solo día, y la falta de fondos no le habría servido de disculpa en manera ninguna. Por esta época los Lomelines (?) de Tabarca enviaron al Bajá un regalo, suplicándole que aceptase los seiscientos escudos. El Bajá rechazó desdeñosamente su ofrecimiento. La víspera del día en que había de pagar a los genízaros, y viéndose muy apurado, mandó a llamar a un tal Simón Escanisi, rico judío de Túnez. Ahora bien, este judío acababa de volver de un viaje a Gaeta, Nápoles y Sarcoli, donde los amigos de Gracián le habían suplicado insistentemente que hiciese todo lo posible por conseguir su rescate.

«Yo no tengo dineros», dijo el astuto Simón, «mas para qué quieres mejor remedio que rescatar este Papaz y acabar de pagar a los genízaros, que si lo dilatas más (según tú le tratas) no sacarás de él más fruto que una cesta de huesos».

Por fin. después de una larga disputa, el judío tomó la palabra al Bajá por 3.000 escudos. «Si se deja pasar esta coyuntura», dijo el bueno del judío al pobre Papaz, «no tengo esperanza de tu redención; quitemos ahora los hierros, que después, Dios es grande».

Tampoco Gracián tenía ya ninguna esperanza; pero se calló para que el judío no creyese que menospreciaba al Dios que él llamaba grande.

En el momento crítico cuando el Bajá no sabía adonde acudir para llenar sus cofres vacíos, apareció Simón con seiscientos ducados, y cerraron el contrato por mil. El bueno pero astuto Simón se presentó inmediatamente en los Baños, y por fin, después de dos años de encierro, Gracián se vió libre de sus cadenas. Fué alojado con toda seguridad en casa del cónsul francés. «Era para alabar á Dios el contento de muchos turcos y moros que le topaban por la calle y le habían visto con las prisiones. Unos decían: *Zalam alicum Papaz* (1),

(1) Repito que el árabe citado es de Gracián y no mío.

Dios será contigo; otros *Stasaala*, gracias a Dios, y semejantes salutaciones. Otros le llevaban á sus casas y le regalaban, ó á enseñar sus huertas y lo que había que ver en Tunez.»

Para gran alivio de Simón (que veía sus 1.000 escudos en peligro mientras Gracián persistiese en continuar en Túnez, pues el honrado fraile, sin poder olvidar la dialéctica de las escuelas ni la ciencia con que había deslumbrado a sus contemporáneos, apenas si podía resistir la tentación de aceptar el reto del Mojiti y del Cadi, y tomar parte con ellos en una discusión teológica), a principios de mayo iba ya camino de Biserta. Después de una travesía tormentosa, durante la cual por poco fué capturado de nuevo, llegó a Génova. Prosiguió su viaje a Roma pidiendo limosna; allí sacó un breve mendicante para poder devolver el precio de su rescate. La Congregación de Regularibus revocó su sentencia y expulsión, y ordenó a los Descalzos recibirle de nuevo en su seno. Mas estaba dispuesto que no había de ser. Doria y Mariano habían desaparecido, es cierto, para ir a dar cuenta de sus acciones, pero la Orden seguía gobernada por sus antiguos instrumentos. Por fin tomó el hábito de los Carmelitas Calzados, los cuales le trataron con todos los honores y consideraciones, y le reservaron la celda del General en el Monasterio de San Martín, in Montibus. Permaneció cinco años en Roma, al servicio del Cardenal Deza. Visitó de nuevo la costa africana, Tetuán y Ceuta, enviado allí por el Papa, a predicar el Jubileo. En 1601 volvió a España, y vió a su hermana, María de San José, priora de Consuegra, y a su hermano, Fray Lorenzo de la Madre de Dios. Fué a Madrid a visitar a su familia, y tuvo el consuelo supremo de pasar con su madre los últimos momentos que la quedaban de vida. Después de varios reveses de fortuna, fué por fin a parar a Flandes, y murió en Bruselas, en 1614, a la edad de sesenta y nueve años, repitiendo, dulcemente, los versos de Teresa, y estrechando en sus manos, hasta el último momento, la imagen de aquélla que él llamaba su Señora.

Fué hombre cuyo saber, lleno de excentricidades, tenía más de variado y extraño que de profundo y extenso. Sus libros, erizados de dialéctica y erudición secular, forman parte todavía de las curiosidades de la literatura teológica del período. Mas con toda su sencillez y candor infantiles, a pesar de ser *naïf* como un niño, y a pesar de su falta de sentido práctico, es Gracián, ciertamente, el fraile más humano y simpático, si bien el más desventurado, de todos los frailes de Teresa. Por extraño que parezca, él analizó y llegó a descubrir (cosa que muchos de nosotros jamás conseguimos) el secreto de su fracaso material. La indecisión y la falta de confianza en sí mismo, fueron las causas

remotas de su ruina. «Podemos dezir», escribe su amigo Mármol, «que el ser de su natural tan puro, fué causa de carecer de la malicia ó advertencia que a vezes es necesaria entre los hijos de Adán, de que quizá resultaron la mayor parte de sus trabajos».

Desde el primer momento fué víctima de los caprichos más extraños de la fortuna, y si creyésemos en la predestinación, en él hallaríamos un ejemplo sorprendente de ella.

Repitamos con el anotador desconocido—tal vez algún miembro de su propia familia—que escribió en la margen de las páginas amarillentas del ejemplar de Mármol, que tengo yo en mi poder, publicado cuatro años después de su muerte en Valladolid:

¡Oh, juicios de Dios! ¡Oh, juicios de los hombres!

EPÍLOGO

Así surgió adecuadamente de Ávila de los Santos, y no menos adecuadamente de un país donde la Iglesia militó, en verdad, por espacio de mil años, la última santa ilustre de la Edad Media, la más grande de todos los santos, por muchas razones.

Ya no volverá a haber santos. El mundo seguirá produciendo gentes ilustres, o, mejor dicho, en él nacerán personas dotadas de simpatías igualmente amplias, de espíritus tan arrojados en intentar, tan valientes en el obrar y tan poco comprendidos como ella lo fué. Pero el mundo mismo ha cambiado; ya es otro el escenario. Para idealizar la grandeza en el grado superlativo en que fué idealizada en Teresa, hay que admitir una fuerza y vigor tales de convicción, un poder tal de entusiasmo y una comprensión de las cualidades idealizadas, de que ya el mundo carece por completo. Es gracia especial de estos seres privilegiados forzar al mundo a sacudirse de su inercia, e inspirarle por un momento esa chispa centelleante, esa fuerza de intención, reflejo de las suyas propias. Teresa murió en el momento propicio. Las almas grandes tienen el triste privilegio de sentir toda la amargura de la desilusión, de sondear el abismo que separa lo ideal de lo real. La visión brillante y luminosa, tan bella desde lejos, que la atraía y animaba a cada nuevo esfuerzo, estaba destinada inexorablemente a perder toda su hermosura y todo su misterio al sentirse ella encadenada y encerrada entre los muros reales y palpables de un convento. El querer materializar lo intangible es un sacrilegio, castigado en el espíritu temerario y exaltado que lo concibe, tan inexorablemente como el robo de Prometeo.

Los últimos momentos de Teresa en la tierra, fueron amargados por una convicción semejante. Así como aquellos que prosiguen los trabajos y llevan a cabo la construcción de alguna gran catedral—

como la de Ávila, por ejemplo—son incapaces de comprender o poner en práctica el designio del desconocido arquitecto que lo concibió en un principio, así también sus prioras, incapaces de comprender las intenciones de su fundadora, no supieron responder a ellas. Entre sus frailes había estallado la discordia. Si su vida hubiera sido más larga, también ella se habría atraído, probablemente, la ignominia que mancilló el nombre y la fama de Gracián, y amargó los últimos momentos de San Juan de la Cruz.

¡Grande es el poder y la majestad de la Muerte! En nada más grandes que en esto: que a su luz fría y clara nos es dado leer todo lo que pasamos por alto en la vida del ser que nos ha dejado. Mil incidentes menudos, que nos parecieron tan insignificantes en la práctica, aparecen entonces revestidos de no sé qué repentina majestad y grandeza. La imaginación se esfuerza en penetrar la tenue niebla que nos separa de la voz sumida eternamente en el silencio, del corazón que ha dejado para siempre de latir. Poco a poco, la amada figura, rodeada ya del misterio de lo desconocido y de lo irreparable, se nos presenta cual lejano y hermoso retrato, y cada detalle, de aquellos que antes pasaron casi inadvertidos, nos revela después su oculto significado. Entonces, y sólo entonces, vino el ser posible que aquellas pobres y ordinarias alpargatas con las que Teresa anduvo tantas leguas de camino por las tierras de Castilla, y que el cayado que le sirvió de sostén en su ancianidad, se convirtiesen, y con razón, en sagradas reliquias.

Sus monjas de Alba le hicieron un entierro poco honroso. El mausoleo de literatura religiosa que pesa sobre su memoria tiene, para mí, extraña semejanza con la masa de piedras, ladrillos y escombros que amontonaron encima de su caja y penetraron en ella hundiendo la tapa. Con manos amorosas y reverentes he procurado yo desenterrarla y pintarla, siquiera débilmente, tal como fué en realidad, como vivió y se movió en el mundo de los hombres.

Y así pasan Teresa y sus frailes delante de mí y desaparecen en las tinieblas de la noche. Con ellos desaparece también la España antigua, su majestad tétrica, su austero reposo, sus graves hogares, sus impulsos democráticos. Sí, Teresa pasó; pero en los conventos donde una vez vivió, todavía tiene una silla en el coro, y el banco de la mesa del refectorio, espera eternamente a su vaporoso huésped. Pero aunque ella se haya ido, existen hoy día ciudades y pueblos añejos que conservan todavía el medio sombrío donde se desarrolló su vida. En las calles de Toledo, limitadas por los musgosos muros de sombríos edificios que interceptan el paso de la luz; en las casas de Ávila, con sus grises fachadas adornadas de escudos; en pequeñas y tostadas al-

dehuelas perdidas en los yermos de La Mancha y Castilla, lejos del ruido del mundo y de los hombres, fluctúan todavía, morosamente, su espíritu y el espíritu de su siglo. La figura de una monja—pequeña, es cierto, comparada con la inmensidad del pasado y del futuro—se arrodilló también en su breve día en aquellas grandes catedrales, mientras que el estruendo de las Tinieblas, o los alegres y triunfales acordes del *Te Deum*, atronaban sus altas bóvedas—antes que ella, también, fuese a perderse en el espacio—. En remotos distritos rurales, los habitantes muestran al viajero el mesón o la venta donde la Santa pasara la noche en alguna de sus incesantes peregrinaciones, mesones y ventas que, sin dejar de acoger al caminante, están consagradas para siempre a su memoria. Pero donde yo me la represento de una manera más palpable, donde me parece haberla visto con más claridad, es al atravesar las inmensas mesetas de Castilla, mientras mi borriquillo hunde silenciosamente sus pezuñas en los arenosos y estrechos senderos que las cruzan. Allí, en el silencio de una tarde calurosa—silencio interrumpido únicamente por los gorjeos de algún pajarillo, o el canto de millares de grillos escondidos en el césped fino y lozano—; sentado en el centro de extensa paramera, salpicada de disformes y fantásticos peñascos, que contrastan con los campos sembrados de trigo y tachonados de rojas amapolas y brillantes azulejos, cuyas corolas se perfilan en el cielo sin fondo; allí, mientras que el Sol camina lentamente por los espacios, y la tarde se acerca a su fin, cual notas confusas que vienen flotando en alas del tiempo y del espacio, sin concierto ni medida que las dé forma y convierta en melodía, he reunido yo todos estos cabos sueltos, todos estos fragmentos de antiguas memorias, de pasados instintos, conservados por la persistente afirmación de lo pasado que dormita en el cerebro y se transmite, inconscientemente, de padres a hijos, y que fué lo que a mí me movió, en primer lugar, a escribir la *Vida de Teresa de Jesús*.

En elevadas aldeas situadas en las mesetas, entre las gentes sencillas del pueblo, es donde he podido formarme una idea más clara (si todavía imperfecta) de las condiciones de su existencia. Duruelo, intacto aún, gracias a la incuria loable del aldeano español, retiene, después de tres siglos, el perfume de su memoria. Las manos de la Santa plantaron los álamos que adornan la entrada. Una calavera medio desenterrada en la arena del cercano y pequeño Camposanto, será, probablemente, la de algún fraile olvidado, que floreció por breve tiempo en el desierto y desapareció después, tranquilamente, en las tinieblas de la noche.

¡Sí! Contemplemos atentamente el paisaje; gravémoslo fijamente

en el cerebro: a lo lejos las azuladas montañas de Piedrahita, ligeramente veteadas todavía de nieve; en derredor la tostada llanura; el arroyuelo (Río al mar) que se arrastra por su verde y tortuoso lecho; los robledales que cruzamos a la luz tenue de la mañana; y en el fondo, el luciente firmamento que lo envuelve todo como en un cuadro. Pues, en este mismo lugar donde nos hallamos, estuvo también ella hace tres siglos, y su imagen nos hace olvidar, por el momento, el cielo, el arroyo y el sendero arenoso. Aquí, pues, en Malagón, donde las rudas tablas colocadas a la entrada del pueblo conmemoran todavía sus visitas; en Villanueva de la Jara, sepultada entre olivares, la encontramos todavía, si no en forma visible, en invisible potencialidad. Las parduzcas murallas manchadas por el tiempo, el interior rústico y sencillo de las viviendas, las rudas construcciones de madera, la lobreguez, la oscuridad, el austero reposo, la imperturbable tranquilidad de estos antiguos edificios, nos demuestran lo que fueron aquellos conventos primitivos, lo que fué también Aquélla cuya vida ha quedado aprisionada en ellos para siempre.

Algunas veces—tan poco es lo que ha cambiado todo ello—casi pudiera uno figurarse que la pequeña procesión de aldeanos que cruzan nuestro camino y se dirigen a través de campos sin cultivo y sin árboles, o por los soleados robledales, para adorarla en su santuario, han de encontrarse, *no* con la Santa, sino con aquella sencilla señora castellana que, hace tres siglos, atravesaba los mismos caminos, montada en un borrico, como lo hacen ellos.

FIN

INDICE

Págs.

Al Doctor Don Francisco Herrera y Bayona 11
Prólogo 13
Introducción 15
CAPÍTULO PRIMERO.—Infancia de Teresa 73
» II.—*Venite post me* 93
» III.—La Encarnación 109
» IV.—La mística 123
» V.—*Ferendum et sperandum* 153
» VI.—Quien no se esconde no luce 165
» VII.—Se ha de aspirar a lo mayor para alcanzar lo menor 187
» VIII.—Fundación de San José 211
» IX.—El Monte Carmelo 229
» X.—Camino de Perfección.—Fundación de Medina del Campo 251
» XI.—Fundación de Malagón 281
» XII.—Duruelo y fundación de Toledo 303
» XIII.—Fundación de Pastrana.—Dificultades con la Princesa de Eboli 331
» XIV.—Fundaciones de Salamanca y Alba de Tormes 355
» XV.—Vida en la Encarnación.—Viaje a Salamanca.—Fundación de Segovia 383
» XVI.—Fin del convento de Pastrana 409
» XVII.—Casilda de Padilla.—Fundación de Veas 417
» XVIII.—*Superabundo gaudio* 455
» XIX.—Cartas de Toledo 487
» XX.—De agosto a Navidad de 1577 541
» XXI.—De enero a Navidad de 1578 561
» XXII.—La verdad padece, pero no perece 587
» XXIII.—Dios é Vos 603
» XXIV.—Antes quebrar que doblar 633
» XXV.—El oro fino se echará de ver en el toque 659
» XXVI.—La corona de rosas y espinas 689
» XXVII.—No á tierra extraña, sino á la suya propia 715
» XXVIII.—La Santa Patrona de España 739
Conclusión: *Inveni portam* 753
Epílogo 785

ACABÓSE
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EL DÍA
27 DE SEPTIEMBRE DE 1927
EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS
DE G. HERNÁNDEZ Y
GALO SÁEZ, MESÓN
DE PAÑOS, 8
MADRID

3 v.

66 P

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
0003496212 1